



MUSEO

CENTRAL



1856

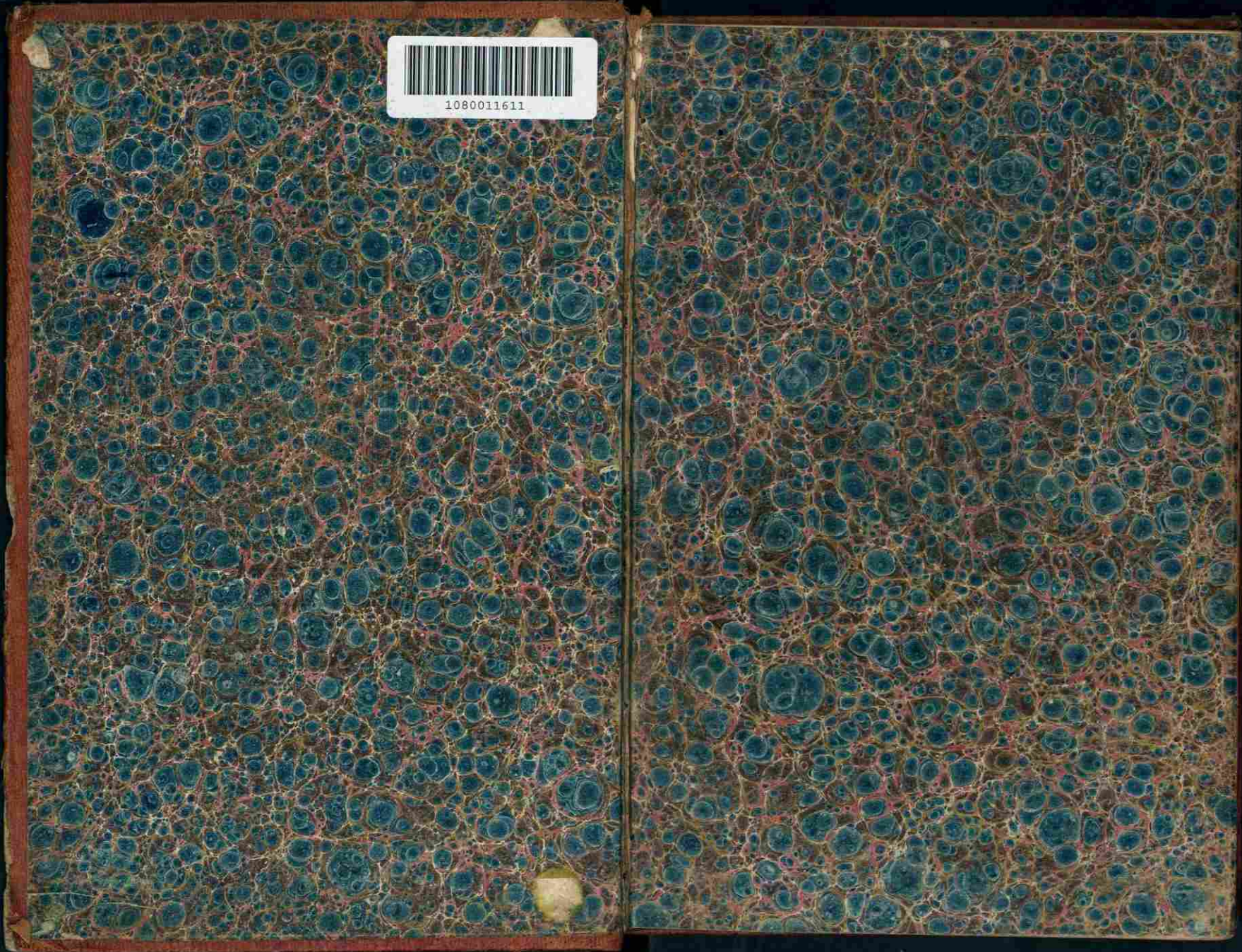


AG196  
.56  
H  
v. 3





1080011611



2937

V-1311-MI

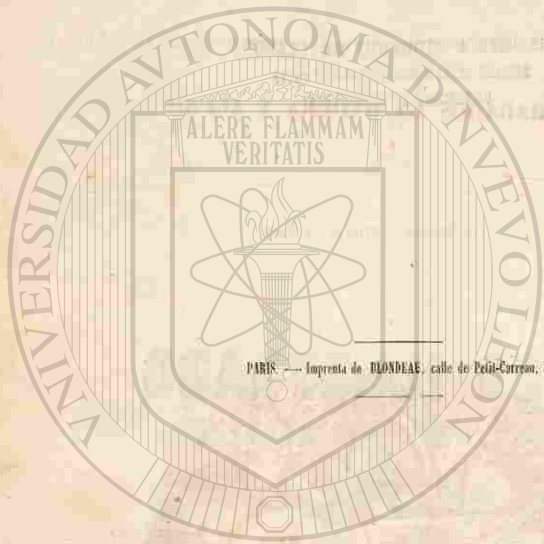
BIBLIOTECA "RODRIGO DE LLANO"  
SECCION DE ESTUDIOS HISTORICOS DE LA  
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON



**MUSEO ILUSTRADO**  
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MUSEO ILUSTRADO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

REPOSICIÓN DE LIBROS DE LA BIBLIOTECA

1852

# MUSEO ILUSTRADO

LITERATURA CIENCIAS Y ARTES

GEOGRAFIA, VIAJES, HISTORIA, POESIA, MECANICA, ARQUITECTURA, AGRICULTURA, HORTICULTURA, ETC., ETC

GRABADOS EN MADERA Y ACERO

POU

LOS MEJORES ARTISTAS DE PARIS.



®



ADMINISTRACION DEL CORREO DE ULTRAMAR

CALLE DEL FAUBOURG MONTMARTRE, N. 10

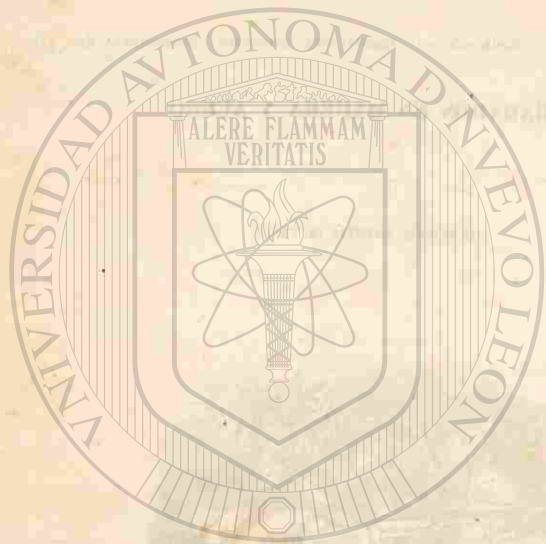
1852

AG 196

-56

M 8

Vo 3



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE B

PARQUE DE LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

CALLE DE LA UNIVERSIDAD S/N. C.P. 66450. NUEVO LEÓN, MEXICO

TELÉFONO

I

# MUSEO ILUSTRADO.

EL CORREO DE ULTRAMAR.

LA SEGURIDAD.



La Seguridad, figura alegórica por Sebastian Douaño, pintor francés del siglo XVII.—Dibujo de Grzann.

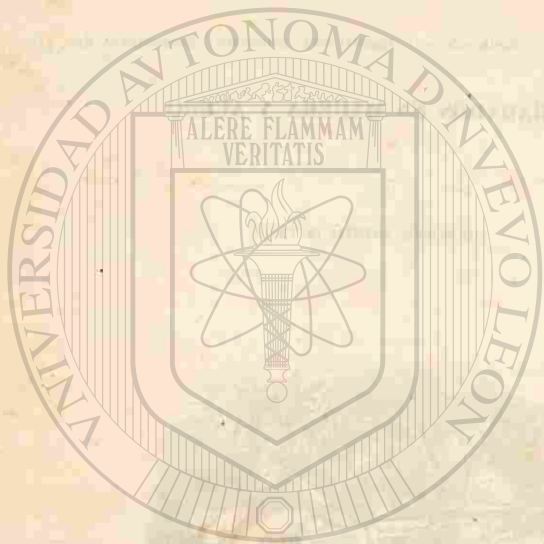
T. III.—PARIS.—IMP. BLONDEAU.

AG 196

-56

M 8

Vo 3



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE B

PARALELO 38 SUR Y AV. ESTADUNIDENSE

22 de septiembre de 1963

1963

I

# MUSEO ILUSTRADO.

EL CORREO DE ULTRAMAR.

LA SEGURIDAD.



La Seguridad, figura alegórica por Sebastian Douaño, pintor francés del siglo XVII.—Dibujo de Grzann.

T. III.—PARIS.—IMP. BLONDEAU.

La diosa tiene en la mano izquierda el cuerno de la abundancia, y en la otra una antorcha con la que quema los atributos de la guerra. Con la cabeza erguida y el rostro sereno, mira á lo lejos con confianza. En esta hermosa divinidad se reasumen la paz, la riqueza, la clemencia y la generosidad, es decir, todo lo que es bello y sereno. Si ella no hay sociedad posible entre los hombres. Cada ser humano estroviado por la fiebre del miedo, toma por una voz la brisa, y cada nube por un fantasma, y la inquietud que comienza en la locura, acaba en la ferocidad: viendo en cada movimiento un peligro, y en cada rumor una amenaza, quiere que la vida se detenga en la mitad de su carrera. Todo el mundo sabe esa terrible fábula del patriarca errando en el desierto, que tiraba piedras á todos: los niños que encontraba, porque oía á los pájarillos que *claman en el nombre de su padre*. Quien de nosotros en sus horas de angustias ha creído también oír los murmullos de su alma? Alargando por continuos dolores, caminando de cuidado en cuidado, y siempre enredado entre los lazos de un penoso acoso, se desea concluir la vida á toda costa; se agría el corazón, se maldecen las esperanzas, y se hace como Herodes que mandó degollar á los recién nacidos para libertarse del único que le quitaba el sueño.

Ah! Si conociesen los hombres las alegrías y virtudes que les llevan esos tumbos que les agitan! Si quisiesen calcular los desengaños que la ambición trae consigo y si cansados de una turbulencia que confunde con la acción, se reuniesen todos para elevar sobre las ruinas del pasado ese gran símbolo del reposo eterno, entonces asidos de las manos, repetirían en coro el himno antiguo de la Seguridad.

«O noble diosa! que la piedra, el hierro y el bronce fijen para siempre tu imagen entre nosotros, tu imagen semejante al laurel sagrado que conserva del rayo y las cenizas! que solo á tu aspecto se espanta el amor, como aterroriza la vista de Gorgona.

«Seguridad! Por ti se cubren los campos de mieses, por ti ensanchan las ciudades sus recintos y por ti surcan las olas los buques llevados por sus alas, lo mismo que las aves marinas. Las fiestas, las danzas y los festines forman tu graciosa comitiva.

«Tu llevas al templo á los jóvenes desposados, y tu preparas las cunas para los niños que deben nacer de su unión. Eres el astro consolador que hace florecer los arbustos de nuestros bosques.

«Seguridad, vuestro háis nosotros tu dulce rostro; espárcese en derredor tuyo los tesoros de tu cuerno de abundancia: el género humano te tiende los brazos, porque anhela desposarse contigo. Presentale tu mano izquierda, ó grande diosa; y que tu himeneo asegure la alianza de la tierra y del cielo!

«Las montañas resuenan con los mugidos de los toros, las trompas de Fresno de los cazadores acompañan los cánticos de los podadores; los niños arman sus lazos á los pájaros á la orilla de los bosques, y las jóvenes se estrovan en los valles, sin otra defensa que su felicidad.

«O Seguridad! reina en adelante sobre la tierra de los hombres, para que nuestras mujeres y nuestras madres no vaeuyan á despertarse asustadas con el sonido del clarín, y para que nuestros hijos, al dar sus primeros pasos en nuestras plazas públicas, no se deslicen en la sangre de los ciudadanos dagollados!

## LOS JUEGOS.

*Nihil novum sub sole.* No hay nada de nuevo debajo del sol. En todos los países, en todos los climas, en el Norte como en el Mediodía, entre los negros como entre los blancos, en la choza del salvaje y en el palacio del cortesano; siempre y en todas partes, ha existido el juego con sus atractivos, sus violencias y sus excesos. Los dioses del paganismo destituidos en el día, habían convertido el Olimpo en un célebre garito. Mercurio primer súbdito entre la divina muchedumbre, inventó un juego, según nos refiere Platon; los parientes y colegas de Mercurio estaban demasiado bien criados para no adoptar una invención debida á un individuo de su familia; jugaban para rendir homenaje á los dios del juego, como se embriagaban por honrar á los dios del vino. Plutarco, que como Platon estaba enterado de cuanto pasaba en el Olimpo, refiere en su tratado de Isis y de Osiris una anécdota alguna tanto fabulosa. Pero Plutarco es un personaje grave, que no quería engañarnos; creamos, pues, á Plutarco como hemos creído á Platon.

Rhea amaba á Saturno, y era correspondida de él. El caballero Sol descubrió aquella reciprocidad de sentimiento y no la aprobó: los dioses de aquel tiempo eran susceptibles como los simples mortales en punto á sus esposas y queridas. Por acá abajo, los esposos ofendidos se vengan con la espada ó el código en la mano; en su calidad de dios, el Sol tomó una venganza correspondiente á su clase: condenó á Rhea á no parir jamás, fié á la culpable Rhea condenada á una prision eterna; y pobre diosa!.. El amor ha causado el mal, y el amor le reparó: entre un robo y una partida de whist, Mercurio se compadeció de Rhea y de la piedra pasó bien pronto á un sentimiento más fiero; pero era un dios muy pícaro comparado con el padre Sol, y no podía desencantar á Rhea, sino á fuerza de astucia y de destreza, y propuso á la Luna una parte de su proyecto reducido á una partida de cientos: Mercurio, aunque no lo dice Platon ni Plutarco, era muy diestro en aquel juego. Aceptó la Luna, y entre dioses no era posible que jugaran billetes de banco. Mercurio apostó su caduceo contra cada septuagésima parte del tiempo que no pasaría iluminarse el horizonte. La Luna perdió como no podía menos, porque Mercurio es el dios de los ladrones. Reunió las partidas ganadas á la Luna, y formó con ellas cinco días nuevos, y los ofreció muy gozoso á Rhea, que se aprovechó de ellos para parir. De este modo, el año que hasta entonces se había consistido con trescientos sesenta días tuvo trescientos sesenta y cinco.

Los romanos que creían en Mercurio, jugaban como los gentones, pueblos de Bengala y del Indostán, que creían en otra cosa. En vano gritaba Caton: «¡Fuil de los juegos de azar!» los hombres buían de los discursos de Caton, porque les parecía un censor muy fastidioso.

Los germanos, según Tácito, y los hunos, y según yo no sé quien, se jugaban á sí mismos: el que perdía quedaba esclavo del que ganaba. Empeñaban la libertad por un año, por dos, y á veces por toda la vida.

Ciertos negros más inteligentes que los germanos y los hunos, jugaban sus mugeres y sus hijos, lo que no impedía que un antiguo gefe bien pintarrajado y con el cabello rizado, pronunciase un discurso patético, sobre el sepulcro de un horroroso negro, que había jugado y perdido diez mugeres y veinte hijos durante su vida, y que exclamase con el aplomo de un hombre civilizado: fué buen esposo y buen padre: así haya recitado su galardon.

Los indios juegan sus dedos y sus ojos. Sin aguardar el desquite, el que pierde se hiere por debajo de la pupila con un punzón hecho al efecto, y se sarta el ojo con una destreza inaudita; jamás yerra el golpe: le coloca en un vaso, y continúa la partida. ¿Se quedará ciego, ó solamente inerte? de eso se trata. Si la suerte lo favorece, su adversario con el mismo punzón se saca un ojo. En ese caso, los indios jamás juegan más que tres partidas, porque es necesario que siempre quede un ojo, para servir de guía á los tres domesticados en sus respectivos vasos. Nosotros, jugadores raquíticos, como somos unos myrmidones, nunca hemos llegado, ni jamás estaremos á la altura de esos juegos de gigantes.

— Sin embargo, los europeos han sido siempre jugadores, pero rara vez á la manera de los germanos y de los hunos, y mucho más rara vez todavía á usanza de los indios. ¿Jugar á cortarse un dedo ó sacarse un ojo?... eso no. Únicamente es bueno para dedos y ojos de salvajes: los dedos y los ojos de los europeos son cosas muy preciosas para que los propietarios se deshagan de ellas tan fácilmente. En Nipoles y en algunas partes de Italia, los banqueros juegan su libertad: los germanos jamás han tenido otros jugadores en Europa.

La invención de los naipes remonta al tiempo de Carlos VI de Francia: en el Castillo de Nesle se hacía un gran consumo de ellos. Al principio, por falta de costumbre sin duda, se tomaban con seriedad las pérdidas: las catástrofes del palacio de Nesle son célebres en la historia de aquel tiempo. (No deben confundirse con las de la torre de Nesle, que ha trazado Alejandro Dumas.) Las cartas se imaginaron para distraer los fatigosos intervalos que la demencia dejaba al rey: el inventor, según todo nos induce á creerlo, fué un francés: las coronas y celos con flores de lis que tienen los reyes, revelan una mano francesa. El rey de espadas es David, el de oros César, el de bastos Alejandro, y el de copas Carlos-Magno. Un extranjero, habría ido á buscar un monarca francés: para hacerle figurar entre los mayores nombres de la antigüedad?

El padre Daniel ha creído que la sota de oros, era Hector de Galarde, capitán de la gran guardia de Luis XI. Hector es aquí el hijo de Priamo, de que se hacía descender á los monarcas franceses, por su hijo Astianacte, en los siglos XI, XII, XIII, XIV, XV, y XVI. Por célebre que fuese en su tiempo el Hector de Galarde de que el padre Daniel quiere hacer una sota, no puede ponerse en parangón con el Hector de Troya. La cortesía del inventor no pudo vacilar entre estos dos Hectores.

Lancelotto del Lago es uno de los caballeros del rey Arturo; Olier, un valiente de Carlo-Magno; y Lahire, es el famoso Estéban Devigoule, apellidado Lahire, que tanto contribuyó con su valor á consolidar el vacillante trono de Carlos.

Solo un francés debe y puede haber querido, al crear una distracción fivola: elevar un trópico histórico á los guerreros de su patria. Los naipes constituyeron casi un curso de historia de Francia. No pretendemos que deban sustituir á las escuelas de esa nación á las obras aprobadas, pero sería injusto no ver en el inventor de los naipes un hombre eminentemente francés y muy versado en la historia de su país.

*Dama*, viene del céltico *dam*, que significa una persona distinguida: *valet* (criado), se deriva también del céltico *va*, y hasta el siglo IX, ha querido decir indiferentemente hombre de guerra ó criado de servicio.

El padre Menestrier, piensa que Palas, Raquel, Judic, á

quien llama malamente Judith, y Argina, anagrama de *regrina*, expresan los cuatro modos de reñir por la hermosura la sabiduría, la picardía y el amor.

El padre Menestrier se equivoca, pues los cronistas de aquel tiempo dan otra interpretación á los nombres de las cuatro reinas ó damas de los naipes.

En idioma bretón, Judic, y no Judith, significa reina dos veces. Ana de Bretaña es á la que han querido designar. Hay nada más natural que esta honra bretona, y en lengua bretona, á una reina bretona? Ana de Bretaña no fué dos veces reina? No reñó dos veces en Francia, con su primer marido Carlos VIII y su segundo esposo Luis XII? Argina y Judic son una misma persona, la misma y única Ana de Bretaña. Como reina de Francia, Argina lleva en la cabeza una corona real y como soberana de Bretaña, una corona ducal, cada sobre el brazo. Quiere hacerse una prueba mejor? Itena y duquesa, reina dos veces; tal fué Ana de Bretaña.

Palas, diosa de la guerra: Raquel, diosa de la hermosura, indican que las cartas son el pasatiempo de las damas y de los guerreros.

Los primeros naipes fueron dibujados y pintados á mano, y por esta razón costaban muy caros; mas tarde se hizo grabado ó iluminado, y disminuyó su precio; entonces ya pudo usarlo el pueblo. Pero antes que las cartas alosasen á las clases inferiores de la sociedad, las elevadas estaban padeciendo una enfermedad, una fiebre de juego, que se descubría por mil extravagancias.

Un hijo natural del duque de Bellegarde, ganó cincuenta mil escudos á su padre; este le reconoció como hijo legítimo y aquel renunció á los cincuenta mil escudos ganados á su padre. Por aquella suma, el duque hizo lo que nunca había querido conceder á la voz de la sangre y á sus entrañas paternales.

En tiempo de Enrique III, el Louvre se transformó en una casa de juego en donde no se oía mas que el ruido de los dados y cartas, y los gritos de los jugadores.

Enrique IV, que seguía una canción, tuvo el triple talento de beber, apalcar y galantear, tuvo además otro de que no habla: amaba el juego, y le gustaba mucho ganar. Le era insostenible la virtud, y sus adversarios ordinarios, el mariscal de Basompierre, Sully, el italiano Pimentelli, MM. de Guisa y de Joinville, tuvieron que sufrir más de un sofión, cuando ganaban el dinero á S. M. Pero los jugadores y cortesanos, verdaderos estómagos de yegreza, todo lo dijeron, amenzas é injurias, cuando el dinero viene á ayudar la disipación, y la injuria sale de la boca de un rey. En el reinado de Enrique, merced al juego, un señor obtuvo una distinción que hasta entonces no habían gozado los príncipes ni los duques. Estos, dice Amelot de la Houssaye, no entran en carruaje en la casa real, mas que desde 1607, y este favor le deben al primer duque de Epemon. Todos los días jugaba con la reina Maria de Medicis; atormentado de la gata, y sin poder casi moverse, se aventuró á hacer entrar su carruaje en el patio del Louvre, y aquella temeridad le salió bien.

Las primeras reuniones de juego datan de aquella época. Sin distinción de clases ni de trages, la multitud era admitida en ellas á perder su dinero, y la multitud corría en busca de su ruina. El primer banquero conocido se llamaba Goua. Aquello por cuatrocientas libras diarias una casa en el arrabal de San Germain, para jugar durante la feria (cuatrocientos libras!.. aquella suma era enorme para la época; mas no por eso dejó de sacar mucha ventaja.)



Luis XIII, severo é implacable con los jugadores, hizo cerrar cuarenta y siete casas de juego, y condenó á los dueños á diez mil libras de multa.

Mazarino conocía lo que valen en política y en política ciertos medios, y afojó en la severidad de su antecesor. En su cardenalato, ó por mejor decir, en su cuasi reinado, volvieron á abrirse las casas de juego. Quería mas saber que los señores de la corte estaban ocupados en perder. su patrimonio, que no mezclándose en los negocios públicos: mientras jugaban, no conspiraban contra él.

Law creó el juego en el mercado público: las acciones del Misisipi, especie de quillina de las fortunas, e instrumento de ruina y de miseria, se negociaban por las calles y plazas. Algunos labayos enriquecidos, repentinamente, sirvieron de prospecto para aquel juego al aire libre, y pequeños y grandes, ricos y pobres, nobles y plebeyos, y mugeres, todos fueron contaminados del sistema de Law, sistema peligroso y fatal, porque estaba protegido por los gobernantes. Muchas gentes se abstienen por decoro de los naipes y dados. En cuanto el juego varió de nombre, las conciencias timoratas y tímidas no dejaron escapar tan buena ocasión de no jugar: un solo día fué suficiente para que alcanzasen y pasasen aun á los jugadores mas consumados.

El *Diario político y literario* del 45 de diciembre de 1776, refiere un rasgo que se se aviene muy bien con la escentricidad del carácter inglés:

Dos ingleses viajaban juntos. ¿Qué habían de hacer en el camino? ¿Porqué no se ha de jugar cuando hay olicion á ello? El movimiento del carruage fué favorable á sir John, que ganó gruesas sumas á sir Peter. La partida estaba tan bien consolidada, que no concluyó, aunque el carruage llegó á su destino; pero en un cuarto de una posada, la fortuna vió de bordo, y sir John tuvo que bajar la cerviz. Menos temático, menos inglés que sir Peter, cometió la impolítica de manifestar su mal humor. Perdió una puesta, y la reiteró con una provocación: apostó cinco mil guineas á que á veinte y cinco pasos sería mas afortunado con la pistola que lo habla sido con las cartas. Los espectadores franceses no veían en aquella baladronada mas que un arranque de mal humor de un jugador exasperado ¡oh sorpresa!... sir Peter se levantó tranquilamente y aceptó el desafío. Depositáronse las cinco mil guineas en manos seguras, buscáronse armas y testigos, y comenzó el duelo. La suerte no abandonó tampoco á sir Peter en aquella partida: hirió gravemente en un hombre al pobre sir John, que además perdió sus cinco mil guineas.

Los jugadores están sujetos á ideas muy extrañas. La pasión del juego desarrolla en ciertos espíritus extravagancias prodigiosas. Próximo á morir, un hombre dispuso en su testamento, que con su pellejo se forrase un tablero de damas, y que de sus huesos se hiciesen los peones.

El juego ignala y confunde todas las clases. Entre los jugadores no hay talento, riqueza ni nacimiento; ni hay mas que cartas. El príncipe de Condé admitía en sus partidas al actor Baron.

Un oficial jugaba una partida otra vez con un príncipe de la familia real. De repente se levantó con el semblante demudado y los ojos centelleantes.

— ¿A dónde vais? gritó el príncipe.

— Voy á proferir impresiones en una pieza inmediata.

— No, amigo mio, no es incomodéis; jurad aquí cuanto queráis.

El escríptulo del oficial no tiene ejemplo: un verdadero jugador no se molesta por nadie; jura delante de un príncipe

como delante de un igual suyo; el oficial era mas cortésano que jugador, y hubiera ganado mas en las anesaldas que en una mesa de juego.

Crédulos y supersticiosos, los jugadores son tímidos como unos niños.

— Cuantas veces corta ese caballero, decía un haencisista, estoy seguro de perder.

— Caballero, decía un jugador desgraciado á un espectador que se hallaba á su lado: no soy bastante rico para que permanezcáis junto á mí.

Por nada en el mundo jugarían unos en una mesa y otros en una pieza. Estos mudan de cartas ó de dados á cada paso, y aquellos atribuyen su suerte ó su desgracia á cierta parte de su vestido. Pedro suspira por la lluvia, que le es propicia, y Juan forma fervientes votos por el buen tiempo, que le hace ganar. Unos solo juegan de noche, y otros de día. Muchas mugeres han sido abandonadas porque los hombres las acusan de ser si genio malo en el juego.

¿Y hay acaso nada comparable al suplicio del jugador, que habiéndolo perdido todo no se le concede el jugar sobre su palabra?... queda clavado en su asiento, inmóvil, fija la vista en las cartas, que devora con sus miradas. Juega entre sí mismo, adopta un naipé, y aquel le es favorable: hubiera ganado y recobrado su fortuna. ¿Qué mala suerte!...

En 1735, un capitán del regimiento de Aueruia, en Bayona, perdió al billar hasta su último maravedí. Capitanes de infantería, pintores y poetas, no inspiran mucha confianza á los prestamistas. El oficial tascaba el freno en silencio; tenía una bola en la mano, que modia con desesperación; se la introdujo en la boca, no fué posible sacársela, y murió.

Los antiguos eran poco consecuentes consigo mismos. Tributaban culto á los dios del robo y del juego; adoraban divinidades libertinas y crapiosias, y se asombraban y afligían de la inmortalidad de los pueblos. De cuando en cuando, para reparar el mal ejemplo que daban sus dioses, les atribuían acciones sublimes. Qué buena decision han puesto en boca de Caco, uno de los tres jueces infernales!...

Claudio, emperador de los romanos, era tambien emperador de los jugadores; mientras vivió, se incensaron sus vicios y disoluciones; pero cuando murió, se dijo la verdad. Se pretendió que á su entrada en los infernos, habia sido condenado por Caco á recoger perpetuamente los dados de los jugadores. ¿Cuánta conciencia en aquel suplicio impuesto al jugador mas desenfrenado de su tiempo!... ¡Ver jugar, no jugar, y servir á los que juegan!... ¡Y un emperador!... ¡que humillación!... ¡que lección para los hombres!...

El juego inspira palabras llenas de una enerjiasalvaje que asusta y asombra. No es el hombre quien habla, es la pasión, la mas terrible, la mas penetrante de las pasiones, la única eterna. El amor desaparece con el tiempo y la santidad; la pasión del juego jamas se sacia. Escuchad, mirad á ese hombre que juega; pierde el pan de sus hijos, está loco. Quémase la casa y le avisas: permanecería jugando aunque ardiese, si sus adversarios mas felices, no quisiesen vivir para conservar su dinero.

Un recaudador de hacienda entra en una casa de juego y gana.

— Desgraciado, le dice al salir uno de sus amigos, ¿si hubieseis perdido qué hubiera sido de vos?

¿No tenía que atravesar un puente para ir á mi casa?

(Se concluirá.)

## EL BALENICEPS REX.

Este pájaro descubierta en la costa occidental de Africa por M. Gould, ornitologista inglés, se parece en muchas cosas á otro pájaro de la América del Sur, perteneciente á la



El *Balaniceps rex*.— Pájaro de Africa nuevamente descubierta.

El pico del *Balaniceps rex* (1) en forma de cuchara, es muy ancho, de color amarillo en el macho, y oscuro tostado en la hembra. Su cresta convexa, redonda en la parte superior y terminada en gancho á su estremidad, es de color de pizarra oscura, destacándose sobre el fondo amarillo del pico; los agujeros de la nariz son largos. La mandíbula inferior es membranosa por en medio. El redondeo de los ojos, de color amarillo, está pelado, y los ojos son de un ceniciento claro. Los tarsos son largos y están cubiertos de menudas escamas, y en esto se distinguen de las verdaderas avis zancudas que por el contrario tienen las escamas largueas.

Su color general es un ceniciento claro por encima y en las patas, y algo mas pálido en el vientre.

Las plumas de detras de la cabeza, son largas y forman una especie de copete ó cresta; este pájaro parece ser tan grande como el jabina de América: segun un dibujo de M. Gould tiene 127 centímetros de largo. Hasta ahora no se ha visto en Europa mas que la pareja que llevó á Inglaterra M. Gould. Se supone que el *Balaniceps rex* habita en los prados acantúicos del Africa, donde vive de moluscos, peces y reptiles que coje fácilmente con su ancho pico.

1. *Balaniceps*, palabra sacada de *Balena*, ballena, á causa, segun dice, de la forma del pico.

familia de los *Cochlorhynchus* de M. Lesson y conocido con el nombre de *Savam* (*Craucroma Lian*).

En la terminación del pico así como en la forma de las patas, se asemeja á otro pájaro cuya casta se ha perdido hoy, el budo ó *Dronte*, animal del cual no se posee mas que una cabeza y una pata fósil.

## EL NIDO DE CIGÜEÑAS

por  
ELIAS BERTHET.

Entre las pintorescas ruinas de los castillos fuertes que se elevan por ambas riberas del Rhin, de Strasburgo á Colonia, se distinguen aun á alguna distancia de Manheim, en una posición elevada, y feudal, por decirlo así, los restos de un antiguo *lang* que llaman Steinberg, y que corona una enorme roca cenicienta cuya base se baña en el agua: con sus sombrías murallas, su torre desmantelada, sus losas quebradas, y sus estatuas caídas en el polvo, merecería aun el nombre de *Nido de águila*, que emplean ordinariamente los novelistas para designar esas antiguas moradas desde donde los rapaces barones de la edad-media dominaban la llanura.

Antiguamente, la roca en donde se halla edificado el Steinberg, se hallaba totalmente desnuda; esa imponente masa que se alzaba de repente del seno del río con su sombrío tronco, habia debido amedrentar mas de una vez al batelero que se deslizaba sobre el Rhin, en su cargada barca, y al caballero que atravesaba el valle, del otro lado de la cadena de las rocas con un fardo precioso en su caballo.

Pero la industria moderna ha cambiado enteramente el

aspecto de esos lugares tan felices antes. La roca era muy vieja, y se caía en ruinas lo mismo que el castillo. El industrioso campesino principió por poner tierra vegetal, á fuerza de brazo, en los ángulos, y en las grietas de esa piedra desmoronaba, sosteniéndola con las pizarras que el mismo suelo suministraba; luego en esa tierra plantó viñas, y poco á poco la roca entera ha desaparecido debajo de los verdes pámpanos.

La yedra y las demás plantas parietarias hicieron en el castillo, lo que los campesinos habían hecho en su base.

En el día, castillo y roca presentan en la buena estación una masa verde, cuyo aspecto no tiene nada de terrible. La naturaleza y el hombre se han empeñado á porfia en ocultar esos antiguos restos de lo pasado; y la naturaleza y el hombre serán condenados si el que visita el Steinberg es un grave anticuario, y absueltos, si es un alegre amigo del vino del Rhin.

Tan poderosa es la vegetación sobre esas ruinas, que nadie creería hoy que el Steinberg se hallaba habitado hace apenas veinticinco años; y lo mas extraño todavía es que lo estaba por los descendientes de esos terribles señores que, en otra época, habían hecho de él el teatro de sus exacciones y de sus crueldades.

Los barones de Steinberg eran una de esas antiguas familias teutónicas cuyo origen se pierde en los tiempos fabulosos de la historia. Era un milagro que esa raza, bastante turbulenta y belicosa, hubiese podido atravesar sin aniquilarse, aquellas épocas de trastornos y de sangre que, desde Carlomagno hasta Napoleón, consumieron tantas razas y arruinaron tantos castillos, lo mismo en las orillas del Rhin que en otras partes.

Antes de nosotros la idea de querer presentar aquí la historia de la grandeza y de la decadencia de esa noble casa. Sin embargo, no impunemente sobrevivieron los ilustres barones y su morada á la terrible guerra de treinta años, á las invasiones de 1795 y de los últimos años del Imperio. En la época de que hablamos, es decir, hacia 18... el castillo, todo desmantelado, no tenía mas que el gran torreón y un ala pequeña que fuesen habitables, y la misma familia de Steinberg se reducía á dos personas, el baron Enrique de Steinberg, mayor de un regimiento al servicio de la Prusia, y su hermana Whilemina, que habitaba en las ruinas. El baron tenía veinticinco años, y veinte Whilemina. Su fortuna consistía principalmente en un árbol genealógico que podía cubrir, en verdad, de arriba abajo la cima mas alta del castillo, y en unos legajos de pergaminos con los cuales la joven había podido probar sus diez y seis cuarteles de nobleza en el capítulo de Strasburgo.

El baron Enrique iba con poca frecuencia á la morada de sus padres por causa de sus deberes militares; y además sus hábitos de disipación y de placeres le habían hecho aquella mansion insoportable. De este modo su hermana Whilemina vivía encerrada en una profunda soledad en el torreón del Steinberg, sin otra compañía que la de una vieja criada que la servía de madre, y el hijo de esta mujer, muchachon tan torpe como pesado, que se hallaba encargado de administrar los últimos restos de las tierras dependientes del feudo.

A beneficio de su carácter pensativo y melancólico, Whilemina había acabado por acostumbrarse á esta pacífica existencia. Aquella sombría habitación se hallaba poblada con los recuerdos de su raza, y por eso no había querido nunca salir de ella. En vano su hermano, conociendo el aislamiento en que se hallaba, la había dicho mil veces que se decidiese á entrar en un convento católico de Mautheim, en donde ha-

bia sido educada; la joven contestaba á todas sus instancias que la permitiese conservar su independencia, y el baron habia accedido á sus súplicas hasta entonces.

Sin embargo, esta posición no podía durar mucho tiempo: Whilemina se había vuelto una joven encantadora cuya dulce belleza metía mucho ruido hasta en Heidelberg, la ciudad universitaria que se hallaba á muchas millas de distancia. Era imposible que permaneciese así confinada toda su vida en aquel torreón desmantelado, y por eso el mayor, á pesar de sus egoístas cuidados, se propuso colocar á su hermana en una posición mas digna de ambos.

Entretanto, la hija y heredera de los antiguos señores del Steinberg vivía en un estado muy próximo á la pobreza. Las rentas del feudo eran muy módicas, limitándose únicamente á los productos de una pequeña viña plantada en un huerto de la roca; por fortuna el vino que producían esas miserables cepas era de lo mas esquisito.

El precio de la única viña de que se componía la cosecha anual, bastaba para las necesidades de los habitantes del palacio; era tan poco lo que gastaban en un modesto jarritin que el hijo de la criada había formado en el antiguo patio de honor del castillo, producía frutas y algunas legumbres para el consumo de la reducida colonia, y por último el baron, á pesar de su conducta, que suponían ser algo desordenado, solía enviar de cuando en cuando algunas cortas cantidades á su hermana.

Como podía segregarse este dinero de su corto sueldo? Esto es lo que dificilmente se explicaba, porque el baron no pasaba por económico; pero Whilemina y la señora Reutner tenían muy pocas ideas prácticas sobre la vida de un oficial para que les sorprendiera esta circunstancia. Farique era bienvenido á sus ojos un hermano generoso que se contentaba con lo estrictamente necesario á frusque de sostener el rango de su casa.

A pesar de este miserable estado á que se hallaban reducidos los descendientes de los barones de Steinberg, los habitantes de las cercanías estaban muy distantes de manifestar en su presencia ni menosprecio ni satisfacción menguada. En esa antigua y feudal Alemania, el campesino, apenas emancipado de la servidumbre, no ha aprendido aun á tirar piedras á la grandeza en desgracia.

Cuando Whilemina bajaba los domingos á una aldea de pescadores situada al pié de la roca para oír masa; cuando la veían con su sencillo vestido de lana, su sombrero de paja en la cabeza, y su libro de misa en la mano, acompañada únicamente de su vieja Magdalena, era acogida por todas partes con un respeto casi religioso.

Para los pacíficos habitantes de la aldea, Whilemina personificaba la poesía del pasado, era hija de aquellos feroces guerreros, cuyas hazañas, violencias é historias lúgubres, representaban hacia siglos las tradiciones de la comarca.

Por otra parte Whilemina era tan graciosa y tan bella! A falta de otra superioridad habría podido disfrutar la de la hermosura. Por esto aquellos aldeanos, que tan oprimidos habían sido por sus antepasados, consideraban á la señorita de Steinberg como un visible representante de la Divinidad sobre la tierra, y en cuanto á su hermano no se hablaba de él mas que temblando, como si aun conservase el poder de desencadenar sobre el pais las plagas que le dolerian en tiempo de los difuntos barones.

Pero ya hemos dicho lo bastante para hacer comprender al lector los sucesos que vamos á desarrollar ante sus ojos, así, sin añadir aquí detalles que se presentarán naturalmente en el curso de la narración, vamos á trasportarnos

desde luego al castillo de Steinberg, sobre la plataforma del viejo torreón, en medio de una triste tarde del mes de abril.

Ese torreón se elevaba, como hemos dicho, sobre el punto mas culminante de la roca y dominaba todo el pais. Era de forma cuadrada, sin adornos ni ventanas, porque no pueden considerarse como tales las estrechas aspilleras que entrecubrían su negra superficie, ni tampoco pueden llamarse adornos sus chapiteles y almenas quebradas. Adherido al torreón principal, había una torrecilla redonda mas saliente y ligera, que presentaba su cabeza, en forma de salero, un poco mas abajo de la plataforma.

Esto era poco mas ó menos todo lo que quedaba en pié del antiguo castillo; exceptuando una especie de pabellon socavado donde dormía el hijo de Magdalena, las demás partes del palacio habían ido rodando á la falda de la roca y cubrían el suelo en torno del patio de honor, que se habia convertido en huerto. Un sendero se deslizaba á través de los escambros, que pasando por encima de las ruinas de la portera bajaba serpenteando hasta la aldea, y por este sendero únicamente se podía subir al castillo; solo él unía á los tiempos presentes aquellas reliquias venerables de los siglos pasados.

Whilemina y su criada se hallaban en aquel momento en lo alto del torreón, cuya plataforma servía en el verano de paséo y de gabinete de trabajo.

La señora Magdalena Reutner, sentada en un banquillo, se hallaba recostada en una almoha que la protegía contra el viento, siempre bastante fuerte á aquella altura; tenía unos sesenta años; su ademan era grave, sereno, y de una inmovilidad algun tanto afectada. Llevaba el traje de las aldeanas ricas; lasquinta corta de anchos pliegues, justillo abrochado sobre el pecho, y en la cabeza una ancha papalina de forma extraordinaria; á la sazón estaba haciendo medias de lana para su hijo.

En el modo lento y acompasado con que la buena anciana echaba los puntos de su media, al verla con su ovillo de lana en el bolsillo y una de sus agujas en la cabeza, se concebía al instante uno de esos tipos fenomenos pesados de inteligencia y ademanos que tanto abundan en Alemania. Con el cuerpo derecho, y la cabeza alta, hacia media como hace el ejercicio el soldado, sin perder el equilibrio de sus hombros; fría y taciturna, todo en ella anunciaba la obediencia pasiva, el respeto profundo y maquinal por aquello que había aprendido á respetar desde su infancia.

Únicamente se animaba un poco cuando se trataba del esplendor pasado de los Steinberg, y de las antiguas tradiciones relativas al castillo. En cuanto á esto Magdalena poseía riquezas inagotables; á la menor insinuacion adquiría una soltura de lengua prodigiosa, y su voz, su ademan y su mirada tomaban una expresión verdaderamente elocuente. Fuera de estos casos, siempre se hallaba sumergida en su pensativa y solemne tristeza.

## II.

Whilemina formaba un contraste notable con esa ajeja muestra de la antigua raza teutónica, fría, crédula y aminorada. Whilemina tenía veinte años, era rubia y de una estatura un poco alta. En toda su persona había una ligera tendencia á la robustez, pero sin embargo, sus manos y piés eran de una finura, realmente estravagante. Su fisonomía redonda y fresca, con los labios rojos y los ojos rasga-

dos, se hallaba adornada de hermosos cabellos castaños que caían en dos trenzas sobre sus hombros, á la moda suiza.

Su traje, sinamente sencillo, consistía en un vestido de lana negra exactamente ajustado sobre el busto y botando en largos pliegues hasta el suelo.

Vestida de este modo, la hija de los feroces barones de Steinberg con su fisonomía rosada, rehusando salud, habría hecho la mas preciosa *lingfrau* que pueda darse, pero en ciertas señales se conocía al punto el alto origen de Whilemina. Su aire de dignidad, sus ademanos nobles, demostraban la descendiente de aquellos caballeros indomables que habían sabido mantener su feróz independencia contra la Alemania armada.

Ademas Whilemina poseía un alma ardiente bajo aquella apariencia graciosa, y su organización podía en un momento dado manifestar toda la energía devorante que la pasión es capaz de inspirar.

Whilemina, en pié contra el pretil en frente de su criada, tendía su mirada sobre el luminoso paisaje que tenía á sus piés. Su rostro manifestaba la melancolía; con la mano apoyada sobre una almoha, y el cuerpo un poco inclinado hacia adelante permanecía inmóvil como una estatua.

Magdalena esperaba en un respetuoso silencio á que su joven ama la dirigiese la palabra. Por fin Whilemina salió de su contemplación, y se adelantó lentamente hacia la criada.

— Qué triste está este tiempo, Magdalena! la dijo con acento melancólico; el cielo está negro, y hace un viento muy frío; nunca me ha parecido tan lúgubre este viejo castillo... Tengo el corazón oprimido como si me fuese á suceder una desgracia. Y tú tambien, por qué no hablas? Estas tan triste como el cielo, como el viento, y como este arruinado torreón!

— Así deben estar los criados fieles del Steinberg, respondió la anciana con voz magistral y sin alzar los ojos, sobre todo si comparan el presente con el pasado.

— Y por qué hemos de pensar en lo pasado, mi buena Magdalena? Por mi parte te aseguro que todos mis pensamientos siempre están en el porvenir.

— Las dos estamos mirando, vos adelante, porque sois joven, y yo hacia atrás porque soy vieja... Nuestros ojos no han visto lo que vieron los míos... hace tiempo.

(Se continuará.)

## CURIOSIDADES DE LA EXPOSICION DE LONDRES EN 1851.

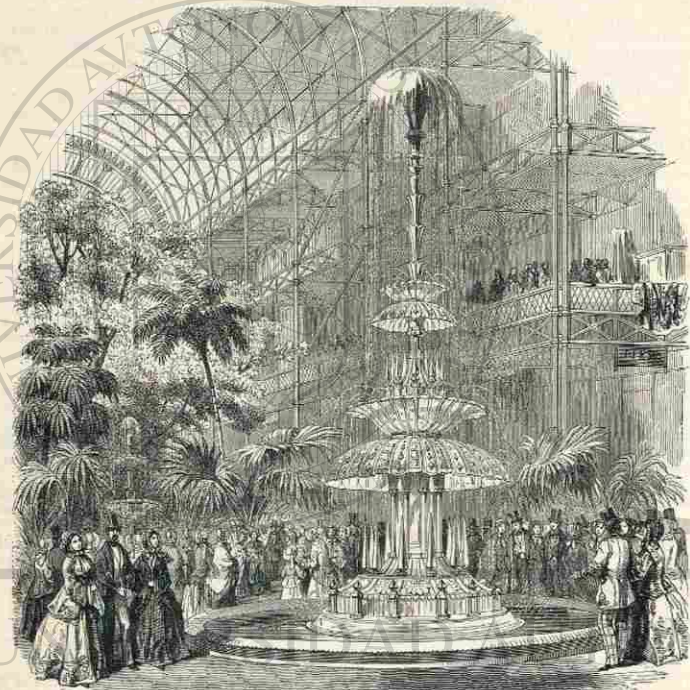
## LA FUENTE DE CRISTAL.

Uno de los objetos que mas llamaban la atención en el palacio de Hyde Park, entrando por la puerta principal del Sur, era la brillante fuente de cristal delgada á un fabricante de Birmingham, M. Osler. Estaba colocada exactamente en el centro del edificio, en la interseccion del eje de la nave con el del crucero, ofreciendo no solo un punto de vista de los mas elegantes de la Exposición, sino tambien la frescura que esparcian sus cristalinis aguas en esa parte del palacio, circunstancia que la convertía además en un objeto de utilidad de los mas preciosos. A esto debemos añadir que es muy digna del puesto de honor que la concedieron, porque, sin contradicción es la mejor muestra que podía haberse presentado de la industria de la cristalería.

La materia empleada en esta fuente, es tan pura, tan blanca y brillante como la de Bohemia; sabido es que en este punto la Inglaterra aventaja á menudo á la Bohemia; que á su vez le es tambien superior en cuanto á los colores y las

formas. Los cristales fueron cortados de manera que pudiesen reflejar toda la luz que diese en ellos, de suerte que el espectador no podía distinguir su arazon interior que es de metal y sostiene toda la fuente. Porque mas que esto se sepa, no por eso se destumbra uno ménos al aspecto de esa masa cristalizada coloreada de mil rayos diferentes, cuya altura es de mas de ocho metros, y que parece un recuerdo

encantado de las Mil y una Noches. En las novelas de Oriente, decia con este motivo un escritor inglés, ó en la escena final de alguna ópera, hemos' solito ver pintada una fuente de cristal; pues estábale reservado á un cristalero de Birmingham el demostrar que esas pinturas pueden convertirse en una palpable realidad, que los sueños del poeta pueden traducirse en hechos, bajo la callada mano del obr-



Exposicion de Londres.—La fuente de cristal.—Dibujó de FARRER.

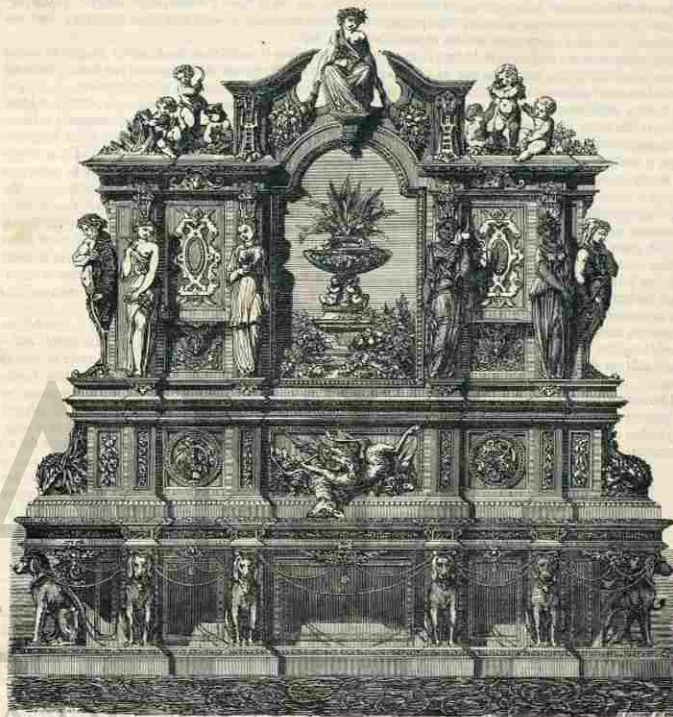
ro, y que la arena y el soda pueden llegar á correr fluidos, transparentes, llenos de luz, en curvas tan limpias, tan onduladas y graciosas como las aguas que caen incesantemente en el pilón del monumento.

En la construcción de esta fuente han entrado mas de cuatro mil kilogramos de cristal. Su gran mérito, para los que lo entienden, consiste no solamente en la pureza del cristal y en su excesiva blancura, sino tambien en lo bien ajustadas que se hallan las piezas de que se compone. Su dibujo general es bastante gracioso; pero es lástima que el

pilón inferior no sea tambien de cristal, pero para esto se habria necesitado mucho gasto, y ademas se habrian aumentado considerablemente las dificultades para ajustar las piezas, á causa de sus enormes dimensiones.

Una porción de palmeras y de tiestos de flores, colocadas con profusion en torno de la fuente, realzaban mas y mas su efecto pintoresco; el todo de ella está dibujado sobre el fondo de las vidrieras, en donde los antiguos olmos de Hyde Park respetados por el arquitecto, despliegan un fresco abanico de verdura.

CURIOSIDADES DE LA EXPOSICION DE LONDRES EN 1851.



El aparador-Estradaoite.—Dibujó de Thierand.

Este aparador no brilla por la riqueza de su materia, puesto que todo él es de nogal; lo principal es el arte que hay en él. Desde los primeros dias de la Exposicion se hizo célebre; no hay un extranjero que no le conozca, y desde luego fué bautizado con el nombre del fabricante á quien es debido. Por otra parte hubiera sido muy difícil el darle un nombre en relacion con su empleo: por sus inusitadas dimensiones, y su falta de profundidad, mas que un aparador, parece un adorno de pared para un gran salon de aparato. Se compone de dos cuerpos sobrepuestos: el de abajo, que es muy saliente y puede servir de consola, se halla formado por un zócalo de un gusto severo, sobre el cual hay sentados cuatro perros encadenados, que sostienen con sus cabezas la parte destinada á recibir los jarrones de flores, los canastillos de frutas, y las bandejas de refrescos. A cada estremidad, un perro de perfil termina la consola en ángulo saliente.

T. III.—PARIS.—IMP. BLOISVAC.

Cuatro grandes figuras representando la Europa, el Asia, el Africa y la América, graciosas y ligeras, sobresalen en el centro del edificio que, de una altura igual á su anchura, forma una pirámide elegante. En medio, bajo el fronton, hay un nicho simulado donde se ven flores y frutas que, segun el pensamiento del autor, debieron ser ejecutados en tapicería; más abajo se ve un hermoso bajo-relieve de animales muertos, y á cada lado un medallón circular con un trofeo de espigas, pámpanos, uvas etc.

En medio del fronton, y dominándolo, se ve una figura de la Abundancia derramando frutos; á derecha é izquierda hay un grupo de niños vendimiadores desmenuados en medio de las cepas, y de niños segadores en medio de los trigos.

Se han aprovechado en esta obra todos los recursos de la ejecución moderna, para que en todos sus pormenores se descubra una perfeccion digna del conjunto de la composición. Por varios puntos, algunas tintas oscuras ó rojizas,

y varias clavijas mas blancas que lo demas de la madera, unen el encanto del colorido poder del modelado y del relieve. La figura del Africa ofrece bajo este punto de vista una laudable innovacion; las carnes tostadas, los pendientes, los collares y braceletes lijamente teñidos de vermillion, el vestido dividido en partes transversales mas claras ó mas oscuras, recuerdan el color bronceado que da á las carnes el sol del ecuador, así como los adornos y las telas de colores fuertes, están en armonía con los gustos de los pueblos de Oriente. En todas las demas figuras, en los animales, los accesorios y las frutas, se ven también estos artísticos reflejos. Los detalles de ornato puro pertenecen á ese estilo que, sin ser la expresion esclusiva de nuestra época, es sin embargo el único que podemos reclamar como nuestro. Si nos permitimos hablar así, la llamaremos «renacimiento contemporáneo», es decir, el mismo estilo del siglo XVI modificado con gusto y con talento, y continuando libremente la tradicion nacional por el ancho camino abierto sucesivamente por los inmortales genios de las hienas épocas antiguas y modernas.

La composicion es debida á M. H. Protat, que ha ejecutado todos los modelos, y dirigido la ejecucion en madera, ratocando las partes principales. M. Protat es un joven escultor conocido ya del público francés en las últimas Exposiciones.

El hermoso grupo de animales muertos, ha sido ejecutado por los señores Alejandro Guillonnet y Mesublaine. Los ornatos y trofeos son de los señores Jeancourt, Metoyer, Tallon y Chevresin.



LOS JUEGOS.

(Véase la página 2.)

¡Qué pasión, que no deja medio entre la fortuna y la deshonra!... Muchas veces la vida de un hombre depende de la moralidad de su adversario. Estremecer solo el pensarlo, y serian de desear penas severísimas contra el caballero de industria, contra el ladrón de salón, que explota su habilidad.

Todos los pueblos de la tierra, antiguos y modernos, han formado leyes contra el juego: entre los griegos y romanos eran de una severidad excesiva. Hasta los japoneses con esa humanidad de cambios que les es propia, decretaron la pena de muerte contra los individuos que fueron sorprendidos jugando. Dracon era digno de haber nacido en el Japon; sin embargo, no dejó de aprovecharse de la casualidad que le diera á Lacedemonia por patria.

Enrique VIII y Jorge III de Inglaterra, prohibieron jugar á los artesanos bajo pena de multa y de prision. Durante las fiestas de Navidad quedaba suspensa la prohibicion. Estrafico decreto que no alcanzaba á los nobles ni á la clase media... Extraña tolerancia que permitia profanar con placeres mundanos, y reprobados, los santos dias del nacimiento del Salvador!...

Carlo-Magno en sus Capitulares, privaba á los jugadores de la comunión de los fieles.

En 1315, Carlos IV, llamado el Hermoso, prohibió los juegos de dados y otros varios. Los delincuentes incurrian en la multa de cuarenta sueldos parisienses.

Carlos IX, cerró todas las casas de juego del reino. Seria demasiado prolijo enumerar todos los decretos expedidos para refrenar el juego: no ha habido príncipe que no haya dictado medidas contra esa pasión.

En nuestros dias, la cámara francesa de diputados, volvió por la causa de la moralidad pública, y por unanimidad, concluyó con la ruleta y demas juegos, en el que pueblo perdía sus ahorros, y se acostumbraba á robar para tener con que jugar.

Es infinita la variedad de los diferentes juegos de naipes y de dados; algunos de ellos apenas han llegado hasta nosotros: apenas conocemos mas que los nombres.

Si suprimimos la berlianga, el whist, los cientos, el imperial, el quince, el ajedrez, las damas, el chaquete y el billar, no nos quedará casi nada. Nuestra época no ha inventado mas que el ecarté, que después de haber brillado con mucho esplendor en los salones, ha ido á terminar su carrera en las antecámaras con los lacayos y criadas. El ecarté, ya no existe; ¡séale la tierra leve!... ¡pat á sus cenizas!... Nuestros jugadores, con grande ingenuidad suya, no han producido mas que el ecarté en treinta ó cuarenta años. Nuestros abuelos eran mucho mas inventores y fecundos. Podian disponer para su ruina de toda especie de juegos. Cuando se cansaban de perder á un juego, adoptaban otro: esta variedad los hacia descensar.

Primero se introdujo el *ambigu*, y luego la *baceta*, importada de Italia á Francia en 1674, por Jusianini, embajador de la república de Venecia. ¡Qué diferente destino en los dos países!... El noble veneciano, padre de la baceta, fue por los crímenes de su hija, destrerrado de su patria; en Francia, tierra prometida de los extranjeros, la hija del destrerrado, gozó su tiempo de Luis XIV de una inmensa boga: su padrino Jusianini fué obsediado y bien recibido del rey y de toda la corte; á principios del siglo, existían todavía varios juegos como el de *Belles Fleurs*, (á la flor) y la *bestia ó el burro* que se juega con treinta y dos cartas entre dos, tres, cuatro y cinco personas. El *biribi*, es tambien una importacion de Italia como la *berlianga*, que solo usan en el dia las jentes de cabeza muy dura, y de talento demasiado limitado para aceptar las combinaciones del whist. La *brisca brisquavivelle* y *cavagnola*, que nació en Génova á mediados del siglo XVIII: el *cometa*, que se juega con dos barajas sin los ases: el *comercio*, juego elástico que admite desde tres jugadores hasta doce: el *cuco*, juego todavia mas elástico que el *comercio*: *cul de sac*, *gimbardea*, *gimqueta*, *duppe*, *emprunt*, *ferme*, la *oca*, de origen catalán, emigrado á Roma, y comarcalizado en Francia por el cuidado del cardenal Mazarino: el *hambree*, juego digno de su título por los muchos cálculos, y profundos estudios que exige: el *hombre de Atenencia*, el *imperial*, inventado en tiempo del emperador Carlos V: el *lanquenete* que ha tomado su nombre de los infantes alemanes llamados lanquenetes, que fueron á Francia en el siglo XIV: *lindoro ó el enano amarillo*, *matilla*, *mediator*, *pajñilo*, *mariposa*, *espaldas*, *medrille*, *cientos del célico piqué*, (escojer): cada uno de los dos jugadores recibe doce cartas, y elije las que quiere conservar, las demas las pone á un lado. *Cuarenta de reyes*, *quince*, *recesino*, juego muy ridiculizado hace algunos años, y que nació en el reinado de Francisco I; los galantes caballeros de aquella época, eran tan inconstantes en el juego como en el amor: una mismas damas, y unos mismos juegos, no podian agradarles mucho tiempo. Como el amo daba ejemplo de lijereza é inconstancia, la corte y la ciudad procuraban imitarle. A estos aficionados á innovaciones, les fué necesario un juego que fuese una marcha y un orden enteramente opuestos á los que ya se conocian.

El *sixte*, *sizette* y *solitario*, que se jugaban con barajas diferentes de las que hasta entonces se habian usado en

Francia. *Trece*, *treinta y cuarenta*, *treinta y una*, *treinta y cinco*, *whist*, juego inglés generalmente adoptado en el dia en la buena sociedad.

De las cartas pasamos á los dados y juegos de habilidad. *Ballon*, *belle*, con dados, especie de ruleta con 404 números, procedente de Italia: *Billar*, *blanca*, juego semejante á la lotería, originario tambien de Italia: *bolos*, *damas*: el padre Daniel, cuyo opinion forma autoridad, pretende que fueron inventados por los romanos, y que se llamaban *ludus intraneutorum*, el juego de los pedacos de madera. Oriflío y Luciano les han consagrado algunos versos. Los germanos les aprendieron sin duda de los romanos, y le dieron el nombre que tiene entre nosotros. La version del padre Daniel encuentra naturalmente contradicciones. *Damm*, en alemán significa muralla, fortificacion, y *damen* jugar á la fortificacion: habremos ido á Alemania á buscar nuestro juego de damas y su nombre? *Recreo de Marie* con cubilete y dados: *domino* y el *ajedrez*, participan con otros juegos de un nacimiento problemático. Otros atribuyen el ajedrez á Palamedos, otros á Sersa, consejero intimo de Anomolir rey de Babilonia. Eurípides, refiere que Ajax y Protesila jugaban al ajedrez. Homero por su parte nos representa á los aspirantes á Penélope, jugando tranquilamente al ajedrez á la puerta de su inhumana. Otros suponen el ajedrez originario de la India. Porque segun ellos, su primitivo nombre árabe ó persa significa rey, principal pieza del juego. Segun la misma opinion, le inventó un brahman llamado Sissa ó Sisa, hacia el siglo V, para Sirham, rey de la India. Hay personas que atribuyen al ajedrez un origen alemán, apoyándose en la palabra alemana *Schack*. Que el ajedrez sea árabe, persa, chino ó alemán, importa muy poco: consignemos su antigüedad, y no procedamos á mas averiguaciones.

Carlo-Magno era gran jugador de ajedrez. Hidre refiere que durante algunos siglos se conservaron en el tesoro de San Dionisio las piezas del ajedrez que pertenecieron al grande emperador.

Carlos XII, ese soldado coronado, amaba con pasión tambien el ajedrez, que le recordaba los azares de la guerra: durante su cautiverio en Bender, en Turquia, ya que no podia batir á los rusos en el campo de batalla, se consolaba con vencerlos en el ajedrez.

Luis XIII tenia el mismo gusto que Carlos XII, pero no provenia de su afición á la guerra. Para jugar en el coche, tenía un tablero bordado en uno de los almohadones: las piezas terminaban por un alfiler, y se clavaban en él.

Don Juan de Austria, el héroe de Lepanto é hijo natural de Carlos V, habia hecho embalsamar una pieza de su palacio á manera de ajedrez. Tendíase en el suelo y pasaba dias enteros jugando, ó mas bien combinando evoluciones militares ó movimientos estratégicos.

Después de todas estas testas coronadas, después de esos grandes príncipes, será muy modesto citar á Filidor, por este, aunque simple vasallo, era el rey del ajedrez, y ni Carlos de Suecia, ni Luis de Francia, hubieran podido luchar con aquel invencible adversario.

*Esperanza*, *dados*; *guerra*, *dados* y fichas; *himeneo*, juego de tablero con dados y fichas; el *krabbs* se juega con dos dados que producen treinta y cinco variaciones, era de origen inglés: el *juego de las llaves*, antiguamente de niola en la jurisdiccion de Chambrade y en la hallia de Etampes era una diversion peligrosa, porque se jugaba con un pedazo de hierro, que solia penetrar en la carne y causaba heridas graves. El 16 de junio de 1779 un mandato de fiscal, prohibió el juego de las llaves: prohibición que fué confirmada el 10 de julio de 1781. La *loteria* que vino de Italia. El príncipal del decreto expedido por el Consejo de Estado, para la creacion de la loteria en Francia, es muy curioso, decia así: «Habiendo llamado la atención de S. M. la inclinacion natural de sus súbditos, á emplear su dinero en loterías particulares, y deseando proporcionarle un modo cómodo de crearse una fortuna segura y agradable, y aun enriquecer á su familia... ha creído convenientemente establecer en la casa de ayuntamiento una loteria real de diez millones.»

El bondadoso y filántropo Consejo de Estado, no previa que un siglo mas tarde, la loteria seria condenada y abolida por el mismo interés del pueblo. A otros tiempos, otras costumbres.

*El mollo*. Con un mazo de madera guarnecido por ambas puntas de hierro, se empuja una bola tambien de madera. *Mapo-Mundi*, juego de tablero; *Marina*, juego de dados y cubilete; *oca*; *parés* y *nonés*; *embudo*; *formos*; *gallina á palla de Enrique II*; *perfecta igualdad*; *posse-dix* y *Picno*. Filipo nos refiere que la pelota se debe á Pithus ó Pieno; pero no se toma el trabajo de decirnos en qué siglo ni en qué país viva el señor Pithus ó Pieno, y su erudicion no nos sirve de gran cosa. Segun Ateno, el honor de la invención pertenece á Nausicaa, hija del rey Alcino; segun Dicarico á los de Sicione; segun Hispato, á los lacedemonios; segun Herodoto, á los de Lydia, los griegos y los romanos. Cuando colieron los modernos la atencion á no jugar á la pelota al aire libre? Hé aquí una cuestion grave que no nos permitiremos decidir. Probablemente algun dia la lluvia calaría á los jugadores, ó el sol les calentaria demasiado, y los aficionados calcularian que contra el sol y la lluvia no habia mejor preservativo que construir un pabellon cubierto, y así lo hicieron. Primero se jugaba á la pelota con la palma de la mano. Después de bincarse muchas manos, y de lastimarse los dedos y los brazos, vinieron los guantes dobles, y por último apareció la pala, la mas reciente y elevada expresion de la civilizacion en materia de pelota. El uso de la pala se remonta al siglo V.

Las *cuatro flores*, *bolos*, *quinquenaco*, *recreo*, *quiere*, y *ruete*, inventados en las casas publicas de juego de Servis y de Soissons; *los*, *tourne* *voas* y *chaquete*.

Belagi, rey de la India y tributario de Nushiravan, rey de Persia, no sabiendo como disipar la tristeza que le consumia desde la mañana á la noche, concibió y ejecutó el proyecto de rebelarse contra su señor. Estalló la guerra entre ambos pueblos; guerra furiosa en que perdieron la vida millares de hombres, y en que fueron saqueadas ciudades florecientes; en fin, batido, cercado y vencido, Belagi hizo al vencedor la mas necia de las proposiciones, y éste todavia mas necia la aceptó. Belagi consintió en someterse, si los persas, por sí solos, y sin auxilio de nadie, logran descubrir el mecanismo del juego del ajedrez. Nushiravan, segun esta prueba, debía ser un príncipe escocente; no tenia mas que decir una palabra, hacer un gesto, y Belagi era su prisionero, su esclavo, y se concepnariya muy feliz con no sufrir la prision y la esclavitud; y sin embargo, Nushiravan el vencedor de los vencedores, se deja engañar por una proposicion que todo lo hacia dudoso... ¡Oh grande Nushiravan!... Bourgeoisulis, uno de los consejeros íntimos del rey, de cabeza cuadrada y talento profundo, casi hechicero, el Filidor de la Persia, halló á los indios en este terreno, como su amo los habia batido en el campo de batalla. Hé aquí, pues, á los indios con justa razon tributarios de la Persia, por haberse apropiado el derecho de la victoria y del ajedrez.

bió el juego de las llaves; prohibicion que fué confirmada el 10 de julio de 1781. La *loteria* que vino de Italia. El príncipal del decreto expedido por el Consejo de Estado, para la creacion de la loteria en Francia, es muy curioso, decia así: «Habiendo llamado la atención de S. M. la inclinacion natural de sus súbditos, á emplear su dinero en loterías particulares, y deseando proporcionarle un modo cómodo de crearse una fortuna segura y agradable, y aun enriquecer á su familia... ha creído convenientemente establecer en la casa de ayuntamiento una loteria real de diez millones.»

El bondadoso y filántropo Consejo de Estado, no previa que un siglo mas tarde, la loteria seria condenada y abolida por el mismo interés del pueblo. A otros tiempos, otras costumbres.

*El mollo*. Con un mazo de madera guarnecido por ambas puntas de hierro, se empuja una bola tambien de madera. *Mapo-Mundi*, juego de tablero; *Marina*, juego de dados y cubilete; *oca*; *parés* y *nonés*; *embudo*; *formos*; *gallina á palla de Enrique II*; *perfecta igualdad*; *posse-dix* y *Picno*. Filipo nos refiere que la pelota se debe á Pithus ó Pieno; pero no se toma el trabajo de decirnos en qué siglo ni en qué país viva el señor Pithus ó Pieno, y su erudicion no nos sirve de gran cosa. Segun Ateno, el honor de la invención pertenece á Nausicaa, hija del rey Alcino; segun Dicarico á los de Sicione; segun Hispato, á los lacedemonios; segun Herodoto, á los de Lydia, los griegos y los romanos. Cuando colieron los modernos la atencion á no jugar á la pelota al aire libre? Hé aquí una cuestion grave que no nos permitiremos decidir. Probablemente algun dia la lluvia calaría á los jugadores, ó el sol les calentaria demasiado, y los aficionados calcularian que contra el sol y la lluvia no habia mejor preservativo que construir un pabellon cubierto, y así lo hicieron. Primero se jugaba á la pelota con la palma de la mano. Después de bincarse muchas manos, y de lastimarse los dedos y los brazos, vinieron los guantes dobles, y por último apareció la pala, la mas reciente y elevada expresion de la civilizacion en materia de pelota. El uso de la pala se remonta al siglo V.

Las *cuatro flores*, *bolos*, *quinquenaco*, *recreo*, *quiere*, y *ruete*, inventados en las casas publicas de juego de Servis y de Soissons; *los*, *tourne* *voas* y *chaquete*.

Belagi, rey de la India y tributario de Nushiravan, rey de Persia, no sabiendo como disipar la tristeza que le consumia desde la mañana á la noche, concibió y ejecutó el proyecto de rebelarse contra su señor. Estalló la guerra entre ambos pueblos; guerra furiosa en que perdieron la vida millares de hombres, y en que fueron saqueadas ciudades florecientes; en fin, batido, cercado y vencido, Belagi hizo al vencedor la mas necia de las proposiciones, y éste todavia mas necia la aceptó. Belagi consintió en someterse, si los persas, por sí solos, y sin auxilio de nadie, logran descubrir el mecanismo del juego del ajedrez. Nushiravan, segun esta prueba, debía ser un príncipe escocente; no tenia mas que decir una palabra, hacer un gesto, y Belagi era su prisionero, su esclavo, y se concepnariya muy feliz con no sufrir la prision y la esclavitud; y sin embargo, Nushiravan el vencedor de los vencedores, se deja engañar por una proposicion que todo lo hacia dudoso... ¡Oh grande Nushiravan!... Bourgeoisulis, uno de los consejeros íntimos del rey, de cabeza cuadrada y talento profundo, casi hechicero, el Filidor de la Persia, halló á los indios en este terreno, como su amo los habia batido en el campo de batalla. Hé aquí, pues, á los indios con justa razon tributarios de la Persia, por haberse apropiado el derecho de la victoria y del ajedrez.

Belagi, rey de la India y tributario de Nushiravan, rey de Persia, no sabiendo como disipar la tristeza que le consumia desde la mañana á la noche, concibió y ejecutó el proyecto de rebelarse contra su señor. Estalló la guerra entre ambos pueblos; guerra furiosa en que perdieron la vida millares de hombres, y en que fueron saqueadas ciudades florecientes; en fin, batido, cercado y vencido, Belagi hizo al vencedor la mas necia de las proposiciones, y éste todavia mas necia la aceptó. Belagi consintió en someterse, si los persas, por sí solos, y sin auxilio de nadie, logran descubrir el mecanismo del juego del ajedrez. Nushiravan, segun esta prueba, debía ser un príncipe escocente; no tenia mas que decir una palabra, hacer un gesto, y Belagi era su prisionero, su esclavo, y se concepnariya muy feliz con no sufrir la prision y la esclavitud; y sin embargo, Nushiravan el vencedor de los vencedores, se deja engañar por una proposicion que todo lo hacia dudoso... ¡Oh grande Nushiravan!... Bourgeoisulis, uno de los consejeros íntimos del rey, de cabeza cuadrada y talento profundo, casi hechicero, el Filidor de la Persia, halló á los indios en este terreno, como su amo los habia batido en el campo de batalla. Hé aquí, pues, á los indios con justa razon tributarios de la Persia, por haberse apropiado el derecho de la victoria y del ajedrez.

Belagi, rey de la India y tributario de Nushiravan, rey de Persia, no sabiendo como disipar la tristeza que le consumia desde la mañana á la noche, concibió y ejecutó el proyecto de rebelarse contra su señor. Estalló la guerra entre ambos pueblos; guerra furiosa en que perdieron la vida millares de hombres, y en que fueron saqueadas ciudades florecientes; en fin, batido, cercado y vencido, Belagi hizo al vencedor la mas necia de las proposiciones, y éste todavia mas necia la aceptó. Belagi consintió en someterse, si los persas, por sí solos, y sin auxilio de nadie, logran descubrir el mecanismo del juego del ajedrez. Nushiravan, segun esta prueba, debía ser un príncipe escocente; no tenia mas que decir una palabra, hacer un gesto, y Belagi era su prisionero, su esclavo, y se concepnariya muy feliz con no sufrir la prision y la esclavitud; y sin embargo, Nushiravan el vencedor de los vencedores, se deja engañar por una proposicion que todo lo hacia dudoso... ¡Oh grande Nushiravan!... Bourgeoisulis, uno de los consejeros íntimos del rey, de cabeza cuadrada y talento profundo, casi hechicero, el Filidor de la Persia, halló á los indios en este terreno, como su amo los habia batido en el campo de batalla. Hé aquí, pues, á los indios con justa razon tributarios de la Persia, por haberse apropiado el derecho de la victoria y del ajedrez.

Belagi, rey de la India y tributario de Nushiravan, rey de Persia, no sabiendo como disipar la tristeza que le consumia desde la mañana á la noche, concibió y ejecutó el proyecto de rebelarse contra su señor. Estalló la guerra entre ambos pueblos; guerra furiosa en que perdieron la vida millares de hombres, y en que fueron saqueadas ciudades florecientes; en fin, batido, cercado y vencido, Belagi hizo al vencedor la mas necia de las proposiciones, y éste todavia mas necia la aceptó. Belagi consintió en someterse, si los persas, por sí solos, y sin auxilio de nadie, logran descubrir el mecanismo del juego del ajedrez. Nushiravan, segun esta prueba, debía ser un príncipe escocente; no tenia mas que decir una palabra, hacer un gesto, y Belagi era su prisionero, su esclavo, y se concepnariya muy feliz con no sufrir la prision y la esclavitud; y sin embargo, Nushiravan el vencedor de los vencedores, se deja engañar por una proposicion que todo lo hacia dudoso... ¡Oh grande Nushiravan!... Bourgeoisulis, uno de los consejeros íntimos del rey, de cabeza cuadrada y talento profundo, casi hechicero, el Filidor de la Persia, halló á los indios en este terreno, como su amo los habia batido en el campo de batalla. Hé aquí, pues, á los indios con justa razon tributarios de la Persia, por haberse apropiado el derecho de la victoria y del ajedrez.

Belagi, rey de la India y tributario de Nushiravan, rey de Persia, no sabiendo como disipar la tristeza que le consumia desde la mañana á la noche, concibió y ejecutó el proyecto de rebelarse contra su señor. Estalló la guerra entre ambos pueblos; guerra furiosa en que perdieron la vida millares de hombres, y en que fueron saqueadas ciudades florecientes; en fin, batido, cercado y vencido, Belagi hizo al vencedor la mas necia de las proposiciones, y éste todavia mas necia la aceptó. Belagi consintió en someterse, si los persas, por sí solos, y sin auxilio de nadie, logran descubrir el mecanismo del juego del ajedrez. Nushiravan, segun esta prueba, debía ser un príncipe escocente; no tenia mas que decir una palabra, hacer un gesto, y Belagi era su prisionero, su esclavo, y se concepnariya muy feliz con no sufrir la prision y la esclavitud; y sin embargo, Nushiravan el vencedor de los vencedores, se deja engañar por una proposicion que todo lo hacia dudoso... ¡Oh grande Nushiravan!... Bourgeoisulis, uno de los consejeros íntimos del rey, de cabeza cuadrada y talento profundo, casi hechicero, el Filidor de la Persia, halló á los indios en este terreno, como su amo los habia batido en el campo de batalla. Hé aquí, pues, á los indios con justa razon tributarios de la Persia, por haberse apropiado el derecho de la victoria y del ajedrez.

Belagi, rey de la India y tributario de Nushiravan, rey de Persia, no sabiendo como disipar la tristeza que le consumia desde la mañana á la noche, concibió y ejecutó el proyecto de rebelarse contra su señor. Estalló la guerra entre ambos pueblos; guerra furiosa en que perdieron la vida millares de hombres, y en que fueron saqueadas ciudades florecientes; en fin, batido, cercado y vencido, Belagi hizo al vencedor la mas necia de las proposiciones, y éste todavia mas necia la aceptó. Belagi consintió en someterse, si los persas, por sí solos, y sin auxilio de nadie, logran descubrir el mecanismo del juego del ajedrez. Nushiravan, segun esta prueba, debía ser un príncipe escocente; no tenia mas que decir una palabra, hacer un gesto, y Belagi era su prisionero, su esclavo, y se concepnariya muy feliz con no sufrir la prision y la esclavitud; y sin embargo, Nushiravan el vencedor de los vencedores, se deja engañar por una proposicion que todo lo hacia dudoso... ¡Oh grande Nushiravan!... Bourgeoisulis, uno de los consejeros íntimos del rey, de cabeza cuadrada y talento profundo, casi hechicero, el Filidor de la Persia, halló á los indios en este terreno, como su amo los habia batido en el campo de batalla. Hé aquí, pues, á los indios con justa razon tributarios de la Persia, por haberse apropiado el derecho de la victoria y del ajedrez.

Belagi, rey de la India y tributario de Nushiravan, rey de Persia, no sabiendo como disipar la tristeza que le consumia desde la mañana á la noche, concibió y ejecutó el proyecto de rebelarse contra su señor. Estalló la guerra entre ambos pueblos; guerra furiosa en que perdieron la vida millares de hombres, y en que fueron saqueadas ciudades florecientes; en fin, batido, cercado y vencido, Belagi hizo al vencedor la mas necia de las proposiciones, y éste todavia mas necia la aceptó. Belagi consintió en someterse, si los persas, por sí solos, y sin auxilio de nadie, logran descubrir el mecanismo del juego del ajedrez. Nushiravan, segun esta prueba, debía ser un príncipe escocente; no tenia mas que decir una palabra, hacer un gesto, y Belagi era su prisionero, su esclavo, y se concepnariya muy feliz con no sufrir la prision y la esclavitud; y sin embargo, Nushiravan el vencedor de los vencedores, se deja engañar por una proposicion que todo lo hacia dudoso... ¡Oh grande Nushiravan!... Bourgeoisulis, uno de los consejeros íntimos del rey, de cabeza cuadrada y talento profundo, casi hechicero, el Filidor de la Persia, halló á los indios en este terreno, como su amo los habia batido en el campo de batalla. Hé aquí, pues, á los indios con justa razon tributarios de la Persia, por haberse apropiado el derecho de la victoria y del ajedrez.

Belagi, rey de la India y tributario de Nushiravan, rey de Persia, no sabiendo como disipar la tristeza que le consumia desde la mañana á la noche, concibió y ejecutó el proyecto de rebelarse contra su señor. Estalló la guerra entre ambos pueblos; guerra furiosa en que perdieron la vida millares de hombres, y en que fueron saqueadas ciudades florecientes; en fin, batido, cercado y vencido, Belagi hizo al vencedor la mas necia de las proposiciones, y éste todavia mas necia la aceptó. Belagi consintió en someterse, si los persas, por sí solos, y sin auxilio de nadie, logran descubrir el mecanismo del juego del ajedrez. Nushiravan, segun esta prueba, debía ser un príncipe escocente; no tenia mas que decir una palabra, hacer un gesto, y Belagi era su prisionero, su esclavo, y se concepnariya muy feliz con no sufrir la prision y la esclavitud; y sin embargo, Nushiravan el vencedor de los vencedores, se deja engañar por una proposicion que todo lo hacia dudoso... ¡Oh grande Nushiravan!... Bourgeoisulis, uno de los consejeros íntimos del rey, de cabeza cuadrada y talento profundo, casi hechicero, el Filidor de la Persia, halló á los indios en este terreno, como su amo los habia batido en el campo de batalla. Hé aquí, pues, á los indios con justa razon tributarios de la Persia, por haberse apropiado el derecho de la victoria y del ajedrez.

dréz. En adelante ya no habrá guerra ni grande ni pequeña; los indios no tienen más que pagar el tributo con la mejor voluntad posible. Pero Bouzourgenhis que era hombre de humor, continuó las escaramuzas; había adivinado el ajedrez, inventó el chaquete, y en nombre del poderoso Nushiravan prometió á los indios la rebaja del tributo, y aun la emancipación de su patria, si á su vez descubrían la marcha del chaquete. No se encontró en toda la India ni un solo Bouzourgenhis, y esto no es escombros, porque semejante clase de hombres es muy rara y no nacen más que en Persia.

El chaquete permaneció como un enigma para aquel pueblo poco inteligente, y Nushiravan, tres veces vencedor y propietario de la India, añadió á su escudo de armas un chaquete. Luego los indios trataron en varias ocasiones de sublevarse; mas para reducirlos á la razón se les enviaba al momento un tablero de chaquete, y un descendiente de Bouzourgenhis, y al instante los revoltosos volvían á entrar en su deber. La ciencia del chaquete se ha perpetuado en la ilustre familia de los Bouzourgenhis, y jamás ha penetrado en los estados de la India.

#### Se nan á vero é mol travato.

Tales son los diferentes juegos que cultivaban nuestros padres, y que descuidan sus virtuosos hijos. Nuestro siglo, eminentemente moral, ha cerrado las casas de juego; pero ha elevado un templo magnífico al ajedrez. Ha adornado ese templo con cuantos mármoles, peristilos, columnatas, inscripciones y objetos seductores ha podido encontrar. En el frontispicio de la Bolsa en París, se lee; tribunal de comercio, y encima de la puerta del cuerpo de guardia, las palabras, libertad y orden público. Entrase allí; y se ve que cien mil personas juegan lo que no tienen. En la bolsa se juega á crédito, en Frascati no se conocía sino el dinero contante. En la bolsa se juega de día y de noche; en Frascati, se abría la caverna á las cuatro, y se cerraba á los dos de la mañana. En la Bolsa tienen los jugadores contra sí su estupidéz y la mala fé de los demás.

Gracias al cielo, ya no existen muchos juegos, y con el tiempo quizá desaparezcan la mayor parte de los que aun quedan.

#### LA ÚLTIMA CONVERSACION GENESEICA DE NEWTON.

A la edad de ochenta y tres años, Newton se retiró á Kensington, cerca de Londres, para restablecerse de las resultas de una fluxion de pecho y de un ataque de gota que habían quebrantado enteramente su salud durante el invierno de 1725. El domingo 7 de marzo teniendo las ideas mas lucidas y la memoria en mejor estado que no la había tenido hacia mucho tiempo, entró en una larga conversacion con su amigo Conduitt, el cual nos la ha conservado:

«Creo, dijo, que se operan como especies de revoluciones en los astros; los élfuvios que se escapan del sol pueden precipitarse como el agua, y reunirse para formar un cuerpo que forme entonces un satélite, y dé vueltas en torno del planeta, y añadiéndose mayor cantidad de materia puede trasformarse este satélite en un planeta principal, y aun en un cometa; este, describiendo repetidas veces su órbita, condensa su propia materia acercándose mas y mas al sol, y como este por su parte se aniquila sin cesar emitiendo calor y luz, el cometa acaba por reunirse con el llenándole y suministrándole un nuevo alimento como un hacedillo de le-

ña echado en una hoguera. Tarde ó temprano el cometa de 1680 producirá este efecto, porque las observaciones que se han hecho sobre este astro prueban que al acercarse al sol tiene dos ó tres grados de longitud; pero á beneficio del calor que fué adquiriendo cuando se aproximaba al sol, la cola se alargó hasta el punto de llegar á treinta ó cuarenta grados de longitud. No puedo decir, añadido, en qué tiempo se precipitará en el sol este cometa; acaso recorrerá su órbita cinco ó seis veces mas todavía; pero si esto sucede, el calor del sol será tan grande que se recalentará el suelo hasta el punto que ningún ser viviente podrá existir en su superficie. No puedo explicarme de otro modo las apariciones de nuevas estrellas, que debemos á Hiparco, Ticho-Brahé y los discípulos de Kepler, porque estas no son mas que soles que alumbran á otros planetas. Se ha visto á estas estrellas rivalizar en brillo con Mercurio y Venus, luego disminuir durante diez y seis meses, y por último desaparecer enteramente.

«No dudo que haya seres de una inteligencia superior presidiendo á las revoluciones de los astros, bajo la direccion del Ser Supremo. El hombre habita en la tierra desde hace poco tiempo, y la prueba es que las artes, la navegacion, la pintura y la brújula, son invenciones que no datan mas allá de los tiempos históricos, lo que no sucedería así, siendo la tierra eterna. Ademas su superficie conservaría otras señales de destruccion de las que pueden atribuirse á la accion de las aguas.»

Habiéndole preguntado Conduitt de qué manera podía volverse á poblar la tierra si llegase á sufrir la suerte de que se hallaba amenazada por el cometa de 1680, respondió: «Eso no podría suceder, sin la intervencion del Criador.» Cree que todos los planetas se componian como la tierra, de tierra, agua, piedras etc., pero en proporciones diferentes. Preguntándole Conduitt por qué no había dado á conocer sus ideas presentándolas como conjeturas mas ó menos probables, puesto que el mismo había reconocido el acierto de las de Klepero, respondió: «No doy importancia ninguna á las conjeturas.» Conduitt insistió y le recordó las cuatro vueltas del cometa de 1680, á saber: la primera en tiempo de Julio César, la segunda reinando el emperador Justiniano, la tercera en 1106 y la cuarta en 1680, haciéndole observar que el mismo había dicho en sus Principios al hablar de este cometa: «*Incidit in corpus salis*: caerá sobre la masa del sol,» y en el párrafo siguiente: «*Stella fixa refert possunt*: las estrellas fijas pueden regenerarse.» Frases que manifiestan precisamente la opinion que acababa de emitir, esto es, que el cometa acabaría por precipitarse en el sol, y que podía muy bien afirmar del sol lo que había dicho de las estrellas.» Consiste, respondió, en que eso nos toca mas de cerca, y con lo que he dicho hay suficiente para que se conozca mi opinion sobre este punto.»

#### EL OTOÑO.

Esta es la última escena de esa elegante serie, que podría llamarse la fiesta de las Estaciones (1). Después de haber visto las diversiones del invierno, de la primavera y del estío, el artista nos muestra reunidas todas las abundancias del otoño. Las señoras nobles salen de sus palacios, con uno de esos hermosos soles que inflaman las nubes al caer la tarde; y después de correr á caballo por las arboledas, respirando los perfumes de la tarde, se apean á la falda de la colina en

<sup>1</sup> Nuestros lectores habrán visto ya en nuestro último tomo, el invierno, la Primavera y el Estío.

onde se eleva su espléndida morada, y se encuentran con el dueño del castillo que vuelve de la caza y ostenta su botín á sus ojos y á los del niño que ha echado á correr para ponerse delante de su madre: á algunos pasos está el perro en cecio como esperando aun la caza.

Pero á la izquierda de esta escena de prosperidad y de placeres, vienen las vendedoras cargadas con sus cestos de uvas. Tambien estas jóvenes son bellas, con esa hermosura vigorosa que da la salud, y están tambien alegres porque llevan la abundancia á su casa. Por una parte tenemos las ale-



El Otoño.—Composicion y dibujo de Tony Johannot.

grías del ocio, y por otra las del trabajo: aquí á gracia con la seda y los velos de gasa, y allá las telas ordinarias y los verdes pámpanos.

No pregunteis en donde es mas franca la alegría, y en donde el reposo del corazon está mas arraigado. Quién podría decirlo? Nadie en el mundo disfruta de una felicidad completa.

El observador imparcial, sin preocupaciones ni preferencias, compara de este modo la suerte de la señora noble y la de la aldeana.

—Nobles señoras, piensa para sí, á quien todo sonríe en la vida; disfrutad de vuestra felicidad, sin olvidar jamas el mercedero. Corred á caballo por vuestras alamedas, con tal de que en la embriaguez de la carrera no paseis con los ojos

cerrados al lado de la pobre campesina que vuelve con una carga de leña seca; culrios de terciopelos y de encajes, pero no desdén el vistido de estameña de la aldeana; gozad en fin de todas vuestras dichas, á condición de que no se endurezcan vuestros corazones, y que hagáis partícipes de ellas á vuestro prójimo.

## EL NIDO DE CIGÜENAS.

por  
ELIAS BERTHE.  
ALERE FLAMMAM  
(Véase la p. 15.)

— Y qué vieron sus ojos, Magdalena? preguntó distraídamente Whitelemina.

La vieja Reutner se levantó haciendo un esfuerzo, puso su labor sobre el pretel, y estendiendo su brazo sobre las ruinas, respondió con un dolor solemne:

— He visto esos muros, en pie, he visto esas tierras y esas viñas cultivadas por los vasallos de vuestros antepasados; he visto este castillo lleno de movimiento y de ruido; he visto á vuestro abuelo rodeado de sus cinco hijos y de cincuenta criados bien armados, preparándose á defender su morada contra los enemigos de la Alemania... He oído los ladridos de los perros, el sonido de los cuernos y el relincho de los caballos, en donde ahora todo es silencio... He visto hermosos jóvenes, y alegres señoritas, donde ahora todo es soledad... Y qué queda de tanto poderío? Unas piedras ennegrecidas y cubiertas de yedra, y sobre las ruinas una joven para preguntar, y una anciana para responderla...

Al decir esto lanzó un profundo suspiro. La blanca y hermosa frente de Whitelemina se cubrió como de una nube.

— Mi buena Magdalena, la dije con forzada sonrisa, padece dolores ima, inaríos, y tú los has cambiado en verdaderos y reales.

— La golondrina no tiene la culpa si anuncia la borrasca cuando vuela rozando la superficie del Rhin.

— Vamos, vamos, ya cans otra vez en tus negras ideas. Siempre te estás lamentando de que no somos tan ricos como antes... ¿Porqué te desesperas? Un día has de ver nuestra casa mas floreciente que nunca.

Magdalena se sonrió á su vez con amargura, y rempujando con su arrugado dedo un pedazo de piedra desprendido de una almohada, le precipitó en el abismo.

— Mira, dijo á Whitelemina con voz sorda, seguid con los ojos esa piedra que va por el espacio... Un débil esfuerzo ha bastado para ponerla en movimiento; creéis que haya un poder en el mundo que impide ahora el que se pierda en el río?

— Un ángulo de la roca, un poco tierra, ó una planta cualquiera bastarán para detenerla en el camino.

Sin responder, la vieja alemana indicó con el dedo la marcha de la piedra, que al caer al pie de la torre rechazó contra el suelo, luego pegó sobre el fianco de la roca, titubeó dos ó tres veces, y partiendo de nuevo, acabó por sumergirse en el agua.

— Lo mismo le sucede á la casa que cae, dijo la anciana sin añadir nada más á su demostración; nada puede detenerla cuando el impulso está dado.

Dicho esto suspiró otra vez, y cogió de nuevo su labor.

### III.

Whitelemina se quedó un instante pensativa.

— Estaba esperando que me consolara, y soy yo la que tengo que consolar á otros, dijo en fin con acento de niña mimada. En verdad, mi pobre Magdalena, la soledad te trastorna enteramente la cabeza... Porqué te asustas tanto de nuestro porvenir? Te parece que la conducta de mi hermano?...

— No me toca á mí juzgar la conducta del señor baron, replicó entono lacónico Magdalena.

— Lo sé, mi buena Reutner, sé que los tormentos mas horribles se le arrancarían una palabra de ultraje contra mi hermano; pero he adivinado que en el fondo de tu corazón le haces un cargo del abandono en que me tiene; y reconviénes porque pasa en Berlin una vida de placeres guardando un silencio absoluto conmigo hace ya tiempo... Pobre hermano mío! No le debemos culpar, Magdalena; demasiadas privaciones se ha impuesto á fin de que yo aquí no carezca de nada. Qué extraño es que en su edad se entregue un poco á las distracciones... Además, quieres que te diga mi pensamiento? Ese largo silencio me hace creer que no se pasará mucho tiempo sin que nos haga una visita. Ay! añanilo con vos baja, tanto la deseo, como la temo!...

— La teméis, Whitelemina? dijo la anciana con acento sordo, en efecto, tenéis motivos para ello... — Vamos, tu mal humor se vuelve contra mí ahora; repuso la señorita de Steinberg en tono de enfado; vamos, Magdalena, hablemos fraternalmente de lo que nos ocupa á las dos en secreto; crees que mi hermano vería con gusto á M. Frantz... al estudiante de Heidelberg, que ha venido á vernos tantas veces desde que se marchó al mayor?

— Estoy segura de que se enfadaría, dijo secamente Magdalena, pero á vos os toca el mandar, y á mí el obedecer. — Con que entonces tú tambien me criticas que M. Frantz haya venido algunas veces á estas ruinas á alegrar un poco nuestra soledad?... Pero debes reflexionar, querida Magdalena, que nuestro conocimiento proviene de un servicio que me hizo ese generoso joven... Un día, á fines del otoño último me paseaba sola á bastante distancia del castillo cuando una turba de estudiantes borrachos que bajaban el Rhin en un botecillo, saltaron, al verme, á la orilla y corrieron á mí. Uno de esos insolentes quiso darme un abrazo, pero yo eché á correr lanzando agudos gritos. Ellos me persiguieron más en el mismo instante en que me alcanzaban, acudido á mí socorrió un joven cazador que se hallaba por aquellos sitios. Tambien era estudiante como ellos, y por eso no se asustaron al pronto cuando le vieron; pero él les habló imperiosamente, y hasta amenazándoles. A pesar de que estaba muerta de espanto, sin embargo oí palabras de desafío... Por último los agresores se retiraron, y Frantz me acompañó hasta el castillo; me habló muy poco en el camino, pero sus palabras eran tan respetuosas, tan cumplidas...

A la mañana siguiente salió de la aldea, á donde había venido á descansar de sus trabajos científicos, y no se le volvió á ver hasta un mes después; estaba pálido, y llevaba vendado un brazo... había vengado mi injuria; uno de mis agresores estaba muerto... Bime, Magdalena, crees que mi hermano no aprobará tan generosa acción?

— En otros tiempos los barones de Steinberg para vengar un ultraje semejante, habrían quemado la ciudad y habrían ahorcado á todos los estudiantes de Heidelberg en los árboles del paseo público... Si, convergo en que ese joven

### WENCESLAO HOLLAR.

merecería que se le diesen las gracias siguiendo las ideas actuales, pero basta esto para recibir aquí á un hombre de baja condición acaso? No debía aceptar por toda recompensa el honor de haber hecho un servicio á una baronesa de Steinberg?...

— Eso es exajerar demasiado, mi pobre Magdalena; los Steinberg, lo mismo que los otros, deben ser ogradecidos ánte todo... y por eso cuando M. Frantz, que tenía un aire tan triste y desgraciado, tomó un cuarto en la posada de la aldea para restablecer su salud y para buscar la calma que no podía hallar en Heidelberg, en medio de sus alegres camaradas, no pude negarme á recibirle algunas veces en tu presencia. Me trajo varios libros; hablaba con nosotros de la historia de nuestra familia; tú le contaste nuestras antiguas leyendas, porque entonces le querías, Magdalena, entonces le querías como á un hijo, te acuerdas? decías que... — No me recordéis eso, porque acaso cometí entonces una gran falta. Si, M. Frantz me gustaba, y me gusta aun... pero desde que viene con tanta frecuencia á la torre, desde que he notado vuestra tristeza en su ausencia, y vuestra alegría cuando llega, me asusto y tiemblo por lo que puede suceder... Acaso puede haber algo de común entre la baronesa de Steinberg y un pobre diablo que vuestros antepasados apenas habrían tomado de criados?

— Nuestros antepasados derrien en su sepulcro hace ya tiempo, Magdalena, y su hija no ha conservado nada de su poderío... Porque me he de privar en mi abando de la soledad de ese joven que tanto nos distrae en nuestra soledad?... Es cierto, sí, cuando paso un día sin verle, mi corazón se oprime y siento como un deseo de derramar lágrimas. — Y por eso estabas tan triste hacia un instante.

— Oh! vendrá... va á venir... Whitelemina se detuvo de repente autorizada.

Magdalena se levantó, se adelantó hacia la joven con paso grave, y luego tomando la trémula mano de Whitelemina, la miró fijamente y la dijo:

— Mis sospechas van á volverme loca... decidme, ese joven ha tenido la audacia de amarnos?

— Pues bien, sí, me ama! respondió la joven con acento exaltado.

— Y vos le amais tambien?

Whitelemina bajó los ojos en silencio.

— Pero al menos no habreis confesado á M. Frantz...

— Y porqué no, Magdalena, puesto que es verdad? Esta injenua respuesta hizo palidecer á la anciana.

— Whitelemina, baronesa de Steinberg, preguntó con desasosada retrocediendo un paso, qué os prometéis de un amor semejante?

— Frantz se casará conmigo, Magdalena, y seremos dichosos.

Magdalena Reutner alzó los ojos y las manos al cielo.

— Señor, Dios mío, murmuró; me habeis conservado viva tanto tiempo para oír á una Steinberg que acepta semejante suerte?

— Magdalena, repuso Whitelemina con algo de impaciencia, olvidá el pasado por un momento, y considera únicamente la realidad presente. Pobre, sin amigos, tengo derecho para rechazar á un hombre leal y generoso, que me ha consagrado su amor? Frantz es muy instruido, y por consiguiente puede hacerse un nombre en las ciencias ó en las artes; aunque no es rico, disfruta de una fortuna independiente; no quiere dar esplicaciones sobre su familia, pero estoy segura de que es de buena casa. Viviremos ocultos, olvidados... le amo tanto!

(Se continuará.)

Wenceslao Hollar nació en Praga en 1697. Lo mismo que Gallo, era hijo de una familia noble, y manifestó desde su juventud una verdadera pasión por las artes del dibujo. Su padre quiso oponerse á esta inclinación; pero el joven Wenceslao triunfó de este empeño, y en 1627 salió de su ciudad natal. Bien luego los trastornos de la Bohemia, durante la guerra de treinta años, arruinaron completamente á su familia, dejándole el trabajo por único recurso; entonces pasó á Francfort, donde se perfeccionó en el grabado al agua fuerte.

Desde esta época empezó á luchar nuestro artista valerosamente contra la mala fortuna. Durante algun tiempo llevó una vida errante, hasta que al fin tuvo la dicha de encontrarse en Colonia con el conde de Arundel, mariscal de Inglaterra y coloso protector de los sabios y de los artistas. Este señor le tomó bajo su protección, y juntos fueron á Viena, á Praga, y por último á Inglaterra, donde el joven grabador obtuvo buenas recomendaciones para el rey Carlos I.

El conde de Arundel tenía una rica colección de estatuas, cuadros y objetos preciosos; Hollar hizo los grabados de muchos de estos, y así principió á lograr algun desahogo; pero estaba sin duda en su destino que no viviera largo tiempo rodeado y dichoso. Por entonces estalló la guerra civil en el reino británico, y Hollar fué hecho prisionero con otros varios miembros del partido real, aunque pudo escaparse poco después para pasar á Amberes, donde volvió á hallar á su antiguo protector. Hollar continuó grabando las obras de esta colección, con que mucho trabajo pudo su dueño recuperar; pero bien luego el conde se separó de él y se fué á Praga, donde murió en 1646. En esta época nuestro artista cayó en la mayor miseria, y se vió obligado á trabajar para los estamperos que supieron aprovecharse de su deplorable situación.

Hollar volvió á Inglaterra despues del restablecimiento de Carlos II; pero ya entonces habiendo perdido su protector, la fortuna le fué tan poco propicia como en Flandes. Los libreros y los estamperos de Londres hicieron con él lo mismo que los de Amberes, y el pobre grabador experimentó toda su vida la suerte de Adam Elshelmer; apenas podia ganar para vivir. Sin embargo de esto, despues de su muerte, acaecida en Londres en 1677, sus obras se buscaban con tanto empeño, que algunas pruebas se pagaron mucho mas caras que la lámina misma lo habia sido en vida del autor.

Hollar se distinguió con particularidad en los grabados de ornato y de platería. Su obra maestra en este género es ciertamente el *caiz*, del que existe en el gabinete de estampas una hermosa prueba. Este *caiz* fué compuesto por Andrés Manteno en 1616. El diestro buril de Hollar no disimuló en nada el valor de esa obra maestra de platería, y supo sacar con una perfecta inteligencia la firmeza, la elegancia y pureza del modelo. El trabajo de esta hermosa estampa está hecho con una fluira y una ligereza de que no hay idea.

Imposible seria enumerar aquí todos los trabajos de Hollar, y por eso nos contentaremos con citar únicamente los principales. Además de las copias que sacó de las colecciones del conde de Arundel, grabó tambien un crecido número de animales, copiándose de Alberto Durero, Lucas Cranach, etc.; una colección de dibujos sobre la muerte, por Dieffenbach, muchos trajes de mujeres de diversos países, y algunas láminas grandes, con asuntos tomados de Holbein, Salvati, Pablo Veronés y Van Dyck.

Wenceslao Hollar merece bajo todos conceptos una biografía particular. Su obra se compone de 2,000 piezas, entre las cuales hay muchas de primer orden, y marca una época importante en la historia del grabado.



Gabinete de estampas de la Biblioteca Nacional.—El cáliz grabado de Hollar.—Dibujo de Montsalu.

TEODORO HILDEBRANDT.



El guerrero y su hijo.—Dibujo sacado del gabinete del conde Wagner, en Berlín.

Düsseldorf es sin duda ninguna uno de los puntos principales de la Alemania, en donde se puede estudiar el movimiento del arte de esta nación. Parece que por su misma posición, en medio de un verde y apacible valle, á las orillas del transparente Rin, debe esta ciudad despertar en el corazón de los que la habitan el sentimiento del arte y de la naturaleza. Desde hace mas de siglo y medio, posee también una preciosa galería de pinturas, donde se ven numerosos cuadros de Rubens, muchas obras notables de la antigua escuela alemana, unos quince mil dibujos orijinales, y millares de esquisitos grabados. La escuela de pintura de Düsseldorf continúa ocupando el primer puesto en Alemania, con la de Munich, habiendo producido ya pintores de historia que desde el principio de su carrera obtuvieron el éxito mas

brillante. Uno de estos últimos es el profesor Teodoro Hildebrandt. Nació en Stettin en 1804, nuestro artista hizo sus primeros estudios artísticos en Berlín, siguiendo por maestro al pintor Schadowe á quien siguió á Düsseldorf. Hildebrandt es un excelente colorista y un artista de un exquisito gusto, que se ha hecho en Alemania una grande reputación como pintor de retratos y como pintor de historia. Su cuadro del *Guerrero y su hijo*, cuyas figuras son del tamaño natural, recuerdan el estilo de Van-Dyck: la figura del niño es de una finura y de una riqueza de tonos muy notable. El asunto es un puro capricho de imaginación; es, bajo una forma mas real, la poética idea tantas veces manifestada por los griegos, por imágenes simbólicas: la alianza de la fuerza y de la dulzura, de la madurez viril y de la gracia

de la infancia. Este cuadro es uno de los mas populares que hay en Alemania, y por lo tanto ha sido copiado mil veces, y reproducido tambien en madera y porcelana para toda clase de muebles y en todas dimensiones. La copia que damos con este artículo está sacada del mejor grabado que se conoce. Bildebrand es joven todavia; los rápidos progresos que ha hecho en su arte, y el éxito que sus obras han obtenido, nos prometen sin duda otras nuevas tan buenas ó mejores.

### SEMIRAMIS, REINA DE BABILONIA.

Semiramis, princesa generosa,  
al frente de su gente generosa,  
hasta el Indo y el Nilo sus fronteras  
dilata por sociedades muy guerreras.  
Duchassa.

Varrón, uno de los genios romanos en el siglo de Augusto, se dedicó á examinar todos los monumentos que la antigüedad presentaba á la historia; mas despues de sus grandes estudios é investigaciones dijo:

— Que desde el principio del mundo hasta el diluvio de Noé estaba cubierto con el velo de la ignorancia: que desde el principio de Noé hasta la Olimpiada primera, lo encontraba desfigurado y confundido por los fabulistas; que unos veintifres años despues de la fundacion de Roma vino el tiempo de la historia.

Probado con el parecer de un historiador tan antiguo y acreditado como Varrón que la primera época, está es, desde la creacion del mundo hasta el diluvio no quedó mas que la sombra, resta únicamente considerar el extravío de la raza de la segunda época, confundida por la fabula, para conocerse moralmente de que cuanto se ha escrito de la vida privada de Semiramis es una pura invención, puesto que carece del conocimiento del sistema interior de su gobierno y de muchas particularidades de su reinado.

Y no puedo menos de suceder así, pues en mas de cuarenta siglos que van transcurridos, la razon natural inducía á creer que la vida pública de esta muger grande ha venido por tradicion á las generaciones futuras, hasta que, llegada la época gloriosa de la historia, pudo consignarse en sus páginas la memoria de una reina célebre... la primera reina que mandó en el mundo.

Los enredos amorosos de Semiramis y el lujo ostentoso de su corte han sido trasladados á los cantos líricos y escenas teatrales, en las que el genio humano tuvo que inventar situaciones interesantes para alargar su argumento y entretener á los espectadores. Y lo que puede decirse como un hecho cierto, es, que vivió esta muger extraordinaria cuyo nombre se hizo tan eterno como el tiempo, reconocida por todos los historiadores como una princesa guerrera y como restauradora de la hermosa ciudad en donde fué soberana... ¡la populosa Babilonia que existió en la llanura de Senna, cuyo menton de ruinas todavia contempla con asombro el atrevido viajero!

El describir, pues, los hechos de la vida privada de esta reina es tan imposible como contar las estrellas del cielo; pero puede ofrecerse sin embargo una ligera idea de las dotes y travesuras de su vida pública al propio tiempo que de la grandiosidad de sus acciones.

Antes de todo haremos una reseña de los hombres que

formaron el imperio de los caldeos y de la elevacion de Semiramis á su trono.

La historia sagrada nos obor que mellaron mil sedientos cincuenta y seis años desde la creacion del mundo hasta el diluvio universal conocido por el de Noé: la profana no conviene enteramente en el número de años, pero sí en el punto esencial; aun cuando varios escritores modernos, empuñados en negarlo todo por adquirir una vana celebridad, no reconocen aquel diluvio por universal. Dejando á un lado la divergencia de opiniones en este punto, lo mas cierto, lo que mas inclina á creer al hombre, es el texto sagrado; testo que se salvó en el naufragio de Noé y que se transmitió despues á las generaciones venideras.

El diluvio está representado en la historia sagrada como un castigo de Dios sobre la maldad del hombre; las aguas subieron veinte y un codos,—diez varas y media castellanas,—sobre la montaña mas alta de la tierra, y por consiguiente perecieron todos los seres que la poblaban, menos el justo y su familia, que salieron ilesos de la misteriosa arca, refugiados en nuevo espárandose por la superficie de la tierra.

El pais situado entre los hermosos rios conocidos por el Eufrates y el Tigris, fué el asiento de Noé y su descendencia hasta la sexta generacion. La dulzura del clima, la amudad del pais, la feracidad de la tierra, le detuvo tanto cuanto en el podieron ensancharse; pero luego que por la muchedumbre se vieron allí oprimidos, dividieron su heredad en esta forma:

Al hijo mayor Sem, le cupo el Asia oriental para sí y sus descendientes: á Cam, y su familia el Egipto, la Arabia y el Africa; y á Jafet tercer hijo, se le repartió la Europa y una parte del Asia occidental. —De la descendencia del primero vino el justo Abraham; del segundo nacieron los fenicios inventores de las letras del alfabeto, los cuales construyeron navas y poblaron todas las costas del Mediterráneo. —Quiéren suponer algunos que fueron los fenicios los primeros habitantes que tuvo España, y se fundan en que en lengua fenicia *Sefania* ó *Sifania*, de donde se deriva su actual denominacion, significa boreal, septentrional, que es precisamente la situacion que ocupa España respecto del Africa. La opinion mas generalizada, sin embargo, concede esta gloria á Tubal, tercer hijo de Jafet é inventor de la música, de cuya descendencia vinieron tambien los primeros habitantes de la Grecia, pais que llegó á reunir los sabios del mundo y que fué la cuna de las ciencias.

Antes de partir á poblar las demarcaciones que respectivamente se habia señalado, concibieron todos unidos el pensamiento de edificar una ciudad en el sitio de su separacion, levantando una torre hasta las nubes para eternizar su memoria por este monumento gigantesco; pero dice la Escritura que viendo Dios obstinado en tan loca empresa, confundiéndose su idioma inspirando una lengua particular á cada familia, de donde procede la diversidad de lenguas entre los hombres, tomando desde entonces el nombre de torre de Babel, y la ciudad el de Babilonia, que en hebreo quiere decir *confusion*.

### II.

Tanto la historia sagrada como la profana convienen en que fué primer imperio el de Babilonia, por otro nombre el de Caldea. — La fundacion de este imperio se atribuye á Nembrot, que en hebreo significa *rebeldé*, por el año mil ochocientos de la creacion del mundo y ciento ochenta y cuatro despues del diluvio. Aun cuando los pobladores se

encontraban dispersos, Babilonia ya estaba edificada y con muchos habitantes.

Pinian á Nembrot un hombre de formas hercúleas y con tanta gracia natural que su presencia imponía á los demas. En sus primeros años dedicóse á la caza; él mismo inventó el lazo, la flecha y el arco para herir á las reses mayores, y asociado en este ejercicio con otros jóvenes infatigables, tomó de aquí vuelo su pasion de dominar al hombre. — Al gusto de reinar Nembrot en el bosque sobre las fieras siguió la de reinar sobre los hombres, y de un cazador belicoso tuvo origen el primer rey y el primer conquistador que conocieron los caldeos.

Todavia estaban libres los pobladores obedeciendo únicamente á los jefes de sus familias. Ya habían acabado la construccion de Babilonia, que tardó trece años desde su separacion por la confusion de las lenguas, y Nembrot concibió el pensamiento de apoderarse de la ciudad considerada como parte del patrimonio de Sem y su posteridad. — Anunció, pues, á los jóvenes que siempre le acompañaban una gran batalla con el objeto de que todos se armasen con el arco y las flechas; luego que los tuvo reunidos, los formó en el campo distribuyéndolos en grupos, á cuya cabeza se puso Nembrot como jefe.

— ¡Babilonios! — les dijo, si vuestro poder sujeta las fieras, ¿porqué no hemos de mandar tambien á los hijos de Sem, que ufanos con su ciudad nos quieren imponer la ley? Yo á vuestra cabeza entrare mañana y os juro que tomaremos lo mejor. Si hubiese resistencia por los miradores, nuestras armas que sirven para herir las fieras tambien heren al hombre.

— Porque te creemos superior á nosotros, le contestaron, te proclamamos de corazon nuestro caudillo, Nembrot, y obedeceremos ciegamente tus mandatos.

Con el aparato guerrero que es consiguiente entraron silenciosos en Babilonia: maravillados los pobladores por ver tanto joven reunido, se agruparon todos por la novedad, muy ajenos de la intencion hostil que llevaban, pero cuando vieron que al grito de Nembrot disponian sus arcos contra los habitantes, huyeron desparavidos en todas direcciones abandonando resguarda la ciudad al usurpador y retirándose al otro lado del Tigris los poseedores legitimos. Dueño ya de la poblacion, se constituyó en soberano, haciendo á Babilonia capital de sus estados, y conquistando sobre la marcha otras tres ciudades allí cercanas llamadas Aragh, Acad y Chahane.

Envidiado con su victoria bien pronto les obligó á que le reconocieran por rey todas las poblaciones situadas desde el Eufrates hasta la margen occidental del Tigris, sin otro título ni otro derecho que el de la ley del mas fuerte. — Gobernó, sin embargo, este primer monarca con tanta bondad y justicia que los sesenta y cinco años que reinó, que no sintieron los vasallos el peso de sus cadenas. Se acostumbraron muy luego á su yugo, á la verdad injusto, pero del cual sacaban mas ventajas que de su primitiva libertad. — Sus grandes cualidades imprimieron en el corazon de sus súbditos tanta estimacion, tanto respeto y veneracion, que olvidando el crimen de usurpador que manchaba la frente de Nembrot, le erigieron estatuas despues de su muerte á las cuales honraban con los mismos obsequios que en vida.

Con el tiempo se olvidaron tambien de que habia sido un hombre sujeto á morir, y como á un Dios le adoraron levantándole altares, instituyéndole sacerdotes y ofreciéndole sacrificios, bajo el nombre de *dios Bel ó Val*, tan célebre en los antiguos pueblos del Oriente. — De este hombre tuvo

origen el nacimiento de la idolatria en toda el Asia.

Por la muerte de Nembrot fué exaltado al trono de Babilonia su hijo Nino, marido ya de la ilustrada Semiramis; ambos á dos deseaban con ansia los días de gloria, porque se habían aficionado á las conquistas bajo los estandartes de su padre. Formaron pues un ejército, y puestos á su cabeza arrollaron todo lo que se les puso por delante estendiendo los limites de sus estados hasta el rio Indo.

La Asiria fué el primer punto de su conquista. — Asór, nieto de Noé, habia dado su nombre á esta region. — Arrojado por Nembrot de Babilonia, se habia establecido al otro lado del rio Tigris, edificando en la orilla oriental una hermosa ciudad que se llamó despues *Ninive la bella*; pero cuando descansaba tranquilo, fué en que un rio tan caudaloso le serviría de muralla contra las proyectos ambiciosas de los babilonios, le abrió que Nino descubrió el secreto de pasar sobre las aguas circando con sus tropas á Ninive y haciéndose tambien dueño de ella. — La situacion de esta ciudad que sobresalía en grandeza y hermosura á todas las demas, determinaron al rey Nino á constituir la capital de sus estados y centro del imperio. A tal punto la engrandeció, que muchos historiadores le tuvieron por su fundador; sin duda por la conexcion de su nombre con el de la ciudad; pero todo ha desaparecido bajo la carcoma del tiempo, sin haber quedado mas que la memoria de una populosa ciudad que existió.

Los autores antiguos daban á Ninive siete leguas de longitud, sus muros tenían casi cien pies de alto, veinte de grueso y mil quinientos torres en los flancos, los modernos hacen subir á veinte y cuatro leguas su circunferencia y tres días de camino. — Es ciertamente muy admirable la extension que los primeros pobladores daban á sus ciudades, aun cuando debe advertirse que era costumbre en aquellos tiempos incluir en el cerco de ellas las tierras, prados y huertas que cultivaban los habitantes, con el fin de tener mas seguras sus heredades y encontrar en ellas lo necesario para el sustento de la vida. El ejemplo que todavia se encuentra de aquella sabiduría costumbre es Pekin, corte del imperio celeste, — la China, — conocida en la actualidad por los geógrafos como una de las poblaciones mas grandes del mundo.

### III.

Semiramis, reina no muy generosa y de un valor impropio del bello sexo; abrigaba en su corazon el deseo de conquistar para extender sus dominios, á semejanza de un héroe cuyo sed se aumentó á medida que la satisficó. — Establada en su interior de la suerte desgraciada del príncipe Asór, llegó por fin éste á granjarse su íntima confianza; berrioso y gallán, despertó en Semiramis una pasion amorosa que la condujo, segun opinion de algunos historiadores, al menguado crimen de abreviar la vida de su marido Nino, de quien tuvo un hijo llamado Ninus, que por ocio-recreo y con el intento político de reinar sola, le hizo criar entre mugeres quitándole la voluntad de gobernar por sí mismo.

Tomados por Semiramis las riendas del imperio, dió tanto honor á su reinado, que mereció el sobri nombre de *heroina*, así por sus hazafas en la guerra, cuanto porque restituyó de amazona tenia el aire, la fuerza y el valor de un héroe. — Justino dice que muerto su esposo se vistió de hombre y se hizo respetar por el hijo de Nino; pero no es probable este aserto, porque siendo muy conocida no podía ocul-



tarse por mucho tiempo semejante artificio; además de que no tenía necesidad de él para reinar durante la menor edad de su hijo Ninias.

Convencen todos que la fisonomía de esta mujer célebre no era hermosa; muy lejos de esto, aseguran que tenía formas bastante desgraciadas, si bien su personal alto y genio amable cautivaba á los que de cerca tenían ocasión de contemplarla. — También dicen que la gustaba mucho vestir el traje de hombre para engañar á los extranjeros, y algunos adelantaban su discurso á conceder á esta mujer singular la invención de los pantalones que empezaron á usar los orientales, cuya invención se generalizó después por las naciones con alguna variación respecto de lo ancho ó estrecho, adecuada á los climas ardientes y fríos, según el sol que los alumbraba y las costumbres de los diferentes países, pues como montaba á caballo con gran velocidad, tuvo precisión de inventar un ropaje que la cubriera y cubriese sus carnes por la pública honestidad.

Era mujer tan traviesa, que, una vez reconocida y agitada por sus vasallos como reina de Babilonia, elevó al grado de general de sus tropas á su querido Astir, y formando un ejército ejerció grandes conquistas conduciendo ella misma las tropas al enemigo con imparcial intrepidez.

Antes de emprender sus campañas, dicen que estaba revisando las numerosas tropas que militaban bajo su bandera; pero como empezase á llorar repentinamente, la cercaron al momento sus generales preguntándola impacientes.

—Gran señora... ¿qué motivo puede contribuir en alma tan grande como la vuestra á una novedad semejante, capaz de eclipsar las pasadas glorias y de entibiar el entusiasmo de los guerreros?

— ¡Lloro, les contesto, no porque sienta dejar las delicias de Ninive ni porque me arredre la muerte, bien sé que todo lo que nace muere. Lloro únicamente al contemplar que nosotros y esta grande reunión de hombres que estoy mirando, dentro de muy pocos años no existiremos.

Todavía sentía Semiramis que no se hubiese elevado la edad del hombre á mayor altura. Igual reflexión, hija del atrevimiento del poderoso que está persuadido no puede llegar su fin, se cuenta de Jerges, rey de Persia, cuando revisó los tres millones de combatientes que venían á invadir la Grecia, y cuyo orgulloso poder fué pisado por un puñado de valientes mandados por Leonidas en el paso de las Termópilas.

Habiendo, pues, salido de Ninive la reina Semiramis al frente de sus tropas, conquistó en pocos años la Persia, el Egipto, la Libia, llevando la gloria de sus armas hasta mas allá del Indo y el Nilo. — La fortuna no obstante, vuelve la cara y apaga los fuegos de los que se creen invencibles por sus anteriores victorias. Esto lo comprendió bien la reina cuando tuvo una derrota que la obligó á repasar aceleradamente las aguas del Indo, y temerosa de que fuese adelante su desgracia se estuvo quieta algunos días, sin mover el campamento é imprimiendo de este modo al enemigo. Ajustó por fin una paz honrosa en la que se señalaron los límites de sus estados, restituyéndose después á Ninive á dormir sobre los laureles y á gozar de las delicias de su posición de reina admirada por todos.

Como mujer astuta arenó á sus tropas inspirándolas confianza, y con una sonrisa vengadora les habló de esta manera:

— ¡Guerreros! — Estoy satisfecha de vuestro valor y de vuestras privaciones. Nada en el mundo sería capaz de conte-

ner el ímpetu de mis victoriosas armas, si el oráculo no me hubiese dicho que cese en las conquistas. La sombra de vuestro rey Nino se me apareció anoche en la oscuridad de una nube: él me ha revelado que regresemos á nuestra querida patria; y hé aquí, oh valientes! el precepto que es necesario cumplir sin averiguar mas el secreto.

— Bajo de tu mando, gran reina, le contestaron, iremos gustosos donde nos lleves sin preguntar y sin hacer otra cosa que obedecer sumisos la voz de *marchemos*.

En su genio emprendedor la pareció mas natural sentar el lujo ostentoso de su corte en Babilonia, ciudad que para ella tenía mas preferencia por haber sido la primera que se edificó, y porque en aquel suelo vió nacer su grandeza. — Como lo pensó, así lo hizo. — Púsose en marcha, y fijando su morada en Babilonia, determinó hacerla tan grande y tan hermosa que oscureciese á Ninive.

De su orden se emprendieron inmediatamente trabajos tan atrevidos, que fueron seguramente la admiración de los futuros siglos. — La magnificencia de sus jardines, suspendidos en el aire por medio de arcos que los sostenían, los soberbios edificios de su vasto palacio, la nueva muralla que levantó á la ciudad, eterna en las escrituras, y las anchas calles atravesadas por líneas rectas, inmortalizaron á esta mujer célebre hasta el punto de haber permanecido su nombre en las generaciones siguientes mas que sus obras, pues, aun cuando estas no existen ya, sabemos que fueron de Semiramis.

Edificada de nuevo Babilonia, dicen los historiadores que formaba un cerco de seis leguas de largo por cuatro de ancho. Los muros que tenían doce toesas de grueso y treinta de altura, estaban defendidos por torres un tercio mas altas y por un foso lleno de agua. Se entraba por cincuenta puertas de bronce que iban á parar á otras tantas calles. Las casas se hallaban separadas unas de otras por grandes jardines, y á semejanza de Ninive, tenían por detrás tierras de labor en la dimensión necesaria para abastecer á los habitantes.

En el centro de la población había dos grandes palacios: el antiguo encerraba el templo de *Fal* y la torre de *Babel*, de figura conica, cuya base y altura era de cien toesas (doscientas y treinta y tres varas castellanas) componiéndose esta de ocho torres puestas una sobre otra. El palacio nuevo ocupaba tres leguas alrededor, y estaba fortificado con tres cerros de muralla por el mismo estilo que el de la ciudad. — Edificando había crecido en Semiramis su pasión de edificar, y hubiera hecho mucho mas, si tan pronto no se le hubiese cortado el hilo de la vida á los cuarenta y dos años de su reinado.

La muerte temprana de esta heroína se atribuye á la ambición desmesurada de su hijo, el afeminado Ninias, que valiéndose de manejos secretos hizo que en un festín envenenase á su madre con el zumo de verbas. — Bien caro le costó después el crimen de parricida, porque los caudillos fronterizos, muertos Semiramis, invadieron el imperio quitándole lo mejor de sus estados y haciéndole sufrir por último el yugo pesado de los vencedores.

Los babilonios, acordándose de la felicidad y grandeza á que los había elevado Semiramis, mientras reinó, y siempre con su nombre en los labios, la erigieron estatuas adorándola como *Diosa*.

JULIAN SÁIZ MILANÉS.

#### BALBEK EN SIRIA.

La antigua Heliópolis tan célebre en la antigüedad por la belleza de sus templos y de sus riquezas, se halla reducida á la modesta vista de esta aldea que no ha conservado mas que el nombre ambicioso y la situación poética de la « ciudad del sol. » A principios del siglo XVIII el número de los habitantes de Balbek, casi todos cristianos y herreros, era de 5,000. En 1733, no era mas que de 2,000; Volney no contó mas que 1,200 almas, y la población está hoy reducida á unos 200 habitantes. Algunas cristianas árabes pro-

tesan allí su fe bajo la dirección de un obispo. Los demas habitantes son los *Motualis*, descendientes de los otros sirios y convertidos al islamismo; no tienen industria ninguna, y no se hacen elogios de su probidad. La aldea es pobre, la mayor parte de las casas son de barro y de madera. El paseo que hay en el muelle, que consiste en una hermosa arboleda, no deja de tener algun carácter y belleza. Elegantes y lijeros botecillos animan la escena surcando las limpias aguas del riachuelo de *Nah-Nahlé*, que despues de haber regado las ruinas y la aldea, se pierde en el *Nahr-Kasmich*.



Vista de la aldea de Balbek en Siria.

#### EL NIDO DE CIGÜENAS.

POR

ELIAS BERTHET.

(Viase la p. 14.)

Magdalena estaba como petrificada.

— Que dirá el señor baron, balbuceaba, un hombre tan fiero é impetuoso!

— Mi hermano no se opondrá seriamente á ese proyecto; ignoras que lo estoy sirviendo de estorbo hace ya tiempo? no conoces que debe estar cansado de cuidar de una hermana de quien debe estar lejos por sus deberes y sus diversiones? Porque no de otro modo pedemos interpretar su silencio y las pocas visitas que nos hace. A Enrique le gusta mucho la independencia; la responsabilidad de mi suerte se le va haciendo pesada... Si, créeme, consentiré sin escrupulo en

darme gusto. Si alguien debe volver á levantar la casa de Steinberg es él, y yo... como siga su brillante carrera, poco le importará que en un rincón del mundo se oculte bajo un nombre oscuro una mujer de su sangre. Si yosoy dichosa mi felicidad será la absolución de su conciencia.

Magdalena reflexionó un momento, despues meneó lentamente la cabeza, y fué á sentarse de nuevo en silencio. Whilemlina siguió con los ojos á su anciana criada, como deseosa de continuar aun la conversacion; pero al ver la sombra tristeza de la pobre Reutner, se calló, y apoyando un codo sobre una almohada, volvió á caer en una meditación profunda.

No se oía otro ruido que los gemidos del viento sobre la plataforma; el cielo ceniciento, se iba ennegreciendo por instantes porque el sol descendía rápidamente hacia el occaso. La señorita de Steinberg dejaba errar tristemente su mirada sobre el melancólico paisaje que tenía debajo, cuando

distinguió a la otra parte del Rhin un hotelito luchando trabajosamente contra la corriente.

Este hotelito, que no llevaba más que un solo remero, parecía dirigirse hacia el castillo.

Hombre y embarcación apenas se veían entre los vapores del río, que se alzaban al comenzar la noche. Sin embargo el pálido rostro de Whilémína enrojeció de pronto, sus ojos se animaron, y la costó trabajo el reprimir un grito de alegría. Volvióse hacia Magdalena como para comunicarle una buena noticia, pero la misma señora Reutner parecía absorta en aquel momento por una preocupación extraordinaria; había dejado caer la labor a sus pies, y en pie, con el cuello tendido, contemplaba fijamente un punto del horizonte hacia el mediodía.

Siguiendo la dirección de su mirada, Whilémína distinguió en los aires una bandada de aves que se iban adelantando lentamente por medio de las nubes, y no comprendiendo el atractivo que podía tener para la anciana aquel espectáculo, la llamó por su nombre suavemente, pero ella sin volver la cabeza, alzó la mano al cielo murmurando con voz solemne y con una especie de terror religioso:

—Las cigüeñas! las cigüeñas!

Whilémína conocía el carácter supersticioso de Magdalena, y como las cigüeñas figuraban en las armas de nobleza de su familia, supuso que su aparición tendría algo que ver con alguna de esas viejas leyendas que salía de memoria la señora Reutner. La joven, alzándose de hombros, se puso a examinar de nuevo con interés el hotelito que atravesaba el fíbul.

—Si, son las cigüeñas, decía Magdalena con melancolía sin perder de vista las aves viajeras; llegan del mediodía y anuncian la vuelta de la primavera... El sitio en donde se detienen será bendito de Dios bajo el techo que las dio asilo, entrará la abundancia y la alegría... Pero, ya si han olvidado del castillo Steinberg, y pasan sin detenerse por estas miserables ruinas, abandonándolas a los cuervos y a los gatos monteses.

Gruesas lágrimas corrían por las mejillas de Magdalena en tanto que seguía con los ojos la marcha lenta de las aves, que atravesaban el sombrío cielo.

De repente lanzó un grito penetrante que hizo estremecer a Whilémína. La banda viajera, después de haberse cernido majestuosamente en los aires, por encima del Rhin, se dirigió hacia las ruinas del viejo castillo: bien luego llegaron a distinguirse claramente los blancos cuerpos de las cigüeñas con sus largas alas, sus patas rojas echadas hacia atrás, sus cuellos con plumas flotantes, graciosamente encorvados y sus picos de coral.

En su vuelo iban observando un orden regular. Cuando se encontraron sobre el Steinberg, parecieron flutear un instante, hasta que por fin, dos de las más robustas se destacaron de la banda y descendieron rápidamente hacia la torre, en tanto que las otras, volviendo a emprender su viaje, se lanzaban de nuevo en el espacio impetuosamente hacia el norte por un viento tempestuoso.

## IV.

Este acontecimiento tan sencillo en sí mismo, había arrojado un grito a Magdalena; este grito salió solo, porque enseguida se volvió a poner atenta, observando con ansiedad los movimientos de las dos magníficas aves que parecía como que iban pedir la hospitalidad al Steinberg.

No esperó mucho tiempo; las cigüeñas se acercaron tanto

a la torre que sus alas rozaron la estremidad de las almenas. Sin asustarse por la presencia de las mujeres, dieron dos ó tres vueltas alrededor de la plataforma castañeteando con el pico, lo que según dicen es en las aves signo de alegría; y luego cayendo bruscamente, se pararon en un trazo de fabrica, entre la torrecilla y el torrion principal, á una corta distancia de la señorita de Steinberg.

No es posible formarse una idea del gozo que experimentó en aquel instante la señora Reutner. Su rostro resplandecía como si hubiera recobrado la juventud; adelantándose hacia su señorita, para no asustar á las aves viajeras, y estrechándola en sus brazos, la dijo conmovida:

—Nada se ha perdido aun... han vuelto!... Ya están en su puesto ordinario cerca del torrion... ¡Alabado sea Dios! La casa de Steinberg podrá prometerse buenos tiempos todavía.

—Whilémína se sonrió con melancolía.  
—En verdad mi buena Reutner, la dijo con tono distraído, no vió cómo la llegada de esas pobres aves puede influir sobre la suerte de nuestra familia, que tan desesperada te parecía hace un instante.

—Las cigüeñas llevan la dicha bajo el techo en donde se detienen, y estas aves son en particular de un presagio favorable para los barones de Steinberg; ya os he dicho una porción de veces.

Una nueva sonrisa de incredulidad fué la sola respuesta de Whilémína.

Desde tiempo inmemorial, continuó Magdalena entregada á sus recuerdos, después de un suceso que podría contaros si fuéramos menos crédulos, las cigüeñas se han establecido en el sitio en que las veis ahora. Siglos enteros han tenido ahí su nido de generación en generación, sin cambiar de puesto; en desaparición, fuera del tiempo de sus emigraciones anuales, ha sido siempre una señal precursora de desgracias para el Steinberg y sus habitantes. El castillo le abandonaron en el año de 1793, época en que vuestro abuelo, coronel de un regimiento prusiano, hallándose aquí á causa de los sucesos de la guerra, quiso detener la marcha, delante del castillo, de un cuerpo de tropas francesas; las cigüeñas espantadas por el cañón, desaparecieron, abandonando así enteramente ese vallecillo que está ahí abajo, y que les servía en otro tiempo de punto de reunión para marcharse al finalizarse el sitio... El deplorable sitio de que os hablo ocasionó al Steinberg todo género de males. El castillo fué quemado en parte; vuestro abuelo hecho prisionero fué llevado á Francia en donde murió, y de sus cinco hijos, cuatro perecieron en diversas batallas; solo vuestro padre conservó la vida para casarse con la noble señora vuestra madre.

—Te conté, Magdalena, que jamás me habría acordado de aclarar los miles de mi familia á las cigüeñas.

—No os burles, señorita, repuso la buena anciana meneando la cabeza; vuestro abuelo no tenía por absurdas esas creencias, al contrario consideró como una gran desgracia la extraña desaparición de las cigüeñas del Steinberg... y el señor barón Enrique, vuestro hermano, ha preguntado muchas veces si habían vuelto á su sitio acostumbrado, durante su ausencia.

—Mi hermano es un poco jugador, Magdalena... y como tal debe ser supersticioso... Emborruñada; quiero yo también tener algo de fe en ese presagio favorable: porque no he de abrir mi corazón á la esperanza, así como tú abres el tuyo? Si, quiero creer también, Magdalena, continuó exultándose, quiero creer en la felicidad, cualquiera que sea el mensajero que la anuncie: deseo tanto ser dichosa!

Luego inclinándose sobre el pretil por encima de donde estaban las cigüeñas, añadió con un acento de melancolía infantil ó ingenua:

—Bien venidos seáis, genios familiares del hogar de mis padres, aliados protectores del Steinberg.

—Oh! Babels hecho bien de no renegar esas tradiciones, señorita, murmuró Magdalena; siglos enteros han durado en el seno de vuestra familia. Si en estos tiempos de incredulidad y de orgullo nadie quisiera creer en ellas, nosotros dos deberíamos respetarlas todavía; vos, la noble descendiente de los Steinberg, y yo, su pobre criada. Además, quizá esas pobres aves han presenciado los grandes acontecimientos de que han sido teatro estos lugares: quizá han recibido las caricias de vuestro abuelo, aquel buen señor Hermann...

—Puede ser cierto eso, Magdalena?  
—Porque no? Díen que las cigüeñas tienen una vida más larga que la vida humana... Pero, Dios nos proteja! continuó con precipitación, señorita, vuestros ojos son mejores que los míos: no veis nada alrededor del cuello de la que está más cerca de nosotros?

—En efecto, replicó Whilémína sorprendida, parece un collar... es una tira de pergamino, una placa de plomo que lleva suspendida al cuello: qué maravilla!

—Y decidme, señorita, repuso Magdalena con una agitación que iba en aumento, no tiene una pata hinchada por el medio, como si se la hubiese partido y estuviese curada hace ya tiempo?

—Sí, sí, me parece que tiene un bulto como dices...

—Es el *hinkende* (el cojo!) exclamó Magdalena dando palmadas.

—Y quién es el *hinkende*, Magdalena?

—El barón Hermann puso ese nombre á una cigüeña, que, cuando era chica, al ir á probar la fuerza de sus alas, se cayó del nido al suelo y se rompió una pata. El barón, como había heredado de sus antepasados una gran veneración por esas aves, cuidó por sí mismo al *hinkende*, le sanó y luego le dejó libre... Muy joven era yo entonces, pero creo ver aun al *hinkende* siguiendo á vuestro abuelo por las torres y las murallas, acariciándole con su largo y sedoso cuello... Cuando la catástrofe de 93, el *hinkende* se marchó con las demás cigüeñas, y desde entonces no volvió más... Cual ha sido el poder secreto que le ha detenido tan largo tiempo lejos de nosotros? Solo Dios lo sabe; pero creedme, señorita, su vuelta debe inspiraros ánimo y confianza.

—Si, sí, Magdalena, dijo la joven con una sonrisa á la vez trónica y alegre, times razón, deben cesar mis inquietudes... el cielo mismo se ha pronunciado en mi favor... será dichosa!...

—En nombre del cielo, señorita, explicadme lo que queréis decir vuestras palabras, preguntó Magdalena sorprendida.

—Bien luego lo sabrás... pero escucha... el es, Dios mío; el es.

Y al mismo tiempo resonaba en la escalera de la torre un ruido de pasos.

—Pero señorita...

—El es, te digo! repitió la joven lanzándose hacia la garita de piedra que protegía la escalera.

Una forma esbelta y graciosa se dibujó en la sombra.

—Whilémína! gritó una voz varonil.

—Franz!

Un hermoso joven se lanzó impetuosamente hacia la señorita de Steinberg, la tomó la mano y la llevó á sus labios

con un ardor superior á todas las consideraciones humanas. Whilémína retiró su mano ruborizándose, y después señalando á Magdalena, que se había quedado estupefacta con este transporte, le dijo á media voz:

—Franz! Franz! olvidáis que no sabe nada todavía!...

## V.

Franz era uno de los tipos más bellos y completos de la juventud alemana. Delgado y vigoroso á la vez, estaba dotado de una imaginación llena de frescura y de una energética voluntad. Sus facciones, un poco pálidas, eran dulces y delicadas como las de una mujer; pero sus grandes ojos azules brillaban con un ardor enteramente varonil. Un ligero bigote rubio oscurecía su labio superior, y sus cabellos castaños flotaban en largos bucles sobre sus hombros.

Su traje no carecía de ese aspecto pintoresco tan á la moda entre los estudiantes de la universidad de Heidelberg y de todas las universidades de Alemania en general. Llevaba una levitilla de terciopelo negro abotonada sobre el pecho, una elegante gorrija de la misma tela, y un cinturón de ébano que ajustaba su fino talle; pero en este modesto traje, Franz conservaba un aire de nobleza y de dignidad que le hacía distinguirse de sus camaradas los fumadores y bebedores de cerveza.

Las palabras de Whilémína no habían podido amortiguar enteramente los impetuosos sentimientos de que se dejó llevar al volver á ver á la señorita de Steinberg. Sin embargo, se separó de ella dando un paso, y dirigiéndola una limpia mirada, la dijo con un acento penetrante:

—Es cierto; Whilémína... lo olvidó todo... solo vos llenáis mi corazón y mis pensamientos, lo demás del mundo no existe para mí.

La joven se sonrió con orgullo; Franz se volvió al fin hacia Magdalena para saludarla, cuando se oyó una especie de ruido sordo á la otra estremidad de la plataforma: una gruesa cabeza cuadrada con un rostro barbudo se descubrió á la boca de la escalera...

(Se continuará.)

## RUBENS.

Pedro Pablo Rubens, este atleta de la escuela flamenco, nació en Colonia en 1577. Como la mayor parte de los grandes hombres, tuvo que luchar entre su inclinación y la carrera que quería imponerse su familia. Sin embargo Rubens triunfó en su empeño, y partió para Italia después de haber aprendido con Olbon Van Veen los primeros rudimentos del arte. El duque de Mantua conociendo desde luego su raro mérito, le dio un aposento en su palacio; y allí fué donde Rubens hizo un estudio particular de las obras de Julio Romano. Los cuadros del Ticiano, de Pablo Veronés y del Tintoretto le llamaron á Venecia, donde adquirió su primerosestilo. De allí pasó á Génova y luego vino á Paris llamado por Maria de Médicis para pintar su galería del palacio del Luxemburgo. Rubens desempeñó también varias comisiones diplomáticas que, juntas con su raro mérito, le proporcionaron honores y distinciones de las cortes de Inglaterra y de España. Colmado de bienes y de títulos se retiró á Amberes donde se casó con Elena Forment, muy célebre por su belleza, y en esa ciudad murió el 30 de mayo de 1680.

Rubens reunía en sí todas las cualidades que pueden hacer a un hombre recomendable. Su fisonomía y modales eran admirables, brillante su conversación, y la opulencia en que vivió siempre, le proporcionó grandes amistades. Como pintor tenía un genio igualmente dispuesto para todo lo que puede entrar en la composición de un cuadro. Inventaba fácilmente, y si tenía que repetir varias veces un mismo asunto, su imaginación le suministraba al punto los medios necesarios para hacerlo. Sus actitudes son naturales y variadas, y sus cabezas de una rara belleza. Lo que más se admira en él es su inteligencia del claro-oscuro, porque na-

die supo como él introducir tanto brillo en sus cuadros, dándoles al mismo tiempo mas armonía, verdad y fuerza.

Su cuadro del *Descendimiento* es acaso la primera de sus obras maestras. El asunto tratado por Rubens ha ocupado tambien la imaginación de otros pintores célebres, reuniendo como reúne a su gran interés religioso, el gran interés de la historia, de la poesía y del sentimiento! Por eso cuentan las artes muchos cuadros capitales consagrados a este sublime asunto. Echemos una ojeada al *Descendimiento* de Rubens:



Rubens.

El pueblo que había presenciado la crucifixión del Salvador se va alejando; los verdugos se han retirado ya, y acaban de llegar los criados y los amigos del Cristo para enterarlo. Ya está desprendido el cuerpo: primero desclavaron los pies, y luego pasaron entre el Cristo y la Cruz un ancho lienzo, cogido de una punta por uno de los dos hombres subidos en lo alto de la cruz, que mientras lo sujeta con sus dientes, se apoya con un brazo en el madero, y con el otro va desprendiendo al Cristo sobre su santo lienzo. San Juan con el cuerpo inclinado hacia atrás, un pie en el suelo y el otro en la escalera, recibe en sus brazos el cuerpo que cae sobre él con todo su peso, en tanto que la Magdalena de rodillas, sostiene la pierna izquierda del Cristo, para aligerar el peso que San Juan quizá no habría podido soportar largo tiempo. Otros dos personajes colocados sobre la escalera puesta en la otra parte del cuadro, sostienen la otra punta del santo lienzo para impedir que el cuerpo descienda con de-

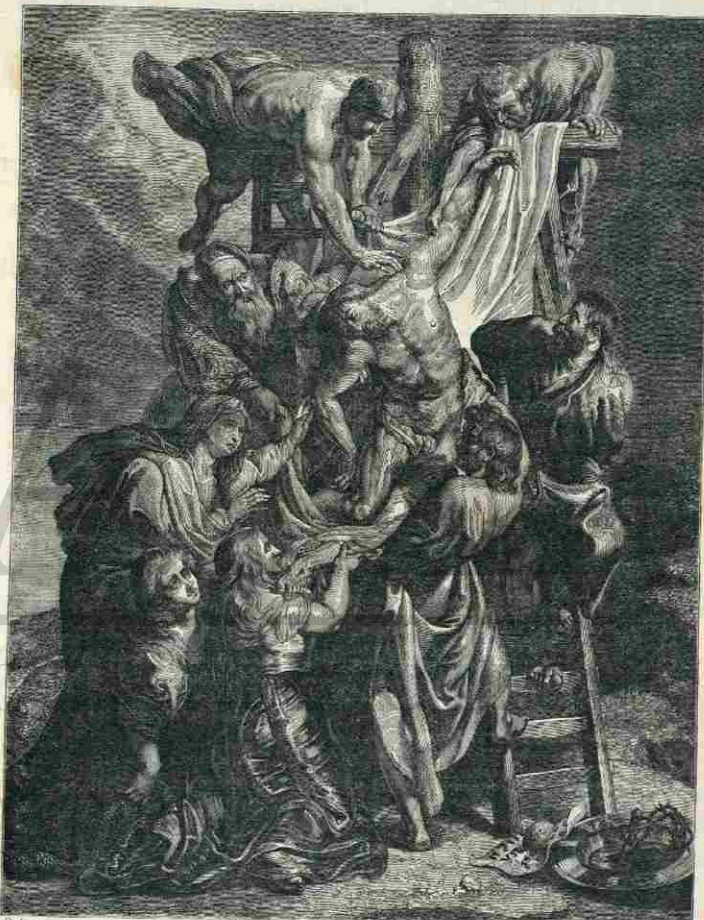
masiada rapidez. Debajo de ellos, una de las santas mujeres, la Virgen vuelta en sí de su desmayo, se dispone a recibir el cuerpo en el caso de que se desprendiera rápidamente. Salomé lanza una mirada dolorosa sobre esa lúgubre escena, y por último otro personaje baja la escalera hacia atrás para ayudar a San Juan, y encarga a los hombres que se hallan en lo alto de la Cruz, que no abandonen el cuerpo ni el lienzo, hasta que él esté en tierra.

En esta hermosa composición reina una perfecta unidad: todos los actores toman en la acción una parte directa. Aunque se ve que el Cristo ha muerto, su cuerpo está flexible todavía; los miembros, la cabeza y el torso ceden a las leyes de la gravedad, y el conjunto de la figura toda es de un dibujo correcto sin afectación ni sequedad.

Muchos grandes pintores flamencos han copiado este célebre cuadro, que también ha sido multiplicado diferentes veces por medio del grabado.

## RUBENS.

(Véase la pág. 24.)



Rubens. Pms.

PREMIER. CC.

PROUD. CCXX.

El descendimiento de la Cruz.

## EL NIDO DE CIGÜENAS

por

ELIAS BERTHET.

(Vea e la pág. 21.)

— Ah! ah! dijo Frantz, con una alegría mezclada con un poco de desdén, el señor Fritz me ha perseguido hasta aquí?... En verdad, mi buena señora Reutner, vuestro hijo es bastante buen muchacho para hacer el papel de un perro arisco, dispuesto siempre a despedazar a los que pasan... No quería dejarme entrar, y tuve que cunpararle y con fuerza... deseaba tanto llegar aquí!...

Y su amorosa mirada se fijó de nuevo en Whiteimina.

— Tertelie! murmuró una voz ronca en la escalera.

En cuanto llegó Frantz, las facciones de la vieja Magdalena revelaban su expresión de tristeza acostumbrada.

— Un perro! repitió, si, el último criado de los Steinberg es como un perro fiel que guarda min la entrada de las ruinas... y que debe alejar de casa a todos los que quieran traer a ella los males.

Frantz hizo un ademán de extrañeza.

— Me hablais a mí de ese modo, Magdalena? Con que no me deben permitir a mí la entrada en el castillo?

— No soy mas que una humilde criada... Aquellos que la señora de Steinberg quiera admitir en sí, serán los bienvenidos; para mí y para mi hijo.

— Y la señora de Steinberg, preguntó el joven con una graciosa sonrisa dirigida a Whiteimina, permitirá mi presencia en la torre?

— Frantz! dijo la joven en voz baja y con exaltación al mismo tiempo: Ah! quiera el cielo que no nos separamos nunca un solo instante!

Magdalena les observaba en silencio.

— Retrate, Fritz, le dijo al cabo con abatimiento; ni tú ni yo podemos impedir lo que Dios permite... Vuelvete a tu cuarto, pobre Fritz, y deja que se cumpla el destino... Si me habré adelantado demasiado a creer en los buenos presagios?

Un segundo tertelie fué la respuesta; pero en el mismo instante la cabeza cuadrada y el rostro barbudo desaparecieron. Frantz, acostumbrado por su madre a la obediencia pasiva, y ademas poco razonador de suyo, se marchó sin hacer observación ninguna.

El joven estudiante y Whiteimina no se acordaban ya de la madre ni del hijo: con las manos entrelazadas, se miraban y se contemplaban estasiados.

— Frantz, Frantz, decía la joven en tono de reconvencción amorosa, cómo habeis estado un día entero sin venir a la torre?... Crei que estariais impacientes por...

— He tenido que cumplir un deber, amada Whiteimina, porque he querido poner a cubierto de todos los ataques al hombre generoso que ha satisfecho nuestros caros deseos. Ya se halla en seguridad en el extranjero... Nuestra dicha no hará la desgracia de nadie, y no volveremos a separarnos.

— Frantz, y si nos separasen?

— Dónde hay poder en el mundo, Whiteimina, que pueda hoy separarme de ti? dijo el estudiante con energía, y estrechándola sobre su corazón; desaharía al universo entero...

Magdalena se levantó como un fantasma delante de ambos jóvenes, que se alejaron rápidamente el uno de otro. El dolor, la piedad y la indignación se disputaban la expresión de la fisonomía de la señora Reutner.

— Sois la hija de los barones de Steinberg? dijo a Whiteimina con vehemencia: cómo la para Whiteimina puede escuchar sin enrojecerse los dichos de un joven libertino de las escuelas?... Por respeto por vuestro nombre, señorita, y por vos misma, no me desgarréis el corazón mostrándome donde ha caído la heredera de una ilustre casa.

Ambos jóvenes permanecieron un momento cortados con el apóstrofo.

— Ya loveis, Frantz, como no habeis cumplido con vuestra promesa, y no habeis sabido callaros.

— Que sepa la verdad, repuso Frantz resueltamente; crei que no habrais podido ocultársela durante tanto tiempo.

— Dios mio! todo el día he estado para confesárselo, pero no me he atrevido.

— Pero qué es lo que hay? preguntó Magdalena con acento trémulo.

El estudiante tomó una mano de la señorita de Steinberg y la llevó a sus labios, en tanto que con el otro brazo rodeaba el estéril tallo de la joven.

— Magdalena, dijo con nobleza, no os sorprendais ni os escandaliceis con esta dulce familiaridad... Puedo estrechar estas manos contra mis labios, y puedo reclamar esta alma como mía. Estamos casados desde hace algunas horas: Whiteimina es mi esposa.

La señora Reutner se quedó inmóvil y nada respondió; solo en sus ojos se conocía que había en ella tanta indignación como incredulidad.

— No creéis lo que os digo, repuso el estudiante; os parece imposible que haya sido burlada vuestra vigilancia hasta ese punto! Muy bien habeis dormido la noche pasada, Magdalena! y Fritz, nuestro perro de hace un instante, no ladró cuando le robaban el tesoro confiado a su guarda. En tanto que los dos estabais soñando, vuestra señorita se escapaba del castillo en medio de la noche; y ya esperaba en una barca al pie del Steinberg, con dos amigos, dos estudiantes como yo que debian servirme de testigos. Atravesamos el Rhin en silencio, en medio de la oscuridad... Qué como-vida y temblorosa estabais, mi pobre Magdalena!... A la otra orilla del río, en la aldea de Seibach, nos esperaba un sa cordote en su modesta iglesia: Dios ha recibido nuestros juramentos, y así no tenemos confesarios delante de los hom-bres.

Esta relación debió haber disipado todas las dudas; sin embargo, Magdalena se volvió hacia Whiteimina, y la dijo: — Baronesa de Steinberg, solo a vos quiero creer... Es falso lo que acabo de oír, no es cierto? No habeis tenido la loca temeridad...

— Todo es cierto, replicó la joven con acento cándido.

— Ese matrimonio no puede ser válido ni ante Dios ni ante los hombres, exclamó Magdalena; desgraciada criatura, habeis sido víctima de alguna abominable picardía; os han querido engañar con un matrimonio fingido...

— No es fingido, señora Reutner; se ha efectuado segun todos los ritos del culto católico a que Whiteimina y yo pertenecemos. El sacerdote que nos ha unido así como los pa-drinos que han asistido a la ceremonia, podrán atestiguar su realidad, en el caso que fuere necesario.

Magdalena Reutner les miraba alternativamente con ojos estraviados.

— Decidme, exclamó con acento sombrío dirigiéndose al joven, qué mágicos hechizos habeis empleado para trastorar la razón a una criatura como esta? Sois el genio del mal encarnizado contra los descendientes de una grande familia? Tiene encima esta casa la maldición del cielo?... Casada!...

Casada con un oscuro estudiante, sin nombre y sin nacimiento; ella, el viático mas puro y hermoso de la antigua raza!

Frantz se sonrió con melancolía.

— A pesar de que deso lisonjar vuestros gustos, Magdalena, no puedo resignarme a pasar delante de mi encantadora Magdalena por un habitante del infierno; el hechizo de que me he valido ha sido un amor profundo y verdadero... Tengo tambien una familia, que debo olvidar porque ella me ha olvidado. Sin embargo, habeis de saber, añadió con un poco de altivez, que quizo puedo llevar un nombre tan lustre y antiguo como el de Steinberg.

— Y cuál es ese nombre? preguntó vivamente Magdalena.

— Razones de la mas alta importancia me obligan a callarlo.

— Pero vos al ménos, señorita, continuó Magdalena dirigiéndose a la joven, debeis conocer ese nombre, porque estará escrito en el contrato de matrimonio, y debeis saber si es digno...

— Frantz quiso ocultárselo, y yo no he insistido por saberlo. Firmé la primera, sin hacer ninguna pregunta: Frantz es leal, y me quiere con toda su alma, Magdalena, que mas necesitaba?

El estudiante estrechó en sus brazos a su cándida y tierna esposa para darle gracias por aquella absoluta confianza. Magdalena se quedó pensativa; la seguridad que le había dado Frantz de que era de sangre noble, había ya modificado mucho los sentimientos de esta mujer extraña.

— No comprendo, dijo por fin, cuales son los motivos que se pueden tener para ocultar un nombre honrado... pero no le hace, revelando el secreto al señor baron, si la alianza es digna de su casa, perdonaos quizo...

— Desgraciadamente, Magdalena, no podré valarme de ese recurso para apacigar al baron de Steinberg, porque ni él ni nadie en el mundo lo sabrán; he hecho un voto so-bre esto, y tengo que cumplir mi juramento. El señor baron tendrá que resignarse a ver en mí al estudiante Frantz y nada mas.

— Y qué haréis si no se resigna, imprudente joven? Al baron le ciega la cñera cuando se incomoda...

— Mayores peligros que esos he arrostrado por casarme con mi querida Whiteimina; pero que vengan a pedirme cuentas los que quieran: los desafío a todos.

— ¿Cómo habeis podido ignorar el riesgo que corrais al contraer ese funesto lazo?

— Lo sabemos, mi buena Magdalena, replicó Whiteimina con una angélica sonrisa; por mi parte dije a Frantz lo temible que era el altanero carácter de mi hermano; y tampoco él me ocultó que tendria que arrostrar los furores de una familia poderosa de la que se se halla separado para siempre. Pero no nos han detenido estos temores: no quisimos oír la voz de la razón, ni tuvimos presente otra cosa mas que nuestro amor. Pusimos todo nuestro conato en vencer las dificultades que se presentaban, y ningún poder humano habria sido bastante para servir de obstáculo a una union tan deseada. Por esta razón no quise firmar en tí, querida Magdalena: temia tu austeridad, tu firmeza, tu ardiente celo por mi felicidad, y aun en el día, si he cometido una falta al entregarme a Frantz, no me arrepiento de ello; estoy resignada a soportar todas las consecuencias de mi conducta, y aun cuando debiese morir, moriría por mi querido esposo.

— Y yo, dulce Whiteimina, repuso el joven con un acento apasionado, yo te defendería mientras me quedase un soplo de vida. Tú eres para mí la patria, la familia, el uni-

verso todo. Si debemos sucumbir en la lucha, sucumbiremos juntos. Nuestras almas se volverán a hallar en un mundo mejor.

Magdalena contemplaba a ambos jóvenes con una inyo-luntaria admiración. Whiteimina había dado el brazo a su esposo, y con la cabeza inclinada sobre sus hombros escuchaba avidamente sus palabras. El estudiante en pie, en actitud altanera, con el rostro resplandeciente de alegría, y una mano alzada al cielo en señal de desafío, hablaba dominado por un ardiente entusiasmo.

Frantz le llevaba a Whiteimina en estatura, toda la cabeza. La hermosa joven parecia apoyarse en el codo sobre un protector: sus cabellos se confundían al soplo de la brisa de la tarde, y la oscuridad que comenzaba ya a esparcirse en torno de ellos, apenas dejaba entrever sus graciosos perfiles. Habíase dicho: que era una céleste aparición rozando con sus ligeros pies la cúspide de aquella torre aérea, y dispuesta a volverse a las nubes de donde había salido.

VI.

Magdalena, cuya imaginación tenia una tendencia declarada a lo maravilloso, al contemplar a los jóvenes esposos, no pudo ménos de experimentar una admiración mezclada de ternura.

— Son tan hermosos como los amantes de nuestras antiguas leyendas; murmuró suspirando, y con lágrimas en los ojos; parecen hechos el uno para el otro... parecen las almas de Berta de Steinberg, la virgen de los ojos puros, y de Carlos de Stoffens, llamado el bonito escudero!... Pero que recuerdo tan terrible acabo de despertar ahora, añadió Magdalena con cierta especie de terror; el baron Manuel para castigar aquel amor los condenó a morir de hambre en ese horrible subterráneo que aun en el día existe debajo de nosotros y que las crónicas designan con el nombre de Camino de la fuga. Pobres criaturas! Dios os preserve de la suerte de Carlos y de Berta!

Whiteimina no comprendió el sentido de estas palabras, pero Magdalena horaba y la tendía los brazos, y la joven se arrojó a su cuello.

— Me quieréis todavía, mi buena Magdalena? exclamó transportada; me perdonas que te haya ocultado mis proyectos? que me haya desconfiado de ti?

— Nada tengo que perdonaros, noble señorita; quien soy yo para atreverme a reconveniros? Pero hay otra persona...

— No me habléis de mi hermano en este instante, interrumpió Whiteimina con una viveza encantadora poniendo uno de sus lindos dedos en la boca de la criada; deja que me entregue enteramente a la felicidad de estar al lado de Frantz, y junto a ti. Porque nos asustamos tanto de un pedregón, en el día tan lejano?... Tengamos esperanzas, querida Magdalena, has olvidado ya, añadió sonriendo, el favorable presagio que creíste hallar en la vuelta de las cigüenas?

Whiteimina tomó a Frantz de la mano, le cobdijo hasta el perfil y le mostró los dos ojos dormidos; luego con una malicia bien disimulada para no incomodar a la buena Reutner, explicó al joven estudiante la importancia que daba Magdalena a aquella vuelta inesperada. Frantz se sonrió a su vez, aunque con tristeza.

— Whiteimina, le respondió, prefiero una creencia poética y graciosa a la seca y fría realidad; ademas, porqué hemos de negar ciegamente todo lo que no podemos com-

prender?... La creencia de la señora Reutner será sin duda relativa á alguno de esos antiguos recuerdos de que tiene la memoria llena...

— Magdalena, añadió en tono afectuoso, la noche está preciosa, no hace viento, contádmos, porque son las cigüeñas las aves protectoras de los barones de Steinberg; ya sabéis que me gustan mucho esas sencillas narraciones de los pasados tiempos.

Las austeras facciones de la anciana, resplandecieron de gozo súbitamente.

— De ese modo habéis burlado la vigilancia de una pobre anciana á quien le gusta hablar de lo pasado! dijo suspirando; pero no le hace, voy á daros gusto. Además, debe importaros mucho el saber las tradiciones de la familia en que acabáis de entrar.

Franz y Wilhelmina que hablaban una buena ocasión cuando Magdalena contaba estos cuentos, para acercarse mas el uno al otro y para contemplarse en silencio, se sentaron en frente de la señora Reutner. Ambos callaban pero sus manos se entrelazaban, y sus miradas se buscaban en la sombra.

Era ya totalmente de noche, y sin embargo, las nubes que se entrecubrían de trecho en trecho, dejaban ver algunas partes del cielo sembrado de estrellas. Por entre las alineas se descubría el Rin como en el fondo de un abismo, presentando en aquel momento una superficie apenas empañada por ligeros vapores. El mas profundo silencio reinaba en aquellos contornos; solo resonaban en cuando en cuando los chirridos de las aves nocturnas ocultas en las hendiduras y huecos de las ruinas.

— En tiempo del emperador Barbarroja, dijo Magdalena con acento grave, vivía aquí el buen señor Roberto de Steinberg, cuya estatua de piedra, aunque mutilada y hecha pedruzcos, se puede ver aun en el antiguo patio de honor del castillo... El baron Roberto era un valiente caballero, muy amante de la justicia; nunca estaba en guerra con sus vecinos, sino cuando éstos le hacían alguna injuria á él ó á sus vasallos. En este caso montaba á caballo, y seguido de sus gentes, se vengaba con su espada y su lanza; quemaba y saqueaba cuanto hallaba al paso, y daba el botín á las iglesias, que le tenían por un hombre prudente y temeroso del Señor. Sus enemigos le tenían miedo y todos los suyos le querían. Los barones de Stoffensels, señores de un desmantelado castillo situado en frente del Steinberg, no se atrevían á atacarle aunque lo desearan detodas formas.

— A Roberto le gustaba mucho la caza con halcon, de donde le habían dado el nombre de *Pajarero*, como á un emperador antiguo. Cazaba en todas estaciones, y por nada en el mundo habria dejado de satisfacer esta pasión dominante. A veces salía únicamente con su halconero y recorría á caballo una gran parte de la comarca, lo que era algo arriesgado, porque habia á la sazón encarnizadas guerras, y todo estaba infestado de malhechores.

— Un día el buen caballero salió como de costumbre con su halconero y un par de perros para levantar la caza. Su esposa la noble Margarita que le adoraba, quiso que no saliera porque el señor de Stoffensels, furioso con sus derrotas precedentes, habia dicho que se aprovecharía de la ausencia del baron para sorprender el Steinberg; pero Roberto se echó á reír de los temores de su esposa, y salió diciendo que volvería al otro día, dejando encomendada la guarda del castillo á su viejo senescal que tenia una buena guarnición á sus órdenes.

— El baron y su halconero corrieron juntos todo el día, aunque sin encontrar una sola pieza de caza. Toda la comarca estaba asolada por los ejércitos de bandidos que en ella circulaban; los árboles habían sido arrancados de raíz, y las casas quemadas; en una palabra todo era soledad y ruinas, y las aves, lo mismo que lo mismo que los hombres, habían huido de aquella tierra de maldición. Sin embargo, la noche se acercaba, y los cazadores, muertos de hambre, deseaban hallar un agujero donde poder cenar y acostarse.

— Por los tres reyes de Colonia! halconero, dijo Roberto á su camarada, ya ha llegado el momento de mostrar tu destreza... en ese pantano debe de haber gallinetas, garzas ó bocadas... prepara tus halcones, mientras envío yo los perros á la desdentada entre las cañas... Vamos á tener que cenar sin duda alguna.

— Así sea, señor, repuso el halconero.

— Y al decir esto se preparó á echar los pájaros que llevaba en los puños.

Los perros, bien amaestrados, resolvieron inútilmente por todas partes, y ya los cazadores principiaron á creer que sus esfuerzos eran vanos, cuando de repente echó á volar una cigüeña haciendo mucho ruido. El halconero lanzó sus pájaros en los aires, animándolos con la voz y los ademanes.

— Pero el buen caballero veneraba mucho las cigüeñas por sus buenos instintos y pacíficas costumbres. Al ver á aquella perseguida por los halcones, dijo á su servidor:

— Llama los halcones, compañeros, porque no permitiré que maten á esta inocente criatura.

— Pero entonces, cómo cenaremos?

— Nos pasaremos sin cenar... nos traerá alguna desgracia, que una pobre cigüeña fuese desgarrada por esos sanguinarios pájaros.

— Los halcones no me oyen, están encarnizados sobre su presa, y no quieren obedecerme.

— Espera, dijo el baron.

— Y al decir esto tomó un arco que llevaba colgado de la silla, y como era muy diestro en la pantería, los halcones cayeron atravesados de dos flechas en el momento en que ya iban á alcanzar á la pobre cigüeña. Esta continuó su vuelo, subió en los aires y desapareció.

— El halconero se quedó muy descontento cuando supo que su amo habia muerto los dos mejores pájaros del Steinberg. Sin embargo, no dijo nada, y como no habia donde guardarse en las cercanías, los dos cazadores, despues de haber recitado sus oraciones, se envolvieron en sus capas, y se echaron á los pies de un árbol.

— En medio de la noche, Roberto soñó que tenia delante la cigüeña á quien habia salvado la vida, reconociéndola en una pluma negra que tenia sobre la cabeza, que por lo regular no tienen estas aves, porque sus cabezas son blancas como la nieve. La cigüeña dijo al buen caballero:

— Roberto te agradezco lo que has hecho por mí; me has libertado de las garras de tus halcones, y por ello serás recompensado. Levántate, empuña tu espada, y mata á tu infame halconero, que ha recibido dinero del baron de Stoffensels para asesinarte. Despues montarás á caballo y te volverás al instante al Steinberg, donde te necesitan... No olvides ofrecer una lámpara de plata á la Virgen en acción de gracias... Adios, siempre velaré sobre ti y sobre tu raza.

— El baron medio se despertó, dudando si ese sueño era una revelación del cielo, ó el fruto de su imaginación. Aun se hallaba en ese estado de entorpecimiento, cuando sintió una mano furtiva que le iba sacando pausadamente su espada, que habia puesto á su lado ántes de dormirse.

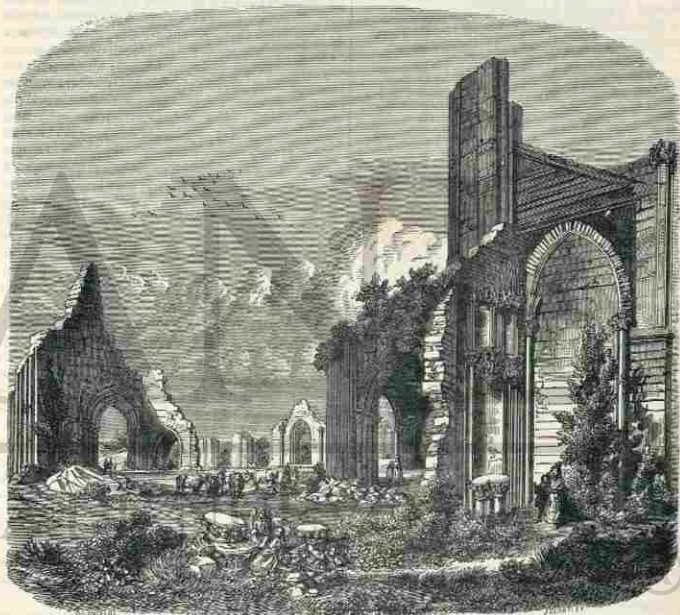
Entonces abrió los ojos con precaucion, y vió al traidor halconero delante de él preparándose para degollarle. Roberto, reconociendo entonces que la cigüeña habia dicho la verdad, se levantó bruscamente, cogió su espada y atravesó con ella á aquel tunante, luego le registró, y halló en efecto las pruebas del crimen de que le habia acusado la cigüeña:

— Sin volver á pensar en el cuerpo de aquel malvado, Roberto ensilló su caballo, montó en él y se dirigió apresuradamente al Steinberg. Llegó al rayar el alba, y se quedó sorprendido en estremo cuando vió los alrededores del castillo cubiertos de soldados: muertos y ensangrentados. Al mismo tiempo oyó que proferían agudos gritos, y todos los vasallos

del castillo salieron á recibirle precedidos de su capitán el viejo senescal, y de la baronesa Margarita.

— Bien venido seas, mi buen señor, dijo la baronesa, arrojándose en sus brazos; sin la divina Providencia, no os hubiéramos vuelto á ver nunca. Los Stoffensels han intentado esta noche asaltar el castillo; todo dormía aquí, y acaso nos hubieran sorprendido, cuando vino una cigüeña á dar picotazos en las vidrieras donde dormía el senescal; éste despertando con el ruido, se levantó, miró al patio, y vió al enemigo escalando ya las fortificaciones: enseguida lanzó el grito de alarma, nuestras gentes acudieron, y ya veis la carnicería que han hecho en el enemigo. (Se continuará.)

## RUINAS DE SAN EVROULT.



El fundador del antiguo monasterio cuyas últimas ruinas se ven en nuestro grabado, se llamaba Ehr-Hulf, nombre de origen germano que significa «supremo socorro, superior apoyo.» En latín se tradujo por la palabra *Evroultus*, y en lengua moderna por Evroul y despues por Evroult.

Ehr-Hulf, ó para emplear sonidos menos duros al oído, Evroult, nació en 517, de padres cristianos y ricos. Siguió los cursos de la escuela episcopal de Bayeux, y estudió las siete ciencias que entonces se estudiaban: gramática, aritmética, geometría, retórica, dialéctica, astronomía y música. Cuando tuvo edad para llevar las armas entró en los leudes del palacio de Kloter, donde permaneció hasta que este rey se hizo el único soberano de las cuatro tribus me-

rovinges acantonadas en las Galias. En esta época Evroult era muy poderoso y rico; poseía numerosos castillos y se habia casado. De repente tomó la resolución de renunciar al mundo, y en efecto, devolvió su mujer á la familia que se la habia dado, repartió sus bienes entre los pobres, y se hizo fraile! Tenia entonces cuarenta y tres años.

Primeramente se encerró en el monasterio de los dos Gemelos, situado á poca distancia de Bayeux; pero no permaneció allí sino muy corto tiempo: en 560, se fué con otros tres monjes á fundar en la soledad otro monasterio.

Estos cuatro religiosos se dirijieron hacia el bosque de Ouches siguiendo la vía romana de Aragenus (Argentan). Era ese un inmenso y magnífico bosque cuyos restos, que

también han tomado el nombre del santo, no pueden dar idea ninguna de lo que fueron. En aquel tiempo servía de guarida no sólo á las cuadrillas de lobos que atacaban en invierno á las aldeas próximas, sino á bandas de malhechores mas temibles aun, mandados por antiguos soldados que habían desertado de sus filas, y vivían únicamente de rapiñas. Los cuatro religiosos entraron sin temor en el bosque, y visitándole en todos sentidos, se detuvieron en una plazuela cerca de un hermoso estanque, alimentado por varios manantiales de agua viva, en cuyo sitio resolvieron fijar su residencia. Al consagrar este proyecto por medio de la oración, cuentan que se les presentó de repente un saltador armado de pies á cabeza, y según un discípulo de Eyroult, he aquí poco mas ó menos el diálogo que se entabló entre el saltador y los religiosos:

— ¿Qué acontecimiento os ha obligado á refugiarnos aquí, buenos frailes?

— Ninguno.

— ¿Tenéis alguna calamidad?

— Ignoramos lo que se llama miedo.

— ¿Tenéis el afán de la conquista? ¿Acaso os gusta el bosque para vivir en él?

— No somos soldados; somos hombres de Dios, hijo mío.

— Y que vais á hacer pues?

— Haremos oración y horemos.

— Pues para eso habeis escogido un sitio muy malo, porque aquí vivimos algunas cuadrillas de hombres fuera de la ley, poco arrepentidos y poco cristianos que nos entristecerán con vuestras lágrimas y que podremos enojarnos con vuestras penitencias. Ninguno de nosotros consentirá en que os quedéis en este bosque. Seguid los buenos consejos de un hombre que quisiera ser de los vuestros, si no fuera lo que es: volveis á donde estabais, y muy pronto, porque si os deteneis podría suceder que os arrojásemos de otro modo.

— Hijo mío, respondió Eyroult con acento suave y acercándose á él, la mirada de Nuestro Señor no se aparta jamás de aquellos que siguen su ley y veneran su nombre.

— Pero os vais á morir de hambre en estos sitios, repuso el bandido algo cortado. Toda la tierra está inculta: alizados y perdidos como lo estáis, y sin relaciones exteriores, iriais pereciendo uno por uno: ¿qué sacaréis jamás de este árido desierto?

— Nada temas, hijo mío, dijo Eyroult; la fe nos dará espléndidos banquetes. Ven á sentarte con nosotros á la mesa del Señor, un día, uno solo, y nunca volverás á separarte de nosotros.

El soldado se dejó persuadir por la elocuencia del santo, y yndó á los religiosos á construirle un abrigo. Bien luego otros bandidos se reunieron á ellos, y el rumor de este acontecimiento se esparció por fuera de aquel bosque. Los duques, los condes francos, los obispos y los comerciantes, enviaron á Eyroult socorros, víveres y obreros, porque además de los motivos religiosos, había un poderoso interés en fomentar una fundación que debía contribuir á libertar el bosque de sus temidos y terribles huéspedes. La abundancia de los medios de existencia de que pudo disponer Eyroult al cabo de poco tiempo, atrajo á él una multitud de discípulos pobres, así como de mendigos y malhechores; al fin pudo construirse un monasterio, y todos los días llegaban á sus puertas rebaños de ganado y caballerías cargadas de pan y vino. Y no sólo los hombres alizados iban á pedir á Eyroult asilo y protección, sino que familias enteras llamaban á la puerta del monasterio, tanto que creciendo de día en día los aspirantes á la vida monástica, Eyroult

se vió obligado, en el espacio de veinte y dos años, á construir otros quince monasterios entre los que había conventos de mujeres.

Las personas que se consagraban así de repente á la vida monástica no siempre perseveraban en su piadosa resolución. Algunas veces echaban á ménos el mundo, decían que la regla era muy severa y se sublevaban contra ella. Los historiadores citan una rebelion de este género, de la cual salió triunfante Eyroult en 589, por la sola fuerza de su carácter y de su palabra; las tradiciones añaden á estas causas la influencia y el adorno de algunos milagros. Eyroult, después que vivía acompañado de tan crecido número de gente, tenía la costumbre de retirarse de cuando en cuando á una pequeña gruta algo lejana, al lado de una fuente y bajo una cabaña cubierta de arboles. Un día uno de sus mas fieles discípulos corrió á advertirle que los frailes, después de haber saqueado el convento, se habían sublevado contra su autoridad. Eyroult se dirigió inmediatamente á la abadía, y en tanto que marchaba todas las campanas de sus monasterios se pusieron á repicar solas como para anunciar que se acercaba. A la estremidad de una arboleda sombría, Eyroult distinguió en la sombra una persona emboscada. Era un hombre? ó era acaso el espíritu maligno que había fomentado la rebelion? Eyroult se adelanta, la sombra huye; Eyroult aprieta el paso detrás de la sombra, que al llegar al sitio que hoy se llama Echaffour, desaparece arrojándose en un brinco en un horno lleno de ascuas. Eyroult cierra la puerta del horno, y dice á las hermanas: «No abrais la puerta; pondré á cocer el pan aquí delante.» La puerta no se abrió sino al cabo de muchos dias, y solo se encontró en el horno un montón de cenizas. Entretanto Eyroult apaciguó la rebelion de las monjas; solo dos opusieron alguna resistencia, pero el santo se arrojó y se puso á orar llorando, y ambos insurrectos cayeron muertos al suelo.

La tradicion nos cuenta otro milagro, mas inocente y mas poético. Un día supo Eyroult que el racionero no había querido dar un pedazo de pan á un pobre prestando que apenas tenía lo suficiente para que comieran los novicios. Inmediatamente Eyroult envia al racionero cargado de pan, en busca del pobre: el religioso le va y le grita: «Nuestro abad te envia esta limosna.» El pobre hambriento se de tiene, y á fin de comer con mas comodidad planta su palo en la tierra: al instante del pie de este palo salta un ma nantial, que, algunos instantes despues se convierte en una hermosa fuente.

Tal es el maravilloso origen de la abadía de San Eyroult. La historia de su ruina ofrece ménos interés.

Eyroult murió en 593 á la edad de ochenta años. Sus sucesores no han dejado en las crónicas ninguna huella notable.

Hacia el siglo IX, los monjes fueron reemplazados por canónigos.

En 944, durante la guerra de Luis de Ultra Mar y Ho, y el Grande, dos jefes de tropas gallo-francesas, saquearon y devastaron enteramente la abadía de San Eyroult, y arrojaron de ella á los canónigos. Los muros abandonados se desplomaron.

San Eyroult fué construido de nuevo por los años de 1030. Se cuenta, que por esta época, habiendo notado un pastor que uno de sus toros desaparecía en una parte inexplorada del bosque y que permanecía allí dias enteros, siguió una vez sus huellas por los matorrales, y halló al animal echado en medio de las ruinas de una iglesia, al pié de un altar. Entonces se dijo que esas ruinas eran las de la abadía de

San Eyroult, pero este juicio era equivocado, pues eran las de la Iglesia de Nuestra Señora del Bosque construida en otros tiempos por la reina Faloube. Este descubrimiento inspiró al señor de Echaffour el deseo de volver á construir la abadía, y en efecto en 1099 se consagró la iglesia y las nuevas construcciones. En los siglos XIV y XV la alauda fué saqueada y devastada de nuevo diferentes veces, mas en los siglos siguientes no sufrió otros trastornos que los puramente religiosos, cambiando de regla por tres veces. A fines del siglo XVIII era aun uno de los principales monasterios de la Normandía. Cuando los religiosos, en tiempo de la Convencion, la abandonaron, parece que se había resuelto conservar la iglesia; pero una horrorosa tempestad destruyó una noche una gran parte del edificio, que había sido restaurado y reedificado á fines del siglo XVI. La torre, de cien pies de altura, arrastró en su caída las bóvedas y los arcos superiores, y cada cual se apoderó de una parte de las ruinas.

«Nada de lo pasado subsiste ya, dice el autor del departamento del Orne arqueológico y pintoresco, nada mas que el recuerdo de las maravillosas curas operadas por las aguas de la fuente de San Eyroult. El milagro que presidió al nacimiento de esta fuente bendita ha permanecido siendo popular... En el fondo de un estrecho valle corre el Charentonne bajando de cinco ó seis terrapienes que se levantan por detrás de su nacimiento y le suministran las aguas. En la espaldea de las colinas, el antiguo bosque entrega su desmenuada cabellera á los torres de las vientos. No se ven mas que grupos de raquitos árboles, juncos, matorrales, zarzas, en fin, una naturaleza pobre y escasa que cresce de tierra vegetal para crecer y desarrollarse. En un rincón del paisaje, oculto por una ondulacion del terreno, se halla la fuente de San Eyroult: una capilla rústica baña sus pies con el agua saludable... La aldea de San Eyroult situada al pié del monasterio, no conserva otras señales que algunos paredones desmantelados. Bajo esas ruinas duermen aun confundidos los señores mas grandes de la Normandía: los Grentemil, los Giroie y los Montipuzon, al lado de Meinier, abad del siglo XI.»

#### EL PADRE Y SUS TRES HIJAS.

No todas las leyendas populares de la Alemania consisten en supersticiosas fantasías; muchas veces pueden considerarse como parabolas destinadas á poner en acción ciertas verdades morales. La que ponemos á continuación pertenece á esta última categoría; teniendo por objeto que jamás puede resultar el bien del mal, y que el padre que sacrifica la justicia y la humanidad en interés de sus hijos, tarde ó temprano, su iniquidad es la causa de su pérdida. Este tema, que varia en cuanto á los detalles, pero cuyo simbólico sentido no varia nunca, ha sido desarrollado con mucha gracia por Uhland en la versión poética que sigue.

Tres jóvenes contemplaban un profundo valle: su padre vino á caballo y vestido de acero.

— Bien venido seas padre mío: ¿qué es lo que nos traes?

— Hija mía, la del vestido amarillo, me he acordado de tí: como te gustan tanto los adornos te traigo esta cadena de oro; se la he quitado á un arrogante caballero á quien he muerto.

La joven tomó la cadena, bajó al valle y halló al caballero á quien su padre había muerto.

Estás tendido en el suelo, como un saltador de camino,

ó noble caballero! le dijo; pero te amo: y dicho esto, le tomó en brazos, le llevó á la iglesia, y lo colocó en la tumba de sus antepasados. Enseguida, rodeó su cuello con la cadena, hasta que cayó sin vida.

Dos jóvenes contemplaban un profundo valle. Su padre vino á caballo y vestido de acero:

— En buen hora vengas, padre, que es lo que nos traes?

— Hija mía, la del vestido verde, me he acordado de tí: como la caza es tu delicia, te traigo este dardo que he arrancado al corzo cazador, á quien he muerto.

La joven cogió el dardo y se internó en la selva. Su grito de caza era Morir! Al llegar junto al cazador le dijo:

He venido hasta este sitio, porque mi corazón me llama aquí. Y al decir esto se atravesó con su dardo, de manera que ambos descansaron juntos.

Las aves del cielo cantaron sobre entrambos, y el verde follaje cubrió sus cadáveres.

Una joven contemplaba un profundo valle. Su padre vino á caballo, vestido de acero.

— En buen hora vengas, padre, en vengas, que es lo que traes á tu hija?

— Hija mía la del traje blanco, hoy he pensado en tí, las flores son tu delicia, y te traigo una mas pura y mas preciosa que el oro. Se la he quitado al jardinero, que me la rehusaba y á quien he dado muerte.

La joven tomó la flor; se la prendió en el pecho, bajó al jardín donde estaba ántes su felicidad, y se sentó sobre la colina adornada de azucenas, diciendo:

— Oh! si pudiera yo imitar á mis queridas hermanas. Pero ay de mí! Las flores no dan la muerte. Dicho esto, se puso á contemplar la flor que su padre la había dado, hasta que la vio marchitarse, y hasta que ella misma se inclinó marchita sobre la tierra.

#### EL ÉSTASIS.

Una sublime naturaleza, el silencio y la soledad, son tres caminos que llevan á Dios. Cuando los encuentro en el campo reunidos, lo mismo que un pobre que halla una brisa propicia para probar sus fuerzas, así trata mi alma de elevarse al Eterno en las alas de la oración. Un hermoso paisaje y una fresca mañana me devuelven las virtudes ingenuas que constituyen el principal adorno de la infancia; la calma que me rodea se desliza en mi seno: es un lago tranquilo que no está manchado con el fango, que ningún viento agita, y que refleja en su superficie la paz de la tierra y la pureza del cielo. No sperimento un deseo que no pueda confesar en alta voz, mi pensamiento se hace en dulces esperanzas; erco esplidos mis pecados por los dolores, y mi invocacion principada en la tierra con espanto, se termina á los pies del Ser Supremo, en medio de la confianza en su bondad.

Paréceme que habito en un mundo mejor, al abrigo de los malvados que nos engañan y de las pasiones que nos extravían, donde no hay mas camino que el del bien, por el cual marché con seguro paso. Entonces esclamo dirigiéndome á Dios: «¡ Gracias te doy porque me has sacado del imperio del mal. Nunca volveré á desafiarte las iras de tu ley, y en adelante vivire sin temer las emboscadas de mi corazón. Gloria á tí, Señor, gloria á tí! »

Mas al grito que lanza un gavilán cerniéndose en los aires, al murmullo del agua que pasa, ó del viento que se despierta, ese magnifico sueño resplandeciente de alegría se apaga y se disipa; y ese éstasis sublime, que en su piadoso vuelo se llevaba mi alma, me deja caer del cielo en un mundo manchado por el vicio y el crimen.

PETIT SENN.

## LA COSECHA EN LA CAMPIÑA DE ROMA

El cuadro de M. Rodolfo Lehmann representa una campesina demasiado poética; en la realidad, dicen que las aradoras son otra cosa. Las pobres muchachas que bajan todos los años con sus hermanos y sus futuros esposos de las montañas, para trabajar en la cosecha de la campiña de Roma, lo hacen por un módico salario y sin alegría, espo-



La aradora por M. R. LEHMANN.

de cansancio y abrasada de sed; detiene algún tantito marcha, la vara que se levanta amentazante, ó un brazo brutal, la hacen entrar de nuevo en las filas. Un triste silencio reina en esa muchedumbre laboriosa; no se oye mas que el ruid del hierro que corta y de la espiga que cae al suelo; las guadañas y las hoces brillan al sol como bruñidas armas, y para acabar esta comparación demasiado fiel, la muerte se cierne encima de los segadores, y no todos responden por la noche cuando pasan lista, antes de retirarse á sus tiendas de campaña. Sometidos á pesados trabajos, pasando en pocos días y sin transición del clima templado y del aire puro de

niéndose á las dañinas calenturas que reinan siempre en aquellos contornos. Estas pandillas de segadores de la campiña de Roma, cuyo número asciende á 30 ó 40,000, tienen una organización parecida en un todo á la de los ejércitos. En esas inmensas llanuras se ven cuadrillas de ocho á nueve mil personas, formadas en una misma línea, marchando lentamente, bajo el mando de los *caporali*, que van armados con unas varas de las que hacen el mismo uso que los sargentos austríacos. Cuando una pobre muchacha muerta

de sus montañas, al de una llanura ardiente, llena de pestilentos miasmas, muchos desgraciados contraen calenturas mortales. El tiempo de la cosecha es el mas peligroso en aquellos lugares; entonces la mortandad suelta ser tan terrible que hay ocasiones en que llevan por la noche á los hospitales diez ó doce viéctimas diarias.

Y sin embargo esa campiña de Roma que los pintores representan comunmente árida y desolada es de una fecundidad admirable; ella sola alimenta mas de la mitad de la Italia, y ademas se evalúa en cinco ó siete millones el producto de sus exportaciones en granos y animales.

## MONUMENTOS DE LA ISLA DE CHIPRE.



Vista tomada en el claustro de la abadía de Lapsis, isla de Chipre.

M. de Mas Latrie, autor de una Historia de la isla de Chipre, en tiempo de los príncipes de Lusitania, ha escrito varios estudios sobre los monumentos franceses de la misma isla. De su obra tomamos la descripción siguiente:

« Acababa de pasar la garganta de Cerines, cuando llegué á lo alto de una colina, distingui la fachada de un gran monumento, que las desigualdades del terreno me habían ocultado hasta entonces: era la abadía de Lapsis, fundada á mediados del siglo XIV por el rey Hugo IV de Lusitania, para una comunidad de religiosos, en cuyo cementerio quiso que le enterrasen. El convento se halla construido sobre un terraplen aislado de la cordillera de montañas de Buffavent, haciendo frente á la mar de Caramania. El convento

y la aldea cercana se hallan rodeados de grupos de narcisos, olivos, acacias, y palmeras. Esta hermosa y verde campiña, contrasta con las desnudas llanuras al otro lado de la montaña; todo el paisaje es admirable y no debemos admirarnos que los europeos de Larnaca, hayan dado á la campiña y al convento el nombre de *Bellapese*; pero esta denominación no es anterior al siglo XVII, y en tiempo de los príncipes franceses el convento no tuvo otro nombre que el de *Lapsis*, ó *Labis*, nombre derivado del de *Lapithia*, provincia de *Lapithia*, donde se halla situado.

» Primeramente me dirigí á ver la pieza mayor cuya hermosa fachada había llamado mi atención, y que consistía en una magnífica sala, larga de mas de 30 metros, muy alta

y alumbrada por dos pisos de ventanas ojivas que dan á la campiña y al mar. El muro en que se termina, y que parece sostener todo el monasterio sobre el borde de la montaña, tiene cerca de dos metros de grueso por arriba, y se prolonga hasta el fondo del valle. Las ventanas se hallan practicadas sobre el mismo valle. Un lindo roseton intacto y cortado en cuatro hojas, recibe la luz hacia el Este; enfrente al Oeste, se abre una doble ventana gótica. Seis grupos de columnillas sostienen los arranques de la bóveda. Un parguito de piedra calada se halla también pegado al muro septentrional de esta hermosa sala, que era probablemente el refectorio de la comunidad. En frente de la puerta y en la galería del claustro, se halla un rico sarcófago antiguo, adornado de garfos y de coronas de flores, que han convertido en fuente, el agua salta por seis caños con llaves que tiene en la parte de abajo. Esta tumba se ve en el dibujo del claustro que damos con este artículo.

Los arcos góticos que forman la galería del claustro se dibujan en un cielo azul, rodeados de naranjos silvestres ó *Aztronilla* plantados en medio del jardín. Las flores y adornos de estos arcos, son idénticos á los de todas las construcciones del siglo XIV.

La puerta de entrada del claustro, simulada, formando quive por arriba, se halla coronada por un friso de mármol blanco donde están esculpidos los tres escudos de armas del rey fundador. Del pórtico, á cielo abierto, se llega, atravesando un patio, á la antigua iglesia de la abadía, donde los griegos celebran todavía sus oficios. La capilla está dedicada á la *Panagia Aspropharava*, Nuestra Señora del Vestido Blanco. En vano he buscado la tumba del rey Hugo, pues no he podido hallarla, y no me he parado un solo instante en la suposición de que el sarcófago del claustro haya recibido en 1360 los restos del príncipe, para volverse en el siglo XIV, el receptáculo de una fuente.

## EL NIDO DE CIGÜENAS.

ELIAS BERTHET.

(Véase las pág. 5, 11, 21 y 26.)

« Todavía seguía hablando, cuando el baron levantó la cabeza, y vió una cigüeña blanca con la cabeza negra que se había colocado en el mismo sitio en que están las dos que han venido hoy; entonces contó lo que le había sucedido, y todo el mundo vió el dedo de Dios en esa milagrosa aventura. Roberto envió una lámpara de plata á la Virgen, y desde aquel momento las cigüeñas han profetizado siempre al Steinberg.

« En memoria de este acontecimiento, los barones de Steinberg adoptaron por escudo de armas « una cigüeña de plata en campo azul, » y podría citarse una porción de predicciones relativas á la familia, en las cuales se ve que la suerte de esta casa se halla unida por un lazo misterioso, á la aparición ó desaparición de las cigüeñas... Pero, añadió la anciana meneando tristemente la cabeza, la juventud es increíble y barjona; no daríais crédito ninguno á esas inspeccionables influencias... »

« Y porqué no, mi buena Magdalena? replicó Frantz, cuyo pálido rostro se hallaba iluminado con una sonrisa; yo creo en la cigüeña de la pluma negra que habló al baron Roberto el Pajarero, como creo en las cigüeñas de Ibero cuya historia nos han dejado Herodoto y Schiller.

El pensamiento del estudiante envolvía demasiada suavidad para que pudiera ser comprendido de Magdalena. Sin embargo la anciana conoció que Frantz no era completamente de su opinión con respecto á la leyenda del baron Roberto el Pajarero.

« Silencio! interrumpió de repente Willemina extendiendo la mano hacia el campo; he oído ruido en la hononada... Quién puede venir á estas horas? «  
« Qué nos importa? dijo Frantz con el egoísmo de la fealdad.

« Sin embargo los tres callaron, y salieron á ver lo que era por el perfil de la torre. Oíanse distintamente las pisadas de dos caballos que resonaban por el camino en medio de la calma de la noche. Bien luego llegaron á descubrirse los jinetes á la falda de la roca en un sitio en que el camino se dividía en dos ramales, uno para subir al castillo, y otro para ir en derecha á la aldea de pescadores de que hemos hablado. Los dos viajeros se detuvieron un instante en la encrucijada, y después de haber cambiado entre sí algunas palabras, uno de ellos se dirigió á la aldea, y el otro se puso á subir tan de prisa como se le permitía su caballo, la rápida cuesta del Steinberg.

Willemina enpalideció de súbito.

« Es mi hermano! murmuró con espanto.

« Si, es el señor baron! repuso Magdalena temblando; huid, señor Frantz, huid: qué diría si os encontrara aquí?

« No tengo derecho para esperarle? replicó Frantz con acento orgulloso; pero estáis ciertas que es el señor baron de Steinberg?

« Le he conocido en el paso de su caballo, y además su traje no puede dejar la menor duda.

## VII.

En efecto, á la claridad de la luna que se alzaba en aquel momento, se descubría el uniforme bordado y lleno de galones que llevaban entonces las tropas prusianas. Willemina se había quedado petrificada; Frantz sentía temblar la mano de la joven entre las suyas.

« Tranquilizáos, querida Willemina, la dijo con acento afectuoso; si es el baron de Steinberg, no creáis que lo siento... nos explicaremos al instante; le diré la verdad y sabré al fin si pretendo oponerme... »

« No, no, no es así como debe saber las faltas que he cometido en su ausencia, interrumpió la joven angustiada; dejadme que tenga tiempo para prevenirle, para prepararle á recibir esta noticia... Qué no os vea en este momento... Oh! por piedad marchaos... »

« Ya no es tiempo, dijo Frantz aplicando el oído; me encontraría al salir con él sin remedio ninguno.

En efecto, el jinete había penetrado en el patio que hacía de jardín. Y al punto se le oyó vocear con impaciencia. Fritz Reutner corrió á él muy asustado, el viajero le arrejó las bridas de su caballo y penetró en el castillo.

« Dios mío! si viene aquí! murmuró Willemina.

« Como vendrá cansado del caballo, no tendrá gana de subir doscientos escalones... Salgáosme al encuentro.

« No, Frantz, os lo suplico, no os pongais aun en su presencia.

« Y porqué no? Acaso no debe saber tarde ó temprano?... Pero, decidme Willemina, no sabéis quien pueda ser ese compañero de viaje de quien se ha separado en la encrucijada?

« No; siempre he venido solo aquí... respondió Magdalena, y ocupa el único cuarto que, además del de Willemina, hay habitable en el castillo.

« Y no se atrevería, añadió la joven con tristeza, á traer aquí á uno de sus ricos amigos de Berlín... Pero oigo ruido en la escalera, Frantz, salid.

« Miedosa! No habeis reconocido las pisadas de Fritz! En efecto Fritz volvió á aparecerse en la escalera de la torre. El pobre mozo había sabido tan de prisa que soplabá como un buey y no podía decir una palabra.

« Mi hermano dice que baje, no es verdad? exclamó Willemina; al punto voy.

« Dios mío! qué podré decirle? murmuraba Magdalena, como podré soportar sus miradas? Ojalá toda su cólera caiga sobre mí sola... Vamos, Frantz, vamos á recibir á nuestro señor; que no note que hay menos criados en su casa que en tiempo de su padre!

« No, no, dijo Fritz con mil dificultades, haciendo señas á las dos mujeres de que no bajasen; el señor baron no quiere ver á nadie en este instante.

« Cómo es eso?

« Mi hermano después de haber permanecido un año lejos de mí...

« El señor baron en cuanto llegó subió al aposento en donde acostumbra alojarse, y yo le seguí después de haber metido su caballo en la cuadra. Cuando entré se hallaba con la cabeza entre las manos, parecía estar muy triste ó muy enfadado. Le pregunté si quería cenar, y me respondió bruscamente que no tenía hambre y que me fuera al diablo. Entonces le dije si debía advertiros que había llegado, y pasado un momento me contestó: « ¡bete á mi hermana que no puedo verla esta noche... que estoy enfermo y muy cansado... Pero no te se olvide prevenirte que mañana muy temprano debe prepararse para salir del castillo, se vendrá conmigo... y tú, ya puedes irte. » Y dicho esto, me dió un empujón, cerró la puerta, y aquí está todo lo que ha pasado.

Esta relación extraordinaria, dejó á Willemina y á Magdalena, atónitas de asombro; ninguna de ellas quisieron creerlo. La extraña conducta del baron de Steinberg, la orden de marcha que había enviado á su hermana, sin acompañarlo de ningún motivo, su deseo de permanecer solo después de tan larga ausencia, todo contribuía á sumergir en angustias mortales á la joven.

« Dios mío! se decía, si sabrá ya lo que ha sucedido!

« Como es posible Willemina? repuso Frantz, quien puede haberle revelado nuestro secreto? Estoy seguro de la discreción de nuestros amigos, y además el baron llega de Berlín, donde nadie puede saber lo que ha habido aquí la noche pasada... No, no; ahí existe un misterio contrario á nuestra dicha; quieren separarnos Willemina, esto es lo que sacó en claro de todo ello... Pero no lo togaran... »

« Oh! no, no, jamás! replicó Willemina; Frantz mío, nunca volveremos á separarnos; sabré resistir, si es preciso, á las voluntades de mi hermano... Pero retiraos, Frantz, puede querer subir á pesar de lo que ha dicho, y si os viene aquí conmigo... »

« Willemina, olvidad que debéis partir mañana...

« Eso no superdará, no tengais cuidado.

« Y si empujase para ello la fuerza... »

« Entonces invocaría vuestro apoyo. Pero, os suplico que no prolonguéis mas tiempo mi ansiedad.

« Así lo haré, repuso tristemente el joven, os obedeceré, querida Willemina; me vuelvo á la aldea en donde me en-

peran mis compañeros Alberto y Sigismundo... Desde allí espíeremos lo que suceda en el castillo, y mañana temprano volveré para revelárselo todo al baron...

« Ya que las circunstancias nos obligan, es prometido que me opondré á ello... pero no olvidéis en esa entrevista que es mi hermano... y el vuestro.

« No lo olvidaré, Willemina, os lo juro; aun cuando debiera costarme... »

« Eso no es suficiente, juradme, que no responderéis á ninguna provocación!

« Willemina!

« Juradlo, Frantz, juradlo...

« Recibí mi juramento... Por agradaros sería capaz de aceptar hasta la deshonra... Adios!

Y dicho esto besó en la frente á su joven esposa lo que dejó á Fritz en el colmo del asombro; saludó afectuosamente á Magdalena, se volvió de nuevo para despedirse otra vez de Willemina, y desapareció en la oscuridad de la torre.

Al pasar por delante de la puerta del baron, detuvo un poco el paso por temor de que este le oyera, y sintió algunos débiles gemidos que salían de ese aposento cerrado cuidadosamente... Un instante después, Frantz se hallaba fuera del castillo, pero en lugar de alejarse enseguida se puso á dar vueltas de un lado á otro, con ese afán del avaro que teme separarse del sitio en donde tiene escondido su tesoro.

## VIII.

La principal habitación de la aldea que se elevaba á las orillas del Rhin, al pie del Steinberg, era una posada de miserable apariencia; solo unos estufantes indiferentes á las comodidades de la vida, podían contentarse con semejante vivienda. La casa toda de madera, cubierta de piedra vieja, desmantelada y mal segura, parecía que de un momento iba á venir al suelo.

Sin embargo allí era donde habitaba Frantz hacia muchos meses; y allí le esperaban Alberto y Sigismundo la noche del día en que comienza esta historia.

En una sala baja, adornada solo con unas cuantas mesas y unos bancos, y apenas iluminada con una vieja lámpara de barro, los dos estudiantes mataban el tiempo fumando y bebiendo cerveza; esas ocupaciones favoritas de todo buen alemán.

Sentados en frente uno de otro, delante de una mesa cargada de jarros y vasos vacíos, de pan y rucorcillos de tabaco, fraternalmente confundidos, ambos se divertían en despreciar de sus gruesas pipas de Meeschium, ahumantes torbellinos de humo. Con los codos apoyados en la mesa, y la lengua en las manos, los dos permanecían silenciosos.

Ambos llevaban el traje adaptado entonces en las escuelas; llevaba ahonadada, cinturón de charol, y gorria aplastada de dimensiones microscópicas, y los dos poseían también esos cabellos rubios, esos ojos azules, y esas cabezas anchas, señales indelebles de la raza teutónica.

Sin embargo, en los rasgos de sus fisonomías se notaban ciertas diferencias, que existían también en su carácter.

Sigismundo Müller que era el mayor, era un joven robusto, alto y lien hecho; su rostro habría sido frío y seco, sin cierta viveza en la mirada que le animaba por momentos; es cierto que esta viveza parecía únicamente concentrada en sus ojos, porque rara vez se sonreía, y los músculos de su fisonomía no manifestaban jamás ni malicia ni alegría. Sin



embargo, Sigismundo pasaba en la universidad de Heidelberg por el de mejor humor del Landsmannschaft, y su reputación no podía ser más mercedosa. Además poseía la facultad de decir y hacer cosas de broma con una gravedad imperforable, y por último, buen amigo, y dotado de mucha sensatez y mucho tacto, era el favorito de Frantz, que más de una vez había puesto a prueba sus sólidas cualidades.

Su compañero Alberto le era inferior bajo todos conceptos. Alberto era todo un estudiante, camorrista, alborotador y desordenado. En vez de estudiar en la universidad pasaba su tiempo en chasquear á los habitantes de la ciudad ó en explicar el *Cómo*, ese código de los estudiantes modernos, á los estudiantes recién llegados.

Alberto adoptaba al punto las cosas más ridiculas en punto á su traje. Sus cabellos y su barba tenían una longitud desmesurada; sus flacas piernas se perdían en sus enormes botas de campana. Nadie hablaba más que él en la taberna de la libertad de la Alemania, ni ninguno entonces canciones patrióticas con mejor voz de bajo.

A pesar de esas ventajas, Alberto Schwartz tenía y respetaba á su amigo Sigismundo, á quien siempre manifestaba una gran deferencia, y aun á veces una obediencia ciega. Bien luego sabremos los motivos que tenía para ello.

Ambos amigos habían ya mucho repetidas veces sus intrudidas á la puerta exterior con alguna impaciencia. Alberto Schwartz echando hacia atrás, por medio de un brusco movimiento de cabeza, sus largos cabellos que le cubrían, dijo en fin á su compañero con gravedad burlesca:

— Amigo Sigismundo, voy á comunicarte una idea que me viene ahora.

— Como gustes, respondió Muller.

— Frantz se burla de nosotros, tan cierto como que voy á beberme ahora esta cerveza.

Y al decir esto se echó al cuerpo su vaso de un solo trago. Sigismundo acostumbrado ya á las fuertes palabras de su compañero, permaneció impassible como si nada hubiese oído. Alberto continuó en estos términos:

— Digo que se burla de nosotros y voy á decirte los motivos: Porqué nos ha traído á este destierro? Este es mi primer punto. Porqué, después de esa ceremonia papista de la noche última que ni tú ni yo, en nuestra calidad de buenos protestantes, no hemos comprendido, no nos ha permitido que nos volviéramos á Heidelberg, en vez de emparejarnos en esta fea taberna? Este es mi segundo punto; y como no halló respuesta ninguna á estos dos argumentos, concluyó que Frantz se burla de nosotros.

Estas palabras fueron pronunciadas con la pedantesca gravedad de un profesor en cátedra, pero Muller continuó fumando sin hacer caso, y el estudiante, alentado con este silencio, continuó sus observaciones, diciendo:

— Si, no comprendo porque tú y yo que somos la fina flor de la universidad, estamos siempre á merced de los caprichos del caballero Frantz. Tú debes tener tus razones para dejarte dominar así, pero nunca me has dicho quien es ni de donde ha venido, un día se descolgó en Heidelberg sin que nadie le conociera... se puso á seguir los cursos al acaso... Sus diestros no han metido ruidó ninguno, como no sea el del otoo último en que le hirió ó mató á dos de sus camaradas. Sin embargo, tú te has aficionado á él hasta el punto de seguirle por todas partes y de sacrificarle por él en todas circunstancias. A mi juicio creo que no se ha mostrado con nosotros en su matrimonio secreto; no nos ha dicho...

— Y qué le hace eso?

— Le hace mucho; que yo no quiero permanecer aquí, á menos que no se me diga...

— Te quedarás sin que te digan nada.

— Pero al fin y al cabo, dijo Schwartz impetuosamente, yo soy un hombre libre y profeso un odio mortal á la Francia.

Sigismundo salió de su apatía, se levantó, puso la pipa sobre la mesa, y tendiendo una rápida mirada en torno suyo, dijo con acento sombrío:

— Has olvidado, compañero, que hay que estar siempre alerta, porque nadie puede saber cuando llegará el día ni la hora?

Al oír estas misteriosas palabras, Alberto se estremeció y se puso pálido; Muller satisfecho de la impresión que en él había producido, volvió á tomar su pipa para caer de nuevo en su asistida gravedad.

— Si, si, comprendo, dijo por fin Schwartz como queriendo sonreírse, es otra prueba más, no es cierto? Sé que debo obedecer ciegamente á todo el que pronuncie esas palabras sagradas, y añado que ya merecería el llamarme iniciado enteramente en los temibles ritos de la sociedad secreta de los...

— Temerario! interrumpió Sigismundo mirándole con feroces ojos; estas causas de la vida?

— Nadie puede oírnos aquí: Zelter, el viejo literato, está leyendo la Biblia en su cuarto, y su hija Augusta está hablando con la criada en la cocina... Dime una sola cosa, ya que estamos solos, no ocupa Frantz uno de los principales puestos en esa sacrosanta sociedad á la cual pertenecemos tú en clase de adepto y yo como lumilde criado sometido aun á largas y difíciles pruebas?

Sigismundo continuó sin decir palabra.

— Respondeme, hermano, si tu juramento no se opone á ello... Gustoso reconocería á Frantz por superior, si estuviese seguro de que como tú perteneces...

— Pues es tu superior, replicó Muller lacónicamente.

Alberto hizo un ademán de triunfo, como si al cabo hubiese podido arrancar á su compañero un importante secreto.

— Todo lo entiendo ahora! dijo, el aire misterioso que tiene Frantz, su obstinación en ocultar su nombre, el secreto que ha presidido á su casamiento... Es un agente, un dignatario acaso de esa terrible sociedad que debe un día regenerar la Alemania! Oh! Le obedeceré, me prosternaré delante de él, y si es preciso sabré...

— Quieres callarte? dijo Sigismundo con acento sordo: Y un instante después continuó en tono solemne:

— Acuérdate de lo que pasó cuando me pediste el gran favor de que te se admitiera en esa sociedad cuyo nombre santifica los labios que le pronuncian: te vendé los ojos y te lleve al sitio en donde los aliados celebran sus misterios. Tus ojos estaban cerrados, como símbolo de las tinieblas que reinan aun en tu entendimiento, pero tenias libres la boca y los oídos. Te acuerdas de las palabras que te se dirijieron, cuando después de haber jurado sobre un puñal que guardases un secreto inviolable, oíste una voz que parecía salir del centro de las entrañas de la tierra?...

— Me acuerdo que la voz decía: *Porus esto, sobrius esto, prudens esto!*

— La pureza, la sobriedad y la prudencia son las tres cosas primeras que se exigen; bien llenado bien estas condiciones?

— Creo que sí; la pureza!... esta no la cuento porque es cosa fácil cuando no hay... la sobriedad! no creo faltar á ella, bebiendo un jarro de cerveza como todo buen estudian-

te de la universidad... En cuanto á la prudencia, no sé como podría saltar á ella.

— Hablando siempre de la santa sociedad, á pique de revelar á los profanos sus temibles secretos.

— Y qué secretos podría yo revelar? Nada he visto, y nada sé tampoco. Me llevaste por la noche fuera de la ciudad, al campo; me hicieron algunas preguntas bastante... frivo-

las, y por último me despidieron diciéndome que me hallaba admitido á principiar mis pruebas, y que debería obedecer á todo el que pronunciasse ciertas palabras que tu sabes.... Desde entónces ando como un esclavo tuyo, y te sigo por todas partes obediente...

(Se continuará.)

## EL RAYO DE SOL.



Un viento frío, áspero y penetrante sopla en la miserable habitación del viejo zapatero David Coumbé. El pobre hombre interrumpió de cuando en cuando su trabajo para entregarse un poco las manos ó para arrimarse á las frías cenizas de su chimenea.

Hacia un tiempo horrible tanto dentro como fuera. Los transeúntes caminaban de prisa huyendo la cabeza para guarecer un poco del helado viento sus amoratadas narices. Los hombres llevaban las manos metidas en los bolsillos, saciéndolas solo á las esquinas de las calles cuando una ráfaga de viento amenazaba sus sombreros. Las mujeres tirando de frío, habrían necesitado tener más de dos manos para sostener á la vez sus sombreros, vestidos y pañuelos.

Por las aceras de la calle corrían de un lado á otro los mendigos descalzos murmurando á los oídos de los transeúntes:

— Una limosna por el amor de Dios! Tengo frío y hambre!

Su voz parecía más lastimera todavía, porque se mezclaba con los sibidos del viento. En un rincón que formaba el muro de una casa se veía un montón de barapos, con un pedazo de cartón encima en que decía: « *Me muero de hambre.* » Pero aquel día no se hallaban dispuestos á la piedad los corazones. Hacia demasiado frío para detenerse, para sacar las manos de un grueso manguito ó de los bolsillos, y alargar al pobre una moneda. Por eso más de uno de esos

infelices « que se mueren de hambre, » cansados de esperar en vano, tomaban el partido de volverse á su casa.

El viejo David Coumbe no tenía nada que comer en su vivienda, si puede llamarse así el oscuro agujero en donde pasaba sus días. Sin embargo, nunca había puesto á la puerta ninguna letrero para informar al público que se moría de hambre.

— Y en verdad, pensaba para sí, no puedo decir que me muero de hambre mientras tengo un poco de pan y queso, y de cuando en cuando algunas cortezas de tocino, pero no es menos triste el trabajar continuamente para lograr esto. Qué horrible es este agujero!... Ah! esto no es vivir!... esto es morir á fuego lento!... ay! ay!

El pobre David concluía siempre sus lamentaciones con un ay! ay! Para él estas dos palabras eran la suprema expresión del desaliento, y las soltaba lastimosamente como un quejido de las profundidades de su duro pecho.

David parecía destinado á pasar miserablemente toda su vida. En vano le habrían querido persuadir de que debía intentar mejorar su condición á beneficio de sus propios esfuerzos; siempre decía que solo los ricos podían sacarle adelante en sus penas. A veces hablaba con un especie de vaga esperanza, de que algún día encontraría quizá un hombre querido, que le sacaría de aquella miseria asegurándole una posición independiente. Mientras tanto remendaba con el escaso salario cotidiano, y sin poder lograr jamás el hacer ninguna economía. Era un hombre exacto, honrado y sincero, pero se quejaba continuamente de su destino con todos aquellos á quienes veía, y lo hacía con tanta amargura que llegaba á causar á fin la paciencia de todas las gentes, tanto que ya todos renunciaban á consolarle y le abandonaban á su miseria.

En la tarde del día de que hablamos, David después de haber terminado su trabajo hizo sus preparativos para pasar la noche fumando y haciendo castillos en el aire, como lo tenía de costumbre hacía tiempo. Al efecto encendió su pipa, estendió sus piernas, apoyó su cabeza en el respaldo de su carcomido sillón de madera, y se puso á arrojar bocanadas de humo á intervalos iguales sacando de vez en cuando su pipa de los labios para murmurar su eterno ay! ay! que era como una especie de respuesta á sus pensamientos melancólicos.

— En todo mi vida he visto este cuarto tan triste como hoy! Es verdad que nada es tan triste como la oscuridad; nunca entra aquí un rayo de sol, ni en invierno ni en verano.

Al decir esto, David echó una mirada en torno suyo, y fijó sus ojos en una espesa capa de polvo y porquería.

— Ah! tuja una ventana, dijo, y aunque el tiempo casi siempre está oscuro, cuando voy á entregar la obra en casa de los parroquianos, veo que el sol entra siempre en ellas; pero en la mía... ay! ay!...

Estaba para anohecer.

— Vamos, dijo, ya fume mi pipa, voy á tomar ahora una gaja de té. Mucho me gusta el té.

Encendió su vela de sebo, tomó un poco de té en un pedreguillo amarillento, y pisó á calentar agua en un cachillo de hoja de lata; hizo el té, y sin leche ni azúcar, lo echó en un vaso de estaño, y se puso á tomar esa pobre bebida á traguitos, después de lo cual volvió á encender su pipa.

El día iba cayendo rápidamente. David miró otra vez en torno suyo y continuó suspirando ay! ay! en tono lamentable.

De repente una brillante luz penetró en su cuarto, esparciendo tanto resplandor en derredor del pobre zapatero, que no pudo menos de estremecerse. En medio de la claridad se

apareció una pequeña criatura que tenía la forma de una mujer dotada de espléndida belleza: sus cabellos flotaban como llamas de oro, y su rostro era tan luminoso que David, encantado y atónito al mismo tiempo, no pudo soportar su vista, y medlo se cubrió los ojos con la mano.

Entonces el espíritu, con una voz que parecía una suave y lejána melodía, le dijo:

— Porqué te asustas? No vengo á hacerte daño ninguno. No dejas, hace un instante, que deseabas un rayo de sol en tu morada sombría? Pues yo te he oído, y como á pesar de tus continuos lamentos eres un buen hombre, vengo para que sepas que si quieres, puedes disfrutar de mis beneficios para siempre. Tengo muchas hermanas, y todas somos vivas y alegres; nadie hay en este vasto mundo que no nos ame, y nos recibe bien como es debido: los insectos revolotean cantando en torno nuestro; las flores son más bellas cuando nos reflejamos nosotros en sus corolas; el agua se agita y chispea suavemente con nuestra sonrisa; los animales nos buscan, y duermen mejor cuando los protejemos; nosotros sabemos trazar brillantes senderos á través del follaje, y rompemos la sombra de los bosques para llegar hasta la yerba en donde se oculta la perfumada violeta. Preferimos los campos, pero también nos complacemos en alumbrar las estrechas calles de las ciudades dándoles un aspecto más alegre. Penetramos en las cárceles á pesar de las rejas y las puertas de hierro, y si un pobre ser se arrepiente de su crimen entramos á consolarle e infundirle aliento. Visitamos al ahogado y al enfermo, y salimos al encuentro de todos aquellos que, alzando sus miradas de esta tierra donde hay tantas penas, nos buscan donde nosotros estamos, en el dulce esplendor de nuestro cielo. A veces nos veía una ligera nube, pero es por poco tiempo, y cuando pasa, volvemos á aparecer con nuestro lustre. Es cierto que hay en la tierra muchas gentes que no saben llamarnos, ni buscarnos, y tú entras en este número David Coumbe. No dejas que nunca veníamos á tu morada, ni en invierno ni en verano? Deseas sinceramente nuestra presencia, David Coumbe? Creemos: antes de entrar echamos una mirada por las ventanas, y elegimos los cuartos limpios y bien arreglados; nos gustan las gentes sencillas, los corazones agradecidos que aman al Supremo Hacedor que los ha creado lo mismo que á nosotros. David, siempre hay un rayo de sol en esos corazones, y para ellos, ninguna morada, por pobre que sea está nunca enteramente oscura y sin alegría. Deseas para en adelante la compañía de una de nosotras para que recojete tu corazón y tu mirada? Pues voy á decirte cuál es el lazo que debes tendernos. Ante todo, es necesario que seas lizo sea limpio y brillante, y además debe tener el cebo de la alegría, de la perseverancia, de la industria, de la caridad, de la fe, de la esperanza y de la satisfacción de ánimo. Sigue mi consejo, David Coumbe, y no tendrás que quejarte de que ningún rayo de sol venga á dorar tu morada, y á alegrarte en tus últimos días, hasta entonces, adios, querido mío.

A esto sucedió un gran silencio. David no distinguió ya nada más que una débil línea luminosa que poco á poco fué subiendo por la ventana, hasta que se apagó y le dejó solo sumergido en la oscuridad más profunda.

— Ha sido un sueño, estoy seguro; he tomado por una voz un sonido lejano de algún organillo. Qué sueño tan extraño! Echar al sol un lazo! Y la voz decía que era preciso mucha energía! Quién piensa en eso ahora, después que tenemos vapor para todo! Y además, yo, que puedo hacer? Perseverancia! acaso no tengo tanta como el primero? Hace

cuarenta años lo menos que paso los días en remendar botas y zapatos; si esto no es perseverancia é industria que venga Dios á verlo. En cuanto á la caridad, esta sí que apenas la conosco. Si pongo lo que es dar dinero, pero jamás he tenido nada que dar, oh! nunca! En cuanto á la fe, creo acordarme que me madre me hablaba de ella á menudo, mandándome que leyera en una gruesa Biblia con muchas estampas; pero hace mucho tiempo, madre mía, pobre madre mía, que he olvidado ya cuanto me enseñaste. Sin embargo tenía una Biblia: dónde está? Voy á ver lo que dice de la fe. Pero lo verá mañana. En cuanto á la esperanza, lo cierto es que siempre la he tenido, y que esta no me la producido nada. La satisfacción de mi mismo no sé por qué debo tenerla: acaso puedo estar contento viviendo en este miserable cuarto tan frío y oscuro?... ay! ay!

Y el pobre David, turbado y agitado, se echó sobre su jergón. Trató de dormir; pero la extraña vision que había tenido se le presentaba siempre al pensamiento; la vococeta melodiosa continuaba resonando en sus oídos, y el rayo de sol brillaba en medio de la noche ante sus ojos.

Entre los consejos que le dió el espíritu, había uno que á David le pareció sensato y fácil de seguir. Podía en efecto ordenar un poco mejor su cuarto, limpiándole y arreglándole para que fuese más digno de recibir la visita del sol. Así pues, al otro día por la mañana muy temprano, David resolvió subir la escalera para ir á ver al primer piso á la mujer que le alquilaba el cuarto, y preguntarle si quería ayudarle su hija á sobrelevar este nuevo trabajo. Aunque era hopulino de la tia Dionisia hacia ya muchos años, nunca había tenido otras relaciones con ella que las que podía haber establecido la costumbre de entregarle el dinero de su alquiler el día de su vencimiento; y la tia Dionisia por su parte, conociendo el humor misántropico del pobre zapatero, y siéndole imposible el ayudarle, no había intentado nunca el tratar con el conocimiento.

De este modo David tuvo que vencer alguna repugnancia antes de atreverse á dar aquel paso; mas de una vez timbeó al subir la escalera; pero al cabo llegó á la puerta de la tia Dionisia, y llamó tímidamente á ella. La buena mujer, dotada de una fisonomía franca, abrió al punto la puerta, y dió un paso hácia atrás de sorpresa.

— Como, sois vos, tio Coumbe! Quién podía imaginarse el veros? Qué hay de nuevo? Entrad y sentaos.

Y diciendo esto le señalaba al zapatero una silla que estaba á la izquierda. Una macrola de metal chisporroteaba junto á la llama; la mesa estaba puesta, porquerra la hora del almuerzo. La ventana estaba adornada de bonitos liestos de flores; todo el cuarto respiraba un aire de limpieza, de alegría y de bienestar. Un hermoso niño relosando salud estaba sentado en el suelo divirtiéndose con sus juguetes... y un rayo de sol doraba su cabeza...

— Está bien, pensó David; quién se imaginaria que ese niño sabe ya pensar sus lazos? Y sin embargo, ha podido conseguir un rayo... Pero ese fue un sueño ridículo; no hablamos nunca de él; me tomarian por loco.

— Y á que debemos el placer de veros, tio Coumbe? dijo la tia Dionisia.

— Desearia saber si vuestra hija mayor querria encargarse de limpiar un poco mi cuarto.

## EL HUKKA, EL NARGULEH Y EL KALIUM.

La pipa persa se compone generalmente de un receptáculo que se llena de agua hasta la mitad: — de un tubo perpendicular que se introduce en el agua; — de un hornillo ordinariamente de metal, sobre el tubo perpendicular; — de una tapa calada que sirve en cierto modo para que corra el aire, y por último de un segundo tubo, por medio del cual se pone en comunicacion el fumador con el tabaco, al tiempo de aspirarlo.

Cuando el receptáculo del agua tiene la forma de una campana, la pipa se llama hukka, ó hukka, palabra árabe que quiere decir caja. Esta es la forma particular de la India. El hukka, cuyo dibujo damos, fué comprado en Constantinopla por M. Item, orientalista distinguido. El receptáculo del agua es de muchísima elegancia, la campana inferior es de plata sobredorada, de donde cae un tejido de plata formado de delicados arabescos: el fondo y los puntos principales son esmaltados en un bello carmesí. La tapa de la pipa y los tubos son de plata con relieves; el tubo flexible, llamado *nargiteh* (serpiente plegada) es de seda de color de cereza y oro, terminándose en una boquilla de ébano. Esta pipa es una verdadera alhaja por su riqueza de adornos y su esmerado trabajo, que evidentemente procede de la India.

Cuando el receptáculo que recibe el agua tiene una forma ovóide y se termina en punta, y cuando el tubo particular se halla adaptado al cuerpo del receptáculo, la pipa se llama *narguleh*, de la palabra *nargul* ó *nargil*, que significa muez indica. En Constantinopla, el receptáculo, es una botella de cristal; en Bagdad se usa comunmente la muez indica, ó coco. El *narguleh* de los rios tiene un receptáculo ovóide de plata, y como su forma pantálgida impide que se ponga sobre una superficie plana; se usa para esto un tripode, artísticamente trabajado y tambien de plata. Un simple banquillo con un agujero llena en Bagdad el mismo oficio.

El *narguleh* que se vé en nuestra lámina es de plata con labores en relieve y adornos de esquisito gusto y mucha riqueza; la pipa y el receptáculo del agua se hallan rodeados de medallones esmaltados, representando bustos de hombres y mujeres; las demás partes se hallan cubiertas de ornatos al gusto persa y de figuritas doradas; el fondo es un hermoso esmalte azul y rosa, sobre el cual se ven guirnaldas y ramitos de flores de colores brillantes; los tubos son de ébano con adornos grabados. La tapa cuelga de unas cadenas de plata, y un pequeño tripode de un perfil elegante acompaña á este *narguleh*. Esta preciosa alhaja forma parte de los curiosos colecciones de la señora Houmaire de Hell, viuda del sabio viajero que perdió la Francia hace dos años.

La tercera pipa es el *Kaliium*, porque así se pronuncia vulgarmente la palabra árabe *halidun* que significa *hereditario*, nombre que se le da á esta pipa á causa del ruidito que produce el agua aspirada por el tubo. El *kaliium* se usa solo en la Persia; el receptáculo del agua tiene la forma de una botella cónica, y el tubo por el que sale el humo, se adapta, no al receptáculo del agua, sino al mismo cuerpo del tubo perpendicular; el mecanismo y la manera de usar esta pipa no difieren en nada de lo que se ha dicho sobre las anteriores; el tubo puede ser de madera, ó de piel como el del hukka. El interior de todas ellas se halla lleno de medallones esmaltados más ó menos ricos. Los persas gastan mucho

(Se continuará.)

dinero en sus pipas, habiendo algunas que cuestan hasta 42,000 frs. por las tapas ribeteadas de perlas y sus ricos esmaltes.

El tabaco que se fuma en la pipa persa se llama tumbeki:

antes de fumarle se le moja con agua, lo que exige para encenderle una fuerza de pulmones, propia de un crjado, el cual despues de haberlo encendido, presenta la pipa á su amo y señor.



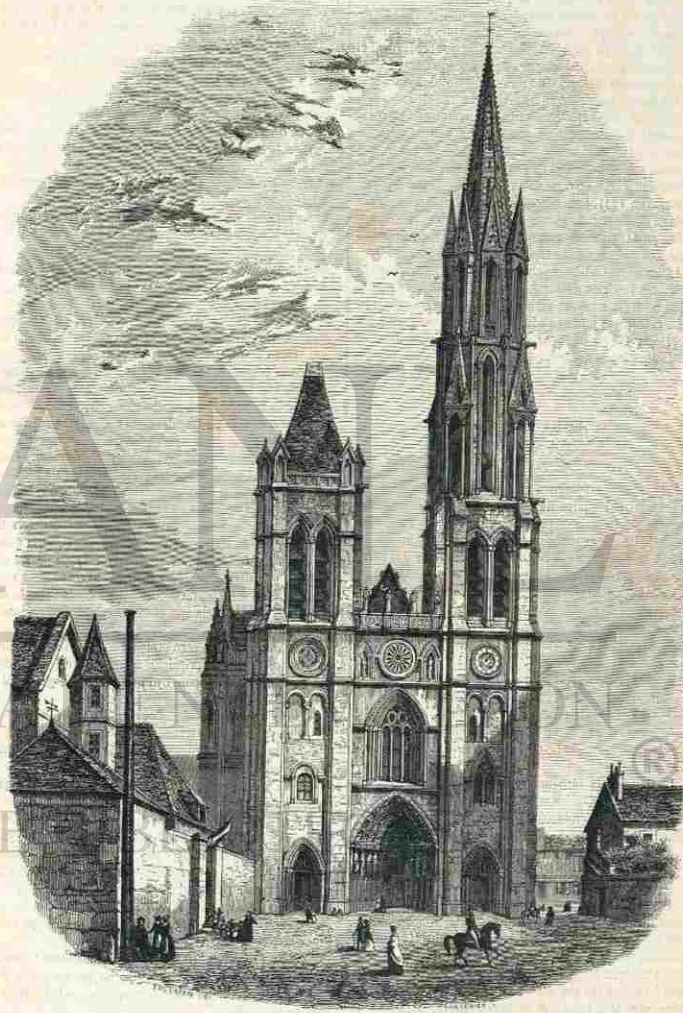
Tukka.

MENTALAN.

Narguileb.

SEN LIS.

(DEPARTAMENTO DEL ORSE.)



Vista de la catedral de Sensis.

Después de la pacificación de las Galias en tiempo de Augusto, se trazó una magnífica vía entre el Mediodía y el Norte, y en uno de los puntos de este camino se fundó la ciudad de Senlis que tomó en un principio el nombre de *Agiastomagus*. La ciudad fue rodeada de una muralla á mediados del siglo III, habiéndose hallado antes un magnífico templo dedicado á los falsos dioses. Régulo predicó allí el cristianismo á fines del primer siglo, según cuentan algunos cronistas, y después del establecimiento de los francos en las Galias, Senlis fue una de las primeras ciudades que se ocuparon. Los reyes carolingios tenían en ella un palacio donde fué encerrado en 853 Pepín rey de Aquitania; Carlos el Calvo tuvo preso también á su hijo Carlomagno que se había sublevado contra él. Los habitantes de Senlis recibieron una carta de comuna en 1173 que Felipe Augusto confirmó en 1201. Este mismo príncipe vino á celebrar sus bodas á Senlis cuando se casó con Elisabeth de Hainaut en Henis en el 1180. Senlis sufrió bastante con las guerras del siglo XV y con las de la Liga.

Antiguamente estaba muy bien fortificada, y aun en ella se descubren vestigios de muros romanos. Del antiguo palacio no se conserva mas que un montón de ruinas considerable. La catedral es un buen edificio construido en gran parte en el siglo XII. Su estilo es gótico, y lo que mas llama en ella la atención es su atrevido campanario.

### EL RAYO DE SOL.

(Véase la pag. 57.)

Estas palabras dejaron á la tia Dionisia atónita de asombro. Limpiar el cuarto de Coumbe! Qué milagro! Muchas veces la tia Dionisia habia pensado en ello, porque aquel cuarto habria deshonrado su casa, si felizmente no hubiese dado á la esclera de la cocina, de manera que las personas que iban á verla no pasaban jamas por aquel sitio.

— Ya lo creo, tio Coumbe, ya lo creo; ni hija está á vuestro servicio; en cuanto almuerce bajará, pero quedaos á almorzar con nosotros.

— ¡Mil gracias, respondió balbuceando el zapatero, mil gracias...

Y como la buena mujer insistió mucho, se atrevió por fin á decir que tomaria con gusto un bocadillo.

— Aquí está Betsi; mira, Betsi, continuó la tia Dionisia dirigiéndose á una jóven que acababa de entrar, despacha pronto el almuerzo; y el tio Coumbe desea que limpies un poco su cuarto.

La tia Dionisia hizo una señal á su hija, que estaba ya para responder manifestando su sorpresa; en efecto, la vista del zapatero era tan incomprensible para la jóven, como el deseo que alli le trata; sin embargo se contentó y dijo:

— Comió gustos, madre mia. Vendrá padre á almorzar con nosotros?

— No, vamos, vamos pronto.

Bien luego se dispuso el té; el niño rubio fué colocado encima de una silla, y le dieron una cucharita de estaño para que esperara en paz el almuerzo. La tia Dionisia hizo unas tostadas con pan y mantequilla, y se las presentó á Coumbe, que tomó una con mucha timidez, pensando en el contraste que formaban sus gruesos y negros dedos, con la mano morena, pero bien limpia, de su buena casera. A medida que iban almorzando, David se iba sintiendo mas á su gusto, á

pesar de la novedad de aquel bienestar que probaba por primera vez, después de mucho tiempo.

— Qué bonito es este cuarto! pensaba para sí; diríase que la luz se complacía en jugarle en él.

Y seguía con los ojos el rayo de luz que se deslizaba tan pronto sobre la leñera de estaño, como sobre la taza de la tia Dionisia, ó sobre el tomo de su rolizo gato.

Por fin, David cediendo á su pensamiento, dijo resueltamente:

— Mucho brilla el sol en vuestro cuarto, tia Dionisia. Cuánto lo echaréis de menos en los días de lluvia!

— No lo creáis, tio Coumbe, siempre se nos figura que hace sol aquí, y apenas nos acordamos del tiempo. Estamos tan contentos unos y otros! Este mi sol; (añadió acariciando al niño y cubriéndole de besos) no es verdad, querido mio?

Estas palabras llamaron la atención de David; recordó que el espíritu le habia dicho:

— Siempre hay sol en esos corazones.

Betsi quitó la mesa, se puso un gran delantal y dijo á Coumbe:

— Tenéis jabón abajo, tio Coumbe?

— Puede ser que no, dijo el pobre hombre; no lo tengo. Era verdad lo que decías; pues ni entonces ni nunca lo habia tenido.

— Toma jabón, un cubo, escobas y todo lo que necesites, dijo la tia Dionisia á su hija con acento franco de manera que no pudiese herir la susceptibilidad de su vecino.

Betsi bajó con todos los utensilios necesarios para llevar á cabo la tarea que iba á emprender.

David iba á llevar su trabajo á los parroquianos, y bajó tambien, pero después de haber prometido á la tia Dionisia que vendría á comer á su casa, si su cuarto no estuviese listo á su vuelta. El zapatero empezó á atravesar callejuelas á su paso lento y torcido, preguntándose que le parecería cuando hallase su cuarto limpio y arreglado. Volvería á tener otra vez el mismo sueño? Cumpliría el rayo de sol su promesa, y se dignaría alegrar un poco su morada?

Entregado á estas meditaciones, llegó hasta el patio de una casa en donde tenia que entregar calzado, por lo cual le darian algun dinero.

Llamó á una puerta, pero no le respondieron; llamó otra vez y nada; entonces principió á incomodarse y á toser fuertemente; y poco después oyó una voz leña que decía:

— ¿Quién está ahí?

— Soy yo, tio Milin, dijo Coumbe.

— Entrad; no puedo levantarme.

El cuarto estaba desordenado y sucio; la lumbre de carbon de piedra, estaba medio apagada.

— Está bien, tio Coumbe, son mis botas. Ay! Creo que no las gustaré nunca, estoy muy malo.

— Mucho lo siento, muchacho... ay! ay!... Cada cual tiene sus males; unos la enfermedad y otros la miseria; ay! ay!...

— Mi mujer ha salido hace dos horas para ver si puede traer algo para que comamos; ayer no hemos comido, y no se como haremos para pagarlos.

Al acabar de decir estas palabras, el enfermo soltó un suspiro que queria decir que tanto padecía de cuerpo como de espíritu.

David echaba estas cuentas en sus adentros: «tengo diez cuartos en mi casa, y diez y ocho que me van á dar por el trabajo que llevo á otro parroquiano, es lo bastante.» Enseguida añadió en alta voz:

— No os de cuidado si no podéis pagarme. No penséis

mas que en ponerlos bueno, y cuando podáis andar, agojeread de nuevo las botas para que las compoiga otra vez el viejo Coumbe.

El enfermo abrió sus grandes ojos turbios, miró con sorpresa la negra cara de David que se inclinaba hacia él, y tendiéndole su leñera de estaño le dijo con voz trémula:

— Dios os bendiga! Eso se llama ser caritativo! Haced el favor de correr un poco esa cortina; hay mucha luz aquí.

En efecto los rayos del sol acababan de entrar en el cuarto, y uno de ellos le dio en la cabeza al pobre zapatero.

Algunos momentos después David continuaba su caminata pero sus ideas habian cambiado; su corazón rebosaba de una sensación agradable que le trasladaba á los tiempos de la juventud, en medio de campos alumbrados por el sol, y entre los juegos en que siempre ganaba. Andaba con mas seguridad y rapidez. Las palabras: «Eso se llama ser caritativo» resonaban suavemente en su corazón.

De repente un grito terrible vino á sacarle de sus meditaciones: en el mismo instante vino venir á él como un relampago un caballo desbocado, montado por una jóven que desmenuada y sin aliento habia abandonado las bridas del animal.

— ¿Cómo! Con que nadie detiene á ese caballo?... Pues bien, lo detendré yo.

Y dicho esto extendió los brazos y sujetó al caballo; la cabeza de la jóven desmayada quedó descansando sobre sus hombros. Entonces se presentaron una multitud de transeúntes y de vecinos; unos aconsejaban una cosa y otros otra, hasta que se acercó alli un caballero pálido como la muerte, preguntando si la jóven estaba herida.

— No, no, gritaron veinte voces á un tiempo, está desmayada únicamente. Aquel hombre que va allí la ha salvado, aquel es, aquel.

Pero David habia abandonado á la jóven á otras manos, y se abria paso á través de la muchedumbre. El caballero transportó á la jóven á una botica próxima, de modo que David desapareció sin que hubiese tenido tiempo para verle.

La muchedumbre murmuraba:

— Mirad lo que es un hombre rico; ni siquiera piensa en dar una limosna al pobre que ha espuesto su vida por salvar á la jóven!

Dos agentes de policía llegaron en aquel momento y dispersaron á las descontentas.

— ¿Quién era aquel, dijo David, cuando se halló ya lejos de aquella escena, si está se llama enojoso.

David recibió del otro parroquiano diez y ocho cuartos y mas trabajo, con lo cual volvió á tomar el camino de su casa. Un viento frío le soplaban en la cara, y le traía la arena de la calle hasta los ojos, pero el pobre hombre no hacia caso, al contrario le parecia que hacia menos frío que de costumbre, se sentia muy animado, y un suave calor circulaba en su pecho. Pensó que el espíritu habia dicho la verdad, y que en efecto, los rayos del sol penetran á veces hasta el corazón de los hombres.

— Y en otro caso, cómo podria experimentar interiormente un bienestar semejante, sin haber hecho nada para lograrlo?

Cuando llegó á su calle, volvió á la tia Dionisia al umbral de la puerta, conversando con un vecino. En cuanto se acercó le dijo:

— Venid, tio Coumbe, vuestro cuarto está dispuesto, pero está no es una razon para que dejéis de venir á comer con nosotros.

David aceptó el convite con alguna timidez, y esta comedia fué la mas agradable que en su vida habia tenido. Antes de que bajara á su casa ya le convidaron para el día de Nochebuena.

— Ah! David, motivos tenéis para permanecer inamovible y atontado á la entrada de tu cuartillo! Qué cambio tan grande, Dios mio! Qué hermoso está ese suelo tan bien lavado, y cubierto de arenita blanca, la lumbre tan bien puesta en la chimenea, el puchero lleno de agua para el té, todas las cosas arregladas, los vidrios de la ventana tan transparentes que se ve por ellos la luz del sol que ilumina los balcones de las casas de enfrente, el vaso de estaño sobre el basurero junto á la pipa, con los platos limpios, y la mesita redonda de la madre tan bonita, con la Biblia, la vieja Biblia, tan largo tiempo olvidada!

David después de haber pasado algunos momentos, disfrutando del placer de su sorpresa, soltó su «ay! ay! y favorito, no con su acento de tristeza ordinaria, sino con el tono de asombro de un niño que se detiene á ver una confitería. Se fué á asomarse por la ventana, se puso á contemplar su lumbre, y se sentó en su silla cubriéndose el rostro con las manos como si creyera ser el objeto de una ilusión. Pero no, no era ilusión aquello, era la mas palpable realidad.

Después de un nuevo «ay! ay! abrió la Biblia; una viva luz cayó sobre las paginas y su detuvo en estas palabras: «No nos cansemos de hacer bien, y cuando llegue el día de la cosecha recogeremos los frutos de nuestras buenas acciones.»

En el mismo instante la suave y melodiosa voz que David habia ya oido otra vez murmuró:

— Tu cuartillo nos gusta, David, y vendremos á él muy á menudo.

Cuando se hubo calmado un poco su emoción, David pensó que debía ir inmediatamente á dar las gracias á la tia Dionisia por lo que Betsi habia hecho. Hasta que le ocurrió la idea de ofrecer á la buena muchacha alguna remuneración por su trabajo, pero la tia Dionisia le hizo callar á la primera insinuación que hizo sobre este punto. David, para mostrar su gratitud, solicitó el favor de un apretón de manos, pidiendo mil perdones por tener una piel tan negra y dura.

La tia Dionisia se apresuró á tomarle la mano con franqueza, sustituyendo sin embargo con una amable sonrisa que con un poco de agua y jabón todo desaparecería. La lección fué recibida como habia sido dada, es decir sin sufragio.

Aquella noche el pobre zapatero durmió como un príncipe. En sueños veía deslizarse ante sus ojos, celestiales figuras, oyendo al mismo tiempo, en medio de una música encantadora, el sonido de suaves voces que murmuraban estas palabras: «Dios os bendiga; eso se llama ser caritativo.»

Despertóse muy temprano y se levantó para mirar á la calle. Una espesa alfombra de nieve cubria el suelo y los tejados, y largas nubes blancuecinas rodaban lentamente por el cielo, dejando de trecho en trecho algunos claros: David pensó que mas tarde, se pondría bueno el día.

Almorzó con mas gusto que los otros días, y enseguida se puso á trabajar. No hacia mucho rato que manejaba sus instrumentos de zapatero, cuando, con gran sorpresa, notó que salían de sus labios inusitados sonidos... David Coumbe estaba cantando!

El día continuaba sombrío y sin embargo David hallaba su cuarto claro y alegre, y en tanto que repetía las canciones de su infancia, risueños pensamientos y recuerdos de han vueltas en derredor suyo oia una ruidosa de espíritus benéficos.

De este modo trabajó algunas horas hasta que entró Betsi á arreglar la casa. David para dejarla libre se salió un instante á la calle.

Apenas había andado cien pasos cuando vió sentado en una acera á un niño de dos ó tres años que estaba llorando amargamente. Un tahonero que se había parado delante de él con su espalda á la espalda, preguntó á David:

— Conocés á ese niño? Me parece que tiene hambre y que está abandonado.

— No, no le conozco, pobrecillo! respondió David: qué vais á hacer con él?

— Nada, dijo el tahonero, no hay mas que llevarlo á la policía.

— No, no, repuso David, las gentes de la policía tienen la mano dura para estos pequeñitos; tengo gana de llevarle á mi casa, al menos estará allí al abrigo del frío y de la nieve, y si no viene nadie á reclamarlo, ya nos arreglaremos. Quieren venir conmigo, niño?

Y David tendió la mano al niño que la tomó, y mirándole con sus grandes ojos bañados de lágrimas exclamó: — Mamá!

— Qué criatura tan bonita!

Diciendo esto David le tomó en brazos, y apresuró el paso para llegar á su casa, hablando con el niño lo mas suavemente que podia para consolarlo, y prometiéndole que iba á buscarle su mamá y que entre tanto comería.

En dos días se había operado un cambio en la vida de David. Nunca había estado mas activo, ni jamás se había interesado en tantas cosas. Cortó un gran pedazo de pan y se le dio al niño sentadito junto á la lumbre, y después quitándole sus zapatitos y sus medias, le calentó sus menudos pies.

La nieve había cesado, habían desaparecido las nubes, y un páldo sol de invierno que entraba en el cuarto cubría con sus rayos al niño y á su protector.

Sin embargo, la pobre criatura despues de haber apaciguado el hambre, continuó gritando:

— Mamá!

Y el pobre zapatero por su parte repetía su antiguo ay! ay! sin saber qué hacer para distraer al niño que lloraba.

El sol vino en su ayuda: tomó el vaso de estaño y empezó á darle vueltas á los rayos del sol delante del niño, de un modo tan extraño, que la criatura se echó á reír señalando el vasito con su dedo.

Era aquella una graciosa escena: el viejo zapatero entusiasmado con su invención, hizo muchos esfuerzos, tanto que la alegría del niño acabó por alegrarle á él tambien, y se echó á reír con la misma entereza que la criatura. Había algo de particular en el acuerdo de aquellas dos risas tan diferentes, la una fresca y argentina, y la otra estrepitosa y bucca y tambien algo rónca como una risa que viene de lejos y de la cual no se ha hecho uso despues de mucho tiempo.

En aquel mismo instante oyó David su vozcita conocida que le decía:

— Buen David, ya estás viendo que te visitamos ahora.

El niño había olvidado su pena, y estaba como en su casa: mientras David volvía á su trabajo, él se levantó y se puso á dar vueltas por el cuarto, seguido siempre del rayo de sol que doraba sus hermosos cabellos y hacia brillar sus lágrimas que se secaban en sus lindas y frescas mejillas.

A la hora de comer, David se sentó á la mesa junto á él, y le dió los mejores bocados, viéndole con el mayor placer que comía con buen apetito.

Por la tarde el niño se durmió. David le tomó en sus brazos, le mecía cantando, y le acostó blandamente en su cama. Enseguida encendió luz, y mientras trabajaba, miraba al niño con sumo gozo.

Un ruido que oyó en la calle le llamó la atención.

Era muy raro que el silencio de aquella calle fuese interrumpido á aquella hora. Muchas voces hablaban á un tiempo formando una gran confusión; poco despues llamaron á la puerta. David creyó que estaba ardiendo la casa; se levantó con precipitación y lo primero que hizo fué acercarse al niño, á fin de hallarse pronto á tomarle en sus brazos para salvarle si era necesario.

Ta ha Dionisia había bajado al corredor, y venía diciendo:

— Abrió la puerta tío Coumbe; nos hallamos en la oscuridad, y os está buscando una persona.

— Pues á estas horas nadie puede venir á traerme á remendar zapatos; algo nuevo ocurre.

Y al mismo tiempo abrió la puerta y oyó á la tia Dionisia que decía:

— Por aquí, señora. Este es el cuarto de Coumbe. Pero creo que os han engañado porque él no me ha hablado de nada.

Una mujer se lanzó de pronto en el cuarto y dijo con voz agitada:

(Se concluirá.)

#### EL PINTOR DE MARINAS.

Eso entusiasta pintor ha plantado su caballete en la playa, y absorto enteramente en su trabajo ha olvidado la hora en que comienza la marea alta. Sin embargo las aguas van subiendo rápidamente; ya va vogando el sombrero del artista con su cargamento de diseños; las olas están tocando al anteojo de larga vista que sirvió para examinar el horizonte; tambien principian á mojar los pies del caballete, van sucieriendo la caja de colores, y llegan hasta el mismo pintor, sin que esté haya notado ni sentido nada. Con los ojos encendidos y fijos en el lienzo, no ve mas que su obra, no piensa mas que en el pincel, que empuña como una espada... Por fortuna ha llegado á verle un pescador desde la orilla y asustado con el peligro se en que se encuentra, se adelanta á llamarle con el botador al hombro; pero en vano le grita, tendrá que llegar hasta donde está, tendrá que despartarle de su éstasis, y arrastrarle á la fuerza, lejos de ese peligroso estudio.

Esta sátira grabada ha evitado la grotesca exageracion propia de ciertos dibujantes contemporáneos cuyos nombres son celebres en la caricatura. La expresion del entusiasta pintor es graciosa, sin ser extravagante; su actitud es cómica, sin contorsiones, en una palabra, la caricatura no traspasa los límites de la verdad y del buen gusto.

En todas épocas ha habido burles de la exaltacion del artista, que pierde la posesion de sí mismo, y se entrega completamente á su sueño, olvidando del todo la realidad. Debemos considerar esto como una impotencia del vulgo para comprender el arbol poético, ó como la expresion de un sentimiento de celos de la medianía contra el genio? Por nuestra parte no abundamos en estas ideas. El entusiasmo que se manifiesta por el olvido absoluto del mundo real, rara vez va unido con un verdadero ingenio de invencion. El hombre que se abandona á su emocion basta el punto de no encontrarse ya dueño de sí mismo, no llena las primeras condiciones de que debe estar dotado un buen artista. El genio verdaderamente completo, en vez de entregarse al entusiasmo, le domina y sabe sacar partido de él: aban-

dona una parte del ideal, en tanto que la otra permanece en el mundo visible; lanza su imaginacion como una cometa hasta las nubes, pero se queda en las manos de la rama con la cuerda. El hombre superior, cualquiera que sea

la esfera de su actividad, tiene algunos puntos de contacto con César cuando dictaba á tres escribientes no se absorbe en una sola idea, y su inteligencia hace frente, al mismo tiempo, á diferentes puntos.



El pintor de marinas.—Dibujo de Freeman, copiado de Boss.

#### EL NIDO DE CIGUEÑAS.

POR

ELIAS BERTHET.

(Véanse las p. 8, 14, 20, 26 y 31.)

— Y sin embargo, hombre de poca fe, dudas... y pides esplicaciones.

— Perdoname hermano Sigismundo, ignoraba que Frantz estuviese iniciado... Pero ahora te prometo, que aunque fuese el diablo en persona, y aunque se casara en secreto ó públicamente con todo el palatinado, seríaiego como un topo, mudo como un pez, dácil como...

— De ese modo mereceras que te se admita, entre los elegidos! dijo Muller con acento misterioso alzando los ojos al cielo.

IX.

Sucedió á esto un momento de silencio; poco á poco la gravedad solemn de Sigismundo había cortado la palabrería de Alberto; pero, este, por mas que deseaba salir triunfante de cuantas pruebas su amigo le impusiera, no era hombre para permanecer largo tiempo silencioso é inmóvil.

— ¡Ola! ¡ola! gritó de repente pegando unas cuantas puñadas sobre la mesa; creo que se nos ha acabado la cerveza... Ola! Meinherr Zelter... Señoría Augusta... Otro Jarro, y presto.—Un jarro tan grande como el tonel de Heidelberg... Estamos amenazados de morir de sed.

Dos voces respondieron al punto á este estrepitoso llamamiento; la una fresca y argentina, y la otra grave y sonora, y al mismo tiempo dos personas entraron en la sala, una joven alta, rubia y bien hecha, con los cabellos trenzados y una basquiña roja bastante corria para dejar á descubierto unas medias azules con costuras bordadas; y un anciano con vestido pardo y grandes anteojos.

— Cerveza, cerveza, Meinherr Zelter, y pronto.

— Vamos á cuentas, dijo el viejo luterano poniéndose á contar los jarros vacíos que estaban sobre la mesa; habéis bebido mucho, y yo no he visto todavía de qué color es vuestro motedá...

— No os ha dicho Frantz que respondía por nosotros, mese Zelter?

— Eh! eh! M. Frantz no está muy al corriente conmigo, y ya sabéis que está escrito: «Dad al César lo que es del César.»

Sin embargo Alberto afirmó en tono compungido que su compañero y él se morían de sed, y el viejo luterano permiti-

vió a su sobrina que les trajese otro jarro de cerveza. Seguro de que este mandado se ejecutaría a la letra, volvió al cuarto vecino a leer en su Biblia.

En efecto Augusta se presentó bien luego con otro jarro, pero de una dimensión tan modesta, que todo su contenido podía desaparecer enteramente en uno de los anchos vasos de los estudiantes.

— Viejo imante! dijo Schwartz indignado, cree que tendremos bastante con eso? Pero no hay más remedio, nos da la ley... tanto mejor *sapientermente!* Augusta pagará por él. Y al decir esto quiso dar un beso a la sobrina del posadero luterano.

— Dejarme, señor estudiante, repuso la joven en tono bastante comedido para no interrumpir las devotas lecturas de miase Zeller.

La muchacha se defendía debilmente, y Alberto iba ya a ejecutar su amenaza, cuando sus vigorosas brizas le cayeron por detrás, y le arrojaron lejos. Era Sigismundo que viendo a Alberto aturdido con el empujón, aplicó dos buenos besos en las sonrosadas mejillas de Augusta, después de lo cual quedó en libertad para huir a la cocina. Todo esto pasó con tanta rapidez, que Schwartz no había tenido tiempo para oponerse a ello.

— Compañero, le dijo rabioso de cólera, proceda de un modo...  
— *Parda está, se para!* dijo Muller poniéndole un dedo en los labios.

Y se volvió a su puesto. La cólera de Alberto se disipó de súbito.

— Está bien, está bien, murmuró sentándose a su vez: es otra prueba... Ah! Cuando llegue a ser arriado... Pero aquí estas haciendo? continuó al ver que Sigismundo cabalaba en su vaso la cerveza que acababa de traer Augusta, nos dividiremos ese como buenos camaradas?

Muller sin decir palabra vació de un trago el vaso, se limpió los bigotes con el revés de la manga, volvió a tomar su pipa y murmuró:

— *Sobrietas esto: se sobria.*

Esta vez Alberto no pudo menos de hacer un ademán de mal humor.

— Sabes, dijo, que esas continuas pruebas serian capaces de hacer perder la paciencia... Si mi día me halla encargado de vigilar a otro, te prometo...

No acabó la frase un caballo acababa de detenerse a la puerta de la posada, y se oía un relincho bastante animado entre un viajero desconocido y miase Zeller.

— Os digo que no tengo alojamiento ni para vos ni para vuestro caballo... Tengo unos estudiantes, y con ellos solos bastaría para llenar una casa tres veces mas grande que esta... Si queréis ir a Manheim tomad el camino de la derecha; si vais a Philippsburg...

— Ni voy a Philippsburg ni a Manheim, respondió el viajero con voz imperiosa: vengo al Steinberg para arreglar algunos negocios, y como no hay más que esta posada en la aldea, no tengo mas remedio que pararme en ella.

Y al decir esto se apeó con pesadez del caballo.

— Pero señor viajero, os repito que no hay ningún cuarto.

— Ya arreglaremos eso; no pasará aquí mas que una noche... Mañana por la mañana iré al castillo a ver al mayor de Steinberg, que no ha podido darme habitación en la torre... Vamos, despachate, buen hombre; si supieras quien soy, te posaría el haberme hecho esperar a la puerta de tu choza.

El nombre del baron de Steinberg había disminuido mucho los obstáculos que Zelle oponía a la admisión del viajero.

Una curiosidad mezclada de algun tanto de inquietud le indujo a preguntar:

— Y quien sois, caballero?  
— El nuevo dueño del castillo y de la baronía de Steinberg... y ademas otra cosa.

El viejo luterano hizo un ademán de sorpresa. Entónces el viajero le arrojó las bridas de su caballo y entró con paso resuelto en la sala donde estaban los estudiantes.

Era aquel un hombre de unos cincuenta años, de color pálido, con ojos gruesos y poco expresivos, chico de cuerpo y delgado. Iba vestido de negro a la moda antigua, llevaba los cabellos empolvados, y una cinta de varios colores adornaba su pecho. A pesar de la altanería con que había hablado al posadero, saludó profundamente y con rostro risueño a los dos estudiantes, y se fué a tomar asiento al otro extremo de la sala.

Sigismundo y Alberto no sintieron al punto una gran simpatía por el recién llegado: apenas contestaron a su saludo, y le lanzaron una mirada oblicua, mas sin ofender por esta actitud tan hostil, el viajero dijo en tono obsequioso:

— Mala me parece esta posada, señores... y desde luego no me había prometido hallar en ella algunos miembros de la decota juventud de nuestras escuelas... Estudiáis en la universidad de Heidelberg, no es cierto?

Alberto, sin responder palabra, miró descaradamente a aquel andaz que se atrevió a interrogarle de aquella manera, y Sigismundo lanzó gravemente una columna de humo elevando los ojos en el techo.

— Buena universidad, señores, continuó el viajero; maestros, discípulos, todo es bueno; debéis tener orgullo de pertenecer a esa hermosa escuela, la antorcha de Alemania, la cuna de todas las ideas generosas... Y ya que habitaís en Heidelberg, me atrevo a suplicaros que me déis ciertas noticias que debo recoger para cumplir con un encargo que me han hecho; una gran fortuna ha sido para mí el hallaros aquí.

Estas lisonjas a la universidad habían complacido mucho a los dos estudiantes; pero las últimas palabras del forastero despertaron de nuevo sus sentimientos de independencia exajerada.

— No sabemos nada! dijo bruscamente Muller.

— No somos aquí espías! añadió Schwartz en el mismo tono.

El desconocido no parecia dispuesto a intimidarse por la mala disposición de sus oyentes.

— Ah! comprendo, dijo sonriendo; os desconfiáis de mí... Está muy bien; la prudencia en los jóvenes es muy laudable... Ademas cómo podéis suponer que un hombre distinguido entre en una taberna semejante? Yo vengo de incognito, a caballo y sin criados. Y sin embargo, señores, a pesar de mi pobre apariencia, soy caballero del santo imperio Romano, y primer sumiller de su Alteza Coradino VII, príncipe soberano de Hohenzollern.

Estos pomposos títulos produjeron algun efecto sobre nuestros jóvenes, que acostumbrados desde la infancia a un profundo respeto hacia los menores funcionarios, miraron al señor sumiller con mas curiosidad, aunque no por eso dieron entero crédito a sus palabras.

— No podéis comprender, repuso, cómo puede encontrarse aquí un hombre de mi especie: voy a daros algunas explicaciones acerca de esto. Mi soberano me ha encargado una misión importante en cumplimiento de la cual tengo que visitar todas las universidades de la Alemania. Ya he estado en Viena, Hall, Leipsick, y me dirijia a Heidelberg

cuando me encontré ayer en Manheim con el mayor de Steinberg, un antiguo amigo de Berlin. Inaill es decir como he podido determinarle a que me venda su baronía... Lo cierto es que desearo ver mi nueva adquisición, he dejado mi carruaje y criados en Manheim, y he venido a caballo con el mayor de Steinberg para tomar posesion del castillo. Al acercarnos aquí el baron ha experimentado como una especie de remordimientos, y me ha suplicado que le dejase respirar hasta mañana, porque sin duda necesita este tiempo para preparar a su joven hermana a salir de la habitación de sus antepasados. Yo soy demasiado delicado para haberle negado esa satisfaccion. Ademas, me dió a entender que en el castillo no debia haber una grande abundancia de provisiones, y por esto me decidí a buscar un abrigo en este horrible chirimibú... Tales son las razones, señores, que he tenido el caballero Ritter, sumiller, y casi embajador de S. A. el príncipe de Hohenzollern para pasar la noche del modo que veis.

Los esfuerzos del viajero para deslumbrar a los dos estudiantes y para decirles a que se mostraran mas comunicativos, fueron esta vez coronados de cierto éxito. Alberto echó mano a su gorra, dispuesto a quitársela a la menor señal de Sigismundo, y este se habia sacado la pipa de la boca. El caballero Ritter, notando estos imperceptibles señales de una próxima reaccion, quiso dar un golpe decisivo.

— Ojalá posadero, dijo a Zeller que entraba en aquel momento, mientras sacais la mala cena que me estáis disponiendo, dadme dos buenos frascos de vino del Rhin. Estos señores, que me parecen tan políticos y amables me permitirán que trabé con ellos amistad brindando a la gloria de nuestras sibilas universidades.

Al decir esto, el triunfo del forastero fue completo: las dos gorras desaparecieron como por encanto, las pipas fueron arrojadas desleñosamente a una punta de la mesa, y cuando volvió a presentarle el posadero cargado con dos botellas largas y tres copas de cristal amarillento de Bohemia, ya reinaba entre todos la mejor inteligencia.

La conversacion animada con los tragos, no tardó mucho en volverse enteramente amistosa. El sumiller, con sus políticos modales concibió por parecer a los jóvenes un hombre tan distinguido como amable.

Sigismundo habia echado a un lado su observadora desconfianza, y respondia decorosamente a las lisonjas de que le llenaba el recién llegado. En cuanto a Alberto, alegre ya con las copiosas libaciones que habia hecho, hablaba a diestro y a siniestro y en voz alta del magnetismo animal, del vino del Rhin y de la libertad de la Alemania. A medida que los jóvenes se volvan mas expansivos, M. Ritter se mostraba por el contrario mas sereno y circunspecto. Sigismundo concluyó por notar esto.

— Quieres callar, estúpido hablador? dijo a su compañero con acento cólico; estás implicando a este buen señor que nos digna el asunto que le lleva a la universidad de Heidelberg... Ya nos indicó que tenía algunas noticias que pedimos.

La mirada de Muller se volvió tan amenazadora que su turbulento compañero se calló y bajó los ojos. El chambelán se sonrió con indulgencia.

— Sentiria ser causa de que riñeran dos amigos, dijo; sin embargo, me aprovecharé de vuestras buenas disposiciones...

— Para servirlos, caballero, dijo Sigismundo inclinando.

— Podéis hablar, os escuchamos, balbuceó Alberto. Y al decir esto apoyó su cabeza en la pared, despues que

no podía hablar, le habian entrado muchos ganas de dormir, y cerraba los ojos involuntariamente.

X.

El caballero Ritter se quedó callado, como si tratase de combinar ciertos elementos de su narración ó de modificar algunas circunstancias que no le convenia confesar por entero.

— Como ya os he dicho, señores, mi soberano, el príncipe de Hohenzollern, me ha encargado una misión sumamente importante... Se trata de encontrar un joven noble hijo de familia que ha abandonado el techo paterno para vivir independiente, y que dicen se ha refugiado en una de nuestras universidades alemanas... Yo he visitado una porción de ellas, pero en vano: voy a ver si en Heidelberg soy mas dichoso, y cuento con vosotros para facilitar mis investigaciones.

— Con mucho gusto os serviria en esta ocasion, caballero; dijo Muller, pero ya sabéis las leyes que rigen las asociaciones universitarias: nosotros nos defendemos mutuamente, y no podemos hacer traicion a ninguno de nuestros camaradas...

El caballero Ritter lanzó una mirada inquieta sobre Alberto.

— Está dormido! dijo en voz baja; debo confesaros que me desconfío de vuestro compañero; parece un joven atropellado y poco discreto... Vos por el contrario sois un hombre reservado y prudente, y así os diré con toda franqueza cual es la posicion en que me encuentro. Si se prestaseis vuestra ayuda para conseguir lo que deseo, os prometo que alcanzaréis un empleo importante en el principado...

— No soy nada ambicioso, señor sumiller, interrumpió Sigismundo con su ordinaria serenidad; pero espíales con franqueza, porque me gusta hacer favores cuando puedo.

— Pues bien, repuso el caballero Ritter, acercándose mas aun a su interlocutor, el joven cuyas buelas debo describir es el hijo segundo de su Alteza, el conde Federico de Hohenzollern...

Bueno es decir aquí que el principado de Hohenzollern, es el mas pequeño de toda la Confederacion, pues tiene únicamente algunas millas cuadradas de territorio.

Sigismundo, ya porqué conociese esta circunstancia, ó ya por cualquier otro motivo, no aparentó sorpresa ninguna cuando Ritter le descubrió la elevada categoria del joven perdido.

— Y con qué motivo, preguntó, ha podido abandonar su familia el conde Federico?

— Os lo diré, porque todo el mundo sabe ya la historia... El príncipe reinante tiene dos hijos: el primogénito, el príncipe Guillermo que debe suceder a su padre, y el segundo que es el conde Federico. Desde muy antiguo existe en la augusta familia de mi soberano la costumbre de que el hijo segundo sea siempre canónico del capitulo noble de Munster, hasta que haya vacante un obispado, y ningún hijo de esta linde casa ha intentado jamas sustituirse al uso. El conde Federico siguió pues docilmente los cursos de teología, pero cuando se trató de que entrara en las órdenes, se negó a ello con todas sus fuerzas, a pesar de las instancias de su noble padre. Se cree que ciertas discusiones que sobrevinieron entre los dos hermanos han ocasionado esta locura de parte del príncipe Federico... Sea como quiera, su

Alteza, irritada de la desobediencia de su hijo, le arrojó de su presencia, y entónces el conde Federico desapareció sin que se sepa el punto adonde ha ido. Sin embargo hace un año se recibieron algunas noticias, parece que estaba refugiado en una universidad donde confundido entre los jóvenes de su edad y oculto bajo un nombre supuesto, se prometía burlar todo género de investigaciones. La venta de sus joyas, y algunos valores que le pertenecían y que se había llevado, le proporcionaron llevar una existencia modesta y oscura. Su Alteza al saber esto me mandó que saliese inmediatamente en busca de ese hijo rebelde...

— Su padre tiene intención de perdonarle?

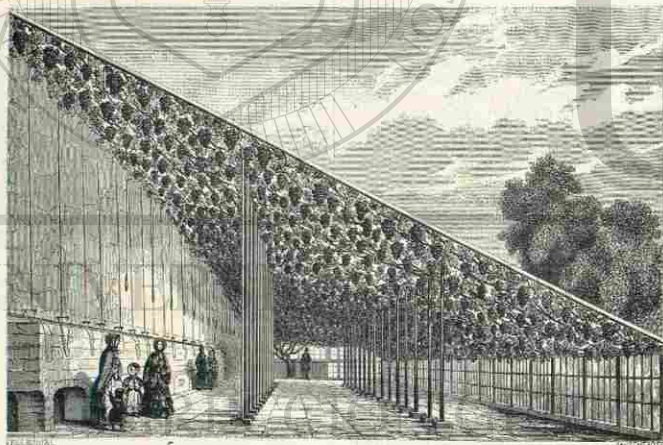
— No me toca penetrar los secretos de mi soberano...

He recibido mis instrucciones que ejecutaré al pie de la letra... Acaso teme mi soberano que su hijo se case de un modo indigno de la ilustre familia á que pertenece, á fin de sustraerse á sus deberes. En el caso de que encuentre al joven donde tengo orden para llevarle inmediatamente á Munster y ponerle en posesión de su prebenda. Si se negare á ello, solicitaré un orden de estradicción contra él, y le llevaré á Hohenzollern, á la fuerza si es preciso, para ponerle á disposición de su padre y de su hermano primogénito.

— Ya entiendo... Pero, os sería posible reconocer al conde Federico si os hallaréis en su presencia?

— No me atrevo á afirmarlo, porque era muy niño cuando le vi por última vez, y ya sabéis que diez años cambian bastante á un joven.

LA PARRA DE HAMPTON-COURT.



Hampton-Court es una propiedad real del patrimonio de la corona de Inglaterra que dista trece millas de Londres, en el condado de Middlesex.

Nuestra intención no es la de describir ese suntuoso edificio lleno de originalidad arquitectónica, de riquezas de arte y de recuerdos históricos. Lo que únicamente nos proponemos, es dar á conocer á nuestros lectores que una de las

— Entónces cómo os gobernaréis para descubrirle entre quinientos estudiantes de su misma edad?

— Eso no será difícil, sobre todo si venis en mi ayuda, porque me iréis diciendo quienes son los estudiantes que pertenecen á la ciudad, designándome tambien aquellos cuyo nombre y categoría no pueda dar lugar á ninguna sospecha. De este modo solo me dirigirá á un corto número de jóvenes cuyo origen y traza me parezcan que envuelven algun interés. Poseo una señal exacta del conde; y así me bastará consultarle para conocer al instante al hijo de mi augusto soberano.

Sigismundo permaneció un instante pensativo y silencioso el chambelán le miraba fijamente.

— Vamos á ver, amigo mío, le dijo en tono cariñoso, os halláis dispuesto á depositar en mí una entera confianza...

— Como! exclamó Rittor trasportado de gozo, acaso conocéis ya...

— Nada puedo afirmar todavía; pero tengo algunas sospechas que aclararé bien luego.

El sumiller principiaba á deshacerse en cumplimientos y promesas, cuando se abrió bruscamente la puerta, y Frantz se precipitó en la sala, pálido, trastornado, y con los vestidos en desorden. Tal era la agitación en que se hallaba, que no notó la presencia del forastero.

(Se continuará.)

RUBENS.

(Véase la pag. 72.)



77.000.000

ELIMASSON

1857.000.000

La huida á Egipto.

Los principios luchan constantemente en el hombre, que suspirando por su espíritu y su cuerpo. La parte mas fuerte de nosotros subyuga á la otra, exajera su victoria y la proclama en nuestras obras. Todas las religiones han conocido este antagonismo que Horacio llamaba el hombre doble. Como la materia dominó entre los paganos, por eso estos divinizaron su embriaguez física; Baco, representó el vino, y Venus el amor. Los cristianos por el contrario, sometiendo la carne al espíritu, quisieron glorificar las altas virtudes y recompensar las personificaciones del paganismo, por medio de pensamientos augustos é incorpóreos. De este modo, si el

cristianismo embobreció la belleza física, tambien dió mas espresion á la figura humana iluminándola con resplandores mas vivos. Dominando el pensamiento, el arte creció en grandeza moral, pero como todas las cosas se exajeran, la naturaleza, ultrajada por la violenta reaccion del cristianismo, no debia tardar en combatir por los derechos de la carne. Esta lucha dura todavia, y en esto está la causa de nuestras dudas y de nuestras opiniones en el arte cuya verdad absoluta saldrá un dia, de la reconciliacion entre todas las facultades del hombre.

Los talentos se hallan divididos en inteligencias y tempe-

V. III.—PARIS.—IMP. BLONDEAU.

ramentos, en pensadores y hombres de actividad, y esto es sumamente exacto, tratándose de pintores.

Rubens es una cabeza pagana, activo por temperamento, calculado en todos los detalles. De su vida y frío en su calor; ademas amaba esmeradamente la mitología, le gustaba pintar figuras inmensas, y dominaba en él esa falsa grandeza que caracteriza las obras de todos los maestros venidos en épocas de decadencia. Sin embargo sus cuadros todos palpitan de vida e interés. Su *Kermesse*, sus *Cacerías*, algunos asuntos bíblicos y la *Batalla de las Amazonas*; tienen, a falta de una inspiración verdadera, un aliviamiento de ejecución material que puede suplirlo todo.

Rubens hizo en Milán la copia de la *Cena de Leonardo de Vinci*, y un cuadro para una biblioteca, la *Virgen y el niño Jesús*; pero en él no está bien delineado su estilo es un *Heidai á Egipto* que damos con este principio á nuestros lectores. En este cuadro se ven esas formas sanguíneas, exuberantes, esas musculaturas hercúleas, ese amor exajerado de la acción que abogando el pensamiento del artista bajo el peso de la materia, le hacía dar á sus santos formas de atletas, y á las mujeres y á las vírgenes, esa expresión varonil y acentuada que se encuentran á veces en los tipos del pueblo.

En la *Heidai á Egipto*, la Santa Virgen cubierta con un sombrero, se parece en sus proporciones gigantescas á esas estatuas de piedra que llevan en su frente la corona mural representando las ciudades. Diríase que á la Virgen le toca el cuidado de proteger al niño Jesús y á San José, contra los accidentes que habrían podido sobrevenir en el camino. La Santa familia, va andando á la luz de la luna, que podría tomarse por el sol, tan brillantes y espléndidos son sus rayos.

#### EL RAYO DE SOL.

(Conclusión.)

(Véase las páginas 87 y 42.)

— ¡Habeis visto á mi hijo, á mi único hijo? ¡Habiad pronto, os lo suplico.

David estupefacto se calló al pronto, pero en fin dijo sencillamente:

— No sé si es vuestro; miradle.

Y acercando lentamente la luz á la cama mostró al niño que estaba dormido. Una ojeada fué bastante; la madre estrechó contra su corazón á la criatura que abrió los ojos, y asosegada al ver á su madre la redobó el cuello con sus brazos volviéndose á dormir luego.

— No somos ricos, dijo anegada en lágrimas de contento, pero desearíamos poder hacer algo en vuestro favor; si quieris tener la bondad de venir á comer con nosotros el domingo, mi marido tendrá un placer en daros las gracias por lo que habeis hecho con este angelito, el único que tenemos!

— No habeis de darme gracias, creo que no causa pena el que salga de la casa, y me consideraré muy dichoso si puedo ir á verte á la vuestra de cuando en cuando; pero en cuanto á comer allí, no tengo vestido para ello ni...

Y David al decir esto echó una ojeada á su pobre traje lleno de remiendos.

— ¡Oh! No me habeis de ese modo, y prometedme que vendréis, añadió la mujer que después de darle las gracias de su casa, se despidió de él.

Mucho trabajo le costó á David el dormirse aquella noche, todo se le volvía preguntarse cómo haría para ir á comer de convidado con sus malos vestidos, y concluyó diciéndose

qué lo consultaría con la tia Dionisia, no habiendo tiempo que perder pues que al otro día era sábado.

La mañana siguiente dejó abierta su puerta, para espírar á la tia Dionisia cuando saliese á la compra. Pero ella había tenido tambien el mismo pensamiento, y ademas su curiosidad femenina le impulsaba á pedir algunos pormenores acerca del niño. David contó lo que habia pasado, y llegó por fin á exponer lo que tanto le apuraba: debía ir á donde le habian convidado?

— ¿Porqué no habeis de ir? dijo la tia Dionisia. Dejad esta noche la ropa á la puerta para que la cepilemos. Mi marido os prestará una camisa blanca y un pañuelo, os pondremos relucientes las botas, y no tengais cuidado, el domingo estareis hecho un espejo. No desperdicieis esta ocasion de haceros con buenos amigos, tio Coumbe, porque todos en este mundo necesitamos convencernos de que hay personas que nos aman.

Y luego al retirarse la tia Dionisia añadió de un aire casi indiferente:

— Ahora que me acuerdo tio Coumbe, quieris que os compere un poco de jabon para lavaros las manos?

— Con mucho gusto, respondió el pobre zapatero, sin olvidarse de ello, y entregando algunos cuartos á su vecina.

David se sintió casi conmovido por la mañana cuando vió en la casera una camisa blanca, una corbata de rayas azules, un pañuelo encarnado, y sus vestidos tan limpios que parecían nuevos; sus botas tambien relumbraban. Cargó con todo su equipaje y el pedazo de jabon y lo llevó á su cuarto. Talento agua y pasó media hora en su tocador, al cabo de la cual no pudo ménos de sonreirse. Esperimentaba casi un sentimiento de vanidad pensando que no parecia ya el mismo hombre, habiendo cambiado lo mismo que su suerte: ahora el uno era digno del otro. El día estaba hermoso, y brillaba el sol en su cuarto: su morada resplandecía con sus vivos reflejos. David anhelando ver á la tia Dionisia para darle las gracias, abrió la puerta como la yispera, seguro de que su vecina pasaría con su hija para ir á misa. Muestras tanto amoró y se puso á cepillar con toda su fuerza su sombrero que bien lo necesitaba.

Las campanas resonaban alegremente. La tia Dionisia tardó un poco, á juicio de David, pero al cabo se presentó, y en cuanto distinguió á Coumbe le dió los buenos días añadiendo:

— ¡Betsi, ven á ver al tio David, se dice que tiene diez años menges. Por qué no nos acompañais á misa, tio Coumbe? Apostaria á que no ibais los otros domingos por causa de vuestro vestido.

David no respondió y tomó su sombrero. La tia Dionisia hizo un movimiento como para pedirle el brazo, pero David se apresuró á ofrecerse y salió á la calle asustado con el cambio que en él se habia operado.

Muy difícil sería explicar aquí lo que sintió David al entrar en la iglesia. La grandeza del edificio, la mucha gente que habia en él, los cánticos, la música, las palabras solemnes que bajaban del pulpito, todo ello le sorprendia y le arrebatava, recordándole los primeros años de su infancia, cuando acompañaba á su madre al santo edificio, para orar con ella. La tia Dionisia arrojaba de tiempo en tiempo una mirada sobre la fisonomía del pobre zapatero alegrándose al verle tan firmemente comovido.

Al salir de la iglesia, David se separó de su vecina y se dirigió á la casa, adonde estaba convidado. El marido, la mujer y el niño le esperaban á la ventana, y en cuanto le descubrieron salieron á su encuentro. El niño queria reco-

nocerle, se sonrió, le tomó la mano y le besó por toda la cara diciéndole una porcion de palabras que parecían preguntas; el pobre zapatero que no entendia nada de lo que le decia, respondió que sí y que no indistintamente, pensando que alguna vez acertaria.

Desde aquel día, David fué á comer todos los domingos á casa de aquellas buenas gentes. El niño le llamaba « mi tio David. » El pobre anciano pasaba la primera mitad de cada semana acordándose de esas escenas, y la segunda en descansar que se repitieran.

Betsi continuaba arreglando su cuartito: el rayo de sol, fiel á su promesa, ahuyentaba de él la tristeza y la oscuridad.

Un día la tia Dionisia llamó á David diciéndole que queria hablarle. En efecto, salió al corredor y se encontró con dos jóvenes y elegantes señoras que le buscaban: la de menor edad fijó en él sus hermosos ojos azules con tanta atencion, que David, el viejo David, intimidado, se puso encarnado como una cereza; nunca le habia sucedido que dos ojos como aquellos le mirasen.

— Dispensadnos que os interrumpamos, dijo en fin la jóven; pero no fuisteis vos el que sujetasteis hace algun tiempo un caballo desbocado?

David tardó un poco en responder, pero al cabo dijo:

— Sí, señora.

— ¡Ah! cuánto me alegro! Mi padre y yo hace tiempo que os estamos buscando. Me habeis salvado la vida, y no habria podido vivir tranquila antes de haberos visto. He logrado descubrirlos gracias á una mujer que trabaja para mi, y que es dehe tambien el que hayais recogido en la calle á su pobre niño. De esto se deduce que practicais el bien por costumbre.

Y al decir estas palabras la jóven se sonreia: qué sonrisa! quien no habria envidiado en aquel instante al pobre zapatero! Poco después, añadió:

— Decidme que os puedo servir.

David apenas habia podido comprender todo lo que le habia dicho la jóven; pero estando muy claro para él el sentido de sus últimas palabras, respondió injenunente:

— Si tenéis algunos zapatos que remendar os lo agradeceré mucho.

Una ligera sonrisa apareció en los lindos labios de la jóven y dijo:

— Sí, seguramente: os los daré si venis por ellos á casa; prometedme que vendréis.

Y al mismo tiempo le presentó una tarjeta con sus señas; luego volviéndose á su amiga, añadió:

— Vamos á darle á mi padre esta noticia que tanto le alegrará. Queréis darme vuestra mano? dijo tendiéndola á David sus encantados dedos; no puedo hallar palabras suficientes para manifestaros toda mi gratitud.

El pobre viejo no sabia donde estaba ni lo que habia alargo tendiéndole su torca mano y tocó los blancos dedos de la señorita, balbuceando palabras ininteligibles, y saludando profundamente repetidas veces. Prometió que iria el día siguiente á la casa que indicaba la tarjeta, siguió con los ojos á las dos señoras cuando estaban en la calle, y se volvió á su cuarto diciendo:

— Deben ser personas muy ricas; así se hacen parroquianos mix todos los de la familia, estoy seguro que siempre tendré que trabajar, y pasaré con mas descanso mi vejez... ay! ay!

El encanto se llenó de una viva luz, y la voz dijo:

— Acuérdale David de que si has hallado amigos y pro-

fectores, ha sido por tus buenas acciones, y no por haberlos esparado con los brazos cruzados.

— Es verdad, respondió David en sí mismo. Volvió á entender su pipa, y se sentó á disfrutar de sus buenos pensamientos. Ya no sentia aquella amargura que tanto le habia hecho padecer antiguamente, y su casa le gustaba mucho. La jóven señorita y su padre le ofrecieron un cuarto mas grande y mejor amueblado, pero David no quiso abandonar el que tenía, porque queria vivir con sus buenos vecinos. Fue necesario pues respetar su deseo; pero no obstante, enviaron á su casa para poner en las paredes papel nuevo, le pintaron el techo, compusieron los muebles y embriaron de flores su ventanilla. David rebosaba de gozo al pensar que su cuarto metamorfoseado de aquel modo era mas digno aun del « rayo celestial. » Sin embargo nunca comunicó á nadie esta idea que era el secreto y el gran misterio de su vida.

La hermosa jóven venia á verle muy á menudo; se sentaba junto á él, fijaba bondadosamente en su persona sus grandes ojos azules, y abriendo la Biblia le leia algunos pasajes, y le esplotaba con su dulce voz lo que era la fe.

De este modo transcurrieron los últimos años de David Coumbe. En su última hora, tuvo amigos que le cerraron los ojos. Su sobrinito adoptivo y la familia de la tia Dionisia le condujeron al sepulcro.

— Cosa extraña! dijo la tia Dionisia al llegar á su casa, engañados los ojos. David habiaba mucho del sol, parecia gustarle mucho; no habeis notado ayer que el sol iluminó su rostro en el mismo instante en que murió? Hoy mismo otro rayo ha brillado sobre su féretro cuando le bajaron á la tumba.

#### LA REALIDAD DEL ESPACIO

EN EL ESPACIO Y EN EL TIEMPO.

A medida que se han ido perfeccionando los instrumentos astronómicos, se han ido descubriendo millones de estrellas desconocidas, mas lejanas que las que se habian observado antes: nuevos perfeccionamientos en los telescopios, producirán tambien nuevos descubrimientos. Lo seguro es que el espacio no es limitado, sino realmente infinito.

Lo que es verdad del espacio; lo es tambien del tiempo. El geólogo que estudia la sucesion de las capas del globo y de los seres que en él han existido desde las mas antiguas hasta las mas recientes, retrocede espantado ante los millones de siglos á que conducen los menores cálculos. Hay épocas á muchos centenares de metros de profundidad formadas de animales microscópicos de los cuales cabrian muchos miles en un dedo. Pero antes que viviesen seres organizados en la superficie de nuestro globo, ya rodaba este bajo la forma de bola incandescente, á través los espacios. Y esta incandescencia, no es una hipótesis gratuita, sino un hecho establecido á su vez por la astronomía, la mecánica, la geología, y el estudio de la temperatura de la tierra á grandes profundidades. Ahora bien, todo demuestra que desde los tiempos históricos, no ha cambiado la temperatura del globo; durante siglos no habrá necesitado para perder el calor incommensurable que sostenia las rocas mas infusibles en un estado de pasta, y casi líquidas; y una vez vuelto sólido, cuánto tiempo ha debido transcurrir antes de que se pudiesen establecer en él los seres vivos! El infinito en el tiempo es pues tan real como el infinito en el espacio, y el hombre

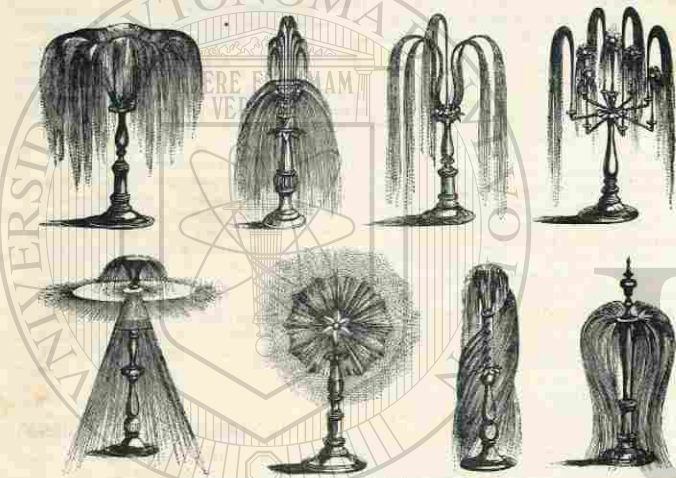


que descansa en la idea de una existencia sin fin para el porvenir, debe concluir en el mismo acerca del pasado, y debe proclamar la eternidad del tiempo.

La noción del infinito no es pues una noción del entendimiento, una forma de las ideas, como decía Kant, sino una realidad cuya existencia ha sido demostrada por los progresos de la astronomía y de la geología.

## DE LA HIDROPLASIA.

Nuestros lectores habrán visto sin duda los singulares efectos que pueden producirse con los surtidores de agua. En París se han hecho muchas experiencias de esta clase en los jardines públicos, y se ha despertado la alición á un arte, que es fácil y poco dispendioso cuando se poseen los elementos necesarios para el establecimiento de un surtidor de



Varias formas de surtidores de agua.—copiadas de la ARCHITECTURA CURIOSA 307A.

agua. Un libro clásico *Figuras para el calendario del buen jardinero*, ha consagrado á esta parte de la hidráulica un artículo especial, del que tomamos los siguientes párrafos:

« La Hidroplasia (yodo agua; plasia, formación) es el arte de ajustar el mecanismo interior de los surtidores para obligar al agua á que tome toda clase de formas.

« El arte de hacer que el agua salte tomando formas agradables, es aun tan nuevo entre nosotros, que nos hemos visto precisados á crearle un nombre. La hidroplasia que, en general, no ha sido estudiada y puesta en uso por algunos físicos sino en muy corta escala, y como objeto puramente de diversion, es susceptible de producir grandes efectos en los jardines en donde hay abundancia de aguas y es de extrañar que los arquitectos no hayan pensado nunca en sacar partido de ella. La teoría no es difícil de concebir, pues se limita á combinar la fuerza del agua con las diferentes formas de las coberlas ó piezas que se adaptan al estremo del tubo por donde el agua sale. »

Dejamos al lector el cuidado de disminuir alguna parte de este pomposo elogio, pero ántes todo podemos afirmar que el arte no es nuevo entre nosotros. En el siglo XVII ya se conocía el juego que se llama la *bola aérea*: una parte muy considerable de las obras de Salomon de Gaus se halla consagrada á varias descripciones de grutas y de fuentes

donde se ven bonitos efectos de surtidores de agua y de cascadas. Pero aun hay otra obra publicada en alemán en Nuremberg en 1663 con el título de: *Architectura curiosa nova* por Jorge Andrés Bockler, mecánico y arquitecto de esa ciudad que se ha aplicado mucho á la hidroplasia, á pesar de no estar inventado su nombre todavía. Esta obra que tiene doscientas láminas, se halla dividida en cuatro libros. El primero contiene los principios de la hidrostática; el segundo da setenta dibujos que ofrecen los efectos mas variados; el tercero presenta en ciento veinte figuras las principales fuentes de las plazas públicas y jardines de Italia, Francia, Inglaterra y Alemania, y otros muchos proyectos del mismo género; y por último el cuarto ofrece en treinta y seis láminas, las grutas, laberintos y compartimientos de los primeros jardines de nuestra época. El dibujo que acompaña á este artículo está sacado de esa curiosa obra, y el solo bastará para dar una idea de la manera como se entendía la hidroplasia en el siglo XVII.

## EL AGUILA Y LA PALOMA.

Un águila muy jóven acababa de remontar su vuelo lanzándose con su presa. La flecha del cazador la hiere y la corta el ala derecha. Caer en un bosque de mirtos. Durante tres dias eternos, devora su dolor; durante tres largas no-

ches palpita bajo su herida, hasta que por fin el bálsamo universal, el bálsamo de la naturaleza la cura. Entonces se arrastra fuera del bosque, menea el ala... pero ahi el nervio estaba cortado, apenas puede levantarla para cojer una presa indigna de su rango. Se pone tristemente sobre una roca, al borde de un arroyo, cuando las copas de las encinas y la bóveda del cielo, y una gruesa lágrima se desprende de sus ojos.

En este momento llega por entre las ramas de los mirtos un par de palomas que revolotean y juegan sobre la arena de oro y las ondas del arroyo: corriendo de un lado y otro, ven á la pobre enferma: una de ellas se acerca, y mirándola con dulzura le dice:

— Estas triste, vuelve á tu alegría. No tienes aquí todo lo necesario para disfrutar de una apacible dicha? No te regocija el ver esas verdes ramas que te protejen contra el ardor del sol? No te gusta respirar por la tarde, sobre el flexible musgo junto al agua? Aquí hallarás el fresco rocío de las flores; las zarzas de la selva te darán un alimento delicado, y este plateado manantial apagará tu sed. Oh! amigo mío! La verdadera dicha consiste en saberse contentar con poco, y ese poco se encuentra en todas partes.

« Sabio filósofo! dijo el águila bajando la cabeza; ó sabio filósofo! hablas como una paloma!

GOETHE.

## EL NIDO DE CIGÜENAS.

por

ELIAS BERTHET.

(Véanse las p. 4, 14, 21, 29, 34 y 45.)

Amigos míos, compañeros, dijo dejándose caer en un banco, no podéis marcharos mañana á Heidelberg, como habíamos convenido... Ahora mas que nunca tengo necesidad de vuestros servicios... Mañana, al nacer el día, el mayor de Steinberg va á llevar á Whiteleina á Mannheim; Fritz Reutner ha ido ya á disponer una barca... ¿Quiéren quitarme á Whiteleina!

Sigismundo se levantó de la mesa, corrió hacia él y le tomó de la mano para llevarle fuera de la sala. Frantz se dejó llevar maquinalmente. De repente el caballero Ritter se interpuso delante de ellos y dijo á Muller con ansiedad:

— ¿Quién es ese jóven, caballero?... Sus facciones me recuerdan... os mando, es decir, os suplico que me digais el nombre de ese jóven.

Sigismundo no respondió: Frantz miraba con ojos estraviados á aquel personaje desconocido que se presentaba de un modo tan insolente.

— Caballero, repuso el sumiller mas conmovido y agitado que ántes: os suplico que me digais...

— Qué diantre! replicó Sigismundo con su sangre fría acostumbrada y sin soltar la mano de Frantz, me he olvidado de haceros entablar conocimiento... Frantz, aquí tienes al caballero Ritter el nuevo dueño del castillo de Steinberg... y ademas el sumiller de Su Alteza el príncipe de Hohenzollern, que ha venido aquí para...

Al nombre de Hohenzollern, la mano de Frantz había recibido como una conmoción eléctrica. Sigismundo se volvió vivamente para mirar la cara á su compañero; pero Frantz se volvió con presteza.

— Pero, decidme quién es, cómo se llama?

— Se llama Frantz Stopé... y es hijo de uno de los principales toneleros de Heidelberg.

El sumiller permaneció un momento estupefacto, y al cabo saltó una carcajada.

— Hijo de un tonelero! murmuró volviéndose á su asiento; dónde tenía yo mi cabeza?... Buena la habíamos hecho, si supieran el chasco en la corte!

Los dos jóvenes desaparecieron.

## XI.

Los primeros rayos del sol penetraban á través de los vidrios de una estrecha ventana, en el aposento de la torre del Steinberg, donde el barón habia pasado la noche.

Este aposento de forma cuadrada, frío y oscuro, abovedado en su parte superior, como lo indicaba su nombre, conservaba aun el caracter grosero de los tiempos en que habia sido construido.

La puerta que se abría sobre una escalerita de caracol practicada en la torrecilla vecina, era pesada y maciza, y estaba guarnecida de puntas de hierro; el suelo le componian unas losas de piedra asadas por el pié de muchas generaciones.

Las paredes eran tan gruesas, que la ventana parecia estar abierta en el fondo de un corredor de tres piés de largo. La luz que entraba por este embudo, debilitada por los vidrios amarillentos sostenidos con plomos, daba una claridad cenicienta, dejando en la sombra una parte de este triste cuarto.

Sin embargo, á ese dudoso resplandor se distinguían algunos muebles antiguos en armonía con el aposento. Velase allí un lecho de encina esculpida, algunos sillones con respaldos gigantescos, grandes armarios, y arcones de madera negra.

Los adornos consistían en trofeos de armas muy tomadas, que se hallaban clavados en las paredes; tambien se alzaban varias panoplias en los oscuros rincones, con las viseras caladas: habria sido dicho que eran las sombrías bellotas de los antiguos señores del Steinberg contemplando en silencio su último heredero.

El mayor se paseaba á pasos lentos y acompasados, pasando y volviendo á pasar á intervalos iguales á través del rayo de luz de la ventana.

Aunque era jóven, Enrique de Steinberg tenia una estatura casi colosal. Su traje militar, muy ajustado, realzaba mas y mas las vigorosas proporciones de su persona toda. Su andar era majestuoso, aunque un poco tieso, y su airo era altanero. Sus facciones, fuertemente pronunciadas, no carecían de nobleza, aunque eran duras y severas; pocas personas podían soportar el brillo de su ojo ceniciento, sobre todo cuando estaba irritado. Un grueso bigote rojo que ocultaba en parte su boca, y dos espesas cejas que se unían sobre su frente, acababan de hacer dura é imponente la expresion de su fisonomía.

El barón se paseaba, como hemos dicho, hacia dentro, quizá desde la vispera, porque la cama no estaba deshecha; la espada y el sombrero engalonado del mayor se hallaban aun en el mismo sitio en que los habia puesto cuando llegó; sobre la mesa habia una lámpara que acababa de consumir su mecha humeante sin producir luz ninguna.

A pesar de todas estas señas de una soledad profunda, alguien habian venido ya á interrumpir las meditaciones del barón, porque la puerta estaba entreabierta.

De repente Enrique de Steinberg se quedó parado, lanzando en torno suyo miradas ferozes.

— Ya es de día... dijo con acento ronco... Mucha prisa ha tenido hoy el sol... Si, ya está aquí el día, y hace un instante Fritz Reutter ha venido a decirme que la barca estaba dispuesta... Estoy soñando? No, es cierto lo que me pasa: el infierno me confunde!

Y dicho esto, se cubrió el rostro con las manos.  
— Vamos, seámoslo hombre en esta ocasión, repuso al cabo de una pausa, empujándose. Pero en último resultado, ¿qué pierdo? Un montón de ruinas, buenas todo lo más para niños de lechuzas... Mi título? Preocupación vana: ¿quién puede hacer que la sangre que corre por mis venas deje de ser la sangre de los antiguos burgaves de Steinberg?... Y luego esa muchacha... voy a dejarme conmover por sus lloros y quejas... Al diablo! no las escucharé, no quiero escucharlas... Porque he de oír sus gritos? No soy el dueño de mi patrimonio? No puedo venderle, enajenarle, hacer con el lo que me da la gana?...

La voz se le acabó, y cayó en un profundo abatimiento. En este instante la puerta se abrió lentamente, y una bonita cabeza rubia se adelantó en el umbral.

— Enrique, hermano mío, dijo la dulce voz de Willemina sorprendida con el fúlgubre silencio que allí reinaba; ¿puedo entrar? ¿puedo al fin abrazaros?

El mayor hizo un brusco movimiento, y respondió dando a su voz una afectada entereza:

— Sí, sí, entrad... puesto que es necesario...

La esbelta y lijera joven se deslizó prontamente por la estrecha abertura de la puerta.

Willemina estaba vestida con un traje ligero cuyos graciosos pliegues le daban un no sé qué de aéreo. Lanzóse hacia el mayor, y suspendiéndose a su cuello, apoyó sus rosados labios en el inocuo rostro de su hermano.

— Enrique querido! Enrique! le decía en tono cariñoso, porque me habéis privado toda una noche de la felicidad de veros, y de manifestaros la alegría que vuestra venida me ha causado... Tenéis algún motivo de enfado contra nuestra hermana Willemina que os ama tanto?

El barón de Steinberg, a pesar de su forzosa desesperación, no pareció insensible á las ternas caricias de su hermana.

— No, no, hermana mía, no tengo nada, contestó besando con empuje la hermosa frente de la joven; pero hay momentos en que el hombre necesita estar solo. Los gemidos y los lloros irritan, hacen que se pierda la paciencia, y en beneficio de los dos he querido tardar en daros ciertas esplicaciones muy penosas para ambos.

Willemina, sin soltar sus manos que formaban un gracioso collar en la garganta del mayor, separó un poco su rostro, y fijó en su hermano sus grandes ojos azules en que se descubría una expresión de alivio á través de las lágrimas.

— Y porque ha dudado de mi valor mi querido Enrique? le dijo en tono de reconvencción cariñosa. Acaso no tenemos los dos la misma sangre? No podría yo soportar también la adversidad con la misma nobleza?

El mayor volvió la cabeza al oír esto.  
— Me alegro veros tan animosa, dijo con emoción soltándose de los brazos de Willemina; bien necesitáis ese valor... Ya os han dicho sin duda que debíamos dejar el castillo hoy mismo?

— En efecto me han hablado de eso... pero nunca creí que la marcha debía verificarse tan pronto.

— En qué podía hacer vuestros preparativos.

— Enrique, si os fuese posible acordarme únicamente algunos días...

— Creéis que me acordarán á mi un sólo día, una sola hora?... Además, no quiero; no descenderé nunca á solicitar un favor semejante... Willemina, un hombre va á presentarse aquí dentro de algunos instantes; yo mismo le pondré en posesión de esta torre, de esta pobre roca, y luego saldremos por última vez los umbrados del Steinberg, y olvidaremos hasta el nombre que hemos llevado.

— Su voz al decir estas palabras era breve y cortada; la joven se hallaba en el colmo del asombro.

— Hermano mío, habéis vendido el Steinberg! dijo Willemina prorumpiendo en lágrimas: ¿dios os perdone!

El mayor no se había prometido esta melancólica resignación.

— Con que no me llenais de reconvencciones! le dijo en un tono seco y duro; no, llenais la torre de lamentos? Veo que tendré que decirlos la verdad, una vez por todas. No he vendido el Steinberg, le he jugado...

— Jugado! exclamó Willemina retrocediendo un paso.

— Sí, jugado... y perdido... lo comprendéis, hermana mía? He jugado esta vivienda venerable, mi solo bien, vuestro único asilo, he jugado los recuerdos de mi raza, mis armas de nobleza, la tumba funeral de Hildebrand el jefe de nuestra familia, la multitud estúpida de Roberto el Pajarero... y ahora, vos y yo, desheredados hijos de tantos valientes caballeros no poseemos nada... estos pobres despojos que nos envuelven tanto pasarán á manos de un cortesano á las órdenes del mejor de todos los príncipes de Alemania!... Willemina! Willemina! tenéis razón para maldecirme!

Hubo un momento de silencio; Willemina lloraba y el mayor había vuelto á su paso. Por fin la joven alzó la cabeza, y dijo á su hermano con suave acento de verdad:

— Pobre Enrique! Cuánto debéis padecer ahora! Muchas veces os debéis haber revelado contra esa pasión del juego que debía traer os un resultado tan funesto!... Pues bien, hermano mío, sepamos renunciar al orgullo de familia puesto que el sacrificio es necesario, resignémonos á vivir en la pobreza; yo jamás me quejaré si me amais siempre.

Este generoso estoicismo dejó al mayor atónito de admiración; se detuvo, y cojiendo á su hermana por el tallo le dijo con voz alterada:

— Sois una santa y noble criatura, Willemina. Yo por mi parte también sabré pensar mi deber, os cuidaré con solicitud afecto, os protegeré y...

— Hermano mío, interrumpió la joven tímidamente, largo tiempo he sido una carga para vos...

— Me he quejado de ello, Willemina?

— Es cierto, mi querido Enrique, pero también conozco que á vuestra edad, con vuestros gustos y vuestro género de vida, es imposible que esto continúe; estoy segura, Enrique, de que en el día bendeciréis á aquel que, desembarazándoos de una responsabilidad importuna, asegurase la felicidad de vuestra pobre hermana.

El barón de Steinberg frunció las cejas.

— Quién os habla ahora de eso? le dijo bruscamente.

— Habéis sido demasiado generoso, Enrique, para hablar de vuestros apuros, pero yo he sabido adivinarlos... Quizá es tiempo ya de fijar mi suerte y de...

— Y de encontraros un marido, no es verdad? interrumpió el mayor, que á pesar de sus tristes preocupaciones no pudo menos de sonreírse. Estas muchachas no saben pensar en otra cosa! Me gusta que abundéis en esas ideas, Willemina, que son también las mías... Sí, sí, voy á tratar de

hisceros un buen partido, y entretanto os llevaré á Manheim, al convento donde habéis sido educada.

— Cómo, hermano mío! á esa triste casa llena de rejas y cerrojos, sin aire y sin luz... me moriré de tristeza.

— Y adónde queréis ir? dijo Enrique con dureza; no tenemos parientes que puedan ofrecerme un asilo...

— No os enfadéis, Enrique, pero quizá sería posible...

Willemina, toda trémula, iba tal vez á descubrir su secreto cuando se oyó un ruido de pasos en la oscura escalera de la torre. La joven se detuvo; el mayor dió una fuerte patada en el suelo.

— El es! tan pronto! murmuró entendiéndose hacia la puerta su puño cerrado; vamos, valor... acabemos.

Al decir esto se pasó la mano por el rostro como para borrar las lijeras contracciones de sus músculos y en el mismo instante el caballero Ritter entró en el aposento.

## XII.

El sumiller llevaba con poca diferencia el mismo traje que la víspera; sus facciones manifestaban un vivo descontento, y su mal humor hubo de aumentarse cuando echó al rededor del cuarto una rápida mirada. Sin embargo, saludó políticamente al barón Enrique y á Willemina.

— Caballero Ritter, dijo el mayor con acento grave, señalando á su vez al recién llegado á cumplir lo prometido; voy á instalarlos en la propiedad del castillo y de las tierras del Steinberg... El escribano lo arreglará... después... Mientras tanto si queréis ir examinando lo que os pertenece...

— Ya me he tomado esa libertad, mi querido mayor, dijo el sumiller con un tonillo agrío, y francamente me he sorprendido en extremo con lo que he visto. Me figuré que la baronía de Steinberg era otra cosa. Hablaban de tierras, de castillo... Tulo ello consiste en un poco de tierra llevada á brazo al buco de una roca, donde han plantado dos ó tres copas de villa, y en un torreón desmantelado que amenaza sin cesar la existencia de sus habitantes.

— Nunca os engañé yo, Ritter, dijo Enrique con aire sombrío; no podréis darme una sola palabra que yo haya dicho exajerando el valor de mi pobre dominio; no os engaño ni aun en el momento en que os rogaba con las manos juntas que juzgaseis el último juego en que esperaba desquitarme, y que fué la causa de mi completa ruina...

El barón exaltado con este recuerdo volvió á pasearse de nuevo por el aposento.

— No os quiero decir eso, mayor, dijo el sumiller con presteza; sin embargo, os confieso que esas palabras de tierras y castillo me deslumbraron... La imaginación ve las cosas en sueño, y cuando llega la realidad, el desengaño es duro. Ayer con la luz del crepúsculo el Steinberg presentaba un aspecto bastante imponente, pero esta mañana, con la luz del sol, las cosas han cambiado de aspecto... Además como sabía que la señorita de Steinberg habitaba en la torre con sus criados, creí seguramente que en efecto, se podía habitar en ella.

Willemina salió del oscuro rincón adonde se había retirado cuando llegó Ritter.

— Y no sabíais, caballero, dijo con melancolía, que la señorita de Steinberg debía hallar en los recuerdos de que estos lugares están llenos, una compensación mas que suficiente de algunas privaciones de bienestar?... Aun á costa de privaciones mucho mayores, me habría considerado muy

dichosa de pasar mi vida en esta pobre torre que tanto desahucias.

Al decir esto se puso en frente de la ventana, y el caballero Ritter que podía contemplarla de pies á cabeza, se quedó maravillado de su hermosura. El fino talle de la joven, el óvalo gracioso de su rostro, y las doradas trenzas de su cabellera se dibujaban vivamente en un rayo de sol, parecía una virgen con su aureola. El sumiller se inclinó profundamente delante de ella.

— Señorita, la dijo con escoto tan afectado que usaban en el siglo último los poetas de madrigales, vuestra presencia basta para embellecer todos los sitios que habiteis... y saliendo de aquí, el Steinberg perderá el único encanto que á mis ojos tiene.

La joven se volvió sin responder palabra.

El barón exclamó con voz resuelta:

— Acabemos, Ritter, acabemos... Estoy gastando mi fuerza y mi valor en estos penosos pormenores... Os dejo dueño de todo lo que queda de la herencia de mi padre... y podéis atestiguar que no me asustan los resultados del juego... Pero basta ya; Willemina, la barca nos espera; vámonos pronto, hermana mía...

Willemina estaba sollozando; el barón se adelantó para tomar su espada y su sombrero; pero Ritter que estaba metido hacia un momento, le detuvo por el brazo diciéndole:

— Mayor de Steinberg, vuestra situación y la de esta encantadora joven me afectan en extremo... Conozco lo que vale para vosotros este rincón de tierra que llaman la baronía de Steinberg. Por mi parte, confieso no me costaría sacrificio ninguno el cederla. Vámos a ver; habéis evaluado el Steinberg en treinta mil florines, y esto me sirvió de base para mis apuestas... Aseguradme el pago de la suma de veinte mil florines, y seguiré siendo dueño y señor del reinado.

El barón se conmovió vivamente al oír una proposición semejante.

— Conque seguiré siendo dueño y señor de mi antigua torre hereditaria! exclamó Enrique con acento exaltado. No tendré que huir con mi hermana, como un mendigo! Podré... No, no, añadido con tristeza, por pequeña que sea esa cantidad, no podré reunir veinte mil florines... Mi mala reputación de jugador me impide recurrir á los usureros, y nunca me atrevería á pedir prestado á algunos amigos tan pobres como yo... Muchas gracias os doy por vuestra buena voluntad, señor sumiller, pero no puedo aprovecharme de ella. Cúmplase el destino!

De nuevo sucedió un momento de silencio; Willemina continuaba sollozando en tanto que el barón se disponía á marcharse. El caballero Ritter, de pie en medio del cuarto, los examinaba alternativamente, como hombre que vacila y duda. Por fin decidiéndose de repente, arrastró á Enrique junto á la ventura.

— Señor barón, le dijo en voz baja, acaso no queda otro medio de conciliarlo todo.

## NICOLAS POUSSIN.

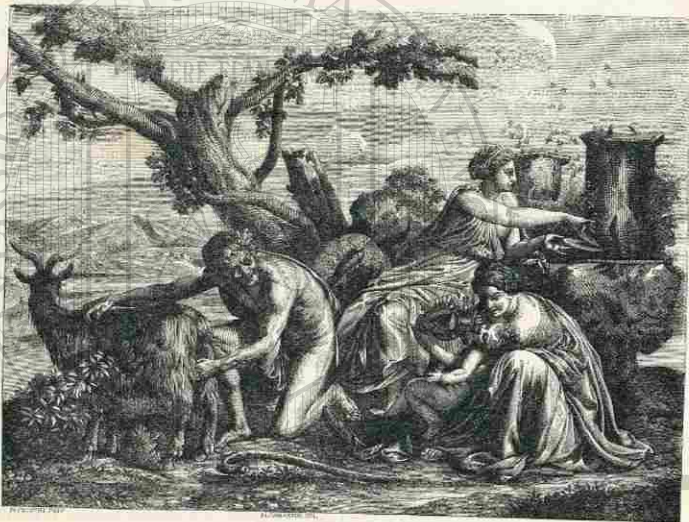
(Véanse las páginas 100, 129 y 405.)

La fecundidad de Nicolas Poussin, comparada á la de Murillo y Rubens, es tanto mas notable cuanto que á ella iba unida la facultad de variar sus asuntos hasta lo infinito. Léjos de caer en esas repeticiones, á las que no han escapado ni aun los grandes maestros, el Poussin trató á menudo el mismo asunto de muchas maneras diferentes, porque á

pesar de la entereza de su genio, á beneficio de los esfuerzos de su voluntad, supo plegarle á las composiciones mas diversas.

«No ignorais, escribía á un amigo suyo, al enviarle el *Moisée sauvé*, que los antiguos griegos habian inventado muchos modos mediante los cuales produjeron grandes y maravillosos efectos.»

Al ejemplo de Pindaro, que sacaba de su lira toda especie de sonidos, el Poussin templaba siempre su inteligencia segun el asunto lo requeria. El modo era para él la medida



La Cabra Amaltea.

riedad de sus asuntos dejó de parecerse á sí mismo. Su fuerte personalidad dejó por todas partes una huella profunda. La dignidad del filósofo no desaparece en ningún momento ni en la risa ni en la melancolía, y este es el signo distintivo de los pintores de verdadero mérito.

Ya hemos dado á conocer á nuestros lectores al pintor de *Polifemo*, de los *Pastores de la Arcadia* y de *San Pablo arrebatado al cielo*; hoy juzgarán nuestros lectores al pintor de *La Cabra Amaltea*. He aquí la esplicacion del asunto, en dos palabras:

Júpiter, segun la fábula, era hijo de Saturno y de Rea. Saturno estaba en el trono con la condicion espresa de que todo varon que naciese de su union con Rea sería muerto implacablemente despues de su nacimiento. Saturno quiso ejecutar el tratado de buena fé, y se imaginaba que sus hijos Júpiter, Neptuno y Pluton habian desaparecido al salir á luz, entre sus dientes. Afortunadamente Rea, que era una buena madre, para no esponer jamas sus tiernos vástagos á los ojos de su padre, los enviaba á algún retiro oculto, bajo la guar-

para la composicion del cuadro; el órden que debía reinar, y las formas que debian prevalecer en él. Despues de haber meditado sobre un episodio determinado de la Biblia, de la mitología ó de la historia, determinaba el carácter que debía tener, es decir, si su aspecto general sería seductor ó severo, si debía producir una impresion de tristeza, de horror, de lástima ó de alegría, y entónces disponia su cuadro teniendo siempre muy presente esa unidad que habia buscado en las mismas entrañas de su asunto.

Gracias á este sistema, nunca el Poussin, á pesar de la va-

da de ninfas y de ministros fieles, y poniendo en lugar de ellos unas gruesas piedras, que Saturno se tragaba con la misma facilidad que si hubieran sido la mas delicada de las presas humanas. Júpiter fué el primero de los tres hijos que Rea salvó así de la voracidad de su esposo, criándolo en una gruta en el fondo de los valles de Creta, por los curetas, cuyas danzas y cánticos impedian que oyera Saturno los gritos de su joven heredero y por las hijas del rey de Creta, ayudadas de la cabra Amaltea, esa nodriza ninfa-cabra que nos han presentado las leyendas tan pronto con rostro humano como en figura animal, sin saber distinguir el lazo misterioso que unia á estas dos naturalezas en aquel fetiquismo primitivo.

Tal es el asunto cejido por el Poussin; en cuanto al des-empuño, bastará repetir lo que hemos dicho, que es digno del pintor de la *Arcadia*, y de tantos otros cuadros del mismo género.

La *Cabra Amaltea* fué vendida en 1776 por 8500 libras, y en el día se halla en Dulwich-Coléje en Inglaterra.

ESTATUA DE MOZART EN SALZBURGO.



Juan Crisóstomo-Wolfgang-Amadeo Mozart nació en Salzburgo el 27 de enero de 1756.

El padre de Wolfgang era oriundo de la ciudad de Ausburgo, en donde los miembros de su familia ejercian el oficio de encuadernadores; despues de haber servido al conde de Thun en calidad de *músico-doméstico*, Leopoldo Mozart se estableció en Salzburgo, donde habiendo obtenido el empleo de primer violinista de la capilla del obispo, se casó con Ana Bertina, mujer tan piadosa como bella: hombre instruido y músico escelente, compuso mucha música

de iglesia, algunos intermedios y varios trozos de géneros diversos; y profesor de viola sumamente hábil, hizo una obra didáctica de este instrumento que durante largo tiempo ha gozado de mucha celebridad en Alemania; pero la gloria principal de Leopoldo Mozart consiste en haber dado á luz al autor de *Don Juan*, y en haber comprendido y dado direccion á su genio, adviniendo desde el principio el destino de su hijo. Dotado de una piedad profunda, creyó ver brillar en la frente de Wolfgang como un destello de la gracia divina, y desde entónces consagró enteramente su existencia

á la educacion de aquel niño, que consideraba como un ser superior confiado á sus cuidados por la Providencia. M. C. Billeff el autor de su biografía de donde tomamos estos detalles, ha comprendido perfectamente el caracter interesante de Leopoldo Mozart, donde la ternura paternal se confundió con la fe del cristiano, y ha hecho resaltar sus diferentes contrastes.

De seis niños que tuvo Leopoldo Mozart, no le quedaban mas que Wolfgang, que era el menor, y una niña llamada Maria Ana, nacida en 1754 cuatro años antes que su hermano. Esta única hermana de Mozart, á quien llamaban familiarmente Sacnerle (diminutivo de Ana) mostró tambien mucha disposición para la música, habiendo hecho admirar á la Europa su talento precoz. (aunque bien luego fué eclipsada su reputación por la nombrada de Wolfgang.) y hacia baronesa de Sonnenbourg murió en Salzbúrgo en 1806 á la edad de ochenta años. Encorvada bajo el peso de los años, ciega y casi sin poder moverse, la baronesa de Sonnenbourg conservó siempre una profunda admiración por aquel que había sido su hermano según la fábula, como ella decía con un respeto que casi bajaba en la edad.

Ya conocemos, pues, la familia en cuyo seno nació Mozart, familia piadosa y resignada, completamente alemana, y verdaderamente cristiana, en donde reinaban el orden, la castidad y el gusto por las cosas bellas, digna cuna del músico del amor ideal. Apenas revió Wolfgang su maravilloso instinto por la música, en el mismo instante se hizo el objeto esclusivo de la atención del padre y del interés de todos. En cuanto llegó á la edad de tres años ya ponía sus manos en el piano tratando de hacer una sucesion de terceras mayores, único intervalo que entonces podían abrazar sus cortos, únicos dedos; y en su canto encontraba una nueva combinación, sus ojos brillaban de alegría. A los cuatro años ya sabía de memoria los págs mas interesantes de los cristos ciertos que su hermana ejecutaba, y su padre le componía expresamente trozos que se han conservado hasta el día. De este modo Mozart aprendió la música como por juego, ó mas bien la música se despertaba en su alma con el sentimiento de la vida; porque acaso no es un signo distintivo que caracteriza los seres superiores, esa facilidad con que se asimilan los elementos materiales del lenguaje?

En el año 1762 fue cuando Leopoldo Mozart, acompañado de sus dos hijos, principió sus largas peregrinaciones por Europa. Estos viajes de una familia entera de músicos yendo á buscar fortuna por el mundo, eran entonces, como son hoy, una cosa muy natural en las costumbres sencillas y aventuradas de la nacion alemana. Leopoldo Mozart, al hacer correr el mundo á sus dos hijos, tuvo por objeto no solo mejorar su modesta posición, sino perfeccionar la educacion de su querido Wolfgang poniéndole en contacto con los grandes maestros del arte. Mozart tenía entonces unos seis años, y ya tocaba el piano de un modo maravilloso; ya su genio precoz despedía destellos por todas partes, y parecia esperar con impaciencia que la naturaleza le permitiese el tomar posesion del vasto imperio musical. Impeido siempre por la necesidad de dar curso á su fantasía, era menester obligarle frecuentemente á suspender el trabajo, por el mucho ardor con que se dedicaba á él.

Mozart fué acogido en todas partes con curiosidad en un principio y despues con entusiasmo. En Milán le dieron el título de *Giocista ammirabili*.

El joven artista recorrió la Peninsula toda admirando las academias y los doctores ancianos por su saber y ejecucion: en Bolonia improvisa una fuga delante del padre Martini, y

Farinelli, en Roma aprende de memoria el *Miserere* de Allegri, composicion complicada que escribe y da á luz por primera vez, y en Nápoles ejecuta una especie de sonata en el conservatorio della Pietà, delante de Tomelli y de una inmensa muchedumbre, se ve obligado á quitarse una sortija que lleva en la mano derecha á fin de tranquilizar al pueblo que creía que una ejecucion tan maravillosa era efecto de algun sortilejo. A su vuelta de Nápoles, fué cuando Wolfgang hizo representar en Milán, por el mes de diciembre de 1770, su primera ópera titulada *Mitridate re Di Pontey* que alcanzó aplausos estrepitosos. El autor tenía entonces catorce años.

Obtenido este triunfo, los artistas viajeros vuelven á tomar el camino de su patria, volviendo al año siguiente á Italia donde Mozart hizo representar en Milán una especie de grande escena dramática, *Ascanio in Alba*, cuyo éxito arrancó al viejo compositor Haasse estas proféticas palabras: *Este niño nos eclipsará á todos.*

Vuelto á Salzbúrgo para componer una serenata dramática, *Il sogno di Scipione*, con motivo de la coronacion del nuevo arzobispo, marcha luego otra vez á Milán en octubre de 1773 donde hace representar una ópera seria, *Lucia Silla*, acogida del mismo modo que las precedentes; y por fin como en Munich, una ópera bufa *la Finta Giardiniera*, representada con un éxito brillante en el mes de enero de 1775: despues de lo cual volvió á Salzbúrgo, por la primavera del mismo año, con una reputacion que igualaba ya á la de los mejores éditores.

En el invierno de 1776, Mozart se apresuró á presentarse en Munich ante aquella cuya imagen llevaba en el corazón. La señorita Aloisa de Weber era una joven linda y encantadora, de mucho mérito, que Wolfgang tuvo ocasion de ver y oír á su paso por Mánheim. Habiendo seguido la corte de Carlos Teodoro, que subió al trono electoral de Baviera, Aloisa de Weber se fijó en Munich con toda su familia, y parece que Mozart, enamorado de las gracias y del talento de la brillante Aloisa, hizo una demanda que fue tan bien admitida por parte de Aloisa como por la familia: la confirmacion de ese consentimiento es lo que iba á pedir ansioso; pero cuando la elegante coqueta, admiada por los grandes señores, vio entrar en su casa, despues de un año de ausencia, á un joven delgado, con la nariz larga, los ojos abultados y la cabeza diminuta, vestido con una casaca encarnada con botanadura negra, de luto por su madre... le miró de pies á cabeza de un modo tan frío y tan cruel, que Mozart no esperó á que esto sucediese segunda vez, enterró en lo profundo de su corazón la llama que le devoraba hacia un año, y consagró su afecto á Constanza Weber, la hermana mas pequeña de Aloisa. De este modo los verdaderos poetas cambian de objeto sin cambiar de amor, imprimiendo en todo lo que adoran la imagen que Dios ha grabado en su alma.

Su primer triunfo formal y verdadero fué en 1781 cuando se representó con un brillantísimo resultado su ópera seria en tres actos, *Idomeneo re di Creta*. De esta hermosa y encantadora partitura data el verdadero advenimiento de Mozart; todo era nuevo en ella, desde la abertura hasta el final, y todo revelaba un genio dominador, que se desprende de los diversos y confusos elementos de que se habia hasta entonces alimentado, tomando posesion de su personalidad. El autor de *Idomeneo* tenía veinticuatro años, hallándose en ese instante propicio de la vida en que la savia fermenta y circula facilmente, en donde todo se presenta de color de rosa al ojo encantado de la juventud, que mira el porvenir á

través de las nubes doradas del capricho, y en que el corazón convioido por las agitaciones de un sentimiento nuevo y misterioso, derrama en esa primera obra, que amara eternamente, esa penetrante languidez y esa melancolia serena que no se hallan sino en Virgilio, Rafael á Mozart. De este modo, cuando se oyela música de *Idomeneo* parece que uno escucha uno de esos cuentos fabulosos que Platon se complacia algunas veces en intercalar en sus diálogos, relatos encantadores que mecen la imaginacion, llenandola de beatitud, y nos trasportan á una de esas islas maravillosas creadas por la fantasia de la Grecia, residencias afortunadas del amor que disfrutaban de una eterna primavera.

A petición del emperador José II, compuso despues *El Rapto en el Serrallo*, obra preciosa que puede considerarse como la primera ópera en lengua alemana que deba mencionarse en la historia. *El Rapto en el Serrallo*, representada el 12 de julio de 1782, obtuvo un éxito popular que se espació rápidamente en toda la Alemania, y que mereció los preciosos ojos de Gluck. El emperador José, á quien gustaban mucho la persona y el talento de Mozart, le dijo un día hablando de esta ópera que había oido criticar á los envidiosos compositores Italianos que estaban en su corte: *Muy bien, mi querido Mozart, pero hay algunas cosas de mas; á lo cual respondió el artista con altivez: No hay ninguna cosa de las necesarias, señor.*

Un mes despues de este nuevo triunfo, el 4 de agosto de 1782, Mozart se casó con Constanza Weber.

En 1786 despues de un interregno en que Mozart se vió obligado para vivir á componer toda especie de música, época en la cual escribió tambien sus mejores obras de música instrumental, Mozart trabajó de nuevo para el teatro, componiendola ópera italiana titulada *le Nozze di Figaro*, que hizo época tanto en su vida como en la historia de la música dramática, y en efecto, nada de lo que entonces existía puede compararse á esa partitura colosal, en la grandeza y el desarrollo de las piezas concertantes, en el encanto y la novedad de las melodias y en la riqueza y variedad de los acontecimientos; así fue que á pesar de la pandilla de compositores y dilettanti Italianos, cuya resistencia fué preciso vencer por una orden espresa del emperador, *le Nozze di Figaro* se representó en el teatro de la corte en el mes de mayo de 1786, obteniendo el éxito mas completo, y haciéndose repetir hasta seis veces, así como el hermoso duo *Sull' aria*, que fué pedido tres veces seguidas.

Desde entonces la actividad y fecundidad de Mozart se acrecentaron de un modo maravilloso é inextinguible, diríase que un ángel misterioso le agitado dictándole una tras otra las obras maestras, y gritándole: ¡Marcha, marcha, porque tu hora se aproxima! En 1787 compuso *Don Juan*, su grande obra para la ciudad de Praga; despues de un viaje hecho á Berlin en 1789, donde el rey de Prusia se esforzó en vano haciéndole grandes ofrecimientos para que se quedase en su corte, volvió á Viena donde escribió *Così fan tutte* en 1790; y por último, al siguiente año compuso una tras otra *la Flauta encantada*, *la Clemencia di Tito*, y la misa de *Requiem*, despues de lo cual espiró en la noche del 5 de diciembre de 1791 á la edad de treinta y cinco años y algunos meses y cuando ya había admirado y embobado al mundo con la grandeza y la fecundidad de un genio incomparable.

Su ciudad natal, para perpetuar la memoria del primer músico acaso que los siglos han conocido, mandó fundir en Munich su estatua en bronce, la que fué inaugurada en Salzbúrgo el 15 de setiembre de 1812. El homenaje sin embargo era un poco tardío; habiendo muerto Mozart, como hemos

dicho en 1791. La viuda del ilustre compositor deseaba ardentemente que Dios la conservase la existencia hasta el día de esta inauguracion, pero su deseo no fué cumplido, habiendo muerto de repente el 6 de marzo siete meses antes de la fiesta. El hijo de Mozart, asistió vestido de luto á esta ceremonia, que ha dejado recuerdos duraderos á los habitantes de Salzbúrgo. Un crecido número de extranjeros nobles, admiradores del genio de Mozart, príncipes y princesas, condes y condesas, compositores y artistas, asistieron de todas las partes de Europa: Los Conservatorios y las Academias de música de Nápoles, Roma, Florencia, Milán, Venecia, Viena, Praga, Berlin, Munich, Hamburgo, Varsovia, San Petersburgo, Stokolmo, Copenhagen, etc., etc., estaban representados por algunos de sus profesores. En fin la fiesta del 5 de setiembre reunió mas de cincuenta mil personas. Cuando cayeron al dar las doce las cortinas que cubrían la estatua, los instrumentos de seiscientos músicos se mezclaron con las salvas de veinte piezas de artillería, y con el alegre repiqueo de todos las campanarios de la ciudad. Por la noche, dos mil artistas y aficionados ejecutaron al pie del monumento, iluminado con fuegos de Bengala, un himno escrito para la circunstancia por el conde Ladislaw de Sierke, arzobispo de Erlau, y puesto en música por el caballero Neukomm.

Al otro día por la mañana, dos mil ochocientos aficionados ejecutaron el *Requiem* de Mozart.

La estatua se halla erigida en medio de un mercado, lo que se ha censurado bastante por algunos. Hay críticos que pretenden que los monumentos conmemorativos del genio, deben estar siempre rodeados de silencio y lejos del espectáculo de las agitaciones vulgares de cada momento, pero hay otros que, por el contrario, dicen que deben estar en medio del ruido de las grandes ciudades, á fin de que conserven en ellas los grandes recuerdos, el culto del genio y una emulacion constante.

## MARIA LISMORE.

## CUESTO IRLANDÉS.

Miguel Lismore, de oficio alhauil, había mostrado siempre poca afición al matrimonio. Sin embargo, como era joven y buen mozo, no carecía de parejas para bailar ni de ojeadas en la feria de Cork, en la Cruz de San Kieran, y en las fiestas de los santos patronos de la Irlanda que, aun en el día, en medio de una creciente miseria, hacen brillar rayos de alegría y de olvido, de la calzada de los Gigantes al cabo Clear.

— Y porqué se ha de casar el muchacho? decían sus camaradas de placeres. Para qué se ha de cargar con mujeres y chicos que mantener, chicos que no dejan dormir la borchiera en toda la semana, y que impiden el beber los lúnes?

Estos razonamientos y otros muchos que se hallaban al alcance de Miguel, le persuadieron de que debía conservar su independencia.

Sin embargo en el mundo, como dicen las viejas, necesitamos del deber para fiutar el buque, y de las plusiones para hinchar las velas; Miguel prescindió del uno, y la pipa y la botella le suministraron las otras en abundancia. Tan de prisa caminó por esta senda, que el vermeillo de la salud que animaba su rostro se fué concentrando en una nariz tanto mas prominente cuanto mas se hundían las mejillas; sus cabellos cada vez mas claros, comenzaron á blanquear, y empezó tambien á cargarse de espaldas como el marinero,

acostumbrado al movimiento del buque titubea cuando anda hasta en tierra firme, así el albañil, sin antes de haber tomado la mañana, sentía que sus débiles piernas flaqueaban. En una palabra, Miguel Lismore, antes de tiempo, y sin haber tenido las cargas y cuidados de padre de familia, ya parecía un hombre cargado de años.

Parecía desinclinado á morir como había vivido, es decir, recojiendo axiomas, y copillas de canciones baquicas, para justificar y aun preconiizar el género de vida que llevaba, y acallar su conciencia de este modo. Nunca hacía daño á

nadie, ni bien tampoco; no pedía prestado un cuarto, ni daba la más mínima cosa; no temía ni á Dios ni al diablo, y jamás tuvo ningún apuro con el cura ni con el juez de paz. Por ventura no podía beberse lo que ganaba? Qué le importaba á los demás que su traje estuviese roto y remendado, y que su gorra manchada de lodo hubiese avergonzado á un pobre de pedir limosna? Acaso suplicaba él á las gentes que le mirasen?

Los mas grandes filósofos se suelen desviar de sus principios; por esto no hay que extrañar que á veces hiciese lo



Maria Lismore.

mismo Miguel Lismore. Buen trabajador como lo era, el whiskey no le había impedido hasta entonces el ganar su salario. Además él decía de sí mismo, que era un hombre muy afortunado. Los maestros de obras le querían mucho, porque como verdadero irlandés tenía chispa y ocurrencias graciosas; y además su actividad y robusta constitución resistían á los excesos cuyas señales llevaba pintadas en la cara, pero al cabo todo se concluye, y un día, por una hermosa mañana de primavera, cuando después de una noche de angustias, Miguel quiso levantarse para recurrir al whiskey, su medicina ordinaria, le faltaron las fuerzas, y volvió á caer en su lecho, ardiendo de calentura y lanzando sonidos inarticulados.

Llegado la víspera con una cuadrilla de trabajadores para gobernar un palacio que acababa de cambiar de dueño, Miguel, con objeto de echar la niebla fuera, abusó en demasía de su bebida favorita, y cuando se dejó el trabajo por la tarde, no tuvo fuerzas para seguir á sus compañeros, que se fueron á pasar la noche á la aldea vecina. Bezagado, sin saber lo que hacía, se apartó del camino, dió vueltas á una tina, y aprovechándose de un anecho agujero que había en ella, se enterró en un montón de heno que se estaba secando, ó

que fermentaba, en el mal cerrado corral donde había enterrado.

Muchas horas habría podido permanecer allí sin socorro de ninguna especie, porque el dueño de aquello lo tenía encomendado á un administrador, que contaba sobre el arrendatario, el cual se habla á su vez en un criado, que descendía quizá en el acceso ó en las badas para remover aquel montón de heno. Por fortuna acertó á llegar allí una aldeana de la comarca, Peggy Ryan, que debía á su fealdad el apodo de Cabeza Cuadrada (y en efecto parecía que estaba cortada á hachazos, mas bien que formada por las manos de esa graciosa naturaleza que se deleita en redondear los contornos). Peggy había seguido á carrera trindida hasta el cercado á su vaca, que llamaba Jaqueline, en recuerdo de una hermana que había tenido, y que se la murió en la infancia. La Jaqueline, sin ser muy astuta, sabía que por donde pasa el agua hay humedad, y que por donde pasan las espigas quedan granos; así, pues, había seguido los senderos que habían recorrido los segadores, lo mismo que si se los hubiesen ensañado de antemano. De este modo, á donde podía ir Cabeza Cuadrada, sino detrás de la compañía de su vida, que compró con el producto de todos sus ahorros, y que

á su vez la mantenía con el producto de su leche?

Ya en el ocaso de la vida, si podemos espresarnos así al hablar de las que nunca tuvieron aurora, Cabeza Cuadrada no había podido hallar un marido, y no porque no fuese laboriosa, honrada, sobria y robusta como un animal, como decían en la comarca, sino porque pasaba, y con razon, por la muchacha mas fea que se encontraba en tres leguas á la redonda. Completamente desfigurada por las viruelas, aunque conservaba muy bien guardada su certificación de vacuna, era ademas tuerta, sorda, y el gesto que hacía cuando quería reír se habla vuelto proverbial:

—No te rías como Cabeza Cuadrada, decían las madres á sus niños cuando torcían los ojos, y abriendo una ancha boca, se disponían á gritar desafortunadamente reuniendo para ello sus fuerzas y su aliento. Para colmo de desgracia, la fea criatura era huérfana y pobre. Educada por una anciana tía devota, activa y buena, pero seca á imperiosa y que no economizaba los bofetones como medio de educación, Cabeza Cuadrada se quedó sola, y enteramente aislada cuando su tía se murió, dejándole por toda herencia una pequeña choza y un armario bastante bien repleto de ropa blanca, acompañado todo ello de su bendición. Se quedó sin tener quien la riera por la mañana, sin nadie á quien cuidar cuando volvía del campo, sin nadie á quien amar, en una palabra. Triste fué desde entonces su existencia. La pobre solitaria trabajó tanto y tan bien, supo economizar tan cuidadosamente lo que ganaba, que logró al fin reunir lo suficiente para comprar una vaquilla en la cual se concentraron desde entonces todos sus pensamientos, sus placeres, y sus mas queridas afecciones. Semejante á aquella mujer de la antigüedad que, llevando sobre sus hombros el mismo becerro todos los días, había visto aumentar sus fuerzas á proporción que el animal crecía, concluyendo al fin por llevar un toro, Cabeza Cuadrada habría podido levantar á peso la enorme vaca que en otro tiempo se trajo de la feria á su casa, á ocho millas de su cabaña. Día glorioso fué aquel en que Cabeza Cuadrada instaló en el mejor de sus dos cuartos al tierno animal, sin que sus blandos pies tropezaran con las piedras del camino, y sin que el fango de los pantanos hubiese ensuciado el sesoso y reluciente pelo, que su nueva dueña le había cuidadosamente lavado y enjugado.

—Estáte quieta ahí, hija mía! dijo Cabeza Cuadrada cuando llegando junto á la pared, oyó un quejido del otro lado. Para animarla á que obedeciera se apresuró á echar al animal un buen puñado de yerba recogida de prisa y corriendo, y después penetró en la pradera por el mismo agujero que había dado paso al borracho.

El estado en que se hallaba Lismore comovió profundamente á la pobre muchacha. Su limitada inteligencia, sus fuerzas corporales, y su ciega actividad, todo se multiplicó en ella, bajo la influencia de su caritativo corazón. La única cama de su choza fue para Miguel, ella no se volvió á acostar más que al lado de su vaca, y eso cuando pudo economizar una hora de reposo. Velaba toda la noche después de haber trabajado todo el día, porque no quería que le faltase nada á su enfermo! Hasta la misma Jaqueline estaba descuidada; sin embargo su leche, y los asiduos cuidados de Cabeza Cuadrada hicieron mas por el restablecimiento de Lismore, que las medicinas del veterinario de la aldea. Por fin, el albañil, habiendo sanado, merced á su enfermera, creyó deber recompensarla casándose con ella, y cargándola con el peso de los días que ella le había conservado.

Único fruto de esta union tardía, Maria vino al mundo para consuelo de su pobre madre. En efecto, Lismore tenía

ménos fuerzas que antes para seguir entregado á sus costumbres, pero si ya no hallaba la alegría en el fondo del vaso, encontraba la cílera y el mal humor. Aunque su mujer pareciese mas jóven que él, por fea que fuese, en atención á que el tiempo y el trabajo no gastan tanto como la Intemperancia, bien luego Miguel le echó en cara su fealdad y luego sus achaques. El que sabe soportar, sabe vivir, y Cabeza Cuadrada, por simple é ignorante que fuese, había hecho un laborioso aprendizaje de esta difícil ciencia; volvía del lado de la amenaza el ojo que no veía, y del de la injusticia el oído que era sordo.

Afortunada criatura! Su suerte le pareció digna de envidia, en cuanto tuvo un objeto mas que proteger y que cuidar. Maria era tan bonita! Ninguna de sus piéus gracias, ninguna de sus encantadoras sonrisas pasaba desapercibida para su madre. Qué placer tan grande experimentaba, cuando sentía que se agarraba con su bonita mano á su delantal, y cuando oía los primeros sonidos de su voz argentina!

Aquella, á quien jamás habían dirijido una palabra lisonjera, ni una sonrisa de aprobación, recibía las mas dulces miradas de aquellos hermosos ojos húmedos resplandecientes ya de inteligencia y de sentimiento, los dulces besos de aquella boquita fresca como una cereza, y los cariñosos apretones de aquellos brazos que arañaban para ella sola, porque Maria había visto á su madre trabajar, soportarlo todo y quererla mucho, en tanto que su padre fumaba, bebía y era mal hablado.

No hay para que decir que Peggy no consintió jamás en que las delicadas y rosadas manos de su querida niña se endureciesen en trabajos groseros. Ella lo bañaba todo. El amor maternal y su alegría habían renovado sus fuerzas, y ya no sentía el cansancio que gastaba su vida, ni hacia caso de las injurias de Miguel, aunque á veces iban seguidas de algunos golpes. A pesar de que trabajaba en la granja y en el campo, acompañaba también á su marido para ayudarle á trabajar en los campos, cuando Miguel estaba de humor para tomar el azadón á la pica.

—El pobre está indefenso, decía Cabeza Cuadrada, haciendo inauditos esfuerzos para arrancar á su marido á sus compañeros de botella, y esta era la queja mas enérgica que pronunció jamás contra su marido.

La ciega ternura que Cabeza Cuadrada profesaba á Maria había podido cambiar á esta amable y cariñosa niña en una joven coqueta y egoísta; pero Maria miró á su belleza la bondad, y la sencillez de corazón que en tan alto grado poseía su madre. El ejemplo de aquella vida laboriosa y resignada, era una lección de todas las horas, una exhortación continua y elocuente. Bien luego la jóven, tratándose de ser útil, se hizo la costurera del cantón. Los éstas de su madre á cada nuevo esfuerzo, á cada nueva prueba de inteligencia, fueron lo suficiente para animarla.

Maria creía desde por la mañana hasta por la noche, sin que ninguna distracción interrumpiese el monótono empleo de sus horas. Al revés de las artes liberales, cuyos principios son siempre escabrosos para el que aprende, las artes mecánicas se pueden emprender facilmente, aunque después llega siempre el cansancio, á causa de su uniformidad continuada. Entonces, para engañar el fastidio de un trabajo sin pensamientos, una cabeza jóven se entrega á las ilusiones; á los sueños, á los proyectos imposibles: entonces esperanzas mentirosas rodean con lúcentes aureolas lo que no existe, ni puede existir, reflejando en los fastidiosos detalles de la vida real, una pálida luz que en vez de alumbrarla la exajerá. De este modo Rosa la costurera, había sufrido del

pais en alas de su esperanza, yendo á aumentar las filas de las desgraciadas que con una cesta de naranjas en el brazo, atraviesan por la noche las calles de Londres y mueren en la miseria, y lo que es peor aun, en el envilecimiento. Otras tambien de sueño en sueño, habian concluido por realizar sus esperanzas, pero María conservaba siempre su dulce serenidad: cómo podía ver aquella triste cabana habitada por un borracho y por una pobre enferma, alumbrada de un estúpido rayo? Se dice quiza veces las hadas, cuando las llaman al bautismo de un niño, dotan al recién nacido de un encanto para que le salgan bien todas las cosas: si las jóvenes de la verde trianda pasan largas horas pensando en el adorno que llevarán al baile, ó en el hermoso mozo cuyos ojos contemplarán su belleza; las matronas con una mezcla de miedo y de placer, sueñan en el *buen marido* y en las *buenas juntas* como ellas dicen, que habitan en el reino de las quimeras; y visitan de cuando en cuando á los amigos de los brocados, de lo maravilloso, de lo desconocido, de lo que no podemos ver, ni explicar, y cuyo deseo mira en nosotros y capta nosotros.

Si en el mundo ninguna hada había dotado á María en la vida, ningún protector misterioso tubo vueltas en torno del castillo de su labor. Ni aun la misma imagen del joven noble, que pasaba con tanta frecuencia á caballo por debajo de su ventana, á pesar de que el sendero era muy malo, y no conducía sino á la granja cercana, turbaba sus sosegados pensamientos. Sin embargo, como toda naturaleza completa, tenía esa viveza de imaginación, esa superabundancia de ideas, gozo y tormento de la juventud. A pesar de lo simple y limitado que era, Cabeza Cuadrada había sabido dar á María un talisman contra las ilusiones, contra las quiméricas esperanzas que conducen al abismo, apalmando la claridad toda del camino, herido siempre, en que nos ha colocado el Señor en este mundo.

— Cuando no sepas en qué pensar, tesoro mío, decía Peggy á su hija, reza tus oraciones; ya verás que consuelo tan grande, hija mía.

María la había obedecido, y ya desde muy pequeña, rezaba lo mismo que su madre. Diríase que las palabras que se repiten á menudo, forman como un canal, por el que el pensamiento se mueve, ó se purifica. En tanto que Miguel, siempre atestado de vino, no dejaba su pipa, sino para lanzar imprecaciones, que le encolerizaban á medida que las profecía, y que atizaba al soplo de sus palabras y de sus juramentos, la violencia de sus brutales pasiones, su madre, repetía sin cesar: «Perdonanos, como nosotros perdonamos» y el apacible sosiego de la plegaria, se esparcía en sus vidas.

Lo mas dulce que hay en la tierra es amar, bendecir, y resignarse. Atérrese al deber como otros se acogen á la esperanza, fué el medio que adoptó María para elevarse á otra atmósfera mas alta y sosegada, y los encantos que otras habían en las fantasías ella supo descubrirlos en la realidad. Tantos veces había reflexionado y hágase su voluntad así en la tierra como en el cielo, que había acabado por sentir un consuelo inefable, y el dolor que carece de sentido para un corazón ciego, tomó uno y muy claro para aquel alma dispuesta de ese modo.

Cuando arrodillada junto á aquella que había sido el primero y mas tierno cariño de su vida, María recibió su bendición postrera; cuando vió la expresión de una inmutable serenidad que se extendía sobre la pálida fisonomía de su madre, estas palabras tan á menudo repetidas «bendita tu eres entre todas las mujeres», resonaron en el fondo de su cora-

zon. Entonces las lágrimas de la piadosa joven corrieron por sus mejillas sin amargura. Por ventura, los recuerdos y las oraciones no unen lo pasado con el presente, y el presente con el porvenir? Ah! Solo están muertos de veras aquellos á quienes olvidamos. Ahora cuando María repetía «Venganos el tu reino» veía á su madre transformada que le albría el reino adonde no se sube sino de virtudes en virtudes, y cuya felicidad y gloria se resasumen en una sola palabra que todos comprenden, aunque nadie puede explicar: la perfección!

Ningun trastorno hubo en la pobre choza cuando hubo muerto la pobre anciana. Los pensamientos siguieron cambiando en acciones, y en virtudes los sueños. La influencia de una larga paciencia y de una inalterable dulzura, acabaron por ablandar el carácter de Miguel, que permaneció mucho mas que antes en su casa, bebía menos, y aun á veces decía:

— Hay que confiar que si el vino alegre en la taberna, la mujer constituye la paz y la alegría de la casa, lo que es mucho mas duradero.

## EL NIDO DE GIGÜENAS.

por  
ELIAS HERTHET.

(Viene las páginas 5, 11, 21, 26, 34, 45 y 53.)

— Explicación.

— Vais á decir que soy muy atrevido y pronto en mis resoluciones, repuso el sumiller en tono caustico; pero las circunstancias lo exigen así; mi deseo de complaceros persiguió una precipitación...

— Enrique hizo un ademán de impaciencia y de colera.

— Mi resolución ha sido tan súbita... pero en fin no quiero abusar de vuestra paciencia!... Baron, soy joven todavía, miradme bien. Ademas soy rico, y la confianza de mi soberano el príncipe de Hohenzollern, me promete un brillante porvenir. En este momento me hallo encajado de una misión importantísima para mi angusto soberano, y gracias á un encuentro que he tenido aquí la noche última, saldó adelante con mi empeño; mi recompensa será buena; me nombrarán diputado en la dieta, ministro quizá... En cualquier caso, mi mujer, si llega á casarse, estará en la primera categoría en Hohenzollern, y una joven de ilustre nacimiento no se sentirá jamás de haberme acordado su mano.

Al llegar aquí se detuvo para juzgar el efecto que producian sus palabras, el mayor estaba pensativo, lo que al sumiller le pareció de buen agüero.

— Conozco demasiado vuestra delicadeza, repuso con afectada suntuosidad, para atreverme á proponeros nada que se parezca á una resolución; pero las cosas se arreglan tan fácilmente entre hermanos!

El mayor no respondía. Blitter, aleatado con su silencio, se decidió á explicarse con mas claridad.

— Vuestra hermana es encantadora, continuó, y estoy seguro de que haria un gran papel en Hohenzollern que carece de mujeres jóvenes y bonitas... He quedado prendado de ella á primera vista, como en las novelas y los madrigales... y así pues, si no estuviere animada de injustas preveniciones contra mí...

Enrique de Steinberg le apretó el brazo con suma ternura.

— Entiendo, entiendo, le dijo bruscamente; y porqué no?... sois noble, no es verdad?

— Nadie ha puesto nunca en duda ese título que poseo.

— Baso, caballero Ritter, acepto.

— Cómo! Sin consultar á la que...

— Ya está acostumbrada á obedecerme, ademas, pronto saldéis de dudas.

Y dicho esto llamó, dando una voz, á Whitelemina.

### XIII.

La joven que estaba pensando en aquel momento cómo descubriría el baron el secreto de su amor á Frantz, se levantó estremeciéndose.

— Cómo! murmuró el sumiller, en mi presencia... y sin advertirla...

— Dejadme en paz, interrumpió bruscamente el baron; mi hermano no es una de esas muñecas de corte, sino una sencilla criatura educada en el campo, á quien hablo siempre con la franqueza que acostumbrar á usar los militares... Le dire redundantemente de lo que se trata, y veréis como me responde en el mismo tono. Whitelemina, hace un instante parecíais dispuesta á aceptar un marido á fin de tener un protector mas cuidadoso que yo mismo... El caballero Ritter acaba de pedirme vuestra mano.

El sumiller se inclinó hasta el suelo.

— Cómo! exclamó la joven palideciendo.

— Señoría, repuso Ritter, no soy yo quien ha elegido las circunstancias de esta presentación que desearía que me hubiese verificado de otro modo... pero podéis creer que mi profundo respeto...

— Al diablo! interrumpió el mayor, dejad esa jerguza de cortesano, y hablada sin rodeos. Whitelemina, no necesito decirlo lo importante que es para los dos vuestra resolución, he cometido grandes faltas, y podéis ayudarme á repararlas. El caballero Ritter se encuentra animado de las intenciones mas generosas...

— Un jugador! balbuceó la joven espantada y sin saber apenas lo que se decía!

— Teméis que disipe vuestra dote? exclamó Enrique con sonrisa amarga pero tranquilizosa, Whitelemina, el caballero Ritter juega por casualidad, y nada mas... es un hombre prudente y sereno, y no está sujeto como yo á la fiebre de la exaltación que tiene ciertos accesos. Cast por fuerza tuve que obligarle á jugar la noche de mi ruina... No temáis nada, es digo, porque nunca aventuraré sobre una carta la posesión de este viejo castillo, que por miserable que sea, puede constituir aun mi orgullo y mi alegría... Ademas los derechos de Ritter sobre el Steinberg me preservarán para lo sucesivo de la horrible tentación á que una vez he succumbido. Lo comprendéis, hermana mía? De vos depende el honor y la existencia de mi familia... Si, si, es preciso: soy vuestro protector natural, vuestro dueño... y me obedeceréis, porque así lo quiero.

El sumiller no decía una palabra, porque nada podía producir mas efecto sobre la joven que las instancias y las órdenes de su hermano. Whitelemina con los ojos bañados en lágrimas manifestaba una agitación extrema.

— No, Enrique, exclamó, no me podéis eso... es imposible.

— Imposible! Y porqué... No me dijisteis antes que os hallabais dispuesta á aceptar un marido?

— Es cierto, pero... Oh! hermano mío, no os encolericéis, no me atrevezais... Mi elección está hecha!

— Algun amorcillo de aldeas, replicó el mayor desdenosamente, y creéis que en tan graves circunstancias nos paremos en esas niñerías?

— Hermano, esa niñería, es mas seria de lo que pensais... no puedo dar mi mano á este caballero... porque pertenece á otro...

— Qué queréis decir?

— Estoy... lo diré aun cuando deliráis matarme, estoy casada!

Y la pobre joven, aniquilada por el esfuerzo que había hecho, cayó moribunda en una silla.

Las piedras de las ruinas del Steinberg que se hubieran levantado para volverse á poner en el puesto que ocupaban tres siglos antes, no habrían causado al mayor una sorpresa mas profunda que estas dos palabras «Estoy casada» saliendo de la boca de Whitelemina. Un momento permaneció como petrificado; luego volviéndose hacia el sumiller, alzó también con aquella revelación inesperada, le dijo con aire de tristeza:

— Habiéis oido? Ha perdido la razon la pobre criatura á consecuencia de las desgracias que han caido sobre nuestra casa... ¡Delira!...

— Señor mayor, repuso el caballero Ritter, menecando la cabeza; mas bien me parece que...

— Casada! exclamó el baron con voz de trueno. Qué se atrevera á sostener semejante mentira?... Casada sin mi consentimiento, sin el permiso de su tutor, de su hermano, del jefe de su familia... Qué sacerdote habría podido consagrar tal unión? Quiénes podrían haber sido los padrinos? Y cómo los fieles criados que estan aquí, no me hubieran escrito esta monstruosidad?... Pero me da vergüenza hablar seriamente de esto tontería... Casada! Y donde ha podido ver á un hombre en esta soledad? Quién habría podido aspirar á su mano, y decidirla á desafiar mi justa colera?... Vaya, vaya, esta es una disculpa muy graciosa, que me hace saltar la carcajada.

Y en efecto se oyó salir por los labios del baron una risa convulsiva. Whitelemina se levantó, había recobrado un poco de animo, y un ligero encarnado había vuelto á aparecer en sus mejillas.

— Hermano mío, repuso, os he dicho la verdad... y me seria imposible explicaros cómo he tenido valor para desafiar vuestra colera. Lo único que sé es que mi voluntad ya no me pertenece: podría mandar y me considero muy feliz obedeciéndolo... pero estoy casada, os lo juro, estoy casada!

Mi sentimientos contrarios fermentaban en el corazón del impetuoso Enrique; sin embargo, trataba de contenerse energicamente. Al cabo dijo con un acento de amarga ironía: — El hecho, hermana mía, es tan curioso que necesita alguna explicación. Estoy sereno, ya lo veis... os suplico que me contéis vuestra bonita historia, y os aseguro que, como yo, el caballero Ritter experimentará mucho placer de oírla.

Whitelemina espuso rápidamente y con acento trémulo las circunstancias de su unión con Frantz y su matrimonio secreto. Mientras hablaba, la varonil fisonomía del mayor reflejaba las pasiones mas violentas; su robusta organización se estremecía de rabia.

— Pero cómo se llama ese hombre? interrumpió con fuerza; no me habeis dicho todavía cuál es su nombre, ni la categoría á que pertenece.

— Se llama Frantz, hermano mío, dijo Whitelemina con una sencillez que era sublime en presencia de la irritación del mayor; no sé otra cosa de él sino que es hermoso, valiente y generoso, y que me amo!

— Miserable criatura! exclamó el mayor con el paraisismo de la colera alzando la mano sobre ella, te atreves á dolojarle en mi presencia...

— Hermoso mio, replicó la joven con una angélica dulzura sin asustarse con aquella amenaza, no sería mas culpable, si no le amase? El mayor dejó caer su mano.

— Que puedo esperar de ella? dijo con acento sordo, y continuando de nuevo su paso: no debo cifrar en ella mi venganza!... pero el otro... el otro, que es valiente y fuerte,

en dónde está? Quiero ver á ese hombre, á ese seductor de los infiernos, para pedirle cuenta de esta execrable intriga!

— Aquí está, mayor de Steinberg, dijo una voz grave y sonora junto á la puerta, aquí está dispuesto á responder de todos sus actos, y de todas sus faltas si es culpable.

(Se continuará.)

LA MEZQUITA KESMAS-EL-BARADEYEH, EN EL CAIRO.



Patio interior de la mezquita Kesmas-el-Baradeyeh.—Dibujo de Kari GUARDAT.

Esta mezquita se halla situada en la calle Derb el Ahmar, que desemboca en la plaza de la ciudadela.

Un ancho corredor, sostenido por arcos morunos, reina al rededor de todo el patio. Allí se pasean lenta y gravemente los mahometanos absortos en sus piadosas meditaciones. Muchas puertas que salen á ese corredor comunican con el interior de la sala grande de la mezquita, situada bajo la cúpula.

En el patio se ve un pabellon sostenido por unas columnas, destinado á proteger una fuente cuya agua fresca y pura se emplea para las abluciones que debe hacer todo

verdadero creyente, cuando va una vez al dia, regularmente á las doce, á orar á la mezquita.

La fuente de que acabamos de hablar, se halla bajo las ramas de un sicómoro secular, que sería una curiosidad en nuestros países; pero árboles como ese no son raros en Egipto donde se respeta la ancianidad por todas partes. Nunca los cortan, sino cuando están secos, sobre todo cuando tienen sus raíces en un lugar sagrado, y lo que les hace mas respetables todavia son los nidos de palomas y cigüeñas que tienen ocultos en sus ramas.

EL CASOBAR DE LA NUEVA HOLANDA.



Museo de Historia natural de Paris.—El casobar de la Nueva Holanda.—Dibujo de Freeman.

El nombre de casobar está aquí alisamente aplicado, pues aunque el ave que se ve en nuestro dibujo tiene ciertas analogías exteriores con el casobar verdadero, difiere de él sin embargo en caracteres zoológicos esenciales; su cabeza no se halla coronada del casco de hueso que tiene el de la India; su pico tambien es diferente, su estatura mas alta, y por

último, su patria no es la misma, porque no se halla como el precedente en las islas del Archipiélago indio, sino que habita, como lo indica su nombre de especie, en la Nueva Holanda, donde se le encuentra particularmente en Botany-Bay y en Port-Jackson.

Las analogías de forma exterior entre este casobar y el de la India, son principalmente las siguientes: tiene la altura y el porte del avestrux de América; sus dedos son tres; su cabeza se halla ligeramente cubierta de plumas un poco erizadas, que siendo bastante claras por el pecho, permiten que se distinga el color azulado y a veces purpúreo de su piel; su pico es negro, y sus alas extremadamente cortas, mucho más que las del casobar de la India; sus plumas son oscuras y cenicientas, y forman casi por todo el cuerpo largas listas ó rayas interrumpidas, rizadas en el mismo sentido. Los pequeños se hallan cubiertos de una especie de plumon rayado longitudinalmente de pardo y blanco ceniciento.

Este casobar se alimenta con frutas y yerba tierna; dicen que en los sitios donde vive naturalmente, es muy feroz, y corre más que un galgo.

En el día, la especie vive más allá de las montañas, habiendo desaparecido de las localidades en donde antes existía en abundancia. Por eso se compran á un precio muy subido en las colecciones públicas los que se han podido conservar vivos. Es hermosa pareja que posee el Jardín de las Plantas de París esta la sorpresa de cuantos visitan este hermoso establecimiento.

## EL NIDO DE GIGUENAS.

por

ELIAS BERTHET.

(Véase las págs. 5, 14, 21, 26, 31, 45, 53 y 62.)

—Aquí está, mayor de Steinberg, dijo una voz grave y sonora junto á la puerta; aquí está dispuesto á responder de todos sus actos, y de todas sus faltas si es culpable.

Y al mismo tiempo Frantz se precipitó en el aposento, seguido de sus dos amigos Alberto y Sigismundo.

Whillemina al verle lanzó un grito, y se arrojó hacia él para defenderle de su temible hermano. Pero Frantz la miró melancólicamente sonriendo, y separándola con mano suave, se adelantó solo hacia el mayor.

Esté había mostrado al pronto alguna sorpresa cuando vio la súbita llegada de aquellas tres personas desconocidas; pero bien luego se cambió en una ardiente curiosidad este sentimiento.

Púsose en frente de Frantz fijando en él esa terrible mirada cuya energía pocas personas podían soportar.

En aquel momento sus pupilas lanzaban rayos de fuego; las aberturas de su nariz parecían hincharse como las del caballo de batalla que va á entrar en la pelea y su tostado rostro se veía surcado de anebas y profundas arrugas.

Con su atlética estatura y en aquella actitud provocadora, personificaba el vigor físico y las pasiones brutales, en tanto que Frantz delgado y pálido, hermoso y risueño, reproducía el tipo más poético de la energía moral.

El baron le examinó cerca de un minuto en silencio, tan grande era el efecto de la cólera en aquella podrosanaturaleza, que le impedía el decir una palabra.

—¿Sois vos? balbuceó al fin; sois...

—Soy el esposo de Whillemina, replicó Frantz con acento digno y sereno: baron de Steinberg, soy vuestro hermano.

El mayor saltó hacia atrás dos pasos.

— Mi espada! exclamó con voz ronca: en dónde está mi espada?

### XIV.

Frantz se quedó tan sereno como antes con esta demostración amenazadora.

— Dejad vuestra espada, señor mayor, repuso con un ademán lleno de nobleza; antes de hacer uso de ella, creo que un hombre de corazón debe escuchar el lenguaje de la razón y de la verdad... Os suplico que me oigais un momento.

— Yo, hablar fríamente del deshonor de mi familia! exclamó el baron arrebatado; yo, discutir con un aventurero desconocido!... Y porqué no dijo interrumpiéndose á sí mismo con esfuerzo, quiero, y debo escucharle... Moderaré un instante mi indignación, uno solo, y después... Pero, quien son esos? continuó volviendo sus feroces ojos hacia Alberto y Sigismundo: porqué han venido aquí? qué quieren?

Los dos jóvenes indignados con este lenguaje iban á responder en el mismo tono, cuando Frantz les impuso silencio por medio de un ademán suplicante.

— Señor mayor, repuso éste, yo soy quien tengo que explicar la presencia de mis dos amigos en el Steinberg... Ambos han sido mis padrinos en la ceremonia de mi matrimonio que tuvo lugar ayer de noche en la iglesia católica de Seltsbach, á algunas millas de aquí... y como los dos han firmado el contrato, he creído que debía traerlos aquí para afirmarlos un hecho que puede pareceros extraño.

— Extraño y muy extraño! repuso el baron con amargura; pero no podréis mostrarme ese dichoso contrato...

— No puedo hacerlo sin revelaros un secreto que quisiera tener oculto al mundo entero; el sacerdote que ha bendecido nuestra unión ha salido ya de esta comarca, por su seguridad y mi reposo... De este modo os suplico que os contentéis con mi palabra y la de mis amigos.

El mayor permaneció un momento sin responder; los esfuerzos que hacía para moderarse, le quitaban el uso de la palabra.

— Y es eso todo lo que tenéis que decirme? murmuró con acento cortado.

— Tengo que deciros, mayor, que ni esa pobre Whillemina ni yo merecemos vuestro desprecio y odio, y que nos bien tenemos derecho á vuestra indulgencia. Esto no ha sido premeditado; ambos hemos seguido el irresistible impulso de nuestros corazones... Viendo á Whillemina como abandonada en esta soledad, apenas supe que tenía un hermano de quien dependía, y quise poderme llamar su protector, su apoyo... Ahora, os suplico humildemente que, como jefe que sois de la familia, ratifiquéis una unión quizá algún tanto precipitada; permitidme que haga cuanto esté en mi mano para asegurar la felicidad de Whillemina...

En la modesta oscuridad en que nos proponemos vivir juntos, podremos existir con los recursos con que cuento; no nos falta más que vuestro perdón y vuestra benevolencia. Mayor de Steinberg, me humillo en vuestra presencia tanto como se puede humillar un hombre de honor delante de otro á quien ha ofendido gravemente. Perdonad á Whillemina, perdonadnos.

Esta mezcla de dignidad y de dulzura habria producido un gran efecto en un hombre de un carácter menos rí-

dente y altanero que el baron de Steinberg, pero en tanto que Frantz hablaba, aquel fruncía las cejas y se mordía sus poblados bigotes con un aire de sombría impaciencia.

— Está muy bien, repuso con la misma sonrisa, ahora no me queda más que entregar á mi hermana, á una hija de la antigua casa de los Steinberg, al señor estudiante Frantz, para que se la lleve á donde quiera, desahogado toda clase de prosperidades... No es eso lo que me pedís no es eso lo que quiere esa desahogada criatura?...

— No insultéis á Whillemina! exclamó Frantz con presteza; mayor de Steinberg, me he puesto á vuestra discreción, he consentido en rebajarme en vuestra presencia, pero respetad á esa angelica criatura, porque sabré defenderla, hasta contra su hermano.

— Sin duda en virtud del derecho que os da ese hermoso matrimonio, no es cierto, señor estudiante?

— No sé, señor baron, si es contestable ese matrimonio á los ojos de los hombres, pero es un lazo muy real y verdadero á los ojos de Dios, á los de Whillemina y á los míos, y esto basta. En cuanto á vos...

— Frantz, exclamó Whillemina interrumpiéndole, no discutais con mi hermano, se indignaría, no nos perdonaría ya, y desear tanto que nos perdoné... Enrique, continúo con acento suplicante, no seáis implacable! Reflexionad en el funesto abandono en que me habeis tenido; si soy culpable, no os cabe también á vos una parte en mi culpa? Estaba sin apoyo; la soledad, la tristeza, me hacían insupportable la vida; parecéis haberme olvidado enteramente.

El mayor se levantó dando un brinco.

— Ois lo que está diciendo? exclamó pegando una patada en el suelo. Ahora quiere echarme la culpa de todo lo que ha pasado. Por el alma de mis antepasados, soy yo causa de que se haya entregado al primer estudiante vagabundo que ha venido á mendigar á la puerta del Steinberg?

— Mendigar! exclamó Frantz; mayor de Steinberg, comprendo vuestra justa cólera, pero me sería imposible sufrir mas tiempo el ser tratado de un modo semejante... La sangre que corre en mis venas es tan ardiente y tiera como la vuestra, y mi nombre...

Mas al llegar aquí se detuvo de súbito.

— Véamos ese nombre, exclamó el mayor, nos le diréis al fin?

Frantz guardó silencio.

— Mi querido baron, dijo el caballero Ritter levantándose, me causa compasión el apuro en que os veo... Aunque forastero en estos lugares, sé el nombre de ese joven, y siento mucho deciros que no es nada brillante.

— No me conocéis á mí? murmuró Frantz con inquietud.

— Os engañais. Vuestro amigo que está ahí detrás, me ha dicho ayer noche vuestros nombres y títulos!... Pero en fin no sois el primer artesano que ha querido pasar por noble!

— Así pues...

— Se llama Frantz Stoppels... y es hijo, según me han dicho, de un tonelero de Heidsberg.

Las mejillas del mayor tomaron una tinta livida con esta revelación. Hasta la misma Whillemina se estremeció; pero Alberto Schwartz exclamó con su aturdimiento ordinario:

— Quien ha dicho que Frantz era hijo de...

— Silencio! interrumpió Sigismundo.

— Me habrán engañado acaso? preguntó el sumiller en tono cautioso.

— No os he engañado, respondió Sigismundo con firmeza. Frantz es el mismo que os he dicho, y estoy seguro, añadió

echando una mirada significativa al esposo de Whillemina que no querrá ocultar por mas tiempo la verdad.

— En efecto, dijo Frantz, con una voz casi ininteligible, un necio amor propio, el temor de que me despreciara Whillemina...

— Su familia es muy conocida en Heidelberg, repuso Sigismundo, y ese atollonado de Alberto, acompañado con acento severo, debe conocerla tambien... Pero sin duda ha olvidado « que debe estar alerta siempre, porque nadie sabe cuando vendrán el día y la hora. »

— Estas sacramentales palabras obraron sobre Schwartz su efecto ordinario.

— Si, sí, Sigismundo tiene razon... olvidaba en efecto... El padre de Frantz es el que hizo este verano un tonel esculpido para el gran duque y...

Muller le impuso silencio con un ademán imperioso, y Alberto se retiró al otro extremo del cuarto murmurando:

— Otra prueba... otra prueba... Nunca podré saber lo que tiene que ver la sociedad con todo esto.

Sin embargo Frantz observaba con una ansiedad singular los movimientos de Whillemina, que al saber la baja estraccion de su esposo, habia mostrado una especie de consternación; acaso se habia despertado un instante en el fondo de su corazón el orgullo aristocrático, tan poderoso en la nobleza alemana, pero sin embargo, este sentimiento pasó tan rápido como un relámpago. Después de haber pagado este tributo á la naturaleza humana, la heroica joven alzó sobre Frantz sus ojos llenos de ternura.

— Frantz, porqué me habeis ocultado vuestro oscuro origen? le dijo con melancolía. Vuestro amor me enorgullece tanto como si hubiérais nacido en las gradas del trono.

El rostro de Frantz resplandeció con una felicidad suprema.

— Ahora estoy seguro de que me prefiere al universo entero! exclamó con entusiasmo: me sacrifica hasta el orgullo de su raza.

Whillemina iba á responder, cuando el mayor, cruzando sus brazos sobre el pecho, dijo con voz atronadora:

— Por todos los demonios del infierno, no veis que estáis abusando de mi paciencia? Basta ya: he estado sosegado y prudente, y ahora que os he oido á los dos, voy á juzgaros.

### XV.

Un profundo silencio reinó en el cuarto abovedado; el mayor se recojió un instante para dar mas solemnidad á sus palabras.

— Whillemina de Steinberg, hermana deshonrada, hija culpable de muchas generaciones de héroes, voy á llevaros á un convento, y de los mas severos, de donde no volveréis á salir jamás!

— No consentiré que me separen de ella! exclamó Frantz con energía, no lo consentiré en tanto que me quede un solo pedo de vida.

— En cuanto á vos, miserable aventurero, continuó el baron con un acento de rabia mezclada de ironía, no en vano habeis invocado ese título de *hermano* que os habeis dado de mote propio... Sois estudiante, sabéis manejar una espada, no batiremos á muerte.

Whillemina lanzó un grito desgarrador.

— Enrique! hermano mío! exclamó con espanto; recalza sobre mí sola vuestra cólera, pero por piedad, no os arméis



el uno contra el otro... Oh! Dios mío! Dios mío! Esto es lo que temía! Enrique, eso sería un crimen! Y vos, Frantz, acordáis de vuestra promesa, de vuestro juramento!

— Me acordó muy bien, Willemina, dijo el estudiante con mucha calma; vuestro hermano podrá matarme, que jamás dirigiré contra él la punta de mi espada.

— Oh! gracias, Frantz; sois tan prudente como generoso.

— Qué quiere decir eso? exclamó el mayor apretando los dientes; el miserable hijo del tonclero de Heideberg rehusaría el honor de matarse con el barón de Steinberg?

— Señor barón, el hijo de un pobre artesano, siendo honrado y leal, sería un adversario demasiado elevado todavía para un barón orgulloso que ha jugado el nombre y la herencia de sus padres!

Steinberg saltó sobre su espada y la sacó de la vaina; Willemina se agarró á sus vestidos arrojando gemidos penitentes.

Ritter y Schwartz hablaban á la vez, pero sin acercarse, como si la vista de la espada les hubiese helado de espanto. Solo Frantz permanecía inmóvil en frente del mayor.

— Podéis matarme, dijo con firmeza, pero no me defenderé contra vuestro ataque.

En el mismo instante, Sigismundo se había lanzado hácia uno de los trofeos que adornaban el cuarto, y se había apoderado de una daga de forma antigua.

— A mí, señor de Steinberg, dijo alzando su arma; mi amigo Frantz no puede batirse por muchas razones; yo soy el que os pido cuenta de vuestras insolencias.

— Os desafío á todos, exclamó el barón arrastrando siempre en pos de sí á la desgraciada Willemina.

Pero Frantz viendo las intenciones de su noble amigo, salió de repente de su inmovilidad, y corriendo á él trató de desarmarle.

— No, Sigismundo, le dijo, no harás tú lo que yo mismo no podría hacer... El barón de Steinberg es sagrado para mí y para mis amigos... se lo he jurado á Willemina, y sabré cumplir mi juramento.

— Frantz, has sido insultado por ese hombre; sería indigno de ti...

— Sería indigno de mí que otro se batiese en mi lugar... Sigismundo, en nombre de nuestra antigua amistad, estate imposible como yo.

Y al decir esto le arrancó la daga.

En ese mismo instante el barón acababa de desembarazarse de su hermana, que, pálida, con los vestidos en desorden, y sueltas los cabellos, se arrastraba por el suelo á sus pies. Viendo á Frantz con el arma en la mano exclamó con un grito feroz:

— Ah! el cabo mudas de parecer!... Defiéndete, infame aventurero... Y vosotros, continuó dirigiéndose á los asistentes, quitadme de delante á esta mujer.

Frantz viendo venir al barón con su espada desnuda, levantó con presteza su arma por un movimiento maquinal, como un hombre que se pone en guardia; pero casi al instante su determinación se hizo superior á su cólera. Entonces dejó caer la daga, y poniendo el pie encima, á fin de que nadie pudiese apoderarse de ella, exclamó con fuerza:

— Barón de Steinberg, nunca me obligaréis á batirme.

— Pues entonces, respondió el mayor en el colmo ya del frenesí y de la ira, si no quieres batirme como un valiente, muere como un perro.

Y al decir esto le tiró una fuerte estocada, pero Willemina se puso delante rápidamente, y en el mismo instante cayó ensangrentada á los pies de su hermano

Hubo un momento de estupor; el barón, inmóvil, contemplaba con ojos fijos la sangre que se escapaba del pecho de la joven. Schwartz, Ritter y Sigismundo se acercaron á ella temblando; nadie decía una palabra, y este lúgubre silencio aumentaba mas y mas el horror del espectáculo. Frantz estaba como si hubiese recibido el mismo golpe que Willemina; pálido y helado, se hallaba en una situación mas terrible para él que la muerte misma.

La débil voz de la joven fué la primera que se oyó en medio de aquella consternación silenciosa.

— Huid, Frantz, huid! aprovechad de este instante... Si no nos vemos en el mundo, volveremos á encontrarnos en el cielo.

Al sonido de aquella voz querida, Frantz se estremeció; se bajó al suelo, cogió la daga con una presteza extraordinaria, y se lanzó al barón murmurando:

— Vengarla!... vengarla!...

Steinberg se puso en guardia; pero casi en el mismo instante el desgraciado Frantz dejó escapar su arma, sus piernas flaquearon, y sucumbiendo á tan violenta emoción, cayó desmayado al lado de su querida Willemina.

Tal era el frenesí del barón, que, aun viendo caído á su enemigo, quiso traspasarlo con su espada; pero todos los que estaban presentes se arrojaron á él á un tiempo y lograron contenerle y desarmarle. El mayor rugía como una fiera.

Una hora despues de esta catástrofe, Magdalena Reuter yabala sola á la cabecera de la cama de Willemina. La pobre anciana, de rodillas, regaba con sus lágrimas la fría y descolorida mano de la moribunda, y permanecía absorta en su dolor silencioso.

Unas formas blancas pasaban y volvían á pasar por delante de la estrecha ventana que alumbraba el cuarto: eran las cigüeñas que principiaban á construir su nido en lo mas alto de la torre.

Magdalena se levantó silenciosamente.

— Alados protectores de los Steinberg, dijo con acento desconsolado extendiendo su mano sobre la joven casi inanimada; esta es la felicidad que traeis á los últimos vástagos de esta noble familia?

## XVI.

Despues de la terrible catástrofe que tuvo lugar en la torre del Steinberg, Frantz fué llevado por sus amigos á la posada de Zelter, donde, prodigándole pronto socorros, pudo recobrar el uso de sus sentidos, pero un poco despues le entró una fiebre violenta, y durante algunas semanas temieron por su existencia.

En su delirio veía siempre á la vista la ensangrentada imagen de Willemina, hablaba con ella, la prodigaba los nombres mas tiernos, y despues se deshacía en amenazas é imprecaciones contra el mayor, cuya siniestra figura se le aparecía en sus sueños.

De tiempo en tiempo tenia algunos momentos de reposo, pero entonces el recuerdo de la punzante realidad, sus angustias y sus terrores no tardaban en producir recaídas peores que los primeros ataques de la enfermedad.

Sus dos compañeros, Sigismundo sobre todo, le cuidaban con celo y cariño.

Sin embargo, gracias á los esfuerzos de un buen médico que mandaron á llamar á Manheim, la fuerza de la enferme-

dad fué disminuyendo poco á poco, y un mes despues de los acontecimientos que acabamos de relatar, Frantz habia entrado en el periodo de su convalecencia.

Entretanto todo lo que pasaba en la torre se hallaba envuelto en el mas profundo misterio.

Solo se supo por el caballero Ritter, cuando volvió á la posada el mismo día de la catástrofe, que el cirujano que llamó el barón, conservaba alguna esperanza de salvar á Willemina; pero Ritter se fué al siguiente día despues de una conversacion larga y confidencial con Sigismundo, y desde aquel momento no se volvió á tener noticia ninguna del castillo.

El barón se habia encerrado con Willemina, con Magdalena y con su hijo en la torre, y nadie sabia lo que podia pasar detras de aquellos gruesos y sombríos muros.

Sigismundo no ignoraba lo fatal que podia ser para su amigo esta cruel incertidumbre, pero cuantas veces intentó indagar lo que habia sido de la pobre Willemina, otras tantas sus esfuerzos no tuvieron ningun resultado.

Los aldeanos como no tenían la mas mínima noticia de lo ocurrido, viendo el castillo cerrado, creían que la señorita de Steinberg se habia marchado á vivir á otra parte con el barón.

(Se continuará.)

## VELAZQUEZ.



El bacanal ó los Borrachos.

Esta es la primera vez que damos en nuestra publicación un grabado de un cuadro de Velazquez, por cuyo motivo empezamos por algunos apuntes biográficos.

Don Diego Rodríguez de Silva y Velazquez, nació en Sevilla en 1599, y como la mayor parte de los artistas de su tiempo, desde muy niño manifestó un gusto y una inclinación irresistibles por el dibujo y la pintura. Sus padres le enviaron á aprender á la escuela de Herrera, maestro célebre, pero hombre de un carácter terrible; el joven Velazquez no pudo soportar sus tratamientos, y saliendo de su estudio entró en casa de Francisco Pacheco.

Durante algun tiempo siguió los consejos de su nuevo maestro, pero prestó mucha mas atención á la naturaleza, ese gran modelo de toda la escuela española. Las frutas, peces, copias de toda clase de objetos, interiores, caprichos y pai-

sajes que pintó con una franqueza extrema, le hicieron adquirir desde luego cierta reputación. Este fué el principal carácter de su primer estilo, y en este género compuso muchos de sus mejores lienzos, como el *Aguador de Seville*, hoy uno de los mejores adornos del Museo de Madrid, y el *Bacanal ó Cuadro de los Borrachos*, de que hablaremos bien luego.

Velazquez unia á su talento un carácter dulce y afable, y una conducta cristiana, pudiéndole aplicar el dicho con que Cleon pintó al orador, aunque con una ligera modificación: *Vir probus pingendi peritus*. Por esto Pacheco, que era un hombre de mérito, le dió su hija en casamiento.

A la edad de veintitres años, habiendo visto y estudiado algunas composiciones de Luis Tristán, célebre profesor de Toledo, Velazquez adoptó un estilo que, sin estar exento de

franqueza, fué sin embargo mas suave y armonioso que el primero. El deseo de ver y de estudiar las colecciones de Madrid, del Pardo y del Escorial, le decidió entonces a marchar á la capital, donde su carácter y talento le granjearon al instante la protección y la amistad de Juan de Fonseca, canónigo de Sevilla, entonces en palacio, el cual, como buen entendedor que era, le mandó hacer su retrato, y con el color fresco todavía, le llevó á los reales aposentos: una mirada de Felipe IV bastó para decidir de la suerte de Velázquez. El rey se mandó retratar también armado de caballero y montado en un magnífico caballo, y el artista fué nombrado pintor de cámara, recibiendo la suma de trescientos ducados de oro para que trajera á Madrid á su familia.

Otro día recorreremos la escala de preciosos favores por donde subió el lustre jefe de la escuela de Madrid, gracias á los buenos sentimientos que habia sabido inspirar al rey; hoy terminaremos este artículo diciendo que el cuadro cuyo grabado damos, es uno de los que colocan á su autor en la categoría de los mas grandes naturalistas.

J. J. ANSOX.

#### EL REFUGIO.

En Londres, en el corazón del rico y poderoso barrio de Westminster donde está el palacio, la abadía, los tribunales y las Cámaras en que se elabora la legislación inglesa, casi á los pies de las torres que dominan la orgullosa metrópoli, hay un grupo de casas hondonadas, surcado de estrechas y sombrías callejuelas, conocido con el nombre de « Sitio del Diablo. » Allí yacen las huesas de una población de dos millones de almas y en medio de esa población humana ha ido á elegir su domicilio la piadosa é infatigable caridad.

En la calle de Santa Ana encima de la puerta de una casa un poco mas grande y menos desmantelada que las que la rodean, se lee en gruesos caracteres: *Bornitorio para los pobres; escuela de industria preparatoria para las colonias; refugio abierto para los jóvenes que quieren emendarse.*

Para ser admitido hay que tener al menos diez y seis años, porque hasta esa edad pueden entrar en las casas de beneficencia. El Refugio se halla destinado principalmente á los vagabundos y ladrones, de diez y seis á veinte años, que desean abandonar su género de vida, y entregarse en lo sucesivo á honradas y laboriosas tareas.

Como el bien engendra siempre el bien, esta excelente institución es hija de otra, tambien muy fecunda en buenos resultados, la Escuela de proletarios, fundada en Rye-Street, accésible tambien á los que se presentan en ella.

El maestro de esta última escuela sorprendió un día de la insistencia de un joven vagabundo de diez y seis años que mostraba un ardiente deseo de corregirse, le animó para que asistiese con asiduidad á las clases.

— Y de que me serviría el ir á la escuela por el día, si por las noches tengo que andar por las calles robando para vivir, como hago ahora, — respondió llorando el pobre muchacho.

El obstáculo en efecto era grave. Conmovido con aquel acento de sinceridad, el maestro se resolvió á intentar una experiencia decisiva, y le dió un cuarto para vivir, y pan para que comiera. Durante cuatro meses el joven vivió dichoso y contento sometido á este pobre regimen. Aprendió á leer, á escribir y contar, y algunas personas caritativas le pagaron su viaje á Australia, donde se ha portado

perfectamente, dando pruebas de probidad y de inteligencia.

Este primer resultado fué á la vez una recompensa y un impulso para sus generosos protectores, que á la vista de aquel ejemplo decidieron la fundación del Refugio, en donde no se admite sino á aquellos que confiesan ser vagabundos y ladrones y que declaran querer someterse al regimen de disciplina de la casa. A pesar de estas cláusulas que parece deberían alejar á los pretendientes, se han hecho ya mas de doscientas solicitudes despues de dos años que la institución existe.

A fin de precaverse contra la mala fé y contra la pereza, hacen sufrir á todo el que entra una dura prueba preparatoria. En los tejados de la casa hay un cuarto sin mas muebles que un pergamino y una gruesa manta: una familia pobre que vivía en el antes de que la casa hubiese recibido su destino actual, fué diezmada en 1849 por el cólera, que hizo infaustas víctimas en el barrio de Westminster. Allí entra todo el que llega, y allí permanece durante quince días á pan y agua, solo consigo mismo, ménos cuando va á las clases, á las que asiste en un sitio aparte, estándole severamente prohibido el sentarse jamas con los internos.

Este noviciado es la piedra de toque de un arrepentimiento sincero. Muchos retroceden ante la prueba, y otros la sufren con paciencia un día ó dos, al cabo de los cuales se retiran, porque habiendo entrado en la casa voluntariamente, nadie les obliga á permanecer, y pueden á la hora que quieren salirse de ella. Los hay que persisten toda una semana, pero solo los que perseveran hasta el fin son juzgados dignos de quedarse en la institución.

Entonces les dan vestidos decentes porque casi todos llegan cubiertos de harapos; les sacan de su celda, y gozan de los mismos privilegios de los internos. Levantados al rayar el día, su primera ocupacion es la de limpiar la casa del arriba abajo; en seguida almuerzan con pan y queso, y luego entran en clase. Hay dos cursos, uno para los principiantes, y otro para los mas adelantados, en donde les enseñan las doctrinas fundamentales de la religion, la lectura, la escritura, el cálculo y la geografía, particularmente la de las colonias. El maestro ejerce una intervencion general en todo el establecimiento. La clase superior es dirigida por uno de los jóvenes reformados, de los primeros que entraron en el Refugio, y que muestra una rara aptitud para la enseñanza. La clase inferior está dirigida por un pasante.

Curioso é interesante es el espectáculo que presenta esa reunion de jóvenes, salidos voluntariamente de las sendas del vicio, y trabajando de buena fé para regenerarse. Aunque vestidos de diferente modo, con trages dados por los bienhechores de la institución, todos están muy limpios, porque los reglamentos de la casa les obligan á lavarse muy á menudo. En ciertos rostros se halla aun la expresion brutal que tenían al entrar allí. Hay muchas fisionomías en que predomina la astucia, contrainda por hábitos antiguos. En su aire inteligente y despierto se conoce facilmente á los primeros internos humanizados ya por el estudio, el orden y el regimen interior de la casa: generalmente hablando, todos aprenden pronto y bien.

Comen en el intervalo que separa las clases de la mañana de las de la tarde. Comen carne tres veces por semana, y los otros días pan y cortezas de tocino. Despues de la cena pasan una hora ó dos en la escuela preparatoria, especie de taller en donde aprenden los oficios de sastre y zapatero. Si un discípulo prefiere aprender la carpintería ó la ebanistería se le proporcionan los medios para ello.

Se acostan en el suelo en camas separadas, y cuando

la casa está llena de alumnos, las clases se transforman por la noche en dormitorios.

Todos están obligados á asistir el domingo á los oficios cada cual segun su rito, y pueden salir por grupos durante el día. Cada compañía lleva á la cabeza el de mejor conducta del grupo. Antes de salir le señalan el tiempo que deben estar fuera, estándoles prohibido el pasar por los barrios mal habitados, donde acostumbraban á pasar su vida en otro tiempo. El maestro pone un particular cuidado en irles despojando poco á poco de todos sus antiguos hábitos y en inspirarles el deseo de vivir honradamente para ser útiles á la sociedad que les tiene la mano. Antes de emigrar deben pasar seis meses en el Refugio, por lo ménos. Muestran mucha impaciencia en partir para las colonias, y todos sin escepcion se estremecen con la idea de recurrir á sus antiguos medios de existencia. Ya se han enviado á Australia unos treinta, y el comité que dirige el establecimiento se propone reunir bastantes fondos para poder sostener por término medio cuarenta internos, y una emigracion anual de veinte reformados.

Los rasgos característicos de esta institución son la idea misericordiosa que la ha hecho nacer, su influencia previosa sobre los delitos, la prudente economía que preside á todos los detalles, y por último la completa libertad que tienen los aspirantes.

Hé aquí dos extractos cortos, pero concluyentes, sacados uno de ellos del Refugio inglés, y el otro de la escuela de pobres de Rye-Street.

« John, diez y seis años. — Admitido el 3 de junio de 1848. — Desde la edad de once años habia vivido solo del robo. — Dos veces en la cárcel. — La cantidad mayor que habia robado de una vez, habia sido soberano y medio. — Sabia leer cuando fue admitido. — Aprendió á escribir y contar. — Permaneció ocho meses en el Refugio. — Buena conducta. — Salíó para Australia donde trabaja y se porta bien. »

« Un joven de catorce años, instruido en la escuela de los pobres, fué enviado á Australia. Habia sido muy mal educado; su madre le enviaba desde que era pequeño á robar ó á pedir limosna. Un año despues que se marchó su hijo, esta mujer sumerjida en la mayor miseria, y en visperas de ser echada de su mala vivienda porque no podia pagarla, se presentó en casa del misionero del distrito para consultar con él lo que debia hacer. El consejo que le dió fué que pagara y para ello le dió un soberano que la pobre mujer tomó titubeando, y con el cual dió al casero lo que le debía que importaba 14 chelines, volviendo despues á traer el resto dándole un millón de gracias. El misionero le dijo que se quedase con ello, en atencion á que la moneda entera la pertenecía; en efecto, por un acaso providencial, su hijo se la habia enviado aquella mañana misma, con una carta que la leyó el misionero. La mujer al punto se quedó estupefacta, y por fin se dejó caer sobre una silla desahucándose en lágrimas. El contraste de su conducta con la de su hijo la llenó de vergüenza y de remordimientos. En otro tiempo habia sido buena obrera; se puso á trabajar inmediatamente, y en el día se está preparando para ir á reunirse con su hijo. »

#### MAXIMAS DE AUTORES ESPAÑOLES.

El cielo no suele favorecer á la maldad, y es mas justo persuadirse acendrá á los que padecen injustamente: ni hay para que desear la felicidad y buena andanza de que tanto

tiempo gozan nuestros enemigos; ántes debéis pensar que Dios acostumbra á dar mayor felicidad y sufrir mas largo tiempo sin castigo aquellos de quien pretendor tomar mas entera venganza, y en quien quiere hacer mayor castigo; para que sientan mas la mudanza y miseria en que caen.

MARIANA.

Se sabe bien que esto de los aplausos va en gusto, y que no pocas veces acredita mas la fortuna que el mérito de las obras.

P. ISLA.

Importa siempre empezar bien; y particularmente en la guerra donde los buenos principios sirven al crédito de las armas y al mismo valor de los soldados; siendo como propiedad de la primera ocasion el influir en las que vienen despues, ó el tener no sé qué fuerza oculta sobre los demas sucesos.

SOLIS.

Es ordinario que dure mas la memoria del agravo que de las mercedes.

MARIANA.

Hace mucho al caso para mudar las costumbres del ánimo y del cuerpo, la calidad del mantenimiento con que cada uno se sustenta, y mas en la primera edad.

IDEM.

Yo estoy determinado de mirar mas aína lo que es justo se ponga por escrito, y lo que va conforme á las leyes de la historia, que lo que hay de agrandar á nuestra gente: pues no es justo que con flores de semejantes mentiras, fuera de tiempo y razon, se atavie y hermosee la narracion de la historia; ni el lustre y grandezza de las cosas de España, tiene necesidad de semejantes arreos.

IDEM.

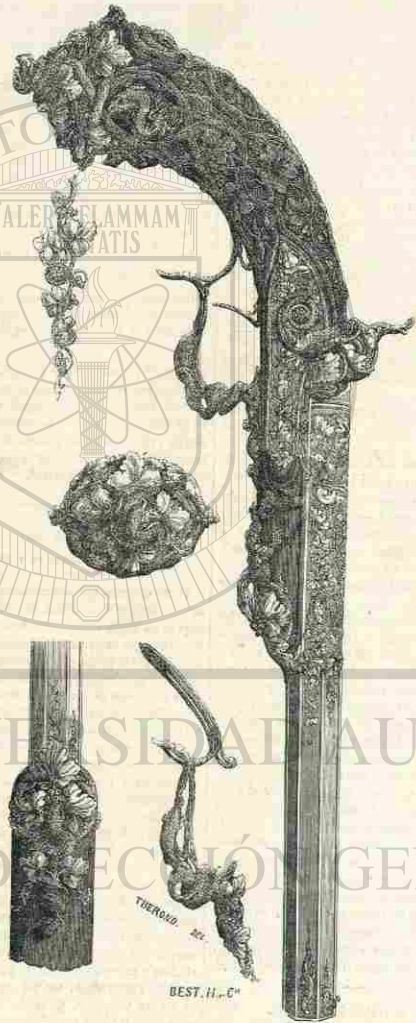
#### CURIOSIDADES DE LA ESPOSICION DE LONDRES.

##### ARMAS DE FUEGO.

Pocas naciones hay que no hayan enviado á la Exposicion su contingente de aparatos destructores, pero sin hablar aqui de la España cuyas armas de Toledo eran una de las maravillas que encerraba el Palacio de Cristal, el Zollverein se ha llevado la palma por su cañon de 4 seis de acero fundido, que es un modelo de perfeccion inimitable.

La exposicion de las armas de fuego francesas no puede ser mejor, distinguiéndose tanto por la excelente calidad de los productos, como por el gusto que reina en los adornos. Sus formas son graciosas y apropiadas sin embargo al objeto á que estos instrumentos se hallan destinados. Con este artículo verán nuestros lectores las pistolas de M. Gauthier, cuya composicion y esculturas son debidas á M. Lignard, uno de los artistas franceses mas fecundos y originales.

La forma de una pistola es ya de síno bastante ingrata, pero el artista há sabido cubrirla con objetos de una ejecucion tan preciosa, que se olvida la obra, y cree uno estar viendo una encantadora alhaja. La culata de ébano, á pesar de sus delicadas incrustaciones de hierro cincelado, se adapta perfectamente á la mano. La serpiente y el lagarto, caprichosamente enlazado en el guardamonte, trazan una linea conveniente para que jueguen los dedos que deben soportar el arma y mover el gatillo. El gatillo tambien está decorado con contorneado, sin que por eso haya perdido nada en solidez ni aplomo. Quitando esas ondulaciones, esas bonitas hojas tan bien cortadas, y los demas adornos y labores, quedará un arma sencilla, de una solidez y precision admirables y de un alcance extraordinario.



Exposición de Londres.—Fotografía de M. Gauvin.—Dibujo de Théron.



Exposición de Londres.—La copa por M. Lauz.—Dibujo de Théron.

Esta copa es una verdadera pieza maestra, parecida á las que ejecutaban los laboriosos artistas de otros tiempos, haciendo todo por sí mismos, y orgullosos y contentos cuando al cabo de un asiduo trabajo, podían en fin sacar á luz su obra.

El asunto que representa, es un combate de Carlomagno contra los sajones, reminiscencia de una obra de Offenbach, una verdadera batalla de gigantes. Los combatientes ahullan, se matan, se desgarran; en medio de la composición se ve un grupo de guerreros disputándose una bandera, ejecutado con un valor notable; las fisonomías son tan variadas como expresivas, y los movimientos todos están primorosamente concebidos, y conformes con la verdad histórica. Los caballos tienen mucho carácter, los perros están mordiendo con ardor, y muchas figuras se roban las unas á las otras: la figura del joven con la cabeza al aire que lleva una honda en la mano, es muy notable por la elegancia del dibujo, en medio del vigor de su actitud.

M. Lantz puede considerarse como francés, puesto que en París es en donde trabaja, y aquí ha venido á perfeccionarse en su arte al contacto de esta civilización severa por las menores faltas contra la delicadeza y el buen gusto.

## EL NIDO DE CIGUEÑAS.

por

ELIAS BERTHEZ.

(Véanse las p. 5, 14, 21, 22, 24, 45, 53, 62 y 66.)

El cirujano que cuidaba á Whillemina era tan poco comunicativo como Fritz Reutner, que iba todos los días á la aldea á buscar las provisiones necesarias para los habitantes de la torre. Las solicitudes y las amenazas fueron inútiles: Fritz parecía un soldado ruso ejercitando su bárbara consigna. Sigismundo á pesar de su frialdad aparente, experimentaba accesos de rabia contra el hijo de Magdalena, y Alberto hablaba seriamente de darle una paliza; pero como Fritz Reutner era un mozo de proporciones atléticas, el prudente Schwartz aplazaba de día en día la ejecución de su amenaza.

Su embargo Frantz iba mejorando por instantes y presentaba ansioso por Whillemina.

Por último Sigismundo resolvió hacer una tentativa decisiva presentándose atrevidamente en el castillo de Steinberg, á pesar de que el feroz humor del baron, y las precauciones que tomaba para que nadie le turbase en su soledad, no dejaban duda ninguna sobre cual sería el recibimiento que allí le esperaba.

Muller se prometía sorprender alguna circunstancia diferente en apariencia, recoger alguna esperanza consoladora, entrever quizá á Whillemina ó oír el sonido de su voz, lo cual era bastante para hacerle desafiarse los sombríos furrores de Enrique de Steinberg.

Con tal de que pudiera decir á Frantz á su vuelta «Whillemina existe, y os ama como antes» el generoso Sigismundo no sentía esponer su vida por lograr esta satisfacción.

Así pues, un día que el enfermo descansaba sosegadamente, Sigismundo se encaminó hacia el Steinberg. Eran las doce: el sol daba de lleno sobre la vieja torre, bañando con sus rayos la parda roca que la servía de base. El mas profundo silencio reinaba en aquellos contornos; nadie se paseaba en el sendero, ni nadie trabajaba en las viñas: castillo y dependencias parecían abandonados; solo el

roce de los lagartos entre la yerba seca interrumpía aquel lúgubre silencio.

El estudiante alzó los ojos hacia la plataforma de la torre, creyendo que distinguía por entre las almenas la graciosa forma de Whillemina ó la varonil figura del mayor; pero no vió nada mas que las yerbas de las ruinas mecidas por las brisas del Rhin, y las cigüeñas con sus largas alas curvándose sobre la torrecilla aérea en donde habían colocado sus nidos.

Sigismundo preocupado enteramente con la entrevista que iba á tener con el mayor, se adelantó con precipitación hacia la entrada principal del castillo, cuando se halló detenido por un obstáculo inesperado.

En otro tiempo, se entraba libremente en el patio cambiado en huerto; á través de las ruinas y de los escombros se alcanzaba sin dificultad la puerta de la torre que estaba abierta por lo regular. Ahora la entrada del huerto estaba tapada con vigas y tablones, y hasta una especie de abertura que quedaba en este cercado grosero, se hallaba sólidamente cerrada.

Esta nueva prueba de la desconfianza del mayor no presagiaba nada bueno al estudiante, en cuanto al resultado de su misión.

Sin embargo de esto, resolvió penetrar á toda costa en esa morada tan poco hospitalaria en apariencia; pero, cómo? No había allí ni campanilla ni alabala para que lo cooperaran en la torre, de la cual se hallaba separado por el huerto.

Ya se preparaba á llamar á voces, á la voz de otro medio, cuando se oyó un ruido de hierros del otro lado de la puerta, que un instante después se abrió bruscamente, y Muller se halló frente á frente con el baron.

Enrique de Steinberg estaba enteramente desconocido. Había adelgazado en extremo; sus ojos tenían una expresión de ferocidad increíble.

Su birria que habla dejado crecer desde que llegó al Steinberg, le cubría la mitad de la fisonomía. Su antiguo uniforme sucio y raído, estaba abierto por el pecho; toda su persona manifestaba ese descuido de sí mismo, signo inequívoco de una desesperación profunda. Llevaba en una mano una escopeta y con la otra sostenía la puerta entrecerrada, á fin de que Muller no pudiese mirar por dentro del castillo.

Sigismundo, sorprendido con esta brusca aparición, contemplaba al mayor en silencio, reconociendo apenas en la figura que tenía delante á aquel Enrique de Steinberg que, poco tiempo hacia, pasaba por el más hermoso oficial del ejército prusiano.

El baron tambien la miraba con ojos estraviados. — Os he visto subir la roca, le dijo con una voz ronca y gutural, y sé lo que queréis... Está ya bueno... puede tenerse ya de pie? Bien, bien, le esperaba con impaciencia... poca venganza será esa, pero el demonio no quiere dejarme otra!

Sigismundo se quedó atónito oyendo estas palabras, que manifestaban claramente que el baron había perdido el juicio.

## XVII.

— No os comprendo, respondió Sigismundo; le veníais para informarme... La señorita Whillemina...

— Calla, no pronuncies ese nombre! dijo el feroz baron pegando una patada en el suelo; pero no venís á desahucarme de parte... de ese aventurero? Por ventura ha muerto? Se habrá burlado de mí el demonio, que es mi eterno enemigo?

— Si hablais de Frantz, señor mayor, os diré que no se halla en estado de batirse con nadie, y que, aun cuando lo estuviese, dudo que se batiera con vos.

— Entonces habrá que buscar otro medio... ya le encontraremos!... No pienso mas que en eso de día y de noche; eso es lo que me da esta maldita calentura... Pero puesto que no tenéis nada que decirme, ya estais aquí de mas... adios!

Y al decir esto quiso cerrar la puerta; pero Sigismundo la contuvo con todas sus fuerzas.

— Señor baron, le dijo, os suplico encarecidamente que me oigais: por vos mismo, por piedad, por humanidad, decidme si la señorita de Steinberg se halla fuera de peligro.

Los ajados labios del baron se estrecharon convulsivamente.

— Fuera de peligro! Oid con atención lo que voy á decir, y repetid exactamente mis palabras al que os envía: la hija deshonrada de los Steinberg estaria mas segura si se hallase suspendida de un hilo en lo mas alto del Munster de Strasburgo, que no lo está en este momento en la residencia de sus ascendientes!

Sigismundo no pudo ménos de estrearsese.

— Señor de Steinberg, le dijo con voz conmovida, no os creo capaz de ejercer una nueva venganza sobre vuestra desgraciada hermana.

— Decid á vuestro amigo que venga á defenderla! replicó el baron con voz de trueno; que venga, que venga!... Baria mi alma por que viniera! Es todo lo que me queda... Pero estoy seguro de que vendrá; ya le armaré un buen lazo.

Muller no sabia qué responder á tan oscuras palabras.

— Señor de Steinberg, repuso despues de una pausa, veo con mucho sentimiento que vuestra deplorable exaltación no se ha calmado... Sin embargo, ya reflexionéis que un acto de violencia, contra quien quiera que sea, podría atraer los castigos de la justicia. Un militar, un hombre de honor!... Vuestra obra no tiene fundamento: estais en un error... Puedo aseguráros que mi amigo Frantz...

— No pronuncieis su nombre, ó os pego un tiro! gritó el mayor ahogado convulsivamente su escopeta.

— Vuestras amenazas no me impedirán el que cumpla con un deber sagrado, repuso valerosamente Sigismundo; Frantz no es un hombre oscuro, como él dice; tengo razones para creer...

— Aunque fuese de sangre real, dijo el mayor, en cuyos ojos se reflejó un momento una chispa de inteligencia, la injuria sería siempre la misma... Estoy al borde del abismo, y quiero arrastrar conmigo al que tiene la culpa... Pero basta ya de palabras; retiraos, confiadme con acento imperioso, y cuidado con volver aquí. Toda tentativa para verme y hablarme será inútil: ay de aquel que se ponga al alcance de esta carabina! Dejad que se cumpla lo que ha de suceder. Satin lo gobierna todo, él es el amo... adios!

Al decir esto cerró la puerta, y Sigismundo oyó el ruido de sus botas militares sobre las piedras de las ruinas.

Esta entrevista produjo en el estudiante una impresión de terror insuperable.

Sin duda ninguna, el baron exasperado por sus pesadumbres en la soledad, alimentaba siniestros proyectos. El delirio de sus discursos parecia provenir de la fiebre que le devoraba, á consecuencia de tantos sacudimientos; sin embargo Sigismundo creia reconocer en ciertas señales, que el desgraciado Enrique de Steinberg se hallaba en un estado muy próximo á la demencia.

Muller se guardó muy bien de comunicar sus temores al

pobre Franz; pero se propuso vigilar cuanto pudiera, á ver si penetraba los misterios de la vieja torre del Steinberg.

Trascurridos algunos dias mas, Frantz concluyó por restablecerse enteramente, quedándole solo un poco de debilidad que bien luego debía ceder á la poderosa vitalidad de la juventud.

Una mañana, Franz apoyado en el brazo de Muller, probaba sus fuerzas paseándose por su modesto cuarto.

Alberto habla salido á pescar con un batadero de las cercanías, y por consiguiente los dos amigos podian hablar con toda libertad.

Había en el cuarto un balcon de madera desde el cual se distinguía el Rhin y una parte de la torre del Steinberg. En aquel momento estaba abierto, dejando penetrar en el aposento un aire balsámico y puro.

— Ya estoy bueno, dijo Franz, saltándose del brazo de su amigo; gracias por tus cuidados, querido Sigismundo... Ahora ya no debemos ocuparnos mas que de Whillemina... Oh! Es preciso que yo la vea, quiero verla á toda costa... mi amor me dará fuerzas para ello... Sigismundo, aun cuando debiera morir á manos de ese feroz baron, quiero llegar hasta Whillemina... Dios mio! Si tubiese suerte!

— No, Frantz, no tengas cuidado, respondió Muller; al contrario, es probable que ha sanado completamente de su herida. Fritz Reutner sigue tan impenetrable y taciturno como

antes, pero hemos notado hace algunos dias que compra cosas selectas y delicadas como para un enfermo convaleciente. Esta circunstancia nos hace creer que la desgraciada Whillemina se halla ya fuera de peligro... No, no es la salud de Whillemina la que á mí me tiene con cuidado! Frantz, añadió Sigismundo con melancolía, en lugar de querer estreñarte contra obstáculos insuperables, deberías ceder por un momento á la necesidad. Estas seguro del amor de Whillemina, así como ella lo está del tuyo, esperad á que lleguen tiempos mas favorables para uiros; doblegáos con resignación bajo una inexorable fatalidad.

— Yo, abandonarla! exclamó Frantz impetuosamente... Ah! lo comprendo, añadió con un poco de acento mirando á Muller, estás cansado de vivir en esta soledad, sacrificándote sin cesar á un amigo desgraciado... Es cierto, no tengo derecho para quejarme, le debo demasiado. Si, abandoname, vuelve con Alberto á la universidad, y déjame luchar solo con mi destino.

Sigismundo le tomó la mano y se la estrechó con fuerza. — Frantz, Frantz, le dijo en tono de reconvencción, eso se llama ser ingrato. Despues de haberte dado tantas pruebas de cariño, cómo podías yo esperar que me hicieras esa injuria?

Una lágrima asomó en sus ojos, Frantz le abrazó fuertemente.

## XVIII.

— Perdoname, generoso amigo, dijo Frantz con una emoción profunda; mis pesadumbres, la enfermedad, me han hecho injusto; perdoname... No puedes figurarte lo que padezco; pero ya te probaré algun día que tengo confianza en ti y que te amo... Solo á tí revelaré un secreto...

— Ya le he adivinado, amigo mio, murmuró Muller; sé de vuestro nombre, conde Federico de Hohenzollern.

Una viva sorpresa se pintó en las facciones de Frantz.

— Sabias mi secreto, y has tenido la delicadeza de no hacer la menor alusión hasta este momento! Gracias por esta reserva, tan noble como bellat... Pues bien, Sigismundo,

solo ese nombre ha debido instruirse de mis infortunios... Maldicido por mi padre porque me sentía incapaz de llenar los sagrados deberes que me estaban impuestos, y blanco de los tiros de un orgulloso hermano que me acusaba de querer usurpar sus derechos, he debido renunciar á mi familia, á mi patria y hasta á mi nombre. Hui de la casa paterna, y me resigné á la obscuridad y á la pobreza, por vivir en la independencia. Pero cómo has podido saber?... — Las esplicaciones del caballero Ritter me convencieron de ello, conde Federico. Además, las palabras cortadas que se os han escapado en el delirio...

— Porqué no me habías como antes? Sigismundo, sé el amigo del conde Federico de Hohenzollern como lo fuiste del estudiante Frantz... Ay! Nada mas soy, en efecto, que un pobre estudiante sin fortuna y sin nombre!... Hasta la misma Whilmina ignora la categoría á que habría podido ser elevada... Además, quisé que me amara por mí mismo, y hubé de contentarme con decirte que mi origen era tan alto como el suyo. Después, tuvimos que desmentir este aserto en su presencia; pero debo confesarte, amigo mío, que cuando Ritter y el baron se burlaron de mi delante de ella, estuve á punto...

— Te habrías perdido sin otro resultado; el mayor lo que siento sobre todo, es que hayas venido á destruir sus orgüñosos proyectos; al ménos así se infiere de lo que me dijo en la última entrevista que con él he tenido. Por eso sería una imprudencia que te descubrieras al baron de Steinberg; esta confesion te pondría en nuevos y mayores apuros... Hasta aquí, he podido sustraerte á las investigaciones del sumiller, propietario actual de la torre, pero de un momento á otro va á volver y me exigirá que cumpla mi promesa.

— Qué promesa, Sigismundo? — Me comprometí á facilitarle las investigaciones en la universidad de Heidelberg, con el objeto de desviar las sospechas que podían haber recaído sobre ti, y tambien para reirme un poco á costa de ese estúpido personaje... El día del funesto acontecimiento, el caballero Ritter vino á buscarme aquí; sin duda no juzgó á propósito hacer valer inmediatamente sus derechos como dueño del Steinberg, en razon del trágico suceso que habia ocurrido en su presencia, y deseando aprovechar su tiempo en Heidelberg, me pidió los informes que me prometí para el cumplimiento de su mision. Tú estabas enfermo, moribundo, y yo no tenia tiempo para detenerme en reflexiones, pero sin embargo conocí que si Ritter pasaba á Heidelberg, no le costaría mucho trabajo penetrar tu secreto, á pesar de tus precauciones para permanecer oculto. Muchos indicios podían hacerle reconocer al conde Federico en el estudiante Frantz. Entónces me comprometí á designarte mas adelante al hijo de su soberano, si cesaba al punto sus investigaciones personales, pues añadi que él podían alarmar al fugitivo y por lo tanto estropear su empresa. Además te indiqué que tenia que pedir una gracia al principe de Hohenzollern por mis servicios, y conculdi diciéndole que en cuanto te pusieras luego cumpliría mi promesa. Ritter aceptó estas condiciones, y después de haberme anunciado que volvería al cabo de un mes para tomar definitivamente posesion del castillo, se fué á Baden donde debia solicitar una orden del gran duque. Ahora bien, va á llegar aquí de un día á otro, y no sé esta vez, como saldremos. Yo contaba con que antes de su vuelta estarías tú fuera de aquí, pero tu amor á Whilmina y otros obstáculos todavía...

— Oh! No quiero ni debo abandonar las cercanías del Steinberg ántes de saber con certeza que Whilmina no

corre ya ningún peligro, interrumpió Frantz en tono resuelto; reclamare mis derechos sobre ella hasta mi último suspiro. Pero, qué otros obstáculos tenemos? No te he comprendido.

— Ay! Obstáculos bien vulgares y bajos para el hijo del principe reinante de Hohenzollern... Frantz, ya sabes que Alberto y yo no tenemos mas que una bolsa desde hace mucho tiempo... la modesta mensualidad que su padre le envía á Alberto apenas es bastante para el gasto que él hace en la taberna; en cuanto á mi, tengo ménos recursos todavía, de modo que tu enfermedad, las locuras de Alberto y mis prodigalidades han agotado nuestros recursos... en una palabra, nuestro posadero no quiere tenernos mas tiempo sino...

— No es mas que eso, amigo Sigismundo? Ese obstáculo puede desaparecer facilmente... Un banquero de Manhein ha recibido en depósito la suma de cuarenta mil florines, toda mi fortuna... tuyos son lo mismo que de Alberto.

— Cuarenta mil florines! repitió Sigismundo de un aire pensativo, con ese dinero se podría... Si, si, mi idea es quizá una inspiracion del cielo; veré á Ritter y... Frantz, es necesario ir al instante á Manhein y tomar ese dinero. Ya estas bastante fuerte para emprender esa corta excursion; voy á alquilar una barca con dos remeros, y...

— Yo no me muevo de aquí, no perderé de vista un solo instante esa vieja torre que encierra todo lo que amo! exclamó Frantz. Sigismundo, mi fiel camarada, dame esta prueba mas de amistad. Encárgate de recaudar ese dinero: aquí tienes un título al portador, presentándole te entregarán los fondos sin mas formalidades.

Y diciendo esto le fendió un papel que sacó de su cartera, Sigismundo vaciló en tomarse.

— Lo haré, dijo por fin, voy á partir... pero con una condicion.

— Qué condicion es esa, amigo mío? — El que durante mi ausencia no harás ninguna tentativa desesperada para penetrar en el castillo de Steinberg, para ver á Whilmina.

— Pero, Sigismundo, si sobreviniere algun acontecimiento, si supiera...

— Mañana estoy aquí de vuelta; además, si quieres que te diga la verdad, he concebido un proyecto que haria inútiles en adelante esas locas empresas.

— Inútiles! Piensas sustinar á Whilmina á las venganzas de su terrible hermano?

— Creo que obligaré al baron á reconocer voluntariamente tu matrimonio con su hermana... con tal de que Dios le haya dejado aun una chispa de inteligencia...

— Seria posible, Muller? Explicatelo...

— El tiempo urge, y por otra parte necesito combinar bien el plan ántes de ejecutarlo. Ten confianza en mí, que bien luego, mañana acaso, cesarán tus mortales angustias. — Si haces eso, Sigismundo, te deberé mas que la vida. — Con que me das tu palabra, de no intentar ninguna cosa en mi ausencia?

— Te la doy, amigo mío. Además, qué puedo hacer sin tí?

— Animo! repuso Sigismundo levantándose con aire resuelto. Píde al cielo que bendiga mis esfuerzos, y aun serás feliz en este mundo.

Los dos amigos se dieron un cariñoso abrazo. Sigismundo indicó á Frantz las palabras sacramentales que debia pronunciar, en caso de necesidad, para hacerse obedecer de Alberto, y salió precipitadamente del aposento, recomendando de nuevo al jóven la prudencia.

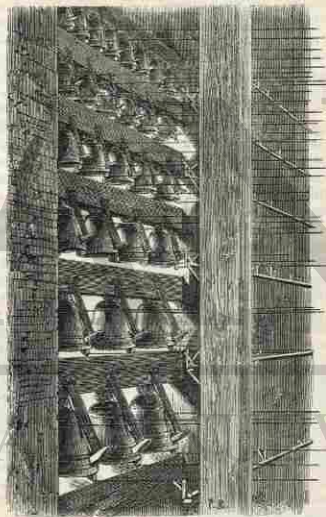
Pocos instantes después, Sigismundo salia para Manhein en una barca dirigida por dos vigorosos remeros. Frantz de pié en el balcón la siguió largo tiempo con los ojos; era uno de esos botecillos largos y estrechos, afamados por su velocidad: secundado por la corriente bien luego parecia un punto negro sobre la azulesca superficie del Rin, hasta que al cabo desapareció en el horizonte.

(Se continuará.)

#### SOBRE LOS REPIQUES DE CAMPANAS.

Dicose que en el quinto siglo fué cuando por primera vez se oyeron las campanas para llamar á los fieles á la oracion.

En los siglos siguientes hubo una constante emulacion entre las parroquias sobre el número y las dimensiones de las campanas, y en cuanto ya los campanarios poseyeron muchas, se empezó á notar la diferencia de los timbres. La voz grave de los unos, el sonido agudo de los otros, producía



Vista interior del campanario de Dunkerque.

un simulacro de melodía, cuyo compás se estudió, y hasta hubo de acompañarse con palabras. El campanero aprendió bien luego á tocar armonias variadas, y muchas ciudades tuvieron música escrita para los repiques, con notas mas ó ménos estensas, segun el número de las campanas y sus calibres.

En una palabra, la campana se volvió un instrumento, y facilmente se comprende en efecto que las campanas graduadas de manera que produzcan sonidos que se oigan, pueden dar por resultado lo mismo que las cuerdas ó los tubos de distintos tamaños, una escala regular que á me-

diada que se vaya estendiendo servirá para ejecutar un mayor número de melodias.

En 1746 habia en Dunkerque un campanero tan afamado que de todas partes, del país de Artois y hasta de Flandes, corria la gente á oír como tocaba. Hay una tocata que ha llegado hasta nuestros dias bajo el nombre de repique de Dunkerque que probablemente fué compuesta por el dicho campanero de 1746, pero para tocarla hay que emplear diez timbres todos de tamaños diferentes. El juego de campanas que debe su celebridad á esta tocata ha sido abandonado hace ya tiempo, pero un habitante de Dunkerque le está componiendo en el día de hoy á sus expensas.

Si las campanas pueden producir todos los tonos, no por eso se puede decir que son propias para tocar toda clase de melodias. Sus largas vibraciones hacen poco agradable el empleo de las disonancias. El timbre que acaba de resonar sigue zumbando aun cuando el badajo pega en otro nuevo, y por eso son preferibles los movimientos lentos y graves á los compases vivos y alegres.

Sin embargo desde que la campana se ha vulgarizado hasta ser empleada en tocar las horas, muchos y muy variados perfeccionamientos han sido introducidos en los repiques.



El campanero.

En muchos relojes antiguos se veian mover Adán y Eva, ángeles, demonios y muchos animales que, obedeciendo á ingeniosos mecanismos sonaban las horas, y tocaban cosas variadas sobre un sistema de timbres mas ó ménos complicado.

#### UTILIDAD DE LAS AVES EN AGRICULTURA.

A primera vista parece una paradoja el epigrafe de este artículo. ¿De qué sirven las aves en los campos? ¿Qué utilidad le traen al labrador? ¿No arrebatan el águila el tierno cordero, la inocente gallina, la tímida paloma? El tordo in-

quieto y gloton ¿no esquilma el olivar, lo mismo que el estornino y el zarzal? La oropéndola, y el mirlo ¿no diezman las cerezas y las ciruelas? Pues qué diríamos de los maliciosos y destructores gorriones que desgranaban las espigas que no comen, y comen machas; de la escarabadora y cogollada, de la gritadora alondra que desentierra el garbanzo y otras semillas cuando creen que la humedad las ha enterrecido lo bastante para comerla sin trabajo? No sabemos, pues dirán algunos, donde puede estar esa utilidad para la agricultura, de estas y otras aves que tanto daño le causan. Despacio, señores míos: no juzguemos de las cosas por las primeras impresiones; examinemos el prisma por todas sus facetas, que detrás de una sombra puede haber una brillante y refrigente luz, como en medio de un espino un hermoso lirio. Veámos el los daños que causan las aves á la agricultura estas compensadas con los beneficios que derraman sobre ella.

Prescindamos por un momento de la idea de que las obras del Soberano autor del universo ni pueden ser inútiles, ni contrarias á la existencia del hombre, á quien constituyó dueño y señor de todo lo criado sobre la tierra. Por consiguiente, todo cuanto ha criado es obra de su infinita sabiduría, eternos y ocultos designios á donde no es dado al hombre penetrar: humílimonos ante tan profundos arcanos y rindámosle el homenaje de nuestra propia ignorancia.

La falta de observación en los siglos de barbarie ha mantenido en un estado lamentable de atraso las ciencias naturales. Contentos los hombres ilustrados con historias maravillosas, descripciones pomposas y ciegas tradiciones, legaron á la posteridad una porción de fábulas ridículas y absurdas que con trabajo nuestros modernos observadores de la naturaleza podrán desarraigarse del vulgo, y el vulgo por desgracia abraza mas clases de la sociedad que generalmente se cree. Pero el genio humanitario trabaja, y lealmente, como la gota de agua sobre la piedra, se abre paso la luz de sus brillantes trabajos. Vengamos á nuestras aves.

Hablando en general, una multitud de pájaros limpian el aire que respiramos de los innumerables insectos que como nubes espesas se interponen entre nuestros pulmones y la atmósfera que nos rodea. Infinitos insectos sirven de alimento á las aves, que si por este medio no nos libertarían de ellos invadirían nuestras moradas y atacarían hasta nuestra existencia. ¿Quién nos ayuda á esterminar esos nubes de langosta que nos aflige de tiempo en tiempo? Las aves. ¿Quién nos libera de los reptiles venenosos, que ocultos entre la yerba, abrigados debajo de las plantas hieren mortalmente la mano incauta del pobre leñador? Las aves. La cigüeña blanca, muy común en el Mediodía de la España, y todas las especies de su género hacen una guerra á muerte á las víboras, lagartos, ratas, topos y musgaños: los buitres, grajos y cuervos devoran los animales muertos que infestarían la atmósfera en su estado de putrefacción. Los aviones, golondrinas y vencejos no tienen mas alimento que esos millones de millones de mosquitos que pishaban el aire, y que introducidos en nuestras habitaciones nos quitan el sueño y con sus sutiles y punzantes trompas nos hacen hasta el punto de causarnos inflamaciones de consideración. ¿Cuánta sería la multiplicación de estos incómodos vecinos si esas numerosas falanges de aviones que aparecen en la primavera al tiempo mismo que se desarrolla la plaga, llevando sus picos y sus fauces abiertas, no engulleran millares de enemigos en cada tarde de verano?

Vengamos á la agricultura. Desde el canororuiseñor hasta el diminuto pica-bigos que salta silencioso entre las zarzas, y todo el género «silvia» que contiene mas de sesenta especies, todos se alimentan de moscas, mosquitos, arañas y otros insectos que plagan los árboles y sus frutos, y los reducen á un estado enfermizo, interrumpiendo la circulación de la savia por los troncos y sus ramas. Un observador curioso, dotado de una admirable paciencia, ha contado las aves que unruiseñor venia cargado con un insecto para sus polluelos, en el espacio de una hora. Cincuenta viajes por hora, dice, suponiendo de doce el día, habrían destruido cuatro mil y doscientos insectos á la semana. Considerese que estos pájaros necesitan lo menos dos semanas para sacar á volar sus hijuelos: Váyase multiplicando y añadiendo en el concepto de tres crias cada año: téngase cuenta que en la estación de la cria delruiseñor los insectos, por lo general, no han desovado, y que cada uno de los que el pájaro devora llevará en su seno mas de dos huevos, que se hubieran desarrollado á tiempo y producido doscientos individuos mas, los cuales de un solo golpe han sido destruidos. Calcúlese, pues, cuantos insectos dañados á los frutos, á las hortalizas, á los cereales ha destruido un soloruiseñor. Pues ¿y las numerosas especies de este mismo género, que todas viven y se alimentan de la misma manera? No es extraño que los estados provinciales de Limburgo hayan provocado una ley despues de 1830 para prohibir la caza delruiseñor, aterridos sus bellas cualidades de músico y destructor de insectos dañosos. Pasemos á los gorriones que son los que llevan sobre sí la animadversión de los agricultores. El gorrion y todas las especies de su género son naturalmente granivoros. Pero ¿es esclusivo para ellos este alimento? ¿Vive el gorrion solo de grano? No ciertamente. Cuando parece que este pájaro columpiándose sobre una espiga devora los granos de gila, no busca mas que los insectos que se anidan entre las capus que envuelven al mismo grano, y que son las larvas del gorgojo que lleva consigo para desarrollarse despues en el granero. Verdad es que la espiga queda desgranada de resultas de la operacion pero no fué esa la intencion del animal. Considerese tambien que el gorrion y todas las especies de su género en su primera edad dejan de ser granivoros, porque su alimento natural son las orugas, los cigarrones, las mariposas y otros insectos, de cuyo pasto son tan voraces que puede asegurarse que cada par de gorriones llevará á sus hijuelos mas de cuatro mil gusmos por semana. Sabido es que estos pájaros son tan propagadores que no bajan de cuatro crias las que efectúan en los meses de verano. Qué multitud de langostas y otros insectos dañosos á la agricultura no devorarán esas numerosisimas bandadas que pueblan las ciudades y los campos! ¿Quién dudará, á poco que reflexione, que los destrozos de una nube de langosta ó de una plaga de gusanos roedores del tierno tallo del árbol, de la planta naciente, de la flor que apenas despliega su corola se ve invadida de la mortífera larva, que con de tumbisima mas consideracion que el grano que comen y desperdician los pájaros, que al fin por otra parte nos sirven de gustoso alimento?

Véase como la sabiduría y justicia del Criador lo ha compensado todo para darnos un testimonio auténtico de su Providencia.

#### MAXIMAS DEL BUEN VIEJO RICARDO.

El tiempo que se pierde no se encuentra jamás.  
Con muchas palabras no se llena una media fanega.

No duermas demasiado; bastante dormiremos en la otra vida.

La pereza todo lo halla difícil; el trabajo todo lo encuentra fácil.

El que se levanta tarde está corriendo todo el día, y es milagro que llegue á la noche con sus horas concluidas.

La pereza camina tan despacio que la pobreza al fin la alcanza.

Empuja tu tarea antes que ella te empuje á tí.

El que vive de esperanzas morirá de hambre.

El que tiene un oficio tiene una tierra de labor.

Dios lo da todo al trabajo; labra tú mientras que los holgazanes duermen, y tendrás trigo para vender y para guardar.

Un hoy vale mas que dos mañanas. ¿Tienes algo que hacer mañana? Hazlo hoy.

A fuerza de paciencia y actividad un raton roe una marmora.

Pequeños golpes echan abajo gruesas encinas.

Si tú no eres dueño de un minuto, ¿cómo tienes valor de perder una hora?

Desde que tengo un carnero y una vaca todo el mundo me saluda.

Yo no he visto jamás un árbol y una familia que anda cambiando continuamente de lugar, prospere tanto como los que están fijos en el suelo.

Tres mudanzas equivalen á un incendio.

El que quiera hacerse rico con el arado, que lo conduzca por sí mismo.

Un ojo del amo hace mas negocio que sus dos manos. La falta de cuidado nos hace mas daño que la falta de saber.

No vijitar los trabajadores es lo mismo que dejarles nuestra bolsa abierta.

Muchos hombres se arruinan por fiar sus asuntos al cuidado de otros.

La sabiduria para el estudioso, la riqueza para el afanoso, el poder para el atrevido y el cielo para el virtuoso.

Si quieres tener un criado fiel, sírvete á tí mismo.

Por falta de un clavo se perdió una herradura; por falta de una herradura se perdió un caballo, por falta de un caballo mataron al amo: todo provino de no haber tenido cuidado con el clavo.

Si quieres ser rico trata de economizar al paso que de ganar.

Las mujeres, el vino y el juego achican la bolsa y agrandan la miseria.

Con el gasto de un vicio se criarían dos hijos.

Muchos pocos hacen un mucho.

¡Cuidado con los pequeños gastos!

Un hilo de agua podrá echar á pique un gran navio.

Los tontos hacen los convites, y los discretos se los comen.

Compra lo que no necesitas y dentro de poco venderás lo que necesitas.

El hombre prudente se instruye por los males de otro, el necio apenas por los suyos propios.

Las blondas y el raso, el paño de sedán y el terciopelo apagan el fuego de la cocina.

Un labrador en pie, es mas grande que un gentilhombre de rodillas.

Los niños y los locos se figuran que veinte duros y veinte niños no han de tener fin.

Cuando el pozó está seco conocemos lo que el agua vale. Antes de consultar tus caprichos consulta tu bolsillo.

Mas fácil es reprimir el primer deseo que satisfacer los siguientes.

Tanta locura es en el pobre remedar al rico, como en la rana hincharse por igualarse al buey.

Los grandes navios pueden aventurarse en alta mar, los pequeños barcos no pueden navegar mas que en la orilla.

El orgullo almuerza con la abundancia, come con la pobreza y cena con la infamia.

Es averiguado que ninguna cosa hay mas poderosa para mover al pueblo que el culto de la religion, quier verdadero, quier fingido; por el natural conocimiento que los hombres tienen de Dios, y la reverencia que tienen á su divinidad.

MARIANA.

No sobresales tanto el entendimiento en la razon que forma, como en la que reconoce.

SOLIS.

#### MADAMA DE POMPADOUR.

Antes de ahora hemos tratado ya de caracterizar el talento y estilo de Boucher, y no insistiremos hoy en esta apreciacion que quisimos hacer tan completa como nos fué posible.

La mujer célebre cuyo retrato damos con estas líneas nos suministrará abundante materia para este artículo. Asi pues no saldremos de la historia del arte, porque madama de Pompadour está ligada bajo muchos conceptos con ella.

Maria Antonieta Poisson nació en París el 29 de diciembre de 1721, de una familia rica que figuraba mucho en aquella sociedad financiera que tanto se puso á la moda en los últimos años de Luis XIV, y en la cual solo encontraron á veces un epicureismo tan opulento como gracioso. La Pompadour añadió á estos dones el de la elegancia desde su juventud fué el modelo de todos los talentos y de todas las gracias.

Cuando llegó á ser la favorita de Luis XV, á la edad de veintinueve años, amó al rey porque le pareció el hombre mas hermoso y amable de Francia; le amó con sinceridad y ternamente, sino con una pasión profunda. Su ideal habria sido el entrar en la corte el encantele y seducirle con los prestigios de las artes y del talento, el hacerle feliz e inspirarle la constancia en un círculo mágico de placeres variados. Un paisage de Watteau, juegos, comedias, pastorales en la sombra, embarques continuos para Citerax, tal habria sido su programa predilecto.

Nada diremos de la parte política de madama de Pompadour, porque esta puede verse en la historia del reinado de Luis XV. Hablaremos solamente de lo concerniente al arte, principiando por decir que ella era ya una artista de mucho mérito.

En el gabinete de estampas de la Biblioteca Nacional de París existe una coleccion intitulada, *Obras de madama de Pompadour*, compuesta de mas de sesenta estampas ó grabados al agua fuerte. La mayor parte representan asuntos alegóricos para celebrar algunos acontecimientos memorables de la época, pero hay algunos que despiertan mejor la idea que naturalmente se tiene concebida de este artista tales como: *el Amor cultivando un mirlo*, y *el Amor cultivando laureles*. En general, los amores se encuentran allí

bajo todas las formas, y hasta el mismo *genio militar* se halla representado en *amor* meditando ante un trofeo de banderas y cañones. No contenta con reproducir de este modo en cobre al agua fuerte los grabados en piedras finas

de Gai, madama de Pompadour, hizo tambien algunos en agatas, y cornalinas. Ademas sus aguas fuertes fueron re-  
trocadas con el buril.

Madama de Pompadour murió en Versalles el 43 de abril



BOUCHER. — Madama de Pompadour.

de 1764 á la edad de cuarenta y dos años. Las artes sintieron con dolor su pérdida, y consagraron su memoria. Diderot en su *Salon* de 1765 nos ha conservado la descripción de un cuadro alegórico en que Carlos Vainlo representaba

desoladas á las artes suplicando al Destino para obtener la curación de la marquesa. Concluiremos diciendo que fue digna de este homenaje.

J. J. ARNOUX.

DAVID.



Napoleon en el monte de San Bernardo.

El primer cónsul dijo un día á David: «Quiero que hagas mi retrato, representame muy sosegado montado en un caballo muy fogoso,» y David pintó el cuadro que se vé grabado en nuestra lámina. Quizá otro pintor, como Cericauli verbigracia, nos habría dejado una obra ménos melodramática, pero mas natural y grandiosa; sea como quiera, esa composición, que como pintura, carece de una calidad esencial, la sencillez, sería magnífica ejecutada en bronce.

Si dejando aparte su obra, se considera á su autor bajo un punto de vista general, sería necesario ser muy enemigo suyo para no reconocer en el uno de esos genios poderosos

á quien Dios concede la palabra, la lira, la pluma ó el pincel para entusiasmar á un pueblo entero inspirándole un exaltado amor hacia lo grande y lo bello. Veamos los asuntos que saca de la historia para reproducirlos en el lienzo, teniendo en cuenta los tiempos y las circunstancias: el Juramento de los Horacios, especie de preludio romano para la gran escena moderna del Juego de Pelota que ejecutará seis años después: la muerte de Sócrates, recordada á la sociedad francesa en 1789 casi en visperas de aquellos días sangrientos en que tantos hombres recomendables por tan diversos títulos debían necesitar esa lección; los lectores lle-

vando á Bruto los cuerpos de sus hijos que condenó á muerte, drama mandito que quería decir á la Francia, gloriosa por la muerte de sus diezados hijos, los cruentos sacrificios que cuesta la conquista de la libertad y de la independencia, y por último Leonidas en las Termópilas ofrecido al pueblo que había defendido los desfiladeros de las Ardenas y que había triunfado en Valmy.

La elección de estos asuntos no fué el efecto del acaso ó del capricho, ni de reminiscencias de la escuela clásica. David había meditado profundamente en la elevada misión del artista, y aun sin sus obras, sus palabras bastarían para enseñarnos sus ideas sobre este punto. Oligamosse en la sesión de la Convención del 15 de noviembre de 1793. Después de haber clamado contra el siglo de los dos últimos reyes, que fomentaron la licencia de las costumbres, encadenando el pensamiento y ahogando el genio del artista que tan poderosamente debe contribuir á la instrucción pública, continúa en estos términos: « Los monumentos artísticos, tienen otro objeto que el de encantar los ojos, y es el de penetrar en el alma, produciendo en el espíritu una impresión profunda parecida á la realidad, entonces es cuando los rasgos de heroísmo y de virtudes cívicas presentados como modelo al pueblo, electrizan su alma, y despiertan en ella todas las pasiones de la gloria y del amor hacia la salvación de la patria. » En la sesión del 16 de enero de 1794 sus palabras fueron mas hermosas, poéticas y solemnes; entonces dijo: « Cuando en medio de las inseparables zozobras que inspira la libertad en una república naciente, se impregnan nuestras almas del gógo que deben inspirar las victorias de nuestros ejércitos en todas nuestras fronteras, y los triunfos de nuestras legiones contra todas las despotas conflagraciones, entonces las miradas se vuelven con delicia hacia las bellas artes, hechas también para embellecer la paz, y para adornar las pompas triunfales.

« En los movimientos expansivos y en los afectos cívicos que os penetran, consócielos que los grandes acontecimientos deben dejar en vos de sí naturalmente inmortales recuerdos, y por consiguiente monumentos que atestigüen al universo y á la posteridad la grandeza del pueblo francés, y quisierais en esos afortunados instantes resparcir por todas partes el brillo de vuestras victorias, y embellecerlo todo con los rayos de la gloria y de la felicidad. Pues bien, desde esa altura debéis considerar siempre el dominio de las artes, para imprimir á todas vuestras leyes en esta patria, un gran carácter que á su vez puede inspirar otras victorias... »

J. J. ARNOUX.

## EL NIDO DE CIGÜENAS.

POR

ELIAS BERTHET.

(Véase las p. 3, 4, 11, 20, 21, 25, 33, 62, 66 y 71.)

XIX.

Frantz tuvo largo tiempo fijas sus miradas en aquella parte del horizonte por donde la barca acababa de desaparecer, pero poco á poco se fueron apartando del río para elevarse hacia el castillo del Steinberg.

El joven apoyado de rodos en el balcón, examinaba tristemente aquellos espesos muros que encerraban todos sus tesoros; pero el inexorable y lúgubre edificio guardaba el

secreto de los acontecimientos que, quizá á aquellas horas pasaban en él.

— Dichosas aves! decía Frantz siguiendo con los ojos maquinalmente las evoluciones de las cigüenas en torno de la torre solitaria; rozan con sus alas la ventana del cuarto en donde está Whilelmína; pueden oír los suspiros de su loca, los sonidos de su dulce voz! Porqué no tengo yo alas también para poder llegar hasta Whilelmína! Y la pobre Magdalena que me decía que esas aves traerían la felicidad al Steinberg!

Aun estaba hablando cuando una forma humana se mostró de repente detrás de las almenas de la torre; en su elevada estatura, y en sus contornos vigorosamente acentuados era fácil, aun á la distancia en que se hallaba, el reconocer al baron de Steinberg; Enrique tenía en la mano una escopeta, que se echó rápidamente á la cara...

El ruido de la explosión no pudo oírse; pero una columna de humo que se levantó al cielo, indicó que había disparado el tiro. En el mismo instante una de las cigüenas que se cercaban por encima del balcón, huyó su vuelo en largas espirales: estaba herida.

En la situación de ánimo en que se hallaba Frantz, este suceso, tan sencillo en apariencia, le causó una emoción profunda.

— Así pues, reposo con voz sorda, ese hombre implacable ha comprendido también que esas pobres y hermosas aves habían mentido á su fortuna! Se ha querido burlar de su insolente agüero...

La cigüena herida continuaba bajando. El baron inclinado sobre el pretil de piedra, parecía observar con ansiedad el efecto de su acto cruel.

El avistado de sostenerse en la torre, pero sus esfuerzos fueron vanos, bien luego llegó á la roca, y desde allí como si hubiese querido alejarse enteramente de aquel edificio inhospitalario, dió un nuevo impulso á sus alas, y fué á caer en los espesos cañaverales que crecían á las orillas del Rhin.

Enrique de Steinberg continuaba en el mismo puesto; pero un ángulo de la roca le había hecho perder de vista á la cigüena en cuanto pasó la base de la torre. Entónces se inclinó á derecha é izquierda para reconocer el sitio en donde el pobre animal había caído, y por fin se volvió é hizo una señal con la mano.

Otro hombre que Frantz reconoció al punto por Fritz Reutner, corrió al mayor que le designó con el dedo los cañaverales, y enseguida ambos desaparecieron; la plataforma se volvió á quedar solitaria como antes.

Frantz no había perdido de vista á la cigüena que saltaba entre las cañas, y acordándose en aquel momento que Whilelmína, sin participar enteramente de las creencias de Magdalena, había manifestado una especie de veneración por esas aves, concibió el pensamiento de socorrer á un ser querido de Whilelmína.

Impulsado por este generoso sentimiento se lanzó á la puerta de su cuarto, atravesó el comedor de la posada, desistió á la sazón, y deslizándose al borde del río, llegó bien luego al sitio en donde estaba la cigüena.

Bien luego la descubrió; el pobre animal se agitaba entre las cañas, á algunos pies de la ribera. Frantz no titubeó en meterse hasta media pierna para apoderarse de la cigüena que aturrida por la caída, ó debilitada por su herida, no trató de huir ni de defenderse.

El estudiante la tomó en sus brazos con cuidado, y se volvió rápidamente á su aposento sin haber hablado á nadie en el camino.

En cuanto dejó á la cautiva en el suelo, corrió otra vez al balcón. El mayor de Steinberg estaba otra vez en el hueco de la almena, haciendo señales á Fritz Reutner, que bajaba lentamente la roca mirando por todos lados.

La otra cigüena volaba tristemente al redor de Fritz, como si también buscase con los ojos á su fiel y desgraciada compañera.

Seguro de que nadie le había visto en su corta escursión, el estudiante se acercó á su cautiva.

La cigüena no se había movido; acostumbra al hombre, la vista de Frantz no la asustaba; habíase dicho que un instante secreto la daba á conocer las buenas intenciones de su protector.

Al curarla la leve herida que los perdigones la habían hecho, el estudiante distinguió entre las plumas largas y flotantes que adornaban el cuello de la cigüena, una especie de collarito.

En esta señal conoció al instante al hinkende, esa cigüena misteriosa que después de haber sido la favorita del baron Hermann, abuelo del mayor, había vuelto recientemente al castillo.

Ese amuleto consistía en una ligera hoja de plomo enrocada, encerrando dentro un fragmento de papel ó de tela, sostenido por una cadenilla de acero que las largas plumas del ave acústica no habían podido impedir que se tomase, porque en cuanto el joven la tocó, el metal se cayó por sí mismo quedándose en la mano.

Entónces examinó, con una especie de temblor nervioso, el objeto que había caído en su poder de un modo tan extraño.

Después de haber roto el plomo, halló un pedacito de pergamino enrocado; el metal le había completamente preservado de la humedad y los caracteres que tenía dentro estaban intactos.

Era aquello una especie de plano grosero hecho muy de prisa; debajo se veía la firma del baron y estas palabras escritas de su mano: Camino de la Huida del Steinberg.

Frantz reflexionó un instante.

— El camino de la huida! murmuró el estudiante; no es ese subterráneo misterioso que debe existir hoy bajo el castillo del Steinberg conocido únicamente del jefe de la familia?... Si, sí, y Magdalena cuenta horribles historias sobre ese lúgubre sitio, á pesar de que ignora en donde se halla... Ahora me explico la conducta cruel del mayor acerca de ese pobre animal. El señor de Steinberg habíase sabido sin duda por tradición que su abuelo Hermann había encontrado al hinkende ese precioso documento, y habíase querido apoderarse de él matando á la cigüena... Solo en el mundo poseo el secreto de los genes de la familia del Steinberg!

Mientras estaba hablando, la cigüena había conservado esa actitud triste, y por decirlo así meditabunda propia de su especie, habíase dicho que estaba sin vida, pero miraba á Frantz de un modo tan ardiente, tan fijo y tan expresivo, que este no pudo menos de estremecerse.

— Su alma sensible, comunicada recientemente por grandes dolores, era mas accesible que otras á la superstición.

— Quiero darme á entender que ese secreto me pertenece. Estoy en presencia de un ser sobrenatural, ó de un instrumento ciego de la voluntad divina; Debo creer que porque el jefe de la familia de Steinberg le perseguía, has querido confirmarme tu secreto por la felicidad de esa antigua raza que proteges? Estoy llamado yo á regenerarla?... Pero ay! nada puedo por ella ni por mi mismo.

Frantz estaba trémulo, sus cabellos se erizaban en su ca-

beza y su frente chorreaba un sudor frío como en presencia de una aparición. Pálido, y con los ojos fijos en la cigüena parecía estar esperando su respuesta...

Por fin el hinkende saltó de su extraña impassibilidad; alargó su plateado cuello, dió dos ó tres picotazos en el aire, y volviéndose gravemente, se dirigió con paso lento y magestuoso hacia el balcón, dió un salto, y llegando al mismo tiempo sus anchas alas, se lanzó estrepitosamente en el espacio desapareciendo bien luego.

La imaginación de Frantz no le permitió el ver los acontecimientos de aquel día bajo su punto de vista verdadero; quería dudar de la intervención de un ser superior el secreto que acababa de penetrar; la cigüena le parecía haber obedecido á una influencia sobrenatural; y por eso permaneció muchos minutos en su puesto con los ojos fijos y los brazos colgando, dudando aun de la realidad de todo aquello.

La voz de Alberto Schwartz que le llamaba desde un cuarto próximo le arrancó de sus meditaciones. Frantz se apresuró á ocultar el pergamino que parecía haberle regalado la cigüena. Alberto entró en el aposento.

XX.

— Mira, mira, exclamó Alberto dando voces, mira á nuestro vecino el mayor de Steinberg jugando á la barra en la plataforma de sus torres... Dios me perdone, tengo ganas de acompañarle en su lindo juego.

— El mayor! qué dices del mayor?

— Ven á ver, reposó el estudiante dirigiéndose hacia el balcón; hace unos cinco minutos que se divierte de ese modo.

Frantz volvió á su puesto de observación. En efecto, el baron pasaba y volvía á pasar rápidamente detrás de las almenas de la torre; sus movimientos eran bruscos y desiguales; de tiempo en tiempo alzaba sus puños cerrados al cielo con aire de amenaza y de desafío. Esta espresiva pantomima manifestaba una enérgica rabia.

— Porque estará tan agitado? dijo Frantz con aire pensativo.

— Porque? repitió el estudiante atolondrado... El baron de Steinberg se ha vuelto loco... pero loco furioso... dicen que es peligroso el estar á su lado.

Sigismundo había ocultado á Frantz sus temores acerca del baron; por eso se puso livido al oír la noticia.

— Seria posible! Entónces la pobre Whilelmína, encerrada con él en ese castillo impenetrable... Pero no, haces muy mal, Alberto, en repetir esas voces absurdas que habrás oído en la aldea.

— No lo creas, si no quieres; sin embargo ese lento de Reutner no es tan mudo como los aldeanos como con nosotros, y ha confesado ya á Faucher el batelero, que es mi amigo, que el baron de Steinberg les hacia temblar á todos en la torre, les tiene encerrados con llave, y ha dado á entender que el baron en sus accesos de locura rabiosa podría intentar... Pero entónces el mayor de Steinberg es una fiera! exclamó Frantz con desesperación. Sin embargo, te engañas



Alberto, eso no puede ser: Fritz ha exagerado la locura de su amo...

— Mira! mira! interrumpió Alberto con una especie de ironía, tocando á Frantz en el hombro en tanto que señalaba á la torre con el dedo.

Un nuevo personaje acababa de presentarse en la plataforma: era Fritz Reutner.

Sin duda quería dar cuenta al baron de lo infructuosas que habían sido sus pesquisas; pero el baron al verle tuvo un acceso de furia espantosa. Se arrojó sobre el hijo de Magdalena y le pegó con los puños cerrados encarándose en él con una inaudita violencia. Su cólera llegó á exaltarse tanto, que cogió á su desgraciado criado y le arrastró hacia el pretil como para precipitarle en el abismo.

Fritz quería saltarse; pero sea que á causa de su obediencia estúpida no se atreviese á emplear toda su fuerza, ó ya porque el vigor del mayor fuese superior al suyo, perdió mucho terreno. Bien luego se halló contra el pretil; en vano quería agarrarse á las almenas, nada le sostenía ya encima del abismo, cuya profundidad daba el vértigo, nada mas que la mano convulsivamente apretada del feroz Steinberg.

Los dos estudiantes lanzaron un grito, que se apagó sin eco sobre la inmensidad del Rhin. Frantz volvió los ojos para no ver aquella caída mortal, inevitable.

Peró en el mismo instante Magdalena Reutner apareció detrás del baron y corrió á él con los cabellos sueltos y alzados los brazos. Tal era la energía de aquella madre espantada, que el furioso volvió la cabeza y pareció titubear en consumir su crimen. Fritz se aprovechó de este momento de tregua; por uno de esos esfuerzos supremos que da el instinto de la vida, se agarró á la piedra del pretil, se lanzó de un brinco por encima, y después todos los personajes se alejaron y la plataforma se quedó desierta.

Esta horrible escena pasó en menos tiempo del que hemos necesitado para contarla.

Los dos estudiantes se quedaron mirando, pero nadie se mostró detrás de las almenas. Frantz se enfugó la frente bañada de un sudor frío.

— Si, no cabe duda ninguna, repuso Frantz como hablando consigo mismo; ha perdido el juicio. Y cómo arrancar á la infortunada Willemina de las manos de ese frenético? Probaré el medio que Dios me ha suministrado milagrosamente. Penetraremos esta noche misma en la torre del Steinberg, y sacaré á Willemina.

— Yo poner los pies en esa horrible guarida para ver á ese mayor endablado!... á menos, continuó en tono mas bajo, que en tu calidad de superior de la ilustrísima y sacrosanta sociedad...

Frantz no pareció haber oído estas últimas palabras.

— Tienes razon, repuso con acento meditabundo, debo esponerme yo solo; ademas el secreto que he descubierto no me pertenece, no podría revelarle ni á mi mejor amigo... Por lo cual obraré sin el auxilio de nadie.

— Qué dices? preguntó Alberto con curiosidad; qué es lo que piensas hacer?

— Nada, nada, contestó Frantz acordándose de la ligereza y el atolondramiento proverbial del estudiante; estoy soñando en alta voz, la inquietud me hace delirar; nada puedo hacer por Willemina. Me es imposible sustraerla al poder de su temible hermano... Esperemos la vuelta de Sigismundo.

Alberto no estaba provisto de bastante perspicacia para notar que la expresion del rostro de Frantz, y el sonido de su voz desmentaban sus palabras; así continuando en que se

debía esperar la vuelta de Sigismundo se lanzó fuera de cuarto.

Frantz apenas notó que su compañero había salido, tan profundo era el estado de meditacion en que acababa de entrar.

Bien luego sacó de su pecho el pergamino, don misterioso del hinkende, y acercándose á la ventana se puso á comparar el castillo y sus cercanias con el plano levantado por el baron Hermann.

Después de un minucioso exámen, salió de la posada y se puso á dar vueltas por las rocas próximas al Rhin. Largo fué su paseo; cuando volvió á su casa, el sol estaba ya en el ocaso.

Sin duda sus investigaciones tuvieron un buen resultado, porque su frente resplandecía de esperanza, y una sonrisa de triunfo se veía en sus labios.

En el momento en que llegaba á las primeras casas de la aldea, oyó una piedra que brineaba detrás de él á la falda de la roca, y deteniéndose súbitamente para ver lo que era distinguió una mano en una de las ventanas de la torre como haciendole señal de que se esperase, y en el mismo instante la piedra cuya caída había llamado su atencion rodó á sus pies, con un papel atado á ella.

Frantz se apoderó al instante del papel y quiso leerle, pero la mano se agitó vivamente como para ordenarle que se alejase y desapareció inmediatamente.

Tremulo de alegría y temiendo que su presencia comprometiese á la persona que le enviaba aquel billete, se apresuró á llegar á un sitio menos descubierto, donde no podia ser visto desde el castillo.

Allí, abriendo el papel leyó estas palabras escritas de prisa con lápiz, por una mano poco diestra, sin duda la de Magdalena.

« Salvad todo lo que queda de la desgraciada familia de los Steinberg. El baron ha perdido la razon y sus accesos de furor me hacen temblar por vuestra esposa Willemina; cada minuto aumenta sus peligros y los nuestros. »

Frantz se quedó aterrado al leer este billete.

— Conque Alberto tenia razon! exclamó con acento desesperado. Pues bien no esperaré la vuelta de Sigismundo como se lo había prometido; ya me perdonará mi falta de palabra cuando sepa las circunstancias que me han obligado á ello. Si, volaré al socorro de Willemina; voy á ejecutar mi proyecto esta noche misma. Dios mio! protégela algunos instantes mas y la salvaré.

Frantz echando una última mirada á la roca del Steinberg, y enjugándose con la mano una lágrima, se dirigió hacia la posada para principiar sus preparativos; pero apenas había entrado en sus umbrales cuando una voz bien conocida, la voz chillona é imperiosa del caballero Ritter resonó en sus oidos.

— Prendéme á ese tambien, decía; esta vez estoy seguro de que el señor conde Federico de Hohenzollern no se me escapará... Ah! Señores estudiantes, os habeis burlado de mí; pues hoy vamos á desquitarnos.

Antes de que Frantz hubiese podido oponer ninguna resistencia, cuatro ó cinco alguaciles de la policía del gran duque se arrojaron sobre él y le sujetaron.

[Se continuará.]

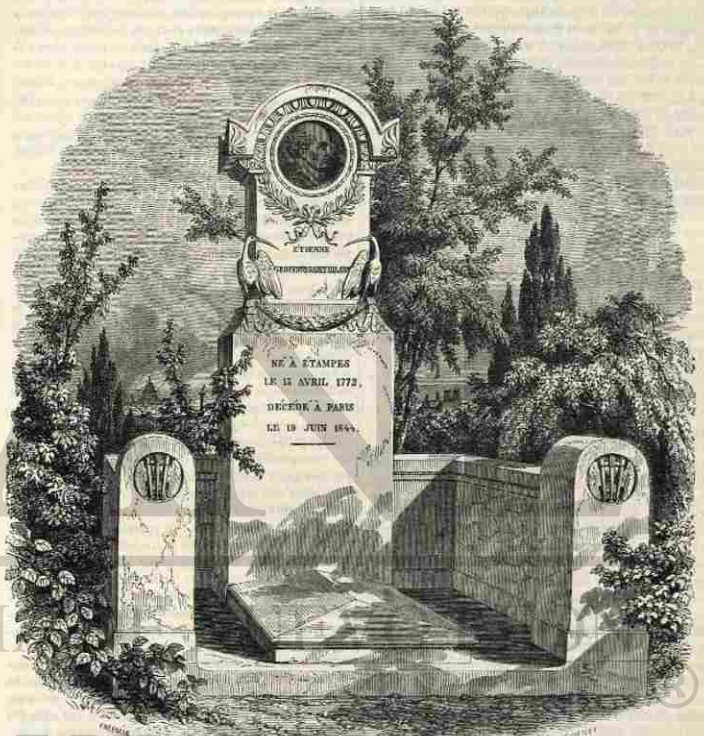
## SEPOLCRO DE G. ST. HILAIRE

EN EL CEMENTERIO DEL PADRE LACHAISE.

El cementerio mas vasto que existe en Paris es el llamado del P. La Chaise, confesor de Luis XIV que vendió á la villa este inmenso terreno.

La posicion de este cementerio no puede ser mejor; el ter-

reno es elevado y pintoresco y domina la mayor parte de la capital, pero lo que constituye su nombrada es su coleccion de monumentos fúnebres: cada túmulo es un templo aislado con pórtico, nave y altar, habiéndolos bastante grandes para que se pueda celebrar en ellos el oficio divino. Se encuentran tambien obeliscos de todas dimensiones de mármol de granito y de piedra ordinaria; hay bonitos jardines y grandes calles de árboles que por muchos sitios hacen de este



Sepulcro de G. St. Hilaire en el cementerio del P. Lachaise.

cemeterio un paseo. Entre los monumentos que mas llaman la atencion se cuentan el de Massena, el gótico sepulcro de Abelardo y Heloisa, el pedestal y la estatua de Casimiro Perrier, y otros muchos que sería muy largo enumerar aquí.

El monumento de M. G. de Saint-Hilaire es mas célebre por el nombre ilustre que hay en él que por el mérito de su arquitectura: es de los mas modestos que se ven allí, y sin embargo, todo el mundo se detiene en él, porque el gusto y

la invencion que se descubren llaman desde luego las miradas.

Nada puede verse mas sencillo que toda la parte inferior del monumento. La lápida, que sostiene el cuerpo superior que eleva la inscripcion á la altura de la mirada, se halla rodeada á cierta distancia de un especie de pretil que la magnífica perspectiva que desde ad se descubre le asemejan á una azotea ó balcón. En todo este monumento tan modesto como grave la escultura se halla ausente, si se exceptu-

tían los tripodes que simbolizan el sacrificio y la oración por el recuerdo del incienso, toda la riqueza se halla concentrada en la parte superior donde se ve un medallón magnífico de bronce, y debajo el nombre glorioso de G. de Saint-Hilaire, ornado con dos ramas de laurel, única recompensa que este sabio ha sacado de una vida llena de trabajo y de genio. En el basamento se ven dos tórtolas sosteniendo una guirnalda, lo que es una feliz idea, porque estas aves no solo están figuradas aquí como animales sagrados, sino en conmemoración de los trabajos que han immortalizado el nombre de G. de Saint-Hilaire. En la expedición a Egipto que hicieron los franceses, G. de Saint-Hilaire principió su serie de descubrimientos y él fue quien trayendo de las riberas del Nilo dos tórtolas vivas y algunos esqueletos, volvió a hablar de este ave célebre, sobre la cual se tenían hasta entonces noticias tan incompletas.

Pero este sepulcro no es el único monumento que tendrá en el suelo de su madre patria la memoria de G. de Saint-Hilaire. Etampes, ciudad natal del ilustre naturalista ha resuelto también erigirle una estatua, para eternizar su merecida fama y nombradía.



Es de creer que los primeros que inventaron el arte de la destilación fueron los árabes, quienes desde muy remotos tiempos se han dedicado á la extracción de toda especie de esencias aromáticas cuyos procedimientos llevaron sucesivamente á Italia, España y al mediodía de la Francia. La palabra alambique se encuentra en algunos de sus escritos mucho antes del siglo XI. *Attecha* que también escribió en aquella época, comparaba la función entera á una destilación cuya cucurbita era el estómago, la cabeza la vasija, y las narices y la boca los conductores por los cuales se verificaba la destilación de los humores. *Ruzs* y *Almoncaiz* describieron algunos procedimientos referentes á la extracción de las partes aromáticas de las plantas, cuyos vapores según puede inferirse de sus escritos, pasan á recipientes de grande capacidad, los cuales se cubrían con varias capas de lienzo mojado operación que tenían cuidado de renovar muy á menudo. *Lullo* alquimista del siglo XIII en su obra titulada *Testamentum novissimum*, hablando del aguardiente y del alcohol, dice que él llegó á pasar el aguardiente por siete destilaciones sucesivas, pero que bastan tres tan solo para que el espíritu obtenido sea enteramente infumable sin dejar ningún residuo azooso. En otra parte de la misma indica el modo de obtener el aguardiente por medio del alcohol fijo, á cuyo proceder *Falentina* en el siglo XIV sustituyó el que se conoce por medio de la cal viva.

*Armando de Villeneuve* profesor de la universidad de medicina de Montpellier contemporáneo de Lullo, fue el primero que aplicó el aguardiente y el vino al uso de la medicina y de las preparaciones farmacéuticas. *Saronarole* á principios del siglo XV publicó un tratado con el título de *Conficienda aqua vite* en el que se encuentran cosas muy curiosas; entre otras después de describir las propiedades del aguardiente, explica los procedimientos que deben emplearse para comunicarle el aroma de las plantas u otros principios, tanto por medio de la maceración como de la destilación.

*Porta* químico napolitano del siglo XVIII fué el primero que hizo conocer los mejores aparatos para la víficación. En un tratado que escribió sobre el arte de destilar, examina este procedimiento en sus aplicaciones á todas las substancias que en él puedan someterse; hace la descripción de varios aparatos y entre los cuales de uno por medio del que puede obtenerse el alcohol con una sola operación; este aparato se compone; primero, de un tubo serpentina que se adopta á la parte superior de la caldera, y segundo, de varias capacidades colocadas unas sobre otras con una abertura al costado en la que se adhiera un tubo que se sumerge en el recipiente. Por este medio, dice, podrán obtenerse todos los grados de fuerza que se crean necesarios; como asimismo el que las partes azoosas se condensan en el fondo mientras que las espíritus vayan elevándose hasta la superficie. Por lo dicho puede fácilmente inferirse que el aparato de *Porta* ha servido en gran parte de modelo para los de Adam y Herar y otros que se han inventado á fines del siglo XVIII.

El doctor *Arnald de Vila* en la introducción de una obra de química ó *Fraite physique* que publicó en 1655 establece excelentes principios tanto acerca de la construcción de los hornos, modo de hacer el lilen y graduar el calcáreo, como con respecto á la calcinación y destilación, á lo que él llama sublimación húmeda. Fué el primero que recomendó las calderas poco profundas como las mas propias para favorecer la evaporación. En su tratado se hace mención de la metamorfosis del aguardiente en alcohol por medio de varias destilaciones, ó por lo que se conoce con el nombre de Italo Maria.

En un tratado de *Claubert* impreso en 1658 con el título de *Description des distillatoires*, encontramos el origen de muchos procedimientos que en nuestros días han pasado por nuevos no siendo la mayor parte mas que los mismos en algo perfeccionados. Uno de ellos consiste en hacer pasar los vapores que se elevan por medio de la destilación, por una vasija cercada de agua fria y los vapores no condensan por una segunda vasija, de esta á una tercera y así sucesivamente hasta que la condensación sale perfecta. Es evidente que por medio de este aparato se puede obtener el alcohol á diferentes grados de condensación según la que ha tenido en las distintas vasijas por las que haya pasado. Este aparato de *Claubert* es también á corta diferencia lo mismo que el de Adam, y puede asegurarse que todos cuantos se han construido después en Francia y otros países con privilegio esclusivo ó sin él, están basados en los mismos principios.

El arte de la destilación sin embargo de cuanto hemos dicho acerca de su antigüedad, puede asegurarse que ha sido casi insignificante hasta que á principios del siglo XVIII fué aplicándose el uso de los espíritus á las artes y á la economía doméstica; desde entonces los aparatos de licorista dejaron de ser el ornamento de laboratorios farmacéuticos ó científicos; estableciéronse por todas partes numerosas fabricas de aguardientes, cuyo número y dimensiones ha ido siempre en aumento á medida que se han ido extendiendo sus aplicaciones á la industria fabril y al consumo económico. A pesar de todo, los procedimientos y aparatos empleados para la destilación no sufrieron otra variación en todo el siglo XVIII que alguna pequeña modificación acerca de sus dimensiones, las que se aumentaron algun tanto á fines del mismo.

La mayor parte de estos aparatos consistían en una caldera de cobre enteramente redonda y por consiguiente tan

alta como ancha, terminando por un cuello mas ó ménos elevado, que tenia la mitad del diámetro de la misma y algo mas ancho en la parte superior: de uno de sus costados salía un tubo cónico cuya parte mas estrecha se introducía en una serpentina de cinco ó seis vueltas, colocada en un cubo de agua fria, que se reemplazaba á medida que por medio de la condensación de los vapores iba calentándose.

Tales fueron los aparatos empleados por las fabricas de aguardientes durante todo el siglo XVIII á escepcion de algunas modificaciones muy insignificantes, como la de dar mayor capacidad á la caldera, disminuir su altura, ensanchar de boca y la sustitución de los prolongados tubos que á ella se aplicaban, por una cucurbita cercada de un refrigeratorio que se llenaba de agua fria para condensar los vapores que pasaban en seguida á la serpentina.

Es evidente que por medio de semejante mecanismo, todos los vapores acuarios ó alcohólicos que se elevan de la caldera entran en la serpentina, y que verificada allí la condensación, pasaban al recipiente. De esta operación resultaba que siendo el agua caliente mas ligera que la fria, tan solo la de las capas superiores de la serpentina conservaba el calor, por lo cual á fin de que la condensación pudiese verificarse medianamente bien, se tenía que echar agua fria á un tubo bastante largo que adhería á la parte inferior del refrigeratorio, la que extendiéndose en el fondo del mismo repetía á otra cubita igual de la caliente, la que se vertía por medio de otro tubo colocado en la parte superior: de este modo la condensación se verificaba del mismo modo tanto con respecto á los vapores alcohólicos como á los acuarios que salían de la serpentina mezclados en diversas proporciones según estaba mas ó menos adelantada la destilación; pero como los espíritus son mucho mas volátiles que el agua, los primeros productos de la destilación eran siempre los mas alcohólicos y los últimos los mas azoosos, resultando de ahí que para obtener el alcohol puro se hacía necesario el procedimiento de varias rectificaciones con gran pérdida de tiempo y de combustible, hasta que se inventaron los perfeccionamientos que existen en el día, y que han hecho desaparecer estos inconvenientes.

#### IMPORTANCIA DE LA AGRICULTURA.

Así como la abundancia anima al trabajo humano, la agricultura influye mas que otro cualquiera agente en el aumento de este, y en aumentar también los medios de ocupar los hombres. En prueba de esto, basta citar la autoridad del economista mas eminente que tuvo la Inglaterra, Adam Smith, el que dice: « Que ningún capital puesto en movimiento produce una cantidad mayor de trabajo productivo que el del labrador. No solamente los motos de la agricultura, sino los ganados que en ella se emplean, son trabajadores productivos. En agricultura, la naturaleza trabaja lo mismo que el hombre; y aunque su trabajo no cuesta desembolsos, sus resultados tienen un valor como lo tiene el trabajador mas caro. Las operaciones mas importantes de la agricultura no parece que conspiran tanto á aumentar, cuanto á dirigir la fertilidad natural á la producción de las plantas mas útiles al hombre. Un campo cubierto de zarzas y matorrales, puede producir una cantidad tan grande de vegetales como la viña ó el campo de trigo mejor cultivado. La plantación y el laboreo mas bien arreglan que animan la activa fertilidad natural; y así se ve que después de todas las faenas, siempre esta tiene que hacer lo principal. Sin

embargo, los gatiñes y el ganado que se emplean en los trabajos campestres, así como los artesanos no solo son los que causan la producción de un valor igual al que ellos consumen, ó sease al capital que ellos emplean juntamente con sus ganancias, sino otro mucho mayor. El capital empleado en la agricultura, añade el mismo escritor, no pone en movimiento cantidad mas grande de trabajo productivo que lo hace otro igual empleado en las artes, sino que en proporción á la cantidad del trabajo que consume aumenta en mayor precio el producto anual de la tierra y del trabajo del país á la verdadera riqueza y á las rentas de los habitantes. En ningún objeto se puede emplear un capital que sea mas lucrativo á la sociedad que en la agricultura.

Algunos escritores han calculado en la mitad de la población el número de los que en Francia é Inglaterra se emplean en esta; en la tercera, y ninguno la cuenta en ménos de la cuarta. Séase de esto lo que quiera, lo cierto es que el número de los labradores excede en todas partes al de los artesanos y menestresales, y al de los que se ocupan en los demás oficios. El que la agricultura da empleo á tantas gentes, deberá excitar los deseos de todos hacia su mejora. Prescindiendo de las gentes que la labranza ocupa en sus operaciones, ella facilita á otras medios de trabajar en grado superior á las artes, porque alena de influir en la duración de la vida, facilita una mayor demanda de artículos de primera necesidad que son artificiales; de consiguiente, proporción de un modo indirecto mayor ocupación á los artesanos que en otra cualquiera profesión. La agricultura no solamente es el manantial del trabajo, sino que cuando florece le asegura mejor que otro agente. Las manufacturas y el comercio, por mis brillantes que se encuentren, no se arraigan de un modo permanente en las naciones. Las contribuciones, las discordias civiles, las guerras y otras mil causas, logran detener su curso, amorrarlos y privar á los habitantes de los medios de ocuparse. De esto hay ejemplos mas señalados en las naciones comerciales, á las cuales en el día solo les queda el nombre. Cuando los capitales se invierten en el cultivo directo de las tierras no solo se facilita ocupación abundante á los presentes, sino que se facilita á los venideros. Los Países Bajos lo demuestran ostensiblemente.

#### LOS ANGELES DEL SUEÑO.

¿Cuáles son los fúnestos pensamientos que el espíritu del mal podía inspirar á esos dos niños dormidos? ¿Quién lo sabe? Quizá alguna inspiración de celos ó de orgullo; quizá algún proyecto de mentira cuya realización se imaginaban durmiendo.

Cuántas veces toman también las tentaciones la forma del sueño, para tender sus lazos? La razón atargada se halla entonces sin fuerzas para discutir nuestra resolución; el acto se efectúa sin nuestra culpa; nuestros malos instintos parecen despertarse en el sueño á fin de acostumbrarnos á sus manifestaciones.

El alma se despierta poseída todavía de sus sueños; trata de recordarlos, y se turba involuntariamente con ellos, y puede considerarse como muy dichosa cuando los ángeles guardianes han podido llegar á tiempo para interrumpir el viaje de la imaginación á través del mal, ó de la extravagancia.

Pero si su vuelo no fué bastante rápido, acaso no nos ha dado Dios guardianes interiores y exteriores cuyas voces se

oyen incesantemente? No tenemos centinelas providenciales en todas partes por lo que toca á las cosas mundanas? Qué hecho no tiene alguna significación? Qué destino no tiene una lección fructuosa? La vida entera es un gran coro que nos instruye y nos aconseja; todo está en saber escuchar á tiempo.

Y cuando la enseñanza exterior no nos presenta bastante confianza, no tenemos en nosotros mismos ningún amigo que aclare nuestra inteligencia? Acaso es una ficción esa voz interior común á todos los tiempos, á todas las naciones que aplaude al bueno, y que maldecir al malo? No existen entre los hombres, grandes leyes morales que dirijen la marcha



Los Angeles del niño.—Composicion y dibujo de STEAAL.

de sus sentimientos, como las leyes físicas dirijen el movimiento de los cuerpos?

Si Dios no hubiese puesto en nosotros el instinto de esas dobles leyes nos habria hecho impropios á la vida material, y á la vida moral a un mismo tiempo. El espíritu humano puede percibir las verdades jenerales, sin las cuales la asociacion mortal no podria existir, al mismo tiempo que nuestros sentidos pueden percibir los hechos físicos sin cuyo conocimiento seria imposible la existencia. La razon comprende

como ven los ojos, y el corazon obedece al amor, como obedece el cuerpo á las leyes de gravedad.

Esta doble enseñanza que nos viene del mundo exterior y del mundo interior, no es pues otra cosa que la condicion misma de nuestra conservacion. Todo lo que nos recuerda el verdadero destino de nuestra naturaleza es la voz de un ángel guardian, pues que es una advertencia para obedecer á la regia de existencia establecida por el mismo Dios.

## ALOF DE VIGNACOURT.



Museo del Louvre. — Retrato de Alof de Vignacourt, gran maestro de la órden de Malta, por Miguel Angel de Caravaggio. — Dibujo de Lechevallier Chev'gard.

Bellori y Baldinucci cuentan que cuando el orguloso Miguel Angel de Caravaggio estaba en Nápoles á donde habia debido refugiarse por causa de una disputa que habia tenido, concibió la ambicion de ser condecorado con la cruz de los caballeros de Malta que se solia conceder tambien á los hombres de un gran mérito. Con este motivo se fué á Malta á ver al gran maestro de la órden que era entonces un noble francés llamado Alof de Vignacourt. Dos retratos hizo el

pintor de este alto dignatario, el uno representándole a pie y armado (que es el que se ve en nuestra lámina) y el otro sentado y sin armas, con el traje de gran maestro. Bellori dice que en su tiempo el primero de estos dos retratos fué colocado en el arsenal de Malta. Por nuestra parte mas bien nos inclinariamos á creer que el palacio de la Orden debió mas bien haber guardado aquel en que estaba representado en toda ceremonia. Sea como quiera, el hermoso retrato que posee el Museo del Louvre entró ricamente en 1760 en la colección del rey Luis XIV.

Recientemente se ha colocado el retrato de Vignacourt en el salon principal del Museo del Louvre entre los cuadros mas afamados. Todo el mundo conoce la vida de Miguel Angel, quien despues de haber servido en su infancia de peon de albañil, principió por hacer algunos buenos retratos. Un apuro que se vio en Milan le obligó á refugiarse en Venecia, donde estudió el colorido del Giorgino, maestro que desde luego le gustó mucho. De allí pasó á Roma, donde la necesidad le hizo entrar en el estudio del caballero José de Arpinas, muy nombrado á la sazón en la corte pontificia. Conociendo la vigorosa observación que se veia en las obras de su aprendiz, José de Arpinas le mandó pintar cuadros de flores y de frutas, pero Miguel Angel se cansó bien luego de esto, y con miras mas elevadas, dijo Bellori, se aprovechó de la ocasión que le ofrecia un pintor de género grotesco llamado Próspero, para salir del estudio de José y disputarle á su maestro la palma. Desde aquel momento data la revolucion que hizo Miguel Angel en las artes, aplicando á la pintura la grande energia de su temperamento. Profesando un desprecio sistemático por las puras y altas bellezas de lo antiguo, y por Rafael, no quiso reconocer otro modelo que la naturaleza menos selecta, las escenas de las tabernas y de las plazas publicas. El vigor casi salvaje de su pincel y los efectos que buscaba, le hizo caer en la enemistad de los demas maestros, pero su orgullo no se desanimó; ayudado por el favor del cardenal del Monte, y luego de los Crescentini, y otros personajes romanos, llegó hasta tener su parte en los grandes trabajos que á la sazón se ejecutaban en Roma. Mas de una vez sin duda, Miguel Angel tuvo que sufrir muchas afrentas; mas de una Iglesia halló que los santos personajes que pintaba tenian una fisonomía y expresion demasiado triviales para atraer el respeto de los fieles. Y sin embargo, nadie mejor que él supo contener su violencia cuando queria, como se está viendo en el retrato de Atof de Vignacourt, que es un modelo de noble altivez, así como el del papa es una de las figuras de las mas definidas.

La licencia de la vida de este pintor caprichoso fué superior aun á la de su pintura. Descuidado en su vestir, dispador é insolente, estaba siempre con la espada en la mano. Habiendo tenido una disputa en Roma en el juego de pelota con uno de sus amigos, le mató enseguida, y herido tambien él en la contienda, huyó precipitadamente y sin dinero. Al pronto halló un asilo en casa del duque Matzio-Columas, y luego se fué á Nápoles donde tuvo, como hemos dicho, el deseo de adquirir la cruz de Malta, lo que le determinó á embarcarse para ver al gran maestro. Debemos añadir aqui que Atof de Vignacourt se quedó tan contento con sus dos retratos, que despues de haberle concedido la cruz que solicitaba, le mandó pintar un cuadro para la Iglesia de San Juan, lo cual le valió una cadena de oro y dos esclavos escogidos entre los prisioneros musulmanes que los caballeros vencedores tenían derecho para vender en su beneficio.

Durante su residencia en Malta, Miguel Angel vivió en la

abundancia de todos los bienes y todos los honores, formando en torno suyo una nueva escuela, pero su turbulencia no le dejó disfrutar largo tiempo de esta prosperidad. Bien luego tuvo una riña con un caballero distinguido; el gran maestro se ofendió de esta imprudencia, y Miguel Angel puesto en la cárcel, logró evadirse en medio de los mas grandes peligros y se marchó á Sicilia, donde dejó tambien varias obras maestras. Algun tiempo despues, no creyéndose allí en seguridad, quiso volverse á Nápoles para esperar la gracia que debía permitirle la nueva entrada en Roma, y al mismo tiempo, para hacer las paces con el gran maestro, le envió una Herodias con la cabeza de San Juan en una bandeja; pero su buena suerte le habia completamente abandonado; un día que estaba á la puerta de la posada del Ciriglio, fué rodeado por un grupo de hombres armados que lo maltrataron y lo esparcieron el rostro. A pesar de los crueles dolores que sufría, tuvo aliento para embarcarse con direccion á Roma al instante, donde el perdón del papa le esperaba. Al llegar á la playa, la guardia española, tomándole por un caballero que estaba esperando, se apoderó de él y lo metió en la cárcel. En cuanto reconoció el error le pusieron en libertad, pero ya era tarde; su barbaqueño habia desaparecido con su equipaje. Furioso con todos los transportes de la rabia, se arrastró á pie al borde hasta Porto-Ereale, en medio del calor de un día de estío, y esto le costó una fiebre maligna que le llevó al sepulcro en pocos dias. Esto era en 1609 cuando el pintor tenia cuarenta años. En Roma donde estaban esperando su vuelta, causó una sensacion general la noticia de esta triste muerte en medio de una ribera desierta. El caballero Marin que era amigo suyo le compuso un epitafio.

Atof de Vignacourt, hijo de una familia de nobleza antigua, sucedió el 10 de febrero de 1601 al gran maestro Garois. Solo á su mérito debió el haber sido elevado á esta dignidad. El abate Vertot dice que en ningún tiempo hizo la orden de Malta mejores cosas que en el suyo. Vignacourt mandó construir en 1616 un magnifico acueducto de cuatro millas de largo para llevar agua á la nueva ciudad de Lavallette, y murió de una insolacion en la caza el 14 de setiembre de 1622.

## EL NIDO DE CIGÜENAS.

POR  
ELIAS BERTHET.

(Véase las págs. 5, 11, 21, 26, 31, 45, 53, 63, 66, 71 y 82.)

### XXI.

Era de noche, en un cuarto del piso inferior de la torre del Steinberg, Whillemina y Maria conversaban tristemente.

Este cuarto era muy parecido al que ya hemos descrito en otra ocasion, con la diferencia de que no estaba abovedado. Lo mas notable que habia en él era una inmensa chimenea de piedra cargada de esculturas; una placa colosal de hierro colado tapaba la boca de la chimenea.

Una atmósfera húmeda y fria reinaba en aquel aposento, amueblado por el estilo del que conocen ya nuestros lectores. Por la estrecha ventana abierta en aquel momento se descubria el huerto entre las ruinas alumbrado por un palido rayo de la luna.

Un profundo silencio reinaba en el castillo.

Las dos mujeres, sentadas juntas cerca de una modesta lámpara se burlaban en voz baja; una persona colocada á algunos pasos de ellas no habria podido oirlas; de este modo sus atagadas voces en aquel vasto y sombrío aposento despertaban ecos débiles y sordos que parecian dolorosos gemidos.

Muchas veces ambas se estremecian, al menor ruido de la puerta; entonces una ráfaga de viento movia las antiguas colgaduras y hacia vacilar la llama de la lámpara, y despues todo volvia á caer en un mortal silencio.

Las pobres mujeres permanecian trémulas algunos momentos sin atreverse á seguir el hilo de su conversacion. Whillemina estaba sentada en una antigua poltrona del tiempo de Luis XV.

Su traje era propio de una convaleciente; la enfermiza palidez de su rostro, y la diafana flacura de sus manos y de sus mejillas atestiguan lo que habia padecido.

Sin embargo á pesar de la inquietud de que parecia hallarse poseida, una ligera sonrisa brillaba en sus labios; sus ojos azules se animaban un poco en tanto que escuchaba á la buena Magdalena. Esta, por el contrario, habria podido servir de modelo para pintar el dolor y el espanto; apenas se atrevia á respirar, y á cada instante se interrumpia para mirar alrededor con ojos asustados.

— Conque le has visto esta tarde? decía Whillemina con acento exaltado; has visto á mi querido Frantz? y dime, te ha parecido que estaba bien curado de su enfermedad? queria verme, no es cierto? Ay! Me está prohibido subir á la torre!... Pero le has escrito; y sabe que estoy buena, que...

— Sabe el peligro en que estás aqui, murmuró Magdalena; le he dicho que viniese en nuestro socorro... Si el señor baron supiese mi falta, estaba perdido!... Pero no siento haberle desobedecido, por primera vez... se trataba de salvarlo!

— Has hecho mal de dirigirte á Frantz, Magdalena; va á querer penetrar aqui...

— El es causa de todos vuestros males; quien sino él debe tratar de remediarlos?

— Magdalena, ponderas mucho el peligro de mi posicion. Eceptuando esta reclusion tan rigurosa, mi hermano no me ha dado hasta ahora ningún mal tratamiento... Es verdad que mas veces está sombrío y taciturno, y otras habla solo con una vehemencia que parece un loco; pero hasta aqui, su conducta no prueba la existencia de los siniestros proyectos que tú le supones. Mi hermano es bueno, Magdalena, y si se le quisiese esa fiebre que le hace delirar...

— Si estuviese en su juicio no temeria nada, pero desgraciadamente no hay fusion posible; no solo es la fiebre lo que turba el juicio al señor baron...

— ¿Conque crees?... Pero que he pasado hoy que he oido un tiro en la plataforma de la torre, y luego unos gritos agudos?

Magdalena titubeó un poco antes de responder.

— No debo decirte esta triste escena, respondió con una voz tan baja que apenas se le oia. El señor baron ha dado hoy una prueba de su temible locura. Esta mañana, sin duda por primera vez, notó que las cigüeñas habian vuelto á su antiguo puesto, y pasó largo tiempo examinándolas. Por fin me llamó, y me preguntó con mucho afán, señalándome al mismo tiempo la cigüeña que lleva al cuello una especie de collar:

— No es esa la cigüeña que cuidó el baron Hermann?

— Si, señor, le respondí; es el hinkende, en tiempo del

baron Hermann solia venir dentro del castillo, pero...

— Está bien, vele.

Obedeció; cinco minutos despues al bajar la escalera de la torre ó un tiro... El señor acababa de tirar al hinkende, tan querido de nuestro señor abuelo... Me quedé temblando al pensar en las desgracias que nos iba á traer ese sacrificio, cuando oi bajar á Fritz rápidamente enviado por el señor baron para buscar á la vieja herida. Fritz volvió bien luego sin traicria; el hinkende habia desaparecido como por encanto... De repente se oyeron gritos espantosos en la plataforma, y subí al punto porque era la voz de mi hijo... Dios nos asista! el señor baron con la boca cubierta de espuma y los ojos saltando de sus órbitas, habia cojido á mi pobre hijo por el brazo y le tenia suspendido en lo alto del pretil sobre el abismo... Un segundo mas tarde, y se acabó mi hijo! se habria hecho pedazos entre las rocas del Steinberg.

La pobre mujer se detuvo, faltándole la voz con este recuerdo.

— Y sin embargo, Magdalena, Fritz se halla sano y salvo? — No sé lo que hice ni lo que dije; pero el señor baron me miró con ojos desecujados, y luego dejó á Fritz saltar á la azotea. Ah! Whillemina, si hubieses visto á nuestro hermano en aquel momento, estarías temblando todavia.

— No temo la muerte por mi misma, Magdalena; pero qué haria Frantz si yo muriese? Por otra parte ni tu hijo ni tú podéis vivir así, espuestos á semejantes peligros... aconsejame, Magdalena; que debo hacer para sustituirme al cautiverio en que nos tiene mi hermano Euristeo?

— Quién sabe? Solo Dios puede socorrernos.

— Huyamos del Steinberg... ya estoy firme para poder andar; pongámonos bajo la salvaguardia de la Justicia.

— Si, pero cómo saldremos de aqui? las llaves de la puerta están en poder del señor baron de noche y de dia.

— No podría ayudarnos tu hijo?

— No conoces á Fritz Rentner, respondió Magdalena con orgullo; aunque dependiera de él la suerte de la Alemania no desobedecería al baron de Steinberg; mas bien negaría á Dios que á su dueño legítimo. Se ha acostumbrado á una sumision ciega desde su infancia; hoy mismo, si hubiera empleado sus fuerzas naturales habria podido saltarse de los brazos del suyo, pero preferió exponerse á una muerte horrible, mas bien que faltar al respeto que debe á su amo defendiéndose contra él. No esperes socorro ninguno de Fritz, Whillemina; ni aun de mí! haria caso si le aconsejara alguna cosa contra lo que él llama su deber.

— Pues entonces, busquemos socorros fuera, porque verdaderamente aqui no estamos seguros... Y el cirujano que me ha curado...

— El señor baron le despidió bruscamente hace algunos dias y yo volveré ya. Whillemina, solo una persona puede sacarnos de este apuro, y es el señor Frantz nuestro marido.

— Oh! no, no, él no; Dios haga que yo no vuelva á ver jamás juntos á Frantz y á mi hermano! Me moriría, estoy segura.

Al llegar á este punto la conversacion, la puerta del cuarto rechinó en sus tomados goznes; las dos mujeres lanzaron un grito de espanto y se levantaron: el mayor de Steinberg acababa de aparecer como un espectro amenazador en la oscuridad de la escalera.

Sin notar el terror que causaba, entró con paso lento y medido. El mas terrible desorden reinaba aun en su persona y en sus atavíos. Su tez estaba livida, y sus ojos brillaban

como dos carbuncos. Estaba armado de un modo singular; llevaba su espada al lado, y en el cinturón de su pantalón llevaba colgadas dos pistolas de montar, conservando en la mano la escopeta con que había tirado al hincando aquella mañana.

En cuanto entró se fué derecho á Willemina, y poniendo en tierra la culata de su escopeta, la dió un beso diciéndola: — Buenas noches, hermana mía.

La joven se estremeció como si hubiera sentido en la frente un hierro encendido.

— Buenas noches, Enrique, murmuró trabajosamente. Pero, porque traes esas armas, hermano mío? qué tenéis que temer aquí?

— Ah! No lo sabéis? replicó el barón sonriendo, y bajando su voz en tono de confidencia, tengo que combatir con un enemigo bien terrible... pero no cedere; no, lo juro por mi alma.

— Contra quién tenéis que defenderos?

— Contra el diablo: respondió Steinberg.

Y al decir esto retrocedió dos pasos olvidando que ella había sido la primera en conocer que su amo había perdido el juicio.

— Si... el diablo... el demonio... el espíritu malo, continuó el barón con impaciencia, nos hemos declarado la guerra, ya verá lo que es un mayor del regimiento de Baviera.

Willemina se deshacía en lágrimas.

— Enrique, le dijo tomandole las manos, volved en vos... prefiero veras irritado contra mí que otros semejantes palabras... recordad vuestra razón, hermano mío; no tenéis otro enemigo que vos mismo; los demonios que os persiguen son vuestros malos pensamientos...

El mayor retiró su mano con presteza.

— Pobre loca, respondió encolerizado, venis ahora á dar lecciones á vuestro hermano, á vuestro tutor, al jefe de la familia? Os digo que nos hemos declarado la guerra el diablo y yo. Antiguamente Satanás no se atrevía á presentarse á mí tomando una forma visible; por eso me impelió á jugar el Steinberg contra Ritter, é hizo que lo perdiera; después volví mi espada contra vuestro pecho el día que... el día que fuisteis herida. También él me tienta cada noche diciéndome al oído que venga á ahogarnos cuando estáis durmiendo... Pero por fin ha renunciado á todas sus astucias; hoy se ha mostrado francamente á mis ojos; le he visto claramente... había tomado la forma de una cigüeña...

Ambas mujeres se miraron en silencio.

— Hermano mío, dijo tristemente Willemina, en efecto me han dicho que habíais matado á una pobre cigüeña, cuyo cuerpo no se ha podido hallar, pero...

— Si, no se ha podido hallar su cuerpo? Sin embargo yo la vi caer herida mortalmente; sus plumas volaron en el aire; estaba herida de muerte... sí, sí todo eso, y á pesar de ello, la cigüeña está ahora en su nido, en lo alto de la torre, con su hembra y sus pueñuelos!

— Cómo! exclamó Magdalena, incapaz de contenerse, el hincando se halla ahora en su nido?

— Está durmiendo, y ahora no me queda ya duda ninguna de su infernal origen. Es un demonio... mi abuelo Hermann pudo someterle, pero en el día se subleva contra nosotros... Sin eso, cómo puede explicarse su vuelta al cabo de tres años de ausencia? Y luego el collar que llevaba al cuello también ha desaparecido. Por medio de ese talisman habría yo podido levantar otra vez la fortuna de mi casa, porque habría descubierto el tesoro de mis antepasados...

la cigüeña ha vuelto, pero sin el collar... Cuando la vi otra vez en el nido, quise tirarla de nuevo, pero, mirad lo que es el poder del demonio, tres veces la apunté, y tres veces se me cayó la escopeta de las manos... La cigüeña infernal me miraba con unos ojos que me hallaban la sangre en las venas.

Willemina no veía en las palabras de su hermano mas que un horroroso desvarío; pero Magdalena que tenía llena la cabeza de fabulas y misterios, parecía dispuesta á creer lo que el mayor decía.

— Dios mío! exclamó con tristeza; sería posible? Acaso se habrá cambiado la benéfica influencia de las cigüeñas? Qué crímenes ha cometido la familia de los Steinberg para merecerlo?

Willemina miró á Magdalena con sorpresa, sin poderse figurar que hiciera caso de los estravios de su hermano. Este por el contrario prestó la mayor atención á las palabras de la pobre vieja.

— Si, tienes razón, Magdalena, repuso, sé de donde viene ese cambio fatal. Los miembros que existen aun de la familia de los Steinberg han tenido una conducta culpable. Los espíritus que antiguamente protejieron nuestra casa, se han vuelto contra ella... Ha habido faltas vergonzosas que se han quedado sin castigo... pero serán castigadas, te lo juro, y pronto, pronto.

Willemina cruzó las manos con espanto.

— Hermano mío, exclamó con una voz vibrante; no me habéis perdonado ya?

El mayor permaneció impassible.

— Ella es la causa de todo, murmuró como si estuviese reflexionando en voz alta; por ella Dios se ha retirado de nosotros... Magdalena Reunter, añadió bruscamente, has contado á esa criatura la historia de Berta de Steinberg, y del barón Carlos de Stoffensels, llamado el *Hermoso Escudero*?

— Señor barón, es una historia singular... nunca me habría atrevido... no debía contar á Willemina...

— Vieja chocha! conque la llenas la cabeza de historias de fantasmas y de brujas, y no la cuentas lo que es verdad, y lo que habría podido aprovecharla mucho?... Suelta tu loca lengua, y cuéntale á mi hermana la historia de Berta, y del *Hermoso Escudero*... Sentaos Willemina, os lo mando.

Diciendo esto obligó á las dos mujeres á volverse á sus puestos, y él, después de haber dado dos vueltas por el cuarto, se sentó junto á ellas, con la escopeta entre las piernas. Como Magdalena guardaba el silencio, la dijo con un acento duro y breve:

— Quieres hablar como te he dicho?

## XXII.

— Dios me perdone si me voy precipita á evocar semejantes recuerdos! dijo suspirando, pero el señor barón lo quiere, y no le desobedeceré jamás... Berta de Steinberg era la única hija del noble barón Manuel, que la querían entrañablemente como era natural. El barón Manuel se había casado en edad muy avanzada, y amaba á Berta como que la había tenido cuando ya era viejo. Por eso no la ocultaba ninguno de sus secretos, y se apresuraba á complacerla en todos sus caprichos y deseos. A la verdad, Berta parecía muy digna de este cariño; era muy modesta, muy instruida y tan hermosa que no se la podía ver sin quererla.

— Lo mismo que vos hermana mía, interrumpió el barón con una voz lúgubre.

— En la misma época había en el castillo de Stoffensels, al otro lado del Rin, un joven caballero muy famoso en los torneos por su destreza, valiente en los combates, que le llamaban el hermoso escudero. La primera vez que vió á Berta se enamoró de ella; la hija del barón le amó también, y se comunicaron sus sentimientos, pero tan grande era la rivalidad que existía desde tiempo inmemorial entre los Stoffensels y los Steinberg, que los dos jóvenes adivinaron desde luego que les era imposible unirse por mas que hicieran. Sin embargo de esto un lazo culpable se estableció entre ambos;

el hermoso escudero entraba todas las noches en el castillo habiendo ganado quítras á algún guarda...

— Así sabes la historia de mi raza? interrumpió bruscamente el mayor; ese señor no tuvo que ganar á nadie... Hay bajo nuestros pies un subterráneo que sale al campo, llamado el *Camino de la Huída*, que servía en los tiempos de sitio para que salieran los mensajeros durante la noche, despues de haberles vendado los ojos sin embargo, porque nadie mas que los señores del Steinberg debían conocer el *Camino de la Huída*....

(Se concluirá.)

FRANCISCO DESPORTES.



La caza de los lobos.

Francisco Desportes, nacido en la Champaña en 1664 y muerto en París en 1713 fué, durante esa larga carrera de ochenta y dos años, uno de los pintores mas fecundos y sobre todo de los mas hábiles que cuenta en su seno la escuela francesa. El número de edificios de todo género, como palacios y habitaciones reales y de particulares, que adornó con sus cuadros, fué verdaderamente prodigioso. Entre retratos, animales, cacerías, mamarras, biombos, aparadores, y otras composiciones para la fábrica de tapices de los Gobelinos, y para la manufactura real de tapices de Turquía establecida en Chailloit cerca de París, se cuenta una inmensa variedad de asuntos diferentes.

Sin embargo, ántes de la revolución de febrero, el Louvre no poseía mas que siete cuadros de Francisco Despor-

tes, pero ahora hay un jalon de ellos, y entre estos se encuentran sus cacerías de javalies, de ciervos y de lobos (este último es el original del grabado que damos con este artículo) así como sus hermosos perros con sus variadas posturas, Silvia, Diana, Bionda, etc. raza escocja que Luis XIV quiso como principe, y que Luis XV parodió despues.

Al lado de esos hermosos lienzos se halla el retrato de su autor pintado por él mismo, y que regaló á la Academia, cuando su recepción en 1699.

Desportes estaba en esta época en todo el brillo de su talento. Varios señores polacos que se hallaban en París y sobre todo el abate de Polignac que fué despues cardenal, le animaron á visitar la corte de Sobieski. El pintor, previo el permiso de Luis XIV emprendió este viaje, en el cual hizo él

retrato del rey, de la reina y de una porción de polacos nobles.

Al cabo de una ausencia de dos años se volvió a Francia, y aunque en las regiones del norte se había acostumbrado mucho a hacer retratos, pintó de nuevo cuadros de animales y con el mejor éxito.

Desde el año de 1699 hasta 1712, un año antes de que muriese Desportes, hubo en el Louvre ocho exposiciones. Nuestro pintor espuso en todas ellas, y en algunas llegó a presentar hasta doce y trece cuadros de grandes dimensiones.

Entre los documentos oficiales concernientes al artista que nos ocupa, se encuentra uno muy curioso, que es el catálogo de la exposición de 1711. En él se leon bajo el nombre de Desportes, los siguientes títulos y descripciones de cuadros: «1.º Cuadro de 17 pies sobre 6 pies y medio de alto representando un caballo espantado por un gran leopardo; detrás está viendo un elefante, y una serpiente monstruosa enroscada en el tronco de un árbol; al pie del caballo se ve un papamoscas con la lengua fuera llena de moscas y de hormigas, y mas abajo un águila, con una porción de frutas, aves, y animales de la India. 2.º Cuadro de doce pies, sobre once de alto, representando unos pescadores indios, una negra con un cesto de fruta, y otro indio que está cazando pájaros con una ballesta: se ven varios pájaros en un árbol, así como muchas aves, frutas y peces. Estos dos últimos cuadros forman parte de la colección pintada para el rey y ejecutada en tapicería en los Gobelinos. 3.º y 4.º Bajos relieves, el uno figurando el mármol blanco, sacio por el tiempo, y el otro el bronce; alfombras de terciopelo, jarrones de oro, frutas y piezas de caza. 5.º Caeceria, y un rosal cargado de rosas en un paisaje. 6.º Frutas y caza. 7.º El mismo asunto. 8.º Un perro danés que se lanza de un perisillo sobre una perra espantada que tiene sus hijuelos en un estanque lleno de cañas verdes de siete pies sobre cinco de alto. 9.º Un grupo de piezas de caza colgado de un clavo y un gato, y 10.º el mismo asunto con un perro en lugar del gato.

El autor de estos cuadros cuyo pincel estaba lejos de manifestar la debilidad de su edad avanzada, tenía entonces 80 años, y al año siguiente espuso aun cinco cuadros mas!

ABSOLV.

#### ADELANTOS CIENTÍFICO-INDUSTRIALES EN 1851.

PRUEBA MATERIAL DE LA ROTACION DIVINA DE LA TIERRA.

Todavía no existía ninguna demostración física, visible y accesible para todos de la rotación diurna de la tierra. En 1851 se ha encontrado esa prueba cuya posibilidad parecía tan dudosa.

M. Léon Foucault es el autor de esta descubrimiento tan interesante. Hé aquí la descripción de su aparato:

En lo alto de una bóveda se coloca con solidez una fuerte pieza de hierro colado, de la cual sale una pequeña masa de acero cuya superficie libre y perfectamente horizontal, deja colgar un alambre de acero también muy delgado. Este alambre se estienda hasta dos ó tres veces de largo, y sostiene por su estremidad inferior una esfera de latón pulimentado que pese hasta doce libras. El centro de gravedad de la esfera coincide con el centro de un círculo trazado debajo de ella en el suelo ó sobre una mesa, y en el cual se encuentran marcados los puntos cardinales y los grados de la tierra.

En el momento de proceder á la operación se comienza por anular la torsión del alambre y las oscilaciones girato-

rias de la esfera, á la cual se aparta enseguida de su equilibrio sujetándola con la lazada de un hilo cuya estremidad libre se ata á un punto fijo en la pared á poca distancia del suelo. El desequilibrio del péndulo queda arbitrariamente establecido por la longitud del hilo.

Hecho esto se necesita amortiguar, por medio de un obstáculo que se va retirando poco á poco, el movimiento oscilatorio que el péndulo ejecuta todavía bajo la dependencia del hilo y del alambre. Reposado ya todo se quema el lazo y obedeciendo el péndulo entonces solamente á la fuerza de la gravedad, entra en acción y produce una larga serie de oscilaciones cuyo plano no tardará en experimentar un desvío sensible.

Al cabo de media hora es tal el cambio, que se manifiesta á todos; pero todavía se le hace mas evidente sirviéndose, por ejemplo, de una aguja fija verticalmente en un pedestal, la que se coloca en tierra de manera que en sus vaivenes vaya la prolongación apendicular del péndulo á rozarse con la punta fija. En menos de un minuto la exacta coincidencia de los dos puntos deja de reproducirse; y la oscilación se desvía constantemente hacia la izquierda del observador.

El inventor M. Foucault ha hecho numerosos experimentos de su sistema en el observatorio de París á presencia de los hombres científicos y en el Panteon delante del público. Todas las asambleas sabias de Europa se han apresurado á ensayar el aparato de M. Foucault y todas lo han hecho con el mayor éxito.

Segun parece, el inventor debió la primera idea de su péndulo á una observación casi tan sencilla como la caída de la manzana que enseñó á Newton la ley de la gravedad. Parece que acostumbrado á frecuentar las iglesias le llamó la atención la circunstancia de que las lámparas suspendidas del techo, se le presentaban cada vez por un lado diferente, lo cual suponía un movimiento constante. Empeñado en descubrir la causa de este fenómeno, tropezó con su invención, una de las mas notables del año que ha terminado.

*Sustitucion de la potencia electro-magnética al vapor.*  
El sabio profesor anglo americano M. Page ha consagrado largos años de estudio á la solución de este problema, que tanto simplificaría la locomoción por los ferro-carriles. En Washington se ha verificado hace pocos meses un experimento en que el público ha visto funcionar una máquina movida por aquella nueva fuerza. Es verdad que antes de comenzar, el profesor Page anunció al público que se habían rotó dos piezas de la batería de que iba á valerse, razon por la cual no podría hacer un ensayo satisfactorio de su aparato. Sin embargo de esto, la locomotriz se puso en movimiento, sin ruido ni sacudimientos y recorrió lentamente una estension de dos ó trescientas varas. Después de una pausa volvió atras, tomó otra vía, avanzó en la dirección de Baltimore y regresó por último al embarcadero.

Es imposible desconocer la inmensa importancia de este experimento cuando se piensa que las primeras tentativas hechas para la aplicación del vapor á las locomotrices, no fueron ni con mucho tan satisfactorias. En nuestro concepto este es el acontecimiento científico industrial mas importante que ha ocurrido hace muchos años.

*El alcohol aplicado á los caminos de hierro.* Otra invención se ha introducido durante el año 1851 en el ferro-carril de los Estados Unidos que conduce al lago Erie. Consiste en usar por combustible el alcohol en vez del carbon

de piedra. La producción del alcohol en aquel país es mucho menos abundante que la del carbon, y aquel agente da el calor suficiente para producir vapor con todas las condiciones que se requieren.

*Descubrimiento de un planeta.* El astrónomo Flind de Londres continuó el año pasado sus investigaciones logrando añadir á los planetas *Iris*, *Flora* y *Victoria* que ha descubierto, otro al cual ha puesto el nombre de *Frene* en conmemoracion de la Exposicion universal y por consejo del célebre Herschell.

El nuevo astro es comparable por su resplandor con una estrella de novena magnitud y se halla colocado entre *Marte* y *Jupiter*. Se le designará en los mapas uranográficos por una paloma coronada de una estrella llevando en la boca una rama de olivo.

#### ESCENA DE UNA NUEVA COMEDIA DEL SEÑOR BRETON DE LOS HERREROS.

La escena que presentamos aquí á nuestros lectores sacada de la última producción dramática del señor Breton de los Herreros, titulada *Por poderes*, es un delicado análisis de la coquetería y como tal ha merecido los elogios del público y de la prensa toda de Madrid. Laura discutiendo con su primo don Severo sobre si es coqueta ó no es coqueta, le dice:

... Coqueta es vocablo que tiene dos acepciones. Hay coquetas que por ciego orgullo ó loca ambicion, cautivan un corazón para desgarrarlo luego; que quieren fama de bellas adquirir á todo trance, y armar cada dia un lance solo porque se hable de ellas; que se envanezen; se halagan con las almas que corrompen, con los vinculos que rompen y las fortunas que tragan; coquetas, en fin, que el hombre suele llamar de ese modo, porque es mas culto el apodo que su verdadero nombre. Ni esa es, general, mi esfera, ni evitido su infame culto... no me hará usted el insulto de imaginario siquiera. Oh! jamás.

SEVERO.  
LAURA.

Pero tambien coquetería se llama el arte con que una dama usa cierto ten con ten... ¿Cómo?

SEVERO.  
LAURA.

Ese tira y afloja á que el hombre nos precisa, que si cedemos, nos pisa; si resistimos, se enoja. Nuestra mision en la tierra es agrandar al tirano que nos sejoura inhumano; quien piensa esa cosa yerra. Hasta al misero mortal que miramos con desden

queremos parecer bien cuando le tratamos mal. Es don al sexo inherente, y que en este sentido ose decir yo no he sido, yo no soy coqueta, miente. A falta de iniciativa, porque el hombre la usurpó, el cielo esta arma nos dió ofensiva y defensiva.

Ya con siervos, ya con amos, ya con flores, ya con mimos, callamos lo que sentimos. Decimos lo que callamos. Y aquí no hay contradicción, aunque al parecer la pinto: es un hecho, es un instinto, y quizá una obligación. De amor que goza y no lidia crea está la sociedad.

que no es goce en realidad el que nadie nos envía. Y ustedes, ¿no son volubles? ¿Son para el hombre proteo ni de amor ni de himeneo los lazos indisolubles? Mientras la vara se tuerza siempre contra la mujer, ¿lo será justo poner la astucia contra la fuerza? Si á nosotras nos sugiere un poco de veledad la triste necesidad.... ó el cálculo, si se quiere, tal vez por verlo y por galar nos seducen el hombre fuerte, y después que nos pervierte nos envía moramala; y pues, falso en sus lisonjas cuanto severo en sus fallos, allá inventó los serrillos y aquí suprime las monjas, no se queje de las tretas con que amargamos sus gustos; no sean ellos injustos y ellos no serán coquetas.

#### LA CARIDAD.

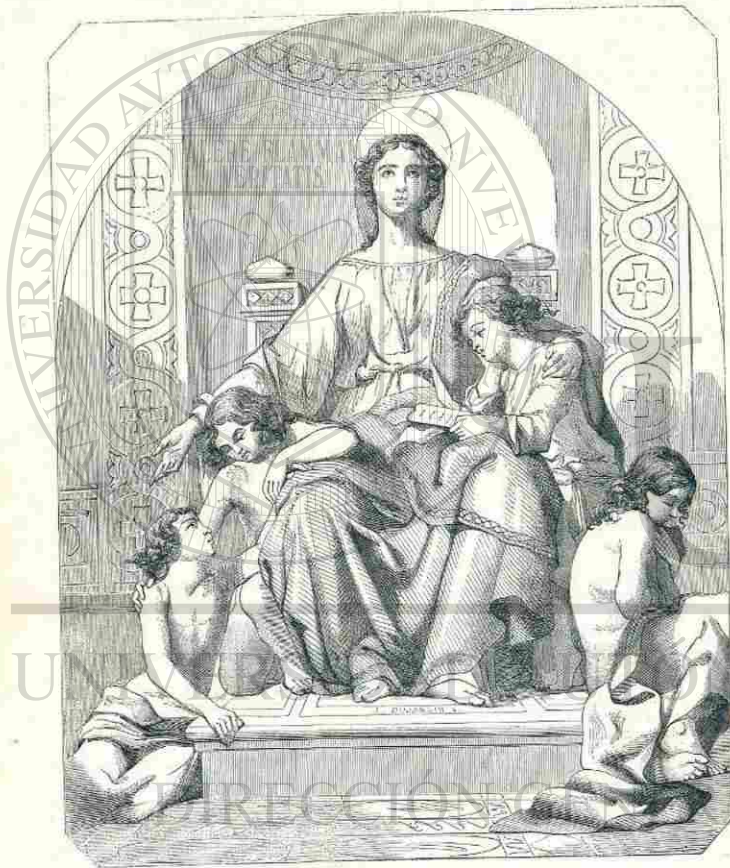
*La caridad viene de Dios.* Tal es el letrero que tiene el cuadro que se ve representado en nuestra lámina. El artista ha buscado su composición lejos de la idea vulgar que simboliza la caridad solo en la limosna, representándola en su obra como una especie de emanacion visible de la bondad divina, como un anillo simpático destinado á ligar á todos los hombres.

La Caridad se halla en medio de un grupo de criaturas que manifiestan las diferentes acciones que puedan salir de ella. A la izquierda se ve una que la Caridad está instruyendo, y mas abajo hay una niña cubriéndose con el ropaje que le acaba de dar; á la derecha está un niño en cuyo corazón ha hecho penetrar la llama divina de que rebosa el suyo y que atrae hacia sí al huérfano enfermo y abandonado.

Rodeada de estas graciosas personificaciones de la Fraternidad, de la Instrucción y del Pudor, la Caridad alza al

cielo sus ojos y parece mostrarle esa triple expresión de su misión terrestre; devuelve á Dios lo que ha venido de él, murmurando las palabras que Dios dió por ley al mundo: *Anémonos los unos á los otros.*

Todo se halla comprendido en este sublime precepto. La Caridad (*Caritas*) significa Amor. Toda sociedad humana fundada en otro principio lleva en sí misma los gérmenes de su destrucción. El interés es un lazo movedizo porque el



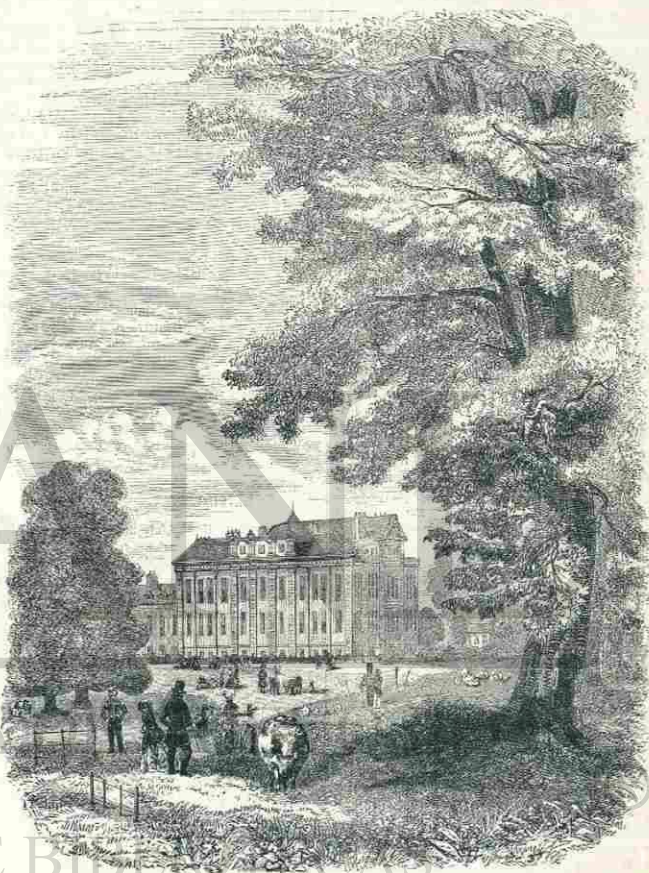
La Caridad.—Copia del cuadro de M. Landello.

interés cambia, la razón, una regla incierta, porque la razón se extravía; los contratos, una débil barrera, porque las pasiones se hallan siempre dispuestas á desgarrar los contratos, solo la Caridad, es decir el Amor, eterniza la unión haciendo indispensable para todos la cadena.

Pero cómo podría mantenerse este Amor sin el manantial eterno de que dimana? Cuando dijo San Juan que la Cari-

dad viene de Dios, quiso decir que un río no puede venir mas que de su nacimiento. Qué otra cosa es en efecto la fraternidad humana sino un beneficio de Aquel que lo ha creado todo? Para poder decir á otro hombre *Hermano mío*, es menester haber dicho antes á Dios *Padre mío*. Él es quien ha establecido el parentesco entre nosotros, y por él nos amamos todos.

PALACIO Y JARDINES DE KENSINGTON.



El palacio de Kensington en Londres.

El palacio de Kensington se halla situado en el barrio mas elegante de Londres, en la estremidad oeste de la población donde se hallan las mas hermosas casas, los parques y los jardines dejando lo demas de la altiva y populosa ciudad casi sin aire ni paseos. Su arquitectura es bastante irregular, no tiene otra cosa de imponente que sus proporciones, y parece protestar, por su aridez, contra los progresos

de las artes y de la industria. La hermosura de sus jardines, que confinan con Hyde Park, es la única cosa que puede esplicar el favor con que le honró Guillermo III, cuando le compró al lord canceller Finch. Posteriormente, la reina Maria y la reina Ana, hicieron allí numerosos plantíos, y ensancharon los paseos, que veinticinco años despues la reina Carolina, mujer de Jorge II, hizo dibujar de

nuevo bajo su dirección, por un pintor, un arquitecto y un jardinero. Hacia la misma época, Ben pintó la escalera principal y los techos de muchos salones. Los aposentos se hallan adornados de cuadros de valor y de retratos de grandes maestros. El 29 de noviembre de 1836 un terrible huracán devastó los jardines arrancando de raíz ciento treinta y dos árboles. Este paseo tiene seis puertas, de las cuales cuatro dan á Hyde Park, y no pueden entrar allí los criados con librea ni los perros.

Los reyes que mostraron más predilección por esta residencia fueron Jorge II y su mujer. Si los apóstrofos, mudos testigos de nuestra vida íntima, pudiesen guardar un eco del pasado, los miras de ese palacio resonarían con las retrepasas carcajadas, los gritos de cólera, y el tono estrepitoso de aquel monarca que sin haber perdido su naturalidad alemana en el trono de Inglaterra, reinaba la pesadumbre y la obstinación tedesca, con las pretensiones de galantería y ligereza francesa del siglo XVIII. Buen hombre en el fondo y no careciendo de sensatez ni de valor, Jorge II tuvo la dicha de haber hallado en la reina Carolina un consejo de un talento superior, de un tacto delicado y de una paciencia inespionable. Secundada por Sir Roberto Walpole, el más recto y dichoso de todos los ministros ingleses, logró hacer de su marido un hombre muy notable, á sí mismo, super contribuyeron eficazmente á la prosperidad de su reinado. Las memorias de aquella época dicen que ella gobernaba al rey, como los sacerdotes del paganismo gobernaban á sus ídolos, estando prosternados delante del altar, recibían en público, con todas las apariencias de un ferviente respeto, los oráculos que habían dictado secretamente. El rey ignoraba hasta tal punto este poder oculto de la reina, que empujando un día los ministros reinado en tiempo de sus predecesores dijo: « Carlos I fué gobernado por su mujer, Carlos II por sus favoritos, el rey Jacobo por sus sacerdotes, el rey Guillermo por sus partidarios, la reina Ana por sus mujeres, y mi padre (Jorge I) por todos los que podían llegar á él. » Y luego volviéndose con un aire satisfecho y triunfante hacía los que le oían, añadió, sonriendo: « ¿Quién es quien gobierna hoy? » Ay! la misma reina no gobernaba sola. Muchas veces se deshacía en combinaciones ingenuas en beneficio de la política del ministro Walpole, y por este sufra todos los días una conversación de siete horas con el rey, diciéndole lo que no pensaba, y alabando todo aquello que desaprobaba en su interior, porque rara vez se hallaban acordes en nada, y Jorge II era demasiado testarudo para que ella se atreviese á chocar con él de frente.

Debemos añadir también que la reina Carolina no empleó la influencia que conservó hasta su muerte sino en beneficio de su real esposo y de la Inglaterra. Si algunas de sus camareras sacaron un provecho particular de sus favores, la reina no fue nunca cómplice de estas bajezas. Horacio Walpole cuenta sobre este punto en sus *Memorias* la siguiente anécdota siguiente:

« Lady Sundon acaba de morir, después de haber sido la favorita de la reina, que sin embargo afectaba despreciarla, atribuyéndose su influencia á un secreto que había sorprendido. Yo dije á lady Pomfret: « Ha debido morir muy rica, « á lo que esta me contestó con presteza: « Nunca tomó dinero. « Al volver á casa repetí este dicho á mi padre (Sir Roberto Walpole), el cual me respondió: « Es verdad, pero tomaba alhajas. « Lord Pomfret la pagó su empleo con un par de pendientes de diamantes que valían mil cuatrocientos libras. Me acuerdo que un día los llevaba yendo de visita á casa de la anciana duquesa de Marlborough, que cuando ella salió, dijo

á lady Montague: « Se ha visto una impudencia mayor que la de esa mujer que se presenta con semejante *gropino* en las orejas? — Y cómo se ha de saber donde se vende vino sin la muestra? » respondió lady Mary. »

« Sir Roberto contaba también que en la embriaguez de su niñera, lady Sandon le había propuesto que se reuniera á ella para gobernar el reino. Sir Roberto la hizo un profundo saludo, asegurándole que no conocía á nadie mas capaz de reinar que al rey y á la reina. »

« A la muerte de mi madre, que era de la edad de la reina, continuó Horacio Walpole. Su Magestad hizo á mi padre muchas preguntas, y notó que insistía particularmente en los resultados peligrosos de una hernia, aunque no hubiese nada de común entre esta enfermedad y la que había padecido mi madre. Al volver á casa me dijo: « Ahora sé cuál es el secreto que le ha valido á lady Sundon su poderoso ascendiente. » Y yo me vaciaba; la reina Carolina murió en 1737 de una hernia rebatida, cuyos progresos había ocultado con el mayor cuidado. Nadie, ni aun en la misma familia, sospechó la naturaleza de aquel mal, atribuyendo todos sus padecimientos á la gota que había combatido varias veces con baños fríos, arriesgando su vida á fin de no interrumpir sus paseos con el rey; unos aseguran que murió en Hampton-Court, y otros dicen que espiró en Kensington, donde había ido á pasar algunos días. »

Esta anécdota y ingenuidad figura nos seguía bajo las sombras de Kensington plantadas por ella misma, en las arboledas que tantas veces recorrió, y que se reflejan en los espejos del palacio, como por todas partes de su reinado.

#### REVELACIONES ASTRONOMICAS.

M. Alejandro de Humboldt ha hecho una revelación importantísima en una de las sesiones celebradas en la academia de ciencias de Berlín, acerca de los movimientos que de resultas de una ilusión óptica parece que realizan ciertas estrellas fijas.

El 17 de enero del pasado año se observó en Trieste entre las siete y las ocho de la noche, que la estrella Sirio, la cual se hallaba entonces poco lejana del horizonte, parecía que se iba elevando por grados, y otras hacia la izquierda describiendo a menudo una línea curva. Los observadores eran un estudiante llamado Keme y un guardabosque, personas ambas del mayor crédito. La familia del último también se hallaba presente á la aparición del fenómeno.

El estudiante Keme, que apoyaba la cabeza contra una pared permanecía completamente inmóvil, creyó ver claramente elevarse la estrella Sirio en línea recta por encima del tejado de una casa, volver á descender rápidamente, y ocultarse un momento á su vista para volver á aparecer de nuevo. Dichos movimientos parecían recorriéndolo una extensión tan grande, que los espectadores creyeron en un fenómeno que el pronto luminoso que veían agitarse era un faro colgado de un cometa. La brillantez de la estrella variaba tanto como su posición, pues algunas veces llegó á ser casi imperceptible, á pesar de hallarse la atmósfera completamente serena.

Semejante extraño fenómeno no ha sido único en su género, pues se ha aparecido dos veces en el mismo punto; la una á Humboldt, y cincuenta años después al príncipe Adalberto de Prusia.

Hé aquí como describe Humboldt la observación que hizo en su última obra publicada: (*Cosmos, cap. 3, párrafo 65.*)

« Hallábase el 22 de junio de 1799 en el verilento del Pico de Tenerife en Malpays, pocos momentos antes de la salida del sol, y á una altura de cerca de 3.475 metros sobre el nivel del mar. Á la simple vista observé que las estrellas mas bajas se agitaban en apariencia á impulsos de un movimiento en extremo extraño. Algunos puntos brillantes parecía que se elevaban á veces por los aires, luego oscilaban y volvían por último á ocupar su primitivo puesto. El fenómeno duró tan solo siete ó ocho minutos y cesó un largo rato antes de la aparición del sol por el horizonte de la mar. Con el ausilio de un anteojos se percibía claramente todo, y cuanto mas observé mas me persuadí de que eran las mismas estrellas las que se movían. »

En su viaje á las regiones equinociales, como primero, párrafo 125, se expresa así dicho sabio sobre el mismo asunto: « Cualquiera creería que eran pequeños cohetes lanzados al aire. Algunos puntos luminosos elevados á la altura de unos 7 á 8 grados, parecía que se agitaban primeramente en una dirección vertical, y después oscilaban en dirección completamente horizontal. Dichos puntos luminosos eran las imágenes de varias estrellas que habian aumentado de tamaño en apariencia por la interposición de los vapores de la atmósfera. »

Deberán atribuírse semejantes refracciones á la refracción lateral sobre que tan acaloradas discusiones se han suscitado? Existirá alguna analogía entre las variaciones ondulatorias que la parte vertical del sol presenta en su aspecto varias veces al verificarse la salida de dicho astro, y las oscilaciones polares que Carlini ha observado en tantas y tan repetidas ocasiones?

De cualquier modo que sea, no es extraño que los movimientos observados aparezcan mayores cuanto mas próximo se halla el observador del horizonte en que se notan, á consecuencia del fenómeno familiar de la ilusión óptica.

De desear sería, pues, que los viajeros que acuden al Pico de Tenerife provistos de instrumentos astronómicos, no desafiases una observación mas detallada del fenómeno de que nos hemos ocupado.

#### LOS DIEZ TRABAJADORES DE LA VIEJA AGUA-VERDE.

Ya han principiado las veladas de invierno en la granja de Guillermo. Después del trabajo quotidiano toda la familia se reúne en torno de la lumbre, acudiendo también algunos vecinos porque en esos solitarios valles de los Vosges, las habitaciones son bastante raras, por lo cual la veintidós constituye una especie de parentesco.

Allí, alrededor de la lumbre, se establecen y se estrechan las amistades. El suave calor de la chimenea, la alegría de la reunión y de la palabra, traen consigo las confidencias, los corazones se abren sin sentir y se firman en comunión proyectos.

Algunas veces viene el tío Prudencio á la velada, no obstante que vive lejos, y entonces hay en la granja una verdadera fiesta, porque el tío Prudencio sabe mas cuentos que todos los habitantes de la montaña. No solo tiene en la memoria todo lo que han contado los abuelos, sino tambien lo que dicen los libros. Sabe el origen de todas las cosas antiguas y la historia de todas las familias, con los nombres de las grandes piedras cubiertas de musgo que se alzan en las alturas en forma de columnas ó de altares, en una palabra es la tradición viva de aquella comarca.

Ademas es un hombre entendido, y habiendo aprendido

á leer en los corazones, muy raro es que no descubra la causa del mal que puede atormentarlos. Otros conocen remedios para las enfermedades físicas; el viejo campesino sabe algunos para las enfermedades morales.

Esta es la primera vez, después de año nuevo, que el tío Guillermo se presenta en la granja, y todo el mundo lanza al verle un grito de alegría. Se le deja el mejor puesto cerca de la lumbre, formando círculo en torno suyo: Guillermo coge su pipa y se sienta enfrente. El tío Prudencio se informa detenidamente de todas las personas y de todas las cosas. Pregunta cómo va la simiente, y si han crecido mucho los últimos pollos. La joven ama le responde á todo con distracción, porque la hermosa Marta piensa muy á menudo en el lugar donde ha sido criada, acordándose de los bailes en la pradera, de los paseos por los trigos con las jóvenes risueñas que iban cogiendo flores en los cercados, y de las largas conversaciones en la fuente. Por eso Marta se queda á veces con los brazos colgando y la cabeza baja meditando en lo pasado.

Tambien esta misma noche, en tanto que trabajan las demás mujeres, ella está sentada delante de su toro parado; la ruca está cargada de lino á su cintura, y sus distraídos dedos juegan con el pedazo de hilo que cuelga de sus rodillas.

El tío Prudencio lo ha observado con sus sagaces ojos, y sin decir palabra, porque sabe que los consejos son como las medicinas amargas que se dan á los niños: para que las tomen hay que saber escoger el medio y el momento.

Sin embargo la familia y los vecinos le rodean diciéndole:

— Un cuento, un cuento, tío Prudencio.

El campesino se sonríe y lanzando una mirada á Marta que continúa burlando, responde:

— Con que siempre tenemos lo mismo? voy pues á complacerlos. La última vez os hablé de aquellos tiempos en que los ejercicios de los paganos desolaban nuestras montañas, aquello era para los hombres; hoy voy á hablar con los niños y con las mujeres: entonces nos ocupamos de Cesar, ahora vamos á pasar á la vieja *Agua-Verde*.

Todo el mundo soltó una carcajada; cada cual se acomodó en su puesto, Guillermo volvió á encender su pipa, y el tío Prudencio empezó su narración en estos términos:

Este no es un cuento de *hadiza*, hijos míos, es una verdadera historia, porque la aventura sucedió á nuestra abuela Carlota, que Guillermo ha conocido y que era una mujer de mucho ánimo.

La abuela Carlota había sido joven tambien en su tiempo, lo que parecía increíble cuando se veían sus canas y su nariz engorriada siempre en conversación con su barba; pero los de su época decían que no había hablado muchacha mas guapa y alegre en la comarca.

Desgraciadamente, Carlota se había quedado sola con su padre, á la cabeza de una hacienda con mas deudas que rentas, tanto que la pobre joven, que no había tenido nunca semejantes cuidados llegó á desfallecer y no hacia nada pensando en querer hacerlo todo á un tiempo.

Un día pues que estaba sentada á la puerta con las manos en el delantal como una señora que tiene salvaciones, principió á reflexionar de esta manera:

— Dios me perdona, pero ningun cristiano ha tenido nunca una tares como la que yo tengo. Á mi edad, sola, y con tantos cuidados! Aunque cuando fuera mas diligente que el sol, mas pronta que el agua y mas fuerte que el fuego, no podría dar abasto á todo lo que hay que hacer en casa



Ah! porqué no vive aun la célebre vieja Agua-Verde, ó porqué no la llamaron á mi bautismo? Si pudiese oírme y quisiera socorrerme, acaso saldríamos, yo de tantos cuidados, y mi padre del mal estado en que se halla.

— Pues alégrate, que aquí estoy! interrumpió una voz.

— Y Carlota vió delante de sí á la vieja Agua-Verde que la miraba apoyada en su cayado.

Al pronto la joven tuvo miedo, porque la vieja llevaba un vestido que no se usaba en aquellos contornos; todo el consistía en un pellejo de raná cuya cabeza la servía de capucha,

y estaba tan fea con su vejez y sus arrugas, que aunque hubiera tenido un millón de dote no habría podido encontrar un esposo.

Sin embargo, Carlota hubo de sosegarle lo bastante para preguntar á la vieja Agua-Verde con voz un poco trémula, pero con política, si tenía algo que mandarla.

— Al contrario, vengo á que me mandes tú, replicó la vieja; he oído que te quejabas, y te traigo un remedio para salir de apuros.

— Ah! Habláis formalmente, buena anciana? exclamó Car-



Una cocina en los Vosges. — Dibujo de Valentín.

lota, familiarizándose con ella al punto; me traéis un pedazo de vuestra varita de virtudes para que el trabajo se me haga fácil?

— Te traigo otra cosa mejor, respondió la vieja; te traigo diez trabajadores que ejecutarán cuanto les mandes.

— Y en dónde están? exclamó la joven.

— Voy á enseñártelos.

Y al decir esto abrió su manto y salieron diez enanos de tamaños desiguales.

Los dos primeros eran muy cortos, pero muy anchos y robustos.

— Estos, la dijo, son los mas vigorosos; ellos te ayudarán en toda clase de trabajo dándote en fuerza la destreza que les falta. Estos que les siguen son mas grandes y diestros; saben ordeñar, hilar el cáñamo y los demás quehaceres de

la casa. Sus hermanos que ves aquí tan altos, son muy hábiles para manejar la aguja, como lo prueba el dedalito de cobre que llevan por montera. Estos otros dos que llevan por cinturón una sortija, no podrán ayudarte á otra cosa mas que al trabajo general, así como los últimos que están llenos de buena voluntad y de buenos deseos. Apuesto á que los diez te parecen poca cosa, pero vas á verlos trabajar para que juzgues.

Al decir esto, la vieja hizo una señal, y los diez enanos dieron un salto. Carlota los vió ejecutar sucesivamente desde el trabajo mas duro hasta el mas delicado, disponiéndolo y arreglándolo todo. Loco de contento lanzó un grito y estendiendo los brazos hacia la vieja exclamó:

— Ah! si me prestais esos diez trabajadores, no pido nada mas al Hacedor del mundo.

— No te los presto, te los doy, replicó la vieja; únicamente, como no podrías llevarlos contigo cuando vas á cualquier parte sin que te acusaran de brujería, los mandaré que se hagan mas pequeños y que se oculten en tus diez dedos.

Cuando esto se efectuó, la vieja Agua-Verde continuó:

— Ahora sábes que tesoro posees; todo ya depende de tí. Si no sabes gobernar á tus pequeños criados, si los dejas entorpecidos en la holganza, no sacarás de ellos partido ninguno; pero dales una buena direccion, para que no se duerman, no dejes nunca tus dedos ociosos, y el trabajo que tanto te espantaba se hará como por encanto.

La vieja había dicho la verdad, y vuestra abuela que siguió sus consejos, logró no solo restablecer su hacienda, sino tambien ganar una dote á cuyo beneficio se casó decentemente, y que la sirvió para educar ocho hijos que tuvo en su matrimonio. Desde entónces es una tradicion entre nosotros que la abuela trasmitió los diez trabajadores de la vieja Agua-Verde á todas las mujeres de la familia, y que á poco que estas ayuden, los pequeños trabajadores se ponen en movimiento, y por eso tenemos entre nosotros la costumbre de decir que en los diez dedos del ama se hallan la prosperidad, la alegría y el bienestar de la casa.

Al pronunciar estas últimas palabras, el tio Prudencio se volvió hacia Maria. La joven se puso encarnada, bajo los ojos y alzó su ruca.

Guillermo y su primo se miraron.

Toda la familia silenciosa reflexionaba en la historia del tio Prudencio. Cada cual trataba de penetrar su sentido, aplicándose á sí mismo, pero la buena laboradora habia comprendido la leccion que se la daba, porque la alegría habia vuelto á su rostro, el torso se movia rápidamente, y desaparecia el lino de la ruca.

## EL NIDO DE CIGÜEÑAS.

POR

ELIAS BERTHET.

(Véase las págs. 5, 14, 21, 26, 31, 35, 38, 42, 46, 71, 82 y 90.)

La tradicion dice tambien que en esa cueva ocultaron mis antepasados sus riquezas; quizá hay allí bastante oro para levantar de nuevo nuestra fortuna; pero eso, subterráneo que habia descubierta la indigna Berta al señor de Stoffensel, nadie sabe ahora en dónde está... Hermana fué el ultimo que lo supo; pero siliado en el castillo en 95, y luego llevado á Francia, prisionero, no ha podido transmitir á mis padres ni á mis tíos ninguna noticia sobre este asunto; sin embargo, envié á decir verbalmente « que se tuviera cuidado con las cigüeñas del Steinberg. » Mucho tiempo busco mi padre el sentido de este aviso que á su vez tambien me transmitió, y por eso... pero paciencia, paciencia!

Y al decir esto mostraba su puño cerrado á un enemigo invisible rechamando los dientes, y luego dijo á Magdalena:

— Continúa.

— No me atrevia á hablar del Camino de la Huida en vuestra presencia, repuso firmemente la buena anciana, porque sé lo que vale para los señores del Steinberg este secreto... Por ese subterráneo se introducía el hermoso Escudero para ver á la señorita Berta de Steinberg, hasta que una mujer del castillo entero al baron Manuel de lo que pasaba con su hija. Berta era bien culpable, porque habia en-

señado á los eternos enemigos de su familia una cosa que comprometía la seguridad del castillo y de sus habitantes. Sin embargo, como el baron adoraba á su hija la preguntó si amaba al señor de Stoffensel. Quizá, en su cariño paternal, alimentaba la idea de perdonarla si reconocía su falta con una confesion sincera, pero Berta conociendo los obstáculos insuperables que se oponian á su union con su amante, tuvo valor para disimular la verdad. En vano la rogó su padre de mil modos; juró mil veces que el hermoso Escudero la era tan odioso como todos los caballeros de su linaje. El baron no dijo nada, pero tomó sus medidas, y la noche siguiente sorprendió al señor de Stoffensel en el cuarto de la imprudente joven...

— Y cómo se vengó? preguntó Wilelmina interesada á pesar suyo en el desenlace de esta historia.

— Yo os lo diré, hermana mia, interrumpió el mayor; nuestro abuelo llamó á un fiel servidor de la casa, un hombre callado hasta la muerte, como quien dijera Fritz Reutner; llevaron á Berta y al hermoso Escudero al subterráneo de que hicieron tan culpable uso, y les encerraron en él... los dos amantes se murieron de hambre... algun tiempo despues se encontraron sus esqueletos descarnados...

Wilelmina lanzó un grito y se cubrió el rostro con ambas manos. Magdalena tambien se hallaba en el colmo del espanto.

— Con que el baron Manuel fué tan cruel? balbuceó Wilelmina atemorizada.

Enrique aparentó no haberla oído; se levantó y se puso á andar por el aposento.

— Si, sí, decía como hablando consigo mismo; así se vengaban en otros tiempos; así me habria yo debido vengar tambien... y porque no lo he hecho me ha abandonado Dios entregándome al demonio. La familia de Steinberg se ha cubierto de oprobio, de ruina y de vergüenza! Satan, añádo volviéndose hacia la puerta que estaba entornada; dame una venganza semejante á la del baron Manuel, y tendrás en cambio mi alma.

Al decir esto se detuvo como quien espera una respuesta; un instante despues una sardónica sonrisa asomó á sus labios.

— Satan no quiere porque la tendrá por nada... Y luego dirigiéndose á las dos mujeres que estaban petrificadas de espanto, añádo: ya es tarde, separaos... Magdalena Reutner, deja á esa joven sola para que medite en las desgracias que ha traído á nuestra casa... y tú vuelve á tu cuarto trata de rezar si puedes...

— Señor baron, me habia propuesto pasar una noche mas al lado de Wilelmina...

— Te digo que te vayas.

Magdalena me insistió, con tanto mas motivo cuanto que vió al baron que se disponia tambien á marcharse. Sin embargo, se inclinó al oído de Wilelmina, y la dijo:

— No tengas cuidado, Fritz Reutner no le perderá de vista hasta que se ausente. Adios, no hay que desobedecerle, porque eso le irritaría mas.

Y dicho esto se adelantó hacia la puerta, volviéndose á cada paso. El baron en pie delante de Wilelmina, la miraba con ojos chispeantes. De repente alzó su escopeta como si hubiese concebido el designio de apuntarla con ella. Wilelmina estuvo á punto de lanzar un grito... pero al instante Enrique bajó su arma, se acercó á la joven y la dió un beso en la frente diciéndola con un acento dulce y afectuoso:

— Buenas noches, hermana mia.

Y salió con tanta presteza que Whilemina no tuvo tiempo para volver en sí, y devolverle su fraternal saludo.

Ya sola en el aposento, oyó algunos instantes después los pasos desiguales del mayor que subía por la tortuosa escalera de la torre, y las ligeras pisadas de Magdalena que se volvía á su cuarto, después de lo cual Whilemina cayó en un profundo abatimiento.

Debilitada por los padecimientos físicos estaba á punto de sucumbir bajo el peso de tantos males.

Llena su imaginación con los recuerdos de unos sucesos en que la realidad y lo maravilloso se confundían tanto, evocaba extrañas y sombrías imágenes...

Todo lo que la realidad debía contribuir también á aumentar estos errores; el silencio más profundo reinaba en el castillo; la lámpara arrojaba una luz pálida y sinistra en torno de ella; los antiguos muebles refulgían ó gemían sin causa aparente, y los desagarrados tapices se agitaban con el viento.

Las misteriosas palabras de su hermano, las historias lugubres que había oído últimamente, poblaban su soledad de espantosos fantasmas. Largo tiempo permaneció presa de estas visiones, que trataba de ahuyentar y que volvían á ella incansablemente.

Apenas se atrevía á enjugar las gotas de sudor frío que inundaban su frente, y se estremecía con los movimientos de su sombra sobre la pared.

Por fin trató de dominar sus terrores, y se arrodilló para hacer sus oraciones.

El mismo silencio seguía reinando en el Steenberg; únicamente se oían por intervalos algunos gritos ahogados que parecían gemidos.

Whilemina creía distinguir la voz de su hermano hablando con el espíritu de las tinieblas; en vano trataba de elevar á Dios sus pensamientos; el terror la tenía clavada á la tierra.

De repente se levantó y aplicó el oído; un ruido sordo, singular, pero continuo y muy distinto resonaba á su lado, parecido á una succación ó trabajo subterráneo.

Unas veces este ruido se oía en el techo de madera, y otras bajo las losas de piedra; por momentos parecía salir de la goleta chimenea donde silbaba el viento, y luego resonaba por detrás del cuadro ante el cual estaba arrodillada.

En la situación de ánimo en que estaba la joven se poe de comprender que concibiera ideas supersticiosas.

—Oh, Dios mío! dijo alzando las manos hacia el cielo, habéis permitido al espíritu maligno que atormente así á las criaturas humanas?

Sin embargo, el ruido se iba acreciendo más y más hasta que al cabo pareció fijarse en la voz chimenea que parecía que iba á venir á tierra; Whilemina loca de espanto con los cabellos erizados, los brazos extendidos, esperaba á que iba á pasar sumergida en angustias mortales.

## XXIII.

Volvamos ahora á la posada de la aldea en donde hemos dejado á Frantz entre Ritter y sus aguaciles.

Su resistencia fué corta, porque conocía que era inútil; así, pues, se dejó arrastrar al comedor, en donde se hallaba ya Alberto Schwartz preso también.

Alberto sentado entre dos hombres de la policía encargados de vigilarle, fuma filosóficamente en su pipa, sin manifestar enfado ni descontento.

Frantz por el contrario estuvo á punto de abandonar á la desesperación por haber sido preso en un momento en que su libertad le era tan preciosa.

Los buenos tratamientos de Ritter y de sus gentes en cuanto no opuso ya ninguna resistencia, le persuadieron de que le habían reconocido; iban á llevarle á su irritado padre, volviéndole á poner bajo la autoridad de su hermano altanero y celoso.

Sin embargo, al notar que también Alberto estaba preso, comprendió que acaso se podría sacar algún partido de aquel error que se había cometido.

—¿Qué significa esto, señores? preguntó con dignidad cuando llegó en medio de la sala. ¿Qué crimen he cometido?

—Pronto sabremos si nos hemos engañado, caballero, dijo Ritter, desplegando un papel que llevaba en la mano; pero esta vez no me dejaré engañar por nadie... Si el señor Sigismundo Muller estuviese aquí también le prendería hasta saber quién de vosotros es el conde Federico de Hohenzollern.

Una secreta esperanza penetró en el corazón de Frantz, porque Ritter estaba menos instruido que lo que él se había figurado; el gran peligro que corría le devolvió su presencia de espíritu.

—Y aun cuando lo supieseis, contestó, con qué derecho...

—Mi derecho es evidente, caballero, dijo el sumiller consultando el papel que tenía en la mano, aquí tengo una orden del gran duque de Baden, á petición de S. A. el príncipe de Hohenzollern mi soberano, autorizándole para prender al conde Federico de Hohenzollern.

—Y qué tenemos que ver mi amigo y yo...

—Os dare algunas explicaciones, respondió el sumiller, y el conde Federico me agradecerá mi condescendencia. Estaba en Baden esperando el resultado de las promesas de nuestro amigo Sigismundo, cuando recibí una carta de un antiguo criado de la casa Hohenzollern, que se halla en la actualidad en Heidelberg, en la cual me decía que estaba seguro de haber reconocido hace algunos meses al joven conde Federico entre los estudiantes de aquella universidad, y me daba las señas de la casa en que allí vivía. La carta era ya atrasada, porque fué dirigida á la residencia de Hohenzollern, de donde ha venido á mis manos... Por otra parte como principiaba á desconfiarme un poco de Sigismundo, me resolví á pasar á Heidelberg enseguida, y al instante me fué á la casa indicada, pero me dijeron que los tres estudiantes que allí vivían se hallaban á la sazón ausentes. Pregunté cómo se llamaban y me dijeron vuestros nombres...

de modo que uno de vosotros tres es el conde Federico de Hohenzollern: cuál de los tres? lo ignora, pero gracias á las señas que traigo aquí podré conocer fácilmente al hijo de mi augusto soberano.

Y al mismo tiempo se puso á leer con atención el papel que llevaba en la mano: *Ojos azules*, exclamó examinando alternativamente el papel y el rostro de Alberto que continuaba fumando, sumergido en un desdichado silencio; *barba rubia*, me parece un poco roja, pero la edad y luego los cuidados pueden haber producido un cambio de color...

En tanto que el sumiller decía estas palabras, el verdadero Federico de Hohenzollern tuvo una idea luminosa; sus señas, puestas sin duda con la inexactitud que se ponen siempre podían aplicarse en rigor tanto á él como á su compañero, y la sustitución era muy fácil porque Ritter parecía muy dispuesto á reconocer á Alberto por el hijo de su soberano. De este modo, Frantz impelido por el deseo de volar

al socorro de Whilemina se apresuró á sacar partido de esta circunstancia, y acercándose al estudiante le dijo con un acento de respetuosa melancolía:

—Amigo mío, es inútil disimularlo más; la sagacidad del caballero Ritter lo ha descubriero todo.

Alberto Schwartz se tragó el humo de su pipa y estuvo á punto de ahogarse.

—¿Qué pretendéis de mí? exclamó tosiendo fuertemente.

## XXIV.

—No tratéis de negarlo, señor conde, exclamó alegremente Ritter levantándose, aun cuando estas señas no convienen perfectamente á vuestra persona, en la nobleza de vuestros ademanes se conoce vuestro ilustre nacimiento. Por fin he logrado lo que tanto anhela... Dispensadme, señor conde, el penoso deber que me está encomendado.

Alberto le miraba con ojos fijos sin decir una palabra. Por fin se volvió hacia su compañero; Frantz estaba tan serio que era imposible suponer una chanza.

—Me vais á volver loco, exclamó el estudiante, con que ya no soy Alberto Schwartz, etc...

—Sóis el conde Federico de Hohenzollern, replicó Frantz con mucha sangre fría, y la prueba es que hay que estar siempre alerta porque nadie sabe cuándo vendrán el día y la hora.

Estas palabras sacramentales calmaron al punto la cólera de Alberto.

—Otra prueba! otra prueba más! dijo entre dientes; estas son más inconcebibles que las otras...

Frantz le observaba con curiosidad.

—Pues bien, repuso Schwartz después de una pausa, volviéndose hacia Ritter; y si fuese el sujeto de quien habláis, qué me queríais?

—Ya lo ha confesado! exclamó el sumiller con ademán triunfante.

—Os preguntó, repuso Schwartz, que es lo que haríais conmigo si fuese el conde Federico de Hohenzollern?

—Mi conducta depende de vos mismo, señor conde. Si queréis condescender con las voluntades de S. A. vuestro augusto padre, y de vuestro señor hermano, os llevaré á Munster con todos los honores debidos á vuestro rango. En el caso contrario os llevaré á la residencia, severamente guardado...

—Vaya al diablo la residencia! exclamó el estudiante haciendo un gesto; pero qué haré en Munster?

—Entraréis en una casa religiosa para ser canónigo, según lo desea vuestra familia, y según las tradiciones de vuestra casa.

—Canónigo! murmuró el estudiante pensativo; no me gusta eso mucho, pero en fin vaya por la canonía! Caballero Ritter, añadió en alta voz, vuelvo á tomar mi título y rango, ya os lo advierto.

Frantz no atreviéndose á esperar un éxito tan completo, apretó furivamente la mano de su camarada. El sumiller no cabía en sí de alegría.

—Viajaremos en silla de posta como grandes señores, continuó Schwartz en el colmo del entusiasmo; pero entretanto que preparen una buena cena, quiero una cena respaldada con buenos vinos; y que román y beban bien esas buenas gentes que os acompañan...

Mientras Alberto desatinaba de este modo, Frantz retirado

en su rincón, permanecía sumergido en sus reflexiones. Las palabras de su camarada no le habían arrancado una sonrisa. Sin embargo, un instante después, se acercó á Ritter y le dijo con un poco de ironía.

—Ahora estoy libre, y puedo ir adonde me parezca?...

—Sin duda ninguna, dijo el sumiller con aire desdichado. Dejadle pasar, señores, añadió dirigiéndose á los aguaciles; no habia con él la orden del gran duque...

Frantz saludó y quiso salir, pero Alberto le detuvo fuertemente.

La oscuridad que principiaba á esparcirse en el comedor impedia que se viesen las facciones del verdadero Federico de Hohenzollern; sin embargo, este respondió políticamente que la debilidad que le quedaba aun de su enfermedad reciente, le obligaba á retirarse al punto.

—Eso basta, dijo Ritter en tono de chanza, el conde Federico debe saber lo que quiere decir la excusa... tendrá que hacer alguna visita esta noche á la hermana de ese pobre mayor... En verdad, no sé donde tenía la cabeza queriéndome constituir en rival del señor Frantz. Pero acaso se han vencido ya las dificultades relativas á ese matrimonio; entre un estudiante hijo de artesanos, y la hermana de un noble arruinado, la distancia no es grande.

Al oír estas palabras, Frantz estuvo á punto de indignarse. Sin embargo se contuvo y balbuceó algunas palabras que no llegaron á oídos del sumiller. En este mismo instante, Alberto se acercó á Frantz y le dijo en voz baja:

—¿Qué tal? desempeña bien mi papel de príncipe?

—Perfectamente, pero... *prædixit isto*.

—Comprendo. Lo que es esta prueba no es muy fastidiosa, con tal de que no me traiga luego algún inconveniente.

—Nada temáis; el verdadero conde de Hohenzollern no vendrá á reclamar su título y su nombre.

Y al decir esto salió al punto del comedor.

Alberto, tranquilo sobre este punto, elevó su voz de nuevo, y bien luego la posada toda estuvo en movimiento para obedecer á sus extravagantes órdenes.

(Se continuará.)

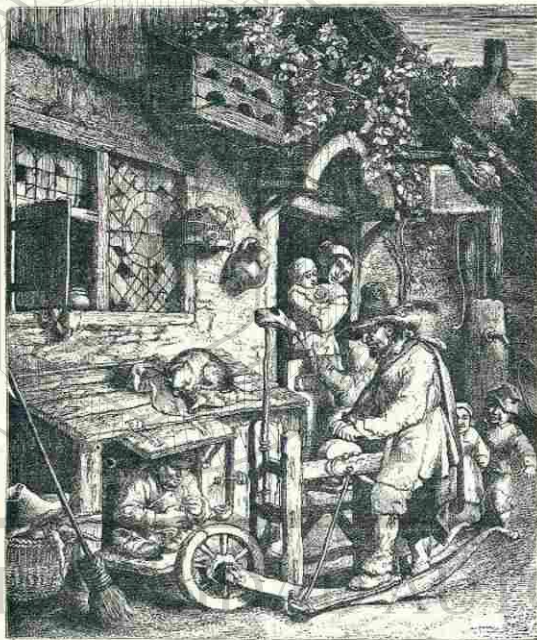
## DIETRICH.

Cristian Guillermo Ernesto Dietrich es uno de los pintores más y peor conocidos en la historia del arte. Por nuestra parte nos apresuráramos á añadir que no merecía salir del olvido si no hubiésemos visto de él mas que el único cuadro que posee el Louvre donde el magnífico asunto del Cristo y de la mujer adúltera está tratado de un modo tan vulgar, pero habiendo tenido ocasión de ver últimamente en Louvain, en el celebre gabinete de M. Vanden Schierck, dos cuadros más de este artista, debemos rectificar un tanto esa opinión. Las dos composiciones que posee el aficionado belga, son en efecto dos cuadros que prueban que Dietrich era un hombre de talento. Uno de ellos representa el *Charlatan* y se asemeja á un Ostade lamido; el otro es un paisaje de parque con estatuas y una fuente adornada con figuras; se ven una porción de señoras y caballeros unos bailando y otros conversando sentados; es un cuadro de Watteau menos la chispa, la viveza del color, y la gracia inimitable de las fisonomías.

De lo dicho se deduce que Dietrich podía imitar de un

modo muy notable á dos hombres tan diferentes uno de otro en el mundo del arte como Ostade y Watteau, por lo cual no pudo alcanzar nunca un estilo personal y distintivo. También imitaba á la perfección una porción de maestros secundarios. Su talento, mas flexible que elevado, se prestaba á todos los géneros de pintura, y así de las grandes páginas de la historia, de los asuntos mas serios, pasaba á los paisajes, á los cuadros de animales, y á pequeñas escenas graciosas, y todo sin esfuerzos, y sin que nadie tuviera que

decirle que se hallaba mas familiar con un género que con otro. También solía hacer imitaciones de los grandes maestros, sin copiarlos nunca, y á veces salía con su empeño de un modo admirable. El grabado que damos con este artículo es uno de los mejores ejemplos que podríamos citar: *el Amolador y el Zapatero* es un verdadero Ostade, y si no se leyese el nombre de Dietrich debajo de la estampa que reproduce esta composición, se podría atribuir muy bien esta hermosa obra al pintor de que hablamos.



Dietrich.—El Amolador y el Zapatero.

Los historiadores del arte dicen que cuando Dietrich ha querido hacer algo suyo, ha pintado también cuadros del mayor interés, en los que se veían juntos un estilo tan hermoso como franco y una increíble variedad y gracia. Sus paisajes tan pronto presentan vistas de Sajonia perfectamente escogidas y adornadas de antiguos palacios de variados colores de los cuales sabía sacar el mejor partido, como manifiestan asuntos de pura imaginación, rocas de hermosa forma y cascadas con interesantes detalles.

Dietrich grabó también al agua fuerte, con mucho primor y gracia, una serie de paisajes.

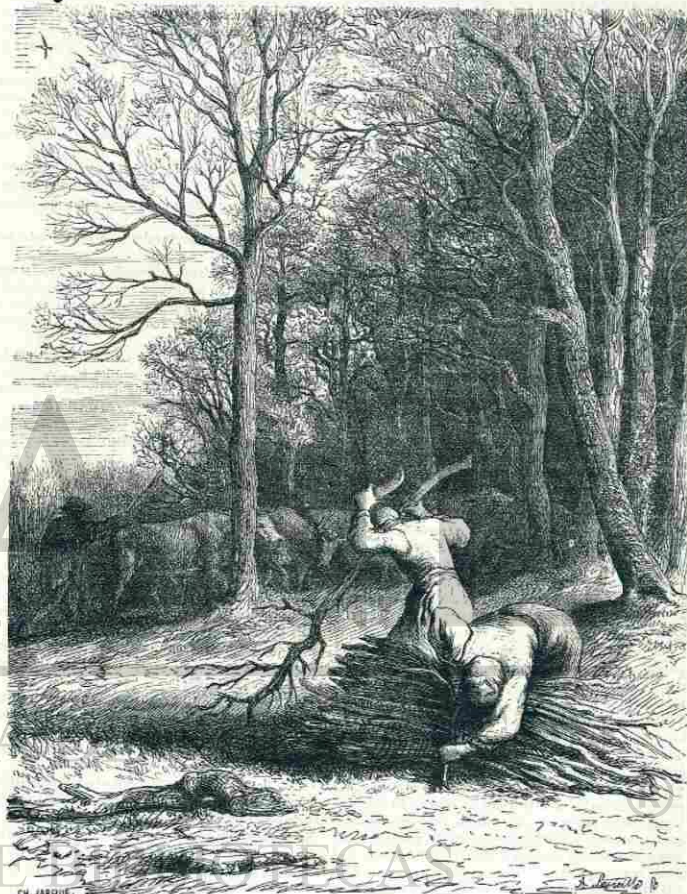
Este pintor nació en Weimar el 30 de octubre de 1712 y

murió en 1774, habiendo tenido por maestros á su padre y á Alejandro Thiele.

Por mucho bueno que hayan querido decir de él los escritores que han estudiado sus cuadros en Alemania, donde están casi todos, lo cierto es que Dietrich, por la misma razón de que no ha hecho mas que imitar á Ostade, Rembrandt, Watteau, Salvator Rosa, Bergheim, y otra porción de autores todos esencialmente originales, no debe considerarse sino como un pintor de segundo orden. Por nuestra parte preferiríamos un artista menos diestro que Dietrich, con tal de que en sus obras manifestara una vida propia.

J. J. AENOUX.

LOS LEÑADORES.



Una escena en los bosques. — Dibujo de Jacques.

Quién no ha encontrado alguna vez en las cercanías de los bosques á alguna pobre mujer cargada con un hazcillo de leña seca, descansando al borde de un barranco? Ese hazcillo ha exigido un largo trabajo. Primeramente ha habido que buscar una á una esas ramitas de leña seca y luego cortarlas con la podadera, arañándose para ello en las zarzas, y escurriéndose á veces por los barrancos, porque este

leñador no puede cortar mas que lo que está de sobra; cuando vé un árbol hermoso y bueno tiene que pasar de largo si no quiere esponerse á las reprimendas del guarda. Mendigo de los bosques va tomando aquí y allá lo que el dueño desdénia, para procurarse un poco de luz y de calor, en las frías y largas noches de diciembre.

Hay que ver esta clase de trabajo en los bosques para po-

der comprender la fábula del leñador llamando á la muerte en su socorro. Nada es tan triste como ese trabajo solitario en medio de los grandes árboles que cruzan sus ramas descarnadas, y en medio de ese profundo silencio interrumpido solo por los golpes de una podadora meliada. El viento jine sordamente; los troncos de los árboles se hallan cubiertos de una helada escarcha, la tierra, calada de agua, cede bajo los pies, y el leñador aniquilado se sienta un instante, buscando en el horizonte el techo de su choza sin distinguir más que las sombras hóvedas del bosque, ó las largas arboleadas desiertas á cuya estremidad se descubre un pedazo de cielo nublado.

El caso nos llevó hace algunos años á un sitio en donde nos encontramos con dos de esas leñadoras que trabajaban en común. Eran dos mujeres ancianas ya (dos hermanas como supimos luego) que habían ido allí de su aldea, distante unas de una legua, para hacer la provision de leña de la semana.

La mas jóven se quejaba amargamente de su miseria y de su trabajo, mientras torcía las ramas verdes para atar los haces.

— Buenos dias llevamos? decía hablando con la mas anciana, lo mismo que si hablase consigo misma. Nada nos falta; aquí estamos heladas con la lluvia, y en casa nos morimos de hambre. Podrías decirme porque hemos nacido?

— Bien lo sabes, respondió suavemente la otra que continuaba reuniendo las ramas secas á hemos nacido para hacer, lo mejor que podamos, lo que la necesidad exige de nosotros.

— Y si yo no quisiera hacerlo? repuso la primera con amargura; acaso he pedido yo la vida? No soy hija de Dios como los demás, para que me trate con tanta dureza?

— Dios no nos pide nunca consejos, observó la anciana con acento penetrante; lo ve todo con sus ojos, y lo dispone todo en su sabiduría, en tanto que nosotros nada sabemos. Créeme, ayúdame tu corazón, no te subleves contra lo que debe ser, y puesto que hemos venido al mundo para recoger leña, acaba en paciencia tu tarea, que también el Señor acabará la suya.

Continuaron discutiendo algun tiempo de este modo, una quejándose siempre, y la otra sometándose, y tomándose ambas por testigo para que apoyara sus encontradas opiniones.

Sin embargo ya el haz de leña estaba concluido, y sobre las espaldas de la pobre anciana, yo las seguí preguntándolas varias cosas. Su historia no tenía nada que la distinguiera de tantas otras. La de edad mas avanzada era viuda y la jóven habia envejecido en el celibato; ambas estaban pobres y sin familia, y vivían como los pájaros del cielo de lo que podían procurarse cada día. La que habia sido esposa y madre aceptaba silenciosamente la prueba con la mayor paciencia; la otra por el contrario sin haber tenido nunca la menor alegría, volvía sin cesar sus ojos irritados á la tierra, como reclamando la parte de felicidad que le era debida.

Hablando de esto llegamos á la salida del bosque, y al entrar en la hononadía que conducía á la aldea, nos salieron al encuentro tres niños, de los cuales el mayor podía tener unos tres años.

Cada uno de ellos llevaba contra su pecho su hazcito de ramitas secas recogidas una á una en el camino. En cuanto vieron á las leñadoras, los tres corrieron hacia ellas poniéndose á recoger los palos que caían de distancia en distancia del haz que llevaba la anciana

Entonces la pregunté quiénes eran aquellos niños.

— Unos pobres huérfanos, me dijo con acento compasivo; su abuela los cuidaba antes, pero hace ya seis meses que no puede andar y tiene que estar echada en un monton de paja, tanto que ahora los muchachos la cuidan á ella, y ya podéis figuraros como podrá hacerlo! No tienen otra cosa que lo que reciben de la providencia. Los vecinos les dan un poco de pan, ó un puñado de harina, y como esas inocentes criaturas no pueden ir al bosque todavía, recojen, como es táis viendo, los restos de los que son tan pobres como ellos.

Y al decir esto, la buena anciana aparentó que quería cargarse mejor su leña, para dejar caer algunas ramas que los muchachos se apresuraron á recoger inmediatamente. Ella se sonrió y me dijo:

— Las pobres criaturas se calentarán con eso esta noche.

Y conforme iba andando iba rompiendo las ramitas que podía alcanzar con su mano en su haz de leña sembrándolas por el camino, en tanto que su hermana, cómplice de aquel generoso sueltorrujo, recojía también cuanto podía para dárselo á los niños.

Ambas continuaron así hasta la estremidad de la hononadía, desde donde los tres pequeñuelos se prepararon á marchar á su casa. El mas pequeño de los tres, reunió entonces lo que llevaba que podía caer en sus dos manos.

— Los inocentes no tendrán esta noche hambre con que calentarse, dijo la anciana. Seria lástima que se fueran así á casa de su abuela; vamos, echemos nuestra leña al suelo para darles una parte.

En efecto así se hizo; la leña se desató y la mas jóven de las dos mujeres fabricó un hazcillo proporcionado á las fuerzas del mayorcito de los tres muchachos, se le cargó á la espalda, y le despidió encargándole muchas cosas para la pobre abuela.

Esta buena accion pareció disipar algun tanto las sombrías ideas de la pobre mujer; tomó á su vez la leña, se la echó encima ayudándose con la podadora, y dijo con una irónica alegría:

— Es verdad que los que hacen bien á los pobres encuentran su recompensa. La carga que os parece tan pesada, á mí me parece muy ligera.

— No es eso, la dije yo á media voz, es que vuestro corazón se contenta y alivia con la buena accion que habeis hecho.

Ella se detuvo, me miró fijamente, y exclamó con acento comovido:

— Ah! Jesús, hablais como mi hermana y veo que tenéis mucha razon; para no sentir tanta miseria, basta dar una limosna á un pobre.

Muchas veces me he acordado después de este dicho tan sencillo como tierno. Si, el gozo que causa el socorro á los demás, nos hace olvidar nuestras propias privaciones. Quizá no ha de creerse uno feliz sino cuando puede dar algo á otro.

Por eso vemos tanta jenerosidad entre los pobres. Siempre están dispuestos á comprar, con el sacrificio de una parte de lo que poseen, el gozo de proteger á otros, gozo prohibido á la indigencia. Cuando el cólera-morbo diezma la poblacion de Paris, un obrero y su mujer sucumbieron casi al mismo tiempo, dejando un niño en la cuna. Un vecino que no contaba con mas recursos que su trabajo, se presentó para adoptarle. Algunas personas cuya prudencia paralizaba en sus corazones la piedad, le hicieron algunas observaciones:

— Qué importa? dijo el obrero tomando al huérfano en sus brazos: *le daré la mitad de mi pan!*

Si, la mitad del pan de cada día es fácil de sacrificar; pero lo que no comprometemos tan fácilmente, son nuestros hábitos de lujo, nuestros gustos caprichos, nuestras futilidades opulentas: se divide con riesgo la pobreza, pero todo el mundo es avaro de su riqueza.

#### INVIERNOS CELEBRES.

Dejando á un lado los anteriores á nuestra era porque el propósito es enumerar los de fecha mas reciente, nos detendremos en el año 400 en que se heló completamente el mar Negro, cuyo fenómeno no se reprodujo hasta el año 763.

En 821 se congelaron tambien el Danubio, el Elba y el Sena, y era tan espeso el hielo, que por espacio de un mes atravesaron su corriente sin un gran riesgo, los hombres, los caballos, los carros y el ejército.

En 839 se congeló el mar Adriático, y Venecia permaneció por algun tiempo como si fuera una ciudad situada en tierra firme. Lo mismo sucedió en el año 1234, hasta el punto de atravesar carros cargados la superficie helada del mar Adriático por enfrente del Ion de San Marcos.

Jamas ha caido una porcion de nieve tan grande como en el año 874, ni jamas tampoco ha empezado el invierno tan temprano. Desde los últimos dias del mes de agosto empezaron los campos á cubrirse de una ligera capa de nieve que poco á poco fué aumentando hasta fin de marzo. Incalculables fueron los desastres que ocasionó un invierno tan crudo, pereciendo de frío familias enteras, á pesar de estar muchas de ellas bien acomodadas, por falta de combustible. De tal manera estaban los montes, que era imposible penetrar en ellos para cortar leña.

El invierno de 1281 se distinguió en Paris por una gran inundacion que causó desastres innumerables. El deshielo de 1325 es uno de los mas terribles de que hacen mención los anales parisienses: el Sena arrastró montañas de hielo que echaron á pique todos los puentes. El invierno de 1334 fué muy riguroso, especialmente en Italia, donde se congelaron todos rios.

El invierno cruel por excelencia fué el de 1608 que se denominó el año del gran invierno. En los registros del parlamento de Paris se hallan noticias muy curiosas acerca de los tristes acontecimientos que produjo. El mismo secretario escribió que no pudo tomarse nota de los acuerdos del parlamento porque se congelaba á cada paso la tinta en las plumas, á pesar de haber bastante fuego en las cámaras. El Sena, como es de suponer, se congeló completamente, y cuando llegó á deshelarse arrancó de raíz los arcos de todos los puentes. Segun dice un historiador, se vio flotar sobre el agua un pedazo de hielo que tenia 300 pies de longitud.

En 1420 fué mas benigno el invierno, pero cedió á la clase pobre en tal estado de miseria, que murieron infinitas familias de hambre y de frío. Las mismas desdichas se reprodujeron dos años después, durante el invierno de 1422. Fecundo por demas fué el siglo XV en toda clase de desgracias. El 7 de octubre de 1433 se levantó de repente en Paris tal huracan que destruyó un sin número de casas, y arrancó de cuajo árboles de gran tamaño. Heló en aquel invierno dos meses y veintidós dias consecutivos, y nevó sin dejarlo por espacio de cuarenta.

En 1438 acampó sobre el Danubio un ejército de 40,000 hombres, y se cuenta que en el ducado de Borgoña sacaban el vino de los toneles en pedazos.

El siglo XVI no cuenta ningún invierno memorable, pero al principio del XVII en el año 1608 produjo tales desgracias el frío, que bastará decir que estaba helado el pan servido en Francia á Enrique IV el día 23 de enero.

Los inviernos de 1638 y 1639 causaron males incalculables, principalmente en la nacion francesa. Marsella misma, con su temperatura ordinariamente dulce, vió congelada el agua del puerto y en Borgoña y parte del mediocidio se perdieron completamente las cosechas de vino y aceite.

El último invierno memorable de aquel siglo fué el de 1637 á 58, cuyos terribles efectos se dejaron sentir en toda Europa. Carlos X, rey de Suecia, mandó recorrer en el mar Báltico una línea de cinco ó seis leguas á un ejército completo con caballería, artillería, arcos y bagages. En Paris se congeló el Sena y el deshielo arrojó en pos de sí el puente Marie, sobre el cual habia 24 casas.

El siglo XVIII es uno de los que cuentan mayor número de inviernos crudos y terribles. Mencionaremos únicamente los principales. En 1700 se heló toda la semilla en los campos, perdiéndose los granos en los surcos. En la primavera fué preciso sembrar de nuevo. Murieron de frío infinitas personas; quemáronse con las heladas los árboles frutales y aumentó no poco las desgracias de la carestía del pan.

En 1740 se congeló el Tamesis, viéndose por precision suspendido el movimiento comercial de Londres. En San Petersburgo se construyó un palacio de hielo, en cuya cima colocaron seis cañoneras con sus correspondientes cañones de hielo que se dispararon cargados con pólvora y balas, deshechándose el hielo casi continuo.

En 1779 fué grande tambien el frío, siendo preciso que las autoridades tomasen algunas precauciones ó hicieran grandes gastos para que no perecieran á miles las personas de las clases pobres.

Tambien se distinguió el invierno de 1781 por la intensidad del frío. En Paris levantó el pueblo á Luis XVI una estatua de hielo en la plaza del Trono, agradecido de los favores que en momentos tan críticos le hiciera.

El primer invierno celebre de nuestro siglo es el de 1812, cuya historia estara escrita en caracteres de sangre para la nacion francesa. La desastrosa retirada de Mosou hará memorable á aquel invierno.

En 1820 fué diezmada la clase pobre por el frío. Perdiéronse casi todas las cosechas, y se quemó con el hielo la mayor parte de los olivares.

Hasta el año 1829 no se repitieron semejantes desastres producidos por el frío. Por último aun no se habia olvidado el riguroso invierno de 1838 que fué seguido de los no menos notables de 1841 y 1842. Bien puede decirse que en estos últimos años no se ha dejado sentir de veras el frío. Mas vale que continúe así, y que no se repitan las terribles escenas á que da lugar un crudo invierno.

#### LA MUERTE DEL CIERVO.

Muchas veces hemos hablado ya de la involuntaria emocion que le causa al hombre el dolor ó la muerte de todos los seres que participan de nuestra vida terrestre. En efecto, entre el hombre y el animal existen otros lazos que los del interés ó el hábito; Dios ha depositado en esos compañeros inferiores algo de nosotros mismos.

Todas las naciones tienen ciertos puntos de teogonia que unen el animal al hombre en las primeras edades del mundo, suponiéndolos en una relacion mas íntima que la que

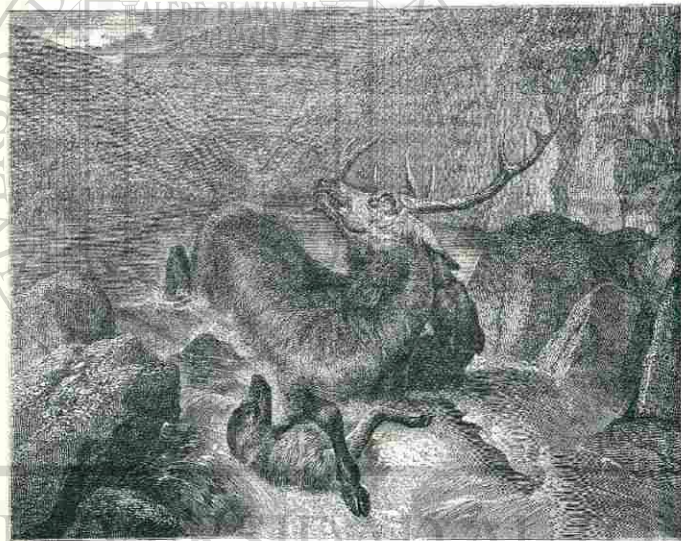
hacen en el día. No tenemos necesidad de apelar á nuestros libros sagrados que declaran que Adán y Eva ántes de su caída vivían apaciblemente en medio de las criaturas de Dios. El hombre era entonces su rey pero sin que tuviese que imponer su autoridad, porque hasta las fieras la aceptaban sumisas, hasta que vino la desobediencia de nuestros padres á las órdenes del Creador, que trajo consigo la rebelión de todos los súbditos y que estableció la guerra entre el hombre y la creación.

Si pasamos de nuestra creencia á las fábulas de los indios, hallamos la naturaleza animal mezclada con todas las leyendas de sus dioses. Los salvajes de la América del Norte

iban mas adelante todavía, pues segun su tradicion todos los seres animados que cubrían la tierra no habian formado, en un principio, sino una sola raza, y las tribus descendían directamente de su primo el Oso ó de su tío el Castor. Por eso atacaban á los animales que iban á cazar, como á los guerreros de una tribu extranjera, esto es desafiándolos al combate con palabras coléricas.

Fácilmente se concibe cómo estas tradiciones han asociado, por decirlo así, los animales á nuestra existencia, pero preciso es confesar que ellas han sido la explicacion de un instinto natural que Dios nos habla dado.

Al acordar al hombre, además de sus uerzas individua-



—Van den Velde.—La muerte del Ciervo.—Biljo espiado de Landsker.

les, la prodigiosa inteligencia que debía hacerle conquistar necesariamente las fuerzas de la naturaleza entera, el Creador hubo de confiarle unos medios de destrucción tan terribles que habrían producido bien luego la desaparición de toda criatura viva, si no hubiese cuidado de colocar al lado de ese poder los instintos de simpatía que debían limitarle. De este modo, al propio tiempo que el hombre adquiría por su industria un derecho de vida y muerte sobre los animales odios, sentía ensancharse en él el sentimiento de una afectuosa conmiseración hacia esos condenados dependientes de su voluntad, y de aquí nacieron las leyendas de la América y de la India.

También debemos observar que la simpatía hacia los animales fue creciendo con la civilización, es decir, á medida que los hombres se iban acercando al fin á que estaban destinados. Los pueblos cazadores son por todas partes los mas salvajes, y los que poseen menos instintos sociales. Allí

dónde se constituyen las grandes naciones, y donde se definen las costumbres por la expansión de la inteligencia, disminuye proporcionalmente la destrucción de las criaturas animadas, limitándose á la estrechamente precisa para la conservación de la familia humana.

Y no solamente se deja de matar á los animales por el placer de matarlos sino que se pone cuidado en evitarles todo dolor inútil: hasta los mismos legisladores cuidan de este punto, habiendo declarado que todo ser viviente tiene derecho á nuestro respeto, y que todo tormento innecesario que se les prodigue, es un acto de barbarie digno de castigo.

Evidentemente las leyes han repetido en cuanto á esto el sentimiento general, y la regla estaba en las costumbres mucho antes.

Por otra parte, á falta de razonamientos, los hechos hablan. De dónde provienen esos dramas en que todos los animales susceptibles de educación han sido introducidos suce-

sivamente como héroes? y de dónde provienen también esas pinturas que el artista trata de comovernos con sus infortunios? Ya hemos publicado anteriormente una composición de este género, la inundación; he aquí una nueva escena en que el eminente artista inglés que llaman el Ary Scheffer de los animales, nos presenta un ciervo en la agonía.

El noble animal se ha burlado largo tiempo de las perros, atravesando matorrales, saltando barrancas y subiendo colinas, hasta que al fin muerto de cansancio se lanza á las orillas del lago intentando pasar al lado opuesto. Pero dos perros de la jauría dispersa, se han encarrizado persiguiéndole, y ambos suspendidos á sus carnes, la cubren de mordeduras. El ciervo levanta la cabeza otra vez mas y uno de los perros rueda en las ondas mortalmente herido, pero el otro se obstina rabioso. El animal vencido siente que su vida se escapa, sus pies tocan en el agua al acaso, y por un movimiento convulsivo; su ojo se vuelve y se apaga, y la corriente le lleva hacia la cascada sin que él lo note, y cuando ni siquiera piensa en prolongar algun tanto su agonía. Ya las olas principian á envolverle y la piedra le desgarra el costado; un instante mas y desaparecerá en el golfo con sus dos enemigos que morirán también en su funesto triunfo.

### EL NIDO DE CIGÜEÑAS.

POR

ELIAS BERTHET.

(Véanse las págs. 5, 14, 21, 26, 24, 45, 53, 62, 66, 71, 82, 50 y 101.)

XXV.

Frantz se aprovechó de este momento para retirarse á su cuarto. La prudencia le ordenaba salir de la posada inmediatamente, porque su astucia podía descubrirse de un momento á otro, y por otra parte las locuras de Schwartz podían despertar las sospechas de Bitter, que era milagro que hubiese caído en un lazo tan grosero.

Su embargo aun no había anochecido lo bastante para que Frantz se atreviese á ejecutar su proyecto de entrar en el Steinberg.

Además había dado su palabra de no emprender ninguna cosa antes de que volviese Sigmundo, y á pesar de la gravedad de las circunstancias, dudaba si debía esperar los consejos y auxilios de su buen amigo.

El recuerdo del espantoso aviso que había recibido aquella misma tarde de Magdalena Reuter vino á renovar sus angustias. Wilhelmína estaba en peligro; todas las demas consideraciones comparadas con esta no eran nada.

Al cabo de algunos instantes de reflexión, Frantz encendió una luz y se puso á escribir á Sigmundo.

Concluida la carta, buscó quien podría encargarse de entregarla á Muller secretamente cuando llegase al otro día: el acaso vino en su socorro.

El ruido de una disputa bastante animada se oyó en el cuarto vecino, y en el mismo instante, Augusta, la hija del posadero, con las mejillas encendidas, se precipitó en el aposento donde estaba Frantz; al verle quiso retirarse, pero el jóven la detuvo preguntándola:

— ¿Qué es eso, Augusta?

— Nada, nada, respondió ella queriendo hacer una reverencia, nuestro amigo Alberto corria detrás de mí porque

después que se ha marchado el señor Sigmundo me está persiguiendo sin cesar. Ahora se ha puesto hecho un demonio, dice que es un príncipe y que puede hacer todo lo que quiera.

— Si fuese así, cuántos hombres envidiarían ese derecho, dijo Frantz con una melancólica sonrisa.

— ¿Que sea príncipe ó no lo sea, lo cierto es que á mí no me gusta, repuso la muchacha con enfado; prefiero mil veces al señor Sigmundo. Este sí que es un estudiante político y bien educado, lo mismo que vos, señor Frantz, y sin mentir...

Frantz tuvo una idea súbita, é interrumpió á la jóven en medio de sus confidencias.

— Pues bien, Augusta, queréis hacernos un gran favor á Sigmundo y á mí?

— Con mucho gusto.

— Tomad este billete y entregádselo á Muller en cuanto vuelva de Manheim que será esta noche ó mañana... y sobre todo, no se le enseñéis á nadie.

— Así lo haré, dijo Augusta guardando el papel en su corpiño; pero vais á dejarnos?

— Eso no basta, Augusta, tengo también otra cosa que pediros.

— Estoy á vuestras órdenes, pero apresurados, porque mi padre me va á llamar de un momento á otro... toda la casa está revuelta para disponer la cena del que se llama príncipe y del nuevo señor del Steinberg.

— Dadme la llave de la cadena que sirve para amarrar la barca de vuestro padre...

Además le pidió varios objetos que necesitaba, para poner en planta su proyecto. La jóven le escuchaba con una sorpresa mezclada de inquietud.

— Os traeré todo eso, pero decídmelo qué queréis hacer.

— No me preguntéis nada, otro día sabréis el inmenso servicio que me habeis hecho.

Augusta salió en silencio, y un momento después volvió con los objetos que Frantz le había pedido. Entre otras cosas traía una linterna, una bolsa de encender, y un pico muy grande que podía servir en caso de necesidad de arma ofensiva. Frantz se apoderó de estos utensilios, le dió las gracias y salió precipitadamente dejando á Augusta atónita de asombro. Los alguaciles estaban muy ocupados con Alberto, de modo que pudo salir de la posada sin ser visto.

La noche estaba fresca y apacible. Una ligera brisa cargada de las emanaciones del musgo acuático soplaban por intervalos. La luna se alzaba en aquel momento por el otro lado del Rhin, trazando largos arcos de plata sobre las negras aguas del majestoso río.

El silencio mas profundo reinaba en ambas riberas.

Frantz volvió los ojos hacia el castillo, que se elevaba á su izquierda como una monstruosa cueva.

A aquellas horas, el edificio y la roca se confundían en una niebla encantada. Ninguna luz, nada que pareciese humano indicaba que la antigua torre del Steinberg no estuviese ya exclusivamente abandonada á los espectros que suponía la tradicion local.

Pero Frantz, sin detenerse á considerar ese aposento de desolacion solitaria, cobó á andar á lo largo de la ribera hasta que llegó á la base de la roca del Steinberg casi al borde de las aguas.

Allí Frantz titubeó un poco y trató de cerciorarse del sitio en medio de la oscuridad que le rodeaba, pero esta investigacion no duró mucho; como las observaciones que habia hecho durante el día eran muy exactas, se dirigió en dere-

chura hacía una roca que figuraba una especie de gruta tenebrosa.

El estudiante se detuvo y con los pies en el agua y el oído atento, miró por todos lados á fin de saber si le veían.

Tranquilizado por el silencio, encendió su linterna, y á beneficio de su trémulo resplandor se puso á examinar cuidadosamente el sitio en que se hallaba.

Nadie habría visto otra cosa en esta cavidad mas que un acoso ordinario de la naturaleza, pero el joven puso su linterna á su lado, y armado con el pico que le había dado Augusta empezó á echar abajo fuertemente las piedras cubiertas de musgo que se hallaban amontonadas en el fondo de la gruta.

Estas piedras parecían formar una sola, pero sin embargo estaban sueltas, puesto que al primer choque salieron rodando por el suelo.

Frantz apenas pudo contener un grito de alegría; su mano estaba trémula y su corazón latía con violencia: su pico pegando contra una placa dió un sonido sordo, profundo y lígubre que parecía venir de las entrañas de la tierra; al cabo había encontrado ese misterioso pasaje que solo conocen los antiguos señores del Steinhberg, y cuya existencia habían ocultado tan cuidadosamente á todos los hombres. Aquel era pues el camino de la Huida, cuyo secreto le había sido revelado en un modo milagroso por una cigüeña, y ese camino iba quizá á llevarle al lado de su querida Wilhelmina!

Este pensamiento aumentaba sus fuerzas, y las piedras que iban cayendo una por una le mostraron bien luego distintamente una puertecilla baja que había estado oculta hasta entonces.

Sin embargo á medida que iba adelantando en su tarea, sentía que renacían sus dolores; la puerta podía resistir á sus ataques, y no tenía medio ninguno para abrirla.

Además, si tenía que hacer grandes esfuerzos se exponía á que le oyerán en la aldea, situada á unos quinientos pasos del sitio en que se hallaba.

Felizmente estas incertidumbres duraron poco; introdujo el instrumento de hierro entre la roca y la puerta y pegó un fuerte sacudimiento. Los gornes y las cerraduras, roídas por la humedad de tantos siglos, cedieron, y la puerta cayó con gran estrépito.

Inmediatamente salió por el subterráneo una bocanada de aire mortífero; Frantz se cayó casi exhausto sobre las piedras que había quitado con tanto trabajo.

El aire puro y fresco que venía del río le devolvió al instante el uso de sus sentidos.

Entonces se levantó aunque con trabajo, y quiso arrastrarse hacia la entrada del subterráneo; pero sus miembros se negaron á ello.

Además la llama de su linterna se apagaba, señal evidente de que todavía no se habían exhaustado enteramente los gases deleriosos acumulados en el fondo de la caverna; dar un paso mas en el subterráneo antes de que se hubiese renovado el aire habría sido exponerse á una muerte cierta, y por esto esperó para no comprometer su vida y sobre todo el resultado de su empresa.

Sentose pues á la entrada de la gruta, pero como estaba devarado de impotencia, al punto se volvió á levantar, tomó su linterna, y después de haber hecho la señal de la cruz entró en el subterráneo con paso resuelto.

Esta nueva tentativa pudo traerle funestas consecuencias; se sentía oprimido y casi sofocado, y sin embargo no retrocedió una línea, y todavía teniendo que el acaso no llevase,

allí á alguna persona que descubriese la entrada del Camino de la Huida, trató de volver á colocar en su logge los restos de la puertecilla secreta.

Tomada esta precaucion entró en el pasaje que subía como un sendero subterráneo por el corazón de la roca.

Por fortuna, sea que los gases melfícos, naturalmente muy pesados se hubiesen acumulado en la parte inferior del subterráneo, ó sea que entrase el aire por alguna traga luz desconocido, Frantz conforme iba adelantando, sentía disminuir su malestar, y su respiracion era mas sosegada; bien luego tuvo bastante presencia de ánimo para determinar el sitio en que se hallaba y darse cuenta de sus impresiones.

El pasaje era estrecho, bajo y estaba cortado á pico en la roca, formando una larga escalera cuyo punto culminante era la base del estallo.

Por algunos sitios el agua que escurrían las paredes había formado en la bóveda pequeñas cascadas cuyos blancos cristales chispaban heridos con los rayos de la linterna.

El silencio mas completo reinaba en aquellas sombrías galerías; únicamente el ruido de los pasos de Frantz formaba un débil eco, como si el estudiante fuese seguido por algun ser invisible.

Cuando se detenía, ese ruido siniestro cesaba de repente; entonces una gota de agua cayendo de la bóveda, pegaba en la roca y producía una nota lenta, musical, llena de melancolía.

Por fin creyó haber llegado al término de su paso subterráneo, porque había dado ya tantas vueltas que le parecía imposible el estar aun lejos de la torre.

A su izquierda había una puerta practicada en la pared de la roca que llena de hierros y cerrojos parecía haber resistido á las injurias del tiempo.

El joven se detuvo, y sacando de su bolsillo el pergamino del linkende, buscó en el plano trazado por el baron Hermann, alguna indicacion relativa al sitio en que se hallaba pero precisamente esa parte del plano estaba casi indecifrable y presentaba una multitud de líneas muy confusas.

Frantz juzgó que se había engañado, y que debía marchar adelante.

Sin embargo antes de proseguir su camino y de entrar en el pasaje negro que continuaba á la otra estremidad de esa especie de esplanada, experimentó la curiosidad de abrir aquella puerta.

Con este objeto trató de recorrer los cerrojos que cedieron aunque con trabajo.

Un grueso caudado de forma extraña y muy tomado, presentó mesodificultad, porque cayó en cuanto le tocó con su mano.

Entonces Frantz, reuniendo todas sus fuerzas, empujó la puerta que jiró trabajosamente sobre sus gornes rechinando de un modo siniestro, en las profundidades del subterráneo.

## XXVI.

El joven lleno de un terror supersticioso, penetró en un lígubre recinto.

Veíase allí todavía algunos restos de muebles groseros; las fuertes argolas que había en los ángulos de aquella cueva demostraban que había podido servir de cárcel en algun tiempo.

Allí era en efecto donde en otro tiempo habían perecido según decían Berta de Steinhberg y el señor de Stoffensels,

victimias de la implacable venganza del baron Mannel.

Peró Frantz ignoraba esta leyenda, y aun cuando la hubiese sabido no habría sentido mas horror que el que experimentaba al ver aquel calabozo misterioso de los feroces barones de Steinhberg.

Ya iba á retirarse de allí aterrorizado, cuando vió un cofrecito de encina metido en un nicho practicado en la misma piedra: levantó la tapa, y vió unos legajos de papeles y de pergaminos con antiguos escudos de armas; allí era donde los barones de Steinhberg habian ocultado en otro tiempo sus riquezas, fruto de sus exacciones y rapiñas.

Sin embargo el cofre no contenía ningun valor en oro ni plata; y aun aquellos papeles que sin duda el baron Hermann había depositado allí, no podían ya ser útiles á sus descendientes, pues apenas Frantz los tocó cuando cayeron en polvo.

El estudiante lanzó un suspiro y salió de aquel triste lugar, entrando en el escarpado corredor que debía llevarle á la torre, hasta que bien luego se convenció de que llegaba al término de su viaje subterráneo.

El pasaje no iba ya por la roca sino que se hallaba construido en el grueso de una pared.

Frantz tenía que subir ahora una escalera muy pendiente; el aire que le rodeaba se iba volviendo menos denso, y aun por momentos le parecía sentir una ráfaga de brisa exterior que entraba por alguna imperceptible rendija del muro.

Entretanto continuaba su pensosa ascension, escuchando si algun ruido extraño no vendría á anunciarle la proximidad de los hombres.

De repente se encontró detenido por un obstáculo inesperado... encontróse con una pared delante y allí se concluía el subterráneo; ni á derecha ni á izquierda se descubrían señales de salida.

Frantz se quedó aterrado un instante. Sin embargo examinando con mas cuidado aquel obstáculo, recobró alguna esperanza. Las piedras de aquel muro, aunque dispuestas regularmente, no estaban adheridas entre si como las que tapaban la otra estremidad del pasaje, por lo cual no podían servirle de barrera.

Peró el pobre joven aniquilado por su reciente enfermedad, había agotado ya todas sus fuerzas; aquella marcha tan penosa, aquel trabajo manual á que no se hallaba acostumbrado, y aquel aire melfíco que respiraba, le habian debilitado cruelmente; su cabeza lambolicaba y apenas tenía alientos para sostenerse en pie.

Sin embargo la idea de que Wilhelmina podía ser víctima de las violencias de su hermano le devolvió al instante su energia; empezó á pegar con su pico en la fatal pared, y las piedras, como no se hallaban ligadas entre si, cayeron en cuanto las tocaba.

Este ruido repetido por los ecos del subterráneo, fué el que aterrorizó á la pobre Wilhelmina.

Frantz logró al fin demoler los materiales que obstruían la salida de la galería, pero sin embargo no por eso se hallaba al fin de su penoso trabajo.

Detras de la pared había una enorme placa de hierro, y para penetrar en el castillo era indispensable superar tambien este postrer obstáculo. Ahora bien, de su frente caía un sudor frio, su mano apenas podía sostener el pico que llevaba, y todo lo hacía ya por una especie de movimiento maquinal y convulsivo.

Por fortuna distinguió á la estremidad de la placa un cerrojo, que comunicaba con un resorte secreto colocado por el lado opuesto. Al cabo logró poner en movimiento este

cerrojo, y por último reuniendo todas sus fuerzas en su supremo esfuerzo trató de separar la placa.

Si hubiese resistido, el pobre Frantz habría sucumbido bajo el peso de tantas fatigas y emociones; pero no le estaba reservada tan terrible prueba; la placa giró lentamente sobre si misma, y el cuadro que descubrió entónces el joven le devolvió la vida próxima á abandonarle.

La pesada masa de hierro que había corrido era la placa de la chimenea del aposento que Wilhelmina ocupaba.

Frank apoyándose con una mano en la pared, permaneció un momento inmóvil y como estasiado. Wilhelmina debilmente alumbrada por una lámpara, se hallaba de pie en frente de él con los brazos extendidos; se hallaba de pie en su palidez la hacían asemejarse á una estatua de mármol. Parecía que quería gritar, porque su boca estaba entreabierta y su pecho agitado, pero el sonido espiraba en sus labios.

Sin embargo se sonreía dulcemente, sin duda se creía juguete de su imaginacion, y aun el mismo Frantz no se atrevía á dar crédito á sus ojos, tan inesperada y grande era la dicha que en aquel momento experimentaba.

Por fin, dominando su emocion, se lanzó en el cuarto, y Wilhelmina hizo un ademán de terror; pero su marido la tomó la mano y la apretó sobre su corazón con un gozo inefable.

— Wilhelmina! ¿angel mio! vida mia! murmuró Frantz fuera de si, con que te estoy viendo de nuevo? Ah! Bendito sea Dios que me ha traído hasta aquí donde tanto habrás padecido llamándome!

Y al mismo tiempo la cubría de besos y de lágrimas. Wilhelmina recibía pasivamente estas ardientes caricias; había sufrido ya tantas y tan diversas emociones, que no podía creer en la realidad de lo que pasaba.

— Oh! Dios mio! murmuraba entre si, tambien yo me he vuelto loco? ¿oigo su voz, siento su mano, le estoy viendo... es un sueño, Dios mio, es un sueño?

— No es un sueño mi querida Wilhelmina, repuso Frantz acompañando con nuevas caricias sus palabras, soy yo, Frank, vuestro amigo, vuestro esposo... Mirad confiadamente designando la galería secreta en la que brillaba la pálida luz de la linterna, aquí no hay magia ninguna ni ningun sortilegio... El acaso, ó mas bien la Providencia, me ha hecho descubrir este pasaje hoy ignorado de la humanidad entera, hasta de vuestro mismo hermano... y me he aprovechado de él para salvaros.

Á medida que iba hablando parecía que la joven volvía á entrar en el uso de sus facultades. Una alegría pura é inefable se reflejaba en sus ojos y en su rostro; por último rodeándole el cuello con sus brazos exclamó alborozada:

— Frantz, mi querido Frantz! no comprendo como estás aquí, como habéis podido penetrar hasta este cuarto... pero soy tan dichosa, gracias, Dios mio, gracias!

(Se continuará.)

## ADRIANO VAN DEN VELDE.

Tres veces vamos á hablar seguidamente del pintor Van den Velde, y en este concepto principiaremos por su biografía en vez de diseminarla en tres fragmentos diferentes. Por otra parte vamos á presentar á nuestros lectores una noticia bien preciosa, puesto que la tomamos enteramente de una traduccion manuscrita del holandés Houbraken, cuyo libro no ha visto la luz sino en la poco conocida lengua de su autor. Esto lo debemos á nuestro escelente amigo M. F. Villot,

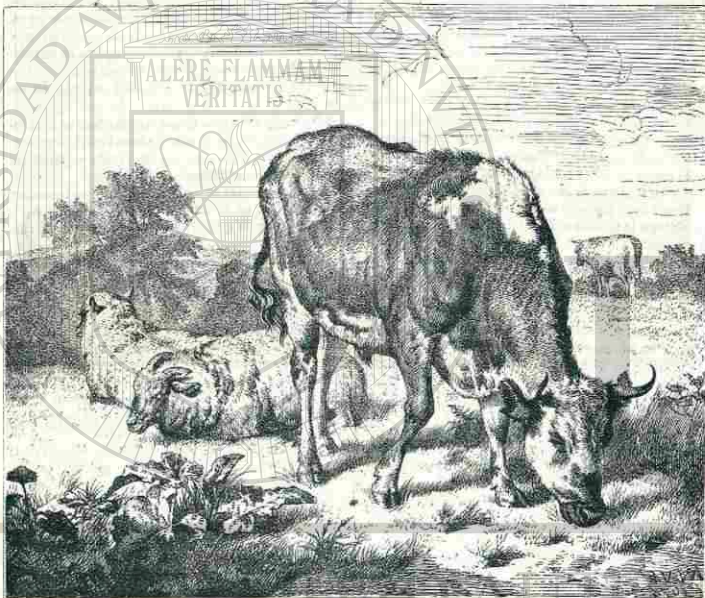
el entendido conservador de la pintura en el Museo del Louvre.

Hé aquí la noticia de que hablamos:

«Adriano Van den Velde, nacido en Amsterdam en 1639, manifestó desde su infancia una inclinación decidida por el dibujo, así como por la pintura. En el tiempo en que iba a la escuela, llevaba ocultamente plumas, pinceles y colores de su hermano Wilenz, pintor de buques, que empleaba en dibujar y pintar muñecos sobre cuantos papeles le caían en

las manos. Un día pintó con colores una lechería en las tablas de la cama de su padre, y como esta obra era superior a las fuerzas de su edad, sobre todo no habiendo recibido instrucción ninguna, mereció los honores de que se condecora largo tiempo en su familia.

«Ese hecho me ha sido afirmado por su hija, que en el día es mujer del agente de cambio Sodyn, en Amsterdam, y por ella he sabido también que el padre de Van del Velde, habiendo hallado en su hijo una disposición tan particular por la pin-



El buey y los carneros.

tura, y ninguna afición a la profesión que él ejercía, que era pintar los buques, juzgó conveniente colocarle en casa de Juan Winantz, y es de notar aquí que cuando enseñaron a Winantz lo que el joven había dibujado y pintado, la mujer de su futuro maestro que se hallaba presente le dijo: «Winantz, ahí tienes tu maestro.» Con el tiempo se conoció la verdad de esta predicción.

«Van den Velde se ejerció algunos años con este maestro, después de lo cual se puso a pintar por sí vacas, bueyes, rebaños y paisajes, yendo regularmente todos los días a dar una vuelta por el campo con una cartera para copiar la naturaleza, práctica que observó después constantemente una vez por semana hasta su muerte.

«El infinito número de sus cuadros que se ven en los ga-

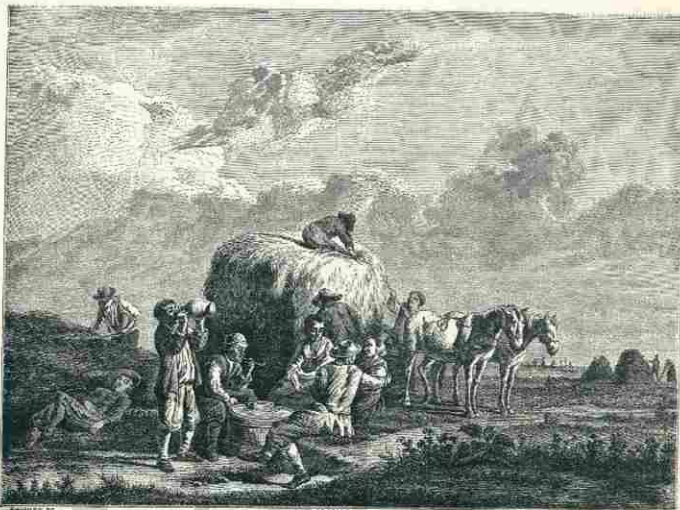
binetos más famosos de los Países Bajos, y en otros puntos de la Europa, son una prueba de su capacidad, y del amor que tuvo siempre al trabajo. También ha hecho bastantes cuadros representando asuntos de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, que se hallan en el día en la iglesia católica de Amsterdam, y un lienzo muy grande que representa el Descendimiento, y está en la iglesia del Appelmarkt.

«Este pintor murió el 23 de enero de 1672, á la edad de 33 años, después de haber llevado una existencia laboriosa, honrada y arreglada.»

En los artículos siguientes hablaremos de las cualidades particulares del cuadro titulado *El Buey y los Carneros*, que figura en medio de estas líneas.

J. J. ARNOUX.

ADRIANO VAN DEN VELDE.



La siega.

Acabamos de ver en unas cuantas líneas rápidamente escritas por un testigo ocular, si así puede decirse, la sucinta biografía de Adriano Van den Velde. Hablando de este pintor se ha repetido, aunque meditando, el dicho de Virgilio sobre Marcelo, para significar que fué del corto número de esos artistas que la naturaleza no ha querido mostrar más que por un instante, para acrecentar tanto más nuestro sentimiento sobre la corta duración de su existencia.

Adriano Van den Velde será florado siempre, porque como Rafael, Lesueur, Pablo Potter y Géricault, murió á una edad en que tenía aun delante de sí un porvenir entero.

Sin embargo Adriano Van den Velde á pesar de haber muerto á 33 años cuando apenas comenzaba su carrera, semejante á un árbol cargado de flores mas abundantes que el fruto que había dado, ha dejado un nombre que es uno de los más célebres en la escena de los Países Bajos.

Cinco artistas existen en esta escuela con el nombre de Van den Velde, entre los cuales Willians, célebre pintor de marinas, ha sido muchas veces confundido con Adriano. Parecenos conveniente rectificar este error que suscita muchas dudas entre los aficionados, cuando se trata de examinar sus respectivas producciones.

Si el primero obtuvo mucha celebridad en el arte de pintar con precisión y tino las marinas y todo lo relativo á ellas, el segundo se distinguió por un talento admirable en el paisaje y los animales que pintó con un gran sentimiento de inventiva y de candor, y con una verdad maravillosa.

No hay más que examinar el *Buey y los Carneros* y la *Siega*, para convencerse de que se está viendo la imagen

mas fiel de la naturaleza, del campo, de los animales, y de los labradores de las llanuras de la Holanda.

Pocos cuadros hay que, en este género, agraden tanto como los suyos. Tan gracioso como Berghem, y tan concienzudo como Pablo Potter, nuestro pintor tiene quizá una ventaja sobre estos últimos, que es la de ser más sencillo y natural que el primero, y mas gracioso y fecundo que el último.

Lo que caracteriza mejor el genio de Van den Velde, y fija más la atención de los aficionados en sus obras, es que al mismo tiempo que en ellas se descubre un perfecto acabado, hay también un colorido colorido sostenido siempre. Sus nubes muy bien agrupadas, son claras, ligeras y brillantes, sus árboles son escogidos y presentan en sus contornos una sorprendente variedad, y por último el aspecto general en sus cuadros es siempre selecto y agradable. A esto debemos añadir que ningún paisajista ha dibujado figuras mejor que él, como puede juzgarse por las que se hallan en la *Siega*, y en las *Dispersiones del invierno*.

La prueba de que dibujaba perfectamente las figuras, es que ha habido muy buenos pintores holandeses contemporáneos suyos que reclamaren el auxilio de su pincel para dar más realce á sus lienzos. Entre estos pintores podemos nombrar á Ruyssdael, Van del Heyden, Hobbema, Moucheron, Petter Neels y hasta el mismo Winantz. En esto solo se conoce que hombre era Adriano Van den Velde puesto que sus figuras embellecian las composiciones de esos maestros.

J. J. ARNOUX.

## ESTADO DE LA LITERATURA EN RUSIA.

Admitido el principio de que la literatura de un país refleja su estado social, da a conocer sus costumbres y marca la altura a que se halla de civilización, creemos que se leerá con gusto esta breve reseña acerca de la literatura de ese pueblo que por diferentes conceptos llama la atención de los hombres pensadores.

En época no muy lejana tienen los primeros ensayos de su literatura una tendencia nacional cuyo sello forma su carácter distintivo. Si consultamos sus tradiciones históricas, veremos en la sociedad moscovita, bajo la influencia de Ivan el Terrible, como intenta el espíritu, como pretende el ingenio libertarse de la esclavitud en que gemía, para caer bajo el yugo de una civilización extranjera. En los reinados de Pedro el Grande y sus sucesores, edificó en Rusia por sus peripetias y cambios políticos, solo aspiran los escritores de aquella época a imitar los franceses y alemanes. Vuelve empero el orden, reina por algún tiempo la calma, y conociendo el vacío que en algún tiempo sentían, empiezan a reproducir sus ideas bajo una forma original, desechando los hábitos de imitación que le esclavizaban a los modelos de otras naciones.

Audaz era la empresa que tomaban a su cargo para emanciparse de los literatos de la Europa occidental, empeñados siempre en ejercer sobre ellos una influencia directa. Esta fue la causa de que los primeros esfuerzos diesen escasos resultados hasta que el genio de un gran poeta fundó una escuela popular. Alejandro Pouchkine estaba destinado para causar tal revolución en la república literaria. A su senda y bajo su influencia y aspiraciones se reflejaron en las obras de arte las tendencias del carácter ruso y el gusto de los poetas que tomaban a Pouchkine por modelo. Lo ideal, los sentimientos de libertad y el arrebatado de pasiones fuertes no tenían cabida allí donde dominaba sucesivamente el trabajo sosegado y meditabundo del pensamiento ruso. Sin embargo, el genio ardiente de Lermontoff personificó esta noble tendencia de la escuela de Pouchkine, cuyo último representante es Apolo Maikoff, joven poeta contemporáneo.

Después que quiso Pouchkine abrir a la literatura un campo más ancho, darle un giro menos exaltado, conoció que era tarde, porque sus primeras tendencias habían echado profundas raíces y las páginas entusiastas de sus poemas se veían ya frecuentemente reproducidas. Otra generación debía completar la escuela de Pouchkine, y de esta precisamente se ocupan en la actualidad los grandes escritores de Rusia.

La tendencia esencialmente nacional de la literatura debida a Pouchkine encontró un poderoso auxilio en el gobierno, porque conocía que despertando estos sentimientos en todas las clases de la sociedad, conseguiría eficazmente concentrar las fuerzas poco o nada divididas y ponerse mejor al abrigo de los embates de la revolución. Esto hizo el emperador Nicolás, y para completar la obra no precisó que se inaugurase otra escuela con el único objeto de expresar las costumbres de la sociedad rusa. Nicolás Gogol se puso a la cabeza de la nueva escuela, y bajo su influencia la novela y la comedia de costumbres, ocuparon lentamente el lugar de las obras que se dirigían a perpetuar el predominio literario de Pouchkine. Grandes fueron los resultados que produjo la influencia de Gogol, porque durante la revolución de 1848 no se hallaba en la literatura rusa otro sentimiento que el nacional. Distinguese este escritor de los demás de su país por la gran fuerza de imaginación y espíritu analítico a

bi que tan poco se presta en general el carácter moscovita. Inclinado a la sátira por un poder irresistible, la semeja con admirable tacto sin traspasar los límites debidos. Un crítico ruso le ha juzgado en muy breves palabras, que no dejan por eso de encerrar un gran sentido. « Pouchkine, dice, abandonó la sociedad por egoísmo. Lermontoff la maldecía desesperado, mientras que Gogol mora en ella y sufre. » La literatura rusa, merced a Gogol, conquistó su propia patria. Sin renunciar a la nobleza a las diferencias tradicionales debidas a todo escritor extranjero, aceptó con el mejor deseo las primeras glorias de su nación, y la lengua francesa que por largo tiempo había sido la única en las altas regiones, cedió ser quejoso a la rusa, a la que de derecho correspondía.

Susceptible de por sí el carácter moscovita y dispuesto siempre a la discusión, háuse suscitado no pocas polémicas con motivo del renacimiento literario comenzado por Pouchkine y completado por Gogol. Mientras los literatos europeos examinaban y discutían la gran cuestión de elasicismo y romanticismo, en Rusia había también dos partidos, que se llamaban uno del progreso y otro de la reacción.

Los prosélitos de la escuela antigua tuvieron que haberse las en San Petersburgo con Senkowsky, adversario temible por su erudición y talento, que supo dar a la crítica un tono desconocido hasta entonces en Rusia. Afortunada ha sido esa nación en este ramo de la literatura por el comodamiento, la habilidad y firmeza con que generalmente la han manejado los distinguidos eruditos Kraevsky, Panaeff, Illinsky, Nikifenko, Platneff y otros.

No ha sido empero tan dichosa en el teatro. Todavía se aplauden las antiguas comedias de Fomlesen y solo pueden citarse como notables dos magníficas obras, pinturas energicas de las costumbres y estravagancias de la sociedad rusa, titulada, *Gore o Tormenta* (Tormentos del ingenio), de Griboedoff, el *Revisor*, de Gogol, y otras dos de Tourgenieff con los nombres de *Un almuerzo en casa del mariscal de la nobleza* y *Una señorita de provincia*. Tan pobre se presenta hoy la escena rusa a pesar de los esfuerzos y felices tentativas de Gogol y Griboedoff!

Bajo mejores auspicios cultivan la novela, especialmente la de costumbres, por avenirse más su carácter a este género de literatura. Así es que toda composición de esta clase tiene en Rusia un sabor local que la distingue. Además de Tol y de Soloboupe que figuran en primera línea, merecen ser citados otros varios entre la gran faueta de novelistas que ha inundado el suelo moscovita.

Gautchouff manejando la sátira con delicadeza, Grigorovitch reproduciendo las costumbres agresivas de los aldeanos y sus penas y placeres, presentan modelos agradables, secundados por la pluma de Boutkoff que ha sabido describir con maestría la vida íntima de las clases populares. Los cuentos de este último abundan en una dulce y tierna compasión hacia las gentes del pueblo, a quienes llama sus *héroicos*, presentándonos tales cuentos son en su vida privada y con arreglo a sus costumbres tradicionales. La afición que de algún tiempo a esta parte se ha despertado en Rusia hacia los estudios simpáticos y agradables de la vida campestre, demuestra el rápido progreso que hacen allí las ideas de justicia y el sentimiento del derecho natural.

También las mujeres rusas han contribuido con sus esfuerzos y trabajos a los adelantos de su literatura contemporánea. La condesa Rostopchine cultiva a la vez la poesía y la novela, y en sus poemas se distingue la elevación de sentimientos, al par que una elegante forma. Las señoras Pauloff y Panaeff ocupan también un puesto en el parnaso de

su patria, porque en sus obras supieron hermanar la gracia con la modestia.

Más hermosa ahora de Soloboupe, que por sus obras merece llamar la atención de cuantos cultivan la literatura. En ellas se advierten dos tendencias algo opuestas. Admiráncse en las unas la bell pintura de las cosas y los variados rasgos de una caprichosa fantasía, mientras que predominan en las otras la descripción y el análisis, como sucede en el *Tarantulo*, narración de un viaje por la Rusia. A pesar de ser Soloboupe noble, porque en Rusia no se conoce la profesión de literato, ha prestado grandes servicios a las letras, sin descuidar por eso las obligaciones de su cargo. En 1841 publicó una colección, titulada el *Narcótico*, de todas las novelas que había escrito, elogiadas ya unánimemente desde que vieron la luz pública. No se hizo esperar mucho tiempo otra colección en prosa y verso titulada *Ayer y hoy*, que practica como la primera sus dotes de artista y de poeta.

En el *Narcótico* ha reunido once novelas, cuyos argumentos sería demasiado prolijo referir; pero citaremos los nombres de *Una escena del gran mundo*, *El León*, *Un oficial del ejército*, *El Oso*, *Aventuras en un camino de tierra*, *Los tres Novios*, *Los dos Estudiantes* y otras. Distingúese por la verdad en los caracteres, por su estilo fluido y por cierto sabor local en las descripciones que solo en Rusia puede apreciarse. Otras muchas obras como son: *La Mujer del Boticario*, *el Yantchik* y *los Chanceros* podrían confirmar esta opinión si los estrechos límites de un artículo nos permitieran hacer un análisis de cada una de ellas.

*Ayer y hoy* es una colección de poemas y estudios en prosa, no todos firmados por Soloboupe, donde se encuentran algunos trozos de Joukowsky, de Odoevsky, de Barantinsky, para dar así una ligera idea de sus gustos literarios.

En todas estas obras y algunas otras que no enumeramos, predomina esencialmente el pensamiento de hermanar sin exageración el espíritu aristocrático con el popular y concederle la parte que corresponde tanto a los ingenios nacionales como a los extranjeros por la influencia que puedan ejercer en el progreso de su literatura. La aristocracia rusa tiene en su mano el llevar a cabo tan laudable pensamiento y el reobrar la iniciativa en un asunto de esta naturaleza que ya tuvo en épocas anteriores. La mano de Catalina II rasgó el velo que oscurecía las letras de su tiempo, haciendo desaparecer el misterio que rodeaba a los anales de su reinado. Hoy se reproduce aquel ejemplo, y así como el tiempo cumplió la obra empezada por Catalina, de esta suerte progresará la literatura rusa, que sólo entre algunos años de existencia, si la aristocracia y los escritores de la escuela nacional trabajan sin descansar hasta conseguir la unidad en las obras del ingenio.

Era imposible que una nación como la Rusia, aun en medio de la temida que la abruma, no experimentase la necesidad de grabar en su literatura el sello de su propio gusto para que reflejara mejor sus ideas y su carácter público y fuese un nuevo y poderoso instrumento de fuerza moral y política para el porvenir. Ya ha dado el primer paso, ya ha echado los cimientos del gran edificio que tarde o temprano debe construir. Y así como Pouchkine fue un genio creador en la poesía y Gogol en la novela, algún día aparecerá un astro que señale el camino que conviene al teatro ruso, aunque entre tanto se alimente con traducciones de comedias francesas y vaudevilles.

## PRONOSTICADOR DE TEMPESTADES.

Entre los objetos que figuraban en la Exposición de Londres en la categoría de las invenciones nuevas, se distinguía un aparato cilíndrico de tres pies de diámetro y de seis pulgadas de alto, construido en caoba e instalado de plata, y que lleva el nombre de « Tempest pronosticador » (pronosticador de tempestades). La primera idea de esta invención es debida a Jenner, que notó el efecto de la electricidad en la atmósfera en las sanguijuelas.

El director Merryweather, autor de la máquina actual, se comprometió a hacer sonar la campana mayor de la iglesia de San Pablo de Londres, por el solo efecto de las contorsiones de una sanguijuela a la aproximación de una tempestad, por medio de este ingenioso aparato: se han hecho muchos experimentos que han tenido felices resultados.

## EL PLEITO DE LOS PERROS.

Aquí verán nuestros lectores una *fábula dibujada*, representando como siempre una escena en la vida humana parodiada por los animales.

Trátese de un famoso pleito, desde hace mucho tiempo entablado, y cuyo resultado esperan con ansia todas las partes interesadas. El juez es un gran perro de aguas cuyas lanas ha respetado el dibujante inglés, para recordar la inmensa peluca de los magistrados de Inglaterra. Acabo de quitarse los anteojos, como si renunciase a ver mejor en el asunto, y entregado a sus meditaciones con el ojo entreabierto, y una pata en el libro de la ley, se dispone a pronunciar la sentencia.

A la derecha se halla el grupo de los interesados que ganan el pleito. Uno de ellos, el taladro que está abajo, se halla muy pensativo como el hincio apoyado en el suelo, comentando en su interior la palabra del juez y esperando con calma la conclusión de los considerandos. Mas arriba, uno de sus compañeros, grueso perro de presa, con la cabeza negra, confiando en su fuerza, que acaso considera como buen derecho, se ha quedado dormido suavemente, y en medio un cachorrillo muy despierto eye con interés las palabras del fallo: la causa se comprendió muy bien, y esto se llama justicia. Por último, encima de todos, medio oculto por la poltrona magistral, se descubre un cuervo interesado convertido enteramente en ojos y oídos, que se sonríe con el mayor placer porque ha ganado el pleito.

A la izquierda están los pobres que pierden. El de abajo alza los ojos al cielo, y toma a los dioses por testigos de la iniquidad de la sentencia. Mas arriba se ve un enorme perro de pastor que aprieta los dientes de rabia; con sus orejas, sus ojos medio cerrados y su alar feroz y maligno, parece un enemigo terrible. Una galga, personaje melancólico y discreto, le lanza una mirada de lado, como quien teme verse comprometida por alguna violencia de su pequeño vecino.

Encima de la galga se ve un gorgojo que se siente demasiado débil para rebelarse contra el juez; detrás de él está un can cerbero apretando los dientes, y diciendo a su vecino: — Ya estás viendo que nos condenan! Antes la muerte que dejar de vengarme del gran juez! El vecino trata de apaciguarlo con prudencia.

La escena se completa con el alguacil que desde el fondo de la sala, con las dos patas sobre la balaustrada del tribu-



nal, grita diciendo: — Silencio! — con el perro de la justicia, que trae en la boca un nuevo documento que llega tarde, y con el escribano colocado delante del juez, de la misma raza que este, aunque de una especie más menguada.

La malicia y la variedad de las expresiones han hecho célebre esta composición entre los ingleses, que, como todo el mundo sabe, tienen un gusto particular por la raza canina, y que generalmente respetan más sus leyes que sus jueces.



El pleito de los perros.—Dibujo de Freeman, copiado de Landseer.

## EL NIDO DE CIGÜENAS,

POR

ELIAS BERTHET.

(Véase las pág. 5, 14, 21, 26, 31, 45, 50, 62, 66, 82, 89, 101, y 103.)

Frank la sostuvo en sus brazos sin lo cual habría caído al suelo, porque la alegría la sofocaba.

— Calmaos, Whillemina, esta emoción podría traeros fatales consecuencias; pero ya sabéis que no podéis permanecer aquí más tiempo en medio de los peligros que os rodean...

— Peligros que os pueden alcanzar Frantz, repuso Whillemina estremeciéndose; hablad más bajo, mi hermano está en la torre... si os llegase á ver estaríamos perdidos.

— Y qué importa Whillemina, solo de vos debemos ocu-

parnos... ese pasaje conduce al Rhin, donde nos espera una barca; en pocas horas podemos estar lejos... partamos Whillemina, partamos.

— Frank, no hay ningún otro medio...

— Tibubais en seguirme, y en participar de mi suerte?...

— Os seguiré hasta la estremidad del mundo, hijo la joven con exaltación; pero, mi hermano...

— Y bien?

— Ha perdido el juicio... quién le protegerá contra sus propios furros?

— Whillemina, todo esfuerzo es inútil, no lograréis verle á la razón. Cuando os balleis en un sitio seguro, tomaremos las medidas necesarias, y además, no tiene consigo á Magdalena y á su hijo?

— Pues bien Frantz, me abandono á ti, dijo la joven con tierno acento, tendiendo sus manos á Frantz con una sonrisa celeste, te seguiré hasta la tumba.

El estudiante la estrechó contra su pecho arrastrándola suavemente hacia la puerta secreta.

— Al fin es mía! dijo con delirio; nada podrá separarnos en adelante, ahora comienza nuestra felicidad.

Una carcajada seca y estridente resonó detrás de ellos; ambos jóvenes se detuvieron helados de espanto, y en el mismo instante la puerta se abrió, y el baron entró en el aposento seguido de Fritz Reutner.

XXVII.

El baron no llevaba ya aquellos atavíos belicosos que se echó encima por un capricho de su locura, pero sin embargo, no por eso era menos terrible su aspecto. Su descompuesta fisonomía manifestaba una ferocidad sin límites unida á una especie de alegría de idiota. En la mano llevaba un pedazo de pergamino en que se veían trazadas con sangre algunas gruesas letras. Adelantándose hacia los dos jóvenes, les miraba fijamente riéndose como hemos dicho.

— Al cabo me ha oído, murmuró con una voz sonora; ha aceptado mi pacto sin titubear... Aquí están los dos juntos, y hé ahí el Camino de la Huida que tanto he buscado... Bien, mi dueño y señor, continuó dirigiéndose al ser invisible de quien se creía perseguido, has cumplido bien pronto tu palabra. Ah! ah! quieres mi alma, la tendrás. Toma primeramente, aquí tienes mi pacto firmado con mi propia sangre.

Y al mismo tiempo arrojó por encima de su hombro izquierdo y sin volverse el objeto que tenía en la mano. El pergamino revoloteó un instante á impulso del ligero viento que entraba por la puerta entreabierta, y luego desapareció en la oscura escalera de la torrecilla produciendo un ligero murmullo.

Whillemina y Frantz atónitos de dolor y de espanto se estrechaban el uno contra el otro.

— Cierra la puerta, Fritz Reutner, repuso el mayor dirigiéndose al hijo de Magdalena, cierra la puerta y ten cuidado con dejar salir á nadie... Mi aliado suele á veces llevarse con una mano lo que acaba de dar con la otra, y á pesar de sus apariencias de buena fe no quiero fiarme en él enteramente.

Fritz obedeció puntualmente como si hubiese recibido la orden más razonable; el sentimiento del deber era el único móvil de aquel obtuso entendimiento. A una señal de su amo se habría echado sobre Satánis, si este se presentase bajo una forma palpable. Nada á sus ojos, ni aun la misma locura podía libertarle de la obediencia pasiva que creía deber al baron de Steinberg.

De este modo se apresuró á echar los cerrojos á la puerta contra la cual se apoyó, para más precaución, frío é impasible como siempre.

Whillemina trató de combatir aquella horrible aberración mental. Desprendiéndose de los brazos de su marido, se adelantó tímidamente hacia el mayor y le tomó la mano diciéndole con su voz dulce y melancólica.

— Enrique, ahuyentad esas crueles visiones; volved en vos, hermano mío... soy yo... vuestra hermana Whillemina...

— Déjame en paz! dijo el baron rechazándola fuertemente; te conozco, eres Berta de Steinberg, la hermosa Berta... y él, continuó designando á Frantz, es Carlos de Stoffensels, llamado el Hermoso Escudero... Yo soy el baron Manuel, vuestro juez y señor.

Whillemina entrevió con espanto el peligro que había en

que la imaginación de su hermano persistiera en ese extraño error.

— Enrique! Enrique! esciamó con voz sorda, reconocedme... No soy Berta... la pobre Berta murió hace muchos años; yo soy Whillemina...

— Eres Berta, interrumpió bruscamente el insensato; no tengo hermana, no tengo más que una hija culpable... que me ha engañado, dejándose seducir por Stoffensels, mi enemigo... Además, ya sabes la ley inexorable impuesta desde tiempo inmemorial á los señores de Steinberg; todo el que penetra el secreto del Camino de la Huida, debe morir... Tu amante y tú vais á morir.

La joven lanzó un grito penetrante y retrocedió aterrorizada á su marido, porque principiaba á comprender los horribles proyectos de su hermano.

Como las palabras del mayor no tenían ningún sentido razonable para Frantz, este examinaba con un aire de profunda aflicción al desgraciado Steinberg. Las tentativas de Whillemina para reanimar aquella inteligencia perdida habían sido infructuosas de todo punto. Sin embargo, él estuvo delante queriendo intentar algo por su parte, dijo con un sincero acento de tristeza:

— Mayor de Steinberg, pasiones injustas y ciegas han turbado vuestra razón... Desechad tan absurdas visiones, recordad esa calma y esa dignidad propias de un noble, de un valiente oficial y de un hombre de mundo. Reconocedme; soy ese joven estudiante que durante vuestra ausencia se atrevió á amar á vuestra hermana Whillemina; un matrimonio secreto nos ha unido... Sin duda somos culpables por no haber solicitado vuestro consentimiento; pero bien caro nos ha costado! Ved lo pálida que está una vuestra hermana Whillemina á consecuencia de su herida; y en cuanto á mí, si me conociérais mejor, acaso no me juzgaríais indigno de vuestra estimación y amistad.

El baron le escuchaba atentamente; de pronto se dió un golpe en la frente como acordándose de alguna cosa y exclamó:

— Ah! sí... el hijo del tonelero!

Esa frase insignificante en apariencia indicaba sin embargo una débil reacción de la inteligencia contra los sueños calenturientos de la locura. Whillemina conmovió alguna esperanza, y Frantz continuó con dulzura:

— No soy el hijo de un pobre artesano, aunque me haya visto obligado á afirmar esta fábula... Hoy me arrepiento de no haberos dicho la verdad francamente; á pesar del peligro que encerraba para mí esta confesión... El peligro existía todavía, pero si el conocimiento de mi verdadero nombre debe calmaros, os diré que soy el conde Federico de Hohenzollern, segundo hijo del príncipe reinante de Hohenzollern.

Y dicho esto, se detuvo para juzgar el efecto que producía esta revelación.

— Hohenzollern! repitió magníficamente el mayor.

Whillemina miró á su marido con extrañeza.

— Conque sois noble? murmuró como reconociéndole, y no me lo habeis dicho?

— Me habeis amado á pesar de mi oscura condición, á pesar de mi pobreza, respondió el joven con ternura, y esta circunstancia será siempre mi orgullo y mi alegría. Pero no debemos ahora detenernos en este punto... Mayor de Steinberg, os he dado explicaciones tan leales como completas; persistid ahora en esos sentimientos de odio y de venganza indignos de un carácter generoso como el mío?

El baron estaba meditando, como buscando en la inteligencia un pensamiento fugaz que se escapaba siempre.

— Hum! hum! dijo al fin con una sonrisa irónica, si mi aliado el diablo no le hubiese traído aquí, cómo estaría en mi casa a estas horas?

Esa recada arrancó un gemido á la pobre Willemina; pero Frantz no podía dar crédito á lo que estaba viendo.

— Mayor de Steinberg, amigo, hermano mio, repuso con calor, he logrado llegar aquí por medio de ese pasaje secreto cuya entrada he descubierta...

— Con que has descubierta el tesoro de mi familia?... has visto las inmensas riquezas acumuladas por mis abuelos? Con que has usurpado al antiguo derecho de los barones de Steinberg?

— No os bagais ilusiones, mayor, ese tesoro consiste en algunos papeles carcomidos y sin valor ninguno. La cueva donde los he hallado pudo encerrar antiguamente grandes sumas de oro y plata, pero en el día está vacía, y parece un sombrío y triste calabozo!

— Berta y el Hermoso Escudero murieron allí de hambre; murmuró el mayor, añadiendo al cabo de un momento de silencio: mi amigo Satanás es el que te ha mostrado el terrible Camino de la Huida?

— Os repito que no ha sido el demonio... á menos que no haya tomado la forma de una cigüeña herida y moribunda...

Esa sola palabra de cigüeña volvió á sumerir al baron en todas sus locuras y furoras.

— Le ois? dijo dando gritos; al cabo me ha confesado la verdad... Si, si, reconozco tu mano en todo esto, Satanás; has cumplido tu palabra, y yo tambien voy á cumplir la mia... Soy el baron Manuel! Aquí está el señor de Stoffensels y la culpable Berta, y mas allá el Camino de la Huida... Está bien, esta bien, cigüeña del Steinberg, voy á obedecerte al instante.

Frantz se volvió haciendo una señal de desaliento; pero Willemina, en medio del desorden de las ideas de su hermano, descubría un obstinado pensamiento de venganza. Bien luego pudo convencerse de que sus temores eran fundados.

— Fritz Reutner, dijo el baron con acento solemne, volviéndose hacia el hijo de Magdalena, eres un criado fiel, y vas á ayudarme á vengar el honor ultrajado de la casa... Estas dispuesto?

— Qué mandáis, señor? preguntó Fritz tan sencillamente como si se hubiese tratado de tomar las órdenes para una partida de caza.

El baron permaneció un momento sin responder, porque se hallaba ocupado en mirar alternativamente á los dos jóvenes como si estuviera meditando un plan de ataque.

— Señor mayor, exclamó Frantz con vehemencia: ay de vos si empleáis la violencia contra vuestra desgraciada hermana! Volved más bien vuestra cólera contra mi solo.

— Contra tí, sí, contra tí solo, murmuró el baron; Fritz, encárgate de Berta... Me es imposible poner la mano sobre mi hija, la hija de mi vejez... Vamos á ver nosotros dos, Carlos de Stoffensels.

Y al decir esto, se lanzó sobre el joven antes de que este hubiese tenido tiempo para ponerse en guardia, y principió entre los dos una lucha cuerpo á cuerpo. Willemina en este terrible conflicto quería separar á los combatientes; pero el robusto Fritz se lo impedía ejecutando al pie de la letra las órdenes de su amo.

— Cómo, miserable! exclamaba, con que te atreves á faltarme al respecto á una honrada de Steinberg!

Fritz se detuvo confuso y cortado.

— Señoría, dijo con un tono áspero: el señor baron es

el jefe de la familia, él es el amo, y á mi solo me toca obedecerle...

— Y no soy yo tambien tu ama? No soy una Steinberg lo mismo que él?... Además, añadió con voz mas baja, no ves que esta loco rematado?

Esa última razon no era muy concluyente á los ojos de Fritz Reutner, sin embargo el caso era apurado: á quien de los dos debía obedecer? En su perplejidad permanecía inmóvil.

Willemina creyó haberle sometido á sus voluntades.

— Sepárale en nombre de Dios, en nombre de tu madre! exclamaba señalando con el dedo á los dos enemigos que se arrastraban á sus pies, ó tendrás que dar cuenta de los males que habrás causado. Cobarde imbécil, no estás viendo que quiere cometer un crimen?

Willemina quiso con sus débiles manos separar á los combatientes, pero Fritz no hizo el menor movimiento para ayudarla.

De repente una voz ronca y profunda parecida al rugido de un leon le gritó diciendo:

— Una cuerda!... una cuerda!... Fritz Reutner.

El resultado de la lucha entre el terrible baron y el pobre estudiante no había estado dudosa largo tiempo.

Frantz era mas joven, pero tambien se hallaba muy débil todavía de resultas de su peligrosa enfermedad; el colosal mayor por el contrario sentía acrecentadas sus fuerzas por la fiebre de la venganza y la locura, y en igual momento se habrían necesitado muchos hombres para contenerle.

Por eso no le costó ningún trabajo el echar por tierra al desgraciado Frantz, á pesar de los impotentes esfuerzos de Willemina.

Al oír la voz de su amo Fritz dejando á un lado sus escrúpulos, volvió á sus hábitos de obediencia pasiva, y arrojando de la pared un pedazo de cuerda que sostenía uno de los tapices así con el al joven caído en el suelo y sujeto por el mayor.

Viendo á aquellos dos hombres tan encarnizados contra Frantz, Willemina quería reclazarlos y entrecerlos al mismo tiempo.

— Enrique, que estás haciendo, le decía... Es mi marido, vuestro hermano... Oh! cobardes! dos contra uno solo! Fritz, miserable ingrato, esa es la recompensa de mi indulgencia y de mis bondades? Mi hermano ha perdido el juicio, pero tú puedes comprenderte, tú sabes la culpable que te semejante violencia... Enrique! Enrique! en nombre de nuestro padre, en nombre de Dios, no os manchéis con un crimen horrible!

— Willemina! murmuró Frantz medio sofocado, no pienses en mí, huida, huida, si podéis escaparos todavía.

— No, no, quiero que sea la misma nuestra suerte!... Pero mi hermano no tendrá valor para atentar contra vuestra vida?... nunca ha sido malo...

Al llegar aquí se detuvo y se cubrió el rostro con ambas manos: Enrique de Steinberg acababa de levantarse, después de haber puesto á Frantz en la impotencia de hacer un solo movimiento. El aspecto que presentaba entonces era horrible: una espuma blanca se veía en las dos estremidades de su boca; los músculos de su fisonomía se contraban convulsivamente; sus ojos se hallaban inyectados de sangre, en una palabra, nada en él parecía humano.

— Oh! Dios mio! exclamó Willemina aterrorizada, ese no es mi hermano Enrique!

El mayor dijo á Fritz señalando á la joven con un ademán terrible:

— Encárgate de Berta... yo tomo por mi cuenta al señor de Stoffensels...

Reutner permaneció inmóvil y miró á su amo; quizá iba á resistir á las voluntades de aquel loco, Willemina concibió alguna esperanza.

— Tómalas en brazos y síguelme repitió Enrique de Steinberg sin dejar de señalar á su hermana...

El estúpido Reutner no titubó un instante; la primera vez no había comprendido el orden del mayor y por eso había titubeado; ahora tomó á la joven levantándola en sus brazos fuertes y nervudos.

El mayor se echó al hombro el cuerpo del desgraciado Frantz como una masa inerte.

Los dos jóvenes esposos lanzaban gemidos penetrantes, pero quizá podía oírlos en aquella habitación aislada, habitada únicamente por una anciana tan débil como tímida? En medio de aquel desorden, Fritz dejó caer la mesa y la lámpara se apagó al caer al suelo. Entonces no se vio mas luz que la que despedía un pávido rayo de la luna. La linterna de Frantz ardia aun en medio de las piedras amontonadas en los primeros escalones del Camino de la Huida, y á ese vacilante resplandor se descubría el pasaje bajo la tierra lo mismo que una tumba.

El baron se dirigió rápidamente hacia la abertura practuada en el muro, pero Fritz se espantó al encontrarse á oscuras.

— A dónde vamos preguntó.

— Ya lo estás viendo, al infierno!

El mayor iba bajando ya con su carga la tortuosa escalera que conducía al interior de la torre. La respuesta de su amo había despertado los supersticiosos temores de Fritz, Willemina sentía que temblaba, pero al punto dominó su emoción.

— Al infierno... repitió... el baron de Steinberg es mi amo, le seguiré.

Y al decir esto entró resueltamente en el subterráneo en cuya escalera se unió con el mayor. Ambos marcharon juntos algunos instantes en silencio; Frantz y Willemina anonadados parecían haber perdido el uso de sus sentidos; sus gemidos eran muy débiles para que se oyera.

Cuando llegaron al sitio en que el pasaje formaba una especie de sala, Enrique se detuvo de repente, y dijo en tono solemne estas palabras:

— Espíritu del mal, mi aliado y amigo, y bien juego mi dueno, señálome el calabozo donde el baron Manuel debe encerrarse á la culpable Berta, y al traidor Stoffensels.

Un relleno de la linterna que llevaba el baron en la mano cayó sobre la maciza puerta del antiguo tesoro del Steinberg. El baron soltó una fuerte carcajada, que repitieron tristemente los ecos subterráneos.

— Así pues, repuso con una alegría salvaje, se va á cumplir el destino!... Berta y el Hermoso Escudero morirán de hambre en el Camino de la Huida del Steinberg... El infierno ha accedido á mis deseos.

## XXVIII.

A la mañana siguiente un poco antes de salir el sol, se oyeron muchos golpes seguidos en la puerta exterior del Steinberg. Ya hemos dicho varias veces que esta puerta se hallaba separada del castillo por el patio convertido en huerta.

Sin embargo los golpes eran tan fuertes que Fritz no pudo

ménos de oírlos; saltó de la miserable cama en donde dormía vestido, y con los ojos encarnados por la privación de sueño, se dirigió lentamente á la puerta. Por entre las rendijas quiso ver á los que se anunciaban con tal estrépito, pero solo pudo convencerse de que formaban un numeroso grupo.

Al cabo de un instante les preguntó lo que querían.

El ruido cesó al oír esta pregunta.

— Estaba seguro de que vendrían, dijo una voz enfática... Abre pronto, te lo mando en nombre del gran duque nuestro soberano.

— Quién sois?

— Soy el Juez de Stoffensels.

— No se entra; contestó Fritz disponiéndose á marcharse.

— Abre pronto, tantante, dijo una voz en un tono mas elevado que la del juez. Tu amo, ese baron arruinado debe ponerse muy contento cuando le vienen á ver personas de mi especie.

— Y quién sois vos? preguntó Fritz deteniéndose de nuevo.

— Soy hijo de un principe reinante... y puedes anunciarle canónigo de Munster.

— Hijo de un principe! canónigo! murmuró Fritz: diablo! Pero al cabo de un instante añadió: No se entra.

Una explosión de imprecaciones se oyó al otro lado de la puerta.

Dejáme que le hable, gritó un tercero, porque no puede ignorar mis derechos sobre el Steinberg; las órdenes que tiene no son concernientes al caballero Ritter... Señor Fritz Reutner, continuó con acento mas suave, podéis ir á decir al baron que estoy aquí, que vengo á reclamar la ejecución de cierto convenio que tenemos pendiente... Decidle que pienso hablarle con los miramientos debidos á su categoría é infortunios, pero que traigo aquí personas dispuestas á sostenerme en caso de resistencia... Ahora marchad pronto; y cuidado con haceros esperar largo tiempo; en recompensa, os pondré de guarda del Steinberg, en cuanto haya entrado en mi posesion lo que no tardará mucho en verificarse.

Fritz sabía que estaba vendido el castillo, y por consecuencia no podía responder al sumiller lo que había respondido á los otros. Después de haber reflexionado un rato contestó que iba á prevenir á su amo y tomó el camino de la torre.

La ausencia fué bastante larga; los forasteros cansados de esperar se preparaban á llamar de nuevo, cuando un ruido de pasos y de llevárselos anunciaron que iban á entrar bien luego.

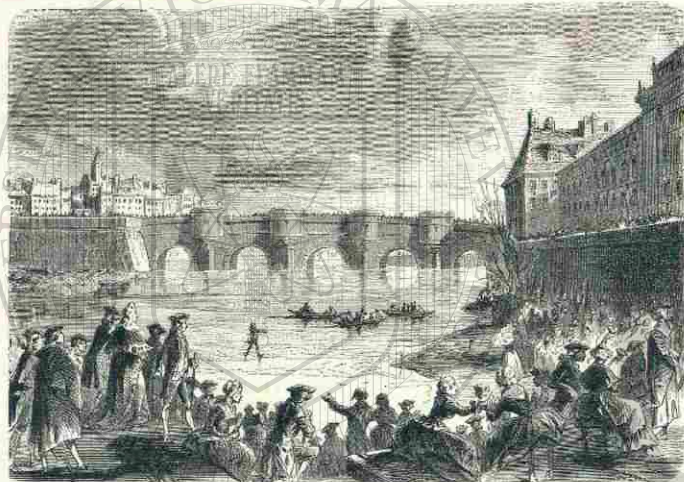
En efecto un instante despues se oyeron rechinar los cerrojos y caídas, la puerta volvió sobre sus goznes, y entonces penetraron en aquella sombría morada, cerrada despues de tanto tiempo.

Alberto Schwartz marchaba á la cabeza, vestido aun con su miserable traje de estudiante que contrastaba con sus modales insolentes; detras iba el caballero Ritter, con el aire grave y majestuoso de un conquistador que entra por una brecha, seguido de un juez amilonado, taciturno y grueso como todo magistrado alemán con un alguacil á caballo, y por último cerraban la marcha tres ó cuatro soldados de policia cuya presencia habia exijido Ritter para tener una seguridad completa.

(Se continuará.)

## ESPERIENCIA HECHA EN EL SENA EN PARÍS EN 1785.

En 1783, el *Journal de Paris* anunció que un relojero había inventado unos zapatos elásticos con los cuales atravesaría el Sena cincuenta veces por hora. Para hacer su experiencia pedía que se le asegurase por suscripción la suma de 200 luises, comprometiéndose a no tocar a este dinero hasta tanto que hubiese atravesado el Sena delante de todo



Dibujo copiado de una estampa del siglo XVIII por N. Fouquier.

de Flesselles vino a revelar que la supuesta experiencia era una broma y nada mas.

Dos años despues la cosa hubo de verificarse en efecto. Hé aqui lo que leemos en la correspondencia de M. Grimm, con fecha del mes de setiembre de 1785.

«Hacia fines de 1783, estábamos llenos de vergüenza por el engaño de un sujeto de Lyon, el cual para poner a prueba nuestra credulidad habia hecho anunciar con mucha pompa el descubrimiento de unos zapatos elásticos a cuyo beneficio se podia andar por el agua sin mojarse los piés. Este milagro le hemos visto hacer dos veces, y el prodigio causó tan poca sensación, que casi podríamos dispensarnos de hablar de ello.

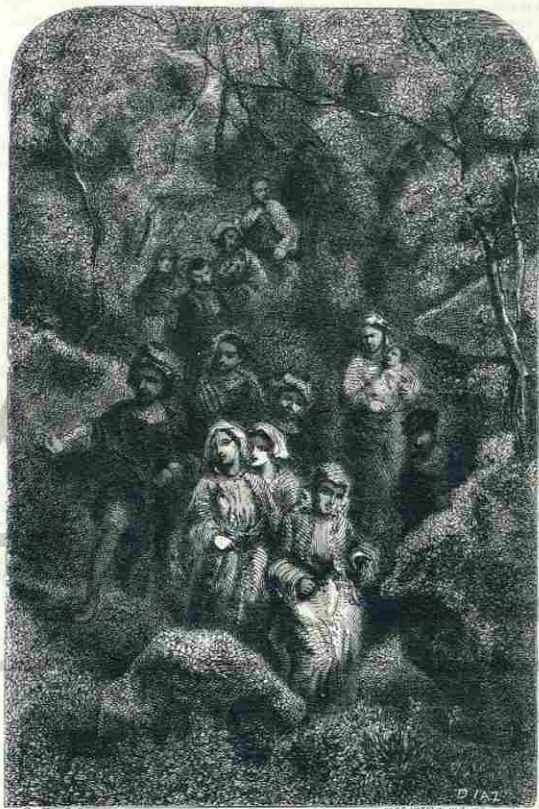
«Un español hizo esta experiencia el 3 de setiembre en medio del Sena. Se colocó en el agua sin mas que sus zapatos: entró en el río, siguiendo ó no siguiendo la corriente y se detuvo muchas veces bajándose para tomar agua en la palma de la mano, sin caerse. Andaba lentamente y con cuidado sin duda por lo difícil que parecia serle el guardar el equilibrio; estuvo en el agua unos veinte minutos, y aj

el mundo. Además, el periódico aseguraba que el descubrimiento era verdadero. El rey abrió la suscripción, enviando 45 luises á la redacción del periódico, y tantos se apresuraron á seguir su ejemplo que bien luego el *Journal de Paris* añadió que la suma estaba completa, y al mismo tiempo sus redactores comunicaron este resultado á un habitante de Lyon que fué el que los escribió las promesas del relojero; pero una carta del intendente de esa ciudad, M.

plegar á la orilla, se quitó los zapatos y los metió en una caja á fin de ocultar su forma á los espectadores. A alguna distancia de él iban dos ó tres barquichuelos para socorrerle si llegaba el caso.

«Fácil es concebir que para conseguir esto, no hay mas que remover una masa de agua igual al peso del que anda. El pié cúbico de agua pesa 70 libras, de modo que con remover 2 piés debe sostenerse á la superficie un hombre que pese 140 libras. Estos zapatos no son mas que un barco dividido en dos partes, y la única dificultad que hay es la de conservar el equilibrio en esta posición, lo que sin duda necesita tanta destreza y ejercicio como el danzar en la cuerda y los demás ejercicios de este género. No hemos podido saber el nombre de este español, y lo que únicamente podemos decir sobre su persona es que se habia dado el título de académico de Barcelona y de pensionado de S. M. Católica, títulos que le han sido disputados de un modo bastante humillante para él por el señor abate Jimenez, en una carta enviada al *Journal de Paris*.

## LOS GITANOS.



Diaz. — Los gitanos. — Dibujo de Geoffroy.

Un grupo de hombres, de mujeres y de niños va marchando por entre unas rocas cubiertas de vegetación. No hay que preguntar al artista si nos los representa tales como les vió, si van á alguna fiesta, ó si es una de esas peregrinaciones que hacen continuamente, porque él mismo puede decirse que lo ignora. Lo que le ha seducido ánte todo, es la magia de esas luces que penetran á través de los árboles, esos rostros de mujeres brillando en las medias tintas, y todas esas sombras agitándose medio desvanecidas entre las hojas. Lo que ha querido representar es ese genio flotante, risueño y aventurero, genio vagabundo que para simplificar la vida lo reduce todo á la hora presente.

T. III.—PARIS.—IMP. BLONDEAU.

Ese genio, largo tiempo encarnado en ciertas razas de origen desconocido que recorrían la Europa, parece destinado en nuestros tiempos modernos á desaparecer con ellas. A medida que las sociedades se van organizando, los elementos esparcidos se arraigan tambien, y un trabajo de arreglo y consolidación se va operando por todas partes. El individuo que erraba á los bordes de la civilización, viviendo con despojos, halla un puesto en ella para fijarse; la cabaña reemplaza la tienda, en tanto que la casita de ladrillos reemplaza la cabaña.

Pero bueno es que el arte nos conserve al ménos la gracia pintoresca del tiempo primitivo. El arte debe fijar esos

fugitivos reflejos y esos perfiles cambiantes que el sol del progreso desvanece á cada época, en el mundo de los vivos.

Entregada á la actividad humana, la faz del mundo debe modificarse de siglo en siglo, bajo pena de desobedecer á la ley establecida por el mismo Dios, y esas transfiguraciones sucesivas forman los capítulos de nuestra historia. Los mármoles de Atenas y de Roma nos han revelado la vida antigua; las esculturas de nuestros palacios y nuestras catedrales nos han dado á conocer la de la edad media; la era moderna tendrá también sus traducciones inmortales, que enseñarán á las futuras generaciones lo que fué nuestra sociedad contemporánea.

#### ESTADÍSTICA DE FRANCIA.

La sección de longitudes de la academia de ciencias de París, acaba de publicar su Anuario, del cual tomamos los siguientes pormenores estadísticos sobre el movimiento de la población de Francia.

Durante los treinta años transcurridos desde 1847 á 1849 han nacido en Francia 16,459,319 niños y 15,504,544 niñas, viniendo á ser con corta diferencia la relación de los primeros guarismos con los segundos de 17 á 16. Así, pues, por un término medio, los nacimientos anuales de varones esceden en una dieciséisava parte á los de las hembras.

Los nacimientos de hijos naturales de ambos sexos parece ser que no guardan armonía con la proporción de 17 á 16. El número de dichos nacimientos desde 1847 á 1849 ha ascendido en toda Francia á 4,166,906 varones y 4,121,038 hembras: la relación en que está la primera cantidad con la segunda es con corta diferencia de 25 á 24: lo cual parece indicar que en esta clase de hijos el número de las hembras se aproxima más al de los varones que en los hijos legítimos.

Durante los mismos treinta años indicados ha acontecido por espacio de cuarenta y cuatro veces que el número anual de nacimientos de hembras ha excedido al de varones en algunos departamentos, á saber: tres veces en los Bajos Alpes; tres en los Altos Alpes; una en el departamento de Ardenas; otra en el de las Bocas del Ródano; otra en el de Cantal; otra en el de Charente; dos en el de Cher; cuatro en el de Corceze; otras cuatro en Córcega; una en Doradoña; una en el Finisterre; una en el Góte d'Or; dos en el Herault; una en el Isère; una en el Alto Loira; una en el Loira Inferior; una en el Loiret; cuatro en el Lot y Garona; una en la Mancha; dos en Marne; una en Meurthe; una en el Norte; una en el Orne; una en los Pirineos Orientales; una en el Ródano; dos en el Alto Saone; una en el Var; y dos en el Yonne.

A fin de averiguar si ejerce alguna influencia el clima en la relación de los nacimientos, se han considerado separados dos grandes grupos de departamentos, ocho en el Norte de Francia, á saber: Aisne, Ardenas, Mosela, Norte, Oise, Paso de Calais, Sena Inferior, Somme; y quince en el meridiano, que son los siguientes: Ariège, Audo, Bocas del Ródano, Gard, Alto Garona, Gers, Herault, Landas, Bajos Pirineos, Altos Pirineos, Pirineos Orientales, Tarn, Tarn y Garona, Var, y Vaucluse. En cada uno de ambos grupos se cuentan de 130 á 140,000 nacimientos anuales. El primero está comprendido entre los paralelos de 49 y 51 grado; el segundo está todo él al Sur del paralelo de 44 grados y medio.

En los departamentos situados al Norte, han nacido desde

1841 á 1849, en treinta años, 2,307,704 varones y 2,172,283 hembras. Estos números guardan entre sí la misma proporción que 17 con 16,002 ó 10,825 con 1. En los departamentos meridionales han nacido durante el mismo transcurso de tiempo 2,305,681 varones y 2,475,320 hembras. Estos guarismos son entre sí como 17 es á 16,044, ó 10,598 es á 1. Las mismas relaciones resultan considerando los nacimientos ocurridos durante cinco, diez y quince años. La pequeña diferencia que se echa de ver en la relación de 10,625 con 10,598, guarismos de los departamentos del Norte y Mediodía de la Francia, patentiza que el escaso que se advierte de nacimientos de varones sobre los de hembras no depende del clima de una manera sensible.

El número de los nacimientos de varones y el de los de hembras observan entre sí con corta diferencia la misma proporción que los números 17 y 16, en cuanto á los hijos legítimos; la misma que los números 25 y 24, en cuanto á los hijos naturales, y la misma que los números 17 y 16, en cuanto á la totalidad de hijos.

Por cada hijo natural que nace, nacen 12,974 ó resulta de 13,974 legítimos, lo cual viene á producir un exceso de 10 hijos naturales, por 100 legítimos.

Las defunciones de varones esceden á las de hembras, hallándose representadas las primeras por el número 70, y las segundas por el 69.

Por lo que dice relación al aumento de población, vease claramente que en ella toman una parte mucho mayor los varones que las hembras: contribuyendo los primeros con una 369 parte, y las segundas con una 488.

Si el aumento total de población observado en la actualidad, que es de unas 215 partes, siguiese guardando proporción, dicha población se aumentaría en una décima parte en veinte años, en dos décimas partes en treinta y nueve años, en tres décimas partes en cincuenta y seis años, en cuatro décimas partes en setenta y un años, en la mitad en ochenta años, y sería preciso el transcurso de ciento cuarenta y siete años para que se aumentase en un doble de lo que existe en la actualidad.

Por cada 3396 habitantes se cuenta un nacimiento y 84 defunciones, ó 100 nacimientos por 84 defunciones.

Por cada 10 habitantes se cuenta una defunción, y por un nacimiento la quinta parte.

Por cada 128 habitantes y cuatro nacimientos, se cuenta un casamiento.

Por cada casamiento se cuentan 3, 4, hijos legítimos. En el período transcurrido de 1847 á 1840, la relación en que se ha observado que se hallaba la población con el número de nacidos, era de 34 á 4 en un principio, de 33 á 9 á la mitad de dicha época, y de 36 á 4 á fines de ella. Por estos números, pues, debe multiplicarse el de nacimientos correspondiente para graduar la reproducción. Pero dichos números, considerando poco mas ó menos como exactitud la población, manifiestan también el término por un cálculo medio de la vida de los individuos en cada época. La vida media de los individuos duraba por lo tanto unos 31 años, ocho años después del de 1847; unos 33, diez y seis años después; y en la actualidad unos 36 años.

El cuadro de mortalidad de Davillard, tan solo señala unos 28 años, como la edad, término medio, de la vida de los individuos, antes de la revolución. Vese, pues, que ha sobrevenido un aumento de casi siete años, el cual sin duda debe provenir del uso de la vacuna, de los adelantos practicados en el régimen higiénico y del bienestar que se ha procurado proporcionar aun á las clases mas pobres. Semjante

aumento indica un cambio favorable sobrevenido en las leyes de la mortalidad, el cual ya se ha hecho sensible en Francia por otros hechos anteriores, así como también en una gran parte de Europa.

He aquí ahora el movimiento de la población de París en 1850.

La ciudad de París cuenta 945,724 habitantes; de ellos 487,343 pertenecen al distrito de Saint-Denis y 458,381 al de Sceaux. Total del departamento del Sena 1,364,933 habitantes.

En las casas han nacido 9,484 varones y 9,459 hembras procedentes de matrimonios, 2,493 varones y 2,429 hembras fuera de matrimonio.

En los hospitales han nacido de matrimonio 197 varones y 210 hembras, y fuera de matrimonio 2,349 varones y 2,308 hembras. Total 45,022 varones y 44,606 hembras.

Total general de nacimientos 29,628.

De este número han sido reconocidos 977 varones y solamente 789 hembras.

Las defunciones han ascendido á 25,126, de las cuales 12,616 han sido de varones y 12,510 de hembras. Resulta, pues, un exceso de 4,502 nacimientos sobre las defunciones.

En 1850 se han celebrado 8,444 casamientos entre solteros, 512 entre solteros y viudas, 989 entre viudos y solteras, y 352 entre viudos y viudas. Total general de casamientos 10,927.

Si se pretende saber cuanto han comido y bebido los individuos de la ciudad de París en 1850, he aquí las noticias que sobre el particular suministra el *Calendario de las longitudes*:

Vinos en barril: 1,453,868 hectolitros (cada hectolitro equivale á 59 azumbres y media).

Vinos embotellados: 8,477 hectolitros.

Total de consumo de vinos 1,464,343 hectolitros.

Cerveza que ha entrado por las puertas de París 48,691 hectolitros.

Cerveza fabricada en París: 77,548 hectolitros.

Total de cerveza consumida: 96,239 hectolitros.

El consumo de carnes de todas clases ha ascendido á 50,827,378 kilogramos (cada kilogramo equivale á mas de dos libras) salidos de los mataderos. Si se añade á esta cantidad 17,276,876 kilogramos, procedentes del exterior de París, se obtendrá la enorme suma de 68,164,254 kilogramos de carne. Uvas han entrado 4,909,275 kilogramos; pasteles, cangrejos y frutas, 60,615 kilogramos.

En los mercados públicos se han despachado por valor de 6,238,536 francos de pescados de mar; 1,723,691 francos de ostras; 676,602 francos de pescado de agua dulce; 4,294,776 francos de caza; 1,418,723 francos de manceva; y 5,479,442 francos de buenvos.

En fin, para procurarse calor han quemado los habitantes de París en el año que nos referimos, 735,050 esterios de leña de todas clases. (El estero es una medida que equivale á 6 pies y cuatro cuartos de Castilla.) 2,638,119 hectolitros de carbón piedra. Total 6,433,355 hectolitros.

#### OBSERVACIONES SOBRE UN ECLIPSE.

El último eclipse ha dado lugar á hablar de las diferentes hipótesis por las que se ha tratado de explicar las llamas rojizas y las protuberancias singulares que no aparecen sino en los eclipses totales. Son, dicen, algunas nubes incandescentes que flotan en la atmósfera solar, y su presencia confirma la de la misma atmósfera. Son mas bien, espocina otros, conjuntos de materia muy tenue, quizás gaseosa,

que circulan muy cerca del sol, pero en el vacío; así como las masas planetarias, sujetas á las leyes de la gravitación universal; y para dar peso á tales ideas hipotéticas se notan los nombres de Arago y Babinet. La opinión de M. Jaye desembaraza al sol de ese círculo misterioso y generalmente invisible, atribuyendo el fenómeno de las prominencias á un efecto óptico, á una ilusión.

Segun M. Jaye, al observar aquellos fenómenos, debía tenerse también un termómetro sensible á fin de determinar la mayor exactitud posible de las variaciones de temperatura, que la sombra, á pesar de su rapidez, produce en la atmósfera; porque ro obstante la oposición de M. Avry, célebre director del observatorio de Greunwich, M. Jaye persiste en creer que esos cambios de temperatura bastan para causar refracciones extraordinarias capaces de dar origen á las apariencias mas variadas y mas singulares, así como esa misma refracción eleva en el mar un buque sobre su posición verdadera, refoldla su imagen y la presenta en situaciones mas variadas é inverosímiles. Además, M. Jaye apela al cálculo, y demuestra que desde el instante que un rayo de luz es reflejado hacia la tierra por cualquier faceta brillante de las montañas de la luna, y por poca que sea su intensidad, se puede con una atmósfera designalmente enfriada, esparcirlo en llamas, en lenguas de fuego, dispersarlo en cuentas luminosas, ordenarlo en nubes exteriores en derredor del disco de la luna, representar, en una palabra, la inmensa variedad de hechos referidos por los observadores.

La academia de ciencias recibió una copia al daguerreotipo que representa el disco de la luna en el cuarto creciente, copia obtenida por M. Bond.

No es esta la primera vez que se ha mostrado la capacidad fotográfica de la luz de la luna; se habian impresionado láminas sensibles con la luz reconcentrada por medio de un lente; pero el resultado de semejante impresion no era mas que una mancha blanquecina, desprovista de rasgos y en la que no se reconocia nuestro satélite. La copia de M. Bond es, por el contrario, una verdadera imagen, un retrato de la luna bellamente ejecutado, y en el que se advierten los rasgos y señales de su superficie, tal como se ve absolutamente en el foco de fuertes telescopios. Si juzgamos por la curvatura del borde circular de su imagen, de que nos ocupamos, tendríamos, si fuera completa, casi un decímetro de diámetro, y para obtenerla directamente ha debido emplearse una objetiva de 8 á 10 metros de longitud focal. En efecto, el gran telescopio paraláctico de Cambridge Street de cámara oscura en esa ocasión. Quitada esa ocular, la lámina fue puesta en el foco del instrumento que, movido por su propio mecanismo, comunicó á la superficie (verion) impresionable un movimiento igual al de la imagen misma, de suerte que, durante la impresion, no hubo desvío relativo sensible entre la lámina y la imagen óptica de nuestro satélite que caía en su faz. Sin aparatos iguales no debe pensarse en sacar una imagen fotográfica de la luna. En esta operación deben concurrir con sus medios la astronomía y la fotografía.

#### IGLESIA DE LERY.

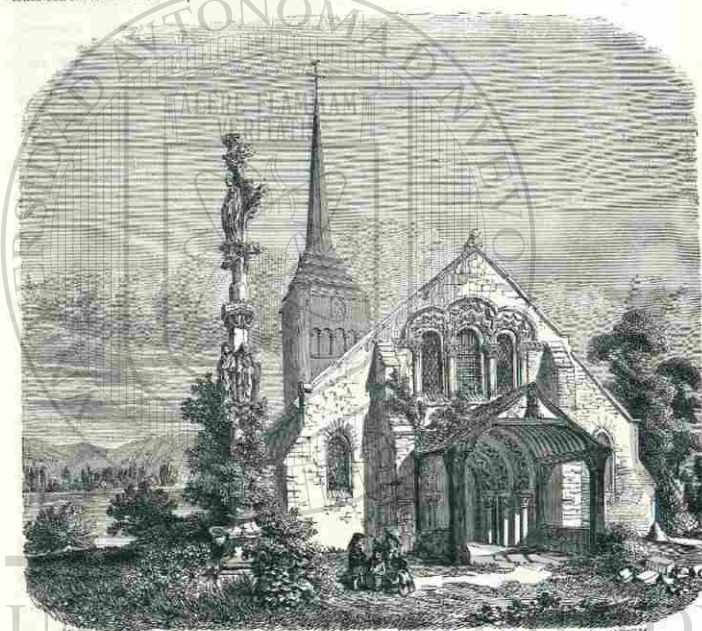
(DEPARTAMENTO DEL EURE.)

La iglesia de Lery ha debido construirse ó fundarse hacia el siglo XI. Los adornos de su fachada tan sencillos como poco variados, no tienen un gran mérito de ejecución, pero en el conjunto se distingue cierta armonía. Las tres ventanillas juntas que hay sobre la puerta producen un efecto agradable. Los capiteles de estas ventanillas se hallan ador

nados con hojas de acanto cortadas con finura y que se dibujan graciosamente en volutas sobre los ángulos. Los arcos de la bóveda están también graciosamente adornados, y en el remate de la pared delantera del edificio se ve una figura de hombre sentada, y como asomándose a la calle.

El campanario fino y elegante tiene en su estremidad una cornisa de estilo algo pesado sostenida por medio de molduras con cabezas de hombres y de animales.

La cruz del cementerio es de un gusto esquisito, pero desde el siglo XVI el tiempo ha comenzado a deteriorarla alterando la finura de sus perfiles, destruyendo toda expresión de vida en sus figuras así como el efecto de sus ropajes. Por un lado se ve al Cristo en su santa agonia, por el otro está la Virgen coronada con Jesus en brazos y velada con sus largos cabellos y con su ancho manto que cae formando ondulaciones. Debajo se ven tres imágenes de santos separadas.



Vista de la iglesia de Lery.

radar por un capitel de cabezas de querubines alados, y tres ángeles sostienen un escudo donde están esculpidos los instrumentos de la Pasión.

A algunos pasos detrás de la iglesia corre el río del Eure; los habitantes de las riberas, sin acordarse de los diccionarios y cartas geográficas le llaman el *Dure* á causa de la desigualdad y de la rapidéz de su corriente. Mas allá se estiende el hermoso valle del Sena, que recibe las aguas del Eure á poca distancia de Lery.

### EL NIDO DE CIGÜENAS.

POR  
ELIAS BERTHET.

(Véanse las págs. 8, 14, 21, 26, 31, 45, 50, 52, 66, 82, 90, 101, 108 y 116.)

Todas estas personas invadieron el patio en cuanto el paso estuvo libre, y Fritz Reutner lejos de oponerse ya á su intru-

ducción, abrió la puerta con grande era, sin pronunciar una palabra y aun sin mirar á los recién venidos, y luego reuniendo en su mano llaves y candados, los arrojó desdesfocadamente á la falda de la roca.

Ritter le observaba con sorpresa.  
— ¿Qué estás haciendo? le preguntó.

— Estoy obedeciendo las órdenes de mi amo; en adelante todo el mundo podrá penetrar aquí como antiguamente... Pero vamos pronto, señores, mi amo espera.

— Pero vamos á ver, dijo Ritter desconfiándose un poco de este cambio, tu amo está sosegado, razonable? Dícen que tiene momentos de ausencia... de delirio, y si eso fuera, no quisiera esponerme á alguna escena desagradable...

— Podéis venir, repuso Fritz.

— En efecto, pensó el sumiller, somos aquí bastantes para contener á un hombre solo... Sin embargo, señores, añadió volviéndose hacia los esbirros, no os separéis de nosotros,

porque nadie puede responder de las acciones de un loco.

El suceso Federico de Hohenzollern charlaba desafortunadamente como lo tenia de costumbre, habiendo querido acompañar á Ritter al castillo tanto por servir de algo á su compañero Frantz, cuya desaparición se ignoraba todavía, como por probar la influencia de su título sobre el terrible mayor. Entráronse aquella cohorte guiada por Fritz Reutner á través el jardín y entró en la tortuosa escalera que conducía á las habitaciones de la torre.

A la puerta del cuartito de Whilhelmina una especie de sombra examinó un momento á los recién llegados y desapareció luego en la oscuridad: era Magdalena Reutner, que al ver entrar en el Steinberg tantas personas había adivinado la verdad, é iba á prevenir á Whilhelmina, y á ayudarla á hacer sus preparativos para dejar la torre.

Los invasores continuaron su ascension sin fijar su atención en este encuentro. Sin embargo á medida que se iban acercando al cuarto abovedado dende debía estar el baron, habian ido cesando todas las conversaciones.

En el momento de entrar, Ritter se acordó de que la etiqueta le prohibía proceder al supuesto conde de Hohenzollern. Alberto por su parte creyó deber ceder el paso al juez, y este ignorando el peligro entró el primero confundiendo en reverencias y cumplimientos.

Peró nada justificaba los temores de Ritter y de Schwartz.

El cuarto abovedado seguía teniendo su triste y sombrío aspecto, pero no se veía en él, el desórden que rodea á un loco furioso.

Hasta el baron tenia un aire bastante sosegado; de plú, en medio del aposento, queria darse cierto aire de importante dignidad.

Su viejo uniforme estaba cuidadosamente abotonado, y su espesa y crespada cabellera no estaba tan indómica como antes. Llevaba su espada colgada al lado, y un pedazo de encaje muy ajado figuraba una especie de chorrera en la abertura de su casaca.

Esta compostura exterior tan poco acertada ponía mas en evidencia el extravío de sus ideas: sus hundidas mejillas, su livida tez y sus ojos encarnados tenian un caracter particular que no podía engañar á nadie.

A la vista de aquellos forasteros, pareció acordarse de su antigua urbanidad, y dando un paso adelante é incliniándose profundamente dijo con una voz que ya no tenia nada de insensata.

— Buenos dias, Ritter; os saludo, caballeros, podéis entrar; sé lo que os trae aquí, y me halló preparado á recibirlos... En verdad, caballero Ritter, no puedo ménos de decirlo que venis bien acompañado.

Los que habian creído que el loco se arrojaría sobre ellos ántes de toda explicación, se sosegaron al ver tal acogida. Ritter fue el primero que cobró ánimo.

— Buenos dias, mi querido mayor, dijo observando de una ojeada que podía ser socorrido al punto si por acaso una palabra cualquiera despertaba la locura de Enrique; vengo en efecto á reclamar la ejecución de cierta promesa, ó mas bien de cierto contrato... y me he tomado la libertad de traer conmigo á estos señores para llenar las formalidades de costumbre.

— Caballero Ritter, respondió el baron con una irónica sonrisa, confesadme que sospechais alguna resistencia de mi parte... Habéis olvidado acaso que en el regimiento, en Berlin, en Baden, y en todas partes he sabido conservar intacta mi reputación de jugador?... No teniais necesidad ninguna de venir acompañado... Ademas, añadió en tono

de amenaza, si hubiera querido, aunque hubieseis traído un ejército entero, habria yo hallado aquí defensores mas fuertes que vosotros para arrojarlos de este sitio... defensores temibles, con alas negras y espadas de fuego... la legion que Dios precipitó en los abismos infernales despues de la derrota del espíritu rebelde!

Los asistentes se miraron al punto unos á otros: Ritter no se atrevia ya á decir una palabra. El desgraciado mayor repuso al cabo de un instante.

— Pero ya os he dicho que mi reputación me es muy preciosa... Nadie dirá jamás que el baron de Steinberg ha negado una deuda de juego... He perdido mi castillo, mi nombre, y mi título contra vos: os pagare; he perdido mi alma contra Satan, tambien le pagaré: á cada cual su parte en mis despojos.

El sumiller aparentó tomar estas palabras por una chanza y se echó á reir de un modo simulado.

— Buen compañero me dais, repuso timidamente; pero vamos, mi querido baron, me gusta veros tan razonable. Así, antes de invitar á estos señores á formalizar la toma de posesion, os recordaré que en virtud de una cláusula de nuestros convenios precedentes tenéis derecho para quedarnos con el Steinberg pagandome la módica suma de veinte mil florines... Podéis pagar esta cantidad al instante?

El mayor meneó la cabeza.

— Vamos, pensado bien... No tenéis nadie que os ayude? — Nadie: he gastado cuanto poseia tanto en la tierra como en el infierno.

— En ese caso, señores, dijo Ritter dirijiéndose á la justicia, podéis dar principio á vuestra obligacion; el señor baron os lo permite.

El juez y el escribano se acercaron á una mesa sentándose para escribir en ella. El sumiller tenia que llegara este momento, porque esperaba una explosion por parte del mayor y así con el fin de llamar la atención del loco hacia otra cosa, continuó diciendo:

— Mi querido mayor, desde que he salido de la Residencia, hasta grosero me he vuelto, todavía no os he preguntado como está vuestra hermana Whilhelmina. Se ha curado ya enteramente...

— Ya está buena, respondió iruscamente el mayor.

— Me alegró mucho, repuso Ritter, dispuesto á no pedir otras explicaciones; antes de marchar tendréis la bondad de presentarme á ella para ofrecerle mis respetos... Ademas, aunque legalmente voy á ser dentro de un instante el lejítimo dueño del Steinberg, celebraría mucho que os quedáseis algun tiempo viviendo en la torre en calidad de huésped, en tanto que hallais otra morada. Veamos, qué tiempo deseais para salir definitivamente del Steinberg? Quiero fijar este punto... por curiosidad y no por otra cosa.

La fisonomía del baron se cubrió de repente, tanto que el sumiller temiendo no haber sido bastante discreto para manifestar su idea, iba ya á atenuarla cuando Steinberg le preguntó:

— A nuestro juicio, cuánto tiempo creéis que una criatura débil, enferma y desesperada, privada de aire, de luz y de alimento podría soportar su existencia?

— No sé, repuso Ritter, atribuyendo esta extraña pregunta al extravío de las ideas de su interlocutor.

— Decidme vuestra opinion, sin embargo...

— Creo que podrá vivir veinticuatro horas.

— Dentro de veinticuatro horas saldré del Steinberg.

Y el baron fue á sentarse en la sombra á la otra estremidad de la sala.

Durante esta conversación, Alberto había estado reflexionando cómo podría deslizar alguna palabra en favor de Frantz. Los modales de Enrique de Steinberg no eran propicios para ello, pero sin embargo el estudiante no podía renunciar a su proyecto. Mientras hablaba Ritter con los jueces, ocupados ya en tender la escritura, Alberto se acercó al baron, cuya calma le parecía de favorable agüero, y le dijo con un tono de familiaridad protectora:

— Y bien, mayor, seguís encerrado todavía contra esos pobres diablos? Muy severo habéis estado con vuestra hermana Willemina y con mi protegido Frantz, cuando mi última visita al Steinberg.

El baron alzó lentamente la cabeza y fijó su ardiente mirada en el estudiante, el cual se sintió turbado hasta el fondo de su alma, y balbuceó cortado:

— Podemos hablar de igual á igual, mayor... he vuelto á tomar mi nombre y mi título hereditario... soy el conde Federico de Hohenzollern...

Esta hombre hizo temblar al baron.

— Hohenzollern! repitió con ojos desencapados, he oído ese nombre hace poco tiempo... Hohenzollern, sí, sí, eso es: ¿ay, óes?

— Sí, somos dos, repuso Alberto, somos dos hermines, sin contar nuestro padre... es decir, S. A. el príncipe reinante... Ciertas vejaciones de mi hermano mayor me habían obligado á ocultarme bajo un disfraz indigno; pero cómo he conseguido en hacerse canónigo, todo está arreglado ya, y he vuelto á entrar en gracia en mi ilustre familia; Ritter puede contaros la historia. De todos modos, mi querido baron, antes de salir de aquí desearia reconciliarme con mi amigo Frantz. Vuestra hermana le quiere, y es correspondida; además están casados con todas las formalidades y requisitos necesarios, yo mismo les he servido de padrino bajo un nombre falso, por supuesto, y en este concepto me causo mucha pena que os empeñéis en tenerlos separados uno de otro.

— Ya están juntos! interrumpió el baron con una ironía sinistra; les he reunido... para siempre.

— De veras? dijo Alberto casi incomodado por haber llegado tarde; pues ese diablo de Frantz nada me ha dicho... siempre ha sido misterioso conmigo; el mejor día le voy á retirar mi protector...

En este instante Magdalena entró en el aposento lanzando gemidos y gritando:

— Hay aquí un juez cualquiera que oiga una declaración que tengo que hacer sobre un hecho de la mayor importancia?

— Qué queréis, buena mujer? preguntó Ritter viendo que el juez se volvía á mirarla; estos señores no han venido aquí para escucharos.

— Se trata de cosas muy graves: la señorita Willemina de Steinberg ha desaparecido de su cuarto, y es imposible descubrir su paradero.

— Creéis que se haya cometido un crimen? preguntó el juez.

— Un crimen! repitió Magdalena alzando los ojos y las manos al cielo; daría mi vida por quitar esta mancha á la antigua y venerable familia de Steinberg... pero puedo enfiarme, quizá mi señorita existe aun... Además si he sido víctima de algun atentado, el culpable no tiene nada que temer de la justicia de los hombres...

Y al decir esto indicaba con el ademán al baron de Steinberg, que permanecía sosegado é inatento como si nada le importara la revelación de Magdalena. Esta significativa insensibilidad fué notada por todos los asistentes.

— Os comprendo, dijo Ritter bajando la voz; pero esplicad, qué razones tenéis para pensar... vamos, no podría ser que la señorita de Steinberg, impedida por los malos tratamientos de... cierta persona, se hubiese determinado á salir furtivamente de la torre?

— No puede ser eso, exclamó Magdalena con desesperación, porque estaba muy bien guardada... no, no, señores, creed en mi profunda convicción: ó mi señorita ha muerto, ó su vida está en un gran peligro!

— Cosa singular! exclamaron estupefactos los asistentes.

Hubo un momento de silencio. El baron en quien estaban fijadas todas las miradas, se ocupaba en frotar el puño de su espalda con la manga de su casaca.

— Y quién podría daros algunas noticias sobre esa desaparición inexplicable? preguntó Ritter á Magdalena.

— Lo ignoro... á menos que mi hijo... Responde, hijo mio, añadió dirigiéndose á Fritz que permanecía grave y taciturno junto á la puerta; qué es lo que ha sucedido? porque me han encerrado esta noche en mi cuarto? de dónde vienen los gritos y gemidos que se han oído?

— No he visto nada, ni nada sé, repuso Fritz con su mal humor acostumbrado. Os encerré, porque no os sucediera nada ninguno... yo he obedecido á mi amo.

— Por el no sabremos una palabra, exclamó Magdalena, que conocia hacia tiempo el carácter testarudo de su hijo. Oh Dios mio! qué voy á hacer? mi señorita está perdida! Desgraciada familia de Steinberg! el hermano loco... y la hermana muerta ¡quiza!

— Willemina muerta! exclamó una nueva voz; misericordia! Frantz debe haber muerto tambien!

En el mismo instante, entró Sigismundo Muller en traje de camino y cubierto de polvo.

## XXIX.

Al ver á Sigismundo, Schwartz y Ritter se levantaron con presteza.

— Estás aquí, compañero! exclamó Alberto, de dónde vienes?

— Tengo que pedir os una satisfacción, señor bromista! dijo el sumiller en tono enojado.

Muller contestó con un ademán de impaciencia.

— Un instante, señores, compadeceros de la inquietud que me agita... Dónde está Frantz? dónde está mi pobre Frantz?

— Pero qué no ha vuelto á la posada? preguntó Alberto con extrañeza.

— Vengo ahora de allí, y Zelter no le ha visto desde ayer tarde... Sin duda habrá puesto en ejecución el atrevido proyecto de que me hablé... Oh ingrato! ingrato! cuando tenía en mi mano un medio más sencillo y seguro!

— Pero, de dónde vienes tú, y cómo sabes?...

— Ayer, después de una conversación secreta que tuve con Frantz, salí para Manheim. Había concebido el proyecto de operar una reconciliación entre nuestro pobre camarada y el baron de Steinberg, y ese viaje debía suministrarle los medios para ello. El asunto se terminó satisfactoriamente en Manheim, y he viajado toda la noche para volver al Steinberg... el estado de agitación en que había dejado á Frantz me inspiraba serias inquietudes, su amor hacía mí persona que habita en este castillo podía arrojarme en alguna empresa peligrosa, á pesar de todas sus promesas...

En efecto, hace un instante, al llegar á la posada, me hallé dicho que Frantz había desaparecido... Solo aquí ha podido

venir; aquí únicamente puede saberse su paradero... y yo saldré de este cuarto sin que se me diga claramente...

— Si, sí, dijo Alberto que principiaba á experimentar la influencia de su enérgico camarada, Frantz ha desaparecido y tienen que decirnos donde está. Y volviéndose hacia la comitiva continuó: hay que revolver el cielo y la tierra, para descubrir á Frantz... mi protegido.

— Pero cómo se puede probar que Frantz haya venido aquí? dijo Ritter incomodado con este inesperado impedimento; quién puede penetrar furtivamente en esta fortaleza?

— Sin embargo él ha venido, murmuró Magdalena Reutner apoderándose del brazo de Sigismundo; yo no me atreva á creerlo, pero ahora no me queda ya duda ninguna... Mirad, continuó presentándole un sello de oro al cual pendía un pedazo de cadena, reconocéis esta alhaja?

— Es el sello de Frantz; ayer mismo lo llevaba al cuello.

— Pues le acabo de encontrar en el cuarto de Willemina, en medio de los muebles que estaban todos completamente desordenados... Ignoro lo que ha pasado esta noche en la torre, mas he oído gritos desgarradores; quise volar al cuarto de Willemina, pero me encontré encerrada... Hoy he visto que mi señorita había desaparecido, descubriendo al mismo tiempo que Frantz ha entrado aquí... No quiero acusar á nadie, sobre todo á aquellos á quienes debo respetar, pero os suplico que no salgais de aquí sin averiguar ántes lo que ha sido de esos dos jóvenes infortunados.

— Lo ois, señores? dijo Sigismundo á los asistentes; la declaración de la señora Reutner es clara y precisa...

— Si, sí, continuó Magdalena, ambos están aun en el Steinberg encerrados en algun oscuro calabozo de los muchos que hay en este castillo, y cuya situación ignoro; pero hay aquí una persona que debe conocer todos los secretos del Steinberg.

Magdalena se detuvo; este aserto había hecho encojerse de hombros á la mayor parte de los que allí estaban; pero el baron había suspendido su ocupación de limpiar el pomo de su espada lanzando á su criada una mirada furiosa; hasta el mismo Fritz se había estremecido.

— Lo he advertido todo murmuró Magdalena al oído de Sigismundo después de haber notado esas señales... Procurad que se hagan pesquisas en la torre; salvad á vuestro amigo, salvad á la desgraciada Willemina!

— Esto es incomprendible, dijo Sigismundo con aire preocupado; sin embargo, señores, la declaración de Magdalena Reutner debe ser tomada en consideración... Así, pues, os notifico en nombre de la justicia y de la humanidad...

— Se registrará el castillo de arriba á abajo, añadió secamente Alberto, dirigiéndose á Ritter que había manifestado durante toda esta escena el mayor descontento.

De repente Sigismundo exclamó herido de una súbita idea.

— Caballero Ritter, dentro de poco tendréis tanto empeño en encontrar á Frantz como nosotros. Ya es tiempo que cese esta comedia... El estudiante Frantz es el conde Federico de Hohenzollern.

— Qué es lo que está diciendo? repuso Alberto con enfado.

El sumiller se quedó alónito y exclamó con acento enfático:

— Sabéis que principio á cansarme de vuestras eternas chanzas? Si continuais así, os haré arrepentir de vuestras insolencias.

— No chaceo, caballero Ritter; anteriormente quería

sustraer al desgraciado conde Federico á vuestras investigaciones, y lo habría logrado sin la fatal pasión que le detuvo aquí. En el día, toda consideración debe cesar ante una necesidad imperiosa; por eso os repito que Frantz y Federico de Hohenzollern no son más que una misma persona.

Ritter se negaba á creer lo que Muller decía.

— Es imposible! repitió; las señas tan exactas, y la imperdurable seguridad de este joven...

— Las señas os habrán inducido en error, y Alberto habrá querido sacar de apuros á su amigo. Mirad, añadió Muller, presentando al caballero el sello hallado por Magdalena en el cuarto de Willemina; reconocid estas armas?

— Son en efecto las de la casa de Hohenzollern, dijo Ritter con asombro. Puede haberme engañado hasta tal punto? Y entonces quién es este? añadió designando á Alberto.

— Un mozo de buen humor capaz de burlarse de los cortesanos.

— Soy el conde Federico de Hohenzollern! exclamó Alberto en tono trágico-comico.

El desgraciado sumiller se hallaba estupefacto, mirando alternativamente á los dos estudiantes y sin saber que hacerse.

— Qué significa esto? continuó; no debía haber permitido tanta familiaridad á estos estudiantes mal educados. A despecho de los envilecidos, soy el conde Federico, y quisiera saber porqué tratan aquí de usurparme mi nombre?

(Se continuará.)

## ADRIANO VAN DEN VELDE.

Me acuerdo haber leído en un poeta, sin duda muy oscuro, puesto que se llama Bourguet, unos versos tan lindos que se me han quedado siempre en la memoria. Helos aquí con su título y todo:

## LOS PATINADORES.

Sur ce minez cristal l'hiver conduit leurs pas;  
La précipice est sous le glace,  
Telle est de vos plaines la légère surface;  
Glissez, moricols; n'appuyez pas (1).

Esta diversion del invierno que es bastante rara en los climas templados, y que apenas sirve de pretexto para improvisar cuatro versos á un poeta de sociedad, es uno de los recreos mas comunes de los habitantes del norte, durante los largos inviernos que reinan en esos climas septentrionales, y por consiguiente es uno de los asuntos que mas han tratado los pintores neerlandeses.

Pero entre todos los cuadros de esta especie, ninguno puede decirse altamente, es tan hermoso y completo como el que presentamos hoy á los ojos del lector.

Ninguno es tan hermoso, pues que todos sus detalles son admirables: el cielo por su color de un azul claro tan bien comprendido, los árboles por sus ramas tan concienzudamente estudiadas y que parecen torcerse de frio, en medio de esa atmósfera helada, el agua por su sólida transparencia, y las figuras por su movimiento, su traje y su actitud, y nin-

(1) El invierno les permite andar sobre ese cristal frágil — Debajo del cual hay un abismo: — Así es la ligera superficie de nuestros patines — moricols, deslizaros por ella, pero sin apoyaros.

guno tampoco es tan completo porque en esta composición se encuentra todo: cielo, árboles, aguas, tierras, fabricas, personajes y animales. No se sabe lo que podría añadirse aquí, para hacer la composición mas rica y sin salir de la verdad.

Hasta aquí hemos considerado á Van den Velde como pintor de paisaje y de animales, y bien que su compatriota

Houbraken nos haya hecho saber que había pintado cuadros de historia sagrada para iglesias, por nuestra parte no nos atrevemos á asegurar que se le pueda dar, á justo título, el nombre de pintor de historia, sobre todo cuando en sus mas célebres cuadros de este género se hallan mezclados siempre y aun predominan el paisaje y los animales. Si se quiere un ejemplo de lo que decimos no hay mas que ver la *Huida de*



VAN DEN VELDE. — Las diversiones del invierno.

Jacob que ha adornado largo tiempo la preciosa galeria del cardenal Fesch.

Estando el sol en el ocaso en el momento en que los vapores de la tarde se elevan de las montañas y se agrupan en nubes cenicientas que recorren majestuosamente el horizonte azul coloreado con las últimas tintas de la tarde, Jacob seguido de los suyos se aleja de la casa de Labán: sus mujeres, sus hijos, sus numerosos rebaños, la muchedumbre de sus criados y sus camellos, marchan levemente detrás de él, por un camino que atraviesa por un precioso valle, dominado á la derecha por una montaña cubierta de verdura, á cuya falda lo mismo que á la cima, se ven dos pequeñas habitaciones rodeadas de árboles variados, y protegido por una cadena de verdes colinas, encima de la cual se eleva en lon-

tananza, la cabeza cenicienta y desnuda de un alto monte.

La fugitiva caravana llena todo el camino; algunos rebaños rezagados se ven aun á lo lejos, siguiendo las ondulaciones de la colina, guiados por sus pastores que se apresuran á reunirse á sus compañeros.

Si esto es *pintar historia*, se puede dar el título de pintor de historia á Adriano Van den Velde como lo han hecho varios escritores. Nosotros vemos ahí mas paisajes y naturaleza que otra cosa, y por esto el artista de que nos ocupamos en estas tres noticias sucesivas permanece á nuestros ojos sin mezcla híbrida, como una de las glorias mas elevadas de la pura y verdadera escuela holandesa.

J. J. ARNOUX.

LAS EDADES. — I. LA INFANCIA.



Composicion y dibujo de Tony Johannot.

Ahí está la infancia con todas sus gracias y sus gozes. En segundo término dos hermanitos se muestran las flores que acaban de abrirse y las mariposas que han vuelto á aparecer en el azul del cielo, en tanto que en primer término otros dos niños juegan con el perro de la casa, humilde y dócil amigo que soporta con igual paciencia, caricias y caprichos.

En medio se ve una jóven inmundada de luz y radiante con todas las glorias de la maternidad; da su mano derecha al mayorcito de sus niños que se oculta por timidez; á la izquierda su hermanito mas jóven se halla absorto completamente por el pastelillo que está comiendo, y el mas tierno de todos lo mira y se conríe en sus brazos. Mas allá otra ma-

dre con su niño junto á sus rodillas, le da con solícita atención esas primeras lecciones que deben iniciarle en la vida y abrirle el mundo de la inteligencia. Dulce y hermoso cuadro!

La división de la carrera humana en cuatro períodos ó edades data sin duda de la más remota antigüedad. Esa marcha del desarrollo de la vida ofrece una semejanza extraordinaria con la de la naturaleza en los climas templados. La primavera adornada de verdura tiende, recuerda las alegres esperanzas de la infancia; los colores vivaces del estío representan la imagen de la juventud ardiente y llena de promesas; las ricas cosechas del otoño, simbolizan la edad madura en que el hombre, llegado á todo su desarrollo, recoge el fruto de sus esfuerzos, y por último el verano invierno se parece á la misma vejez de la naturaleza aniquilada y caminando hacia su fin.

#### INSTITUCION DEL SENADO.

La institución del senado se remonta á los tiempos más antiguos, y después de cuatro mil años de experiencia vuelve á revivir.

En las antiguas repúblicas era una reunión de individuos nombrados, ya por derecho de sangre, ya por elección, ya por sus servicios. En la infancia de las naciones, la edad hacia los senadores, pero no tenían la menor organización.

Moisés formó un cuerpo de setenta ancianos, y le dió una organización definitiva. « Para mantener la ley en su vigor, » dice Bossuet, recibió Moisés orden de reunir una asamblea de setenta consejeros, que podía llamarse el Senado del pueblo de Dios, y el sosten perpetuo de la nación. El uso hizo que durasen toda la vida las funciones de estos consejeros, aunque no existía una ley que así lo prescribiese.

En los tiempos heroicos la Grecia tenía Senados semejantes á los de la Siria, y en la época de Abraham los reyes griegos no tomaban resolución alguna sin el concurso de estas asambleas.

Se lee en Homero que Alcino, rey de los fenicios, no pudo prestar un navío á Ulises, sino después de obtener el consentimiento de los jefes de la nación.

Argos estaba gobernado por un Senado con otro cuerpo de 80 ciudadanos y de magistrados llamados *aristas*.

En Corinto existía un Senado compuesto de elementos aristocráticos.

Según Aristóteles, la Elide se gobernaba por Senadores, cuyas funciones eran vitales.

La legislación de Esparta moderó la autoridad con un Senado compuesto de 28 individuos. Los dos reyes, unidos á ellos y sin más que un voto como todos, formaban el *consejo de los treinta*. Este solo tenía el derecho de convocar á los ciudadanos, los que no podían discutir ni cambiar las disposiciones senatoriales; no hacían más que desecharlas ó admitirlas.

En Atenas instituyó Solón el *consejo alto*, formado de 100 ciudadanos de cada una de las cuatro tribus; los 400 se sacaban á la suerte con habas, lo cual los hizo llamarse *senadores del haba*.

Se sacaban en suerte tantos suplentes como senadores, para reemplazar á los que morían. El Senado deliberaba sobre los impuestos, las leyes y la guerra; presidía la quinta militar y el equipo de las escuadras. Los senadores recibían un órden diario por indemnización.

El Senado más ilustre de la antigüedad fué el de Roma. Rómulo lo instituyó para que fuese consueño pargento de la República. Se compuso al principio de cien senadores llamados *pastores*, y Tulio Hostilio aumentó su número hasta doscientos. Tarquinio el viejo creó cien más, y en tiempo de Sila llegaron á cuatrocientos. Cesar hizo subir este número á novecientos.

La edad para ser senador era de 38 á 40 años. En la época brillante de la República, cada senador debía poseer lo menos 400 sesteracios (unos 560,000 reales). El que sin causa legítima faltaba á las sesiones, pagaba una multa.

Las palabras *senado-consulta* y *decreto*, designaban las resoluciones de aquel ilustre cuerpo.

El Senado disponía del tesoro público, decidía la paz ó la guerra, distribuía á los cónsules y á los pretores, los ejércitos y provincias, recibía á los embajadores y decretaba los triunfos, etc.

Estas eran las atribuciones del Senado cuando Cinesa, ministro de Pirro, creyó que el augusto cuerpo era una asamblea de reyes.

En tiempo de los primeros emperadores, apenas tenía poder el Senado. Bajo el mando de Vespasiano y Tito, apareció con nuevo esplendor para caer en la obscuridad y en el envilecimiento entre las ruinas del imperio romano. En la edad media, las Repúblicas contaban con un Senado.

En Venecia representaba este á la aristocracia. El número de senadores que al principio era de sesenta, llegó después á cuatrocientos.

Este Senado declaraba la guerra, concluía tratados y nombraba embajadores. Se admitieron en él con el tiempo jueces criminales, *arrogadores*, ó abogado de oficio, consejo de los diez, etc.

Lubeck, Brema, Hamburgo y Francfort sobre el Mein, eran ciudades regidas por un Senado electivo.

En el siglo XIV, un consejo tomó en Suecia el título de Senado del reino. Brema estuvo también mucho tiempo gobernada por un gran consejo ó senado aristocrático.

En los tiempos modernos se instituyó en Francia un Senado conservador el 4 nivoso del año VIII: se componía de ochenta y ocho miembros inamovibles, que tenían cuando menos cuarenta años de edad.

El Emperador Napoleón sostuvo el Senado conservador. Entónces se componía este cuerpo de los príncipes franceses que habían cumplido diez y ocho años, de los grandes dignatarios, de ochenta individuos elegidos por el emperador entre las listas remitidas por los colegios electorales de los departamentos, y por último, de ciudadanos llamados á estas funciones por la voluntad del mismo emperador.

Dos pretores, un canceller y un tesorero administraban el Senado. Cada senador recibía 36,000 francos de honorarios.

En Bélgica se divide el poder legislativo entre el Senado y la cámara de representantes.

En Prusia vela un Senado director sobre los ingresos y los gastos públicos y la ejecución de las leyes: también falla en última instancia todas las causas.

Sos decretos tienen fuerza de ley, y solo el emperador puede suspender sus efectos.

El Senado forma en los Estados Unidos parte integrante del Congreso americano.

Nombrados por seis años, los senadores se dividen en tres series que se renuevan cada dos años: para ser senador se necesita haber cumplido treinta años.

El Senado americano, de acuerdo con el Presidente, nombra los *engajadores*, los ministros, los consejeros, los primeros funcionarios del gobierno y los magistrados del tribunal supremo. También concluye tratados con las potencias.

El Imperio del Brasil y algunas repúblicas de la América meridional tienen asimismo Senados.

#### TORNEOS ANTIGUOS.

He aquí las ordenanzas que para esta clase de espectáculos mandó hacer don Alonso XI, único escrito donde se consignan las reglas que deben observarse y que antes de este tiempo se observaban solo por tradición.

#### ORDENAMIENTO DEL TORNEO.

Esté es el ordenamiento del torneo, que declara sobre qué cosas se ha de tomar juramento á los caballeros del torneo, y qué son las cosas que han de hacer los fieles.

Lo primero es que los fieles han de catar las espadas que non las traigan agudas en el tajo ni en las puntas, sino que sean romas, y también que non traigan agudos los arcos de las capellinas, et tomar juramento á todos que non den con ellas de punta en ninguna guisa, ni de revés al rostro, et que si á alguno se le cayese la capelina ó el yelmo que non le den golpes hasta que la ponga; et que si alguno cayere en tierra que non le atropellen. E hanles de decir los fieles que comiençen el torneo cuando tañeren las trompetas et los atabales, et cuando oyeren tañer el añafil, que se tiren á fuera et se recojan cada uno á su parte.

Et si el torneo fuere grande de muchos caballeros en que haya pendones de cada parte, et si oviesen de trovar los caballeros los unos de los otros para se derribar de los caballos: que los caballos de los caballeros, que fueron ganados de la una parte et de la otra, é llevados á donde estuviesen los pendones, que non sean dados á los caballeros que los perdiesen hasta que el torneo sea pasado. E desde que sea pasado el torneo, hanse de ayuntar todos los fieles y con lo que vieren y preguntando á caballeros, é escuderos, et doncellas, de las que mejor lo pudiesen ver: escojan un caballero de los de la una parte, é otro caballero de la otra: cuales lo fueren mejor, et ovieron la mejoría del torneo, é aquellos den et prezen á la honra dello: é en señal desto que lleven dos de los fieles sendas joyas de parte de las doncellas y dueñas que ay se hallasen para estos dos caballeros escogidos como dicho es. Essi fuere el torneo de treinta caballeros ayuso, que haya cuatro fieles, dos de la una parte é otros dos fieles de la otra. E si fuese de cincuenta caballeros é dende arriba, que sean ocho fieles de la una parte, et otros ocho de la otra: et si fuere el torneo de cien caballeros ó mas, que sean doce fieles de la una parte y otros doce de la otra.

#### ORDENAMIENTO DE LA JUSTA.

Primeramente que fagan cuatro venidas los que justaren et no mas; et si en estas cuatro venidas el un caballero quebrase una hasta en el otro caballero, é el otro non quebrase ninguna en él, que haya la mejoría el que la quebrase; et si quebrase el uno dos hastas, é el otro no mas de una, que haya la mejoría el que quebró las dos; pero si el que quebrase la una, derribase el yelmo al otro caballero del golpe que le dió, que sea igualado con él que quebró dos hastas. E otrosí, si algun caballero quebrase dos hastas en algun

caballero i este en quien fueron quebradas las hastas derriba el caballero que las quebró en él: aunque no quiebre el hasta, que sea igualado con el que quebró las dos hastas, et aunque le den mas loor. Et si un caballero derribase á otro, et á su caballo, et el otro derribase á ese sin su caballo, que haya la mejoría el caballero que cayó el caballo con él, porque pareció que fué la culpa del caballo, et non del caballero é el que cayó sin caer el caballo con él; fué la culpa del caballo, et non del caballo. Otrosí ninguna de las varas ó hastas quebradas no sean juzgadas por quebradas quebrándolas atravesadas; salvo quebrándolas de encuentro de golpe. E si en estas cuatro venidas, no se pueden dar golpes, que juzgen que non hobieron buen aceseimiento. E si se cayese la lanza á alguno yendo por la carrera ante de los golpes, que el otro caballero aloe la vara, et non le encuentren con ella, ca non haría caballería ferir al que no lleva lanza.

E para juzgar todo esto que haya dos fieles: é estos dos preguntando á caballeros é escuderos, et á dueñas et á doncellas que allí estuvieren para mejor juzgar como ellos vieren: et con lo que estos dijeren así juzgaran estas cosas como aquí está dicho. E después que las justas fuesen acabadas, que los fieles que allí estuvieren, pregunten á los caballeros escuderos, et dueñas, et doncellas que se hallaren presentes; los que mejor lo pudieron ver, quien fueron los que mejor lo hicieron, et con acuerdo dellos el caballero de los de las tablas que fuere hallado llevar la mejoría de la justa, que le sea dada una joya en galardón de los caballeros de la ventura, porque el que fuere hallado entre ellos haber llevado la mejoría, que los caballeros de la tabla le den otra joya en galardón como hicieron los de la aventura al que llevó la honra de la tabla.

#### LANTARA.

Simon Mathurin Lantara nació en 1745, en Fontainebleau, y murió el 22 de diciembre de 1778 en el hospital de la Caridad de París. La miseria mas completa le mató así á la edad de treinta y tres años, y á esto debió achacarse su fin prematuro y no al efecto de la embriaguez, como se ha dicho varias veces. Y sin embargo, todo el mundo se halla en la última creencia, y aun hay muchos de los que hacen ó pretenden hacer la historia de la pintura que se han atrevido á asegurarlo positivamente.

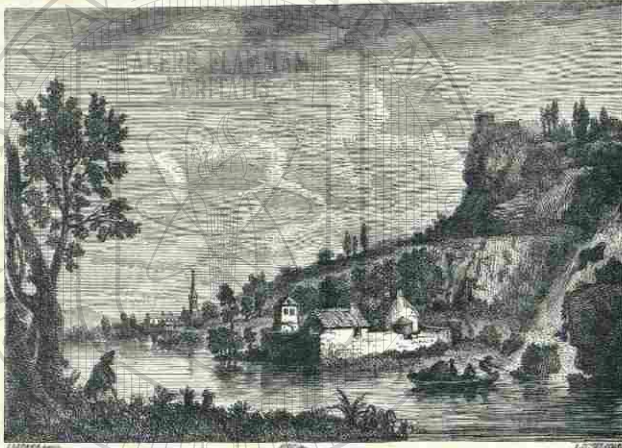
Proveámos á donde van á sacar sus noticias sobre este punto, porque la cuestión merece ser profundizada, aunque ni sea mas que para ver como se forman las preocupaciones mas injustas.

En 1809, veintisiete años después de la muerte de Lantara, el teatro del Vaudeville dió una pieza en un acto intitulada: *Lantara ó el pintor en la taberna*. Los autores, que eran cuatro, Barré, Picard, Radet y Desfontaines que probablemente estaban descontentos con algun judío mercader de cuadros y trataron de burlarse de él con una alegre sátira, buscaron y hallaron en Lantara una de las infinitas victimas de aquellos. En efecto, Lantara, explotado perpetuamente por ellos y muerto en el hospital, era de derecho el héroe de la pieza. Nuestros cuatro autores se reñieron pues en una taberna, y en medio de copiosas libaciones, escribieron su pieza en un acto, prestando prodigamente sus cualidades á un pobre diablo, en el sepulcro ya, y que era imposible que protestara.

He aquí en dos palabras la sustancia de este sainete que en el día forma autoridad. Lantara entra en una taberna



sin un cuarto, pero como el hambre le aprieta pide de al morrar. Llega entretanto un modelo barbudo como un Dios del Olimpo; el pintor le hace sentar á su lado, le da de beber vinos esquisitos, y para pagar su escote, dibuja al lapiz la cabeza de su convidado, convertido en Sileno. Hecho esto, envía su dibujo á un judío cuyo hijo ama á la hija de Lantara; el judío regatea y pone mil obstáculos, pero por fin, el dibujo se ha vendido en pública subasta, y para concluir con lo de siempre, el hijo del judío se casa con la hija de Lantara.



LANTARA.—Vista del Peque, en S. Germain en Laja.

ces que sabía por ellos que el paisajista francés tenía una salud muy delicada; que su constante miseria y sus privaciones cotidianas no eran á propósito para robustecerle, y que lejos de pensar en el vino, tenía siempre en su humilde cuartito de la calle del Chantre un jarro de leche, y por último, que pasaba una gran parte de su tiempo no en la taberna sino en su casa cuidando sus canarios.

Lantara ha dejado muy pocos lienzos; el mérito principal de sus paisajes, es lo bien entendido de sus perspectivas, lo cual se distingue claramente en la bonita composición que acompaña á este artículo y que el pintor ha copiado de una de las *Fiestas* más célebres de las cercanías de París.

J. J. ARSOUS.

### EL NIDO DE CIGUEÑAS.

por

ELIAS BERTHET.

(Véase las páginas, 5, 14, 21, 28, 31, 45, 50, 62, 66, 82, 90, 101, 109, 116 y 124.)

—Porqué? repitió Sigismundo, adviniendo la causa de esta obsesión; y porque hay que estar alerta sin cesar, pues nadie sabe...

—Adios mi canonja y todo lo demás! exclamó Alberto

Esto puede formar un gracioso sainete, pero es muy triste y poco concluyente considerarlo como documento histórico. Un hombre formal M. Alejandro Lenor, que conoció mucho á Lantara, ha escrito también que era un comilon, pero de esto á ser borracho parecemos que la diferencia es grande. Además nos revelamos doblemente contra esa acusación de borrachera dirigida á nuestro pobre artista (el infortunado es sagrado) porque conocemos á un sujeto respetable, un antiguo librero M. Fayot que ha vivido en mucha intimidad con amigos íntimos de Lantara, el cual nos ha dicho repetidas

veces que él mismo no se acuerda de haber visto nunca á Lantara borracho.

—Pero de qué fecha es esa carta, y dónde ha sido escrita? murmuró Magdalena.

—Ha sido escrita en la posada de Zeller ayer tarde... Frantz, ó más bien el conde Federico, me dice en ella que tiene un medio seguro para penetrar en el Steinberg y que se va á aprovechar de él para salvar á su mujer de los furros del mayor. En el caso de no presentarse hoy por la mañana en la posada, debo suponer que le ha salido bien su proyecto, por lo cual voy á buscarle al sitio que me indica.

Magdalena se empeñaba en que lo mejor que había que hacer era registrar el castillo á pesar de la opinión de todos los demás incluso Sigismundo.

Una pequeña discusión se había entablado entre Muller y el sumiller.

—Iré adonde os espera el conde Federico, exclamó Ritter con calor; os seguiré por todas partes hasta encontrar al conde y...

—Sabré morir antes que vender el secreto de la amistad, respondió Sigismundo; dejadme que vaya á socorrer solo á esos infelices, y no me sigáis porque no descubriréis mi secreto, y en cuanto á esta carta tampoco sabréis su contenido.

Y al decir esto rasgó el papel y se tragó los pedazos. Ritter conoció que lo mejor que había que hacer era valerse de la astucia, y se propuso mandar á uno para que siguiera secretamente á Sigismundo á fin de descubrir el asilo elegido por los fugitivos. Así después de haberle anunciado que podía partir se volvió hacia el juez para decirle que continuara estudiando la escritura.

—Un instante, señores, dijo Muller, me queda aun que ejecutar el proyecto que me ha hecho emprender el viaje á Mannheim... Caballero Ritter, no habeis dicho que cederiais vuestros derechos sobre el castillo y la baronía de Steinberg por la cantidad de veinte mil florines?

Ritter hizo una señal afirmativa.

—Pues en ese caso, ya pueden quemarse esos papeles devolviendo los títulos de propiedad al señor baron de Steinberg aquí presente. Dentro de algunos instantes os entregaré los veinte mil florines que tengo en la posada, caballero Ritter.

Un profundo silencio siguió á este incidente. Ritter, después de haber titubeado un momento, hizo un legajo con los papeles que debían entregarse á Sigismundo cuando se hubiese pagado la suma convenida. Todas las miradas se hallaban clavadas en el baron, que esta vez parecía dar algunas señales de inteligencia. Sigismundo se adelantó hacia él lentamente y le dijo con un acento melancólico:

—Me habeis comprendido, mayor de Steinberg? Ya están reparadas en parte vuestras últimas desgracias. Este antiguo castillo, estos títulos que habeis heredado de vuestros antepasados no pasarán á manos extrañas; seguiréis siendo dueño del Steinberg... Señor mayor, el que os devuelve vuestro nombre, título y fortuna, es vuestro hermano, el esposo de vuestra dulce Whilhelmina.

—En efecto es su letra! exclamó Sigismundo... Deteneos, señores, vuestras investigaciones serian inútiles; acaso el conde Federico no está aquí.

—Pero de qué fecha es esa carta, y dónde ha sido escrita? murmuró Magdalena.

—Ha sido escrita en la posada de Zeller ayer tarde... Frantz, ó más bien el conde Federico, me dice en ella que tiene un medio seguro para penetrar en el Steinberg y que se va á aprovechar de él para salvar á su mujer de los furros del mayor. En el caso de no presentarse hoy por la mañana en la posada, debo suponer que le ha salido bien su proyecto, por lo cual voy á buscarle al sitio que me indica.

Magdalena se empeñaba en que lo mejor que había que hacer era registrar el castillo á pesar de la opinión de todos los demás incluso Sigismundo.

Una pequeña discusión se había entablado entre Muller y el sumiller.

—Iré adonde os espera el conde Federico, exclamó Ritter con calor; os seguiré por todas partes hasta encontrar al conde y...

Y al decir esto abrió el billete y le recorrió con avidez; todos los asistentes esperaban en silencio.

—Esta salvado! exclamó con acento de gozo; él y su joven esposa Whilhelmina deben hallarse en seguridad á algunas leguas de aquí, y me encarga que vaya á reunirme con ellos después de la recepción de la carta... ¡Alabado sea Dios! no tenemos ningún crimen que deplorar!

—Pero de qué fecha es esa carta, y dónde ha sido escrita? murmuró Magdalena.

—Ha sido escrita en la posada de Zeller ayer tarde... Frantz, ó más bien el conde Federico, me dice en ella que tiene un medio seguro para penetrar en el Steinberg y que se va á aprovechar de él para salvar á su mujer de los furros del mayor. En el caso de no presentarse hoy por la mañana en la posada, debo suponer que le ha salido bien su proyecto, por lo cual voy á buscarle al sitio que me indica.

Magdalena se empeñaba en que lo mejor que había que hacer era registrar el castillo á pesar de la opinión de todos los demás incluso Sigismundo.

Una pequeña discusión se había entablado entre Muller y el sumiller.

—Iré adonde os espera el conde Federico, exclamó Ritter con calor; os seguiré por todas partes hasta encontrar al conde y...

—Sabré morir antes que vender el secreto de la amistad, respondió Sigismundo; dejadme que vaya á socorrer solo á esos infelices, y no me sigáis porque no descubriréis mi secreto, y en cuanto á esta carta tampoco sabréis su contenido.

Y al decir esto rasgó el papel y se tragó los pedazos. Ritter conoció que lo mejor que había que hacer era valerse de la astucia, y se propuso mandar á uno para que siguiera secretamente á Sigismundo á fin de descubrir el asilo elegido por los fugitivos. Así después de haberle anunciado que podía partir se volvió hacia el juez para decirle que continuara estudiando la escritura.

—Un instante, señores, dijo Muller, me queda aun que ejecutar el proyecto que me ha hecho emprender el viaje á Mannheim... Caballero Ritter, no habeis dicho que cederiais vuestros derechos sobre el castillo y la baronía de Steinberg por la cantidad de veinte mil florines?

Ritter hizo una señal afirmativa.

—Pues en ese caso, ya pueden quemarse esos papeles devolviendo los títulos de propiedad al señor baron de Steinberg aquí presente. Dentro de algunos instantes os entregaré los veinte mil florines que tengo en la posada, caballero Ritter.

Un profundo silencio siguió á este incidente. Ritter, después de haber titubeado un momento, hizo un legajo con los papeles que debían entregarse á Sigismundo cuando se hubiese pagado la suma convenida. Todas las miradas se hallaban clavadas en el baron, que esta vez parecía dar algunas señales de inteligencia. Sigismundo se adelantó hacia él lentamente y le dijo con un acento melancólico:

—Me habeis comprendido, mayor de Steinberg? Ya están reparadas en parte vuestras últimas desgracias. Este antiguo castillo, estos títulos que habeis heredado de vuestros antepasados no pasarán á manos extrañas; seguiréis siendo dueño del Steinberg... Señor mayor, el que os devuelve vuestro nombre, título y fortuna, es vuestro hermano, el esposo de vuestra dulce Whilhelmina.

—En efecto es su letra! exclamó Sigismundo... Deteneos, señores, vuestras investigaciones serian inútiles; acaso el conde Federico no está aquí.

—Pero de qué fecha es esa carta, y dónde ha sido escrita? murmuró Magdalena.

—Ha sido escrita en la posada de Zeller ayer tarde... Frantz, ó más bien el conde Federico, me dice en ella que tiene un medio seguro para penetrar en el Steinberg y que se va á aprovechar de él para salvar á su mujer de los furros del mayor. En el caso de no presentarse hoy por la mañana en la posada, debo suponer que le ha salido bien su proyecto, por lo cual voy á buscarle al sitio que me indica.

Magdalena se empeñaba en que lo mejor que había que hacer era registrar el castillo á pesar de la opinión de todos los demás incluso Sigismundo.

Una pequeña discusión se había entablado entre Muller y el sumiller.

—Iré adonde os espera el conde Federico, exclamó Ritter con calor; os seguiré por todas partes hasta encontrar al conde y...

instante se pudo creer que le había vuelto la razón, cuando dijo con una voz entrecortada:

—Con que es verdad!... Seré dueño de la pobre roca en que he nacido! Seré aun el baron de Steinberg! No me veré cubierto de deshonra y de vergüenza! Dios es bueno, Dios es clemente... Gracias os doy, Dios mío!

Al decir esto se quedó un instante inmóvil y meditabando. Los asistentes se miraban en silencio con aire satisfecho. De repente Enrique atizó la cabeza; sus ojos despedían fuego.

—Quién dice semejante cosa? exclamó enfurecido, quién se atreve á sostener semejante mentira? Ah, Satanás, conozco tus astucias... Quieres arrancarme mis víctimas, quieres que aborte mi venganza! No, no, espíritu del mal, no me vencerás así... Morirán, sí, morirán, lo juro.

Y se dejó caer aniquilado en su sillón.

—No tiene remedio, dijo Sigismundo lanzando un suspiro; ahora, señores, retirémonos... Solo el baron de Steinberg y sus criados tienen el derecho de permanecer aquí en adelante.

Todos se dirigieron en tumulto á la escalera.

—Oídme, exclamó Magdalena con desesperación dirigiéndose al estudiante, no les abandonéis así... Habeis oído las palabras del baron; lo ha confesado, quedad aquí.

—La pobre vieja está tan loca como su amo, dijo Sigismundo con una sonrisa lastimosa.

Y salieron todos del Steinberg.

Magdalena al ver que se alejaban sin querer oírle, se retiró desesperada al modesto aposento que ocupaba al lado del cuarto de su hijo.

—Me dejan sola! murmuró; y sin embargo estoy segura de que Sigismundo Muller echará abajo la torre con sus uñas si tuviese las sospechas que me atormentan... Un destino fatal ha querido que venga esa carta para desvanecer su primer proyecto! Quiere á su amigo como yo quiero á Whilhelmina y si pudiese pensar... Ah! el baron ha cumplido su terrible venganza... están aquí, encerrados, enterrados vivos, sufriendo y todas las angustias del hambre... Oh! si pudiese oír sus gritos y gemidos! Pero la roca del Steinberg es demasiado gruesa para que puedan atravesarla los lamentos de un moribundo.

—Pues bien trabajaré yo sola; no abandonaré á esos desgraciados jóvenes que todo el mundo abandona; Dios me protegerá y descubriré la entrada de ese terrible Camiño de la Huida.

Entonces se dirigió al aposento en que había tenido lugar la horrible escena de la noche precedente, porque una especie de instinto la decía que la entrada del pasaje secreto debía encontrarse por aquel lado.

Por eso examinó con la mayor atención sus cuatro paredes, alzando los tapices y golpeando por diferentes sitios; por fin tocó en la pesada placa de la chimenea, que despació un sonido sordo y metálico, pero este ruido no despertó las sospechas de la buena anciana.

Por último, al cabo de dos horas de investigaciones, Magdalena se convenció de que el Camiño de la Huida no daba á aquella pieza.

La anciana estaba rendida de cansancio, pero sin embargo, no se detuvo en esto: reconoció todo el castillo, la escalera de la torre y la galería arruinada, escudriñando con el mayor cuidado todos aquellos sitios en que suponía que podían existir dobles paredes.

Pero todos sus esfuerzos fueron vanos, y Magdalena estuvo á punto de abandonarse á la desesperación.

Una idea la vino de repente; el Camino de la Huida según la tradición tenía dos salidas, una por el interior del castillo, y la otra por el campo; si la primera no se descubría, podía hallarse la segunda.

Magdalena atravesó, pues, el jardín, y bajando hasta la falda de la roca, recorrió lentamente los alrededores, pero sin descubrir en su largo paseo ninguna señal de subterráneo ó de gruta; en vano se metió entre los matorrales, y buscó por entre las zarzas; nada pudo distinguir que justificase las esperanzas que abrigaba.

Entonces se volvió bruscamente por el sendero del castillo, deteniéndose a cada paso. Pero parecía absorbida en sus grandes dolores, pues gruesas lágrimas corrían por sus arrugadas mejillas y de cuando en cuando repaña: Pobres criaturas!

En el momento en que cruzaba por la huerta, oyó una voz sonora cantando con alegría.

Este cántico estrépitoso oprimió más el corazón de la buena anciana, pero su dolor hubo de cambiarse en cólera, cuando oyó que el cantor era su propio hijo, que estaba tan tranquilamente arrancando la yerba de uno de sus plantíos de hortalizas.

Magdalena se dirigió hacia él con paso rápido.

— Fritz, le dijo en tono de reconvencción, cómo te atreves á insultar nuestra desgracia con esa cruel alegría?... Ignoras que hoy es un día fatal para los señores del Steinberg?

Fritz interrumpió su trabajo.

— Ah! sí, vos vós, madre mía! dijo con su flemo ordinaria; qué queréis? mi conciencia está tranquila; me dan una orden, y obedezco... Si el Steinberg perece no se podrá decir que Fritz Reuther haya desobedecido ó faltado á su deber...

— Con que es verdad? — dijo Magdalena con un acento desgarrador; con que lo sabes todo? has sido cómplice de ese crimen?...

— No me preguntéis nada... interrumpió el jardinero en tono áspero; he obedecido á mi señor, eso es todo.

— Fritz, querido Fritz, repuso Magdalena en tono suplicante, si el señor barón tiene sobre ti una autoridad tan absoluta, tu madre tiene también algunos derechos á tu amistad y sumisión. Dime lo que ha pasado la noche última en el cuarto de Whiteimmina; indicame en donde está la entrada de ese fatal Camino de la Huida donde los pobres jóvenes están sin duda ahora luchando con las angustias de la muerte... y te bendeciré toda mi vida.

Fritz no había parecido insensible á estas tiernas instancias. Una ligera emoción se había mostrado al principio en su energética fisonomía, pero poco á poco se había ido cambiando en una profunda tristeza.

Seré culpable en efecto? murmuró como hablando consigo mismo; sin embargo, el escurridor que ayudó al barón Manuel á cumplir su venganza contra Berta y el señor de Stoffensels no ha sido criticado nunca por haber obedecido á su amo, y aun vos misma, madre mía, me habéis elojado muchas veces la fidelidad de ese escurridor; cómo pues me proponéis hoy otra cosa distinta?

Magdalena bajó la cabeza; Dios la castigaba por haber esquivado la cabeza de su hijo con tantos cuentos estrafños, y con tanto rodeo falzoso.

— Vamos, dijo con un profundo desaliento; veo que nada obtendré de él... Se ha vuelto incapaz de discernir lo que es la verdad y la mentira. Donde está el barón? le preguntó.

— En el cuarto abovedado; creo que está solo y llorando.

— Llorando? Oh! Sin duda ninguna, su corazón se ha enternecido, su razón va á renacer quizá... Hoy, en el momento en que le fué devuelto el Steinberg, principió á comprender lo que pasaba; quiero verle, para suplicarle de rodillas...

La buena mujer iba á entrar en la torre, cuando vio á su hijo que dejaba lo que estaba haciendo adelantándose hacia una especie de cuadra donde se hallaba el caballo del mayor.

— A dónde vas Fritz? le preguntó.

— La noche se acerca, y el señor barón me ha mandado que vaya á Heidelberg á buscar unas cartas; no volveré hasta mañana por la tarde...

— Anda con Dios, hijo mío; y dicho esto se puso á subir la escalera de la torre mientras Fritz continuaba sus preparativos de marcha.

Magdalena no halló al barón en el aposento abovedado. Sin embargo, la puerta estaba abierta; el desgraciado insensato no podía estar lejos; ella advino que se hallaría en la plataforma, donde se apresuró á subir, pero al llegar á los últimos escalones, se tuvo que sentar porque la faltaban las fuerzas.

El barón de Steinberg se hallaba en efecto sobre la plataforma, y de copos era el pretil, miraba fijamente un objeto que había más abajo en la misma torre; completamente inmóvil, se hallaba absorbido en su contemplación.

Después de algunos minutos de reposo, Magdalena pudo levantarse, dió algunos pasos trémulos por la azotea, pero se detuvo, y echando en derredor una rápida ojeada pudo descubrir la escena que tenía tan embobado al barón de Steinberg.

El sol estaba en el ocaso, y todo anunciaba una gran tempestad. El cielo estaba cubierto; una porción de mal formadas nubes negras por el centro, y rojizas por el borde, no dejaban atravesar más que una luz pálida é incierta. Los pájaros de las ruinas habían emudecido en sus oscuras grietas.

El inmenso paisaje que se descubría desde aquella altura presentaba el mismo aspecto, sombrío y sosegado á la vez.

Pero ese grande espectáculo de la naturaleza no cautivaba de manera alguna la atención del mayor; su mirada se hallaba fija en la torreclla donde tenían su nido las cigüeñas.

Magdalena se adelantó pausadamente, y por el hueco de una almena pudo ver lo que ocupaba tan profundamente al barón en aquel momento.

Las cigüeñas estaban todas reunidas en el nido común, habiéndose aumentado la familia con dos pequeñuelos, cuya hermosa madre, daba vueltas en torno de ellos con aire de inquietud y de espanto.

Al pronto se habría creído que la presencia del mayor era la causa de aquel desasosiego entre las aves poveras, pero después de un minuto de atención era evidente que la agitación de la madre y de los pequeñuelos tenía otro motivo distinto.

La familia alada parecía ocupada únicamente en otra cigüeña que se hallaba sobre el borde de la torreclla con las alas caídas y las plumas manchadas de sangre, y en cuyos ojos apagados así como en la flojedad de sus miembros se podía notar que se hallaba próxima á la muerte.

Sin embargo se sostenía aun sobre sus patas procurando guardar el equilibrio apoyada contra la torreclla. Magda-

lena reconoció al punto al jefe de la familia, al favorito del barón Hermann, al hinkende que había sido herido por el mayor en un acceso de su ciega cólera.

Sin duda algun perdigon que Frantz no había visto, había penetrado en los órganos vitales; y el pobre animal sintiéndose herido mortalmente había gastado las pocas fuerzas que le quedaban para ir á morir en su nido.

Sea como quiera, la hembra y sus hijuelos con ese maravilloso instinto que atribuyen los naturalistas á esta interesante especie, continuaban lanzando tímidos gemidos, muy diferentes de los vivos y agudos gritos con que acostumbraban á pedir su comida.

La madre por su parte iba y venía sin cesar en torno del hinkende como animándole á remouar el vuelo; muchas veces trató de llevarle en sus alas como hacía con sus pequeñuelos; pero el herido permanecía insensible á todo esto pareciendo decir con su actitud abatida: Dejarme morir en paz!

Esta singular escena que pasaba entre la tierra y el cielo, en un silencio solemne, cuando amenazaba una gran tempestad, había conmovido profundamente á Enrique de Steinberg, que seguía con ansiedad cada peripécia de este pequeño drama; cada incidente tenía para él una significación positiva.

Sin embargo, se conocía que las ideas supersticiosas, resultado de su locura, le atormentaban por momentos, pues dijo una vez en alta voz al hinkende:

— No, no, eso no puede ser un efecto del instinto animal... Son los demonios que han tomado la forma de esas aves protectoras de mi familia!

— No son los demonios, señor barón, dijo una voz vibrante detrás de él; son unos pobres seres á quienes la Providencia ha dotado de cualidades suficientes para enseñar á los hombres crueles la piedad y la mansedumbre.

Enrique se volvió, y no aparentó sorpresa ninguna al ver á Magdalena. Después de haberla hecho con la mano un ademán para que guardara silencio, se puso otra vez de codos sobre el pretil con los ojos fijos en la torreclla.

Magdalena le imitó sin hacer ruido; la calma del mayor la parecía de buen agüero; quizá se estaba preparando en la turbada inteligencia de su amo, una crisis benéfica.

De repente el hinkende pareció salir de su misterioso letargo. Acordándose acaso que en dos distintas ocasiones el hombre había aliviado sus padecimientos, ó quizá obedeciendo simplemente al instinto de los individuos de su especie, la cigüeña alzó su cabeza hacia el barón de Steinberg, y luego enderezando con lentitud su onduloso cuello, agitó debilmente sus abatidas alas.

Todos estos movimientos tenían una gracia y una languidez que inspiraban el más tierno afecto: era una queja melancólica y una caricia, una señal de cariño y de despedida.

— Señor barón, murmuró Magdalena con solemnidad, solo los hombres tienen sentimientos de odio y de venganza... los animales no conocen tan feroces pasiones... la pobre cigüeña no sabe odiar á su asesino!

Mientras hablaba, el barón seguía observando atentamente al hinkende. Los movimientos de sus alas se iban debilitando cada vez más; las ondulaciones de su cuello cesaban poco á poco, y sus encarnadas plenas temblaban bajo el peso de su cuerpo. Por fin empleó la poca fuerza que le quedaba en esconder su pico de coral debajo de una ala, como si fuera á dormirse, y por último se estreñeció bruscamente y se quedó inmóvil.

En el mismo instante un relámpago deslumbrador iluminó el horizonte; la cigüeña hembra alzó su vuelo dando dos ó tres vueltas en torno de la torreclla; los pequeñuelos lanzaron lastimosos gritos en el fondo de su nido.

El barón y Magdalena se hallaban sobrecogidos de una especie de terror religioso.

— Ya murió! dijo al fin Enrique con acento sordo.

— Sí, ya murió! repitió Magdalena, y su muerte es para vos señor de Steinberg, un ejemplo de clemencia, y de perdón! Señor barón, mi noble amo, seréis menos generoso que el hinkende? Perdonad también, perdonad á vuestra pobre Whiteimmina á quien habéis condenado al destino más horrible con su desgraciado esposo.

El mayor alzó su cabeza lentamente y mirando á Magdalena, la dijo:

— Qué queréis de mí? qué habláis de Magdalena? No os comprendo... En donde estoy?

Esta vez su voz había dejado de ser áspera, y su mirada también se había calmado.

(Se continuará.)

#### LOS DOS PERROS.

Por una parte se está viendo la opulenta vida del perro del amo, y por la otra la humilde existencia del perro del criado.

El primero está solo en el gabinete de milor; todo lo que le rodea es elegante; aquí antiguas armas, recuerdos de algun ilustre antepasado, mas allá un precioso libro, manuscritos, prueba de estudios serios, y un collar delicadamente labrado que se destaca sobre el lustroso pelo del perro noble.

Echemos una ojeada á su oscuro compañero: recostado en el tajo de la cocina entre un par de gruesas botas, un sombrero grasiento y una botella vacía, parece reasumir en su aspecto repugnante todas las groserías y los desprecios. Patizambo, con un cuerpo rollizo y una cabeza en la cual van juntas la expresión de la hajeza y de la malicia, parece hacer un gesto al espectador con la punta de su lengua, y con los párpados cerrados de su ojo tuerto.

Y estas diferencias que se notan al primer aspecto entre ambos perros son mas notables todavía cuando se estudian sus costumbres. En tanto que el primero es cariñoso y fiel, obedece á la menor señal y respeta todo aquello que le está prohibido, el segundo, traucando y astuto, espía sin cesar su presa, no obedece sino á golpes y enseña los dientes aun á los niños. ¿De qué proviene una costumbre tan distinta? La educación tiene la culpa de esto; en cada uno de ellos las cualidades y los defectos son el resultado de lo que han aprendido; cada perro es la copia de su amo.

Cuando se analizan los resultados en el mundo, se omite generalmente, el señalar las causas: hombre ó perro, nos juzgan tales como somos, sin indagar de donde venimos. Y sin embargo, cuántos defectos hay que nacen de circunstancias importantes de conocer, puesto que podrían cambiarse facilmente. Todos los seres de una misma especie nacen con instintos comunes que la casualidad modifica cuando se deja la educación al acaso; pero la prevision humana puede dirigir estas modificaciones, y aun se halla en el deber de hacerlo.

Para esto hay que examinar ántes, porque lo que falta

generalmente no es la buena voluntad, sino las luces. Todo el mundo desea evitar el mal camino tanto para sí como para los otros, pero no se descubre este camino por falta de atención, y solo se reconoce el error al llegar á su término.

Estas reflexiones no pueden disminuir la admiración hacia los virtuosos, aunque inspiran la indulgencia por los culpables; una máxima latina ha dicho esto mismo antes que nosotros: *la rigurosa justicia, es una injusticia rigurosa.*



El perro del amo, por Landseer.—Dibujo de Freeman.

Para exigir que todos lleguen al mismo resultado, sería necesario que antes tuviesen las mismas piernas y el mismo punto de partida. Tratemos pues de no irritarnos mucho contra el perro tuerto. Si ladra á los transeuntes, acordémonos de que todas las lecciones que ha recibido se reducen á unas cuantas patadas.

LOS DOS PERROS.

(Véase la pág. 135.)



El perro del criado, por Landseer.—Dibujo de Freeman.

EL NIDO DE CIGUENAS.

POR

ELIAS BERTHET.

Véanse las páginas 8, 11, 21, 26, 31, 45, 56, 62, 66, 82, 90, 101, 108, 116, 124 y 132.)

Enrique de Steinberg había recobrado la razón, ó al menos se hallaba en uno de esos momentos lucidos que á veces tienen los insensatos. Pero esta dichosa circunstancia tenía para Magdalena una terrible compensación.

T. III.—PARIS.—IMP. BLONDEAU

—Oh Dios mío! No se acuerdal dijo la mujer desesperada. Entonces contó rápidamente lo que sabía ó lo que suponía, á fin de ayudar la memoria de su amo. Enrique no manifestaba mas que mucha extrañeza y duda:

—Estais soñando Magdalena, repuso aparentando sonreírse, nunca he sabido donde está el Camino de la Huida; mi abuelo Hermann se llevó este secreto á la tumba... Pero cómo he venido aquí? continuó; la cabeza me pesa... me parece que me despierto de una pesadilla... ¿Dónde está mi hermana?

—Vuestra hermana! exclamó Magdalena sollozando; y no os lo he dicho? la habeis encerrado en un calabozo secreto para matarla.

Enrique la miró con ojos espantados; luego pegándose en la frente, exclamó con voz desgarradora:

—Con que es verdad?... he estado loco?... con que he perdido el juicio? O Dios mio! Dios mio! habeis reservado esta desgracia al último descendiente de los Steinberg?

Y al decir esto cayó de rodillas ocultándose el rostro con las manos.

—Pero dónde está el Camino de la Huida? repetía Magdalena; señor baron, dónde está el subterráneo en que habeis encerrado esta noche pasada á vuestra hermana Willemina?

Magdalena conocía que el desgraciado Enrique no se hallaba en estado de aclarar este punto, y ya se iba á abandonar enteramente á la desesperacion cuando de pronto la ocurrió una idea...

—Mi hijo lo sabe todo! exclamó; no ha querido decirme la verdad, pero la diré si vosos lo mandáis.

—Pues hazle venir aquí; mándale de mi parte...

Al instante Magdalena Reuter con una voz que la inquietud habia hecho penetrante, llamó á su hijo, pero no recibió ninguna respuesta. Bajó rápidamente la escalera dándole voces, pero Fritz no parecia. Recordó sucesivamente todos los cuartos, bajó al jardín, y salió al sendero que conducía á la aldea mirando por todos lados, pero ninguna voz respondía á la suya. Entonces se acordó de una circunstancia que las angustias de aquel día habian abuyentado de su memoria; Fritz debía estar en camino para Heidelberg.

Un sudor helado corría por la frente de Magdalena.

—Se ha marchado! dijo alzando los ojos al cielo, y no debe volver hasta mañana... cuando ya será tarde...

Y al decir esto corrió á la puerta exterior del castillo, pero sin duda Frantz se habia marchado hacia tiempo, y el camino estaba desierto. Sin embargo, en el momento en que iba á entrar, distinguió en el sendero que serpenteaba por debajo de ella, un grupo de hombres que llevaban al galope sus caballos, á pesar del peligro que habia en correr así por un terreno áspero y pedregoso. Magdalena reconoció entre los ginetes á Sigismundo y á Ritter, que metian las espuelas á sus caballos cubiertos ya de espuma.

—Que quieren aquí? exclamó con la ironía del dolor; ya no encontrarán en el Steinberg sino la muerte y la locura.

XXX.

Ahora debemos introducir al lector en ese horrible Camino de la Huida donde Willemina y Frantz se hallaban espuestos á todos los horrores del hambre.

Willemina estaba inanimada y verta sobre los desventilados sillones que amueblaban aun la antigua tesorería del Steinberg.

Frantz por el contrario, habiendo conservado su razon, conocia perfectamente el horror del porvenir que le esperaba.

Habíantse arrojado brutaemente sobre el húmedo suelo del calabozo; pero sus manos y piés estaban bien atados y toda tentativa para huir ó para volver á luchar con el baron habria sido infructuosa.

Sin embargo en tanto que el mayor y Fritz pudieron oírle, les suplicó deseargases un odio contra él solo, dejando en libertad á Willemina.

Pero bien luego la luz desapareció; y la maciza puerta de calabozo volvió á cerrarse, y los pesados cerrojos quedaron corridos. Un momento despué es el ruido de los pasos se fué debilitando, y un silencio sepulcral reinó bien luego por todas partes.

Entonces Frantz trató de soltar sus ataduras; pero su reciente enfermedad y las inauditas fatigas que habia soportado despues de algunas horas, habian agotado sus fuerzas. En vano trató de desatarse las manos gastando el cordel con que estaban atadas contra una piedra; bien luego tuvo que renunciar á su intento. Además, de qué le habria servido el recobrar el uso de sus fuerzas? Sabia que la puerta de su cárcel estaba sólida todavía; el tratar de derribarla habria sido locura. En cuanto á socorrer á Willemina, no era mejor dejarla en aquel desmayo, imógen de la muerte? Al ménos no podia pensar ni sufrir.

Abatido por estas desolantes reflexiones tanto como por la faqueza física, Frantz permaneció inmóvil un instante, pero el silencio y la oscuridad que reinaban en torno suyo le espantaron.

Una especie de vértigo se apoderaba de él, é iba perdiendo poco á poco la conciencia de sus facultades. Para salir de este triste estado, llamó suavemente á Willemina; el sonido de su voz, apagado por la bóveda, le pareció que no tenía ya nada de humano. Willemina no respondió, y el desgraciado Frantz volvió á caer en su sombrío abatimiento.

Sin embargo, un ligero suspiro se oyó á la otra estremidad del calabozo, y una imperceptible agitacion del aire dió á conocer al jóven que su compañera iba volviendo en sí.

Estraña inconsciencia de los sentimientos! Frantz desaba un minuto antes que Willemina no se despertase de su profundo sueño, y á la primera señal que dió la jóven experimentó un vivo sentimiento de alegría; su sangre circuló con mas desahogo, su corazon latió con mas fuerza, y se despertó en él la energía.

Sin embargo, no hizo un movimiento, no pronunció una palabra para ver si lograba oír á Willemina.

La jóven murmuraba debilmente:

—En donde estoy, Dios mio? Porqué no puedo moverme de aquí?... qué frías son estas tinieblas! Estoy en un sepulcro?

Frantz continuaba callado, porque por nada en el mundo habria querido apresurar el momento en que la pobre jóven comprendiese la horrible realidad.

—Estoy atada! continuó Willemina agitando en su asiento, y luego este silencio, esta oscuridad... Ah! ya me acuerdo, mi hermano se venga de mi amor á Frantz... Sin duda estoy en el calabozo donde murió la infortunada Berta... Pero al ménos Frantz se habrá salvado; gracias, Dios mio, gracias.

Frantz no creyó que debia prolongar mas tiempo la ilusion de su compañera.

—Willemina, la dije con dulzura, estoy aquí para vivir ó para morir juntos.

La jóven permaneció un momento petrificada como si hubiese oído la voz de un espectro.

—Qué voz es esa? exclamó; quién está ahí?... Debo creer en la existencia de seres sobrenaturales?

—No creas sino en el poder de Dios y en la maldad de los hombres... Si, soy yo, Willemina, condenado á espíar nuestro amor tan puro y tan hermoso, amada mia; la fatalidad que pesaba sobre mí cabeza ha caído tambien sobre la vuestra. Este es el momento de acordarnos de que preferiamos morir juntos á vivir separados.

—Morir! Frantz! exclamó la jóven; cuando habeis nacido para las grandezas, cuando estais dotado de tan preciosas cualidades! Vuestro fatal amor por una humilde criatura ignorada os la perdió.

A pesar suyo un suspiro se escapó de sus labios; y despues de un minuto de silencio, continuó diciendo:

—Frantz, si estuviérais junto á mí, si pudiese tocar vuestra mano, apoyar mi cabeza en vuestros hombros, soportaría con mas valor mi desesperacion y mis infortunios!

Mediante un esfuerzo, el jóven logró romper la cuerda que hasta entonces habia resistido á sus ataques; y soltando sus manos ensangrentadas se arrastró hacia la parte del calabozo en donde habia oído la voz de Willemina.

—Aquí estoy, ángel mio, murmuró con pasión; cúmplase nuestro destino.

Instantáneamente se apresuró á desembarazar á Willemina de sus ligaduras, y luego enlazándola en sus brazos, la cubrió de caricias.

Largas horas pasaron sin que sobreviniese ningún cambio en la situacion de los presos, que á pesar de su resignacion conservaban todavía alguna esperanza.

El baron podia tener un momento de juicio, y podia arrepentirse de su feroz venganza, y Fritz podia reconocer la falta que habia cometido ejecutando las crueles órdenes de un amo insensato. Por otra parte, su súbita desaparicion debia notarse, y por lo tanto daría lugar á las pesquisas mas activas, sobre todo cuando podian contar con dos personas como Sigismundo y Magdalena.

Pero cuando reflexionaba en el ciego frenesi del mayor, en la estupidez de Fritz y en las diferentes circunstancias que podian inducir en error á las personas interesadas en su suerte, esa esperanza se desvanecía y volvian á hallarse frente á frente con la inexorable realidad.

Sin embargo, Frantz no podia resolverse á morir sin intentar antes alguna cosa por su salvacion y la de Willemina...

Al salir de la posada se habia provisto de un cuchillo que llevaba escondido aun; con ese débil instrumento, quiso derribar la maciza puerta de encima llena de clavos y de placas de hierro.

Pero las doloridas manos de Frantz se negaron á ayudarle, y al cabo de algunos instantes de trabajo, se vió obligado á detenerse; las fuerzas le faltaban completamente.

Willemina le obligó á sentarse, y trató de continuar la obra comenzada, á pesar de las instancias de Frantz; pero tambien en vano; al cabo de una hora de trabajo, apenas habian conseguido mas que arañar un poco la sólida puerta.

Willemina comprendió la inutilidad de aquel trabajo ingrato, y acercándose á tientas á Frantz, le dijo con un acento solemne:

—Dios es ya nuestra única esperanza!

Ambos se pusieron de rodillas, y dirigieron á la Providencia, protectora de los afligidos, una ferviente súplica.

Cumplido este deber, volvieron á sentar el uno junto al otro sobre la húmeda roca; y despues recostados en la pared, y con las manos juntas cayeron en un sombrío abatimiento.

La noche y una parte del día siguiente trascurrieron de este modo; pero era imposible conocer la sucesion de la luz á la oscuridad en aquella lúgubre tumba.

De tiempo en tiempo sin embargo parecian recobrar el sentimiento de su horrible posicion; pero entonces se guardaban muy bien de manifestar sus sombríos pensamientos. Sus

manos se estrechaban suavemente, y se llamaban con una voz baja y lastimera:

—Frantz! Willemina!

Despues, hasta el ruido mismo de su respiracion se perdía en la fúnebre bóveda del subterráneo.

Sus manos entrelazadas principiaban á quedarse frías; la fiebre se iba apoderando lentamente de ambos jóvenes; y se estremecian hasta la médula de los huesos.

Estaban demasiado débiles para experimentar esas angustias terribles, esas desordenadas agitaciones que el hambre arrastra consigo por lo común; pero algunos temblores nerviosos principiaban á levantar sus pechos, y sus miembros se torcian como si entraran ya en las convulsiones de la agonía.

Frantz trataba de disimular sus padecimientos; en aquel momento supremo en que sentia que la muerte le iba abndonando poco á poco, no pensaba sino en ocultar á Willemina el dolor que aquel duro trance iba á causarle.

Pero la pobre jóven, ménos fuerte contra el dolor, no pudo contener este grito que le arrancaron los tormentos del hambre:

—¿Cuanto estoy padeciendo!

Frantz la tomó en sus brazos y trató de reanimarla con sus caricias, luego la puso en un asiento y murmuró algunas palabras ininteligibles; se sentó á sus piés á escuchar un instante; los gemidos continuaban.

De repente se levantó dando un brinco; aquellos gemidos que le parecían los precursores de la muerte, le pusieron en un estado de ciega rabia.

Aquel hombre tan abatido un momento ántes pareció haber hallado una fuerza extraordinaria; lanzó una especie de rugido, y dirigiéndose hacia la puerta, trató de derribarla á golpes con sus manos.

No pudiéndolo lograr, empezó á recorrer la cueva á pasos precipitados, pegando con su frente en la roca, y desgarrándose sus crispados puños contra los muros del calabozo.

Por fin, lanzando una imprecacion terrible, un grito supremo de desesperacion y de cólera, se dejó caer al suelo cuan largo era.

Cuando volvió en sí, se incorporó sobre el codo en medio de las tinieblas y apelló el oído...

La respiracion entrecortada de Willemina se oía todavía á algunos pasos; la pobre jóven no habia cesado de padecer aun.

Frantz se arrastró hasta ella y la pasó suavemente la mano por la cara; Willemina se habia sumergida en una especie de sueño letárgico; sus ojos estaban cerrados, y aunque respiraba todavía, se hallaba privada de conocimiento.

Este sueño, resultado de la debilidad y de la fatiga, dió tiempo á Frantz para volver en sí. Tambien él sentia que el vértigo se iba apoderando de sus ideas; su razon cedía poco á poco á las alucinaciones que produce el hambre.

—Está durmiendo, murmuró; mas cuando se despertie, sentirá doblemente los tormentos del hambre... Qué podrá hacer entonces? La verá morir en mis brazos? Este suplicio es peor que la muerte. Salgamos cuanto ántes de este horrible paso.

Al decir esto se puso á buscar un instante en medio de los restos de muebles de que estaba lleno el aposento, hasta que al fin halló el cuchillo que habia tirado al suelo despues de sus infructuosos ataques á la puerta; se apoderó de él, y probó si la punta no se habia quebrado.

—Aquí está nuestra salvacion, dijo con ironía; está es

nuestra única esperanza... ella primero y luego yo... Nuestros males acabarán de un solo golpe.

Y al decir esto, levantó su cuchillo sobre Whilemina.

— Frantz! Frantz! murmuró una voz suave como la de un ángel, valor, no debemos morir aquí.

El joven se quedó inmóvil no sabiendo si Whilemina soñaba ó si estaba despierta.

— ¿Qué dices? repitió; el universo entero nos abandona.

— El cielo no nos ha abandonado, Frantz, arroja lejos de ti esa arma homicida con la cual querías terminar mis padecimientos... tu mano no debe derramar mi sangre.

Frantz se había quedado estupefacto; como en medio de una oscuridad profunda la joven dormida había podido comprender su siniestro proyecto? No había manifestado en alta voz sus ideas de muerte, y sin embargo Whilemina hablaba con acento firme, sin que se pudiese creer que deliraba. El joven obedeció maquinalmente y arrojó lejos de sí el cuchillo.

Entonces Whilemina buscó su mano en la sombra, y la estrechó en las suyas murmurando con voz cariñosa:

— Amado mío; recobra tu valor... el poder que acaba de revelarme tu pensamiento de desesperación me protege...

Durante mi sueño, la cigüeña protectora del Steinberg, la que salvó á mi abuelo Roberto, se me ha mostrado en medio del firmamento azul... convirtiéndose sobre mi cabeza y trazando grandes círculos de oro, como coronas. Yo estaba prosternada y muda... Ninguna voz me ha hablado, y sin embargo he sentido que mi corazón se llenaba de una viva y santa esperanza... La noble cigüeña se perdió en la inmensidad de los aires... Mis ojos la buscaban todavía cuando me he vuelto á bailar aquí, cerca de ti, en las profundidades de la tierra. No sé qué revelación tan extraña he tenido, no podía verte ni oírte, y sin embargo sabía que estabas aca-

so por ideas de muerte, que ya tu mano estaba levantada para herir... Dios me ha devuelto de repente las fuerzas y la razón para anunciarte que las puertas de la vida y de la felicidad se abren de nuevo ante nosotros... Animo, amado mío, ánimo y esperanza!

Whilemina volvió á caer moribunda sobre su asiento.

Frantz había escuchado con silencioso estupor estas palabras. Debía atribuirles á una alucinación hija de aquel estado desesperado? Frantz se hallaba demasiado fuera de sí en aquel momento para poder resolver esta cuestión; apenas le quedaba un vago instinto de la realidad. Un zumbido sordo resonaba en sus oídos; fantasmas de fuego pasaban por delante de sus ojos; la tierra temblaba, el calabozo parecía abrirse á sus pies para tragarsele.

— Potencias divinas ó infernales! exclamó en un postrer esfuerzo alzando sus brazos por encima de su cabeza, poder misterioso que debéis protegernos, apresuraos porque el tiempo vuela!

Y dicho esto cayó sin movimiento á los pies de Whilemina.

Nada volvió á turbar el silencio del calabozo, excepto el ruido lejano de una gota de agua que de hora en hora caía de la bóveda sobre la roca.

XXXI.

Algunas horas despues, los dos jóvenes esposos siempre inanimados, habían sido transportados al mismo aposento donde había pasado aquella terrible escena de la noche precedente.

Whilemina se había echado vestida sobre su cama; en su

palidez, y en su inmovilidad habriase dicho que estaba muerta.

Frantz estendido en un sillón no daba ninguna señal de vida.

Ya no estaban rodeados de oscuridad y de silencio; una porción de bujías colocadas al acaso sobre los muebles proyectaban una viva luz en aquel vasto aposento.

Un crecido número de personas esperaban con ansiedad que aquellas desgraciadas víctimas de un acto de locura acabasen de recobrar el uso de sus sentidos. Magdalena Reutner con los ojos llenos de lágrimas se inclinaba hacia su joven ama cuyas manos inertes trataba de calentar con sus ardientes besos.

Un personaje vestido de negro, con una peuca colosal, iba gravemente de uno á otro enfermo haciéndoles respirar algunas sales contenidas en diferentes pomitos de cristal: era este el médico mas famoso de Manheim.

Tres ó cuatro personas agrupadas en torno de Frantz, parecían tomar un vivo interés en su peligrosa posición, y eran Sigismundo Muller, tan pálido y descompuesto como su amigo, el estudiante Alberto, y por fin el caballero Ritter, cuya actitud inquisita acaso podía tambien tener otro objeto que el estado alarmante del hijo de su soberano.

El sumiller miraba de cuando en cuando con un aire de secreta preocupación y de celos á otro personaje de fisonomía altanera y cubierto de condecoraciones que estaba á su lado.

En el ángulo de la espaciosa chimenea cuya placa de hierro colado encubierta aun formaba la entrada del Camino de la Huida, un hombre en pie y silencioso, apoyaba su frente contra la pared como para no ver este triste cuadro; era el mayor de Steinberg.

Por último cerca de la puerta, en una especie de antesala, dos grandes lacayos empolvados y llenos de galones, esperaban respetuosamente las órdenes de su amo, el imponente personaje que causaba las distracciones del caballero Ritter.

En medio de todas esas gentes inquietas y recojidas, Fritz Reutner iba y venia con su calma acostumbrada.

Su rostro no manifestaba ni turbación ni remordimientos. Obedeciendo á la menor señal del doctor ó de su madre, parecía haber olvidado completamente la parte que había tomado en el drama sin embargo que acababa de efectuarse en el Steinberg.

Por lo demas esta tranquilidad podía achacarse tambien á la convicción de haber rescatado su falta.

Fritz Reutner en efecto había sido el instrumento de la libertad de los presos. Sigismundo al llegar al castillo algunas horas antes, supo por Magdalena que los jóvenes estaban encerrados, que el mayor había recobrado la razón y que Fritz se había marchado, y no había titubeado en intentar un nuevo esfuerzo por salvar á su infortunado amigo.

Aunque aniquilado de cansancio despues de tantas correrías y viajes, Sigismundo preguntó el camino que había tomado Fritz, y partió en su busca apresuradamente.

No le costó gran trabajo el encontrarle, pues este marchaba muy despacio temiendo estropear el caballo de su amo, y el nombre solo del mayor de Steinberg fué suficiente para hacer volver al fiel criado; lo demas el lector puede adivinarlo fácilmente.

La presencia de Ritter y del desconocido en el castillo, exige tambien algunas esplicaciones.

Al dejar el Steinberg por la mañana, el sumiller se había vuelto en compañía de Sigismundo á la posada de Zelter, donde había recibido los veinte mil florines en que estaba

estipulada la baronia; Muller despues de haber exijido un recibo en cada regla, se dirigió á la aldea donde le había estado Frantz en la carta fatal que le entregó Augusta.

Ritter no se había opuesto á su marcha, quedándose él en la posada bajo pretexto de almorzar y de descansar un poco, pero en realidad se quedó esperando la vuelta de uno de sus agentes de policia á quien había encargado que siguiera á Sigismundo á cierta distancia, para descubrir el retiró que habían elegido los fugitivos.

Muller y el hombre que debía espisar sus pasos habían sa-

lido hacia tiempo, y el caballero Ritter principiaba ya á impacientarse de la tardanza de su emisario, cuando una silla de posta tirada por cuatro caballos, y escoltada por dos criados, entró en la apacible aldea, deteniéndose delante de la posada de Zelter.

A la vista del personaje que se apeaba y que Ritter conocía muy bien, el sumiller experimentó un vivo descon-

(Se continuará.)

## UNA ESCENA DE ALDEA.



Copia del dibujo de Louterbourg, grabado por Patas. — Dibujo de Freeman.

¿Porqué nos gusta tanto la representación de las escenas rústicas? ¿Que descubrimos en esas chuzas, en esos haces de trigo amontonados, en esos gallos abriendo las alas y en ese asno meditando? ¿De donde procede el encanto que hallan nuestros ojos en esa fresca fisonomía de la aldeana, y en la sencilla actitud y desordenado traje del niño que está delante?

Esto consiste en que vemos allí la verdad y la vida, porque la égloga en proporciones sinceras, es el poema mas natural, mas amable y completo que existe. En todas partes menos en los campos, la existencia tiene algo de convencional; el trabajo dividido, ó perdido por decirlo así, en las

complicaciones de la máquina social, no produce siempre un resultado inmediato y visible; á veces no se descubre en que consiste su utilidad cierta, no se sabe el provecho que tiene para la sociedad. Aquí por el contrario, no hay nada oscuro; es la fuerza y la inteligencia luchando con la creación y avasallándola. En ese trabajo rústico, el hombre cumple evidentemente la misión que Dios le impusiera cuando le dió el imperio de la tierra; cuida de la prosperidad de su reino, explota sus recursos, se enriquece legítimamente, y no reclama sino lo debido.

La vida campesite, cuna de las sociedades, es siempre la esperanza de la mayor parte de los hombres; siempre los

ensados ojos se vuelven desde el centro de las ciudades hacia esas salubres labores, y esas sencillas alegrías de los campos. Así pues, ¿cómo hemos de admirarnos de que tengan tanto atractivo para nosotros los cuadros que nos recuerdan esa apacible vida? Casi todos los hombres hallan allí el objeto de sus aspiraciones y el cumplimiento de sus esperanzas.

Aquí el artista ha elegido en el poema la escena más sencilla, pero no la que presenta menos atractivos. Un niño va siguiendo a su hermanita que trabaja en la quinta, haciéndola preguntas a cada paso, y aprendiendo la vida, sin notar, con su dulce maestra. Al ver la ingenua composición del pintor, nos parece estar oyendo las ríndidas preguntas y respuestas.

#### MISIONES DE LA AUSTRALIA.

De una carta escrita por el P. Martin Griver sobre las misiones de la Australia, tomamos los siguientes períodos:

Tengo a la vista un extracto de la estadística formada por el gobierno en 1838 de la población que contenía entonces este distrito, con expresión de sus diversas creencias.

Anglicanos . . . . .	3063
Metodistas . . . . .	276
Independientes . . . . .	487
Disidentes . . . . .	188
Protestantes no especificados . . . . .	312
Católicos . . . . .	337
Mahometanos y paganos . . . . .	90
Otros de distintas creencias . . . . .	469

Total . . . . . 4622

De este número habitan en Perth 1148, incluidos 126 católicos. En Fremantle hay 426, de los que solo 29 son católicos; los demás están diseminados en varios puntos de la colonia. Desde entonces acá el número de los católicos ha aumentado extraordinariamente con la llegada de emigrados irlandeses que vienen a establecerse en este país.

El número de salvajes, de que tiene noticia el gobierno inglés, no pasa de dos mil; pero no cabe duda que en el interior son mucho más numerosos; pero se retraen temiendo el contacto con los blancos. Hemos resuelto establecer la misión en un punto fijo que será Subiaco, pues en este país no son posibles las misiones ambulantes, por carecer absolutamente de todo recurso y medio de subsistencia. La decencia no nos permite vestir la piel del cangrú como los salvajes; la delicada compleción europea no puede soportar pasar las noches al sereno y a campo raso con esta atmósfera maligna: nuestro estómago y nuestra salud no podrían avenirse a comer los asquerosos é insalubres manjares de que se alimentan estos salvajes. En estos inmensos bosques no hemos encontrado un árbol que de frutos sabrosos y nutritivos. Es preciso llevarlo todo para atender á las primeras necesidades de la vida. Así, pues, establezcámonos el monasterio principal, que será como el centro de la civilización. Luego nos internaremos un poco más, construyendo una cabana ó un pequeño edificio, y cultivando la tierra de los alrededores á la europea, y haciéndola rendir los frutos de Europa. Así sucesivamente iremos adelantando el cultivo, y con él la fe y la civilización, hasta llegar á lo más apartado del continente y á lo más interior y escabroso de los bosques. Verdad es que este sistema de civilización es lento; pero con la constancia y los auxilios de lo alto es seguro. Así es como en Europa han llegado á cultivarse y civilizarse estensos países.

El alimento ordinario de estos salvajes es la corteza de cierto árbol machacada é insipida; la que mastica, como el regaliz, la flor amarilla de otro árbol que se parece á nuestras encinas, y la que se reproduce dos veces al año, chupándola y masticándola; todos los reptiles y víbros, sean terrestres, sean acuáticos, los que abundan en este país; las aves que pueden cojer, como los loros que se crían en abundancia, una especie de gatos silvestres que llaman pómom, de color pardusco, que se sostienen en las ramas de los árboles con la cola; y finalmente el cangrú, especie de cabra montés. Muchas veces pegan fuego á bosques muy espesos y estensos, sin otro objeto que hacer salir los cangrús, pómoms y sabandijas que allí se crían, y cogérlas en abundancia.

Su vestido en las personas de uno y otro sexo consiste en una piel de cangrú que se ceñe á la espalda sin cuidarse mucho de cubrirse por delante; y eso tan solo para defenderse de la inclemencia del tiempo, y cuando tienen que ir á los lugares frecuentados por los blancos que les afean su desnudez. Por lo demás, cuando están entre sí, andan enteramente desnudos; ni procuran cubrirse, ni se avergüenzan á menos que uno les raprenda. No obstante, los que una vez han usado el vestido, mayormente las mujeres, gustan de él y no le sueltan fácilmente. Pero los hombres gustan de dejar el vestido de tanto en tanto, y tener un día de soñar, brincando y haciendo cabriolas por los bosques. El trato con los blancos ha hecho que muchos de ellos se cuelguen á la cintura un pedazo de lienzo, aunque estrecho, el que sujetan con algunas vueltas de bramante á las caderas, bramante que se ligan ellos mismos con el pelo de los pómoms. Con el mismo bramante sujetan á la cabeza las plumas de algunas aves, y este es el principal adorno que usan. Esto y algunas armas, como el quidgi ó lanza, el cuchillo y el achamartillo, son la única industria que conocen.

Los que entre ellos figuran como gefes, llevan el nombre de gobernador ó rey, nombre que sin duda habrán aprendido de los europeos. Llevan por insignia un bastón, á manera de estro, de unos tres palmos de largo; y en él llevan esculpidos diferentes signos parecidos á las notas del canto figurado, que expresan el número de hombres, mujeres y niños de su jurisdicción, así como los lugares más señalados, en donde puede exarzar el cangrú; por manera que el bastón ó cetro, puede servir para ellos de carta geográfica. Los de un distrito ó jurisdicción, no van á cazar ó habitar en otro, á menos que sea de tránsito; de lo contrario lo rechazan con la fuerza.

Sus chozas son muy sencillas y fáciles de construir. Clavan en tierra unos palos inclinados, de modo que los extremos de arriba se apoyan los unos con los otros: luego los cubren con ramas, y especialmente con cortezas anchas y blandas de cierto árbol que se esfolia á manera de papel de estraza. Dejan una entrada abierta, y dentro no caben más que dos ó tres personas, á veces tan solo la mitad del cuerpo. Hacen fuego al pie, y como están contiguas las unas á las otras, forman á modo de un campamento. Regularmente no sirven más que para cuatro ó seis días, y á veces no llegan. De día van á buscar el alimento y vuelven antes de la noche, ó cuando les da la gana. Pasados estos pocos días, se marchan á vivir á otra parte. No siempre se toman esta pequeña molestia de levantar chozas: á veces se pasan sin ellas según la estación, y les basta hacer fuego. Si algunos, durante el día, van á alguna población inmediata, ó á buscar alimento, ó con otro objeto, antes de la noche vuelven indefectiblemente al bosque.

Además del adorno de las plumas de que he hablado arriba, suelen colgarse un hueso largo atravesado en el tabique de la nariz, formándose al intento un agujero en tiempo de la pubertad. Otro de los adornos que usan, especialmente los hombres, es la descripción de unas líneas que se forman rasgándose fuertemente la piel al través de todo lo largo del pecho, espaldas y brazos, de cuyas cicatrices resultan grandes abolladuras que resaltan sobre la piel á manera de cordones del tamaño del dedo meñique. No he podido entender cómo se forman estas líneas sobresalientes. Buscan también cierta clase de tierra encarnada y roja, que mezclada con grasa de animales, ó con aceite, sirve para unirse todo el cuerpo y con especialidad el rostro. Algunos, especialmente las mujeres, se pintan el rostro de negro con dos líneas blancas á modo de una cruz inversa, lo que hace un visage horroroso. No he podido averiguar el significado que tengan estas líneas: solo puedo decir que he observado que al morir alguna persona, algunas mujeres se han marcado de este modo. He observado también que cuando creen á un enfermo desahuciado, cesa todo cuidado con él y empieza la cantinela fúnebre, la que continúa por algunos días después de la muerte. No lloran ni derraman lágrimas; tan solo prorumpen en alaridos, los que se interrumpen en intervalos, y al momento que cesan se ponen á conversar y aun á reír. Los mas allegados al difunto, especialmente las mujeres, se arrañan horrorosamente con los uñas la nariz, la frente y todo el rostro, y esto es señal de gran sentimiento.

#### ORIGEN DEL TELEGRAFO ELECTRICO.

En un libro publicado en 1636 con el título de *De litte physico-mathematica*, por un alemán, Schwenter, se halla un proyecto cuyo parentesco con el telegrafo eléctrico es incontestable. Este proyecto no pertenece al mismo Schwenter, pues lo tomó de un libro inglés *the Author* publicado bajo el velo del anónimo. Traduciremos literalmente:

*De cómo podrían dos personas comunicarse entre sí á grandes distancias, por medio de agujas imantadas.*

«Si Claudio se encontrase en París, Juan en Roma, y que uno de los dos quisiese decir alguna cosa al otro, debería estar provisto cada uno de ellos de una aguja magnética, tan fuertemente lacada del iman, que pudiese obrar sobre la otra de Roma á París. Supongamos que Juan y Claudio tengan una brújula cada uno en que estén todas las letras del alfabeto y que comuniquen siempre juntos á las seis de la tarde. Si Claudio quiere decir á Juan: «Ven á mí» tendrá sucesivamente su aguja en las letras v, e, n, etc. Por lo tanto indicando la brújula de Juan al mismo tiempo las mismas letras, podrá este fácilmente transcribir las palabras que le dicta Claudio y comprender su significación.

«Esta es, dice Schwenter, una linda invención, pero no creo que se hallase en el mundo un imán de semejante potencia.»

Puede muy bien Schwenter tener razón: mas para hacer esta invención tan útil como bonita, le parecía bastaba una cosa: el inmortal descubrimiento de Oersted.

#### AGUAS DEL MISSISSIPPI.

Creemos se leerán con gusto los siguientes datos sacados de una memoria debida á un naturalista alemán sobre las

partes sólidas y seres vivos microscópicos de las materias suspendidas en las aguas del Mississippi:

«Por las inmediaciones de Memfis y Tenesee arrastra el Mississippi al año una corriente de agua de 13.709,006,232,761 piés cúbicos ingleses. La 2,956 parte de dicho volumen es de légame que contiene 82 especies diversas de seres vivientes microscópicos, distribuidas del modo siguiente: 41 especies de polígastros, 37 de fitolarios, 2 de politalarios y algunas otras mas. El agua por la que circulan dichos seres es dulce.»

Comparando el Mississippi con el Ganges y el Nilo, se obtienen los resultados siguientes:

El Ganges por los puntos que tiene mas profundidad, corre con una velocidad de 500,000 piés cúbicos de agua por segundo. Y el Nilo con una velocidad de 476,148 piés.

El Mississippi, en igual espacio de tiempo, corre con una velocidad de 434,744 piés, cuya cantidad es, por consiguiente, casi la misma que la que representa la velocidad de la corriente del Ganges por donde este rio es mas profundo, y dos veces y media mayor que la que representa la velocidad de la del Nilo.

La proporción en que se hallan las materias sólidas contenidas en los tres rios indicados, es como sigue:

El Ganges arrastra 537 piés cúbicos de materias sólidas por minuto. El Mississippi 417, y el Nilo 130 3/4.

De suerte que el Mississippi con una masa de agua poco menor que la del Ganges, no arrastra mas que una masa sólida igual á la que arrastra el Nilo.

En fin, la vida orgánica entra en las porciones turbias de las aguas de los mencionados rios en las proporciones siguientes:

En el Ganges constituye de un tercio á una cuarta parte de las porciones turbias, y existe en proporción de 63 á 139 piés cúbicos por segundo.

En el Nilo forma de una vigésima á una décima parte de dichas porciones turbias, y existe en una proporción de 6 á 43 piés cúbicos por segundo.

En el Mississippi constituye de una quincuagésima á una trigésimatercia parte de las porciones turbias, y existe en proporción de 2 á 4 piés cúbicos por segundo.

#### LA CORRESPONDENCIA INTIMA.

En la noticia que acompañaba el año último al grabado de la *Fiesta Inesperada*, se dice que no se conoce ningún porvenir auténtico sobre la vida de Gabriel Metz. Así es la verdad; los escritores que mas minuciosamente han hablado sobre los pintores holandeses, guardan el mayor silencio con respecto á esto, y sin embargo, después de Rembrandt, Metz, es el mas grande y admirable de los artistas sus compatriotas.

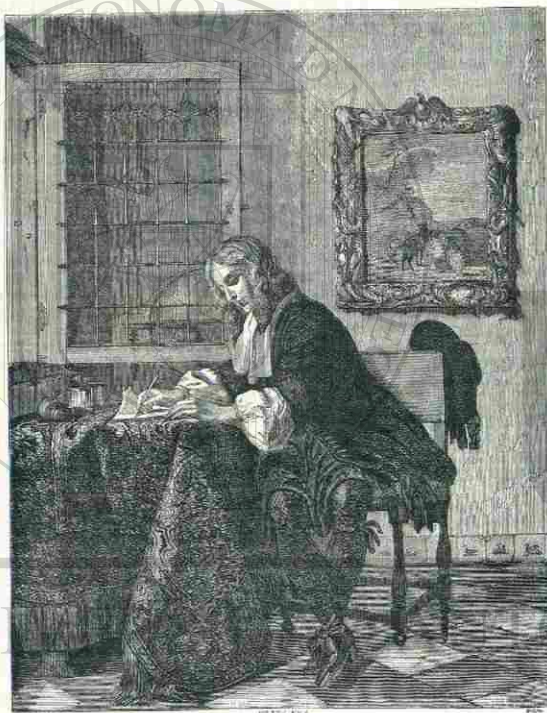
Pero no porque le falte la parte anecdótica á la historia de este pintor, es menos conocido de los aficionados que han estudiado los ciento veinte ó ciento treinta cuadros suyos que poseen los museos de Europa, ó los gabinetes de algunos ricos particulares.

En uno de estos últimos, en el gabinete de M. Hope en Londres, hemos admirado la bonita composición que verán nuestros lectores con este artículo. La concepción es de la mayor sencillez; la expresión esta llena de elegancia, y la ejecución presenta un perfecto acabado... no ese acabado lamido y un poco seco que se nota en las pinturas de Gerardo Dow, sino que tiene una franqueza y uno facilidad que sorprenden y encantian. La luz que entra esplend-

didamente en el aposento por la ventana abierta, alumbrando vigorosamente el rostro y las manos del elegante caballero absorto en su correspondencia íntima, y realiza la distinción de los rasgos de la fisonomía, y la aristocrática finura de los dedos. No hay necesidad de llamar la atención sobre la entendida disposición de todo el traje, sobre el buen gusto del amueblado, y la sobriedad de los pormenores, equalidades

todas que hacen de este cuadrito una obra de una perfecta unidad y de la elección mas delicada.

Metzu ha probado siempre en sus dibujos el gusto mas excelente; en vano se trataria de buscar en sus figuras, sean cualesquiera las actitudes, ninguna huella de fingimiento, pues todas sus posturas y movimientos son verdaderos como la naturaleza. Pero lo que mas distingue á este



A. COOPER, DEL.

METZU, FINE.

Metzu.—La correspondencia íntima.

pintor entre todos los demás, y lo que le concilia la constante admiración de los aficionados, y la de los artistas, como modelo único en su género, son sus grandes principios de claro oscuro, y el arte con que sabe dar un relieve á aquellos objetos que parece deberían confundirse á causa de su idéntico color; y esto sin agentes intermedios, solo con una imperceptible degradación de tonos perfectamente combinada segun las distancias, de modo que los objetos, separándose suavemente, se ponen en su lugar como si dije-

ramos por sí mismos, envueltos en ese ligero vapor que parece robado á la naturaleza. Por medio de esa degradación de tonos y deluz, Metzu obtiene ademas un resultado no ménos extraordinario, que es el de acordar entre sí las tintas mas opuestas, sin perjudicar por eso á la pureza de los colores locales, y esa grande inteligencia, unida á una maravillosa armonía, acaba de hacer completa la ilusión.

J. J. ANNOUX.

WILSON.



LORD MARSH.

La mañana (paisaje.)

Hace tiempo que habia oido hacer grandes elogios á los ingleses de su paisajista Ricardo Wilson, y confieso que no creia mucho en sus palabras, porque el arte inglés me ha parecido siempre la cosa mas pesada que existe en el mundo, y en la palabra arte comprendo la pintura, la escultura, la arquitectura, y todo lo demás que procede del dibujo, la forma y el color; y ahora que he podido estudiar por mis propios ojos sus principales producciones en diferentes géneros, y que por consiguiente puedo emitir un juicio propio, persisto mas y mas en la triste opinion que tengo del arte tal como se practica y admira en ese pueblo de mercaderes.

T. III.—PARIS.—IMP. BLONDEAU.

Ricardo Wilson, aunque parece haber protestado con sus obras contra el gusto académico de su época, por su estilo y sus inclinaciones ha continuado siendo profundamente inglés, es decir incorrecto y falso en el dibujo, mal colorista, mezquino ó melodramático cuando ha tenido la pretension de parecer elevado y trágico, y monótono en sus composiciones ordinarias.

La primera vez que vi un cuadro de Wilson, fué en la galería de Bridgewater en casa de lord Ellesmere; representaba un gran paisaje con el degüello de los hijos de Noé. Este lienzo me pareció inferior á toda crítica, sobre todo cuando veia al lado los admirables cuadros de los maestros

que adornan esa preciosa galería, donde se hallan hoy casi todas las obras maestras que componían la antigua colección de los Orleans, vendida en tiempo de la primera república.

Hablando del asunto que nos ocupa en este momento, el lector debe tener presente que el paisaje que acompaña a este artículo, aunque grabado por uno de nuestros más hábiles artistas, Luis Marvy que la muerte nos llevó el año último, presenta en sus árboles un entramado magnífico, pesado y seco, cortado de capricio como no se ve jamás en la naturaleza, ni aun en la misma Inglaterra; que las rocas parecen de cartón, y que el primer término está entendiéndose de una manera pueril, y parece haber sido ejecutado por un aprendiz que no sabe salir de la rutina.

Ahora bien, á los que nos preguntan, por qué de el Museo Ilustrado á sus lectores produce obras maestras de todas las escuelas, les responderemos que el Museo Ilustrado ha emprendido la noble tarea de dar á conocer á sus suscriptores de Ultramar todos los artistas que, con razón ó sin ella, se hayan conquistado un nombre en Europa, y que por esta razón ha debido dar la composición de Ricardo Wilson.

Este pretendido pintor nació en 1743 en Colomondín en el país de Gales, y después de haber viajado por Italia, fue á morir al punto de donde salió en 1782. Por otra parte, antes se habia muerto de miseria, si uno de sus hermanos no le hubiese dejado oportunamente una pequeña herencia donde fue á pasar sus últimos días. Dicen que Wilson tenía enteramente un alma de artista, y que se vestía delante de los paisajes de Dios, en el cual veía ante todas cosas un pintor sublime. Esto puede ser verdad, pero seguramente jamás en las obras del paisajista inglés, se ha revelado un alma como esa, y puede decirse que Wilson estuvo siempre ante la naturaleza como el impotente Titón ante la Aurora:

*Incausum, heu! formam in confuge desipitatem...*

J. F. ANTOIN.

#### APUNTES SOBRE LA TEORÍA DEL ARTE DRAMÁTICO.

Los griegos, lo mismo que los romanos, sus imitadores, á pesar de la sencillez de su teatro, á pesar de la inmovilidad de su escena, y del carácter monumental de sus creaciones rítmicas, no siempre observaron las unidades; y eso que entre ellos las exigencias de la parte material eran grandes, y que entonces los poetas tenían precisión de subordinar el desarrollo del pensamiento á los medios puramente esteriore de que necesitaban valerse, tales como el coturno, la máscara, y las mecánicas invenciones destinadas á engrasar la voz del actor, para que pudiesen percibirlos todos los espectadores de aquellos inmensos teatros. Algunos ejemplos bastarán para darnos á conocer la exactitud de la precedente observación.

En *Las Euménides* de Esquilo, tercera parte de la magnífica trilogía que ha llegado hasta nosotros de aquel gran trágico, no solo se falta á la unidad del lugar, sino á la del tiempo. La acción principia en el templo de Delfos, del cual sale Orestes conducido por Apolo (con gran sorpresa de la Píla que iba á consultar al oráculo), y momentos después le vemos aparecer en Atenas, primero ante el templo de Minerva, y luego en presencia del Areópago. Dichos viajes se

verifican con la rapidez del pensamiento, puesto que no media el menor intervalo entre lo que pasa en Delfos y lo que sucede en Atenas. ¿Deberíamos condenar esto como falta en la obra que nos ocupa? Podrá serlo para algunos; pero de mí sé decir que *Las Euménides* y el *Prometeo*, me parecen, á par del *Edipo en Colona*, las creaciones más elevadas y más grandiosas que nos han legado la musa trágica de la antigüedad pagana.

Si de *Las Euménides* de Esquilo pasamos al *Ajax moribundo* de Sófoles, no solo encontraremos que la escena queda algunos momentos abandonada del coro, sino que se interrumpe también la unidad del lugar; pues no es ni remotamente verosímil que Ajax salga decidido á buscar un sitio solitario para matarse sin testigos importunos, y que, cuando habia ordenado á sus amigos que no abandonasen la escena, viera al lugar mismo donde los dejó, á verificar tranquilamente su muerte. La ausencia del coro, y la momentánea soledad del escenario, anuncian, pues, un cambio de decoración indispensable de todo punto para el desarrollo natural de la fábula.

Estas libertades de que encontramos ejemplos en la *Judrónica* y en la *Tragedia* de Eurípides; en *Las rocas*, *Las Nubes* y *El Plato* de Aristófanes; en *La Andarria*, *Los Canticos* y muchas otras comedias de Plauto; y finalmente, en varias del mismo Terencio, tales como *Heautontimorumenos* y *La Heceira*, manifiestan palmariamente, que ni el precepto ni la práctica de la antigüedad justifican el rigorismo de los modernos en el asunto en cuestión, y que los discípulos de los preceptistas antiguos han exagerado la doctrina de sus maestros, por un mal entendido sistema de progresión restrictiva.

De lo cual se deduce que la cuestión de las unidades, que tanta ocasión ha dado á los eruditos de todas las épocas y de todos los países para disartar y perderse en prolijas investigaciones, tiene mucha menor importancia de la que la han concedido los modernos preceptistas, desde el Pínciano hasta Marmontel, desde Castelvetro hasta Lanza, desde Lope de Vega y Calascales hasta Moratin, y aun hasta Hermsilla y Martínez de la Rosa.

Lo que es necesario observar en toda producción dramática es la *unidad de pensamiento*, sin la cual apenas puede existir la de interés. Lo que es absolutamente indispensable para que el drama corresponda á lo que debe ser en nuestros tiempos, es que *enseñe* y que *corrija*. Y cómo no podría conseguir tan noble objeto, si no atendiese á ciertas condiciones de forma, que son los medios de que se vale para hacer perceptible el fondo de la generalidad y dar cuerpo á las ideas, por decirlo así, necesita, sobre todo, no destruir la *unidad de verosimilitud* en las pasiones, en los caracteres y en los acontecimientos, partes que deben estar subordinadas á un fin moral ó social, sin el que las obras del ingenio se presentan á nuestros ojos como las figuras de cera, que al pronto nos parecen vivas, y que examinadas después, hacen que nos avergonzemos de nuestro engaño.

Esta subordinación de la forma al pensamiento, esta libertad que concedemos á la expresión (puesto que la forma debe ser determinada por la idea, y aquella será mejor que mejor la simbólica y la haga interesante y bella), no se aviene de todo en todo á respetar las unidades clásicas; pero es más fecunda que el pensamiento aristotélico, tanto porque no exige unas mismas condiciones en todas las fábulas, ni traza al poeta la pauta de su inspiración, aun antes de saber si Dios le ha concedido la facultad de crear una nueva forma, para corresponder con ella á las necesidades de una civilización

futura, cuanto por qué, separándola del carril estrecho de la imitación, reivindica los fueros de la fantasía, y ennoblece el arte, librándolo del desdoro de la esclavitud.

Veamos sino: ¿qué es lo que han producido en el teatro de trascendental y de fecundo las poéticas que proclaman el principio de la imitación, tal como lo han practicado los sectarios del llamado clasicismo? Escuelas convencionales que, si se exceptúan algunos pocos hombres de verdadero ingenio, han malogrado las disposiciones felices de muchos jóvenes, y que no expresan, como el arte debe expresarlo, el sentimiento de la nación en que han brotado ni el del siglo que las ha visto nacer. Es verdad que esta forma imitativa, ajustada estrictamente al rigor de los preceptistas discípulos de Aristóteles, se ilustra con nombres como el de Racine. Pero ¿cuántos d'Amignacs, y cuántos Montfians no podrían contar por cada uno de los hombres del temple de Alfieri, de Molière ó de Moratin? Mientras las desordenadas obras de Marlowe y de Shakespeare nos revelan el sentimiento nacional inglés, y el moderno pensamiento europeo, ¿qué nos dicen las tragedias académicas de Addison y de Thompson? Mientras que una sola comedia, *El condenado por desconfiado*, de Tirso, nos da á conocer todo un pueblo y toda una civilización, ¿qué nos dicen las comedias de Iriarte ó las composiciones trágicas de Cadahalso?

Desgraciadamente nos lleva que la negación es estéril, que el progreso en la negación es mortífero, y que bastan las reglas para dar vida al arte, cuando se curan únicamente de regularizar la forma exterior, sino que es necesario además un principio que lo aliente y que le comunique fuerzas. Este principio no podía venirle de Aristóteles, y el por qué nos lo dirá uno de los escritores que mas han ilustrado la literatura francesa de nuestros tiempos.

Mientras Platon establece su imperio en las regiones espirituales, dice el sabio Aimé-Martin, Aristóteles se hace rey del mundo terrestre. Su genio, tan vasto como el globo, lo abraza todo entero; pero se detiene en la materia, y lo invisible queda para el desconocido. Jamás hombre alguno poseyó en tan alto grado el poder inteligente. Su memoria estaba organizada para retenerlo todo, su ingenio para no dejar de inventar nada. Observa los fenómenos naturales, y crea la física; observa los animales que pueblan el mundo, y crea la zoología; observa las operaciones del entendimiento, y crea la dialéctica. Las leyes de los pueblos no le son mas estrañas que las de la ciencia. Su vasto cerebro combina las formas de cada gobierno, indaga sus resortes, escribe sus códigos, fija su política, examinando las cruces de su prosperidad ó decadencia, y en este inmenso trabajo solo se olvida de una cosa: de la justicia y de la moral... Echad una ojeada á sus obras. Si trata de la poética, es para imponerle reglas; si de la tragedia, para circunscribirla á las unidades; si de la elocuencia, para someterla á las leyes de la retórica; y cuando, llegando á la clasificación de la inteligencia, se encuentra con la razón, le prescribe sus formas, le indica su molde, la encadena, la encierra, y la entrega al silogismo para enseñar á la solistiquiar la verdad y á sustituir la mentira.

Ahora bien: ¿qué podía resultar de las doctrinas materialistas de Aristóteles? Que las literaturas, enajenadas en el sendero de la imitación, perdiesen su carácter original, y que las convenciones entrañas á ocupar el puesto de los espontáneos arrebatos de la fantasía. Claro es que sin curarse de los cánones aristotélicos ni de los menos liberales aun de sus comentadores y apasionados, se pueden escribir obras más, y que pequen por el extremo de convertir en

libertinaje la libertad; pero hasta en muchas de las obras donde esta raya en licencia, como sucede en la *Virgen del Sagrado*, de Calderon, cuya acción empieza en tiempos de Recessito, y concluye en los de Alfonso IV, conquistador de Toledo, se encuentra unidad de pensamiento, y sobre todo, carácter y sentimiento verdaderamente nacionales.

En la poética de Aristóteles, en la de Horacio, y en todas las de sus discípulos, tanto antiguos como modernos, se encuentran preceptos muy razonables, que por lo tanto serán de una aplicación eterna. Pero en ellas falta el fundamento principal; falta lo que puede hacerlas fecundas; falta lo que es la vida del arte, es decir, el precepto que manda acomodar la forma al pensamiento sin trabas ni restricciones, y que ordene al juicio que antes de dictar sus fallos se cure de examinar si la obra juzgada está en armonía con los sentimientos y las creencias de la sociedad que la ha producido. Compremos, pues, las reglas más importantes de la antigüedad con los preceptos modernos, no alterándolos, sino recibiendo en toda su pureza de los autores mismos, y este sistema de comparación nos dará resultados mas fructuosos que todas las consideraciones aisladas que pudiéramos hacer.

MANUEL CASRETE.

#### ESTADÍSTICA DE LA MODA.

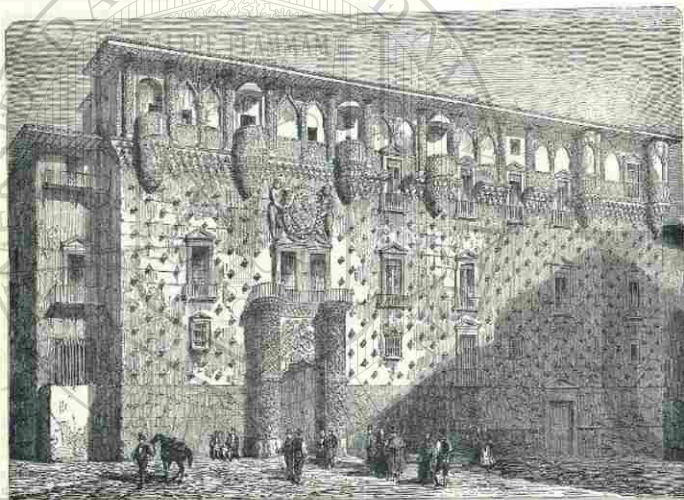
París encierra en sus muros 879 tiendas y almacenes de modistas, de los cuales 367 están dirigidos por mujeres. Trabajan en estos establecimientos 2,717 oficiales, y venden al año por valor de 13 millones de francos. Entran en esta clase de negocios los perros, los sombreros, los adornos de la cabeza y otros rengenes de fantasía. Los guantes, la ropa blanca hecha, los bordados y la hechura de vestidos de señora pertenecen á otra categoría. El término medio del jornal de las oficiales de modista es un franco y 98 céntimos, algunas de estas operarias viven en los establecimientos y gozan de un sueldo anual. Casi todas ellas son mujeres de buena conducta, y de 100, 98 saben leer y escribir, proporción que no se encuentra en ningún otro oficio. Las que viven de hacer vestidos son 5,181, de las cuales 86 emplean mas de diez costureros; 1,219 de dos á diez, y 3,203 trabajan solas, ó con pocas auxiliares que toman por poco tiempo. El número total de mujeres empleadas en este trabajo pasó de 10,000. El término medio de su jornal es un franco y 50 céntimos. Para la manufactura de corsés hay 653 establecimientos, que emplean 2,096 mujeres y 78 hombres. El valor de los corsés que se hacen anualmente en París sube á 5,000,000 de francos. De estos corsés salen para la exportación 1,200,000. El tráfico de ropa blanca hecha es uno de los mas importantes de la capital: su producto anual importa 27,000,000 de francos. Hay 2,023 establecimientos de esta clase y emplean 40,190 costureros. Desde que se ha introducido el uso de las mangas bordadas, París ha exportado solo para América 30,000 pares.

#### MÁQUINA PARA RACIOCINAR.

Parece que M. Alfredo Smés ha inventado una máquina en que muestra por vía de introducción ó de deducción *caus libitum* las mútuas relaciones de un número cualquiera de hechos ó de principios, lo que al parecer debería formar siempre el privilegio de la inteligencia. ¿Cómo se maneja?



En un punto sobre el cual el historiógrafo se muestra muy discreto. M. Smé dispone las palabras de tal modo que cada una de ellas forma la mitad de la significación de la palabra colocada por encima, y comprende la significación de dos palabras colocadas por debajo. Otrando en seguida sobre la máquina, esta se encarga de poner á la vista del lector la conclusión pedida. Yo recelo que la conclusión debe ser de la misma fuerza que los discursos que se fabrican también mecánicamente, y con ayuda de una especie de *gradus* inventada para uso de los coniferos.



Fachada del palacio de Guadalajara.—Dibujo de Blanchard.

señan aun los restos de algunos muros y de dos mezquitas, una consagrada hoy al culto católico bajo el nombre de San Miguel, y otra que sirve de cárcel.

A principios del siglo último, Guadalajara llegó á alcanzar un grado de riqueza y de actividad desconocido en lo demás de Castilla. El cardenal Alberoni admirado al ver que las hermosas lanas que produce la España en tanta abundancia, salían del reino á precios ínfimos para volver á ella á precios elevados bajo la forma de paños y otros tejidos de lana, resolvió destruir en España aquel impuesto de la fabricación extranjera, y al efecto llevó de Italia algunos fabricantes experimentados, y muchos obreros elejidos entre los mejores, estableciéndolos con sus telares en el castillo de Ateca en la jurisdicción de Aranjuez, país malsano durante los grandes calores. En efecto, aquellos hombres acostumbrados á un clima mas frío, no tardaron en caer malos, y en 1719, un año despues de su llegada á España, tuvieron indispensablemente que cambiar de residencia. Elijóse pues la ciudad de Guadalajara á causa de su salubridad; fundáronse en ella grandes establecimientos, y en poco tiempo se

#### PALACIOS ESPAÑOLES.

##### GUADALAJARA.

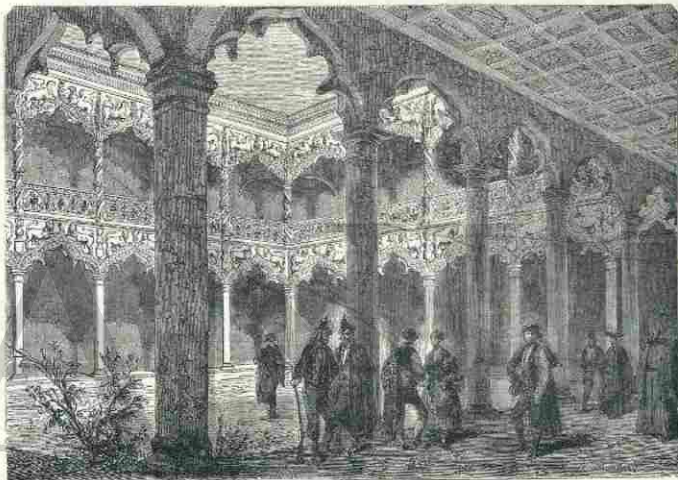
La ciudad de Guadalajara se halla situada á 40 kilómetros de Madrid, á la orilla izquierda del Henares. Un puente antiguo, algunos restos de monumentos y varias inscripciones prueban que los romanos habian fundado allí una ciudad de bastante importancia. Sin embargo la historia de la ciudad data solamente de la conquista de los árabes; ellos la dieron el nombre, y en recuerdo de su dominación, se en-

sumieron allí sumas enormes de dinero. Además, en tanto que las ciencias físicas y químicas hacían grandes progresos en el resto de la Europa manufacturera, mientras se aplicaban nuevos procedimientos al arte del tejedor y del tintorero, la fábrica de Guadalajara no adelantaba un paso, y por consecuencia se le iban cerrando poco á poco los mercados del continente, y hasta la misma América disminuía los pedidos. La invasión de 1808 dió el último golpe á este establecimiento. En 1826, algunos empresarios extranjeros queriendo reanimar la fabricación se arruinaron, y desde entonces aquellas magníficas manufacturas que encerraban

en sí tantos elementos de prosperidad, fueron completamente abandonadas.

Si Guadalajara ve aun en el día en sus calles algunos viajeros, no son ya industriales, sino algunos amigos del arte, que despues de haberse alojado de Madrid para visitar la iglesia de San Ildefonso y la tumba del cardenal Cisneros, ora maestra del siglo XVI, sienten la curiosidad de visitar el célebre palacio del duque de Infantado.

Algunos eruditos aseguran que este palacio fué construido por el cardenal Mendoza, de la casa del Infantado, que nació y murió en Guadalajara. El estilo general del edi-



Patio del palacio de Guadalajara.—Dibujo de Blanchard.

ficio parece justificar esta opinión. La fachada presenta un desarrollo considerable; todavía se pueden distinguir bajo la forma del ornato, los recuerdos feudales; la galería saliente que corona el edificio presenta varias aberturas perpendiculares ó bahadras destinadas á la defensa, y dos torrecillas á los dos lados de la puerta figuran las torres que se ponían antes á la entrada de las fortalezas para defenderlas. Estos son los preciosos caracteres que marcan á las claras la transición del paso de la arquitectura de la edad media á la del Renacimiento. Sabido es lo mucho que cuesta hallar un monumento de transición completo. En los pasados siglos no se improvisaban iglesias ni palacios; la construcción era lenta; muchas generaciones se sucedían antes del fin de la obra comenzada, y cada arquitecto que se sucedía en la obra introducida en ella el gusto del siglo en que trabajaba; por eso los monumentos completos de una época son muy raros, y el palacio de Guadalajara es una de estas curiosas excepciones.

Por una razón difícil de explicar, la puerta no se halla en medio del monumento. Consistirá esto en su distribución in-

terior, ó será cierto que solo los soberanos disfrutaban análogamente en España del privilegio de tener su puerta en medio del palacio? Sea como quiera, en ninguna de las casas de la aristocracia española construidas antes de la segunda mitad del pasado siglo, se ve la puerta principal en medio del edificio.

Interiormente, el palacio ha experimentado notables cambios. Las costumbres de los últimos siglos no podían respetar la antigua distribución de los aposentos. Las líneas primitivas de la fachada se hallan cortadas por ventanas de un estilo moderno, relativamente hablando. Lo que sobre todo entristece á los artistas es el interior del patio. Qué efecto tan singular producen las columnas toscanas tan frías y pulidas, sosteniendo ese encaje de piedra! Además se ha pillado un lado entero de la galería superior para que sirva de dormitorio á los criados. El duque de Osmu y del Infantado dueño actualmente de este palacio, debiera tratar de devolver el carácter primitivo á esta magnífica galería.

Aun se admiran en el edificio techos elevados, cortados en cuarterones adornados de pinturas de mil colores y con

ornatos preciosos; injertosos dibujos de azulejos; grandes chimeas, ricamente esculpidas que recuerdan los tiempos de los guerreros gobernaban, pero se echó uno á reír de ese sueño cuando ve el traje de los criados, el villar, único mueble de una de las mejores piezas, y la soledad y el silencio que reinan en ese inmenso edificio.

El salón llamado de los Linages, porque las pinturas que le adornaban representaban las armas de la mayor parte de las familias nobles de España, es la perla de esa magnífica alhaja. Ocupa este salón todo un lado del edificio, pero su anchura no corresponde con su longitud. La chimenea colosal que adorna una de sus estremidades es una verdadera obra maestra de escultura. En el techo se ven mezclados los ropajes del arte árabe con el gusto más exquisito del renacimiento. Lo que realiza en extremo el mérito de este salón, es la circunstancia de ser todo dorado; un antiguo autor lo describe diciendo que parece una casa de oro. En el día sirve para encerrar muchos viejos, y lo que queda de su esplendor antiguo se halla oculto por el polvo y las telas de araña.

Se cuenta que Francisco I en su viaje á Madrid después de la batalla de Pavia, se detuvo en el palacio de Guadalupe, donde el duque del Infantado le trató con mucha magnificencia y cortesía. Sin embargo como el duque no pudo acompañar al rey por causa de la gata, á ver el salón de los Linages, espantadamente asustado, encargó al conde de Tendilla y al marqués de Mondéjar que hicieran los honores al ilustre prisionero. Un poeta llamado don Alonso Nuñez de Castro, escribió en verso esta visita, enumerando los nobles escudos que adornaban la sala; es un documento precioso para la historia.

Las armas de Guadalupe representan un caballero montado y armado de pies á cabeza, hallándose destinadas á perpetuar la memoria de Alvar Nuñez de Minaya solitario y fiel compañero de Rodrigo de Bivar, el Cid Campeador. Alvar se batió valientemente con el celebre capitán en los setenta y nueve combates que este sostuvo contra los moros, y libertó á Guadalupe del yugo de los infieles.

## EL NIDO DE CIGÜENAS.

POE

ELIAS BERTHET.

(Véase las pág. 5, 11, 21, 26, 31, 43, 50, 55, 56, 62, 66, 101, 108, 110, 121, 122 y 137.)

En efecto, el viajero poseía en un grado superior á él, la confianza del viejo príncipe de Hohenzollern; sin duda traía nuevas órdenes, y Ritter se iba á ver obligado á entregar sus poderes en manos del recién venido justamente en el momento en que se creía seguro del éxito de su misión, relativa al conde Federico.

Sin embargo convenido de que el forastero le buscaba, Ritter le salió al encuentro y le introdujo en la posada con mil cumplimientos. No se había engañado; venía de la residencia de Hohenzollern; había seguido á Ritter desde Baden, gracias á las indicaciones de la policía á la cual se había dirigido el sumiller para que le facilitara la ejecución de sus proyectos.

Los dos cortesanos tuvieron una larguísima conversación cuyo resultado, á pesar de los celos que les animaban, fue un común y ardiente deseo de descubrir el paradero del desgraciado Federico.

Pero, cómo hacerlo? El espía de Ritter no volvía, y no tenían medio ninguno para saber el camino que le habían tomado los fugitivos. Mientras se hallaban con estos recelos el ruido de un caballo á galope vino á resonar en la aldea.

Sigismundo no había hallado á nadie en el punto de la cita, y acordándose de los temores de Magdalena, volvió para hacer nuevas investigaciones en la torre; había logrado adelantarse al hombre encargado de vigilar sus pasos, y llegaba con la velocidad de un rayo. Ritter y el baron se unieron á él.

De este modo estos tres personajes pudieron hallarse presentes cuando se descubrió el calabozo de los presos.

Whileimina fue la primera que abrió los ojos; un estremecimiento de alegría agitó á todos los asistentes.

La disposición de las cortinas impidió á la enferma que distinguiera al pronto á todas las personas reunidas en aquel aposento. Su mirada se fijó en el rostro de su buena criada, y la dijo sonriendo dulcemente como si acabase de despertarse por la mañana á la hora acostumbrada:

— Buenos días, Magdalena; con cuánto placer te estoy viendo!... Si supieses el sueño que he tenido! Oh! un sueño terrible.

A los primeros acentos de aquella voz, el mayor hizo un movimiento como para acercarse á su hermana; pero el doctor le mandó estar quieto con un ademán imperioso; en el estado de debilidad de la jóven, una esplicación demasiado brusca podía tener malas consecuencias. Magdalena murmuró sollozando:

— ¡Salvada! Dios mío! Está salvada!

Whileimina no parecía comprender los transportes de Magdalena; permaneció un momento pensativa; mas de repente se estremeció é incorporándose sobre el codó, preguntó vivamente:

— Frantz! dónde está Frantz? nos han separado?

Magdalena en vez de responder, apartó rápidamente la coladura y mostró á la jóven el inanimado cuerpo de su marido. Whileimina al verle no pudo contenerse; púldo, con los cabellos esparcidos se lanzó de su cama exclamando:

— No está muerto! no puede morir, puesto que vivo todavía!

— No, no ha muerto, replicó el doctor tratando de apartarla; pero vuestra presencia podría acaso producir muy malos resultados...

— Os engaños, señor doctor, dijo Sigismundo con exaltación, su presencia les será mas provechosa que todas las medicinas de la Facultad... Mirad, el sonido de su voz ha bastado para reanimarle.

En efecto, una tinta purpúrea acababa de colorear el rostro del jóven desmayado, y su pecho principiaba á levantarse á intervalos desiguales. El doctor, reconociendo en estas señales ciertas, la eficacia del medio propuesto por el fiel amigo de Frantz, no se opuso á que se unieran los dos esposos; todos los que allí estaban formaron un círculo en torno de ellos.

Whileimina inclinada sobre su marido le prodigaba los nombres mas tiernos, le estrechaba suavemente contra su corazón, y cubría de besos sus manos. Estas firmas caricias le fueron reanimando poco á poco; bien luego abrió los ojos, y como por una especie de instinto secreto correspondió á las señales de ternura que recibía. El pensamiento de Whileimina dominaba sus facultades atargadas aun; su corazón se despertaba antes que su inteligencia.

Por último, la atención de Frantz se fijó en los silenciosos personajes que los rodeaban, pero sus ojos estaban aun demasiado débiles, y demasiado confusas sus ideas, para que judicase reconoceros desde luego.

— En dónde estamos? preguntó con débil voz; Whileimina, como hemos salido de aquel calabozo tan negro y tan frío?... Quién está con nosotros?...

— Son vuestros amigos, Frantz, exclamó Muller incapaz de contenerse por mas tiempo.

— Si, vuestros amigos, replicó Alberto, pues os han dado pruebas de amistad desde hace algunas horas.

Frantz estrechó con empuje la mano de Fritz.

— Eres tú, fiel y generoso Sigismundo? dijo con voz alterada; mucho me he arrepentido de no haber seguido tus consejos, de haber faltado á la palabra que te di. Perdóname Sigismundo, y tú también Alberto, porque si mi memoria no me engaña te he puesto en terribles apuros... Magdalena me perdonaría que haya comprometido la vida de vuestra querida Whileimina por un paso temerario?

A medida que iba recordando lo sucedido, la inquietud reemplazaba sus primeras impresiones de alegría. Hasta la misma Whileimina iba espertándose una ansiedad suma.

— Pero quién nos ha salvado? dijo la jóven saltándose de los brazos de Magdalena; quién nos ha sacado de ese calabozo donde debíamos perecer en breve?...

— Dios! respondió una voz melancólica, Dios valiéndose de medios misteriosos para devolver la razón á un pobre loco.

El mayor de Steinberg se adelantó bastante hacia ellos; á su vista ambos se acercaron más el uno al otro por un movimiento instintivo; pero bien luego el espacio se cambió en compasión: los ojos hundidos del mayor, y sus mejillas lividas estaban inundadas de lágrimas; sus facciones manifestaban la mas profunda desesperación: tendiendo sus descarnadas manos á los jóvenes, les dijo con un acento desgarrador:

— Hermanos míos... tened piedad de mí; no supe lo que hacía!

Whileimina y Frantz titubaron un momento, y después por un movimiento espontáneo se arrojaron en los brazos de Enrique. Los tres confundieron un momento sus lágrimas.

El médico usando de la autoridad de su profesión, se adelantó con ánimo de poner un término á aquellas emociones que podían tener un deplorable resultado para sus enfermos tan débiles aun. De nuevo les obligó á que tomaran varias medicinas, y luego habló de dárles para que descansasen un poco después de tantos dolores. Pero no era esto lo que deseaban algunos de los asistentes.

Durante la escena precedente, el caballero Ritter y el otro cortesano habían permanecido en un rincón observándose mutuamente con desconfianza, y sin prestar la mayor atención á lo que pasaba en aquel aposento. Al ver á Frantz enteramente poseído, se adelantaron ambos hacia él con igual presteza: el jóven distinguía primero á Ritter, y una amarga sonrisa asomó á sus labios.

— Me habeis reconocido, señor sumiller, dijo con viveza, y esta vez es imposible que me escape... Pero os advierto que á pesar de la debilidad en que me hallo, no me separaré de Whileimina sino muerto!

— No es esa mi intención, repuso el sumiller con las apariencias del mayor respeto; si en otras ocasiones he tenido que llenar penosos deberes contra V. E. en el día puedo borrar esas faltas involuntarias anunciándoos...

— Na os toca, señor sumiller, el encargarnos de una mi-

sión que me está exclusivamente reservada; exclamó el otro cortesano cortando la palabra á Ritter.

Frantz miró entonces el rostro al nuevo personaje, y manifestó la mayor sorpresa.

El baron de Bentheim exclamó; el ministro, el confidente, el mejor amigo de mi padre!

— El mismo, replicó el cortesano lanzando á Ritter una mirada triunfante; V. E. no ha olvidado el nombre y la persona de un criado fiel de su familia. Muchas veces me he lamentado en secreto de vuestra desgracia, y yo solo en la Residencia me he atrevido á levantarme contra el despotismo de vuestro hermano primogénito que...

— Dejemos eso, señor baron, interrumpió Frantz ó mas bien, Federico de Hohenzollern, con aire sombrío; quiero, si es posible, olvidar mis resentimientos contra ese injusto y tiránico hermano...

— Todo lo ha espido ya, exclamó Ritter sin poder moderar su impaciencia; vuestro hermano se ha matado hace algunos días en la caza al querer saltar un barranco... y en el día sois el único heredero del hermoso principado de Hohenzollern!

El baron de Bentheim parecía furioso por que se le había adelantado su rival, pero se calmó cuando vio el efecto que había producido esta revelación en el conde Federico.

— Así pues, señores, dijo el jóven con acento indignado, habeis estado disputando el honor de anunciarle ese horrible acontecimiento, suponiendo sin duda que iba á ensancharse el mayor gozo? Cómo me eslimais tan poco en vuestra opinión?

Ritter se quedó aterrado con esta respuesta, pero el baron de Bentheim continuó impavido.

— Esos sentimientos son dignos de vuestra alma generosa, señor conde, pero por mi parte jamás me habría encargado de traerlos la triste noticia que os acaba de dar el sumiller Ritter con tanta precipitación y tan poco tino, sino trajera al mismo tiempo otra noticia mucho mas agradable á mi corazón.

— Y cuál es?

— El príncipe vuestro padre desesperado de la deplorable muerte de vuestro hermano mayor, se ha arrepentido de la dureza con que os ha tratado... y os llama á su lado para que sea el consuelo de su vejez. He aquí la carta que S. A. os ha escrito de su mano.

Y al decir esto sacó de una rica cartera una carta sellada que entregó á Federico: este la abrió, la recorrió rápidamente; y gruesas lágrimas humedecían sus ojos.

— ¡Pobre anciano! Cómo no he de olvidar su severidad... es tan desgraciado!

Y al cabo de un instante de silencio continuó:

— Obedeceré, señor baron, obedeceré en cuanto tenga fuerzas para ello; es un deber sagrado... pero debo advertiros que deseo entrar en Hohenzollern acompañado de la condesa Whileimina...

— Frantz! señor conde! exclamó Whileimina con calor, no quiero ser motivo de discordia en vuestra familia... Qué me importan los honores... la fortuna: solo deseo vuestro amor, eso solo.

— El señor conde debe estar impaciente por saber lo que dirá sobre esto su augusto padre, repuso Ritter creyendo haber hallado una ocasión de entrar en la confianza de su futuro amo; así, pues, marcharé mañana mismo para la Residencia é instruiré al príncipe...

— Mañana será ya tarde, replicó el baron, determinado á no ceder un paso; voy á enviar inmediatamente á uno de mis

lascayos con una carta que escribiré al instante... Valor, señor conde, todo se arreglará según vuestros deseos.

Federico le tendió vivamente su mano, que Bentheim besó con el mayor respeto.

— Oh! gracias, gracias, dijo el joven con calor. Willemina, amada mía, esta es la suerte que os deseaba... Os habeis casado conmigo cuando estabais pobre, desterrado, y abandonado de todos; ahora habitareis un palacio y seréis princesa soberana.

— Frantz, dijo el joven suspirando, serémos por eso mas dichosos?

Los asistentes se prepararon á volver á la posada. Los primeros resplandores del día principiaban á iluminar el cielo, y ninguno de ellos habia descansado aquella noche. El conde Federico hubo de permanecer en el castillo para que le cuidara Magdalena al mismo tiempo que á Willemina.

Sigismundo, Alberto y los dos cortesanos se acercaron alternativamente á despedirse de los jóvenes esposos y del mayor. El desgraciado Steinberg, apenas respondió con la cabeza á estos cumplimientos; nada podía sacarle del abatimiento en que estaba sumergido. En cuanto á los jóvenes, dieron las mas expresivas gracias á los que habian contribuido á su libertad; sin embargo el baron de Bentheim tuvo en esta ocasion mejor parte que Ritter.

— Vamos, murmuró el sumiller con despecho, Bentheim nunca variará al hijo el mismo favor que tiene con el padre....

— Ritter no me usurpará la plaza, pensó Bentheim con orgullo.

#### EPILOGO.

Tres meses habian transcurrido.

El conde Federico de Hohenzollern, despues de haber pasado algunas semanas al lado de su padre, se hallaba de vuelta en el Steinberg para buscar á Willemina; pero hasta este momento, el deplorable estado en que se hallaba el mayor habia impedido su partida.

Sigismundo y Alberto, se hallaban ya de vuelta en la universidad, habiéndose convenido de antemano que ambos, despues de terminados sus estudios, irian á Hohenzollern, donde hallarian los dos un empleo al lado del conde Federico.

Enrique consumido por los dolores y los remordimientos, no parecia mas que la sombra de sí mismo; su organizacion, antes tan robusta, se hallaba completamente destruída, y el médico habia sucumbido por declarar su enfermedad incurable.

Por eso Willemina, á pesar de las faltas de su hermano, no habia querido separarse de él, y ambos esposos habian querido prolongar su estancia en aquella triste y solitaria torre que debia despertar en ellos tan crueles recuerdos.

El estado del baron empeoró tanto que la última crisis se aproximaba.

Un día despues de un doloroso acceso, el desgraciado Enrique que habia vuelto á recobrar el conocimiento, manifestó el deseo de que le llevaran á la plataforma de la torre, para contemplar por última vez el dominio de sus padres.

El baron habia llegado á ese triste punto en que se concede á los enfermos lo que ellos quieren; así pues se apresuraron á acceder á su deseo.

Era entónces á fines de agosto; el sol estaba ya en el ocaso.

El nebuloso cielo de la antigua Germania no desmentia su reputacion; fríos y pardos vapores cubrian el horizonte y soplaban un viento del norte bastante fuerte en ciertos instantes.

El baron sentado en un sillón, con el cuerpo envuelto en un par de mantas, el rostro pálido, y descompuesto ya por la aproximacion de la muerte, se sonreia melancólicamente al ver aquella enlutada naturaleza. Willemina y Federico, ambos rebosando salud pero tristes y pensativos, se hallaban á sus lados; Magdalena leuntner apoyada contra el perfil á la otra estremidad de la plataforma, espiaba los movimientos del enfermo para prevenir sus necesidades ó sus deseos.

A juzgar por su aire consternado, la buena mujer conocia que no serviría ya largo tiempo al último heredero de los barones de Steinberg. Todos los asistentes estaban recojidos y callados.

El majestuoso Rhin parecia haber disminuído á aquella hora la velocidad de su corriente; las rocas gemian debilmente en la ribera, y hasta la misma torre despedia una especie de quejido lugubre cuando penetraba el viento entre sus ruinas.

Ninguna estrella brillaba entre los intersticios de las nubes, y el crepúsculo lanzaba un resplandor siniestro sobre el horizonte, las aguas y las colinas empinadas.

Sin embargo, un medio de espilla solemne inmovilidad, alguna cosa principiaba á agitarse en diferentes puntos del espacio, y al mismo tiempo una especie de estremecimiento sordo, pero continuo, se oía por debajo y por encima de los espectadores, sin que pudiesen reconocer la causa que le motivaba.

Despues pareció que el aire se poblaba; una porcion de objetos blancos, en numerosos grupos, se movian á lo lejos en la bruma.

Veíanse formas fugitivas de aves que rozaban lentamente la superficie del Rhin; otras llegaban á bandadas por el lado del campo, y por último habia otras que descendian de las alturas de las nubes; la tierra, las aguas el cielo, se animaban á la vez como por magia, y pululaban de fantasmas alados.

El ruido se iba haciendo cada vez mas fuerte y mas distinto; habriase dicho que era uno de esos ruidos aereos que anuncian la *caza infernal*, esa ingenua y lugubre tradicion alemana.

Sin embargo, bien luego esas formas vagas se dibujaron mas precisas á medida que se iban juntando, y los espectadores reconocieron por fin el vuelo de las cigüeñas.

Era entónces esa época del año en que esas aves emigran de la Alemania todas juntas, yendo á buscar climas mas templados.

El tiempo y la hora eran muy favorables á esa clase de emigraciones, por lo cual no habia nada de extraordinario en su prodigiosa abundancia en torno del castillo.

La circunstancia de la próxima muerte de aquellos Steinberg que habian puesto á las cigüeñas en sus armas, era lo único que daba á este acontecimiento un misterioso carácter.

Todas las bandadas de las aves, siguiendo un plan que parecia trazado de antemano, se dirigian hácia el mismo punto, que era el estrecho valle que llamaban el Valle de la Marcha.

Allí se plantaban en la tierra haciendo oír ese singular castañeteo del pico, única voz de esas aves cuando llegan á la edad adulta.

(Se concluirá.)

JUAN BOTH.



Both. — Una mujer montada en una roca.

Both.—Una mujer montada en una roca.

Juan Both nació en Utrech en 1610, y murió en la misma ciudad, aunque se ignora el año. Según las conjeturas mas probables, su muerte acaeció en los últimos meses de 1630 ó en el año siguiente.

Juan Both tenía un hermano llamado Andrés, y ambos hicieron sus primeros estudios en casa del maestro Abraham Bloemaert, pero sin permanecer allí mucho tiempo; el deseo de viajar, y sobretodo de visitar la Italia, les indujo á marcharse á Roma, donde sintiéndose animados de gustos diferentes, Juan siguió las lecciones de Claudio de Lorena, y Andrés las de Bamboche.

Nuestros lectores conocen ya á Claudio de Lorena y saben que es el paisajista mas primoroso que ha habido. En cuanto

á Bamboche, este era un pintor holandés cuyo verdadero nombre es Pedro de Laar, y á quien dieron el apodo que le ha quedado, á causa, segun dicen algunos, de la singular configuración de su persona, de sus larguissimas piernas, de su cuerpo corto, y de su cabeza hundida entre sus hombros; pero otros aseguran, y esto último parece mas verosímil, que le llamaron Bamboche, por la clase de asuntos que escogia, tales como juegos de niños, ferias, caserías, etc., asuntos que en lenguaje de estudio suelen llamarse *bambochadas*.

Sea como quiera, esta direccion que recibieron sus estudios produjo los resultados que cada cual esperaba por su parte: Juan se hizo un excelente paisajista, y Andrés se vol-

vió un buen pintor de figuras, conservándose de su trabajo como buenas y estimables obras.

Consideremos, verbigarica, el hermoso paisaje que tenemos delante; todo lo que es terrenos, aguas, árboles, montañas, cielo, nubes, en una palabra, todo lo que constituye el dominio del paisaje, está hecho por el pincel de Juan; los animales, las figuras, esa escena de viaje, risueña y sosegada que se ve en medio de esa admirable naturaleza, pertenece a Andrés: reunidos produjeron esa hermosa obra que se llama: *una mujer montada en una mula*.

Juan Both, en efecto, ignoraba lo mismo que su maestro Claudio de Lorena, como debían pintarse las figuras, y Andrés entendía poquísimos de paisajes: de este modo, esos dos hermanos completándose, forman entre los dos un grande artista.

La mayor parte de su vida la pasaron ambos en Italia, y de allí le viene a Juan Both, mucho más conocido que su hermano, el sobrenombre de *Both de Italia*. Sin duda ninguna habría pasado el resto de sus días en esta patria de las artes, si la funesta muerte de Andrés no le hubiese sumergido en la mas terrible e inconsolable tristeza.

Ambos se hallaban en Venecia donde pasaban sus días estudiando a los grandes maestros de esa célebre escuela de pintura, y á veces también sus noches en las brillantes fiestas de esa sociedad apasionada por la música, el baile y la galantería. Una noche pues, que saliendo de una alegre reunión, Andrés volvía á su casa en una gondola, se cayó al canal y murió ahogado; Juan no pudo soportar desde entonces el hallarse en Venecia, y se volvió á Ulrecht.

Este acontecimiento que puso un término tan prematuro á los días de Andrés Both, sucedió en 1650, cuando el pintor no había llegado aun á los cuarenta años. Houbraken dice que Juan le sobrevivió muy poco tiempo, y por esta autoridad se han fundado los escritores que como ya hemos dicho, fijan la muerte de nuestro célebre paisajista hacia 1650. Both de Italia se hallaba entonces en toda la fuerza y brillo de un magnífico talento. Qué obras tan admirables delicias salir aun de su pincel... *si quis fatis aspera vincant*; estos sentimientos despiertan siempre las cortas existencias de tantos hermanos genios, desde Rafael hasta Lessueur, desde Pablo Potter hasta Géricault.

J. J. ANSOUX.

#### DEL DAGUERREOTIPO Y DE LA FOTOGRAFIA.

LEONARDO DE VINCI.—PORTA.—CARLOS WEDGWOOD.—HUMPHREY DAVY.—NIEPCE Y DAGUERRE.—TALBOT.—M. BLAQUIERT EVARD.—HISTORIA DE LA FOTOGRAFIA.

Daguerre (Luis Mandé), que nació el año de 1787 en Cormeille, acaba de morir á la edad de sesenta y cuatro años. Nadie ha resuelto de un modo mas evidente y mas palpable, en su vida de artista, el problema de la alianza del arte y de la industria; este mérito nos obliga á ocuparnos de una fisonomía tan curiosa é interesante: hablemos de M. Daguerre y de los maravillosos descubrimientos que se deben á su genio, ó como dice Newton, á su paciencia.

Los descubrimientos pueden ser resultado de la casualidad; pero si se consulta la historia de la invención, llegaremos á convencernos de que por lo regular es deudora la humanidad, á la paciencia constante en el trabajo, de las invenciones que le han procurado beneficios mas eficaces y positivos.

Daguerre, á quien desde la infancia arrastraba su vocación al estudio de la pintura, y cuyo carácter ardiente y tal-

vez algo poético no podía circunscribirse al estrecho terreno de una superficie limitada, como la del lienzo en el bastidor, entró en casa de Degotti, pintor italiano, á quien se habían encargado las decoraciones del teatro de la Opera.

El maestro era lento en la ejecución de lo que su talento le inspiraba; pero supo apreciar el ardor, la prontitud, la perfección con que el joven discípulo traducía sus pensamientos y concepciones. Era preciso que las ilusiones del arte dramático siguiesen, en el dominio de la realidad, las proporciones de la ciencia, y sus cálculos debían realizarse por medio de procedimientos técnicos; en una palabra era indispensable aplicar la ciencia á la industria, y elevar el trabajo material por los descubrimientos del arte.

Daguerre se entregó á un pensamiento, y llegó á triunfar de los obstáculos que desde luego había previsto: quiso buscar, y penetró los misterios de esas combinaciones extrañas y sorprendentes, cuyo fundamento es la luz, y que todavía no han concluido, supuesto que la luz eléctrica sigue aun sujeta á la ley de las innovaciones y del progreso.

El arte de las decoraciones se hallaba en la infancia, pues se buscaban los efectos en la aglomeración de colores, y ni la luz ni sus prodigiosas variaciones eran objetos principales de estudio para los artistas. Daguerre intentó buscar en la luz la realización mas aproximada posible de los efectos de la naturaleza, y eligió una escena en que le fué permitido aplicar libremente las ideas que fermentaban en su imaginación. El profesor consiguió en el teatro del Ambigu-Comique los resultados que hicieron una revolución en su arte.

Tovavía se recuerdan los efectos de luna en la decoración de *Calixto*, en los leones del *Sueño*, del *Beldre* y de los *Macedones*. Este solo era el principio de la carrera que Daguerre se proponía seguir.

El 11 de julio de 1823 llenaba los bulevares una multitud inmensa, dirigiéndose á un establecimiento nuevo, cuyas maravillas concitaban algunos espectadores privilegiados que de él salían. Era tan grande la fusión, que nadie osaba creer lo que veía: parecia en efecto que despues de entrar en aquel edificio, que llevaba el nombre de *Diorama*, se había abierto una ventana, desde la cual llegaba á contemplarse el inmenso y pintoresco *Valle de Sarnein* de la Suiza; poco despues se presentaba delante de los espectadores una iglesia gótica cuya campana escitaba á la oración; porque no era verdaderamente un lienzo, no era un cuadro lo que se veía, sino la misma *Capilla de Holywood*.

Nada puede expresar las emociones que produjo en París tan extraña y admirable invención: en 1822 resolvió Daguerre el primer problema de las fusiones mas fuertes, sorprendiendo los secretos de la luz.

Por espacio de quince años presentó el artista al público espectáculos curiosísimos. Todas las combinaciones, desde los efectos mas sombríos, como las bóvedas interiores de *San Esteban del Monte*, hasta las mas brillantes, como la perspectiva del *Templo de Salomon*, llegaron á realizarse. París admiraba esta conquista del arte, esta victoria sobre la materia, cuando un incendio devoró las hermosas vistas del Diorama.

Pero Daguerre no se confesó vencido, y si el fuego quiso vengarse del audaz descubrimiento de aquel *Proyecto de la luz*, no logró contener su voluntad, y la luz quedó cautiva: Daguerre forjó sus cadenas inventando el *Daguerreotipo*.

La Fotografía es uno de los descubrimientos mas maravillosos é imprevistos. Leonardo de Vinci, el gran pintor del Renacimiento, fijó su primera base con los primeros principios de la teoría física de la visión y con el fundamento de la

*Cámara oscura*. Este es efectivamente el punto de partida que fija la luz por medio del *daguerreotipo*. Nadie ignora lo que es este curioso aparato, por medio del cual los rayos luminosos, despues de reflejarse en un espejo inclinado dispuesto en la parte alta de una especie de chimenea, atraviesan un vidrio convexo y reproducen las figuras de los objetos en el papel del buijante.

Leonardo de Vinci descubrió esta propiedad á fines del siglo XVI, y cien años despues un físico italiano, llamado Porta, perfeccionó, ó mas bien aplicó lo que el gran pintor de Francisco I<sup>o</sup> no había hecho mas que indicar.

Existe una sustancia cuyas propiedades son muy curiosas; hablamos del *cloruro de plata*, llamado por los alquimistas *luna córnea*. Es un polvo blanco que se forma cuando se mezcla una disolución de sal marina con otra de nitrato de plata. En el momento de su preparación, es blanco el cloruro pero solo se conserva así en la oscuridad. Si se le espone á la luz, ennegrece, y tanto mas pronto, cuanto mayor sea la densidad de aquella. Resulta pues de dicha propiedad que si se cubre un papel de una capa de cloruro de plata, y se le espone en la Cámara oscura, reproduce con todos sus pormenores la figura que cae en su superficie. Estas dos acciones, la formación de la imagen ó objeto por medio de la Cámara oscura, y su impresión por el cloruro de plata, resumen toda la ciencia de la Fotografía.

Wedgwood y Humphrey Dites habían hecho en Inglaterra aplicaciones semejantes, pero todas estas tentativas eran tímidas é incompletas, y el verdadero estudio de las facultades del cloruro no dió principio hasta el año de 1827 por los ensayos casi simultáneos de M. Daguerre y de M. Niepce, antiguo oficial retirado en Chalons, que se entregaba con buen éxito al cultivo de las ciencias. Este mismo se había puesto ya en relaciones con la real sociedad de Londres, á la que dirigió en 1826 una memoria de sus trabajos fotográficos.

Al mismo tiempo no descansaba Daguerre, y estos dos artistas seguían sobre los mismos datos un descubrimiento que debía unirlos para alcanzar la misma gloria. Un epico de París, amigo de Niepce, enteró de los trabajos de este á Daguerre, y al punto se entabló entre ambos una correspondencia seguida. Enterado Daguerre de los procedimientos de Niepce, desde luego conoció sus inconvenientes, y estos fueron vencidos por su constancia.

Los sabios acojieron admirados el increíble descubrimiento del artista. En una sala inmensa del palacio de Orsay esplicaba Daguerre en 1839 á un auditorio compuesto de grandes inteligencias, de elegantes señoras, de literatos y de artistas, los procedimientos que empleaba, y en pocos segundos nos presentaba planchas argentinas, en las cuales al paso que hablaba, á vista de todos se reproducían el puente Real, los baños de Vigier, las Tullerías y algunos carruajes parados; que había podido abarcar, en aquel trabajo espontáneo y vivo de la acción de la luz, con el vidrio de su maravilloso instrumento, si cual se dió por admiración el nombre de *Daguerreotipo*.

El gobierno, enterado de este descubrimiento, concedió á Daguerre una pensión de seis mil francos, y otra de cuatro mil á Niepce hijo; M. Arago por su parte elojó con ardor y entusiasmo un hecho que proporcionaba á las artes un medio de propagación poderoso y decisivo.

Para copiar los millones de millones de jeroglíficos que cubren esteriormente los grandes monumentos de Tebas, de Memphis y de Karnak se necesitarían siglos y legiones de di-

bujantes; con el *Daguerreotipo*, un hombre solo llevaria pronto á cabo esta inmensa operación.

Y con todo, la ciencia fotográfica no había llegado todavía á su último escalón; en 1834 prosiguió un físico inglés la realización de los procedimientos, aplicándolos al papel, y no solo obtenía M. Talbot una fiel reproducción de la Cámara oscura, sino que multiplicaba indefinidamente la primera prueba, sirviéndose de esta como de una plancha grabada. Imposible nos es entrar aquí en pormenores acerca de los agentes empleados por este artista, porque esta es una parte teórica de la fotografía, que solo puede tratarse larga y especialmente. Únicamente diremos que el medio del físico inglés pareció muy complicado, pero avisó el entusiasmo de los fotógrafos, y la ciencia se ha enriquecido con los descubrimientos definitivos de M. Blaquart Evvard, que ha dado á la fotografía el último grado de perfección.

No hay necesidad de enumerar los beneficios que el arte puede deber á la ciencia de que hablamos; lo único que falta es la aplicación de este arte á la industria. Hasta hoy ha sido la fotografía demasiado costosa; pero hace algun tiempo que los progresos hechos sobre los datos suministrados por M. Blaquart, son tales, que se acerca el momento en que la fotografía rivalizará con la imprenta y con la litografía.

#### ESTADÍSTICA PERIODÍSTICA.

En el año 1891 se han publicado en Francia 124 periódicos que trataban ó debían tratar de todo especie de asuntos. Pero desgraciadamente gran número de ellos no han vivido mas que lo que viven las rosas, es decir, el espacio de una mañana: 19 han sido ó debían ser cotidianos; 5 han salido ó debían salir cada dos días; 3 cada tres días; 4 cada seis; 45 cada ocho días; 10 de quince en quince; 53 todos los meses; 4 cada dos meses; 4 á los tres; y 36 en épocas indeterminadas. Los títulos y las especialidades de algunos de estos periódicos merecen conservarse.

Los especieros tenían su *Monitor*. Los relojeros la *Tribuna cronométrica*. Los que desean ver clara, la Luz y el Arco, Los amigos de recogerse y del baile, el *Diario del placer* y el *Pierrot*. Los románticos, la *Revolución literaria*. Los valentones, la *Pantera francesa* y la *Cenitencia*. Los demócratas, el *Diario de los hombres libres*, la *Revolución* y el *Advenimiento del pueblo*. Los discípulos de M. Jussieu, el *Diario de las flores*, también la *Conchitología*.

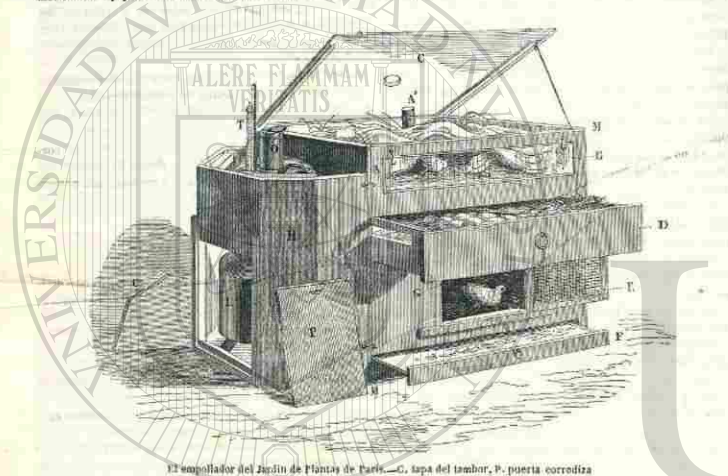
La mas elegante mitad del género humano ha tenido el *Gran Mundo*, el *Indicador de la moda*, la *Alfada poética*, las *Musas de la moda*. Los gastrónomos, la *Revista gastronómica* y el *Entrecho de gastrónomo*. Los litigantes, la *Tribuna pública*, *Manual de los pretendientes*, etc. Los aficionados á charradas, la *Gaceta de París*, el *Diario de pulcheces diversas*, el *Observador parisiense*. Ha habido periódico para las soluciones gramaticales. Los enfurados han tenido la *Sañud universal*, y los químicos el *Alambique*.

#### DE LA INCUBACION ARTIFICIAL.

El empollador perfeccionado de M. Vallée que está en uso en el jardín de las Plantas de París, es todo de madera. Compónese de un cuerpo principal (M) y de un apéndice ó tambor (H). El cuerpo principal tiene 50 cent. de ancho, sobre 40 de profundidad y 82 de altura, dividiéndose en tres compartimentos ó canchales, de esta manera: el uno (D) en forma de cajón, sirve para meter los huevos que se someten á la incubación; el otro (B) encima del precedente, puede

servir para lo mismo, pero ordinariamente se ponen en él los polliceros recién nacidos; está provisto de una tapa, con vidrios delante, y por último el tercero (E) en la parte baja del empollador en forma de jaula, sirve para que pascen los polliceros los quince primeros días después de su nacimiento. Un enrejado movidito se estende sobre una tercera parte de la anchura. La (F) es un suelo móvil. El tambor tiene la misma profundidad que el cuerpo principal, y por medio de cuatro aldabillas (dos en cada lado) se cierra herméticamente y queda formando un solo cuerpo; su mayor

anchura es de 20 centímetros. Aquí se pone el aparato para calentar el empollador que consiste en un cilindro (L) lleno de agua, con una lamparilla debajo para mantener el líquido a la temperatura debida, hallándose cortado verticalmente en sus ángulos para establecer la comunicación con la lamparilla. Esta se enciende con aceite, y sus mecheros son adecuados al sistema Locatelli, conteniendo el aceite necesario para treinta horas. El cilindro es de zinc, y caben en él hasta diez litros de agua. El aparato necesita dos termómetros; el uno (T) entra en el cilindro y vuelve a salir por



El empollador del Jardín de Plántas de París. C, tapa del tambor, P, puerta corrediza

un agujero al lado de la chimenea (O) de ese cilindro, y el otro se halla colocado en el cajón principal de la incubación encima de los huevos.

Así pues, el aparato se calienta por la circulación del agua según el sistema de Bonnemai, modificado por M. Valide. La luz de la lampara eleva la temperatura del agua del cilindro; la capa líquida profunda pasa a la superficie a medida que se va calentando, y allí se pone en relación con la abertura de un tubo de zinc que la conduce a una especie de receptáculo entre los dos compartimientos medio y superior, de donde vuelve a bajar por otro tubo que la recibe hacia la extremidad derecha sobre el mismo término; llega al compartimiento interior que atraviesa por el mismo tubo en toda su longitud de derecha a izquierda, y vuelve a entrar definitivamente en la parte más inferior del cilindro, donde se calienta otra vez para salir de nuevo a la superficie, y continuar indefinidamente la misma tarea. Se ve que este primer sistema de tubos sirve para calentar a la vez los tres compartimientos del cuerpo principal.

El compartimiento superior se halla también atravesado verticalmente por un medio, por otro tubo cuya extremidad superior forma chimenea (A) escapando la tapa del aparato,

y cuya extremidad inferior baja hasta el nivel del cajón principal (D). Esta chimenea sirve cuando el calor del cajón es demasiado fuerte, ó cuando se juzga preciso renovar el aire; se cierra y se abre á voluntad con un tapon ordinario.

Por último, otros tubos también llenos de aire, que salen de la cavidad donde se halla el calentador atraviesan á lo largo de la caja (E), y unidos en su extremidad opuesta de abajo arriba, introducen en el cajón principal (D) el aire caliente producido por el cilindro. Además á cada lado del calentador hay ocho aberturas circulares, de 15 milímetros de diámetro cada una, cuatro en la parte superior del compartimiento con vidriera y los otros cuatro en la parte superior del cajón principal. Las aberturas laterales izquierdas sirven para la introducción del aire caliente, y las de la derecha para el aire frío, aberturas que se abren ó se cierran por medio de un resorte, siendo de todo punto indispensable esta alternativa de aire caliente y aire frío para la renovación completa del aire en los dos compartimientos medio y superior.

A pesar de sus pequeñas dimensiones, el empollador de M. Valide puede contener hasta ciento veinte huevos de gallina ordinaria.

## EL NIDO DE CIGÜEÑAS.

POR

ELIAS BERTHET.

(Véase las págs. 8, 14, 21, 28, 31, 45, 50, 62, 66, 82, 90, 101, 108, 116, 124, 132, 137 y 150.)

Muchos miles de ellas se hallaron luego reunidas, cubriendo enteramente el suelo del valle, que desde el nido de la torre, parecía cubierto de nieve.

Sin embargo, por cualquier parte que se volviese la mirada se veían un nubes de esas aves viajeras que volaban presurosas al punto de partida.

Tantas eran como aquellas almas errantes que los antiguos poblaban sus infiernos; el cielo, la tierra y el agua parecían suministrar á la vez su contingente á esa muchedumbre presurosa.

Sin embargo, en el momento en que al crepúsculo principiaba á suceder la noche, la afluencia disminuyó algun tanto, ya no se vió entre la niebla sino algunas aves tardías que surcaban los aires apresuradamente para llegar al sitio designado.

Entretanto en la aldea se oía un ruido sordo, extraño que tenía algo de sobrenatural; todas aquellas aves encerradas en un espacio reservado, se bocaban, se batían y se tropezaban en la sombra: revoloteando y cayendo alternativamente formaban una especie de torbellino que hacia daño á la vista.

De repente se suspendió esta agitacion turbulenta, y las aves permanecieron silenciosas é inmóviles.

Habríase dicho que esperaban una señal, un gefe quizá, para tomar el vuelo y principiar su viaje á las tierras africanas.

En aquel momento el viento había cesado; las ramas de los castaños en el valle, los cañaverales de las orillas del Rin se habían quedado en el mayor silencio, y hasta la misma naturaleza parecia estar esperando alguna cosa.

Entónces la cigüeña hembra, que había hecho su nido en la torre del Steinberg, principió á dar señales de agitacion. Desde la muerte del hinkende, las jóvenes cigüeñas habían crecido y se hallaban en estado de seguir á sus compañeras á su emigracion lejana.

La madre, en pie al borde del nido, había contemplado con sus ojos vivos y brillantes la reunion de sus compañeras. Viéndolas á todas reunidas, agitó gozosamente sus alas; sus pequeños la imitaron al instante, y la familia aérea tomó lentamente su vuelo.

Pero en vez de dirigirse inmediatamente hacia el valle, los huéspedes del Steinberg se errieron un instante como para probar sus fuerzas y luego dieron vuelta á la plataforma, castañeteando el pico en señal de despedida.

La madre llegó hasta rozar con sus dos blancas alas el hombro del baron como para rendirle un tierno homenaje.

El torbellino se comovió algun tanto, y dijo á media voz con un acento melancólico:

—Id con Dios, buenas aves que tanto habeis padecido con la hospitalidad del Steinberg... Id con Dios, seres pacíficos, cuyo destino estaba unido al nuestro por un misterioso lazo... No volveréis más á este triste sitio donde despues de mi muerte solo reinarán la ruina y el abandono...

La cigüeña continuaba su vuelo lento y circular en torno de los asistentes, como si hubiese escuchado estas tristes palabras!

—Guardémonos de querer descubrir lo que Dios nos ha

querido ocultar! dijo Magdalena con una especie de terror supersticioso; y sin embargo, esas pobres aves os han devuelto la razon con sus tiernos instintos, en el momento en que intentabais dar el último golpe á vuestra infortunada raza...

—Una cigüeña me suministró el medio de penetrar en el castillo para proteger á Whillemina, ó al ménos para morir con ella! dijo Federico pensativo.

—Y si debo despertar este recuerdo, murmuró Whillemina con una voz trémula de emocion, un sueño en que vi una cigüeña, reanimó nuestro valor en el calabozo del Camino de la Huida... y gracias á ese sueño singular, inesplicable, pude detener vuestra mano alzada sobre mí en un momento de vértigo...

—Fue un sueño? dijo el jóven conde con aire pensativo; ó acaso como ha dicho Enrique, ha unido la Providencia con lazos invisibles los destinos de nuestras familias á los de esas humildes aves? todo lo que vos confunde mi razon.

—Hermano mio, murmuró el baron con una voz cortada, tendiendo la mano á Federico, dentro de algunos instantes... descubriré este enigma... y tambien otra porcion de ellos que han sido puestos al hombre para que sienta su debilidad y su flaqueza.

—Hermano mio, tengo esperanza aun...

El torbellino menzó la cabeza sonriendo, é hizo señas á los asistentes para que estuvieran atentos.

La cigüeña del Steinberg y sus compañeras parecieron decididos por fin á dejar el nido; bajaron su vuelo y desaparecieron en la sombra de la tarde.

De repente una violenta ráfaga de viento sopió sobre el Steinberg y sus cercanías.

Entónces se oyó un rumor sordo parecido al ruido lejano de la mar, eran cincuenta mil alas robustas que hendían los aires á la vez, eran las cigüeñas que se marchaban.

Una inmensa nube subió de la llanura, se diseminó en el espacio como un huracan de espuma y oscureció los últimos reflejos de la tarde; pero el ruido se fué debilitando, la luz volvió á alumbrar el paisaje poco á poco, y la majestuosa emigracion se desizó lentamente hacia el mediodía, llevada por el viento de la tormenta.

Entónces se vió en un instante toda aquella masa sombría como un torbellino en medio de los cielos, que bien luego desapareció en la inmensidad del horizonte.

En el momento en que las últimas filas de las aves viajeras se perdieron en la bruma, el baron estrechó contra su pecho las manos de Federico y de Whillemina.

—Hermano mio, hermana mia, dijo con voz solemne, cúmplase el destino! La raza de los Steinberg se acabó, la de los Steinberg Hohenzollern comienza!

Y dicho esto cayó sin movimiento.

Dos días despues el baron de Bentheim condujo en triunfo á los jóvenes esposos al principado de Hohenzollern.

El Steinberg permaneció algunos años mas bajo la guarda de Magdalena Reutter y de su hijo: ninguno de los dos dependientes quiso abandonarle, á pesar del afecto que profesaban á Whillemina.

Pero Magdalena murió, y Fritz fué llamado á Hohenzollern. El castillo no tardó en volverse inhabitable, hasta que en el día es, como ya dijimos, un monton de escombros.

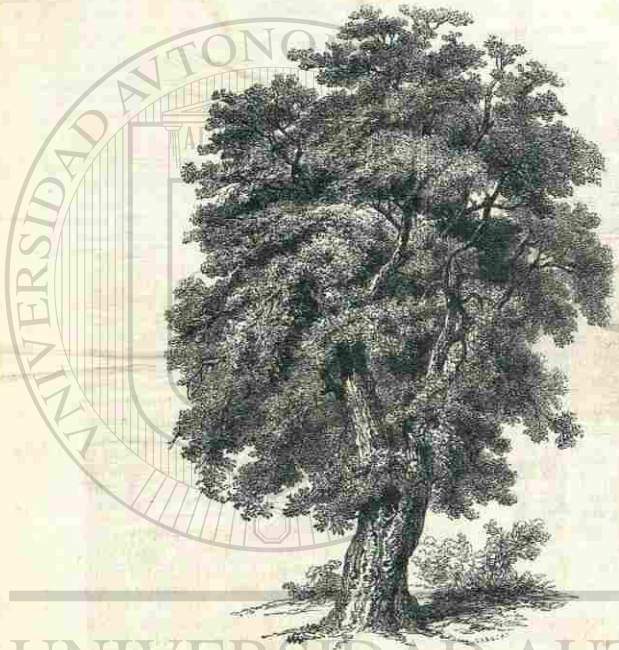
El día en que nació el primer niño de la princesa Whillemina, dos cigüeñas se anidaron en el techo del palacio de Hohenzollern.

FIN.



nuevo el corcho, pero en agua hirviendo, por espacio de un cuarto de hora para que el corcho se suavice, se haga más elástico, y más penetrable al cuchillo del obrero, y á mayor abundamiento, se dejan las placas amontonadas durante muchos días en un sitio fresco. Después de esto se cortan á

lo largo en pequeños paralelepípedos rectangulares que llevan poco más ó menos la misma dimensión que los tapones, y que se mojan también en agua caliente para cortarlos con más facilidad. Entonces principia la fabricación definitiva. Con unos cuchillos muy cortantes el obrero destruye



El almogro de España.—Dibujo de Freeman.

primeramente los cuatro lados, y luego las dos estremidades, obteniendo así un prisma con ocho caras. Si en esta operación descubre algún vacío interior, vuelve á cortar hasta que vengan superficies enteramente lisas: hecho esto, redondea lateralmente el tapon; se coloca la estremidad de la hoja de un cuchillo en la muesca de una clavija de hierro fija en una mesa, y el obrero, tomando el corcho con sus manos, le hace dar una vuelta con destreza arrimado al filo de la hoja, y con vuelta y media del pedazo de corcho, hay bastante para que salga el tapon con la forma cilíndrica.

Fabricados de este modo, los tapones se juntan por tamaños y calidades y luego se ponen en fardos hasta el número de veinticinco ó treinta mil en cada uno. Anualmente

salen de los talleres de Cataluña unos quince ó veinte mil fardos, que producen tres ó cuatro millones de francos.

El precio del corcho en Cataluña es de 44 á 45 frs. el quintal; el ordinario cuesta 42 frs., pero lo hay hasta de 80 frs. el quintal métrico de calidad superior, y que llaman los catalanes *tragg*. Con 40 kilogramos de corcho de primera calidad se fabrican hasta siete mil tapones, y solo se hacen cuatro mil con el corcho ordinario.

En otros tiempos los tapones de Cataluña no se vendían en Francia más que en la feria de Beaucaire, pero hoy van directamente á todos los puntos comerciales, pagando un derecho de entrada en la frontera de Francia de 65 frs. por quintal métrico.

## NÜREMBERG.



Nuestra Señora de Nuremberg.—Dibujo de Lançélot.

Nuremberg, artísticamente hablando, es una ciudad maravillosa que recuerda en todo la edad media, si se exceptúan los hombres. El crecido número de iglesias que hay en ella recuerda su antigua grandeza. No todas, sin embargo, son notables; las principales son San Lorenzo y San Sebald; pero hay otra construída en el siglo XIV, que también merece ser citada, y es la que se halla dedicada á Nuestra Señora,

que se eleva en la plaza del mercado. Los planos fueron levantados, y se comenzó la construcción, bajo el reinado del emperador Carlos IV, por los hermanos Schouhafer, dos ilustres artistas de Nuremberg. Tiene la forma cuadrada de las primeras iglesias que construyeron los griegos sobre el modelo de los templos paganos. Solo á fines del siglo XV se adoptó la ogiva, y entonces también se añadió la preciosa

torrecilla que se levanta en lo alto del frontispicio. Adán Kraft, el autor de esta torre, adornó de esculturas todo lo demás del monumento, tanto por dentro como por fuera, habiéndolo cortado y cincelado en varios parages muchos relieves del mejor gusto.

En su conjunto, la Iglesia de Nuestra Señora de Nuremberg es un edificio semi-gótico y semi-griego, y uno de los más bonitos monumentos de una ciudad en que abundan las obras originales.

#### VISIONES DE LA NOCHE EN LOS CAMPOS.

por JORGE SAND.

Siempre he dicho verdad, y en esto no miento, dice Jorge Sand comenzando la narración que sigue.

En distintas ocasiones y en horas diferentes de la noche, he recorrido el campo solo ó acompañado de cobardes, y excepto alguno que otro meteco inofensivo, ó añoso artefacto, no he logrado jamás hallar un objeto fantástico digno de atención.

Esto no obstante, continúa, diciendo de los que sostienen que las supersticiones rústicas son mentira, imbecilidad y efectos del miedo: en mi opinión deben denominarse ilusiones ópticas ó fenómenos estereos ó incomprensibles, pues no creo en hechicerías ni ensalmos. Los cuentos de brujas y las fantásticas apariciones atribuidas á los imaginarios prodigios de la noche, forman el poema casero de las preocupaciones campesinas.

Y si no, ¿caben por ventura aberraciones en el modo de obrar de los sentidos? ¿á qué razones filosóficas están sometidas? — Todo su fundamento consiste en que se han tenido por ciertas y constantes; en otro concepto es enteramente falso sostener que aquellas son obra del miedo, lo cual podrá concederse en ciertas pero raras ocasiones. Hechiceros hay de sangre fría con un valor natural muy reconocido y rodeados de circunstancias que no agitan al paracer, su espíritu; hombres también esclarecidos, sabios ilustres que han experimentado apariciones sin haber sufrido alteración su juicio ni perturbábase su salud.

Mucho se ha escrito sobre este asunto, pero es lo más notable el tratado del doctor Briere de Boismon, analizando las causas del alumbramiento: Solo hará una observación útil en estos trabajos serios, á fin de demostrar que más propensa es la gente del campo á las ilusiones que las personas cultas. A no dudarlo, la ignorancia y la superstición conducen á considerar como efectos sobrenaturales las simples aberraciones de los sentidos, no siendo otra su causa productora que la imaginación, según queda indicado; ella no hace más que esplicarlas.

Dírase que la primera educación, los cuentos de viejas, las horribles relaciones de las nebrizas y de las alcaules preparan el ánimo de los niños y aun el de los adultos para fenómeno semejante. Ya lo veo: también se dirá que las nociones elementales de física y algo de burra volterriana pueden purgar fácilmente los campos de esas preocupaciones: esto es menos cierto. El aspecto continuo de aquellos, el aire que allí se respira, los variados cuadros que la naturaleza ofrece á nuestros ojos, y que sufren modificaciones instantáneas en la sucesión de las alteraciones atmosféricas, son para el rústico condiciones especiales de su existencia intelectual y fisiológica. Estas le hacen un ser más primitivo si puede ser, más normal, más apegado al suelo y confun-

diado con los elementos de la creación, que los que por la cultura de la mente nos encontramos, digámonos así, más apartados del sol y de la tierra, llevando una vida facticia, encerrados en el interior de bien aparejadas habitaciones. En las chozas, en las cabañas, el salvaje vive entre nubes, relámpagos y viento que rodean y penetran sus frágiles moradas. Hay pescadores en el Adriático que no conocen el abrigo del techo, pues duermen en su baje cubiertos con una estera, la faz bañada por la claridad de las estrellas, acariciada la barba por la brisa y mecidos incesantemente por las olas. Muchos buhoneros bohemos, tratantes en bestias duermen siempre al aire libre como los indios de la América del Norte. La sangre de estos hombres circula ciertamente de distinto modo que en nosotros, sus nervios tienen diferente equilibrio, otro curso sus pensamientos, sus sensaciones se producen de diversa manera. Pregúnteseles, y ni uno habrá que no haya visto prodigios, apariciones estrafalinas, é inexplicables escenas de noche: entre ellos los hay valientes y muy racionales, pero que no son de los menos alucinados. Medítense las precedentes observaciones y por una multitud de hechos curiosos tendremos que el alumbramiento es compatible con el pleno ejercicio de la razón.

Este es un estado fatal del cerebro, sin embargo de presentarse la causa física ó moral de las perturbaciones espirituales ó corporales, aunque á veces obra de un modo inesperado y misterioso á punto de sorprender los espíritus más firmes.

En los aldeanos suele originarse aquella, al parecer por una ley regular de su organización, y les afecta de otra manera que á nosotros. En cuanto á nosotros, solo experimentamos terror cuando á virtud de la pesadilla ó la fiebre perdemos el conocimiento. Entonces queremos atribuirlo al sueño ó cosa semejante: pero nos hace impresión el no poder sustraernos de ese estado con un solo esfuerzo de la voluntad. Gente ha habido cuyo juicio ha vacilado dudando de su existencia; los campesinos nunca sienten esta congoja; creen haber visto objetos reales á que tienen sumo miedo; pero no afectándose la conciencia, se hace ciertamente menos peligrosa la fascinación en aquellos que en nosotros. No es ella pues el móvil único de mi inclinación á admitir hasta cierto punto las visiones de la noche: creo que existe porción de pequeños fenómenos nocturnos, esplosiones ó incandescencias gaseosas, condensaciones vaporíferas, ruidos subterráneos, espectros celestes, leves aerolitos, hábitos caprichosos inobscuros, movimientos aparentes de animales; mil cosas, afinidades misteriosas ó brucas perturbaciones de las costumbres de la naturaleza que casualmente observan los sabios, y que los rústicos en su perpetuo contacto con los elementos, señalan á cada instante sin poder esplicarlas.

¿Qué juzgarémos, pues, de lo que se refiere de los lobos heros? — Este es el vestigio de semejante creencia entre los licántropos. En Berry, donde las fábulas con que se entretienen los muchachos no son tan portentosas ni terribles como las que saben nuestras abuelas, no recuerdo se me haya hablado ni una sola vez de aquellos *hombres-lobos* que tanto admiraban en la antigüedad y en los tiempos medios. Sin embargo, se hace uso allí todavía de la palabra *garou* sin que se signifique, pero se ha perdido ya el sentido genuino de la expresión. No son los cazadores de lobos los que acunaban esas bandas de hechiceros que se transformarían en tales fieras para devorar los niños vivos; son antiguos leñadores á quienes se considera sabios ó malignos

guarda-cazas que poseen el secreto de encantar, subyugar, amansar y conducir ó quiera los lobos efectivos. Bastantes personas he conocido, dice el autor, que al salir la luna han encontrado en la cruz de cuatro caminos, uno de esos ensalmadores enteramente solo y marchando presurosamente seguido de mas de 30 de los indicados animales feroces; ¡30 lobos!!!. Dos sujetos, testigos presenciales del caso, me han referido haber visto cierta noche pasar por el bosque una grande manada de aquellos. Apoderándose de ellos el terror, se subieron á un árbol para preservarse de una invasión, y desde allí notaron que todos se detinían á la puerta de una cabaña de un leñador reputado por hechicero en la comarca, la cercaron y á sus espantosos abullidos salió, habiéndose paseado entre ellos y se dispersaron sin hacerle daño.

Esta historia es de un palureto y no extraña su ignorancia; pero lo que no se concibe es que personas ricas, bien educadas y de criterio, viviendo cerca de un monte donde se divertían frecuentemente cazando, me hayan jurado por su honor haber presenciado un hecho semejante con sus propios ojos. Un viejo, guarda de monte de oficio, se fijó cierta ocasión en una encrucijada, haciendo caprichosos ademanes, á cuya señal acudieron trece lobos, de los cuales el más enorme fue á lamerle la mano derecha y le acarició. Silbando á los demás, á guisa de perros, se lanzó luego con tan grata compañía á la espesura del bosque. Los narrantes de esta historia no se atrevieron á seguirle y se retiraron tan sorprendidos como asustados. — ¿Si serían entonces presa de una alucinación? — Cuando esta afecta al mismo tiempo á muchos, lo que puede ocurrir con facilidad, adquiere un carácter inexplicable, lo conozco. Se supone cierto lo que es un engaño, y entonces suele denominarse *alucinación contagiosa*: mas de qué sirve saber el nombre si no conocemos la causa? — ¿Cómo está simultánea en una considerable masa de individuos reunidos esa disposición de nervios y de la circulación de la sangre para oír ó ver objetos quiméricos? — Lo ignora.

Peró ¿porqué no ha de admitirse que el que vive en el seno de las malezas, que tiene á toda hora proporción de estudiar las costumbres de los animales salvajes, haya logrado por fortuna ó por cierto género de inducción, el medio de sujetarlos y hacerse amar de ellos? Diré mas: ¿No será posible que en esas personas exista un fluido simpático á determinadas especies de irracionales? — En nuestros días hemos visto domadores de fieras en jaula tan hábiles é inteligentes que no parece inverosímil admitir el dominio de algunos hombres sobre los animales salvajes en libertad.

Y ¿por qué ocultar ese secreto sin provecho mas que el ostentar su poder? ¿Por que el hombre *soez*, en quien reside una causa natural y un efecto de la misma índole, no cree que obedezca á las leyes de la naturaleza? Preséntesele una medicina, probándole sencillamente su eficacia, y desconfiará; pero árguese á aquella un término incomprensible al administrarla y tendrá fe. Conhíese el secreto de sanar el constipado ó el reumático con la raíz de malvavisco, y aconsejélese la necesidad de aplicarle, haciendo tres signos cabalísticos ó poniendo un vaso boca á bajo, y se conceptuará hechicero en lo respectivo á ese remedio. Currará á todo si que se ofrezca, mas bien por su fe que por la medicina, pero se reservará cuidadosamente el nombre de la planta vulgar que produjo el milagro; hará de esto un misterio, el misterio es un atractivo.

No hablaré de lo que genéricamente se denomina *secreto*, pues haría una digresion que llevaría á otro terreno este

asunto; me limitare á exponer que hay para toda su secreto, que todos los rústicos de gravedad y experiencia poseen el secreto de cualquiera cosa; son por lo tanto hechiceros y ellos mismos se lo creen. Saben cómo se han de tener buenas leyes y cómo engañar las vicies de los mejores ganaderos. Conocen un remedio para que la lana abunde; otro para que los alfareros puedan precaver que se desfonden las ollas; el más á propósito para que los curas encanten las campañas contra el granizo. Saben curar el mal de vientre, las torceduras de los pies y toda clase de heridas. Obra en ellos cierta virtud para atraer la caza; poseen la habilidad de influir en el fuego y contener el incendio con ciertas palabras y ademanes, así como tambien dominan el agua de donde estruen los cadáveres de los ahogados ó impiden la inundación, y no sé qué mas secretos hay para las plagas y enfermedades de los hombres y de los animales. Estos pasan de padres á hijos, ó se transmiten á peso de plata, pero jamás se desculan gratuitamente á nadie: el secreto de los loberos está en idéntico caso.

La cacería fantástica es una de las escenas nocturnas muy admiradas, y tiene tantos nombres como pueblos hay en el universo. Entre los franceses se le conoce con el de *chasse à bruxes* (caza de asnos), y se aplica al ruido repugnante, y grueso de un insoportable tropel de burros que rebusan. Cada cual se le presenta como le parece, mas según los aldeanos es una cosa que no se escucha ni ve, es una ilusión, un fenómeno acústico. Se me ha figurado oír algunas veces, y lo describiré de la manera más vulgar. En los últimos días de otoño, cuando los grandes bucanes diseminan las bandas de pájaros viajeros, se oye de noche un inmenso clamor melancólico y angustioso de grullas y ucas salvajes. Los patanes que se consideran crédulos y poco observadores no sufren engaño en esto, pues bien les consta el nombre y conocen el grito de las diversas aves exóticas que se pierden y dispersan en las tinieblas. Sin embargo, finjan allí en su mente una caza asnal. Oyen con frecuencia aquel ruido, y yo que largo tiempo he vivido y andado errante como ellos entre ráfagas y nubes, nunca vi tal cacería. Su passage dicen que suele indicarse por la aparición de dos lunas, mas yo no he tenido esa suerte; solo he observado la única que todos conocemos.

El toro blanco, el becerro de oro, el dragón, el ansa, la gallina negra, la puerca blanquecina y otros muchos animales quiméricos, guardan, como es sabido, los tesoros enterrados. En la noche de Navidad, al punto de cantarse la misa, pierden su poder estos guardianes infernales, hasta el último toque de campana amonacido que concluyen los divinos oficios. Esta es la única época del año en que se hace más posible el hallazgo de un tesoro; pero es preciso saber dónde está, aprovechando tan corto tiempo para escavar y apoderarse de él. Si al *ite missa* etc se sorprendiese á uno cualquiera, adios dicha, adios esperanza.

Esta tradición es universal, no hay ruinas de palacios, monumentos, ó de monumentos célticos que no encubran tesoros y todos están custodiados por alimaña diabólica. M. Jules Gamou, en su célebre tratado de cuentos meridionales, ha traducido la graciosa y poética aparición de la Cebra de Oro guardiana de las riquezas escondidas en el seno de la tierra. En nuestros climas menos risueños, y alrededor de las crestas que coronan las áridas colinas de la Mancha hay un luey blanco, un becerro de oro ó una vacuila de plata, que hacen desvariar á personas codiciosas.

En los valles sombríos, donde existen estensas lanturas fértiles, un animal indefinible se pasea de noche en épocas



Indeterminadas, persigue los bueyes que están paciendo, anda vagando á las inmolaciones de las alquerías y pone á los labriegos en cuidadosa inquietud. Ládranle los perros y luyen al aproximarse, y las balas no penetran su piel. Esta aparición y el terror que inspira aun no se ha perdido. Los colonos de las haciendas, los criados creen y aseguran haber visto en aquellos parajes la *gran bestia*, que así se le nombra por tradición, la cual tan pronto se aparece de la alzada y forma de un tejon, tan pronto figurando un pterio de la altura de un buey enorme, tan pronto bajo el aspecto de una galga blanca de la magnitud del caballo, tan pronto en fin, como una liebre. Los menos ilusos no le atribuyen poder fantástico, contentándose solo con decir que pertenece á una especie desconocida. Mientras tanto esa bestia se muestra, por efecto de la alucinación ó por que influye el vapor flotante y condensado. Gentes muy varices y racionales la han visto en virtud de cualquiera de dichas causas. Contra estas razones podrá insistirse manifestando que los perros han participado de la misma visión, conformes: ¿qué motivos hay para negar que habrán sido también alucinados? ¿Por qué no? ¿Son acaso ladrones que se introducen con aquel disfraz? La bestia jamás ha perpetrado robos; ¿serán malvados chistosos? Tantos son y tan ciertos los disparos de escopeta que se le han hecho á pesar del miedo que alteraba las pulsaciones, que desde luego debiera haberse herido sino muerto el soñado fantasma. Por fin, si este género de apariciones no es resultado de la ilusión, no hay duda que lo parece. Durante quince ó veinte noches, los veinte ó treinta habitantes de una cortijada la vieron é ininterrumpidamente. Esto trascendió á otros labradores, de ellos se transmitió á otros muchos, siendo el tema de todas las conversaciones.

Todavía es mas espantosa la siguiente aparición nocturna. En las charcas estancadas, donde se crían inmensos brezos como sucede en el nacimiento de las fuentes sombrías y en los caminos no transitados y húmedos, ó bajo las copas de envejecidos sauces, se oye á medianoche el trágico de las lavanderas. En varias provincias creen que abocan la flor y atraen la borrasca, haciendo levantar hasta las nubes con su agilidad el agua de las fuentes y marjales. En Francia es peor el agüero: baten y fueren un objeto como lienzo, pero aproximándose se truecan en momias de niños. Se necesita gran precaución para observarlas y no tocarlas, pues de lo contrario se espone cualquier curioso á crecer seis pies con musculas proporcionadas.

Diferentes veces se han sentido ese batir y torcer fantásticos y resonar con el silencio de la noche cerca de las balsas desiertas. Aquí está el engaño, pues consiste todo en una clase de ranas que producen ese ruido formidable. Triste es en verdad hacer tan pueril descubrimiento después de inventar el tiempo esperando la aparición de las horribles hechiceras torciendo sus inmundos andrógos en la bruma de las noches de noviembre á las primeras claridades de una creciente reflectada por las aguas. Un amigo mio, añade el autor, hombre de mas gracia que talento, dolo confesarlo, dado á las bebidas, muy valiente tratándose de cosas reales, encontró dos veces las lavanderas sin haber referido de ellas otra cosa que la mucha emoción que le causaron. Una noche cerca de las once y media observó una barquilla encantada que corría, digámoslo así, serpenteando y brincando hacia el flanco ondulado del barranco de Ormons, y al borde de una fuente una vieja que batía y torcía trapos en silencio. Como nada vio sobrenatural, se determinó á hablarle de este modo. — «Anciana, cómo lavas tan tar-

de! — No obtuvo contestación: creyóla sorda y se acercó. La luna brillaba y la fuente estaba tan clara como un espejo: distinguió perfectamente las facciones de la vieja, que desconoció, y partió asombrado, porque en su vida de agricultor, cazador y corredor de campaña, trataba á todos los que la poblaban en algunas leguas de distancia. He aquí el relato que hizo de las impresiones que le motivaron la presencia de la lavandera tan singularmente vigilante. «No pensaba en semejante tradición; no creía el cuento de las lavanderas. Pero eso no senti desconfianza, pero desde que me aproximé á la bruja, su taciturnidad, su indiferencia, le dieron el carácter de un ente absolutamente extraño á nosotros. Si la vejez la privaba del oído y de la vista, ¿cómo estaba tan robusta y dispuesta para venir de lejanas tierras enteramente sola, á lavar á deshora en esa fuente congelada, donde prestaba tan fuerte y activo trabajo? Lo que me admiró mucho mas fue que volviendo en mí mismo no esperé miedo, y si tan solo una repugnancia, un disgusto invencible. Pasé el camino sin que aquella mujer alzara la cabeza: cuando llegué á casa me acordé de las vecinas brujas y me sobrecogió el terror; convenguó francamente en que nadie en este mundo me hubiera hecho ver á semejante sitio.»

En otra ocasión, viniendo él mismo amigo de Linieres, donde aseguraba no haber comido ni bebido, circunstancia que no garantiza, pasaba á las dos de la mañana cerca de los estanques de Thevet; iba á caballo seguido de su perro y fatigado aquel con la marcha echó pie á tierra en una cuesta, encontrando á orillas del camino y próximas á una fosa, tres mugeres que sin hablar palabra estaban batiendo, lavando y torciendo con indecible actividad. Unísele el perro repentinamente sin ladrar, pasó al lado de ellas sin fijar demasiado la atención y á los pocos pasos oyó detras pisadas advirtiéndole que la luna dibujaba á sus pies una sombra prolongada. Volvióse y notó que le seguía una de dichas mugeres, y que las dos restantes caminaban como para alijarlo. — «Bien pensé entónces en las lavanderas, — dijo él, — pero no esperé tanta mas emoción que la primera vez. Estas mugeres tenían desmesurada estatura y proporciones.

El aspecto y andar de que me siguió era de hombre, y no dudé un instante que pudieran ser mal intencionados chismosos del pueblo con quienes me disponía á retirar. Una buena vara era mi arma ofensiva y defensiva: volvíme á ellas y les dije enfadado: — ¿qué queréis? — No merecí respuesta, y viendo que no me acobantaba, lleno de cólera corrí á tomar el caballo que se había adelantado y monté. Nada me hablaron, y su silencio aumentaba provocación á contienda. Tenía mi garrote siempre pronto á romperles una quijada al menor gesto. Así marchaba á caballo con mi coharde pero que no chistaba y que saltó al arzon de la silla. Aunque sentí allí mismo otros pasos, continué mi ruta y observé que á mi costado caminaba tambien otra sombra. Volví el rostro y á nadie vi, pero como á los treinta pasos en circunferencia al sitio donde encontré las mencionadas lavanderas, distingui las tres dábans saltando, bailando y brincando como locas en el anverso de la fosa.»

He narrado esta historia por lo que valga; se me ha referido de buena fe y es la regalo: consignada en el catalogo de alucinamientos.

Concluiré el artículo de hoy con la leyenda del olmo Rateau, árbol magnífico, que se cree existía ya grande y robusto en la época de Carlos VII. Un olmo no tiene de lejos muy notable apariencia; y se asemeja bastante su ramaje á un rastrollo de quien toma el nombre; pero esto no es mas que la coincidencia fortuita con la lectura tradicional que lo

ha bautizado. Impone su largo y delgado tronco surcado por el rayo y plateado como un monumento en la vasta enrejada de caminos comunales. Estos, alargados como praderas, tundidos por los retoños del proletario, estan cubiertos de una yerba corta entre la cual crecen libremente la zarza y el cardo. La llanura se desdobra á una inmensa distancia nebulosa, triste y sombría, á pesar de su fertilidad. Una cruz de madera se enarbolaba sobre un pedestal de piedra, único vestigio de cuatro antiquísimas estatuas que desaparecieron en la revolución del 93. Esta decoración en un paraje no frecuentado testifica un respeto tradicional, y los moradores de aquellos contornos tienen formada tal opinión del árbol, que pretenden no ser posible cortarlo por hallarse debajo de sus raíces la carta de Casini. Este camino abandonado actualmente por los peones, y que en raras intervalos atraviesa la caballería del molinero ó algun gendarme fué en otro tiempo una de las principales vias de comunicación de la Francia central. Todavía se le llama camino de los ingleses.

Estos pormenores no estan apuntados en la historia, pero la tradición los conserva. Entre tanto he aquí la linda leyenda del olmo Rateau, en verdad apreciable, no obstante la indole de los animales que juegan en sus páginas.

Un joven mozo guardaba una manada de puercos al redor de un árbol. Miraba á la parte de la Chatre, cuando vio acudir un pie de ejército que devastaba los campos, prendía fuego á las cabañas y que se llevaba las mugeres. Eran los ingleses que descendían de la Marche sobre Berry, con objeto de asolar el pueblo de Saint-Chartier. El porquero alzó el ganado, paróse á cierta distancia, y logró presenciar el paso del enemigo como un huracán. Cuando volvió al olmo, el miedo que concibiera le causó suma cólera contra el extranjero y contra el mismo. «¿Porqué, — exclamó, — nos dejamos destruir así sin procurar defendernos? ¿Somos muy cobardes! decidíose á partir, y arrojándose ante la efigie de San Antonio que era una de las cuatro insinuadas. — «Buen santo, — le dijo, — es preciso que yo salga al encuentro de esos malvados ingleses y no tengo suficiente tiempo para encerrar los animales. Tomad mi látigo, santo mio, y guardad los cerdos tres dias con sus puercos; os recomiendo su custodia. Subióse en el pedestal, puso el látigo en mano de la efigie, y dejándose las albarcas corrió presuroso á Saint-Chartier, donde en el plazo citado hizo prodigios contra los anglicanos en union con otros jóvenes y auxiliados por tropa francesa. Perseguido el enemigo, tornóse á su plaza, contó los puercos y no falló ninguno de cuantos había dejado. Tomó nuevamente posesion de su centro rustico, dió gracias al santo puesto de rodillas y contento con haber al menos dado un golpe de mano á la obra de la independencia, continuó guardando sus cerdos.

Otra tradición mas confusa y menos benigna se atribuye á tan insignie árbol. Unos niños atacados de verligo tuvieron la horrible idea de jugar su vida á los tejos, enterrando vivo al que perdiera debajo de la piedra de San Antonio. Pero la tradición mas comun es la siguiente: Un caballero iba y volvía incesantemente á aquel sitio, donde daba algunos paseos de noche. Sin duda debió conocer allí por vez primera el mundo; todos preguntaban quien era y nadie lo sabia. Era negra su vestidura y tenia de año 20 años. Este caballero sigue la moda, pues se le ha visto en el último siglo con traje oscuro completo, calzon corto, zapatos con lazos, la espada al lato y de pie cerca del directorio. Se le han notado orejas de perro y larga corbata. En el dia viste como nosotros y lleva un gran olmo en la espalda;

acochando á la gente ó caballerías que tocan su sombra para atarías de las piernas. Por lo demas debe ser hombre malo, y no se da á conocer sino á los que están en el secreto.

Quien no lo crea que vaya á verlo. Nosotros estuvimos allí precisamente á salir la luna, lo llamamos con todos los nombres posibles y apellidándole políticamente «caballero», mas no acertamos con el nombre que tiene ó con el que le place responder. Admas no gusta de bromas.

Si se aprecian estos cuentos populares y se desea buscar mas detenidamente su origen, léase un libro muy sablo y agradable, obra de una muger, «La Normandía novelesca y maravillosa», por madama Amalia Bosquet, y en ella se hallarán todas las leyendas francesas hasta de las poblaciones mas ínfimas. Allí se aprende la historia de todas las supersticiones humanas, variando solamente en algunos pormenores, segun los pueblos. Esto prueba que la humanidad está todavía en su infancia, y que es muy fuerte y natural la inclinación á lo maravilloso.

### RESIGNACION.

Voy á contar sencillamente una cosa que he visto. Es uno de los recuerdos mas melancólicos de mi vida; uno de los pensamientos en que se absorbe mi alma con una dulce tristeza en sus horas de abatimiento, que exhala una especie de desengaño anticipado de todas las esperanzas del mundo, una especie de abnegación, propia para apaciguar todo cuanto se agita en nosotros infundiendo en el alma una especie de resignacion silenciosa.

Si llegan á leerse estas páginas, no quisiera que las leyesen aquellos que son felices, felices del todo, porque nada hay aquí para ellos, ni invención, ni sucesos. Pero hay razones que han padecido un poco, que se han forjado algunas ilusiones y que son accesibles á una facil tristeza, que oyen y compadecen los males ajenos: á estos me dirijo como todo lo que es verdadero, y tierra como todo lo que es sencillo.

Hay en el Norte, cerca de la frontera belga, una ciudad nada populosa, ignorada y oscura. Sus altas fortificaciones que hacen desaparecer, por decirlo así, las miserables casas que se hallan en el centro, son debidas á las eventualidades de la guerra. La pobre ciudad, estrechada por la muralla, no ha podido desde entónces ver fabricada una sola casa sobre las verdaderas praderas que la rodean. Como su poblacion se aumentaba, ha tenido que disminuir sus plazas y que obstruir sus calles, sacrificando á un tiempo el bienestar, la regularidad y el espacio. De este modo las casas, amontonadas unas sobre otras, y ahogadas por la muralla, no ofrecen á lo lejos sino el aspecto de una grande cárcel.

El clima del Norte de la Francia, sin tener frios estremados, es de una trágica sombría: la humedad, la niebla, las nubes y la nieve oscurecen el cielo y blan la tierra todos los años durante seis meses. El humo negro y espeso del

1 En el primer volumen del *Museo Ultramarino* habrán visto nuestros lectores dos veces el interesante relato de las lavanderas. Ambas son hijas de una pluma cubierta con el velo del anonimato, y ambas respiran un interés tan vivo y tan bien sentido y un sentimiento de vaga tristeza, que contrasta admirablemente con esas ruidosas producciones de la literatura actual que el gusto moderno ha puesto tan á la moda. *Resignacion* concluye esta corta serie de cuentos de este caracter doliente y desconocido.

carbon de piedra que se alza por encima de las habitaciones todas, acaba de entristecer la sombría apariencia de esa ciudad del Norte.

Nunca olvidaré la fría impresión de tristeza que espermenté al atravesar los puentes levadizos por donde se entra en ella. Preguntábame con espanto si había seres que hubiesen nacido y que debiesen morir allí sin conocer otra cosa del resto de la tierra. Y en efecto, había algunos cuyo destino era ese; pero la Providencia que deposita bondades ocultas hasta en las privaciones que impone, ha dado á los habitantes de esta ciudad la necesidad del trabajo y la actividad para adquirir el bienestar que les falta, quitando así á esas pobres criaturas desheredadas el tiempo para mirar si el cielo está corriendo y sin sol. Olvidan lo que no tienen.

Pero yo, al entrar en esa ciudad sombría y abumada, oyo el recuerdo de todos los días claros que había visto en mi vida, y de todas las horas pasadas en libertad con un cielo sobre mi cabeza y ante los ojos un horizonte inmenso. Solo en aquel instante pensé en dar gracias á Dios de lo que hasta entonces había considerado como dones hechos á todos los hombres, á saber: la luz, el aire, y la bóveda celeste.

Diez y ocho meses pasé en esa ciudad, y quizá iba á murmurar ya contra ese cautiverio, cuando he aquí lo que me sucedió.

Para salir por una de las puertas de las fortificaciones, todos los días á la hora del paseo, tenía que bajar una callejuela parecida á una escalera, pues en ella se habían formado como unos escalones para facilitar el tránsito. Atravesando esta estrecha y oscura callejuela repetidas veces durante mucho tiempo, un día, por acaso, se detuvieron mis ojos en una pobre casa, que parecía la única habitada que había en ella. Componíase de un piso bajo con dos ventanas y en medio una puertecilla baja; arrilada no había más que guardillas; sus paredes estaban pintadas de un color ceniciento oscuro y las ventanas tenían mil pequeños vidrios tan verdes como arceses. Era imposible que la luz traspasara ese obstáculo para alumbrar el interior de aquella vivienda, y además, la calle era demasiado estrecha para que la diera el sol en ningún tiempo; en una palabra, reinaba allí una sombra perpetua, y hacia frío en las cuatro estaciones del año. En el invierno cuando se había helado la nieve en los escalones de la callejuela, no se podía dar un paso sin esponerse á caer, y por eso era un camino desierto que quizá nadie más que yo atravesaba diariamente. No me acuerdo de haber encontrado jamás una persona allí, ni de haber visto pájaro ninguno en los grietas de sus paredes.

— Supongo, decía yo para mí, que esta triste casa no está habitada sino por personas que casi han llegado al término de su vida, y cuyo envejecido cuerpo no puede sentir ya las tristezas ni las alegrías. Terrible sería vivir ahí siendo joven todavía!

La casta permanecía silenciosa; ningún ruido salía de ella, ningún movimiento se notaba nunca; estaba sosegada como una tumba y todos los días me preguntaba yo:

— ¿Quién puede vivir de un modo semejante?

Llegó la primavera. La nieve se cambió en humedad, y por fin esta se secó, y algunas verbas nacieron al pie de las paredes. El poco cielo que se descubría desde allí estaba más claro; parecía que aun en aquel pasaje oscuro la primavera echaba caer una sombra de vida. Pero la casta permanecía como antes sin ruido y sin movimiento.

Hacia el mes de junio, iba yo como de costumbre á mi

paseo diario, cuando ví, (y suplico que se me perdone esta frase) con una profunda tristeza, un ramillete de violetas en un vaso de agua en una de las ventanas de la casa.

— Ah! exclamé; ahí vive alguno padeciendo!

Para que gusten las flores es preciso, si no la juventud, al menos el haber conservado algunos recuerdos de ella; y es preciso no hallarse enteramente absorto por la vida material; por último es preciso hallarse dotado de la dulce facultad de no hacer nada sin estar ocioso, es decir de vivir con muchas ilusiones y entre esperanzas y recuerdos. Hay cierta delicadeza de alma en el goce que proporciona el perfume de una flor; es un poco de ideal, un poco de poesía que se desliza en medio de las realidades de la vida del mundo. Cuando encuentro en una persona pobre y laboriosa el gusto por las flores, deduzco de ahí que hay una lucha entre las necesidades de la vida y los instintos del alma; pareceme que sabría hablar, que casi podría conversar con todo el que cultivaba una pobre flor cerca de la pared de su vivienda.

Aquel día el ramito de violetas me entristeció; figuréme que me decía:

— Hay un ser que vive descaído el aire, el sol, y la felicidad; un ser que conoce todo lo que le falta; un ser tan pobre en cuanto á goce, que yo, pobre ramillete de violetas, le causo una grande alegría!

Miré aquellas flores melancólicamente, y hué de preguntarme si la oscuridad y el frío de la callejuela no las ahorrían bien luego, y si no podría llevarseles una ráfaga de aire. Me interesaba tanto en ellas que habría querido conservárselas largo tiempo á la persona á quien las gustaban.

Al otro día volví á pasar por el mismo sitio. Las flores habían envejecido todo un día, y sus pétalos descoloridos se inclinaban ya sobre sí mismos. Sin embargo todavía exhalaban un poco de perfume, y se conocía que habían tenido cuidado de ellas. Al acercarme mas ví que la ventana estaba entreabierta. Un rayo, no diré de sol, sino del resplandor del día penetraba en la casa dejando un rastro luminoso sobre el suelo de la salita, pero á su derecha y á su izquierda la oscuridad era tan profunda, que mis ojos no pudieron distinguir nada.

Al día siguiente pasé también; hacia casi un tiempo de verano; todos los pájaros cantaban, todos los árboles se cubrían de botones, y zumbaban á miles los insectos. Todo brillaba al sol, la vida abundaba por todas partes.

Una de las ventanas de la casta estaba abierta de par en par.

Me acerqué y ví á una mujer sentada haciendo labor; la primera mirada que la dirigí no hizo más que aumentar la tristeza que me había inspirado el aspecto de su morada: me habría sido imposible el decir la edad que tenía; no era muy jóven, ni hermosa; estaba pálida, enferma ó triste, no podía decirlo. Lo cierto es, que sus facciones eran dulces, que aquella ausencia de frescura, podía provenir de alguna pesadumbre, lo mismo que de un número de años; y que aquella palidez, si no hubiese entristecido el corazón, habría podido tener algún encanto, por el contraste que formaba con el negro brillante de sus cabellos. Estaba inclinada sobre su labor, y parecía delgada. Sus manos eran blancas, pero un poco descarnadas y largas. Llevaba un vestido de color oscuro, un delantal negro, un calcetín blanco liso, y el ramito de violetas que había estado dos días á la ventana, medio oculto entre su cuerpo, estaba allí para que no se perdiese nada de sus últimos perfumes.

Alzó los ojos y me saludó, y entonces pude verla mejor.

Era jóven todavía; pero se hallaba tan cerca del instante en que una mujer deja de serlo, que este último adios de la juventud causaba en ella mucha pena. Evidentemente había padecido, pero quizá sin hablar, sin murmurar, acaso sin llorar su pena. En su fisonomía se descubría una mezcla de silenciosa resignación y de sosiego, pero parecía ese sosiego que sucede á la muerte. Supuse que no había debido experimentar ningún sacudimiento, que las fuerzas de su alma se habían ido aniquilando, que ya no estaba quebrantada, sino inclinada, caída, caída á tierra, sin ruido y sin movimiento.

Si, la mirada, la fisonomía y la actitud de aquella mujer decían todo eso. Hay personas que hablan sin mirar, y de quien uno se acuerda siempre, aunque no haya pasado mas que un segundo junto á ellas.

Todos los días la encontraba en el mismo puesto. Me saludaba, y al cabo de algun tiempo añadía una triste y suave sonrisa á su saludo.

He aquí lo que pude entrever de la existencia de aquella mujer que veía constantemente sentada junto á la ventana.

El domingo no trabajaba, y creí que salía ese día, porque todos los lunes habla en la ventana un ramillete de violetas, que se ajaba en los días siguientes, sin que fuese reemplazado hasta el fin de la semana.

Me figuré también que era pobre, y que trabajaba en secreto para ganar su vida, porque bordaba unas muselinas ricas y hermosísimas, y siempre la veía vestida con una sencillez suma. Por último no estaba sola en la casta, pues un día una voz imperiosa exclamó: «Ursula!» y ella se levantó con presteza. Sin embargo, esa voz no parecía de un amo, y Ursula no había obedecido como obedecen las criadas; había habido yo no sé qué buena voluntad de corazón en la precipitación con que se levantó, y sin embargo en la voz no había habido ninguna expresión de aserto. Me figuré que acaso Ursula no podía el cariño de aquellos con quienes vivía, y que acaso la trataban con aspereza.

El tiempo transcurría, y cada día me iba iniciando más y mas en la existencia de la pobre Ursula. Sin embargo, para adivinar sus secretos, no tenía otro medio que el pasar una vez cada día por delante de su ventana abierta.

Ya he dicho que se sonreía al mirarme; á poco tiempo, una vez mientras me pasaba, me puse á cojer algunas flores, y despues una mañana, timidamente y con algo de embarazo, las dejé en la ventana de Ursula. Esta se sonreó, y se sonrió con mas dulzura que de costumbre. Desde entonces tuvo Ursula un nuevo ramillete cada día; y poco á poco mezclé algunas flores de mi jardín con las flores de los campos. Pasado algun tiempo hubo tiempos de flores en la ventana, lo que fué una primavera, un estío para la casta solitaria.

Sucedió que al entrar en la ciudad una tarde, principié á caer una lluvia de tempestad cuando pasaba yo por la callejuela. Ursula salió á la puerta de su morada, la abrió, me tomó por la mano, me hizo entrar, y cuando nos hallamos en el corredor que precedía al cuarto donde ella estaba ordinariamente, la pobre mujer se apoderó de mis dos manos, y con una mirada casi húmeda de lágrimas, me dijo:

— Gracias!

Era la primera vez que nos hablabamos.

El cuarto en donde trabajaba Ursula parecia ser la sala principal de la casa; los ladrillos helaban los piés, y todo el adorno consistía en dos sillas de paja y en dos antiguas consolas que había á las estremidades. Esta pieza larga, estrecha, y sin otra luz que la que entraba por la ventanita que daba á la calle, era húmeda, fría y oscura.

Ah! Ursula tenía mucha razon en sentarse junto á la ventana para respirar un poco de aire. Entonces comprendí la palidez de la infortunada; no había perdido la frescura, porque esta no había existido nunca: era endeble como las plantas que nacen en la sombra.

En un ángulo oscuro de la sala ví á dos personas que hasta entonces no había podido distinguir por la oscuridad que allí reinaba, sentadas en dos sillones mas cómodos que las sillas de paja: eran un anciano y una mujer casi de la misma edad. La mujer estaba haciendo media, sin ver lo que hacía, pues era ciega; el anciano no hacía nada, y miraba á la pared de enfrente con unos ojos fijos en los que no se distinguía ninguna chispa de inteligencia. Ay! había pasado los límites ordinarios de la vida, y solo su cuerpo estaba en pie; era imposible mirar á aquel pobre anciano sin conocer que había vuelto á caer en la infancia. Diríase que cuando la vida se prolonga, el alma, como irritada de su largo cautiverio, trata de libertarse de su cárcel, y que en sus esfuerzos rompe los lazos en que se fundaba la antigua armonía; está impaciente en su morada; no ha salido de ella todavía, pero no se halla ya en el puesto debido.

Esto era lo que ocultaba la casta oscura, silenciosa y solitaria. Una mujer ciega, un anciano imbecil, y una pobre jóven gastada antes de tiempo, porque había pasado su juventud en un estado de opresión continua, entre la decrepitud que la rodeaba y las paredes donde estaba cautiva.

Y esto no hubiera sido si el cielo hubiese dado á Ursula una inteligencia limitada, si la hubiese hecho una mujer casera, activa, absorta en el trabajo cotidiano, contenta con sus fatigas, agitada por las pequeñas cosas, y hablando para no decir nada; pero, por el contrario, había sumergido en el divido en aquella casa, á una joven melancólica, visionaria, exaltada, que desde su oscuro rincón sabía adivinar la vida; que entreveía sus felicidades, y que hasta sus mismas tristezas codiciaba; había hecho de su alma un instrumento cuyas cuerdas todas habrían podido producir sonidos deliciosos para condenarle á un silencio eterno.

(Se concluirá.)

## EL PEGASO BAJO EL YUGO.

POESÍA DE SCHILLER, ILUSTRADA POR RETSCH.

Un día un pobre poeta necesitado puso en venta el alazán de las Musas en la feria de los caballos, quizá en Heymark, donde se trafica con otros varios artillos.

El hijopíetro pifaflo y se enarbitaba altanero y soberbio. Qué hermoso animal! qué afazan tan valiente! Lastima es que esas feas alas estropeen su magnífica estampa. La raza es rara, decían: pero quién has pensado en andar á caballo por los años? Y nadie quería esponer su dinero. Al cabo un campesino se anima y dice: — Es cierto que sus alas son inútiles, pero se pueden atar y aun disimularse, y entonces podremos hacer de él un caballo de tiro. Voy á ofrecer veinte libras. «El poeta muy satisfecho, le responde: «Está hecho el trato.» Y el campesino se marcha con su compra.

El noble caballo entra en el tiro; pero en cuanto siente ese peso encima, se lanza con un ardor salvaje, y en su cólera arroja el carro al borde del abismo. Está bien, dice el campesino; este animal fogoso no volverá á llevar mi carro; mucho vale la experiencia. Mañana, tengo que llevar á unos viajeros, le pondré á la cabeza del convoy; me hará el oficio de dos caballos, y los años le calmarán un poco.

(Se concluirá.)



(El Pegaso)



bajo el yugo.)

T.III. — PARIS. — IMP. BLONDEAU.

## RESIGNACION

(Véase la pág. 165.)

Ay! la suerte de Ursula era aun más triste de lo que yo me había figurado en un principio, cuando al ver su palidez y su abatimiento supuse que era víctima de alguna pesadumbre acerba; no había nada en su vida... nada!

Había visto como el tiempo se llevaba día por día su juventud, su belleza, sus esperanzas, su existencia; y nada; siempre nada: el silencio y el olvido!

Fui á ver á Ursula á menudo, y un día que estaba sentada á su lado junto á su ventana me contó su vida, poco más ó menos en los términos siguientes:

—He nacido en esta casa de donde no he salido nunca; pero mi familia no es de aquí; somos forasteros, sin relaciones y sin amigos. Mis padres se casaron cuando estaban en una edad avanzada; nunca los he visto jóvenes. Mi madre siempre fue elegante, y esta desgracia ennegreció su carácter; así la casa materna, fué siempre bien adusta; no me acuerdo haber estado nunca. Nunca ha sido feliz aquí; mi infancia fué silenciosa; jamás me permitieron hacer el más ligero ruido. Las caricias también han sido raras; mis padres me querían bastante, pero nunca llegaron á decirme lo que sentían; yo juzgando su corazón por el mío, les amé siempre, y supuse que ellos también me amaban. Sin embargo, hubo un tiempo en que mi vida no fué tan triste como lo es hoy; tuve una hermana...

Los ojos de Ursula se mojaron de lágrimas, pero estas lágrimas no corrieron; estaban acostumbradas á permanecer ocultas en el corazón de la infortunada; al cabo de un instante continuó:

—Tenía una hermana mayor que yo, un poco silenciosa como mi madre, pero era compasiva, benevola y afectuosa conmigo. Mucho nos queríamos... entre las dos cuidábamos de nuestros padres. Nunca hemos tenido el placer de pasearnos juntas en el bosque, y árriba en la colina.

Una de nosotras permanecía siempre en casa para cuidar á nuestro anciano padre; pero la que salía trataba siempre algunas ramas de ajonjolote, cojidas en los cercados, y hablaba á su hermana del sol, de los árboles y del aire. La otra creía también haber salido, y por la noche trabajábamos juntas á la luz de la lámpara. No podíamos conversar porque nuestros padres se dormían á nuestro lado, pero al menos al levantar los ojos, cada una de nosotras hallaba en el rostro de la otra una dulce sonrisa; después subíamos á acostarnos al mismo cuarto, y no nos dormíamos hasta que una voz amiga decía repetidas veces: «Buenas noches, duerme bien, hermana mía!»

Dios habría debido dejarnos juntas, no es verdad?... Sin embargo, no me quejo: Marta debe ser muy dichosa allá arriba!

No sé si fué la falta de aire ó de ejercicio, ó bien la falta de felicidad lo que le dió á Marta los primeros gérmenes de su enfermedad, pero la vi debilitarse, y padecer mucho. Ay! yo sola me apesadumbraba; mi madre no la veía, y Marta no se quejaba nunca. Mi padre principiaba á caer entonces en la insensibilidad en que le veis hoy: hasta pasado mucho tiempo no pude decidir á mi hermana á que la viera un médico.

Peró ya era tarde; se empeoró, hasta que fué al sepulcro. La viósera de su muerte me mandó que me sentara á su cabecera, tomó una de mis manos entre sus manos trémulas, y me dijo:

—Adios, mi pobre Ursula! Eres todo lo que siento en la tierra. Ten valor; cuida mucho á nuestro padre; á nuestra pobre madre; ambos son buenos, Ursula, y nos aman aunque no nos lo dicen á menudo. Ten también cuidado de ti misma, por ellos; porque tú debes vivir mientras estén en este mundo. Adios, hermana mía; no lores demasiado; ruega á Dios con frecuencia... y hasta mas ver, Ursula!

Tres días después se llevaban de aquí á Marta en su féretro, quedándome yo sola con mis padres.

Cuando le dije á mi madre la muerte de mi hermana, soló un agudo grito, dió algunos pasos al acaso por el cuarto, y por fin cayó de rodillas. Entonces me acerqué á ella; la levanté y la volví á sentar en su sillón. Desde entonces no ha vuelto á gritar ni á llorar; únicamente está mas silenciosa cada día, y veo su rostro entre sus manos con mas frecuencia.

No tengo casi nada que contaros. Mi padre se volvió enteramente como un niño, y perdimos un poco de la pequeña fortuna que poseíamos. Quise que mis padres no notasen esta pérdida, y el engañarlos era fácil, porque mi madre no ve, y mi padre no entiende. Písenme á trabajar vendiendo secretamente mis bordados. No he vuelto á hablar con nadie, desde que mi hermana ha muerto. Me gusta mucho la lectura, y no puedo leer porque tengo que trabajar continuamente; y por fin no salgo á tomar el aire mas que el domingo, y no voy nunca lejos porque siempre voy sola.

Hace algunos años, cuando era joven pasó muchas horas haciendo castillos en el aire, junto á esta ventana mirando al cielo. Poblaba mi soledad de mi quimeras, que abreviaban lo largo de los días. Ahora, una especie de entorpecimiento pesa en mis ideas; mis ilusiones se desvanecieron completamente.

En tanto que mi joven y no mal parecida como decían, conté con que el acaso vendría á cambiar mi destino. Ahora tengo veintinueve años; y la tristeza mas bien que la edad ha ajado mi fisonomía. Todo se acabó ya, nada espero, sino conformar aquí mis días solitarios.

No creáis que me haya resignado desde luego á sobrellevar este amargo destino. No, había días en que mi corazón se llenaba de amargura viendo que envejece sin amor ninguno. No ser amada, puede suceder; pero no amar, esto conviene con la vida. Debo decirlo? Llegó á murmurar contra la Providencia; fui muy culpable, lo confieso.

Peró ese tumulto interior pasó también pronto como mis esperanzas. Pienso en las dulces palabras de Marta: «Hasta mas ver, hermana mía» y de este modo no queda en mí sino una pasiva resignación, una humilde abnegación de mí misma. Y vos, sois mas dichosa?

No respondí á la pregunta de Ursula; hablar de felicidad delante de ella, habría sido lo mismo que hablar de un amigo ingrato delante de aquellos que él ha olvidado.

Por una hermosa mañana de otoño, algunos meses después de esta conversación, salía yo de mi casa en dirección á la de Ursula, cuando un joven teniente del regimiento que estaba de guarnición en la pequeña ciudad que habitaba, me vino á ver, y hallándome dispuesta á salir, me ofreció su brazo y se dirigió conmigo hacia la callejuela de Ursula. La casualidad me hizo hablar de ella, y del interés que la tenía, y como el joven oficial, á quien llamaré Mauricio de Erval, parecía complacerse en la conversación, andaba mas lentamente. Cuando llegamos á la casa, le conté toda la historia de Ursula. El joven la miró con interés y compasión, la saludó, y se alejó de allí. Ursula, cortada con la presencia de aquella cara nueva, cuando esperaba verme á mi sola, ha-

bia enrojecido. La pobre Ursula me pareció entonces casi bonita, no sé si por aquel instante de animación, ó únicamente por el deseo que tenía de verla tal.

No podría decir cuáles fueron los vagos pensamientos que atravesaron por mi espíritu; miré largo tiempo á Ursula, y después absorta en mis reflexiones, me levanté sin hablarla y la pasé mi mano por los cabellos, bajándolos un poco mas sobre sus mejillas; ademas me quité una cintita de terciopelo negro que llevaba al cuello, se la puse en el suyo, y tomé algunas flores que la prendí á la cintura. Ursula se sonreía suavemente, y su sonrisa me hacía daño como siempre, porque no hay nada tan triste como la sonrisa de las personas desgraciadas, que se sourien por los otros y á la fuerza.

Muchos días se pasaron antes que yo volviese á ver á Mauricio de Erval, y muchos mas aun, antes de que el acaso me llevara con él hacia la casa de Ursula. Pero en fin, esto sucedió un día que volvíamos de un alegre paseo una porción de personas reunidas. Al entrar en la ciudad cada cual se marchó por su lado, y yo tomé el brazo de Erval y me dirigí á casa de Ursula. Esto era una locura, pero yo experimentaba involuntariamente una viva emoción; sin hablar formaba mi proyectos quiméricos. Parecíame imposible que el joven oficial no adivinase mis ideas; creía, casi me prometía que adivinaba mi turbación interna; pero ay! acaso no era así... Hay tantas cosas que no se dicen sino con la palabra!

Era por la tarde, una de esas hermosas tardes de otoño, en que todo está sosegado y risueño; ni el mas ligero soplo de aire agitaba los árboles, iluminados por los últimos resplandores del sol en el ocaso. Era imposible no dejarse llevar de las ilusiones en presencia de aquella hermosa naturaleza que adormecía á aquella hora todo cuanto vivía en ella, excepto el hombre que velaba con su pensamiento: era uno de esos momentos en que el alma se entenece, en que nos volvemos mejores, y en que nos hallamos dispuestos á llorar, aunque sin motivo ninguno para ello.

Abcí los ojos, y desde el extremo de la callejuela distinguí á Ursula, iluminada por un último rayo de sol que deslizándose por la ventana brillaba sobre su cabeza. Sus cabellos negros tenían un brillo inusitado, y un poco de alegría brilló en sus ojos al mirarme. Su vestido negro que caía formando largos pliegues, no dejaba entrever de toda su persona, mas que el sitio en donde el cinturón señala el talle, que era bastante flexible, y no se hallaba desprovisto de gracia. En el corpiño tenía prendido un ramito de violetas, sus flores favoritas.

Había en la palidez de Ursula, en su vestido negro, en sus tristes flores, y en aquel rayo de luz que la alumbraba, cierta cosa que se armonizaba con la hermosura de la naturaleza de aquella tarde, y con el estado de dulce ilusión en que nosotros nos hallábamos.

—Abí está Ursula, dije á Mauricio de Erval, llamando su atención hacia la ventana baja de su casa. El joven la miró, y siguió andando con los ojos fijos en ella, mirada que certó á la pobre Ursula, tímida aun como á los quince años, de modo que cuando llegamos junto á ella, su fisonomía estaba animada con los mas bellos colores. Mauricio de Erval se detuvo, cambió algunas palabras con nosotras y se retiró al punto; pero desde aquel día, volvió á entrar con mas frecuencia por la callejuela de Ursula, y hasta llegó á saludarla á poco tiempo; por ultimo una vez entró en su casa conmigo.

Hay almas que de tal modo han llegado á perder toda

esperanza, que no pueden comprender el bien cuando se acerca á ellas. Ursula envuelta en su tristeza, y en su profundo abatimiento como en un tupido velo que la ocultaba el mundo exterior, no veía ni interpretaba nada, de modo que permanecía á la vista de Mauricio, como había permanecido á mi lado, absorta y resignada.

En cuanto á Mauricio este no podía discernir claramente lo que pasaba en su corazón. No estaba enamorado, al menos así lo creo yo; pero la compasión que Ursula le inspiraba, le infundía un afecto sincero hacia la pobre abandonada. El alma de aquel joven, algun tanto exaltado, se complacía en la atmósfera de tristeza que reinaba en derredor de Ursula. Iba á su casa, y junto á ella, se ponía á hablar mal de la vida, á blasfemar contra sus felicidades, sin pensar que en ese cambio de reciprocas tristezas, se exhaustaba de aquellas dos almas jóvenes aun, una dulce simpatía, que principiaba á parecerse á esa felicidad cuya existencia negaban.

Por fin algunos meses después, otra tarde que nos paseábamos por un hermoso bosque, á algunos pasos de distancia de los amigos que iban con nosotros, Mauricio me dijo estas palabras:

—Yo creo que la felicidad mas positiva de este mundo es la de hacer dichoso á otro... Sacrificarse por una persona que no ha concedido mas que las amarguras de la vida, es preferible á los destinos mas brillantes. Hacer que renazca un alma que se muere, darle una nueva vida, no es acaso el mas hermoso de todos los sueños?

Yo le miraba con ansiedad, y una lágrima brillaba en mis ojos.

—Sí, continuó, preguntad á Ursula si quiere darme su mano.

Un grito de alegría fué mi respuesta, y al punto me precipité á casa de la pobre joven.

Cuando llegué, Ursula se hallaba sentada y trabajando como de costumbre. La soledad, la ausencia de todo ruido y de todo interés, habían atargado su alma, y esta era una de las primeras bondades de Dios, porque al menos así no padecía. Solo les que la veían se compadecían aun de la inmovilidad de una existencia que no había logrado alcanzar su parte de vida y de juventud. Ursula se sonrió al verme, lo cual era el movimiento mas marcado de aquel alma paralizada. Por mi parte no temi el ocasionar un gran sacudimiento á aquella organización tan dolorida con una repentina comunión de felicidad: quise ver si la vida estaba ausente, ó si se hallaba definitivamente estinguída.

Senteme en una silla delante de ella, con sus dos manos entre las mías y fijando mis ojos en sus ojos, le dije:

—Ursula, Mauricio de Erval me ha encargado de preguntaros, si queréis acordarle vuestra mano.

La pobre joven se quedó como herida de un rayo; gruesas lágrimas saltaron de sus ojos, que brillaron á través de ese humedo velo, su sangre, precipitó su curso por sus venas, esparciendo en toda su fisonomía un matiz rosado y embriando de resplandecientes colores sus mejillas; su pecho se alzó para dar libre paso á su oprimida respiración, por ultimo, su corazón saltó con violencia, y sus manos estrecharon convulsivamente las mías: Ursula no estaba mas que dormida, y en aquel momento se despertaba.

Ursula se enamoró subitamente; quizá había amado hasta entonces en secreto y sin confesarlo á sí misma, pero en aquel momento desgarrándose el velo quedó su amor á descubierto.

Al cabo de algunos segundos, pasó su mano por su frente y exclamó:

—No, eso no puedes ser!

Yo no hice más que repetir la misma frase.

—Mauricio de Erval pregunta si le acordáis vuestra mano; para acostúbrarla á esa reunion de palabras que lo mismo que varias notas armónicas forman un acorde, así formaban para ella una desconocida melodía.

—Su mujer! repitió estasiada, su mujer!

Y precipitándose hacia el sillón de su madre, continuó:

—Lo ois, madre mia? Envía á pedir mi mano?

—Hija mia, respondió la pobre ciega queriendo apoderarse de la mano de Ursula, querida mia, Dios debía recompensar tus virtudes tarde ó temprano.

—Dios miot escuchó Ursula; qué me pasa hoy?—Su mujer! *Hija mia, querida mia!*

Y al decir esto cayó de rodillas con las manos juntas, y el rostro inundado de lágrimas.

En aquel momento se oyeron pasos en el corredor.

—Es él! exclamó Ursula! Oh, Dios miot añadió poniendo sus manos sobre su corazón; esta es la vida!...

Al llegar aquí, salió por una puercilla falsa dejando sola á Ursula, hermosa con sus lágrimas de emoción y de felicidad, para que recibiera á Mauricio de Erval.

Desde aquel día un cambio total se operó en la pobre muchacha; se reinició y se rejuveneció, bajo la suave influencia de la felicidad recobró mucho más que la belleza perdida; hubo en ella una especie de expansion interior que daba á su rostro una expresión inefable de alegría oculta. Su felicidad se identificaba, si podemos hablar así, con su primera naturaleza; era recogida, silenciosa, y exaltada aunque con misterio. De este modo Mauricio, que había amado á una mujer sentada en la sombra, pálida y desengañada de la vida, no tenía nada que cambiar en los colores del cuadro que le había gustado, aunque Ursula fuese dichosa.

Juntos pasaban largas horas en la salita del piso bajo, sin mas claridad que los rayos de la luna que entraban hasta el aposento. Hablaban poco, se miraban mucho y todo se resolvía en proyectos.

Ursula amaba con candor, con sencillez, y decía á Mauricio:—Soy muy dichosa; es amo y ox estoy agradecida.

Su felicidad no necesitaba ostentacion ninguna, y por eso no tuvo otro testigo que la humilde casta de Ursula.

La jóven seguía trabajando al lado de sus padres; pero si su persona ocupaba inmóvil el mismo puesto que antes, su alma despues de resucitar radiante había desplegado el vuelo.

La dulce magia de la esperanza no sola embellecía el porvenir, sino que se apodera del presente, y por medio de su poderoso prisma transforma la apariencia de todo lo que existe. Aquella pobre casa continuaba tan sombría como siempre... pero un solo pensamiento deslizado en el corazón de una mujer, lo había transformado en un palacio. Oh sueños de esperanzas! pasad por nuestra vida aunque debiérais huir al instante comouyen las doradas nubes por el espacio... aquel que nunca os conoció es mil veces mas pobre que el que os llora...

De este modo transcurrió para Ursula un tiempo bien precioso.

Pero un día sucedió que Mauricio al entrar en el salon dijo á su prometida:

—Amiga mia, apresuremos nuestra boda; mi regimiento va á cambiar de guarnicion, y debemos estar ensados para que os podáis venir conmigo.

—Y vamos á ir lejos, Mauricio?

—Os espanta la idea de ver nuevas tierras, otro rincón del mundo, querida Ursula?

—No lo siento por mí, Mauricio, sino por mis padres, tan achacosos como están para poder hacer un viaje largo!

Mauricio se quedó inmóvil mirando á Ursula. Aunque el fútipido velo que nos pone la felicidad sobre los ojos, le hubiese impedido á Mauricio toda reflexion, sin embargo se hallaba persuadido en su interior de que Ursula para participar de su errante destino debía separarse de sus padres. Había previsto su dolor; pero confiando en el amor que le tenia, se había llegado á figurar que esa misma pasión dulcificaría las lágrimas todas que dimanasen de otra causa extraña. En fin, era necesario aclarar el porvenir de Ursula, y triste con la inevitable pena que la iba á dar, Mauricio la tomó de la mano, la hizo sentar en su sitio acostumbrado y la dijo con dulzura:

—Amiga mia, es de todo punto imposible que vuestros padres puedan seguirnos en nuestra vida errante... Hasta ahora, Ursula, hemos amado y llorado juntos; hemos hecho castillos en el aire, olvidándonos, por decirlo así, de nuestras posiciones respectivas. Ya ha llegado el momento de pensar en nuestro porvenir. Amiga mia, me hallo sin fortuna, y no poseo mas que mi espada. Al principio aun de mi carrera, mi sueldo se eleva á muy poca cosa, y nos veremos obligados á imponernos infinitas privaciones. He contado con vuestro valor; pero vos sola debéis acompañarme; la presencia de vuestros padres en casa nos acarrearía una miseria absoluta; quizá no tendríamos pan que comer.

—Dejar á mi padre y á mi madre! exclamó Ursula.

—Dejadles con lo poco que poseen en esta casta, á cargo de personas de confianza, y así podréis seguir á vuestro marido.

—Dejar á mi padre y á mi madre!... repitió Ursula; pero no sabéis que lo que poseen no es bastante para que puedan subsistir? Ignorais que para pagar el alquiler de esta pobre casa, estoy trabajando siempre sin que ellos lo sepan, y que desde hace veinte años no han recibido otros cuidados que los míos?

—Mi pobre Ursula, repuso Mauricio, es necesario someterse á lo que es inevitable. Les habeis ocultado la pérdida de su pequeña fortuna; comunicádsela ahora, puesto que es necesario. Ved como se arreglan con lo que les queda; porque, amiga mia, con dolor os confieso que nada podemos darles.

—Partir sin ellos!... es imposible! Ya os he dicho que tengo que trabajar para que vivan.

—Ursula, Ursula mia! repuso Mauricio, estrechando convulsivamente las manos de la pobre jóven entre las suyas; es suplico que no os dejéis llevar por el impulso de vuestro generoso corazón; reflexionad antes, ved las cosas bajo su punto de vista verdadero. No nos falta la voluntad, nos faltan los medios; solos podremos vivir, y esto imponiéndonos privaciones á cada instante.

—No puedo abandonarlos! respondió Ursula con desesperacion mirando á sus ancianos padres adormecidos en sus sillones.

—Con que no me amais, Ursula? preguntó Mauricio.

La pobre jóven contestó saltando un torrente de lágrimas.

Mauricio permaneció largo tiempo con ella todavía, diciéndola mil palabras consoladoras, explicándole cien mil veces su posición, y queriéndola persuadir de que aquello que había imaginado era imposible, para lo cual entró en los pormenores de su existencia verdadera, y por último la dejó despues de haberla prodigado mil nombres afectuosos. La

jóven le había dejado hablar sin responderle.

Cuando se quedó sola, Ursula apoyó su cabeza en sus manos y permaneció inmóvil horas enteras. Las dulces ilusiones, esas benévolas amigas de las jóvenes almas, ausentes para ella despues de tanto tiempo, se habían vuelto á presentar para desaparecer luego! El olvido, el silencio, la oscuridad tomaban de nuevo posesion de aquella existencia! La noche entera transcurrió de este modo. Qué pasaba en el alma de la pobre jóven? Dios lo sabe; ella no ha dicho nada en la tierra.

A los primeros rayos del día se estremeció, cerró la ventana que había permanecido abierta desde la vispera, y pálida, trémula de frio y de emocion, tomó papel y una pluma y escribió lo siguiente:

» Mauricio:

» Adios; me quedo al lado de mis ancianos padres, que necesitan de mis cuidados y de mi trabajo. Abandonarlos en su vejez, sería matarlos. No tienen mas que á mí en el mundo. Mi hermana en su última hora, me los contó y me dijo:—«Ursula, hasta mas ver. No volvería á verla si no llenase mis deberes.

» Mucho os he amado; y mucho os amaré siempre. Mi vida entera será un recuerdo vuestro. Habeis sido bueno y generoso; pero ay! somos demasiado pobres para unirnos. Ayer lo conací... ¡Adios! Mucho valor necesito para escribir esta palabra!... Me prometo que seréis feliz... otra mujer, mas afortunada que yo os amará... Es tan facil amaros! Sin embargo no olvidéis jamas enteramente á la pobre Ursula. Adios, amigo mio. Bien sabrá que yo no llegaría nunca á ser dichosa!

» URSULA.»

Voy á abreviar mi narracion. Ursula no volvió á ver á Mauricio y á mí, pero todas nuestras súplicas fueron inútiles, pues jamas quisó separarse de sus padres.

—Tengo que trabajar para ellos, nos decía.

En vano la hablé del amor de Mauricio y de la dicha que con él le esperaba; en vano la recordé su edad, la imposibilidad de otra coyuntura mas á propósito para mejorar su destino... Ursula lloraba al oírme, rogando con sus lágrimas su labor que no quería interrumpir, y solo repetía en voz baja, y con la cabeza inclinada sobre su pecho:

—Se morirían; tengo que trabajar para ellos.

Despues exigió de nosotros que su madre no supiese lo que pasaba; y en efecto, aquellos por quien ella se sacrificaba ignoraron siempre el sacrificio; una mentira piadosa les engañó sobre la causa del rompimiento del matrimonio de su hija... Ursula volvió á ocupar su puesto junto á la ventana, comenzó de nuevo sus bordados, y trabajó sin cesar, inmóvil, pálida y anquilada.

Por desgracia, Mauricio de Erval tenía una de esas almas prudentes y comedidas que se señalan límites á todo, y que no saben emprender locuras sublimes. Su corazón, así como su entendimiento, admitía que hay cosas imposibles. Si el matrimonio se hubiese realizado sin obstáculo, quizá la jóven habría podido creer hasta el último instante en el amor eterno de su esposo; hay afectos que necesitan un camino fácil. Pero una barrera vino á presentarse como una prueba fatal para que Mauricio viese claramente hasta donde alcanzaba su amor, y entónces descubrió sus límites.

Mauricio suplicó, lloró largo tiempo, al cabo se picó, se desalentó, y por último se fue.

Un día, mientras Ursula se hallaba sentada junto á la ventana, oyó á lo lejos una música militar, y los pasos acompa-

ñados de la tropa; era el regimiento que se marchaba con la música á la cabeza. Los sonidos de las trompetas de la marcha resonaban como un triste adios, y se apagaban luego en la callejuela que Ursula habitaba. La jóven, trémula de emocion, prestó el oído: la música, ruidosa en un principio, se fue alejando poco á poco, hasta que al cabo llegaba á sus oídos como un rumor incoherente; luego de tiempo en tiempo, el aire solo llevaba hasta ella un sonido aislado, y por último un completo silencio sucedió á aquellos cantos que se apagaban en el espacio. La última esperanza de la vida de Ursula parecía estar unida á aquellos acordes que resonaban á lo lejos... ¡buia... se alejaba... y se apagaba con ellos! La pobre jóven dejó caer su labor en sus rodillas y se ocultó el rostro con ambas manos; á través de sus dedos se vieron correr algunas lágrimas.

Así permaneció en tanto que se oyó el ruido de los pasos y de la música del regimiento; y despues tomó nuevamente su labor... ¡la tomaba para siempre!

En la noche de aquel día de eterna separation, de aquel día en que se consumó el gran sacrificio, Ursula despues de haber prodigado á sus padres los cuidados cotidianos, se sentó á los pies de la cama de su madre y se inclinó hacia ella contemplándola con unos ojos que la ciega no podia ver húmedos de lágrimas. La pobre abandonada tomando suavemente la mano de su anciana madre, murmuró con acento conmovido:

—Madre mia, me queréis mucho, no es verdad? Mi presencia es vuestro consuelo; no es cierto que sentirías mucho que me fuera?

La ciega volvió la cabeza del lado de la pared, y dijo:

—Ursula, estoy cansada; dejáme reposar en paz.

Aquella palabra de ternura que había ido á pedir como única recompensa de su doloroso sacrificio, no fue pronunciada por su madre. La ciega se quedó dormida, apartando de sí la mano que su hija la tendía.

Pero entre las colgaduras verdes de la alcoba había un crucifijo de madera ennegrecido por el tiempo; aquellas pobres manos que nadie quería estrechar en la tierra, Ursula las extendió hacia Dios, y arrodillándose al lado de la cama de la ciega, rezó largo tiempo.

Desde entónces Ursula se puso mas pálida, se volvió mas silenciosa y taciturna que ántes. Estas nuevas lágrimas se llevaron las últimas señales de su juventud; Ursula envejeció en muy pocos días. A nadie podia ya parecer bien; pero tampoco lo deseaba: todo se había acabado para ella.

No se volvió á oír hablar de Mauricio de Erval. Ursula le había gustado como un gracioso cuadro cuya melancolía había conmovido su alma; á alejarse, los colores del cuadro se fueron disipando, hasta que se borraron: Mauricio oyó á la pobre Ursula!

—Oh Dios mio, cuántas cosas se olvidan en la vida! Porqué el cielo que permite que en muchos corazones se apague el amor, por el hábito de verse á menudo, no ha acordado al menos á los que se separan la facultad de llorarle largo tiempo? Dios mio! la vida que nos das es á veces bien triste!

Un año despues de estos sucesos, la madre de Ursula cayó en cama, con una de esas enfermedades para las cuales no existen remedios; Ursula permaneció constantemente á la cabecera de su madre, cuidándola y orando á Dios, y despues recibió su bendicion junta con su último suspiro.

—Ahora te toca á tí, Marta, dijo Ursula; nuestra madre está á tu lado ahora; enseñála el camino del Señor.

Ursula fué á arrodillarse al lado del anciano que habia quedado solo; le vistió de luto, sin que él lo notara; pero el segundo día después de la muerte de la pobre ciega, cuando quitaron el sillón donde ella se habia sentado tantos años junto á su marido, el anciano se volvió hacia el puesto vacío exclamando:

— Y mi mujer?

Ursula le habló, trató de distraerle; el anciano repeta:

— Y mi mujer?

Y dos lágrimas se desprendieron de sus ojos.

Por la tarde, cuando le llevaron la comida, volvió la cabeza, y con los ojos fijos en el puesto vacío, exclamó de nuevo:

— Y mi mujer?

Ursula, desesperada, probó cuantos medios pudieron surtirle su dolor y su amor... el anciano se iba perdiendo indefinidamente hacia el sitio donde se hallaba el sillón de la ciega, y sin querer tomar ninguna clase de alimento, con las manos cruzadas, miraba á Ursula y repeta, como un niño que suplica para obtener lo que desea:

— Y mi mujer?

Un mes después se hallaba al borde de la tumba.

En sus últimos momentos, cuando estaba á su lado el agonizante preguntando por hacerle pensar en Dios su creador, llegó un instante en que se pudo creer que aquella inteligencia moribunda se reunía, porque el anciano cruzando las manos alzó la vista al cielo; pero por última vez exclamó: — Y mi mujer? — como si la hubiese estado buscando en el espacio.

En el momento en que se llevaron de la celda solitaria el feretro de su padre, Ursula murmuró:

— ¡Oh niño; era haber merecido que viviesen más tiempo.

Y Ursula permaneció sola para siempre.

Todo esto pasó hace muchos años. Yo salí de la ciudad de... y por consecuencia tuve que dejar á Ursula. Desde entonces he viajado bastante; mi suegro se ha cruzado en mi vida, pero nunca se me ha ido de la memoria la historia de aquella pobre jóven.

Ursula, como esa almas quebrantadas que no esperan ya ningún consuelo, se cansó de escribirme, y después de inútiles esfuerzos para decidirla á florar conmigo, aunque de lejos, he perdido su lucha.

En qué ha venido á parar? Existe ó ha muerto?

Ay! la pobre jóven no fué nunca muy afortunada; mucho me temo que viva todavía.

#### LA MUSICA ENTRE LOS ANTIGUOS.

Los griegos atribuyen á Dionisio el principio de la música; pero Eusebio le remonta á los tiempos de Cadmo, asegurando que fueron los inventores dos hermanos llamados Ceito y Amphion. Solino, cree que fué introducida en Grecia por los isleños de Cándia, Polibio concede este honor á los Arcades, y Diodoro cree á Mercurio inventor de las voces de la armonía. Isidoro asegura que la casualidad hizo descubrir á Pitágoras las primeras notas musicales en el sonido de los marfiles y en la vibración de las cuerdas estendidas. Los modernos atribuyen sin embargo su introducción á Guido de Arezzo.

Atheneo refiere que los Arcades tenían por ley aprender la música desde niños para cantar los himnos en loor de los dioses, conforme á las reglas que para esto dictaron

dos músicos llamados Timoteo y Filoseno. Se hallaba entre los griegos tan aceptado el canto, que segun Ciceron, el célebre Temistocles fué tenido por indolente, solo por haber rehusado en un convite el canto, con el acompañamiento de la lira. Epaminondas fué un excelente músico.

A esta afición á la armonía se debe acaso el proverbio griego citado por Quintiliano, segun el cual, los ignorantes se consideraban lejos del trato de las gracias y de las musas. El severo Licurgo le aconsejó á sus adustos espartanos. Piaton cree que la música es necesaria al hombre político, y Homero dice de Aquiles que cambiaba armoniosamente los méritos y la gloria de los héroes. El astrólogo Ptolomeo refiere que los antiguos tenían la laudable costumbre de aplacar á sus irritadas divinidades con cantos y música. Licoron y Boecio cuentan que el filósofo Pitágoras calmó la furia de un joven con el canto y la dulzura de un instrumento. Trotrasiro y Aulo Gelió creen que la música es bastante para aplacar el dolor de la gota. Empedocles dice que obligó á calmar con la suavidad de un canto á un huésped suyo en un momento de cólera. Platano cuenta que el mismo músico Timoteo exasperaba á su alvedrío por medio del canto frígido el ánimo de Alejandro el Grande; y el mismo historiador elogia la extraordinaria melodía de la voz de una dama llamada Esmia, cuyos cánticos llegaron á enternecer al rey Demetrio de Macedonia.

Entre los antiguos eran tenidos por grandes músicos Terpandro que, segun Eusebio, vivía en la Olimpiada 23. Agenor de Mileto, Alcidas, discípulo de Gorgias Leonino, y Antígones, que escribió á Alejandro para la guerra contra Darío Codomano, rey de Persia. Hecho prisionero Ismenias, célebre músico de Tebas, lo presentaron á Architas, rey de los scitas: irritado este príncipe por la admiración con que sus vasallos bárbaros oían el sonido de la flauta, tocada por Ismenias, aseguró en su cólera que prefería á aquellas armonías el relincho de su caballo. Los oyentes se burlaron del rey.

El monge inglés Hicó Stephanus, autor de la vida del obispo Vifrido era un excelente músico; y creese que Eucharides fué en el siglo VIII el primero que escribió un tratado sobre la música. En los tiempos bárbaros fueron célebres Theon, Alipio, Isacio, Apuleyo y Boecio.

Epigono, matemático, inventó un instrumento músico, que de su nombre se llamaba en Grecia Epigomon, y Teodoro, padre del famoso tribuno y orador Isocrates, que vivió por los años 330 de la fundación de Roma, inventó varios instrumentos, cuya industria le valió grandes riquezas.

El historiador Mariano dice, que en muchas ciudades griegas se publicaban las leyes, acompañando los pregones con la música. Refiere Thucydides, que aun los mismos ladrones entraban en combate al sonido de las cítaras y de las liras. Tercio reanimo el valor de los espartanos en la guerra de Mesenia con el sonido de la flauta.

Los niños hacían sus marchas al compás de las músicas. Los gatas solían presentar sus embajadores de paz seguidos de un taboedor de cítara. Sócrates, tan severo como profundo filósofo, aprendió á tocar la lira á los setenta años. Cayó Graco uno de los revolucionarios más impetuosos de la república romana, cuando hablaba al pueblo tenía escondido detrás de él un esclavo, que al sonido de la flauta le daba la entonación de voz que era necesaria, para que la modulase con más gracia y dulzura.

Entre los griegos, en fin, se conocían varios métodos de canto, bajo las denominaciones de Hiarco, Elio, Jónico,

Hipermixolidio, Hipodómio y otros, hasta el número de quince. En la edad media han escrito sobre la música Gregorio Tolosano, Angelo Policiano, Juan Tomas Pirigio, Olimario Luscinio, Pedro Aron, Juan Maria Lanfranco, Jacobo Vercher, Juan Froschino, Ochelegem y Abusnoí.

#### CONTRIBUCIONES INGLESAS.

De un discurso pronunciado por lord Broughan en el parlamento inglés, tomamos los siguientes curiosos datos acerca de las contribuciones que se pagan en Inglaterra:

Contribucion sobre cada uno de los artículos que entran en su casa, que pone sobre su persona ó debajo de sus pies.

Contribucion sobre todo cuanto es agradable á la vista, al oído, olfato ó paladar.

Contribucion sobre la luz, el calor y la locomoción.

Contribucion sobre todo cuanto existe sobre la tierra y las aguas ó debajo de ellas, y sobre cuanto viene de afuera ó se produce en el país.

Contribucion sobre los materiales en bruto.

— sobre cualquiera valor que se le añada.

— y sobre la industria de los hombres.

Contribucion sobre las salsas que abren el apetito.

— sobre las drogas que restauran la salud.

— sobre el armijo que adorna al juez.

— sobre el cordel con que se ahorca al criminal.

— sobre los clavos del feretro.

— sobre las cintas de las novias.

Contribucion cuando está en la cama ó embarcado; acostado ó levantado ha de estar pagando.

Contribucion sobre las disciplinas de las escuelas.

Contribucion sobre el caballo que monta, sobre las bridas con que lo gobierna, y por el camino en que lo conduce.

El enfermo paga 7 por 100 por las medicinas que le dan en una cuchará de plata que ha pagado 30 por 100, sentado sobre su cama cuyas cortinas han pagado un 22 por 100, y miere á manos de un boticario que ha pagado cien libras por la licencia para matarlo. Enseñada todas sus propiedades pagan desde 2 hasta 10 por 100 de contribucion, además de los derechos del juzgado, y por último sus virtudes se escriben en una lapida de mármol que ha pagado contribucion. Después de esto es cuando deseans, sin tener que pagar más contribuciones.

#### ADELANTOS LITOGRAFICOS.

En Viena acaban de hacerse con buen éxito ensayos sobre un nuevo procedimiento litográfico para la reproducción de las plantas sin necesidad del dibujo. Las plantas que se quieren reproducir se bañan en una preparación química inventada para este efecto, y después de secas se les aplica sobre la piedra litográfica que las reproduce con una precisión imposible de conseguir por medio del dibujo.

#### CONSUMO DE MARFIL.

Resulta de un trabajo leído en la asamblea de la sociedad geológica y política de Doncaster (Yorkshire) sobre el

marfil y las operaciones manufactureras á que da lugar, que solo la ciudad Shiffeld consume anualmente en sus manufacturas por una suma de 3,000,000 de reales de la espresada materia, y que la fabricación de los objetos de marfil ocupa 500 brazos. Lo ménos se necesitan 45,000 colmillos de elefante para formar 180 barricas próximamente que representen este consumo anual; por consecuencia el número de animales que á el contribuye, debe ascender por año á 22,050. Pero aun admitiendo que se hallen gran número de colmillos entre los escrementos de los elefantes, espurados entre los vastos bosques de la India, no por eso deja de ser exacto que por lo ménos deben matarse 18,000 de estos animales todos los años, con el solo objeto de abastecer al comercio de Shiffeld.

#### CASANOVA.

#### EL CARABINERO.

Muchas cosas novelescas se hallan mezcladas con la historia de Francisco Casanova. Nacido en Londres en 1727 de una venediana llamada Jacinta Turasi y casada con Santiago Casanova, se supone que es hijo de Jorge II de Inglaterra.

Sea lo que quiera de este problemático origen, Francisco Casanova estudió en Venecia el sublime arte de la pintura, en el cual debia crearse un puesto distinguido. Al dejar la Italia, se vino á Paris donde trabajó mucho y ganó mucho dinero, lo que no le preservó de contraer considerables deudas. Obligado á huir de sus acreedores, se fué á Viena donde siguió pintando, habiéndole mandado hacer las victorias de los rusos sobre los turcos. Su muerte acaeció en Austria en 1805.

Casanova descoló en la pintura de batallas. En el museo del Louvre se encuentran dos lienzos suyos representando las batallas de Leus y de Friburgo. Aquí se ven combates pintados á lo vivo, y cuyos episodios, cosa muy rara en las composiciones de este género, se hallan tan bien fundidos en la acción general, que es muy difícil aislarlos; no se ven mas que masas compactas de hombres y de caballos que se chocan y se echan por tierra: lo único que cautiva la atención, por su carácter grande é imponente, es el conjunto.

Legendo la descripción de una batalla en Homero, en Tito-Livio, ó en Foissard, ó contemplando un combate de Salvador, de Rubens, de Bourguignon ó de Casanova, se experimentan distintas emociones; en el primer caso la emoción va llegando poco á poco y por grados, ante las imágenes de muerte que se van desarrollando, y en el segundo, llega de repente, en cuanto se ha visto la obra del pintor.

En el libro no se llega á la síntesis sino después del análisis, en el cuadro el análisis va precedido de la síntesis. Fuerza es componer un todo de la multitud de episodios que el narrador va amontonando uno por uno para formar su batalla, porque por mucha que sea su habilidad, y por impetuoso que se manifieste su talento, no puede proceder de otra manera, y hay que esperar al fin de la descripción para poder tener una idea del conjunto. Esto no consiste en el escritor, sino en la naturaleza de su trabajo, y en la de sentido á que se dirige, es decir, la palabra y el oído cuyos movimientos son muy lentos si se comparan con los de la luz y de la vista.

El pintor por su parte, con tal de que sepa presentar

una batalla verdadera, y no una serie de combates singulares, debe llamar desde luego la atención por el conjunto de su obra, y solo después de haber sufrido esta primera y grande impresión, se puede estender á los duetos que cubren

el campo, á los diversos grupos de vencedores y vencidos en una palabra á los episodios á que ha dado el artista una importancia secundaria, subordinándolos, y con razón, á la unidad de acción y de interés.



CARANOVA. — El Carabiniere.

El pintor de genio tiene en este terreno una gran ventaja sobre el mejor poeta, sobre el mas elocuente historiador. El pintor toma al espectador sobre una altura que domina el valle en donde se matan los hombres en medio del humo,

del polvo, del fuego y de los relámpagos, bañados de luz ó en la sombra, y estendiendo la mano bácia ese caos de sangre y de despojos le dice « Mira »; no cuenta, sino enseña.

J. J. ARNOUX.

VELAZQUEZ.



El infante don Carlos.

Nombrado á 24 años pintor de cámara del rey Felipe IV, Velazquez probó que era digno de un favor semejante por la multitud de obras maestras que fué dando á luz una tras otra. Tratúse en la corte de levantar un monumento á la gloria de la espulsion inesperada de los moros por el piadoso Felipe III, entraron en concurso todos los artistas célebres de aquel tiempo, y Velazquez se llevó el premio, lo que le valió, como merecida recompensa, dos buenos cargos

en la corte. El rey añadió tambien á estos favores una pensión anual á su pintor favorito, de 50 ducados de oro para un traje de gala, y ademas concedió á su padre tres cargos en Sevilla que cada uno le producía mil ducados de oro.

Por aquel tiempo fué Rubens á Madrid, y no hay para que añadir, que una grande y reciproca amistad hubo de establecerse al punto entre los dos artistas. Ambos poseaban sus

T. HE. — PARIS. — IMP. BLONDEAU

dias juntos, visitando y examinando todas las obras maestras de los reyes de España habían acumulado en sus palacios por todas partes, amallizando con entusiasmo las bellezas que brillaban con particularidad en los cuadros de las escuelas de Italia, y que Rubens había estudiado profundamente. Entonces sintió Velazquez que renaca en él, el inmenso deseo que había tenido siempre de visitar esa patria de las artes. Pero, ¿cómo ir á ella? Ya mas de una vez el rey se había negado á oír á su pintor de cámara cuando le hablaba de esto, pues quería conservarle á su lado. Si á embargo, animado por los consejos de Rubens, nuestro artista se resolvió á hacer una nueva tentativa cerca de su soberano, que por fin hubo de ceder á sus instancias. Felipe IV hizo mas todavía, quiso obrar como un rey en esta ocasión, y mandó dar á Velazquez 400 ducados de oro, entregándole el sello de dos años de todos sus cargos. El conde de Olivares opulento y grandísimo siempre añadió á todo esto una nueva suma de dinero, le dio una porción de cartas de recomendación para todos los embajadores, y por último le regaló una medalla de oro con el retrato de su soberano. ¿Cuántos hombres de talento han permanecido en la obscuridad, estando destinados á adquirirse brillantes reputaciones, si hubiesen hallado protectores semejantes!

Velazquez salió de Barcelona para Italia el 10 de agosto de 1629. Tenia á la sazón treinta años; su genio estaba maduro, y su estilo formado, de modo que el estudio de los grandes maestros que iba á emprender no podía hacerle perder un átomo de su originalidad, condición esencial á la vitalidad del talento en un artista.

Llegado á Venecia se puso á dibujar y copiar al Ticiano, al Tintoretto y á Paulo Veronesi, y de allí se fué á Roma, donde el papa Urbano VIII le dió habitación en el Vaticano. Entonces copió á Miguel Angel y á Rafael, durante un año entero; de allí se dirigió á Nápoles á visitar á su compatriota Ribera, y previa la orden del rey, volvió á entrar en Madrid á principios de 1631.

El primer retrato que pintó Velazquez á su vuelta, fué el retrato conestral del infante don Carlos, que se ve representado en nuestro dibujo. Con verte solamente se tranquiliza uno sobre la influencia que habrían podido tener sobre el gran madrileño los genios como Miguel Angel y Rafael; su escuela había salido victoriosa é intacta de esa terrible prueba!

J. J. ANSOLOV.

#### ABD-EL-KADER-BEN-SALAH.

Apénas había comenzado el alba á iluminar el horizonte, el día 2 de abril de 1848, cuando salieron de su tienda dos árabes y fueronse alejando poco á poco del aduar de Guérouan, de que su tienda formaba parte. Los dos árabes eran Abd-el-Kader-Ben-Salah y su esposa, la jóven Fatima, que aun no habian cumplido diez y seis años, á pesar de estar casada desde 1844; pero ya se sabe que en la Argelia, como en la mayor parte de las regiones orientales, las mugeres llegan á la edad mihil á los nueve ó diez años, y evolucionan á los veinte y cinco ó treinta.

El objeto aparente de aquella salida era un viaje al aduar Halva distante pocas leguas del de Guérouan. El día antes Ben-Salah habia obtenido de su suegra el permiso de que Fatima le acompañase á una visita que queria hacer á uno de sus parientes, que vivía en Halva, y á quien, según decía, queria pedir algun socorro, porque era tal la miseria en

que se hallaba el matrimonio, que hacia diez dias que Fatima no se alimentaba sino de alcachofas silvestres.

Ya llevaban tres cuartos de hora de camino, cuando Ben-Salah tomó una senda cruzada y dijo á su muger que lo siguiera; á poco rato se sentaron ambos al pie de unas zarzas.

Ben-Salah era un hombre de veintiocho años, y un tipo árabe en toda su pureza y toda su energía.

Fatima que, como hemos dicho, no habia cumplido diez y seis años, aunque no podia llamarse hermosa, no dejaba de tener atractivos en su fisonomía. Sus pequeños ojos negros llenos de viveza y fuego y sombreados por unas cejas negras bien arqueadas, su boca algo grande rodeada de unos labios azules, pero que al entreabrirse dejaban ver una dentadura admirable, su frente alta é inteligente, su color algo oscuro; y por último, sus brazos perfectamente torneados y marcados con tinta azul hacia la parte de la muñeca, componian un conjunto interesante.

Después que se sentaron tomó Ben-Salah la palabra.

— Bien lo ves, Fatima, dijo, carceramos de todo. No nos queda ni riqueza ni techo que nos cubija, pues hasta he tenido que vender la tienda.

— Dios y el profeta se apiadaron de nosotros, contestó Fatima con dulzura.

— Así lo espero, repuso Ben-Salah, pero de todos modos tenemos que llevar una vida errante por ahora.

— ¿Qué quieres decir con esta voz? preguntó Fatima algo alarmada.

— Quiero decir que voy al Oriente, y deseo que me acompañes.

— ¡Imposible! replicó Fatima.

— ¡Es preciso! contestó su marido con una sombría resolución.

— Yo no puedo dejar á mi madre abandonada.

— Digo que es preciso que nos vayamos, repitió Ben-Salah.

— Vete tú si quieres... eres libre, pero yo no puedo separarme de mi madre... me quedaré en Guérouan.

— ¿Has olvidado que estás hablando con tu suegro? exclamó Ben-Salah colérico. Vendrás conmigo, Fatima.

— Nunca, replicó la jóven.

— Digo que has de venir conmigo, y si no vienes de grado, te llevaré por fuerza. ¿Lo entiendes, Fatima?

— Lo entiendo muy bien; pero te advierto que si quieres llevarme á la fuerza, me pondré bajo la protección del primer francés que encontremos.

— Al escuchar estas palabras de su esposa, Ben-Salah se levantó ciego de furor.

— ¿Es así como quieres cumplir tus deberes de esposa y de musulmana? gritó. Hace tiempo que sospecho tus manejos... hace tiempo que sé que prefieres esos franceses á mí... pero ha llegado el momento en que esto tenga un término.

Conforme hablaba crecía su exasperación, y por último, cogió con una mano á su muger por el cuello, y con la otra tiró de su *mezbrah*.

A la vista del arma, la desdichada Fatima empezó á temblar.

— ¡Piedad! gritó deshecha en llanto.

— ¡No! replicó furioso Ben-Salah. No hay piedad para la esposa desobediente y sin duda infiel...

— ¡Déjame á lo menos que roce mi última oración! dijo la pobre niña.

Pero Ben-Salah no escuchó las súplicas de Fatima, sino que empezó á descargar sobre ella golpes de la mas odiosa

barbarie. Del primer tajo, dirigido á la cabeza, la derribó á sus pies, y enseguida la birió en la nuca, no hallando límites á su furor. La desdichada víctima recibió en todo su cuerpo mil heridas que en vano procuraba parar con sus brazos destruidos.

Sin embargo, en medio de aquella horrorosa escena, Fatima conservó una presencia de ánimo admirable, y comprendiendo que su verdugo no cesaría de herirla hasta que la juzgase muerta, no volvió á hacer movimiento alguno, ni á tratar de huir los golpes.

El asesino entonces hundió su cuchillo en el cuello de su esposa... y cuando vió el torrente de sangre que brotaba de aquella última herida, creyendo que ya de su cuerpo se habia separado toda vitalidad, la desnudó y la zrrujó á un zarril.

Limpio después su *mezbrah*, echó algunas brozas sobre el cuerpo enteramente desnudo de su víctima, con objeto de ocultarla á las miradas de los transeuntes, y llevóse la ropa de Fatima, se alejó aquel miserable con la convicción de que su muger no respiraba ya, y de que el crimen, cuyo solo testigo habia sido Dios, quedaria impune sobre la tierra.

Pero muy lejos de suceder así, Fatima no solo no estaba muerta, sino que no habia perdido un instante su conocimiento.

Esperó á que su marido estuviese bastante lejos para salir, sin que él la viese, de entre las matas que la cubrian y de zarral en que la habia arrojado. Entonces arrastrándose y valiéndose de pies y manos llegó hasta el camino, y á pesar de su estremada debilidad por la sangre que corría de sus heridas, tuvo bastantes fuerzas para implorar el socorro de un europeo que pasaba.

Viendo esto á la infeliz criatura, no tuvo valor para detenerse, bien horrorizado de aquel espectáculo, ó temiendo que fuese un lazo que le armanan.

A los pocos minutos apareció un árabe en el camino, y acudiendo á los gritos de Fatima, la cubrió con su albornoz y la llevó á la choza de su madre, á quien contó cuanto acababa de suceder.

No tardó la justicia en tener conocimiento de este horroroso crimen, é inmediatamente despues que se hicieron las investigaciones necesarias, y estas tuvieron un éxito completo. Ben-Salah fué preso, y el día 14 de julio compareció ante la audiencia de Argel.

El delincuente negó su culpabilidad sobre los actos. Supuso que el día antes al del crimen habia sorprendido entre su suegra y su esposa una conversacion de la cual resultaba que Fatima tenia un amante; que entonces habia tomado la resolución, no de matar á la desgraciada, sino de corregirla con severidad, de darle una leccion de que se acordara siempre.

Fatima que estaba presente en el tribunal, negó enérgicamente las acusaciones de su marido. La jóven árabe comunicó profundamente el audítor, contando las hechas cuyo extracto hemos espuesto, y un murmullo de dolor se dejó oír por toda la asamblea cuando aquella infeliz, levantando por algunas partes el *haich* que la cubria y desatando los pañuelos con que sujetaba las heridas de su cabeza y cuello, presentó las terribles cicatrices que surcaban en todos sentidos sus manos, brazos y cabeza, y cuyo número era de diez y ocho. Un grito unisono de horror salió de todos los circunstantes cuando Fatima enseñó la última herida, que llegaba desde el estremo de la oreja derecha hasta debajo de la barba.

La culpabilidad de Abd-el-Kader-Ben-Salah era demasiado evidente para admitir largos debates. Fué declarado unánimemente culpable de haber intentado matar á su muger, aunque sin premeditación; pero gracias á la admision de circunstancias atenuantes, solo se le condenó á la pena de veinte años de trabajos forzados.

Por lo demas, el acusado oyó pronunciar su sentencia sin la menor alteracion; indiferencia que, en vista de tan terribles acontecimientos, marca al exceso uno de los rasgos característicos de la raza oriental.

#### ENVENENAMIENTO POR EL FOSFORO.

Quando una persona ha sido envenenada por el fósforo, leemos en la *Abelle médicale*, que el tóxico fué tomado en estado sólido, la regla que conviene seguir para oponerse á sus estragos, es administrar dos ó tres granos de emético á fin de hacer se vomite antes que tenga tiempo de obrar ó al menos antes de que haya producido ninguna acción notable. Si el fósforo ha sido ingerido en grande estado de disolucion, pueden obtener grandes ventajas del método que consiste en hacer tomar lo mas pronto posible al enfermo una cantidad considerable de agua que contenga en su presion la magnesia descarbonatada. Esta practica tiene el triple objeto: 1º de impedir que el fósforo quemé si se pusiera en contacto con el aire del estómago; 2º provocar el vómito distendiendo considerablemente el órgano sin aumentar la irritacion que la sustancia venenosa hubiese producido en el estómago; 3º en fin, saturar los ácidos del fósforo que se hayan podido formar é impedir corran los tejidos.

Como en tales casos no siempre se tiene á la mano la magnesia, el agua de javon, la leña de lavar y una agua alcañada, tal como la que se obtiene lavando, las ceñitas de los fósforos se pueden emplear con éxito. Tambien se puede aprovechando la propiedad que tienen los ácidos de coagular la albumina, hacer uso del agua que contenga la solución posible de estos principios. Igualmente se ha preconizado el empleo del agua hirviendo enfrida al abrigo del contacto del aire; este líquido presenta la doble ventaja de no llevar al fósforo ningún elemento de combustion, y de determinar mas facilmente el vómito.

Si ó pesar de estos medios se manifiesta la inflamacion de las primeras vias, ó que el enfermo sea presa de fenómenos nerviosos alarmantes, hay que recurrir sin dilacion á los antispasmodicos mas enérgicos.

Las publicaciones alemanas recientes nos dicen que un químico alemán, M. Duflos, ha recomendado un nuevo antídoto en el caso de envenenamiento por el fósforo. Tal es el hipoclorito de magnesia que se obtiene mezclando una parte de magnesia calcinada y ocho de agua de cloro.

He aquí la fórmula adoptada por el autor para preparar este medicamento:

R. Magnesia calcinada . . . . . 44 granos.  
Agua de cloro . . . . . 5 dracmas.  
Agua destilada . . . . . 4 onzas y 2 drac.

Se debe agitar antes de cada toma, para poner en suspension la magnesia que permanece en libertad.

MM. Duflos y Bechert han hecho en los perros una serie de experimentos para comprobar los buenos efectos de esta preparacion, y los ensayos de estos practicados han sido coronados de feliz éxito, ya se hubiese el fósforo administrado en solución acetosa, ya incorporado con harina.



## VELAZQUEZ.

Felipe IV quería á Velazquez con un cariño acendrado, y para manifestarle lo contento que estaba con su vuelta, mandó que le hicieran un estudio en la galería del Cierzo, y se quedó con una segunda llave para visitarle cuando quisiera, lo que solía hacer muy á menudo.

De este estudio salieron la mayor parte de esos admirables lienzos, y sobre todo esos retratos sin rivales en las otras

escuelas, que embellecen aun en el día las galerías de los museos y los palacios de la España. Muy difícil sería formar una lista de los grandes personajes que fueron retratados por nuestro pintor mientras habitó en aquella real estancia; además del rey, su pincel inmortalizó al infante cardenal don Francisco, á la reina Isabel de Borbon, al célebre poeta Quevedo, al duque de Módena, al almirante Pulido Pareja, y otra porción de notabilidades de esta especie.



Una reunión de artistas.

No hay nada con que comparar el parecido que Velazquez sabia dar á sus retratos. Cuéntase acerca de esto una anecdota, que sin duda no debe tomarse al pie de la letra, pero que sin embargo debe considerarse como una prueba de que en efecto el pintor de la corte poseía el talento en cuestion en un grado eminente.

El almirante Pulido Pareja habiendo recibido la orden de darse á la vela, salió con su flota de los puertos de España. El rey entra en el estudio de Velazquez, ve el retrato del marino, y queriendo elogiar de un modo gracioso y original su hermosura y parecido, esclama dirigiéndose al lienzo: «Pareja, ¿no te has marchado aun?» y volviéndose enseguida hacia el artista, añade con acento bondadoso: «Me has engañado, Velazquez.»

Ya hemos visto que no solo Felipe IV acordaba á Velazquez una benevolencia sin límites, sino que tambien el conde de Olivares se honraba con la generosa proteccion que le dispensaba. Encargado de hacer el retrato de este hombre

de Estado, el pintor quiso pagarle lo que le debía, y en efecto creó una obra maestra. Don Gaspar de Guzman, vestido de la manera mas conforme á su elevado rango montó con la mayor destreza un alazán que Velazquez supo elegir entre las mas hermosas razas de Andalucía. Cuando en 1643 el duque de Olivares perdió el favor del rey, el artista soportó con prudencia, pero sin faltar á la gratitud, un golpe tan funesto, y el soberano lejos de desaprobar las señales de afecto que prodigaba Velazquez á su bienhechor, colmó al pintor de nuevos obsequios.

Y no solo los grandes de la época sirvieron de modelo á este retratista favorito de reyes, reinas, papas, principes y ministros, sino que mas de una vez, sus lienzos se vieron animados con fisonomías de artistas, y ciertamente, el cuadro que lleva por título la *Reunión de artistas* cuyo dibujo acompaña á estas líneas, es uno de los mas bellos adornos que posee el museo del Louvre.

J. J. ANSOEUX.

## FRASCATELLA.

POR

M. A. DE LAMARTINE.

A los diez y ocho años, mi familia me envió á casa de uno de mis parientes, que tuvo que ir á la Toscana acompañado de su mujer. Esta fue para mi una ocasion de hacerme viajar y de arrancarme á esa peligrosa ociosidad de la casa paterna y de las ciudades de provincia, donde las primeras pasiones del alma se corrompen por falta de actividad. Partí pues con el entusiasmo de un niño que va á ver cómo se levanta el telon para asistir á una de las mas espléndidas escenas de la naturaleza y de la vida.

Los Alpes, cuyas nieves eternas habia visto brillar desde mi infancia á la estremidad del horizonte desde lo alto de la colina de Milly; el mar, que tantas ilusiones me causaba por las descripciones que habia leído en los libros de viajes y en los poetas; el cielo italiano, cuyo calor y serenidad habia aspirado ya, por decirlo así, en los versos de Goethe, y en las páginas de *Corina*; los monumentos, existentes aun de aquella antigüedad romana, por último, la libertad, la distancia que presta mil encantos á las cosas lejanas, las aventuras, esos accidentes seguros de los viajes largos que la imaginacion juvenil combina á su capricho para saborear las de antemano; el cambio de idioma, de rostros y de trajes que parece iniciar la inteligencia en los misterios de un nuevo mundo; todo eso fascinaba mi imaginacion deslumbrándola. Vivi en un estado de constante embriaguez durante los largos dias que precedieron á mi marcha, y este delirio, renovado cada dia por las magnificencias de la naturaleza en Saboya, en Suiza, sobre el lago de Ginebra, en los ventisqueros del Simplon, en Florencia y en Milan, no se desvaneció sino á mi vuelta.

Como los asuntos que habian motivado aquel viaje á Italia se prolongaron indefinidamente, se trató de hacerme volver á Francia sin haber estado en Nápoles ni en Roma. Esto valia tanto como despertarme sin haber realizado mas que la mitad de mi sueño. Interiormente rechazé semejante idea, y escribí á mi padre para que me autorizase á continuar solo mi viaje á Italia, y sin esperar la respuesta, que creí no correspondiera á mis deseos, me decidí á prevenir la desobediencia con el hecho.

— Si me lo prohiben, decia para mí, yo seré tarde: me regañarán, pero seré perdonado, y cuando vuelva habré visto lo que deseo.

Eché mis cuentas, y me encontré muy pobre; pero calculé que tenía un pariente de mi madre establecido en Nápoles, que me daría dinero para volver. Así pues salí una hermosa noche de Liorna con direccion á Roma.

Allí pase el invierno solo en un cuartito de una callejuela oscura que desemboca en la plaza de España, en casa de un pintor romano que me tomó de hosped en su familia. Mi fisonomía, mi juventud, mi entusiasmo y mi aislamiento en medio de un país desconocido habian interesado en mi favor á uno de mis compañeros de viaje en el camino de Florencia á Roma, el cual se habia hecho repentinamente íntimo amigo mio. Era un hermoso joven de mi edad poco mas ó menos, y parecia hijo ó sobrino del famoso cantante David, que era el primer cantante de Italia á la sazón. David viajaba tambien con nosotros, yendo á cantar por última vez, pues se hallaba ya en edad avanzada, al teatro de San Carlos de Nápoles.

David me trataba como mi padre, y su joven compañero me colmaba de bondades y de obsequios, correspondiendo yo por mi parte, con el abandono y sencillez de la edad que yo entonces tenía. Antes de haber llegado á Roma el hermoso viajero y yo nos habíamos hecho inseparables. El correo tardaba en aquel tiempo unos tres dias para ir de Florencia á Roma. En las posadas, mi nuevo amigo, era mi intérprete; á la mesa, me daba siempre la preferencia, en el carruaje me cedía el mejor puesto, y si me dormía estaba seguro de que mi cabeza tendria su hombre por almohada.

Cuando bajaba del carruaje en las cuestas de las colinas de la Toscana, bajaba tambien conmigo, me explicaba los sitios, me decía el nombre de los pueblos, me indicaba los monumentos, y hasta me cogía hermosas flores y me compraba bigos y uvas en el camino. David parecia ver con mucho gusto el afecto de su compañero de viaje respecto al guastero. A veces se sonreían mirándose con un aire de inteligencia, de bondad y de finura.

Llegados á Roma por la noche, bajé naturalmente á la misma posada que ellos. Lleváronme á mi cuarto, donde no me desperté sino á la voz de mi joven amigo que llamaba á mi puerta convidándome con el almuerzo. Me vestí de prisa y bajé al comedor donde hallé á los viajeros que estaban reunidos. Iba á estrechar la mano de mi compañero de viaje, para lo cual le andaba buscando en vano entre los contertulios, cuando una risa general brilló de repente en todos los rostros. En vez del hijo ó del sobrino de David, encontré á su lado á una linda joven romana elegantemente vestida, y cuyos cabellos negros, trenzados en torno de la frente se hallaban sujetos por detrás á beneficio de dos largos alfileres de oro con cabezas de perlas, como los llevan aun las aldeanas de Tivoli. Era mi amigo que al llegar á Roma habia vuelto á tomar su traje y su sexo.

Habría debido descubrir el secreto en la ternura de su mirada y en la gracia de su sonrisa, pero confieso que no tuve la menor sospecha.

— El traje no cambia el corazón, me dijo sonrojándose la hermosa romana; únicamente ya no dormiréis mas sobre mi hombro, y en vez de daros flores me las daréis á mi. Esta aventura os enseñará á no fiaros en las apariencias de amistad que pueda prodigaros un cualquiera, porque podrian tener otros resultados mas serios.

La joven era una cantatriz, discípula y favorita de David. El siseo cantante la llevaba siempre consigo, vistiéndola de hombre para evitar los comentarios que podrian hacerse cuando viajaban. La trataba mas bien como un padre que como un protector, sin que las dulces é inocentes familiaridades que él mismo habia dado margen á que se establecieran entre nosotros, le dieran los mas mínimos celos.

David y su discípula pasaron algunos dias en Roma. Al dia siguiente de nuestra llegada, volvió á tomar su traje de hombre y me llevó primero á San Pedro, y despues al Coliseo, á Frascati, á Tivoli y á Albano, evitándose asi las cansadas relaciones de esos guardianes pagados que disecan á los viajeros el cadáver de Roma, y que con su monotonía letanía de nombres propios y de fechas á través de las impresiones que se reciben, entorpecen el pensamiento y aniquilan el sentimiento de las bellas cosas. Camila no era una mujer entendida; pero nacida en Roma conocia los sitios y lugares que la habian llamado la atención desde su infancia.

Así pudo enseñarme las mejores cosas y á las mejores horas para contemplar los restos de la antigua Roma. Por

la mañana íbamos al Monte Pincio; por la tarde a la sombra de las galerías de columnas de San Pedro; con la luna visítábase el mudo recinto del Coliseo; en las hermosas mafanas de otoño, íbamos a Albano, a Frascati y al templo de la Sibilla donde resonaban las cascadas del Tivoli. Camila estaba alegre como una estatua de la eterna juventud, en medio de aquellos vestigios del tiempo y de la muerte; balaba sobre la tumba de Cecilia Metella, y mientras yo meditaba sentado en una piedra, ella hacía resonar sus careajadas teatrales en las sinistras bóvedas del palacio de Diocleciano.

Por la tarde volvíamos a la ciudad con el carruaje lleno de flores y de restos de estatuas, á ver al viejo David cuyos asuntos le hacían permanecer en Roma; el cual nos llevaba á su palco al teatro. La cantatriz, que me llevaba en edad algunos años, no me manifestaba otros sentimientos que los de una amistad un poco tierna y afectuosa, y yo era demasiado tímido para proponerme á manifestarla otros; por otra parte puedo decir que tampoco los sentía á pesar de mi juventud y su belleza. Su traje de hombre, su familiaridad enteramente viril, el sonido de su voz de contralto y la libertad de sus modales, me causaban una impresión que me hacían ver en ella únicamente un hermoso joven, un compañero y un amigo.

Cuando Camila se marchó me quedé absolutamente solo en Roma sin otro conocimiento que los sitios, los monumentos, y las ruinas en donde Camila me había introducido. El viejo pintor en cuya casa vivía, no salió nunca de su estudio sino para ir el domingo á misa con su mujer y su hija, que era una joven de diez y seis años tan laboriosa como su padre. Aquella casa era una especie de convento donde el trabajo del artista no se veía interrumpido sino por sus frugales comidas y en sus horas de sus oraciones.

Por la tarde cuando los últimos rayos del sol se apagaban en los balcones del apóstol del pobre pintor, y cuando las campanas de los monasterios vecinos tocaban el Ave María, esa armonía despedida del día en Italia, la única distracción de la familia era la de rezar el rosario y cantar á media voz la letanía hasta que las voces debilitándose por el sueño desaparecían en un vago y monótono murmullo semejante al de las olas que se apaciguan en una playa donde cesa el viento con la noche.

A mí me gustaba mucho aquella escena semi-nocturna en que se acababa un día de trabajo con aquel himno de tres almas elevándose al cielo para descansar de sus fatigas. Esto me hacía acordar de la casa paterna, donde nuestra madre nos reunía también al anochecer para orar, unas veces en su cuarto y otras bajo los árboles del jardincito de Milly, á los últimos resplandores del crepúsculo. Al volver á hallar las mismas costumbres, los mismos actos, la misma religión, me parecía hallarme aun bajo el techo paterno en aquella casa desconocida. Nunca he visto una vida más recóndita, más solitaria, más laboriosa ni más santificada que la de la casa del pintor romano.

El pintor tenía un hermano, pero no vivían juntos. Su hermano enseñaba la lengua italiana á los extranjeros prudentes que pasaban los inviernos en Roma. Mas que un profesor de lenguas, podía decirse, que era un letrado romano de mucho mérito. Joven todavía, de figura arrogante, y dotado de un carácter antiguo, había figurado en primer término en las tentativas de revolución que para resucitar la libertad en su país habían hecho los romanos. Era uno de los tribunos del pueblo, un Riccio de la época. En aquella corta resurrección de la Roma antigua suscitada por los

franceses, y ahogada por Mack y los napolitanos, había desempeñado uno de los primeros papeles, había crengado al pueblo en el Capitolio, había enarbolarlo el estandarte de la independencia y había ocupado uno de los primeros puestos de la república. Perseguido y encarcelado en el momento de la reacción, debió su salvación á la llegada de los franceses, que salvaron á los republicanos, aunque confiscando la república.

Aquel romano adoraba á la Francia revolucionaria y filosófica, y aborrecía con todas sus fuerzas al Imperio. Bonaparte era para él, como para todos los liberales italianos, el César de la libertad. Aunque yo era joven todavía participaba de los mismos sentimientos, conformidad que no tardó en revelarse entre nosotros. Al ver el entusiasmo, á un tiempo juvenil y antiguo en que vibraba yo á los acentos de libertad cuando leíamos juntos los versos incendiarios del poeta Monti, ó las escenas republicanas de Alfieri, yo que podía tener confianza en mí, y pude llamarme á la vez su discípulo y su amigo.

La prueba de que la libertad es el ideal divino del hombre, está en que ella es el primer sueño de la juventud, y que no se desvanece en nuestra alma sino cuando se aja el corazón, y cuando el espíritu se envilece ó se desalienta. No hay ninguna alma de veinte años que no sea republicana, ni ningún corazón gastado que no sea servil.

Cuántas veces mi maestro y yo fuimos juntos á sentarnos sobre la colina de la villa Pamphili, desde donde se ve Roma con sus cúpulas y sus ruinas, con su Tiber que se desliza vergonzoso y en silencio bajo los arcos del Ponto Rotto, en que se oye el lastimero murmullo de sus fuentes y los pasos casi mudos de su pueblo marchando en silencio por sus calles desiertas! Cuántas amargas lágrimas vertimos sobre la suerte de ese mundo entregado á todas las tiranías, donde la filosofía y la libertad parecerían no haber nacido en Francia y en Italia, sino para ser ajadas, vendidas y oprimidas por todas partes! Cuántas imprecaciones en voz baja salieron de nuestros pechos contra aquel despotismo del género humano, contra aquel soldado coronado que había salido de la revolución para ser su mortal enemigo, para destruirlo, y para entregar de nuevo á los pueblos á la preocupación y á la servidumbre! En aquella época se desarrolló en mí el amor de la emancipación del género humano, y ese odio intelectual contra aquel héroe del siglo, odio á un tiempo sentido y razonado, que la reflexión y el tiempo justifican, á pesar de los aduladores de su memoria.

Bajo el imperio de esas impresiones estudié Roma, su historia y sus monumentos. Salía por la mañana, solo, antes de que el movimiento de la ciudad pudiese distraerme en mis contemplaciones, llevándome bajo el brazo los historiales y los poetas de Roma. Me iba á sentar ó á pasearme sobre las desiertas ruinas del Foro, del Coliseo, y de la campiña romana. Miraba, veía y pensaba alternativamente, hacia de Roma un estudio serio, pero en acción, y este ha sido mi mejor curso de historia. La antigüedad en lugar de fastidiarme, se volvió un sentimiento para mí. Debo también decir que en este estudio no seguí otro plan que mis inclinaciones. Marchaba siempre al acaso, adonde mis pasos me llevaban, y así pasé de la Roma antigua á la Roma moderna del Panteón al palacio de Leon X, de la casa de Horacio á la de Rafael. Poetas, pintores, historialeros, grandes hombres, todo pasaba confusamente delante de mis ojos, deteniéndome solo ante aquellos que llamaban en aquel día mi atención.

A eso de las once, me volví á mi cuartito en casa del

pintor para almorzar. Comía en la mesa en donde trabajaba un pedazo de pan y de queso, sin interrumpir por eso mi lectura. Después bebía una taza de leche y seguía trabajando, esto es, tomando apuntes y escribiendo hasta la hora de comer. La mujer y la hija del pintor hacían la comida para los cuatro; á los postres yo me levantaba saliendo para continuar mis excursiones y no volvía á entrar sino de noche. Algunas horas de conversacion con la familia del pintor, y algunas lecturas prolongadas, concluían la ocupacion diaria de aquella pacífica vida. No sentía en mi ninguna necesidad de tratar gente, hallándome contento con un aislamiento; Roma y mi alma me bastaban entonces. Así pasó un largo invierno, desde el mes de octubre hasta abril siguiente sin experimentar ni un solo día cansancio ó enojo.

Ahora cuando busco bien en mi pensamiento todas mis impresiones de Roma, encuentro dos que borran, ó que por mejor decir, dominan todas las demas, á saber: el Coliseo, esa obra del pueblo romano, y San Pedro, esa obra maestra del catolicismo. El Coliseo es la gigantesca huella de un pueblo sobre humano que, para su orgullo y sus feroces diversiones elevaba monumentos que podían contener una nacion entera. Monumento que rivaliza por su masa y por su duracion con las mismas obras de la naturaleza, antes se habrá secado el Tiber en sus pantanosas riberas, que deje de dominarle el Coliseo.

San Pedro es la obra de un pensamiento, de una religion, de la humanidad entera en una época dada. Este no es un edificio hecho para contener un pueblo vil, es un templo destinado á contener toda la filosofía, todas las oraciones, toda la grandeza y todos los pensamientos del hombre. Sus paredes parecen elevarse y engrandecerse, no ya á la proporcion de un pueblo, sino á la proporcion de Dios. Solo Miguel Angel ha comprendido el catolicismo y ha sabido darle en San Pedro su mas sublime y completa expresion. San Pedro es verdaderamente la apoteosis de piedra, la transfiguracion monumental de la religion de Jesucristo.

Los arquitectos de las catedrales góticas fueron bárbaros sublimes. Solo Miguel Angel ha sido un filósofo en su concepcion. San Pedro es el cristianismo filosófico de donde el arquitecto divino ahuyenta las tinieblas, reemplazándolas por el espacio, la belleza, la simetria y la luz. La incomparable hermoaura de San Pedro de Roma, consiste en que es un templo que no parece destinado sino á manifestar la idea de Dios en todo su esplendor.

Aun cuando el cristianismo pareciera, San Pedro seguiría siendo el templo universal, eterno, racional de la religion que sucediera al culto del Cristo, con tal de que esta religion fuese digna de la humanidad y de Dios. Es el templo mas abstracto que haya podido construir en la tierra el genio humano, inspirado de una idea divina. Cuando se entra en él, no sabe uno si está en un templo antiguo ó en un templo moderno; ningún detalle ofusca la vista, ningún simbolo distrae el pensamiento, y los hombres de todos los cultos, le consideran con el mismo respeto. Se persuaduno de que aquel es un templo que no puede ser habitado sino por la idea de Dios, con exclusion absoluta de toda otra idea.

Cambiase el sacerdote, quitese el altar, quitese los cuadros y las estatuas, siempre se verá allí la casa de Dios, ó mas bien, San Pedro es por sí solo un gran simbolo en ese cristianismo eterno, que poseyendo en germen en su moral y en su santidad los desarrollos sucesivos del pensamiento religioso de todos los siglos y de todos los hombres, se abre á la razon á medida que Dios la ilumina, se comu-

nica con Dios en la luz, se ensueña y eleva hasta las proporciones del espíritu humano, engrandeciéndose sin cesar, recojiendo todos los pueblos en la unidad de adoracion, hace de todas formas divinas un solo Dios, de las diversidades de la fe un solo culto, y de todos los pueblos una sola humanidad.

Miguel Angel es el Moisés del catolicismo monumental, como un día será comprendido, y á él se le debe el arco impercedera de los tiempos futuros, el Panteon de la razon divinizada.

Por fin, despues de haberme cansado de Roma, quise ver Nápoles, atraído allí principalmente por la tumba de Virgilio y la cuna del Taso. Para mí los países han sido siempre hombres; Nápoles, es Virgilio y el Taso; parecióme que habían vivido ayer, y que estaban aun calientes sus cenizas.

Partí, pues, que Nápoles hacia los últimos días del mes de marzo, en compañía de un negociante francés, que viajaba en silla de posta, y que había andado buscando un compañero para disminuir el coste del viaje. A alguna distancia de Velletri, encontramos el coche del correo de Roma á Nápoles en medio del camino y acurrillado de balas. El correo, un postillon y dos caballos habían sido muertos, y los hombres habían sido transportados á una casa vecina. La correspondencia toda hecha pedazos flotaba con el viento, y los ladrones habían vuelto á tomar el camino de los Abruzzos. Varios destacamentos de caballería y de infantería francesa, cuyos cuarteles estaban acampados en Terracina nos perseguían por entre las rocas, cogiéndose el fuego de la fusilería, y distinguiéndose á la falda de la montaña las ligeras columnas de humo de los tiros. De distancia en distancia hallábase apostadas tropas francesas y napolitanas escalonadas en el camino. De ese modo se entraba entonces en el reino de Nápoles.

Estos robos tenían un carácter político; Murat reinaba á la sazón y los calabreses se defendían todavía; el rey Fernando retirado en Sicilia sostenía con subsidios á las guerrillas en las montañas. El famoso Fra Diavolo combatía á la cabeza de aquellas cuadrillas, y sus hazañas consistían en asesinatos y otros crímenes. Hasta que llegamos á las cercanías de Nápoles, no volvíamos á hallar la seguridad y el orden.

Llegué, pues, el 1.º de abril, y algunos días despues me hallé un joven de mi edad que había sido mi amigo en el colegio. Llamábase Aymon de Vivien. Su vida y la mia se mezclaron de tal modo desde su infancia, hasta su muerte, que nuestras dos existencias forman parte una de otra, y por eso puedo decir que he hablado de él, siempre que he hablado de mí mismo.

(Se continuará.)

#### LOS JARDINES DEL REY RENÉ.

Obligado por las tropas de Alfonso de Aragón á dejar el reino de Nápoles, René de Anjou, llamado el buen rey René, se había retirado á su ducado de Lorena, y allí, rodeado de una corte brillante, pasaba el tiempo en fiestas y torneos, cultivando las artes, queriendo hacer renacer los hermosos días de los trovadores y de los caballeros. Pero bien luego la salud de su mujer exigió la soledad y el descanso absoluto; René, que la quería apasionadamente, no quiso separarse de

lla, y renunciando á todos los placeres, la acompañó á Angers, ciudad que Isabel había elegido para su retiro. En uno de los posesos, que aquellos bucnos y amables esposos daban juntos descalzaron, en medio de una vasta llanura nombrada aun en el día, el *Campamento de César*, una roca de unos sesenta pies de alta, en cuya cúspide había una hermosa gruta. Isabel iba mucho á aquel sitio que la había gustado mucho. René concibió entónces el proyecto de hacer allí un jardín ocupándose por sí mismo en todos los detalles del plantío, triunfando á fuerza de paciencia y de



Una vista de los jardines del rey René cerca de Aix.—Dibujo de Champin.

entrar á lo lejos en el Loira, y del otro Angers con sus arrabales y los innumerables pueblos que le rodean.

Sin embargo la salud de Isabel se iba empeorando de día en día en el seno de aquella rica naturaleza llena de vida y que parecía haberse puesto de acuerdo con René para conjurar la muerte. Pero al cabo René se encontró solo en aquel sitio delicioso, llorando á aquella por quien le había creado. Al principio se encerró en la hermita; mas despues se retiró á su palacio de Reculée, donde se entregó de nuevo á su gusto por la horticultura. Las súplicas de sus principales vasallos concluyeron por obligarle á cesarse con Juana de Laval que simpatizaba con él porque tenía las mismas inclinaciones, llevando con su nueva esposa en Reculée la misma vida tranquila y apacible que había llevado antes con Isabel. Ya iba á principiar la ejecución de otro jardín como el primero, cuando las intrigas políticas le hicieron salir de su querido Anjou, como él le llamaba. Entónces se refugió en su ducado de Provençe, donde mandó edificar cerca de Aix un palacio fortificado, en una situación admirable y en un ter-

renio que presentaba las mas agradables perspectivas. René convirtió en jardines las inmensas azoteas dispuestas en anfiteatro, que estaban unidas todas con el cuerpo principal del palacio con galerías cubiertas y llenas de flores preciosas y de aves; estas dos colecciones eran las mas ricas del mundo. Hizo una multitud de esperiencias en sus jardines que todas fueron coronadas del mejor éxito, y gracias á él, el cultivo de la morera se naturalizó en el mediodía de la Francia, perfeccionándose tambien el de la uva moscatel y el de la caña de azúcar. Imposible sería explicar aquí el encanto de los jardines de su palacio de Aix. Limpidos arroyuelos recorrían en mil sentidos aquellos encantadores vergeles formando en la parte baja de las azoteas grandes estanques donde se criaban los peces de agua dulce mas estimados. La estension y disposicion de estos jardines eran un motivo de admiracion para los forasteros, que el buen René se complacía en recibir en su palacio, para enseñarles los mas bellos sitios de su propiedad. Allí fue donde murió ese pobre rey una de las figuras mas poéticas del siglo XV.

René completó la obra mandando hacer en la roca una capilla que el mismo adornó con cuadros, pinturas al fresco é inscripciones poéticas, añadiendo á la capilla una pequeña hermita, en la cual pasaba dias enteros con Isabel admirando á la sombra el inmenso panorama que se descubría: por un lado las hermosas riberas del Mayenne, cuyas aguas

EL CONVOY DE GUERRA.



El convoy de guerra.—Dibujo de Janet Lange, copiado de Clement.

Era el mes de enero del año de 1809. La España invadida por los franceses y defendida con una bizarría sin igual por el pueblo español, auxiliada con un ejército inglés, era diariamente el sangriento teatro de una lucha cada vez mas encarnizada. El mariscal Soult acababa de atacar á sir John Moore obligándole á retirarse á la Coruña, y muchos de los cuerpos que mandaba el general inglés habían tenido que separarse en aquella apresurada retirada, de modo que los convoyes cortados por los incessantes ataques de los franceses, se habían dispersado por los caminos en pequeños destacamentos que caminaban en busca del grueso del ejército.

Uno de estos destacamentos, formado de cuatro ó cinco carretas de bagajes y de heridos, seguía con el mayor trabajo el primer camino que se les presentara, bajo el mando de un soldado irlandés llamado Peters.

Principiaba ya á caer la noche; el cielo estaba cargado de pesadas nubes que anunciaban una fuerte tormenta, y la campiña que iban atravesando tenía un aspecto árido y desolado... Solo de distancia en distancia solía verse una casa abandonada cuyas puertas y ventanas habían servido de combustible para la hoguera de un bivac, encontrándose tambien algunos caballos muertos de fatiga y algunos cañaveres, con los demas despojos que dejan tras de sí las tropas cuando están en campaña.

Examinando la naturaleza de las flechas que allí se presentaban, Peters reconoció que el cuerpo que les había parecido pertenecía al ejército francés, lo que le hizo temer el no poder mirarse con las tropas de sir John Moore. Sus compañeros, casi todos heridos, se arrastraban por el camino á duras penas, con tanta impaciencia como desaliento. Como sucede siempre en tales casos, cada cual buscaba un editor

responsable para dar rienda suelta á su descontento. Los unos acusaban al general que no había sabido tomar las medidas indispensables en la retirada; los españoles se quejaban de los ingleses, y todos maldecían la suerte del enemigo prometiéndose para dentro de poco un buen desquite.

Animados de estas disposiciones llegaron á una especie de plazoleta donde algunas cenizas apogadas y algunos bagajes abandonados manifestaban que había habido un campamento en aquel paraje.

Lo estrecha plazoleta donde se habían detenido los franceses tenía al lado una barranca sumamente profunda, por la cual corría un arroyuelo. El ruido del agua animó un poco á varios heridos que estaban atormentados por la sed, y que se dispusieron á bajar á la barranca. Peters mandó detener el convoy á fin de ayudarlos á bajar; pero al acercarse al borde de la cuesta, vió dentro del mismo arroyuelo una mula muerta, enganchada aun á un carro roto, pareciéndole oír debajo una voz humana. Peters se deslizo hasta el fondo del barranco, y descubrió una mujer que le pidió socorro en español.

El sargento entendía un poco esta lengua, y queriendo saber porqué aquella mujer se encontraba allí, la desgraciada le contó que habiéndose dormido de cansancio abandonada al instinto de su mula, esta se había sin duda aproximado demasiado al barranco, donde se había caído con el carro; despierta en el momento mismo de la caída, no había tenido tiempo para evitarla, y había permanecido algun tiempo aturdida con el golpe; por último, vuelta en sí, todos sus esfuerzos para salir de allí habían sido inútiles, y sin el socorro del sargento estaba perdida.

Peters mientras oía estas esplicaciones, ayudado de sus compañeros, había logrado levantar á la española, cuyo

membros todos estaban quebrantados, y sacarla de la carreta; pero en cuanto se la pudo ver mejor, á los últimos resplandores de la tarde, su vestido la dió á conocer como una cantinera del ejército francés.

Con este descubrimiento, la buena voluntad de los compañeros de Peters cambió súbitamente en cólera, y mill esclamaciones de amenaza resonaron entre ellos.

Llamados á la defensa de la España, los soldados de sir John Moore se habían acostumbrado á considerar como traidor á todo español que simpatizaba con los agresores. Sobre todo querían muy mal á aquellas mujeres que, sacrificando su patriotismo á un afecto personal, habían ligado su suerte con la de los franceses, y se habían decidido á seguir al ejército del mariscal, y á sufrir con él todas las aventuras de la guerra. Tal era precisamente el caso de Dolores, casada con un granadero de la primera división.

La pequeña tropa de fugitivos manifestó energicamente en un principio el sentimiento de haber arrastrado á la cantinera enemiga del paso fatal en que se hallaba; y aun algunos se hallaban ya dispuestos á pasar de la injuria á las vías de hecho, cuando el sargento Peters interpuso seriamente su autoridad, diciendo con un acento brusco:

— Basta ya de palabras; por ventura, haceis la guerra á las mujeres, y no conocéis que bastante castigada se halla esta pobre con la dición que há hecho? Fichemos á andar sin mas tardanza, y que cada cual se ocupe de sí mismo si desea conservar su piel.

Este consejo fue seguido de una orden á los carreteros para que el convoy continuara su marcha, y los poor dispuestos contra Dolores no tuvieron mas remedio que obedecer á Peters.

El sargento les dió alejarse á la cabeza del convoy, y cuando no vió en torno suyo sino mujeres y soldados de su compañía, se volvió hacia la cantinera que se había sentido débil y abatida junto á su desvenecida carreta.

— Y qué queréis hacer ahí? le preguntó con una voz á un tiempo brusca y compasiva.

— Dios lo decidirá, respondió Dolores.

— Os sentis con fuerzas para andar?

— Creo que sí; pero á dónde he de ir sola con este tiempo y á semejante hora? Los caminos están cubiertos de soldados de los vuestros, y ahora acabo de conocer cuáles son sus intenciones.

El sargento pareció vacilar un momento; mas al fin decidiéndose á tomar un partido le dijo:

— Vamos, levantaos, y seguid nuestro convoy; en tanto que yo lleve mi fusil al hombro no os sucederá nada en el camino.

Dolores le dió las gracias con efusión, hizo un esfuerzo y echó á andar en las últimas filas detrás de la carreta.

Al pronto no parecia haber visto la dirección que llevaba el convoy; pero al cabo de algun tiempo, se acercó á Peters y le dijo con extrañeza:

— Sabéis bien á donde vais?

— Sin duda, le contestó el sargento; nos dirigimos al campamento inglés.

— Al campamento inglés! repitió la cantinera mirándole con asombro.

— Y supongo que nos uniremos á él antes de la batalla, añadió el sargento.

Dolores agarrándole el brazo le dijo con viveza:

— Conque entónces... no sabéis que la batalla se dió el 16... y se ha perdido!...

— Pero sir John Moore?

— Ha sido muerto, y sus tropas se han dirigido á la Coruña para embarcarse.

Peters se detuvo saltando un grito.

— Es verdad lo que dices?

— Es verdad, te lo juro, repuso con un acento de sinceridad que toda duda era imposible. Muchos destacamentos que se dirigían como el vuestro hacia el campamento, se hallan ya en poder de las tropas francesas; si seguís por este camino, dentro de algunas horas vais tambien á ser prisioneros.

Dolores añadió algunos detalles tan precisos sobre la batalla y sobre las localidades ocupadas por las tropas del mariscal que Peters pudo comprender el peligro en que estaba. Afortunadamente, su conversacion con la cantinera habia tenido lugar en español, de modo que sus compañeros no la entendieron. Sabiendo que la noticia de aquel revés acabaría de desalentarlos, suplicó á Dolores que no dicesa margen á ninguna sospecha, y envió á uno á la cabeza del convoy, á añadir que torciera á la derecha, á fin de llegar al mar por la línea mas corta.

Aunque esta nueva dirección parecia llevar el convoy á retaguardia del ejército inglés, como se acercaba á la Coruña donde debia hallar mas recursos y un abrigo mas seguro, la mayor parte de los que formaban parte de él, optaron por el cambio sin muchas objeciones. Solo la cantinera se detuvo, porque además de que el nuevo camino la alejaba del campamento francés habia agotado ya todas sus fuerzas, de modo que después de declarar al sargento, que no podía seguir adelante, se sentó á la orilla del camino, próxima á desmayarse. Peters se encontró muy apurado.

— Con qué enojados ha sido inútil sacaros del arroyo! la dijo pegando un calatzo con su fusil en tierra; y qué vais á hacer cuando nosotros nos marchemos?

— No lo sé; dijo la cantinera que apenas podia hablar porque la cabeza se la iba.

— Pero no conocéis que os vais á morir aquí como una loba herida? añadió Peters con un brusco interés.

— Pues bien, después de muerte, Dios me hará justicia! murmuró Dolores cayendo en el suelo.

Peters la sostuvo y llamó al cabo.

— Pronto, Williams, di que paren la carreta, y ya podeis hacer un puesto para esta jorcu.

— Para esa hija de Satanás? repuso el inglés.

— Para una criatura que se está muriendo, interrumpió el sargento. No tenéis un átomo de piedad en el corazón?

— No, cuando hay peligro en ello, respondió el cabo, y me parece que un enemigo vencido no merece otra cosa.

— Está bien; haced lo que os he dicho; repuso Peters imperiosamente.

Williams obedeció aunque de mala gana, y ayudó á llevar á la cantinera á la carreta, donde los heridos y las mujeres que estaban allí la recibian tambien con gritos de amenaza y de cólera.

— Desde cuando los convoyes del rey de Inglaterra se hallan destinados á los traidores que sostienen la Francia? preguntaron muchas voces.

— Echadla bajo las ruedas! repitieron otros.

— Muera la española, muera!

Peters sin responder palabra colocó á la cantinera completamente desmayada en un rincón del carro, y luego como urgía el tiempo, mandó continuar la marcha, abandonando lo demas á la voluntad del cielo.

El convoy atravesaba las campiñas mas áridas y llenas de rocas á cada paso. Por allí, como en casi toda la Espa-

ña de aquel tiempo no habia ningún camino, y únicamente las huellas de los rebafos impresas en el suelo indicaban la dirección que debia seguirse. El sol habia desaparecido completamente; la oscuridad, aumentada por las sombrías nubes de que estaba cargado el cielo, apenas permitia distinguir los pesados carros que marchaban penosamente por un suelo tan desnudo como seco. Pero al cabo de una hora de marcha algunos relámpagos principiaron á iluminar el camino, hasta que bien pronto la tempestad que iba en aumento concluyó por estallar con violencia. Los estampidos del trueno, entrecortados de pausas solemnes resonaron sin interrupcion; torrentes de lluvia, atravesados por el rayo bajaron del cielo inundando las alturas, sumergiendo los valles y tras formando el empolvado suelo en un lago de fango. Los caballos espantados por los rayos y el ruido se encabritaban; los soldados rendidos de cansancio buscaban vagamente un abrigo detrás de sus carretas; por último la posición del convoy se iba haciendo tan mala, que al cabo tuvo que detenerse en lo alto de una cuesta que el sargento examinaba con inquietud.

La espesa lluvia que cubría el cielo apenas permitia á los relámpagos que alumbraran el camino; su claridad apagándose en la niebla no mostraba sino formas confusas y vagos aspectos que facilitaban un gran peligro totalmente desconocido. El sargento, después de haber hecho esfuerzos infructuosos iba á dar orden para continuar la marcha, cuando un grito que salió de entre los bagajes le detuvo.

Dolores, reanimada por la lluvia, se habia incorporado un poco en la carreta, y alargando el cuello y alzando los brazos señalaba al espanto la cuesta en cuya pendiente se hallaba parado el convoy.

— En nombre del cielo, no déis un paso mas! exclamó dirijiéndose á Peters, á ménos que no estéis cansados de la vida.

— A dónde va este camino? preguntó el sargento.

— Al golfo del Diabolo!

— Estais seguro de ello?

— Escuchad.

Peters esperó una de esas pequeñas pausas que cortaban de cuando en cuando la tempestad, prestó el oído, y oyó el ruido de las aguas reunidas de todas las colinas que se precipitaban en el abismo con un largo mugido. Muerto de espanto se adelantó á la cabeza de los caballos y les obligó á retroceder algunos pasos; sus compañeros, que se habían enterrado de lo que pasaba, subieron precipitadamente al terraplen.

Pero allí volvieron á hallar la tormenta en todo su furor, y entónces la desesperacion principió á apoderarse de toda la tropa. El mismo sargento estaba silencioso é indeciso sobre el partido que debia tomar. Algunos hombres principiaban á desenganchar los caballos para montarlos y huir con ellos; pero Dolores se puso en pie en la carreta y señaló hacia la derecha una abertura en las colinas.

— Por allí, seguid el collado hasta que encontréis una plazoleta; entónces vereis á vuestros piés la Coruña, y ántes de dos horas estareis seguros.

Su declaración traducía por Peters contuvo el desorden y alentó un poco los ánimos. El carro en donde iba la cantinera se puso á la cabeza del convoy, y ella misma dirijia, evitando los barrancos y dando vueltas á las rocas, por fin la tempestad se apagó; las nubes, barridas por el viento de mar, desaparecieron á lo lejos, y el cielo se presentó de nuevo esmaltado de estrellas.

Los ingleses llegaban entónces á la plazoleta que habia

dicho Dolores, y un poco mas allá distinguieron el puerto en el cual se mezclan los buques llevando enarbolada en el palo mayor la bandera de la Inglaterra.

Todos olvidaron sus padecimientos para saludar el pabellon nacional con un alegre hurra!

— La prueba ha sido buena, señor sargento! dijo Williams acercándose á Peters; pero al fin ya estamos libres!

— Gracias á esa mujer! respondió el irlandés señalando á la cantinera; cabo, ya estais viendo que la compasion trae buenos frutos, y que es mas prudente soltar á un enemigo que matarlo.

#### NAVEGACION SUBMARINA.

Parere que se ha resuelto en Francia de una manera satisfactoria el problema de la navegacion submarina, por el doctor Payerne. Su barco está construido con fuertes planchas de hierro, unidas como las de las calderas de vapor, y tiene una forma ovóidea; en su parte superior hay algunas aberturas, cerradas con pedrescristales para dar paso á la luz, y otra para la introducción del aire, cerrada tambien. En la parte inferior hay una puertecilla que se abre cuando sumergido el barco, se quiere el equipaje poner en comunicacion con el fondo del agua.

Para empezar la manobra de submersion, se condensa el aire interior por medio de bombas, dándole una presión que depende de la profundidad á que se quiere llegar, en recipientes destinados al efecto.

El equipaje se coloca en la habitacion que le está destinada, y despues se introduce en los compartimentos que forman la parte anterior y posterior del barco, el agua suficiente para que pueda sumergirse por medio de la adición de este lastre.

El aire comprimido que se ha introducido al empezar la manobra, se halla encerrado en depositos que se ponen en comunicacion con la cámara que ocupe el equipaje, por medio de una llave.

Antes de abrir la puertecilla del fondo para las exploraciones que se quieran hacer, se empieza por equilibrar la presión de la atmósfera ocupada por los hombres, con la que sufre el barco en la profundidad á que se encuentra, y esto se consigue abriendo las llaves que comunican con los recipientes del aire comprimido. Se conoce que hay equilibrio, cuando una llave que se abre en el fondo no da entrada al agua ni salida al aire.

Haciendo salir por medio de bombas parte del agua que sirve de lastre, se puede hacer volver á subir el barco ó mantenerle á la altura conveniente.

El barco lleva además una maquina de vapor para la locomocion submarina, que se efectúa por medio de un hélice y que forma la parte mas ingeniosa del descubrimiento.

En fin, el barco submarino va tambien provisto de un aparato destinado á mantener el aire en condiciones aptas para la respiracion.

Este aparato absorbe el ácido carbónico producido por la respiracion, y restituye al aire el oxígeno perdido. La experiencia ha demostrado que gracias á este medio, cinco hombres pueden permanecer encerrados sin sentir incomodidad ninguna y por espacio de muchas horas, en un espacio herméticamente cerrado de siete metros cúbicos (unas nueve varas cúbicas).

## LA FAMILIA DE DARIO.

El pintor Desportes, en la biografía de Carlos Lebrun que leyó en 1749 ante la Academia real de pintura y escultura, hace la relación siguiente:

«En 1661, Luis XIV hallándose en Fontainebleau, pidió á M. Lebrun que le pintase un cuadro cualquiera, dejando á su cargo hasta la elección del asunto, y le dieron en el palacio mismo un aposento cerca del del rey, que iba casi todos los días á verle trabajar, y que se quedó tan prendado



La familia de Dario á los pies de Alejandro.—Grabado de Edelinck, copiado del cuadro de Lebrun.—Dibujo de Bossart.

de los modales y gracia de la conversacion del pintor, como de las producciones de su pincel. De este modo M. Lebrun pintó, digámoslo así, á los ojos de Su Majestad, el famoso cuadro de la familia de Dario; que M. Edelinck ha grabado con tanta perfeccion. El pintor eligió el momento en que Alejandro, saliendo victorioso de la batalla de Issus, va acompañado de Efestion á visitar á sus rehusas prisioneras y á toda la familia real de Persia. Se vá á la madre de Dario arrojada á los pies del favorito que tomó por el rey gracias á la riqueza de su armadura, y advertida de su engaño

piden perdón al vencedor, creyéndose oír á Alejandro, por las expresiones de las fisonomías, que la responde con dulzura: «No te equivocas, es otro yo.» Esta hermosa obra representa la época mas encumbrada en gloria y fortuna de su autor, y acabó de determinar al rey, ya prevenido en su favor, á otorgarle títulos de nobleza con unas armas que consisten en un sol en campo de plata y una flor de lis con campo de azul; además le regaló su retrato enriquecido de magníficas pedrerías, y por último le dió el nombramiento de primer pintor de cámara, en julio de 1662 con doce mil libras de pensión.»

Tantos favores muestran bien á las claras el entusiasmo que habia despertado en la corte este cuadro, en cuyas figuras los contemporáneos de Lebrun pretendian reconocer admirables modelos de todas las pasiones. La familia de Dario fué reproducida inmediatamente de mil modos. Enrique Toain, pintó en esmalte el cuadro de Lebrun y despues cuando se trató de grabarle, Lebrun, que supo escoger muy bien sus grabadores, halló, para esta delicada transformación de su obra al mas brillante y sólido de los buriles de su tiempo, que era el de Gerard Edelinck.

de los modales y gracia de la conversacion del pintor, como de las producciones de su pincel. De este modo M. Lebrun pintó, digámoslo así, á los ojos de Su Majestad, el famoso cuadro de la familia de Dario; que M. Edelinck ha grabado con tanta perfeccion. El pintor eligió el momento en que Alejandro, saliendo victorioso de la batalla de Issus, va acompañado de Efestion á visitar á sus rehusas prisioneras y á toda la familia real de Persia. Se vá á la madre de Dario arrojada á los pies del favorito que tomó por el rey gracias á la riqueza de su armadura, y advertida de su engaño

## GRATELLA.

POR  
M. A. DE LAMARTINE.  
(Véase la p. 181.)

En Nápoles llevé con poca diferencia la misma vida contemplativa que habia llevado en Roma en casa del viejo pintor; únicamente, en vez de pasar mis días visitando ruinas los pasaba errando por los orillales del golfo de Nápoles. Por la tarde volvia al antiguo convento, donde gracias á la hospitalidad del pariente de mi madre, tenia por habitación una celdilla junto al techo, y cuyo balcón lleno de flecos de flores y de enredaderas daba al mar, viéndose el Vesulio, Castellamare y Sorrento.

Cuando el horizonte matinal estaba despejado, veia brillar la casita blanca del Taso, suspendida como un nido de cisne á la cúspide de una roca amarillenta cortada á pico por las olas. Esta vista me encantaba. La luz de aquella casa brillaba hasta el fondo de mi alma; era como un relámpago de gloria que chispeaba á lo lejos sobre mi juventud y en medio de la oscuridad que me rodeaba. Acordábase de aquella homérica escena de la vida de ese genio,

cuando saliendo de la cárcel perseguido por la envidia de los pequeños, por el odio de los grandes, zaherido hasta en su inteligencia, su único tesoro, vuelve á Sorrento á buscar un poco de reposo, de ternura y de piedad, y que disfrazado de mendigo, se presenta á su hermana para sorprender su corazón, y ver si ella al menos sabrá reconocer al hombre que amó tanto.

«Al instante le conocí, dice la biografía, á pesar de su enfermiza palidez, de su harba blanca y de su capa desgarrada. Su hermana se arrojó en sus brazos con mas ternura y misericordia que si le hubiese visto cubierto con las doradas casacas de los cortesanos de Ferrara. Su voz se ahoga durante mucho tiempo entre los sollozos, al mismo tiempo que le estrechaba contra su corazón. Enseguida le lava los pies, y le dispone una opiparra comida; pero ninguno de los dos pudo tocar á los manjares que se habian sacado, tan llenos de lágrimas estaban en aquel momento ambos corazones; así pasaron el día llorando, sin decirse nada, mirando al mar y acordándose de su infancia.»

Un día, á principios del estío, en el momento en que el golfo de Nápoles con su cerco de colinas, de casas blancas y de elevadas viñas, se parece á una copa verde antigua blanca de espuma y festoneada en las asas y bordes de yedra y de pampanos; era la estación en que los pescadores que suspenden sus chozas á las rocas y que estenden sus redes sobre esas pequeñas playas de menuda arena, que se alejan de la tierra con confianza para pescar por la noche á dos ó tres leguas en medio del mar, bajo las escarpadas riberas de Capri, de Procida y de Ischia, y en medio del golfo de Gaeta.

Algunos llevan consigo antorchas de resina, que encienden para enganchar á los peces; porque la pesca sale á la luz, creyendo que es el crepúsculo del día. Un niño, acercando en la proa del baquichuelo, inclina silenciosamente la antorcha hacia las olas, mientras el pescador, mirando con cuidado al fondo del agua, trata de descubrir su presa y de envolverla en sus redes. Esas luces, rojas como ascuas de fuego, se reflejan en largos surcos ondulados sobre la masa de las aguas, como los largos rastros de resplandor que proyecta el globo de la luna. Las ondulaciones de las hace oscilar y prolonga su brillo de una en otra tan lejos como la primera ola la refleja á las olas siguiente.

Muchas veces pasábamos mi amigo, y yo horas enteras sentados sobre un escollo ó sobre las húmedas ruinas del palacio de la reina Juana, mirando esas luces fantásticas y evocando la vida errante y desventurada de esos pobres pescadores.

Algunos meses de estancia en Nápoles, el roce diario con hombres del pueblo en nuestros paseos por la campiña y por el mar, nos habian familiarizado con su idioma acentuado y sonoro, donde mas que á las palabras hay que atender á la mirada y á los ademanes. Filósofos por presentimiento, y caudados de las vanas agitaciones de la vida antes de haberlas conocido, evadíamos á veces la suerte de esos afortunados *lazzaroni* que tanto abundaban entonces en la playa y por los muelles de Nápoles, los cuales pasaban sus días á la sombra de sus barquichuelos, sobre la arena, oyendo las improvisaciones de sus poetas ambulantes, y bailando la *tarentela* con las jóvenes de su casta por la tarde, bajo algún emparrañado orillal de la mar. Conociamos sus hábitos, su carácter y costumbres, mucho mejor que las de la sociedad elegante en donde no nos presentábamos nunca. Esa vida nos gustaba mucho y adornaba en nosotros esos febriles movimientos del alma que gastan inútil-

mente la imaginación de los hombres antes de la hora en que su destino los llama.

Mi amigo tenía veinte años, y yo diez y ocho; ambos estábamos en esa edad en que se confunden los sueños con las realidades. Así resolvimos trabar amistad con aquellos pescadores, y quisimos embarcarnos con ellos para llevar durante algunos días su misma vida. Aquellas noches brillantes y luminosas que pasábamos bajo las velas en aquel colmpio de las olas, y bajo un cielo trasparente y estrellado, nos parecían una de las mas misteriosas voluptuosidades de la naturaleza que debian conocerse, aun cuando no fuera mas que para contárselas.

Libres y sin tener que dar cuenta á nadie de nuestras acciones y de nuestras ausencias, al día siguiente pusimos en ejecución nuestro proyecto. Al recorrer la playa de la Margellina, que se extiende bajo la falda de Virgilio, á la falda del monte Paustipo, donde los pescadores de Nápoles sacan sus barcas á la arena y remiendan sus redes, vimos un anciano robusto aun que estaba embarcando sus utensilios de pescar en su barquilla pintada de colores brillantes, y con una pequeña imagen de San Francisco esculpida en la popa. Un niño de doce años, su único recurso, metía en aquel momento en la barca dos panes, un queso duro, lustroso y dorado como los guijarros de la playa, algunos bigos y un cantarillo lleno de agua.

La fiscomía del anciano y la del niño nos gustaron, y nos pusimos al instante á hablar con ellos. El pescador se sonrió cuando le propusimos que nos llevara de remeros con él.

—No tenéis las manos callosas que se necesitan para manejar los remos, nos respondió. Vuestras blancas manos son mas propias para la pluma y el papel que para el remo; sería lástima que se endureciesen en la mar.

—Pero somos jóvenes, repuso mi amigo, y queremos probar de todo un poco antes de elegir nuestras profesiones. Vuestro oficio nos gusta mucho, porque se trabaja en el mar y bajo la bóveda del cielo.

—Teneis razon, contestó el viejo pescador. Es un oficio que pone contento el corazón, y que nos inspira confianza en la proteccion de los santos. El hombre no sabe de donde vienen el aire ni las olas. En la mano del obrero están el cepillo y la lima, la riqueza ó el favor en manos del rey, pero la barca está en manos de Dios.

Esta piadosa filosofía del barquero nos allanzó mas y mas en la idea de embarcarnos con él. Despues de una larguísima resistencia consistió en ello, y convinimos en que le daríamos cada uno dos *carlinos* diarios para pagar nuestro aprendizaje y nuestra comida.

Hecho este convenio, envié al muchacho á buscar á la Margellina un refuerzo de provisiones de pan, vino, queso duro y fruta. A la caída del día, le ayudamos á echar al agua su barca y partimos.

La primera noche fué deliciosa. El mar estaba sosegado como un lago enojonado en las montañas de la Suiza. A medida que nos alejábamos de la ribera, veíamos las lenguas de fuego de las ventanas del palacio y de los muelles de Nápoles que se iban perdiendo en la linea sombría del horizonte. Solo los faros nos mostraban la costa, y aun tambien palidecían ante la ligera columna de fuego que se escapaba del cráter del Vesulio. Mientras el pescador arrojaba las redes, y el niño medio dormido hacia vacilar su antorcha, nosotros dábamos de cuando en cuando un débil impulso á la barca, y escuchábamos estasiados el ruido sordo que hacían las gotas de agua de nuestros remos á caer armónica-

mente en la mar, como perlas en un plateado estanque.

Habíamos doblado hacia tiempo la punta de Paussillo, y atravesado el golfo de Purzoles, el de Bais y el canal del golfo de Gaeta, entre el cabo Misena y la isla de Prócida. Nos hallábamos en alta mar, y el sueño se iba apoderando de nosotros, de modo que nos echamos bajo nuestros bancos, al lado del muchacho.

Un sol brillante resplandecía sobre la mar en cintas de fuego, y se reflejaba sobre las casas blancas de una costa desconocida, de donde venía una ligera brisa que hacía palpitir la vela sobre nuestras cabezas, y nos impulsaba de las ensenadas á las rocas: era la costa cortada á pico de la preciosa isla de Ischia, en que debía yo habitar tanto tiempo, y que tanto debía gustarme. Allí se me aparecía por primera vez, nadando en la luz, saliendo de la niebla, perdiéndose en el azul del cielo, y nacida como de un sueño de poeta durante el ligero sueño de una noche de invierno.

La isla de Ischia, que separa el golfo de Gaeta del golfo de Nápoles, y que un estrecho canal separa también de la isla de Prócida, no es más que una escarpada montaña cuya blanca y peluda cima eleva sus picos hasta el cielo. Sus flancos agrestes, cortados con valles, barrancos y maderas de berrantes se hallan revestidos de urtica abajo de castaños de un verde sombrío. En los terraplenes que se hallan á las orillas de la mar, y que están inclinados sobre las olas se ven chozas, casitas rústicas y aldeas medio ocultas bajo los emparrados. Estas aldeas tienen todos su *marione*, nombre que se da al puerco dotan las barbas de los pescadores de la isla, y donde se columpián algunos palos mayores de buques de vela latina.

No hay una de esas casas suspendidas en las vertientes de la montaña, oculta en el fondo de sus barrancos, elevándose en uno de sus terraplenes, proyectándose sobre una de sus cimas, pegada á su bosque de castaños, á la sombra de los pinos, con su blanca fachada y sus paredes flotantes, que no haya sido en sueño la estancia ideal de un poeta ó de un amante.

Nuestros ojos no se cansaban jamás de contemplar este espectáculo. La pesca era abundante en aquella costa, y por consiguiente el pescador había tenido una buena noche. Arrámbanos pues en una de las pequeñas ensenadas de la isla para sacar agua de una fuente vecina y para descansar un poco bajo las rocas. A la caída del sol, volvimos á Nápoles, echados en nuestros bancos de remeros. Una vela cuadrada, atravesada á un palo sobre la proa, bastaba para llevarnos. El viejo pescador y el muchacho, ayudados por nosotros, sacaron la barca sobre la arena y se llevaron los restos de peces á la cueva de la casita que habitaban bajo las rocas de la Margellina.

En los días siguientes continuamos gozando nuestro nuevo ocio. Alternativamente fuimos atravesando todas las olas de la mar de Nápoles. Así visitamos la isla de Capri, de donde la imaginación realista aun la sombrea de Tiberio; Cumes y sus templos enterrados bajo los espejos laureles y á la sombra de las higueras salvajes; Bais y sus plazas silenciosas, que parecen haberse enviejado y blanqueado como aquellos romanos cuya juventud y delicias abrigaron antes; Portici y Pompeya, risueñas bajo la lava y las cenizas del Vesuvio; Castellamare, cuyas altas y negras florestas de laureles y de castaños silvestres, reflejándose en el mar, tienen de un verde oscuro las ruidosas olas de la playa. El viejo pescador conocía en todos aquellos sitios algunas familias de pescadores como él, donde recibíamos la hospitalidad cuando la mar estaba fuerte y no podíamos volver á Nápoles

Durante dos meses, no pusimos los pies en una posada; vivíamos al aire libre con el pueblo, y de la vida frugal del mismo pueblo: nos habíamos hecho pueblo también nosotros, para estar mas cerca de la naturaleza. Hablábamos su lengua, casi vestíamos su mismo traje, la sencillez de sus hábitos nos comunicaba, por decirlo así, la sencillez de sus sentimientos.

Por otra parte, esta transformación no nos costaba mucho á mi amigo y á mí. Educados ambos en los campos durante las tormentas de la revolución, que habían destruido ó dispersado nuestras familias, habíamos vivido mucho en nuestra infancia entre los aldeanos; mi amigo en las montañas del Greivaudan, en casa de una nodriza que le había recogido durante el encarcelamiento de su madre, y yo en las colinas de Macon, en la casita rústica donde mis padres habían llevado sus amenazadas vidas. Del pastor ó del labrador de nuestras montañas, al pescador del golfo de Nápoles no hay otra diferencia que la del sitio, la lengua y el oficio. El surco ó la labranza inspiran los mismos pensamientos á los hombres que trabajan en la tierra ó en el agua. La naturaleza habla la misma lengua en la montaña ó en el mar.

Esto nosotros lo experimentábamos. En medio de esos hombres sencillos, no parecíamos gente extraña, porque los mismos instintos son un parentesco entre los hombres. Aun la monotona de aquella vida nos gustaba alegrándonos, y sentíamos mucho que iban á llegar en breve esos días de otoño y de invierno, después de los cuales tendríamos que volver á nuestra patria. Ya a nuestras familias, inquietos por nuestro paradero, nos mandaban cartas llamándonos, pero nosotros alejábamos cuanto podíamos esta idea de marcha, complaciéndonos en la ilusión de que aquella vida no tendría término.

Si embargo, el mes de setiembre principiaba ya anunciándose con lluvias y tempestades. La mar iba estando ménos sosegada, y nuestro ocio al paso que se hacía mas duro, se volvía también mas peligroso. Las brisas eran ya frías, y las olas venían á veces tan cubiertas de espuma, que nos llenaban de agua. Habíamos comprado dos capotes de lana gruesa y oscura como la que gastan en el invierno los marineros y los lozzaroni de Nápoles: las anclas mangas de estos capotes cuelgan al lado de los desnudos brazos, y el capucho flotando hacia atrás ó echado sobre la frente, según el tiempo que hace, cubre la cabeza del marino de la lluvia y del frío, ó deja penetrar la brisa y los rayos del sol hasta los cabellos mojados.

Un día salimos de la Margellina con una mar que parecía una baña de aceite á pescar salmonetes en la costa de Capri; las rojas nieblas de la mañana anunciaban el viento para la tarde; nosotros creíamos tener tiempo para doblar el cabo Misena, antes de que las olas se enfurciesen.

La pesca era abundante y quisimos echar algunas redes más; pero chiretando llegó el viento, viniendo de la espaldas del Epomero, inmenso monte que domina á Ischia, con el ruido y el peso que hacía el mismo monte desplomándose en el seno de los mares. Primeramente aplañó todo el espacio líquido en torno de nosotros, y después las olas, vueltas en sí de su sorpresa, se hincharon con entrepelo llegando en pocos minutos á tal altura que de tiempo en tiempo nos ocultaban la costa y las islas.

Ya estábamos tan lejos de la tierra firme como de Ischia, y nos hallábamos á la embocadura del canal que separa el cabo Misena de la isla griega de Prócida. No teníamos otro partido que tomar, que el de entrar resueltamente en el canal, y si lográbamos atravesarle, virar hacia la izquierda

Por el golfo de Bahía, y abrigarnos en sus aguas tranquilas.

El viejo pescador no titubeó un instante. Desde lo alto de una ola donde el equilibrio de la barca nos tuvo suspendidos un momento en un torbellino de espuma, lanzó una rápida mirada en su derredor como un hombre perdido que se sabe á un árbol para descubrir camino, y enseguida precipitándose al timón nos dijo:

— A los remos, muchachos; tenemos que vogar al cabo mas ligero que el viento, pues si este nos alcanza, estamos perdidos.

Nosotros obedecimos como el cuerpo obedece al instinto. Con los ojos fijos en los ojos para buscar en ellos el rápido indicio de su dirección, nos inclinamos sobre los remos, y ora subiendo pensosamente sobre las altas olas, ora precipitándonos con su espuma en el fondo cuando bajaban, tratábamos siempre de amortiguar nuestra caída con la resistencia de nuestros remos en el agua. Ocho ó diez olas cada vez mas enormes nos arrojaron á la parte mas estrecha del canal; pero el viento se adelantó á nosotros como había dicho el piloto, y al encerrarse entre el cabo y la punta de la isla había adquirido una fuerza tan grande, que levantaba el mar como una furiosa lava, y las olas no hallando el espacio suficiente para huir á tiempo ante el huracán que las impulsaba, se amontonaban sobre sí mismas, caían y se derramaban en todos sentidos como una mar loca, y tratando de escapar sin poder salir del canal, pegaban con terribles golpes contra las rocas cortadas á pico del cabo Misena, elevándose una columna de espuma cuyo polvo llegaba hasta nosotros.

Era una gran locura el tratar de atravesar aquel paso con una barca tan frágil, que un poco de espuma podía sumergir entre las olas. El pescador arrojó sobre el cabo una mirada que nunca olvidaré, y después haciendo la señal de la cruz, exclamó:

— Es imposible pasar por ahí, y retroceder al mar es mas imposible todavía. No nos queda mas que un partido que tomar, y es el de llegar á Prócida, ó perecer.

Aunque éramos muy novicios en la práctica del mar, sin embargo conocíamos la dificultad de semejante maniobra con el viento que hacía. Al dirigírnos hacia el cabo, el viento nos daba en popa, impeliéndonos delante, así seguíamos la mar que huía con nosotros, subiendo á prodigiosas alturas con las olas. Pero para llegar á Prócida, cuyos luces veíamos brillar á nuestra derecha, era necesario cortar oblicuamente las aguas y deslizarlas, por decirlo así, en sus valles hacia la costa, presentando el flanco á las olas, y al viento los delgados bordes del barquichuelo. Sin embargo, la necesidad nos obligaba á tomar pronto un partido decisivo. El pescador, haciéndonos un ademán para que alzáramos los remos, se aprovechó del intervalo de una ola á otra para virar de lado; nos encaminamos á Prócida, y vogamos como un alga marina que las olas se van arrojando una á otra alternativamente.

Adelantábamos muy poco, porque ya estaba bien entrada la noche. El polvo, la espuma y las nubes que el viento desgarraba á pedazos sobre el canal aumentaban las oscuridad en que nos hallábamos. El viejo pescador había mandado al chico que encendiese una antorcha de resina, para ver un poco en las profundidades de la mar y dirigir mejor su maniobra, y para indicar mejor también á los marineros de Prócida que peligrosaba una barca en el canal, y que los naufragos les pedían no sus socorros, sino sus oraciones.

Era un espectáculo sublime y siniestro, el que presentaba aquel pobre muchacho agarrado con una mano al palo

de la proa, y con la otra alzando sobre su cabeza aquella antorcha roja cuya llama y humo torciéndose por el viento le quemaban los dedos y los cabellos. Aquella chispa flotando aparecía en lo alto de las olas se volvía á ocultar después en sus profundidades, siempre dispuesta á apagarse y á brillar de nuevo, como el símbolo de aquellas cuatro vidas de hombres que luchaban entre la salvación y la muerte en las sombras y en las angustias de esta noche.

Así se pasaron tres horas, cuyos minutos tienen la duración de las ideas que miden. Sabió luego la luna, y con ella principiá á soplar un viento furioso, de modo que si hubiésemos tenido la mas pequeña vela en nuestra barca, cien veces hubiéramos zozobrado. No obstante que los estremos de la barca eran sumamente bajos, y por consiguiente ofrecían poca resistencia al huracán, había momentos en que nos veíamos en grande aprieto, haciéndonos doblar como una hoja seca arrancada de un árbol. (Se continuará.)

#### THES COMETAS DESCUBIERTOS EN EL AÑO 1851.

En dicho año se han descubierto tres cometas; el primero lo observó el astrónomo Arrest en el observatorio de Leipzig en la noche del 27 de junio en la constelación de Piscis. Se presentó bajo la forma de una débil niebla circular sin rendimiento ninguno de cuerpo ni de cola. Colla observó una gran condensación de luz en la parte céntrica. Desde la constelación Piscis esta cometa se dirigió sucesivamente hacia la de Aries, de Tauro y de Eridano y se hallaba aun en esta constelación el 30 de setiembre. Tiene mucha semejanza con el cometa que apareció en 1778.

Si embargo, para asegurar la identidad de estos dos cometas, sería preciso acudir al cálculo de las perturbaciones. De todos modos esta cometa sería del número de las cometas de corto periodo y terminaría su evolución casi en el mismo tiempo que el cometa de Biela, siendo su próxima vuelta al periferio á principios del año 1857.

El segundo cometa ha sido descubierto el día primero de agosto por M. Brorsen en el observatorio de Seuffenberg en Bohemia en la constelación boreal los Lebreles. Era telescopico muy débil, y lo mismo que el precedente no presentaba cuerpo distinto ni cola, y solo se distinguía con el telescopio una nebulosidad de forma irregular. En la época en que fue visto por la vez primera por M. Colla, que fué el 14 de agosto el cometa seguía con el mismo aspecto, pero desde mediados de este mes aumentó su luz, presentando además por intervalos un pequeño cuerpo luminoso.

El descubrimiento del tercer cometa se debe igualmente á M. Brorsen, que le vió el 23 de octubre en la misma constelación, pero con la diferencia de tener un cuerpo muy brillante, y una cola lo mismo, con una longitud de cerca de un grado.

Al presente se cuentan seis cometas periódicos que son el cometa de Halley y los de Encke, de Biela, de Faye, de Vico y de Brorsen, á los que hoy deben añadirse los cometas de M. Arrest, de que hemos hablado. A excepción de Halley, cuya revolución se efectúa entre los 75 y 76 años, todos los demás cometas son de corto periodo, pues no pasan de siete años y medio. Dos de estos cometas, que son los mas célebres, son visibles este año; el de Encke y el de Biela, cuyos periodos son de tres años y medio y de seis años y tres cuartas partes de año. El cometa periódico de Faye, de siete años y medio, se presentará, según los cálculos de M. Leverrier, en noviembre de 1850. Los de Vico y los de Brorsen no han podido confirmar su última vuelta.

## LOUTHERBOURG.

Este lindo paisaje dice bien á las claras lo que ha querido representar en el nuestro artista. Nos hallamos en esa hora del día en que el pastor y el rebaño buscan el dulce alrigo de la sombra para ponerse á cubierto de los rayos del sol. El terreno es silvestre y sin árboles; al menos no se distinguen mas que un tronco á la derecha, cuyas ramas no están

en el lienzo; y sin embargo, gracias á esa roca en cuyas sinuosidades se ven algunos raquíticos arbustos, una fresca deliciosa reina en ese asilo del pastor y de los animales que está guardando. Por otra parte, sin querer atacar la justa celebridad que ha adquirido Loutherbourg como pintor de segundo orden, diremos que difícilmente se encontraría en todas sus obras un paisaje del mérito de este.

Nació en Strasburgo en 1733, Santiago Felipe Louther-



El descanso del Pastor.

bourg, llegó á París joven todavía pero con un talento formado ya, y logró darse á conocer enseguida por sus cuadros de paisajes y animales que llamaron la atención de los aficionados tanto por la novedad de su estilo, como por su colorido fresco y agradable.

Este pintor no se limitó al paisaje, propiamente dicho, sino que abarcó muchos géneros de pintura, y todos con muy buen éxito.

De este modo fué recibido en la Academia en 1763 habiendo pintado para ella una batalla.

Después presentó en muchas Exposiciones del Louvre varias marinas también muy buenas, aun comparándolas con las de José Vernet.

Si Vernet sorprendió con sus tormentas en el Mediterraneo, Loutherbourg no sorprendió menos con la representación de los horrores del mar Báltico y con los peligros que experimentan los buques que recorren los mares del norte, que tan perfectamente conocía.

También fué muy hábil en las cacerías, y pintó así mismo de un modo satisfactorio interiores de cuadros llenos de animales.

Fácil es reconocer las producciones de este artista, por su colorido fresco y brillante, por sus verdes quizás algo excojerados, por sus alegres cielos, á veces adornados con bonitas nubecillas, y en fin por un estilo particular de dibujar y pintar carneros y vacas, entre las cuales solían verse un loro blanco punto céntrico de la luz en esta clase de composiciones.

Sabido es que Loutherbourg no manifestó menos talento y destreza grabando al agua fuerte varias estampas del mejor gusto, entre las que se distinguen las cuatro Horas del día, varios paisajes, algunos interiores de cuadros y una larga serie de soldados parecidos á los de *Salcedo Rosá* que se estiman mucho aun en el día por los aficionados.

Loutherbourg murió en Holanda en 1804.

J. J. ANNOEX.

## FIESTA DE LA MADONA DEL ARCO EN NAPOLES.



El camino de Nápoles á la visita de la romería de la Madona del Arco. Dibujo de Valentín.

A principios del siglo XVII, en una aldea á algunas millas de Nápoles, casi bajo el Vesuvio, dos jóvenes estaban jugando á la pelota, uno de los cuales exclamó con entusiasmo:

«Estoy seguro de que voy á ganar! Me he encomendado á esa Madona antes de principiar el juego y señalaba una estatua de piedra colocada en un nicho, como se ven exteriormente en casi todas las casas de Italia, y se la soureido.» En efecto ganó, y su adversario furioso se quejó contra la divina intervencion, y tan encolerizado estaba, que tiró su pelota á la Madona, dándole en la mejilla, que al punto se puso amoratada. El señor de Sano, que pasaba por allí, cogió al que cometiera tal insulto, y le mandó ahorcar á la rama de un árbol. Con su contacto, el árbol se secó subitamente, y le cortaron, edificando en aquel sitio una iglesia en cuyo altar mayor se colocó la imagen milagrosa, que recibió el nombre de *Madonna del Arco*. Por qué la dieron este nom-

bre? Se ignora; la historia no dice si la aldea dio nombre á la iglesia, ó si la iglesia se le dió á la aldea. Lo cierto es que aquel lugar se convirtió en objeto de muchas romerías, y el arcedo número de ricas ofrendas que se ven allí, manifiesta la veneración que á aquella santa imagen se tenía. Las paredes de la iglesia se hallan enteramente cubiertas de muletas, piernas, brazos, cabezas, etc., de toda clase de materias, viéndose también muchos cuadros representando milagros debidos á la Virgen.

El día que se celebra la fiesta de esta Madona, una muchedumbre compacta y que á cada instante se renueva desde la mañana hasta por la noche, va dando vueltas á la iglesia, empujándose y echándose al suelo para recoger las hojas de rosas blancas que arrojan al público continuamente los monjes colocados en el centro ante el altar, rodeado de una balaustrada de mármol. Terminada la ceremonia, el pueblo se

va esparciendo bajo las sombras de los álamos junto a la iglesia, sentándose en corrillos a comer y a beber alegremente, mientras otros bailan acompañados de tambor y cas tañuelas. La fiesta campestre sucede a la fiesta religiosa.

Al anochecer, después de la tarantela, único baile admitido en las fiestas populares, la muchedumbre se vuelve a Nápoles cantando: el aspecto de aquella hermosa campiña sembrada de aquel modo a la hora en que la naturaleza principia a dormirse, bañada en los últimos resplandores de un crepusculo napolitano, forma un cuadro precioso para un extranjero.

GRATITUD.  
ALBERG. FLAMMAN  
POR  
VERITATIS

M. A. DE LAMARTINE.

Vienne le 19. 1817 1818

Nuestra barca iba haciendo tanta agua, que no bastábamos para desocuparla; había momentos en que sentíamos que las tablas del fondo se hundían bajo nosotros como un feretro que entra en el sepulcro. El peso del agua hacia la barca menos obediente, y podía ser un obstáculo para que se levantara entre dos olas: un segundo más, y podíamos durlo todo por concluido.

El anciano sin poder hablar, nos hizo un ademán desesperado, y nos hizo a entender que era necesario echar al agua todo cuanto había en el fondo del barchichuelo. En efecto, las vasijas de agua, los cestos de peces, las dos grandes velas, el ancla de hierro, las cuerdas, y hasta nuestros capotes empapados de agua, todo hubo a parar en mar de las olas. El pobre pescador contempló un instante aquel naufragio de toda su fortuna. La barca se levantó y corrió ligeramente sobre la cresta de las olas, como un alazan libre de todo peso.

Insensiblemente entramos en una mar más sossegada, al abrigo de la tormenta por la punta occidental de Procida. El viento se calmó, la llama de la antorcha volvió a respirar-decer como antes, la luna se abrió paso por entre las nubes, y las olas fueron alargándose, y cesaron de cubrir de espuma nuestras cabezas. Poco a poco entramos en una mar totalmente tranquila; y la negra sombra de la espesada de Procida nos cortó la línea del horizonte; nos hallábamos en las aguas de la mitad de la isla.

El mar estaba aun bastante fuerte a la punta para que pudiésemos llegar al puerto, de modo que tuvimos que abordar la isla de costado, y por medio de sus escollos.

— Ya no hay que tener miedo, nos dijo el pescador reconociendo la ribera a la claridad de la antorcha; la madona nos ha salvado. La tierra es nuestra, y esta noche nos acostaremos en mi casa.

Al oír esto creímos que habíamos perdido el juicio, pues ignorábamos que hubiese otra vivienda que su oscura cueva de la Margellina, y para llegar allá antes de la noche, habría sido necesario volver a pasar el canal, abordar el cabo, y arrotar de nuevo aquella mar tan alborotada a la cual habíamos escapado milagrosamente.

Pero el viejo pescador se sonreía de nuestro aire de estrañeza, y comprendiendo en nuestros ojos nuestros pensamientos, nos dijo:

— Tranquilizad; llegaremos allí sin que nos toque la mas mínima espuma de las olas.

Y enseguida nos explicó que era de Procida, que en la costa de aquella isla poseía aun la cabana y el jardín de su padre, y que en aquel mismo instante su anciana madre con su nieta, hermana de Boppino, nuestro joven gromete, y otros dos niños, estaban en su casa secando los higos y vendimiéndolos parras cuyas uvas venían en Nápoles.

— Remando un poco mas, añadió, beberemos agua de un manantial mas limpio que el vino de Ischia.

Estas palabras nos hicieron recobrar el ánimo, aunque fuimos que remar aun cerca de una legua a lo largo de la recta y espumosa ribera de Procida. De tiempo en tiempo, el muchacho alzaba y sacaba su antorcha, que lanzaba su siniestro resplandor sobre las rocas, mostrándonos por todas partes una muralla a la que era imposible aproximarse. Por fin, a la vuelta de una punta de granito que se adelantaba como una fortificación hasta dentro de la mar, vimos como una brecha; un par de remadas vigorosas nos hicieron virar en derechura a la costa, y tres últimas olas arrojaron a nuestra pobre barca entre dos escollos cubiertos de espuma.

La proa al tocar a la roca despidió un sonido como el de una tabla que se parte. Saltamos a la mar, amarramos lo mejor que pudimos nuestra barca con un pedazo de cuerda que nos quedaba, y seguimos al anciano y al niño que marchaban delante de nosotros.

Entonces principiamos a subir una especie de cuesta estrecha y escarpada que presentaba cortales en la roca unos escalones desiguales, resaladizos con el agua del mar. Esta escalera de piedra que a veces se escapaba bajo los pies, se veía reemplazada en algunos puntos por algunos escalones artificiales que habían formado allí moliendo por la punta largas estacas, en los agujeros de la muralla, y arrojando en ella tablas empapadas de vino barquichuelo, o hacedillos de ramas de castaños sin quitársela siquiera sus hojas secas.

Después de haber subido lentamente unos cuarentos o quinientos escalones, nos hallamos en un pequeño patio rodeado de un perfil de piedras blancas, y en cuyo fondo se abrian dos arcos sombríos que parecía debían conducir a alguna cueva. Encima de estos muchos arcos se veían dos galerías redondas y bajas cuyo techo formaba una azotea, y cuyos bordes se hallaban guarnecidos de flecos de flores. En la galería se veían colgadas mazozas de maíz que brillaban como arañas de oro con el resplandor de la luna.

Una puerta de tablas más unidas se abría sobre esta galería, y a la derecha el terreno desigual en que se hallaba edificada la casita, se elevaba hasta la altura de la galería. Una magnífica figuera y algunas cepas turquesas de vides se inclinaban sobre el ángulo de la casa, confundiendo sus hojas y sus frutos bajo la galería y serpenteando por sus muros. Sus largos saracientos medio ocultos en dos ventanas bajas que se abrian sobre aquel jardín, y si no hubiera sido por aquellas ventanas, se habría podido distinguir la casita cuadrada y baja, por una de las paredes rocas de aquella costa, o por uno de aquellos trozos de lava fría que se encuentran entre los castaños y las vides, y donde los labradores de Castellamare y de Sorrento practican pequeñas grietas cerradas con una puercilla para conservar sus vinos al lado de las cepas que los han producido.

Cansados por nuestra larga subida y por el peso de nuestros remos, que llevábamos encima, nos detuvimos un instante para tomar aliento en el patio de que hablamos. Pero el muchacho arrojando su remo sobre un montón de leña seca, y subiendo ligeramente las escaleras, se puso a llamar a una de las ventanas con su antorcha encendida aun, gritando con voz alegre:

— Madre! Sorellina! Gaetana! Graziella! despertáis; está aquí madre con unos forasteros.

Enseguida oímos una voz mal despierta, pero clara y dulce, que lanzaba confusamente desde el fondo de la casa algunas exclamaciones de sorpresa. Después vimos abrirse el postigo de una ventana impelido por un hazo desnudo y blanco que salía de una manga botante, y a la luz de la antorcha que el chico alzaba hasta la ventana, levantándose de puntillas, distinguimos la preciosa cara de una joven que se aparecía en el postigo.

Sorprendida en medio de su sueño por la voz de su hermano, Graziella no había tenido tiempo para vestirse; habíase lanzado, descalza, a la ventana, en el desorden en que estaba en su lecho. La mitad de sus largos cabellos negros caía sobre una de sus mejillas, y la otra mitad se torcía en torno de su cuello, y luego, llevada al otro extremo de su hombro por el aire que soplaban con violencia, pegaba contra el postigo entreabierto, y de rechazado la daba en el rostro como el ala de un cuervo agitada por el viento.

Con el revés de sus dos manos la joven se frotaba los ojos alzando sus codos y dilatando sus hombros con ese ademán que hace una criatura que se despierta y trata de abuyantar el sueño. Su camisa, amarrada en torno de su cuello, no permitía distinguir más que un cuerpo alto y delgado donde apenas se modelaban bajo el lienzo las ondulaciones de la juventud. Sus ojos, ovalados y grandes, tenían ese color indeseo entre el negro y oscuro y el azul de mar, cuyos destellos dulcifican la humedad de la mirada, y que mezclada en iguales proporciones en los ojos de la mujer la ternura del alma con la energía de la pasión; tinta celeste que los ojos de las mujeres del Asia y de la Italia parecen haber robado al fuego ardiente de sus días de llama y al sereno azul de su cielo, de su mar y de su noche. Sus mejillas eran redondas y bien entornadas; pero de un color algo pálido y un poco tostado por el clima, y no de esa blancura sana del Mediodía que se purve al color del mármol espuerto después de muchos siglos a las olas y al aire. La boca, cuyos labios eran mas gruesos y abiertos que los de las mujeres de nuestros climas, tenían los pliegues del candor y de la bondad; por último, sus dientes cortos, pero macrados, brillaban a los flotantes resplandores de la antorcha como las conchas a las orillas del mar bajo el agua herida por el sol.

Mientras hablaba a su hermanito, sus palabras vivas, un poco ásperas y bien articuladas, resonaban como una música en nuestros oídos, aunque la mitad se perdían en el viento. Su fisonomía, tan móvil como los rayos de la antorcha a la risa; por fin, cuando nos descubrió detras del tronco de la figuera, se retiró cortada de la ventana, y sin tardar mas tiempo que el que empleó en despertar a su abuela y en echarse un vestido, vino a abrirnos la puerta y a abrazarnos como vida a su abuelo y hermano.

La abuela se presentó bien luego con una lámpara de barro encarnado en la mano, la cual alumbraba su rostro pálido y delgado y sus cabellos tan blancos como los ovillos de lana que estaban sobre la mesa a donde hilaba la anciana heó la mano de su marido y la frente del muchacho. Todo lo que hemos contado en estas líneas pasó en algunos instantes. Nosotros no oímos todas las palabras que se pronunciaron, pues nos habíamos alejado cara no impedía la efusión de aquellos corazones: eran pobres, y nosotros éramos extranjeros; por consiguiente los debíamos el mayor

respeto, y nuestra actitud reservada en el último puesto y cerca de la puerta se lo manifestaban silenciosamente.

Graziella arrojaba de tiempo en tiempo una mirada de sorpresa y como del fondo de un sueño sobre nosotros. Cuando el viejo pescador acabó de contar lo sucedido, la abuela cayó de rodillas junto a la chimenea; Graziella, subiendo a la azotea, trajo una rumba de romero y algunas flores de naranjo con anchas estrellas blancas; tomó una silla, ató el ramillete de la puerta y ante la cual brillaba una lamparilla; nosotros conocimos que aquella era una acción de gracias a su divina protectora por haber salvado a su abuelo y a su hermano, y tomamos nuestra parte en su piadosa gratitud.

El interior de la casa estaba tan desnudo y era tan semejante a la roca como la parte de afuera; sólo las paredes estaban blanqueadas con una mano de cal. Los lagartos despertados por la luz se desizaban por las rendijas de las piedras y bajo la paja donde dormían los niños mas pequeños. Los nidios de golondrinas se hallaban suspendidos a las vigas cubiertas de cortezas que formaban el techo, viéndose salir por ellos las negras cabezas y los ojos inquietos de esos pajarillos que esperaban tambien la luz del día. Graziella y su abuelo dormían juntas en el segundo cuarto en una cama cubierta con un pedazo de vela; por todas partes se veían cestos de frutas y en un rincón la albarda de una mula.

El pescador se volvió hacia nosotros con una especie de vergüenza, mostrándonos con la mano la pobreza de su vivienda, y luego nos condujo a la azotea, que es el puesto de honor en el Oriente y en el mediodía de la Italia. Ayudado por el muchacho y por Graziella hizo una especie de choza cubierta apoyando una de las estremidades de nuestros remos sobre el muro del pretil de la azotea, y la otra en el suelo; cubrió este abrigo con una docena de hacedillos de ramas de castaño ahaldadas de cortar en el bosque; escuchó algunos sacos de paja en aquella choza, nos trajo dos pedozos de pan, agua fresca y unos higos, y nos dijo que durmiésemos con sosiego.

El cansancio y las emociones de aquel día nos dieron un profundo sueño. Cuando nos despertamos, ya los golondrinos gritaban al rededor de nuestro cama rozando la azotea, para comerse las migajas de pan de nuestra cena, y el sol, elevado ya en el horizonte calentaba como en un horno los hacedillos de ramas que nos servían de techo.

Largo tiempo permanecimos estendidos sobre nuestra paja en ese estado de medio sueño que deja al hombre moral sentir y pensar, antes de que los sentidos le hayan dado valor para levantarse. Nos dijimos algunas palabras inarticuladas interrumpidas por largos silencios y que al fin caían en el dominio de los sueños. La pesca de la vispera, la barca que se columpiaba furientemente, la mar furiosa, las rocas majestuosas, la fisonomía de Graziella asomada al postigo, a los resplandores de la antorcha de resina; todas esas imágenes se cruzaban y se confundían en nosotros.

Al cabo salimos de esta somnolencia por los sollozos y las reconvecciones de la abuela que hablaba en la casa con su marido. La chimenea, cuya abertura atravesaba por la azotea, traía la voz y algunas palabras hasta nuestros oídos. La pobre mujer se lamentaba de la pérdida de las pipas, del ancla, de las cuerdas casi nuevas, y sobre todo de las dos hermosas velas hechas por ella, tejidas con su propio



cañamo, y que habíamos tenido la barbarie de arrojar á la mar para salvar nuestras vidas.

— Por qué has tomado contigo á esos dos extranjeros, á esos dos franceses? decía al viejo pescador que la escuchaba aterrado y mudo. No sabías que son unos paganos, y que llevan consigo la impiedad y la desgracia? Ellos nos han arrebatado nuestra riqueza, y dales gracias aun de que no nos hayan arrebatado el alma.

El pobre hombre no sabía qué responder; pero Graziella con la autoridad y la impaciencia de una niña mimada, se indignó contra la injusticia de aquellas reconvenções, y tomando el partido del anciano, respondió á su abuelo:

— Y quién os ha dicho que esos extranjeros son paganos? Acaso los paganos tienen un aire tan compasivo con los pobres? Acaso los paganos hacen la señal de la cruz como nosotros delante de la imagen de los santos? Pues bien, yo os aseguro que ayer cuando os arrojiasteis para dar gracias al Todopoderoso, y cuando yo prendí el ramillete á la imagen de la madona, les vi bajar la cabeza como si rezaran; hicieron el signo de la cruz sobre su pecho y hasta vi brillar una lágrima en los ojos del mas joven, y caer en su mano.

— Era una gota de agua del mar que caía de sus cabellos, respondió con acritud el pobre anciano.

— Pues yo os repito que era una lágrima, repuso Graziella encolerizada. El viento que hacia debió haber secado sus cabellos desde la ribera hasta lo alto de la costa; pero el viento no seca el corazón; si, he visto una lágrima en sus ojos.

Comprendimos que teníamos una omnipotente protectora en aquella casa, porque la abuela no replicó y dió punto á sus murmuraciones.

Nosotros nos apresuramos á bajar á dar gracias á aquella pobre familia por la hospitalidad que habíamos recibido. En efecto, nos encontramos con el pescador, la abuela, Beppo, Graziella y hasta los pequeñuelos que se disponían á bajar hacia la costa para ver si la barca que habíamos abandonado la vispera estaba bien amarrada, porque la tormenta duraba todavía. Nosotros les seguimos con la frente baja, tímidos como unos huéspedes que han ocasionado una desgracia en una familia, y que no se hallan muy seguros todavía de los sentimientos que inspiran.

El pescador y su mujer nos precedían, y Graziella con uno de sus hermanitos de la mano y otro en los brazos, venía detrás de nosotros. Nosotros les seguíamos en silencio. A la última vuelta de la escalera, desde donde se distinguen los escollos que la punta de una roca nos ocultaba á nosotros todavía, oímos un grito de dolor lanzado á la vez por muchas voces. Nos vimos levantar sus desnudos brazos al cielo, torciéndose las manos como en las convulsiones de la desesperación, pegarse puñados en la frente y los ojos, y arrancarse mechadas de cañas que se llevaban el viento arrebolándose contra las rocas.

Graziella y sus hermanitos mezclaron bien luego sus voces á aquellas tristes exclamaciones. Todos se precipitaron como unos locos hacia los escollos, se adelantaron hasta las franjas de espuma que olas inmensas enviaban á tierra, y cayeron sobre la playa, los unos de rodillas, los otros hacia atrás, y la abuela con el rostro en sus manos y la cabeza en una húmeda arena.

Nosotros contemplábamos esa escena de desolación desde o alto de un pequeño promontorio, sin fuerzas para acercarnos; la barca amarrada á la roca, pero sin nada en la popa que pudiera contenerla, habia sido alzada durante

la noche y despedazada contra los picos de los escollos que debían protegerla. La mitad del pobre esquife estaba aun amarrado por la cuerda á la roca en que le habíamos fijado la noche antes, y se movía con un ruido siniestro como el que producen las voces de los naufragos que se apagan en un gemido ronco y desesperado.

Las otras partes de la quilla, la popa, el palo, las tablas pintadas, estaban sembradas aquí y allí en la playa como los miembros de un cadáver desgarrado por los lobos, después de un combate. Cuando llegamos á la playa, el viejo pescador se hallaba ocupado en recoger aquellos restos, que miraba al pronto con ojos secos dejándolos caer á sus pies para ir en busca de otros. Graziella floraba sentada en tierra con la cabeza en su delante, y los chicos con sus piernas desmenuadas en la mar, corrían gritando detras de los restos de las tablas, que procuraban arrastrar hacia la orilla.

En cuanto á la abuela, esta no cesaba de gemir y de hablar gimiendo. Nosotros no oíamos mas queacentos confusos y quejas que desgarraban los aires y partían el corazón:

— Oh, mar feroz! mar sorda, y peor que los demonios del infierno! mar sin entrañas y sin honor gritaba, apurando el vocabulario de las injurias, y mostrando el puño cerrado á las olas; porque no nos has arrebatado á nosotros tambien? á todos nosotros, puesto que nos has quitado el pan? Mira, mira, llévame en pedazos, ya que entera no has querido llevarme!

Y al decir esto se incorporaba, y arrojaba al mar mechadas de sus cabellos mezclados con pedazos de su vestido; amenazaba á las olas con sus ademanes, daba patadas en la espuma, y después pasando alternativamente de la cólera á la queja, y de las convulsiones á la ternura, volvía á sentarse en la arena, apoyaba su frente en sus manos, y contemplaba llorando las tablas mal juntas que se despedazaban contra el escollo.

— Pobre barca! esclamaba, como si aquellos restos hubiesen sido los miembros de un ser querido que acababa de quedar privado de conocimiento; era esa la suerte que te esperaba? no debíamos nosotros percer contigo, percer juntos, como hemos vivido? Y ahora estas ahí en pedazos, en polvo, gritando, muerta y todo sobre el escollo desde donde nos has llamado toda la noche, y adonde habríamos debido acudir á socorrerte? Qué piensas de nosotros? Nos has servido bien y en pago de ello te hemos abandonado y perdido? Perdido, tan cerca de la casa, al alcance de la voz de tu amo, arrojada á la costa como el cadáver de un perro fiel que despiden las olas á los pies de su amo que le ha ahogado?

Después sus lágrimas sofocaban su voz; se ponía á nombrar una por una todas las cualidades de su barca, todo el dinero que le habia costado, y cuantos recuerdos de ella le quedaban.

— Para eso te habíamos gobernado y te habíamos puesto tan bonita. Para eso mi pobre hijo antes de morir y de dejarme con tres criaturas sin padre ni madre, te habia construido con tantos cuidados y tanto amor, y casi enteramente con sus propias manos? Cuando yo iba á sacar los restos de tu barca con sus propios brazos en la madera, y los besaba en memoria suya. Ahora quien los besarán serán los fibrones! En las noches de invierno, el mismo habia esculpido con su cuchillo la imagen de San Francisco en una tabla, que puso luego en la popa para proteger la barca contra los temporales. Oh, venerado santo, que poco re-

conocido se ha mostrado! Qué ha hecho de mi hijo, de su mujer y de su barca que nos habia dejado para ganar la vida á sus pobres hijos? Y cómo se ha protegido él mismo, donde está su imagen?

— Madre! madre! esclamó uno de los niños recojiendo en la playa entre las rocas un pedazo de tabla que habia venido envuelto en el agua; aquí está el santo!

La pobre mujer olvidó su cólera y todas sus blasfemias, se lanzó meliendo los pies en el agua, hacia el muchacho, tomó un pedazo de madera esculpido por su hijo, y le besó cubriéndole de lágrimas. Después se fué á sentar á un lado sin decir palabra.

Nosotros ayudamos á Beppo y al anciano á recoger uno por uno todos los restos de la barca. Sacamos á la playa la quilla hecha pedazos; hicimos un monton de todos los despojos, entre los cuales apenas podrian aprovecharse algunas tablas y el hierro; pusimos encima algunas gruesas piedras, para que si las olas subían no dispersaran aquellas reliquias del esquife y nos volviéramos detras de ellas á su casa. La falta de embarcación y el estado del mar hicieron imposible nuestra partida entonces.

Después de haber tomado con los ojos bajos y sin decir palabra, un pedazo de pan y un poco de leche de cabra que Graziella nos llevó á la fuente junto á la bignera, dejamos la casa sumergida en el llanto y fuimos á pasearnos bajo el emparrado y los olivos del elevado terrapien de la isla.

Nuestro amigo y yo no nos habíamos pero ambos teníamos el mismo pensamiento, y tomábamos por instinto todos los senderos que conducían á la punta oriental de la isla y que debían llevarnos á la vedina población de Prócida. Algunos pastores y algunos jóvenes vestidos á la griega, que encontramos con cántaros de aceite á la cabeza nos indicaron el mejor camino, y por fin, después de una hora de marcha llegamos á la ciudad.

— Triste aventura nos ha sucedido, me dijo mi amigo. — Pero podemos cambiarla en alegría para esas pobres gentes, le respondi.

— Pensando estaba en ello, repuso haciendo sonar en su cinto un crecido número de zeques de oro.

— Y yo tambien, pero apenas tengo cinco ó seis zeques en el bolsillo. Sin embargo, como tengo mi parte en la desgracia, hecho teneria tambien en el remedio.

— Yo soy el mas rico de los dos, dijo mi amigo; tengo crédito en casa de un banquero de Nápoles; adelantare lo que hago falta, y vuelto á Francha arreglármelos cuentas.

Al hablar así íbamos bajando ligeramente las empinadas calles de Prócida. Bien luego llegamos á la Marina, nombre que dan á la playa que está junto á la rada, ó al puerto, en el archipiélago y en las costas de Italia. La playa estaba cubierta de barcas de Italia, de Prócida y de Nápoles que habian debido buscar un abrigo en sus aguas á causa de la tormenta de la vispera. Los marineros y los pescadores dormían al sol al murmullo de las olas, ó conversaban en grupos sentados. Al ver nuestro traje y nuestros gorros de lana encarnada, nos tomaron por jóvenes marineros de Toscana ó de Genova, desembarcados en Prócida de uno de los bergantines que llevan aceite ó vino de Ischia.

Recorrimos la marina buscando con los ojos una barca sólida y buena, que pudiese ser conducida fácilmente por dos hombres, y cuya proporción y formas se pareciesen lo mas posible á la que habíamos perdido. No nos costó gran trabajo el hallarla. Vimos una que pertenecía á un rico pescador de la isla que poseía otras varias, y esta tenia apenas

algunos meses de servicio; fuimos á casa de su amo, cuyas señas nos indicaron en el puerto.

Este hombre era alegre, sensible y bueno; se enterneció con la relación que le hicimos del desastre de la vispera y con la desolación de su pobre compatriota de Prócida; no perdió un real del precio de su embarcación, pero tampoco exajeró su valor, y nos la vendió por treinta y dos zeques de oro que mi amigo le pagó al contado. Mediante esta suma nos quedamos con la barca y un aparejo completo enteramente nuevo.

Además añadimos nosotros dos capotes de paño pardo, uno para el viejo y otro para su niño que compramos en una tienda del puerto; unas cuantas redes de diferentes especies, cestos para meter la pesca y algunos groseros utensilios de casa para uso de las mujeres. Convinimos con el mercader de barcas en que le daríamos tres zeques mas si aquel mismo día me podía la embarcación en el punto que le designásemos. Como la borrasca habia pasado y la tierra elevada de la isla alargaba un poco la mar del viento de aquel lado, se comprometió á ello y nos volvimos por tierra á casa de Andres.

Anduvimos nuestro camino lentamente, sentándonos á cada árbol, á la sombra de cada emparrado, hablando, comprando á las jóvenes prociotas las cestas de ligas y de uvas que llevaban, y dando tiempo para que transcurrieran muchas horas. Cuando desde lo alto de un promontorio distinguimos nuestra embarcación que se deslizaba furtivamente á la sombra de la costa, apresuramos el paso para llegar al mismo tiempo que los remeros.

No se oía ninguna voz en la casita ni en la villa que la rodeaba. Dos hermosos pichones con anchas patas cubiertas de plumas, y con las alas blancas con puntas negras que andaban buscando los granos de maíz sobre el muro en forma de pretil, eran la única señal de vida que animaba á aquella casa. Solíamos sin hacer ruido hasta el techo, y llamamos á toda la familia durmiendo profundamente. Todos, excepto los niños, cuyas hermosas cabezas reposaban juntas sobre el brazo de Graziella, estaban como atargados en la actitud que produce el abatimiento.

La abuela tenía la cabeza entre las rodillas, y su entorpecido aliento parecia sollozar todavía. El viejo pescador estaba tendido boca arriba con los brazos en cruz, recibiendo el sol de lleno; las golondrinas rozaban en su vuelo sus cabellos blancos; y las moscas cubrían su sudosa frente. Dos bondas arrugas que serpentaban hasta su boca atestiguaban que la fuerza del hombre se habia quebrantado en él, y que se habia dormido llorando.

Este espectáculo nos hizo dañar, y solo nos consoló la idea de la felicidad que íbamos á procurarnos. Les despertamos y arrojamos á los pies de Graziella y de sus hermanitos en el suelo, el pan tierno, los quesos, la carne salada, las uvas, las naranjas y los higos que habíamos comprado en el camino. Los jóvenes, así como los niños, no se atrevían á levantarse en medio de aquella lluvia de abundancia que caía como del cielo en torno suyo. El padre nos daba las gracias por su familia, y la buena anciana miraba todo aquello con ojos sombríos; la expresión de su fisonomía estaba mas cerca de la cólera que de la indiferencia.

— Vamos, Andres, dijo mi amigo al pobre pescador, el hombre no debe llorar des de voces lo que puede volver á adquirir con trabajo y valor. En los bosques hay tablas, y velas en el cáñamo que está en los campos; solo la vida del hombre gustada por la pena no renace nunca: un día de lágrimas consume mas fuerzas que un año de trabajo. Bajad con

nosotros, y que venga también vuestra mujer y vuestros hijos. Nosotros somos vuestros marineros, y por consiguiente debemos ayudaros a subir esta tarde al patio los restos de nuestro naufragio, con lo cual podréis hacer cercados, camas, mesas y demás muebles para la casa. Un día en vuestra vejez os alegraréis de dormir sosogado en medio de esas tablas que durante tanto tiempo os columpiaron en los océanos.

(Se continuará.)

### LA PRIMAVERA

COMPARADA CON LAS DEMAS ESTACIONES.

Estación feliz, primavera deseada: tú despiertas con tu agradable frescor, con tu fuerza atmosférica, y con tu temperatura, tú despiertas, digo, a la semilla que espurrida y olvidada se encuentra por los valles, y le haces que lozana vuelva a reproducir la planta que le dio el ser: tú que a la empujadora mata como a el carbusto y árbol más infuso, que por tan largo espacio de tiempo se han visto desprendidos de sus raíces, sólo esperas tu venida, para con tu soplo despertar de ese sueño invernal, despegar su follaje y hacer ostentación de sus vistosos y variados colores: tú que a la naturaleza vegetal toda la das nueva vida, nuevo impulso, vigor nuevo, ¿habías de ser tan mezquina que dejaras olvidado el reino animal, en donde hay seres más perfectos, más provechosos y de una más necesaria existencia en el orden físico, moral? Un desconcierto general sería este que haría entorpecer esas leyes de física que tanto nos admiran. En efecto, el reino zoológico no debe quedar menos agradecido a esta bella estación, por ella los últimos seres de su escala, a manera de los vegetales, rejuvenecen y fructifican; otros salen de sus guardias encallidos y hambrientos, desengando en esta época reponerse de las pérdidas que sufrieron en el largo período del invierno; otros despojan sus lúevos, los incuban, y sus polluelos se hallan ya robustos para resistir el verano; otros despiertan de una muerte aparente, para seguir gozando su vida propia, quienes se ponían más lozanos, más ágiles y con una actividad mayor en todas sus funciones. Y muchos otros, no esperan con impaciencia que venga este mismo tiempo para entregarse a sus amores, dar á luz á sus hijuelos, criarlos y robustecerlos antes que los abrasadores rayos del estío puedan atacar tan tiernos retoños? Unos pierden el mirrabil y mal vistoso piel para cubrirse de otra, y cuantas aves se engalanan con nuevas plumas que tanto las adornan y embellecen? En fin, la naturaleza toda adquiere no sólo impulso, nueva vida, nueva animación. Y así como todos los seres de la creación reciben tan prodigamente sus benéficas influencias de esta rica primavera, desde la semilla de organización más simple, hasta el más corpulento y gigantesco vegetal de tejidos y órganos los más complejos; desde el polipo más sencillo hasta el animal de organización la más complicada y cabal, ¿podríamos escrupular al hombre, tipo de la perfección entre los demás seres creados, de tomar parte en esta bella estación, y que no le sea la más ventajosa, cuando es la obra maestra de la naturaleza y el punto de confluencia donde vienen á reflejarse casi todos los otros seres? De esto trataremos brevemente.

En cualquiera de los estados que consideramos al hombre, bien en el de salud, bien en el de enfermedad, no podemos menos de encontrar allí esta misma benéfica influencia primaveral: considerémosle ahora en el estado de salud, y no

nos fijemos mucho en manifestar esa bella perspectiva que ofrecen los seres naturales en esta época, en que tanto seducen y halagan los sentidos, entretienen nuestra atención unas veces, distrayendo y disipando nuestras melancolías otras, y dando una expresión mayor á nuestra vida según el lenguaje de Buffon, haciéndonos admirar las bellezas de estos naturales poco hace estériles, marchitos y casi sin vida.

Habiendo de las estaciones dijo ya Celso «que es la primavera la estación más sana de todas» tratando de lo mismo añade Moilan «que es la primavera la juventud del año, la época de la animación, de la expansión, y del júbilo general»; casi con los mismos términos se expresan Londe y For, y cuantos higienistas tratan de esto. En efecto, no tenemos más que pasar la vista por algunos de los diferentes agentes modificadores de nuestro organismo, que Galeno llamaba cosas no naturales, y estos agentes nos lo demostrarán patentemente.

El aire que nos circunda por todas partes, que en todos puntos y en todas ocasiones nos ponemos en tan íntimas relaciones con él, que es el elemento natural de los pulmones y el verdadero alimento de la respiración, se hace nocivo y produce trastornos generales y locales, luego que pierde las condiciones propias de pureza y de temperatura de que debe constar. Pues bien, así como la temperatura de la primavera es de ordinaria templada, en el estío tenemos que es mucho más elevada, y está mayor cantidad de calórico hace que el aire, siguiendo como todos los cuerpos las leyes generales de física, por el excesivo calor se dilata, se enrarece, y en un volumen determinado contiene menor cantidad de masa que en otra temperatura no tan alta: esto hace que en el estío en una aspiración dada, no entre la suficiente cantidad de aire que se necesita para arterializar la sangre que llega á los pulmones, y de aquí que la frecuencia de las respiraciones que entonces se producen, quiera suplir la menor cantidad de aire atmosférico que se inspira en cada una de ellas; entonces los pulmones y el corazón funcionan mucho más que en primavera, fatigándose con un trabajo tan reñido; por eso con facilidad en el estío nos sentimos cansados con el menor esfuerzo, estamos anhelosos como si no respirásemos completamente; el calor nos sofoca y se nos hace intolerable; el sudor es más ó menos abundante, la presión atmosférica que hay sobre nosotros es mucho menor, todo esto hace que la fibra se relaje, la fiabilidad entra en nuestros tejidos, y que nos encontremos casi sin fuerzas, sin acción, indolentes, perezosos y siempre con condiciones al cansancio. Ocurre más en el estío medianamente, y es que con tan elevada temperatura los cuerpos organizados que dejaron de vivir, entran fácilmente en descomposición, produciendo gases moféticos, malos para la respiración, que se mezclan luego con el aire atmosférico impurificando la atmósfera, y dando lugar á incomodidades, que iniciando la sangre la alteran y vitian.

En la primavera, por el contrario, tenemos que ordinariamente hay un equilibrio entre la temperatura del cuerpo humano y la del aire atmosférico; luego la densidad de este mismo aire es muy proporcionada, no encontrándose tan enrarecido como en verano ni tan condensado como en invierno: tampoco tenemos aquellas impurezas atmosféricas producidas por el excesivo calor, y que reduce á gases los cuerpos orgánicos que dejaron de vivir, pero en cambio tenemos el fragante aroma que nos regalan las flores, y el balsámico olor que nos prestan las lavandas y tantas otras plantas aromáticas cuyo aceite volátil contribuye á escitar nuestra sensibilidad y poner mas en armonía nuestro orga-

nismo. Por eso en este tiempo de primavera, el que disfruta de salud, puede decir verdaderamente, *cito gozando*; pues aun cuando tenga esa misma salud en el estío, no puede decir, mas que vive sano, sí, pero vilmente, fatigoso, soñoliento; sus concepciones son lentas, su razon es poco luminosa como dice Montan, ahora es cuando respira un aire puro, cuando usa de alimentos sazados, cuando digiere bien y tiene buenos humores; por eso se encuentra más ágil, más activo, más emprendedor; sus ideas son más luminosas sus juicios más verdaderos, sus raciocinios los más lógicos y su inteligencia más clara y despejada, y es porque como dice Trousegu: *Sanguinis sapientiam facit, presertim quam quam habent consuetudine concretione.*

No diremos más del estío comparado con la primavera: como nuestro propósito no es otro que hacer un artículo, en el que nos manifestemos, que la primavera es para el hombre considerado en estado de salud, la estación más ventajosa de todas; nos reservamos á deducir otras razones que serian más propias para una disertación y nos contentamos con lo dicho para no ser tan difusos, pasando luego á tratar del otoño.

No podemos ser tan severos con el otoño como con el estío; el otoño es la estación que más se asemeja con la primavera; su aire, que si bien no es tan puro porque le quedan sustancias orgánicas en corrupción, sin embargo en aquella época se respira agradablemente, y muchos de sus días se comparan con la primavera por lo templado de su temperatura, lo despejado de su atmósfera y por el buen estado interior y exterior que sentimos en nuestro organismo; á pesar de eso, en muchas ocasiones su aire contiene también bastante humedad, y la razón á nuestro entender, más concluyente de no ser tan ventajoso como la primavera, es, como dice Foy, porque el otoño es la época de las inconstancias atmosféricas: lo que se observa mas comunmente es, que la primera mitad del otoño sea muy semejante por su calor incómodo á la del estío, y su segunda partícipe de los rigores y crudezas del invierno. Esta inconstancia de temperatura no pasó desapercibida para el grande Hipócrates, puesto que dejó consignado en la sección 3.ª de su aforismo 5.º «que en el otoño las enfermedades son peligrosas: en la primavera, por ser más salubres, no ofrecen tantos cuidados», en el aforismo siguiente añade: «el otoño es malo para los tísicos» erro que si esta época tiene condiciones para empeorar y acabar con la vida de los enfermos, también puede tener condiciones para restituir y aliviar la salud de los sujetos sanos.

Del invierno, con cuanta razón los higienistas de todos los tiempos han ido repitiendo, que así como la juventud del año es la primavera, la senectud del mismo es el invierno! Esta estación marchita y sin encantos, destituida de vida y de poesía, infucunda y poco productiva, que llena de miseria y de trabajos á tantas familias, que tan incómoda se hace para el pobre trabajador, y que en medio de sus precauciones el rico no se descarta de sentir sus rigores, esta estación, digo, es la menos ventajosa para el hombre sano, pues el frío de su temperatura, que mina y penetra por todas partes haciendo á todos sentir igualmente sus desagradables efectos, la poca influencia de los rayos del sol, la casi ninguna vegetación, lo excesivo del aire frío y seco en unas ocasiones, y de frío y húmedo en otras, hace que la vida no sea muy placentera en esta situación, y que con la mayor avidez deseemos salir de la noche de año nuevo, para despertar alegres y risueños, llenos de animaciones y esperanzas en la mañana de la primavera, como dice Moilan.

Con cuanto fundamento, decimos, es la primavera para el hombre sano la estación más ventajosa? La autoridad, el raciocinio y la experiencia misma están en su abono: feliz primavera que al niño robustece, al joven fortifica, al adulto presta más vigor, y al anciano rejuvenece y alivia de sus dolencias; feliz, repito, la época de las mañanas frescas y agradables, de los días despejados y claros, de las tardes apacibles y alegres y de las noches tranquilas y serenas: feliz por último con tu verdor, tus flores, tus aromas, tu suave frescura y la pureza de tu ambiente, pues por ella el labrador se fatiga menos, al artesano no le causa el trabajo, el literato con más aprovechamiento se entrega al estudio y el poeta sublima sus inspiraciones.

F. ESTRINE Y SORIANO.

### EL PEGASO BAJO EL YUGO.

POESÍA DE SCHILLER, ILUSTRADA POR RETZSCH.

(Véase la pág. 167.)

Al principio todo va bien: el ligero alazán se anima, galopa y lleva el carruaje rápidamente, Pero qué sucede? Los ojos vueltos hacia las nubes y faltándole la costumbre de tocar el suelo con sus pies, bien luego abandona el camino, y tiel á la poderosa naturaleza, se lanza á través de los árboles y de los pantanos, á través de los campos y de los montes. El mismo vértigo se apodera de los demás caballos: en vano les dan voces, las riendas son impotentes, hasta que al cabo, con espanto de todos los viajeros, el carruaje abierto y dislocado se desliza sobre la cima de una montaña.

— Esto no va bien, dijo Juan el labrador en tono pesadísimo, y nunca irá mejor; vamos á ver si por medio del trabajo y del ayuno podrá vencer á ese animal endiabrado.

La prueba se hizo, bien luego el noble alazán se quedó flaco como una sombra.

— Al fin logró lo que quería, dijo Juan; es, manos á la obra: enganchemos ese caballo á la carreta con mi mejor huey.

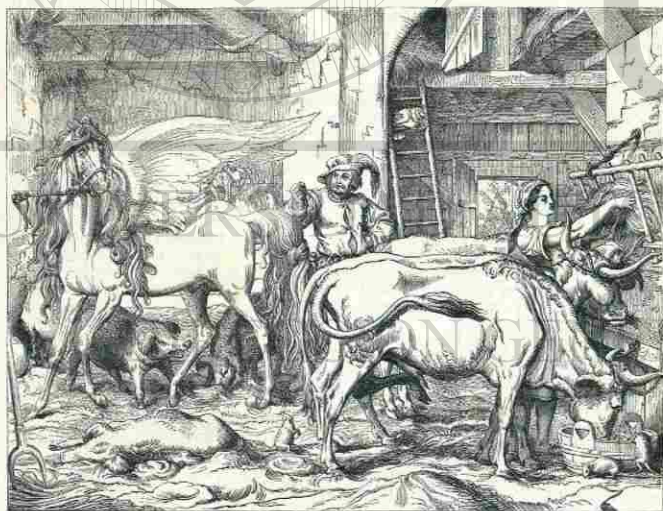
Y así se hizo. Rídicula reunión, la de un huey con un caballo alado! Pégaso se somete aunque con sentimiento é intenta un postrer esfuerzo para reaniciar su vuelo, pero en vano; el huey marcha con paso comedido, y el alazán de Apolo debe limitarse. Aniquilado en fin por su larga resistencia, privado de sus fuerzas y muerto de dolores, el noble animal se cae al suelo rodando en el polvo.

— Maldito caballo! escúchame Juan encolerizado, y dándole latigazos; con qué no sirves para nada? He sido víctima de un tunante que me ha engañado.

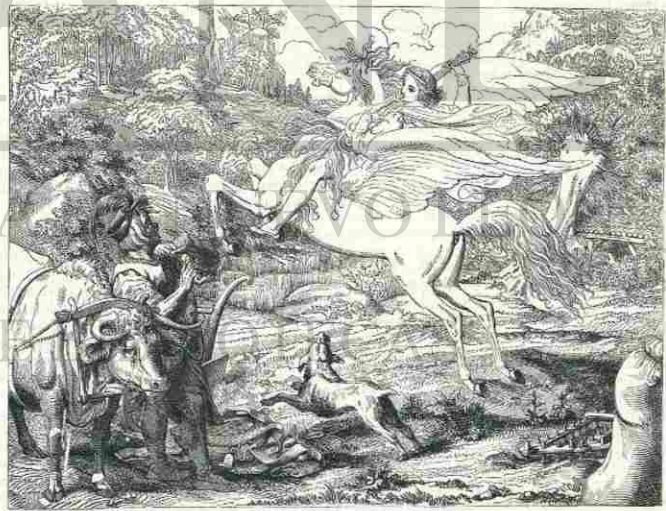
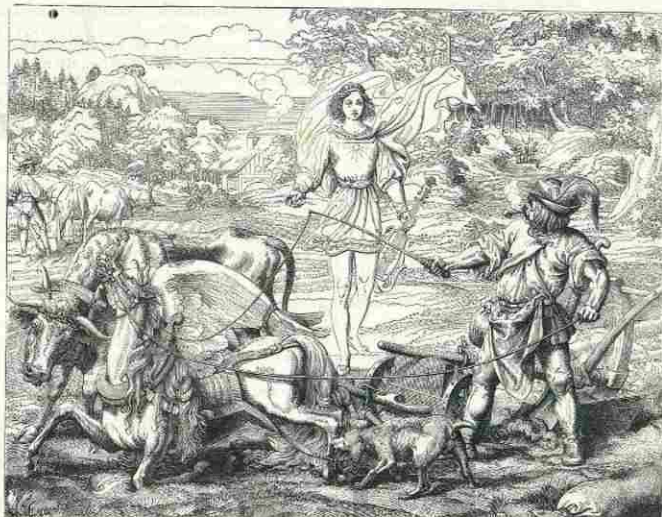
Mientras exhala su rabia de este modo, un guapo mozo pasa alegremente por el camino; en sus ágiles dedos resaca un laúd, y una cinta de oro adorna su rubia cabellera.

— Qué ploussé hacer con esa extraña pareja, amigo mío? preguntó al campesino. Qué idea has tenido de unir al mismo yugo al huey y al pájaro? Confíame algunos instantes tu caballo, y te prometo que verás grandes maravillas.

Desunido el hipogrifo, el joven le monta riéndose; pero apenas el alazán siente la mano segura del amo, cuando se estremece, se levanta y brilla en sus ojos un relampago. Ya no es aquel animal muerto de fatiga, es un alazán regio, un espíritu, un Dios que se lanza majestuosamente al soplo de la tormenta, que camina hacia el cielo, y en tanto que las miradas le buscan todavía, se cierne en las regiones de los aires.



(El Pegasus)



bajo el yugo.) (Véase la página 167.)

CHARRERÍA.

POE

M. A. DE LAMARTINE.

(Véase las páginas 181, 182 y 184.)

— Nos servirán para hacer nuestro ferreo, murmuró sor-  
damente la pobre abuela.

Sin embargo se levantaron y nos siguieron todos bajando lentamente las escaleras de la casa; pero se conocía que el aspecto del mar y el ruido de las olas les hacían daño. No traté de describir aquí la sorpresa y la alegría de aquellas buenas gentes, cuando desde lo alto del descansillo de la escalera, descubrieron la hermosa embarcación nueva, brillando a los rayos del sol y tirada a seco sobre la arena, al lado de los restos de la antigua: cuando mi amigo les dijo: «Vuestra es!» todos cayeron al suelo de rodillas, como heridos de un rayo, cada cual sobre el escalón en que se hallaba para dar gracias a Dios, antes de hallar palabras para dárnoslas a nosotros. Pero su gozo nos bastaba.

Levantáronse a la voz de mi amigo que les llamaba, y corrieron detrás de él hacia el bañiquelero: al llegar á él dieron una vuelta en torno suyo con el mayor respeto, como si hubiesen tenido que aquello fuese un sueño fantástico que podía desvanecerse. Después se acercaron un poco más y se atrevieron á tocarla llevando enseñada á su frente y á sus labios la mano que la había tocado, y por último lanzaron mil exclamaciones de admiración y de alegría, y asiendo de las manos en cadena desde la abuela hasta los más pequeños, se pusieron á bailar en torno de ella.

Beppo fue el primero que se atrevió á entrar: en pie sobre la proa, iba sacando todo el aparato que estaba dentro: el ancla, las cuerdas, las pipas con cuatro asas, las hermosas velas nuevas, los cestos, los capotes de mangas anchas: hacía sonar el ancla, levantaba los remos sobre su cabeza, desplegaba las velas, tocaba el paño de los capotes, y mostraba todas esas riquezas á su abuelo, á su abuela y á su hermana dando gritos y entregándose á todos los delirios de la felicidad. El padre, la madre y Graziella horaban dirigiendo alternativamente sus miradas á la barca y á nosotros.

Los marineros que habían llevado allí la embarcación, ocultas detrás de las rocas, horaban también; todo el mundo nos bendecía. Graziella con la frente baja y más seria en su gratitud, se acercó á su abuela y la oyó murmurar señalándonos con el dedo:

— ¡Y decías que eran unos paganos! Yo os dije siempre que no podían ser más que unos ángeles. ¿Quién tenía razón?

La anciana se arrojó á nuestros pies y nos pidió perdón por haber tenido tales sospechas. Desde aquella hora nos quiso tanto como quería á su nieta ó á Beppo.

Despedimos á los marineros de Projeida después de haberles pagado los tres zeques convenidos. Cada uno de nosotros se apoderó de una parte de los utensilios que estaban en la barca, para llevarlos á la casa, en vez de llevar los restos de su fortuna, como ellos habían pensado. Por la tarde después de la cena, á la claridad de la lámpara, Beppo descolgó de la cabecera de la cama de su abuela el pedazo de tabla en donde su padre había esculpido la imagen de san Francisco, la igualó con una sierra, la limpió con su cuchillo y la pintó de nuevo, proponiéndose el incrustarla al día siguiente en la estrechidad inferior de la proa, á fin de que en la nueva barca hubiese alguna cosa de la antigua. De este modo os pueblos de la antigüedad, cuando elevaban un templo

en el mismo terreno en que había habido otro, cubrían de introducir en el nuevo edificio los materiales ó al menos una columna del antiguo para que hubiese algo de viejo y de sagrado en el moderno, y para que aun el mismo recuerdo grosero tuviese su culto y su prestigio para el corazón entre las obras maestras del nuevo santuario. El hombre es idéntico por todas partes. Su naturaleza sensible tiene los mismos instintos tristes del Partenon, de San Pedro de Roma ó de una pobre barca de pescador sobre un escollo de Projeida.

Aquella noche fué quizá la más feliz de todas las noches que la Providencia hubo destinado á aquella casa desde que salió de la roca, hasta que caiga en polvo. Por fin nos dormimos á las ráfagas de viento en las olivas, al ruido de las olas en la costa y á los resplandores de la luna que daban en nuestra azotea. Al despertarnos, el cielo estaba harrido como un cristal, y la mar oscura y manchada de espuma como si el agua estuviese ya vencida de velocidad y de cansancio. Pero el viento más furioso seguía mugiendo. El polvo blanco que las olas acumulaban sobre la punta del cabo Misena se elevaba más alto que la vispera, sumergiendo toda la costa de Cumas en un flujo y reflujo de bruma luminosa que no cesaba de salir para volver á caer luego. Ninguna vela se descubría en el golfo de Gaeta ni en el de Baja. Las golondrinas de mar rozaban la espuma con sus blancas alas, única ave que tiene su elemento en la tormenta y que grita de gozo durante los naufragios, como esos habitantes malditos de la Baja de los Muertos que van á buscar su presa en los buques que rozaban.

Nosotros experimentábamos, sin decirnoslo, una alegría secreta, por hallarnos encarcerados de aquel modo por el mal tiempo en la cañita y en la villa del viejo pescador. Esto nos daba tiempo para saborear nuestra situación y para gozar de la felicidad de aquella pobre familia á la cual nos habíamos adherido como unos niños.

El viento y la mar nos retuvieron allí doce días enteros. Yo sobre todo habría deseado que la tormenta no se acabase nunca y que una necesidad involuntaria y fatal nos hiciese pasar algunos años donde nos hallábamos cautivos. Y sin embargo nuestros días transcurrieron bien insensibles y monótonos, lo cual es una prueba de lo poco que hasta para ser feliz cuando el corazón es joven y goza de todo. Así los alimentos más sencillos sostienen y renuevan la vida del cuerpo cuando están sazonados por el apejito, y cuando los órganos son nuevos y se hallan sanos.

Despertarnos cuando las golondrinas comenzaban á volar sobre la azotea en donde habíamos dormido; oír voz infantil de Graziella que cantaba calladito en la villa por no despertar á los extranjeros, bajar rápidamente á la playa para sumergirse en la mar y nadar algunos minutos en un sitio apartado cuyas finas arenas se filtraban á través de la transparencia de un agua profunda; y al fin, no llegar al movimiento de la marea; volvernos lentamente á casa secando y calentando al sol nuestros cabellos y hombros mojados por el baño; almorzar en la villa un pedazo de pan y de queso añejo que la joven nos traía y que partía con nosotros; beber el agua fresca y hermosa de la fuente, cogida por ella en una cantarilla de barro oblonga que inclinaba sonrojándose sobre su brazo mientras nuestros labios se pegaban á la boca; ayudar después á la familia en los pequeños trabajos rústicos de la casa y del jardín; levantar por algunos sitios el cercado que rodeaba la villa; limpiar aquello de las gruesas piedras que habían rodado en el invierno hasta las cepas, y que impedían el poco cultivo que

se necesitaba; llevar al granero las gruesas calabazas amarillas que una sola bastaba para cargar á un hombre; cortar enseñada sus filamentos que cubrían la tierra con sus largas hojas y que erudaban los pies de los que pasaban; trazar entre cada hilera de repas bajo los empujados, una pequeña charca en la tierra seca, para que el agua de la lluvia se reuniese allí por sí misma y las regase más tiempo; fabricar para el mismo uso una especie de pozos en forma de embudos al pie de las higueras y de los limoneros, tales eran nuestras ocupaciones matinales, hasta la hora en que el sol caía á plomo sobre el techo, sobre el jardín y sobre el patio, y nos obligaba á buscar el abrigo de los empujados. La transparencia y el reflejo de los pámpanos tenían las sombras flotantes de un tono fuerte casi dorado.

II.

Entonces entraba Graziella en la casa para hilar junto á su abuela ó para preparar la comida: en cuanto al viejo pescador, pasaba los días enteros con Beppo á orillas de la mar introduciendo en la nueva barca los perfeccionamientos que su pasión por su nueva propiedad le inspiraba, y probando las redes al abrigo de los escollos: siempre nos traían para comer alguna langosta de mar ó algunas anguilas con las escamas más brillantes que el plomo acabado de fundir. La abuela las mandaba freír con un aceite que la familia conservaba según la costumbre del país, en el fondo de un pozo practicado en la roca, y cerrado con una gruesa piedra que tenía un anillo de hierro. Algunos pepinos tritos también y cortados en tajás en la sartén, y algunos mariscos frescos como almejas que llaman *frutti di mare*, componían aquella frugal comida, y era la principal y la más suculenta de todas las que diariamente hacíamos. Los postres se componían de uvas moscateles en largos racimos amarillos, cogidos por la mañana por Graziella, conservados con sus hojas entre los pámpanos, y servidos en canastillos de mimbrera trenzados. Un poco de linajo verde y crudo empapado en especia y cuyo olor de anís perfumaba los labios y alienta el corazón, nos servían de licores y de café, según el uso de los marineros y de los campesinos de Nápoles. Después de la comida mi amigo y yo íbamos á buscar algún rincón cómodo y fresco desde donde se descubriera la mar y la costa de Baja, y posábamos mirando y leyendo las ardientes horas del día hasta las cuatro ó las cinco tarde.

No habíamos salvado de las olas más que tres volúmenes incompletos, y eso porque no se hallaban en nuestra mala era de martines cuando la echamos á la mar. El primero era un libro italiano de Tigo Foscolo titulado *Cárta de Jacobo Ortiz* especie de Werther medio bautizo y medio novelesco, donde la pasión de la libertad de su país se halla mezclada en el corazón del joven italiano, con sus pasiones á una hermosa veneciana. El doble entusiasmo alimentado por ese doble fuego del amor y del ciudadano, enciende en el alma de Ortiz una fiebre cuyo acceso, demasiado fuerte para un hombre sensible y enfermizo, produce por último el suicidio. Este libro copia literal, pero fuerte y luminosa del *Werther* de Goethe, estaba entonces muy en voga entre todos los jóvenes que alimentaban como nosotros en su alma ese doble sueño de los que son capaces de soñar en alguna cosa grande, á saber: el amor y la libertad.

La policía de Murat y de Bonaparte proscribía al autor de

este libro, que tenía por asilo el corazón de todos los patriotas italianos y de todos los liberales de la Europa; y el libro tenía por santuario el pecho de los jóvenes como nosotros, que le ocultaban para aspirar mejor sus máximas. Los otros dos volúmenes que habíamos salvado, eran el uno *Pablo y Virginia* de B. de Saint-Pierre, ese manual del amor primitivo, libro que parece una página de la infancia del mundo arreada á la historia del corazón humano y conservada pura y humedecida de lágrimas contajiosas para los ojos de diez y seis años.

El último era un volumen de Tácito, páginas manchadas de sangre y de vergüenza, pero donde la virtud heroica armada con el buril y la aparente impassibilidad de la historia, inspira á los que la comprenden el odio á la tiranía, el amor á los grandes sacrificios y la sed de las muertes generosas.

Esos tres libros correspondían casualmente con tres sentimientos que ya anticipadamente hacían vibrar entonces nuestras almas; el amor, el entusiasmo por la emancipación de la Italia y de la Francia, y por último la pasión por la acción política y por el movimiento de las grandes cosas (cuya imagen nos presentaba Tácito) y á las cuales acostumbraban nuestras jóvenes almas, á beneficio de la sangre de su pincel y del fuego de la virtud antigua. Estas lecturas eran interrumpidas de largos silencios y de algunas exclamaciones que lanzábamos ambos al mismo tiempo, y que eran en nosotros como el comentario prematuro de nuestras impresiones, que se llevaban el viento con nuestros sueños.

A veces nos colocábamos nosotros mismos por el pensamiento en una de aquellas situaciones ficticias ó reales que el poeta ó el historiador acababan de contarnos; nos formábamos un ideal de amante ó de ciudadano, de vida oculta ó de vida pública, de virtud ó de dicha, completándonos en combinar esas maravillosas casualidades, esos tiempos de revolución en que los hombres más oscuros se revelan á la multitud gracias á su genio, y que están llamados como por sus nombres, á combatir la tiranía y á salvar á los pueblos que después víctimas de la instabilidad y de la ingratitude de los hombres, se ven condenados á morir en el cadalso, en presencia de un tiempo que les desconoce y á las puertas de una posteridad que los vengue.

No hubo papel, por heroico que fuese, que no se hallase en nuestras almas al nivel de las situaciones. Nosotros nos preparábamos para todo, y si un día la fortuna no realizaba esas grandes pruebas en las cuales nos precipitábamos por el pensamiento, nos vengábamos de adelantarnos burlándonos de ella. Teníamos en nosotros mismos este consuelo de las almas fuertes: que si nuestra vida habla de ser injusta, vulgar y oscura, sería porque la fortuna no nos sería propicia, y no porque nosotros fuéramos de estar dispuestos para acudir á donde nos llamara.

Cuando caía el sol dábamos largos paseos por la isla, que atravesábamos en todos sentidos. Además íbamos al pueblo próximo para comprar pan y las legumbres que faltaban en el jardín de Andrés, trayendo á veces un poco de tabaco, que era el *apio* de ese marino. De este modo volvíamos ya de noche, con los bolsillos y las manos llenas de nuestras modestas beneficencias. La familia se remía por la noche, sobre el techo que llaman en Nápoles el *astrico*, mientras venía el sueño; nada puede imaginarse más pintoresco en las hermosas noches de ese clima, que la escena del *astrico*, alumbrada por los claros rayos de la luna.

En aquellas campañas, una casita baja y cuadrada parece un pedestal antiguo, sortiendo grupos vivos y estátuas

animadas. Todos los habitantes de la casa suben allí, se mueven ó se sientan en actitudes diferentes, y la claridad de la luna, ó los resplandores de la lámpara proyectan y dibujan sus perfiles sobre el fondo azul del firmamento. Allí la madrechila, el padre fuma en su pipa de barro con tubo de caña, los muchachos se ponen de codos en el pretil y cantan en largas notas sostenidas esos cantos marinos ó campesinos cuyo acento prolongado ó vibrante, se parece al sonido que despide la madera movida por las olas impetuosas, ó á la chillona vibración de la cigarra al sol; por último se ven también allí las jóvenes con sus faldas cortas, sus corpiños verdes con paños de oro ó de seda y sus largos cabellos negros, envueltos en un pañuelo sujeto á la nuca con gruesos nudos para preservar del polvo sus cabellos.

A veces bailan solas y otras con sus hermanas; una toca la guitarra, y otra alza sobre su cabeza una paandería con cascabeles. Estos dos instrumentos, el uno quejumbroso y fiero y el otro monótono y sordo se acuerdan maravillosamente para producir sin arte ninguno las dos notas alternativas del corazón del hombre, á saber: la alegría y la tristeza. Noches enteras se oye en el verano en casi todos los techos de las islas ó de la campiña de Nápoles y aun en las barcas, ese concierto aéreo, que persigue al oído por todas partes, desde el mar hasta las colinas, parecido á los zumbidos de un insecto mas nacido con el calor de aquel hermoso cielo. Y ese pobre insecto es el hombre, que canta algunos días delante de Dios su juventud y sus amores, y se calla después para siempre. Nunca he podido oír esas notas en los aires desde lo alto de los *astricots*, sin detenerme y sin sentir que el corazón se me oprimía, próximo á estallar con un gorgo interior, ó como una melancolía superior á mí.

Esas eran también las actitudes, las músicas y las voces en la azotea de la casa de Andrés. Graziella tocaba la guitarra, y Beppino pegado con los deditos en el tamborcillo que había servido en otro tiempo para dormirle en su cuna acompañaba á su hermana. A pesar de que los instrumentos eran alegres, y todo allí respiraba la alegría, las tocatas eran tristes, y las notas lentas y raras—convivían profundamente las fibras doloridas del corazón. Así sucede en todas partes con la música cuando no es un vano juego de oído, sino un jenido armónico de las pasiones que se exhala del alma por la voz. Todos sus acentos son suspiros, todas sus notas llevan lágrimas con el sonido. Jamás puede pegarse un poco fuerte en el corazón del hombre, sin que resulten lágrimas, tan triste es en el fondo nuestra naturaleza.

Aun aquellas veces que la joven se levantaba modestamente á nuestras instancias para bailar la tarantela acompañándose con el tamborcillo de su hermano, y que arrastrada por el estremado movimiento de ese baile nacional, daba vueltas sobre sí misma, con los brazos graciosamente levantados, imitando con sus dedos el sonido de las castañuelas y precipitando los pasos con sus pies desnudos, como gotas de lluvia sobre la azotea; aun entonces, había en el aire, en las actitudes, y aun en el frenesi de aquel delirio en acción, algo de serio y de triste, como si toda alegría no fuese mas que una demencia pasajera, y como si la juventud y la belleza para disfrutar de un relampago de felicidad, necesitase también aturdirse hasta llegar al vértigo y de embriagarse de movimiento hasta la locura.

Otras veces conversábamos gravemente con la familia, haciéndoles contar su vida, sus tradiciones y hasta sus recuerdos. Cada familia es una historia y aun un poema para

quien sabe hojearla; aquella tenía también su nobleza, su riqueza y su prestigio en lo pasado.

El abuelo de Andrés había sido un negociante griego de la isla de Egina, que perseguido por su religión por el boja de Atenas, había embarcado una noche á su mujer, sus hijos y su fortuna, en uno de los barcos que poseía para el comercio, habiéndose refugiado en Prócida, donde tenía corresponsales, y cuya población era griega como él. Allí compró cuantiosos bienes, de los que no quedaban mas vestigios que la pequeña granja en donde estábamos, y el nombre de los antepasados grabado en algunas tumbas en el cementerio de la ciudad. Las hijas habían muerto religiosas en el monasterio de la isla; los hijos habían perdido toda la fortuna en las borrascas que se habían tragado á sus buques, y por último la familia había caído en decadencia, cambiando hasta su hermoso nombre griego por un nombre oscuro de pescador de Prócida.

— Cuando una casa se desmorona, nos dijo Andrés, pronto no queda en ella piedra sobre piedra. De todo cuanto mi abuelo poseía, nada nos queda sino mis dos remos, la barca que me habéis devuelto, esta chiza que ya no puede alimentar á sus amos, y el favor de Dios.

La abuela y la joven nos suplicaban que les dijésemos nosotros también, de dónde éramos y qué hacían nuestras familias, si teníamos padre y madre, hermanos y hermanas y una casa con viñas ó higueras; por qué habíamos dejado todo eso siendo tan jóvenes para remar, leer, escribir y dormir en el suelo en el golfo de Nápoles. Por mas que hicimos nunca podíamos hacerles comprender que habíamos ido allí para mirar el cielo y la mar, para evaporar nuestras almas al sol para sentir como fermentaban en nosotros nuestra juventud y para recoger impresiones, sentimientos é ideas que quizá sin día escribiríamos en verso, como los que veían escritos en nuestros libros ó como aquellos que los improvisadores de Nápoles recitaban el domingo por la tarde á los marineros en la Margellina.

— Os estáis burlando de mí; nos decía Graziella riendo á carcajadas; con que os llamais poetas sin tener los cabellos erizados y los ojos abiertos de los que llaman así en los muelles de la Marina? con que os llamais poetas, y ni siquiera sabeis cojer en las manos la guitarra: cómo habéis de acompañar vuestras canciones?

Y al decir esto menaba la cabeza haciendo una mueca con sus labios y mostrándose impaciente porque no queríamos decir la verdad sobre este punto.

A veces una fea sospecha atravesaba su alma imprimiendo una sombra de duda y de temor en su mirada. Pero esto era pasajero, y la oíamos decir en voz baja á su abuela:

— No, no puede ser, no son refugiados arrojados de su país por una mala acción; son demasiado jóvenes y demasiado buenos para conocer el mal.

Nosotros nos divertíamos en contarles algunas aventuras muy sinistras, vendiéndonos como actores de ellas, pero el contraste de nuestras frentes limpias y serenas, de nuestros ojos claros, de nuestros risueños labios y francos corazones con los crímenes fantásticos que suponíamos haber cometido, la hacía reír á carcajadas lo mismo que á su hermano, y disipaba al punto toda posibilidad de desconianza.

Graziella nos preguntaba muchas veces lo que leíamos durante todo el día en nuestros libros, aunque en su interior creía que eran oraciones, pues nunca había visto libros sino en la iglesia en manos de los fieles que sabían leer y que iban siguiendo las santas palabras del sacerdote, y nos

suponía muy piadoso puesto que nos veía todo el día balbuceando misteriosas palabras. Únicamente se extrañaba de que no tuviésemos intención de entrar en un seminario de Nápoles ó en algun monasterio de las islas: nosotros para desengañarla, quisimos leerla dos ó tres veces varios pasajes de Foscolo y algunos hermosos fragmentos de nuestro Tacito traducidos en lengua vulgar del país, creyendo que esos suspiros patrióticos del desterrado italiano y esas grandes trajoñas de la Roma imperial producirían una fuerte impreson en nuestro sencilló auditorio, porque el pueblo descubre la patria en los instintos, ve el heroísmo con los ojos del sentimiento, y sabe comprender el drama. Lo que nunca se le olvida es sobre todo las grandes caídas y las hermosas muertes. Pero bien luego notamos que esas declamaciones y esas escenas tan poderosas no producían efecto ninguno sobre aquellas almas sencillas. El sentimiento de la libertad política, esa aspiración de los hombres que piensan en el descanso, no baja hasta lo último del pueblo.

Aquellos pobres pescadores no comprendían porqué Ortiz se desesperaba y se mataba, puesto que podía gozar de todas las verdaderas voluptuosidades de la vida, pasearse sin hacer nada, ver el sol, idolatrar á su amante y rogar á Dios en las verdés y hermosas riberas del Brenta.

— Para qué atormentarse de ese modo, nos decían, por ideas que no llegan hasta el corazón? Qué le importa que sean franceses ó austriacos los que reinan en Milan? Es un loco en apesadumbrarse por tales cosas.

Y al decir esto cesaban de escucharnos. En cuanto á Tacito, le entendían menos todavía. El imperio ó la república, aquellos hombres que se matan entre sí, servos para reinar, y otros para no sobrevivir á la servidumbre, esos crímenes por el trono, esas virtudes por la gloria, esas muertes para la posteridad, les dejaban impasibles y fríos. Aquellas tormentas de la historia estallaron muy por encima de ellos para que pudieran afectarles; eran como unos truenos distantes en la montaña de los cielos no se hace caso, porque no caen sino sobre las cimas, sin conmover la vela del pescador ni la casa de los labradores.

Tacito no es popular mas que entre los políticos y los filósofos; es el Platon de la historia; su sensibilidad es demasiado refinada para el vulgo. Para comprenderle, hay que haber vivido en los tumultos de la plaza pública ó en las misteriosas intrigas de los palacios. Quidad la libertad, la ambición y la gloria á esas escenas, que es lo que queda? Esos son los tres grande actores del drama, y precisamente esas pasiones son desconocidas del pueblo, porque son pasiones del entendimiento, y el pueblo solo comprende las del corazón. Nosotros notamos esto en la frialdad y en la sorpresa que esos fragmentos causaban en nuestro auditorio.

Una noche nos pusimos á leerles *Pablo y Virginia*; yo traducía leyendo, porque tantas veces había leído este libro que casi le había de memoria, y porque mas familiarizado que mi amigo con la lengua del país, porque había vivido mas tiempo en Nápoles, no me costaba nada hallar las espresiones que se desprendían de mis labios como si aquella hubiese sido mi lengua materna. Apenas principié esta lectura, cuando las fisonomías de nuestro pequeño auditorio se cambiaron tomando una espresion de atencion y de recogimiento, indicio seguro de la emocion del corazón. Habíamos hallado la nota que vibra en el alma de todos los hombres de todas edades y todas condiciones, la nota sensible, la nota universal, la que encierra en un solo sonido la eterna verdad del arte; la naturaleza, el amor y Dios.

No había leído aun mas que algunas páginas, cuando ya todo el mundo había cambiado de actitud. El pescador con el codo apoyado en su rodilla y el oído inclinado hacía mi, se olvidaba de aspirar el humo de su pipa. La abuela sentada enfrente sostenía su barba en sus dos manos, en el ademán de las pobres mujeres que oyen la palabra de Dios arrodilladas en los templos. Beppo se había bajado del pretil de la azotea donde estaba sentado hacía un instante, poniendo su guitarra en el suelo sin hacer ruido, y colocando la palma de su mano en el mango, teniendo que el viento no hiciese resonar alguna de sus cuerdas. Por último Graziella, que ordinariamente se apartaba un poco de nosotros, se iba acercando á mí insensiblemente como si hubiese sido fascinada por un poder de atraccion oculto en las páginas del libro.

Apoyada en la pared de la azotea, á cuyo pié me hallaba yo sentado, Graziella se aproximaba mas y mas, sosteniéndose sobre su mano izquierda que fijaba en el suelo en la actitud de un gladiador herido, y miraba con ojos muy abiertos unas veces el libro, otras mis labios de donde se iba desprendiendo aquella relación, y otras el vacío entre mis labios y el libro, como si hubiese buscado con la vista el invisible espíritu que me hacía interpretarlo. Yo oía su desigual respiración que se interrumpía ó se precipitaba siguiendo las palpitaciones del drama como el agitado aliento de una persona que subiendo una cuesta se para de cuando en cuando para respirar un poco. Antes de que yo llegara á la mitad de la historia, la pobre muchacha había olvidado la reserva alguna tanto brusca que conmigo usaba; sentía el calor de su respiración en mis manos, y dos ó tres lágrimas ardientes caídas de sus ojos, manchaban las páginas junto á mis dedos.

Excepto mi voz lenta y monótona que traducía literalmente á aquella familia de pescadores ese poema del corazón, no se oía otro ruido que el de los golpes sordos y lejanos de la mar, cuyas olas pegaban en la costa bajo nuestros pies; pero este ruido se hallaba en armonía con la lectura; era como el desenlace anticipado de la historia que mugía en el aire al principio y durante el curso del relato. Cuanto mas la narración se iba desarrollando, tanto mas parecía interesar á nuestro auditorio. Si alguna vez yo titubeaba un poco en hallar la espresion justa para traducir la palabra francesa, Graziella que había tomado la luz para resguardarla del viento con su delantal, la acercaba al punto á las páginas y casi quemaba el libro en su impaciencia, como si hubiese creído que la llama iba á hacer nacer el sentido intelectual á mis ojos y á producir mas pronta en mis labios la palabra. Yo apartaba sonriéndome la luz con la mano sin volver mis ojos del libro, y sentía mis dedos calientes con sus lágrimas.

(Se continuará.)

#### ESTADÍSTICA DEL CAFÉ.

De una memoria de M. J. Crawford, tomamos los siguientes párrafos:

«La planta del café es originaria de la Abisinia donde se encuentra en estado silvestre, aunque tambien está cultivada. De allí fué trasportada á Arabia en 1550. Los arabesno conocieron el café hasta unos 800 años después de Mahoma, y 40 años del primer descubrimiento de America. En el espacio de un siglo se propagó el uso de aquella bebida por todo el Egipto y otras provincias del imperio turco, de don-

de pasó después á Europa. Un comerciante turco, llamado Edwards, compró la primera caja de azúcar que se desembarcó en Inglaterra, y su esclavo griego preparó en 1562, en tiempo del protectorado, la primera taza de café inglés.

Después de haber entrado en varios interesantes pormenores acerca del cultivo del café y estension que ha tomado, pasa Crawford á valuar la producción en todas las partes del mundo en los términos siguientes:

El Brasil 176 millones de libras inglesas, Java 124 millones, Islas Filipinas 3 millones, Ceilón un millón, Arabia 3 millones, Cuba y Puerto-Rico 30 millones, La Guaira y Puerto-Cabello 35 millones, Las Antillas inglesas 3 millones, Las Antillas francesas y holandesas 2 millones, Molabán y Misuri 5 millones, Costa Rica 9 millones, Total 473 millones de libras inglesas.

Valuada esta producción en Europa á 50 céntimos el quintal, pasa de 10 millones de libras esterlinas ó á poco más de 250 millones de francos. Suponiendo que una cantidad de 300 millones de libras quede sujeta á un derecho ó impuesto de tres peniques (cerca de 35 cent. por libra), resulta que el café produce á los diferentes gobiernos de Europa, la suma de tres millones de libras esterlinas ó sean 22,500,000.

Cuando los 470 millones de libras de café debiesen ser conducidas á Europa por mar, exigirían 244,289 toneladas, que al flete medio de dos y media libras esterlinas, producirían á la marina la suma de 530,000 libras esterlinas.

He calculado además M. de Crawford en su interesante Memoria, el consumo total y relativo de cada país. El de Inglaterra y de Irlanda, ascendía en 1850 á 24 millones de libras, esto es, á una libra y 18 céntimos por cabeza, lo cual forma algo menos de la mitad de lo que allí se consume. En América el consumo del café es cuatro veces mayor que el de té. El Reino Unido gasta 12 millones de libras esterlinas en café, 3 millones en té, y 10 en tabaco.

Pondera finalmente M. J. Crawford el uso de la chicoria, no porque pueda esta reemplazar al café sino porque le sirve como de condimento y lo mejora. En nuestro continente, y particularmente en Alemania y en Francia, se hace mucho uso de la chicoria, y va en aumento el consumo del café; en Inglaterra la emplean poco, y el consumo del café se disminuye, porque el té cuesta mas barato.

#### ULTIMAS PALABRAS DE VARIOS HOMBRRES CELEBRES.

Napoleón murió diciendo: Gené el ejército.  
Byron: Ahora dormimos.  
Nelson: Un beso.  
Hardy: Dios gracias á Dios por haber cumplido con mi deber.  
Neron: Así me manteneis vuestra fe?  
Alieri: Apríetame la mano, querido; yo muero.  
Cherteriel (ministro): Dame una silla.  
Haller (fisiólogo): La artritis no late más.  
Goethe: Que entre luz.  
Elsabet, reina de Inglaterra: Todos mis tesoros para un solo minuto.  
Grocio: Hablenmos forajalmente.  
Tasso: En vuestras manos, oh señor!  
Tomás Moro, subiendo al patíbulo: Os pido vuestra ayuda para subir, para bajar no la necesito.  
Walter Scott: Me siento regenerado.  
Jefferson: Recomendando mi alma á Dios, y mi hijo á la patria.  
Washington: Está bien.  
S.O. Adams: La última cosa que se hace en la tierra.

Harrison: Deseo que entendiáis los verdaderos principios de gobierno, y que los hagais conocer á los hombres.

Taylor: He deseado cumplir con mi deber.

Federico V de Dinamarca: No hay una gota de sangre en mis manos.

Mozart: Me hablais de consuelo, ¡oh Emilia! Y bien, tomad mis últimas notas, id al piano y cantadme el himno de vuestra santa madre, ¡ah que yo escuche otra vez aquellas notas que por tan largo tiempo me han servido de deleite y de consuelo!

Franklin: Nada es fácil para uno que muere.

Carlos II. Cuidado con padecer hambre, oh Nelly!

#### FABRICACION DEL PAPEL PINTADO.

La industria del papel pintado proviene de la China, así como la de las telas pintadas procede de la India. Ambas se ejercen aun en el día, mas bien por el simple trabajo de la mano que por medios mecánicos; los papeles pintados de China, sin embargo, manifiestan con bastante frecuencia el empleo de la lamina para marcar los contornos de los dibujos: todo lo demás está pintado á mano, y casi exclusivamente con mates fundidos.

De la China la industria del papel pintado pasó á Inglaterra hácia mediados del siglo último. Se citan allí manufacturas del año 1716, y en aquella época también parece ser el procedimiento chino, el que dominaba en la operacion: sin embargo, se imprimían, y en lugar de un simple contorno, era un geométrico y un oscuro, si hemos de juzgar por unas laminas muy antiguas y notables que conserva uno de los miembros del jurado inglés, Mr. Craze. Estas laminas son muy ligeras, con un simple forro de pino, y sobre todo se distinguen por sus grandes dimensiones. Algunas de ellas tienen mas de dos metros de largo, y aun no puede concebirse cómo podían servir para la impresión segun la practican en el día.

En Inglaterra, la industria del papel pintado pasó á Francia á fines del siglo último, sobre el año 1780. Los primeros fabricantes que se establecieron en Francia se llamaban Arturo y Robert; los segundos Revellon: el saqueo de los talleres de estos últimos, establecidos en el arrabal de San Antonio, fué lo que dió principio á la revolución d. 1789. El tercer fabricante se llamó Legrain: otros tres fabrileros se establecieron en París. En 1790, se estableció la casa de Zuber en Mulhouse, y poco después José Dufour en Meaux que al cabo de algun tiempo se fijó en París. Lyon vió surgir de allí á poco algunos establecimientos de bastante consideracion: pero muy luego se hizo París el centro de esta industria en Francia y se ha mantenido en esta posicion hasta el día al paso que Londres por su parte encontró este artículo dentro de sus murallas hasta pocos años há.

La Alemania conoció la fabricación de los papeles pintados después de Francia: pero en una escala bastante escasa; tras de ella siguió Suiza, Holanda y Bélgica, sobre mas corta escala todavía. Viena en Austria, y mas adelante Varsovia, vieron formar cada cual un establecimiento con elementos sacados de la casa de Zuber. La Rusia tuvo su fábrica imperial en Szarko Szelo, que absorbió millones sin producir nada. La España tuvo su fábrica que fundó en Madrid un francés Giroud de Villette.

Tal ha sido la situación de esta industria por espacio de 20 años: es decir, que entonces se contaban en Inglaterra 20 establecimientos, 30 en Francia, 10 en Alemania, y de uno á dos en cada uno de los demás países citados.

En casi todos estos países, á escepcion de Alemania, Suiza y Holanda, la prohibicion protegía hasta dicha época la industria del papel pintado, y se puede admitir que desde el principio de este siglo hasta el año 1825, su situación en los países respectivos permaneció casi estacionaria. Unicamente partiendo desde esta última época, puede señalarse un movimiento que estudiaremos en particular para cada país, y que se enlazaba las mas veces con alguna medida de aduanas; así es que algunos de los países que se hallaba hasta entonces bajo el régimen prohibitivo, especialmente Inglaterra y la Rusia, admiten los papeles pintados extranjeros, aunque á costa de derechos todavía muy elevados; y otros, como Alemania y los Estados-Unidos, en que los derechos de entrada fueron en un principio nulos é insignificantes, los aumentaron considerablemente.

En cuanto á los progresos realizados en los procedimientos de fabricación, se deben casi esclusivamente á la Francia, que segun se ha visto se situó con tiempo en primera linea en esta industria; la pintura á la mano que existe parcialmente en los establecimientos Robert y Revellon, fué en un todo sustituida por la impresión en plancha en el de M. Ombert, y el de M. Dulour; desde 1792 á 1794 fue cuando la casa de Zuber produjo esos hermosos tintes de flores como puestas por Malaine padre, que sirven hoy de estudio y de modelo á nuestros dibujantes, tanto sobre tela como sobre papel; y en 1804 la misma casa y la de M. Dufour, emprendieron las primeras el ejecutar esas grandes decoraciones de paisaje que ocupan un espacio de 15 á 20 metros y que aun en el día se consideran como el género mas difícil. M. Dufour ejecutó el primer paisaje en color gris, y Zuber el primero iluminado. Desde 1819, comenzó la serie de las mas importantes innovaciones con que M. Zuber dotó á la industria de papel pintado, siendo las principales: la fabricación y el uso de los cilindros sin fin, la fabricación y el uso del amarillo de cromo, del azul mineral del verde de Schweinfurt y del Ultramar; el procedimiento de los tintes fundidos que se debe á Miguel Spœrner de Viena y al Escritor, la impresión de cilindro en cobre, y por fin el aparato para hacer las rayas.

Solo hay una operacion, muy interesante á la verdad; que parece ha venido de Inglaterra desde el principio, que es el ataropelado sobre el papel; pero esta operacion se ha perfeccionado en Francia, sobre todo recientemente por la aplicación del hustraje.

Por último, solo de pocos años á esta parte, la impresión de cilindro en relieve de muchos colores, unida al cargado y hustraje mecánico, ha acudido á dar nuevo impulso á la industria y nueva direccion á la fabricación del papel pintado. Estos últimos progresos no debían realizarse en el Continente donde la baratura de la mano de obra no embaraza para nada al fabricante; y en efecto, vienen de la América del Norte y de Inglaterra.

La América, ese país virgen y genial, no ha comenzado á fabricar sino hace pocos años; como en todas las cosas, se ha abierto por sí mismo un camino; escaseaban las manos y ha acudido al vapor: cada fábrica de papel pintado que allí se ha establecido, ha comenzado por montar una máquina de vapor y obtener de ella el trabajo principal. Así es que hacen los cargados, dan lustre é imprimen al vapor, bastanle mal por cierto, pero esto les importa poco, pues dan productos muchos y baratos, que es lo que les basta.

La Inglaterra, merced al impulso dado por su nueva legislación de aduanas, ha seguido este sistema hace dos años; época de una gran reduccion de los derechos de entrada:

Manchester se ha hecho el temible rival del antiguo Londres; se ha creado allí un establecimiento colosal bajo un sistema enteramente mecánico; otro acaba de surgir á su inmediacion, y al paso que los americanos no se han atrevido á intentar mas que una máquina para imprimir harto imperfecta, en tres colores, Manchester imprime en el día quince colores á la vez, y el establecimiento de Potter hermano con su fábrica de papel y sus ocho máquinas de imprimir, produce por sí solo de 8 á 10,000 rollos diarios, es decir, mas que todas las fábricas de Londres reunidas.

#### TELEGRAFOS DE LOS ANTIGUOS.

Quien dade si nuestros antepasados tenían conocimientos del arte telegráfico, pronto saldrá de confusiones leyendo un papel curioso del tiempo de Felipe V., en que se particularizan los signos que con los pañuelos solian hacerse los amantes para manifestar sus pensamientos en las barbas del mas severo padre, del mas rigido hermano, y de la mas impaciente y grave tia. Con dos pañuelos solamente se combinaban muchas maneras de decir, segun se prueba del papel mencionado, que es como sigue:

Dama y hombre deben estar siempre prevenidos de pañuelos, blanco y de color, que con ambos se ha de jugar á hablar, teniendo cada uno su diferente significado.

Tremolar la dama el pañuelo blanco, es preguntar si la quieren; y el hombre pasándole por la cara.

Decir que sí, ha de ser arrojando el pañuelo entre las manos; y el decir que no, dejando caer el pañuelo al suelo, como que es casualidad.

Significar que están buenos, se demostrará estendiendo el pañuelo, y que enfermo, aplicándole á un lado. De la cara. Decir que se está quieto ó quieto, torciendo el pañuelo á lo largo. Decir que se ausente, doblar el pañuelo como nuevo.

Que volverá dentro de poco, lo significará el hombre asomando el pañuelo por debajo de la capa, y á su falta, de la casaca, y la dama echarse el pañuelo torcido al cuello.

Que tiene uno ó otro que habiéndose á darse algun papel, será torciendo el pañuelo al brazo.

Ta mañana, se significa poniendo el pañuelo delante del pecho; la tarde, de la cintura; y la noche, liándose una mano con él.

Para nombrar la compañera, será mordiendo el pañuelo blanco; el criado ó criada, mordiendo el de color.

Querer la dama que la sigan, lo dirá teniendo ambos pañuelos de la una mano.

Los celos los dirá con limpiarse la cara con el pañuelo de color. La satisfacción de ellos será poniendo doblado el pañuelo de color delante de la garganta.

Que made de sílo, doblando el pañuelo de color como si fuera nuevo. Que no puede asistir á la cita, ha de ser arrojando que se va á sonar con el pañuelo de color.

Si hay alguna novedad triste, se significa dejando caer al suelo ambos pañuelos á un tiempo; si alegre, se arrojaron dichos pañuelos juntos.

El padre, cruzar las manos; la madre, los brazos; el hermano, cruzará un brazo por el pecho hasta el hombro contrario; y la hermana, la misma accion; y ambas con el pañuelo liado á dicho brazo.

No querer que se haga una cosa, lo significará pasándose toda la mano por la cara.

La torzosa ausencia, se notará atando los dos pañuelos; y los dias que esta dure, serán tantas veces cerrare la mano.

Notese que cuando no se nombra sino pañuelo, se entiende que ha de ser el blanco.

## MEDALLON DEL GRABADO FRANCES EN EL LOUVRE.

Entre las infinitas reparaciones y embellecimientos que se han hecho últimamente en el Louvre, merece citarse la transformación completa del hermoso salón en donde se han celebrado las exposiciones públicas de los miembros de la Academia real de pintura, escultura y grabado durante cerca de un siglo. Allí se espasieron sucesivamente los cuadros representando las batallas de la famosa campaña de Italia, y desde entonces acá habiáanse colocado allí los

principales lienzos de la galería nacional sin distinción de escuelas. Las paredes estaban tristes, frías y despidas; pero hoy se hallan reunidas en ese salón aborotado con magnificencia, la mayor parte de las obras maestras que encierra el Museo. Un rico dorado oscuro se extiende por los cuatro lados de ese vasto salón, y en los adornos del friso se hallan inscritos los nombres de los genios mas famosos que ha habido en la pintura en las escuelas de Italia, de Francia, de España, de Alemania y de Flandes. Cada una de las cuatro paredes de la bóveda se halla consagrada a una de



Museo del Louvre.—Medallón del Grabado francés, Juan Pesne (1) por M. Simard.—Dibujo de Chevalier—Chevignard.

las cuatro artes del dibujo, la Pintura, la Escultura, el Grabado y la Arquitectura, personificadas por cuatro figuras colosales de mujeres suspendidas, en relieve, y sentadas entre dos genios con sus atributos. En unos medallones de bajo-relieve incrustados en la bóveda, encima de las cabezas de estas cuatro grandes figuras, las cuatro artes están simbolizadas por el apoteosis del artista mas ilustre que ha habido en Francia en su género: la pintura se halla representada por Nicolás Poussin, la escultura por Juan Goujon, el grabado por Juan Pesne y la arquitectura por Pedro Lescot. Estos medallones son notables por la nobleza de su estilo y por la elegancia de su ejecución. Las figuras de Poussin, de Juan

Goujon y de Lescot se hallan colocadas entre dos figuras de mujeres que manifiestan las cualidades características de cada uno de ellos. El medallón de Pesne, que verán con este artículo nuestros lectores, tan bien ejecutado como los otros, se diferencia de ellos en que está ejecutado de otro modo, como que es relativo a un arte, sino inferior, al ménos de una inspiración secundaria. Debemos añadir que los dos medallones de la pintura y del grabado que ocupan los lados principales de la bóveda, tienen a su derecha y a su izquierda otros medallones ovales, también en bajo-relieve y esculpidos con el mismo gusto, representando Famas.

(1) Nacido en Bruay y murió en París en 1790.

## EL CAPITAN CORAM.



El capitán Coram.—Copia del cuadro de Hogaritz y del grabado de Einton.

Tomás Coram, nacido en 1668, habia seguido la carrera de marino. Despues de haber mandado durante largo tiempo un buque que hacia el comercio entre la Inglaterra y las colonias, se habia retirado con una fortuna a una casa de campo situada en Rotherhithe, á orillas del Támesis. A veces cuando iba á Londres, solia notar que habia en las calles un crecido número de espósitos, de niños abandonados, estropeados y faltos de socorros y de protección. Estas miserias de la infancia conmoveron su sensibilidad en sumo grado, así fué que concibió el pensamiento de fundar un hospicio que sirviese de asilo á aquellos desgraciados seres. Pero sus bienes todos estaban muy léjos de bastar para la realización de una empresa semejante: era preciso pues que lograse interesar á varias personas ricas y caritativas. Y además que solicitase una autorización del gobierno. Diez y siete años consagró á poner en planta su filantrópica idea. Por fin, el 17 de octubre de 1739, obtuvo una real

cédula autorizando la fundación de un hospicio para espósitos y niños abandonados; logró lo que queria, pero arruinándose: su modesto bienestar se habia disipado en obras caritativas, y el virtuoso anciano se habia sumergido en la miseria por sacar de ella á las criaturas desdichadas. Dos hombres estimables, sir Sampson Gideon y el doctor Brocklesby abrieron una suscripción para él, pero antes de dar este paso quisieron estar bien seguros de no herir con ella el sentimiento de la dignidad tan respetable siempre en la persona del capitán. Coram respondió ingenuamente á la carta que le escribió el doctor Brocklesby sobre este asunto: « Como no he disipado los pocos bienes que poseía en diversiones ni en vanidades, contéme sin vergüenza ninguna que en mi vejez soy pobre. » La suscripción voluntaria, á cuya cabeza figuraba Federico príncipe de Gales, le produjo una renta anual de 400 libras (unos 2,500 frs.). Una gran parte de esta corta renta fué destinada á un objeto carita-

ivo. Los corazones compasivos con los desgraciados no se curan jamas; Coram no se cansaba de socorrer á los niños pobres que no podían entrar en el hospicio, implorando al mismo tiempo en su favor la ayuda de las personas ricas.

El venerable capitan parece que habia sometido al gobierno algunos otras proyectos de fundaciones de beneficencia, y entre ellos figuraba el plan de un establecimiento de educacion de jóvenes indias del Norte de la América. A fin deca, de unir mas estrechamente á los indios con el gobierno inglés.

El buen Coram murió el día 29 de marzo de 1774 en un reducido aposento cerca de Leicester-Square, y fué enterrado, segun su deseo, en la capilla de los Espiritos. (*Foundling-Hospital*.)

En su retrato pintado por Hogarth, y comprado por M. Duncombe del Yorkshire, el capitan Coram está sentado, y junto á él sobre una mesa se ve la real escuola de 47 de octubre de 1739; en primer término hay un globo, y en el fondo del cuadro se ve la mar y un buque. El grabado en madera de la cabeza de ese retrato, hecho por Linton, manifiesta una expresion franca y vigorosa. Le damos aqui como un nuevo ejemplo de los notables progresos que se han hecho en el dia en este género de grabado, que hace unos veinte años, se hallaba completamente abandonado.

#### CHISTES DE QUEVEDO

EXTRACTOS DE SUS OBRAS POÉTICAS.

Hijos somos de Adán en este suelo,  
La nada es nuestro abuelo;  
Y salisteis vos tan parecida  
Que apenas algo sois en esta vida.

El que por ti se muere en dulces lazos  
Muere con propiedad por tus pedazos;  
Y cuando abundas de hermosura en bíenes,  
Tantos remedios tienes,  
Hermosísimo bien del alma mia,  
Que siendo tan cruel pareces pia.

Y eres así á la espada parecida,  
Que mata mas desnuda que vestida.

Y á ti no mueve de mí llanto el río,  
No sé si por ser agua ó por ser mio.

Eché el cielo su capote  
por no ver un caballero  
que al contra sírvió de oro  
y al torrear de cerote.

La haneza de tu cara  
La vista equívoca, pues  
pasará por ser embés  
si un ojo no le sobrara:

Dofia Alcahofa compuesta  
á imitación de las flavas,  
basquiñas y mas basquiñas;  
carne poca y muchas faldas:

Lo que de nuevo y de viejo  
pasa en aqueste lugar,  
en las hijas y en las madres  
cerrado y alietto está.

En el rastro que han dejado  
los amantes que se van,  
la niña que quedó vaca  
vende carnero al galán.

Abrié que á Febrero hacia  
empezó ayer á mayar,  
y hoy á manera de Marzo  
nos ha vuelto el vendabal.

¿Tú piensas que nos obligas  
en solicitar el parto  
de quien nos come un raton  
y nos cená dos gazapos?

Doz dedos estoy de darte,  
Aguedilla, el río terno;  
mas no lo quieren soltar  
aquellos mismos dos dedos.

Yo llevo bien por la calle  
el sobre dicho retablo;  
mi síre lleva las aimas  
las bósas mi garabato.

Vivo en la Puerta Cerrada  
para los díneros trasgos,  
y para los dadivosos  
vivo en la calle de Francos.

El rostro, perro de agua,  
ya de perro chino sale;  
no enseña menos ser hombres  
el parecer mas á frailes.

Saló vejiga con ojos,  
á si tan desemejante,  
que sus mayores amigos  
no le vían, con mirarle.

Lo mejor de las mugeres  
se han engullido los coches,  
cazuelas donde se ven  
solo cabezas y alones.

Lo que ayer era estropajo  
que desechó la sartén,  
hoy pliego maldá dos mundos  
y está amenazando á tres.

Mírose la viejecilla  
preñándose un alfiler,  
y vió un orejón con tocas  
donde buscó un Aranjuez.

Y á boca de noche un diente  
cerca ya de oscurecer.

Tomando estaba sudores  
Marica en el hospital,  
que el tomar era costumbre,  
y el remedio es el sudar.

Por no estar á la malicia  
labrada su voluntad,  
fué su huesped de aposento,  
Anton Martin el galán.

Su cabello es un cabello  
que no le ha quedado mas.

Dióme el leon su cuartana,  
dióme el escorpion su lengua,  
y el carnero su paciencia.

No hay necio que no me hable,  
ni vieja que no me quiera,  
ni pobre que no me pida,  
ni rico que no me ofenda.

Agua me falta en la mar  
y la hallo en las tabernas;  
que mis contentos y el vino  
son agudados donde quiera.

¿Que á la mugor no le cueste  
el condenarse un cabello,  
y que por llevarme el diablo  
me lleve lo que no tengo!

No se les daba de antes  
por comisiones un cuerno,  
y ahora por comisiones  
se les dan mas de quinientos.

Dormistes y una muger  
hallastes al despertar,  
y hoy en durmiendo un marido  
hallá á su lado otro Adán.

Un animal en la India  
con solo un cuerno derecho,  
puede ser, mas para mí  
poco se me hace un cuerno.

Si está vivo quien te vió  
toda tu historia es mentira;  
pues sino murió, te ignora,  
y si murió no lo afirma.

¡Oh que de panzas el troto  
han sido mis compañeros.

Tus dos ojos, Mari-Perez,  
de puro dormidos roncán,  
y duermen tanto, que sueñan  
que es gracia lo que es modorra.

Calvos van los hombres, madre  
calvos van;  
mas ellos cabellarán.

Si á los hombres les queremos  
para pelarlos acá,  
y vienen pelados ya;  
¿sino hay que pelar que haremos?

En esto por un repecho  
vió venir á sus costillas  
un vecino de sus carnes  
convitado de ellas mismas.

En su seguimiento parte:  
á cinco uñas camina,  
y cansado de matar  
entre sus dedos le hila.

Los médicos con que miras  
los dos ojos con que matas,  
bachilleres por Toledo,  
doctores por Salamanca.

Rascábanse con las uñas  
en paz las antiguas damas;  
y hoy con espiguillas de oro  
dan en esgrimir la caspa.

Si sale por lo mañana  
de su pesuezo un peou,  
le anocheberá en los lomos  
y ha de ser bien andador.

Mis armas son un escudo  
y fueran mejores dos,  
cuanto va del que es sencillo  
al caballero doblon.

Fantasmas acedinas  
siglos que andais por las calles,  
muchachos de los linados  
y calaveras flambres.

Daros lástima quisiera,  
díneros, señora, no;  
que aunque son pocos, las ganas  
de dároslos menos son.

Yo me salí de la corte  
á vivir en paz conmigo;  
que bastan treinta y tres años  
que para los otros vivo.

Las mugeres de esta tierra  
tienen muy poco artificio  
mas son de lo que las otras,  
y me saben á lo mismo.

Fulanito, Citanito,  
entremés de la Pasión,  
tú que haces los graciosos  
en la muerte del Señor.

El pobre no aguarda á irse  
para decir que está ausente,  
que en ninguna parte está  
el que dinero no tiene.



Pidiéndole está dineros  
Doña Berenguela á Anton,  
y el entre sí está pensando  
de dárseles entre no.

Duque que guarda el ducado  
y da la conversacion,  
alabarte la llanza  
y conjurarle el humor.

Condes que dicen no quiero,  
tan claro el demandador,  
ya que no son condes claros  
harto claros condes son.

Selvas y bosques de amor,  
dehesas, sotos y campos,  
quien os cantaba soltero  
os viene á mugir casado.

Pues siendo abril de San Lucas  
soy la fiesta de San Marcos.

Si estando con mi muger  
columbro brujula de oros,  
hago como que me fui  
y aunque me quedo no estorbo.

Y con esto aun es tan vano  
de mi cabeza el entono,  
que á quien me los ponga á mi  
parece que se los pongo.

La primera fué doncella  
después de mi desposorio,  
recalada ya se entiende,  
recogida en casa de otros.

Cruel llaman á Neron  
y cruel al rey Don Pedro,  
como si fueran los dos  
Hipócrates y Galeno.

Manzanares, Manzanares,  
arroyo, aprendiz de río,  
platicante de Jarana,  
buena pesca de maridos.

Tú que gozas, tú que ves  
en verano y en esto  
las viejas en cueros muertos,  
las mozas en cueros vivos.

—Tiéneme del sol la llama  
tan chupado y tan sorbido,  
que se me mueren de sed  
las ranas y los mosquitos.

Entre mentiras de corcho  
y embebecos de vestido,  
la muger casi se queda  
á las orillas del río.

El marido y el cuchillo  
al principio son de acero,  
pero después los mas finos  
tienen el cabo de hueso.

No sé si es alma ó almilla  
esta que trago en el cuerpo,  
que si almilla, no calienta,  
y si es alma, no lo siento.

Es su casa barbería  
donde el rapado es el necio,  
y sus bolsas las vacías,  
y ellas en rapar barberos.

No han menester ellas lindos,  
que harto lindas se son ellas,  
la mejor faccion de un hombre  
es la bolsa grande y llena.

Alabárame el andar  
si anduvieras por las tiendas,  
y el mirar sino mirases  
en dar todo cuanto quieras.

Y si en todo el mundo hay caras,  
solas son caras de veras  
las de Madrid, por lo hermoso  
y por lo mucho que cuestan.

Chitona ha sido mi lengua  
habrá un año, y ahora torno  
á la primer taravilla,  
agua va, que las arrojo.

Piensen que ne les entiendo,  
yo pienso de ellos lo propio;  
miranme y hácenme gestos;  
mirolos y hágolos cocos.

Todos pretenden casada  
porque á todos les parece  
que gusto que tiene guarda  
es mas hazaña vencerle.

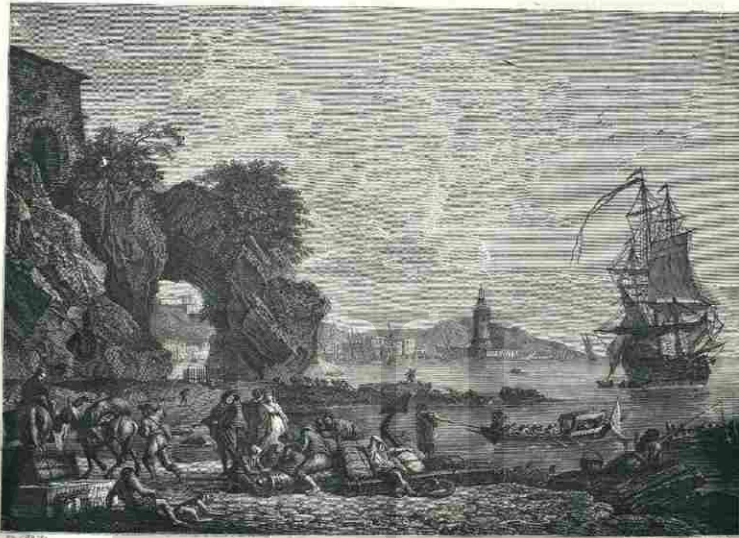
#### CLAUDIO JOSE VERNET.

Claudio José Vernet nació en Aviñon el 4 de agosto de 1744 y murió en París, siendo académico-consejero, el 3 de diciembre de 1789 á la edad de setenta y siete años.

Esta larga carrera fué de una fecundidad notable, y así no hay galería ni gabinete de aficionado, que no posea una ó varias *marinas* de este pintor, género en que descolló hasta el último grado. El extranjero que visita el Louvre, si le gustan los espectáculos mas hermosos del Océano en sus días de calma ó en sus momentos de borrasca, no deja de pararse en un vasto salon que nuestro artista ha llenado el solo con la colección de sus puertos de mar, y con otros muchos cuadros representando todos invariablemente escenas del mismo género. En la mayor parte de estos lienzos se descubre un genio poético, una entendida perspectiva lineal y aérea, un estudio profundo de las manobras marítimas, hermosos cielos, preciosas masas de fabrica, sitios muy

bien elegidos con aspectos originales, y de los que uno se acuerda largo tiempo después de haberlos visto, pudiendo indicar como ejemplo de esta cualidad el grabado que tiene el lector ante sus ojos: la vista del Pansilippo; y por último, hay figuras bien dibujadas en sus composiciones, acciones naturales y verdaderas, y un estilo correcto.

Este pintor no llegó á ese grado próximo á la perfeccion sino por una serie de largos estudios y de constantes observaciones de la naturaleza que habia considerado como ninguno otro. Una gran parte de su vida la pasó en Italia dibujando todos los monumentos pintorescos que ofrece esa patria clásica del arte. Pero no se contentó con copiar las



Vernet. — Vista del Pansilippo.

bellezas y recorrer los mares de la Italia, sino que quiso conocer, estudiar y pintar la Grecia, y visitó sus costas, cuyas montañas, riberas, cielos y mares se reflejaron en sus cuadros.

Al cabo de una ausencia de mas de veinte años, Vernet volvió á París, donde sus lienzos obtuvieron un prodigioso éxito. La Academia le ofreció un puesto que habia vacante, siendo recibido en 1753 por un hermoso cuadro que representaba las orillas del mar adornadas con una gran cantidad de honitas figuras pintadas con gusto y arte.

Por esa época concibió el gobierno el gran pensamiento de hacerle pintar los principales puertos del litoral de la Francia. Vernet pasó muchos años perfeccionando ese hermoso trabajo que ofrece una colección única en Europa, y que constituye seguramente uno de los mas hermosos tesoros de la escuela francesa. Esa soberbia colección se esparció bien luego en el público por los hermosos grabados que sacaron de ella Le Bas y Collin; pero por grande que sea el mérito de esos dos grabadores, en la noticia que acompaña á la *Tempestad* verán nuestros lectores, que todo lo mejor que hicieron se quedó muy atrás, por que apareció una obra maestra fuera de línea.

J. J. ARNOUX.

#### GRAZIELLA,

POE

M. A. DE LAMARTINE.

(Véase el tomo p. 481, 488, 494 y 292.)

Quando llegué al momento en que Virginia, llamada á Francia por su tía, siente, por decirlo así, que todo su ser se desgarran en dos pedazos, y trata de consolar á Pablo bajo los plátanos, habiéndole de la vuelta y señalándole el mar que ya á llevarle; cerré el libro diciendo que concluiría su lectura al día siguiente.

Terrible fué ese golpe para el corazón de aquellas pobres gentes. Graziella se arrojó delante de mí, y luego delante de mi amigo, suplicándonos que concluyéramos aquella historia; pero todo fué en vano, pues quisimos prolongar el interés por ella misma, reservándonos para nosotros el encanto de la prueba. Graziella tomó queriendo comprender á fuerza de voluntad sus caracteres; habló con él, le besó, y por último le puso respetuosamente sobre sus rodillas, cruzando las manos y mirándome con ojos suplicantes.

Su fisonomía tan serena y risueña en la calma, aunque un

pozo austera, había tomado de repente en la posion y en la simpática ternura de aquel relato, algo de la animación, del desorden y de lo patético del drama; habíase dicho que una sábita revolución había cambiado aquel hermoso intrópol en carne y en lágrimas. La joven sentía su alma hasta entónces dormida, que se revelaba á ella en el alma de Virginia; parecía haber pasado seis años en aquella media hora. Las tintas borrascosas de la pasión oscurecían su frente, así como el blanco azulado de sus ojos y mejillas: era como un estanque que sosegado donde el sol, el viento y la sombra se habían puesto á luchar subitamente y por la vez primera. Nosotros no podíamos cansarnos de mirarle en aquella actitud, y aun cuando hasta entónces no nos había inspirado más que la alegría, desde aquel instante nos infundió un sentimiento casi respetuoso. Pero en vano nos suplicó que continuáramos; no quisimos gastar nuestro poder de una vez sola y sus hermosas lágrimas nos gustaban demasiado, para secar en un día su manantial: la joven se retiró enfadada, y apagó la luz con un ademán de mal humor muy señalado.

Al día siguiente cuando la volví á ver bajo los emparrados y quise hablarla, se volvió como una persona que quiere ocultar sus lágrimas, y se negó á responderme. En sus ojos ribeteados de un círculo negro, en la palidez de sus mejillas y en una lírica y graciosa decoloración de los dos lados de su boca, se conocía que no había dormido, y que su corazón se hallaba opacado todavía con las pesadumbres imaginarias de la vispera. Maravillosa poder es el de un libro que influye así sobre el corazón de una criatura ignorante en las letras, y de una familia entera, con toda la fuerza de la realidad, y cuya lectura es un sueño en la vida del corazón!

Esto consiste en que, así como yo había traducido el poema, el poema había traducido la naturaleza, y que aquellos acontecimientos tan sencillos, la cuna de aquellos dos seres á los pies de dos pobres madres, sus inocentes amores, su cruel separación, aquella vuelta engañada por la muerte, aquel naufragio y aquellas dos familias que encerraban un solo corazón bajo los plátanos, son cosas que todo el mundo siente y comprende, desde el palacio hasta la choza del pescador. Los poetas buscan el genio muy lejos, cuando el genio está en el corazón, y cuando algunas notas, bien sencillas por cierto, tocadas piadosamente y por acaso sobre ese instrumento templado por el mismo Dios, bastan para hacer llorar á todo un siglo, y para hacerse tan populares como el amor y tan simpáticas como el sentimiento. Lo sublime canta, lo bello engaña, únicamente lo patético es infalible en el arte; el que sabe enternecer lo sabe todo, y hay más genio en una lágrima que en todos los museos y en todas las bibliotecas del universo. El hombre es como un árbol secado para que caiga el fruto; jamás se conmueve al hombre sin que se desprendan lágrimas.

Todo aquel día la casa estuvo triste como si aquella pobre familia hubiese experimentado un acontecimiento de orso. La comida estuvo silenciosa, conculada, se separaron, y luego volvieron á reunirse sin la menor sonrisa. Velose clarivamente que Graziella estaba distraída tanto en el jardín como en la azotea; repetidas veces se paraba para contemplar como bajaba el sol, conociéndose que no pensaba mas sino en que se acabara el día.

Cuando llegó la noche, y cada cual había ocupado su puesto en el ostrico, abrí de nuevo el libro y acabe su lectura en el día de los solitarios de la familia. Padre, madre, hijos, mi amigo y yo mismo tambien, todos participabamos de la emoción general. El sonido acompasado y grave de mi voz se adaptaba justamente á la tristeza de las aventuras y á la

gravedad de las palabras que al fin de la historia parecían venir de lejos y caer en el alma con el hondo acéto de un pecho hueco donde el corazón no late ya, y que solo por la tristeza, la religión y el recuerdo sigue siendo partícipe de las cosas de la tierra.

Imposible nos fué pronunciar ninguna palabra despues de acabada la lectura. Graziella se quedó inmóvil, petrificada, en la actitud en que me había oído, como si siguiese escuchando todavía. El silencio, ese aplauso de las impresiones durables y verdaderas, no fué interrumpido por ninguno; cada cual respetaba en los otros los pensamientos que en si mismo sentía. La lámpara casi consumida, se iba apagando insensiblemente sin que ninguno de nosotros levase la mano á ella para reanimar su luz agonizante. La familia se levantó y se retiró fuertemente, y mi amigo y yo nos quedamos solos confundidos de la omnipotencia de la verdad, de la sencillez y del sentimiento sobre todos los hombres, en todas las edades y en todos los países.

Quizás otra emoción tambien principiaba á remover el fondo de nuestros corazones. La encandorada imagen de Graziella transfigurada por sus lágrimas, é iniciada en el dolor por medio del amor, flotaba en nuestras ilusiones con la celeste erención de Virginia. Estos dos nombres y estos dos seres confundidos en aquellos errantes, alegraron ó entristecieron nuestro espíritu agitado hasta por la mañana. Las dos noches siguientes tuve que leer á la joven la misma historia, y creo que aunque la hubiéramos leído cien veces seguidas no se habría cansado de suplícarnos que se la leyeramos de nuevo. Las imaginaciones del Metodista, visionarias y profundas, se distinguen porque no les gusta la variedad, ni en la poesía, ni en la música; la música y la poesía no son, por decirlo así, sino los temas en que cada cual acomodaba sus propios sentimientos, alimentándose, sin saberlo, como acostumbra el pueblo, con la misma narración, el mismo canto durante siglos sin experimentar el mas leve cansancio en esas impresiones. Hasta la misma naturaleza, por música y esa poesía suprema, que otra cosa tiene en si mas que dos ó tres palabras y dos ó tres notas, siempre iguales, con las cuales entristece ó encanta á los hombres, desde su primer suspiro hasta el último?

El noveno día al salir el sol, el viento del equinoccio cesó, y en pocas horas la mar se quedó como un espejo. Aun las mismas montañas de la costa de Nápoles, así como las aguas y el cielo, parecían nadar en un fluido mas líquido y azul que el de los mares de los grandes corales, como si el mar, el firmamento y las montañas hubiesen sentido ya ese primer estremecimiento del invierno, que cristaliza el aire haciéndolo brillar como el agua helada de los ventisqueros. Las hojas amarillentas de la viga así como las de las bigueras principiaban á desprenderse ya y á cubrir el suelo. Habíase acabado las ventanillas. Los trigos secados al sol en el ostrico estaban ya colocados en costos groseros de verbas marinas tejidas por las mujeres. El viejo pescador estaba presuroso de probar su barca para volver con su familia á la Margellina. Se limpió toda la casa con la azotea, se sacó el aceite del pequeño pozo de la roca, y se echó en las pipas que los muchachos bajaron al mar atravesando un palo entre las aspas; se liaron las órnas con cuerdas; se encendió por última vez la lámpara bajo la imagen abandonada de la chimenea; se rezó á la madona recomendándole la casa, la biguera y la viga que iban á quedar sin guarda durante muchos meses, y por último se cerró la puerta y se ocultó la llave en una grieta de la roca cubierta de yedra, para que si volvía el pescador durante el invierno, supies

donde hallaría si quería visitar su lecho. Enseguida bajamos á la mar, ayudando á la pobre familia á embarcar el aceite los panes y las frutas.

## III.

Nuestra vuelta á Nápoles, siguiendo el golfo de Baia y las sinuosidades del Pausilippo, fué una verdadera fiesta para la joven y los niños, y un triunfo para Andrés. Entramos en la Margellina de noche y cantando. Los antiguos amigos y los vecinos del pescador no se cansaban de admirar su nueva barca; ellos lo ayudaron á descargarla y á sacarla á tierra, y como le habíamos prohibido que dijera á quien se la debía, nadie fijó la atención en nosotros.

Despues de haber sacado la embarcación, y despues de haber llevado los costos de bigos y de utras encima de la mesa de Andrés, cerca del umbral de tres canchitos bajos habitados por la abuela, por Graziella y los niños, nosotros nos retiramos silenciosamente, atravesando, no sin pena las estreptosas calles de Nápoles, y volvimos á donde antes estábamos.

Nuestra idea era la de continuar la misma vida con el pescador cuantas veces el estado del mar lo permitiera, despues de descansar en Nápoles algunos dias. Estábamos ya tan acostumbrados á la sencillez de nuestros trajes, y á la desnudez de la barca, que la cama, los muebles de nuestros cuartos y nuestros vestidos nos parecían un lujo tan fastidioso como inómodo. Pero contábamos que en breve cesaría aquello. Sin embargo, al día siguiente al ir á buscar nuestras cartas abradas al correo, mi amigo halló una de su madre en la cual le decía que volviera al instante á Francia para asistir al matrimonio de su hermana. Su hermano político debía salirle al encuentro en Roma, y segun las fechas, ya debía haber llegado. Toda demora era imposible, fué preciso partir al instante.

Yo habría debido marcharme con él, pero un secreto deseo de aislamiento y de aventuras me retuvo. La vida de marinero, la choza del pescador, y la imagen de Graziella, contribuían un poco á esto, aunque confusamente: el vértigo de la libertad, el orgullo de bastarme á mi mismo á trescientas leguas de mi país, y la pasión de lo vago y lo desconocido, esa aérea perspectiva de las jóvenes imaginaciones, fueron las verdaderas causas que me lo impidieron.

MI amigo y yo nos separamos despidiéndonos tiernamente, prometiéndome que el volvería á unirse conmigo en cuanto hubiese cumplido con sus deberes de hijo y de hermano, y prestándole cincuenta lúibres para coimir el vacío que aquellos seis meses habían hecho en mi bolsa.

Esta despedida, y la ausencia de ese amigo que era para mí lo que un hermano mayor de edad es para otro mas pequeño, me dejaron en un aislamiento en el cual sentía yo que me iba sumergiendo como en un abismo. Todas mis ideas, todos mis sentimientos, todas mis palabras que se evaporaban antes al comunicárselas, se me quedaban en el alma, y volvían á caer sobre mi corazón como un peso contra el cual mis fuerzas eran impotentes. Aquel ruido en que yo no tenía interés ninguno, aquella muchedumbre en donde nadie sabía mi nombre, aquel cuarto en que ninguna mirada respondía á la mia, aquella vida de fonda en que sin cesar se están viendo caras desconocidas; aquellos libros leídos cien veces y cuyos inmóviles caracteres repiten siempre las mismas palabras, en la misma frase y en el mismo puesto; por último todo aquello que me había parecido tan hermoso en

Roma y en Nápoles antes de nuestras escursiones y de nuestra viala vagabunda y errante del estío, ahora me parecía una muerte lenta, y el corazón se me ahogaba de melancolía.

(Se continuará.)

## LA TORRE DE DUNKERQUE Y LA DE ZARAGOZA.

Estas dos torres no tienen seguramente el mismo origen; su fundación data de tiempos distantes y ambas arquitecturas se diferencian. Lo que nos ha inducido á reunir las aquí es una misma ceremonia, una diversion popular que presenciaron ambas en las mismas épocas, en el pasado. Antiguamente la fiesta de los gigantes, esa fiesta flamenco se efectuaba tambien en Zaragoza y aun en todo el Aragon. Únicamente en España, el traje de los héroes de la función no era igual al que se llevaba en los climas septentrionales. En Dunkerque lo mismo que en Douai, los gigantes eran tres, el padre y sus dos hijos, y llevaban su capa de malla y su casco con penacho; en Zaragoza eran tres tambien, pero iban vestidos de musulmanes con sus turbantes. Esos enormes maniqués de mimbre, lo mismo en España que en Flandes, marchaban primitivamente en la procesion del Corpus de tras del Santo Sacramento, pasando siempre, tanto en Zaragoza como en Dunkerque, por delante de la torre.

Dunkerque y toda la parte flamenco de la Francia han pertenecido á la España, y por consiguiente la procesion de los gigantes históricamente hablando, puede considerarse como de origen español, instituida evidentemente en Zaragoza despues de la espulsion de los moros. De este modo los aragoneses pesaban en triunfo la imagen de los gigantes.

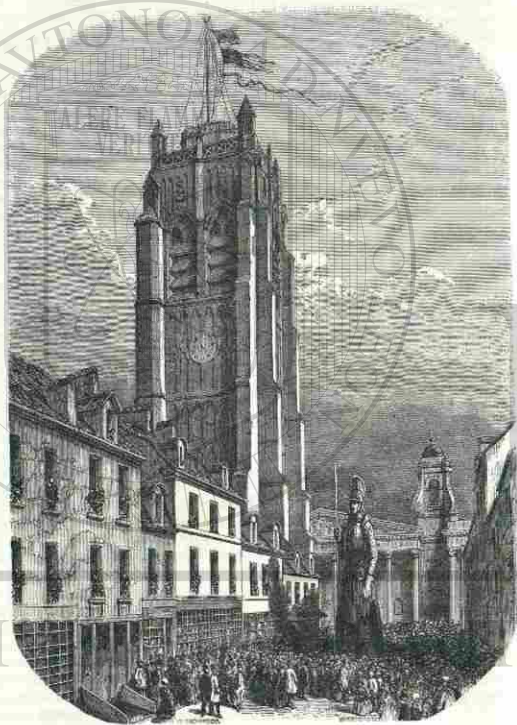
Algunos historiadores pretenden por otra parte que todas esas fiestas flamencas son debidas á Carlos Quinto que habla tratado de neutralizar por ese medio el ánimo revoltoso de los habitantes de Flandes, divirtiéndolos. Por el mismo motivo dicen que establecido en el Norte de la Francia esos repiques que preludian aun en muchas ciudades cuando dan las horas y que mas de una vez suplieron las músicas para los bailes públicos.

La torre del reloj de Dunkerque existía ya en 1440, sirviendo entónces de faro. En ese mismo año los habitantes de Dunkerque, que no poseían sino una sola iglesia, y distante de la ciudad, resolvieron construir otra donde estaba la torre, quedando esta en la misma construcción adornando su fachada. La iglesia se quemó en 1558, excepto la torre, y despues se edificó otra en el terreno que habia ocupado la antigua, aunque se asió algun tanto la torre. Esta iglesia existe todavía y se halla dedicada á San Eloy.

Cuando Luis XIV rescató Dunkerque se estipuló que todas las torres y todos los campanarios habian de estar al nivel de los tejados de las casas, y por consecuencia se disminuyó la altura de la torre del Faro en el puerto; pero los marineros privados de la señal corrían peligro de zozobrar en la costa. Entónces se eligió el tratado construyendo una casta en la torre del Reloj, y de este modo se estableció un indicio provisional para la seguridad de los navegantes. En esa casta reside todavía un vigia que vela de día y de noche para señalar los incendios y que debe repetir con un martillo sobre una campana todas las horas que dan en el reloj de la torre. Para ayudarle en su tarea tiene un suplente, y ambos en caso de accidente deben tocarse á rebato.

La torre es cuadrada y tiene ocho metros de anchura de cada lado, sin contar los machones de los ángulos. Se asegura que cuando hace buen tiempo se descubre desde su plataforma la torre de Douvres en Inglaterra. M. Cassini hizo desde allí varias observaciones relativas á la carta de Fran-

cia, y los señores Arago y Biot estuvieron en ella también cuando se unieron con los sabios de Londres para la prolongación de los triángulos sobre Londres, en Escocia y en Gohelandia, á fin de acabar la determinación de la medida de la tierra.



La torre de Dunkerque.—Dibujo de Blanchard.

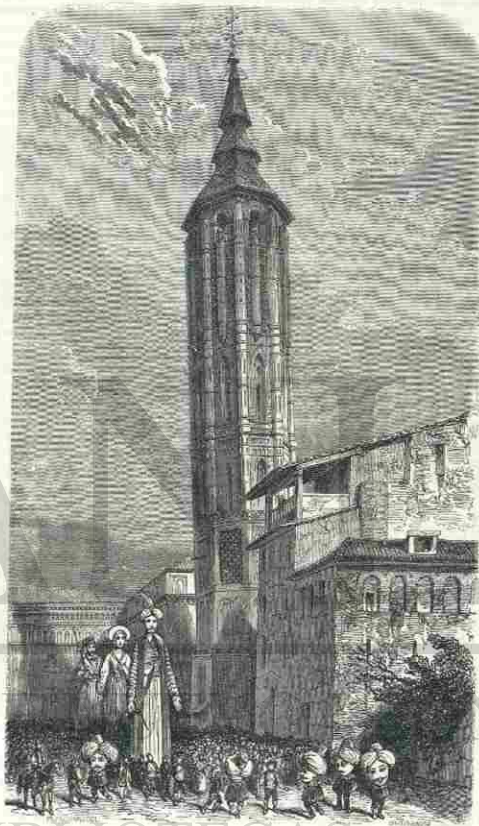
En cuanto á la torre de Zaragoza, llamada Torre nueva, se principió en 1504 siendo terminada en 1515. Inclinada de un modo sorprendente se parece á las torres de Pisa y de Bolonia; también en esta torre se habían puesto vigías en un principio, pero su servicio cesó cuando el hundimiento que produjo la inclinación. El basamento que es todo de piedra ha quedado firme; solo el resto de la construcción, que es de ladrillos hasta arriba, aplastándose por el lado que mira á la calle, ha producido la inclinación de la torre. En ciertos sitios se ve que los ladrillos han perdido la mitad de su grueso. Debemos añadir que no hay temor ninguno de que la torre de

Zaragoza se halle próxima á su destrucción, porque su hundimiento tuvo lugar, á poco que estaba concluida, y desde entonces ninguna novedad ha vuelto á notarse en ella: aun hay mas; en el sitio de 1809 estalló una bomba sobre ella, lo que en nada ha comprometido su solidez. Sin duda el hundimiento provino de la calidad del ladrillo, pues la misma cosa ha sucedido en los campanarios de otras tres ciudades de Aragon, Alca, Bubierra y Calatayud, cuyos campanarios se hallan inclinados como la torre de Zaragoza.

La torre Nueva es un poco mas estrecha que la de Dunkerque, pero también parece ser algo mas elevada.

### LA TORRE DE ZARAGOZA.

(Véase la p. 215.)



La torre de Zaragoza.—Dibujo de Blanchard.

### GRACIELA,

POEMA

POB M. A. DE LAMARTINE.

(Véase las pág. 181, 188, 194, 202 y 213.)

Arrastré algunos días esta tristeza de calle en calle, de teatro en teatro y de lectura sin poder desprenderme de ella. Cai malo con la enfermedad que se llama mal del país. Mi cabeza me pesaba, mis piernas no podían lle-

T. III.—PARIS.—IMP. BLONDEAU.

varme: estaba pálido y descompuesto, no comía ni bebía; e silencio me ponía triste, el ruido me hacía daño, y pasaba las noches sin sueño y los días tendido en mi cama, sin tener ganas ni fuerzas para levantarme. El anciano pariente de mi madre, el único que habría podido interesarse por mí, había ido á pasar algunos meses á treinta leguas de Nápoles en los Abruzzos, donde pensaba establecer unas manufacturas. Mandé que viniera un médico, vino, me miró, me tomó el pulso y me dijo que estaba sano. Lo cierto es

EN

que tenía una enfermedad para la cual no hay remedio ninguno en la medicina; una enfermedad de alma y de imaginación. El médico se fue, y no volvió a verle.

Sin embargo, tan malo me sentí al día siguiente que principié á buscar en mi memoria de quien podría esperar algún socorro si empeoraba. Naturalmente me acordé de la pobre familia en la Margelina, en medio de la cual vivía todavía por el pensamiento: envié á un chico que me servía á buscar á Andrés para que le dijera que él más joven de los dos extranjeros que conocía estaba enfermo y deseaba verle.

Cuando el muchacho llevó el mensaje, Andrés se hallaba en la mar con Beppino, y la muchacha estaba vendiendo pebes en el muelle de Chiaja. Solo Graziella estaba en casa con sus hermanitos, pero al punto los dejó encomendados á una vecina, se vistió con su traje más nuevo de provincia, y siguió al muchacho que le enseñó la calle y el viejo convento, y que le precedió en la escalera de mi habitación.

Oí que llamaban suavemente á la puerta de mi cuarto. La puerta se abrió como impulsada por una mano invisible y vi entrar á Graziella, que al discurrirme lanzó un grito, dio algunos pasos hacia mí lecho, y por fin deteniéndose, con las manos entrelazadas y colgando sobre su delantal, y con la cabeza inclinada sobre su hombro izquierdo en actitud compasiva, estábamos en voz baja:

— ¿Qué páldo está! Cómo en tan pocos días ha podido cambiar así de rostro? ¿dónde está su amigo? ¿nadó volviéndose y buscando con los ojos por el cuarto á mi compañero.

— Se ha marchado, le dije, y me halló solo y sin ningún conocimiento en Nápoles.

— Se ha marchado, repitió, dejándose enfermo y solo; tan poco os estimaba? Ahí yo en su lugar no me habría marchado, y sin embargo no soy hermana vuestra, y os conozco solamente desde el día de la tempestad.

Yo la respondí que cuando mi amigo se marchó todavía no había caído malo.

— Pero, repuso vivamente y en un tono de recovención tierno y sosegado á la vez, ¿cómo no habéis pensado que teniais otros amigos en la Margelina? Ahí ya lo veo, amado tristemente contemplando el traje que llevaba; eso es que somos pobres y que os habríamos avergonzado entrando en esta casa. No importa, prosiguió juguándose los ojos que había tenido fijos en mi frente y en mis desaliñados brazos, aun cuando se nos hubiera despreciado no por eso habríamos dejado de venir.

— Pobre Graziella! respondí sonriendo, no permita Dios que nunca me avergonce de aquellos que me aman.

Graziella se sentó en una silla á la cabecera de la cama y conversamos un rato.

El sonido de su voz, la serenidad de sus ojos, el abandono sereno y confiado de su actitud, la sencillez de su fisonomía, el acento cortado y lastimero á la vez de las mujeres de las islas, que recuerda como en Oriente, el tono suave de la esclava aun en medio de las palpitaciones del amor, por último el recuerdo de aquellos hermosos días de la cabana que había pasado al sol en su compañía, aquellos soles de Procida cuyo ardor me parecía que se reflejaba aun sobre su frente en medio de mi sombrío cuarto, todo este conjunto, mientras la miraba y la estaba escuchando, me aliviaba de tal modo que me creí súbitamente curado. Parecíame que en cuanto ella se fuera me podría levantar y andar; pero sin embargo tanto bien me causaba su presencia que prolongaba la conversación lo más que podía, y la hacía estar allí bajo mil pretextos, temiendo que si se iba demasiado pronto se

plevase el bienestar que entonces experimentaba.

Una parte del día me estuvo sirviendo sin temor, sin reserva afectada y sin pudor fingido, como una hermana sive á un hermano, sin pensar que es un hombre. Me fué á comprar naranjas y mordía la cáscara con sus hermosos dientes para usararla y esprimir el zumo en mi vaso. Se quitó del cuello una medallita de plata que llevaba oculta en su pecho pendiente de un cordón negro, y la prendió con un alfiler en las blancas colgaduras de mi cama, asegurándose que bien luego me curaría por la virtud de la santa imagen. Por último, cuando empezaba á caer la tarde me dejó, no sin volver veinte veces de la puerta á mi cama para preguntarme si quería algo más, y para suplicarme que antes de dormirme rezase con mucha devoción á la imagen que me dejaba allí colgada.

Fuera por la virtud de la imagen y por las súplicas que sin dudar la dirigí la joven, ó fuera por la calmante influencia de aquella aparición de ternura y de interés que había tenido bajo la figura de Graziella, ó bien por la encantadora distracción que su presencia y su conversación me habían proporcionado, lo cierto es que en cuanto se marchó me dormí con un sueño sosegado y profundo.

Al día siguiente, cuando me desperté, al ver las cáscaras de naranja que estaban diseminadas por mi cuarto, la silla de Graziella vuelta hacia mi cama como si acabase de dejarla, y debiese volver á sentarse en ella; al ver la medallita suspendida en las colgaduras por medio del cordón de seda negro, y todas las huellas de la presencia y de los cuidados femeninos de que carecía hacia tanto tiempo, me pareció al pronto que mi madre ó una de mis hermanas había entrado la noche antes en mi aposento. Solo al abrir los ojos enteramente, y al recordar mis pensamientos uno á uno, se me apareció la figura de Graziella tal como él día antes la había visto.

El sol era tan puro, el descanso había fortificado tanto mis miembros, me hacía tanto daño la soledad, y deseaba hasta tal punto volver á oír el sonido de una voz conocida, que me levanté inmediatamente, á pesar de mi debilidad, me tomé lo que quedaba de las naranjas, subí á un corralito de alpuérr, y me dirigí instintivamente por el lado de la Margelina.

Llegado á la puerta de la casita baja de Andrés, subí la escalera que conducía á la plataforma encima de la cuevadonde estaban los cuartos de la familia. Encontré en el atrio á Graziella, con la abuela, el viejo pescador, Beppino y los niños, que estaban dispuestos para salir á verme, adornados con sus más bellos trajes. Cada uno de ellos llevaba en una cestita, en la mano ó en un pañuelo, un regalo para mí de lo que aquellas pobres jentes habían inutilizado que podía ser mas agradable ó saludable para un enfermo; todo ello consistía en una botellita de vino dorado de Ischia, tapado con romero y yerbas aromáticas, unos bizcos y otras varias frutas: los niños iban cargados de naranjas. Graziella había comunicado á todos los miembros de la familia sus sentimientos.

Al verme aparecer allí páldo y débil aunque de pie y risueño, todos lanzaron un grito de sorpresa. Graziella dejó caer al suelo las frutas que llevaba en su delantal, y dando palmadas corrió hacia mí exclamando:

— Lo dije, que la imagen os curaría con tal de que pasase una sola noche sobre vuestro lecho; yo me engañé!

Yo quise devolverle la imagen, y para ello la esquivé de mi pecho en donde la puse al salir de casa; Graziella me dijo: «Besada» La besé antes, tocando también con mis labios

la punta de sus dedos, que me había tendido para recibirla. — Si volvéis á caer malo os la daré de nuevo, añadió colgándose al cuello y desliziéndola en su seno, nos servirá á los dos.

Nos sentamos en la azotea, al sol de la mañana. Todos tenían el aire tan alegre como si hubiesen recobrado un hermano ó un niño que vuelve de un largo viaje. El tiempo que es tan necesario para la formación de las amistades íntimas en las altas clases, no lo es en las clases inferiores. Los corazones se abren sin desconfianza, para ellos no hay ningún interés oculto en los sentimientos; mas parentesco de alma se forma en ocho días entre los hombres de la naturaleza que en diez años entre los hombres de la sociedad; por eso era yo entonces un miembro de aquella familia.

Nos informamos recíprocamente de lo que nos había sobrevenido desde que nos hallábamos separados. La pobre casa del pescador había prosperado gracias á la bendita barra. La pesca era tan abundante que las redes no podían con lo que sacaban. La abuela no bastaba para la venta de la pesca; Beppino fuerte y valeroso, valía tanto como un marino de veinte años aunque solo acababa de cumplir los doce, y por último Graziella estaba aprendiendo un oficio superior á la humilde profesión de su familia. Su salario, elevado ya para el trabajo de una joven, y que se aumentaría mas aun en lo sucesivo, bastaba para vestir y alimentar á sus hermanitos, y para dotarse á sí misma para cuando estuviera en edad y se hallase en ánimo de casarse.

Así decían sus padres. Su oficio consistía en trabajar el coral, cuyo comercio y manufactura forman la riqueza principal de la industria de las ciudades de la costa de Italia. Uno de los tíos de Graziella, hermano de la madre que había perdido, era capataz de la mejor fábrica de coral que había en Nápoles, rico por su estado, y dirigiendo un crecido número de obreros de ambos sexos, que sin embargo no bastaban para satisfacer los pedidos de este objeto de lujo que llovían de toda Europa, había pensado en su sobrina, y habiéndole algunos días antes para llevarla el coral y los instrumentos, dándole las primeras lecciones de ese sencillo trabajo. Las demás obreras trabajaban en común en la manufactura, pero Graziella ejercía su oficio en casa, porque la ausencia continua y forzosa del pescador la había constituido en guarda de sus hermanitos. Su tío que no podía ausentarse á menudo, enviaba á la joven su hijo mayor, primo de Graziella, de veinte años de edad modesto y bueno trabajador, pero pobre de espíritu, raquítico y algo tanto contrahecido: todas las tardes desputaba con ella la fábrica, iba á examinar el trabajo de su prima, á perfeccionarla en el oficio, y á darle también las primeras lecciones de leer, de escribir y de cuentas.

— Creo que esto será bueno para los dos, quien sabe si la discípula se volverá la mujer del maestro, me dijo en voz baja la abuela mientras Graziella había vuelto los ojos á otro lado. En esto conocí que la pobre anciana ocultaba en su mente un pensamiento de orgullo y ambición con respecto á su nieta; pero Graziella no lo notaba.

La joven me llevó de la mano á su cuarto para que admirase las órbitas de coral que había torneado y pulimentado, y que se hallaban muy bien colocadas entre capas de algodón en unos carnicotios á los pies de su cama. Después de haberlas visto, quise labrar un poco delante de mí: yo daba vueltas á la rueda del pequeño torno con un pie, mientras ella presentaba la rama roja del coral á los dientes de la sierra circular que la cortaba rechinando, después redon-

deaba los pedazos, sujetándolos con las puntas de los dedos y gastándolos en la piedra.

Un polvo de color de rosa cubría sus manos, el cual volando á veces hasta su rostro, polvoraba sus mejillas y sus labios de una tinta ligera que daba á sus ojos un color azul mas esplendente y pronunciado. Enjugóse el rostro sonriendo, y sacudió sus negros cabellos cuyo polvo me cubrió á mi vez.

— No es este un buen estado para una joven de la mar como yo? Todo se lo debemos á la mar; desde la barca de mi abuela y el pan que comemos hasta estos collares y pendientes que acaso me adornarán un día, cuando haya ya hecho muchos para otras mujeres más ricas y hermosas.

Así se pasó la mañana conversando y trabajando, sin que me viese la idea de marcharme. A los doce me puse á comer con la familia; el sol, el aire libre, la satisfacción de ánimo y la fragilidad de la mesa, á la cual solo se sacó un poco de pescado frito y frutas conservadas en la cueva, me devolvieron las fuerzas y el apetito. Después de comer me puse á ayudar al viejo pescador á remendar una red estendida sobre el atrio.

Graziella menando á compas la ruedecilla de su torno, el ruido que hacía la abuela hilando y las voces de los niños que jugaban con naranjas á la puerta de la casa, acompañaban melódicamente nuestro trabajo. Graziella solía á sacudir sus cabellos al balcón, y nos dirigíamos una mirada, con una palabra amistosa y una sonrisa. Yo me hallaba contento sin saber porqué, hasta el fondo del alma. Envidiaba las plantas que crecían en el cercado del jardín y á los lagartos que se calentaban al sol junto á nosotros, y que habitaban con aquella pobre familia las grietas de las paredes de la casa.

Mi alma y mi rostro se entristecían á medida que la luz iba declinando. Sentía que me empeoraba al pensar que debía volver á mi aposento de viajero. Graziella lo notó, y al instante se fué á su abuela y la dijo algunas palabras al oído.

— Porqué os habéis de marchar de aquí? me dijo la anciana en el mismo tono que si hubiese hablado con uno de sus hijos. No vivíamos juntos en Procida? Pues lo mismo podemos hacer en Nápoles. Pareceis un pajarillo que ha perñado á su madre y que anda rodando por los nidos; habitad aquí en el nuestro, si os parece bastante bueno para un *cechierro* como yo. La casa no tiene mas que tres cuartos, pero Beppino se acuesta en la barra; Graziella se meterá en el de los niños, con tal que de día pueda trabajar en donde pasará la noche. Así esperaréis la vuelta de vuestro amigo, porque es muy triste ver á un joven tan bueno como vos, que anda rodando por los calles de Nápoles.

El pescador, Beppino y aun los niños que querían ya al extranjero, se regocijaron con la idea de la abuela, é insistieron todos vivamente para que aceptase aquel ofrecimiento. Graziella nada dijo, pero esperaba mi respuesta con una ansiedad visible, aunque velada por una fingida distracción; á todas las discretas razones que yo oponía para no aceptar, ella pegaba en el suelo con el pie por un movimiento involuntario y convulsivo.

Al cabo abrió la vista para mirarla, y vi que sus ojos estaban mas húmedos y brillantes que de costumbre, al mismo tiempo que rompía con sus dedos una por una las ramitas de una planta de abacaba que vejetaba en uno de los tiestos de la ventana. Este ademán era mas elocuente que muchos discursos; acepté la mancomunidad de vida que me ofrecían, y Graziella dando palmadas se fué á su cuarto sal-

tando y sin volver los ojos, como si hubiese querido cojerme la palabra, sin darme tiempo para retractarme.

Graziella llamó a Beppino, y en un instante su hermana y ella se llevaron al cuarto de los niños su cama, sus pobres muebles, su espejo con marco pintado, la lámpara de cobre, las dos ó tres imágenes de la Virgen, colgadas con alfileres á las paredes, la mesa y el torno en que trabajaba el coral; sacaron agua del pozo, regaron el suelo con la mano, barrieron cuidadosamente el polvo del coral, sacudiendo tambien las paredes, y por último, pusieron en el peyo de la ventana dos hermosos tientos de reseta, los mejores que hallaron en la casa. No habrían arrojado con mas esmero la alcoba nupcial si Beppo hubiese debido llevar aquella noche á su desposada á la casa de su padre. Yo les ayudé en estos preparativos que para todos nosotros eran una fiesta.

Quando se halló todo dispuesto, me llevó á Beppino, y al viejo pescador para hacerme con los pocos muebles que necesitaba. Compré una cama de hierro completa, una mesa blanca de madera, diez sillas de paja, un brasero de cobre donde encienden huesos de aceituna en las noches de invierno para calentarse, y lo demás vino en mi cofre que mandé á buscar á mi posada: no quería perder ni una hora de aquella vida dichosa que me proporcionaba como una nueva familia. En efecto, aquella misma noche me acosté en mi nueva vivienda, y no me desperté sino con el ruido alegre de las golondrinas que entraban en mi cuarto por un vidrio roto que había en mi ventana, y con la voz de Graziella que cantaba en el cuarto de al lado acompañándose con el uniforme movimiento de su torno.

Abri la ventana que daba á unos jardincitos de pescado y de lavanderas encajonados en la roca del monte Paolipino y en la plaza de la Margellina. En aquellos jardines de gente pobre no se distinguía por el lado de la casa mas que algunos pequeñas norias que andaban movidas por un asno, y de las cuales se sacaba el agua que se necesitaba para regar las legumbres, viéndose tambien algunas mujeres tendiendo ropa á secar en unas sogas cruzadas entre los limoneros y algunos niños en camisa jugando y llorando sobre las azoteas de dos ó tres casitas blancas esparcidas en los jardines. Esta vista tan limitada, tan vulgar y tan livida de los arrabales de una ciudad populosa me pareció magnífica en comparacion de las altas fachadas, de las callejuelas y de la estrechísima muchedumbre de los barrios donde yo salía. Respiraba un aire puro, en vez del polvo, el fuego y el humo de aquella atmósfera humana que acababa de dejar. Oía el rebuzno de los pollinos, el canto del gallo, el ruido de los árboles y los gemidos alternativos de la mar en vez de aquel inferno de carruages, de aquellos agudos gritos del pueblo, y de aquel trueno incesante formado con los estridentes rumores que en las calles de las grandes ciudades no dejan ninguna tregua al oído, ni un rato de descanso al pensamiento.

No sabía salir de la cama en donde saboreaba con mil delicias aquel sol, aquellos ruidos campestres, y aquellos gorjeos de los pajarillos; y después mirando la desnudez de las paredes, el vacío de mi aposento, la ausencia de muebles, me regocijaba pensando que al menos aquella pobre familia me quería, lo cual vale más que todas las colgadas y todas las alfombras. Con todo el oro del mundo no se podría comprar un solo latido del corazón, ni un solo sentimiento de ternura.

Estos pensamientos me mecían suavemente en ese estado que sucede al sueño; sentía que mi salud se restablecía en

aquel sosiego. Beppino entró varias veces en mi cuarto á preguntarme si quería algo, y me trajo á la cama un pedazo de pan y unas uvas que me comí arrojando las migas á las golondrinas. Era yan cerca de las doce; el sal entraba de lleno en mi cuarto, llegó comen en otoño, cuando me levanté. Me convine con el pescador y con su mujer en que les daría una pequeña suma todos los meses por el alquiler de mi cuarto, y para no aumentar el gasto de la casa. Muy corta era la suma, pero aquellas buenas cosas le creían escasa. Se conocía que lejos de querer especular conmigo, sentían mucho que su pobreza y la frugalidad de su vida no les permitiesen ofrecerme una hospitalidad que les habría enorgullecido mucho mas si no me hubiese costado nada. Compraron cada día dos panecillos mas de lo acostumbrado, un poco de pesca que se sacaba cocida ó frita á la comida, leche ó frutas secas para cenar, aceite para mi luz y rescoldo para los días fríos: este fué todo el aumento. Algunas monedillas de cobre eran suficientes para cubrir mi gasto ordinario. Nunca he comprendido mejor que entonces, que la felicidad es independiente del lujo, y que mas cantidad de ella se puede comprar con un denario de cobre que con un bolsillo lleno de oro, cuando se la busca donde Dios la ha ocultado.

De este modo pasé los últimos meses del otoño y los primeros días del invierno, cuyo brillo y serenidad les hacen confundirse en Nipóles con los precedentes. Nada turbaba la moniana tranquilidad de nuestra vida. El anciano y su nieto no se aventuraban ya en alta mar por los fuertes vientos que se levantaban á menudo en aquella estación, y seguían pescando á orillas de la costa: su pesca vendida en la marina por la abuela bastaba para cubrir sus necesidades.

(Se continuará.)

CLAUDIO JOSÉ VERNET.

A nuestro juicio, el cuadro conocido de todo el mundo con el nombre de *La Tempestad*, no es el mejor de los que ha producido Claudio Vernet, pero el grabado que de él ha sacado Balechón es sin disputa la obra mas bella que haya salido nunca de manos de un grabador. Al menos, jamás las aguas enfurecidas se han visto retratadas con mas verdad, y la perfeccion de ese trabajo ha causado siempre la desesperacion de los mas hábiles artistas que después han querido imitar ese trabajo, sin lograrlo siquiera una sola vez.

Pero volvamos á José Vernet, repitiendo aqui para aquellos que no hayan leído ninguna de nuestras noticias sobre Carlos Vernet, que este último artista es hijo de José y padre de Horacio Vernet, de modo que el celebre pintor de marinos de que nos ocupamos no solo es famoso por haber hecho buenos cuadros, sino tambien por haber dado origen á una familia que tan brillantes recuerdos tiene en la historia del arte.

Sin embargo, hijos de nosotros las exageraciones: José Vernet que vivía al mismo tiempo que Greuse, Latour y Chardin, no es el primero de estos grandes pintores. Es superior á Greuse, y hasta iguala á Latour, pero es inferior á Chardin por lo cual se debe estar en guardia contra los estreñados elogios de sus exclusivos admiradores.

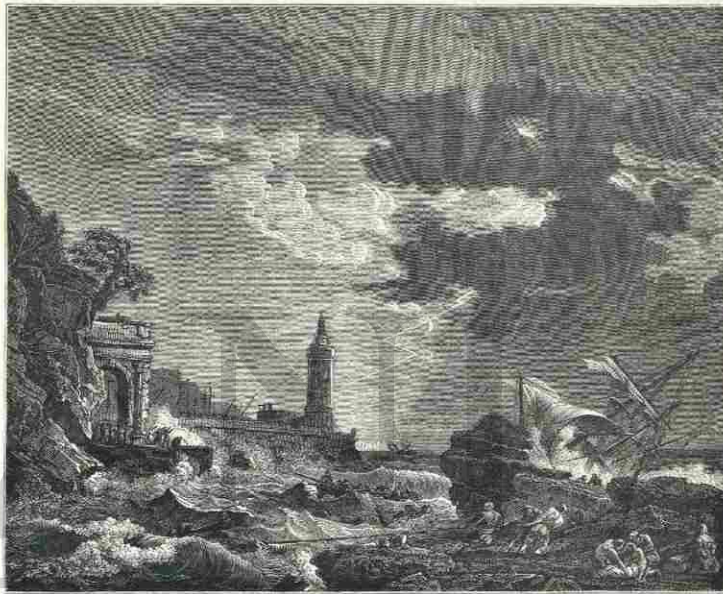
«Quien puede hacer, exclamó Diderot en su entusiasmo; quién puede hacer cielos y nubes como Vernet, si Dios ó la naturaleza no le ayudan? Quién? No queremos escribir por

temor de blasfemia, un nombre sagrado que acude á los labios de todos, pero aun cuando ese maestro sin rival no hubiese existido antes de José Vernet, Diderot se olvidaba de Arnold Van-der-Neer, ese Claudio Lorenzo de la noche. Nada, á nuestro modo de ver, manifiesta mejor el rango que

debe ocupar Vernet en la gerarquía de los representantes del arte, que el siguiente verso de Horacio:

*Estremi primorum, extremi usque priores.*

Así, pues, nos parece que es sumamente fácil el formarse



VERNET. — La tempestad.

una idea clara y precisa del pintor que hemos tratado de dar á conocer á nuestros lectores. Las cuatro horas del día, las marinas, los naufragios, á veces slumbradas por la luna; los incendios, las cascadas y las nieblas, son los asuntos que mas le gustaban. Hizo tambien paisajes, pero fué para tener ocasion de figurar las aguas agitadas en cascadas ó en tormentas. Vernet habria querido pasar su vida entera en la mar que le gustaba tanto como á los marinos. Un viejo pintor me ha contado que José Vernet, cuando sintió venir la muerte habria deseado abandonar la vida, mirando las azúladas olas del Mediterráneo. De este modo Juan Jacobo Rousseau mandaba abrir con ojos moribundos el balcón de su cuarto para ver el sol por última vez. La aspiracion comun de todos los grandes artistas que brillan por el pincel ó por la pluma, es la naturaleza.

J. J. ARSOUX.

#### Fiestas de toros en el siglo XVII.

Las fiestas de toros fueron prohibidas por la corte romana en el siglo XVI: cosa que habían solicitado con vivas ansias muchos teólogos insignes, por considerar este espectáculo como sanguinario, cruel, y sobre todo gentilico.

Pero al cabo de ocho ó diez años, el papa Gregorio XIII levantó la prohibicion, dando permiso para las corridas de toros, con tal que no se hiciesen en domingos y días festivos, sino solamente en aquellos que estaban señalados para solemnizar de este modo á tal ó cual santo por voto de los ayuntamientos. De forma, que el lidiar toros en aquellos siglos de falsa piedad, se tenía por materia de devocion y de descargo de las conciencias. Por voto de la villa de Madrid, corriase toros en el día de San Isidro, y así en los de otros santos en las demas poblaciones de España.

Entonces no habia edificios construidos expresamente para este festejo, y por eso se hacia en las plazas principales de

las ciudades, para lo cual mandaban levantar los ayuntamientos multitud de patenques y tabladros.

Lo poco seguro de estos y el mal acondicionado, daba lugar en muchas ocasiones á casos desgraciados y aun extravagantes. Sirva de ejemplo lo que dice Gerónimo Cortés en su *Tratado de los animales terrestres y volátiles* (Valencia, 1669):

« En el año de 1561 sucedió un caso notable de un buey, y fué que habiendo juego de toros en una villa del reino de Valencia, llamada Pego, sacaron á uno para correrlo en medio de la plaza, en donde hay una escalera muy ancha, por la cual suben á la sala que dicen de los jurados. Y en esa escalera se retraen muchos de los que corren toros. Hallándose pues un bravo chico buey, huyeron algunos á la escalera, y subiendo por ella entraron hasta la sala de los jurados, y el animal tras de ellos persiguiéndolos. Uno de los fugitivos se acogió á una ventana, y adonde del bastimento más alto, se estaba colgado, teniendo el cuerpo medio fuera y medio dentro. Viéndolo allí el animal, arremetió con furia para berribarlo; pero el hombre alzó los pies y el cuerpo por arriba, con lo cual el buey cayó por la ventana abajo queriéndose las piernas.

Esto refiere Gerónimo Cortés entre otros muchos lances semejantes, ocasionados por las pequisimas provocaciones que se tomaban en las plazas de toros para la seguridad de los espectadores y de las que habían de lidiar las fieras.

Hoy solo se acostumbra correr ocho toros; entonces entraban cuarenta en la plaza y casi todos morían. La mitad se corrían por la mañana y la otra mitad por la tarde. Este número de toros sería excesivo para el modo con que en nuestros tiempos combaten los toreros á los animales mencionados. Pero en aquellos, donde la gala y bizarría de los caballeros estaba en dar presta muerte á los toros, el número de cuarenta para el festejo era la verdad muy corto.

Los lances, ya desdoblados, ya ridiculos, que acontecian á los caballeros que entraban en las plazas á correr toros, daba casi siempre ocasion á las habillitas y murmuraciones del vulgo, y muchas veces á las picantes sátiras de los poetas. Contábase del conde de Villamediana muchas harto doctos. Una vez entró en la plaza de Madrid cierto caballero, de quien los maliciosos decían que era descendiente de judíos. A este pues lanzó en presencia de muchas personas el epigrama que sigue:

« ¿ Ves aquel que viene allí  
del tribu de Zabulon?...  
¡ Qué mal que trae el rejon!  
la lanza y la esponja sí. »

Otras veces el mismo conde perseguía con sus sátiras mordaces á los alguaciles de corte, que corrían á caballo las plazas. De uno de estos, llamado Vergel, decía en cierta ocasion:

« ¡ Qué golan entró Vergel  
con cintillo de diamantes!  
diamantes que fueron antes  
de amantes de su mujer. »

La impericia de los alguaciles que por obligacion habian de asistir á la plaza, daba lugar varias veces á embestidas de los toros, de las que en pocos casos salian bien parados, pues ignoraban ciertamente el arte de pelear á caballo con tales fieras. En algunos lances la fortuna se ponía de parte de ellos, y los sacaba no solo á paz y á salvo, sino tambien

saliendo del peligro con honra, y escarmentando á los toros. A cierto alguacil, vencedor de uno de estos, compuso el mismo conde de Villamediana, con su mordacidad intachable, la siguiente poesía, inédita hasta ahora:

A D. PEDRO VERGEL, ALGUACIL DE CORTE.

Fiestas de toros y cañas  
hizo Madrid á su rey,  
y por justísima ley,  
llenas de ilustres hazañas.

La suma de todas ellas  
con ardimiento gentil,  
engrandeció un alguacil  
con mil circunstancias bellas.

En el caballo novel,  
valiente, bravo y furioso,  
se ha presentado en el caso  
florido como un Vergel.

Sus galas son pregrinas;  
porque le hacen contrapeso  
á marineses de hueso,  
cintillo de carnerinas.

Miró al toro con desden  
Vergel, y el toro repara  
que ve con cuernos y cara  
un retrato de Moisés.

Duda el toro en la batalla,  
y no sabe en tanto aprieto  
si ha de guardar el respeto  
al rey de la cornualia.

El toro tuvo razon  
de no osar acometer;  
pues mal pudo él oponer  
dos cuernos contra un millon.

Mal gobierno fué por Dios,  
sabiendo que se embaraza  
la fiesta echar en la plaza  
los toros de dos en dos.

No causes tan grande inopia  
al mundo, toro cruel;  
que si matas á Vergel,  
destruirás la cornicopia.

Pero no saldrás con laureo;  
huye, toro, que te atajan,  
mira que sobre ti botan  
Artes, Capricornio y Tauro.

Guarda, Vergel, el decoro;  
que la presencia del Rey,  
al que antes fué manso buey  
ha trocado en bravo toro.

De otras armas te aprende  
toro, para tu defensa,  
que á Vergel no hacen ofensa  
Cuernos, pues con ellos vive.

Arremetió el toro infiel  
á Vergel, que con destreza,  
por cima de la cabeza  
le dió la vuelta á Vergel.

Lleno de coraje acerbo  
se levanta y mete mano:  
animoso, si no ufano,  
y ligero como un ciervo.

Conseguirás lauro eterno,  
Vergel, con sumo lesoro;  
pues venciste toro á toro,  
pues venciste cuerno á cuerno.

Por Dios que admiró el indico  
en enemistad tan grave,  
si no es el mundo sabe,  
que son ambos de un oficio.

Su político gobierno  
honor en los hombres labra:  
en todos por la palabra,  
pero en Vergel por el cuerno.

Mercedes esperar pudo  
con que á todos se anteponga  
Vergel; pues le daii que ponga  
el mismo Tauro en su escudo.

De estos peligros eternos  
cuál sea el mas grave ignoro,  
verse en los cuernos del toro,  
ó en el toro de los cuernos.

En ocasion oportuna  
anduviste, Vergel, hombre,  
y colocaste tu nombre  
en los cuernos de la luna.

Con respecto á las fiestas de toros, tales como se usaban en el siglo XVI, no nos parece fuera de propósito insertar en este lugar lo que refiere Francisco Nuñez de Velasco en sus *Diálogos sobre contencion entre milicia y ciencia*. (Valladolid, 1611):

« Muley Amida, rey de Túnez, habiendo visto en Valladolid un juego de cañas y toros que de propósito se hizo para alegrarle, dijo que para burla le parecia veras, y para veras burlas. »

APOLLO DE CASTRO.

#### EL GITANO.

Oscuro es en verdad el origen de los gitanos, sin haberse podido descubrir hasta el día su verdadera procedencia.

Todos los historiadores de todos los tiempos y de todas las naciones han tratado, aunque en vano, de averiguar el verdadero origen, puesto que en todos se ve una total discordancia.

La opinion mas admitida, segun muchos, es que descienden del hijo Egipto, pero este mismo lo contradicen otros haciendo ver lo contrario.

Hay historiadores que juzgan que descienden de la Escavonia, en la Hungría, otros que de los confines de la Turquía, otros que de una parte de la Rusia fundándose en ello porque en los confines de este dilatado imperio existe una casta de hombres muy parecidos á los gitanos.

Hay tambien quien asegura que cuando la irrupcion de los bárbaros, formaban parte de aquellos pueblos guerreros, quedándose por esta causa en las naciones conquistadas; pero está en contradiccion con la mayor parte de los que se han ocupado de esta intrincada cuestion, pues aunque estén discordes en el verdadero origen de los gitanos, no lo están en la época en que se presentaron por primera vez en Europa, que fué por los años de 1417 de la era cristiana.

Otros aseguran, y entre ellos el erudito padre Feijóo, que floreció á principios del siglo pasado, que descienden de las Indias Orientales, de donde emigraron en 1400, trasladándose á Alemania, y desde allí á lo demas de Europa.

Cuenta el citado Feijóo en sus escritos, que cuando por primera vez se presentaron en Alemania, en 1417, y les preguntaban por qué habian abandonado su país, contestaban, que habiéndose cumplido en ellos el castigo que Dios les impuso á sus ascendientes, por no haber querido amparar á la Virgen María cuando iba fugitiva con el niño Jesus, añadan que cumplir aquel castigo, persiguiendo siete años sobre la tierra.

Esto, como se deja conocer, era una solemne impostura para que compadeciéndose de ellos, no les negaran la hospitalidad y los socorriesen en su holgazanería: de aqui data segun se ve, el creer muchos que descienden del Egipto, cuando jamas se vió en todo el ni uno solo de estos perjudiciales vagabundos.

Otros aseguran que su procedencia es de la Germania, pero esto es un absurdo, porque se sabe, como ya digimos arriba, que el primer punto que visitaron estas gentes en Europa, fué la Alemania antes los Estados germanos, naciendo de aqui el creer que su origen es la Germania.

De todo lo espuesto, nada se viene á creer, sino que su verdadera procedencia es de las Indias Orientales, como lo está diciendo mas que nada, el color acedimado de su cuerpo, la deformidad de sus facciones, el pelo lacio, sus costumbres relajadas, su lenguaje mezclado de voces instancias y su poco amor al trabajo.

Para corroborar esta opinion, copiamos la relacion que hace de los gitanos un historiador alemán contemporáneo, en su obra «Historia universal,» que se publicó no hace mucho tiempo, y que recibió la mejor aceptación.

Por esto, y por estar en un todo conformes con lo que dice el P. Feijóo ya citado, nos inclinamos á creer que de seguro ya no se ignora la procedencia de la casta de los gitanos. Dice así el historiador alemán, hablando de las conquistas que hizo Tamerlan en las Indias Orientales:

« La expedicion de Tamerlan á la India hizo salir de allí á los Zingaros (gitanos.) Ningun punto ha sido mas tratado y debatido que la existencia de esta poblacion miserable, esparsida por todo el mundo hace tantos siglos, sió haber cambiado de caracter ni costumbres. Asi se encuentran en los países de los Marats unidos en tribus, y su lengua, asi como su fisonomia, revelan su origen indio. Llámase, en efecto, Zingari en la India, á los últimos de los parias. Cuando Tamerlan trastornó este país, las tres castas superiores sufrieron, pero sin separarse del suelo natal.

Por el contrario, los juicios de las castas inferiores se derramaron abandonando un hogar de miserias, y siguiendo las huellas de los Mongoles, como espías ó mercedarios, se extendieron por los países conquistados. Algunos se dirigieron hacia Oriente, y aun existen en las costas de Malabar, quienes viven del oficio de piratas. Otros anduvieron errantes por la Persia y el Turkestan; algunos, impulsados probablemente por los Otomanos, ganaron la Europa, donde aparecieron en 1417, en Moldavia y en Valaquia; el año siguiente en Silesia, y en 1422 en Italia, en 1427 en Francia, haciéndose pasar por originarios del bajo Egipto, añadiendo que Dios habia hecho su país estéril porque sus abuelos habian negado asilo á María en su huida con el niño Jesus, ó tambien decían que el Papa Martin, en castigo de su apostasía, los habia condenado á andar errantes durante siete años sin entrar en un lecho, mandando á todo obispo ó abad mitrado, darles seis libras torneses. No se les quiso recibir en Paris; pero se les designó por barrio la Capilla cerca de San Dionisio, donde la curiosidad atraía una multitud de gentes para verlos, al paso que ellos mismos, obser-

vando las manos de los incautos, decían la buenaventura á quien quería pagarles. Espulsóles el obispo (1560), pero continuaron en andar errantes por el reino, aunque Francisco I los desterró, bajo pena de galeras.

« Esta amenaza se reiteró varias veces hasta el momento en que se mandó poner la cadena sin mas forma de proceso (1686) á todos los que se cogiesen. »

El nombre de Zingaros es bajo el cual mas se les designa generalmente. Los daneses y suecos los llaman tartaros; los ingleses, egipcios; los franceses, bohemos; los árabes, arami; es decir *ladrones*; los húngaros, *pharaalispék* ó pue-

blo de Pharaon; los holandeses, *heidenen* ó idolatras; los españoles, *gitanos* ó maliciosos. Fueron desterrados de Inglaterra en tiempo de Enrique VIII (1534) y de Isabel: en vano trató de echarlos de Alemania Carlos V. Algunos se han establecido de rijo en la Gran Bretaña, y mayor número en Transilvania, en Valaquia, en Lituania y en las provincias del Caucazo, abandonando la existencia nomada, aunque no toman parte en la civilización. El emperador José II, así como una sociedad inglesa, emprendieron civilizatorios en lugar de perseguirlos.

UN PLATANO ENTRE SMIRNA Y BOURNABAT, EN EL ASIA MENOR.



Dibajo de Freeman.

Smirna, una de las principales ciudades de la costa asiática, se halla situada en el fondo de un hermoso golfo rodeado de elevados montes. Una vasta llanura se extiende desde los límites orientales de la ciudad hasta las altas colinas cubiertas de ricas aldeas en dirección opuesta al mar, llanura fértil en extremo gracias al río que la atraviesa; almocinos, plátanos y cipreses se cruzan allí vigorosos, así como todos los vegetales útiles á la población.

Hacia la mitad de esa llanura á orillas del camino que conduce de Smirna á Bournabat (álea en donde se enseña una gruta, desde tiempos muy antiguos, en la cual se cree que Homero escribió la Iliada), se ve un antiguo plátano notable por sus dimensiones, y mas notable aun por su extraña

forma: el tronco se halla dividido en dos partes bastante fuertes á pesar de su división, para soportar la masa del árbol; ambas partes uníendose por arriba forman una especie de arco, por el cual pasan con frecuencia los habitantes de las cercanías, habiendo mucho tránsito por aquel lugar porque los negociantes mas ricos de la población tienen generalmente sus casas de campo situadas en Bournabat. El árbol no está precisamente en medio del camino, en cuyo caso impediría la circulación de los carruajes demasiado anchos para pasar por él; pero los que van á pié, y aun á veces los que van á caballo, toman un sendero paralelo y contiguo al camino, donde se halla esa puerta vegetal.

LAS EDADES.

(Véase la p. 215.)



La juventud.—Composicion y dibujo de Tony Johannot.

La juventud! Cuántas cosas en una palabra! Como las mágicas fórmulas de las *Mil y una Noches*, parece evocar todos los placeres. El cielo está risueño, florecen los árboles y las praderas se alegran con el ruido de los cánticos y de

las danzas! En la infancia, la vida es todavía un misterio; se marcha á tientas sin saber por donde; las fuerzas, incompletas aun, necesitan apoyo; la razon pide un guía; pero con la juventud, todo se ensancha y se ilumina; inmensos

horizontes se desplazan á lo lejos, á los cuales se llega en alas del deseo; y las ilusiones van todavía mas allá hasta perderse en el infinito.

En los primeros años, nuestras alegrías se hallaban en la imprevisión; ahora están en las aspiraciones. Galopando como el hipogrifo fantástico, atravesamos todas las regiones de la esperanza ó del capricho. Embriagados por esa primera savia que hierve en nosotros, deslumbrados por la novedad de cuanto nos rodea, y contentos de la vida, marchamos de sorpresa en sorpresa: á nuestro lado, lejos de nosotros, en torno nuestro todo canta en coro al himno de la juventud.

A lo lejos se elevan las voces íntimas que dicen:

— Anda mas allá de las llanuras, mas allá de los bosques, mas allá de los azulados horizontes! Anda hacia las regiones donde se realizan los sueños, donde se cumplen las esperanzas, donde todas las suaves quimeras toman un cuerpo!

Más cerca se oyen las voces del presente que repiten: — Disfruta de tus horas, abandona tu alma á las libres expansiones; hártese de alegría, de movimiento y de sol; lanza al viento las melodías y las risueñas canciones.

Por último, en el fondo de nuestro corazón, murmurarán otras voces:

— Prepara tu inteligencia todo cuanto el hombre ha descubierto le pertenece: Fortifícala para entender á tu vez el glorioso dominio que debes dejar á tus sucesores!

Según las voces que mejor distingas, el joven ó la joven, elegirá el camino, y el tiempo dirá si se engañó. Pero, porque hemos de suponer el error? Hay tantos senderos que conducen al mismo objeto! La juventud (y en esto está su gracia y su ventura) conserva algunos de los principios de la infancia. No se exige de ella como de la edad madura, la rectitud austera que nunca se estraviaba; ahora aún, puede seguir los rodeos del camino, detenerse al lado de las flores y aprovecharse de las sombras. Con tal de que la estrella del deber permanezca brillante en su cielo, con tal de que los ojos la reconozcan siempre y la tomen por guía, como los Magos cuando iban á Babilon, poco importan los inocentes retrasos y las sencillas distracciones. Dejad á la juventud su alegría, como dejáis á la creación los cantos de las aves. Llegad á la puerta de la dolorosa arena, dejadla entrar al ruido de las trompetas ó de los aplausos, desplegadas al viento sus brillantes banderolas! La batalla humana debe principiar al menos como una fiesta, que bien luego sentirá el dolor de las heridas, la amargura del desajuste, el luto de las separaciones. Antes de la prueba, dejad que la juventud se embriague de esperanza, y que pueda aprenderlo bastante á amar la vida para soportarla con paciencia tal como Dios la ha hecho.

GRAZIELLA,

por

M. A. DE LAMARTINE.

(Véanse las págs. 181, 188, 194, 202, 213 y 217.)

Graziella se perfeccionaba en su trabajo, creciendo y embelleciéndose al mismo tiempo en la vida mas pacífica y sedentaria que llevaba desde que había principiado su arte. El salario, que su tío le llevaba los domingos le permitía no solo el tener á sus hermanitos mas decentes y mejor vestidos y enviarlos á la escuela, sino tambien el comprar para su abuela y para ella algunos adornos mas ricos y elegan-

tes como los gustan las mujeres de su isla: pañuelos de sed encarnada para la cabeza; zapatos cortos, bordados con lentejuelas de plata y corpiños de seda rayados de negro y verde, abiertos por las caderas y escudatos para lucir la garganta con sus collares, y por último muchos pendientes cincelados. Las mujeres de las islas griegas llevan casi todas estos adornos, de los cuales no se desprenden jamás, por grande que sea su miseria. En los climas en donde el sentimiento de la belleza es mas vivo que bajo nuestro cielo, y donde la vida es toda amor, los adornos no son un lujo para las mujeres, sino su primera y casi su única necesidad.

Cuando el domingo y los días de fiesta, Graziella salía así vestida de su cuarto sobre la azotea, con algunas flores de granado rojas ó de adelfas prendidas al lado en sus cabellos negros; cuando al oír el toque de las campanas de la capilla vecina, pasaba y volvía á pasar por mi ventana como un pavo real, que estirde á los rayos del sol sus vistosas alas; cuando arrastraba lángidamente sus pies calzados en sus babuchas esmaltadas, y por último cuando alzaba su cabeza con una ondulación natural de su cuello para hacer flotar sobre sus hombros el pañuelo de seda y sus cabellos, y notaba que yo la miraba, se sonrojaba un poco, como si se hubiese avergonzado de su hermosura, pues había momentos en que el nuevo lustre de su belleza me hacía tanta impresion que creía verla por la primera vez, y mi ordinaria familiaridad con ella se cambiaba en una especie de timidez que me deslumbraba.

Pero Graziella deseaba tan poco deslumbrar á nadie, y su instinto natural de embellecerse se hallaba tan exento de orgullo y de coquetería, que concluidas las ceremonias religiosas se apresuraba á despojarse de sus ricos adornos para volverse á poner su sencillo vestido de indiana con rayas negras y rojas, y sus zapatos con tacon de madera blanca que resonaban todo el día en la azotea como las estrepitosas babuchas de las mujeres esclavas del Oriente.

Cuando las amigas de su edad no iban á buscarla ó su primo no la acompañaba á la iglesia, era yo el que desempeñaba este oficio; cuando salía, oía yo con una especie de orgullo, personal como si hubiese sido mi hermana ó mi prometida, los murmullos de admiración que su graciosa fisonomía excitaba entre sus compañeras y entre los jóvenes marinos de los muelles de la Margarina. Pero Graziella no oía nada; se sonría al verme, hacia la señal de la cruz con sus dedos mojados en agua bendita, y bajaba modestamente con los ojos bajos los escabelos del peristilo.

De este modo la llevaba yo los días de fiesta por mañana y tarde á las iglesias, la única diversion que conocía, y la única tambien que la gustaba. En aquellos días, ponía yo un cuidado particular en que mi traje se asemejase lo mas posible á los de los jóvenes marinos de la isla, á fin de que mi presencia no pudiera estrañar á nadie, y que me tomasen por hermano ó pariente de la joven á quien acompañaba.

Los demás días no salía de casa. Yo por mi parte había vuelto á tomar poco á poco mi vida de estudio y mis hábitos, distrayéndome finitamente con la dulce amistad de Graziella y con el afecto que me profesaba su familia. Leía los historiadores y poetas de todas las lenguas, y tambien escribía, á veces en italiano, y á veces en francés, desahogando en prosa ó en verso esos primeros ardores del alma que parecen pesar en el corazón hasta que la palabra los haya aliviado con espariosos.

Diríase que la palabra es la única predestinación del hombre, y que este ha sido creado para producir su fruto. El

hombre vive atormentado hasta que arroja fuera lo que interiormente consume y devora. Su palabra escrita es como un espejo para conocerse á si mismo, para estar seguro de que existe. En tanto que no se ha visto en sus obras, no siente completamente que ha vivido: lo mismo que el cuerpo, tiene su pubertad en el entendimiento.

Yo me hallaba en esa edad en que el alma necesita alimentarse y multiplicarse con la palabra; pero como suceda siempre, poseía el instinto antes de poseer la fuerza. Todo lo que escribía me parecía malo; el viento y las olas del mar de Nápoles podían decir cuántos fragmentos de mis sentimientos é ideas nocturnas, han llevado lejos de mí por las mañanas.

A veces Graziella, viendo que pasaba muchas horas encerrado y que estaba mas silencioso que de costumbre, entraba furtivamente en mi cuarto para arrojarme á mis lecturas ó á mis ocupaciones. Adelantábase calladito hasta detras de mi silla, se levantaba de puntillas para mirar por encima de mis hombros, aunque sin comprenderlo, lo que leía ó escribía, y despues por un movimiento repentino, me quitaba de las manos el libro ó la pluma, echando á correr enseguida. Yo la perseguía hasta la azotea y me enfadaba un poco, pero ella se reía, y á pesar de que me regañaba seriamente como habria podido hacerlo una madre, concluía siempre por perdonarla.

— Qué es lo que estás haciendo tanto tiempo con ese libro? me preguntaba con una impaciencia risueña y formal al mismo tiempo. Por ventura esas líneas negras en ese papel no acabarán jamás lo que tienen que decir? No sabes bastantes historias que contamos todos los domingos y las noches del año como aquella que tanto me hizo llorar en Prócida? Y á quien estás escribiendo toda la noche esas largas cartas que arrojas á la mar por la mañana? No ves que os estás matando, y que os quedáis muy pálido y distraído cuando habéis estado leyendo ó escribiendo tanto tiempo? No sería mejor que os pusierais á hablar conmigo que al cabo os miro y os veo, que no estar hablando días enteros con esas palabras, ó esas sombras que no os escuchan? Dios mío! Porque no sabre yo tanto como esas hojas de papel? Os estaría hablando todo el día, y os diría cuanto me preguntáis sin necesidad de que os cansarais la vista, y de que consumierais todo el aceite de vuestra lámpara.

Entonces me escondía los libros y las plumas, y me traía la chaqueta y el gorro de marino, obligándome á que saliera á distraerme un rato.

Yo la obedecía murmurando, pero amándola.

IV.

Me daba largos paseos solo por la ciudad, por los muelles y por el campo; pero nunca la soledad me fue tan triste, como los primeros días de mi vuelta á Nápoles. Gozaba con mi delicias del espectáculo que alternativamente presentaban la ciudad, la costa, las aguas y el horizonte azulado. Ese sentimiento momentáneo de mi aislamiento no me mataba ya; me recogía en mi pensamiento. Sabía que había ojos y pensamientos amigos que me seguan entre la muchedumbre ó en aquellos desiertos, y que á la vuelta me esperarían corazones tan afectuosos como sencillos.

Ya no me hallaba como el pájaro que anda rodando por nidos extraños segun la espresion de la buena anciana; era un ave que volaba su vuelo á largas distancias

de la rama en que vive, pero que sabe el camino para volver á ella: todo mi afecto por mi amigo ausente habla redundado en beneficio de Graziella, y aun este sentimiento tenía alguna cosa de mis vivo, incógnito y tierno que el que le tuve á él; parecíame que él uno le debía al hábito y á las circunstancias, pero que el otro habla nacido en mí, y que la había conquistado con todo conocimiento de causa.

No era amor, pues no experimentaba ni agitación, ni celos, ni preocupación apasionada; era un reposo delicioso del corazón, en vez de ser una dicha del alma y de los sentidos. Y tampoco pensaba en amar de otro modo ni en ser amado mas. No sabía si era una amiga, una hermana ó otra cosa distinta para mí: lo que sabía era que estas relaciones nos hacían dichosos á los dos.

Yo no deseaba nada mas. No me hallaba en esa edad en que uno analiza lo que siente para darse á si mismo una vana definición de su felicidad: bastábame la tranquilidad y el contento que gozaba y no quería preguntarme de dónde ni cómo me venía. La vida en comun, iba estrechando mas y mas la inocente y dulce familiaridad entre nosotros; y ella estaba tan pura en su abundancia, como yo estaba sosegado en el mio.

Hacia tres meses que yo formaba parte de la familia, que habitaba el mismo techo, y Graziella estaba ya tan acostumbrada á mirarme como inseparable en su corazón, que quizá no hubiera el puesto que ella ocupando en él. No tenía para conmigo ninguno de esos temores ni de esas reservas que se interponen en las relaciones de dos jóvenes de diferente sexo, y que muchas veces hacen nacer el amor de las mismas precauciones que se toman para evitarle. Graziella no conocía, y apenas lo conocía yo tampoco, que sus gracias infantiles que se iban desarrollando con todo el brillo de una madurez precoz, daban un gran prestigio á su belleza, y eran causa de admiración para todos y de peligro para mí. Nunca tomé el menor cuidado ni para ocultarla, ni para que brillara mas espesmente á mis ojos; era como una hermana que no piensa jamás si pareciera fea ó hermosa á los ojos de su hermano. No por eso entraba con mas frecuencia sus pies desnudos cuando venía á sus hermanitos por la mañana en la azotea al sol, ó cuando ayudaba á su abuela á barrer las hojas secas que habían caído al tejado; entraba á todas horas en mi cuarto que estaba siempre abierto, y se sentaba con la misma inocencia que Beppino en la silla que estaba á la cabecera de mi cama.

En los días de lluvia, yo mismo pensaba horas enteras solo con ella en el cuarto del lado, donde dormía con sus hermanitos, y donde trabajaba en sus corales, y aun á veces, hablando y jugando, la ayudaba en aquel oficio que ella me enseñaba. Menos diestro aunque mas fuerte que ella, yo lograba bastar mejor las piedras de coral, y á este modo, trabajando doblemente, en un día ganaba ella dos.

Por la noche cuando la familia estaba acostada cambiaban los papeles; ella era la discípula y yo el maestro. La enseñaba á leer y á escribir haciéndola deletrear las letras en mis libros, y llevándola la mano para enseñarla á trazarlás sobre el papel. Como su primo no podía venir todos los días, yo le reemplazaba los días que faltaba. Ya fuese que aquel joven contrahicho y cojo no inspirase á su prima bastante atractivo y respeto á pesar de su dulzura, su paciencia y la gravedad de sus maneras, ó ya fuese porque ella misma se distrajera demasiado durante sus lecciones, lo cierto es que conmigo progresaba mucho mas que con él. La mitad del tiempo consagrado al estudio lo pasábamos jugando y riendo burlándonos del pedagogo: el pobre joven quería demasiado



á su discípula y experimentaba á su lado demasiado tímida para que se atreviese á reñirla. Hacia todo cuanto ella deseaba para que las hermosas cejas de la joven no pusiesen el menor ceño, y para que sus labios no fuesen el menor gesto de mal humor. A veces la hora consagrada á la lectura la pasaba él limpiando las cuentas de coral, devanando ovillos de lana con las devanaderas de la abuela ó remendando las redes de Beppo. Todo le parecía bien con tal de que al marcharse Graziella se despidiese de él con una sonrisa complaciente y con un *addio* en un tono de voz que quería decir: hasta más ver!

Conmigo, por el contrario, la lección era una cosa formal hasta el extremo, prolongándose á menudo hasta que nuestros ojos se hallaban cargados de sueño. En su cabeza inclinada, en su cuello tendido, en la atenta inmovilidad de su actitud y de su fisonomía, se conocía que la pobre joven se esforzaba por comprender cuanto yo la decía. Apoyaba su oído en mi hombro para leer en el libro donde mi dedo señaba la línea indicándole la palabra que debía pronunciar, y cuando escribía, yo tenía sus dedos en mi mano para guiar su pluma.

En cuanto cometía una falta, la regañaba con aire severo y enfadado, y ella sin responderme se incomodaba consigo misma. A veces la veía que iban á saltársele las lágrimas, y entonces suavizaba mi voz y la animaba á comenzar de nuevo. Por el contrario, cuando había leído y escrito bien, se conocía que buscaba su recompensa en mi aprobación: se volvía hácia mí sonrojándose y con una expresión de orgullosa alegría en la frente y los ojos, mas contenta con el gusto que me daba, que con el triunfo que sacaba de ello.

Yo la recompensaba leyendo algunas páginas de *Pablo y Virginia*, que prefería á todo lo demás, ó algunas bellas estrofas del Taso cuando describe la vida campestre de los pastores, ó cuando canta las quejas ó la desesperación de dos amantes. La música de estos versos la hacía llorar, y se quedaba meditando mucho tiempo después que yo había acabado de leer. La poesía no tiene un eco mas sonoro ni mas prolongado que el corazón de la juventud donde está próximo á nacer el amor: es como el presentimiento de todas las pasiones, aunque mas adelante se cambia en doloroso recuerdo. De este modo hace llorar en las dos épocas extremas de la vida: en la juventud con las esperanzas, y en la vejez, con el sentimiento.

Las dulces familiaridades de aquellas veladas pasadas á la luz de la lámpara y al tibio calor del brasero, no despertaron otra cosa en nosotros, que unas intimidades infantiles. Ambos estábamos defendidos, yo por mi indiferencia casi fría, y ella por su candor y su pureza. Nos separábamos tan tranquilos como nos habíamos reunido, y un momento después de nuestras prolongadas conversaciones, dormíamos bajo el mismo techo, á algunos pasos uno de otro, como dos niños que han jugado juntos por la tarde y que no sueñan en otra cosa que en sus sencillos placeres. Esta calma de los sentimientos no definidos y que se alimentan consigo mismos, habría durado años enteros, sin una circunstancia que vino á cambiarlo todo y que nos reveló la naturaleza de una amistad que nos bastaba para ser tan dichosos.

El primo de Graziella, Cecco, continuaba viniendo con mas asiduidad todavía, á pesar las noches de invierno en el seno de la familia del viejo pescador. A pesar de que la joven no le hubiese dado jamás ninguna señal de preferencia, y que aun por el contrario, él hubiese experimentado á menudo las alegres burlas de su prima, se mostraba tan hu-

miilde y paciente delante de ella, que la joven no podía menos de sonreírle á veces bondadosamente. Con Cito le bastaba, pues poseía esa naturaleza de los corazones débiles, aunque amantes, que sintiéndose desheredados por la naturaleza de las cualidades que inspiran el amor, se contentan con amar sin ser correspondidos, y se sacrifican como esclavos voluntarios al servicio, sino á la felicidad de la mujer á quien tienen consagrado su corazón. No son estas las naturalezas mas nobles, pero si las mas tiernas en el sentimiento; se las compadece aunque admirándolas: amar para ser correspondido es propio de todos los hombres; pero amar por amar, esto es casi ser ángel.

Bajo la apariencia física mas desgraciada, había alguna cosa de angelical, en el amor del pobre Cecco. Por eso, lejos de resentirse ó de tener celos de las familiaridades y preferencias que á su vista disfrutaba yo con Graziella, me quería porque ella me quería; porque él no solicitaba el primer puesto ni el puesto único en el afecto de su prima, sino el segundo ó el último: con todo se contentaba. Por agradarla un momento, por obtener de ella una mirada complaciente, un ademán, una palabra amistosa, habría sido capaz de venir á buscarme á lo último de la Francia y llevarme á la que me prefería á él; aun creo que me habría aborrecido, si yo hubiese ocasionado el menor disgusto á su prima.

Cifra en ella su orgullo así como su amor. Quizá también siendo intermitentemente reflexivo, sensato y metódico, tal como Dios y su deformidad le habiam hecho, calculaba instintivamente que mi imperio no sería eterno sobre las inclinaciones de su prima; que una circunstancia cualquiera, pero inevitable nos separaría; que yo era extranjero, de un país lejano, de una condición y una fortuna evidentemente incompatibles con las de la hija de un marinero de Prociada; que un día ú otro se acabaría la intimidad entre su prima y yo; que entonces Graziella se quedaría sola, abandonada y desolada, y que esa misma desesperación abundaría su corazón que vendría á su poder, aunque quebrantado, entero. Este papel de consolador y de amigo, era el único á que pretendía, pero su padre le reservaba otro diferente.

En efecto, su padre conociendo el afecto de Cecco á su sobrina, venía á verla de cuando en cuando. Contento de su belleza y de su arreglo, maravillado de los rápidos progresos que hacía en la práctica de su arte, en la lectura y escritura, y por otra parte, presumiendo que las desgracias de la naturaleza no permitirían á Cecco el aspirar á otras ternuras que á las de conveniencia y de familia, había resuelto casar á su hijo con su sobrina. Con la fortuna hecha y siendo esta bastante considerable para un obrero, suponía que su demanda sería recibida como un favor al cual tanto Andrés, como su mujer y Graziella, ni por pienso resistían. Sea porque hubiese hablado de su proyecto á Cecco, ó sea que hubiese ocultado su pensamiento para sorprenderle con su felicidad, resolvió esplicarse con la familia.

La víspera de Navidad, yo volví á casa mas tarde que de costumbre para sentarme á cenar á la mesa, y noté alguna frialdad y reserva en las fisonomías de Andrés y de su mujer. Alzando los ojos sobre Graziella, noté que había llorado; la serenidad y la alegría eran tan ordinarias en aquel rostro que aquella inusitada expresión de tristeza la cubría como con un velo misterioso. Habría dicho que se había espasmo por su fisonomía la sombra de sus pensamientos y de su corazón. Yo me quedé petrificado y mudo sin atreverme á interrogar á aquellas pobres jentes ni á hablar á

Graziella, temiendo que el sonido de mi voz hiciese estallar su corazón que parecía contenerse con tanto esfuerzo.

(Se continuará.)

MURILLO.

No hablaremos aquí de la hermosa sencilla y familiar de esta composición, que salta á los ojos de las personas menos atentas, y recuerda las eminentes cualidades que hay en cuantas obras salieron de aquel pincel famoso.



MURILLO .P.

M. CABASSON - D.

TIMMS.

La joven jardinera.

Vamos á continuar la historia de Murillo que principiamos el año último al hablar de la *Virgen de la faja*; pero antes de seguir nuestra narración seamos permitidos decir dos palabras, cuya oportunidad no podrá contestársenos, sobre el brillante triunfo que el grande artista español acaba de obtener en Paris en este momento.

Probablemente sabe ya el lector que la venta de la célebre galería de cuadros que el mariscal Soult trajo de España, se ha verificado en Paris en los días 19, 21 y 22 de mayo de año actual. Entre los quinientos lienzos que contaba Murillo en esta magnífica colección había una *Concepcion* de una belleza incomparable. En esta composición, la Virgen Maria es

jevala al cielo en un grupo de nubes, de pie sobre la media luna simbólica, y con las manos cruzadas sobre el pecho. Su blanco vestido se armoniza maravillosamente con un ropaje de un azul que deslumbra. Su cabellera flota sobre sus hombros y su fisonomía se halla en el último punto de la adoración y el éxtasis. En torno suyo, hay varios grupos de ángeles y querubines llenos de admiración con la presencia de la reina de los cielos.

Todos los historiadores de la escuela española convienen en que este lienzo es la obra maestra de Murillo. Acaso nunca llegó el maestro a una sublimidad tan exaltada de estilo y de expresión, acaso nunca prodigó con tal magnificencia las luminosas riquezas de su colorido. La *Concepción* no es solamente la obra maestra de Murillo, sino que puede llamarse, sin exageración, un diamante de luz, uno de las maravillas de la pintura, uno de los primeros cuadros del mundo.

Cuatro grandes países se han disputado esta *Concepción* para eterna gloria del pintor y de la escuela española, que son: la Francia, la España, la Rusia y la Inglaterra; pero al cabo la Francia logró, para el Museo del Louvre, por la enorme suma de 386,000 frs.

Para volvernos pues á la vida de Murillo, á quien dejamos como se acordará el lector, fabricando cuadros á toda prisa para venderlos á los comerciantes que los enviaban á América, oíció que si bien no era propio para hacer fortuna, le dió por lo menos lo suficiente para que marchara á Madrid, donde tenía intención de pasar á Italia. Sin embargo no ejecutó su propósito de viaje, gracias á Velazquez que lo tomó bajo su protección.

J. J. MANSOUR.

(Se continuará.)

## EL MUERTO VIVO.

HISTORIA

DE UN FAQUIR QUE SE GANA LA VIDA EXHIBIÉNDOSE ENTERRADO.

Mientras disputan los sabios acerca de las propiedades de la vida, referimos á nuestros lectores lo que hemos oído contar de un hombre, que después de estar enterrado muchos meses, vuelve á ejercer todas las funciones de la vida. Por raro que parezca el caso, no puede calificarse de fabuloso, si las reglas de la fe humana merecen algún respeto, y el testimonio de prisioneros graves, testigos oculares del hecho extraordinario que vamos á trasladar á nuestras páginas. Entre esas personas figuran el agente inglés de Lodiiana, varios oficiales del ejército de la India, y el celebre general Ventura, que en su viaje á París confirmó la exactitud de la relación de M. Osborne, autor de un libro tan instructivo como entretenido sobre la corte de Bundjet-Sing, emperador de Laboz.

Si nuestra intención nos empujase mas allá de los estrechos límites de una modesta narrativa, citaríamos en apoyo de la posibilidad de este fenómeno varios ejemplos de catálepticos que han permanecido mas ó menos meses en estado de verdadero cadáveres. La *Gazette Médicale* del 24 de octubre de 1769 refiere un caso de este especie, sucedido en Marselles del Berri. Un labrador, llamado Mateo Ancelre, hombre de un carácter melancólico y taciturno, pero que no descuidaba sus intereses, cayó en una completa catalepsia, y durante un espacio de tres meses no dió la menor señal de vida. Este accidente se repitió varias veces, su duración fué casi toda la misma, y la insensibilidad y parálisis general de las

1. El Museo Ilustrado publicará próximamente el grabado de este interesante cuadro.

funciones vitales resistieron á cuantos experimentos se ensayaron. Otro caso podríamos citar mas reciente, y han leído conocido de todos los que estudian la fisiología, y han leído las experiencias hechas en Blois por Mr. Seguin; pero no es nuestro propósito disertar sobre las propiedades de la vida, ni aun al sentir estas ligerísimas indicaciones llevamos otro fin que el de conservar en nuestra narración todo el interés que la verdad del suceso debe excitar en nuestros lectores.

«El 6 de junio de 1838, dice el autor del mencionado libro sobre la corte de Bundjet-Sing, se interrumpió felizmente la monotonía de nuestra vida de campo con la llegada de un hombre celebre en el Poudjah. La veneración de que goza entre los sáiques ó sikés es en extremo grande, y se funda en que tiene la facultad de estar sepultado debajo de tierra todo el tiempo que quiere. Contábanse en el país lanceas tan estrafaladas de este hombre, y atañaban su autenticidad personas tan respetables, que deseábamos con ansia verlo. El mismo nos aseguró que ya hacia muchos años que estaba ejerciendo su oficio, segun su propia expresión, es decir, haciéndose enterrar, y en efecto, en muchas partes de la India han visto repetir esta singular experiencia. Entre las personas formales y fidedignas que certifican su autenticidad, debe citarse al capitán Wade, agente político en Lodiiana, que ha asistido á la resurrección del faquir, enterrado hacia ya algunos meses en presencia del general Ventura, del mahazadjah y de los principales jefes de los salgues ó sikés.»

Hé aquí los pormenores del enterramiento y las circunstancias de la exhumación.

Los preparativos para aquel duraron algunos días, y son de tal índole, que no sería posible enumerarlos sin excitar la repugnancia de nuestras delicadas lectoras. Concluidos estos, el faquir declaró que estaba dispuesto á someterse á la prueba de la sepultura. El mahazadjah, los jefes indígenas y el general Ventura se reunieron junto á un sepulcro de ladrillos construido expresamente para recibir y conservar el cuerpo que iba á enterrarse. En presencia de los circunstantes el mismo faquir se tapó con cara todos los conductos por donde podía entrarle el aire, á escepcion de la boca: despojóse en seguida de toda la ropa que llevaba, y desmido lo envolvieron en una mortaja ó saco de tela, poniéndole, segun su deseo, la lengua hacia atrás, de modo que le cerraba la entrada de la garganta. En cuanto quedó terminada esta operación, el faquir cayó en una especie de letargo. Entonces cerraron el saco que lo contenía, y el mahazadjah le puso su sello. Así lo colocaron en una caja de madera, la cual fué cerrada con candado, sellada y puesta en el hoyo abierto dentro del sepulcro. Encima echaron una cantidad muy crecida de tierra, que apisonaron durante algun tiempo, y sembraron luego de cebada, estableciendo al rededor numerosas centinelas, con órden de velar día y noche para la custodia de aquel recinto.

A pesar de tantas medidas de prevención, el mahazadjah, fúeleso y suspicaz, como lo son todos los orientales, no dejaba de alimentar sus dudas, y fué dos veces á visitar el sepulcro en el espacio de diez meses que estuvo enterrado el faquir. Cuando mandó abrir la sepultura, vió con sus ojos y pudo tocar con sus manos el cuerpo exánime y helado, tal cual se habia colocado en el saco y el ataúd. Por fin, al cumplirse los diez meses se procedió á la exhumación definitiva.

Acudieron á presenciario los que habían sido testigos del enterramiento. El general Ventura y el capitán Wade vieron abrir el candado, romper los sellos y extraer la caja de la sepultura. Sacóse el faquir, en quien ni el pulso ni el corazón

daban la mas leve señal de vida: solo en la estremidad de la cabeza se percibía algun calor. Una persona, introduciéndole con mucho tiento el dedo en la boca, le volvió la lengua á su postura natural. Derramándole muy despacio agua caliente sobre el cuerpo, se fueron obteniendo poco á poco síntomas de vida. Por último, despues de dos horas de un tratamiento prolijo y adecuado, el buen faquir se levantó y echó á andar sonriéndose.

«Este hombre verdaderamente extraordinario, añade Mistr Osborne, cuenta que durante su exhumación, tiene ensueños deliciosos, pero que al despertar siente siempre dolores muy acerbos. Antes de recobrar el conocimiento «padece vértigos.»

Su edad en la época á que nos referimos sería de unos treinta años, y su aspecto es desagradable, con cierta expresión de astucia, que contrasta con la idea que debe sugerir su estado frecuente y prolongado de amortecimiento.

Tal es el singular fenómeno que queremos dar á conocer á nuestros lectores. Hemos citado los nombres respetables de las personas que lo han presenciado; sin embargo no extrañáremos que haya quien dude de su exactitud, porque es racional dudar de los hechos que están en abierta oposición con el curso ordinario de las cosas; pero no por eso nos parece que pueda negarse. ¿Sabemos nosotros si la vida es un movimiento esencial continuo? ¿sabemos si es capaz de interrupciones temporales? ¿cuál es la regla? ¿cuál es la escepcion? El estado de los animales invernantes, la suspensión de las funciones vitales en algunas enfermedades que afeñan, ya la vida de relación, ya la vida orgánica, y á veces una y otra, y en fin, la experiencia de hechos aun no bien clasificados entre la patología y la fisiología, aconsejan una prudente circospección. A nosotros nos ha bastado para decirnos á dar noticia del muerto-vivo del Poudjah, el testimonio de dos oficiales ingleses y de un emigrado francés, que por su talento y bizarría ha merecido ser elevado á la primera dignidad de la milicia por el soberano de un vasto imperio del Oriente.

## EXPOSICION DE PINTURAS EN PARIS EN 1787.

El grabador Martini, ha representado en una estampa de grandes dimensiones, el aspecto general del gran salon del Louvre en 1787, en una de las mas célebres y mejores exposiciones de pinturas que hubo en Francia en el siglo último. Con este artículo publicamos una copia de esa curiosa estampa. Nuestros lectores hallarán al pié de la mayor parte de los cuadros, un número grabado que corresponde con el del catálogo de 1787 donde se halla la esplicacion de los asuntos. Hé aquí los extractos del catálogo que pueden ser útiles para la comprensión de nuestro grabado:

M. VIEN. — N.º 1. La despedida de Hector y de Andrómaca.

N.º 2. Una mujer griega adornando con una corona de flores la cabeza de su hija antes de enviarla al templo.

M. DE LA GRENÉ. — N.º 5. Fidelidad de Dario. Alejandro irritado contra Betis, sátropa de Dario y gobernador de la provincia de Gaza, porque se atrevió á combatir contra él, y porque no quiso arrojarse en su presencia le manda atar á un carro para arrastrarle alrededor de la ciudad de Gaza.

M. VINCENT. — N.º 40 (2). Reinaldo y Armida. Armida quiere dar la muerte.

M. DUVEN. — N.º 41. Priamo pidiendo á Aquiles el cuerpo de Hector.

M. DE LA GRENÉ. N.º 43. Ulises llega al palacio de Circeo.

M. SIVIER. N.º 16. El almirante Coligny imponiendo respeto á sus asesinos.

M. DE MACRY. — N.º 25. Vista de la demolición de la iglesia de los Santos Inocentes, calle de Saint-Denis.

Madama LEAUVY. — N.º 27. Retrato de la reina, con el duque de Normandía en las rodillas, acompañada del Delfín y de su hermana.

M. VIEN. — N.º 41. Safo cantando y acompañándose con la lira.

M. ROSLIS. — N.º 42. Retrato de M. de Crosne teniente general de policía.

M. ROBERT. N.º 54. Interior de la iglesia de los Santos Inocentes al principio de su destrucción.

M. CALLET. N.º 83. El otoño, ó las fiestas de Baco que los romanos celebraban en el mes de setiembre.

Madama LEAUVY. N.º 28. Retratos de la señora marquesa de Pez, y de la señora marquesa de Rouget con sus dos niños.

Madama GUYARD. — N.º 109 (no está este número en el cuadro). Retrato de madama Elisabeth, apoyada en una mesa con diferentes atributos científicos.

N.º 120. (al lado del precedente, aunque está mas alto y es mayor.) Madama Adelaida que acaba de escribir un verso, que traducido dice lo siguiente:

*Su imagen forma aun el encanto de mi vida*

Debajo de unos medallones de bronce, representando al rey, á la reina y al Delfín. A su lado se ve el plano del convento de Versailles, que ella dirigió.

M. DAVID. — N.º 119. (debajo del retrato de madama Adelaida.) Sócrates tomando la cicuta.

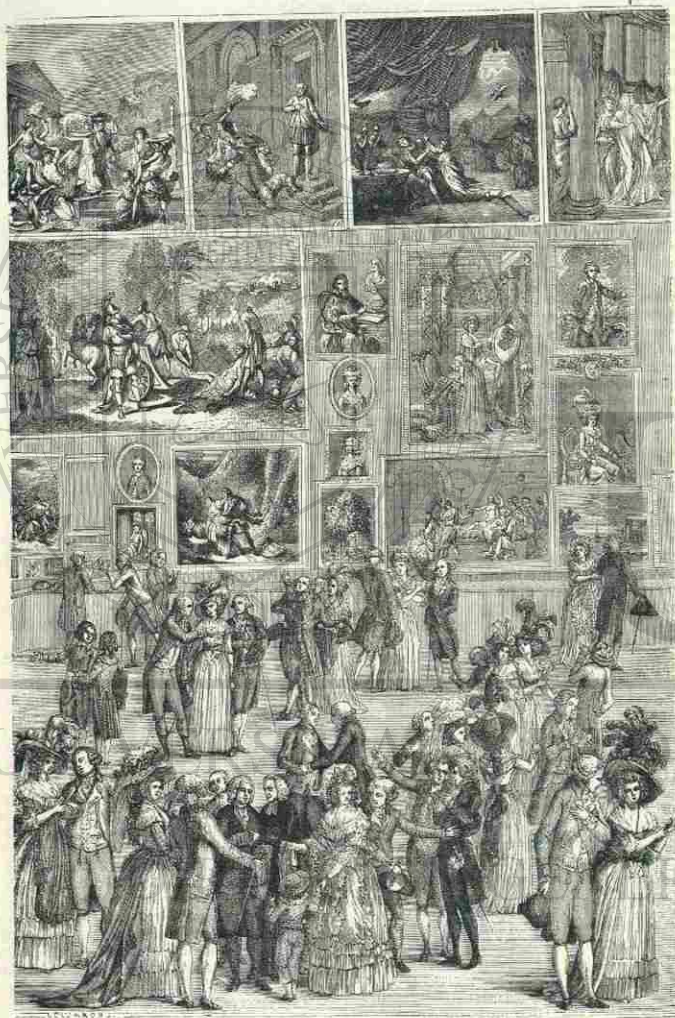
M. REGNAULT. — N.º 120. El reconocimiento de Orestes y de Ifigenia.

M. LE BARRIERE. — N.º 128. El valor de las mujeres de Sparta.

Entre los demas cuadros indicados en el grabado, y que no tienen número, se distinguen los siguientes:

«Dos Marinas de José Vernef (una de ellas á la puerta de entrada cerca de un cuadro de David, — y un retrato de madama Lebrun, mirándose en un espejo encima de la otra Marina de Vernef.)

El cuadro de David fué el que mas llamó la atención aquel año, sin embargo, aunque no hubo nadie que pusiere en duda su prosperidad sobre todas las demas pinturas de historia espuestas, no por eso se libertó de los ataques de la crítica. En la exposición precedente (en 1788, pues no habia exposiciones sino cada dos años), David presentó los Horacios, composición que lo elevó desde luego mas alto que todos sus rivales, incluso M. Vien, que era su maestro. Una enfermedad le impidió terminar para la exposición de 1787 su cuadro de París y Elena, en el que quiso fundir el estilo de Boucher su primer maestro y su pariente, con el de Vien y el de la grande escuela del Ponsin, que adoptó definitivamente á su vuelta de Italia. En 1787, David tenía setenta y cinco años, y se hallaba rodeado de un gran respeto. Su vasto lienzo de la despedida de Andrómaca y de Hector fué alabado generalmente, aunque sin embargo se conocía que ya no se atreverán á compararle con su discípulo David.



ESPOSICION DE PINTURAS EN EL SALON DEL LOUVRE



EN 1787.—Dibujo y grabado de Martini.

## GRAZIELLA.

POR

M. A. DE LAMARTINE.

(Véanse las págs. 184, 185, 194, 202, 213, 217 y 220.)

Contra su costumbre, no me dirigía una sola mirada. Llevaba con mano distraída los pedazos de pan á su boca, como quien quiere comer á la fuerza, pero no podía; el pan iba á parar debajo de la mesa. Antes de que la taciturna cega se concluyera, tomó el pretexto de acostar á los niños; los encerró en su cuarto, y se quedó también en él dejándonos solos, y sin despedirse de ninguno de nosotros.

Cuando salió, pregunté á sus padres cuál era la causa de la tristeza que había caído en aquella casa, y entonces me contaron que el padre de Cecco había venido aquel día á pedir la mano de Graziella para su hijo; que aquello era una gran felicidad y una gran fortuna porque la familia de Cecco era rica; que Graziella que era tan buena, tomaría consigo y educaría á sus hermanitos como si fueran hijos suyos; que en su vejez ellos no tendrían que temer la miseria; que habían consentido gustosos en esa boda; que habían hablado de ello á Graziella, y que esta no había respondido nada por timidez y por modestia; que su silencio y sus lágrimas eran efecto de su sorpresa y de su emoción, pero que eso sería pasajero, y por último que el padre de Cecco y ellos habían resuelto que no pudiese decir lo que le duele, pero que parece en todo su cuerpo.

Seguieron hablando mucho mas aun, pero yo no les oía. Nunca me había dado cuenta á mi mismo del afecto que profesaba á Graziella. No sabía cómo la amaba; ignoraba si era pura intimidad, amistad, amor, costumbre, ó bien todos esos sentimientos reunidos; pero la idea de que iban á cambiarse tan subitamente todas las dulces relaciones de vida y de corazón que se habían establecido, y como cimentado, sin saberlo, entre nosotros dos; el pensamiento de que me la arrebataban para dársela á otro, que iba á ser para mi extraña é indiferente, de mi compañera y hermana que era entonces; que se iría de allí; que ya no podría verla á todas horas; que no oiría su voz pronunciando mi nombre, que no volvería á ver en sus ojos ese rayo de luz cariñoso y tierno que me iluminaba dulcemente el corazón y que me recordaba á mi madre y mis hermanas; el vacío y las profundas tinieblas que me figuraba de repente en torno mio, en aquel mismo cuarto en que el día antes había venido á buscarse su marido para llevarla á su nueva morada; aquel cuarto donde ya no volvería á dormir; el mío donde ya no entraría; aquella mesa á la cual no volvería á sentarse; aquella azotea donde ya no oiría los pasos de sus pies descalzos, ó el ruido de su voz por las mañanas cuando me despertaba; aquellas iglesias donde ya no la llevaría los domingos; aquella barca donde su puesto estaría vacío, y donde yo no volvería á hablar sino con el viento ó con las olas; las imágenes de aquellos dulces hábitos de nuestra vida pasada que á la vez me subían al pensamiento y se desvanecían de repente como para sumergirme en un abismo de soledad y abastimiento, todo eso me hizo sentir por la primera vez lo que era para mí aquella jóven, mostrándome demasiado claro, que fuera amor ó amistad, el sentimiento que me unía á ella era mas fuerte que lo que yo creía, y que el encanto desconocido para mí mismo, de mi oscura vida en Nápoles, no era ni la mar, ni la barca, ni el humilde cuarto de la casa, ni el pescador, ni su mujer, ni Beppo,

ni los niños, era un solo ser, y desapareciendo este ser, la casa todo desaparecía á un tiempo. Quitáranla á ella en mi vida presente, no me quedaba nada. Yo conocí, y este sentimiento confuso hasta entonces, y que yo jamas me había confesado, me hirió con un golpe tal que todo mi corazón se estremeció, y experimenté alguna cosa del infinito del amor, por el infinito de la tristeza en la cual mi corazón se sintió de repente sumergido.

Entré silencioso en mi cuarto y me arrojé vestido sobre la cama. Quise leer, escribir, distraerme por medio de algún trabajo de cabeza capaz de dominar mi agitación, pero todo fue inútil. La agitación interior era tan grande que no podía concebir dos pensamientos, y aun el mismo abatimiento de mis fuerzas no me traía el sueño. Jamas se me había aparecido la imagen de Graziella tan encantadora y obstinada delante de los ojos. Me habla recreado en ella como se recrea uno en una cosa que ve todos los días, y cuyo valor no se conoce hasta que se pierde. Aun su misma belleza no había sido nada para mí hasta aquel día; confundía la impresión que experimentaba con el efecto de la amistad que ambos nos teníamos. Ignoraba la admiración que había en mi afecto, y no sospechaba que pudiera haber la menor pasión en su ternura.

En las vueltas que dió mi corazón en el insomnio de aquella noche no pude darme cuenta de todo eso. Todo era compresión en mi dolor lo mismo que en mis pensamientos. Me hallaba como un hombre aturdido con un golpe recibido de repente que no puede decir lo que le duele, pero que parece en todo su cuerpo.

Me levanté antes de que se oyese ningún ruido en la casa. No sé qué inquietud me impedia á alejarme allí durante algún tiempo, como si mi presencia hubiese debido turbar en aquel momento el santuario de aquella familia cuya suerte se agitaba de aquel modo en presencia de un extranjero.

Sali diciendo á Beppo que no volvería hasta que pasaran algunos días, y tomé al acaso el primer camino que se me presentó. Seguí los largos muelles de Nápoles, la costa de *Ressina*, de *Portici*, la falda del Vesuvio. Tomé un guía en *Torre del Greco*, y dormí sobre una piedra, á la puerta de *San Salvatore*, allí donde concluye la naturaleza habitada, y donde principia la región del fuego. Como hacía algún tiempo que el volcan se hallaba en ebullición y lanzaba á cada sacudimiento nubes cargadas de cenizas y de piedras que ólamos rodar por la noche hasta el barranco de lava que se halla al pie de la ermita, mi guía no quiso seguir mas adelante. Yo sólo me atreví á ello: subí con mucho trabajo el último como metiéndome de pies y manos en una ceniza espesa y ardiente que se abría y rodaba con el peso del hombre. El volcan mugía y tronaba por momentos; las piedras calcinadas y rojas todavía llovían al rededor de mí apagándose entre las cenizas. Pero nada fue bastante para detenerme, y logré subir hasta el último borde del cráter donde me senté. Allí vi salir el sol sobre el golfo, sobre la campiña, y sobre la esplendente ciudad de Nápoles, insensible y frío á este espectáculo que tantos viajeros acuden á admirar desde mil leguas. En aquella inmensidad de luz, de mares, de costas y de edificios bañados de sol, yo no miraba sino un puntito blanco en medio del verde sombrío de los árboles, á la estremidad de la colina del *Paustippo*, donde creía distinguir la choza de Andrés. Por mas que el hombre quiera abrir sus ojos en el espacio, la naturaleza entera no se compone para él mas que de dos ó tres puntos sensibles á los cuales va

siempre á parar su alma. Quitando de la vida el corazón que nos ama, que queda en ella?... Lo mismo sucede con la naturaleza; quitando el sitio y la casa poblada con nuestros pensamientos y recuerdos, no hay mas que un vacío brillante donde los ojos se sumergen sin hallar fondo ni reposo. Así pues, debemos admirarnos de que las sublimes escenas de la creación sean contempladas por los viajeros con ojos tan distintos? Cada cual lleva consigo su punto de vista. Una nube en el alma quita mas vista y color á la tierra, que un nubido entero en el horizonte. El espectáculo, está en el espectador; entonces me convení de ello.

Lo miraba todo, sin ver nada. En vano bajé como un insensato, sosteniéndome en las puntas de lava frías ya, hasta el fondo del cráter. En vano atravesé las grietas profundas de donde salían unas llamas y un humo que me abogaban. En vano contemplé los grandes campos de azufre y sal cristalizados que parecían ventisqueros coloreados por aquellos hálitos de fuego; tan insensible estuve para la admiración como para el peligro. Mi alma estaba ausente, y en vano la llamaba.

Por la tarde bajé á la ermita, despedí á mi guía, y me fui por las ruinas de Pompeya. Un día entero estuve paseando por las desiertas calles de la ciudad enterrada. Aquella tumba, abierta al cabo de dos mil años, y descubriendo otra vez á la luz del sol sus calles, sus monumentos y sus artes, me dejó tan insensible como el Vesuvio. El alma de toda aquella ceniza fué barrida hacia tantos siglos por el viento de Dios, que nada me decía al corazón. Hollaba bajo mis pies aquel polvo de hombres en las calles de lo que había sido su ciudad, con tanta indiferencia, como si fuera andando por un montón de conchas vacías arrojadas por las olas del mar en un otro. El tiempo es un mar inmenso que arroja, como el otro, nuestros restos. No hay lágrimas para todos; á cada hombre sus dolores, y á cada siglo su comisión, y ya hay bastante.

Al salir de Pompeya, entré en las gargantas de las montañas de Castellamare y de Sorrento. Allí viví algunos días, rodando de una aldea á otra, y pidiendo señas á los pastores para visitar los lugares de mas nombrada de sus montes. Muchos me creyeron un pintor que andaba buscando puntos de vista, porque de tiempo en tiempo escribía algunas notas en un album de dibujo que mi amigo me había dado; pero no era sino un alma errante que vagaba por los campos sin otro objeto que el de pasar las horas: todo me faltaba.

No pude seguir mas tiempo viviendo de aquel modo. Cuando pasaron las fiestas de Navidad, y tambien ese día de año nuevo que celebran los hombres como para seducir al tiempo con alegrias y coronas, me apresuré á volver á Nápoles, donde entré de noche y llubiendo, entre la impaciencia de volver á ver á Graziella y el terror de adquirir la certidumbre de que no volvería á verla. Mas de veinte veces me detuve sentándome al borde de las barcas, cuando me iba acercando á la Margellina.

Encontré á Beppo á algunos pasos de la casa, y en cuanto me vió lanzó un grito de alegría y me saltó al cuello con la ternura de un hermano, llevándose luego hacia su barca para contarme lo que durante mi ausencia había pasado.

Muchos cambios había habido en la casa. Graziella no hacía mas que llorar, desde que yo me fui; no se sentaba á la mesa con la familia, no quería trabajar en sus corales, y pasaba sus días encerrada en su cuarto sin responder cuando la llamaban, y sus noches paseándose en la azotea. Los vecinos decían que estaba loca ó *inamorata*.

Todo el mal provenia, decía Beppo, de que querían casarla con Cecco, y que ella no quería; Beppo todo lo había visto y oído. El padre de Cecco venia todos los días á pedir una respuesta á sus abuelos, y estos no cesaban de atormentar á Graziella para que diese su consentimiento. Graziella no quería ni que le hablaban de esto, añadiendo que sería capaz de escaparse á Génova. Para el pueblo católico de Nápoles, esa espresion equivale á decir: « Prefiero hacerme renegado. » Es una amenaza peor que la del suicidio: es el suicidio eterno del alma. Andrés y su mujer que adoraban á Graziella, estaban fuera de sí con su resistencia, y con la pérdida de las esperanzas que habían concebido respecto á ella. La conjuraban que accediese, por sus canas, y la hablaban de su vejez, de su miseria, del porvenir de sus dos hermanitos. Entonces Graziella se enternecía, y recibía un poco mejor al pobre Cecco que venia de tiempo en tiempo á sentarse humildemente por la tarde á la puerta del cuarto de su prima y á jugar con los pequeñuelos, dándole los buenos dias y despediéndose de ella á través de la puerta, aunque era muy raro que ella le respondiese una palabra. Cecco se marchaba descontento, pero resignado, y volvía al día siguiente á repetir la escena:

— Mi hermana hace muy mal, decía Beppino. Cecco la quiere tanto, y ademas es tan bueno! Estoy cierto que la haría muy dichosa. Por fin, esta tarde, añadido dejándose vencer por las súplicas de los abuelos y por las lágrimas de Cecco, ha entreabierto un poco la puerta para tenderle la mano: él la ha puesto un anillo en el dedo, y ella ha prometido que se desposarian mañana. Pero quien sabe si mañana la dará otra idea? Ella que era antes tan dulce y tan alegre! Dios mio! qué cambiada está! No vais á conocerla?..

Beppino se acostó en la barca, y yo entré en casa sabiendo ya por él lo que había pasado. Andrés y su mujer estaban solos en el *astroco*. Me volví á ver amistosamente y me llenaron de ternas reconveniciones sobre aquella ausencia tan prolongada. Despues me contaron sus penas y sus esperanzas relativamente á Graziella.

— Si hubierais estado aqui, me dijo Andrés, como ella os ama tanto y nunca os ha dicho que no, nos habrais ayudado: cuanto nos alegramos de volveros á ver! Mañana son los desposorios, asistiréis á ellos; vuestra presencia ha sido siempre para nosotros un presajio dichoso.

Senti un estrechamiento en todo mi cuerpo al oír aquellas palabras, porque una voz me decía dentro de mí, que yo había de causar su desgracia. Ardía en deseos y temblaba de volver á ver á Graziella; había en ella voz á sus padres y pase repetidas veces por delante de su puerta como una persona que no quiere llamar pero que desea que la oigan; pero Graziella permanecía sorda y muda, sin querer presentarse. Por fin se apoderó de mí esa especie de calma que produce siempre en un alma agitada la cesación de la duda y la certidumbre; ensalgué que sea, aun la de la desgracia. Así sobre mi cama como una masa inerte y sin movimiento, y en cansancio de las ideas y del cuerpo me sumergí prontamente en un letargo confuso, y despues en un profundo sueño.

Dos ó tres veces me desperté á medias aquella noche. Era una de esas noches de invierno siniestras en los climas cálidos y á orillas de la mar. Los relámpagos brillaban sin interrupción á través de las rendijas de mi ventana; el viento mugía como una jauría de perros hambrientos, los golpes sordos de la mar sobre la playa de la Margellina, se oían en toda la ribera, como si hubiesen arrojado rocas enteras de granito en las aguas.

Mi puerta temblaba al soplo del viento. Dos ó tres veces me pareció que se abría, volviéndose á cerrar por sí misma, y que oía gritos ahogados y sollozos humanos entre los silbidos de la borrasca. Una vez hasta creí haber oído resonar varias palabras y pronunciar mi nombre por una voz agonizante que me pedía socorro. Me incorporé en la cama, pero no oyendo nada, me figuré que la tempestad, la fiebre y los sueños me absorbían en sus ilusiones, y volví á caer en mi letargo.

Por la mañana, la tempestad había desaparecido enteramente, y hacía un sol de los más resplandecientes; pero me desperté por unos gemidos verdaderos y por los gritos de desesperación del pobre pescador y de su mujer que se lamentaban en el umbral de la puerta de Graziella. La joven se había fugado aquella noche. Antes de marcharse había despertado á los niños para besarlos, haciéndoles señas de que se callaran: sobre su cama estaban sus mejores trajes, sus collares y pendientes y el poco dinero que poseía.

El abuelo tenía en la mano un pedazo de papel manchado con algunas gotas de agua, que habían encontrado prendido con un alfiler en la cama. Este papel contenía cinco ó seis líneas que me suplicaban que leyera: le tomé en mis manos y trémulo en el acceso de la fiebre leí las siguientes palabras:

« No puedo cumplir lo prometido... es imposible... Me arrodillo á los pies de todos... perdonadme... Prefiero hacerme religiosa, Consolad á Cecco y al caballero... yo rogaré á Dios por él y por mi hermanito, á quien daréis todo cuanto poseo... Devolved el anillo á Cecco... »

A la lectura de estas líneas toda la familia soltó de nuevo un torrente de lágrimas. Los niños, desnudos todavía, oyendo que su hermana se había marchado para siempre, mezclaban sus gritos con los gemidos de sus abuelos y corrían por toda la casa llamando á voces á Graziella.

El papel se cayó de mis manos, y al bajarme á cojerle vi en el suelo junto á mi puerta una flor de granado que había yo celebrado mucho el último domingo en los cabellos de la joven, y la medallita de devoción que ella llevaba siempre en su seno, y que algunos meses antes había prendido en las colgaduras de mi cama, cuando mi enfermedad. Entonces me convencí de que mi puerta se había abierto y cerrado en efecto durante la noche, y que las palabras y ahogados sollozos que había creído oír y que había tomado por murmullos del viento, habían sido la despedida y los sollozos de la pobre Graziella. En sitio que estaba seco en el umbral exterior de la entrada de mi cuarto, en medio de las señales de lluvia que humedecían todo lo demás de la azotea, atestigüaba que la joven se había sentado allí durante la borrasca, y había pasado su última hora quejándose y llorando, tendida ó arrodillada sobre aquella piedra. Recoji la flor de granado y la medalla y las oculté en mi seno.

Aquellas pobres gentes, aun en medio de su desesperación, se hallaban enternecidos viendo que lloraba como ellos. Hice cuanto pude para consolarlos, decidiéndose que si su hija parecía, jamás volverían á hablarla de Cecco. El mismo Cecco que Peppino fué á buscar, fué el primero en sacrificarse por la paz de la casa, y por la vuelta de su prima. Por grande que fuese su pena, se conocía que se consideraba muy dichoso porque su nombre estaba escrito con ternura en aquel billete, hallando una especie de consuelo en la misma despedida que le sumergía en el dolor más profundo.

— Graziella se ha acordado de mí! decía enjugándose los ojos. Al instante convinimos todos en que no perdería-

mos un instante para ponernos en busca de la fugitiva.

El viejo pescador y Cecco salieron inmediatamente para informarse en los innumerables conventos de monjas de la ciudad. Beppo y la abuela corrieron á casa de todas las amigas de Graziella que, á su juicio, podían haber recibido algunas confidencias de sus pensamientos y de su fuga. Yo, como extranjero, me encargué de visitar los muelles, los puertos de Nápoles y las puertas de la ciudad para preguntar á los guardas, á los capitanes de buques y á los marineros, á fin de descubrir si alguno de ellos había visto á una joven próxima salir de la ciudad para embarcarse.

Pasamos la mañana entera en investigaciones vanas, volviéndonos tristes y silenciosos á casa para contarnos mutuamente lo que habíamos hecho y para consultarnos de nuevo. Nadie, excepto los niños, tuvo fuerzas para llevarse un pedazo de pan á la boca. Andrés y su mujer se sentaron desanimados en el umbral del cuarto de Graziella, y Beppo y Cecco fueron á dar una vuelta sin esperanza por las calles y por las iglesias, que se abren por la noche en Nápoles para el rosario.

Yo sañ solo detrás de ellos y tomé tristemente y al acaso el camino que conduce á la gruta del Paussilipo; entré en la gruta y llegué hasta las orillas de la mar que baña el islote de Nisida.

Desde allí mis ojos se dirigieron á Prócida, que blanquea como una concha de tortuga sobre el azul de las olas. Mi pensamiento me llevó naturalmente á aquella isla y á aquellos días de fiesta que había pasado en ella con Graziella. Una inspiración secreta me guiaba. Me acordé de que la joven tenía allí una amiga de su misma edad, hija de un pobre habitante de las chozas vecinas, la cual gustaba un traje particular que no era el de sus compañeras. Un día que la pregunté los motivos de aquella diferencia en el vestido, me respondió que era religiosa, á pesar de que vivía libre en casa de sus parientes en una especie de estado intermedio entre el claustro y la vida de familia. También me enseñó la iglesia de su monasterio, habiéndome muchas como aquella en la isla, en Ischia y en las aldeas de la campiña de Nápoles.

Al punto me ocurrió la idea que Graziella, queriendo consagrarse al Señor, se habría ido quizá á buscar á aquella amiga para suplicarla que le abriese las puertas de su monasterio. Inmediatamente me dirigí á grandes pasos al camino de Puzzolles, que es el punto más cerca de Prócida donde se encuentran barcas.

Llegué á Puzzolles en menos de una hora; corrí al puerto, y pagué bien á dos remeros para determinarlos á que me llevasen á Prócida, á pesar de que el mar estaba fuerte, y empezaba á caer la noche. Fué electo, echaron la barca al agua, yo me apoderé de un par de remos, y doblamos con mucho trabajo el cabo Misena, pero dos horas después llegamos á la isla, y agitado y trémulo, en medio de las tinieblas y de las ráfagas de un viento de invierno, subí los escalones de la larga cuesta que conduce á la cabana de Andrés.

— Si Graziella está en la isla, decía yo para mí, habrá venido aquí primeramente, por el instinto natural que conduce al pájaro á su nido, y á la criatura hacia la casa de su padre. A pesar de que ya no esté aquí, conoceré sus huellas, y quizá estas huellas me ayudarán á descubrir su paradero. Si no hay nada, es señal de que todo está perdido; si no obstante estará encerrada para siempre en un sepulcro vivo.

Agitado con esta duda terrible, llegué al último escalón.

Sabia la grieta de la roca en dónde la abuela había ocultado al marcharse la llave de la casa; separé la yelva y metí la mano; mis dedos buscaban á tientas la llave, crispados con el miedo de sentir el frío del hierro que no me habría dejado la menor esperanza...

#### EL RELOJERO DE PAIMPOL.

Paimpol es una ciudad del departamento de las costas del Norte, poco más grande que la mitad de una calle de París, pero su puerto la da cierta importancia, y en efecto, tuvo mucha durante las guerras del Imperio, en las cuales sirvió

de punto de descanso á los corsarios bretones. Entonces se veían allí cincuenta tabernas y tres relojerías, dos clases de establecimientos que los corsarios necesitaban. El último gramete se reservaba siempre una parte del botín para comprar un reloj de bolsillo con muchos sellos, que aun sin darle cuerda nunca, se le colgaba al cuello con coquetería por medio de un cordoncillo embreado. Desgraciadamente la paz arruinó la industria de los relojeros de Paimpol. Algun tiempo después, las paradas de los barcos costeros, que en los primeros años de la Restauración fueron bastante frecuentes por la actividad momentánea del comercio, les ayudaron á vivir un poco, pero este recurso se fué disminuyendo, hasta que llegó á fallarles completamente.



Entre aquellos que más padecieron en el desastre, se hallaba un joven llamado Pedro, que se puso á aprender el oficio en una época en que esta industria prosperaba; pero á medida que iba creciendo en edad sus esperanzas fueron disminuyendo. Por fin, el patron en cuya casa trabajaba le declaró un día que ya no tenía trabajo que darle y Pedro se halló en medio de la calle sin empleo y sin recursos.

La necesidad de dejar el país y de ir á buscar la vida á otra parte, era sumamente penosa para Pedro; pero lo que

la hacía insostenible, era el pensamiento de separarse de Teresa con la cual había crecido y á quien amaba desde su primera comunión. Teresa era una joven costurera de Paimpol que trabajaba doce horas diarias á la ventana, al lado de un tiesto desportillado donde había plantado unos hermosos aletos; que se contentaba regularmente todos los meses, y cuya dulce voz no entonaba jamás sino cantos melancólicos ó coplillas piadosas. La joven vivía con su madre que ganaba escasamente su vida ejerciendo el oficio de

aguadora y de lavandera. Todas las tardes Pedro tenía un rato de conversación con la madre y la hija, y el domingo, cuando hacía buen tiempo, las llevaba después de vísperas al campo á cojer moras ó avellanas. En el invierno las leía en alta voz la *Guía del Cristiano*. De este modo llevaban una vida pura, risueña, sin cuidados y sin impaciencia; una vida de fe y de amor como se ven todavía descritas en los libros, pero como por lo regular no se hallan en el mundo.

Ambos jóvenes sabían que más adelante deberían casarse, aunque jamas hubiesen dicho una palabra con respecto á esto. Era una de esas promesas tácitas que se contraen por hábito más que por palabra, pero que no por eso son menos sagradas. Así cuando Pedro fue á decir á Teresa que le había despedido su tío, el pobre joven se quedó estupefacto. Durante algún tiempo, ninguno de los dos hizo más que llorar, sin poderse borrar del pensamiento la idea de que debían separarse muy en breve. Con la indolencia propia de todos los caracteres débiles que prefieren el sufrimiento á la acción, ambos permanecieron bajo la corona de espinas, pensando en las heridas que les hacía en la frente y no en los medios que había para libertarse de ella. Por fortuna la madre de Teresa era una mujer práctica que había puesto su corazón al alivio bajo la égida de la santidad y que no se desesperaba sino al último extremo. Después de haber dejado llorar algún tiempo á los dos jóvenes, tomó la palabra en medio de sus quejas, para advertirlos que era necesario tomar una resolución cualquiera. Por último, al cabo de muchos debates y proyectos, se decidió que Pedro marcharía al instante en busca de trabajo, y que volvería en cuanto hubiese ganado lo bastante para poder casarse, juzgándose que se necesitaban tres años para llegar á este resultado.

Dos días después de esta resolución, el relojero tomó efectivamente el camino de Rennes. Muchas lágrimas se vertieron en el momento de la separación. Sin embargo, la tristeza de los dos jóvenes cedió alguna cosa de sereno; al separarse guardaban en su corazón una balsa de esperanza que debía alimentarse. Teresa, confiaba en Dios, y Pedro en su valor; ambos estaban seguros de que pronto volverían á verse.

Pero Pedro no fué muy dichoso; recorrió una parte de la Francia, sin hallar más que colocaciones momentáneas. Tres años transcurrieron sin que pudiesen pensar en volver á Bretaña, hasta que al cabo, después de una serie de acontecimientos que sería inútil enumerar aquí, pasó á Irlanda, llegó á Dublín con un inglés á quien había conocido en el camino, y entró en casa de un relojero llamado Smith, bajo muy buenas condiciones.

Smith era un hombre de unos cincuenta años, de un esterior frío, avaro de movimientos y de palabras. En su juventud había sido obrero y había padecido mucho, lo que le hizo contraer una impasibilidad de bronce háj la cual ocultaba sus sentimientos. Su alma dolorida se había replegado sobre sí misma y no se mostraba ya sino en raras ocasiones. Smith pasaba generalmente por severo y extraño, pero su reputación de probidad se hallaba muy bien asegurada. Por recompensa de esta probidad y de una laboriosa economía, poseía una fortuna bastante considerable. Hacía algunos años que había quedado viudo y vivía con su hija única, miss Fanny.

Pedro se acostumbró luego al sosegado interior del relojero irlandés, porque el joven tenía una naturaleza buena y sencilla que con poco se contentaba. Smith que hasta entonces no había tenido más que obreros borrachos ó groseros, tomó cariño al joven francés, cuya silenciosa asiduidad

y timidez le gustaron mucho. Una enfermedad bastante grave que padeció, durante la cual le prodigó Pedro las muestras más evidentes de una solícita gratitud, acabó de ponerle bien en su concepto; en una palabra, el joven breton acabó por adquirir en aquella casa la posición de socio, y no la de un obrero.

Una sola cosa se presentaba como obstáculo en las relaciones que existían entre la familia Smith y Pedro, y era la dificultad para entenderse. El breton no podía explicarse en inglés, y su timidez aumentaba más y más los apuros en que se encontraba cuando quería hablar. De aquí había resultado un hábito de silencio casi continuo en toda la casa. Pedro, Smith y su hija se hablaban frecuentemente por medio de ademanes ó de miradas y este modo tan singular de comunicarse sus pensamientos, aun dándoles una forma más vaga, les hacía más expresivos y afectuosos. Pedro se había acostumbrado á las cariñosas formas de miss Fanny, sin ver en ellas otra cosa que una especie de telegrafía necesaria por la diferencia de las lenguas. Cuando sentada en el mostrador, con su rubia cabeza apoyada en su brazo desnudo, Fanny se olvidaba de apartar sus ojos del joven obrero, Pedro no veía en esta figura meditabunda, sino una atención amistosa; y cuando le pedía algo con un ademán, pronunciando su nombre con el acento musical y profundo que una voz de mujer no sabe dar sino á un solo nombre entre todos, Pedro no veía en eso sino la expresión de una benevolencia que quería alenar el mando á fuerza de dulzura. Por otra parte, durante mucho tiempo experimentó al lado de miss Fanny una especie de respetuoso temor del cual no podían sacarle todas aquellas señales bondadosas. Miss Fanny que adivinó su timidez siguió siempre hácia adelante, hasta que concluyó por alentarle para que viviera con respecto á ella bajo un pie de igualdad perfecta.

Establéciose pues entre ambos jóvenes una intimidad tierna, que se transformó bien luego en la joven en un amor secreto. Pedro notó que se ponía triste sin advertir la causa de esta tristeza. Dos ó tres veces creyó conocer algo, pero al instante alejó de sí esta sospecha sorrojándose, como una sugestión del orgullo. Sin embargo, un día compadecido profundamente de miss Fanny, cuyo dolor había aumentado hácia algún tiempo, se atrevió á preguntarla lo que tenía. La joven sin responderse se des hizo en lágrimas y se fué á la trastienda. Pedro la siguió y la halló de rodillas delante de una silla, con el rostro oculto en sus manos y sollozando amargamente. Trémulo y confuso, se acercó á ella llamándola, quiso separarla sus manos, y le repitió mil tiernos nombres que le inspiraba la piedad en aquellos momentos: — Confiadme vuestra pena, la dijo; ¿no sabéis que os amo?

— ¡Me amais! exclamó Fanny lanzando un grito de alegría...

Y al decir esto dejó caer su frente sobre el hombro del joven: acababa de tomar por una declaración de amor lo que no había sido más que una expresión de amistad fraternal.

Pedro quedó comprometido sin quererlo, y sin haberlo previsto. La emoción, la sorpresa, la timidez, la dificultad para explicarse, le quitaron toda su presencia de ánimo. Smith entró en aquel momento, su hija se arrojó á sus brazos, y el padre que comprendió lo que había pasado, tendiendo las manos al joven obrero, que permanecía con los ojos fijos en una angustia mortal, le dijo sonriéndose:

— Al cabo habeis hablado! Está bien, hijos míos: cuanto será la boda?

Pedro balbuceó algunas palabras entrecortadas; Smith creyó que aquello sería efecto de la alegría, y por eso no le dió cuidado: el joven breton se retiró desesperado.

Durante algunos días se creyó el juguete de un sueño, pero entretanto todo se iba preparando para la boda. Fanny pasaba los días cantando, y Pedro conociendo que le era imposible ya retroceder, hubo de resignarse. Pedro era más tímido cada día, y como la mayor parte de los hombres, era incapaz de protestar contra los hechos consumados. Además, quién sabe si la especie de violencia que se le hacía, no despertaba en él alguna sensación que le alentaba? Quizá contra su voluntad, se iba acostumbrando á la idea de adquirir una posición independiente y desahogada. Y después la dulce figura de miss Fanny pasaba por el fondo de esos vagos cuadros de bienestar, con sus hermosas fisonomías, con sus largos rizos de cabellos rubios y su sonrisa cariñosa; la figura de miss Fanny tan buena, tan encantadora, que le quería tanto, y que era una señora. Cómo no había de abandonarse por instantes á tan consoladores pensamientos? Cómo no había de resignarse á dormir en ese nido de amor tan dulce y abrigado?

Sin embargo, Pedro no se complacía largo tiempo en estos sueños dichosos. Su conciencia le advertía que en el fondo de aquella supuesta resignación se encerraba una cobardía. Desde que debía casarse con Fanny no podía borrar en su mente la imagen de Teresa: veíala sentada á su estrecha ventana, al lado de sus aletas trabajando con gozo mientras él volvía, y este recuerdo le hacía caer lágrimas de los ojos. Una circunstancia vulgar en apariencia, la muerte de una joven que habitaba cerca de la casa de Smith y que se había porque su prometido la había abandonado, le conmovió profundamente. Todos sus recuerdos de infancia se reanimaron al mismo tiempo para acusarle, hasta que se puso enfermo de tristeza. Smith creyó que esto era natural en la impaciencia que tienen los amantes, y apresuró los preparativos de la boda, pero la dolorosa preocupación del joven obrero no hizo más que aumentarse. Las voces que le hablaban de Paimpol, de Teresa y de sus promesas se dejaban oír cada vez más amenazadoras; su pena se cambió en una desesperación de todos los instantes. Veíase infame sobre la tierra y condenado en el cielo por haber engañado á su compañera de infancia. Por último, una noche, que estaba acostado en su guardilla, y que devorado por la fiebre había logrado un poco de reposo, el toque de una campana le despertó; aplica el oído... ¡Oh maravilla!... Es el sonido fresco y lejano de las campanas de Paimpol! El mismo sonido que se oía el día de su primera comunión, el día en que vio á Teresa por la primera vez! Pero ahora esas campanas no resuenan tan alegremente como entonces; tocan á agonia!... Pedro fuera de sí, se incorpora en su cama; se pone á escuchar; el ruido de las campanas se aleja, se pierde en el espacio; hay una pausa... De repente, en medio de la noche, se oye una voz que jubra y conocida; es la misma que tantas veces oyó por la tarde á una ventana de la calle de la Iglesia, que entona el cántico de la *Desposada* tan celebre en la comarca de Fréquier:

« Madre mía, dime porqué habian callandito en casa; madre mía, dime porqué están de luto los criados; dime porqué tienes los ojos encarnados? »

« — Hijo mío, habian callandito, porque estás malo; el color negro es bueno para todo el mundo; tengo los ojos encarnados porque he llorado por tí. »

Pedro escuchaba fascinado, perdido en su vision. Pare-

ciala que se hallaba en Paimpol, que acababa de cojer un ramillete de flores á las orillas del mar, y que oía á Teresa cantar á la ventana. Por una costumbre maquina é involuntaria, por recuerdo, se puso á cantar á media voz la copla siguiente de la canción:

« Madre mía, dime porqué me duele tanto el corazón; dime porqué ladran los perros dando ahullidos; dime porqué el sol en el cielo se parece al rostro de una viuda? »

(Se concluirá.)

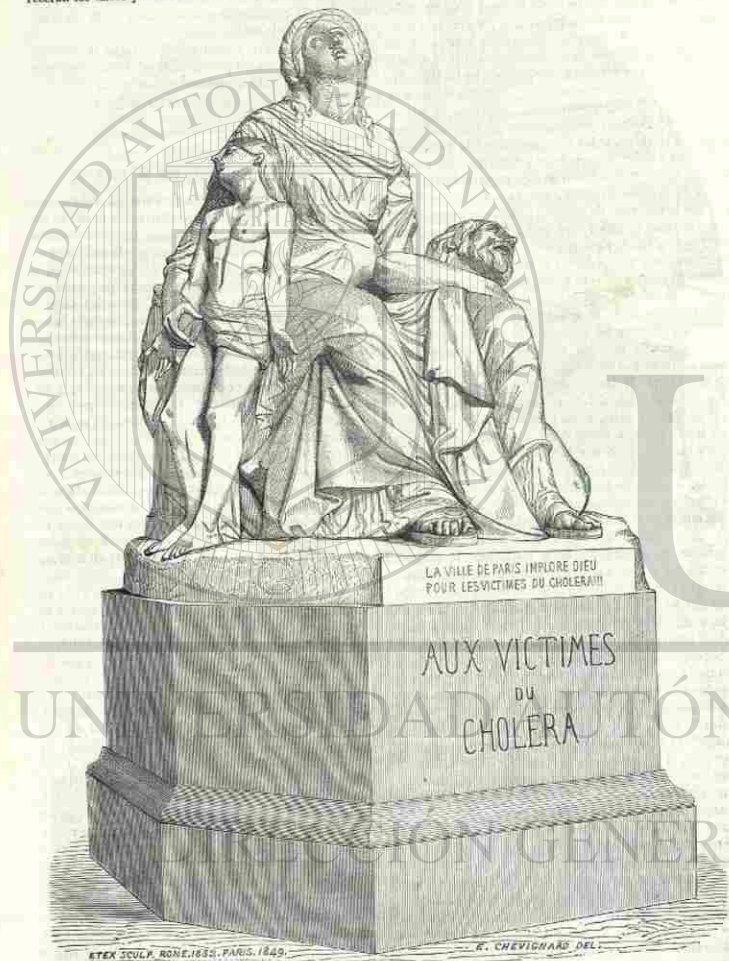
## EL COLERA.

GRUPO EN MARMOL, POR M. ETEX.

Este grupo pertenece á la villa de París que debe consagrar en una de sus plazas públicas el recuerdo de una de las mayores calamidades de nuestro siglo. Quien no recuerda con angustia aquellos terribles días en que la muerte arrebató gente á todas horas en todas las categorías y en todas las edades! El cielo estaba sombrío; un aire frío parecía helar el rostro de los vivos con el último aliento de los muertos. Qué alma, en aquella funesta prueba, no sintió saltar dentro de sí, más abundante y poderoso el recuerdo del amor al prójimo? Abatido bajo los dardos del invisible azote, cada hombre comprendía mejor su flaqueza, así como la necesidad de amar, de socorrer á sus semejantes, y de confiarse al supremo Libertador. Además esa compasiva caridad llevaba en sí, como todas las virtudes, su propia recompensa, sosteniendo nuestro valor y alimentando nuestras esperanzas. El artista ha idealizado la caridad y la compasión en la figura principal de su grupo, que representa, en cierto modo, todos los habitantes de la población, bajo la personificación de la Villa de París. Lo mismo que una madre, rodea con sus brazos á los dos seres más débiles de entre las víctimas, el anciano cuyos ojos medio apagados buscan el cielo ya, y el adolescente que clava en la tierra una última mirada de sentimiento.

El dolor en la figura de la Villa es sencillo y digno; no altera en nada la belleza de las líneas: un movimiento de la cabeza y del cuello ha bastado al artista para manifestar la idea moral en las proporciones que requieren las eternas reglas del arte. Un dolor como ese puede permanecer siempre en el mármol; las contorsiones de cuerpo y las contracciones de fisonomía, no habrían podido producir más que la imagen de la desesperación la cual se presta difícilmente á una buena expresión, y sobre todo, jamás puede durar largo tiempo. El anciano apenas indicado en nuestra lámina, se halla abatido por la violencia del mal: se conoce que lo que desea es acabar pronto. El adolescente cede sin luchar; está triste y meditabundo, porque no había visto la vida todavía sino á través del prisma de la felicidad. El pedestal es de una forma y de un color severo, que no dejan de tener una influencia calculada sobre el efecto general. M. Etex concibió esta composición cuando estudiaba en Roma, en el mismo tiempo en que el cólera estaba en París. Así pues, el grupo es, por decirlo así, un pensamiento de la juventud llevado á cabo en la edad madura. La ejecución es entendida, los contornos firmes, y el modelado bastante severo; se conoce que M. Etex ha seguido los buenos preceptos que el mismo ha escrito en su *Curso de dibujo*: « Se llama buena composición aquella que explica bien el asunto, y le hace sentir profundamente al que la mira. Es muy raro que las líneas de una composición no sean buenas y armónicas cuando el asunto está bien entendido... todo es sencillo

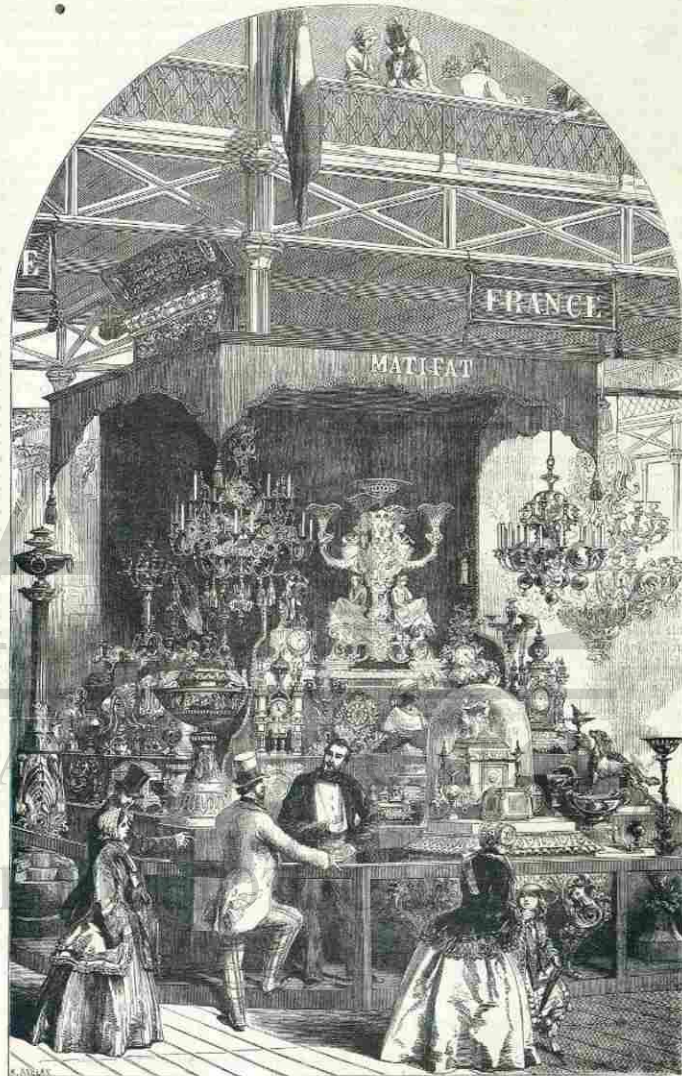
grande en las obras maestras de los griegos. Mediten los discípulos sobre esas líneas tan hermosas y suaves, y aborrecerán los falsos y amanerados adornos del supuesto arte de los modernos, tan rebuscado, que hasta la misma verdad se desconoce... Miguel Angel decía que una estatua de mármol bien compuesta podría rodar desde la cuspide de



El cólera. — Grupo en mármol, por M. Etex.

una montaña hasta su falda, sin romperse ni estropearse. Esto quería decir que ninguna de sus partes debe separarse de la masa, que todo debe estar unido, y que al componer una estatua, hay que tratar de darle un gran carácter severo, y una masa imponente que inspire el respeto por su solidez.

PALACIO DE CRISTAL.



Exposición francesa de objetos de bronce.

En el memorable concurso abierto en Londres en 1851, la industria francesa es la que ha obtenido proporcionalmente, un número mayor de recompensas. En efecto, la Francia por menos de 1,800 esponentes, ha obtenido 56 grandes medallas, 638 medallas ordinarias, y 865 menciones honorables, que forman un total de 1,659 recompensas. Aun la misma Inglaterra, con sus 9,000 esponentes, no cuenta sino 2,260 recompensas. Lo demás del mundo esponente no ha obtenido sino 4,871 recompensas.

El grabado que acompaña á estas líneas representa una exposición francesa de objetos de bronce que ganó una grande medalla en el concurso de que hablamos. El carácter particular de estos objetos de arte consiste en el gusto con que están esculpidos en su composición; el bronce, los esmaltes, el hierro con labores embudados, el oro, el mástil, la málaquita, la porcelana, la madera, etc. Han sido incluído en la atención un bronce asirio de bronce con adornos esmaltados y figuras doradas; los autores de esta hermosa obra son dos artistas célebres en la industria, los señores Thiery y Klagmann.

#### EL RELOJERO DE PAMPOL.

(Véase la pag. 227.)

— Hijo mío, el corazón duele cuando hay algún pesar: los perros lloran cuando sienten la muerte: el sol está descolorido cuando hay entierros.

Un estremecimiento de espanto recorrió el cuerpo del joven breton; sin embargo repuso temblando:

— Madre mía, dime porque resucian las campanas, dime porque hay ese ruido de marfillos en la casa vecina; dime porque captan los curas en la calle.

La voz continuó al punto:

— Hijo mío, las campanas doblan por el reposo de un alma; están clavando un féretro en la casa vecina; y los curas cantan responso por tu desposada.

Aquí el cántico se acabó, las campanas resonaron un instante á lo lejos, y después todo quedó silencioso. Pedro se arrodilló junto á la ventana, casi desmayado.

No le cabía duda ninguna; lo que acababa de oír era una advertencia como las que envía Dios frecuentemente á los habitantes de la Bretaña: era un *inter-signe!* No había posibilidad de resistir á este llamamiento sin cometer un sacrilegio. Una voz había venido de su país para recordarle sus promesas y para decirle que volviera. En vano se le presentaron como obstáculos invencibles el recuerdo de Fanny y los preparativos de la boda; Pedro seguía oyendo el sonido de las campanas y de aquella voz que le llamaba: era necesario partir sin tardanza.

Después de una noche de delirio, de lágrimas y de combates interiores, escribió á Smith una larga carta contándole sinceramente toda su historia. Le manifestaba que un error había sido la causa de su compromiso con Fanny, le hablaba de la advertencia que había recibido de Dios y le anunciaba su resolución de salir al punto de Dublin. Escrita esta carta, la envió y esperó ansioso la respuesta.

Por la tarde recibió un paquete con una cantidad mayor que lo que le debía el relojero, y un billete que contenía estas palabras:

«Deberías haberlo dicho ántes. Vuestro silencio ha causado la desgracia de todos nosotros. Adjunta va una carta para un relojero de Edimburgo, amigo mío, en cuya casa podrá ganar un obrero lo suficiente para vivir con su mujer.

« SMITH. »

En efecto, en el paquete se encontraba también una carta para un relojero de Edimburgo.

Pedro se marchó aquel mismo día, y cuando llegó á Pampol se encontró á Teresa pobre, enferma y muy cambiada. Su madre había muerto hacía tiempo, y recordando fechas, el joven obrero conoció que debió haber entregado su alma á Dios en el mismo día y en la misma hora en que había oído entonar bajo su balcón el cántico de la *Desposada*. La boda se hizo sin ruido, y los esposos partieron inmediatamente con dirección á Escocia.

A beneficio de la carta de Smith, Pedro pudo colocarse en Edimburgo, y sus asuntos prosperaron. Ganaba mucho y gastaba poco, y así al cabo de algunos años pudo comprar una tiendecilla de relojero que explotaba por su propia cuenta.

Peró á pesar de esta fortuna, Teresa se ponía cada vez mas triste, mas pálida y desmejorada. Muchas veces Pedro la encontraba sentada, con las manos cruzadas, en una actitud meditabunda, y con dos largas lágrimas que se deslizaban por sus escuálidas mejillas: entónces la preguntaba porque lloraba, y la joven le respondía que no podía decirlo porque ignoraba la causa de su pena; pero que tenía miedo, que estaba triste, y que nada la haría ya reír en el mundo. Pedro en el colmo de la desesperación hacía mil tentativas para interesarla nuevamente en la vida, pero todo era inútil. El corazón de Teresa revelaba á de esas proféticas tristezas que se apoderan casi siempre de aquellas mujeres en quienes se desarrolla desde muy temprano el gérmen de la muerte: dolores extraños que se sienten en medio de la ombrañez y del bullicio de la vida, que no dependen del alma, sino de los nervios, y que son como el misterioso instinto de nuestro cuerpo que presiente que su disolución se aproxima.

Teresa había nacido demasiado endeble para una muchacha del pueblo. La infancia ruda y abandonada á que le condenó el acceso de su nacimiento, había gastado en ella la vida. La necesidad la había doblegado, y cuando llegó el bienestar era ya tarde para enderezar su ánimo. Pedro pudo ver los progresos de aquella fatal enfermedad, pudo calcular su muerte sin equivocarse, porque la vida parecía huir de ella gota á gota, como un licor precioso que se sale de una copa rajada. Bien luego comprendió que había llegado su hora, y esto no le causó la menor extrañeza; creía en su alma, en Dios, en el paraíso y no veía en su muerte mas que un viaje que ella iba á hacer la primera. Además, había agurado la existencia, y no podía menos de ganar cambiando de mundo: su vida la infundía alientos para la muerte. Un solo pensamiento entristecía sus últimos instantes; sus huesos no reposarian en la bendita tierra de la Bretaña! Y qué experimentarían su pobre alma, si volvía por la noche en medio de tantas almas extranjeras? No podría ver á lo lejos su aldea adornada á los rayos de la luna, ni oír el reloj de su parroquia, ni escuchar los gemidos del viento...

A estos recuerdos, se apoderaba de la moribunda un terrible desfallecimiento. Volvía la cabeza hácia la pared para que Pedro no la viese, y lloraba suavemente hasta que sus ojos se cerraban para ver en sueños el cementerio de Pampol, su última esperanza! Sin embargo, no decía nada de esto por no aflijir á su esposo antes de tiempo; pero cuando llegó el momento solemne, cuando la joven sintió que su alma la temblaba en los labios, llamó á Pedro á su cabecera, y le dijo:

— Pedro, júrame que harás lo que voy á pedirte.

— Lo juro, respondió el joven llorando amargamente.

— Voy á morir, prométeme que llevarás mi cuerpo á la Bretaña, y que me enterrarás en el cementerio de Pampol junto á mi madre.

— Te lo prometió, respondió el relojero con una voz ahogada por los sollozos.

Lo mismo que si no hubiera esperado mas que esta respuesta, Teresa estendió sus dos manos hácia su marido, y espiró sonriéndose.

Grande fué el dolor que tuvo Pedro; pero sin embargo no se desanimó completamente, porque tenía que cumplir su promesa. Aquel alma tan débil se fortificó por medio del amor. Renunció á su comercio, vendió todo cuanto poseía, compró á costa de su fortuna entera el derecho de llevarse el cuerpo de su mujer á Bretaña, y se embarcó inmediatamente. Siete años antes, un buque le había transportado apoyado en el brazo de su mujer con el corazón henchido de alegría; hoy el mismo buque le llevaba al país de donde había venido, sentado junto á un féretro donde estaban su mujer y su alegría.

Los mares se atravesaron sin ningún contratiempo, y al octavo día se descubrieron las costas de Bretaña. Ya se veía á lo lejos el archipiélago de Brehat plateado por los rompientes; el corazón del relojero se oprimió, y sintió que sus lágrimas le ahogaban. Aquella tierra en donde había nacido, en donde había amado, en donde había sido dichoso, estaba allí, y Pedro volvió á ella con un féretro. Nadie le esperaba, sino un sepulturero para abrir la fosa y un sacerdote para bendecir la sepultura!

Sin embargo, por la noche el tiempo se puso muy sombrío. Pedro temió alguna borrasca, y sus temores se realizaron luego. Un viento que se levantó de repente impelió al buque hácia la tierra. En vano toda la tripulación reunió sus fuerzas para vencer el tumulto de las olas; la endeble embarcación, barrida por el huracán, corria sobre las aguas con sus velas hechas pedruzcos, como un ave marina herida: las alas.

En un instante se vió muy cercana la tierra, el buque iba á entrar en los rompientes, y ya se oía á algunos pasos el sordo ruido de la resaca que rugía entre los escollos. La goleta como espantada de sí misma, resistió á veces, cambiaba de dirección y se arremolinaba en la tormenta; de repente se oyó una voz siniestra que clamaba:

— El cadáver que viene á bordo tiene la culpa de esto!

Estas palabras produjeron el efecto de una resonación eléctrica en la tripulación, presentándose al espíritu de todos la supersticiosa creencia común á todos los marinos de que la presencia de un muerto en un buque compromete su seguridad.

— Al mar el cadáver! exclamaron todos en un solo grito. Y al decir esto se lanzaron al camarote, se apoderaron del féretro y le llevaron sobre cubierta. Pero Pedro advertido por el tumulto, se arrojó en medio de ellos; quiso hablar, y no lo permitieron; quiso defender su bien, pero le rechazaron unánimemente.

— ¡Al agua la muerte! gritaban los marineros y levantaron el féretro.

— No me separaré de ella! gritó Pedro á su vez.

Y arrojándose sobre la caja, se abrazó á ella sin que pu dieran desprenderle. Los marineros se detuvieron, no atreviéndose á cometer un asesinato. En aquel instante un terrible sacudimiento, hizo rechinar toda la madera del buque, y el palo mayor cayó partido sobre cubierta. La goleta acababa de precipitarse entre dos rocas donde se quedó sujeta como en un estuche de hierro: allí permaneció toda la noche

sin que las oleadas pudiesen arrancarla de aquel sitio.

Cuando amaneció, ya la borrasca se había apaciguado un poco, y pudieron llegar barcas de Brehat para recoger á la tripulación. Pedro y su féretro se salvaron igualmente.

El amigo que nos ha contado todos los pormenores de esta historia, vió al relojero breton cómo llevó al sepulcro el cuerpo de su joven difunta. Después de haber elevado á su querida Teresa una tumba de piedra de color de rosa con el poco dinero que le quedaba, tumba que puede verse todavía, volvió á salir en busca de trabajo, pobre y simple obrero como ántes. Únicamente esta vez se marchó dejando en el cementerio de Pampol doce años de su vida pasada, y todas sus esperanzas venideras.

#### EL VENGEUR.

A principios de 1794 se armó en Brest la flota mandada por Villaret de Joyeuse que debía dar algún tiempo después el famoso combate del 13 prairial. Los representantes Prieur de la Marne y Jean-Bon-Saint-André contribuyeron activamente á este armamento; pero si bien lograron reunir tripulaciones numerosas y llenas de entusiasmo, no estuvieron tan afortunados en el nombramiento de sus gefes.

El cuerpo de oficiales de marina, casi exclusivamente reclutado en la nobleza, había sido diezmado alternativamente por la emigración y por los tribunales revolucionarios. Así sucedió que hubo que apelar á los capitanes experimentados que hicieron sin duda buenos oficiales respecto al valor y laudables intenciones, pero siendo completamente extraños á las maniobras de una flota. La mayor parte no tenían noticia de la *táctica naval* que se les distribuyó, impresa en el navío la *Montagne*, á fines de germinal, es decir cuando estaban próximos á salir del puerto. De este modo, su ignorancia hubo de revelarse desde los primeros días de navegación. A lo mejor desaparecieron los navios del centro como el *Mucius* y el *Jacobin* que no habían virado, y otras veces se quedaban sin arboladura al abordaje, como les sucedió al *Scipion*, al *Terrible*, etc. Además la mayor parte de los capitanes no comprendían las señales.

Sin embargo, la flota salió de Brest el 27 Brestal para encontrarse con la escuadra mandada por Vanstabel.

Este belicoso aparato tenía por objeto principal el asegurar la entrada de este gijón, que venía de la Armenia del norte con un convoy de granos. La república sitiada por todas partes por el hambre esperaba el convoy con impaciencia, y el comité de salud pública había dado órdenes á Villaret de Joyeuse que saliera con dirección á las islas *Cócora* y *Flores*, para esperarle allí, y escoltarle. Hasta entónces estaba mandado que toda escaramusa debiera evitarse.

Se habían hecho ya algunas presas importantes, cuando el 9 prairial, hácia la mitad del día, los marineros señalaron desde lo alto de las guardias, la presencia del enemigo. Apenas reconocieron el pabellón inglés, cuando de todas las embarcaciones se alzaron gritos de entusiasmo pidiendo aclarar el combate. Villaret fiel á sus instrucciones quería continuar su camino, pero las peticiones de sus oficiales, y según ciertos historiadores, las órdenes del representante del pueblo Jean-Bon-Saint-André, le obligaron á dar la señal de la batalla.

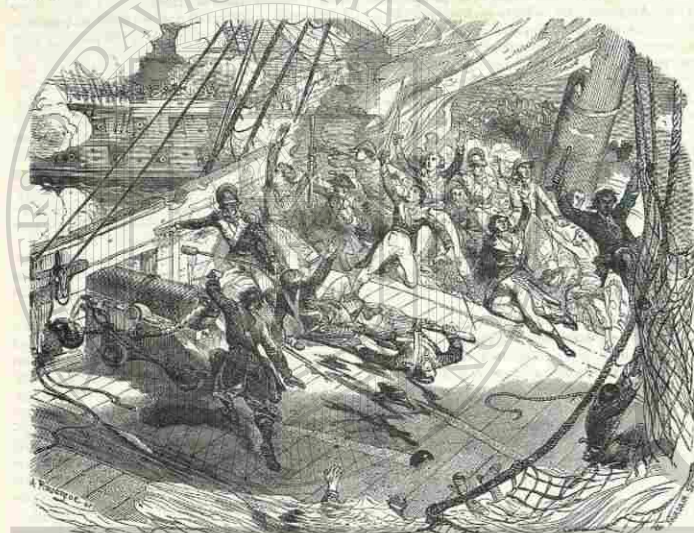
La escuadra se formó sobre una línea y marchó al enemigo. La flota inglesa, mas numerosa que la francesa, compuesta de buques mas fuertes, y con buenas tripulaciones, quiso al pronto esquivar el combate, porque fiel al carácter



de su nación, el almirante Howe no habría querido combatir sin tener antes la certeza de que saldría triunfante. Sin embargo, no tuvo más remedio que aceptar la lucha, pero el viento separó las dos escuadras. Solo el *Revolutionnaire* sufrió mucho en la pelea, pero al cabo pudo escapar de los navios ingleses, y llegó á Rochefort muy averiado.

Al día siguiente se continuó el ataque pero fue interrumpido por una niebla que se prolongó por espacio de dos días; al fin el 13 salió un sol resplandeciente.

Al instante resonó el canto de la *marselesa*, y ambas dotas alineándose á tiro de pistola, se enviaron la muerte por saludo. El almirante Howe que iba á bordo de la *Reine Charlotte*, ataca al navío la *Montagne*, mandado por Villaret de Joyeuse y Jean-Bon-Saint-André, y trata de cortar la línea, pero en vano, hasta que una falsa maniobra del *Jacobin* le favorece y le abre un paso del que se apodera con mucha presiaza con otras cinco embarcaciones. Entónces la *Montagne* y la *Reine Charlotte* se acercan y se chocan;



El Vengeur.

Villaret de Joyeuse ordena el abordaje, y se echan los rezones; pero el almirante inglés que tenía el combate cuerpo á cuerpo, manda cortar las cuerdas que tenían á su buque junto á la *Montagne*, se retira con viento en popa, y principia á disparar de nuevo contra el navio francés, cuyos restos se ven bien luego sobre las olas. Villaret de Joyeuse cae de su banco de observación que vuela hecho pedazos, pero al momento manda poner otro en su lugar, y la tripulación entera muestra el mismo valor. El contramaestre Juan Favre recibe un balazo que le parte el brazo izquierdo; pero guardándolo en un pañuelo la mano que le colgaba todavía, y metiéndola en el bolsillo esclama:

— ¡Aun me queda otro brazo para el servicio de la patria. Enseguida baja á la batería y se pone á servir el cañon durante tres cuartos de hora, hasta el momento en que otra bala le lleva el otro brazo. Viéndose inutilizado de aquel modo, se va por su pié al cuarto del cirujano, y presentándole sus mutilados miembros, le dice estas palabras:

— Cumple con tu deber como yo he cumplido con el mío, y á la amputación de cada brazo, grita conmigo *viva la república!*

Pero este heroico valor no puede detener las destruzos de la metralla inglesa. Muchas de las piezas de la *Montagne* no sirven para nada, por falta de marineros. La coronada de á treinta y seis que podría ser tan útil no se halla rodeada sino de cadáveres. El jóven Bouvet de Crezé regente de la imprenta de la escuadra, intenta un postrer esfuerzo. Herido ya tres veces logra disparar la coronada, á costa de cinco heridas nuevas. El efecto fué tan terrible que el almirante Howe desertó al punto la batalla alejándose á veias despiagadas.

Libertado de este modo, Villaret de Joyeuse no tenía que hacer otra cosa sino reunir los navios que estaban en primera línea con el suyo, para marchar al socorro de los seis buques de retaguardia que estaban luchando contra toda la escuadra inglesa. Quizá podía salvarlos apoderándose al mismo tiempo de dos navios enemigos enteramente desamparados.

Se dice que Jean-Bon-Saint-André se opuso á esto, pero varios testigos oculares afirman que dejó en toda libertad al almirante. Sea como quiera, lo cierto es que Villaret de Joyeuse concluyó por ordenar la retirada, dejando así al

enemigo una victoria que tenía en sus manos, y seis navios que podían haberse salvado.

Otro mas, el *Vengeur*, que tambien quedó abandonado, se negó á rendirse.

El primer día habia cometido una falta, apartándose de la línea, y se habia empeñado en rescatarla. Atacó por muchos navios á la vez, vuelve golpe por golpe y muerte por muerte. El *Brunswick* que se hallaba mas cerca, tuvo que retroceder, pero otros le reemplazan. La arboladura del *Vengeur* se viene abajo; su quilla abierta en mil parages hace agua por todas partes, pero los marineros franceses han jurado que no se rendirian: cargando los cañones á flor de agua, lanzan un nuevo disparo, vuelven á subir sobre cubierta, enarbolan el pabellon tricolor en el asta del palo mayor, y con las manos levantadas y agitando sus sombreros bajan como en triunfo al abismo, gritando *viva la libertad! viva la Francia!*

El 23 prarial, esto es, diez dias despues de ese funesto combate, Villaret de Joyeuse volvió á Brest con diez y nueve buques y mil doscientos hombres heridos. El número de muertos era al ménos igual, y la república perlia ademas unos cinco mil prisioneros.

Sin embargo no todos los marineros del *Vengeur* perecieron. Las chalupas inglesas recogieron á muchos de esos gloriosos naufragos, entre los que se hallaron el capitán Renaudin y su segundo. Conducidos á Inglaterra, fueron castigados poco despues, y Renaudin recibió el título de contraalmirante.

Por funesto que fuese el combate del 13 prarial para la marina francesa, sin embargo se llenó el objeto que se propusieron al mandar salir la escuadra de Villaret de Joyeuse. Vanstebel encontró libres los mares, porque la flota inglesa casi tan maltratada como la otra se habia visto obligada á volver á sus puertos. Vanstebel entró en Brest el 25 con un convoy de ciento cincuenta velas y un crecido número de presas que habia hecho en el camino. « de modo que los buques de la flota francesa pudieron ocultar sus mutilaciones á la sombra de los dos pabellones unidos de la Francia y de la América. »

## GRAZIELLA.

POE.

M. A. DE LAMARTINE.

(Véanse las p. 181, 182, 184, 207, 212, 217, 226 y 234.)

La llave no estaba. Lancé un grito ahogado de alegría y entré con cuidado en el patio. La puerta y las ventanas estaban cerradas; pero un ligero resplandor que salia de las rendijas de una ventana y que notaba sobre las hojas de la higuera, denotaba que habia una lámpara encendida dentro de la casa. Quién habia podido hallar la llave, abrir la puerta, y encender la lámpara sin conocer las localidades? No dudé que Graziella se hallaba á dos pasos de mí, y caí de rodillas en lo alto de la escalera, para dar gracias al ángel que me habia conducido hasta aquel sitio.

Ningun ruido salia de la casa. Apliqué mi oído á la puerta y creí oír el débil rumor de una respiración y como sollozos en el fondo del segundo cuarto. Hice temblar ligeramente la puerta, como si hubiese sido movida únicamente por el viento, á fin de llamar poco á poco la atención de Graziella y para que el sonido repentino é inesperado de una voz hu-

mana no la matase al llamarla. La respiración se detuvo. Entónces la llamé por su nombre á media voz y con el acento mas tierno y sosegado que pude hallar en mi corazón. Un débil grito me respondió en lo último de la casa.

La llamé de nuevo suplicándola que abriese á su amigo, á su hermano que venia solo por la noche á través de la tempestad y guiado por su ángel bueno para buscarla y arrancarla á su desesperación para traerla el perdón de su familia junto con el suyo y para llevarla de nuevo con sus abuelos y con sus hermanitos aflijidos.

— Dios mío! es él! es mi nombre! es su voz! exclamé sordamente.

La llamé Graziellina, ese cariñoso nombre que solia yo darle algunas veces cuando jugabamos juntos.

— ¡Oh! sí, es él! No me engaño, Dios mío!

Oí que se levantaba sobre las hojas secas que resonaban á cada uno de sus movimientos; ó que daba un paso para salirme á abrir, y por último oí que se cayó de debilidad ó de emoción sin poder seguir mas adelante.

No vacié mas tiempo; pegué un golpe con todas las fuerzas de mi impaciencia y de mi inquietud á la vieja puerta; la cerradura cedió rompiéndose, y me precipité en la casa.

La lamparilla que Graziella habia encendido á la Madonna, la alcabracaba con un resplandor suave. Corrí al fondo del segundo cuarto, donde habia oído su voz y su caída, y donde la creí desmayada, pero no lo estaba; únicamente su debilidad habia desmentido su valor, y estaba caída en el monton de yerbas secas que le servían de cama, y cruzaba las manos mirándose. Sus ojos animados por la fiebre, abiertos por la sorpresa y lánguidos de amor, brillaban fijos como dos estrellas.

Su cabeza que trataba de levantar, se volvía á caer de debilidad sobre las hojas, echada hácia atras como si tuviese partido el cuello. Estaba pálida como una persona en la agonia, excepto las mejillas donde se veían dos vivas rosetas. Su hermosa piel estaba manchada con las lágrimas y el polvo que se habia pegado á ellas. Su vestido negro se confundía con el color oscuro de las hojas caídas en el suelo sobre las que se hallaba tendida; sus pies desnudos, blancos como el marmol, salían fuera de su lecho y descansaban enteramente sobre la piedra. Todo su cuerpo se estremecía y sus dedos se entrecrocaban como unas castañuelas en las manos de un niño, y por último el pañuelo rojo que envolvía ordinariamente las largas trenzas de sus hermosos cabellos, se habia puesto como un velo sobre su frente, conociéndose que se habia servido de él para ocultar su rostro y sus lágrimas en la sombra como en la inmovilidad anticipada de un sudario, y que solo le levantó al oír mi voz y á incorporarse para salir á abrazarme.

Me puse de rodillas á su lado; tomé sus heladas manos entre las mías y las llevé á mis labios para calentarlas con mi aliento, regándolas con algunas lágrimas. En las convulsiones de sus dedos, comprendí que habia sentido aquella lluvia del corazón, y que me daba las gracias. Me quité mi capote de marinero, y le tendí sobre sus piés desnudos, envolviéndolos entre el paño.

Ella se estaba quieta, siguiendo todo cuanto yo hacia con sus ojos en los que brillaba una espresion de gozo delirante, pero sin poder ayudarse por sí misma con ningún movimiento, como un niño que se deja envolver en su cuna. Enseguida arrojé dos ó tres haces de leña seca en la chimenea del primer cuarto para calentar un poco el aire, encendiéndolos con la lamparilla, y me volví á sentar en el suelo al lado de su lecho.

— Que bien me encuentro! me dijo hablando en voz baja y con un acento suave, igual y monótono, como si su pecho hubiese perdido á la vez toda vibración sin conservar en la voz mas que una sola nota.

— En vano he querido ocultármelo á mi misma, en vano te lo he querido ocultar á ti. Puedo morir pero no puedo amar á otro. Han querido casarme cuando solo tú eres el desposado de mi alma; no será de nadie en la tierra, porque he sido tuya en secreto, tú en el mundo, ó Dios en el cielo! este es el voto que hice el primer día en que comprendí que mi corazón había enfermado por tí, y te pertenecía. Sé que no soy mas que una pobre joven indigna de tocar tus pies con mi pensamiento, y por eso no te he pedido nunca que me ames, pero yo te amo, te amo, te amo!...

Al decir estas tres palabras parecía concentrar en ellas toda su alma.

— Y ahora desprecíame, burlárate de mí, haz lo que quieras! Búrlate de mí como de una loca que está soñando que es reina en sus harapos. Entrégame al escarnio de todo el mundo; si, yo misma les oír á todos: te amo, ó Dios, si hubieses estado en mi lugar, todas hubierais hecho lo que yo, morir ó amarlo!

Yo tenía los ojos bajos sin atreverme á mirarla temiendo que mirándola no le dijese poco ó demasiado en aquel deslirio. Sin embargo, al oír su última frase alé mi frente que tenía pegada á sus manos, y quisé pronunciar algunas palabras.

Graziella me puso un dedo en la boca y continuó diciendo:

— Dejame que acabe: ahora estoy contenta, no tengo ya ninguna duda, escucha: Ayer cuando me marché de casa después de haber pasado toda la noche combatiendo y llorando á tu puerta, llegué aquí en medio de la borrasca, creyendo que no te vería más, y como una muerta que marcha por sus pies al sepulcro. Míxiana debía hacerme religiosa en cuanto amaneciera el día, porque como llegué de noche á la isla, cuando fui á llamar al monasterio, la puerta estaba cerrada, era ya tarde, no quisieron abrirme. Vine aquí á pasar la noche y á besar las paredes de la casa de mi padre antes de entrar en la casa de Dios y en la tumba de mi corazón. He mandado con un chico una carta á una amiga mía para que venga á buscarme mañana. Tomé la llave, encendí la lamparilla de la Madona, y puesta de rodillas hice un voto, el último de mi vida, un voto de esperanza, aun en la desesperación misma, porque debes saber si algún día me amas, que siempre queda una luz de fuego en el fondo del alma, aun cuando se crea que todo está apagado.

— Santa protectora, la dije, envíame una señal de mi vocación para que esté segura de que el amor no me engaña y de que consagro á Dios verdaderamente una vida que solamente á él debe en adelante pertenecerle! Esta es mi última noche principada en el mundo de los vivos: nadie puede saber donde la paso. Quizá mañana me vendrá á buscar cuando haya desaparecido. Si la amiga que he mandado á llamar viene la primera, entonces será señal de que debo cumplir con mis designios y la seguiré para siempre al monasterio... pero si fuera él el primero... él, guiado por mi ángel que me descubriese y me tuviese al borde de la otra vida... Oh! entonces será señal de que me recibes en tu seno, y de que debo volver con él para amarlo durante todo el resto de mi vida. — Haz que sea él, añadió, haz ese milagro mas, si entra en tus designios y en los de Dios, y para obtenerlo te haré un don, el único que puedo hacerte, yo que nada poseo en este mundo: aquí están mis cabellos, mis

pobres cabellos que tanto le gustaban y que tantas veces desataba para ver como flotaban al viento sobre mis hombros. Tómalo, te los doy; voy á cortármelos yo misma, para probarle que nada me reservo, y que mi cabeza sufre de antemano la tijera que mañana, al separarme del mundo, debería cortarlos.

Al decir estas palabras separó con su mano izquierda el pañuelo de seda que le cubría la cabeza, y tomando con la otra la larga madeja de sus cabellos cortados y puestos á su lado junto á la cama, me los mostró estendiéndolos.

— La Madona ha hecho el milagro, repuso con una voz fuerte y con un acento de alegría inimitable. Te ha enviado aquí, iré á donde me lleves; mis cabellos son tuyos; mi vida te pertenece.

Me precipité sobre las trenzas de sus hermosos cabellos negros que se me quejaron en las manos como una rama muerta de un árbol: los cubrí de besos silenciosos, los estraché contra mi corazón, y los regué de lágrimas como si hubiese sido una parte de ella misma que criñerla muerta en la tierra. Después alzando los ojos para mirarla, vi su preciosa cabeza despojada, pero como adornada y embellecida de su sacrificio, resplandeciente de alegría y de amor con los mechones negros y designios de cabellos que la tijera había más bien desgarrado que cortado. Me pareció como la estatua mutilada de la juventud cuyas mutilaciones hechas por el tiempo realzan más su gracia y su belleza, añadiendo por el tiempo realzan más su gracia y su belleza, añadiendo la ternura á la admiración. Aquella profanación de sí misma, aquel suicidio de su belleza por mi amor, me dieron un golpe tal en el corazón que todo mi ser se conmovió, y me precipité con la frente al suelo á sus pies. Entonces presentí lo que era amar, y tomé aquel presentimiento por un amor!

Pero ay! no era el amor completo; en mi no era mas que uno engañosa sombra. Sin embargo me hallaba en una edad muy tierna para no haberme engañado yo mismo. Creí que la adoraba, como tanta inocencia, belleza y amor debían ser adorados por un amante, y se lo dije con ese acento único que da la emoción y con esa pasión contenida que da la soledad, la noche, las lágrimas y la desesperación. Ella lo creyó, porque necesitaba creerlo para vivir, porque en su alma tenía bastante pasión para suplir la insuficiencia de mil corazones.

La noche entera se pasó así, en la conversación confiada, pero ingenua y pura, de dos seres que se descubren inocentemente su ternura, y que desearían que la noche y el silencio fuesen eternos, para que nada estrujara viera á interponerse entre la boca y el corazón. El velo de nuestras lágrimas nos cubría á los dos: nada está tan lejos de la voluptuosidad como la ternura; abusar de una intimidad semejante, habría sido profanar dos almas.

Yo tenía sus dos manos entre las mías, y sentía que se iban remojando á la vida. Fui á buscar agua fresca para beber en el fiasco de mi mano, ó para enjuagar su frente y sus mejillas. Avivé la lumbre echando nueva leña, y después volví á sentarme en la piedra al lado del baceillo de mirto que la servía de cabecera para oír de nuevo las deliciosas confidencias de su amor: cómo había nacido en ella sin saberlo, bajo las apariencias de una pura y dulce amistad de hermana; cómo ella se alarmó al punto y se tranquilizó luego; en qué había conocido que me amaba; cuántas secretas señales de preferencia me había dado sin que yo lo notara; qué día creyó que se había descubierto; qué otro día se forjó la ilusión de que era correspondida, en una palabra, las horas, los ademanes, las sonrisas, las palabras á

medio decir, y las revelaciones ó el eco involuntario de nuestros rostros durante los seis meses que habíamos vivido juntos. Su memoria lo conservaba todo, y todo lo recordaba, semejante á la vegetación de las montañas del mediodía incendiada por el viento durante el estío, que conserva la huella del fuego en todos los parages por donde han pasado las llamas.

A esto añadió Graziella esas misteriosas supersticiones del sentimiento que dan precio y sentido á las mas insignificantes circunstancias. Levantaba, por decirlo así, uno por uno todos los velos de su alma en mi presencia, mostrándome como á Dios en toda la desazón de su candor, de su abandono y de su infancia. El alma no tiene mas que una vez en la vida esos momentos en que se vierte enteramente en otra alma, con ese murmullo inagotable de los labios que no son suficientes para su amorosa expansión, y que concluyen por balbucear inarticulados y confusos sonidos como los besos de un niño cuando se está durmiendo.

Yo no me cansaba de escuchar, de gemir, y de estremerme alternativamente. Bien que mi corazón, demasiado ligero y tierno todavía de juventud, no estuviese bastante maduro para producir por sí mismo tan ardientes y divinas emociones, esas emociones, sin embargo, al caer en el mío, hacían en él una impresión tan deliciosa y nueva que creía experimentarlas cuando no hacía otra cosa que sentirlas. Triste y deplorable error: yo era un marino y ella un fuego! Reflejándose en mí, creía producirle; no obstante, sus rayos, pasando de uno á otro, parecían pertenecer á los dos enviviéndonos en la atmósfera del mismo sentimiento.

Así se pasó aquella larga noche de invierno, noche que para ella y para mí duró tanto como el primer suspiro en que se manifiesta el amor; á ambos nos pareció que la luz del día vino á interrumpir ese suspiro cuando apenas.

Sin embargo, el sol estaba ya muy alto en el horizonte cuando sus rayos se deslizaron por entre las ventanas haciendo palidecer la luz de la lámpara. En el momento en que abrió la puerta vi á toda la familia del pescador que subía corriendo la escalera.

La joven religiosa de Prócida, amiga de Graziella, á quien había enviado un mensaje la vispera confiándole el designio de entrar al día siguiente en el monasterio, sospechando que debía haber en aquel paso alguna desesperación amorosa, mandó por la noche á Nápoles á uno de sus hermanos para dar parte á la familia de Graziella de la resolución de esta. Informados así del paradero de su hija, llegaban todos apurados, alegres y arrepetidos para detenerla al borde de su desesperación, y para llevársela libre y perdonada consigo.

La abuela se arrojó al suelo á la cama poniendo delante á los dos niños que había llevado para enterrarlos, y cubriéndolos con sus cuerpos, como un escudo, contra las quejas de su nieto. Los niños se arrojaron llorando en los brazos de su hermana. Al levantarse para acariciarlos y para abrazar á su abuela, el pañuelo que cubría la cabeza de Graziella se desprendió y dejó ver su cabeza desnuda de cabellos. A la vista de estos ultrajes á su belleza, cuyo sentido comprendieron, se estremecieron, y nuevamente estallaron los sollozos. La religiosa que acababa de entrar calmó y consoló á todo el mundo; recogió las trenzas cortadas de la frente de Graziella, las tocó con la mano de la Madona, guardándolas en un pañuelo de seda blanco, y las volvió á poner en el delantal de la abuela, diciéndola:

— Guardadlas para enseñárselas cuando en cuando, en medio de su felicidad ó en medio de sus penas, y para re-

cordarla, cuando pertenezca al que ama, que las primicias de su corazón deben pertenecer siempre á Dios, como le pertenecen ya en esta cabellera las de su belleza.

Por la tarde volvimos todos juntos á Nápoles. El celo que yo mostré para encontrar y salvar á Graziella, había acrecentado hasta lo sumo el afecto que los buenos pescadores me tenían. Ninguno de ellos sospechaba la naturaleza de mi interés por ella y del cariño que ella me tenía, atribuyéndolo toda su reñungancia á la deformidad de Cecco, reñungancia que esperaban vencer con la razón y el tiempo. Prometieron á Graziella que no la hablarían mas de su casamiento y hasta el mismo Cecco suplicó á su padre que se callara con respecto á esto, y por su parte con su humildad, su actitud y sus miradas, pedía perdón á su prima por haberle ocasionado aquella pena. De este modo volvió á restablecerse el sosiego en aquella casa.

Ninguna sombra turbaba ya el rostro de Graziella ni mi felicidad, si no el pensamiento de que tarde ó temprano se interrumpiría esa felicidad por mi vuelta á mi país. Cuando pronunciaba el nombre de la Francia, la pobre muchacha se ponía pálida como si hubiese visto el fantasma de la muerte.

Un día, al entrar en mi cuarto, hallé todos mis vestidos desgarrados y tirados por el suelo.

— Perdonáme, me dijo Graziella arrodillándose á mis pies, y alzóme hacia mí su rostro descompuesto; soy yo quien ha hecho todo eso. Oh! no me regañes; todo lo que me dice que debes dejar un día ese traje de marino, me causa mucha pena: se me figura que cuando cambies de traje vas á cambiar también de corazón.

Escripó estas escenas, hijas del calor de su ternura, y que se apocigaban con algunas lágrimas de nuestros ojos, tres meses pasamos absortos en una felicidad imaginaria que la menor realidad debía quebrantar al tocarlos: nuestro Eden estaba fabricado en una nube.

Y así conoció el amor: por una lágrima en los ojos de una tierna niña.

Qué contentos estábamos juntos; cuando podíamos olvidar completamente que existía otro mundo mas allá de nosotros, otro mundo que aquella casa en la cuesta del Pansillipo; aquella azotea al sol, aquel cuartito en el que trabajábamos, jugando la mitad del día, aquella barca tendida sobre la arena de la playa, y aquella mar hermosa, cuyo viento húmedo y sonoro nos traía la frescura y las melodías de las aguas!

Pero, ay! había horas en que nos poníamos á pensar que el mundo no se acababa allí, y que vendría un día en que que ya no nos veríamos juntos bajo el mismo rayo del sol de la luna. Hago mal en acusarme tanto de la sequedad de mi corazón en aquel tiempo comparándole á lo que ha sentido después: en el fondo, principiaba á amar á Graziella mil veces mas de lo que creía.

Sino la hubiese amado tanto, la huella que ha dejado para toda mi vida en mi alma no habría sido tan profunda y tan dolorosa; su memoria no se habría incorporado en mí tan tristemente y con tantas delicias, y no tendría tan presente su imagen deslumbradora. Aunque mi corazón fuese de arena, entonces aquella flor marina se arraigó en él para mas de una estación, como las arceñas milagrosas de la playa se arraigan en los arenales de la isla de Ischia.

(Se continuará.)

## PEDRO DE LAAR, LLAMADO BAMBOCHE.

En la *Galería de Pintores célebres*, de Lecarpentier, se lee una interesante anecdota, sobre el cuadro que damos aquí, la cual es comó sigue: « Conozco, dice ese autor, un cuadro de Bamboche sumamente curioso, tanto por su asunto histórico como por la franqueza con que está pintado. Este cuadro representa un herrador herrando un caballo, cuya actitud es tan espresiva, que parece que se oyen los martillazos; y aun al ver la espresion de su rostro parece también



El Herrador.

que se oyen las palabras que pronuncia muy acalorado. Esta preciosa composicion representa un suceso de la infortunada vida de Carlos II, rey de Inglaterra que, sustrayéndose disfrazado de campesino al furor de sus enemigos, se detiene en casa de un herrador de aldea para herrar su caballo, y cuyo bagaje y silla se componen de una mala capa encarnada. El monarca, absolutamente solo con el herrador, está teniendo la pata de su caballo, en el momento mismo que el maestro, que era partidario de Cromwell dice hablando del rey y levantando con fuerza su martillo: « Si estuviera aquí, des-

cargaria sobre él este mismo golpe. » Este cuadro, que podría pasar muy bien por de Juan Miel, si no se conociese su origen, es del mayor interés tanto por el mérito de la ejecución como por el rasgo histórico que representa. La presente anecdota de la vida de Bamboche, ignorada aun de los escritores de su tiempo, lo ha sido también de la mayor parte de las personas que han poseído sucesivamente este precioso cuadro. »

Dicho esto, con lo cual queda explicado el asunto de la composicion, pasaremos á dar á nuestros lectores algunos pormenores biográficos sobre su autor.

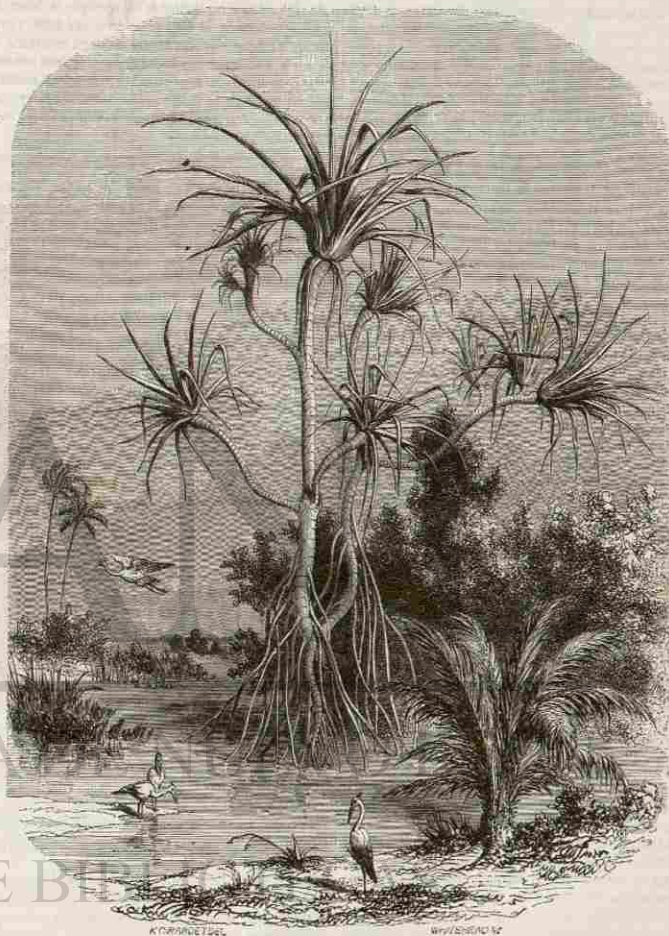
Pedro de Laar, apellidado Bamboche, por los asuntos que elegia ordinariamente para sus cuadros, y también por la alegría de su carácter y por sus eternos chistes y dichos agudos, nació en Lauran, cerca de Naerden, hacia 1613; se fue á Italia bastante joven, estudió en Roma en casa de Juan del

Campo, permaneció diez y seis años en esa ciudad, volvió enseguida á su país, y por último se estableció en Harlem, donde murió á setenta años hacia 1673. Este pintor descolló en la representación de cacerías, pescas y fiestas de lugar; y este último género de composicion conserva aun entre los Italianos el nombre de bambochadas.

Se ha supuesto que Pedro de Laar se ahogó voluntariamente en un foso, cuyo género de muerte le envió Dios en castigo, segun dicen, á él y á otros cuatro artistas compatriotas suyos, que ahogaron una noche á un sacerdote romano en el Tiber. Pero esto es un cuento, y nada mas, sobre todo si se reflexiona en las siguientes palabras del grave Sandrart, que habia conocido íntimamente á Bamboche, y dijo de él: « Con gran sentimiento de los aficionados, este hombre piadoso y admirable salió de las luchas temporales para pasar al eterno reposo. »

J. J. ANSOEX.

## PANDAN DE LA ISLA DEL PRINCIPE.



Dibajo de K. Girardet, copiado de M. L. de Follina

Los primeros exploradores de las riberas africanas, después de haber costeadó las playas desiertas y desoladas del Saharab, lanzaron un grito de admiracion al aspecto del súbito cambio, que de uno á otro lado del Senegal, les presentaba la naturaleza. La mas rica vegetacion sucede sin transicion á la mas completa aridez, y una raza de hombres negros, grandes, robustos y bien proporcionados reemplaza

á los árabes curtidos, flacos y de corta estatura, habitantes errantes del desierto.

« Nunca he visto nada comparable á esto, aunque he navegado largo tiempo en los mares orientales de Europa, decía en 1446 el veneciano Cada-Mosto, después de haber doblado el Cabo Verde; la tierra es aquí baja, y se halla cubierta de hermosos y grandes árboles siempre verdes, porque antes

de que se calgan las hojas, ya están retoñando otras nuevas; además, nunca se agostan ni se secan como en nuestros países, y los árboles se adelantan sobre la playa al encuentro de las olas, como si fueran á beber aquellas aguas líbias y saladas.

Venilise años después del viaje del veneciano, los portugueses descubrieron más al Sur, á poca distancia de las pantanosas tierras de Guinea, cuatro islas que sin duda deben á su suelo volcánico una vegetación escepcional.

Fernando Pó, la mas septentrional y la mejor, ha conservado el nombre del primer noble portugués que herido de admiración á la vista de sus verdes colinas, la llamó *isla de la gran Formosa*. En la segunda, la isla del Principe, situada á treinta horas de la costa de Guinea y á 4° 37' de latitud norte, se halla el notable pándan que representa nuestro grabado. A lo lejos la isla aparece como un punto verde en medio del Océano donde solo las llamas subterráneas han podido levantar aquellos gigantescos promontorios. El suelo, rico conjunto de lavas decompuestas, donde los vegetales se renuevan sin cesar, produce las plantas mas maravillosas, los árboles mas espléndidos que puede fumar el sol de los trópicos. Es un lujo de matices variado hasta el infinito, donde se funden innumerables tintas de verdura, sobre las cuales resplandecen los rayos del sol como en medio de un fluido de oro. Vaporosas volutas de humo se arrastran á lo largo de las colinas, revelando la presencia de algunas habitaciones enterradas en aquella espesa de hojas y de ramas. Encajonados entre los imponentes arcos que forman los grandes árboles, se ven numerosos arbustos que cubren á su vez la infinidad de plantas bajo las cuales desaparece el suelo. El aire comprimido y pesado, se halla impregnado de ardientes perfumes.

He aquí los detalles que á los ojos nuestro pndan el oficial de marina que lo ha dibujado:

« Una corriente de agua que baja de las cimas escarpadas de la isla, rompiendo de hora en hora su cristal plateado, mantiene una constante humedad en un estrecho valle donde se refleja y se concentra el calor de los rayos hechos todo el día sobre los flancos de dos montañas muy próximas una de otra. La tibia atmósfera debida á esa doble causa, alimenta en el fondo de esos abismos una vegetación vigorosa. El pándan se levanta en el sitio donde la garganta se ensancha, y donde descansando un momento en un limpio receptáculo, las aguas del torrente van á encontrarse con las olas que el Océano les envía por aquel lado.

« A la cuarta parte de su altura, que en la isla del Principe llega hasta 14 á 16 metros, el tronco principal puede tener unos 35 centímetros de diámetro; conforme baja, va disminuyendo de volumen, y cuando llega á la superficie del agua, apenas conserva el grueso de una raíz delgada. El tronco y los vástagos están ensortijados, y á partir del punto en que disminuye el cuerpo principal, de cada anillo salen muchas fibras que salen como ángulos agudos, describiendo á veces curvas ovoidales y entrando en la madre del arroyo. Este manojo de tallos sostiene todo el árbol. Las fibras que se abren por sí mismas, llegan á tener hasta 42 y 45 cent. de circunferencia, hallándose revestidas como el tronco principal, de una corteza blanquecina aunque sin anillos. Sobre este abre, el árbol levantándose como un reptil monstruoso, se abre, á las tres terceras partes de su altura, en cinco ó seis ramas que echan pequeños botones á sus estremidades. Cada rama, al principio muy apretada, después hinchada como el cuello de un cisne, redonda por la punta, es un capullo de hojas largas, gruesas y agudas, con los bordes cortantes, bastante parecido á un trofeo de dardos.

« Este árbol singular, con sus débiles apoyos, con sus ramas desnudas civas graciosas curvas se inclinan hácia el horizonte para abrir sus diademas de hojas, es de un efecto aéreo. A su lado se ven una porción de vástagos tiernos y de plantas acuáticas, que se reflejan sobre las aguas en donde se alienta.

« Se han hallado muchos árboles de esta especie en varias islas de la Polinesia, en la Nueva Zelanda y en Nueva Guinea. Los indígenas de la Océania hacen hermosas trenzas con las hojas del *pandanus odorantissimus*, llamado así por el suave perfume que exhala sus flores, de las cuales basta con un fragmento para embalsamar largo tiempo un cuarto cualquiera. El *pandanus utilis*, indígena de Madagascar y de la isla de Borbon, se cultiva en la isla de Francia y en las Antillas; sirve para poner en los cercados, y con sus hojas se fabrican los fardos que sirven para transportar á Europa los café, azúcares y otros generos coloniales. El *pandanus edulis*, cuyos frutos en racimos producen granos que se comen, crece espontáneamente en Madagascar. Por último, M. de Candolle escribe, refiriéndose á un viajero, que en Africa existe una clase de pándan, cuya flor se abre lanzando una especie de relámpago con un estallido al mismo tiempo.

## DESCRIPCION

DEL GRAN LAGO INTERIOR DE AFRICA, SEGUN LA RELACION DE M. OSWALD, QUE LO DESCUBRIÓ EN EL MES DE OCTUBRE DE 1849.

Después que salimos del último pueblo indígena, continuamos nuestro viaje muy agradablemente sin hallar alma viviente. El calor era excesivo, y por espacio de cinco días no pudimos encontrar ni una gota de agua. Por todas partes se descubrieron mandas de animales monteses, caballos bravos, cabras y otra mil especies de cuadrúpedos. Según nos íbamos acercando, las gacelas se paraban y nos miraban con sorpresa, y luego hulan ligeras como el viento, dejando detrás torbellinos de polvo que nos ahogaban. El calor y la falta de agua hizo padecer mucho á los pobres animales que tiraban los vagones con paso lento, jadeando y con la lengua colgando.

No creía yo que los bueyes del Cabo pudiesen soportar tantas privaciones y fatigas. Afortunadamente, la comarca que atravesábamos era una inmensa llanura de verdor, en la que no había ni un montecillo que alterase la igualdad de su superficie, teniendo todo el país este mismo aspecto en una extension de cuarenta ó quinientas millas. Esta monotonía no está interrumpida sino por bandadas de hermosos cuadrúpedos agrupados confusamente en tan dilatada llanura, ó bien mezclados con los setos y arbustos que

crecen con profusion. Por una parte veíamos paecer el rinoceronte ó el enorme elefante; por otra, manadas de búfalos, los cuales, al vernos llegar, sacudían orgullosamente las crines lanzándonos miradas centelleantes, mientras que antílopes de toda especie, comenzando por el magestuoso ante y acabando por la gacela mas pequeña, iban saltando á bandadas delante de nosotros. Muchas veces fuimos engañados por el miraje, ilusión óptica que se produce en los arenales del Egipto: daba pena el ver cómo nuestros pobres animales se esforzaban en llegar á los rios que divisaban, pero que al fin desaparecerían como cosa que no existía.

Al sexto día comenzamos á desesperar, porque se nos iba acabando la poca agua que llevábamos, y no podíamos volver atrás sin esponcernos á una muerte cierta. Si pasábamos adelante no había mas que incertidumbre, pues podían trascurrir aun muchos días antes de hallar una fuente ó un arroyo, y ya estábamos casi estenuados. Mientras estábamos deliberando sobre lo que habíamos de hacer, los bueyes tomaron ánimo de repente y echaron á andar con una velocidad extraordinaria. El carretero manifestó que esto indicaba que allí cerca había agua probablemente. Los caballos también relinchaban y aguzaban las orejas. Entonces propuse que les dejásemos la rienda y siguiésemos la dirección que tomasen. Hicimoslo así, y á poco rato nos hallamos á orillas de un riachuelo que no estaba mas que á unas cuantas varas de distancia del paraje en que nuestros pobres animales lo habían advertido. Ninguna música, por melodiosa que fuese, me había herido nunca con tanto placer el oído, como el murmullo de aquel arroyo, que nos daba aliento, esperanza y vida. Desde aquel punto el país tomó enteramente otro aspecto. Aparecieron con profusion aves de diferentes colores, flores de mil especies, el amarillado, la palmera, el samarand, el papiro y todas las plantas del trópico. Por desgracia nuestros relojes y cronómetros se habían parado, por manera que no pudimos hacer ningún cálculo ni practicar observación alguna.

Aun no habíamos hallado un ser humano en el viaje, no obstante de que los lazos que encontrábamos armados para la caza, nos anunciaban que era aquel un país habitado. Un día que habíamos tomado la delantera á los vagones, divisé detrás de un horniguero dos caras negras que nos miraban con atención; dimos espuela á los caballos para acercarnos á ellos; pero tomaron la fuga, y no fué sino después de una corrida bastante larga que logramos alcanzarlos y traerlos hasta donde venía el bugaje, en donde el guía consiguió darnos á entender por señas lo que estábamos buscando, que era el gran lago. Quedaron largo rato amedrentados; mas luego que vieron que no teníamos intención de matarlos ni de comerlos, como se lo habían imaginado, nos dieron las señas que deseábamos, y vimos que estábamos mas cerca del lago de lo que podíamos figurarnos. Dijeron que solo distaba de allí diez soles; es decir, diez jornadas. Les dimos algunos abalorios y los despedimos. Aquellos regalillos produjeron un efecto mágico, porque al instante nos vimos rodeados de una multitud de indígenas, los cuales manifestaron que hacía días tenían noticia de nuestros movimientos sin que nosotros lo supiésemos.

Por fin llegamos al lago tan deseado, objeto de nuestras investigaciones. Frondosas islas, abundantemente pobladas por una raza de color bastante oscuro adornaban su dilatada superficie, y sus orillas estaban igualmente pobladas de habitantes. Los indígenas se asustaron al vernos, mas luego que se hicieron cargo de nuestros equipajes (los vagones) se fueron acercando á nosotros poco á poco, pero con

precaucion y armados de pies á cabeza. Al pronto creyeron que el caballo y el jinete no formaban mas que una pieza, á manera de unos centauros; pero pronto quedaron desengañados al ver que echábamos pie á tierra.

Nos preguntaron que cuantos hijos queríamos que nos diesen, y de aquí inferimos que la mano bárbara del pirata había penetrado en otro tiempo hasta aquel paraje. Al pronto no pudimos decidir á los isleños del lago á que se comunicaran con nosotros; desuerte que tuvimos que enviarles muchas embajadas antes que se resolviesen á salir de sus islas. Al fin vimos una multitud de canoas llenas de hombres armados que venían hácia la costa. Creían tambien que habíamos ido allí para arrebatar sus hijos; tanto que no los hicieron salir del paraje en que los habían ocultado, hasta que vieron que realmente no era esta nuestra intención. Considerando que éramos unos dioses, quisieron adorarlos. Mi compañero, que era un misionero protestante, les habló de Dios, del cielo, y procuró darse á entender por medio de varios dialectos africanos que habla aprendido; pero estaban distraídos en mirarnos para atender á lo que se les decía. Lo que me llamó principalmente la atención, fue que los isleños y los habitantes de las orillas del lago forman dos castas muy distintas, tanto por la fisonomía como por el lenguaje. Las facciones de los unos son regulares, y las de los otros son parcidas á las de los negros de Mozambique.

Por la parte del Nordeste hay un caudaloso rio que desagua en el lago. Los indígenas nos refieren que el Grande Espíritu que preside el curso de aquel rio, mata un hombre cada año y lo arroja en él, lo cual acelera la corriente y hace que el lago salga de madre. Esta leyenda nos hizo comprender que habla anualmente una inundación. Tambien nos hablaron de una cordillera de montañas que está á la otra parte del lago á siete jornadas de distancia: decían allí en su lengua, que son tan altas que llegan hasta las nubes. Serán quizás los montes de la luna. Las canoas de aquellos isleños estaban tan groseramente construidas, que no pudimos valernos de ellas para explorar el rio, el cual creemos tenga alguna referencia con el Nilo blanco. Aquellos habitantes me parecieron ser una casta de hombres sencillos, apacibles é inteligentes. Procuramos del mejor modo que nos fué posible inculcarles la idea de un Ser supremo, y la aceptación con diligencia.

Deseando volver á la colonia para adquirir una canoa y los instrumentos necesarios para continuar nuestras investigaciones, nos despedimos del gran lago y de los indígenas, prometiéndoles volver al año siguiente cuando iríamos á visitar al Grande Espíritu del rio.

## SUPPLICO DE MARIA STUARDO.

... Erán las nueve cuando la reina se presentó en el finchir salón. Flechter, dean de Peterborough, y otros muchos personajes, cuyo número pasaba de doscientos, se hallaban allí reunidos. El salón estaba cubierto de paño negro, y el cadalso, levantado á dos pies y medio del piso, solo presentaba un manto de tejido negro de Lancaster: el sillón en que Maria debía sentarse, el recinatorio donde no tardaría en orar, y el tajo en que iba á reclinar su cabeza, aparecían asimismo rodeados de terciopelo negro.

La reina vestía de luto, lo mismo que la sala y todos los preparativos hechos para su suplicio. Precedíala el sberiff, los condes y nobles de Inglaterra, y la seguían dos de sus damas y cuatro oficiales de su casa. Su paso era firme y ma-

jestinos: levantó un instante el velo, y su rostro, en el cual brillaba una esperanza que no pertenecía a este mundo, apareció radiante y bella, como en los hermosos días de su juventud. Llevaba el rosario en una mano y un crucifijo en la otra. No bien hubo llegado al cadalso, cuando tomó asiento en el sillón que se le había preparado.

Escuchó tranquilamente su sentencia, y solo dijo, después que Beale acabó de leerla: «Señores, he nacido reina de Escocia, he sido reina de Irlanda, y tenía derecho á ser reina de Inglaterra. Há permanecido presa muchos años contra toda ley, á pesar de tantos títulos, y he sufrido horribles penas durante mi cautiverio. No me acuerdo si embargo de mis males, á nadie aborrezco; por el contrario, doy gracias á Dios por los trabajos que me ha enviado en su justicia. Me tengo por dichosa, porque me conceda esta ocasión de morir en expiación de mis pecados, y de declarar ante esta asamblea que estoy inocente de toda trama contra la vida de la reina de Inglaterra.»

Deciendo esto se hizo de rodillas y oró: después de haberse levantado, quiso el verdugo quitarla el velo; pero ella le contuvo, rechazándole con una mirada, y volviéndose hacia los condes dijo ruborizada: «Nunca he acostumbrado desnudarme en presencia de tanta gente, servida por semejantes ayudas de cámara.»

Llamó en seguida á Juana Kennedy y á Isabel Curle, y estas le quitaron el velo, sus cadenas de oro y sus cruces. Quisieron desahocharla; pero ella les dijo que la aflojasen únicamente el corsé y bajasen el cuello de armiño, á fin de dejar el pescuezo libre para el hacha del verdugo. Sus damas cumplieron con estos tristes deberes, derramando abundantes lágrimas. Melvil y los otros tres oficiales lloraban también; pero Maria puso un dedo en la boca para recomendarles el silencio. «Amigos míos, les dijo: he respondido de vosotros; no me amilanéis. No deberías, por el contrario, bendecir á Dios, porque inspira á vuestra señora valor y resignación?»

Subyugados por el acento de Maria Stuard, los mismos ejecutores la pidieron perdon de rodillas. «Os perdono pues, contestó, para que el Redentor del mundo me perdone.»

Acto continuo arregló el pañuelo bordado de palmas de oro, y mandó á Juana Kennedy que la vendase los ojos. Se arrojó de nuevo é inclinó la cabeza sobre el tajo. En esta actitud suprema recitó algunos versículos del salmo lxx.

«Señor, me volverás á la vida; me sacarás del fondo del abismo...» Al llegar á estas palabras, y cuando empezaba, bajo el brazo del ejecutor, una oración que debía concluir en el seno de Dios, descargó el verdugo el primer golpe. El hacha, en vez de caer sobre la juntura del pescuezo, cayó sobre la nuca. La reina lanzó un sordo grito, al cual respondieron los sollozos de todos los que asistían á tan terrible escena. Turbiado el verdugo por la emoción general, avergonzado de su torpeza, y sacado de su mismo aturdimiento un vigor tardío, cortó la cabeza al segundo golpe.

Toda la asamblea quedó petrificada de horror, y solo interrumpieron aquel trágico silencio los sollozos de los fieles servidores de la infortunada reina de Escocia.

#### REMEDIO CONTRA LA HIDROFOBIA.

Hemos visto la siguiente carta, que debemos hacer conocer á nuestros lectores.

«Conozco un remedio eficaz contra la hidrofobia, aun cuando se administre despues de los primeros accesos: el éxito está garantido por una experiencia de mas de nueve

años, y acudo á las columnas de vuestro periódico para que llegue á noticia de todo el mundo.

«Inmediatamente despues de recibir la mordedura del perro, conviene lavar la herida y las partes vecinas con leche de vaca hirviendo, al ménos durante nueve dias. La cauterización por medio del hierro candiente ó el nitrato de plata, no ofrece suficientes garantías, porque no ejerce su acción sino sobre la parte lastimada, y la baba depositada á su alrededor infiltrándose poco á poco, puede ella sola determinar la hidrofobia. Es mas seguro lavar la llaga con lo que llevo dicho. Se tomará igualmente todas las mañanas en ayunas, y tambien por espacio de nueve dias, un vaso tibio de la siguiente pocion:

Treinta grammas de raíz angélica en polvo.  
Treinta de raíz de genciana en polvo.  
Treinta de triaca fina de Venecia.  
Quince de asafoetida bien machacada.  
Quince de ostra de mar en polvo.  
Cuarenta de raíz de escorzonera.  
Dos onzas de tallos frescos de ruda.  
Veinte grammas de sal marina.  
Una cabeza de ajo magullada.  
Tres cabezas de puerros con su tallo.  
Dos cebolletas.  
Una onza de margaritas.

«Todo esto se hace hervir con cinco cuartillos de vino tinto (lo mejor que se pueda hallar) en un puchero nuevo, tapado, hasta que quede reducido á la mitad: luego se ha de pasar por un tamiz, y se puede conservar nueve dias en botellas tapadas.

«Los temperamentos delicados arrojan algunas veces el remedio los primeros dias; pero el estómago llega á acostumbrarse y esto no obsta en nada á su eficacia.

«Hace 50 años que conozco esta receta, que he leído en una coleccion de remedios de la piadosa y célebre Mme. Fouquet de Montpellier. Apenas no hay noticia de que ese remedio, que se usa desde hace dos siglos, haya dejado de producir su efecto. Durante los diez últimos años, le he administrado mas de 20 veces á personas de ambos sexos, y siempre he obtenido un éxito completo.

«Cuando el paciente es de ménos de 10 años, tomará solo medio vaso; tres cuartas partes hasta los 20, y uno los de mas edad.

«Deseo dar la mayor publicidad á este remedio, no por un interés de amor propio, pues que yo no he sido el inventor, sino en el interés de la humanidad y por evitar á las familias y á las personas acometidas de esta horrible enfermedad, los atroces padecimientos que produce.»

#### POESTUM.

En la campiña ilustrada aun por las hermosas ruinas de Postum, no se ven ya aquellas verdes solitarias, aquellos floridos bosques, donde pasaban su floreciente vida los silbaridas. El aspecto general de la comarca es ménos agradable que severo. Sin embargo el arduo trabajo de los labradores no ha permitido que se transforme en un desierto aquella parte mas fértil del territorio; se coge algun trigo y algunas frutas, pero desgraciadamente las inundaciones anuales del río Saizo ó Salza dejan en muchos puntos grandes pantanos que producen fetidas exhalaciones. «Allí se alimentan búfalos, dice un viajero contemporáneo, y en vez de las perfumadas rosas que crecían en las cercanías de la antigua Postum, ya no se encuentran mas que juncos.» El mismo autor se queja de la importancia de los pastores, que persiguen á los es-

rangeros ofreciéndoles á precios exorbitantes limparas ó figurillas de barro que ellos llaman antiguas, las cuales, según parece se fabrican en Nápoles. «Esta industria tan poco útil no es solo propia de los campesinos de Puestum: mas de una vez han sido víctimas de ella los viajeros tanto en Puzoles como en Pompeya.

Las ruinas de Postum consisten en varios muros y tres templos, de los cuales el mayor se hallaba dedicado á Neptuno. El agradable cuadro en que M. Gerôme ha mezclado tan hábilmente la realidad actual con los hermosos recuerdos del arte griego, es una de los lienzos que mas llaman la atención en la Exposicion de cuadros del Louvre.



GEROME PISA

1867

GUYTONARD DEL.

Esa vista de Postum por M. Gerôme.

#### GRAZIELLA.

POR

M. A. DE LAMARTINE.

(Véase las p. 181, 183, 194, 209, 215, 217, 226, 234 y 245.)

Y qué corazón tierno y naciente no la habría amado? su hermosura parecía desarrollarse de la mañana á la noche con su amor. No creía mas, pero se iban completando todas sus gracias; gracias, ayer de niña; hoy de jóven ya crecida. Sus formas esveltas se transformaban á la vista, su estatura no perdía nada de su elasticidad al tomar aplomo; sus hermosos pies descalzos no marchaban ya con tanta ligereza sobre la tierra, sino que se arrastraban con esa indolencia y esa languidez que parecen imprimír á todo el cuerpo el peso de los primeros pensamientos amorosos en las mujeres; sus cabellos renacían con la savia fuerte y abundante de las plantas marinas, bajo las tibias alas de la primavera: yo me divertía muchas veces en medir lo que crecían estirándolos arrollados en un dedo sobre los galones de su corpiño verde; su piel se ponía blanca y encarnada á la vez, parecida al rosado

polvillo del coral, que polvoreaba diariamente las puntas de sus dedos, y por último sus ojos se ensanchaban y se abrían de día en día, como para medir un horizonte que se la hubiese presentado de repente. Era la sorpresa que siente Galatea bajo el mármol á la primera palpitation de la vida. Involuntariamente tenía congoño un pudor y una timidez de actitud, de miradas y de ademanes que hasta entonces nunca habia tenido. Yo, que lo notaba, me quedaba silencioso y trémulo á su lado: habríais dicho que éramos dos culpables, cuando éramos solo dos criaturas muy afortunadas.

Y sin embargo hacia algun tiempo que bajo esa felicidad se ocultaba un fondo de tristeza. Ignorábamos porque, pero el destino lo sabia: era el sentimiento de los pocos dias que debíamos pasar juntos.

Muchas veces Graziella, en vez de ponerse á trabajar alegremente, despues de haber vestido ó peinado á sus hermanitos, se quedaba sentada junto á la pared de la azotea, á la sombra de las grandes ramas de una higuera que subía hasta lo alto de la misma azotea. Allí permanecía como inmóvil, con los ojos distraídos, perdiendo mañanas enteras. Cuando su abuela la preguntaba si estaba enferma, respondía que no, pero que estaba cansada antes de haber empe-

zado su trabajo; no la gustaba que la interrogasen acerca de esto, y volvía la cara á todo el mundo, excepto á mí, que me miraba largo tiempo, sin decirme nada. A veces sus labios se movían como si hubiese hablado, pero solo balbuceaba palabras ininteligibles para todos. A veces un pequeño temblor corría sobre la piel de sus mejillas que se arrugaba como el cristal de un agua dormida, herida por el primer presentimiento de los vientos de la mañana. Pero cuando me sentaba á su lado, la tomaba la mano y tocaba ligeramente los largos párpados de sus ojos cerrados con el ala de mi pluma ó con la punta de una ramita de romero, entonces lo olvidaba todo, y se ponía á reír y á hablar como siempre; únicamente se quedaba triste después que habíamos reído y jugado.

Algunas veces solía yo decirle:

**LEERE FLAMMAN**

— Graziella, que estás mirando absortamente las enteras á la estrechura de los mares? Ves alguna cosa que no vemos nosotros?

— Estoy viendo la Francia detrás de unas montañas bellas, me respondía ella.

Y qué espectáculo tan hermoso descubres en Francia? — Veo un hombre que se parece á tí, un hombre que va andando por un largo camino que no se acaba; anda sin volverse, y no se para nunca, y yo estoy esperando horas enteras para ver si vuelve sobre sus pasos. Pero jamás quiere volver la cara.

Y dicho esto se ocultaba el rostro en su delantal, y por unas caricias que yo la hacía, no quería levantar su hermosa frente.

Entonces me volvía yo bien triste á mi cuarto. Quería leer para distraerme, pero veía siempre su fisonomía entre mis ojos y la página, pareciéndome que las palabras tomaban una voz, y suspiraban acordes con nuestros corazones. Por fin concluía por llorar yo también á solas, pero me avergonzaba de mi melancolía, y jamás decía á Graziella que había llorado. Hacía mal porque una lágrima mía la habría consolado tanto!

Me acuerdo de la escena que mas impresión hizo en su corazón y de la cual nunca se curó completamente.

Hacia algún tiempo que se había hecho amiga de dos ó tres jóvenes de su edad, poco mas ó menos, que habitaban en una casita rodeada de jardines. Estas jóvenes componían y arreglaban los vestidos de una casa de educación francesa establecida por Murat en Nápoles, para las hijas de sus generales y ministros. Las jóvenes prociatas se ponían á hablar á veces desde abajo con Graziella, que las miraba por el pretil de la azotea: ellas la enseñaban hermosos encajes, sederías, sombreros, zapatos, cintas y chales que llevaban ó traían para las jóvenes del convento. Estas riquezas excitaban gritos de sorpresa y de admiración que no acababan nunca. A veces las amigas iban á buscar á Graziella para llevarla á misa ó á visperas que se cantaban con música en la capilla del Pausilippo. Yo las solía á buscar cuando caía el sol, ó cuando los pequeños de compañías me advertían que iba á echar la bendición del cura, y volvíamos juntos jugando por la playa adelantándonos á desafiar las olas cuando se retiraban, y echando á correr delante de ellas cuando volvían. Dios mío! qué hermosa estaba Graziella entonces cuando temiendo mojar sus bonitas zapatillas bordadas con lentejuelas de oro, corría con los brazos abiertos hacia mí como para refugiarse sobre mi corazón contra las olas ansiosas de detenerla ó al menos de bañarla los pies!

Había notado que me ocultaba alguno de sus pensamen-

tos, porque tenía conversaciones ocultas con sus jóvenes amigas, conciliábulo al que nunca fui admitido.

Una noche estaba yo leyendo en mi cuarto, á la luz de una lámpara de barro encarnado, y mi puerta de la azotea estaba abierta para que entrase la brisa de la mar. De pronto oí ruido, largos cuchicheos y risas ahogadas, á las cuales sucedieron quejas y palabras acerbas, y por último nuevos gritos interrumpidos por largos silencios en el cuarto de las niñas y de Graziella. Pero no hice gran atención á ello.

Sin embargo el cuidado que ponían en hablar bajo y la especie de misterio que aquello suponía, acabó por excitar mi curiosidad. Dejé mi libro, coji la luz con la mano izquierda, poniendo la derecha delante para que no se apagase con ella.

Sin embargo el cuidado que ponían en hablar bajo y la especie de misterio que aquello suponía, acabó por excitar mi curiosidad. Dejé mi libro, coji la luz con la mano izquierda, poniendo la derecha delante para que no se apagase con ella. Y atravesé silenciosamente la azotea, sentando con mucho cuidado los pies en el suelo; apliqué mi oído á la puerta de Graziella, y oí un ruido de pasos que iban y venían por el cuarto, ó doblar y desdoblarse telas, ruido de dedales, y aguljas y tijeras de mujeres que cortaban cintas y arreglaban pañuelos, acompañado todo esto de ese rumor de voces frescas y juveniles que hablo oído muchas veces en casa de mi madre, cuando mis hermanas se vestían para ir al baile.

No había fiesta ninguna en el Pausilippo al otro día, y ademas Graziella no había pensado nunca en realizar su helleza por la compostura: ni siquiera tenía un espejo en su cuarto; se miraba en el cubo de agua del pozo de la azotea, ó mejor dicho no tenía otro espejo que mis ojos.

Mi curiosidad no pudo resistir á este misterio; empujé la puerta con la rodilla, se abrió aquella y me presenté con la lámpara en la mano sobre el umbral.

Todas aquellas jóvenes lanzaron un grito y se escaparon volando como pájaros, refugiándose en los rincones del cuarto, como si las hubiese sorprendido cometiendo un crimen. Aun tenían en la mano los objetos de convicción; una el hilo, otra las tijeras, esta las flores y aquella las cintas. Pero Graziella, colocada en medio del cuarto, en un banquillo de madera, y como petrificada por mi repentina aparición, no había podido escaparse, y estaba roja como una granada, bajando los ojos para no verme, y respondiendo apenas. Todo el mundo calló esperando lo que yo iba á decir, pero yo no decía nada, absorto como estaba en la sorpresa y en la contemplación de aquello que tenía delante.

Graziella se había quitado sus vestidos de lana; su corpiño galoneado á la moda de Prócida, abierto por delante, sus zapatillas de lentejuelas de oro con tacón de palo en las cuales jugaban ordinariamente sus pies desnudos, sus largos alfileres con cabezas de cobre que enroscaban en lo alto de su cabeza sus cabellos negros, y por último sus pendientes anchos como brazaletes, estaban tirados confusamente sobre su lecho con su traje de mañana.

En vez de este pintoresco vestido griego que tan bien senta á las pobres como á las ricas, y á cuyo beneficio el cuerpo de la mujer tiene libertad y soltura por todas partes, las jóvenes amigas de Graziella la habían revestido á sus ruegos, del traje y adornos de una señorita francesa de su edad y estatura que había en el convento. Tenía puesto un vestido de seda de marac, un cinturón de color de rosa, un pañuelito blanco, un tocado de flores artificiales, zapatos de raso azul y medias de seda caídas que debían ver el color de carne en los redondos tobillos de sus pies.

Permanecía pues en ese traje bajo el cual acababa de sorprenderla tan confundida como si la hubiesen sorprendido desnuda. Yo la miraba sin poder apartar los ojos de ella, pero sin que pudiese adivinar por un ademán, una exclama-

ción ó una sonrisa la impresión que experimentaba con aquel disfraz: una lágrima me había subido al corazón, porque había comprendido al instante cual había sido el pensamiento de la pobre joven. Avergonzada de la diferencia de condición que existía entre nosotros dos había querido probar si una igualdad de traje igualaría á mis ojos nuestros destinos, y esto lo había hecho á escondidas con la ayuda de sus compañeras, para presentarse á mí de repente mas hermosa y mas de mi especie que lo creía ser con el sencillo traje de su isla y de su estado. Mucho se engañó y bien luego hubo de conocerlo en mi silencio. Su fisonomía tomaba una expresión de impaciencia desesperada y casi de lágrimas que me revelaba su oculto desiguijo, su crimen y su decepción.

Su embargo muy hermosa estaba de aquel modo, y su pensamiento debía embellecerla mil veces mas á mis ojos. Pero su hermosura tenía todas las apariencias de un tormento: era como una figura de esas jóvenes vírgenes del Correggio clavadas al madero sobre la hoguera del martirio, y torciéndose en sus brazos para evitar las miradas que profanan su pureza. Ay! también aquel era un martirio para la pobre Graziella, pero era el martirio de su amor, y no el martirio de la vanidad, como se habría podido creer al verla.

El traje de la joven colegiata francesa del convento que se había puesto, cortado sin duda para el delgado talle y para los brazos y hombros débiles de una niña de trece á catorce años, era demasiado estrecho para el talle suelto y los hombros redondos de aquella hermosa hija del sol y de los mares. El vestido se desgarraba por todas partes, en los hombros, en el pecho y en la cintura como una correa de si, como que se abre sobre el tronco del árbol con la abundante savia de la primavera. Por mas que sus amigas habían querido gobernarlo á fuerza de alfileres, la naturaleza había roto la tela á cada movimiento, viéndose en muchos sitios, á través de las roturas de la seda, la desnudez de los brazos ó del cuello. El grueso llenzo de su camisa se descubría por algunos sitios contrastando con la elegancia de la seda: los brazos, mal contenidos en una manga corta y estrecha salían como sale de su crisálida la rosada mariposa: sus pies, acostumbrados á ir descalzos, ó metidos en anchas zapatillas griegas, torcían el raso de los zapatos que parecían tenerla sujeta en lazos en cordones enredados, como los de las sandalias al derredor de sus piernas; por último sus cabellos, mal puestos y mal sostenidos en la redondilla de encaje y de flores falsas, alzaban como por sí mismos todo ese edificio de peinado, y daban al precioso rostro, que en vano habían querido desfigurarse así, una expresión de desdoro en el adorno, y de vergonzosa modestia en la fisonomía, que formaban el contraste mas primoroso y extraño.

Su actitud era tan violenta como su cara: no se atrevía á hacer un movimiento temiendo que se cayesen las flores de su frente ó que se ajase la seda, y no podía andar porque su calzado la oprimía los pies, imprimiendo al mismo tiempo una graciosa sin igual á sus pasos. Habíase dicho que era la ingenusa Eva de aquella mar del sol cogida en el lazo de su primera coquetería.

Un buen rato duró el silencio en el aposento; pero al fin mas contristado que alegre de aquella profanación de la naturaleza, me adelanté hacia ella, haciendo con mis labios un ligero gesto de ironía y mirándola con aire de reconocimiento como si no pudiese reconocerla bajo aquellos inusitados atavíos.

— Como! la dije; eres tú Graziella? Quién habría podido reconocer á la hermosa prociata, con ese feo disfraz

parisiense? No te avergüenzas, la dije en tono áspero, de desfigurarse así lo que Dios ha hecho tan encantador bajo tu traje natural? Por mas que hagas, no serás nunca sino una hija de las olas con el pie marino y la cabeza adornada con los rayos de tu hermoso cielo. Tienes que resignarte y dar gracias á Dios; esas plumas de pájaro encañalado no sentarán bien jamás á la golondrina de los mares.

Esta palabra la penetró hasta lo mas recóndito del alma, porque no comprendió la apasionada preferencia y adoración que tenía yo á la golondrina de los mares. Creyó que la desafiaba á que se pareciera nunca á las de mi raza, y hubo de imaginarse que estaban perdidos para siempre todos sus esfuerzos para hermosearse por causa mia y para engañar mis ojos sobre su humilde condición. Así se desahucó en lágrimas de repente y sentándose al borde de su cama, con el rostro oculto entre sus dedos, suplicó en tono enfadado á sus amigas que la quitasen luego tan odioso prendido.

— Ya salta, dijo sollozando, que no era mas que una pobre prociata; pero quería probar si no te avergüenzas en el caso de que un día pudiera seguirte á tu país. Veo que debió ser siempre lo que soy, y que debo morir donde he nacido; pero has hecho mal en hacérmelo sentir de ese modo.

Al decir estas palabras se arrancó con despecho las flores, los encajes y el pañuelo, y arrojando estos objetos lejos de sí, los pisoteó reconcentrándose á sí misma, como hizo su abuela con las tablas de la barca el día del funesto naufragio. Enseguida precipitándose adonde yo estaba, apagó de un soplo la lámpara que llevaba yo en la mano para que no pudiese verla mas tiempo en aquel traje que tan poco me gustaba.

Conoci que había hecho mal en burlarme de ella con acritud, porque había tomado seriamente mis palabras. La pedí perdón, y la dije que la había reñido porque me parecía mil veces mas hermosa vestida de prociata que de francesa, como así era, pero el golpe la había herido, y seguía sollozando sin escucharme.

Sus amigas la desmularon, y yo no volví á verla hasta el otro día, cuando había vuelto a su traje acostumbrado, pero sus ojos estaban encarnados de las lágrimas que había vertido aquella noche por mi culpa.

Hacia el mismo tiempo principié á entrar en cuidado por las cartas que recibía yo de Francia, suponiendo que en ellas me ordenaban el volver mi viaje, pero no se atrevió á quitarme ninguna, tan leal era su corazón, aun cuando se tratase de su sosiego. Sin embargo, á veces se quedaba con ellas nueve días, prendiéndolas con uno de sus alfileres dorados detrás de la estampa de la Madona colgada en la pared al lado de su cama, imaginando que la santa Virgen, intercedía por muchas novenas en favor de nuestro amor, cambiaría milagrosamente el contenido de las cartas, y transformaría las órdenes de partida, en invitaciones para que permaneciese en su casa. Yo sabía estos inocentes artificios, que la hacían mas preciosa a mis ojos, pero la hora fatal se aproximaba.

(Se concluirá.)

FRANCISCO DE PAULA KERG.

Francisco de Paula Kerg nació en Viena el 2 de mayo de 1829, siendo hijo de un pintor de escaso mérito, que, equivocándose con respecto á sus disposiciones, le destinó á la pintura de historia. El joven veía la naturaleza de otro modo; todo, á su vista, se achicaba y tomaba proporciones

casi microscópicas, debiendo añadirse también que todo era alegría en su imaginación. Lo mismo que Ruysdael, Claudio de Lorena ó el Poussin, se figuraba que la naturaleza sola, ó poblada únicamente con algunas figuras, no bastaba para hacer un cuadro; el joven Kerg necesitaba reuniones, poblaciones enteras en un espacio de algunas puigadas; necesitaba mercados, ferias, bailes, y grupos de hombres y de



FERIA.—La feria de aldeá.

Nuestro pintor estudió el arte de hacer figuritas en casa de Hans Graf, y aprendió los efectos de la naturaleza en el estudio de José Oriente, uno de los mas famosos paisajistas de la Alemania. Enseguida se puso á viajar, encontrándose en Leipsick con otro paisajista llamado Alejandro Thiele, que le llevó á Dresde en donde vivió algunos años. Despues se fué á Inglaterra, se casó en Londres, y su matrimonio no fué afortunado. Ahogado por los sinsabores, dejó de trabajar, llegó la miseria, y una mañana le encontraron muerto en el portal de la casa que habitaba. Espiró, segun dicen, por los años de 1740.

Kerg, dice M. Carlos Blanc, tomando su fallo de los *Eclaircissements historiques* de Nageborn, Kerg merece seguramente el primer puesto entre los artistas que han re-

presentado multitud de figuritas en pequeños lienzos... Además embellecia sus composiciones con hermosas fabricas, con ruinas de un estilo elevado, y sus colores, admirablemente combinados añadian á una intención poetica lejana, el encanto vaporoso que se nota en Wouwermans y Poelenburg. Nunca omitió ninguno de esos bonitos accidentes que ofrece la naturaleza. Sus fuentes, sus arcos, sus restos de columnas, se reproducen en sus pinturas con los matices del marmol y con la transparencia del alabastro. Sus tonos son blandos, y sin embargo se distinguen efectos de luz que realizan las figuras y prestan relieve á los grupos; por último, un artista que desplegara en grande tantas cualidades como Kerg ha mostrado en lo pequeño, podría ocupar un puesto elevado entre los pintores de historia. J. J. ARNOUX.

EL TORDO ROJO DE AMERICA (TURDUS RUFUS).



Dibujo de Freeman, copiado de Audubon.

El célebre ornitólogo americano John James Audubon (nacido en 1780 y muerto en 1854) hablando del tordo rojo de América, se expresa en los siguientes términos:

« Es mi favorito; le debo tanto! Cuantas veces ha rea-

lizado mi abatido espíritu su nota sonora oída en el bosque, despues de una noche sin reposo! Mal protegido contra el imperioso huracan en mi choza de ramas recogidas de prisa, teniendo que renunciar á sostener mi hoguera

cuyo incierto y vacilante resplandor espiraba poco á poco bajo la invasión de una lluvia extraordinaria, pasó largas y terribles noches sin ver cielo ni tierra; el incesante diluvio lo envolvía todo en una profunda oscuridad, rayada de tiempo en tiempo por la ardiente luz de los relámpagos. El rayo iluminaba el bosque, se deslizaba á lo largo de los negros troncos, deslumbraba la vista, y en medio de los silvidos, y del ruido lamentable que hacían los árboles al caer partidos en el suelo, desaparecía, dejando en pos de sí las nieblas mas sombrías que antes. Lejos de los ríos, hambriento, aniquilado y tan solitaria y triste que á veces pegaba conmigo mismo; furioso por haberme espuesto de aquel modo, á punto de presenciar la destrucción del fruto del trabajo de toda mi vida, en tanto que el agua me obligaba á permanecer en pie, inmóvil, temblando como en un violento acceso de fiebre, mi cuerpo preso de los misticos, turbado el ánimo con el recuerdo de los años de mi juventud, atormentado con la terrible idea de que no volvería á entrar en mi casa, de que no volvería á estrechar en mis brazos á mi mujer y á mis hijos, cuántas veces he espuesto con la paciencia de un mártir que rayara la aurora! Pero en cuanto sus inciertos resplandores desparecían á través de las hojas, el toro solitario (*turdus inusteloides*) hacía vibrar su deliciosa canción hasta en el fondo de mi alma! Con cuánto fervor, al escucharle, he bendecido al Criador que le colocó en los bosques solitarios y sombríos, como para consolarme en medio de mis privaciones, haciéndome sentir que jamás debe desesperar el hombre, porque sus cantos son la señal de la esperanza. En efecto, rara vez el animal se engaña; apenas han resonado sus notas sonoras entre las altas ramas, cuando el horizonte se despeja poco á poco los rayos de la luz brillan esplendentes y ardorosos. Los sencillos vapores que flotaban sobre la tierra desaparecen, y resuenan los bosques con las melodiosas acciones de gracias de millares de cantantes alados.

Andubon habla con una verdadera gratitud de las infinitas especies de mirlos y de toros; su pluma las describe, y su lápiz las reproduce con emoción. Hé aquí como plantea el ataque de un nido de esas aves por una serpiente, que se ve en nuestro grabado:

«Quién no simpatizaría, dice, con esa tierna escena? El valeroso macho trata de libertar de los pliegues del reptil á su hembra casi espirante. A los gritos de la familia toda acude á todo vnelo otro macho, que con el pico abierto de rabia va á dar un golpe de venganza, en tanto que otro desgarra la piel del enemigo de su raza.

«Las aves que representó aquí, prosigue Andubon, padecieron mucho en el ataque; el nido quedó destruido, y los huevos fueron apiastados; la madre corrió un gran peligro, pero la serpiente fué vencida, y una multitud de toros, mirlos y otros pájaros cantaron sobre su cadáver un himno de alegría que resonó á lo lejos en los bosques. Por mi parte contribuí á la satisfacción común: cogí con cuidado á la hembra medio muerta, la calenté en mi mano, y cuando volvió á la vida, se la devolví al macho que me observaba con zozobra.»

Hasta aquí las impresiones de M. Audubon en su viaje científico, y que han quedado consignadas en una obra en cinco tomos llena de descripciones pintorescas sobre las aves raras de América, que encontró en sus exploraciones solitarias. Ahora añadiremos algunos pormenores para completar la inteligencia de nuestro grabado.

El toro rojo americano (*turdus rufus*) tiene el pico negro, delgado, bastante largo, ligeramente arqueado, con-

primido, puntiagudo, abovedado hácia el medio de la mandíbula superior, cortante á las orillas, y la extremidad encorvada; los agujerillos de la nariz, oblongos, se hallan medio cerrados por una membrana. Su forma general es ligera y elegante. Sus patas, de color oscuro, son fuertes y largas; y sus tarsos comprimidos, se hallan reticulados hácia arriba así como los dedos y la canilla, y las uñas son apretadas, encorvadas y agudas. Su suave plumage está lleno de manchas. El primer cuclillo de sus alas es corto; el cuarto y el quinto son mas largos; en la cola tiene hasta doce todos largos y redondeados. El iris es amarillo. Su color general es un rojo brillante un poco oscuro. A través de sus dos largos alas, en la extremidad de la pluma de encima y en la de las plumas secundarias, se ven dos hermosas rayas blancas con franjas negras. El pecho es de un color blanco amarillento, sembrado de manchas de un color oscuro; las últimas plumas de la cola teñidas de rojo, parecen menos oscuras. La hembra, que con poca diferencia es igual al macho, tiene las rayas de las alas mas estrechas, y las manchas del cuello mas claras. Su longitud total no pasa de 20 centímetros, teniendo 33 la estension de sus alas.

El nido se halla colocado en una encina negra, especie muy común en los Barrens de Kentucky, cuya leña no sirve mas que para la lumbre, y que producen abundante cosecha de bellota para cebar los cerdos.

La serpiente negra, sumamente ágil, salta fácilmente por los troncos de los árboles, se desliza por el suelo entre las zarzas, y desaparece con una velocidad tan increíble que toda persecución es vana. No se alimenta mas que con pájaros, ranas, huevos y cuadrópodos pequeños, mostrando una grande antipatía por las otras clases de serpientes, que combaten á muerte á la menor provocación, aunque se halla desprovista de presas.

### GRABADO.

POR

M. A. DE LAMARTINE.

(Véanse las págs. 244, 246, 254, 262, 213, 217, 220, 224, 242 y 252.)

Una noche de los últimos días del mes de mayo, llamaron estrepitosamente á la puerta; toda la familia estaba durmiendo, y salí yo á abrir: era mi amigo V..., que me dijo:

«Vengo á buscarte: toma esta carta de tu madre; creo que no te opondrás á su voluntad. Los caballos estarán dispuestos á las doce; son las once, con que vámonos, ó no partirás nunca, lo que causaría la muerte de tu madre, porque ya sabes que toda la familia la hace responsable de sus faltas. Bastante se ha sacrificado por ti, con que sacríficate un momento por ella. Te juro que volveré contigo á pasar el invierno y un año entero aquí, pero debes acceder á los ruegos de tu familia, y obedecer á las Ardenes de tu madre.

«Conoció que estaba perdido, y le respondí:

«Espérame aquí un instante.

«Entré en mi cuarto, arrojé apresurado mis vestidos en el cofre, y escribí á Graziella diciéndola todo cuanto podía dar de sí la ternura de un corazón de diez y ocho años, y todo cuanto la razon podía imponer á un hijo amante de su madre, jurándole, como me lo juré á mi mismo, que ántes de cuatro meses volvería á verla, y que entonces quizá sería para no separarnos. Conté la incertidumbre de nues-

tro futuro destino á la Providencia y al amor, y la dejé mi bolsa para que ayudara á sus ancianos padres mientras duraba mi ausencia. Cerrada la carta, me acerqué á pasos lentos á arrodillarme junto al umbral de su puerta: besé la piedra, y el marco, y deslicé el papel por debajo de la puerta, devorando los sollozos interiores que me ahogaban.

«Mi amigo me levantó y me llevó consigo. En aquel momento, Graziella abrió la puerta, alarmada sin duda por el ruido que había oído. La luna que alumbraba la azotea, la hizo reconocer al punto á mi amigo; entonces pasó un mozo con mi maleta al hombre; la pobre jóven tendió los brazos, lanzó un grito de terror y cayó inanimada sobre la azotea.

«Nosotros corrimos á ella, la levantamos, y la transportamos privada de conocimiento á su cama. Toda la familia acudió al instante, la echaron agua en el rostro y la proflagaron con mas tiernas caricias, pero Graziella no volvió á la vida sino al oír mi voz.

«—Lo ves? me dijo mi amigo, el sentimiento ya lo tiene; cuanto mas larga sea la despedida tanto mas terrible será.

«Al decir esto separó los helados brazos de la jóven de mi cuello y me arrojó de la casa. Una hora despues caminábamos en el silencio de la noche con direccion á Roma.

«En la carta que dejé á Graziella le habia puesto muchos sobres para que me escribiera. Su primera carta la recibí en Milán. En ella me decía que estaba muy enferma sobre todo del corazón, pero que sin embargo confiaba en mi palabra, y me esperaba con seguridad para fines de setiembre.

«Llegado á Lyon, hallé otra carta mas serena aun y mas confiada. Dentro de ella venían algunas hojas del celval rojo que habia en un tiesto sobre el perfil de la azotea, junto á mi cuarto, y del cual solia ella sacar su tocado para los domingos. Me enviaba aquellas hojas, por enviarme algo que la hubiese tocado, ó era una tierna queja disfrazada bajo un símbolo para recordarme que por mí habia sacrificado sus cabellos?

«Me decía que habia estado con calentura; que tenia el corazón muy oprimido, pero que se iba mejorando de dia en dia, y por último que para cambiar de aire y sanar enteramente, la habían enviado á casa de una de sus primas, hermana de Cecco, que vivía en el Vomero elevada colina que domina á Nápoles.»

«Mas de tres meses permaneci después sin recibir ninguna carta. Todos los dias pensaba en Graziella, y debía volver á Italia á principios del próximo invierno. Su imagen triste y encantadora se me presentaba á veces como una reconyención amistosa; pero me hallaba en esa edad ingrata en que la ligereza y la imitación hacen que un jóven se avergüence de sus mejores sentimientos; edad cruel en que los mas bellos dones de Dios, el amor puro, los afectos ingeniosos caen como en la arena, siendo llevados en su flor por el viento del mundo. La ínfima vanidad que habia aprendido de mis amigos combatía muchas veces la ternura viva y oculta en el fondo de mi corazón. No me hubiera atrevido á confesar sin sonrojarme, y sin esponerme á la burla, cuales eran el nombre y condición del objeto de mis tormentos y tristezas: Graziella sin estar olvidada, se hallaba como velada, y aquel amor que encantaba mi corazón, humillaba mi respeto humano. Su recuerdo, que solo me alimentaba en la soledad, me perseguía en la sociedad como un remordimiento. Cuánto me avergüence hoy de mi vergüenza de entonces! y cuánto mas valia una esponcion de gozo, ó una lágrima de sus castos ojos, que todas aquellas miradas, y aquellas afectadas sonrisas á las cuales me hallaba dispuesto á sacrificar

su imagen! Ah! el hombre demasiado jóven no sabe amar, porque no conoce el valor de las cosas, ni sabe lo que es felicidad, hasta que la ha perdido! En los arbustos del bosque hay mucha savia y mucha sombra; pero hay mucho mas fuego en el corazón de la vieja encina.

«El verdadero amor es el fruto maduro de la vida. A diez y ocho años no se conoce, se le imagina uno. En la naturaleza vegetal, cuando viene el fruto se caen las hojas, quizá sucede lo mismo en la naturaleza humana. Mucho he pensado en esto desde que me han salido canas; mucho he llorado el no haber conocido entonces el valor de aquella flor de amor; todo fué por vanidad; la vanidad es el peor, y el mas necio de todos los vicios, porque hace que uno se avergüence de su felicidad.

«Una noche de las primeras de noviembre me entregaron á la vuelta de un baile, una carta y un lío que me acababa de traer un viajero que venia de Nápoles, y habia cambiado de caballos en Macón. El desconocido viajero me decía que, habiéndole encargado para mí un mensajero importante uno de sus amigos, director de una fábrica de coral en Nápoles, cumplía al paso con su encargo; pero que como las noticias que me traía eran muy tristes, no quería verme, y me suplicaba únicamente que le escribiera á Paris la recepcion del lío y de la carta.

«Abri temblando el envoltorio, y hallé bajo el primer sobre la última carta de Graziella que no contenía mas que estas palabras: «El médico dice que moriré dentro de tres dias, y quiero despedirme de ti ántes que me falten las fuerzas á para ello. Oh! si estuvieses aquí, vivría, pero tal es la voluntad de Dios. Pronto te hablaré desde lo alto del cielo, ama á mi alma, que estará contigo mientras vivas; te dejo á mis cabellos que por tí me corté una noche; conságralos á Dios en una capilla de tu país, para que haya algo mio al lado tuyo.»

«Me quedé petrificado de dolor con su carta entre las manos hasta el amanecer; solo entonces tuve valor para abrir el segundo sobre. Toda su hermosa cabellera estaba allí, tal como me la mostró en la choza; y aun se hallaba mezclada con algunas hojas que se le habían pegado aquella noche. Cumplí con su último deseo. Desde aquel momento mi rostro y mi juventud tomaron una sombra de su muerte.

«Doce años despues volví á Nápoles, y quise buscar sus huellas, pero no pude hallar ninguna ni en la Margellina ni en Procida. La casita de la isla estaba hecha un monton de ruinas: el tiempo borra pronto las cosas sobre la tierra, pero no borra nunca la huella de un primer amor en el corazón que lo siente y lo ha llorado.

«Pobre Graziella! Muchos dias han pasado despues de aquellos dias. He vuelto á amar y he sido amado: otros rayos de belleza y hermosura han iluminado mi camino sombrío; otras almas se han abierto ó mi pa revelarme en un corazón de mujer, los mas misteriosos tesoros de hermosura, de santidad y de pureza que Dios haya animado en la tierra, á fin de hacernos comprender, presentir y desear el cielo, pero nada ha podido empañar el recuerdo de tu primera aparición grabado en mi alma: cuanto mas he vivido tanto mas me he acercado á tí por el pensamiento, tu recuerdo es como aquellas luces de la barca de tu abuelo, que la distancia purifica de todo humo, y que cuanto mas se alejan de nosotros, tanto mas brillan. No sé en donde están tus despojos mortales, ni si hay alguien que te llora aun en tu país, pero tu verdadero sepulcro está en mi alma: en ella estás enterrada en-



tera. Jamas tu nombre me liere en vano; y amo con ardor la lengua en que se pronuncia: en el fondo de mi corazon hay una lágrima que filtra gota á gota, y que cae en secreto sobre tu memoria para refrescarla y embalsamarla en mi seno.

FIN.

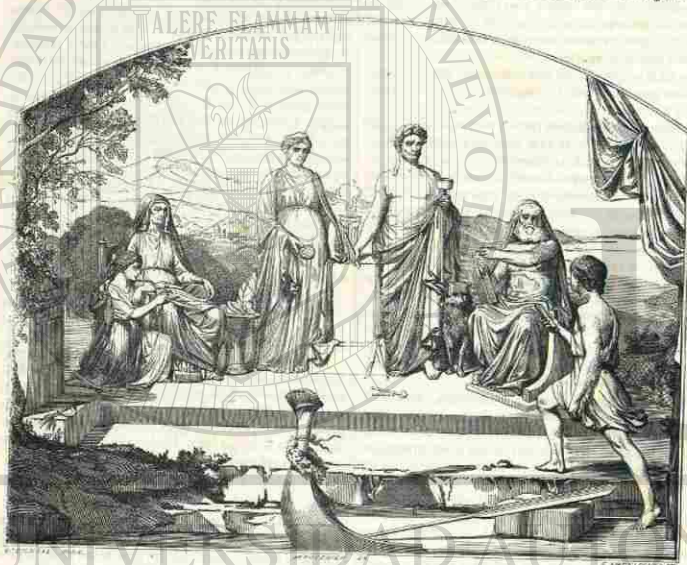
## LA VIDA HUMANA.

En el catálogo de la Exposición de cuadros del año actual, se lee en la descripción del dibujo, cuyo grabado verán nuestros lectores con estas líneas, las siguientes palabras:

«Figurar la vida es figurar la actividad bajo sus diferen-

tes formas, es figurar las mútuas relaciones de los dos sexos en distintas edades. Tal es el objeto que se ha propuesto el autor en la composición de que hablamos.

«El jóven de vuelta de su primera escursión por el mundo, deja su barca y sube á la ribera. El hombre y la mujer, en la edad procreta, el esposo y la esposa, le esperan en pie junto al altar, y le ofrecen el pan y el vino, símbolos antiguos de la comida. La mujer tiene en la mano el diapason, y el hombre la regla, origen de la armonía y del compás. El anciano indica al jóven con el ademán la pareja en que reside ahora la vida en su mas alto grado de desarrollo. La anciana espera con una emoción contenida al sucesor de la generación que reemplaza la suya. La jóven, abrigada aun



La vida humana.—Composición de M. G. de Eichthal.

bajo el manto de la abuela, considera con curioso interés la escena que tiene ante los ojos. El paisaje reproduce el contraste que existe en la vida de ambos sexos. Por el lado del hombre el espacio no tiene límites, y se descubre el Océano; por el lado de la mujer, se ve el valle con su horizonte cerrado, la verdura, la ciudad y el sepulcro.

Esta descripción tan clara y precisa no deja la menor duda sobre el carácter del dibujo. La escena que estamos viendo y que nos sorprende por una especie de apariencia misteriosa, es el réstimen figurado de una doctrina filosófica sobre la vida humana, y particularmente sobre la familia: es un símbolo.

El catálogo consigna otro hecho que merece tambien llamar la atención.

El autor principal del dibujo no es pintor ni dibujante: es un talento consagrado al estudio del destino y de los debe-

res humanos, es lo que se llama un filósofo en el mas bello sentido de la palabra. M. Gustavo de Eichthal no solo ha concebido la idea general de la composición, sino que ha imaginado el conjunto y los detalles, dictando á los dibujantes la fisonomía, el ademán, el movimiento en cada uno de los personajes, marcando todas las cosas accesorias y los ornatos, determinando la significación y el valor de las mas pequeñas líneas, sin que un solo rasgo se halle abandonado al acaso ó á la simple inspiración del gusto, y por último ha tenido el talento de llamar en su ayuda á dos hábiles artistas que le han servido altamente para la parte práctica, haciéndose ambos, por decirlo así, su mano y su lápiz, á semejanza de aquellos religiosos que mandaban representar en las paredes de sus claustros los cuadros que habian visto en sus meditaciones estáticas.

El dibujo de M. de Eichthal, aun cuando no fuera la espere-

sion de una elevada idea filosófica, tendria un valor real como obra de arte. Antes de penetrar en el entendimiento gusta á la simple vista. El tipo de las figuras es muy noble; las actitudes son dignas y graciosas, y un sentimiento tierno, grave y sereno respira en las diferentes fisonomías de este grupo colocado en un paisaje sobrio y variado.

En cuanto á la idea, á pesar de que se manifieste bastante trasparente en el dibujo, sería algun tanto temerario, á nuestro juicio, el querer hoy juzgarla por entero. La simbólica composición de M. de Eichthal no debe considerarse de otro modo sino como la portada de un libro donde se vera espuesta la teoría con todos los detalles que requieren el asunto. Así, pues, solo nos atrevemos á indicar aqui lo que puede descubrirse á primera vista.

Supongamos que un pintor haya querido dar la idea de la constitución de la familia en los primeros tiempos de la historia humana: es probable que su cuadro presentaría, con poca diferencia, el aspecto siguiente: Como figura principal y dominando las demas, se podría ver un anciano cuya actitud y austera fisonomía manifestase la autoridad absoluta. Á la derecha y mas abajo se vería su niño mayor con sus hijos y sus hermanos, inclinados todos en señal de humildad y de obediencia pasiva. Á la izquierda, y en escala inferior, podrían estar las mujeres todas, sin exceptuar á la esposa del anciano, tendidas en el suelo, si no prosternadas, sufriendo sin lucha la inflexible dominación del jefe de la familia, aceptando la inferioridad de su sexo sin quejarse.

Tal fué, en efecto, la familia durante muchos siglos y en casi todos los pueblos. El padre tenía derecho de vida y muerte sobre los hijos. La esposa, comprada como una esclava ó una criada, podía ser repudiada, rechazada del seno de la familia, y arrojada del hogar doméstico, segun el capricho de su amo. El hijo primogénito heredaba la autoridad del padre, y el nacimiento de una hija era considerado como una desgracia ó una vergüenza.

Este sombrío cuadro se ha ido modificando insensiblemente en el curso de la historia. Al despotismo militar ha sucedido la dominación paterna; ya no pesa sobre la mujer la antigua reputación de antes, la protección ha cesado de ser opresora, la sumisión ya no es abyecta, el terror ha dejado de prevalecer sobre el amor y por último las relaciones, tanto en la familia como en la sociedad, se han vuelto mas humanas y afectuosas.

Estudiada de este modo desde su origen hasta nuestro siglo, la familia humana presenta una serie de modificaciones que se podría figurar en una serie de composiciones simbólicas, análogas á la que ha ejecutado M. de Eichthal para preparar la atención pública á la exposición escrita de su doctrina, la cual constituiría, bajo un aspecto general, una historia filosófica de la humanidad. Esta historia existe, no hay mas que saber buscarla. El arte simboliza de siglo en siglo, de generación en generación, la marcha lenta, aunque progresiva, del genero humano.

M. de Eichthal, á lo que nosotros entendemos, no viene aqui enseñando ni predicando nuevas modificaciones en el seno de la familia; lo único que se propone es interpretar las que ha producido el desarrollo natural de la moral y los costumbres.

La vejez amada y respetada, superior por su larga experiencia, por sus beneficios y por sus derechos á la gratitud, descanso, se acuerda y espera: benévola y dulce, y querida de la infancia, cuya ingenua bondad posee, alienta con su aprobación y fortifica con sus consejos á las generaciones que la suceden.

La resolución y la acción pertenecen sobre todo á la edad madura. Entonces es cuando la vida llega á su mas alto grado de desarrollo y de poder; siendo las relaciones mas numerosas y mas difíciles los deberes, imponen una responsabilidad mucho mas grave. En esa mancomunidad activa de prudencia y de amor, la esposa tiene una parte que no es inferior á la del esposo; su tarea es diferente, pero no es ménos útil ni sagrada, y de la armonía de ambas voluntades nacen la moralidad y la dicha de la familia.

La adolescencia, conitada y sumisa aguarda las severas pruebas del porvenir, y tambien el jóven se ve mas libre de la violencia que antes pesaba sobre su corazon, abierto hoy á la esperanza. Con los ojos alzados respetuosamente hácia esos queridos seres que Dios le dió por guías y protectores, se lanza gozoso por el sendero iluminado por el ejemplo de sus virtudes.

¿Es este un cuadro ideal, ó la verdadera representación de la vida de nuestro tiempo? ¿No es en el día nuestra regla comun, esas relaciones mas dichosas y justas de las edades y de los sexos? ¿Quién no ignora las excepciones? Sin embargo se creería que en un crecido número de cabezas, ese sentimiento de la constitución superior de la familia moderna, es todavía bastante vago, por lo cual es útil explicar las causas y demostrar la legitimidad de los cambios que se han operado gradualmente bajo la benéfica influencia del cristianismo. Tal es el objeto de los actuales estudios de M. Gustavo de Eichthal, y sin ninguna duda, su dibujo es la obra que despierta mas meditaciones en la Exposición de este año.

## DOLORES DE CORAZON.

Dichoso mil veces el que con el corazon limpio de polvo y paja se entretiene dulcemente en escribir alguna historia divertida, contando á sangre fria dolores ó placeres, sin que ni los dolores le cuesten una sola lágrima, ni los placeres le hagan cambiar la estoica severidad de fisonomía que debe reinar en el autor aplicado á su trabajo, por la mas ligera sonrisa ni por la mas pequeña muestra de gozo interior. Dichoso mil veces el que no tiene ojos mas que para ver cómo ha de ir empedrando con letras el papel blanco que tiene delante, ni alma mas que para, atándola en la punta de la pluma, evitar de este modo los trascendentales peligros de los errores ortográficos. Dichoso pues yo, que me encuentro ni mas ni ménos, en este estado de deliciosa calma, en que tanto se me da por lo que va, como por lo que viene; gracias á que ya se me la dado mucho por lo que fue y por lo que vino, ó gracias á otra cualquier cosa, que eso ni me importa á mí, ni mucho ménos á otro. Bendita sea la facultad que el hombre tiene de escribir, que si á esto añade el ser buen pendolista, pocas felicidades andan por la tierra ni comparables siquiera, como las que proporciona una bien entendida calligrafía, que para ser bien entendida, ha de considerarse como la fórmula de una condensación física de todas las vaporosidades morales, que nublando el alma, acabarían por hacer inútil toda la luz que Dios la dió, á no irse destilando y ocurriendo desde la cabeza por el brazo derecho, ó por el otro, si el que escribe es zurdó, mal pecado, hasta venir á dar, ¿quién lo diría! en un trozo de papel donde quedan grabadas y sujetas, en castigo de lo que al alma incomodaron, y para que no vuelvan otra vez á incomodarla. Bendito pues yo, que aunque no completamente feliz, porque me falta lo de buen pendolista, al fin y al cabo escribo como Dios me da á entender, y desguajo la cabeza de

una porción de vaciedades, que maldito si podrían servirme para otra cosa más que para atolondrarme, á no poder yo dárles salida maldiciéndolas de buena fe, y entregándolas sin misericordia ninguna al brazo sagar de jente estraña, que no las ha de ver con peores ojos que yo, ni las ha de aborrecer con mas malas entrañas que las mías, donde se ejemplaron á fuerza de dolores, torciéndolas con tormentos, abrasándolas con llantos, y desentrañándolas á puñetas quebrantos, hasta dejarlas como ahora están, más muertas que vivas, con tanta y tanta pena.

Verdad es que no tengo yo nada que escribir que sea cosa de contar; pero no es esencial que lo que se escriba haya de ser cuento, y muchas veces, como ahora, se vienen á la punta de la pluma una porción de palabras salidas yo no sé de dónde, y encaminadas adonde tampoco sabe nadie, y no hay otro remedio sino que entre todas ellas vienen á componer, por ejemplo, un artículo de periódico, destinado acaso á fastidiar á todo el que le lee.

Un amigo mío, hablando conmigo un día de las penas que sufre el corazón cuando da en tener buenos sentimientos, me pintó tan al vivo los dolores que sufrió en este mundo un hombre sensible que por desgracias particulares se vio precisado á vivir largo tiempo en una casa de postas, que no puedo menos, al hablar de dolores del corazón, de repetir aquí algo de lo mucho que mi amigo me dijo acerca de los sufrimientos de aquel infeliz. Yo no sé si lo que voy á contar será verdad, porque mi amigo, á pesar de ser hombre grave y de conciencia, es bastante dado á inventar cosas para entretener el tiempo hablando, que es su delicia; pero de todas maneras yo creo á piés juntillas todo lo que me cuentan, y será el primero en ganarse si lo que voy á escribir no es cierto. Después de haberme mi amigo dado una idea clara del carácter del hombre cuyas desgracias me contaba, idea que no daré á mis lectores, porque no tengo tiempo para escribir con asiento, como ya lo deben haber conocido; después de haberme hecho comprender perfectamente que el hombre de la historia era en extremo sensible, hasta el punto de contraer amistades íntimas, lo que se llama relaciones amorosas, y en fin, toda clase de afecciones en un segundo; después de haberme hecho hasta llorar, contándome mil sentimientos que este hombre había tenido en este mundo de resultados de la profitud con que tomaba cariño á las personas, empezó por fin á decirme lo que él sabía de los últimos padecimientos de aquel hombre, víctima desgraciada de la simpatía.

Yo no sé por qué pasos vino á verse precisado á vivir en una casa de postas. La ausencia es lo que más se parece en el mundo á la muerte, y entre las lágrimas que nos arranca un objeto querido al separarse de nosotros para siempre cuando se muere, y acaso para siempre cuando se marcha lejos de nosotros, hay tan poca diferencia, que las mismas punzadas de cariño son las que hacen llorar por el muerto que por el ido, y el mismo tiempo pasa por unos que por otros, para que al fin venga á ser cierto el consolador refrán que dice: « á muertos y á idos, ya no hay amigos ».

Hayendo yo de este inconveniente, voy á hacer todo lo posible por no divagar más, dando á mis ideas una forma que las haga parecer tales, aun cuando bien sabe Dios, que yo creo que no son ideas, ni quien tal pensó. Hay que saber que yo me hallo en este momento bajo la maligna influencia de una porción de penas tan largas de contar, como corto ha sido el tiempo que yo he empleado en proporcionármelas para mi uso y sabido esto, sabida está la causa de haberse-

me ocurrido la idea de pasar revista á todos los dolores del corazón de que se me ha quedado una infinidad de gente.

Entre estos dolores de corazón los hay de todas especies, y tan diferentes como lo son entre sí las personas á quienes se los he oído contar, ó en quienes los he observado, porque también hay gente á quien se la funde el corazón á fuerza de retortijones, sin decir esta boca es mía.

De este género, y perteneciente á los dolores observados por mí, fué el dolor de un criado que yo tuve, que de la noche á la mañana se me ahorró de una viga de su cuarto, dejándome antes toda mi ropa bien acepilladita en la cómoda, y las botas lustrosas como espejos, allí en el mismo cuarto en que acabó con sus días, indudablemente apenas hubo concluido de limpiárselas, porque tenía el cadáver la cara llena de unto, y por consiguiente negra de haberse llevado á ella en el dolor de la agonía las manos que acababan llenas de vida de hacerme el último servicio en aquella época mas necesario que ahora, porque no había botas de charrol. Por lo demás yo supongo que mi buen criado tendría sus razones para tomar partido tan desesperado; pero por mas que no sin motivo pueda culpársele de mal observador, no puedo menos de confesar que yo no sé cuáles fueron. La hija de un portero de esos que hay en los tribunales, que vivía en la misma calle que yo, dijo á una criada de mi casa que el pobre Manuel había sido víctima de las preocupaciones de la sociedad, porque se había enamorado de ella, sin pensar en la desigualdad de clases que los separaba; pero que no tenía la culpa, porque así se lo había dicho mil veces. Yo no sé si esto sería cierto, pero si así fué, y es esta la causa de aquel prematuro suicidio, tan dolor de corazón es el que yo sufrí mi pobre Manuel, de como otro cualquiera. De lo que yo estoy seguro es de que no se suicidó por mal de cabeza, porque tenía poca, y era poca dura y bien afianzada á los carrillos por unas patillas, estrechas, sí, y cortas, porque no le pasaban de la perilla de la oreja, pero semicirculares, y que en redondo le cerraba cada una una mejilla.

El segundo dolor de corazón que he observado, me hace llorar todavía; pero á la verdad que ese dolor mas es mío que ajeno, porque en quien debía sentirle y en quien yo le supongo, creo yo que no hacía mella ninguna; pero son difíciles de averiguar los secretos del corazón, y no será yo seguramente quien asegure profundamente nada que tenga que ver con los que se llaman sentimientos. Lo cierto es que yo he visto á una mujer joven, que llevaba en los brazos un niño de dos ó tres años, muerto. Iba por un camino, y yo la encontré poco antes de llegar á un pueblo. Ella iba en dirección opuesta á la que yo llevaba, es decir, que iba de viaje, adónde yo no sé. Cuando me dijo que aquel niño, cuya inocente cabeza era una de las mas angelicales que yo he visto en niño ninguno, cuando me dijo que aquel niño era su hijo, sin saber yo mismo lo que hacía, tiré al suelo todo el dinero que llevaba, y haciendo seme los ojos fuente de lágrimas, huí de apilar en medio de la convulsión que aquella pena produjo en mí, con tanta fuerza las espuelas á mi caballo, que en menos de un minuto, él, desbocado, dió con la cabeza en una cruz de piedra que había á la entrada del pueblo, y allí mismo quedó muerto, y el dolor físico de la caída vino á sacarme á mí de la pensosa abstracción á que me habían conducido aquella madre pobre y aquel hijo muerto.

Los corazones mas fuertes no pueden resistir ni á la muerte ni á la ausencia. ¿Qué sería pues lo que pasaría en el corazón del hombre de nuestra historia, cuando alguno de

estos sentimientos le atormentase? La suerte enemiga le había puesto además en el teatro de las ausencias, en una casa de postas, y allí estaba como encantado, sin que nadie haya sabido por qué estaba allí, donde forzosamente con tantos padecimientos la muerte le había de coger entre sollozos y amarguras. La llegada de un viajero en esas altas horas de la noche, en que todos sentimos cierta inexplicable ternura melancólica, sin saber hacia qué objeto, al sentir las campanillas de las mulas de un carroje y el chasquido del látigo de un mayoral; la llegada de un viajero á la casa de postas á tales horas, le hacía á nuestro desgraciado héroe abandonar su lecho, y si por una desgracia el caminante solo paraba para mudar de tiros, entonces llorando y al trote le seguía hasta que, rendido, quedaba en el camino lamentando la ausencia de personas á quienes apenas había podido ver.

Si los viajeros paraban á comer ó á cenar en aquella posada, entonces el dolor de este infeliz era tanto mayor, cuanto que tenía que contenerle hasta cierto punto dentro de su pecho lastimado, porque de lo contrario la casa de postas se hubiera convertido en un lugar de gemidos escandalosos, y tanto al parecer era el temor que de esto tenía el desdichado, que muchas veces al comenzar una explosión de ternura, se reprimía de repente comenzando á sudar á chorro, que no era aquello sino llorar por todo el cuerpo, poniendo los ojos en blanco con muestras de la mas espantosa ternura y del mas lamentable dolor. No por eso sin embargo dejaban de pasar escenas dolorosísimas, en que este ser amante, arrastrándose de rodillas por el suelo, abrazando las piernas ya de uno ya de otro viajero, les pedía por todo lo que mas quisieran en este mundo que no le abandonasen así. Como nadie podía con algun objeto que le lleva á alguna parte, no encontraba este infeliz ni un solo corazón que le comprendiese.

Cuando con las lágrimas en los ojos y apretando la mano del que se disponía para irse, le decía con una voz cortada por los suspiros:

— Ah! créame usted, querido amigo! Querido amigo de mi alma, no se vaya usted. Quiere usted hacerme desgraciado? Ah! no lo merezco! Por Dios, no se vaya usted así!

Cuando hablaba así, solían tomarle los pasajeros por uno de esos hombres de buen humor que se encuentran en los caminos, haciendo mil majaderías que parecen gracias, y cada uno, según su carácter, ó seguía la broma, diciendo que de ninguna manera podía él abandonar á quien tanto le quería, y á lo mejor desaparecía para nunca mas volver; á bien recibía con sequedad estas supuestas bromas y de ambos modos se partía en mil pedruzcos el corazón de este hombre interesante.

Otras veces prorumpía por fin en lamentos agudos y en voces capaces de enternecer á los cerceños montes, y entonces era rechazado como loco.

Esto mismo, aunque con menos exageración, les sucede en el mundo á los corazones que sienten mucho, que están muy cerca, si no tratan de moderarse, de llegar al estado de absurdo en que continuamente se encontraba el corazón de este hombre lleno de amor, probablemente nacido para un mundo sin mas quehaceres que los del cariño, y llovido en otro donde todos somos negociantes y gente de ocupaciones.

Por supuesto que el tiempo que no pasaba este infeliz en el dolor de las despedidas, le pasaba en la amargura de los recuerdos. Habían quedado grabados en su corazón al pié de treinta mil nombres de otros tantos viajeros, con la mis-

ma claridad y ternura que en uno de los nuestros pueden grabarse unos pocos, y andaba siempre, cuando estaba solo, hablando solo, y recorriendo sitios diciendo:

— Aquí daba la sombra de fulano, aquí se enjugó la boca por la última vez citano, aquí por la última vez se sonó las triacas fulano, etc. etc.

En fin, así iba recorriendo en su imaginación los treinta mil nombres que van dichos, uniendo á cada uno treinta mil ideas tan tristes, como al parecer desatinadas, que por desgracia, lo mismo que en este hombre raro, son también en nosotros, los hombres vulgares, la fórmula mas dolorosa de la ternura.

Así vivió algun tiempo este hombre, mártir de sus sentimientos, hasta que al fin uno de ellos dió con él en el sepulcro. Lo mas raro de todo es que este hombre nunca se enamoró. Yo, después de haber examinado con atención este, que al parecer es un fenómeno extraordinario en una naturaleza tan amante, he venido al fin á caer en que efectivamente un hombre como este no podía enamorarse, por falta de tiempo. Ademas, el que ama á una mujer es porque desea y desprecia á medias á todos sus hermanos.

El último dolor de corazón de que hablaré en este artículo, es el dolor de corazón con que le concluyó aquí como podía darle fin por otro punto.

MIGUEL DE LOS SANTOS ALVAREZ.

#### PABLO BRIL.

Pablo Brill nació en Ambrès en 1856. Su primer maestro fué Daniel Wortelmans, con el cual hizo pocos progresos, porque en vez de estudiar la naturaleza ó los cuadros de los grandes maestros, se vio precisado á pintar ornatos para los instrumentos de música.

Tenia Pablo un hermano llamado Mateo Brill, que vivía en la casa paterna en Roma, y que después de haber logrado una buena reputación en la pintura tuvo el encargo de ejecutar, por orden de Gregorio XIII, grandes trabajos de adorno en el palacio del Vaticano. No hay para que añadir que los triunfos de Mateo aumentaron en Pablo el deseo que tenía de visitar la Italia. En efecto llegó un momento en que ya no pudo más, y cediendo á la tentación, se escapó una mañana de la casa paterna y tomó el camino del mediodía, en un tiempo en que apenas había cumplido los veinte años. Llegado á Roma fué acogido cariñosamente por Mateo que le dió parte en sus trabajos y por consiguiente en sus ganancias. En los diez años que duró esta mancomunidad, Pablo demostró tanto talento y superioridad que á la muerte de su hermano sucedida en 1584, el papa le encargó que continuara los trabajos emprendidos y siempre tuvo mucho que hacer viviendo Sixto V, Clemente VIII y Pablo V.

Este pintor fué el primer paisajista de la época, y uno de los que mas han hecho adelantar al género de pintura que cultivaba. Antes de él, nadie habría podido pintar un *passage agreste*, donde la grandeza de las líneas no quita nada al sentimiento verdadero y profundo que se nota en la composición toda. Mediante un examen detenido de este paisaje, se descubren por todas partes árboles de una hermosa forma, bien dispuestos en sus masas, cuyos troncos y ramas se hallan dibujados y pintados con una exactitud suma. La luz no puede estar mejor distribuida; cada objeto se halla en su debido término. Una de las cosas mas bonitas es esa diminuta pareja que camina á través del bosque silvestre en lontananza. Sin duda son dos cazadores, pues que puede hacer el hombre sino cazar en semejante sitio?

Cualquiera que sea el mérito real de las obras de Pablo Brill, en el día se hallan desacreditadas, no tanto por la inconstancia de la moda, cuanto porque se le han atribuido

las obras de sus discípulos y de sus numerosos imitadores, de los cuales ninguno llegó jamás á su talento. En cuanto retornó su primer estilo por el del Ticiano, y trabó amistad



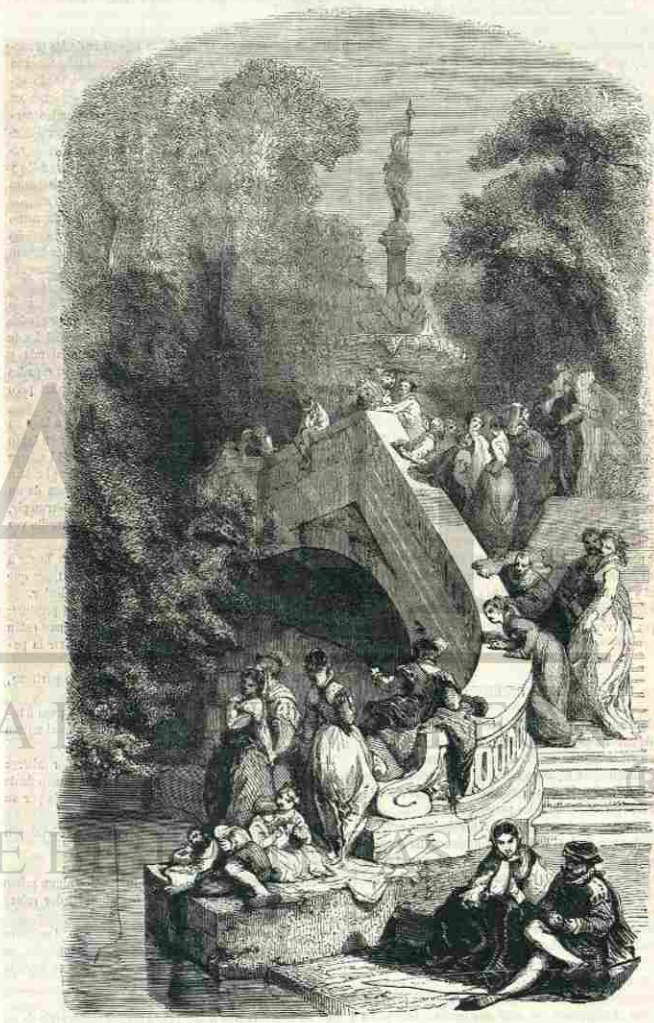
PAUL. — Un paisaje agreste.

con los Carraccios, que se complacían en adornar sus cuadros con figuras, aprendió ese estilo franco que se nota tanto en sus grandes trabajos del Vaticano, como en sus cuadros. Se critica bastante el verde demasiado vivo de sus ár-

boles, y el encendido azul de sus últimos términos, pero esos defectos están bien rescatados por todas sus grandes cualidades.

Este pintor murió en Roma en 1626 á la edad de 70 años.

ESCENA DE OTOÑO.



Exposicion de 1852.—Pintura.—La pesca; escena de otoño, por M. Enrique Baron.—Dibajo de M. Baron.

M. Heron, artista ingenioso, colorista brillante, pinta casi siempre la vida ociosa y opulenta. Su fantasía se ha creado fuera de las regiones conocidas, y de los siglos transcurridos, un siglo de oro aristocrático, una noble Arcadia, adornada de espléndidos castillos, poblada de duquesas y de señoras resplandecientes de púrpura y de seda.

El cuadro, que se ve en nuestro dibujo, representa un grupo de habitantes de ese país magnífico, sobre una suntuosa escalera a las puertas de un palacio; uno ó dos de estos galantes personajes están pescando indolentemente, sin duda pecerillos de colores, porque no se puede suponer que en esas opidas cristalinias que corren tan orgullosamente por entre dos riberas de mármol, habitan peces vulgares.

El todo de esta composición, no está desprovista de gracia; quizá no tiene otro defecto que el de parecer un poco teatral. No es la realidad de la vida, y acaso no es tampoco su poesía. La realidad obra más vivamente sobre los sentidos, y la poesía influye más poderosamente sobre el alma. El hoyero de Pablo Potter es un campesino y nada más: diría gusto oírle hablar de su ganado: su vaca leñe a leñe, y su prado á yerba. Cuando Claudio de Lorena ó Poissin nos muestran un joven pastor medio tendido sobre una roca á orillas del mar, al punto nuestro pensamiento sigue el suyo por los lejanos horizontes; nuestra mirada se sumerge con la suya en el seno del infinito, en la vasta naturaleza. Pero que encanto puede sufrimos á desear la compañía gloriosa y encomendada de esos bellos tipos? Comprenderíamos su lenguaje y nos agradecerán sus placeres? Claramente están demostrando que no piensan y no dicen nada. Sin embargo, nadie, sino un misántropo, podría alejarse de ellos sin sentirlos ó sean virtudes ó sean vicios, no se puede negar al menos que poseen ciertas cualidades amables como son la urbanidad, la gracia, el gusto de agradar; es una sociedad escogida, que no debe sernos indiferente conocer aunque sea de paso. Esas escenas, lietas son tan propias para adornar los salones de los palacios, como los dotados, las colgaduras y las flores: no dicen nada al pensamiento, ni tampoco conmueven, pero despertan la sonrisa en los labios, y fijan suavemente las miradas.

#### UNA BODA ENTRE PURITANOS.

Un destacamento de caballería que venía de Rulhewen acababa de hacer alto en medio de una de las aldeas que se encuentran en el camino de Braemar. Su uniforme les dió á conocer al instante por aquellos terribles dragones enviados á Escocia por Jacobo II con el objeto de mantener allí la autoridad real persiguiendo á los puritanos.

Desde el día en que para oponerse á los decretos religiosos publicados por Carlos I. los presbiterianos de Escocia habían nombrado delegados encargados de redactar el *convenant* ó acta de alianza en cuya virtud se comprometían todos á sostener su fe y sus libertades, el espíritu de rebelión contra la casa de los Stuartos se había hecho general entre ellos. Carlos II tuvo que reprimir muchas sublevaciones á mano armada de los puritanos más ardientes que se designaban entre sí con el nombre de *sanfos*, y su sucesor Jacobo II queriendo avasallar definitivamente á aquellos peligrosos enemigos, se decidió á emplear contra ellos mayores rigores. Por consiguiente se dejó una entera libertad á los comandantes militares encargados de vijilar los pueblos,

y la mayor parte usaron de ella para vivir á discreción en casa de los habitantes acusados de puritanismo; mientras exigían fianzas á los ricos y arrastraban á los pobres en las cárceles.

Pero como sucede generalmente, la energía de los perseguidos se aumentó en razón de la injusticia de los persecuidores. La antigua levadura puritana fermentaba aun con demasiada fuerza en ciertas almas para no agriarlas. Privados de sus templos, los puritanos tuvieron reuniones en sitios solitarios, á fin de celebrar su culto y de oír los sermones de sus pastores. Los soldados del rey los perseguían como se persigue á los bandidos, pero ellos lejos de renunciar por eso á sus conciliábulos, asistieron armados y rebuzaron la fuerza con la fuerza. Veinte veces los dragones de Rulhewen tuvieron que disipar aquellas reuniones religiosas, y más de uno de sus camaradas, herido por la mano que ponía antes tenía la Biblia, dormía con el eterno sueño entre los matorrales de los Gramplians. Estas pérdidas habían exasperado á los oficiales y á los soldados que tímidamente habían jurado que no darían cuartel á nadie.

Enrique Lochlevin, que mandaba el destacamento detenido entonces en la aldea, se había hecho notable entre todos por el vigor de sus represiones. Era uno de esos oficiales de fortuna tales como salían en aquella época de la Irlanda y de la Escocia, que después de haber probado sus espadas en las guerras del continente volvían experimentados pero endurecidos y estranjeros á su patria.

El alférez Enrique Lochlevin se hallaba sentado á la mesa con el corneta Morton en la única posada del lugar en tanto que el resto de la tropa tomaba el fresco fuera. El alférez parecía estar de mal humor y contra su costumbre bebía á porción un vaso lleno de vino de Oporto. Después de un largo silencio que Morton no juzgó prudente interrumpir, alzó la cabeza, miró por la ventana, y observó á media voz que el sol declinaba en el horizonte.

— Siempre nos quedará bastante tiempo para llegar á Braemar, repuso el corneta, si el señor alférez no tiene que apartarse del camino para alguna expedición particular.

Lochlevin se encogió de hombros y respondió con presteza: — No, desgraciadamente; los deudores de salmos están en paz ahora; tratan, según parece, de economizar la pelleja.

— Y el señor alférez aburrido, desea la caza puritana, preguntó Morton riéndose.

Lochlevin meneó la cabeza sin responder y se puso á tocar la carga con sus dedos sobre la mesa, silbando al mismo tiempo el acompañamiento de pífanos indispensable.

— Es cierto, repuso el corneta, que el señor alférez tiene un gusto decidido por esas expediciones. Cuando da de sablazos á un cabeza redonda se cree que trabaja por su satisfacción personal y por su propia cuenta.

— ¿Y quien es decir que no sea así? repuso el oficial con otros matices.

— Morton se echó á reír.

— ¡Diantre! tenías acaso entre los santos algún primo que os haya quitado una sucesión, ó algún pecador reformado que haya sido vuestro rival?

— Mas que eso, Morton, mas que eso, dijo Lochlevin acabando su vaso de vino. Si no estoy siempre contento, es porque desde hace un mes que me hallo de vuelta en Escocia me vienen á veces unos recuerdos...

— Como hoy, verbigra...

— Si, hoy más que nunca, porque es el aniversario de un día...

Lochlevin se detuvo poniéndose de codos en la mesa y titubando del bigote.

— Ya comprendo; alguna aventura de juventud, dijo el corneta entre triste y risueño.

— Es una historia, Morton, una verdadera historia, repuso el alférez, que experimentaba evidentemente la necesidad de confiar á alguien lo que le preocupaba... Hoy hace de esto veintidos años; yo tenía diez y nueve; Isabel tenía diez y siete. Ningún obstáculo se presentaba á nuestro matrimonio porque nuestro nacimiento era igual así como nuestras fortunas: ni ella ni yo poseíamos nada, pero su familia había firmado el *convenant*, en tanto que los Lochlevin habían permanecido buenos católicos y fieles vasallos!

— De modo que los padres de la joven negaron su consentimiento...

— Así fué, Morton; pero á fuerza de súplicas decidí á Isabel á que no hiciera caso, y un sacerdote de Dornoch nos unió secretamente.

— Con que sois casado, alférez? exclamó el corneta sorprendido.

— Escuchad el fin, dijo Lochlevin con serenidad. Un mes después la familia de Isabel sospechó, no nuestra unión, sino un cariño cuyas consecuencias consideraron peligrosas. Por esto me denunció, y fui preso y llevado á Londres de donde me escapé al continente.

— Y vuestra esposa? preguntó Morton interesado en aquel relato.

— Mi esposa! repitió el alférez con acento conmovido; escribí para saber de ella, y me respondió... que se hallaba en el cementerio de Dornoch!

El corneta hizo un rápido movimiento.

— Por eso, continuó Lochlevin, no tengo más que ideas tristes desde que estoy aquí; son ráfagas de recuerdos que me vienen del Norte... Y ahora podréis comprender también, Morton, porque detesto tanto á esos perros de puritanos; así cuando cargó sobre ellos, se me figura que descargo mi ira sobre los asesinos de mi pobre Isabel.

— ¡Lléveme el diablo si no tenéis razón, alférez! — dijo el corneta conmovido; en adelante yo también tendré la misma idea, y sacudiré con doble fuerza.

Lochlevin hizo un ademán con la mano para darle las gracias, y llenó de nuevo los dos vasos.

Una pausa bastante larga siguió á la confidencia del alférez; la botella de vino tocaba á su fin; y ya estaba pensando en montar otra vez con su tropa, cuando se presentó una anciana en la posada.

Sus facciones parecían más destruidas aun por el uso del vino que por la vejez, viéndose en ellas una expresión de bajeza mezclada de hipocresía. Se acercó al oficial de dragones, multiplicando las reverencias, y proferiendo repetidas la palabra *lealtad*. Lochlevin creyó que le pedía una limosna y le hizo una seña de que los dejara.

— Vaya al diablo un país donde no se ven más que puritanos y mendigos, murmuró; brujá, dejáenos en paz; crees que los boñillos de los oficiales del rey están atestados de chelines? Anda á que te socorran tus amigos los puritanos.

— ¿Y quien ha dicho que son mis amigos? exclamó la anciana indignada. Piensan los oficiales del rey que Kitty se ha vuelto loca? Amigos míos aquellos que me reconocieron porque bebí según mi sed, y porque pasó el día descansando?... Amigos míos los partidarios del pastor Lemox... aquel que ha repetido tantas veces en el pulpito que yo era piedra de escándalo sobre la cual edificaba Satanás?... Ah!

No tengo más que decir una palabra y el señor alférez verá si soy su amiga.

— ¡Dila pues, repuso Lochlevin más atento.

— Primeramente el señor alférez se conapadecerá de una pobre criatura que viene de la otra orilla del Spey sin haber humedecido sus labios, dijo la vieja, y no la negará un vaso de vino para confortarla un poco; es, Peters, estos señores pagarán el cuartillo que vas á sacarme.

El mozo de la posada miró á Lochlevin, que hizo un ademán afirmativo, y en efecto, el mozo trajo á Kitty lo que había pedido.

— ¡Bebe pues, dijo el alférez, y si verdaderamente tienes algo que decirnos, aprestate porque nos están esperando en Braemar.

La anciana meneó la cabeza.

— No tienen nada que hacer por ese lado los dragones del rey, le respondió saboreando la espumosa bebida.

— Y dónde lo tienen? preguntó el corneta.

La vieja le quitó un ojo y se sonrió de un modo diabólico.

— ¿Qué darían los dragones del rey por saber en dónde se reúnen los puritanos ahora mismo?

Lochlevin se estremeció.

— ¿Qué estás diciendo? exclamó, has oído hablar de algún conciliábulo?

— No solo eso, dijo Kitty, he visto algunos de los que iban á celebrarle; los he seguido, y en menos de media hora el señor alférez puede llegar allá con su gente.

— Si es verdad lo que dices, no sentiré seguramente el vino que estás bebiendo.

— Y además el señor alférez no me negará una propina para brindar á su victoria? añadió la vagabunda.

— Emborrábada, con tal de que me lleves al nido de los cabezas redondas, dijo Lochlevin levantándose, ea, marcha, y probáenos que no estás borracha ni loca.

— El señor alférez perdonará á una pobre mujer que necesita de sus fuerzas para vivir, repuso Kitty sin cambiar de sitio, si se casa corriendo por las montañas en servicio del rey, ¿quién le pagará su trabajo?

— Ah! comprendo, dijo el alférez mirándola á la cara quieres ajustarlo antes; está bien; una libra.

— Esterlina, concluyó Kitty.

— Una libra de Escocia, y basta, repuso Lochlevin; que no rechuras hasta que nos muestres la reunión de los puritanos.

Y como vio que la vieja se preparaba á discutir sobre este punto, añadió bruscamente:

— Está cerrado el trato... á menos que no quieras ir atada al cinturón de uno de mis soldados hasta Braemar, como sospechas.

Kitty conoció que no sacaría nada más y aceptó las condiciones del alférez, que mandó ensaguida montar á caballo, hizo poner á la vieja detras de un dragon, y se dirigió guiado por ella hacia la garganta de la montaña.

Pero apenas habían pasado las últimas casas de la aldea, cuando Peters, el mozo de la posada, sin acordarse de tomar su gorra, ni de dejar la servilleta que llevaba amudada á la cintura, se precipitó en la misma dirección, tomando en atajo por dónde debía llegar mas pronto á la plazoleta del Lago.

Esta plazoleta en el centro de las colinas y lejos de todos los caminos conocidos, era uno de los puntos más solitarios de los Gramplians; pero aquel día, como lo había declarado Kitty, los puritanos se habían reunido allí para una solem-

idad importante, cual era la del casamiento de uno de los suyos, el joven Reinoldo, con la pupila del pastor Williams Lennox.

Este, proscribo y fugitivo, erraba tres años hacia por los Grampains, donde sus predicaciones animaban á los mas tibios, pero sin ningun temor por su persona, el digno pastor se hallaba lleno de inquietudes por la hueraña que le estaba confiada. Conocia que Enriqueta necesitaba un protector menos comprometido, que pudiese servirle de escudo en las adversidades, y habia aceptado á Reinoldo por esposo, previo el consentimiento de la joven.



Una boda entre puritanos.—Dibujo de Freeman.

pruebas de Israel, acababa de escribir en el registro, que hasta entonces habia estado oculto á los ojos de los emisarios del rey, el contrato de casamiento de los nuevos esposos. Williams Lennox tomando la palabra se habia puesto á comentar con una gravedad tierna las palabras del Eclesiástico: «Ay del hombre solo!» Y espicaba las santas alegrías y los nobles deberes de aquella union de dos almas que iban á convertirse en una sola. Los asistentes, atentos á la predicación, no miraban mas que á Reinoldo y Enriqueta! De repente se oye á lo lejos un grito angustioso: Lennox se detiene; todos los ojos se levantan... En lo alto de la colina se ve á Peters, agitando la servilleta que llevaba a la cintura, y gritando palabras que se lleva el viento, pero que desde luego se comprenden.

Instantáneamente todos los hombres se levantan, y aplican el oído: el galope de los caballos resuena en la cuesta de las colinas; acercándose por instantes: una nube de polvo en medio de la cual brillan cascos y espadas, aparece á la entrada de la plazuela!

Hallábanse pues reunidos todos los fieles en la plazuela del lago para la celebración de este matrimonio. Los jóvenes de ambos sexos habian acudido con la emocion casi personal, que en esa edad es quizá el único objeto constante de todos nuestros pensamientos; los jóvenes habian ido con sus niños buscando un recuerdo, y los ancianos, con la Biblia en la mano, estaban allí tomando una leccion en que la santa palabra debia resonar mas fuerte y penetrante.

Todo el mundo andaba disperso al borde de las aguas y entre las rocas. John Ritter, un justo de antigua data, que según la expresion del tiempo, habia visto los triunfos y las

brian la tierra. Los dos esposos se hallaban tendidos sin vida en medio de la plazuela, con las manos entrelazadas aun; á su lado Williams Lennox exhalaba el último suspiro, y un poco mas allá estaba el cadáver del justo Ritter, con la pluma y el registro.

Lochevin se volvió hacia el corneta que habia echado pié á tierra para ajustar la silla de su caballo.

—Morton, ved pues lo que esas gentes podian escribir cuando hemos llegado á sorprenderles, le dijo; sin duda es alguna proclama sediciosa, ó alguna lista de conspiradores.

El corneta cogió el libro manchado de sangre, y miró la página que estaba abierta.

—Pues es el registro de su iglesia al aire libre, exclamó, y la prueba es que acaban de estender un contrato de matrimonio; sin duda el de esos dos jóvenes: señor alférez, su luna de miel no ha sido larga.

—Está bien, interrumpió Lochevin; os llevaréis ese libro como documento.

Pero el corneta se habia puesto á leer á media voz el contrato redactado por Ritter.

«A la vista de Dios y en cumplimiento de su ley;

«Se han presentado declarando que quieren unirse en santo matrimonio,

«Carlos Reinoldo y Enriqueta de Glencairn...

—¿Qué nombre es ese? exclamó el alférez palideciendo.

—Vedlo vos mismo, replicó Morton acercando el registro y mostrando la línea... Enriqueta de Glencairn.

—¿Nacida en Dornoch! continuó el alférez que tenia ya un velo sobre los ojos.

—De María Glencairn, continuó el corneta.

—Y de Enriqueta de Lochevin, acabó Williams Lennox incorporándose.

—Hija mía! balbuceó el alférez... tenía una hija!

—Que me fué confiada por su madre moribunda y que acabas de matar ahora, dijo Lennox.

Lochevin lanzó un grito y vació sobre la silla de su caballo.

—Dios es justo, repuso el pastor espirante; has derramado sin piedad la sangre de tus hermanos, y en tu furor has mezclado sin querer tu propia sangre. El acero templado por el odio tiene dos filos, uno para el enemigo y otro para la mano que le esgrime.

## GOSTUMBRES HOSPITALARIAS DE ORIENTE.

EL KAN Ó KIARVANSERE.

I.

Los orientales comprenden bajo la voz genérica de *Kan* todos los sitios públicos donde son admitidos los viajeros, dando mas particularmente el nombre de *Kiarvansere* á los espacios edificios que destinan para recibir á las numerosas compañías de mercaderes llamadas *Kiarion*, que impropiamente designan los europeos con el de *caravanas*. Casi todos estos edificios se deben á la piedad de los pachas ó al desprendimiento de varios particulares, que despues les han puesto bajo la salvaguardia de la religion, consagrando á las mezquitas el espacio producido que rinden.

Los *Kiarvansere* están casi siempre hechos de cuatro murallones que forman un gran patio. En el piso bajo están las cuadras y los almacenes; la planta superior se divide

en multitud de habitaciones, cada una con su chimenea y con paso á una galería exterior. En medio del patio hay una fuente abundante adornada con gusto y á su alrededor plátanos magníficos que sirven á la vez para dar sombra y abrigo al fatigado viajero. La vista de un *Kan* á la caída de la tarde, hora en que van llegando las caravanas para pasar la noche, es un espectáculo interesante. Largas filas de camellos entran á depositar sus preciosas cargas, multitud de caballeros les acompañan ó les siguen con trajes y armas diferentes. El movimiento es general, se hablan á la vez muchos idiomas, se hacen amistades en un momento y se renuevan con alegría las relaciones antiguas. Los unos ofrecen sus mercancías, los otros interrogan acerca de los peligros del camino; todas las naciones, todas las religiones se acercan y hermanan por un interés común. A la entrada hay sentado un anciano que es un conserje del *Kan* encargado de conservar el orden interior de la casa, el cual recibe á los viajeros, les devuelve el saludo, contesta á sus preguntas y se informa de los que aun no han llegado. Todos se felicitan al volverle á ver y evita cualquier disputa. Si en su vez vela por los intereses de sus huéspedes, les designa el puesto que deben ocupar y evita cualquier disputa. Si en medio de aquellos ricos convoyes venidos de tierras lejanas se encuentran, por un contraste demasiado frecuente, algunos infelices desprovistos de todo recurso, son tratados en nombre de Dios y de Mahomá como hermanos que acaban mas penosamente que los demas la peregrinación de su vida. Allí pueden entrar sin temor; sobre la puerta hay escritas estas palabras grabadas en letras de oro:

EL PARAISO FERTENEGE  
A LOS QUE DAN DE COMER POR AMOR DE DIOS,  
A LOS DESGRACIADOS SIN RECURSOS,  
A LOS HUÉRFANOS Y A LOS ESCLAVOS.

A la vista de tales monumentos, ¿quién no reflexiona un momento sobre el origen y diversas prácticas de esta virtud oriental al parecer tan antigua como el mundo? En las comarcas es sobre todo donde las costumbres han conservado su sencillez primitiva: bajo las tiendas de aquella gente errante, rica con sus numerosos rebaños y feliz con su independencia, es donde se encuentran las costumbres patriarcales; donde aun se cree ver al mismo Abraham olvidando el peso de sus años por gular á los viajeros estraviados y exhortarles á no abandonar su hogar, donde el piadoso Tobias, modelo de caridad, endulzaba las amarguras de la cautividad aliviando las desgracias de sus hermanos. En los lugares donde se representa así la viva imagen de las costumbres antiguas, el viajero que es acogido y acogido bendice la fidelidad con que aquellos pueblos conservan las piadosas costumbres de sus padres, y desea que vivan felices, que el generoso y hospitalario amo de la casa no se vea jamás obligado á esclamar como Job cuando succumbia al exceso de sus dolores: «Y sin embargo, yo no he dejado á ningun forastero fuera de mi hogar, ni mi puerta se ha cerrado nunca para los peregrinos.»

Efectivamente, todos los árabes, á semejanza de Job, podrian tomar hoy mismo al cielo por testigo de su respeto por estos sagrados principios de hospitalidad; las costumbres que les son peculiares se remontan como su descendencia á las primeras edades del mundo. Despues de algunas frases de cordial y recíproco afecto, el viajero ofrece un ligero presente, que es siempre recibido con religioso sentimiento: cualquier regalo de consideracion se

consideraría como un insulto, y si al cabo de un largo viaje se encuentra sin algún producto del suelo ó de la industria de su país, una flor sencilla, la rama de cualquier arbolillo cogida cerca de la casa le basta para franquearse la entrada. Este acto es la fórmula de que se valen cuando piden un asilo y la que todos entienden. Ofrecer una hoja verde es para los pueblos de Oriente sinónimo de pedir hospitalidad. Los criados, los niños rodean diligentes al *muzafir* (4) como si les trajese una buena noticia; su presencia es para todos un motivo de júbilo, y puede estar bien seguro de que nada descuidarán de cuanto pueda hacerle agradable su morada. Se considera como un deber imprescindible tenerle en casa tres días y matar en su obsequio el mejor cordero. El dueño de la casa invita al *muzafir* a llevar el primero la mano al plato, y hacer sus veces. Según el uso admitido, él es quien debe hacer los honores de la comida al que se le da, ofreciéndole el primer bocado. El año le da en seguida las gracias por haber escogido su casa, se felicita de la preferencia con que le ha distinguido, y declara que la considera como de feliz prosaio.

Los mismos árabes beduinos, dispuestos siempre al pillaje, y á quienes ningún vínculo une con las demás naciones, que despojan sin piedad á las caravanas que atraviesan los desiertos y persiguen al viajero que hoye de su presencia; que se creen con derecho de recuperar por fuerza la antigua herencia de que fueron, según dicen, injustamente despojados en la persona del israelita, parecen dispuestos siempre por un contraste singular á olvidar su carácter naturalmente feroz á trueque de ejercer la mas noble y valerosa hospitalidad. Ninguno de ellos abandonará jamás al extranjero que reciba bajo su techo; antes perecerá la familia entera defendiéndole, que sufrirá la afrenta de haber dejado insultar á uno de sus *muzafires*. Al abrigo de este sagrado título, atravesará el viajero los desiertos por medio de las hordas de enemigos protegido á la vez por el honor y la religión. Todos se indignarían á la sola idea de hacer traición al viajero que se hubiese amparado debajo de su tienda y hubiese comido pan en su compañía.

#### LA HOSPITALIDAD BAJO LA TIENDA.

##### II.

La primera vez, diez un viajero de los componentes de la Argelia, que me ocurrió pasar una verdadera noche en un campamento árabe, fué al salir de Batna en el sitio llamado Gsour, que es la primera plaza en aquel punto y Biskra, capital de los paraísos argelinos.

El aduar en que debía encontrar asilo, está situado en lo mas hermoso de la llanura de Gsour á la orilla de un riachuelo y entre los escombros de un pueblo romano que debió ser considerable y contener su municipio á juzgar por la importancia de las ruinas y gran superficie de terreno que abrazan. Está resguardado el aduar por una colina llena de peñascos y sembrada aun de fragmentos de columnas, pilas y grandes piedras cuadradas que atestiguan el brazo infatigable de los antiguos dueños del mundo. La ciudad romana formaba una especie de promontorio en la ondulosa llanura de Gsour. Desde aquel punto se admira un horizonte sublime, divídese el cielo en dos zonas la primera nebulosa

(4) Viajero, extranjero, huésped. Este título indica siempre un deber. En los documentos oficiales se llama á un ministro extranjero el muy distinguido *muzafir de la Sublime Puerta*.

y azulada que se extiende sobre nuestras cabezas, y la otra que se presenta ante nuestros ojos, colorada, luminosa y resplandeciente: es el cielo del Sur, el cielo del desierto, donde cesan las lluvias y se desconoce el frío.

En el centro del aduar se eleva una tienda espaciosa que es en la que me dan hospitalidad. Los extranjeros son recibidos en ella por cuenta de las dependencias árabes y mereced á un despacho expedido la víspera desde Batna encuentro al llegar todas las cosas dispuestas para recibirme dignamente. Se enciende una gran lumbrera de leña verde (gracias que estoy á prueba del humo) é inmediatamente despues se me sirve la comida, es decir, el *kuskus* en un gran perol de madera de una forma estravagante. No olvidaré jamás el aire de sumisión ni la humildad profunda del pobre diablo encargado de poner á mis pies aquella comida, lo cual hizo bajando la cabeza hasta el suelo y apoyándose respetuosamente sobre sus rodillas y codos. Por medio de un intérprete se me preguntó si quería que se dispusiera otro *kuskus* para mis tres *espaqs* (acompañantes). Respondí magnánimamente que era inútil, porque siguiendo la costumbre de los viajes comeríamos todos juntos. A las dos cucharadas que tomé del infernal *kuskus*, parecía que me habia tragado medio millón de alfileres. Era efecto de la pimienta y especias puestas á pufados en aquel guisado nacional; yo creo que se habia aumentado la dosis para festejar convenientemente mi llegada. Mis *espaqs* excesivamente ansiosos por aquella comida ytrifónica, no podian menos de manifestar su gozo con gruesas lágrimas que caian por sus mejillas no dire en sus platos, pero si en sus cucharas de madera. Yo me desquité con los pedazos de huevos duros y un poco de carnero cocido, que adornaban la parte superior de aparato.

El *kuskus* es una especie de semola ó de pasta formando granos del tamaño del arroz cuidadosamente cocido al vapor. Cuando está en su punto, se escurre el caldo perfectamente y se coloca en forma de pirámide en una copa romana á falta de cazuela honda. En las casas de mas rango se le echan garbanzos, pedazos de huevos duros y otras frioleras con un trozo de carnero cocido puesto en la cima del plato. Una vez colocado este en medio de los convidados se quita el pedazo de carnero para que caiga el *margah*, que es la parte esencial del guisado. capaz por sus muchas especias de abrir el apetito de un muerto. Cada convidado se arma entonces de su cuchara de madera y forma delante de sí su cueva particular para agotar aquel dichoso *margah*. Es de mal gusto, traspasar los límites de sus agujeros respectivos, de aquellos pozos artesianos gastronómicos, ni quitar á otro los garbanzos ó pedazos de huevos duros. Concluido el *kuskus* saca cada uno un trozo de carnero si él lo hay, auxiliado solo por los dedos pulgar é indice, y las sobras se juntan cuidadosamente con los huesos medio roídos para la canalla hambrienta de los perros.

Hay varios clases de *kuskus*: algunos tienen azucar y pasas de Corinto con buena cantidad de clavo. Pero esto es de mucho lujo; pues hay árabes que no han comido ni visto un terron de azucar en su vida. No acostumbra mezclarse los alimentos de cualquiera clase que sean; así es como comen separadamente la carne, el pan y las gallinas.

Vuelvo ahora á mi campamento. Abreviando la comida y dejando á mis *espaqs* consumir el residuo fui á dar un paseo á las ruinas de la ciudad antigua bajo la protección, á la verdad muy indispensable, de tres árabes armados de largas varas para defenderme de los perros ariscos y hambrientos que pululan por todo el aduar.

La tarde era deliciosa y admirable; recorrí por algún tiempo aquellas ruinas; y después de haber buscado en vano una inscripción ó algun vestigio artístico, llegué hasta el riachuelo que fluye con el aduar, dirigiéndome en seguida á mi tienda ya bien entrada la noche. Para refrigerarme del cansancio me sirvió el mismo esclavo tímido, una verdadera bebida de satrapa: la leche de *cincuenta ovejas*, si se le cree á Almeh (mi jóven dragoman, intérprete) el cual sin duda las habria contado y visto ordeñar. La capacidad del vaso de estaño en que estaba, sería de poco mas de un cuartoillo. No bice sino probarla y se la dejé toda á los *espaqs*. Despues de haber tomado algunas frioleras en vez de cena, llegó la hora de dormir, aunque no para mí que me fué imposible conseguirlo. Los hombres estan sentados en fila alrededor del fuego; los caballos pacen en grandes montones de tomillo que les gusta mas que el forraje y la cebada; los camellos tendidos parecen estings disformes sentadas á la entrada de las habitaciones; las risas y el hablar estridente de las mujeres confundidas con los relinchos de los caballos, con los tristes ladridos de los cancheros que guardan el aduar, y con el balido de los ganados, forman un conjunto heterogéneo y promueven el ruido mas insopportable.

Acostumbrados toda su vida á semejante algazara, no les impide reconciliar el sueño, ni les choca lo mas minimo ruido tan infernal. Así es que se admiran sobremedera de que alguno lo advierta y no les deje dormir. Si les ocurre hablar á media noche, á lo cual tienen estremada afición, siempre lo hacen desafortadamente, desde donde quiera la persona á quien se dirijan, aunque se halle profundamente dormida.

En el número de las peripicias de mi primera noche bajo el techo de pelo, debo contar la visita de una especie de monstruo blanco que se introdujo hasta mi lado con silenciosos gruñidos. Encendi al punto la bugia de mi candelero de camino, y reconocí á uno de los terribles perros del aduar, hambriento como lo están todos, que fué á la busma de los huesos esparrados por el suelo de la tienda, restos aun de la comida. Semejantes animales están poco cuidados por sus dueños respectivos, de manera que siempre andan oliendo donde guisan. En cambio les aplican buenas dosis de palos, y puede decirse que tanto los perros como sus amos, no han salido del estado salvaje.

La tienda árabe, es decir la casa de pelo, está compuesta, como lo indica el nombre, de pieles de cabra ó de camello. El aspecto de semejante morada, se parece al que presenta un navio encallado. Su forma es muy antigua, porque Salsio refiere que los persas así que arribaron á Africa se construyeron calañias con el cuerpo de sus navas destrazadas.

Este domicilio portátil suele hallarse dividido en dos partes iguales por un tabique de estacas entre las cuales se colocan las provisiones de la familia envueltas en pieles de animales, las ropas que puse, los útiles de la labranza y las bridas y armas del dueño. La puerta situada á la derecha de la entrada se destina para los hombres; en la izquierda está el *giueco*, subdividido en dos partes distintas, sirviendo la una de sala y alcoba y la otra de cocina. Estas diversas piezas están cubiertas de tapices, de esteraz ó pieles de carnero segun las facultades del amo de la tienda. Algunos telares para tejer lana, unos cacharros de barro cocido y un molino para moler grano, compuesto de dos piedras engranadas entre sí que se mueven á fuerza de brazo, constituyen generalmente el ajuar de aquellas habitaciones rústicas. A la entrada de la tienda hay colgados pellejos lie-

nos de agua y de leche agria, únicas bebidas del pastor árabe.

Las tiendas de un aduar grande abrazan bastante estension de terreno y se hallan esparcidas sin orden ni simetría como sucede en muchas de nuestras aldeas ó caseríos; pero en los aduares pequeños estan agrupadas en forma de círculo como para defenderse unas á otras en caso de necesidad. Los caballos maniatados y los rebafios ocupan de noche el centro de aquel pequeño campamento; los perros lo rodean por la parte exterior y las gallinas con los demas animales domésticos son admitidos á disfrutar de las delicias de la tienda en compañía de las personas.

La leña y el agua son las dos bases en que descansan los campamentos árabes mucho menos caprichosos y móviles que se supone. El agua aunque poca corre generalmente junto al aduar. No puedo decirse otro tanto de la leña, pues escaseando á menudo se reemplaza con desechos de arbutos, troncos de cardos y yerbas secas recogidos en el campo por las mujeres á costa de mil sudores de su cuerpo bronceado y musculoso.

Véase pacer por las cuevas inmediatas á los rebafios de carneros y de buyes desmirrados, que es la gran riqueza de Arabia. Titiro y Melibe reviven en Africa; sus himnos pastoriles y canciones eróticas se amoldan perfectamente á la flauta agreste de algun armonioso Menalco, pastor como ellos, mientras que la cabra lasciva trepa por la árida roca, se engrabita por las ruinas, ó rumba el amargo cielo. Cuántas veces no he contemplado idillos reales y verdaderos en el sitio pintoresco donde se juntan los dos rios Bou-Merzoug y Oued-Rummel á sescientos pasos de Constantina, bajo los arcos medio derruidos de un acueducto romano! Todo mantenía la ilusión: el traje, el canto, la soledad y las ruinas. Ofrecia aquello un cuadro admirable: eran Virgilio y Teócrito en acción. Destacábase no lejos de allí un bonito grupo de lavanderas, judias ó árabes, que se rellejaban en la sonora corriente del Rummel. Admirando su hermosura, su gracia y sus alegres ecos de cantares y de risas, las veía desfilir una á una cómo la antigua niña con su anhora romana en el brazo inclinado hacia los hombros.

Poco pienso decir acerca de la cara de la *matroca* (fiebre). Es una diversion rústica que consiste en seguir al pobre cuadrúpedo, cortarle el paso por todas partes y darle muerte á palos. No es diversion de príncipes en Argelia, porque desdeñan esta distraccion propia de pastores.

Aquellos caran con león como sus antepasados humildes ó con halcon en el Hódna, en las montañas y en las regiones saharienses como nuestros grandes de la edad media, á los cuales se parecen en otras muchas cosas. La carne de la liebre berberica, que no se iguala á la de la Europa, es poco estimada de los árabes. Así es que la cazan solo por diversion ó por algun beneficio.

La operacion de hacerse asfitar la cabeza es práctica constante é higiénica de la Arabia y constituyó uno de sus placeres. Por esto lo hacen tan á menudo como pueden.

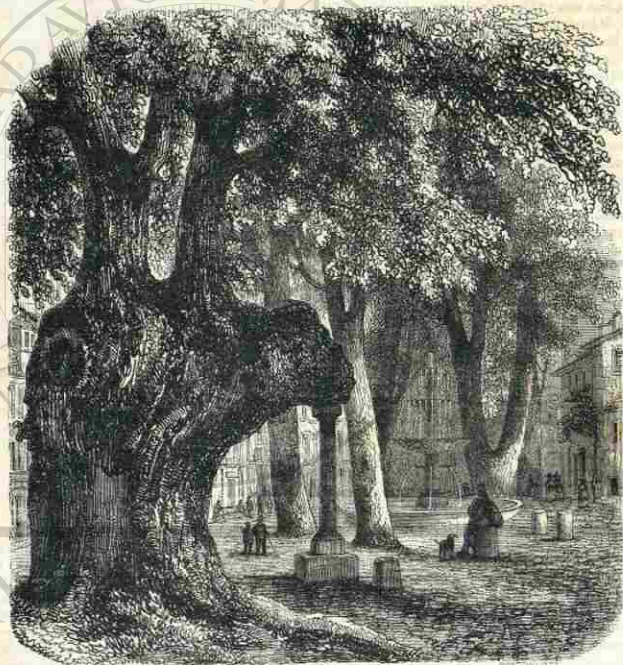
Habia pensado hacer una descripcion de las diferentes *smalas*, pero concluyo, porque no hay mas diferencia de aduar ó *smala*: que la de la parte al todo. Representese al aduar con camellos, caballos, hombres armados, tiendas, tumulto y algazara, y se obtendrá la impresion fiel en lo posible de aquellas ciudades ambulantes, de aquellas caravanas señoriales, de aquel movimiento en fin continuo y pintoresco.

## ESTADÍSTICA DE CULTOS.

Acaba de publicar el ministro de Cultos y de Instrucción pública en San Petersburgo una estadística de los disidentes domiciliados en el imperio ruso. De tal documento resulta que hay actualmente 8.869,278 en esta forma:

2.847,004 católicos romanos; 4.229,886 luteranos, 367,075 armenios gregorianos; 18,461 armenios católicos; 37,042 reformados ó calvinistas; 4.189,802 israelitas; 2.320,840 mahometanos; 490,092 láimaitanos, 163,030 paganos diferentes.

## ARBOLES NOTABLES.

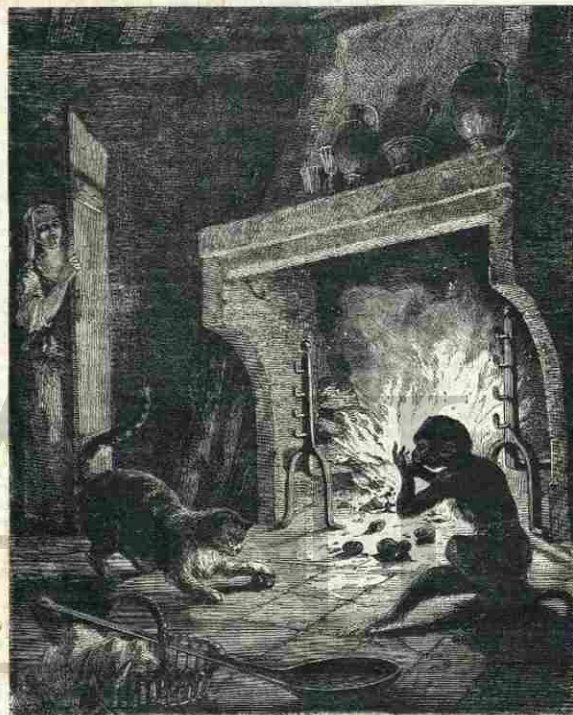


El olmo de Brignolles. (Departamento del Var). — Dibujo de CHAMPEL.

El río de Carami corre por fuera de los muros de Brignolles. Según la tradición, hace cinco ó seis siglos pasaba por el sitio donde está hoy la plaza que lleva su nombre, y entre los árboles de su ribera se hallaba el olmo notable que se ve en nuestro grabado. Ya en el siglo XV este olmo era una de las curiosidades de Brignolles. Miguel de l'Hospital, nacido á principios del siglo XVI, celebró sus raras proporciones en los escritos que compuso durante su destierro en la Provenza. En 1564, el 25 de octubre, Carlos IX, en una

casa en frente del olmo presenció bajo sus ramas un sálego balle. Con el tiempo hubo que apuntalar este venerable patriarca de los árboles del Var; y así se halla apoyado en una pilastra de madera de 2 metros 20 centímetros de altura. Se dice que en la gran cavidad que formaba su tronco, han vivido mas de una vez familias de artesanos; pero habiéndole cerrado con piedras y cemento, en el día no puede servir de habitación á nadie.

J. B. OUDRY.



Horizán y Balón.

La fábula de Lafontaine que lleva este título es bastante conocida para que haya necesidad de transcribirla aquí. Oudry ha elegido el momento en que el gato está sacando las castañas de la lumbre y el mono se las come. El uno se quema; el otro se divierte comiendo; antigua historia de nuestra especie, en que el necio trabaja para que el diestro goce.

Oudry, que pintaba tan bien los animales haciéndolos tan expresivos, debía necesariamente descollar en la ilustración de ese poema de mil cantos diversos, escrito por el inmortal fabulista.

Ese talento superior en este género, le valió á Oudry una rápida fortuna. Igual á Desportes en fecundidad y en ingenio, gozó en la primera mitad del último siglo de una reputación que ha llegado hasta nuestros días. Hé aquí un detalle muy curioso concerniente á la historia de las producciones de su pincel: El príncipe de Condé, primer ministro de Luis XV, después de la muerte del Regente, temblaba por

la vida del joven rey. Á causa de la mala salud que este disfrutaba, Lemontry dice en su *Historia de la Regencia*, que empleó toda clase de artificios para inspirarle el gusto de la caza, que debía á la vez fortificar su cuerpo y desviar su espíritu de los grandes estudios.

El bósque de Chantilly se volvió pues la Academia del monarca de quince años; llenábanse sus aposentos con los mejores cuadros de Oudry; el jesuita Tournemine publicó una disertación á fin de probar que la inclinación á la caza en un joven príncipe, es el presagio de una heroica virtud, y por último, el primer ministro llevó la seducción hasta el punto de acular en honor del rey una medalla histórica con esta inscripción: *Et habet sua castra Diana*. Estos indignos artificios eran innecesarios. Aquella misma esterilidad de alma que infundió á Luis XV la pasión del juego, le precipitó en las fatigas de la caza, con tan poco freno, que el príncipe de Condé estuvo á punto de arrepentirse de su obra.

Oudry formó parte de la comitiva en estas cacerías por orden de Luis XV, para que las pintara; como Van der Meulen asistió, con el mismo objeto á las campañas de Luis XIV.

Cuando se examinan atentamente los cuadros de Oudry, así como los de Desportes, cuando se estudian esos animales tomados en lo vivo de la realidad con su movimiento, su actitud, su vida, y la variedad de pincel que en la mayor parte de esas obras no tiene nada que envilecer á la *Cacería de la garza real de Teniers*, se sorprende uno de que ciertos maestros de la escuela francesa no tengan unos nombres tan conocidos como los que poseen Flandes, la Holanda, la España y la Italia.

Profesor en la Academia de pintura y pensionado por el rey, Oudry disfrutó durante muchos años de una habitación con estudio en el palacio de las Tullerías. Cuando murió, como ya hemos dicho, en Beauvais, en 1768, reedificó de la manufactura de este nombre y también de los Gobelins.

J. J. AENOUX.

#### UN CEMENTERIO A LA ORILLA DEL MAR.

Un cementerio á la orilla del mar! En estas palabras se encierra una crónica muy interesante de los peligros sin número de la vida del marino y del pescador! Solo vagando en medio de sus tumbas puede comprenderse bien la vocación de esta carrera, abrazada por elección ó por necesidad. En los bellos días nos sirve de satisfacción contemplar desde la orilla el inmenso Océano cuyas olas centellean y resplandecen magistrosamente. Entusiasmados con esta sublime escena, divisamos las blancas velas relumbriendo sobre el verde de las olas, los buques de vapor surcando el cielo con sus tubos de humo y transportando alegres viajeros hacia nuevos espectáculos; venimos á los marinos sobre la playa ó entre las rocas poniendo á flote sus barcos de pesca ó conduciéndolos á apuntar la ancla. El mar entonces y el pueblo que lo anima, toman á nuestros ojos un aire festivo; el trabajo, las malas noches, los prolongados sufrimientos, la muerte, se ocultan á nuestro pensamiento bajo la espléndida decoración del teatro, bajo el aspecto sereno y franco de los actores mismos. Pero que diferencia si contemplamos la vida del pescador en su conjunto, y no apartamos de este cuadro de existencia agitada al invierno y las tempestades! Pocos son los que pueden seguir al marino en su realidad; pero los que deseen formarse una idea exacta de su vida, pueden ciertamente lograrlo visitando un cementerio situado á orillas del mar.

Poco tiempo hace que recorrimos dos sobre las costas de Yorkshire, y vamos á buscar ahora nuestras impresiones arrojadas entonces con rapidez sobre el papel. Nuestra primera visita fue al cementerio de Filey, pequeña aldea bien conocida de los *touristas* por la inmensa extensión de sus arenas y la austera beneficencia de lo que se llama el Puente, punta de rocas que avanza á lo lejos en el mar, y sobre la cual se puede andar cuando la marea está baja; cuando las olas suben y vienen á estrellarse contra este promontorio, nada iguala á la grandeza salvaje de estos lugares.

En las tempestades del invierno llega á ser este puente para los marinos un verdadero puente de los suspiros, porque muchos navios, y de los mas poderosos, se han hecho astillas sobre estas rocas.

Sobre una de las primeras tumbas que hirió mi vista en el apacible cementerio de Filey, lei esta inscripción: « A la memoria de Ricardo Richardson, que pereció desgraciada-

mente en las aguas el 20 de diciembre de 1799, á la edad de 48 años. » Y al lado: « Isabel su mujer, que murió el 19 de enero de 1833, á la edad de 89 años. »

El desgraciado pescador pereció sobre las rocas, y su mujer buscó en ellas su cuerpo durante el espacio de tres meses. En esta dolorosa tarea se hallaba sostenida por la idea inalterable de que al fin le hallaría. Durante todo el invierno seguía todos los días el flujo de la mar que se retiraba, y con sus ojos ardientes exploraba cada punta de roca, cada grieta, cada puñado de tierra en medio de las algas marinas que las tempestades conducían sobre estas orillas. En vano sus vecinos le decían que ya no había esperanza alguna de encontrarle, y que el buscarle tan penosamente en medio de aquel frío glacial, acabaría por serle funesto; todos los días se podía ver á esta solitaria exploradora despreciando al viento y la tempestad; al fin fue recompensada su perseverancia, descubriendo el cuerpo de su marido, y pudiendo al menos tener el consuelo de confiarle « á la tierra su madre... » De qué fuerza moral estaría dotada la que sobrevivió durante 44 años á esta estraña vigilia del amor conyugal, llegando á la edad de 90 años!

Cerca de allí se encuentra una piedra que recuerda la memoria de un patron y de su mujer que perecieron juntos por una racha de viento, en una travesía desde Londres á Shields; otro murió en un viaje á Quebec; dos hermanos, de los cuales el uno se ahogó en el Támesis, mientras que el otro pereció en Constantinopla. Los epitafios son sencillos sobre estos sepulcros, que suelen no contener los cuerpos, y son en general una expresión de sensibilidad verdadera, mucho mas notable cuando se les compara con las pagadas líneas que ordinariamente leemos en los cementerios.

Algunas veces, un barco sepultándose en las ondas, esculpido sobre la piedra, representa el destino del que reposa bajo el monumento; mas lejos, sobre la tumba de un joven marino mas feliz, se ve un bajei con las velas desplegadas, bajo el cual se leen sinceras gracias á Dios por haberle libertado con frecuencia de la muerte.

El cementerio de Filey tiene sus historias de tierra firme, así como sus leyendas marítimas. Hay una sobre todas, y bien reciente, que excita el interés del visitador. A la izquierda, cerca de la puerta de entrada, se encuentra una piedra con los nombres de Isabel Cammisch, de edad de 21 años, muerta en el mes de agosto de 1818, y de Roberto Snarr, ingeniero, muerto en marzo de 1849, á la edad de 37 años. Isabel Cammisch murió de tisis. Era la novia de Roberto Snarr, cuyo afecto hacia ella era tan fuerte, que después de la muerte de la joven doncella, continuó considerando á los padres de ella como si fuesen los suyos propios: viviendo con ellos, no les dejaba mas que para vagar alrededor del sepulcro de Isabel. Una mañana fue á visitar por última vez esta tumba amada antes de partir para Northumberland. La madre de Isabel le había dicho un día: « Roberto, con mi sentimiento he olvidado pagar la cuenta del médico por la enfermedad de mi pobre hija, y es necesario que vaya á pagarla. — Ya está hecho, madre, replicó Roberto. — La suma subía á cerca de 20 libras, y la madre de Isabel había insistido inútilmente para reembolsarle este dinero. Aquella misma mañana, cuando volvía del sepulcro de su novia, la anciana madre le había repetido: « Roberto, nos vais á dejar, y no sabéis cuales podrán ser vuestras necesidades. Quiero pagarlos lo que os debo. »

— Madre, replicó el joven, guardad ese dinero, y si me sucede alguna desgracia, servirá para pagar mi entierro; pero no lo recibiré nunca mientras exista. Lo que poseo ha-

bría sido de Isabel si hubiera vivido, y gozo una melancólica satisfacción pensando esta suma.

Media hora después de estas palabras traían el cuerpo ensangrentado de este joven del camino de hierro, sobre el cual iba á realizar su viaje; y el dinero que no había querido recibir, sirvió en efecto para enterrarle en la misma tumba de Isabel Cammisch. La poesía no ha desaparecido, pues, del todo de la vida, cuando hasta los caminos de hierro le pagan su tributo.

Si continuamos nuestra peregrinación á los sepulcros, que nos hablan de la existencia agitada de los marinos, el cementerio de Scarborough es uno de los que deben interesarnos mas. La antigua iglesia de Santa Maria se eleva al pie de la montaña del castillo, y domina desde su altura la multitud de tumbas colocadas alrededor de ella. Este paraje fué probablemente por largos años el gran depósito de la muerte. Cuando los sajones ocupaban el país, cuando los dinamarqueses saqueaban las costas á las órdenes de Regner Lodberg, fortificaban el cabo Flambro y edificaban á Whitby, la blanca ciudad en que Pedro Gabeston mandaba el castillo por Eduardo II, y ante el cual fué muerto John Melindar, general de los parlamentarios; es verosímil que este cementerio tan poblado en el día recibiese entonces á todas estas generaciones de guerreros. Y sin embargo, qué de piederías recordan solamente la memoria de aquellos cuyas cenizas se hallan diseminadas en otras tierras! CEtemos algunos de estos desgraciados que han muerto en otros países y no tienen en el suyo mas que un simple recuerdo. — William Allen, abogado en Chavaste, noviembre de 1828, de edad de 13 años; — y José Allen, *hijo del precedente* (notese que pereció en el naufragio de un buque de salvamento, el 17 de febrero de 1836, á la edad de 13 años.)

Allí se encuentran también los nombres de tres personas ahogadas en este mismo bajei del salvamento; mas lejos, la tumba de un marino que pereció en Rusia; otro en la travesía de la Nueva Escocia; un tercero en un viaje á la isla Mauricio; Roberto Scott se ahogó ante Eisenaur, y su hijo á la vista del cabo de Buena Esperanza. William Tieklepenni ha sufrido su pena sobre las arenas de Osgodby, en enero de 1828. Si las arenas de Osgodby no estuvieran siempre cubiertas por las aguas, y si no se añadiese que William Tieklepenni vivió respetado y murió sentido, « se podría creer, según el estilo del epítapho, que había sido ahogado. Toda la tripulación y los pasajeros de la *Sesina*, que zombó sobre la punta de Bam, fueron sepultados en Pinnouth; pero se levantó un pequeño monumento á su memoria en el cementerio de Scarborough. Se hallan tambien numerosas menciones de personas arrebatadas en el desastre de la *Betty's Delight*, que se estrelló cerca de Scarborough, en 1844. Un marino, que murió en Santo Domingo, fué enterrado en Puerto Principe. Otros han hallado la muerte en los brazos de Lyop, durante una travesía á Dinárcos, « sobre la costa de Francia por los terribles efectos de la guerra. » Aquellos fueron dos marineros que murieron combatiendo á bordo de un buque del Estado. — Los unos han perecido al ir á Londres; otros al ir á la Jamaica. — En la rada de Yarmouth, — Whitby, — á la vista de la ciudad, — ante Sunderland, — en el naufragio de una barca en la punta Flanborough, — en San Juan de Nueva Escocia, — sobre la costa de Holanda, — á la vista de Jersey, — en Batavia, — en Java, — volviendo de América, — y uno, en fin, que murió de una insolación en Calcuta.

De este modo nos vienen de todos los países estas recuer-

dos de las muertes trágicas que hallamos á nuestros pies. Allí hay ciertamente muy pocas de estas ratas de agua, como las llamaba Carlos II, sobre cuya tumba pudiese grabarse un canto aigre.

Si se quieren seguir de mas cerca los acontecimientos que recuerdan estos lugares, se encuentran en ellos las memorias de terribles naufragios y de desastres sin número. Allí puede verse que la *Gloria* de Yarmouth pereció con toda su tripulación; *Betsy* y *Ana* fueron tragadas por las olas; la *Amisad* se estrelló contra las rocas; la *Esperanza* perdió su ancla en el momento del peligro, y el *Feliz Regreso* no halló en su nombre tan favorable una garantía suficiente para ganar el puerto. Después del espectáculo de que se vé uno allí rodeado, es menester pensar que solo un insensato puede confiarse á las ondas del Océano; pero mírense bien las caras fastadas que se encuentran en el camino y no se hallará en ellas ni melancolía ni desesperación. Estos son siempre los alegres lobos marinos, que cantan en el puerto su viva canción, y que al partir para las costas peligrosas, para el viaje mas terrible, hasta para la indagación inútil é impracticable del paso del Noroeste, se contentan con repetir el antiguo adagio: « todos debemos morir algún día. »

Erase el 4 de noviembre de 1824; el viento del Noroeste, que se había levantado desde el amanecer, soplabá con violencia. Los barcos pescadores, los buques carboneros, y otros bajeis que frecuentaban estas playas, llegaron bien pronto en confusión, buscando un abrigo en los puertos de Scarborough y de Filey; porque pasando estos no se encuentran otros en estas costas sino á mucha distancia; escepto Flarlington, que ofrece algun refugio poco seguro. El día amanecía sombrío y amenazador; todos los habitantes estaban á sus ventanas mirando los bajeis que se acumulaban en el puerto. A lo lejos se percibían algunos humos, colocados sobre las alturas, donde el viento les permitía apenas sostenerse, y que procuraban reconocer qué buques se hallaban en alta mar y qué peligros los amenazaban. Todo el mundo se hallaba bajo la impresión de un mismo pensamiento de tristeza; sobre esta costa donde el viento, cuando está en su fuerza, arroja de una manera irresistible á tantos navios sobre las rocas que la circundan, no debía concluirse tal día sin terribles accidentes. Desde el mediodía formaba la mar inmensas olas que lanzaban sus espumas sobre las mas altas rocas, mientras que los vientos desengañados llenaban el aire con sus temibles murmullos. Muchos navios llegaron con trabajo hasta el puerto, después de haber evitado, gracias á los esfuerzos multiplicados de la tripulación, el peligro de ser arrojadas y estrelladas en la costa.

Entre los barcos de pesca que buscaban asilo en la bahía de Filey habia uno que pertenecía á un joven llamado Jorge Joffile. Con su actividad y lo poco que le había dejado su padre, pescador como él, había llegado á adquirir la propiedad de una barca montada por cinco hombres, y con la cual hacia bastante bien sus negocios. Esta barca constituía todo su bien; así, algunas veces, durante las largas horas de la noche, y mirando la mar en que tenía arrojadas sus redes, pensaba en lo que sería de él si acontecia alguna desgracia á la *Bella Susana*. La barca había sido bautizada con este nombre que era el de su mujer; y cuando él se representaba en su imaginación á su bella y buena Susana con sus dos hijos en su pequeña habitación tan acuada y tan alegre, situada en una de las calles de Scarborough, no podía evitar un inevitable terror ante la idea de que pudiese suceder algun accidente funesto á su barca. Felizmente



eran pasajeros estos pensamientos, y solo intuían para hacerle mas activo y mas villante.

Entonces hacia ya algunos dias que se hallaba en el banco de Dugger, ocupado en la pesca del bacalao, cuando el estado del cielo le presujó una próxima tempestad. Al momento recojió sus redes, largó sus velas y gobernó hacia el puerto con su habitual destreza. No tardó en verse imitado por los otros pescadores que se hallaban en estos parages, y todas las barcas se dirigieron al mismo tiempo hacia la costa. Pero antes que él hubiese divisado la tierra, había arreciado el viento con violencia, y en el momento en que se aproximaba á la ribera, se convenció de que no podría ganar el puerto de Scarborough, y debería considerarse muy feliz entrando en el de Giley.

Después del mediodía del cinco de noviembre pudo en fin, á costa de prodigiosos esfuerzos, ponerse al abrigo y arrojar el ancla en medio de los otros buques extranjeros. Fatigados, empapados en agua, aniquilados por sus largos esfuerzos, sus cuatro compañeros subían con él á la aldea de Filey, cuando de repente les llamó la atención una multitud de marineros y pescadores, reunidos al pie del faro, y que en medio de la emoción general dirigían sus antojos hacia el mar. Volvieron al momento la cara y percibieron la causa. Un bello navio mercante, sin velas y no obedeciendo ya probablemente al timon, rodaba, conducido por las olas, y se dejaba ir al través hacia un grupo de rocas perpendiculares, rodeadas por el mar, y que se llama el Espectante, escollo funesto, contra el cual se han estrellado muchos bajeles.

«Nada puede salvarle ya,» dijeron algunas voces con una calma aparente, que hubiese tomado un extranjero por prueba de insensibilidad. Sin embargo, podía ya percibirse un movimiento en la multitud; Jorge Jolliffe y sus compañeros comprendieron lo que esto significaba; muchos de estos valientes se disponían á tentar los medios de salvar á los que se hallaban á bordo del navio, cuya pérdida no podía evitar ningún poder humano. Pocas esperanzas había ciertamente para los pasajeros, porque la roca tenía muchas millas de longitud y presentaba en toda su estension un muro perpendicular de unos doscientos pies de altura, contra el cual se precipitaba la mar con sordos mugidos. Aunque abrumado por la fatiga, Jorge resolvió inmediatamente unirse á los que desaban socorrer, si posible fuese, á aquella aterrorizada multitud que estaba sobre la cubierta del navio, ó darles por lo menos la satisfacción de ver que no permanecían indiferentes á su desgraciada suerte los que, mas afortunados que ellos, acababan de pisar la tierra.

Precipitándose entonces en una taberna inmediata, se bebió un jarro de cerveza, tomó un pedazo de pan y queso, y salió á un carro que se dirigía hacia la ribera conduciendo ya un gran número de pescadigres. Solo un hombre de su tripulación consintió en acompañarle, y este era su hermano menor. Los otros tres declararon que estaban medio muertos de fatiga y se quedaron atrás.

La carreta iba á escape, y mucha jente seguía el mismo camino con igual viveza. Durante este tiempo, una multitud de jóvenes marineros á pie, corrían á lo largo de las rocas, dirigiéndose por el camino mas corto para llegar al lugar de la catástrofe. Jorge y los que iban con él llegaron á un punto en que dejaron la carreta y se adelantaron hacia la ribera, llevando rollos de cuerda y vestidos para los naufragos. De tiempo en tiempo se oía el estampido del cañon de apuro que disparaba el navio en peligro. Por un mo-

mento se pudo pensar que la multitud que se hallaba sobre el puente tenía la esperanza de conducir el bajel al abrigo de la tierra y arrojar entonces el ancla; pero la terrible realidad de la situación en que se hallaban, acababa evidentemente de presentarse á los ojos de las victimas, y los espectadores del desastre se precipitaban hacia las rocas con ansiedad mayor, á medida que los estampidos sucesivos del cañon de alarma venían á herir sus oídos.

Cuando Jolliffe y sus compañeros hubieron ganado la cumbre de las rocas, era la caída de la tarde; y el viento continuaba soplando con violencia, y la mar no ofrecía á la vista mas que un vasto caos. La multitud miraba al navio con un sombrío silencio, en medio del ruido de las olas y de los vientos. Uno de los palos había caido tronchando sobre el puente, en el cual se veían tan solo algunas personas, que en actitud suplicante extendían los brazos hacia los marineros colocados sobre las rocas, para solicitar el socorro que desesperaban de poderles dar. En el momento en que el navio abandonado de esta suerte se aproximaba á las rocas, encontró un violento resaca de las olas, que retrocedían bruscamente después de haber chocado con la tierra; entonces se inclinó sobre un costado, traqueado en todos sentidos sin poderse enderezar. Las olas acababan de barrer el puente, y los pasajeros desaparecían dando gritos que se oían aun en medio de la tempestad. Los espectadores reunidos en la playa temblaban de horror, y conocían que iban á ser inútiles sus esfuerzos. Sin embargo, no podían apartar los ojos de este espantoso espectáculo; como impulsados por una fuerza extraña, contemplaban con triste feror este navio que á cada instante se aproximaba á su pérdida, cuando de repente distinguieron un anciano con la cabeza desnuda y los cabellos blancos chorreando espuma, aferrado al palo mayor, con las manos elevadas al cielo y los ojos fijos sobre ellos, como si aun tuviese la esperanza de que iban á salvarlo. Una emoción repentina recorrió la multitud. El buque se elevó por encima de las olas, y después desapareció en el abismo á poca distancia de las rocas. Algunos segundos mas, y todo estaba concluido. Desde la ribera arrojaron muchas cuerdas; pero la gran distancia y el furor del viento les impedían alcanzar su objeto, cayendo á lo largo de la costa sin que ninguna llegase al buque. No por esto se desanimaban, y una de ellas pudo en fin ser agarrada por el anciano. Al verlo resonó un grito general, aunque la posicion era demasiado espantosa para concebir una débil esperanza. El navio llegaba sobre las rocas; un paso mas, y quedaba estrellado. Todos los ojos se esforzaban para ver si el desgraciado había conseguido amarrarse con la cuerda. El trataba evidentemente de hacerlo, aunque sin saltarse del palo, temiendo ser arrastrado por la próxima ola. Pero sus fuerzas parecían agotadas; de diferentes lados se oían murmurar estas palabras: «No lo conseguirá jamás.» En este momento una nueva ola vino á cubrirle rullendo; el anciano permaneció siempre abrazado al palo, y al retirarse la ola, se pasó el brazo por la cara como para quitarse el agua de los ojos, y miró al cielo.

(Se concluirá.)

#### BRETAÑA.

##### UNA FAMILIA BRETONA.

Ninguna provincia de Francia ha dado lugar á tantas y tan diversas publicaciones como la Bretaña. Sobre todo en estos últimos diez años el antiguo ducado se ha puesto á la moda gracias á algunos hombres y á algunos libros que necesariamente han traído consigo una muchedumbre de limita-

dos. Felizmente, hay obras de un valor real que han sobre nadado en esas olas de compilaciones, y entre ellas deben contarse en primera linea las de M. de la Villemarqué y los magníficos estudios de M. Cousson sobre las «Instituciones de la Bretaña armórica.» Esta última obra, á pesar de sus tendencias demasiado exclusivas, será considera-

da siempre como una de las monografías mas doctas é ingeniosas de la literatura histórica de Francia. Algunos han dicho que era una obra de benedictino, y este fallo lejos de ser una critica es una exacta apreciación de ese trabajo tan paciente como concienzudo.

Pero semejantes libros sea cual fuere su valor, no pueden



Una familia bretona contemporánea.

ser de utilidad ninguna mas que á cierta clase de lectores preparados por estudios precedentes, y quedaba por escribir aun la historia de la Bretaña para todo el mundo, esto es, la historia que puede satisfacer al hombre entendido y gustar al ignorante, un relato de los hechos animado por el soplo de la poesia popular, y puesto en escena por el burlesco de lo que se propuso M. Pitre Chevalier en su «Bretaña antigua y moderna,» realizando sus intenciones con el mejor éxito. En su obra se encuentran sucesivamente la crónica, la tradicion y la leyenda, con el relieve que presta á

los hechos el grabado. La familia bretona contemporánea que acompaña á este artículo, es una de tantas preciosas escenas que dan vida y movimiento á la narración esplotandola á la mirada.

Bajo todos conceptos el libro de M. Pitre Chevalier, merece la atención que el publico le ha dispensado. Y en efecto, en ningún otro se halla una historia mas abundante y variada de la Bretaña, historia que puede reemplazar á un tiempo á los libros de erudición, y á los puramente literarios.

## LA FERIA DE LEIPZIG.

Con motivo de una de estas célebres ferias publicamos la siguiente carta que no deja de ofrecer interés:

Escribo á Vds. algunos pormenores acerca de la feria de Leipzig en medio de la agitación y movimiento que reina por do quiera.

No solo como asunto de alta importancia material, sino como espectáculo interesante al espíritu y á los sentidos, nada puede compararse con el que ofrece en estos momentos el teatro rico, animado y lujoso de las calles y plazas de Leipzig. Calculábase días pasados, según datos municipales, en 85,000 el número de forasteros que habían concurrido á la feria, pero sólo en el último domingo se aumentó hasta 85 mil con las personas que llegaron de los pueblos inmediatos de 15 ó 20 leguas en contorno. Añádase á esta masa flotante la población ordinaria de Leipzig que pasa de 43,000 almas y se obtendrá una suma enorme de 130,000 en contacto incesante los unos con los otros, impulsados todos por el activo aguijón del interés y entregados á una especie de fièvre mercantil, cuyo movimiento comercial mas pronunciado en los grandes establecimientos de París no daría de esto sino una idea insignificante.

La gran multitud de gente que circula por todas partes, solo vive desde por la mañana temprano hasta el anochecer, de manera que ofrecen las calles un contraste admirable á medida que la noche empieza á desplegar su oscuro manto. En medio de esta muchedumbre agitada como las olas del mar, se sorprende uno agradablemente hallando á cada paso tipos diferentes, trajes diversos y oyendo hablar todos los idiomas del mundo. Pero lo que resalta de la manera mas pintoresca entre la variedad de fisonomías tan distintas unas de otras, es la característica é inmutable hace muchos siglos de los judíos polacos. Todos ellos visten del mismo modo: un tonete corto de color oscuro ajustado por el tallo con un largo cinturón de seda ó de lana color azul ó de violeta; parecidos los mas de ellos á los que usa el alto clero de Francia. Este traje, al que acompaña una larga barba, no carece de cierta elegancia; mas ignoro si por desconfianza ó por otra cosa, la mayor parte de los judíos de la Polonia, que suelen ser los mas ricos, afecta guardar el desorden mas completo, indicando no vivir bajo la esclavitud de la parte exterior de sus *toilettes*. Es una lástima que así suceda, porque he visto algunos ancianos de larga barba blanca, mucho mas esmerados en el aseo que sus jóvenes correligionarios, y me han ofrecido el tipo admirable, bello y majestuoso de senectud que las pinturas de la escuela italiana presentan generalmente en los personajes bíblicos del antiguo y nuevo Testamento.

Otro de los vestidos mas originales que han llamado la atención ha sido el de las mujeres del ducado de Altenbourg. No se compone sino de cintas aglomeradas en la cabeza, desde donde bajan hasta pasada la cintura, con tanta profusión, que muchas veces tal conjunto de cintas representa un valor de 100 ó 450 thalers (de 1200 á 2000 reales). Todas estas cintas que á pesar de su excesivo número no bastarían para tranquilizar completamente el pudor, van acompañadas de un corpiño y un zagalejo corto y ajustado, que hace traición de la manera mas clara á las formas. Las mujeres de Altenbourg pasan como las de mejor sangre de Alemania, siendo un objeto de lujo tenerlas de nodrizas en las casas de alto rango.

Ya queda indicado que vive todo el mundo en la calle desde por la mañana hasta la noche. Debe añadirse tambien,

que la animación de los sitios públicos desaparece de la manera mas completa al oscurecer. El aspecto de Leipzig á tales horas se parece al de cualquier aldea retirada del bullicio de las ciudades, del movimiento del comercio y de la industria, que á las nueve de la noche estan durmiendo ya todos sus vecinos despues de una partida de naipes ó de lotería. En este concepto nadie se toma el trabajo de iluminar ni de abrir sus tiendas.

Habiéndome dirigido cierta noche al teatro donde una numerosa compañía italiana daba el *Casamiento secreto* de Cimbrós, acompañado de una pieza muy divertida, la *Peluca del doctor*, hallé que apenas habia una persona en la sala. Con gran asombro supe que la principal y casi la única distracción favorita de los concurrentes á la feria, sin distinción alguna de nacionalidad, consiste en ir á beber cerveza y comer jamón á unas salas vastísimas abiertas al público, donde las mas veces se cena con acompañamiento de grande orquesta. Tal diversion dura hasta las nueve de la noche, despues de la cual se retiran en perfecta armonía de ideas para entregarse temprano á ganar dinero españoles, franceses, alemanes, ingleses, rusos, moros, persas, griegos é italianos.

No seamos injustos. La completa absorción de las facultades intelectuales por el interés material del momento, no es tal sin embargo en un gran número de comerciantes que les robe todo el tiempo para hacer una romería al sitio, donde pereció gloriosamente José Poniatowik, muerto á caballo, según dice, de una manera tan *caballerosamente* lacónica, el espíritu del monumento erigido al héroe en las orillas del Elster.

Esta estraña! Mientras los hijos de las naciones que fueron ardientes enemigas de la Francia, vienen á rendir un homenaje, un recuerdo á la memoria del ayudante del hombre que dominó en otro tiempo á la Europa, quedan tristemente olvidados en el rincón de un cementerio de la población los sepulcros, donde yacen las cenizas de dos generales del ejército europeo coaligados contra la Francia. Estos son los generales rusos Schewitschen y Kudaseneff, que perecieron tambien con gloria en el campo de batalla de Leipzig.

Mas volviendo al asunto de la feria, termino esta carta dando algunos pormenores muy exactos sobre el movimiento de los principales negocios de este año.

A 16,000,000 de thalers (cada thaler asciende á unos 12 reales), se cree que llegará hasta el fin de la feria el valor de los negocios en gran escala.

El comercio manufacturero de Inglaterra y Alemania reunidos, han entrado por 5,700,000 thalers; el de Francia, por el de 1,800,000. Los artículos que han obtenido mejor éxito, han sido los chales, bordados y cintas de seda de Lyon y Saint-Etienne; una casa solamente ha vendido en un dia por valor de 304,000 reales. No hay bisutería francesa; la equip de Alemania es muy buscada. Varios comerciantes griegos han hecho compras bastante considerables de este artículo. Tampoco se han encontrado paños franceses. La Bélgica ha enviado paños finos, que han tenido poca salida. Lo contrario ha sucedido con los paños ordinarios de las fábricas sejonas de Merán y de Wertau, de los cuales se han hecho pedidos considerables para América.

Las pieles del Norte no han obtenido gran éxito en los primeros dias de la feria. Algunos comerciantes persas han hecho pedidos de tejidos ingleses de lana fina con dibujos.

En las ventas al por menor de juguetes de niños ha conservado Alemania la primacia como todos los años, por la abundancia y calidad de sus objetos.

En suma, aunque el comercio no deja de quejarse según acostumbrado, es lo cierto que ha dado la feria de este año, si no brillantes, al menos resultados muy satisfactorios.

## ESTAMPAS CURIOSAS.

## EL LEVIATAN.

Esta figura singular forma la mitad superior del frontispicio de un libro en 4.<sup>o</sup> publicado en Londres en 1654 por Andrew Crooke, intitulado: « Leviatan, ó la materia, la forma y el poder de una república eclesiástica y civil, por Tomás Hobbes de Malmesbury. »

Encima del hombre simbólico, se lee esta inscripción sacada del libro de Job:

« Ningun poder sobre la tierra puede compararse. » Debajo está el título del libro grabado sobre un cortinaje, y á cada uno de los dos lados se ven cinco cuadros con asuntos alegóricos que firman contraste unos con otros, como la espada y el báculo pastoral.

Los cinco asuntos de debajo de la espada representan: 1.<sup>o</sup> una fortaleza; 2.<sup>o</sup> una corona; 3.<sup>o</sup> un cañon; 4.<sup>o</sup> un trofeo de armas; 5.<sup>o</sup> una batalla.

Al otro lado debajo del brazo del báculo pastoral, los cinco grabados representan: 1.<sup>o</sup> una iglesia; 2.<sup>o</sup> una mitra de obispo; 3.<sup>o</sup> el rayo; 4.<sup>o</sup> un tridente sobre el que se lee la palabra: *Silogismo*; una horquilla con dos ramales, con estas palabras: *Directo, Indirecto*; otra, con estas dos: *Spiritual, Temporal*, y por último otra donde dice: *Real, Intencional*; dos cuernos en los que está escrito: *Dilema*; 5.<sup>o</sup> una asamblea de consejeros ó de magistrados.

La introducción del libro esplica la intención del frontispicio: vamos á traducir únicamente la primera parte:

« La naturaleza (esto es, el arte) á cuyo beneficio hizo y gobierna Dios el mundo) limitada por el arte del hombre en un crecido número de cosas, lo es tambien en el punto capital de que el arte humano puede hacer un animal artificial; En efecto, puesto que es evidente que la vida no es mas que un movimiento de los miembros, cuyo impulso se halla en algunas partes principales interiores, porqué no hemos de decir que los *animales* máquinas que se mueven por sí mismas con la ayuda de resortes y de ruedas, como un reloj) tienen una vida artificial? Y que son los *nervios* mas resortes? Y que son las *articulaciones* sino otras tantas *ruedas* que dan á todo el cuerpo el movimiento que quiso darle el artífice? »

« El arte adelanta mas aun, llegando hasta imitar esa obra racional y excelente de la naturaleza, el hombre; por que el arte crea ese gran Leviatan llamado una *república* ó un estado (en latin *civitas*) que no es mas que un hombre artificial, á pesar de ser mas grande y fuerte que el hombre natural cuya perfección y custodia le están confiadas. Obsérvese ademas que la *soberanía* es un alma artificial, porque dá vida y movimiento á todo el cuerpo; los *magistrados* y demas *funcionarios* (mediante los cuales se mueven los miembros y las articulaciones para cumplir sus funciones) son los *nervios*, que corresponden con la misma necesidad en el cuerpo natural; el *poder* y las *riquezas* de los miembros particulares constituyen la *fuerza*; *salus populi*, es lo principal; el *consejo*, á cuyo beneficio sabe todas las cosas que deben conocerse, es la *memoria*; la *equidad* y las *leyes*, son una *razon* y una *voluntad* artificiales; la *concordia*, es la *salud*; la *sedición* es la *enfermedad*; la *guerra civil*, es la *muerte*. Por último, los *pac-*

tos y *convenios*, porque han sido formadas en un principio las partes de este cuerpo político, reunidos, se parecen á aquel *fiat* ó á esta palabra: *Que el hombre sea hecho*, pronunciada por Dios en la creación.

« Para describir la naturaleza de este hombre artificial, consideraré:

1.<sup>o</sup> La *materia* de que está hecho, y el *artífice*; esto es, el hombre que es uno y otro;

2.<sup>o</sup> Cómo y mediante qué *convenio* ha sido hecho; cuáles son los *derechos* y los *justos poderes* de la *autoridad* de un *soberano*;

3.<sup>o</sup> Lo que es una república cristiana;

4.<sup>o</sup> Últimamente, lo que es el reino de las tinieblas.

« Sobre el primer punto, hay un proverbio vulgar del que se abusa hace tiempo, que viene á decir que la sabiduría se adquiere leyendo, no los libros, sino los hombres. Así sucede que queriendo aplicar estas palabras hay personas que no pudiendo dar otra prueba de su sabiduría experimentan un placer excesivo en ostar lo que creen haber leído en los hombres criticando poco caritativamente al prójimo por detrás. Pero hay otra palabra que se empieza á comprender, y es que se puede aprender mucho mas, siguiendo la antigua máxima: « Conócete á ti mismo, etc. » Esta obra extraordinaria fué una causa de disgustos para su autor.

« Hobbes, dice el Diccionario de ciencias filosóficas, publicado en Francia en 1654 su *Leviatan*, título que no significa, como se ha supuesto, un animal terrible y monstruoso, digno símbolo de la sociedad humana en el sentido del sistema de Hobbes, sino únicamente una obra de arte (*opificium artis*), donde la ciudad, por artificial que sea, es infinitamente superior en masa y en vigor al hombre natural. El *Leviatan* disgustó á los teólogos, porque les pareció perjudicial á la religion, y á los realistas que le creyeron favorable á la usurpación de Cromwell. Habiéndose vuelto sospechoso á su partido bajo este doble título, Hobbes se marchó de París (1653) donde habitaba desde 1640, volvió á Inglaterra sin afiliarse en ningún partido, y se encerró en la sociedad de los sabios y particularmente de Harvey, que aun le legó á su muerte una corta suma de dinero. »

Hobbes nació en Malmesbury, aldea del condado de Wilt en 1588, el año en que la armada española dirigida contra la Inglaterra fué dispersada por una borrasca. Enfermo en su infancia, Hobbes se fortificó con la edad, gracias á su temperamento y á la regularidad de sus costumbres, y vivió hasta la edad de noventa y un años. Su padre, que era ministro del evangelio, le enseñó cuando era niño las lenguas antiguas. A ocho años Hobbes tradujo en versos latinos la *Medea* de Eurípides; á diez y nueve, salió de la universidad de Oxford, donde habia estudiado con aprovechamiento para entrar de ayo en casa del conde de Devonshire, Guillermo de Cavendish. Despues acompañó á su discípulo á Francia, y á Italia, donde hizo otro viaje posteriormente con el hijo de Gervasio Clifton. Su primera publicación fué una traducción de Tucídides. En 1642 imprimió su libro titulado: *del Ciudadano*; en 1650, el *Tratado de la naturaleza humana*; en 1654, el *Leviatan*; en 1655, la *Logica* y el *De corpore* (del cuerpo); y en 1658, el *De homine* (del hombre).

Sus repudios y fuertes escritos en favor de los realistas contra las doctrinas liberales, le obligaron á desterrarse de Inglaterra. Ehbónes vino á Francia habitando en París por espacio de cuatro años, donde dió lecciones de filosofía y

de matemáticas al príncipe de Gales que se hallaba á la sazón en esta ciudad. En la época de la restauración se volvió á Londres, y publicó sus obras completas en 1668. Los debates que suscitaron en torno suyo sus principios filosóficos llegaron á hacerle insoportable la residencia en Londres. En 1674 se retiró al campo, donde compuso su biografía en verso latino, y donde murió en 1679.

Hobbes se halla clasificado entre los filósofos materialistas. He aquí lo que dice Tenneman acerca de él, en su *Manual de la historia de la filosofía*.

«En Inglaterra fué donde mas se resintió la filosofía de la influencia de Bacon. Su amigo Tomas Hobbes entró en sus miras, continuó sus ideas con mas vigor y consecuencia, y formó una doctrina materialista. A semejanza de Bacon, Hobbes adquirió en el estudio de la literatura clásica una profunda antipatía por la escolástica; sus viajes, sus relaciones con su ilustre compatriota, con Cassendi y con Galileo le hicieron pensar por sí mismo. Pero su filosofía se dirigió únicamente á un objeto práctico. Considerando la monarquía como la única garantía del reposo público, tomó



Estampa del siglo XVII. — El Leviatan de Hobbes. — Dibujo copiado de ABRAHAM BOSSÉ.

con la pluma en la mano una parte activa en la lucha de los republicanos y realistas. Murió en 1679 después de haber publicado diferentes tratados filosóficos y matemáticos, que habian causado á veces mucho escándalo á causa de sus frecuentes paradojas y del ateísmo que se les suponia.

Es muy verosímil que el mismo Hobbes fué quien concibió á idea y la composición general de la estampa simbólica que sirve de frontispicio á su Leviatan. De todos los artistas de París que habia entonces, ninguno mas capaz que Abraham Bosse para representar en un gracioso dibujo esta concepción extraordinaria. Aunque á la verdad no se halla ningún letrado en la estampa que indique la colaboración de este hábil dibujante, parece que no hay motivo ninguno para dudarlo. M. de Marolles ha colocado este frontispicio en las obras de Bosse que posee el gabinete de estampas, y Ma-

riette en su *Tabla manuscrita de las obras de Abraham Bosse* le describe en términos muy propios para que se conozca, aunque prueban al mismo tiempo que el sabio coleccionista no habia comprendido, y acaso no habia leído, el libro de Hobbes.

He aquí las líneas de ese precioso manuscrito que tienen relación con nuestro asunto:

«En esta figura misteriosa que sale del seno de la tierra con una espada en una mano y en la otra un háculo pastoral, simbolo de su poderío, se ve representado el poder espiritual y temporal reunido en la persona de los reyes. La figura sirve de frontispicio á la famosa obra de Tomás Hobbes, intitulada *Leviatan*, en la que el filósofo inglés, queriendo establecer reglas de política, da á los reyes una autoridad absoluta en materia de Estado y de religion.»

## LOS DOS SUEÑOS.



L. STARR INV.

composición y dibujo de G. STARR.

El desgraciado se ha dormido en ayunas recostado á los pies del miserable lecho en donde reposan su mujer y su hijo, y las terribles inspiraciones de sus infortunios le sugieren espantosos sueños.

Figúraselo que atraviesa un camino estrecho y sombrío por medio de un bosque, y que le sale al encuentro un hombre á caballo, vestido de terciopelo y de seda; lleva un bolsillo atestado de monedas de oro, y su mano desarmada juega con un guante de cuero de Córdoba.

El hambriento reconoce en él á uno de esos señores corrompidos cuya juventud se consume en vergonzosos desórdenes, y se pregunta de qué puede servir una vida semejante? A quién es necesario tal hombre? Ese oro, inútil ó peligroso entre sus manos, bastaría para hacer dichosa á una familia entera!

Al concebir este execrable pensamiento, el miserable aprieta convulsivamente el garrote que lleva en la mano, y se adelanta hácia el joven con ojos encendidos.

Durante este tiempo, la pobre madre medio aletargada,

estrechando á su niño entre sus brazos, sueña tambien que está viendo una mujer con ojos cariñosos y dulce sonrisa que se halla de pie junto á su cama, señalándole con la mano una mesa lleno de todo aquello de que carece la familia indigente. Vestidos de abrigo, provisiones de invierno, vino generoso para regocijar el desalentado corazón del marido; frutas que se escapan del ancho canastillo, juguetes de niño, libros llenos de santos consejos para las largas veladas... La madre fuera de sí no puede creer en aquella felicidad, y estrecha mas y mas á su hijo contra su corazón.

¿Cuál de estos dos sueños se realizará?

Ay! Preguntádselo á la caridad; ella decidirá entre ambos, ella abrirá esa pobre morada al crimen ó á la gratitud. Venga pues, para el bien de todos; porque solo ella puede consolar á los miserables y calmar á los desesperados; que esté vigilante día y noche, porque el hambre que maldice de día, por la noche se pierde y sueña en el crimen.

## SAMUEL CRISP

## LA VOCACION ERRADA.

## ANÉCDOTA HISTÓRICA-LIBRERÍA DEL SIGLO PASADO.

No muy adelantado el siglo XVIII de la era cristiana, hizo lo que se llama su entrada en el mundo Samuel Crisp, caballero inglés de noble nacimiento, buena educación, rostro y figura notablemente agradados, modales finísimos y casual mediano, relacionado con la mas culta parte de la sociedad de Londres, muy versado en los libros, elocuente hablando, y en fin, persona de gusto exquisito en literatura, música, pintura, arquitectura y escultura. Nada de lo que el mundo puede proporcionar le faltaba para ser feliz y respetado, la excepción de una circunstancia: a los diez y cinco años, los límites de sus facultades, para no despreciar honras que estaban á su alcance por correr en pos de triunfos para él inaccesibles.

«Es una verdad incontestable, dice Swift, que ningún hombre que conozca bien la índole y alcance de su ingenio se pondrá jamás en ridículo; así como nunca hará buen papel cualquiera que en ese punto se engañe á sí mismo.» No hay, en efecto, día que no nos suministre algun hecho en prueba de la profunda máxima citada; pero entre cuantas anécdotas recordamos, ninguna mas al caso que la historia de Samuel Crisp. Los hombres de su especie tienen señalado é importante puesto en la república de las letras; el de jueces, cuyos fallos determinan el lugar relativo que á cada autor corresponde en ella. Ni de la multitud, ni de los pocos humanos dotados de un destello del genio creador, han de esperarse fallos críticos profundos é imparciales: el vulgo, por una parte, no conoce, generalmente hablando, los buenos modelos, y por otra parte se deja llevar por cuanto le aturde ó le deslumbró; y á los hombres dotados de grande y original ingenio, á los hombres que han llegado á dominar una cualquiera de las altas regiones del arte, de ningún modo debe tomárselos ciegamente por jueces de lo que otros hacen.

Innumerables son los equivocados juicios de hombres tales, y comúnmente se dice que la envidia los hace injustos; pero fácil es dar mas noble y probable esplicacion de este fenómeno. La excelencia misma de una obra demuestró que ciertas facultades intelectuales de su autor se desarrollaron extraordinariamente á espensas de las demas, porque no le es dado al entendimiento humano extenderse mucho en todas direcciones simultáneamente, y ser al mismo tiempo gigantesco y bien proporcionado. El que llega á ser eminente en un arte ó en una manera á estudio especial del mismo, lo consigue por lo comun dedicándose con intenso y esclusivo entusiasmo á lograr una cualquiera de sus mas excelentes dotes, y en consecuencia las mas veces llega á embotarse en él la facultad de percibir las restantes recomendables prendas de las obras del arte que ejerce. Así, pues, fuera de lo que á su estilo especial atañe, alaba ó vitupera á ciegos y debe dársele mucho menos crédito que al mero inteligente adionado que nada produce, y cuyo oficio se reduce á gozar y juzgar. Un pintor que se distingue por la profunidad equisita con que acaba sus obras, invierte días y días en representar las venas de una hoja, los pliegues de un velo de en-

caje, las arrugas del rostro de una vieja, aproximándolas cuanto puede á la perfeccion: y en el tiempo que él emplea en pintar un pie cuadrado del lienzo, otro artista de diversa escuela cubre las paredes de un palacio de dioses abrumando á los gigantes con la ponderosa mole de descajados montes; ó da vida á la cúpula de una iglesia con multitud de mártires y serafines. Pues cuanto mas ferviente sea la pasion de entrambos por su arte, cuanto mas elevado el mérito de cada uno de ellos en su respectiva linea, tanto menos probable será que se aprecien recíprocamente en su justo valor.

Otro tanto acontece en literatura; millares de personas que no tienen un solo destello del genio que animaba á Dryden y á Wordsworth, hacen al primero la justicia que nunca pudo obtener el del segundo, y aprecian á este como tememos que nunca lo hubiera apreciado aquel. Gray, Johnson, Richardson, Fielding, gozan de la mas alta estimacion entre la mayor parte de las personas de claro entendimiento y selecta instrucción, y sin embargo, ni Gray hallaba mérito en el *Rasselas* de Johnson, ni este en el *Bardo* de Gray; Fielding miraba á Richardson como un solemne majadero; y Richardson habia siempre con disgusto y desprecio de la bajeza del estilo de Fielding.

Samuel Crisp nació, al menos tal nos parece, mejor organizado que la mayor parte de los hombres para el utilísimo cargo de crítico inteligente. Su talento y saber le hacian á propósito para apreciar justamente todas las diversas especies de capacidades intelectuales que se conocen. Como consejero tenía un valor inestimable: mas diremos, hubiera podido ocupar respetable lugar en la falange de los escritores, limitándose á cualquiera de los ramos de la literatura que solo exigen juicio, buen gusto é instrucción.

Desdichadamente, citando su ventura en ser gran poeta, escribió una tragedia en cinco actos sobre la muerte de Virginia y la puso en manos del celebrísimo actor Garrick, que era su amigo. Leyó Garrick el manuscrito, y mensando la cabeza, manifestó dudar de que fuera prudente para Crisp confiar su alta y merecida reputacion al éxito incierto de aquel drama. Pero nuestro autor, á quien cegaba el amor propio, puso en movimiento tal máquina, que á nadie le fuera posible resistirle por largo tiempo. Sirviéronle, en efecto, de intereses, los hombres mas elocuentes, y las mujeres mas amables de su época: obtuvo de Pitt (el ministro) que leyera su tragedia y la declarase excelente; lady Coventry, cuyas manos pudieran servir de modelos á un escultor, obligó al mal dispuesto empresario del teatro á que recibiese el manuscrito; y finalmente *Virginia* se representó el año de 1751.

Nada de cuanto pudo hacer la celosa habilidad de los amigos dejó de ponerse en práctica: Garrick escribió el prólogo y el epílogo, los palcos estaban tomados por los parciales del autor; y mereció á tantos y tan eficaces manejos, alargarse la vida de la tragedia hasta diez noches consecutivas. Mas á la verdad, aun cuando nadie prorumpió en descompasados clamores contra aquel drama, la opinion pública juzgó unánime que el autor no habia logrado su intento. Imprimiéase *Virginia*, y el disgusto del público fué todavía mayor en la lectura que en la representacion; los críticos, y singularmente los de las Revistas mensuales, censuraron los caracteres y la dición sin misericordia; y pero tambien, mucho lo tememos, con harta justicia. No hemos podido hasta ahora proporcionarnos ejemplo alguno del desventurado drama, pero á juzgar por los fragmentos insertos en el *Monthly magazine* (almacen mensual) y que al parecer, no fueron elegidos con dañado intento, diremos que sola la declamacion de

Garrick y la parcialidad del auditorio, pudieron salvar á tan delirante é inverosímil drama de caer en el acto de representarse ante el público.

Sin embargo, la ambicion del poeta no se dio por vencida; y apenas llegó la temporada del campo, dedicóse con aplicacion suma á corregir los defectos de su obra, no sospechando, al parecer, lo que nosotros sospechamos, esto es que la pieza era toda ella un defecto, y que las escenas que pasaban por buenas relativamente, eran en realidad explosiones de la extravagancia en que caen los autores cuando se empeñan en ser sublimes y patéticos á despecho de la naturaleza. Habiendo, pues, corregido, y añadido á placer, lisonjéose con la esperanza de obtener un éxito completo al año siguiente: pero llegado este, Garrick se negó á poner en escena la referida tragedia. En vano fué suplicarle; lady Coventry, abrumada con el peso de una enfermedad que parece escoger siempre sus víctimas entre las mas hermosas y amables, no pudo tomar parte en el negocio; y el empresario, en fin, espuso en términos cortesesmente evasivos su irrevocable resolusion.

Crisp habia cometido un error gravísimo, y leve fué el castigo que el público le impuso; porque su tragedia, en realidad no fué silbada en el teatro; antes por el contrario recibía con mas indulgencia que otras piezas mucho mejores, como por ejemplo, la *tragedia de Johnson*, y el *Hombre benévolo* (the Good natured man) de Goldsmith. Mas prudente, hubiera Samuel Crisp dado por satisfecho con adquirir el difícil conocimiento de sí propio á tan poca costa; y si por el contrario fuera de la especie de los zotes estúpidos y sin vergüenza, continuara escribiendo malas tragedias, á pesar de la critica, y desafiando los silbidos. Mas en vez de abandonar sin pesar la vana esperanza del laurel poético, y de aprovechar los numerosos manantiales de felicidad que aun le restaban, ó de obtenerse en su mal propósito de escribir tragedias; renegó, sí, á componerlas, pero afirmóse en la fatal lusion de que era un gran poeta dramático, atribuyéndolo su caída á todas las causas posibles, excepto á la verdadera. Quejándose de la mala voluntad de Garrick, quien, lejos de merecer tal acusacion, hizo cuanto el celo y el talento podian hacer, y á cuyos personales intereses convenia que el éxito de *Virginia* igualara al de las mas célebres composiciones de su tiempo. Hasta á sus amigos acusó Crisp de flojedad en servirle, como si á su parcialidad no debiera tres noches de representacion y gajancia á que ninguno derecho tenia; lastimábase de la injusticia del público, cuando hubiera debido agradecerle su insolita tolerancia. En último resultado, de tal manera varió su carácter, que tornándose cinico y misántropo, de Londres se fué á Hampton, y de Hampton á una casa, largo tiempo hacia deshabitada, y cuya posicion era en una de las mas solitarias de las desiertas regiones del condado (provincia) de Surrey. Ningun camino, ni siquiera una vereda de cabras, enlazaba aquel sombrero albergue con las moradas de los hombres; y los antiguos amigos de Crisp ignoraban que allí se hubiese retirado. Algunas veces, siempre en la primavera, solía versele en Londres en las exposiciones de pinturas y en los conciertos: pero á poco volvió á desaparecer, confinándose en su ermita donde no tenia mas sociedad que la de sus libros. Treinta años sobrevivió á su ruina: alzose en torno de él una nueva generacion y borrose completamente de la memoria de los contemporáneos la memoria de sus malos versos, pero el desdichado la conservaba íntegra, lastimándose continuamente de la injusticia del empresario y del patio, y procurando convencerse á sí mismo y á los demas de que se veía

privado de las mas altas honras literarias, solo por haber suprimido algunos de los mejores pasos de su obra, conformándose con el fallo de Garrick. ¡Pobre naturaleza humanas! Las heridas del amor propio duelen y sangran mucho mas tiempo que las del corazon!

Infinitas personas que perdieron en el año de 1754 sus hermanas, sus esposas ó sus hijos, lo habian olvidado, ó por lo ménos no lloraban amargamente tales desgracias en 1682; y en la misma época Samuel Crisp deploraba tan amargamente el mal éxito de su tragedia, como Raquel la muerte de su amado hijo. «Nunca (tales eran sus palabras) 28 años después de la catástrofe de Virginia) nunca alteris en vuestras obras ni una coma, á menos que la alteracion coincida plenamente con vuestra íntima conviccion. «Tengo derecho á decirlo así comprado muy á costa de mi tranquilidad; ¡pero dejémoslo estar!»

Poco tiempo despues de haber escrito las líneas que preceden, su vida que hubiera podido ser muy útil y muy feliz, terminó tan oscuramente como habia corrido durante algo mas de la cuarta parte de un siglo.

Una circunstancia notable nos resta que referir. Samuel Crisp en su voluntario desierto, solo conservó relaciones directas con una señorita, célebre entre los mas célebres autores de novelas de su época, Francisca Burney, despues de *Madama E. Arley*, á cuya pluma se deben *Everina*, *Cecilia* y algun otro libro de menos importancia.

Había conocido Crisp en la infancia, amábase con paternal cariño, y seguía con ella correspondencia tirada, dándole en cambio de las dramáticas descripciones que ella le hacia de la sociedad de Londres, excelentes consejos literarios, porque ya lo hemos dicho, Crisp era un crítico excelente.

Sucedió pues, que á los principios de su carrera literaria, ostentando la aventajada escritora á las súplicas de sus amigos mas bien que de su propia inspiracion, cometió la flaqueza de escribir una comedia tan mala como buenas eran sus novelas, que no es poco decir, y como de costumbre, la consultó con su hipocóndrico amigo.

Crisp entonces, con una rectitud de juicio que le hubiera estado bien aplicarse á sí mismo, y con una franqueza difícil de tener y que pocos tienen en efecto, respondió categoricamente: Que la pieza era mala é inútil discutir sus defectos, pues aunque no carecia de ingenio, sí de interés, y sin él no hay drama bueno.

¿Qué pensó Crisp de la modesta y filosófica respuesta de Francisca Burney? ¿Cuál era su confidencia al leer las siguientes notables palabras de la contestacion que dió aquella célebre mujer á su censura?

«Trato de consolarme, decía, de lo amargo de vuestra censura, considerando que en ella me habeis dado la mayor prueba de sinceridad, de candor, y mas dire, de estimacion que hasta ahora he recibido de mi muy querido amigo. Y como en realidad me quiero mucho mas á mí misma que á mi comedia, el consuelo no es de poca monta. Ya veis que no trato de responder á la franqueza con que me escribis, aparentando indiferencia: pero aunque por el momento estoy como desconcertada, tengo hecho propósito de que no me dure la pena mas alla del día... etc.»

Lo que decía y lo que hizo la flaca mujer ¿por que no habia de haberlo hecho y pensado el hombre, dotado por la naturaleza de mayores fuerzas y que tantas compensaciones pudo, por el contrario, procurarse de una sola obra?

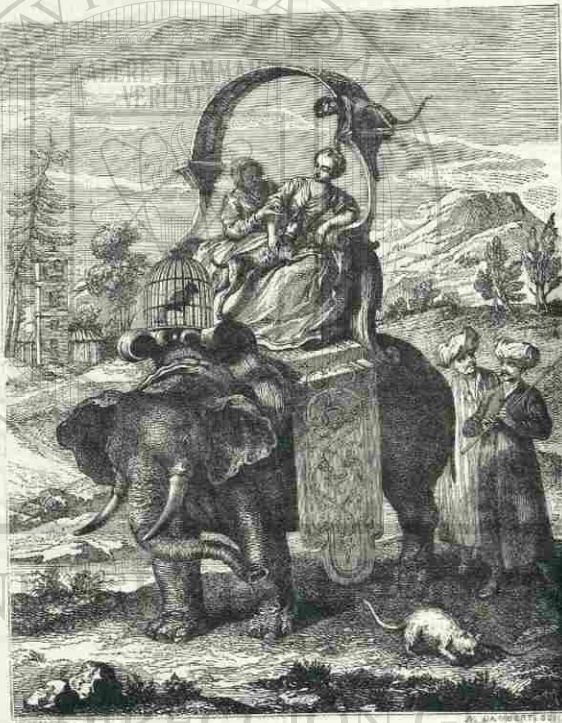
Samuel Crisp sacrificó la realidad á un sueño, desentendió su vocacion, trocó las sendas, y en vez de quejarse de sí

mismo, se quejaba de una sociedad, indulgente hasta el exceso con sus flaquezas.

La historia de su vida es, con corta diferencia, la de otros muchos, una copia prosáica de la fábula mitológica de Faeton, y sacámosla del olvido en que yacía, por parecernos que es a un tiempo jocosa, melancólica é instructiva.

#### JUAN BAUTISTA OUDRY.

Conocida es la fábula de Lafontaine en que un ratón burlándose de un elefante por creerse su igual, se ve cortado en su orgullosa declamación contra el gigantesco animal por las aceradas uñas de un gato con quien no había contado. Esta fábula, pues, explica nuestra composición, con el pequeño drama que representa, los personajes que trabajan



el ratón y el elefante.

en él, y aquellos que son únicamente espectadores. Lo primero que hay que notar es la habilidad con que el pintor nos pone á la vista la enorme diferencia que existe entre las dimensiones del ratón y del elefante. Si hubiera colocado el uno á los pies del otro, se habría hallado sin duda una gran distancia entre el enano y el coloso, pero no por eso habría dejado de existir la comparación, y esto es lo que ha quedado y sabido evitar, por un medio bien sencillo, colocando un gato entre el ratón y el elefante y dándole un pelo blanco. De este modo, el gato atrae fuertemente la mirada, y se es-

tablece sólo el paralelo entre él y el elefante, sin pensar siquiera en el ratón que desaparece completamente al lado del que se había creído semejante.

Juan Bautista Oudry que ha hecho una admirable serie de dibujos de las fábulas de Lafontaine, es uno de los principales pintores de animales que han existido, no solamente en Francia, sino en todos los países que tienen escuelas de pintura.

Oudry nació en París en 1685, y murió en Beauvais en 1755, siendo hijo de un mercader de cuadros, que le confió

á los cuidados de Largillière, célebre retratista del siglo XVII. Así, pues, el discípulo debió en un principio darse á los retratos. Un día que estaba haciendo el de un cazador con su perro, pintó el animal de tal modo que Largillière cuando lo vió, le dijo riéndose: «Nunca serás más que un pintor de perros,» idea exacta que se realizó en un todo.

Pero no es esta la sola anecdota que se sabe sobre las buenas pinturas de este género que hizo el artista y que le decidieron á seguir su vocación. Se cuenta que habiendo pintado una Adoración de los pastores para una parroquia de París, hizo un cordero tan maravilloso que tanto sus amigos como sus compañeros, le dijeron unánimemente: «Debes consagrarte enteramente á la pintura de los animales.»

J. J. ARNOUX.

#### UN CEMENTERIO EN LA OBILLA DEL MAR.

(Véase la página 271.)

Conservaba convulsivamente entre las manos la cuerda que se le había arrojado, demasiado débil ¡ay! para amarrarla á su cintura.

En el mismo instante fué precipitado el navío contra las rocas con un ruido terrible, y balanceándose hacia atrás, volvió á caer medio sepultado en el abismo; después, por un impulso último, fué rechazado hacia adelante; el palo mayor cayó con estruendo, y el casco pareció abrirse todo entero. Entonces se vió la sombría popa del bajel elevarse otra vez más por encima de las olas, y después desaparecer en la profundidad del mar, no dejando más que pedazos informes y restos flotantes impulsados por las violentas olas sobre esta ribera inhospitalaria.

Al amanecer del día siguiente había caído el viento, y á las primeras luces del día salieron del puerto numerosos barcos para buscar y recoger algún objeto arrojado por las aguas. Jorge fué uno de los primeros que salieron; la fisonomía del anciano que había visto la víspera permaneció grabada en su pensamiento. Toda la noche había estado soñando con él, y mientras que los otros marinos estaban ocupados en buscar algún botín, él no pudo prescindir de arrojar sus miradas á lo lejos, tratando de percibir algún palo flotante. Aunque el viento había calmado, la mar continuaba agitada, y era peligroso aproximarse á las olas. Los otros barcos se habían quedado recojiendo lo que podían salvar del naufragio. Solo Jorge buscaba todavía el palo, y bien pronto lo divisó en fin, pero á una distancia considerable. Al momento hizo vela hacia él, y se aseguró de que no se engañaba. En efecto, sus compañeros vieron, como él, no solamente una cuerda que rodeaba una de las estremidades del palo, sino también un haz que parecía estrecharse en su supremo esfuerzo. Jolliffe dejó arribar su barco en esta dirección, y en dos golpes de remo se encontró cerca del flutuante pedazo de madera. Después de muchos trabajos causados por la agitación del mar, consiguió sujetar un lazo á la muñeca del abogado, y de un hachazo cortó la cuerda con que estaba amarrado al palo. Entonces bizaron al barco el cuerpo de aquel que la noche precedente había implorado en vano socorro durante la tempestad. Cuando le vieron estendido sobre la cubierta, se admiraron de su estatura y de la dignidad de su persona. No era un hombre de pequeña estatura como se le había figurado desde lo alto de las rocas; tenía al contrario cerca de seis pies, y parecía de una fuerza

notable; aunque representaba por lo menos setenta años, tenía una nobleza en el semblante y una espresion tan viva de inteligencia que les causaba admiración.

«Este era un verdadero caballero, dijo Jorge: algún sentimiento causará su pérdida.»

Hablando de este modo, reparó que el anciano llevaba en los dedos algunas sortijas adornadas de pedrerías, y se las quitó cuidadosamente diciendo á sus hombres: «Ved bien cuantas son;» y se las metió en el bolsillo. Vió en seguida que tenía un saco de cuero sujeto al cuerpo con un fuerte cinturón, y desatándolo, encontró dentro un grueso paquete envuelto en bule y sellado, con un papel doblado con el mayor esmero, y que estando mojado, le costó trabajo abrir. Este papel contenía el sobre de una gran casa de comercio en Hull.

«Estas cosas, dijo Jorge, las entregaré yo en persona á los negociantes.»

«¿Y nuestra parte? exclamaron sus compañeros.»

«Esto no pertenece á vosotros ni á mí, dijo Jorge; si nos resulta algún beneficio por haber llenado un deber, participareis de él. En cuanto á estos objetos, los defenderé á costa de mi vida si es necesario. Y ahora veamos si hay alguna otra cosa que llevar.»

Los hombres que á las primeras palabras habían manifestado su disgusto, volvieron á recobrar su alegría al oír el fin, y comenzaron de nuevo sus indagaciones. Amarraron á remolque el palo, y al cabo de algunas horas se hallaron en posesion de un considerable botín. Jolliffe les dijo que para prevenir toda intervención de la policía á del capitán del puerto en los negocios del anciano, tenía intención de desembarcar cerca de Fley, hacia donde era necesario dirigir la barca. Colocó el saco bajo su vestido embreado, y desembarcó en una parte de la bahía desde donde podía alcanzar el camino de Hull sin ser observado. Felizmente encontró la diligencia, y aquella misma tarde llegó á Hull. Al día siguiente por la mañana fué á la casa de comercio indicada en el papel hallado en el saco del abogado, é informó á los jefes de lo que había sucedido. Así que dió las señas del muerto, y les enseñó el saco con los papeles que contenía, los negociantes parecieron heridos de un mudo terror, mirándose mutuamente, y uno de ellos exclamó en fin: «Gran Dios! Era indudablemente M. Anckersvord!» Abrieron el papel, conferenciaron algun tiempo y dirigiéndose á Jolliffe le dijeron: «Os habéis conducido como hombre honrado, y podemos aseguraros que seréis recompensado por vuestra noble conducta. Estos papeles son para nosotros muy preciosos, porque, os lo diremos francamente, son la salvaguardia de importantes intereses. Ah! Este es un acontecimiento bien triste! Uno de nosotros va á acompañaros para cumplir los últimos deberes con nuestro anciano y respetable amigo y asociado. Aquí tenéis por lo pronto diez libras para vos, y otras tantas para repartir á vuestros compañeros.»

Jorge les suplicó que le diesen un recibo firmado del paquete y de las sortijas que acababa de entregarles, y lo obtuvo sin dificultad alguna. Para abreviar, diremos que los restos del abogado fueron sepultados en la antigua iglesia de Scarborough, y que un gran número de personas de las más notables de Hull asistieron á los funerales.

El invierno que siguió á estos acontecimientos fué muy malo. Antes de tocar á su término, Jorge Jolliffe había naufragado. La bella Susana se perdió durante una espesa niebla sobre las rocas de Fley; su hermano se ahogó, y el mismo se salvó con gran trabajo con uno solo de sus hombres.

Su mujer, herida por esta desgracia espantosa, había partido antes de tiempo, y mirada por la inquietud y sentimiento, permanecía siempre enferma. Jorge no poseía ya nada, y se había ajustado á bordo de otro navío sufriendo los rigores del invierno y las fatigas de la vida de marino, por la simple parte que le toca, á cada semana. Un domingo del mes de abril, que por la primera vez salió Susana apoyada en el brazo de su marido, para pescar en la montaña del castillo, cuando volvían á su pequeña casa, la desgraciada mujer, pálida, fatigada por su enfermedad, y llevando detrás á sus dos hijos, al llegar cerca de su puerta vio á un extranjero joven y de buena presencia, que estaba en conversación con M. Bright al verdo; he aquí monsier Jolliffe.

— El es, — dijo M. Bright al verdo; he aquí monsier Jolliffe.

El extranjero se quitó el sombrero, hizo un gran saludo á M. Jolliffe, y manifestando una viva emoción dijo á Jorge:

— Yo me llamo Anckersvord.

— ¡Ah! — exclamó Jorge, porque todo lo que el desconocido iba á decirle se le presentó al mismo tiempo á la imaginación.

— Yo soy, — dijo el extranjero, — hijo de aquel que después del naufragio del *Damenager*, fue rescatado por nuestros compañeros, y quisiera hablarlos un momento.

Jorge permaneció un instante confuso; pero su mujer se apresuró á abrir la puerta, é invitó á M. Anckersvord á que entrase.

— ¿Sois inglés? — preguntó Jorge al joven cuando se hubo sentado.

— No, — respondió este, — soy aliamarqués. Pero he sido educado en Hull, y considero á la Inglaterra como mi segunda patria, patria de que me enorgullezco por los hombres como por vos, M. Jolliffe, aun cuando no tuviese otras razones.

Jorge se ruborizó; los ojos de mistress Jolliffe centellearon de placer y de vanidad, y no se tomó el trabajo de ocultarlo; después de una corta conversación, el extranjero estuvo bien pronto al corriente de las desgracias ocurridas á esta pobre familia desde que Jorge había salvado tan noblemente los restos de su padre, y preservado sus bienes.

— La Providencia, — dijo M. Anckersvord, — ha querido que nuestro reconocimiento tenga su entero efecto. Yo me hallaba detenido por el invierno en Arcangel cuando recibí estas tristes noticias, sin lo cual hubiera estado aquí más pronto. Pero ¿cómo quise, y en nombre de mi madre, de mi hermano, de mi hermano, de mi mujer, de mis asociados, en fin, os suplico M. Jolliffe, que aceptéis el mejor barco de pesca que haya actualmente de venta en el puerto de Hull, y si no se puede encontrar uno de primera clase, se hará construir. Os pido también que recibáis cien libras como un pequeño capital, para garantizaros de los desastres que son tan comunes en vuestra profesión, si llegase semejante día, que este testimonio de nuestra estimación, de nuestra gratitud, os recuerde que no hemos hecho por vos todo lo que queramos; recurrid entonces á nosotros y no recurriréis en vano.

Es inútil decir la fel' ciudad que hizo nacer en la pequeña casa M. Anckersvord, y la que él mismo llevó en el fondo del corazón, después de haber cumplido este deber. Mistress Jolliffe recobró prontamente la salud y la fuerza, y Jorge pudo bien pronto contemplar con orgullo una *Bella Susana* desplegado sus velas sobre las olas.

Hemos tenido la curiosidad días pasados de informarnos si había todavía una *Bella Susana* entre los barcos pescador.

res del puerto de Scarborough. No hemos podido descubrir la allí, pero se nos dijo que un alegre anciano de unos cincuenta años, el capitán Jolliffe, era comandante del bello buque mercante el *Holger-Donsque*, que hacia viajes regulares entre Copenhague y Hull, y que su hijo, Joven de porvenir, era el dependiente de confianza de la casa David-son Anckersvord y compañía, á la cual pertenecía el *Holger-Donsque*. Esto era bastante; todo lo habíamos comprendido, y sentimos una verdadera satisfacción al pensar que la noble conducta del pescador había encontrado unos corazones dignos de comprenderla.

C. DICKENS.—Household Words.

#### LA CAZA DE COCODRILOS.

He aquí un estrago de una curiosa relación que sobre la caza del Cocodrilo se ha publicado recientemente:

— Durante el estío de 1846, me hallaba yo establecido en las orillas del Rohau, pequeño río de una provincia situada al noroeste de la India, y allí fue donde vi por la primera vez el *magger* ó cocodrilo indio. Comenzaba la estación de las lluvias. Mi vecino Mister Hall, me escribió anunciándome su visita y rogándome que le enviase un *syce* groom con caballo del diestro, á cierto sitio que designaba. Era Sidhoo el *syce* el tipo perfecto del corredor, nervioso, fuerte aunque de baja estatura, tenía los miembros delgados, pero templados como de acero, y cuando al uso de Oriente trocaba al lado de un caballo corría á ocho millas por hora durante un espacio de tiempo que asombraría al más robusto espolista inglés.

Ayenas se había puesto el sol, llegó M. Hall chorreando agua y cubierto de lodo, por lo cual supuse que le había ocurrido algún incidente desagradable, y como no me pareciese serio, le tenía á risa y le di larga broma por el burlamiento que acababa de administrarse.

— No hay motivo para reírse, dijo M. Hall, habeis perdido vuestro *syce*.

— Se ha ahogado?

— No, ha sido comido por un cocodrilo, contestó, y comenzó su narración.

Legados Hall y Sidhoo á una *nulla* (riachuelo) que distaba como dos millas, encontraron tan altas las aguas que hubieron de pasarlas á nado. Apretando Hall las rodillas al caballo, entró en el agua, llevando en la mano un extremo de la cuerda que el *syce*, como la mayor parte de los indios, llevan enrollada al cuerpo para sacar agua de los profundos pozos de su país; llegado á tierra, comenzó á tirar de la cuerda, y ya veía adelantarse entre las aguas la negra cabeza de Sidhoo ceñida por el turbante, cuando subitamente dejó el groom caer los brazos y desapareció, dando un espantoso grito. Hall, que había dado dos vueltas á la cuerda al alrededor de su mano, se sintió atraído hácia adelante y cayó en la corriente, viendo al mismo tiempo la larga cola de un enorme cocodrilo, con dientes como una sierra, que sacudía el agua á pocos pasos de él. Entónces haciendo un estuerzo supremo para evitar el peligro, soltó la cuerda y llegó, no sin trabajo, á las resbaladizas orillas de la *nulla*.

No era Hall de los hombres á quienes dura mucho la melancolía, y sin embargo, esta vez como se trataba de la muerte de un hombre, después de su narración quedamos largo rato en silencio y continuamos fumando nuestros *shironts* sin pronunciar una sola palabra. Por fin percibidos del mismo pensamiento abrimos á la vez la boca para proponer los medios de destruir los cocodrilos; pero aunque discuti-

mos muchos proyectos, ninguno ofrecía probabilidades de éxito. Al día siguiente después del desayuno, mostraba yo á mi huésped un aparato galvánico de explosión, que últimamente me había llegado de Inglaterra, y debía servir para hacer saltar los troncos de los árboles (*snags*) que impiden la navegación de los ríos: estaba explicándole la teoría de mi aparato y el modo de usarle, cuando me interrumpió exclamando:

— Esto es! precisamente es esto!... En vez de hacer saltar los troncos de los árboles, haced saltar los cocodrilos. ¿Qué os parece?

Nada en efecto se oponía á minar los cocodrilos, nada mas que la posibilidad de disponer la mina, y tanto nos dimos á pensar para evitar este inconveniente, que al fin creímos posible el nuevo proyecto. Ya hacia tiempo que había hecho saltar así muchos troncos de árboles, y había observado tambien que la comocion de la descarga mataba todos los peces que se encontraban en un radio de treinta ó cuarenta pies. Concluí de aquí, que aun colocados á larga distancia del *magger* podríamos por medio de una descarga, sino hacerle pedazos, herirle al menos con una fuerte sacudida, con tanto mas motivo, cuanto que una mina al estallar en el agua destruye los objetos que la rodean con mayor violencia que si hiéiese la explosión en tierra.

Terminados los preparativos entramos en un barco de Hull, mi hermano y yo, llevando á bordo el aparato, y seguimos la corriente hasta el punto en que la *nulla* entra en el Rohau, donde abordamos por un momento mientras Hall compró en un pueblo inmediato un cabrito desollado. En el vientre cosimos un cuerno que contenía seis libras de pólvora, provisto de hilos conductores que unimos al alrededor de una de las dos fuertes cuerdas sujetas al cabo así mitado. Estas cuerdas tenían unos 90 pies de largo, y á sus extremos llevaban atada una piel de venado de viento semejantes á las que se usan en la India para llevar agua. Hall fué subiendo por una de las orillas de la *nulla* con una de estas pieles debajo del brazo y la cuerda enrollada en la mano, al tiempo que mi hermano armado del mismo modo marchaba paralelamente á lo largo de la otra orilla llevando el hilo conductor. Seguí á este acompañado por dos *coolies* (mozos de carga) que llevaban la batería ya cargada y dispuesta. Atamos tambien al cabrito un indicador flotante que sirviera para señalarnos las posiciones.

Preparada así la artillería empezamos á subir la *nulla* remolcando el cabo contra la corriente y cuidando de pasearlo á derecha é izquierda, con lo cual teníamos probabilidades de *comunicarnos* con el cocodrilo. En efecto, apenas habíamos andado un cuarto de milla cuando el indicador se sumergió rápidamente: Hall y mi hermano saltaron en el agua las cuerdas y las pieles hinchadas, conservando el cable atado á estas; las pieles se agitaban, prueba de que el cocodrilo se había tragado el cabo.

Fué medio de un gran oleaje el monstruo bajaba por la corriente, y yo le seguía con toda la rapidez que permitían mis piernas; pero como perdía tiempo me decidí á darle todo el cable. Afortunadamente el voraz anfibio se detuvo en un sitio en que se elevaban un poco las orillas. Subí á la cumbre y comencé á recoger el cable sin sacar todavía la piel fuera del agua por temor de levantar la caza. En esta situación para dar tiempo á que los *coolies* llegasen, aguardé algunos minutos, minutos de inesplicable inquietud, porque si el *magger* continuaba su carrera tendria precision de seguirle, corriendo el riesgo de verle destruir los hilos conductores. Por fin oi aproximarse á los *coolies*; pero ¡qué

contratiempo! uno de ellos al tiempo de acercarse, tropezó y cayó, cayendo con él la máquina que perdió una parte del accido. Mi hermano se apresuró á ponerla á mis pies, y teniendo venturosamente ácido de reserva vaciamos en la batería una botella entera con lo cual pudo funcionar mejor que nunca.

Seguí pues recogiendo el cable muy despacio cuando ocurrió otro accidente. La piel hinchada que estaba al estremo de los hilos conductores arrastró al subir á la orilla algunos terrones que cayeron en el agua con estrépito. Por dicha el cocodrilo no se movió, pues parecía que se había decidido á digerir tranquilamente su comida en el sitio en que se encontraba. Una sonrisa de triunfo brilló en mis labios cuando me vi en posesion de los hilos conductores. Mi hermano juntó el uno á la batería y yo tuve el otro pronto para formar el círculo.

Durante este tiempo permanecía tranquilamente el buen cocodrilo en el fondo de la *nulla*, teniendo dos brazos de agua sobre la cabeza, exento de sospechas y bien lejos de imaginar que acababa de tragar un brulote, cuya explosión iba á desgarrarle en un solo instante al golpe de un rayo arrancado de una máquina infernal por dos hipocenos que no habían encontrado medio mas seguro de comunicarse con él que los hilos eléctricos.

Al fin llegó el momento y puse en contacto los hilos. El éxito fué completo. Sentimos instantáneamente una fuerte sacudida como si hubiera caído alguna cosa sobre la ribera: luego una trompa de agua espumosa, un sonido ahogado, un ruido cavernoso y después de todo eso una espesa columna de humo. Gochábase las olas, estremecíase la ribera y en la superficie del agua se extendió una mancha roja que se asemejaba á un caño de escarlata. El *magger* destrozado fué arrojado por la corriente y bien pronto le perdimos de vista.

#### BRETAÑA Y VENDE.

Cuántas cosas en dos palabras; cuántos desastres recuerdan, cuánto valor, cuánta paciencia y cuánto heroísmo! Y sobre todo cuántos y cuán variados dramas! La guerra de los ebanos y la de los vendeanos no se parece á ninguna otra: fué á la vez una lucha de salvajes y una lucha de gigantes; Combates heroicos en la mitad del día, emboscadas nocturnas, sitios de ciudades, sorpresas de casas aisladas, todo se encuentra en sus anales. Acaba instante la narración pasa del boletín á la crítica, del poema épico á la balada. Al lado de un episodio digno de Homero, se halla otro que parece de Cooper. Aquí la historia toma sucesivamente todos los tonos y todos los colores: de las más altas consideraciones desciende á las anécdotas, de las revelaciones de razas á las pinturas de caracteres. En vano se multiplican las escenas, las combinaciones, los pormenores; el argumento es siempre inagotable. Y esto consiste en que jamás hubo guerra ninguna que estuviese mas en la índole de los combates. Por ambos lados había el mismo ardor, no eran soldados que luchaban con banderas diferentes, sino hombres que defendían principios y gustos opuestos.

La narración de esos grandes acontecimientos completa la hermosa obra de M. Pître Chevalier, la *Bretaña antigua y moderna*. El autor no se ha contentado con describir su revolución en el Oeste, sino que ha querido estudiar sus elementos y sus gérmenes. La lucha de los parlamentos contra el poder real, las persecuciones, los suplicios; som-

bríos anuncios de los fatales días que forman como el prólogo de 1793. En cuanto á los grabados que acompañan á esta magnífica obra, nuestros lectores podrán juzgar su mérito por el retrato de Juan Cottereau, que acompaña á estas líneas, apellidado *Juan Chuan*, que dió su apodo á todos los sublevados del Bajo-Maine y de la Bretaña, y que fué uno de los gefes realistas mas célebres por sus proezas.

Pero sus adversarios no eran tampoco ménos valerosos ni temibles. Qué enérgica grandeza habia en aquellos soldados en harapos, sin dinero, sin calzado, sin pan, pero fuertes por instinto y marchando al enemigo al canto de la *Marseillesa*! Los recuerdos contemporáneos nos han conservado la pintura de aquellos granaderos de la República que según la terrible espresion de uno de ellos, *labraron la*



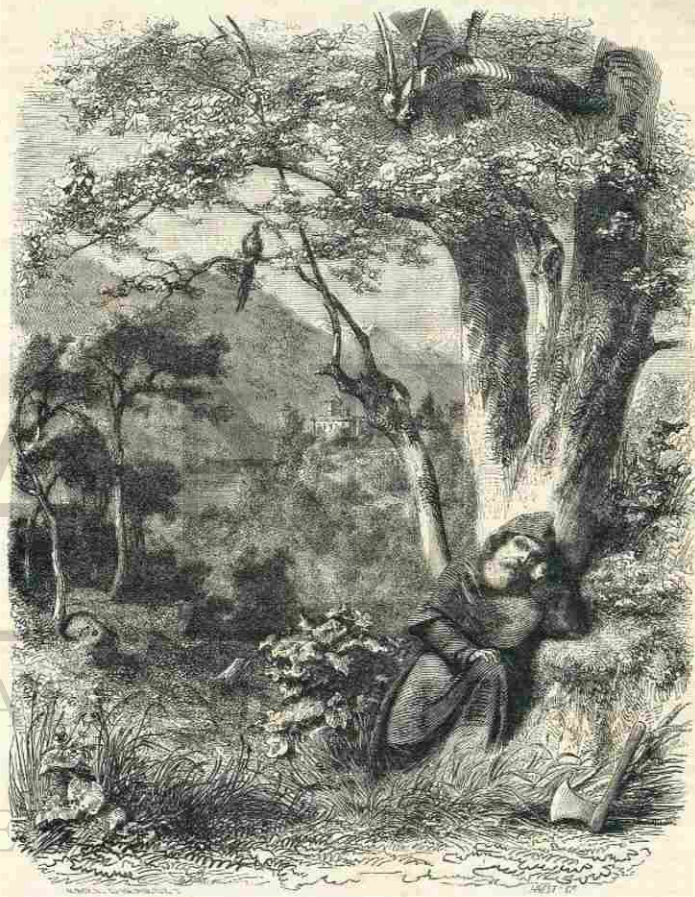
Juan Cottereau, llamado Juan Chuan.

*Fendé con la bayoneta.* « Los cincuenta hombres que encontré en la plaza de armas, dice el autor de las *Memorias de un Sans-Culotte Breton*, eran granaderos del Hérault, que no habian conservado como su capitán mas que algunas piezas de sus uniformes. Muchos llevaban sombreros de paja, y levitas de lienzo con bocanungas azules, y en los pies pedazos de sombrero ó suelas atadas á semejanza de la sandalia antigua. Al verles armados con una carabina ennegrecida, con sables desiguales y con pistolas en el cin-

to, se habria dicho que eran una cuadrilla de bandidos, sin la firmeza regular de su marcha, sin la exactitud en los movimientos, y yo no sé que visible hábito de obediencia que hacia reconocer en ellos al soldado, no al soldado de hoy reuiente y con guantes; sino al soldado de entonces curtido por el sol y la intemperie, con la barba erizada, siempre hambriento, negro de pólvora y combatiendo con el encarnizamiento de los dioses de Homero, por una palabra mágica. »

EL PAJARO DEL PARAISO. (1)

LEYENDA SUECA.



Dibujo de Karl Girardet.

(1) Esta leyenda, procedente de Suecia ha sido popularizada en Francia por el *schubert*, que la ha contado en una de sus obras: *Lo Antiguo y lo Moderno*. Schubert se ha dado á conocer como naturalista y como escritor. Si con el primer título se ha hecho una reputación bastante considerable, con el segundo ha adquirido en

su patria un justo renombre por un crecido número de obras entre las cuales podemos citar: *La Historia del Alma*, *la Simbólica de los suecos*, *Las Consideraciones sobre los puntos oscuros de la naturaleza*, y *los viajes por el país de Salzburgo*, *el Trol* y *el Mollatta de la Francia*, etc.

Antes de que Lutero viniese á predicar la reforma, á la falda de cada colina de Alemania se veía un monasterio: grandes edificios de aspecto apacible, con un pequeño campanario que se elevaba en medio de los árboles, y á cuyo alrededor revoloteaban las palomas. Muchas faltas, muchas errores se ocultaban allí, pero también vivían hombres insensibles á los gozos de la tierra, santos arautos que no pensaban más que en la herencia prometida por Jesucristo.

En Olmutz sobre todo, había uno que se había hecho célebre en la comarca por su piedad y sus conocimientos: era un hombre sencillo, como todos aquellos que saben mucho, porque la ciencia es semejante á la mar, que cuanto más se entra en ella, tanto más grande parece el horizonte. El hermano Alfeo había tenido sin embargo sus horas de duda y de incertidumbre; pero después que había entrado en años, con los cabellos blancos por las horas pasadas en la investigación de una ciencia inútil, había llamado á su ocioso *la fe de los niños pequeños*; y después conluciendo su vida á la oración, se había dejado mecer dulcemente por los puros amores, las religiosas visiones y las esperanzas celestiales.

Sin embargo algunas fatigas de viejos maleños agitaban de cuando en cuando el santo varón: por instigantes vivían las tentaciones de la inteligencia, y la orgullosa razón quería entrar en contienda con la fe. Entonces el hermano Alfeo se ponía muy triste: gruesas nubes oscuras velaban su sol interno, su corazón se entristecía, y se quedaba sin poder orar. Errando por el campo, se sentaba sobre el musgo de las rocas, se detenía al borde de los torrentes y marchaba al azar por los bosques: pero en vano interrogaba á la naturaleza; á todas sus preguntas, las montañas, las gullas y las hojas, no le respondían más que esta palabra: Dios!

El hermano Alfeo había salido victorioso de muchas de estas crisis, y cada vez se había afirmado en sus creencias, porque la tentación es la piedra de toque de la conciencia, que la fortifica, cuando no la atempera.

Peró hacia algún tiempo que el hermano sentía una inquietud más punzante que todas las otras. Había hecho la experiencia de que todo lo bello pierde su encanto por el uso; que el ojo se cansa del mejor paisaje, el oído de la voz más dulce, el corazón del más sincero amor, y con este motivo hubo de preguntarse como podríamos hallar en el cielo un elemento de gozo eterno: en qué vendrá á parar la movilidad de nuestra alma, en medio de magnificencias sin fin, y por último como el gozo perpetuo no debía concluir por causar enojo? «La eternidad! que palabra para una criatura que no conoce más ley que la del cambio y la diversidad en todo! Qué hombre se atreverá á perpetuar su mayor alegría eternamente? Oh Dios mío! ni pasado, ni porvenir, ni recuerdo, ni esperanza! La eternidad! la eternidad!... palabra triste, palabra que da miedo y que hace llorar sobre la tierra! qué puede significar en el cielo?»

Así hablaba el hermano Alfeo, y cada día iban en aumento sus incertidumbres. Una mañana salió del monasterio antes que se levantasen sus hermanos, y bajó al valle. El campo húmedo todavía, se hallaba bañado con los primeros resplandores del alba: habíase dicho una mujer risueña en medio de su llanto. Alfeo seguía lentamente los sombríos senderos de la colina; los pájaros que acababan de despertarse, corrían por los matorrales, sacudiendo de desesperanza una lluvia de rocío, y algunas mariposas medio dormidas todavía, revoloteaban indolentemente al sol para secar sus esplendentes alas.

Alfeo se detuvo para mirar el campo que se extendía á su vista, y se acordó de lo hermoso que le había parecido las primeras veces que le vió, y de la embriaguez que le había causado la idea de acabar allí sus días; siendo como era un pobre habitante de las ciudades acostumbrado á las negras callejuelas y á las tristes paredes de las casas, aquellos árboles, aquellas flores, aquel aire le habían causado delicias inmensas: por eso fué bien dulce el año de su noviciado! Qué paseos tan largos por los valles! cuánto descubrimiento! Arroyos serpenteando entre las rocas, plazoletas habitadas por los ruiseñores, rosales silvestres, fresas de los bosques, oh! qué felicidad la de encontrarlos por primera vez! Qué alegría vagar por senderos desconocidos ocultos por los árboles, y encontrar á cada paso una fuente en que no se ha bebido todavía, un musgo que todavía no se ha pisado! — Pero ay! aun esos placeres duran poco; bien luego llegan á andarse todos los caminos del bosque, bien luego se han oído todos los pájaros, se han cogido todas las flores, y entonces, adios los encantos del campo! La costumbre que baja como un velo, entre la criatura y la creación, le deja á aquella ciega y soñolienta!

El hermano Alfeo había llegado á este punto. Semejante á esos hombres que por haber abusado de los mas fuertes licores, no experimentan ya la embriaguez, miraba con indiferencia el espectáculo tan delicioso antes para sus ojos. Así pues, que bellezas celestiales podrían ocupar eternamente el alma que las obras de Dios sobre la tierra no habían podido empujar más que un solo instante? Al hacerse á sí mismo esta pregunta, Alfeo se había adelantado por el valle: con la cabeza inclinada sobre el pecho y caídos los brazos andaba sin ver nada; pasaba los arroyos, los bosques, las colinas; ya el campanario del monasterio estaba muy lejoso por fin el monte se detuvo á la entrada de una selva que se perdía á la vista como un océano de verdura: mil preciosos ruidores se oían allí, y una brisa embalsamada suspiraba en las hojas.

Después de haber echado una mirada de sorpresa por aquellas oscuridades, Alfeo entró en la selva titubeando y como si hubiese temido que hacia una cosa prohibida; pero á medida que iba penetrando en la selva, esta parecía más grande; había árboles cargados de flores que exhalaban un perfume desconocido, pero que no era fuerte como los de la tierra; habíase dicho una especie de emanación moral que embalsamaba el alma; era un perfume fortificante y delicioso á la vez, como la vista de una buena acción ó como la proximidad de un hombre honrado á quien se ama. Bien luego Alfeo descubrió una plazoleta, iluminada por una luz esplendorosa. Para gozar mejor de este espectáculo se sentó; entonces oyó de repente la voz de un pájaro, pero una voz que no podría compararse en dulzura ni con el ruido de los ramos sobre el lago, ni con el silencio de un niño dormido, ni con la brisa susurrando entre los árboles. Todo cuanto el agua, la tierra y el cielo tienen de más encantador y alegre, todas aquellas seducciones hay en las lenguas y en las muecas humanas, parecían haberse fundido en su voz. No era un canto, y sin embargo se oían melodías infinitas; no era una lengua, y sin embargo la voz *hablaba!* Ciencia, sabiduría, poesía, todo lo renuncia; al esencharla se sabía todo.

Alfeo la escuchó largo tiempo, con un gozo creciente; por fin la luz que iluminaba el bosque se oscureció, un largo murmullo resonó en los árboles, y la voz se apagó de repente.

Alfeo se quedó algún tiempo inmóvil, como si hubiese sa-

lado de un sueño encantado. Después de haber mirado un poco en torno suyo, se levantó; sus pies se habían puesto pesados; sus miembros habían perdido su agilidad, y le costó mucho trabajo salir de la selva para volver al monasterio.

Pero á medida que iba andando, iba en aumento su sorpresa, todo se había cambiado en el campo! Allí donde había visto árboles naciendo, veía ahora encinas seculares. Basó el puñecillo de madera que atravesaba siempre, pero ya no existía, y en su lugar se veía un magnífico puente de piedra. Al pasar cerca de un estanque, unas mujeres que estaban tendiendo ropa en los sauces que allí había, interrumpieron su trabajo al verle y se dijeron:

— Mirad un anaciano con el hábito de los monjes de Olmutz; conocemos á todos los hermanos, y sin embargo nunca hemos visto á este.

— Esas mujeres están locas; se dijo Alfeo, y pasó adelante.

Sin embargo principiaba á inquietarse; apresuró el paso, subió el senderito, salió de la pradera y llegó al umbral de su morada. Pero oh sorpresa! la puerta no estaba ya en su puesto acostumbrado; el monasterio había cambiado de aspecto; era mucho más grande y mas numerosas sus construcciones. Un platano que el mismo había plantado junto á la capilla algunos meses antes, cubría ahora el santo asilo con sus anchas ramas! El monje fuera de sí se dirigió hacia la nueva entrada y llamó suavemente; no era la misma compañía de antes; un joven lego vino á abrirle, y Alfeo le preguntó:

— Qué ha pasado? Antonio no es ya el portero del convento?

— No conozco á semejante Antonio, respondió el hermano lego.

Alfeo se llevó las manos á la frente con espanto.

— Me he vuelto loco? No es este el monasterio de Olmutz de donde he salido esta mañana?

El lego se le quedó mirando.

— Hace cinco años que soy portero, respondió, y sin embargo no os conozco.

Alfeo miró alrededor con ojos estraviados.

Varios monjes se paseaban por los claustros; les llamó pero ninguno respondió á los nombres que pronunciaba; corrió á ellos para mirar sus rostros, pero no reconoció ninguno.

— Es esto un milagro de Dios? exclamó; en nombre del cielo, hermanos míos, miradme; ninguno de vosotros me ha visto alguna vez? no hay nadie que conozca al hermano Alfeo?

Todos le miraron con sorpresa.

— Alfeo, dijo en fin el mas anciano; sí, ha habido en Olmutz antiguamente un monje de este nombre, yo lo he oído decir á los mas viejos; era un hombre sabio y meditabundo que se complacía mucho en la soledad. Un día se fué al valle; le vieron á lo lejos por detrás del bosque, pero en vano le esperaron; nadie supo jamás lo que había sido de él; pero desde entonces ha pasado un siglo entero!

Al oír estas palabras Alfeo soltó un grito penetrante, porque acababa de comprender lo sucedido: se dejó caer de rodillas sobre la tierra, y cruzando las manos con fervor pronunció estas palabras:

— Oh Dios mío! habéis querido probarme lo insensato que era cuando comparaba los gozos del cielo con los del mundo! Un siglo ha pasado para mí como un solo día, oyendo cantar un pájaro de vuestro paraíso. Ahora com-

prendo las alegrías eternas! Oh Dios mío! sed misericordioso, y perdonad á vuestro indigno siervo.

Después de haber hablado de este modo, el hermano Alfeo extendió los brazos, dió un beso en la tierra y se retiró.

## HISTORIA

DEL

ULTIMO GABALLO DEL EMPERADOR NAPOLEON.

I.

En uno de los últimos días del mes de mayo de 1815 á las cuatro de la tarde, entraba una fila de caballos en el patio principal del palacio de Elbeuf, en la plaza de Carroussel. Eran doce, y todos igualmente notables por su estampa y sus formas; aquellos caballos estaban destinados al servicio de Napoleón en la campaña que iba á empezar, habían sido comprados en Normandía y procedían de una de las mejores paradas. Segun su redondez, su limpieza y lo reluciente de su pelaje, podía calcularse que habían viajado á cortas jornadas y que se les había tratado con toda la consideración que merecen unos viajeros, futuros huéspedes de las caballerizas de un emperador; futuros compañeros también de sus peligros en los campos de batalla, arrostrado con él la metralla de la Santa Alibanda.

La llegada de aquel convoy, que se esperaba con impaciencia, era un acontecimiento en el palacio de Elbeuf; al ruido de los pasos de los recién venidos y sus relinchos, con que saludaban su nueva residencia y pedían cebada, todos los empleados de la casa, caballerizos, cocheros, picadores y palafreros acudieron á pasar revista al ganado normando. Fueron atados á las anillas, aunque con alguna distancia de intervalo, á fin de que la inspección pudiera verificarse fácilmente, y que el reconocimiento administrativo se hiciera sin peligro, precauciones que se toman en semejantes casos, y cuando uno se encuentra en compañía de caballos cuyo humor, y costumbres ignora.

El veterinario estaba en su puesto; al momento principió á ejercer sus funciones; y después de pasada una revista minuciosa á cada caballo, mandó que se les desatasen uno por uno y que se les hiciera andar, trotar y galopar delante de él. Los picadores montaron cada uno en su caballo, y principió la última y la mas importante de las pruebas. Al lado del mariscal y de un caballerizo que lo auxiliaba, se había colocado un palafrero normando de los que habían acompañado los caballos hasta su destino. Este era el bígrafo ó historiador de cada corcel; debía dar todas las noticias e informes necesarios para hacer conocer sus cualidades y sus defectos; conocimientos esenciales, pues Napoleón no era jinete muy hábil, y era preciso presentarle fáciles medios de manejar.

Diez caballos llenaron todas las condiciones necesarias para su recepción definitiva, y fueron considerados dignos de seguir al emperador al ejército y de ser montados por él; faltaba examinar al duodécimo que montó un picador, veterano de las caballerizas imperiales que pasaba por ser un excelente jinete: iba á hacerle andar al paso, cuando una inesperada resistencia le advirtió que se pusiera en guardia; quiso llevar al caballo por la senda razonable; pero este resistió aun y no consentía á las invitaciones conminatorias, á las imperiosas imprecaciones de su jinete sino con



movimientos desordenados de impaciencia y de indocilidad. Insiste el picador, pero el caballo persiste en su pertinacia, y luego se empeña una lucha en la cual el caballo desplegando toda su astucia, todos los recursos de su indomable malignidad, amenaza más de una vez lanzar á su ginete al suelo.

El mariscal hace señas al ginete para que se detenga. — Este es un vicho que no sirve para maldita la cosa en campaña, dijo el picador, estástico, pues es un soberbio animal. ¿Pero cómo han podido traerle aquí?

Al decir estas palabras miraba al palafrenero normando que se contentó por toda contestación con una irónica sonrisa.

El mariscal le interpelló entonces con viveza, y le dijo: — ¿Acaso te divierte esto? ¿cómo se entiende? enviar á S. M. un caballo que no puede hacer servicio, á menos que no queráis que el emperador se rompa la cabeza?

Pero el palafrenero no se desconcertó, y contestó con aire socarrón y enteramente normando:

— Magnífico, no habéis mal de Acacia.

— ¿Acacia? ¿qué cosa es esa?

— Es el vicho que encontréis tan malo y que, sin embargo, vale más que otros muchos que conozco.

— Vaya, conque aquel caballo se llama Acacia? ¿vaya un hombre singular para caballo! no hay en este mundo más que los normandos, para bautizar así á los caballos.

— Bien, y qué importa si el caballo es de buena raza? ...

— Eso es precisamente lo que me has de probar.

— Pero no tiene él la culpa, ni yo, sino el jinete que acaba de montar que no sabe una palabra de picadero.

— Imbecil, es uno de nuestros mejores jinetes y puede dar lecciones á todos los normandos que os creéis tan hábiles.

— Vamos á ver, que lo pruebe haciendo andar á Acacia.

Picado el mariscal con esta justicia reflexionó un poco, pero juzgó oportuno guardar consideración con el amor propio del empleado de las caballerías imperiales, y como ésta por fortuna, no habla podido dir la conversación que acababa de tener lugar, se aproximó á él y le dijo que se apresara mandando despues al palafrenero que montara el animal casi desechado.

Da un salto, se pone ligeramente el palafrenero sobre el lomo de Acacia y dirigiéndose al mariscal:

— Estoy á vuestras órdenes, le dice: caballero oficial queréis que vaya al paso castellano, al trote, al galope ó á rienda suelta? Faced.

— Hazlo andar como quieras, ó por mejor decir como puedas.

El mariscal dudaba de la posibilidad de poder sacar algun partido de Acacia; pero al cabo de diez minutos se convenció de que aquel caballo era susceptible de ser dirigido por un jinete regular.

— Está bien, dijo el mariscal, cuando el normando hubo manejado el caballo y hecho admirar su manejo y habilidad; pero como otra persona debe montar este caballo que parece no conocer sino á ti, bien puedes comprender que ni quiero ni debo esponer á S. M. al riesgo de una prueba que puede ser muy peligrosa. Por lo tanto Acacia permanecerá en la cuadra hasta nueva orden.

— ¿Queréis que se muera de fastidio ó de pena el pobre Acacia?

Esta exclamación tan sencilla hizo sonreír al mariscal. — Tratárese de utilizarle de un modo ú otro á fin de acreerle ganar la cebada.

Esto quiere decir que mi pobre Acacia será tratado como un jamego al cual se dá de comer por caridad! ...

— Tanto peor para él, amigo mío; pero S. M. no debe arriesgarse á romperse el pescuezo para darte gusto y honrar tu Acacia. Aquel animal es reacio, caprichoso, muy difícil de guiar y el emperador no tiene tiempo de entretenerse en perfeccionar la educación de un caballo.

El palafrenero comprendió que la causa de Acacia estaba perdida; dejó de porfiar en su favor, pero gruesas lágrimas salían de sus ojos; se había apeado y acariciaba con la mano á su querido caballo, su discípulo, al que había considerado llamado á ser el bucéfalo del moderno Alejandro, y del cual acababa de oír pronunciar la sentencia.

El mariscal no fué insensible á tanto dolor y trató de consolarle; lo que no logró sino prometiendo al palafrenero que sujetaría á Acacia á nuevas pruebas y á un nuevo aprendizaje para ponerle en el caso de ser digno de llevar á Napoleón; pero en el momento que hacían entrar los caballos en la caballería y que el palafrenero iba á dar el último adiós á su caballo para volver á su país; el mariscal le dijo:

— Te has olvidado, amigo, de decirme por qué razón habéis dado á Acacia un nombre tan raro; no será por el color, pues es bayo, y la flor del árbol cuyo nombre se le ha dado es blanca, si no recuerdo mal.

Esta última prueba de interés pareció agradar al normando; una ligera sonrisa apareció en sus labios y dispuso la nube de tristeza que aparecía en su semblante.

— Es verdad, contestó, que para un caballo es nombre bastante raro, pero Acacia lo ha merecido.

— ¿Cómo?

— Es que tiene una afición particular por aquel árbol. En el pottio en donde pasó sus primeros años había unas acacias de las cuales atábamos de vez en cuando nuestros potros, y este roía de tal modo la corteza de aquel en que se le ataba, que hubiera acabado por destruir todos los árboles, si no se le hubiera puesto á raya. Este es el origen de su nombre, señor oficial, esta es la pura verdad, á fe de normando.

— O de chalan.

La carcajada con que el mariscal, poco cortés, acompañó esta exclamación, hizo sonreír algun poco al palafrenero; pero queriendo el mariscal reparar su falta le puso en la mano dos piezas de cinco francos, y le dijo:

— Sin rencor; ahí tienes para beber á la salud del emperador.

— Y á la de Acacia.

— Así sea.

— Y también á la vuestra, señor oficial.

El veterinario, lejos de ofenderse por verse colocado en torvera línea en la jerarquía de las simpatías y de los brindis del normando, le dijo:

— Vamos, amigo mío, vuelve cuanto antes á tu país, pues es muy probable que tu amo necesite de tus servicios; sobre todo no te dé mucho cuidado por tu querido Acacia; haré que esté bien tratado, que no le falte nada, á pesar de su educación algo viciada; no pierdo esperanza, te lo repito, de que algun día esté apto para el servicio al cual era destinado.

Estas últimas palabras consolaron un tanto al palafrenero al que las dos piezas de cinco francos habían algun tanto predispuerto en favor del mariscal; dió repetidos besos á aquel amigo que no debía volver á ver, y se marchó, volviendo varias veces la cabeza para dirigirle el último adiós.

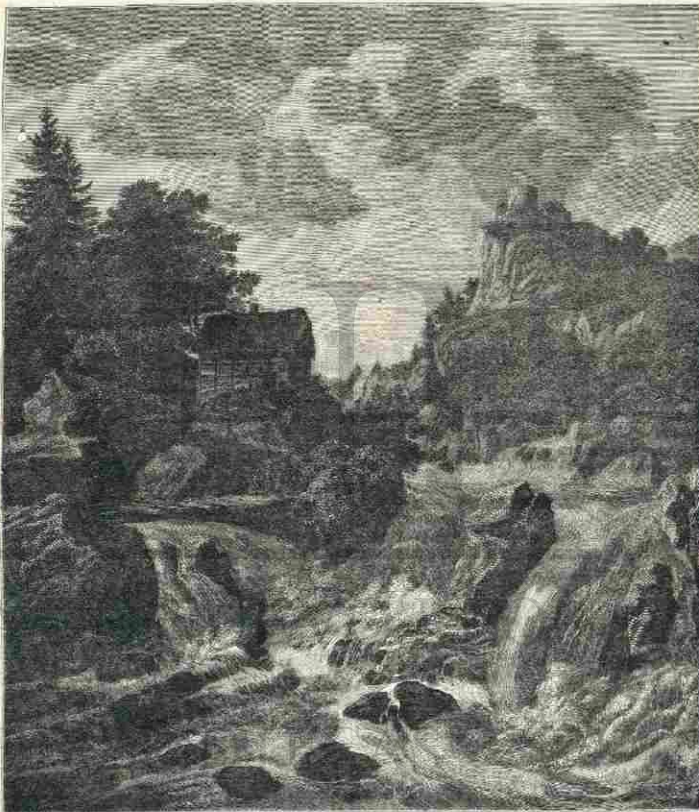
(Se continuará.)

## RUYSDAEL.

Existe en este momento una escuela de pintura que se llama escuela alpina, procedente de la Suiza, de Génova ó de Chamberi en Saboya, que no sabe hacer ni pintar mas que una cosa, á saber: los hondos barrancos de los Alpes, erizados de rocas, y llenos de pinos sombríos que lanzan

sus sombras profundas sobre el agua de los torrentes que bajan rápidamente por las serpenteadas hendiduras de las montañas.

El fundador de esa escuela se llama Diday y su jefe principal en el día es Calame. A pesar de la gran reputación que disfrutan estos dos nombres, nada en el mundo es tan frío, triste, monótono y soporífero como los lienzos que llevan



La Cascada.

sus firmas, y un hombre de gusto que no hubiese visto en su vida mas que esos cuadros, consideraría como una cosa imposible el que se pudiese trasladar al lienzo la naturaleza alpina, con sus cascadas, sus terrenos agrestes, y sus rocas que parecen desplomarse sobre la corriente de las aguas.

De este modo, el hombre de gusto de que hablamos, tendría á Ruysdael por un genio tanto mas sorprendente, cuanto que descuellan en un género de pintura que al principio creyó rebeldé á todos los esfuerzos del arte. Echemos una mirada al sitio tan agreste y grandioso que tenemos de-

lante de los ojos. Qué fresco hue a... ahí donde la atmósfera se halla impregnada del polvo acuático que levanta el torrencio rompiéndose por todas partes sobre esa multitud de rocas! Qué pintoresca es la casita que domina la orilla de la cascada! Y qué tranquila debe ser allí la vida, a pesar del estrépito de esa inmensa cascada! Y la antigua aldea que domina sobre la orilla izquierda todas las cercanías, no nos transporta de un modo rápido y espontáneo, aun en medio de las costumbres de la edad media, al feudalismo? Qué sentimiento tan íntimo de la naturaleza, y qué bien se perpetúa siempre vivo, por variados que puedan ser sus aspectos, en cuantas obras el pintor interpreta!

Por eso puede decirse que con justo título Ruysdael está reputado como el primer paisajista de la Holanda, ese país que cuenta tantos grandes maestros.

Ese hombre flustre nació en Harlem en 1640 y murió en la misma ciudad en 1681. En esa corta carrera dio a luz un crecido número de obras perfectas que le han colocado a tanta altura en la historia del arte. Su único maestro fué la naturaleza: nunca hizo nada sin consultarla y en todas sus producciones se ve con tanta fidelidad que casi se dejaría de creer que se halla uno delante de un lienzo, cuando se ha permanecido algunos minutos delante de cualquiera de sus paisajes.



— Nos persiguen esos condenados ingleses! murmuró el marino metido dentro la cabeza que había sacado por una tronera; no se puede mirar una sola vez sin encontrarse uno con ellos...

El que hablaba de este modo no era otro que Santiago Kosquer, apellidado el *Ho-la-tre-cette*, (gratel de rizo) ayudando a su flaco por esa media de persuasión, del cual *asaba* y *chusaba*, como entonces lo permitía el derecho romano con respecto a toda propiedad: *Jus utendi et abutendi*.

Aunque no había estudiado jamás el alfabeto sino en los aparejos de un buque, y no sabía echar una rúbrica sino con el hacha de abordaje, Santiago era teniente de la *Cordelière*, el mejor buque que hasta entonces se había construido en Francia. En aquella época la marina no tenía una organización regular; sólo el capitán de cada buque era nombrado por el rey, y este capitán elegía después por sí mismo sus oficiales y el resto de la tripulación. El Estado le pagaba una suma fija con la que debía alimentarlos y pagarlos como quería, de modo que la guerra marítima se hacía por contrata y a nombre del Estado mas bien que por el Estado mismo.

Acabábase de dar el mando de la *Cordelière* al joven Pors Moguer, que, conociendo la habilidad de Kosquer, le había nombrado su teniente, grado que había aceptado el contramaestre con tanto mas gozo; cuanto que en ese concepto se proponía arreglar ciertas cuentas atrasadas que tenía con los ingleses, á quienes quería como á la peste y al diablo.

En efecto, Pors Moguer había buscado la escuadra enemiga con su flotilla compuesta de unos quince bergantines, pero sin poderse acercar á ella. El viento le fué contrario, y tuvo que arribar á Camaret, donde permanecía hacia tres meses, aunque los ingleses habían vuelto á aparecer en el horizonte, como en señal de desafío.

Esa inconcebible inacción por parte de Pors Moguer ha-

bia puesto á Santiago de peor humor que de costumbre, que iba de rechazo contra los marineros. Su sobrino Perico, neófito embarcado con él en la *Cordelière*, era el blanco en que el contra-maestre descargaba su ira.

— Precisamente acababa de sacar la cabeza de la tronera desde donde había apostroado á los ingleses, cuando entró el pobre neófito diciendo:

— Tío...

— Santiago se volvió bruscamente.

— Quién me llama? exclamó convulsivamente con acento enfadado.

— Y viendo á Perico continuó:

— Como, marino de agua dulce, te figuras que estás siempre en la choza de tu padre, y nunca aprenderás la subordimación?

Y al mismo tiempo le descargó un golpe con el gratel de rizos, que el joven recibió filosóficamente encoliendo los hombros.

— Mi teniente, repuso...

— Quién te habla de teniente, ostra sin concha; no tengo un nombre como todo cristiano?

— Y Santiago repitió la reprimenda.

— Tío, repuso Perico con esa ironía interior particular de los bretones; hay aquí un pescador que desea hablar al capitán.

— Y soy yo el capitán, por ventura?

— No, pero me habéis prohibido que hable directamente al señor Pors Moguer, observó el neófito con acento tranquilo.

— Está bien... ya has hablado demasiado.

En aquel momento se abrió una puerta y entró el capitán en persona.

— Muy severo te muestras con ese mozo, dijo Pors Moguer á Santiago.

— Es cierto, capitán, respondió el teniente; pero quiero educarle bien, ya que es de la familia. Por quién puede uno trabajar mejor que por los suyos? Quiero hacer de él un buen marino, y principio por ponerle á prueba de los golpes.

— Pors Moguer se sonrió.

— Dónde está el pescador que quiere hablarme? preguntó á Perico.

— Sobre cubierta.

— Dile que venga.

El joven subió y volvió á entrar al cabo de un momento con un hombre cuyo traje consistía en una camisa de lienzo colorado y un ancho pantalón que apenas le cubría las rodillas. Sus largos cabellos negros caían sobre sus hombros y chorreaban agua lo mismo que sus vestidos.

— De dónde diablos has salido? le preguntó Pors Moguer con extrañeza.

— De la mar, respondió en breton el pescador.

— Y de dónde vienes por ese camino?

— De la flota inglesa.

— Qué está diciendo? exclamó Santiago acercándose á él... Vienes de ese nido de los infernos?...  
— Sí.

— Y cómo estabas allí?

— Soy un pescador del Conquet; ayer, como el tiempo estaba bueno, y como los chicos tenían hambre, me alargué un poco para buscar un banco de sardinas que conocía hácia la punta de Bertheaume.

— Y te cogieron?

— Sí; me encontré con una de sus lanchas, y me llevaron á bordo de la *Regente*... Presentado ante el capitán que éste

braba consejo con sus oficiales, me hicieron mil preguntas sobre los pecos, los arrecifes y la guarnición del Conquet.

— Supongo que no habrás respondido?

— Les he indicado como pasos los arrecifes, y los arrecifes como pasos.

— Bien hecho, interrumpió Kosquer; y todo lo han creído, no es verdad?

— Se consultaron en inglés creyendo que no los entendía; pero he estado dos años prisionero en ese país de Santanas.

— Y entendiste lo que decían?

— Entendí que trataban de bajar al Conquet y destruir la comarca como hicieron por el lado de Pen-Marc'h, y entonces me ocurrió la idea de que, sabiéndolo, podríais parar el golpe, desembarcando gente en San Mateo. Con este fin, cuando me llevaban á través de las baterías, dejé la chaqueta á mis guardiánes, me deslicé suavemente por una tronera y he venido nadando hasta el Toulinguet.

— Por santa Barbara! eres un mozo de pelo en pecho, dijo Santiago.

Y al decir esto dió un apretón de manos al nadador.

Pors Moguer se quedó meditando.

— Y no sabes cuando piensan bajar? preguntó al fugitivo

— No, mi comandante; pero creo no deben tardar, pues todo lo tenían preparado á bordo.

— Está bien, decía el joven, como hablando consigo mismo; podré combatirlos aquí mismo, denaré mi deber y vengare el mal que nos han hecho, sin partir... ausentándose solo una noche... bendito sea Dios que me proporciona semejante ocasión.

Y volviéndose hácia el teniente añadió:

— Santiago, envíad á tierra; haced que se embarque toda nuestra gente, y preparado todo para dar á la vela dentro de una hora.

— El fuego á las estopas, cuidado con la metralla, gritó el contramaestre agitando su gorro. Esos tunantes nos van á mostrar ahora sus feas caras! Perico, esta tarde ó mañana te cortaré un par de zapatos de la piel de esos perros, y tú, pescador de ingleses, ven conmigo á mi camarote que quiero regalarte un gargarismo embotellado que traje el año último de Burdeos.

Gracias á la actividad de Santiago, los preparativos duraron poco. La lancha que se envió al puerto volvió bien luego cargada de marineros. El contramaestre los contó de legños y se aseguró de que nadie faltaba, pero de repente guisó los ojos y meneó la cabeza para distinguir mejor lo que estaba mirando.

— El diablo me lleve si no viene una mujer con ellos! Ah! traen mujeres á bordo, gruñó sardamente; creen que estamos aquí para fiestas. Bien: el látigo ajustará las cuentas.

La lancha abordó, y Santiago queriéndoles sorprender en fraganti se obstruyó en emboscada junto al palo mayor, dejando desembarcar á los marineros, como un cazador oculto que cuenta las piezas; de repente aparece la cabeza de la mujer; entonces era el momento de mostrarse; el contramaestre se adelanta callandito, y en el momento en que la mujer ponía los pies en la *Cordelière*, se encuentra cara á cara con ella.

— Margarita! dice retrocediendo cuatro pasos.

— Buenos días, señor Santiago, respondió la linda campesina haciéndole una cumplida reverencia.

— Buenas tardes! repuso Santiago volviéndole la espalda.

— Qué es eso... gruñón? murmuró la joven haciendo una mueca de niño mimado.

Y dirigiéndose á Perico, le preguntó con una graciosa sonrisa:

— Está á bordo el capitán Pors Moguer?

— Sí, está en su camarote.

— Apenas había respondido estas palabras cuando el látigo del ho cayó sobre sus hombros.

— Qué ferocidad! dijo Margarita con ademán de espanto.

— Qué es lo que queréis al capitán? interrumpió bruscamente Santiago.

— Quiero verle.

— No tiene tiempo para ello.

— Con qué entonces habré venido de San Mateo por nada? Decidle que vengo de parte de la señorita Susana.

— Os digo que no tiene tiempo... al cabo tendré que enfadarme.

— Sin embargo, dijo la joven, tomando ese tono suplicante y quejoso propio de las mujeres y de los niños; yo no puedo marcharme así, sin haberle visto... me refirían.

— Volveréis mañana.

— Mañana será tarde ya.

— Y qué es lo que tenéis que decirle?

— Lo primero, tengo que darle expresiones de mi amor.

— Bien; eso se puede dejar para mañana.

— Y de mi ama también...

— Llévete el diablo! murmuró Santiago.

— Qué decis?

— Nada, nada... expresiones de los amos; y después?...

— Después... tengo que entregarle este ramillete.

— Un ramillete! Y de qué puede servirle eso al capitán? dijo Santiago encogiendo los hombros... pero está bien; tmed acá, voy á entregárselo enseguida.

— Sí, es preciso, suspiró Margarita, mirando las flores, y arreglándolas. Temed mucho cuidado, llevadlo así, y derecho al capitán.

— Cualquiera creería que las flores no pueden ir cabeza abajo! murmuró Santiago con impaciencia... Traed acá, y volved á San Mateo con viento en popa. Aquí tenemos ahora otras cosas en que pasar el tiempo.

Y después volviéndose hácia un remero, añadió:

— Tú, Mano Fuerte, desembarca ese en el puerto, para que podamos maniobrar libremente.

Mano Fuerte ayudó á Margarita á bajar á su lancha, y Santiago se fué á ver á Pors Moguer.

— Todo está dispuesto, capitán, dijo.

— Bien, respondió este, que se hallaba inclinado sobre una carta marítima que estaba estudiando; subo al instante. Pero que llevas ahí? añadió distinguiendo el ramillete que el contramaestre ajaba entre sus manos.

— Ah! se me olvidaba; es para vos.

— Para mí?

— La muchacha de allá acaba de traerosla... de parte de la señorita de Kermorvan.

— Dámela presto.

— Pero al tomar vivamente el ramillete, cayó de él una carta.

— Déjame, Santiago, dijo el joven sonrojándose; pronto ire contigo.

— Diablos! diablos! murmuró el viejo marino subiendo sobre cubierta; no lo había adivinado: quien podía pensar que entre las rosas hubiera cartas?

Largo tiempo se estuvo pasando mientras llegaba el ca-

pitán; la noche se iba adelantando y la marea bajaba: por fin se presentó Pors Moguer, vestido con una singular elegancia, con su sombrero de plumas y sus zapatos de raso.

— Vengan seis remeros y la barca grande!

— Qué tenéis, capitán? preguntó el conrmaestre estupefacto.

— Voy á tierra.

— Entonces nos va á faltar el agua, capitán.

No desembarcaremos esta noche en el Conquet; he reflexionado, y veo que tenemos tiempo...

— Pero los ingleses...

— Están á la vista y no hacen movimiento alguno... sin duda han renunciado á su proyecto, sospechando que estábamos alerta.

— La barca del capitán, gritó el primer remero.

— Al cabo sobre San Mateo, dijo Pors Moguer.

Santiago soltó un formidable juramento, y tiró al suelo su gorro pisoteándole con rabia.

— Tío, qué quiere decir eso? murmuró Perico.

— No te acerques á mí, exclamó Santiago exasperado, no



Margarita y Santiago.

te acerques, porque sería capaz de hacer un disparate... Oh! quisiera tener aquí todas las mujeres de Bretaña para meterlas en mi calderina! Acuérdate Perico, de que si un día llegas á estar enamorado, te mato á ti, y á ella... y á toda mas que por el honor de la familia.

## II.

Ninguna estrella brillaba en el cielo, y la residencia del conde de Kermorvan resplandecía de luces, en tanto que el jardín se hallaba sumergido en la oscuridad mas profunda; protegidos por esta oscuridad, un joven y una joven en traje de baile, se hallaban sentados en un banco conversando en voz baja.

— Perdóname, Susana! decía el joven cuando sois para mí mas que la vida! cuando he permitido que el enemigo insulte mi pabellon por no abandonaros, porque sois para mí mas que la ambición, mas que el honor, mas que todas las cosas! Oh! eso no puede ser, es imposible.

— Y sin embargo, mi padre ha prometido mi mano al señor de Audifret, respondió la joven; esta mañana mismo me ha llamado para decirme, y apenas he podido obtener

un plazo de algunos dias, empeñado como estaba en anunciarlo hoy á todas las personas que han acudido á la fiesta.

— Con que vuestro padre es tan inflexible?

— Ay! Nunca le he visto tender en nada; aun para él mismo su voluntad es sagrada y la sostiene, como sostendría una promesa: es un compromiso con su conciencia, que cumple siempre como un punto de honra. Ah! Habríais debido pedirle mi mano hace dos meses.

— Y lo he podido hacer? El conde es altivo por su categoría, y yo apenas puedo probar mi nobleza; es rico, y yo soy pobre, por lo cual habría sido despreciada mi demanda; y desde entonces habría estado cerrada para mí la puerta de este palacio: no he podido resolverme á tamaña desgracia. Por otra parte, como vuestro padre, me recibia siempre con benevolencia señalada, me prometí que el afecto que me llamo tomando concluíra por hacerle ménos severo con respecto á mi nacimiento y fortuna; pero no sé porqué, su amistad se transformó en frialdad, de repente se puso muy reservado; habeis podido adivinar la causa de ese cambio?

— No.

(Se continuará.)

## PORS MOGUER.

(Véase la p. 294.)



El señor de Audifret.

— Desde hace un año tenia la esperanza de agradar al conde, cuando hoy he recibido vuestra carta en el momento en que iba á darme á la vela. En ella me deciais que viniera sin tarlanza, porque quizá la pérdida de un día podría separarnos para siempre; vine contra mi deber que me llamaba á otra parte, y ha sido para saber que debo renunciar á toda esperanza... Ah! eso no puede ser, Susana; no podéis pertenecer á otro porque me amais á mí, y seréis mía aun cuando debiese venir á arrancaros de aquí á la cabeza de mis mariteros.

— No digáis eso, exclamó la joven asustada con la exaltación de Pors Moguer (porque era él) no habeis así en nombre del cielo! Mi padre me quiere mucho, estoy segura, y acaso se dejará vencer humildemente como quien pide una gracia. Yo unbré mis súplicas á las vuestras, y acuso Dios se compadecza de nosotros.

— Enhorabuena, dijo Pors Moguer con aire sombrio; lo intentaré todo, con resignación; y aun cuando debiera pedirselo de rodillas, lo haré; pero si todo me engaña...

No acabó la frase; Margarita vino á advertirla que su padre había notado su ausencia, y la llamaba; la joven se apresuró á marcharse. Pors Moguer esperó algunos instantes antes de seguir.

Apénas se presentó en el salón del baile, cuando se abrió la puerta con estrépito y entró el caballero Audifret sin sombrero, con los vestidos en desorden, manchados de lodo y de sangre.

— Qué es eso? preguntó el conde corriendo á su encuentro; qué os ha sucedido?

— Perdonadme que me presente con este traje de gitano, respondió el caballero, pero la culpa la tienen los ingleses.

— Los ingleses!

A esta palabra, repetida de boca en boca, las damas se interrumpieron; todo el mundo se levantó formándose un círculo en torno del caballero Audifret.

— Y cómo los habeis encontrado? en dónde están? repellan por todas.

— Dejadme respirar, dijo el caballero cercado por todas partes... responderé á vuestras preguntas cuando haya recobrado aliento; mi garganta está tan caliente como el cañon de una carabina.

Kermorvan mandó que le trajeran de beber; Audifret re-

fresco su garganta, cayó en un sillón, estendió las piernas como un campesino calentándose, se desató el cinturón y lanzó un suspiro de contento.

— Necesitaba eso, dijo. Me preguntáis dónde están los ingleses? En el infierno por ahora. Les hemos dado una buena, y no se les olvidará en algunos días.

— Como ha sido?

— Os lo diré: Venía a vuestro convite, Kermorvan, brillante como un sol, y la nariz dentro de la capa, porque esta noche hacía una niebla que se podía tortar con un cuchillo, cuando á la entrada del arsenal mi caballo tropezó con un bulto, y era ese cuervo marino de Noric.

— ¿Qué estás pescando ahí entre la niebla? le dijo; de dónde vienes así? araso tu barca ha desaparecido por encanto?

— En efecto, me responde.

— Cómo es eso?

Entonces me contó que los ingleses le habían hecho prisionero para saber cómo habían de llegar al Conquet; en una palabra me asegura que nos hallamos amenazados de una bajada del enemigo.

— Y para cuando?

— Quizá esta misma noche, me responde Noric.

Entonces me acordé precisamente de que antes de salir del Conquet, había visto algunas borras como de gente que se está pescando mirando a tierra de medio lado; seguidamente me decidí, Noric montó conmigo; reunimos á todos los mozos del pueblo y llegamos á la playa al mismo tiempo que los ingleses.

— Y los habéis atacado? preguntó Kermorvan.

— Un pequillo; sentía tanto que me hubieran incomodado que saqué una hoz de herrero; hasta que no pudieron más los ingleses.

— Y se volvieron á embarcar? dijo Pors Moguer que había estado oyendo la relación del caballero con la frente encarnada de rubor.

— Ah! Estais ahí! observó Audiffret, habéis hecho mal de olvidar la advertencia de Noric; si hubiérais venido con unos treinta marineros nada más, ningún inglés se habría vuelto á embarcar.

— Conque el señor Pors Moguer sabía el proyecto? dijo el conde con extrañeza.

— Si; pero la noticia no pudo ser bien recibida en un día de baile: no es verdad, capitán? Pero no hay cuidado; yo he hecho todo lo posible por suplir la falta. Solamente, al acabar mi tarea, volví á montar á caballo, y dije para mí: vamos á contar la historia á los de San Mateo que están bailando ahora sin pensar que los ingleses habrían podido venir á interrumpirlos... Kermorvan, otro vaso de vino, que me ahogo: qué gente tan dura son esos ingleses!

Audiffret concluyó la botella.

— Y ahora, añadió levantándose, ya podeis divertirlos. — Gracias á vos, dijo el conde tomándole la mano... Cabañero... sois un César.

— No conozco á ese señor, respondió Audiffret; pero no osgo miedo á nadie... á pesar de que voy engordando mucho y que el combate me sofoca. Pero ya hemos hablado lo bastante; parezco un gusano que cuenta sus proezas, hablemos de otra cosa. — ¿Dónde está la señorita? Le traigo un ramillete que se quedó en la playa con los ingleses.

— Susana se contentará con deberos, como nosotros todos, la libertad y quizá la vida, respondió el conde sonriendo.

— Entonces permitidme que la de un abrazo, exclamó Au-

diffret adelantándose con los brazos abiertos hacia donde se hallaba la jóven.

Por un movimiento casi involuntario y rápido como una centella, Pors Moguer se arrojó entre él y Susana.

— Olvidáis dónde estamos? le dijo con una voz trémula.

El caballero se detuvo sorprendido y fijó sus ojos en el conde.

— Audiffret, abrazad á vuestra esposa, exclamó este apoderándose vivamente de la mano de su hija y empujándola hacia el caballero.

Susana lanzó un grito, y hubo un movimiento de sorpresa entre la muchedumbre.

Pors Moguer había permanecido inmóvil y pálido, lanzando alrededor de sí miradas estraviadas... De repente dió un paso hacia el conde, y le dijo con voz ahogada:

— Tengo que hablaros.

Todo el mundo se alejó por un movimiento espontáneo... Hubo un momento de silencio... Kermorvan y el capitán se hallaban en pie, el uno sosegado y altanero, el otro ajitado é indeciso... todo el mundo les miraba con una curiosidad inquieta.

— Conde, dijo en fin Pors Moguer á media voz, amo á vuestra hija y vuestra hija me ama.

— Lo sé, respondió Kermorvan.

Pors Moguer alzó la cabeza con sorpresa.

— Lo sabéis y se la dáis á otro?

— Porque ese otro no tiene en su honor ninguna mancha, dijo el anciano con arrogancia; porque ha combatido valerosamente en nuestros ejércitos, y porque hace un instante nos ha salvado.

— Os comprendo, dijo el capitán ruborizándose; mi amor ha podido en efecto hacerme descuidar mis deberes; pero no es aquí donde deberia reconvenirme por ello, puesto que aquí es donde estaba la tentación.

— Libre os deje para evitarla observó secamente el conde El jóven se estremeció.

Señor de Kermorvan, continuó con acento conmovido, puedo y debo escuchar las palabras que salgan de vuestra boca; pero os suplico que no destrocéis dos corazones voluntariamente. Si alguna culpa tengo, decidme como debo repararla; no os pido más que una esperanza. Ordenad lo que gustéis, y os juro que sabré recobrar la estimación que me habéis tenido en otros tiempos.

— Ya es tarde, dijo firmemente el conde.

— Miraos despacio, dijo Pors Moguer que sentía que se le iba acabando la paciencia; y en nombre del cielo, no lleguemos á las extremidades.

— Y qué sucedería en ese caso?

— No me lo preguntéis; quiero estar sosegado como es debido en vuestra presencia... pero reflexión en lo que vais á hacer: no podeis dar vuestra hija á ese hombre, no podeis.

— Y porqué? preguntó Kermorvan con altanería; porque habla un lenguaje menos florido que otros, porque gasta un traje menos elegante que ciertos jóvenes y porque sus bigotes no son tan negros como otros varios que andan por el mundo? Pues habéis de saber que con todo eso, habla bastante bien para hacerse oír en los combates; sus vestidos son muy hermosos teñidos con la sangre del enemigo, y sus bigotes se han encanecido en el servicio del rey y la Bretaña!... Hasta ahora, todos han sido valientes en la familia de Kermorvan... y no quiero que mi hija dé principio á una línea de cobardes.

— Conde! exclamó Pors Moguer, lanzándose hacia el anciano.

Pero de repente se detuvo, como si su mirada le hubiese deslumbrado; sus puños se cerraron con rabia, y haciendo un esfuerzo sobrenatural y bajando los ojos exclamó con voz trémula:

— Sois su padre!... Dios os perdone... pero mucho os pesarán algun día las palabras que acabais de pronunciar.

Entonces sacudiendo su frente, echó en torno suyo una mirada delirante, descubrió á Susana y le envió una señal de despedir; cuya muda energía hizo estremecer á la jóven, y se lanzó fuera de la sala de baile.

— Qué es eso? preguntó Audiffret acercándose al conde.

— Nada, caballero, respondió Kermorvan.

— Nada se ha decidido contra el matrimonio?

— Mañana se celebrarán los desposorios en la capilla de la abadía.

## III.

Santiago con los brazos cruzados, y el rostro sombrío y descomponiendo se paseaba en el camarote del capitán; cada vez que pasaba por delante de la ventana arrojaba á pesar suyo una mirada por el lado de la balda, y soltaba un juramento espantoso.

El sol lucía ya hacia largo tiempo, y Pors Moguer no llegaba. Santiago iba á llamar á su sobrino, bajo el pretexto de darle una orden, pero en realidad para descargar sobre sus hombros las borrascas de su mal humor, cuando se presentó el capitán.

Pors Moguer estaba pálido, pero sosegado.

— Cada cual á su puesto, dijo á Santiago; nos damos á la vela.

El contramaestre dió dos pasos hacia atrás.

— De veras? preguntó alzando su gorro que estaba caído sobre sus ojos.

— Dentro de una hora, estaremos al alcance de los ingleses.

— Con qué?..

Pors Moguer inclinó la cabeza haciendo un ademán afirmativo.

Santiago no quiso oír más; corrió á la escalera; cayó sobre cubierta como una bomba, distribuyó unos cuantos bofetones en señal de regocijo á todos los marineros que encontró á su paso, y se lanzó sobre el filarete.

— Todo el mundo arriba! exclamó dando á su voz el sonido de un cuerno de caza; á trabajar, holgazanes! Vamos á preguntar á los ingleses lo que llevan en el vientre. Aquí tú, Perico... la mejor parte para nosotros; todo el mundo arriba, y al combate!

Á la voz del contramaestre acudió toda la tripulación, y cuando se presentó Pors Moguer ya todos estaban en sus respectivos puestos. El jóven comandante echó una rápida mirada sobre su buque, y una especie de gozo amargo iluminó sus facciones.

Ordenó que se hiciesen las señales para que los capitanes de los bergantines viniesen á tomar sus órdenes, y una hora despues la flotilla se hallaba dispuesta á darse á la vela.

La mar estaba sosegada y el cielo sereno; era el 10 de agosto. La escuadra inglesa se distinguía todavía en el horizonte como desfilando á la flota bretona. Esta esperaba una ligera brisa para salir de la bahía, y entretanto en todos los buques resonaba el toque de combate.

— Vamos allá, exclamó Santiago.

Y la *Cordeliere* seguida de todos los bergantines, mandados por Prejent, se dirigió hacia las alturas de Ouessant.

Al verles llegar, la flota inglesa mucho más fuerte que la otra, y alentada con la inacción del capitán breton lanzó una *hurra* de alegría y formó su línea. Bien luego se empezó el combate. Los primeros bergantines se atacaron sin gran furor, pero llegaron otros y tomó incremento la pelea.

Hasta entonces la *Cordeliere* y la *Regente*, separadas por los bergantines, habían visto la lucha sin tomar parte en ella; pero de pronto la *Regente* se arroja en la pelea destruyendo todo cuanto encuentra á su paso. Pors Moguer llega entonces también á velas desplegadas, rompe la línea inglesa y llega al enemigo.

Terrible y solemne fué el momento en que aquellos dos navios se hallaron por fin en presencia! La *Regente* era superior por su maniobra, y la *Cordeliere* por su artillería; pero por ambas partes se veía la misma habilidad, el mismo atrevimiento, el mismo desprecio de la muerte! En un instante los dos buques se vieron cubiertos de humo y de fuego.

Las primeras descargas de los ingleses habían barrido el castillo de la *Cordeliere*, que produjo en la tripulación bretona un momento no de desaliento, sino de confusión. Los bergantines enemigos se aprovecharon de esto para acercarse, y Pors Moguer se encontró en un estrecho círculo de balas y metralla.

Dos veces intentó el abordaje, ese recurso de los valientes contra los diablos, pero dos veces la *Regente* quiso evitarle; sin embargo al virar para huir de la segunda tentativa, presenta la popa á la *Cordeliere*...

— Fuego! mandó Pors Moguer con imperio.

— Bravo! exclamó Santiago; su timon se acabó; otra como esa y vendrá á parar debajo nosotros.

Resuena una segunda descarga, y las gaviotas de la *Regente* vuelan en los aires.

— Al abordaje ahora! gritó Pors Moguer.

Esta vez en vano quiere evitar el inglés que se acerque el enemigo; se arrojan los rezones; se llan los obusques uno á otro, y ambas tripulaciones se lanzan al combate con el hacha en la mano y la amenaza en la boca.

Pero de repente se oye un grito á bordo de la *Cordeliere*: — Fuego! Fuego!

Todos se detienen petrificados de espanto. Un gemido sordo resuena en los flancos del buque; la cubierta se abre y sale una columna de llamas de la suntuaria.

Al instante las armas se caen de las manos; todo el mundo corre á las bombas; se incendian las baterías, se mojan las velas en la mar para sofocar la hoguera, poroesta va ganando terreno, lo devora todo y se aumenta sin cesar.

Pors Moguer se detiene, comprendiendo que no puede haber esperanza ninguna de salvar el navio:

— Las chalupas, esclama.

Y ayudando él mismo á echarlas al agua, manda bajar á ellas primero á los heridos, luego á los niños, y por último á los marineros; la última va á partir, y no se ve á nadie sobre cubierta sino al jóven capitán acompañado de Santiago.

— No les hagis esperar, dice Pors Moguer al viejo contramaestre, señalándole la borca.

— Está bien, responde Santiago.

Y de un hachazo corta la cuerda de la chalupa que se aleja á fuerza de remos.

— ¿Qué has hecho, desgraciado? esclama el capitán.

— Os responderé en el infierno, repone Santiago; ahora se trata de que los ingleses no se escapen.  
— ¿Con que me has comprendido?  
— Creo que sí.

Santiago corrió á las gavias y Pors Moguer al timón. La *Regente* había logrado huir de la *Cordeliere*, pero sin timón y completamente desamparada flotaba á poca distancia de allí. Pors Moguer se acerca; Santiago arroja un rezon, y despues otro; en vano la *Regente* quiere soltarse, porque no pudiendo maniobrar, la *Cordeliere* hábilmente manada, se mantiene á su lado.

El contramaestre se adelanta para liar de nuevo los obenques, cuando en medio del humo tropieza con un bulto y se encuentra cara á cara con su sobrino.

— ¡Tú aquí! ¡tunante! esclama buscando instintivamente su látigo, que había perdido en el combate: ¿no te dije que te fueras?

— He preferido quedarme, respondió Perico tranquilamente.

— ¿Pero no ves que vamos á volar por los aires?

— ¿Y qué le hace?

— ¿Porqué no te has marchado con los otros?

— Mi madre me confió á vos, respondió el jóven ligeramente conmovido... sois el último de mi familia, y he creído que para quedarme solo, lo mismo me da nadar en la taza grande. Si esto os incomoda, podéis darme de patadas ó de bofetones, que dentro de poco maldito lo que me importarán las beridas...



Incendio de la *Cordeliere* y de la *Regente*.

Santiago miró un momento á su sobrino sin responderle, y despues estendiendo su ancha mano sobre la cabeza del jóven esclamo:

— ¡Dios salve tu alma! Eres un verdadero Kosquet.

Entretanto los bergantines ingleses atacados alternativamente por *Prejant* buían sin poder socorrer á la *Regente*; Pors Moguer, que continuaba dirigiendo, tenía al buque enemigo viento en popa, navegando á su lado y comunicándole el incendio. Una nube de humo resplandeciente de chispas envolvía ya los dos navíos, en cuyos pisos flotaban los dos pabellones enemigos... La muchedumbre que había acudido á la ribera para ver el combate, contemplaba con estupefacción aquel espantoso y sublime espectáculo.

De repente se levanta una brisa de alta mar; las velas medio consumidas de la *Cordeliere* y de la *Regente* se hin-

charon una vez mas antes de caer reducidas á cenizas; los dos buques saltaron sobre las olas como dos alazanes que reciben en la agonía el último espolazo y doblaron juntos el cabo de San Mateo.

En aquel momento el señor de Kermoran se volvía á la abadia, y vió los dos buques incendiados que huían como dos meteoros sangrientos. En el timón del uno de ellos iba Pors Moguer que agitó la mano en señal de despedida, y el conde creyó oír las últimas palabras que había pronunciado la vispera el jóven capitán.

Se lanzó fuera de sí hácia el proel, pero acababa de brillar un relámpago: una explosión terrible hizo temblar el promontorio, y en vano buscó con los ojos los dos navíos...

Ya no se veía en aquella mar inmensa y abandonada mas que los últimos bergantines que huían en lontananza.

## HISTORIA

DEL

ULTIMO CABALLO DEL EMPERADOR NAPOLEON.

(Véase la pág. 291.)

II.

Napoleon acababa de trabajar con el ministro de la guerra; llamó al duque de Vicence, que estaba hacia rato en la pieza inmediata esperando que el emperador saliera de su gabinete.

— Vamos á dar un paseo, dijo al caballero mayor; necesito tomar el aire.

El emperador y Caulincourt bajaron del palacio por una escalera pequeña, para evitar toda clase de movimiento que hubiera podido hacer conocer su salida. Napoleon había vestido de paisano y con mucha sencillez. Los centinelas se contentaron con presentar las armas, como si hubiesen estado en el secreto de las intenciones del emperador.

Despues de pasar la verja de la plaza de las Tullerías, Napoleon se preparaba á atravesar la del Carroussel.

— ¿Hacia que lado quiere V. M. dirigir sus pasos? preguntó el caballero mayor.

— A vuestra casa, querido duque.

— ¿A mi casa? ¡Señor!

— Sí, á vuestra casa.

Napoleon se sonreía.

— Pero señor, mi casa no se halla en estado de recibir á V. M.; aun no he tenido tiempo para instalarme, y como está algo lejos de aquí...

— Qué queréis decir, querido duque? ¿Olvidáis que hablo al caballero mayor?

— Ah! ahora comprendo... Vuestra majestad quiere dar una vuelta por el palacio de Elbeuf, por vuestras caballerizas...

— Sí, quiero ver en qué situación se encuentran; sin duda se han ejecutado mis órdenes, y se han comprado los caballos que necesito.

— Sí, señor, y anteayer llegó de Normandía una docena de animales, que pueden bastar por el momento.

— Tanto mejor; llegaré á tiempo para verlos.

Hablando así, el emperador y el caballero mayor habían llegado al palacio de Elbeuf, y entraron por la puerta, que se abría sobre la calle de Santo Tomas del Louvre.

Llegados al patio, no vieron mas que á dos muchachos, que vestían el uniforme del Liceo imperial, y jugaban á la pelota; eran hijos de dos empleados superiores de la administración de las caballerizas, MM. Gy, y Guenebault. No interrumpieron su partido al ver los dos personajes que se acercaban, pues estaban muy animados. Pero habiendo ido la pelota á parar á los pies del emperador, Enrique Guenebault corrió para recogerla, y se encontró enfrente de Napoleon. En seguida le reconoció, y quedó inmóvil de sorpresa.

— El emperador! dijo en voz baja.

Napoleon se había apresurado á recoger la pelota, y entregándola al colegial:

— Sí, es el emperador, le dijo riendo; ve, amigo mío, y continúa tu juego; pero, dime, ¿eres de la casa?

— Sí señor, mi padre está empleado en las oficinas del señor duque de Vicence, y como hoy es día de salida de mi liceo, ya he aprovechado para venir á ver á mi familia.

— Está aquí tu padre?

— Sí, señor, y si vuestra majestad quiere hablarle, le voy á avisar.

— Bueno, vé, y luego seguirás jugando.

Enrique Guenebault corrió á avisar á su padre, que se presentó en seguida acompañado por M. Gy, por el veterinario en jefe, y por algunos otros empleados, que formaban el estado mayor administrativo de las caballerizas imperiales.

— Señores, dijo el emperador, aunque no os he arisado mi visita, no dudo de vuestros celo y de vuestra exactitud en el cumplimiento de vuestro deberes. Lo que ha pasado en estos nueve meses ha debido desorganizar el servicio; muchos de vuestros mejores caballos han sido perdidos ó llevados; había aquí un tal marqués de Vernon, emigrado vuelto de la emigración, que no entendía nada del servicio de que estaba encargado. Dient que es un hombre honrado; no lo dudo pero es un pobre administrador.

Mientras el emperador hablaba así, sus miradas se habían fijado en M. Guenebault:

— Quién sois? le preguntó; me parece que os he visto á menudo en el ejército.

— Señor, he estado constantemente empleado desde hace diez años en el cuartel general de Vuestra Magestad...

— Ah, sí, estábais con nosotros en Moscú.

— Y en Friedland, señor.

— Está bien; espero volveros á ver en en otros sitios. Han traído aquí caballos para mí...

— Sí señor.

— Quiero verlos. Desde que he vuelto á París, no he estado contento con los caballos que he montado; hace algunos días, en Montronge, á donde había ido para ver los trabajos de las fortificaciones, el caballo que llevaba me hizo una mala pasada: quicrò caballos pacíficos, muy pacíficos, y que no se enfurtescan con el ruido. A vos toca hacer que no se repita el accidente de Montronge.

El emperador se adelantó hácia las cuadras, cuyas puertas se abrieron en seguida. Las visitó sucesivamente, y pareció quedar contento.

— Pero, preguntó, en dónde están los caballos recién llegados?

— Los tenéis delante, señor, contestó M. Guenebault y si lo deseáis, vamos á hacerlos salir.

— Con mucho gusto.

Napoleon salió de la cuadra, y se colocó á cierta distancia con M. de Caulincourt para ver desfilár los caballos normandos. Cada uno de ellos iba conducido por un palafrenero. Luego que desfilaron, el emperador los examinó de cerca, y manifestó su satisfacción. Despues, volviendo á M. de Caulincourt, dijo:

— Ahora que tenemos caballos á la mano, siento deseo de ir á pasearme hácia la barrera del Trono. Veré en que estado se hallan las obras que deben proteger las entradas del arrabal de San Antonio; ¡Vamos, á caballo duque!

El caballero mayor llamó á M. Guenebault, y le mandó que hiciera ensillar dos caballos. En seguida, los mozos de cuadra escogieron dos de los doce, y se preparaban á sacarlos para ensillarlos; pero el emperador hizo oír su voz.

— Esperad un momento! esclamo; un momento! tengo derecho para escoger mi caballo.

— Y designaba con la mano uno, el que se hallaba detras de todos:

— Que me ensillen ese; debe convenirme, pues me parece muy pacífico.

Todos los empleados se miraron con sorpresa y miedo; el caballo que el emperador quería montar era Acacia, tenido por indigno de conducir á Napoleon, aquel Acacia, que por

compasión estaba destinado por el veterinario al caballo, y tal vez á la carreta.

Hubo un momento de incertidumbre, que fué notado por el emperador:

— Como! Qué hay? dijo dirigiéndose al caballero mayor; no me han oído? Porqué no ensillan el caballo que he pedido?

M. de Caulincourt dió algunos pasos hacia el veterinario.

— Ya habéis oído lo que S. M. quiere... acaso ese caballo que quiere montar, está enfermo?

— Señor duque, no puedo responderos de él, y tengo una desgracia: porque ese caballo ha sido mal educado; necesita algunas lecciones.

El emperador, acercándose con todas las señales de la impaciencia, y del mal humor, cortó aquella conversación.

— Quiero ese caballo, esclama, me gusta; porque no se me obedecerá?

M. de Caulincourt creyó entonces que debía hacer saber al emperador el motivo, que se halla opuesto á la ejecución de sus órdenes.

— Bueno, si en efecto ese caballo tiene defectos, no me serviré de él; pero puedo ensayarlos; todo se remediará con montar otro; pero, mucho me engaño, si ese animal se porta mal... Ah! recuerdo que en Egipto, me presentaron también un caballo magnífico, que habia desesperado á una docena de jinetes muy hábiles... y resultó que yo fui, si no mas hábil, á lo menos mas feliz que aquellos señores; sin embargo, no tengo pretensiones de ser gran jinete. Ensillo ese caballo.

No habia medio de replicar: era preciso obedecer, y Acacia, ensillado al fin, fué conducido ante el emperador, que antes de montarlo, le acarició ligeramente con la mano. Después puso el pié en el estribo; momento lleno de ansiedad para los que se hallaban presentes.

Luego que Napoleón montó, el caballo hizo un movimiento, que parecia anunciar por su parte el preludio de una tentativa de indocilidad; al instante se acercaron á derecha é izquierda los picadores, como para prevenir una caída, y dominar la fogosa rebelión de Acacia. Pero Acacia se habia calmado ya, y obedecia á su nuevo jinete con una docilidad ejemplar; Napoleón le hizo marchar, trotar y galopar, sin que el caballo volviese á moverse con impaciencia.

Los concurrentes seguian con asombro los movimientos del animal, y cuando el emperador se volvió á acercar á M. de Caulincourt, que ya estaba á caballo:

— Tenia razon, duque, para insistir por este caballo? No parece sino que somos antiguos conocidos! Quién hace caso de veterinarios y picadores!

Después, volviéndose á uno de estos, preguntó:

— Como se llama este caballo?

— Señor, hasta ahora se ha llamado Acacia...

— Acacia! Oh! es un nombre raro! Bueno! Me gusta Acacia! Irá al ejército y le acostumbraré al ruido de la fusilería y del cañon; me encargo de su educación militar.

Apénas habia dicho estas palabras, llegó un empleado á avisar á M. de Caulincourt que la escolta de caradores á caballo pedida por el caballero mayor, acababa de llegar: lo avisó al emperador, que saltó á los presentes, y salió por la puerta de la calle de Santo Tomás del Louvre, con direccion á la barrera del Trono.

En cuanto el emperador se alejó, se volvieron á meter los caballos en la cuadra, y los empleados empezaron á

conversar sobre los diversos incidentes de aquella visita. Solo uno guardaba silencio.

— Y vos, le preguntó M. Guenebaut, qué pensais? Confesad que el emperador es fiel á su sistema... desconcierta todos los cálculos, confunde todas las previsiones.

El veterinario así interpelado movió la cabeza.

Esa terquedad de S. M., contestó, podría costarle muy caro, pues conozco en general los caballos y temo los caprichos...

— Es verdad; pero sabéis tambien que hay caballos que tienen un instinto, que podria llamarse inteligencia, y Acacia ha comprendido tal vez que su nuevo jinete no era un jinete cualquiera... que tenia encima un emperador.

— Me alegraré de que así sea; pero si Acacia llegare á olvidar?

— Oh! no olvidar!

El veterinario volvió á mover la cabeza, y una sonrisa irónica fué la última respuesta de su incredulidad.

### III.

Entretanto, el emperador, á despecho de los siniestros presentimientos del veterinario, se dirigió hacia el arrabal de San Antonio, en medio de las aclamaciones de los trabajadores, que le saludaban al pasar. Acacia, á quien la novedad de aquel brillante concierto habia debido asustar, no manifestó ningun furor; pasó imposible y altivo á través de todos aquellos homenajes y todas aquellas demostraciones, como si hubiera estado familiarizado con aquel espectáculo y aquellas ovaciones populares.

Napoleón estaba muy satisfecho de la victoria que acababa de conseguir contra las prevenciones y los escrúpulos de los empleados de sus caballerizas:

— Ya veis, decia á su caballero mayor, como camina este animal, sin tener necesidad de advertencias, ni de correcciones. Acacia es un excelente animal, uno de los mejores caballos, que he montado jamás.

Pero M. de Caulincourt, aunque parecia participar de la opinion del emperador respecto de su nuevo corcel, no estaba en el fondo muy tranquilo; observaba con una curiosidad no exenta de inquietud la marcha de Acacia; le seguia de cerca, á fin de poder prevenir las resultas de cualquier movimiento peligroso, y ayudar al emperador en el caso en que perdiera los estribos. Pero estas precauciones eran inútiles, porque el M. de Caulincourt, al tomarlas, cumplia con su deber. Acacia hacia el suyo manifestándose constantemente dócil, y aun llevando la docilidad hasta el extremo.

Habian pasado la barrera del Trono, se acercaba el momento de las pruebas mas difíciles para Acacia, pronto iba á encontrarse en un terreno en que debian serle necesarios el aplomo, la seguridad, y la calma para conservar el grado de su augusto señor. A algunos pasos de la barrera reinaba cierta agitacion tumultuosa, producida por una aglomeracion de trabajadores que se animaban á su rudo trabajo con cantos nacionales. A aquellos gritos discordes se oia el aparato militar de un campamento, el brillo de las armas reluciendo al sol, el redoblar de los tambores mezclado con el estruendo de las trompetas, y á lo lejos el cañon de los artilleros de Vincennes, que hacian ejercicio en el polígono.

A medida que Acacia se alejaba de la barrera, aumentaba el ruido, empezó á mover sus orejas con extraordinaria mo-

vilidad, efecto de la sorpresa mas que del ruido. Pero no se detuvo ni se impacientó una sola vez. Napoleón, lleno de confianza en su caballo, se dejaba conducir por él; habia olvidado que le montaba por primera vez. De cuando en cuando se detenia el emperador para contestar á saludos, ó á vivas, ó para recibir memoriales que entregaba enseguida á M. de Caulincourt.

Pero de repente redoblan á un mismo tiempo ocho ó diez tambores que colocados á la izquierda en filas atravesan el campo, mientras un batallon de guardia nacional presenta las armas al emperador; después salen de las filas gritos, á que se unen las aclamaciones de quinientos ó seiscientos trabajadores reunidos en aquel punto. Napoleón habia llegado al sitio en que las azadas removian la tierra bajo la direccion de varios oficiales de ingenieros.

Ante aquella formidable algarabía, Acacia permanecia inmóvil; oyó con la sangre fria de un caballo de coracero, envejecido sobre los campos de batalla, experimentado por el fuego de los batallones enemigos, aquella explosion de gritos atronadores, mientras que el caballo del caballero mayor retrocedió, y estuvo á punto de encabrirarse y otros caballos de la escolta no se condujeron mejor.

Pero Acacia debía dar aun una nueva prueba de su mérito, y justificar por un nuevo rasgo de heroismo la confianza del emperador; debía salir triunfante de la última prueba que le esperaba.

Napoleón habia pasado mas allá de la linea de las obras, que se estaban ejecutando: habia espoleado á su caballo, pero de pronto se presentó estorbando el paso un monton de maderos, de vigas y de tierra. El emperador iba á rodar, cuando Acacia, saltando por encima del obstáculo, trasladó al otro lado á Napoleón asombrado de tanta fuerza y audacia, pero que habia estado á pique de ser derribado por aquel inesperado movimiento. El caballero mayor, y los cazadores de la escolta, quisieron seguir al emperador por el mismo camino, pero sus caballos vacilan, después retroceden ante el obstáculo, á pesar de todos los esfuerzos de los jinetes, que al fin tienen que decidirse á tomar otro camino, para reunirse á Napoleón. Este, cuando M. de Caulincourt se le reunió otra vez, le dijo riendo:

— Ah! habéis llegado ya, duque?

— Señor, permitid que felicite á vuestra magestad...

— Oh! sí, acabo de dar un salto peligroso; pero todo el honor pertenece á mi caballo, y hay que ser justos.

El emperador continuó su visita, manifestando á su paso la satisfaccion que le causaba el espectáculo de aquel admirable concurso de la poblacion, de aquella patriótica actividad, cuyos buenos resultados veia. El general Haxo, encargado de la direccion general de las obras, se acercó á Napoleón, y recibió felicitaciones y elogios, que debieron alabar tanto mas al hábil ingeniero, por saber que el emperador no los solia prodigar.

Ya era hora de volver á Paris y á las Tullerías; las horas se habian pasado rapidas para Napoleón, que parecia alegrarse con sentimiento; siguió la linea de los paseos esteriores, recogió nuevas muestras de simpatías populares, y antes de volver á entrar en la capital, se detuvo un momento en la barrera de Clichy, examinó con atencion aquel teatro del último combate de 1814, en el que un puñado de guardias nacionales arrojó el cañon enemigo, y protestó heroicamente contra una capitulacion deshonrosa.

El emperador habia pasado ya la barrera, y se atandaba á su caballo, que bajaba por la calle de Clichy galopando, cuando de repente Acacia empezó á relinchar, y des-

pues contuvo su paso, volviendo la cabeza á la izquierda; enseguida hasta se paro. Un hombre, que llevaba un traje de cuadra, estaba al lado del caballo, y alargaba la mano para acariciarlo.

— Qué queréis? dijo el emperador arrancado de sus cavilaciones por el movimiento de aquel hombre, y por la detencion del caballo.

El hombre no se desconcertó, y mirando á Napoleón con seguridad, le contestó:

— Perdoud, mi emperador; pero Acacia se ha detenido por sí solo, os lo juro; y yo he aprovechado la ocasion para despedirme de él.

— Este caballo os conoce?

— Vaya, señor! Soy yo quien le he traído á Paris; es mi discípulo.

— Pues te lo agradezco; porque estoy muy contento de Acacia.

— Ya sabia yo que era útil para vuestro servicio, y que en vuestras caballerizas no seria despreciado; no es verdad, mi emperador, que el señor veterinario es un imbécil?

El caballero mayor se habia acercado al emperador, que volviéndose hacia él, le dijo:

— Os recomiendo este jóven; quiero que le busqueis colocacion, en lo que quiere tanto á Acacia, los dos amigos no se separarán.

Y dirigiéndose al normando, añadió:

— Quieres entrar á mi servicio?

— Inmediatamente, mi emperador.

— Pues vuelve al palacio de Elbeuf, en donde se cuidará de ti.

— Gracias, mi emperador, y yo cuidaré de Acacia...

— Eso por supuesto.

El emperador prosiguió su camino, dejando al normando atarido, y gozoso á un tiempo de su encuentro, y de su buena suerte. Su vuelta á las caballerizas imperiales, á donde llegó una hora antes que Acacia, causó una viva sorpresa; pero cuando dió esplicaciones, todos le felicitaron. El mismo veterinario no se atrevió á censurarle por haberse quedado en Paris en vez de volver á Normandia; y se encargó de escusarle con su amo, que debia hallarse inquieto por su prolongada ausencia, y de escribir á este que su palafrenero estaba agregado al servicio del emperador.

Al dia siguiente, Pedro Callot recibió su nombramiento en debida forma, de picador supernumerario, con el sueldo de mil francos al año, y entró inmediatamente á ejercer sus funciones cerca de Acacia.

(Se continuará.)

BOUCHER.

Ya hemos hablado dos veces de Boucher en nuestra publicacion, la primera con motivo de las *Ninfas adormecidas*, y la segunda cuando se trató de madama de Pompadour; hoy damos *Les Delicias de la vida campestre*, cuya composicion prueba que Boucher, no porque cambiase el titulo cambiaba tambien el fondo de sus obras, y que, directa ó indirectamente es siempre el pintor del amor.

« Todos vuestros cuentos en verso y en prosa, dice el autor de *Jacques le fataliste*, son cuentos de amor; casi todos vuestros poemas, elegias, églogas, bilios, canciones, epistolitas, comedias, tragedias y óperas son cuentos de amor. Casi todas vuestras pinturas y esculturas no son mas que cuentos de amor. Os habéis consagrado á los cuentos de amor desde que nacisteis sin cansaros jamas. Hombres y mu-

eres, grandes y chicos, os hallais sometidos á ese regimen y lo estaréis largo tiempo aun. »

Que haya traducido su pensamiento con la pluma ó con el pincel, nadie como Boucher ha justificado mejor la verdad de esas palabras de Diderot. De su paleta ha salido una innumerable cantidad de amores, toda la poblacion alada de las

fabulosas islas de Afrodita: ménos numerosos eran los que Catullo llamó para llorar el pájaro de Lesbia, y aquellos que figuran en los lienzos de Albano. Lo mas notable es que cuando trata un asunto de la naturaleza como el de *Las Delicias de la vida campestre*, donde es imposible poner amores entre esos pastores y pastoras vestidos de raso y de seda,



Boucher. — Las delicias de la vida campestre.

donde la apariencia de realidad que deja á sus personajes le impide mezclar en ellos seres mitológicos; sin embargo, encuentra un medio de dar satisfacción á su idea fija. Examinando el grabado que acompaña á este artículo, considerando todos los detalles y accesorios que el pintor ha sembrado en torno de su galante grupo, se ve que no se contentó, como lo indica el asunto, con llenar el lienzo de carneros, algunos de ellos atados con cintas de color de rosa, acompañados de cabras bien peinadas, cayados de ópera cómica,

sombreros de paja de Italia, canastillos de flores, y árboles que parecen haber salido de manos del peluquero, sino que piensa tambien en una fuente monumental, y sobre esta fuente, en un bajo-relieve... Por supuesto este bajo-relieve no puede ser otro que el de un grupo de amores ó de niños desnudos haciendo lo que les parece... esto le importa poco al pintor: lo importante es que nunca faltan los amores.

J. J. ANSOUX.

EL PARQUE DE BRUSELAS.



Una vista del parque de Bruselas.—Dibujado de STROOPBANT.

El parque de Bruselas situado en el interior de la ciudad, cerca del boulevard del Este, entre las puertas de Namur y de Louvain, se halla rodeado de cuatro anchas calles, y separa dos grandes edificios, que son, el palacio del rey y el de los Estados generales. Es un paseo delicioso, dibujado con gusto, y donde no falta nada de lo que constituye el encanto de los jardines públicos; bonitas praderas, plazoletas de árboles, aguas transparentes y estatuas de mármol cuyos

blancos contornos se perfilan sobre fondos de verdura. La calle principal que divide el parque en dos partes iguales en su longitud, principia á la puerta de entrada, en frente del palacio de los Estados generales, y se prolonga hasta el palacio del rey, y se halla adornada con estatuas de emperadores romanos, ó mas bien con cabezas y piés esculpidos por Delvaux, y que salen de una especie de cubierta de piedra azul. Cerca de la entrada se halla el estanque Verde,

T. III.—PARIS.—IMP. BLONDEAU.

en derredor del cual andan muchos paseantes al medio día, sobre todo los domingos y días de fiesta; desde allí se ven los dos palacios situados a las estremidades del jardín, y dos hermosas calles laterales que partiendo de ese punto céntrico, se van separando una de otra en forma de abanico, y van á dar á dos puertas estrechas á igual distancia de la que hace frente al palacio del rey. A la izquierda en un bosqueillo hay una tienda donde se pone una música militar y á la derecha está el *Wauxhall* y un *bonito teatro*. A las dos terceras partes de la calle y en el centro del abanico hay otro estanque octógono con un caño de agua, y desde allí se descubre la cúpula de la iglesia de *Riches-Claire*, y las cúpulas de las alcaerías de la puerta de Nove. Otras dos alamedas cortan el parque en su anchura, dividiéndolo en tres partes y multiplicando de ese modo los puntos de vista. Entre las estatuas que adornan el jardín, se notan las que representan á Apolo, Venus y Léda; las mujeres son la Diana y el Narciso de Griello, la Caridad de Vervost y dos grupos figurando los atributos de la agricultura y del comercio.

Este hermoso jardín, construido á expensas del gobierno, por los dibujos de Zimmer hacia 1774, y regalado después por Bonaparte á la ciudad de Bruselas, ocupó el sitio de un antiguo parque dependiente del palacio real, que en su origen formó parte de la selva de Soigne. El abate Mann en su *Historia eclesiástica, civil y natural de la ciudad de Bruselas y de sus cercanías* (1785) habla del primitivo parque con una especie de sentimiento:

« Si el Palacio-Real de Bruselas, quemado en 1734, dice el abate Mann, tenía pocos rivales en magnificencia y extensión, el parque en su antiguo estado encerraba bellezas que habría sido difícil hallar en otra parte. Veíanse allí magníficos jardines en anfiteatro, llenos de flores y de arbustos, buertos, parrones y terrapienes que se comunicaban entre sí por medio de vastas escaleras. En el valle había un gran número de fuentes, con estanques, grutas, un laberinto y una casa de madera construida en España; todo esto adornado con estatuas y otras obras curiosas de arte. El parque era una especie de selva, poblada de fieras, donde los rayos del sol no penetraban ni aun en los días más calurosos del año. En la estremidad septentrional del parque, en el mismo sitio en que se halla hoy el palacio del conde de Brabant se hallaba la casa solitaria que mandó construir Carlos Quinto, y donde residió después de su abdicación en 1556 hasta su vuelta á España. »

En una parte de lo que el abate Mann llama el valle, se admiraba una estatua de Santa María Magdalena en una gruta de piedra cubierto de plantas marinas y de conchas, de donde salía un caño de agua volviendo á caer en un estanque de granito. Pedro I en abril de 1717 bebió una taza de esta agua. Formando contraste con la gruta y la estatua de Santa Magdalena, por arruinadas, se veía al otro lado la estatua de una lechera con un cordero que despedía un chorro de agua.

El palacio de los Estados generales, principiado en 1778 en el mismo terreno en que Carlos Quinto había habitado una modesta casa, fué concluido por Guimard en 1783. Sucesivamente ocupó por el conde de Brabant y por los tribunales, fué consagrado en 1818 á las sesiones de las dos cámaras de los Estados generales. En esta última época el gobierno confió su restauración al arquitecto Vanderebaelen. El primer piso se halla adornado con ocho columnas acanaladas de orden jónico. La cornisa se construyó de nuevo después del incendio de 1820. La entrada del pa-

lacio es un vasto vestíbulo de columnas dóricas acanaladas.

El palacio del rey que se eleva en frente del de los Estados generales fué reconstruido por los arquitectos Suis, Stielmans y Tasson.

#### LAS ARAÑAS.

« A pesar del desprecio y horror que las arañas causan á muchas personas, interesan mucho por varios conceptos, y ofrecen al naturalista un campo vasto de observación. Son muy comunes y habitan todos los sitios de las casas, los bosques, los campos, etc.; fabrican con arte admirable telas que prenden á los marcos de las ventanas, á los techos, árboles, etc. Cuando una hace esta labor en un rincón, comprime alternativamente sus cuatro pezones, hace salir gotitas de una materia glutinosa y con ella forma hilos. Primero establece una serie de ellos en dirección paralela, y después la cruza con otra perpendicular á la primera. Estos hilos se pegan á todo lo que tocan y también entre sí, formando una tela consistente.

Se conocen más de doscientas especies de arañas, divididas en ocho familias, según el modo con que hacen sus telas: a saber: tendedoras, hiladoras, tapiceras, falanges, acutíneas, minadoras, arañas-lobos y arañas-craob.

Las arañas son cariliceras, viven de rapiña, y hacen una continua guerra á casi todos los demás insectos; unas chupan á los que se enredan en sus telas; otras los devoran, dejando solo las partes más duras, como alas, patas, etc., y llevan la crueldad hasta devorarse entre sí. Cuando luchan dos, el combate acaba siempre por la muerte de una, la cual es clupada y devorada por la que vence. Si se echa una araña sobre la tela de otra, la propietaria la acomete al momento, la mata y se la come, si es más fuerte; y si sucede lo contrario, huye. A veces la lucha es tan pertinaz, que ambas acaban por matarse.

Todas las arañas no tienen redes, pero todas hilan más ó menos: sus tejidos difieren mucho entre sí; unos son de trama floja y de figura espiral; otros constan de hilos en todas direcciones, sin orden aparente, y otros, en fin, forman un tapiz apretado y tendido sobre un plano vertical. Para hacer una tela entre dos árboles separados por un foso ó un riachuelo, que el animal no puede franquear, ata en la estremidad de algunas ramas del uno, varios hilos que cuelguen y floten después por el viento hasta unirse al otro. Entonces la araña tira hacia sí de cuando en cuando para ver si está bien adherido, y asegura de ello por la resistencia que encuentra, continúa tomando en el un punto de apoyo para colocar los demás. Después hila otros perpendiculares y oblicuos que ata á diferentes ramas, y cuyos extremos van á parar á un centro común.

Terminado este trabajo, bota otros que poga encima, los separa y los coloca circularmente alrededor del centro. Hecha ya la tela, construye en una de sus estremidades superiores, y entre dos hojas cercanas, una pequeña estancia que la sirve de retiro, en donde permanece todo el día, y solo sale por la mañana y por la noche.

En los hermosos días del otoño, se ven á menudo revolotear en el aire gran cantidad de hilos de araña, que al viento suele llevar á grande altura. Estos hilos son la obra de las arañas de la familia de las tendedoras. Fácil es convencerse de ello, pues al examinarlos de cerca, se encuentra en uno ó en otro de sus extremos arañas ocupadas en produ-

cir nuevos hilos, ó en alargar aquellos ya hilados hasta que llegan á unirse.

Las arañas son ovíparas, y ponen los huevos poco tiempo después de la fecundación. En animales tan crueles, la unión de los sexos debe efectuarse con desconfianza. Al hacer el macho las primeras gestiones, arriesga su vida, y si la hembra no estuviere sujeta á una ley imperiosa, sería sin remedio devorado, porque ella es más fuerte, más corpulenta y de mandíbulas más robustas. Esta unión se verifica en Europa desde junio hasta setiembre.

Salen de los huevos los hijos al fin del estío, dos ó tres semanas después de la postura. Sin embargo, algunos pasan sin abrirse todo el invierno hasta la primavera. En cuanto salen del huevo los hijos de las arañas hiladoras, se ponen á hilar, y en breve construyen una tela; engordan pronto, aunque suelen no comer por faltarles fuerzas para atrapar las moscas.

Estando para salir las arañas-lobos de los huevos, la madre desgarrá su película y los coloca sobre el dorso, llevándolos consigo los primeros días. Es extraño ver semejante animal correr por el campo con el dorso cubierto de mil hilos. Cuando coje algun insecto, le despedaza y distribuye á sus hijos, los cuales se quedan con ella hasta que pueden buscarse la subsistencia. Las arañas tienen el mayor cuidado de sus huevos y de sus hijos, y se exponen á cualquier peligro por defenderlos. Son tímidas, menos cuando los llevan á la espalda; y si se les deja caer algunos, mas bien parecen que abandonarlos. Pasado el peligro, se los vuelven á colocar como antes estaban. Ya separados, esta ternura se cambia en rencor implacable; la madre no reconoce á sus hijos, y toda esta familia no desea más que devorarse al primer encuentro.

Se ha exagerado mucho el peligro de la mordedura de las arañas, y según algunos autores no le hay en los países fríos y templados. Sin embargo, varios viajeros han citado algunas especies venenosas y dicen que la araña de las aves de Surinam, es muy temible para el hombre y mortal para los colibris y el pájaro mosca. Baglivio, célebre médico italiano, ha escrito mucho sobre la tarántula, especie que se encuentra en el mediodía de Europa. Según él, su mordedura es solo peligrosa en el verano y principalmente en el tiempo de la cópula, pues produce una enfermedad grave. Sus síntomas, descritos por él mismo, son: dolor muy agudo en el punto mordido, espasmo, sudor frío general, vómitos, elevación de vientre, etc., los cuales toman á menudo el carácter de una fiebre maligna.

En fin, los enfermos sucumben, ó si el mal calma, caen en una melancolía *sui generis*, pues la mayor parte busca los sepulcros y los parajes solitarios; algunos se meten en los féretros, y otros desesperados se arrojan á los pozos ó se revuelcan en el lodo. Unos desean que les den latigazos, otros se pliegan en correr ó en contemplar varios colores. Este *tarantismo*, dice Baglivio, solo puede curarse con la música: era muy común en Italia cuando practicaba este médico, pero desde que no se cree en semejante mal, no se ha vuelto á presentar caso alguno.

Todos los esfuerzos de los naturalistas en descubrir el veneno de las arañas han sido inútiles. Las gallinas y otras aves se las comen sin que les hagan daño. Varias personas las han ingerido también en su estómago impunemente; el distinguido astrónomo Lalande tenía este gusto singular. Pero esto nada prueba contra la existencia del veneno, pues el del cóctol, ó serpiente de cascabel, del que nadie duda, para que obre en la economía animal, ha de ser absorbido

y llevado al torrente de la circulación. No obstante lo dicho, las arañas deben tener una especie de veneno, porque los insectos á quienes pican mueren casi en el instante. Es, pues, prudente desconfiar de aquellas que son grandes, y en especial en los países meridionales, porque si sus mordeduras no son mortíferas, pueden causar inflamaciones más ó menos graves, según la parte lisa.

Las migalas se parecen mucho á las arañas-lobos y á las tapiceras; son grandes y generalmente venenosas. Las migalas-albañiles ó minadoras hacen nidos subterráneos y profundos, que visitan por dentro hasta la entrada con una tela, para poder subir más fácilmente y ver lo que pasa á la entrada. Sobresale su industria en el cierre ó tapadera, pues sirve á la vez de puerta y de techumbre. Forman esta con varias capas de tierra húmeda interpuestas en una gruesa trama. Su contorno es redondo, el exterior llano y áspero, y el interior convexo, liso y cubierto de una tela cuyos hilos forman un tejido muy apretado. Prolongados estos hacia uno de los lados, unen perfectamente la puerta formando una charnela, para poderla abrir y cerrar. Esta se halla fija en la parte más alta del borde que forma la entrada, á fin de que la puerta caiga y se cierre por su propio peso.

Dicha entrada tiene en su parte más ancha un apoyo circular, sobre el cual se aplica exactamente la tapadera. Retirada la migala á su habitación, se está quieta mientras no tocan á su puerta; pero en cuanto siente el menor ruido en ella, va y asida por un lado á la tapadera y por otro á la especie de operculo referido, resiste á que se abra, por un movimiento alternado de pulsión y de repulsión, hasta que, obligada á ceder por la fuerza, se arroja al fondo de su estancia cambiando su valor en cobardía.

Lo propio sucede en casi todos los animales. Un revés de la fortuna les anonada. El hombre mismo, destello del Criador, desfallece al frente de la adversidad.

#### LA ARGIRONETA ACUTICAL.

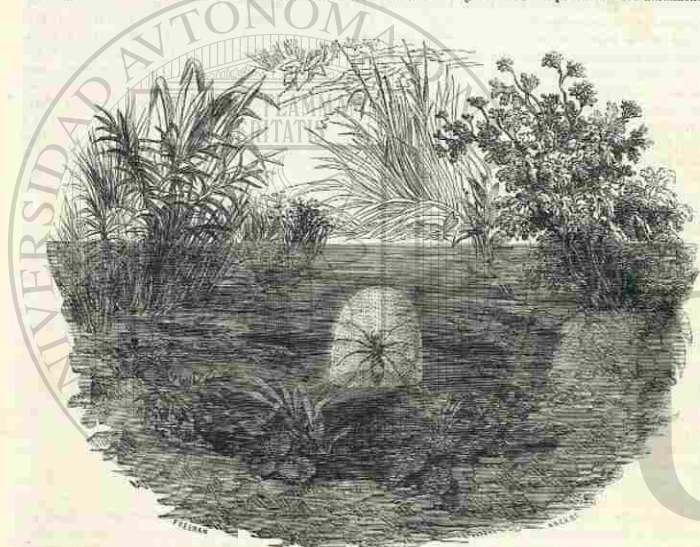
La argironeta es una arañita, notable por su figura y su modo de existencia. Vive en el agua; su abdomen se halla revestido de una especie de velo que impide que el elemento líquido moje la piel, y que además se penetra de una cierta cantidad de aire propio para las necesidades de la respiración. Este aire forma como una tela alrededor del cuerpo, de modo que cuando el animal se sumerge ó nada, se creeira ver una bola de gas ó mas bien de plata que se mueve con rapidez en el fondo del agua. En ninguna otra araña se encuentra una configuración semejante, porque ordinariamente casi todas se ahogan prontamente en el agua.

El nido que la argironeta se construye debajo del agua, también está lleno de aire, formando una red parecida á la de las arañas que viven en el aire. Generalmente tiene la forma de un fanal cuya abertura unas veces guarnecida de hilos que se cruzan en diferentes sentidos, y otras enteramente libre, no es mas que una rendija estrecha y larga, provista de bordes elásticos que se tocan en el estado ordinario, pero que pueden separarse con un ligero esfuerzo cuando el animal quiere penetrar en su morada. Este fanal es del tamaño de una nuez. De los bordes de la abertura parten en diferentes direcciones varios filamentos que sirven de cuerdas para sostener el fanal lleno de aire, y por consecuencia muy ligero, á cierto nivel debajo de la superficie del agua. Por dentro y fuera este nido de la araña se halla unido de una especie de materia vítreosa y diáfana,



producida por el animal con ayuda de sus patas traseras y que va extendiendo en una capa finísima sobre las dos superficies interna y esterna del fanal. Esta materia se endurece pronto, y forma un obstáculo á la salida del aire que despues debe llenar la celdilla. El movimiento de las argironetas mientras dura esta especie de fabricacion es muy curioso: se frotan el cuerpo con una viveza extrema, como si fueran presa de una especie de fiebre que no cesa sino des-

pués de estar completamente acabado el edificio, aprietan alternativamente sus hileras con sus dos patas traseras, y cuando han hilado una parte del globo y han esparcido bien todos los hilos, pulen la superficie con una de sus patas, en tanto que la otra sostiene babilmente el edificio por el otro lado. Fabricado de este modo, el fanal queda de una blancura brillante, que de lejos parece una perla en el fondo de las aguas. El animal permanece ordinariamente en



Estado de la argironeta acústica. — Tamaño natural.

su habitacion con las patas aplicadas al fanal y la cabeza hacia arriba.

Tambien es muy singular el mecanismo á cuyo beneficio el animal suministra á su habitacion el fluido respiratorio: nada hacia la superficie del agua con la cabeza abajo, eleva por encima de su superficie la estrechidad posterior de su abdomen, dilata sus hileras y se vuelve á sumergir rapidamente. Durante esta operacion se forma una bola de aire, que independientemente de la capa plateada que envuelve su abdomen, se muestra en la parte posterior. Despues nada hacia el talle de la planta en donde quiere fijar su nido, y toca la bolita de aire que se suelta enseguida y se adhiere á la planta. De alli vuelve á subir á la superficie, donde vuelve á tomar otra bola de aire que añade á la primera, procediendo de este modo hasta que llena su fanal.

La argironeta pasa la mayor parte de su existencia dentro de su campana llena de aire; alli se alimenta, deposita sus huevos y cria; la construye en la primavera, pone los huevos en el verano, y habita alli todo el invierno, sin salir mas que accidentalmente, ya para ir á buscar aire á la superficie del agua, ya para ir al continente mas próximo á

buscar insectos terrestres, que en cuanto los encuentra los lleva bajo el agua y los devora en su habitacion. Puede ser que la argironeta no busque estos insectos sino á falta de los acuáticos: para apoderarse de estos últimos, tiende sus hilos en distintas direcciones alrededor de su morada, y en cuanto los coje los come inmediatamente, ó los deja atados al hilo como para guardar provisiones.

Los huevos se hallan envueltos en un capullo de seda; son de un color amarillo anaranjado, y se les distingue facilmente á través del tejido firme y blanco del capullo.

Apenas han nacido los hijuelos cuando ya piensan en construirse una habitacion análoga á la de sus padres; á veces se ven fanales en las aguas en proporciones casi imperceptibles.

La argironeta construye todos los años su nido en el mismo sitio; busca las aguas poco profundas, que corren lentamente, y donde se hallen los pequeños insectos que le sirven de alimento.

En Francia fué observada en una charca du Petit-Genilly cerca de Paris y en las cercanías de Laon y de Burdeos, á cuatro leguas del Mans donde fué estudiada por primera

vez por el padre de Lignac, sacerdote del Oratorio en 1748.

Esta araña en el estado adulto tiene á 6 ó 6 líneas de anchura y otras tantas de largo; en nuestra lámina se ve del tamaño natural en el interior de su fanal.

## HISTORIA

DEL

### ULTIMO CABALLO DEL EMPERADOR NAPOLEON.

(Véase las págs. 291 y 304.)

IV.

El 18 de junio de 1815, los últimos rayos del día ahumbraban el vasto y sangriento teatro de una lucha en que el genio de Napoleón sucumbia bajo una fatalidad terrible. En vano habia multiplicado á su favor las probabilidades de la victoria; habia contado sin la tardanza de uno de sus mejores aliados, cuya falta debia expiar tan cruelmente. El emperador, atacado por los ejércitos de Blücher y de Wellington, trataba todavía de resistir á unas tropas tan superiores en número; á su voz los soldados franceses corrían á arrostrar la metralla, y no desesperaban aun de vencer.

Napoleón estaba en todas partes, se le veía precipitarse en lo mas fuerte de la refriega para dar órdenes, para hacer vigilar los movimientos, cuya ejecucion podia detener la marcha victoriosa del enemigo. Constantemente á caballo desde las diez de la mañana, habia fatigado á cinco ó seis caballos, y el que montaba en aquel momento supremo iba á caer rendido tambien, tal vez á dejarle en medio de los escuadrones prusianos é ingleses, que inundaban el campo de batalla. Eran cerca de las ocho de la noche.

Uno de sus ayudantes le hizo observar el peligro que corría.

— Bueno! exclamó; que me traigan otro caballo.

Apénas habia pronunciado estas palabras, cuando se presentó delante de él un jinete, que conducía un caballo por la brida.

— Señor, le dijo, V. M. está obedecido.

Al mismo tiempo se apeaba de su caballo y conducía el otro al emperador, para que este pudiera montar mas pronto.

Napoleón miró aquel caballo que estaba cubierto de barro.

— ¿Qué quieres tú que haga con ese pobre animal? exclamó con acento de mal humor. Quiero un caballo fresco y ese debe estar rebentado, pues le monté esta mañana por mas de cinco horas.

— No importa, señor; os aseguro que andará tan bien y mejor que un caballo fresco; además, los otros están demasiado lejos de aquí.

Napoleón no estaba de humor de discutir mas tiempo con su picador; se apeó y montó el nuevo caballo que le habian traído.

— Ah! es Acacia! dijo.

— Sí, señor.

Apénas habia vuelto á montar el emperador, una masa enorme de caballería inglesa, cayó sobre los tres ó cuatro batallones de la guardia imperial, con que Cambrone trataba de cubrir la retirada del ejército francés; una granada derriba del caballo á aquel general; pero el cuadro que ha hecho formar, sostiene heroicamente el fuego del enemigo;

una lluvia de fuego, que parte de aquella ciudadela viva cubre á los soldados de Wellington, y los obliga á retroceder; entónces el cuadro se entrepara, pero es para recibir al mismo Napoleón, que se lanza en su centro para evitar ser hecho prisionero, ó muerto: le acompañan los mariscales Soult, Ney, y los generales Bertrand, Drouot, Corbineau, Fialant y La Bédoyère.

Parece que el enemigo ha adivinado que Napoleón está allí, y se encarna contra el cuadro que le protege; pero antes de llegar hasta él, es preciso matar hasta el último de sus granaderos. El emperador ha puesto mano á su espada, lo mismo que todos los mariscales y oficiales superiores que le rodean; las bolas de fusil y de cañon caen en medio del cuadro que no pueden romper; por fin el enemigo se cansa, y su ataque empieza á debilitarse; los soldados de Cambrone retroceden lentamente conservando el mismo orden; Napoleón, libre, puede alejarse del campo de batalla.

Conducido por su caballo, llega á Jemmapes, en donde espera reunirse con un cuerpo de retaguardia; pero al llegar á aquella poblacion, no ve á su lado mas que á un solo jinete: reconoce al picador que le ha llevado á Acacia: es Pedro Collet, el ex-palafrenero normando.

— De dónde vienes? le dice el emperador.

— Cómo, señor! de donde vos; estaba á vuestro lado,

allá abajo.

— En medio del cuadro de mi guardia?

— Sí, señor; y mientras he seguido á Vuestra Majestad, he tenido tiempo para recoger este sable prusiano.

Y enseñaba al emperador el sable que tenia en la mano.

— ¿Qué querias hacer con eso?

— Defenderos, señor, y probar á Vuestra Magestad que lo sé manejar.

En aquel instante llegaron sucesivamente los ayudantes de campo y de órdenes, á quienes la debilidad ó la fatiga de sus caballos no habia permitido seguir al emperador. Solo el caballo que montaba Napoleón no parecia fatigado; solo él se encontraba dispuesto á empezar una nueva carrera. Pero Napoleón queria detenerse en Jemmapes; se apeó, y dejó Acacia á Pedro Collet.

— Ten cuidado de ese animal, le dijo, y trata sobre todo de llevarlo á Paris, pues sin él no habria llegado aquí.

— Señor, volveréis á encontrar á Acacia y á Pedro Collet en las caballerizas imperiales; os lo prometo bajo palabra de honor.

Napoleón habia entrado en una casa, en donde tomó algun descanso, mientras Pedro Collet iba, llevando á Acacia por la brida, á buscar un sitio hospitalario, en que descansaran y comerian sus dos caballos.

Esto no era facil de encontrar; las calles estrechas de la poblacion de Jemmapes estaban llenas de soldados, de carruages, y de furgones de artillería; las finieblas de una noche muy oscura contribuian á aumentar el desorden. No tardaron en ser oidos los gritos sinistros de: *sedeez quien pueda!* *El enemigo!* La confusion llegó á ser horrible: la voz de los gefes era impotente y desconocida. Batallones enteros, que, reunidos, hubieran podido contener al enemigo, se desbandaron, y tomaron la fuga; la caballería inglesa y prusiana entró en la poblacion.

El emperador tuvo apénas tiempo para salir de Jemmapes, y llegar á los Cuatro-Brazos, en donde se apeó en un vivac.

Pero mientras Napoleón se esforzaba todavía en aquella última posicion para reunir á las tropas francesas, el pobre Pedro Collet habia sido sorprendido por la llegada repentina

del enemigo. Había encontrado hospitalidad para sí y para sus dos caballos en el patio de una casa de Jemmapes, y les hacía tomar un poco de cebada que había pagado muy cara; de repente se presentan en la entrada del patio dos húsares de Brunswick, que se habían apeado para saquear. Al ver al picador, vestido con la librea imperial, y que tomaba por un militar, le dirigen, blandiendo sus sables, una amenazadora interpelación. Pedro Collet advirtió su significación, aunque había sido formulada en alemán, y comprendió que los húsares le intimaban la orden de darse prisionero, y de poner á su disposición, no solo su persona, sino también su sable, y sus dos caballos.

Pero no se hallaba de humor de ceder con tanta facilidad un caballo, que le había sido recomentado por el emperador, aquel orgulloso Acacia que había salvado la vida á Napoleón; le había dicho además que él también sabía servirse de un sable, y debía cumplir su palabra. Cogió el sable que estaba suspendido de la silla de Acacia, se precipitó sobre uno de los húsares, que se adelantaba ya á coger su presa, y le dió sobre la cabeza un golpe tan furioso, que le envió á rodar á tres pasos de distancia.

Asustado con la caída de su compañero, el otro húsar no pensó más que en huir; pero Pedro Collet no le dejó tiempo, y cerrando la puerta, le cortó la retirada; entonces el coraje húsar, echando al suelo su sable, se puso de rodillas pidiendo perdón á su terrible adversario.

Pedro Collet se compadeció de aquel hombre, le mandó que se levantara; pero había que impedirle que fuese á reunirse con sus camaradas, que no habrían dejado de venir á vengar la muerte del húsar; Pedro Collet vió una escalera que conducía á un sótano; por ella hizo bajar á su prisionero, y le encerró allí, echando el cerrojo á la puerta.

Ahora, ¿cómo saldrá de su asilo, en el que á cada instante puede ser descubierta? La caballería enemiga continúa atravesando la calle principal de Jemmapes; el ruido de los disparos que se oyen es señal de que aun sigue la lucha; entonces, aunque conociendo el peligro de una posición tan crítica, da á sus dos caballos la poca cebada que le queda, los hace beber, y espera á que el movimiento militar que turba el reposo de la ciudad belga haya cesado. A las dos de la madrugada, las tropas inglesas y prusianas habían abandonado á Jemmapes.

Entonces Pedro Collet se aventura á mirar por la calle; ve á un campesino que vestía una blusa de lienzo; le hace señas para que entre, le espone su triste situación, y le pregunta si le quiere ceder la blusa por quinientos francos.

— Es demasiado, le dice el campesino, es demasiado; os cedo mi vestido por franco y medio; no vale más.

— Gracias, amigo, gracias; sois un hombre honrado; pero, mirad, aquí tengo dos caballos que pertenecen al emperador; yo no puedo llevar conmigo más que uno; el otro es para vos. No tengáis escrúpulos; porque, si no lo tomáis, caerá en manos de un prusiano ó de un inglés.

El campesino belga no resistió á esta reflexión, de un solo golpe hacía un servicio á un francés, servidor leal del emperador, y adquiría á poco precio un caballo que le había pertenecido; entregó su blusa que Pedro Collet colocó sobre su traje de picador, arrojando lejos de sí su sombrero galoneado que podía darle á conocer.

Cuando estuvo así disfrazado, fué á buscar los dos caballos, entregó uno al campesino, y después de estrechar á este la mano, subió sobre Acacia.

Gracias á su disfraz, el picador de las caballerizas imperiales pasó sin estorbo por entre las tropas anglo-prusianas,

y llegó á los Cuatro-Brazos, en donde esperaba reunirse con el emperador; pero este había marchado ya por Charleroi; Pedro Collet se quitó su blusa de lienzo, compró un sombrero de tres picos, y continuó buscando á Napoleón; pero tuvo que renunciar á la esperanza de encontrarle hasta París; caminó á cortas jornadas para no fatigar demasiado á Acacia, y llegó á la capital el 23 de junio á las once de la noche.

Cuando se presentó delante del palacio de Elbeuf, encontró la puerta cerrada; se apeó del caballo, y llamó con fuerza á la puerta; el portero, que en las circunstancias extraordinarias en que se hallaba París, creía deber obrar con mucha circunspección, no abrió; además la hora no era la más oportuna para visitas. Pedro Collet, que necesitaba descansar, y no pensaba de modo alguno pasar la noche el lado de su caballo, llamó de nuevo.

— ¿Qué queréis? preguntó al fin á través de la puerta el portero asustado.

— Quiero entrar con mi caballo.

— Os habéis engañado, amigo; esto no es una posada.

— Ya lo sé, señor Poussard, y sin duda os queréis chatear; pero el momento no es oportuno.

— Pues, ¿quién sois?

— Como! Soy Pedro Collet, el picador de S. M.

— Pedro Collet! ¡Bah! ese pobre muchacho ha muerto... no me engañas con eso!

— Qué, que ha muerto? Señor Poussard, no os bromeéis así! Abrid; y, si no queréis recibirme, dejad á lo menos que entre Acacia.

Estas últimas palabras, pronunciadas con voz quejosa y suplicante, no podían dejar ninguna duda en el ánimo del portero acerca de la identidad de Pedro Collet, y de Acacia; abrió la puerta, y, al ver al picador que reconoció al momento, se lanzó á su cuello.

— Con que eres tú amigo Collet? Ah! le creíamos muerto, como tanto otros.

— No, señor Poussard; pero poco la faltado para que no volviera; es un milagro que no haya muerto. Pero de esto hablaremos mañana; este compañero de viaje tiene el vientre horriblemente vacío.

Acacia se puso á relinchar, y los caballos encerrados en las caballerizas le contestaron con sus relinchos, como para saludar el regreso de un amigo. Pero Collet hizo entrar á Acacia, y lo enseñó al portero.

— ¿Conocéis á este?

— Si por cierto; pero no parece que ha hecho la campaña.

— Pues la ha hecho, y el emperador le montaba durante la batalla; espero que le volverá á montar; ahora voy á conducirlo á la caballeriza.

El portero cerró la puerta, y cogiendo un farol condujo á Collet con su caballo á la cuadra; después de haberle dado que comer, y haberle colgado en su pesebre, el portero y el picador se fueron á cenar juntos.

Al día siguiente, á las seis de la mañana, cuando los palefreneros abrían la cuadra encontraron á un hombre que dormía sobre la paja, cerca del pesebre de un caballo, que se asombraron de ver allí.

Era Pedro Collet, que había rehusado la oferta, que el portero le había hecho de partir con él su cama; había querido dormir al lado de su querido Acacia.

(Se continuará.)

## EL LOTO.

FLORACIÓN DEL NUBIUM SPECIOSUM EN EL MUSEO DE PARIS.

De todos los vegetales preciosos con que se ha enriquecido la horticultura en estos últimos años, ninguno es más notable que el *Nelumbium*, por la celebridad de sus tradiciones, y por eso ninguno ha excitado en más alto grado las investigaciones de los sabios. Esta magnífica planta que acaba de florecer por primera vez en París está dando hace algunos meses flores en todo su brillo, y aun madura á veces sus frutos al aire libre, como en Montpellier bajo la influencia de una temperatura de 21° sobre cero.

El *Nelumbium speciosum* es originario de la India; hasta el siglo XVII se le había considerado como propio del Bajo Egipto, donde sin embargo nadie le vió jamás. En la antigüedad tenía el nombre de *Haba de Egipto*, *Azuena del Nilo*, ó *Loto*, y se comían las raíces y las semillas.

Cariós de l'Écluse (Clusius) fué el primero que hizo estudios útiles sobre esta célebre planta; el primero que describió en los textos antiguos las propiedades del *Nelumbium* que Herodoto describe con estruendosa precisión bajo los nombres de *Haba de Egipto* ó *Azuena del Nilo*. Desde Clusius acá, las investigaciones de los viajeros, los escritos históricos, el estudio comparado de las diferentes religiones de la India y del antiguo Egipto, han venido á confirmar los ingeniosos apuntes de uno de los primeros botánicos del renacimiento.

Esta planta en la isla de Ceylan se llama *Nelumbo*, del cual M. A. L. de Jussieu ha hecho *Nelumbium* que es el adoptado hoy en el vocabulario de la ciencia.

El *Nelumbium*, considerado como sagrado en muchas partes de la India, en la China y en el Japon, es á los ojos de los sacerdotes budistas, un emblema del mundo salido de las aguas, y le cultivan en jarrones preciosos para adornar sus templos y altares. En nuestros días esta planta se ve representada en todas las pinturas que llegan de la India ó de la China. El Egipto la acordaba una atención particular, pero la planta desapareció de aquel suelo con la antigua religión que probablemente la introdujo en él. En vano Prásero Alpin y los sabios que formaban la memorable comisión de Egipto, la buscaron en los lagos y en los canales donde crecía abundantemente en tiempo de Herodoto. Se la ve representada en las medallas de los Ptolomios; sus tallos agrupados en haces adornan las poderosas obras de granito en que descansan las colosales figuras egipcias del Louvre; sus hojas sirvieron de modelo para las columnas de los templos; sus flores y frutos coronan la cabeza del Antinóo antiguo y se ven esculpidas en el zócalo de la estatua del Nilo, copia de la de Roma que se halla en el jardín de las Tullerías y en el Museo Nacional de París. Por último, cuando Plutarco habla de una corona de flores simitáceas y no de la planta leguminosa que lleva hoy ese nombre.

El *Nelumbium* del antiguo Egipto crecía en los lagos y canales que se recorrían en barca. Strabon dice que en efecto la gente se paseaba por diversion sobre los lagos cubiertos de habas, y que se abrigan bajo las hojas de esa planta, como se hace hoy bajo las de la palmera, la caña, etc. Esas hojas, dice el mismo historiador, tenían la forma de grandes sombreros, de manera que se vendían en las tiendas.

Largo tiempo la simiente de esta planta continuó siendo conocida de los romanos, pero poco á poco la planta fué desapareciendo de las aguas del Nilo, donde habían señalado su existencia tantos historiadores de gran peso, hasta sus huellas se han borrado ya, y solo se conserva su recuerdo en los geroglíficos y medallas. A falta de la realidad, los comentaristas del siglo XVI copiaban una figura imaginaria que la imprenta ha reproducido durante mucho tiempo en varios libros estimados.

El *Nelumbium* es una planta acuática cuyas raíces son semejantes á los largos tallos blancos y articulados de la caña de los pantanos; se rompen fácilmente, son fistulosas, y se hallan provistas en las articulaciones de un grupo de raíces fibrosas, sencillas, donde hay un botón del que nace la hoja. El Museo debe la hermosa raíz que ha prosperado en París, á la fuerza de cuidados, á M. Dunal profesor de botánica de la facultad de Ciencias de Montpellier.

Las flores se hallan muy de acuerdo con la descripción de Herodoto. No pueden compararse mejor que á un enorme talipán, comparación más justa todavía cuando tienen botones. Estas flores se abren dos días seguidos y se cierran de noche; su olor se parece al de la rosa, cuyo vivísimo color se ve en las estremidades de sus pétalos.

La estructura particular del fruto ha ocupado mucho á los botánicos; consiste en un receptáculo óbovico y carnudo de color verde en el cual se ven unos cuantos á treinta pistilos que se cambian después en nuececillas negras que los antiguos llamaban Habas. Teofrasto nos ha dejado una descripción de la más perfecta exactitud; habla de la forma del embrión y de la hoja que le caracteriza.

«Esta haba, dice Teofrasto, crece en los estanques y pantanos; su tallo tiene cuatro codos de largo, y es de un dedo de grueso; parece una caña sin nudos. El fruto que da, contiene hasta treinta habas un poco abultadas, cada cual en su hueco separado. La flor es toda de color de rosa. El fruto se eleva sobre el agua, las hojas se sostienen en tallos semejantes á los del fruto y son grandes como sombreros. Abriendo una haba se ve dentro un cuerpucillo replegado sobre sí mismo del que nace la hoja. Su raíz es más fuerte que la de la caña, y la comen los que habitan cerca de los pantanos. Esta planta crece espontáneamente y en gran abundancia.»

Herodoto comparó la flor del *Nelumbium* con la de la azuena, dándole también el nombre de *azuena del Nilo*; Plinio la asimila á la adormidera y Ateneo la designa con el nombre de *Loto* aplicado después á una multitud de plantas diferentes.

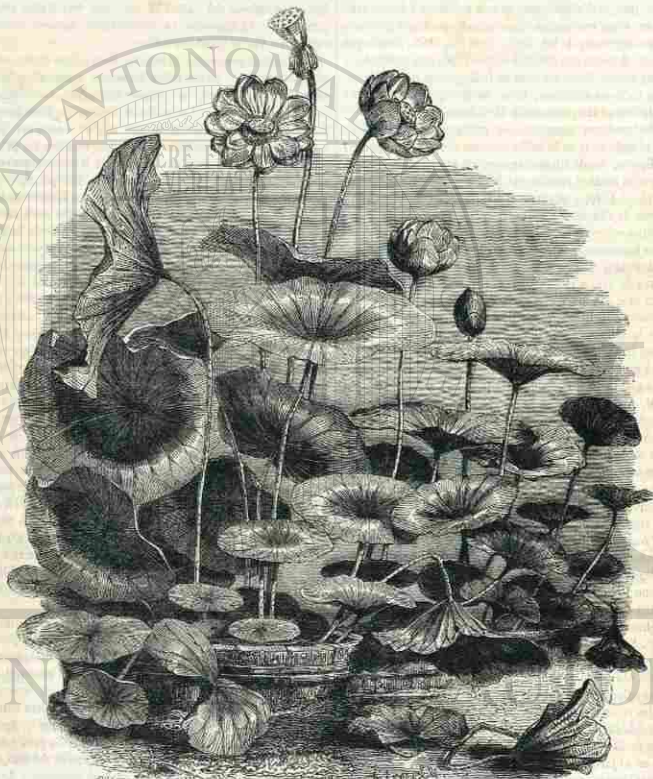
Cuenta Herodoto que los egipcios se alimentaban con el loto del Nilo (que no confunde con el *Nelumbium*), que su simiente parecida á la de la adormidera servía para hacer pan, y añade que también se comían las raíces del loto, las cuales eran redondas, del grueso de una manzana y de un sábor dulce.

En el día, si las aguas del Nilo no contienen ya el antiguo *Nelumbium*, contienen sin embargo dos nitáceas atenuadas. Estas dos plantas, designadas por los árabes bajo los nombres de *Nentifar* (*Nimphosa Lotus* L. de flores blancas, ó *Arais el-Nilo*, desposada del Nilo) y de *Bachennin* (*N. corata* L.), se emplean como alimentos; los felahs llaman *Biero* la raíz redonda del *N. cerulea* que es muy estimada entre ellos, haciendo con su semilla fermenta, un pan semejante al que comen los habitantes del Alto-Egipto. Así pues, es de creer que los frutos que componen con las espigas de cereales, los atributos de Isis pertenecen á una

ninfécea (N. *Lotus ó carulea*) y no á la adormidera que no se cultivaba en Egipto. Este hacedillo de frutos de cereales y de loto, representa pues la Fertilidad y la Abundancia, puesto que los egipcios echaban de estas plantas en la fabricación de su pan.

El loto, dice Herodoto, crecía en los campos después de

las inundaciones. Sus flores son blancas con pétalos como las azucenas. Esta planta nace en crecido número y muy apretada: las flores se cierran al ponerse el sol y ocultan sus frutos, volviéndose á abrir cuando el sol aparece de nuevo, y elevándose sobre el agua, lo que se renueva hasta que está formado el grupo y entonces cae la flor.



*NELEMBIUM SPECIOSUM (Lotos)*, Dibujo de Himsel.

Hoy no se duda ya que en tiempo de Teofrasto los egipcios comían las raíces y semillas del *Nelumbium*, así como las comen hoy los pobres que habitan á las orillas de los lagos del Cachemyr, y que se alimentaban además con las semillas y raíces redondas de los *Nimphoea Lotus* y *carulea* como los fellahs de las cercanías de Damietta y los habitantes del Nilo-azul.

¿Se debe atribuir á la estension que se ha dado á ciertos cultivos la desaparición del *Nelumbium* de los canales del Bajo Egipto, en medio de los cuales crecía antes en tanta

abundancia y casi espontáneamente? Así debe ser, si como lo asegura M. Bellin, agregado al consulado de Francia en Egipto se está viendo que por causa de los desmontes de la tierra el *N. carulea* desaparece de día en día de las campiñas del Cairo, refugiándose en los canales de las cercanías de Damietta, de donde quizá llegará á desaparecer también, un día. Entre tanto no deja de ser curioso el fenómeno de la persistencia de los menores caracteres de organización y de vegetación en una planta cuya del descripción está hecha desde hace dos mil años.

FRANCIS DRAKE.



La reina Elisabeth armando caballero al célebre navegante Francis Drake.—Dibujo de Gilbert.

Francis Drake, uno de los mas atrevidos navegantes del siglo XVI, nació en 1535 en Tavistock, en el Devonshire. Su familia era pobre. Desde la edad de 10 años, principió el duro aprendizaje marino en un buque mercante que costeaba ordinariamente la Inglaterra, sin aventurarse fuera de los puertos de Francia. Laborioso, enérgico y sensato, prestaba servicios muy superiores á los que se podían esperar de un jóven de la edad en que él se hallaba. Su capitán le cobró un grande afecto, y cuando murió le dejó su barco. Su segundo protector fué uno de sus parientes lejanos, ya célebre en

Inglaterra por sus triunfos en el tráfico de negros, que en aquel tiempo, lejos de ser objeto de la reprobación pública, estaba protegido y fomentado por el mismo gobierno. Este marino no era otro que John Hawkins, que llegó después al grado de contra-almirante, y se distinguió en la famosa lucha contra la Armada. Aconsejado de él, Drake vendió su barco, y cediendo al entusiasmo que arrastraba entonces hacia el Nuevo Mundo medio descubierto, á todos los ánimos ardientes y aventureros, intentó, asociado con Hawkins, diversas expediciones lejanas, que al principio no produjeron

los mejores resultados. Existía entre España e Inglaterra una rivalidad violenta y apasionada: Drake en sus escursiones despojaba sin escrúpulo ninguno los buques españoles cargados de oro y plata, y aun saqueaba cuando podía las puercas de las Indias Occidentales. En 1572, tomó por asalto dos ciudades situadas en la costa oriental de Panamá, y con el botín que se llevó equipó tres fragatas, que sirvieron de mucho á la Inglaterra en las guerras de Irlanda. En 1573, el 13 de noviembre, salió de Plymouth á la cabeza de cinco buques menores armados á costa del Estado, y el 23 de agosto del año siguiente entró en el estrecho de Magellan, asegurándose que él fué el primero que descubrió el Cabo de Hornos. Triunfo de peligros y fatigas extraordinarias, pero perdió las cuatro embarcaciones que le habían acompañado, la que mandaba él, que se salvó milagrosamente, se llamaba el *Pelicano*; pero Drake lo quitó este nombre, y la dió el de *Golden-Hind*. Después de haber recorrido las costas de Chile y del Perú, saqueando y devastando sin cesar, se dirigió hacia el Norte con la ambición de hallar ese famoso paso que aun en el día se busca, y á cuyo beneficio se podría atravesar del Océano Atlántico al Grande Océano, encaminado á la América Septentrional, y á través del Océano Glacial. Se cree que penetró hasta el 35° paralela boreal. Atrojado de allí por los rigores del frío, volvió á bajar y exploró las costas de la California, que llamó Nueva Albion: luego pasó á las Filipinas, y por último, continuando sus viajes, se dirigió hacia Java, y volvió por el Cabo de Buena Esperanza. El 26 de setiembre de 1580 llegó á Plymouth, y subió enseguida hasta Deptford. Al instante se espació la noticia de su llegada; las riquezas que traía, la narración de sus aventuras, de sus luchas armadas contra los españoles, y de sus descubrimientos excitaron el entusiasmo público. Es verdad que muchos de sus enemigos murmuraban, achacándole actos de hostilidad que no estando justificados por un estado de guerra, debían contarse como hechos de pirata; pero el odio contra los españoles y el amor propio nacional se hallaban muy satisfechos en aquella memorable expedición de Drake para atender á tales voces, y hasta la misma reina quiso sofocarlas manifestando ostensiblemente su aprobación á la conducta del navegante Drake: el 4 de abril de 1584, bajo el Tamesis hasta Deptford, subió al *Golden-Hind* ricamente empavesado, cubierto de tapicerías asombrosas, y en medio de las músicas y las aclamaciones concedió solemnemente á Drake el título de caballero, queriendo además que el *Golden-Hind*, que había trazado un surco tan glorioso alrededor del mundo, se conservase como un monumento nacional. El buque fue en efecto, durante largo tiempo, el objeto de un especie de culto público en el arsenal de Deptford, y cuando se cayó de viejo, hicieron con sus restos un sillón que puede verse todavía en la Universidad de Oxford.

Pero Drake no había terminado aun su carrera marítima. En 1583 hizo una nueva expedición á las Indias Occidentales. En 1588 fué nombrado vice-almirante, y combatió contra los españoles; pero sus últimos años no fueron tan felices como los primeros: fracasó en una tentativa que hizo para restablecer á don Antonio en el trono de Portugal, y en dos ataques que tuvo con los españoles en Canarias y en Puerto Rico. Su muerte, que se verificó el 9 de enero de 1597, se atribuye á la pena que le causó otro revés que experimentó en un combate con una flotilla que salió á perseguirle de Panamá.

DE LA FORMA QUE TENIAN LOS LIBROS Y LAS CARTAS EN LA ANTIGÜEDAD.

La forma que tenían los libros entre los antiguos ha dado margen á multitud de controversias entre los eruditos modernos.

Los romanos, daban á los manuscritos enrollados el nombre de volúmenes (*colomina*), del latín *volvere*, porque el manuscrito se enrollaba sobre sí mismo. La palabra *explicitus*, que se encuentra á cada paso en los autores, significa desarrollar, leer un manuscrito. Los escribientes, cuando habían terminado la copia de una obra, es decir desarrollado completamente el rollo en que habían escrito, pintan en lugar de la palabra *fin* de que usan los modernos, las palabras *explicitus est liber*, ó *explicitus liber*; fórmula que hubo de abreviarse desde el siglo III, y hasta el descubrimiento de la imprenta, sirvió la palabra *explicit* para significar el fin de un libro latino ó español.

Muchas de las pinturas de Mercuriano representan personas con volúmenes en que leen, en las manos. Todos cuantos están cubiertos se desarrollan, excepto uno solo, horizontalmente y de izquierda á derecha, en el sentido de su longitud. La escritura que en ellos se figura se halla en pequeñas columnas perpendiculares. Desarrollándose el papel en la propia dirección de la escritura, es decir, de izquierda á derecha, hubiera sido de una longitud desmesurada una línea escrita desde uno al otro extremo del rollo. Habiera sido preciso enrollar y desarrollar el manuscrito tantas veces cuantas hubieran sido las líneas. Además, en el medio de la línea no se podría alinear á la vez los dos extremos de líneas tan largas, lo cual hubiera ocasionado una constante confusión al lector. La división en columnas remediaba estos inconvenientes. Se los desarrollaba poco á poco con la mano derecha, y á medida que se avanzaba en la lectura, se desarrollaba de nuevo con la izquierda en el mismo sentido, ó en el sentido inverso, la parte ya leída.

En los manuscritos que se desarrollaban perpendicularmente, estaba trazada la escritura en el sentido de la anchura, y no en el de la longitud. Como el papel mas ancho no lo era mas de veinte y cuatro dedos, y el papel del uso comun distaba mucho de tener esta dimension, no había inconvenientes en escribir con columnas, y de uno á otro margen.

Cuando estaba escrito el libro y las diferentes hojas de que constaba colocadas las unas á continuación de las otras, se fijaba en el extremo de la última una vara, alrededor de la cual se enrollaba el volumen.

Las cortes se denominaban frentes (*frontes*), á causa de la colocacion de los rollos en las bibliotecas; se los recortaba, y después se les acababa de quitar con piedra pomez las barbas que les hubieran podido quedar. Muchas veces estaban pintados de color. Las de los *Trájes* de Ovidio lo estaban de negro, y por lo tanto, dice el poeta, eran fáciles de reconocer.

Los títulos, en lo general, se escribían en bandas de pergamino y de papiros, y se colocaban sobre el corte que salía del estuche ó caja.

Los volúmenes tenían las mas variadas dimensiones. En tanto que unos eran apenas del grosor de una vara delgada, se ha hallado uno en Herculano que contiene hasta ciento diez columnas de escritura, y otro cuya longitud excede á mas de veinte y cinco varas. Según un pasaje de Isidoro de Sevilla, se sabe que las poesías y las cartas se pu-

dicaban en volúmenes pequeños, y las obras históricas en gran folio.

En lo general contenian los volúmenes mucha menos materia que nuestros libros ordinarios. En efecto, cada volumen contenia solo un libro de una obra, y nunca una obra entera.

Para preservar los volúmenes de las picaduras de los insectos, se los encerraba en un estuche ó caja de piel ó de pergamino: algunas veces consistia esta cubierta en una hoja de papiros. Los rollos que componian una misma obra estaban reunidos en un haz, que se colocaba despues en un estuche de una materia mas ó menos preciosa, y que algunas veces se cerraba con llave.

Las cartas se enrollaban en forma de volúmen. El sobrescrito colocado á la cabeza tenia primero el nombre del que escribia en nominativo, y despues en dativo el nombre de la persona á quien se dirigia la carta, y que iba algunas veces acompañada de uno ó de dos epítetos.

Sin duda muchas veces, para traer ciertas personas á la memoria de aquel á quien se escribía, se hacian figurar en el sobrescrito los nombres de muchas personas. Ciceron, al escribir á Tison, añadió á su propio nombre en el sobre de sus cartas; y los nombres de su mujer y de su hija, ya los de su hermano y de su sobrino.

La fecha del día y del lugar iba colocada al final de la carta. Ciceron, cuya correspondencia es tan voluminosa; y tan llena de interés, se olvidaba muchas veces de fechar sus cartas.

Entre los griegos se conjetura, segun un pasaje de Plutarco, que el sobrescrito exterior llevaba el nombre del que escribía y de aquel á quien se escribía. Entre los latinos, segun parece, no tenia el sobre sino un solo nombre.

Al papiros, empleado para las cartas mucho tiempo antes que el pergamino, se le daba, como entre nosotros, el nombre de papel de cartas (*charta epistolaria*), cortándolo tambien de modo que se adoptara á dimensiones muy pequeñas.

En el cuarto siglo se comenzó ya á hacer uso del pergamino.

Acabada de escribir la carta, se arrollaba y se ataba con una cinta cuyos dos extremos se pegaban al papel con una especie de arcilla llamada *arela*, sobre la cual se imprimía el sello. Pero semejantes precauciones eran muy insuficientes para proteger la correspondencia, y se citan en la antigüedad mas de un ejemplo de la violacion del secreto de las cartas, sin saberlo las personas á quienes iban dirigidas.

L. L.

#### EVASION DE GROCIO EN 1624.

Mauricio de Nassau principe de Orange habia prestado eminentes servicios á la Holanda. Gracias á sus talentos militares y á su valor, libertó esta republica de un yugo de los españoles. Así la multitud pública le habia dado el nombre de capitán general. Sin embargo el partido republicano que se desconfiaba de los proyectos del principe pedian ciertas concesiones, y las pedía por medio de sus gefes el viejo Barneveldt y el célebre Grocio que habia adquirido por su carácter, su elocuencia y su profundo saber una grande autoridad sobre los Estados de Holanda. Oido el parecer de estos dos magistrados, con motivo de la contienda religiosa que se ventilaba entonces, los Estados decretaron el 4 de agosto de 1617, que todos los magistrados

de las ciudades quedaban autorizados para armar gente con el fin de reprimir las sediciones y asegurar la paz pública. Esta creacion de milicia urbana irritó á Mauricio de Nassau que consideró el decreto de los Estados, promulgado sin su consentimiento, como una degradacion de sus derechos de gobernador y de capitán general. Después de haber tratado vanamente por la persuasion y aun por la fuerza, de disolver la nueva milicia, resolvió poner fin por un golpe de Estado á aquella oposicion del poder legislativo. Algunos desórdenes que sobrevinieron en Utrecht le suministraron el pretexto para ello: reunió ocho personas que tomaron el nombre de Estados generales y sin ninguna informacion previa les hizo dar una orden de arresto contra Barneveldt, Grocio y Hoogerbertz, que en efecto fueron presos como culpables de los desórdenes de Utrecht.

Algunos dias despues, el principe de Orange recorrió las ciudades de la Holanda, y como tenia la fuerza en su favor, no halló ninguna resistencia á sus proyectos. Destituyó á todos los magistrados amigos de los presos, siguió haciendo prisiones e hizo condenar á toda prisa á los acusados.

El 12 de mayo de 1619 fue ajusticiado Barneveldt á la edad de setenta años debajo de los balcones del principe de Orange.

El 18, Grocio y Hoogerbertz fueron condenados á encierro perpetuo en el sitio que los jueces designaron.

Grocio fué conducido el 6 de Junio de 1619 á la fortaleza de Louvenstein, donde halló dos grandes consuecos que fueron su mujer y el estudio.

Cuando en 1608 á la edad de veinticinco años, solo habia vivido separado de su mujer el tiempo que duró su arresto; pero despues de la sentencia ella le siguió á Louvenstein y pidió permiso para visitarle todos los dias. Concediólela el entrar en la fortaleza, pero á la condicion de que no volviera á salir nunca. Ella aceptó la condena y permaneció encerrada con su marido, hasta que algun tiempo despues tratándola con menos rigor la permitieron que saliera dos veces por semana.

El cautiverio duraba ya mas de diez y ocho meses, cuando el 11 de enero de 1621 Muxs Van Hool, uno de los enemigos declarados de Grocio, y que habia sido su jur, advirtió á los Estados generales que sabia que el preso intentaba escaparse. Se envió un agente á Louvenstein para examinar lo que pasaba, pero todas las pesquisas fueron vanas.

Era cierto que la mujer de Grocio, Maria de Reigersberg, no tenia otra cosa en la mente que la idea de libertar á su marido. Habíale permitido á Grocio que tomara libros prestados á sus amigos, y despues de ellos los devolvía en un cofre donde tambien iba su ropa blanca que lavaban en Gorcum.

El primer año los carceleros registraron el cofre siempre que salia de Louvenstein, pero acostumbrados á no ver otra cosa que libros y ropa blanca, se cansaron de examinarle, y en algun tiempo se tomaron el trabajo de abrirle. La mujer de Grocio notó este descuido, y concibió el pensamiento de aprovecharse de él. Confió su designio á su marido, y recordándole que debía pasar toda su vida en aquel encierro, le persuadió que debía intentar recobrar su libertad metiéndose en el cofre. A fin de no esperarle á estar privado de aire practicó unos agujeritos muy estrechos e imperceptibles por fuera en uno de los rincones del cofre, y obtuvo que su marido se encerrase en él muchas veces, permaneciendo allí el mismo tiempo que se necesitaba para ir de Louvenstein á Gorcum, y cuando se aseguró de que su marido se hallaba ya habituado á aquella incómoda postura,

no pensó mas que en aprovechar la primera ocasion que se le presentara.

En efecto, no se hizo esperar aquella. El comandante de Louvenstein se ausentó para reclutar soldados en Heusden. La mujer de Grocio fué á hacer una visita á la señora del comandante y en la conversacion le dijo que pensaba sacar de la cárcel un cofre lleno de libros porque su marido estaba muy débil, y se mataba trabajando. Despues de esta advertencia volvió al cuarto de su marido y le encerró en el

cofre, haciendo circular al mismo tiempo la noticia de que no estaba bueno, á fin de que no notaran su ausencia. Dos soldados se llevaron el cofre; y viendo que era mas pesado que otras veces, propusieron que se abriese para ver lo que habia dentro, pero la mujer del comandante se negó á ello, ya porque quisiese hacer la vista gorda, ó por negligencia.

En fin el cofre llegó al barco que le esperaba. La criada de Grocio le acompañó hasta Gorcum, donde fué depositado en casa de uno de sus parientes. Cuando la criada se vió sola



Grocio y su mujer en la fortaleza de Louvenstein. — Dibujo copiado de una antigua estampa holandesa dibujada y grabada por S. Fokker.

abrió el cofre; Grocio salió, sin lesion ninguna, se puso un traje de albañil, y se metió en un barco que le llevó á Valvic en Brabant.

Allí alquiló un carruaje para Ambrés, adonde llegó sano y salvo el 22 de marzo de 1821.

En Louvenstein se creía que Grocio estaba enfermo, y su mujer para darle tiempo á que se escapara, aseguraba que lo estaba de peligro; pero en cuanto supo que se hallaba libre confesó altamente lo que habia sucedido. El comandante la prendió inmediatamente, pero el príncipe Mauricio informado del acontecimiento la mandó poner en libertad.

Grocio permaneció algun tiempo en Ambrés. El 30 de marzo escribió á los Estados generales, que no habia empleado ni la violencia ni la corrupcion con los que le guardaban; además que no habia merecido su condena; que nada de cuanto habia hecho le pesaba; que habia dado los consejos mas propios para apaciguar los desórdenes, y que

en fin la persecucion que sufría no disminuiría jamas su amor á su patria.

Esta evasión de Grocio fué un gran asunto para los mas famosos poetas de la época. Barleus compuso unos magníficos versos, celebrando sobre todo la conducta de la mujer de Grocio. Aun el mismo Grocio los compuso tambien, sin olvidar del cofre libertador en su poema.

## HISTORIA

DEL

ULTIMO CABALLO DEL EMPERADOR NAPOLEON.

(Véanse las págs. 294, 295 y 296.)

V.

— No se pasa.

— Cómo no se pasa! pero, granadero, yo soy de la casa del emperador, y tengo derecho de entrar.

— Imposible, jóven, imposible, el militar no conoce mas que su cruz signa.

Estas palabras se cruzaban, el 29 de junio de 1815, á las cuatro de la tarde, delante de la gran verja de la Malmaison, entre un centinela y un hombre vestido con librea imperial, que tenia un caballo por la brida.

Este último vivamente contrariado por la negativa del granadero, reflexionó un momento sobre el partido que debia tomar, y despues de un momento de silencio quiso hacer una nueva tentativa; pero el granadero estuvo inflexible.

— Teneis pase? preguntó al pretendiente.

— Lo necesito acaso, siendo picador de las caballerizas de su magestad?

— No digo que no, pero mi consigna es antes que todo.

— Soy Pedro Collot, y traigo á su magestad su mejor caballo de batalla, el que montaba en Waterloo... un magnífico animal, mirad!

El granadero abria grandes ojos para contemplar mejor el caballo.

— Cómo ¿este caballo es el que estaba con el emperador?

— Y conmigo, amigo mio.

El granadero miraba alternativamente al picador, y al caballo.

— Vos tambien estabais en medio de nuestro cuadro... En efecto, creo haberos visto...

— Y no os engaíais.

— Dadme esa mano.

Y el centinela estrechó la del picador.

— Ahora siento mas, dijo, que la severidad de mi consigna no me permita dejaros entrar...; Pero, decidme, parece que no sospechais lo que sucede. ¿No leéis los periódicos?

— No, pero, ¿porqué preguntais eso?

— Ah! traéis al emperador su caballo de batalla... y ya no lo necesitáis.

— Cómo! no va á empezar de nuevo la lucha?

— Hay allá arriba un tropel de abogados, de charlatanes, de vagos, que no piensan en eso... Prefieren dar apretones de mano á los cosacos.

— Pero, nuestro emperador?

— Nuestro emperador!... lleva trazas de tener que hacer su equipaje.

El veterano exhaló un suspiro, y gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas; Pedro Collot quedó agobiado con lo que acababa de oír.

— Nuestro emperador, decia, hacer su equipaje... y no para ir al ejército, para colocarse al frente de sus soldados y dar una buena leccion á ingleses y prusianos?...?

— Los abogados y los charlatanes no lo quieren así; mirad, mirad á través de esa verja, y veréis, allá en el fondo, los carruajes de camino.

En aquel instante se acercaron á la verja los postillones con los caballos de posta destinados á los coches de camino. El centinela llamó al oficial, que estaba de servicio en el palacio y este, despues de haber hablado á uno de los postillones, mandó que se abriera la verja para hacer entrar los caballos. Esta era una ocasion favorable que se presentaba á Pedro Collot para penetrar en el interior del palacio; no tenia mas que seguir el movimiento y colocarse detras del postillon como si perteneciera á la administracion de postas; pero era preciso que el centinela hiciera la vista gorda. La hizo, y el picador se encontró muy pronto en el patio, en que estaban los carruajes.

Hacia ya diez minutos que estaba allí, inmóvil, teniendo siempre á Acacia por la brida y esperando la llegada del emperador, cuya próxima marcha anunciaban todos los preparativos.

Durante este tiempo, los postillones enganchaban los caballos; los empleados de servicio iban y venian en torno de Pedro Collot; pero ninguno le preguntó el motivo de su presencia en la Malmaison.

Eran las cinco. De repente se presentó Napoleon vestido con frac negro y sombrero redondo precediendo algunos pasos á un grupo de oficiales superiores, entre los que se veía al general Becker, que habia sido encargado por la comision de acompañar al ex-emperador hasta Rochefort, al general Gourgaud, y algunos otros ayudantes de campo, ú oficiales de órdenes.

Su fisonomía manifestaba la dolorosa emocion de que era presa; dirigió una mirada llena al mismo tiempo de tristeza y de resignacion sobre los preparativos de su marcha y despues se volvió con viveza como para saludar una vez mas las paredes de aquel palacio, que le habia visto en otro tiempo tan feliz, y que le recordaba los dias mas brillantes de su existencia.

Se habia detenido un momento, y parecia que recogia sus recuerdos; entonces se oyó á lo lejos un cañonazo, cuyo ruido hizo temblar los cristales de Malmaison. Napoleon retrocedió algunos pasos, y cogiendo el brazo del general Becker:

— Oid, general? esclamó; se están batiendo por el lado de Versalles!... Y la comision de gobierno cree aun en la paz!... Ah! pagará... hará pagar cara á la Francia su seguridad y su confianza en la fe de un enemigo desleal!

Se oyó otro cañonazo.

— Dudáis ya, general? continuó el emperador, que se animaba cada vez mas. No, no se ha perdido todo! Que me dejen mandar todavia una vez el ejército... que me dejen batir al enemigo, aniquilarle, obligarle por medio de la victoria á dar un curso favorable á las negociaciones! Enseguida, entregaré mi espada... marcharé, dejaré la Francia.

El general Becker se esforzó por calmar la agitacion del emperador.

Esas detonaciones, señor, no anuncian la renovacion de las hostilidades; son algunos cañonazos que cambian de cuando en cuando las avanzadas. Señor, debo recordar á V. M. el compromiso que ha contraído de dejar la Francia despues de su abdicacion.

— Pero eso no puede impedirme derrotar al enemigo, si, como temo, quiere abrirse á viva fuerza el camino de la capital.

Y al pronunciar estas palabras, prestaba oídos á los ruidos lejanos; se conocia que en el fondo de su alma descaha lo que parecia temer, y que esperaba un nuevo mentis dado por el cañon enemigo á las seguridades de Becker.

Despues de algunos momentos de silencio, esclamó:

— Vamos, no hay mas que resignarse!

Se dirigió hácia los coches, de los que solo le separaba un pequeño espacio, y vió ir hácia él al picador Pedro Collot, que conducia por la brida un caballo ensillado.

— Que quierdes? le preguntó Napoleon con bondad, que vienes á hacer aquí?

— Señor, traigo Acacia á V. M.

— Acacia!

— Si señor... el caballo que Vuestra Magestad montaba allá abajo... ya sabeis!

— Sí, ahora me acuerdo... Y qué? has podido vol-

ver... y traer ese caballo... Has sido bien afortunado!

El emperador miró á Acacia que estaba inmóvil.

— Ya es muy tarde, añadió, ya no necesito caballo... voy á subir á un coche.

— Perdonad, señor; pero yo creía que Vuestra Magestad iba á ponerse á la cabeza de su ejército, y como me habíais recomendado particularmente á Acacia... os la traía.

— Te doy las gracias, amigo mío; pero tenemos que separarnos. Vuelve tu caballo á París, y está seguro de que no te olvidaré... Espero poder recompensar algún día tu fidelidad y tu valor. Adios.

Napoleón siguió su camino, y volviéndose al general Becker, le dijo:

— Si vivo aun, lo debo á ese hombre y á ese caballo... estaban conmigo en Waterloo, en el cuadro de mi guardia.

Momentos despues de aquella escena, que afectó vivamente á las personas que fueron testigos de ella, el emperador subía en un coche y seguía el camino de Rochefort, en donde debía embarcarse en una de las dos fragatas francesas que había pedido.

Pero le esperaba allí la pérdida de Castlereagh y la hospitalidad del *Bellerophon*!

VI

En los últimos días de octubre de 1829 se hablaba mucho en el palacio de Crossol, en el cual estaban las caballerizas reales de una gran medida administrativa: se trataba de renovar, esto es, de reformar y de hacer vender la mayor parte de los caballos; decíase, que Carlos X había vuelto de Saint-Omer con todo el ardor de los gustos de su juventud, y que soñaba con las palmas del *sport*. Añadían que quería que no se omitiera nada para hacer imposible toda rivalidad con las caballerizas del rey de Francia.

Había exajeración en aquellas voces, y en aquellos rumores, que habían alarmado á todo el barrio de Roule, en que estaba situado el palacio de Crossol. Lo cierto era que el caballero mayor, duque de Polignac, había tenido una larga conversacion con el rey acerca de sus caballerizas, que á consecuencia de ella, se había decidido que se vendiera cierto número de caballos de tiro y de silla.

El inspector general recibió la orden de que se procediera á la operacion que debía ser antecedida por un trabajo preliminar: había que elegir los caballos, y el inspector general se hizo asistir en su inspeccion por diez empleados de la administracion de las caballerizas.

Seenta caballos fueron condenados á subir la vergüenza de la subasta pública, y la venta anunciada debía verificarse en el término de ocho días.

Carlos X acababa de dejar las Tuilerias para ir á Saint-Cloud, cuando vio cerca de la barrera de Passy á un individuo, que, con el sombrero en la mano, extendía la mano hácia el coche real; el monarca hizo una seña á un oficial de la escolta para que recibiese la peticion, que aquel hombre quería presentarle, y el oficial se apresuró á entregarla al duque de Polignac que acompañaba á Carlos X en su carruaje.

El duque se preparaba á colocarla en la cartera destinada á recibir los papeles de aquel género, cuando Carlos X, que estaba de buen humor, le invitó á que se enterara del contenido de la nueva peticion.

— Veamos, dijo, lo que me pide ese hombre; su fisonomía previene en su favor, y no sentiria hacer cualquiera

cosa por él, sin esperar al informe del ministro de mi casa.

M. de Polignac rompió el sello, y recorrió la peticion; pero enseguida soltó una carcajada, pues el duque, que era de la intimidad del rey, no reprimía sus sentimientos delante de él.

— ¡Hola! dijo Carlos X riendo tambien, parece que lo que lees es muy chistoso.

— Sí, señor, la peticion es muy original.

— Pues bien, léemela, pues supongo que no contiene nada, que yo no pueda oír.

El duque de Polignac tranquilizó la conciencia religiosa del monarca, y dispuso sus escrúpulos.

— Es solamente, añadió, en favor de un caballo.

— De un caballo! Y qué me piden en favor de un caballo?

— Vuestra magestad va á juzgar á un mismo tiempo del objeto de la peticion, y del estilo del peticionario:

« Señor:

« Pedro Collet, ex-picador de las caballerizas imperiales reales, tiene el honor de responder á V. M. que V. M. tiene el honor de poseer en este momento el primer caballo del mundo, es decir, el último caballo que fué montado por el emperador Napoleón.

« Es cierto? dijo Carlos X, acompañando su pregunta con un movimiento de sorpresa.

— Sí, señor, y creí que V. M. había sido informado de este hecho por el difunto marqués de Vernon.

« ¡Oh! brios mío, no me han dicho nada, os lo puedo asegurar. Con que tengo hace catorce años el último caballo de Bonaparte, y no lo sabía!... Esto es muy extraordinario. Y vos le conocéis, duque? Le habéis visto á menudo?

— Sí, señor, y le he montado algunas veces.

— Y sirve aun bien?

— Tan bien como un caballo de seis años.

— Pues bueno! quiero que me le traigan mañana á Saint-Cloud; le montaré tambien, y vos, duque, cuidáreis de que no falte nada á ese animal, y esté perfectamente cuidado. Pero veamos lo que pide el ex-picador.

M. Polignac continuó la lectura de la peticion:

« ... Llevaba al emperador en Waterloo; su nombre es Acacia; se ha portado siempre perfectamente desde que quedó al servicio de Vuestra Magestad, y no hay nada que censurarle. Pero he sabido que, á pesar de sus títulos de nobleza, iba á ser vendido con otros muchos caballos de Vuestra Magestad, y que estaba así amenazado de ir á morir en las varas de algun simon.

« Por lo cual, señor, me atrevo á suplicar á Vuestra Magestad que se digne tomar en consideracion el mérito y los servicios de Acacia, y mandar que le permitan concluir sus días en el palacio de Crossol.

« Soy de Vuestra Magestad, etc., etc.

« PEBRO COLLET,

« Ex-picador de las caballerizas imperiales reales, y en la actualidad cochero de omnibus. »

Carlos X había escuchado con mucho interés aquella peticion, algunas de cuyas expresiones le habían hecho sonreír.

— No, por Dios! exclamó; ese caballo no saldrá de mis cuadras; quiero que quede á mi servicio, y que se cuide

de él; le montaré de cuando en cuando. Respecto de ese antiguo picador de Bonaparte, que pedía hacer por él?

El rey reflexionó un momento.

— Os encargo, señor duque, que hagais tomar las noticias necesarias sobre ese hombre; si es pensionado de mi casa, le darán una gratificacion de cien ducados; si no recibe nada de mi lista civil, direis á mi ministro que le haga inscribir por una pension de cincuenta escudos que le concedo.

— Señor, se ejecutarán las órdenes de vuestra Magestad.

— Sobre todo, que no se olvide contestar mañana á ese buen hombre acerca del caballo, porque se interesa tan vivamente, y con tanta razon: es preciso sacarle de su inquietud cuanto antes. Por vida mía! confesáreis, duque, que he tenido una buena idea haciéndolos leer esa peticion; sino, el último caballo de Bonaparte habría sido probablemente vendido, y el picador habría quedado inconsolable.

Al llegar á Saint-Cloud, Carlos X estaba lleno de alegría; anunciaba á los señores de su corte lo que llamaba su buena fortuna; al ver al general Defrance, uno de sus caballerizas, le preguntó:

— Sabéis, general, qué fué del caballo que Bonaparte montaba en Waterloo?

— Es probable, señor, que ya no exista.

— Pues sabed, general, que no ha salido de mis caballerizas, y en ellas podéis verle.

(Se continuará.)

#### NUEVAS FORTIFICACIONES ALEMANAS.

La fortificacion con bastiones, como la idearon Errard, de Ville, Dagan, Vauban y Cormontaigne, pasa á justo título por fortificacion francesa. El célebre ingeniero Blesson dice que en 1814 los alemanes quisieron tambien por amor propio inventar una fortificacion nacional, y de aquí provino la revolucion que se ha hecho en aquel pais en el arte de fortificar. Blesson se ha engañado sin duda sobre el verdadero carácter de este movimiento de ideas y ha juzgado mal á sus compatriotas: los ingenieros alemanes son hombres demasiado graves, para tener presente el amor propio en una cuestion de tanta importancia. Las causas de este acontecimiento son de un orden mas elevado.

Desde luego debemos decir que la fortificacion con bastiones, no ha echado jamás raíces profundas en Alemania, habiéndose necesitado nada ménos que la autoridad de Vauban y de Cormontaigne para que se abandonaran allí las tradiciones del arte nacional transmitidas por una serie de Ingenieros distinguidos y poco conocidos en Francia. Así pues, el terreno estaba preparado para recibir las nuevas ideas, sobre todo teniendo algunas analogias con las de los antiguos ingenieros alemanes.

Lo que ha hecho prosperar los nuevos métodos en Alemania, es la escocencia de los principios en que se fundan, pero apresuremosnos á decir, que la gloria de haber dado á luz estos principios les toca á dos franceses, Montalembert y Carnot.

Marc-René, marqués de Montalembert, general de caballería, nacido en Angulema el 46 de julio de 1714, muerto el 20 de marzo de 1808, ha publicado un libro muy notable titulado: *La Fortificacion perpendicular, ó superioridad del arte defensivo sobre el ofensivo*, que se reduce á una critica del sistema de bastiones. Los bastiones se envuelven

fácilmente y se toman por el flanco; la parte mas larga del frente, la cortina, se halla ordinariamente inerte porque está oculta; la artillería no tiene abrigo ninguno contra las bombas, y los destructores efectos del fuego de reboté. En una palabra, Montalembert pone en relieve las propiedades tácticas de la fortificacion, sacrificadas con frecuencia á la resistencia pasiva, aplicando sus principios á la fortificacion á tenaza y á la fortificacion poligonal.

La fortificacion á tenaza de Montalembert presenta dos relictos concéntricos, el cuerpo principal y la contra-guardia (fig. 1 y 2.)

El cuerpo principal consiste en una muralla de fabrica, precedido de un ancho foso flanqueado por las baterías B B, á cubierto bajo bóvedas á prueba de bomba, con dos pisos y con una plataforma encima para la artillería. Esta muralla, M M, contiene una galería ahovehada desde cuyas aspilleras se descubren el terreno de ataque por encima de la contra-guardia. Por detrás hay un camino de ronda, luego un muro con almenas y una muralla de tierra, precedida de un foso defendido por las baterías B B. Por último, las torres T T forman reductos de seguridad.

La contra-guardia general no tiene mas que un muro almenado separado de un parapeto de tierra por un camino de ronda; son de notar las cortaduras C C, destinadas á facilitar la defensa interior; ademas se halla envuelta por un foso y un camino cubierto provisto de plazas de armas entrantes cuyas baterías B B guardan los fosos.

La fortificacion poligonal, así llamada porque se presenta bajo la forma de un polígono convexo, por decirlo así, se llama tambien fortificacion de *caponera*, porque los fosos están defendidos por una caponera colocada sobre el medio del fuerte. Despues de la fortificacion circular, esta es la mas sencilla, la que tiene mayor capacidad interior para la estension de las murallas, y en fin la ménos costosa: tambien presenta una contra-guardia general, y un cuerpo principal formado de grandes cuerpos de casamatas (fig. 3.)

Carnot, gran geómetra y gran general, estableció en su libro *De la defensa de las plazas fuertes* (tan mal apreciado por Napoleón en sus Memorias) que lo que constituye la verdadera fuerza de la defensa son las salidas incógnitas sobre los glacis y las baterías de morteros y de pedreros arrojando bombas y granadas sobre la tercera paralela de los sitiadores; y en su consecuencia coloca las baterías de esta clase sobre los puntos capitales de las obras; sustituye á los muros de contraescarpa, que incomodan los movimientos de las tropas, unos glacis en pendiente hácia la plaza y vista del parapeto de tierra, por un camino de ronda, el muro de escarpa provisto de arcos almenados, como se ve en el castillo de Vincennes (fig. 4.)

Tales son las ideas generales que han servido de base á la construcción de las nuevas plazas alemanas de Coblenz, de Bistadt, de Gernersheim, etc., etc.

La ciudad de Coblenz, situada en el ángulo formado por la confluencia del Rin y del Moselle se halla encerrada en un cuerpo principal á tenazas muy abiertas, ó mas bien poligonal con ángulos un poco metidos, presentando un parapeto con murallas sueltas á la Carnot. Las dos puertas de Maguncia y de Lohr, que son ciudades en pequeño, se hallan perfectamente organizadas para la defensa interior. La plaza se halla rodeada de fuertes suelos, todos ellos admirablemente situados. Esta posicion formidable, tiene fortificaciones tan románticas, si nos es permitido hablar así, como el sitio mismo que ocupan. La fortaleza se halla provista de agua por un pozo de trescientos pies de profundidad, sin

comunicación con el Rhin, y por medio de fúentes que atraviesan la llanura á beneficio de canales subterráneos. Algunos de los fuertes sueltos tienen minas muy bien entendidas.

Pero este nuevo sistema de fortificaciones alemanas, es casi desconocido en todo el resto de Europa. Seria de desear que las hermosas construcciones elevadas en ese país desde hace veinticinco años, obras de ingenios distinguidos

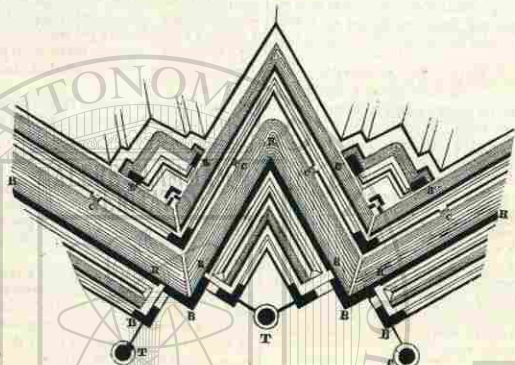


Fig. 1.



Fig. 2.



Fig. 3.



Fig. 4.

entre los cuales debemos citar al general Aster, principalmente á tomarse en consideracion. La reforma está operada ya; acaso en Alemania han ido un poco léjos con su sistema, pero parece seguro que en adelante la regla clásica de la fortificación con bastiones, no podrá considerarse, ni aun en Francia mismo, como la única que debe seguirse.

## LAS EDADES.

(véanse las pág. 219 y 225.)

III.—LA EDAD VIRIL.



Composicion y dibujo de Tony JONATHAN.

Los años de inspiración y de esperanza estan ya léjos; el hombre ha revestido la armadura, y entrando en la lucha ha conocido la amargura de los reveses y el gozo de los triunfos; su frente antes tersa y luminosa como un cielo de estío se halla cargada ahora con las nubes del otoño. Esa carrera en que entró oyendo el coro de las hadas de la juventud, la va recorriendo ahora impelido por el rudo mando de la realidad.

En vano desearía contener un poco á su alazán y pararse á la sombra; el viaje principado debe acabarse. Poco importa que el viento sopla, que resuena el trueno, que el enemigo descubre el hierro de su lanza; el soldado de la vida va delante de él con los ojos fijos en una estrella que brilla día y noche.

Temible edad de las responsabilidades supremas! momento de acción que clasifica y concluye definitivamente el renombre del joven y asegura el del anciano!

Cuántas pruebas, pero también cuánta animación y cuanto aliento! Si el combatiente vuelve deteriorado por los golpes, repulido de cansancio, el corazón herido de zozobras, en lo alto de la colina descubre el hecho que habita su familia y este pensamiento calma sus inquietudes. Antes no era más que un viajero solitario que inútil esperaba; ahora hay ojos que espían el camino por donde va á llegar y corazones que corren á encontrarle.

Se protegió que era, se vuelve protector; flama en su umbo la seguridad y la dicha de otros seres queridos que pagan sus beneficios en ternura; se ha vuelto su providencia visible, y después de Dios, no hay otro de quien ellos se acuerden en sus alegrías, tristezas y peligros.

Esta santa misión embellece todos sus esfuerzos! ¿para qué servirían el vigor y la inteligencia del hombre empleados en sí mismo? ¿dónde habría nuevas fuerzas, y qué simpatía despertaría en nuestros almás? Si la nobleza de la edad viril escita involuntariamente cierto respeto, es por la protección que ella presta á todo lo que cede á su sombra. Dejad al lado al guerrero, cuya imagen se ve reproducida por el Dáque del artista y no veréis mas en él que la fuerza bruta; pero quitado el casco y la espada entregados á un niño, esténdole esos dos brazos revestidos de hierro sobre los hombros de esa mujer y de esa niña, y os quedará la edad viril en su más digno carácter: esto es, sosteniendo á los débiles con su fuerza y regocijándolos con su amor.

## HISTORIA

DEL

### ÚLTIMO CABALLO DEL EMPERADOR NAPOLEÓN.

(Véanse las páginas 204, 209 y 210.)

Durante ocho días á lo menos, no se habló en la corte mas que de Acacia, del caballo preciado del oprobio de la subasta pública por la singular recomendación de Pedro Collet; todos querían leer su petición, de la que circulaban muchas copias, y el palacio de Crussol fué visitado por un gran número de curiosos. Aquella peregrinación de nuevo género duró cerca de un mes.

Carlos X montó varias veces á Acacia, y dió cuando en cuando, pedía noticias de él á su cuallierito mayor.

Pero, ah! la tempestad de una nueva revolución rugía ya alrededor del asilo en que el último caballo de Napoleón concluía su carrera, protegió por un glorioso recuerdo.

## VII.

Al empezar el mes de agosto de 1830, Carlos X, vencido por la insurrección de París, habia dejado de ser rey, y se encaminaba hacia la tierra del destierro. Rodeado de su familia, escoltado por mil quinientos hombres, atravesaba las

poblaciones, reñando en su marcha la mayor confusión. Un gran número de caballos de todas clases, de arriagos de la corte, y de los principales señores, que habian permanecido fieles á Carlos X, de empleados civiles y militares cuyos bagages conducía una larga fila de carros: tal era el triste espectáculo que presentaba el viaje de la familia real después de la salida precipitada de Rambouillet.

Se hizo una detención en Falaise para tomar descanso; allí se decidió vender los caballos inútiles, que eran en gran número, y era el día indicado para la venta; los curiosos y aficionados, que habian acudido de todos los puntos de la Normandía, se preparaban á disputarse los despojos de la magnificencia real.

Las circunstancias no eran favorables para una venta de esta clase; era sin embargo preciso vender á cualquier precio, porque el tiempo urgía, y los comisarios del gobierno provisional tenian prisa por desembarazarse del peso de sus difíciles funciones; no querían dejar al anciano monarca ningún pretexto para retardar su embarque en Cherburgo. Se empezó la venta por los caballos de tiro, después se pasó á los de silla; los compradores habian llamado previamente sus informes sobre las cualidades particulares de aquellos animales, y especialmente sobre el papel que cada uno de ellos habia hecho en el palacio de Crussol; los que habian tenido el honor de ser montados á menudo por Carlos X fueron vivamente disputados, y hubo dos cuyo precio subió á setecientos francos.

Llegó por fin su turno á un caballo que no habia sido observado por los aficionados por ser de escasa edad, y aunque habia conservado una cierta nobleza en sus formas, y cierto aire de distinción, que revelaba su noble origen, no podia ser objeto de una ardiente concurrencia por parte de los que compraban.

El empleado que presidia la subasta no le creyó siquiera digno de ser tratado por el nombre con que se le conocía en el palacio de Crussol; y se contentó con ponerle á venta por una suma de cincuenta francos. Ninguna voz contestó á aquel precio provisional; el empleado la repitió, pero fué recibida de nuevo por un silencio glacial; iba á bajarla veinticinco francos, cuando un palafrenero, que llevaba la librea real, mirando al caballo desdeñado, exclamó:

—Pues es Acacia! Si él es! Dobre Acacia! Con que nadie le quiere?

El empleado sorprendido por aquella exclamación, preguntó al palafrenero lo que significaba.

—Como! contestó este; nadie quiere aquí dar cincuenta francos por Acacia, el caballo de Napoleón, el que montaba á Waterloo! Pues bien! yo que no soy mas que un pobre diablo, pujo á sesenta francos!

—Ciento cincuenta francos! dijo una voz de entre la multitud.

—Doscientos francos! gritó otra.

—Bueno! exclamó el palafrenero; á lo menos no se dirá que el último caballo de Napoleón no ha podido encontrar compradores!

Estas últimas palabras dieron nueva animación á la subasta, y Acacia fué al fin adjudicado á un propietario de Falaise, M. Lev..., mediante la suma de trescientos cincuenta francos.

El comprador se habia hecho apenas cargo de Acacia para llevarse, cuando se le acercó el palafrenero.

—Gracias, señor, gracias, habeis hecho una buena acción.

—Que buena acción?

—Habeis comprado ese caballo, no es cierto?

—Si; pero si es una buena acción, una causa algo cara; trescientos cincuenta francos!

—Os arrepentís acaso ya de vuestra adquisición?

—No por cierto.

—Perdonad que os pregunte si os proponéis conservar ese caballo ó venderle.

—A qué viene esa pregunta?

—Quisiera saber la suerte que está reservada á nuestro querido Acacia.

—Pues bien, lo conservaré, estás ahora contento?

—Si, señor, y otros lo estarán tambien; pues en las caballerizas reales todos queremos á Acacia; era para nosotros un amigo antiguo.

—Yo le cuidaré. Encontrará en mi casa el asilo que la revolución le ha quitado; morirá en mi casa.

—Gracias, caballero.

El palafrenero estaba conmovido, enternecido hasta deramar lágrimas; M. Lev... le volvió á asegurar que su querido Acacia lo pasaría bien con su nuevo dueño.

—Me permitiréis que os haga todavía otra pregunta?

—Habla, amigo mio, qué quieres saber?

—Que es lo que os ha determinado á comprar á Acacia, puesto que no puede ya servir...

—El mismo motivo que le decidí á hacer la primera puja. No he querido que el último caballo de mi antiguo general fuese á morir ignominiosamente á manos del desollador, ó que fuese comprado por algun salimbiquis para ser enseñado en las ferias, como objeto de curiosidad. Quien sabe si algun inglés no lo habria pasado por Londres, como un trofeo, como uno de los despojos de Napoleón. Ya sabes por qué he comprado á Acacia; has almorzado, amigo mio?

—No, por cierto.

—Pues ven conmigo, almorzaremos juntos, y tendremos tiempo para hablar de mi nueva adquisición; me contarás su historia, pues debes conocerla.

—Si, señor; me la refirió muchísimas veces uno de mis antiguos compañeros de las caballerizas reales, un buen muchacho, que estaba en Waterloo con el emperador, y que es ahora cochera de omnibus.

M. Lev... y el palafrenero entraron en la posada principal de Falaise, en donde M. Lev... hizo que les sirvieran un almuerzo muy bueno, después de haber hecho poner á Acacia en la cuadra, en donde no se le cesó á la edad.

Los dos convidados iban á levantarse de la mesa para separarse, cuando un caballero, grueso y pequeño, se presentó delante de ellos. Antes de que hablara, M. Lev... reconoció en él un inglés.

—Caballero, dijo dirigiéndose á M. Lev..., el extranjero que hablaba el francés de un modo bastante cómico, habeis comprado á Acacia?

—Si, señor; por qué?

—Porque yo tambien le queria comprar.

—Lo creo; pero qué puedo hacer por vos?

—Yengo á proponeros un negocio... un negocio que puede ser bueno... muy bueno para vos...

—Y para vos tambien, es verdad?

—Si, si, tambien, eso es lo justo, no es cierto?...

—Conque, de qué se trata?

M. Lev... habia adivinado, en las primeras palabras del inglés, el motivo de su visita.

—Caballero, le dijo este, habeis pagado 350 francos por un caballo viejo, que no puede ser de ninguna utilidad... queréis vuestro dinero?

—Explicaos y daos prisa, porque me urge partir.

El inglés sacó de su bolsillo una cartera, y de esta un billete de 500 francos del Banco de Francia.

—Cedémele á Acacia, y os doy esto.

M. Lev... se echó á reir, y mirando el billete que le ofrecía el hijo de la Gran Bretaña:

—Guardaos eso! Quedaos vuestro billete, que yo me quedo con mi caballo.

—Os quedáis con él! Y para qué os servirá?

—Y á vos para qué os servirá, si yo os lo cediera?

El inglés pareció algo desconcertado con esta pregunta que no esperaba.

—Que haréis con él? repitió M. Lev...

—Oh! oh! le llevaria á Inglaterra.

—Y después?

—Oh! sois muy curioso, señor francés!

—No lo soy mas que vos, señor inglés!

—Oh! os explicaré mi deseo. Sabéis que en nuestro pais se ama mucho á vuestro emperador Napoleón... Aunque nos hizo mucho mal, se tiene curiosidad, mucha curiosidad por ver todo lo que perteneció á aquel grande hombre.

—Es cierto, que llevariais á Acacia de poblacion en poblacion, y mediante uno ó dos chelines, todos podrian admirar á Acacia.

El palafrenero estaba rojo de cólera; apenas podia contenerse; pero M. Lev... le impuso silencio con un gesto, y dirigiéndose al inglés:

—Si nada tendréis buen cuidado de decir que habeis cogido ese caballo sobre el campo de batalla, para piear mas la curiosidad interesada en este espectáculo con una mentira la vanidad de vuestros compatriotas.

—Si, si, eso es; será un buen negocio. Vamos, tratemos; os parecerá pero los quinientos francos? Podria alargarme hasta los setecientos cincuenta.

—Pues, amigo mio, si vuestros compatriotas quieren ver el caballo de Napoleón, se tomarán el trabajo de venir á Viré, á mi casa; esas son las señas.

M. Lev... dió una tarjeta al inglés, que la tomó.

—Oh! os chanceáis sin duda.

—No, señor; hablo formalmente.

—Vamos, un billete de mil francos os hará mas razonable, y aunque Acacia no vale cien francos, consiento en este nuevo sacrificio.

—Bastante hemos hablado ya; os ruego que recordéis que tengo prisa.

—Oh! habeis mal, caballero! habeis mal!

Y el inglés guardó su cartera en su bolsillo, con una racha esencialmente británica; dió algunos pasos para alejarse, después de haber saludado á los dos franceses; pero, volviéndose otra vez hacia ellos:

—Insistís? preguntó á M. Lev...

—Si, señor!

El inglés se fué por fin, murmurando imprecaciones pronunciadas con tono energético, pero que solo fueron contestadas con carcajadas.

M. Lev... fué á la cuadra, hizo ensillar á Acacia, y montando en él, dió un apretón de mano al palafrenero, que le siguió largo rato con la vista, mientras su caballo le conducía al galope por el camino de Viré.

## VIII.

El Consejo municipal de Viré habia sido convocado extraordinariamente. Ninguno de los individuos del Consejo



había dejado de acudir al llamamiento, y la reunión estaba completa. Se trataba de deliberar sobre un asunto tan importante como el que Domiciano sometió a las graves deliberaciones del Senado romano, convocado para decidir sobre la salsa que conveniría mejor a un magnífico pescado.

Luis Felipe y su hijo primogénito se acercaban a Viré en su viaje de Normandía, en los primeros días del otoño de 1830; debían honrar con su presencia la linda población regada por el río Viré, que le ha dado su nombre; pero lo que más contribuía a agitar la industriosa población de la capital de subprefectura, era que se había anunciado una revista de la guardia nacional, como complemento indispensable de la visita real.

De qué modo había de corresponder la población de Viré al honor que se le hacía? Cada uno de los consejeros municipales quería que la industria por que él tenía interés, alcanzara la gloria de presentar una de sus mejores muestras al rey y a su primogénito. Al fin la votación decidió la cuestión en favor del caballo normando. Se determinó que cuatro miembros del consejo municipal irían a felicitar al monarca y a su hijo, y a ofrecerles dos magníficos caballos de silla de Normandía, para pasar revista a la guardia nacional.

Los cuatro consejeros municipales encargados de esta comisión, se pusieron en camino: iban a caballo, y uno de ellos, M. Lev., montaba a Acacia. Apenas habían llegado a la aldea en que debían detenerse los príncipes, un correo anunció la llegada de los augustos viajeros. Los caballos que montaban los miembros de la diputación, y los dos que debían ser ofrecidos al rey y a su hijo, estaban a la vera de la casa de postas.

La silla de posta de los dos viajeros se detuvo allí; el duque de Orleans bajó el primero, y dió la mano a su padre para ayudarle a bajar.

Los miembros de la diputación estaban a algunos pasos, en una actitud respetuosa, y conforme con el carácter de su comisión.

Luis Felipe adivinó en seguida que iba a oír un discurso de la elocuencia normanda. El orador fué el mismo M. Lev., el nuevo poseedor de Acacia; las últimas palabras de la arenga anunciaban a Luis Felipe el homenaje de los caballos.

El rey dió gracias a la población de Viré, en la persona de sus representantes; después, acercándose a los caballos destinados a los ilustres viajeros, los examinó con mucha atención.

— Señores, dijo, aceptaré con mucho gusto el hermoso caballo normando que me acabáis de ofrecer, si me responderéis de su docilidad; pues, como veis, no tengo veinte años. Mi hijo no os hará la misma observación; y si yo tuviese su edad, ya estaría a caballo.

Los diputados se miraban, y parecía que se consultaban: — Por Dios, señores, añadió el rey, no interpretéis mal mis palabras, que no son otra cosa en realidad que el elogio del caballo normando; pero sus brillantes cualidades, su edad y su fuego, son defectos y peligros para un ginete que raya en los sesenta, y que no ha sido nunca un Francot. M. Lev... se encargó de contestar al rey.

— Señor, le dijo, no podemos, no debemos aceptar la responsabilidad; no podemos responder a vuestra Majestad...

— De que vuestro caballo normando me jugará una mala pasada... Pero, en fin, yo no puedo pasar a pie la revista a vuestra guardia nacional.

Mientras hablaba así, el rey miraba a los demás caballos; acercándose a uno, que le pareció pacífico, y que no era otro que Acacia, preguntó:

— De quién es este?  
— Mio, señor, contestó M. Lev... Ah! le ofrezco con tanto mayor gusto a vuestra Majestad, porque si consigue el honor de que le monteis, estará en el lugar que le corresponde.

Las miradas y los gestos del rey manifestaron la sorpresa.

— Qué le corresponde! oh! oh! contestó riendo; es caballo muy extraordinario?

— Señor, llevó a Napoleón en Waterloo, y Carlos X le montó más de una vez; procede de las caballerías reales.

Luis Felipe examinó el caballo con más atención, mientras que el duque de Orleans le acariciaba con la mano.

— ¡ Bueno! dijo el rey, montaré este animal, ya que lo ponéis a mi disposición.

Al ver el orgullo con que Acacia, sosteniendo al monarca, levantaba la cabeza al pasar por delante de la guardia nacional, se habría podido creer que comprendía que no llevaba encima a un ginete ordinario. Había recobrado su antiguo ardor. El rey quedó satisfecho de él, y dió las gracias a M. Lev... después de la revista.

— Sabéis, le dijo, que se podrían hacer aun una ó dos campañas con vuestro caballo! Pero ya ha merecido reposar; quiero dejarlo, porque estoy persuadido de que estará mejor en vuestra cuadra que en las mías, en las cuales no tengo noticia de que se guarde en grandes consideraciones a las grandezas caídas. Pero cuando muera, hacédmelo saber; lo reemplazaré con un caballo mio; espero que no lo rehusaréis; lo aceptaréis como un recuerdo de este día.

— Puesto que V. M. lo exige, no tengo ninguna objeción que hacer.

— Muy bien: no lo olvidéis, y si acaso yo lo olvidase, tened la bondad de recordarme que soy vuestro deudor... que os debo un caballo de mis caballerizas.

(Se concluirá.)

#### EL SOPLADOR.

Los sopladores, pertenecientes al orden de los cetáceos y al género de los delfines, difieren de los demás peces por muchos caracteres notables.

No tienen escamas, sino una piel suave y fina como la seda; se hallan provistos de aletas articuladas como la mano del hombre, y de cañones por donde arrojan el agua; respiran por los pulmones, y tienen caliente la sangre; son vivíperos, esto es, hacen sus pequeños vivos, y mamíferos también puesto que les dan de mamar como los cuadrúpedos; tienen mucho gordo, y por último poseen acentos para manifestar el amor, el dolor ó la ira.

El cetáceo que se ve en nuestra lámina, llamado vulgarmente *soplador*, es de la especie del cachalote, llamado *macrocefalo*, lo que significa *cabeza larga*; su longitud varía de treinta a cincuenta pies, aunque se vieron algunos en la parición que hicieron en las costas de Bretaña en 1781, que tenían hasta sesenta.

El macrocefalo es el tirano de los mares. Su prodigiosa fuerza se halla secundada por una agilidad increíble para nadar, sumergirse y levantarse sobre las olas. Semejante al tigre ataca y mata sin provocación aun cuando no esté hambriento, movido únicamente por el instinto de su ferocidad. Es tan temido de los pescadores islandeses que ni aun

siquiera se atreven a pronunciar su nombre cuando están en la mar. Los macrocefalos habitan ordinariamente en los mares del Norte, y viajan en crecido número.

El cuerpo de los macrocefalos encierra varias riquezas.

Primeramente su lengua carnuda, y enorme, porque llena todo el fondo del paladar, es un manjar delicado. Además entre la carne y la piel tienen un tocino de unas siete pulgadas de grueso, que derretido da un aceite muy útil para

ciertas artes, y sobre todo para los curtidos. De sus fibras se saca una excelente cola, y por último llevan consigo el combustible necesario para la preparación de esos productos; su esqueleto arde como la mejor leña.

La sustancia blanca llamada impropriadamente *celebro de ballena* se halla contenida en una vasta cavidad que ocupa más de una cuarta parte de la cabeza del animal, diferenciándose de la materia del cerebro que es muy pequeño.



El soplador. — Aparición de sopladores en las costas de Bretaña en 1784.

Esta materia, líquida cuando vive el animal, se cuaja al enfriarse y acaba por ponerse dura; se conserva en tarros bien cerrados, no mancha, y se quita con solo frotarla. Algunos aseguran que esta sustancia es un específico soberano para las llagas cuando son recientes. También se hacen con ella buenas bugias que producen una hermosa llama. Hasta veinte toneles de este producto precioso pueden sacarse de un macrocefalo.

Hay además en el otra materia en bolas, llamada *ambar gris*, perfume que tiene un gran valor en el comercio, que se va mejorando con el tiempo, y cuya fuerza se aumenta aun mezclando otros aromas. El ambar gris es combustible, y tan ligero que flota aun sobre el agua dulce.

#### UNA CAZA EN RUSIA.

EL MATADOR DE OSOS.

En el mes de marzo de 1842 me hallaba yo en el país de Jarossiaff, uno de los más bellos países de la Rusia, y que recuerda los países de la Turena. Su capital Jarossiaff se le-

vanta sobre unas imponentes alturas, y es bañada por las aguas del Volga, que corre a sus pies. El gobernador era entonces el general Potlaratzki, uno de los más antiguos generales de Alejandro, hombre de ciencia y de un valor á toda prueba. Hacía ya mucho que ocupaba este importante puesto, y era querido de todo el mundo.

A mi llegada presenté al general gobernador una carta de recomendación de uno de sus amigos de San Petersburgo, y me invitó para aquella misma noche á una de sus reuniones. Allí hice conocimiento con algunas personas de distinción que, á pesar de lo que han dicho sobre los rusos muchos escritores, me parecieron personas sumamente hábiles y de un trato muy distinguido.

La esposa del gobernador, que es de mucho talento, era el alma de aquella reunión. Su hijo Borsí, que entonces era un muchacho, pero que prometía lo que ha llegado á ser, esto es, uno de los más valientes y cumplidos oficiales de la guardia imperial, que es uno de los cuerpos mejor organizados de Europa, secundaba á su madre, en cuanto estaba de su parte, para amenizar estas reuniones.

Estando allí, me acarbé á un grupo en que se hablaba de caza; un caballero que vivía en los alrededores de la capital, refería proezas de uno de sus paisanos y contaba lances tan extraordinarios sobre su fuerza y su destreza que muchos de los oyentes no pudieron menos de manifestar sus dudas. El caballero A. de S. Ch., algo picado de las dudas de estos incrédulos quise darles una prueba convincente, y nos invité á todos á que fuésemos á pasar algunos días en sus posesiones del distrito de Caullouff, y asistir á una de las cacerías de su valiente Alejo. Aceptamos y quedamos citados para el siguiente día por la mañana, retirándonos temprano para prepararnos á aquella escursión; al amanecer me vino á despertar el caballero P., que me había ofrecido un asiento en su carruaje, y una hora después nos hallábamos todos reunidos.

Nuestro viaje fué de corta duración; pues en poco más de tres horas, los caballos, siempre al galope, nos hicieron recorrer un camino de 50 resacas (cerca de 12 leguas) sin detenerse, y nos detuvieron delante de la casa de nuestro amigo, lindo edificio en que nos instaló con las más generosas maneras.

Alejo avisado de nuestra llegada, no tardó en presentarse, y su presencia fué un objeto de admiración para todos nosotros; por mi parte confieso que quedé mucho de asombrado; pues nunca he visto delante de mí un hombre de su talla y de sus formas hercúleas. Tenía indudablemente mus de seda pies y sus anchas espaldas y largos brazos, aunque bien proporcionados, su elástico tallo, sus piernas nerviosas y robustas hacían de él un hombre excepcional. Era dependiente de nuestro amigo, y su amo le dió á conocer el motivo que nos conducía allí, y nuestras dudas respecto á sus proezas. Después de haber escuchado con la mayor atención, Alejo nos prometió que antes de tres días quedaríamos satisfechos, y exigió este tiempo, porque según decía, necesitaba buscar un enemigo digno.

Pero la suerte le auxilió en sus deseos, y aquella misma noche volvió de su escursión. Había descubierto una cueva habitada por uno de esos terribles osos que serían la admiración del resto de Europa.

Nos dispusimos inmediatamente para la escursión, armandonos de escopetas, pues la distancia que teníamos que recorrer era bastante larga, y los caminos bastante malos, y partimos aquella misma noche para llegar al sitio indicado, antes del amanecer. Todos íbamos provistos de una buena ración de dos cañones, de un cinco de cuero y de grandes botas que nos subían hasta por encima de las rodillas.

El equipo de nuestro héroe merece una detallada descripción:

Iba envuelto de pies á cabeza en uno de esos largos levitones de piel de carnero, que en Rusia se llaman *chouba*, y ceñía su cintura con una gruesa cuerda, de la que pendía un cachillo de monte de unas quince pulgadas de longitud, en su estremidad, un poco encorvada y curvante por ambos lados, hacia que, dirigido por una mano diestra y vigorosa, pudiese acabar de un solo golpe con el animal atacado. Su brazo izquierdo se hallaba rodeado, desde el hombro hasta el puño, por otra cuerda colocada en espiral, y que debía servirle de defensa contra las garras del animal; y por último, un fuerte guante de piel, guarnecido de clavos, cuyas puntas salían al exterior, ceñía su mano y era un poderoso auxiliar, pues al abrir la boca el animal para morder á su adversario, éste le introducía con violencia la mano en la boca, y el dolor que le causaban las heridas producidas por

los clavos, era tal, que el animal no tardaba en caer al suelo. Llevaba consigo una fuerte y larga trenza hecha de unos juncos muy comunes en aquel país, con las que se hacen cuerdas mas resistentes que las nuestras de cáñamo. Su longitud era de unos veinte y cinco pies, y terminaba en una de sus estremidades por un nudo corredizo.

Va veremos el buen servicio que le prestaba esta cuerda. Un telechka, carruaje del país, colocado sobre patines y tirado por dos buenos caballos, conducía nuestras provisiones de boca.

Partimos, y seguimos el camino guardando el mas profundo silencio, pues era preciso evitar el dar la alarma á las fieras que podía haber en los alrededores. Después de mas de una hora de marcha sobre la nieve en que nos hundíamos hasta la rodilla, llegamos á los bosques que nos permitieron caminar á un paso mas rápido.

Alejo iba delante, no guiándose en medio de la obscuridad mas que por su instinto de cazador y por su larga experiencia. En fin, al cabo de muchas marchas y contramarchas, llegamos á un claro del bosque rodeado por todas partes de escavaciones profundas, guarida ordinaria de los osos del país.

Así que todo el mundo se halló reunido en aquel punto, resolvimos esperar en él la llegada del día, temiendo alejarnos de nuestro enemigo, que debía hallarse por aquellos alrededores.

El día no tardó en llegar y entonces pudimos reconocer los objetos que nos rodeaban. A doscientos pasos de nosotros se veía un bosquecillo de árboles, y á sus pies una ancha escavacion cubierta en gran parte por ramas secas y por el musgo. El cazador corrió al momento que el animal se hallaba allí, y dando algunos saltos para reconocer el terreno, se preparó para el ataque.

Quedó pensativo por algunos momentos y en seguida, dirigiéndose hacia un árbol bastante corpulento que se hallaba á unos quince pasos del hoyo, alzó á él la estremidad de la cuerda opuesta á la que terminaba en un nudo corredizo. Desandando despues lo andado, cogió su escopeta y adelantándose con precaucion envió sus dos balas al hoyo con el objeto de espantar á la fiera y hacerla salir de su guarida. Su maniobra se vió coronada del mejor éxito, y en cuanto se oyó la detonacion vimos aparecer la enorme cabeza de nuestro adversario, y conocimos que teníamos que habérmoslas con un oso de los llamados *Comedores de trigo*, es decir, con uno de los mas vigorosos de los que pueblan los bosques de la Rusia.

Su fuerza es prodigiosa, y su agilidad extrema; es el mas temible de los osos, y es difícil de combatir. Alejo, avanzando hacia él, trata de sacarlo fuera de su agujero, arrojándole piedras. El oso tardó bastante tiempo en decidirse, pero fastidiado de ver la persistencia con que se le provocaba, hizo un esfuerzo sobre sí mismo, y se presentó con toda la plenitud de su fuerza. Nuestro cazador entonces nos recomendó la inmovilidad y el silencio. — Sin uno y otro, añadió, no respondo de nada. Yendo al encuentro del animal, sepa manejarse tan bien, que el atrajo del lado del árbol, en donde se encontraba atada su cuerda, y tomando el nudo con la mano derecha, esperó á que el animal se acercara. Este, que había seguido constantemente con los ojos los movimientos de Alejo, vino directamente hacia él; pero viéndole detenerse y temiendo alguna caída, no se atrevió á aproximarse mas. Sentándose entonces sobre sus patas traseras, dió muestras de querer retroceder, visto lo cual, nuestro cazador se vió obligado á salirle al encuentro. Afortunadamente, por

tener todavía mucha cuerda á su disposicion, pudo avanzar libremente. El oso, encorvándose, y separando sus piernas pueras como para cojerlo, dió un salto enorme y vino á caer á sus pies.

Alejo, acostumbrado á salir triuntante de estas maniobras, evitó el golpe echándose atrás, y como el animal se disponía á tomar aliento para repetir su salto, se lanzó sobre él á su vez, y al mismo tiempo que con la mano derecha le enlazaba fuertemente el nudo corredizo, con la izquierda le agitó sobre el hocico un vigoroso golpe, para obligarle á retirarse y asegurar la eficacia del nudo. Rescaltando en sentido opuesto á la cuerda, comenzó con una destreza maravillosa á dar vueltas alrededor de su víctima, evitando al mismo tiempo su alcance, y picándole de tiempo en tiempo con su puñal. El oso no tarla en sentir los dolores atroces de la estrangulación, y á veces hace esfuerzos terribles por romper la cuerda. Escitado como lo espala, la lucha no podia ser de larga duracion. En efecto, después de algunos minutos de saltos y de convulsiones, se dejó caer en el suelo como una masa inerte, con los ojos ensangrentados y las patas contraídas. Alejo lo concluyó de matar de una puñalada.

Nosotros nos estuvimos inmóviles; semejante intrepidez sobrepasaba á cuanto habíamos visto hasta entonces. Debo añadir, sin embargo, que el drama no había concluido, y que iba á trabarse una nueva lucha cien veces mas terrible que la que acabamos de presenciar.

Apénas nos hubiamos reunido en torno del vencedor, cuando sonó á nuestros oídos un grito alarmante. Volvimos shaftones y espontáneamente la vista; y á corta distancia de donde nos hallabamos vimos otro oso, la hembra del que acababa de morir, que habiendo oído los rugidos del macho, acudía en su auxilio. El aspecto de la fiera era magníficamente horroroso: su mirada chispeante de cólera, las contracciones de su entrecabida boca, y lo erizado de su lana, le daban cierta semejanza con la hiena.

Alejo comprendió al simple golpe de vista la estension del peligro que nos amenazaba, porque sabía que las primeras balas dirigidas contra estas fieras no bastan para contener su ímpetu, y tenía poca confianza ademas en la puntería que puede hacerse en tales casos.

Colocándose, pues, delante de nosotros, nos dijo que diéramos algunos pasos atrás, añadiendo: — « Suceda lo que suceda, no tiréis! » En efecto, propúntase luchar cuerpo á cuerpo con el animal, y hubiera sido fácil herirle, haciendo fuego. Volvimos, por lo tanto, á aceptar el papel de espectadores pasivos del drama que iba á comenzar.

Qué figura tan sublime era la de Alejo en aquel instante! Pálido de sorpresa, no de espanto, sus rasgados ojos despedían rayos de luz; tal vez no había tropezado en toda su vida con una figura tan temible. Con la rapidez del relámpago cogió una escopeta, y apuntando al brazo del animal, tiró del gatillo; pero fuése precipitacion, fuere lo que no apuntara bien, no hizo mas que herir á la fiera, lo cual aumentó su furor.

La primera idea que tuvo Alejo al ver que había errado el tiro, fué retroceder; pero avergonzado sin duda de este primer movimiento, mantúvose á pie firme, y cogiendo su arma por el cañon, avanzó resueltamente al encuentro del oso y le asió en la cabeza tan violento culatazo, que la cuiata se hizo astillas. El oso quedó medio aturdido del golpe, pero no cayó en tierra, y quedaba por hacer lo mas difícil.

Alejo se había olvidado de coger el puñal; pero viendo que le era imposible retroceder, adoptó una resolucion sobre humana, que fué la de aspirar á sofocar con sus brazos á la

fiera saltando encima de ella por un movimiento en falso que hizo.

Durante algunos segundos la lucha ofreció un espectáculo espantoso: no se oía mas que el ruido de las respiraciones del hombre y el rumor horrible producido por las uñas de la fiera en las espaldas de su adversario. De las culpas brotaba la sangre á chorros. Estimulado Alejo por el instinto de conservacion y por los dolores, hizo esfuerzos prontos, inauditos, para sofocar al animal; pero en vano. Nosotros no nos atreviamos á avanzar, y no podíamos hacer otra cosa que animarle con nuestras voces. En esta lucha encarnizada, desesperada, el cazador logró por fin hacer que retrocediese hácia el hoyo, y empujandola violentamente para que cayera de espaldas, lo consiguió teniendo la fortuna de que se rompiese el espinazo. Ya era tiempo porque el vencedor y el vencido rodaron simultáneamente al fondo de la escavacion, y á duras penas logramos librar á Alejo de entre las garras de su formidable enemigo, el cual, aunque en mal estado, tenia todavía gran fuerza.

Nuestro héroe cayó desahogado, y permaneció así mucho tiempo antes de volver en sí; le desahocamos para detener la sangre que brotaba á torrentes de sus heridas. Siendo muy gruesa la piel de cebra de que estaba cubierto, las uñas del animal no habían hecho mas que desgarrarle bastante profundamente la piel. Alejo, vuelto á la vida, pareció confuso, al ver las pruebas de interés de que era objeto. Le colocamos en un buen carruaje, pues no podia tenerse en pie, y los osos atados á ramas de árboles, y conducidos por campesinos, nos seguían.

Todo el mundo corrió á recibirnos á nuestra entrada en el lugar: los aldeanos que nos seguían construyeron apresuradamente un trineo de madera, y colocaron en él los osos. Todos felicitaron al pobre Alejo, nosotros hicimos inmediatamente una colecta en su favor, y su señor, en premio de su bravura, le concedió enseguida la libertad. Después he sabido que este valiente no había querido abandonar á sus parientes y amigos, que había permanecido en su país, en donde continuaba sus valerosas aventuras, que le valieron el sobrenombre de *matador de osos*.

#### LA ARDILLA.

Los dos hermanos con la cabeza al aire, los cabellos flotantes y medio desnudos, se lanzan en el bosque seguidos del perro favorito que entra siempre en todos sus juegos. Echán á correr con gritos de alegría sobre la yerbovella de las praderas, cogiendo avellanas al pasar, buscando nidios y arrancando florecillas al lado del arroyo; pero de repente se detienen, ponen el dedo en la boca recomendando el silencio, inclinan la cabeza y se quedan trémulos de alegría. Allí cerca, en el tronco de una anija encima, acaban de descubrir una ardilla!

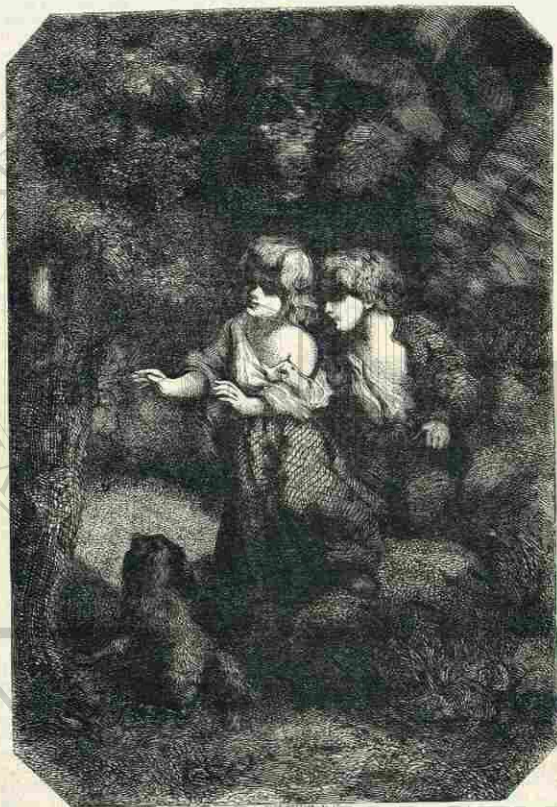
Ambos se adelantan quedito, conteniendo su aliento, cuando el perro se endereza y se pone á ladrar... la ardilla espantada vuelve su fina cabeza, ve á los pequeños cazadores, y desaparece entre las hojas.

El niño lanza un grito doloroso, en tanto que la niña con la cabeza levantada y extendidos los brazos, apenas puede contener sus lágrimas.

— Regocijate, en vez de entristecerte con lo que te sucede! Qué habrás hecho con esa ardilla si la hubieras cogido! Lo que hace todo el mundo; ponerla en una jaula. En vano

Dios la habria concedido la agilidad y la destreza; su vida se hubiera consumido dando inútiles vueltas en su encierro. Hoy al contrario, libre y laboriosa, ocupa útilmente sus dias. En el hueco de ese árbol se halla su despensa; mas ar-

riba está el nido donde se abrigan sus hijos; trabajando todo el dia puede alimentar á su familia, viviendo con los productos del estío y recojiendo provisiones de reserva para los malos dias. Niños, un tiempo llegarán, cuando seais grandes, en



La ardilla. — Cuadro de Dur.

que sabréis que muchos destinos entre los hombre se parecen á los de las ardillas. En el mundo tambien encontrareis aqui al ocioso dando vueltas en un circuito inútil y ruidoso, alimentado por el amo á quien distrae, pero pagándolo con su libertad; y allí al trabajador incansable, educando la

generacion que debe sucederle, pensando en lo presente, sin descuidar las necesidades del porvenir. Entonces, iluminados por la conciencia sabréis enochar donde está el deber, y en donde la felicidad, y preferireis á la ardilla enjaulada, la que corre libre y contenta por el bosque.

NUESTRA SEÑORA DE LA ZARZA.



Nuestra Señora de la Zarza. — Dibujo de Lancelot.

Este hermoso edificio se eleva en la aldea de Notre-Dame-de-l'Épine, á ocho kilómetros de Châlons-sur-Marne, en el camino que conduce de esta ciudad á Strasburgo por Metz.

La aldea y la iglesia deben su origen á una aparicion milagrosa. En 1419, no se veía en el sitio que ocupa hoy esta aldea mas que una capillita rodeada de matorrales y dedi-

enda á San Juan Bautista, á corta distancia de las parroquias de Melette y de Courtilsols. La víspera de la fiesta de la Asunción al amanecer, unos pastores de estas dos aldeas que habían llevado sus rebaños junto á la capilla, vieron una gran claridad que iluminó de repente una zarza que allí habita. Los primeros carneros buyeron espantados, pero los corderillos se acercaron sin temor. Los pastores, sorprendidos, se aventuraron á seguirles, pero la luz haciéndose mas brillante, les deslumbró hasta el punto que cayeron sin conocimiento. Cuando recobrarán sus sentidos, la luz resplandecía con mas suavidad, y adelantándose vieron en medio de una aureola, una pequeña estatua de la Virgen con el niño Jesús en brazos. Conforme iba entrando la noche, la luz aumentaba en intensidad, espérandose, según decían, á diez leguas á lo redonda. Los pastores contaron el prodigio que habían presenciado, y de este modo la noticia del milagro circulará toda la noche por aquella comarca; y sin embargo, la zarza desapareció con el día de la Asunción, sin volver á renovarse.

Advertido por los curas de Melette y de Courtilsols, el obispo de Chalons fué á visitar la zarza sagrada, en cuyo centro se halló una pequeña estatua de piedra amarillenta, perfectamente pulimentada: tenía de altura unas doscientas pulgadas. Al punto fué transportada con gran pompa á la capilla de San Juan Bautista, que desde entonces se volvió el objeto de una peregrinación muy frecuentada.

Los fieles llevaban ofrendas considerables á las iglesias de Melette y de Courtilsols, y como la obediencia de Chalons quiso apropiárselas, el rey Carlos VI mandó que se destinaran á la construcción de una iglesia que había de reemplazar la capilla.

La Francia estaba entonces invadida por los ingleses que poseían la mayor parte del territorio, y tenían por todas partes dignidades y empleos. Un arquitecto fugitivo llamado Patrio se encargó de la construcción de la iglesia proyectada. En efecto, bajo su dirección los trabajos adelantaron con rapidez: en 1439, la fachada, la nave y la torre del norte estaban concluidas, pero como las probabilidades de la guerra eran ya mas favorables para la Francia, los ingleses principiaron á temer por sus bienes y vidas; en una palabra, el arquitecto Patrio buyó con el dinero que le habían confiado para la erección del monumento.

Los trabajos permanecieron abandonados hasta que un albañil francés, Antonio Guichard, se puso á su cabeza, y desde entonces la iglesia principió á levantarse poco á poco. Guichard modificó mucho los planes de su predecesor, sobre todo en las proporciones. En 1829, la iglesia de Nuestra Señora de la Zarza estaba concluida. Todos los pueblos de la comarca contribuyeron con entusiasmo al embellecimiento de la nueva basílica. Chalons y Verdun le dieron sus magníficas vidrieras y sus hermosas campanas; pero desgraciadamente, los ingleses rompieron todos los vidrios de la iglesia, en una tentativa que hicieron para su ruina.

La historia particular de Nuestra Señora de la Zarza es una serie de fiestas religiosas y de milagros obtenidos por intercesión de esa santa Virgen. Durante la revolución de 1789, cinco de sus campanas fueron convertidas en moneda y se quitó la aguja de la torre del norte para poner allí un telégrafo. En 1825, un rayo estropeó algunas partes de la parte meridional, pero bien luego se reparó este daño.

La iglesia de Nuestra Señora de la Zarza es de un bello estilo ogival, con la forma general de las iglesias del siglo XV. La figura y elegancia de la fachada son admirables, distinguiéndose sobre todo por el hermoso arco formando

pirámide que se eleva sobre la puerta principal rodeando un inmenso crucifijo. El efecto de este emblema de la devoción colocado así á la entrada del templo, no puede ser mas bello. El roseton de en medio parece puesto en un marco ovalado; los dos campanarios ofrecen con poca diferencia los mismos detalles de escultura y de construcción, aunque el del norte es un poco mas pequeño que el de la torre meridional.

Un hermoso pulpito separa la nave del coro, habiendo además dos altares construidos en estos últimos tiempos. En el de la derecha se halla la estatua milagrosa, cubierta casi enteramente de preciosos adornos.

La fachada del norte es triste y sin ornatos, la del sur es curiosa é interesante.

El coro se halla formado por diez pilares reunidos por un hermoso archedo de piedra esculpida. En la parte septentrional de la iglesia hay un pozo á cuyas aguas se atribuyen maravillosas propiedades. La mayor parte de las capillas son notables por la delicadeza de sus adornos esculpidos.

## HISTORIA

DEL

### ULTIMO CABALLO DEL EMPERADOR NAPOLEON.

(Véase las pag. 304, 307, 306 y 317.)

IX.

Cerca de dos meses habían transcurrido desde el día en que Acacia, el antiguo caballo del Napoleon de la guerra, había llegado encima al Napoleon de la paz, y el veterano de las caballerías imperiales y reales continuaba gustando las dulces comodidades que la jenerosidad de M. Lev... había asegurado á su vejez, apenas salía de la cuadra sino para dar una vuelta por el campo, y evitar, con un poco de movimiento, los peligros de una larga inacción, y de la obesidad.

Cuando salía, los muchachos de las aldeas corrían á saludarle y admirarle.

— Ahí va Acacia, el caballo de Napoleon! gritaban. Y todos se disputaban el honor de ser admitidos á tocarle, á presentarle un trozo de pan, que el deseñaba siempre; pero las ofertas continuaban á pesar de las obstinadas negativas del caballo. A aquellos tributos, á aquellos homenajes de la infancia y de la juventud, se reunían los de la edad madura y de la ancianidad. Acacia era honrado, festejado casi como un antiguo soldado; que hubiera recibido los fuegos de la Europa guerrera, como un noble resto de las guerras de la revolución y del imperio.

Una mañana, M. Lev... vio llegar á su patio, en donde fumaba tranquilamente su pipa, uno de sus vecinos, Juan Potard, ex-sargento de coraceros, ahora cerrajero en Viré.

— Que quieres, muchacho? le preguntó M. Lev... asombrado de verlo; no es hoy cuando casás á tu hijo?

— Precisamente por eso vengo.

— Ah! vienes tal vez á buscarme... pero tranquilízate, seré exacto á la cita. Pronto estaré vestido.

— Tengo que pedirte una cosa.

— De qué se trata?

— Quiero que me prestes á Acacia por hoy.

— Acacia! pues, para qué le quieres?

— Querria que fuese tambien de las bodas.

— Y le traes paqueta de cohete?

Juan Potard se echó á reír.

— Paqueta, no; pero esencial; soy un antiguo soldado del emperador, y creo que Acacia debe tomar parte en la función de hoy... Es una idea como otra cualquiera, no es verdad?

— Si, pero mi Acacia no está acostumbrado á la fatiga de las carreras largas; necesita mucha cuidado y temo que sea olvidado en medio del movimiento, y de los placeres de la boda.

— No tengas cuidado, cuidaré de Acacia, y el que lo montará no es capaz de hacerle mal; es ginece que no le hara galopar.

— Bueno! pero podria montar otro caballo; acaso Acacia es indispensable para la boda? no podria casarse tu hijo sin él?

Tendria M. Lev... un secreto presentimiento de la desgracia que amenazaba á Acacia? Así pudiera creerse, al ver su vacilación en acceder al deseo del ex-coracero. Pero Juan Potard insistió con tanta imperterencia, que no hubo medio de negarle lo que pedía. M. Lev... le condujo á la cuadra en donde Acacia acababa de tomar su comida, última comida!

En aquel momento, M. Lev... sintió una especie de recrudescencia en los sentimientos de repugnancia y de temor, que le habían aconsejado una negativa; pero habia prometido, y no queria ni podia faltar á su promesa. Ayudó á Juan Potard á ensillar á Acacia; pero cuando se quiso conducirlo fuera de la cuadra, el caballo manifestó caprichos de oposición, y de desobediencia, que parecieron extraordinarios á M. Lev...; era la primera vez quizás, desde su entrada en la casa de su nuevo señor, que se mostraba poco dócil. M. Lev... participó sus observaciones á Juan Potard; pero este, que queria que Acacia fuera á adornar la fiesta nupcial, no vio cosa digna de consideración en las observaciones de M. Lev...

Al fin, Acacia se decidió á salir de la cuadra, y Juan Potard, alivio con su conquista, le condujo por la brida, para probar á M. Lev... el cuidado que se tomaba por el caballo.

A las tres de la tarde, el músico de la aldea, con el pecho adornado con un enorme ramo de flores, y llevando un violín, al que hacía producir sonidos chillones, y muy poco alegres, se adelantaba á caballo, al frente de una turba de aldeanos, que iban algunos pasos detrás de él. Los aldeanos, entre los que iban los desposados, rodeados de sus parientes, cantaban canciones análogas á las circunstancias, y el violín del músico lechaba en vano contra los vigorosos acentos de las voces vigorosas de la Normandía.

El músico creyó entonces que debía dejar descansar un momento su instrumento fatigado, para arreglar, apretar, ó encaerar las cuerdas; pero en aquel momento se le escaparon las riendas; no obstante, el paso tranquilo y lento de Acacia le tranquilizó; no observó que bajaba por uno de esos caminos resbaladizos, por los que todo caballo, joven ó viejo, tenia necesidad de ser dirigido con precaución, por medio de las riendas, que le sostuvieran, y á veces le detuvieran.

Pero el músico, completamente extraño al arte de la equitación, y que montaba por primera vez á caballo, iba á pagar muy cara su imprudente temeridad, y su fatal inesperienza.

Los cantos continuaban con doble intensidad; unos instantes mas, unos cuantos pasos andados hubieran sacado á

Acacia del mal camino; pero antes de suceder, su pié derecho tropezó con sus piernas pegada al suelo; el caballo perdió el equilibrio, cayó y rodó; el músico lanzó un grito, que nadie oyó; los aldeanos que iban á la cabeza de la columna buscan al músico, y á su caballo; se adelantaron, y entonces, cuán horrible espectáculo se ofreció á sus miradas!

Acacia yacía en el suelo, exhalando su último suspiro; el músico, desmayado, y teniendo todavía su violín en la mano estaba con una pierna debajo del caballo, le sacan con precaución; pero tenía un pié estropeado!

De este modo, el noble animal que llevaba á Napoleon en Waterloo, que fué poseído por tres reyes de Francia, que fué montado por Carlos X, y por Luis Felipe, que asistió alternativamente como actor y como testigo á la caída de dos imperios y de dos dinastías, moría de la muerte mas oscura, mas vulgar, en una pequeña aldea, y su último ginece era un misiquillo normando.

Aquella catástrofe, que acababa de poner fin á la existencia de Acacia, y de comprometer gravemente la del pobre músico, produjo un doloroso eco en el distrito de Viré, y aun mas lejos, hubo disgustos y lágrimas para los dos victimas. Pero la desgracia sucedida al imprudente músico era reparable, debió á socorros afectuosos é inteligentes, su restablecimiento rápido, y dos meses despues de la caída acompañaba nuevamente con su música otras bodas de la aldea. Con la diferencia de que iba á pié; habia hecho juramento de no volver á montar á caballo.

La historia refiere que Alejandro el Grande mandó hacer magníficos funerales á su corcel favorito, á aquel buefalo que montaba al pasar el Granis, y en los llanos de Arbelas. El último caballo del moderno Alejandro no tuvo este honor; pero á lo ménos se preservaron sus restos del insulto reservado á los cadáveres de todos los caballos, cualquiera que sea el papel que hayan podido hacer en su vida, y sin consideración al género de servicios que han prestado.

El escopleto del desollador no imprimió sobre la piel de Acacia sus vergonzosas y susgrientes huellas. Se abrió un ancho surco para contentorio, á veinte pasos del sitio en que habia encontrado la muerte; unos cuantos aldeanos asistían á esta ceremonia; y en medio de ellos se veía á Juan Potard, ex-sargento del 7º de coraceros, que representaba en cierto modo al ejército de Napoleon en los modestos funerales de su último caballo. Las lágrimas que corrían de los ojos del veterano fueron la oración fúnebre de Acacia; no iba faltaba cierta elegancia.

La muerte de Acacia recordó á M. Lev... la promesa que Luis Felipe le habia hecho; escribió al monarca anunciándole el fin del caballo que montaba el día de la revista de la guardia nacional de Viré.

La contestación no se hizo esperar; pero en ella se advertía á M. Lev... que se dirigiera al marqués de Straña, caballerizo mayor del rey. La administración no pensó en pagar la deuda de Luis Felipe; M. Lev... renovó su petición; fin ya vano. Tuvo que resignarse á guardar silencio, y el caballo que debía reemplazar á Acacia en su cuadra, no salió de las del rey de los franceses.

FIN.

### LOS BARDOS ARMORIGANOS.

Los bardos tenían entre los galos un doble carácter religioso y nacional. Formaban parte del gobierno de las ciudades, guardaban el templo, animaban el valor de los combatientes con sus himnos de guerra, celebraban las acciones



subsiste aun la techumbre, pero los cruceros góticos se hallan en su mayor parte destruidos: en el interior se encuentran algunos bancos y los restos de un púlpito; pero ni un solo monumento de esta dilatada estirpe de nobles es anterior al último siglo de la época sajona. Los trozos esparcidos y rotos se hunden bajo los pies, las aves hacen sus nidos en las grietas de las paredes, y la arañosa de la bóveda se desmorona.

En el exterior, se encuentran en gran número laberintos en piedra los escudos de los Hilton y de las familias con estos enlazados, como los Vipont, los Stapleton, etc., y otra vez la cabeza bicorne del viejo Moisés.

Tal es el aspecto que me ofreció Hilton-Castle, y he creído conveniente obtenerme sobre este cuadro, como prototipo natural de mi narración.

La historia de la familia de Hilton es una de las mas curiosas que pueden suministrar las anales de los ingleses. Sabese que trescientos años antes de la conquista, bajo el reinado de Athelstane, uno de los reyes sajones, esta familia era famosa ya en toda la Inglaterra.

La inscripción conservada en Warfield, los testigos, en tiempo de la invasion normanda, Lancelote de Hilton, y sus dos hijos Enrique y Roberto abrazaron la causa del conquistador: Lancelote fue muerto en Feversham, en recompensa de los servicios paternos, y de los suyos, recibió Enrique, que era el mayor de los hermanos, un vasto dominio sobre las margenes del Were en las cercanias de Weymouth. Este fue el que edificó el Hilton-Castle, hacia el año de 1102. Fue uno de los diputados que trajeron con Guillermo en nombre de los cuatro condados del norte, y murió bajo las banderas de este principe en las llanuras de Normandía.

Hajo el reinado de Eduardo III, John de Hilton, que habia enviado cuatro de sus hijos á combatir en Francia á las órdenes del principe Negro, fue criado baron por haber defendido valerosamente este castillo contra las incursiones escocesas.

La transmision de la dignidad de baron se verificó regularmente durante siete generaciones; pero William, el último y último varon, la perdió por haber soldado ligeramente algunas palabras arriesgadas contra la reina y su favorito de Le-Pole. A la muerte de William, que se habia adquirido cierta reputacion por sus violencias, la corona se apoderó de sus dominios y se los dio al obispo de Durham, su deudor, el cual los poseyó por mucho tiempo, con exclusion del legítimo heredero.

Con todo, despues de muchos años, Lancelote, nieto de William, recobró su castillo y una parte de sus bienes; pero fue esto por una concesion voluntaria del obispo, y bajo condiciones bastante duras. La porcion que le fue devuelta quedó gravada con muchos censos y servicios para con la sede episcopal de Durham, desde entonces subsistieron, habiendo recobrado el título de baron, pero renunciando al de baron del obispo.

Bueno será decir que en las cuestiones hereditarias, algunos puntos de esta genealogia han ofrecido sus dificultades. Surtees dice que el verdadero tronco de esta familia fue Romanus, caballero de Hilton, que vivía en el siglo XII; pero dice tambien que pocas familias han amontonado tantas tradiciones, y que despues de haber decido esta de su antiguo esplendor, los caballeros del Norte le manifestaban todavía el mayor respeto, considerándolo como la mas noble del pais, aun prescindiendo de la dignidad de par que es aunja á los primogénitos. En toda comision episcopal, aun

de Surtees, el nombre de Hilton figura en primera linea.

Ademas de esta casa solar de Hilton, los barones de este nombre poseian para si y para sus herederos los castillos de Bramston, Grindon, Ford, Clowcroft, North-Ridgick, Great-Usworth y Follensey, en el condado de York; Erynton, y Woodhall, en el Northumberland; Alston-Moor entre este condado y el Cumberland. Tenian tambien derecho de colacion sobre Thirkhalgh y Monk-Wearmouth.

Al cabo de cinco siglos y de veinte generaciones de esta ilustre familia, un terrible suceso vino á trastornar las condiciones de su existencia. Ultrajado gravemente, á lo que parece, por uno de sus parientes, Enrique de Hilton, jefe de la rama principal, abandonó repentinamente la morada de sus antepasados y acabó oscuramente su vida en el condado de Sussex en casa de un lejano pariente suyo. En su testamento, abierto en 1644, legaba el usufructo de todos sus bienes durante 99 años á la ciudad de Londres. Los herederos naturales se vieron totalmente despojados por tan largo espacio de tiempo, por lo cual aquel acto de la postrera voluntad de Enrique, dió margen á las mas activas contiendas judiciales. Los jurisperitos se atuvieron á las palabras del testamento y arrancaron á los herederos de los dominios, cuyos productos habian ya consumido, á tiempo que estallando la guerra civil, terminó de una vez la obra que mas tarde se habia de acabar al fin sin esta ayuda. Desde este momento, fué disminuyendo de dia en dia la fortuna de los Hilton. Su último descendiente directo, reducido á la humilde condicion de mercader de paños, vivía en Windmill Hill (Gateshead), donde murió, no ha mucho dejando su viuda y una hija cuyo ilustre nombre se ha perdido por último en algun pobre matrimonio.

Lo mismo que á la familia ha sucedido á su castillo. El viento pasa con sonrisa de triunfo por encima de los muros derruidos y de los árboles ya secos que lo rodeaban. De tantas torres, de tantos salones inmensos, de tantas aposentas de esculpida techumbre, solo queda una pieza cerrada; y en esta pieza, que es la cocina, se recoge una familia de trabajadores. Sus vestidos, sus cacharros y los instrumentos de su trabajo apenas ocupan un rincón de aquélla estancia demasiado grande ahora para cuatro personas que la habitan.

Cuando entré, era cerca de mediodía; la madre y la hija, tostadas y palidas como la tierra que trabajan, estaban preparando su modesta comida. Un niño de rollizos molletes, sentado sobre un monton de leña, me miraba al llegar con cierto aire de español, creyendo acaso que iba yo á espisarlo de una habitacion tan en armonia con sus hábitos y necesidades.

Esta cocina tiene en sí misma sus tradiciones. El niño asustado de Hilton (*the Cowed Lad*) tiene allí sus nocturnas contiendas. Hilton-Castle ha sido la última residencia frecuentada por un duende algo celebridad. Hé aqui la historia:

Uno de los antiguos barones, habia dado orden de que ensillasen su caballo, y viendo que no se lo traían pronto, descendió él mismo á las caballerías. Estaba solo el paje y sin hacer nada, desperdiciando un tiempo precioso, en vez de cumplir la órden que habia recibido. Como el asunto que hacia salir al baron era importante y pretenitorio, montado este en cólera, echó mano á una hoz que por desgracia estaba junto á la puerta, y dió al niño un golpe que la fatalidad hizo mortal. Se dice tambien que ocurrió entre la paja el cuerpo de la victima, hasta que la oscuridad de la noche le permitió sacarlo de allí y arrojarlo en un estanque, y lo que parece confirmar la tradicion es que en tiempo del último baron, fué hallado en efecto el esqueleto

de un niño entre el fango de un pantano próximo. Surtees, que refiere esta cronica, insinúa que pudo tener por fundamento la informacion judicial que acerca del cadáver de Roger Skelton de Hilton se verificó el 3 de julio de 1609, de la cual resultó que Roberto Hilton de Hilton, gentil-hombre, le habia muerto de un golpe de hoz. Entre las sentencias del obispo James se encuentra el perdón de este crimen con fecha 6 de setiembre de 1609.

El niño asustado,—añade Surtees,—raras veces se aparecia á los criados que dormían en la sala grande; pero lo sentian todas las noches. Si habian arreglado la cocina antes de acostarse, el duende se entretenía en echar á rodar toda la espetera, en poner aqui y allá los platos y peroles, y en revolver en fin lo de arriba abajo. Si por el contrario se habia dejado todo en desorden (precaucion que los criados tomaban sin la menor pena), el infatigable jugueton colocaba cada cosa en su puesto con el cuidado mas minucioso. Aunque dotado de malicia, nuestro pobre duende fué despedido en una ocasion por el procedimiento que ordinariamente se emplea para esta clase de exorcismos. Dejaron los criados sobre el hogar y cerca del fuego una capa y una túnica verde, quedando en acecho por lo que pudiera importar.

A poco rato el duende fuese acercando de puntillas, sentóse sobre las cenizas calientes y examinó atentamente el trage que se le habia preparado: pocos momentos despues se lo probó, y parecia como encantado de lo bien que le sentaba; por lo menos sus brinco y descompuestas calabrías demostraban la mas viva alegría. Al primer canto del gallo se arrojó en la capa, y desapareció con el adios consagrado:

Aquí está la capita, la túnica aquí está;  
De hoy mas en cosa alguna podrá ser útil ya.  
Por lo demas los pareceres estan lejos de guardar conformidad acerca del curioso objeto que nos ocupa. La mujer que me enseñó el castillo, designando un armario colocado debajo de una puerta, me dijo sin titubear:  
—Este es el sitio donde metieron al niño helado.  
—Queréis decir sin duda que él se ocultó ahí, le hice observar.

—No,—me replicó,—ahí le encerraron.  
Y en su historia se habla de un niño maltratado por los señores de Hilton, y prisionado (acaso durante las noches de invierno) en el armario en cuestion. De aquí el nombre de el niño helado.

Finalmente, una tercera version, debida á una señora muy impuesta en las tradiciones del pais, cambia el sentido del epíteto distintivo aplicado á nuestro duende. *Cowed*, segun ella, no quiere decir *asustado ó espantado*, sino mas bien *decapitado*, ó cuando menos *rapado* ó con los cabellos muy cortos. El mérito principal de esta interpretacion consiste en convenir con la idea tradicional de que el duende se aparecia bajo la forma de un niño sin cabeza.

No se puede creer, dicen todavia muchos de aquellos sencillos campesinos, en la espulsion definitiva del duende. Desde que recibió la capa y la túnica verde, se le ha vuelto á ver mas de una vez sobre los muros del ruinoso castillo, y á pesar de aquella ofrenda propiciatoria, persiste en jugar alguna mala pasada á los criados perezosos. Una pobre muchacha, entre otras, encargada de la lechería, y que tenía la mala costumbre de ir quitando con el dedo la nata confiada á su cuidado, fué castigada por el malicioso duende. Cierta dia en que la glotonía se desayunaba de este modo á espensas de varios barreños de leche, el niño invisible

tocándola en la espalda, la dijo con acento colérico:

—Tú pruebas, tú pruebas, tú pruebas y nunca haces que pueche el niño asustado.

La pobre caba, dejando caer el cuenco que tenia en la mano, salió corriendo de la casa, y jamas quiso volver á entrar en ella.

Aun hoy sería Hilton-Castle la residencia mas cómoda de los duendes, y nadie en verdad querría disputársela. Allí encontrarían por otra parte una orquesta á propósito para sus danzas nocturnas, en el ruido misterioso de los vidrios que el viento azota y hace mover en las ventanas carcomidas; á mi casi me aturdió la primera vez que le escuché.

(Se continuará.)

#### ARTESANOS Y CAMPESINOS ASTRÓNOMOS POR VOCACION.

PRIMER ARTICULO.

El siguiente aforismo de R. de Palissy « La pobreza es un impedimento para el genio, » es con frecuencia una pura verdad. Sin embargo ciertas vocaciones hallan menos obstáculos que otras, y suelen salir adelante á pesar de la ausencia de fortuna y de los primeros beneficios de la instruccion. En el número de estas últimas debe contarse la astronomía. El magnífico espectáculo que la bóveda celeste desarrolla incesantemente á nuestros ojos parece convidar al estímulo y á la animacion de las facultades especiales que se requieren para los nobles y puros gozos de esa ciencia sublime.

« La Alemania es el pais mas feudo en esa clase de fenómenos, » dice Montada hablando de los hombres cuyo genio científico se desarrolló, viniendo las trabas de una profesion mecánica. La Francia puede ofrecer tambien en este género numerosos ejemplos.

Nuestra intencion es dar á conocer algunas de esas vocaciones notables, aunque sin la pretension de ser completos, pues seria sumamente difícil en esta materia. Nuestro objeto quedará satisfecho si logramos provocar la emulacion en algunas inteligencias, poniendo á la vista bajo este nuevo aspecto, lo conveniente, moral y justo que es solicitar y aun invitar á todos los ciudadanos de una nacion á adquirir el grado de instruccion necesario para favorecer el desarrollo de las facultades especiales.

Las noticias que damos aqui siguiendo un órden cronológico, pueden ofrecer el doble interés de que muchos de los hombres que se encontrarán en ellas no figuran en ninguno de los libros de biografías que existen hasta hoy.

*Longomontanus*, ó *Christian Steyerin*, nacido en 1562, muerto en Copenhague en 1647, era hijo de un labrador danés: fué uno de los observadores y calculadores mas laboriosos de aquella época. Sirvió ocho años con Tycho-Brahe, y le ayudó mucho en sus trabajos. Dejó dos tablas astronómicas y un tratado especial, intitulado: *Astronomia danica*.

*Eliazar Ferencz*. Por los años de 1625, vivía en Vizille, aldea cerca de Grenoble, un simple campesino que se entregaba al estudio de la astronomía con bastante asiduidad. Se llamaba Eliazar Ferencz y era jardinero en el castillo del conde de Lesdiguières. El instrumento á cuyo beneficio hacia sus observaciones, era un octante de unos tres pies, con los grados divididos en minutos por transversales. Gassendi hace mención de este observador y de sus observaciones que le fueron comunicadas por otro aficionado á la astronomía, M. de Valois, tesorero de Francia en Grenoble. — Muchas de estas observaciones se hallaban en los manuscritos de la Biblioteca nacional con las de Boulliau.

*Crabtree* (Guillermo) mercader de paños de Broughton, cerca de Manchester, en la provincia de Lancastre, observó el paso de Venus en 1639 e hizo muchas observaciones astronómicas. Vallis imprimió algunas de ellas con las obras de Horrocius ú Horrockes, muerto en 1644 como el mismo Crabtree que se cree fué víctima de los trastornos que desolaban entonces a la Inglaterra.

Teodoro ó Dirck Rembrandtz van Nierop, nació en 1640

en Nierop, aldea de Holanda, y era de oficio zapatero. Cuando se publicaron los *Principios* de Descartes, Rembrandtz los leyó, los admiró y quiso conocer á su autor conñado entonces en un retiro poco distante de Nierop. Pero los criados de Descartes rechazaron repetidas veces al humilde artesano, hasta que al cabo pudo llegar á él. Descartes prendado de su inteligencia, le animó y le recibió siempre despues con amistad. Entre sus obras que todas ellas revelan mucho sa-



Una lección de astronomía, por J. Wright (1768). — Dibujo de PARQUEY.

ber y gran filosofía, se cuenta una de astronomía en holandés defendiendo á Copérnico. Rembrandtz murió en su aldea en 1682.

Juan Jordan de Stutzgard, egreca á mediados del siglo XVII el oficio de peletero. Esto no le impidió que estudiara la astronomía en los libros alemanes los únicos que podía leer, porque ignoraba el latín. Hizo grandes progresos en los cálculos, siendo además un mecánico bastante ingenioso.

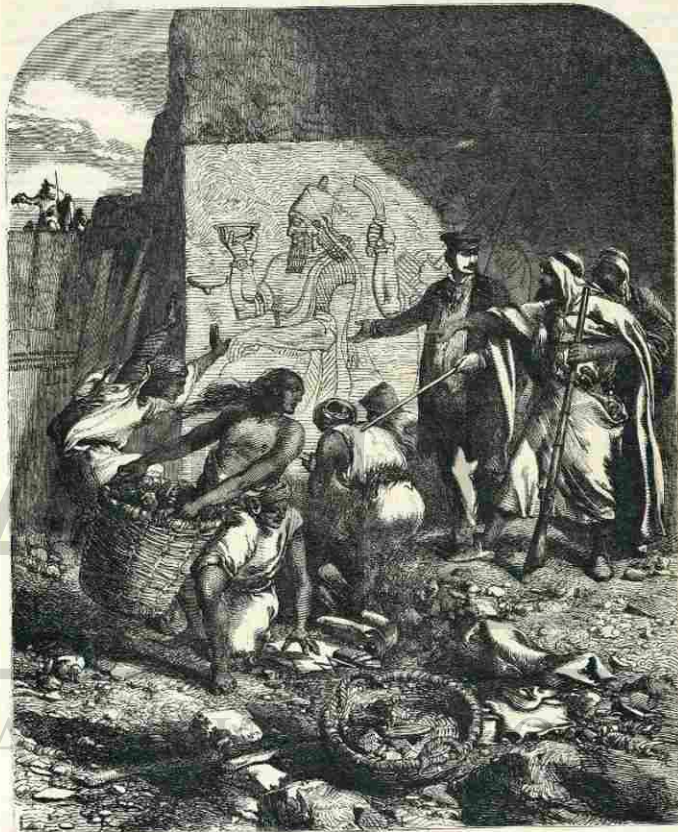
Nicolás Schmidt, aldeano de Rothenacker, cerca de Hoff se puso en estado por sí mismo de calcular las efemérides por los años de 1650, e hizo de esto una publicación que duró veinte años desde 1653 hasta 1672, el año de su muerte.

Cristóbal Arnould, aldeano de Sommerfeld, cerca de Leipzig trabajó con mas utilidad. Gozando probablemente de un bienestar mediano, compró todos los instrumentos necesarios, y la misma mano que por la mañana había guiado la carreta manejaba el telescopio por la noche. Siguió los

principales fenómenos celestes, como eclipses de sol, de luna, y los satélites de Júpiter, desde 1688 hasta 1695. Sus observaciones impresas en dos volúmenes, fueron á parar despues de su muerte á manos de Kirch astrónomo de la academia de Iterlin. Montucla cree que de allí pasaron á la biblioteca de la Academia. Pero Lalande, en su *Bibliografía astronómica*, anuncia que los manuscritos estaban en el depósito de la marina. Anold fué el primero que descubrió el cometa de 1683. También observó el paso de Mercurio sobre el sol en 1690. Esta última observacion le valió una gratificación de los magistrados de Leipzig despues de su muerte, acaecida en 1697, su retrato fué colocado en la biblioteca de la misma ciudad.

Entre los astrónomos de vocacion que dió á luz la Alemania en el siglo XVII, debe contarse Andrés Henman, correo de Nuremberg, que por sí mismo en un principio y despues por medio de las instrucciones de Weigel, se puso en estado de calcular el lugar de los planetas.

## ANTIGUEDADES ASIATICAS.



Un descubrimiento por M. Layard, en Nemrod. — Composición y dibujo de GALABRY.

M. Austen Enrique Layard, viajero inglés, habla recorrido el Asia Menor y la Siria durante el otoño de 1839 y el invierno de 1840, visitando Mossul y los alrededores de aquella ciudad en cuyo sitio se supone existió la antigua Nínive.

En 1845 M. Layard dió muchos pasos en Constantinopla cerca del embajador de Inglaterra á fin de que este le procurara los medios para tomar parte en ese gran trabajo de descubrimiento que tanto preocupaba entonces á las corporaciones científicas de toda la Europa. Sir Strafford Canning

comprendiendo la grandeza del proyecto de M. Layard, puso á su disposición los fondos necesarios para subvenir á los gastos de su viaje, y de las escavaciones que se proponía hacer.

M. Layard salió de Constantinopla en el mes de octubre de 1845, y llegado á Mossul, presentó sus credenciales al gobernador de la provincia, Mehemed Bajá, aunque guardando el secreto de su viaje, porque temia encontrar oposicion por parte de este funcionario.

El 8 de noviembre salió de Mossul, acompañado de un

alcañil y provisto de escopetas, cuchillos, y otras armas para suponer que iba de caza, y entrando en una pequeña balsa bajó el río Tigris en cinco horas, llegando al sitio en donde debía detenerse, a poca distancia de las aldeas de Naifa y de Nemrod, sitio en que se encontró con unos cuantos árabes de la tribu de Jeshah, que andaban errantes para sustraerse a los impuestos del Rajá. Su jefe se llamaba Awad ó Abd-Allah. M. Layard pudo decirle a este hombre a que le secundara en sus proyectos, ofreciéndole dinero, y en efecto después de una noche pasada sin poder dormir en un miserable cubículo de Naifa, al despartar el alba, el viajero se puso en marcha con Awad, los otros seis árabes y el alcañil. Bien pronto se encontró en las laderas de Nemrod, nombre que dan los árabes a un gran número de localidades donde se encuentran ruinas. Sabido es que ningún rincón de la mayor parte de Asia que el de Nemrod, el gran cazador, el fundador de Babilonia.

En todo trabajo de exploración, lo más importante es la elección del sitio donde debe principiarse. M. Layard le halló escogido en Constantinopla, en su despacho, y ayudado con el recuerdo de sus primeras excursiones, se dirigió hacia un montón de ruinas que se eleva a veinte millas de camino, al este de la aldea de Nemrod. « Las ciudades antiguamente tan famosas de la Asia y del Egipto, dice M. Fernando Hofer, no son hoy otra cosa que unos terraplenes ó montecillos, que el pueblo ignorante hasta lo sumo toma por sepulcros de gigantes. La ignorancia posee a veces un encanto poético. Esos montecillos cubiertos de verbas que se secan durante los calores del estío, muestran aquí y allá en las quebraduras abiertas por los torrentes de otoño, los despojos que guardan en su seno. Unos cuantos fragmentos de vasijas de alabastro y ladrillos son por lo regular todo lo que queda de una ciudad antigua; y estos restos que entristecen el alma contrastan singularmente con el aspecto que nos ofrecen en el Asia Menor las pinas griegas y romanas que se señalan a lo lejos por esbeltas columnas que se elevan graciosamente de en medio de un bosque sombrío de mirros y laureles. »

En el mes de noviembre, la verdura y las flores están ausentes de la tierra. El montecillo estaba árido y pelado, viéndose esparcidos en él pedruzcos de cacharrós y de ladrillos. « Los árabes, dice M. Layard, espían todos mis movimientos, viendo con sorpresa que recoja aquellos objetos sin ningún interés a sus ojos. Bien luego echaron una mano todos ellos y me presentaron algunos oscurillos entre los cuales descubrí con alegría un fragmento de bajo-relieve. La piedra había estado espuesta al fuego y se parecía enteramente a los espejuelos quemados de Khorsabad. Convenido por este descubrimiento de que hallaríamos otros restos de sepulcros, me puse a buscar un sitio donde pudiésemos emprender las excavaciones con algún éxito. Awad me llevó a un pedazo de alabastro que se descubría al nivel del suelo, y que no tuvimos dificultad en levantar; entonces vimos que era la parte superior de una ánfora lisa. Mandé a todos los demás que cavaran un poco con nosotros, y al punto salió a la vista una segunda lisa que había estado unida con la primera. Continuando de este modo, descubrimos hasta diez en toda la mañana, que formaban un cuadro; una sola piedra faltaba en el ángulo noroeste; era evidente que habíamos descubierto un cuarto. Al día siguiente cinco turcomanes de Selameyah, atraídos por la perspectiva de un buen salario, vinieron a aumentar mi cuadrilla; y con su ayuda antes de anochecer me hallé en un aposento edificado con piedras de unos ocho pies de altura sobre cuatro ó seis

de ancho, colocadas perpendicularmente y bien unidas entre sí. En el suelo hallé algunos adornos de marfil cóli señales de haber sido dorados. Veíase una figura de hombre vestido con una larga túnica, teniendo en una mano la cruz con asas de los egipcios, una esfinge sentada, y algunas flores dibujadas con arte y elegancia. »

Tal fué el principio de los importantes descubrimientos que hizo M. Layard en el montecillo de Nemrod. Los bajos-relieves, esculturas ó inscripciones que sacó de allí se hallan en el Museo Nacional de Londres.

Ahora vamos a extraer de la obra de M. Layard donde se hallan consignados todos sus descubrimientos, la relación de un episodio que M. Gilbert ha figurado en la composición que acompaña a este artículo y que da una idea singular de la superstición árabe:

Una mañana dice M. Layard, volvía del campamento del sheik Abd ur Rahuman y me dirigía hacia el montecillo donde habíamos practicado las excavaciones, cuando vi dos árabes de su tribu, que corrían a galope, que al llegar a mí se detuvieron aldicándose con un acento extraño: « Aprestarse, oh bey, corre a los obreros que han hallado al mismo Nemrod! Wallah! esto es maravilloso, pero es verdad; nosotros lo hemos visto con nuestros propios ojos. No hay otro Dios que Dios! » Y dicho esto, repitiendo los dos juntos esta última exclamación, salieron otra vez al galope con dirección a sus tiendas. Yo apresuré el paso, y cuando llegué a las ruinas bajé a un hoyo acabado de abrir, donde hallé a los trabajadores, que ya me habían visto, agrupados delante de una especie de muralla que habían hecho a toda prisa con cestos y con capas. Awad se adelantó hacia mí, y me pidió un presente para celebrar el descubrimiento que acababan de hacer, y al mismo tiempo los árabes echando abajo su muralla injuriosamente me descubrieron una enorme cabeza esculpida en alabastro del país; lo demás del personaje estaba enterrado todavía. Al punto reconocí en este escultido uno de aquellos bueyes ó leones alados que se descubrieron en Khorsabad y en Persépolis. Se hallaba magníficamente conservado; su expresión era sosegada y magestuosa. La línea de los contornos atestiguaba una libertad de estilo y un conocimiento del arte que no podía esperarse en una obra de tiempos tan remotos. El terror y la estupefacción de los árabes no me estrañaron; aquella cabeza gigantesca, blanqueada por los siglos, elevándose así de repente de las entrañas de la tierra, había debido recoplar a sus vivas imaginaciones, uno de esos seres espantosos que, según las supersticiones tradiciones del país, se suelen aparecer a los mortales subiendo lentamente de las regiones inferiores. Uno de los árabes, al descubrir el monstruo, arrojó su cesto y echó a correr hasta Mossul, circunstancia que me confirmó mucho, porque me hice cargo de sus consecuencias.

« En punto que mandaba descubrir la sepultura y que daba órdenes para que quitasen con precaución la tierra que cubría el cuerpo, o un ruido de pasos de caballos y bien luego se presentó a la boca del hoyo Abd ur Rahuman, a la cabeza de la mitad de su tribu. Así que los dos árabes que me encontré en el camino llegaron a las tiendas, hicieron circular la noticia del acontecimiento extraordinario que acababan de presenciar, y al instante todo el mundo montó a caballo para juzgar por sí mismo si era verdad lo que se decía. Al descubrir la cabeza, exclamaron todos: « No hay otro Dios

1. No se ve esta cabeza en nuestro grabado; se supone que está en el hoyo debajo del bajo-relieve; un árabe la está mirando con estupefacción de sorpresa y de terror, y otro la señala al viajero inglés con un ínfimo ademán.

que Dios, y Mahoma es su profeta. » Mucho tiempo pasó antes de que el sheik pudiese determinarse a bajar al foso para cerciorarse de que lo que tenía a la vista era un ser de piedra. Esta obra, murmuró al fin, está hecha no por hombres, sino por la mano de gigantes indios cuyo profeta dice que eran más grandes que las mas altas palmeras. Este es uno de los ídolos que maldijo Noé antes del diluvio. » Esta opinión gravemente manifestada, fué aceptada, después de una atenta observación, por todos los árabes presentes.

« Yo mandé que se quedaran dos ó tres hombres cerca de las sepulturas para guardarlas, y cuando volví a la aldea, hubo de celebrar el descubrimiento de aquel día, haciendo asar un carnero para comerlo con los árabes. Ademas, como dió la casualidad de que había algunos músicos ambulantes en Selameyah los mandé a buscar, y una gran parte de la noche se pasó bailando. Al día siguiente acudieron los árabes de toda la comarca a admirar las sepulturas: hasta las mismas mujeres no pudieron resistir a la curiosidad, y corrieron en tumulto con sus hijos en brazos, costándonos mucho trabajo el impedir que aquella muchedumbre se precipitara en el hoyo. »

## HIPOTESIS

SOBRE LA FORMACION DEL ANILLO DE SATURNO.

El planeta Saturno ofrece a la consideración de sus observadores el espectáculo mas sorprendente de cuantos nos presenta el estudio de la astronomía. Un globo inmenso rodeado de una especie de anillo que siempre le acompaña, y que recorre con él una misma órbita, es un hecho que por su singularidad parece que ha privado a los hombres hasta del recurso de aventurar una hipótesis. Voy a exponer una sobre tan extraordinario fenómeno, y tengo esperanzas de que el cálculo, las observaciones y los experimentos, vendrán después a robustecerla.

Se sabe que una masa líquida abandonada a sí misma tiende a tomar una forma esférica, la cual toma efectivamente, siempre que una causa extraña no se lo impida. Sábese asimismo, que una esfera líquida que gira sobre su eje, se aplasta por sus polos, y se estiende en el sentido de su círculo ecuatorial. Es evidente asimismo, y consta ademas por experimentos que lo comprueban, que aquel aplastamiento y dilatación, son en igualdad de circunstancias tanto mayores, cuando es mayor la velocidad de la rotación.

De lo dicho se deduce, que si el movimiento de rotación de una esfera líquida va aumentando gradualmente, su eje de rotación irá gradualmente disminuyendo, y que llegará el caso en que aquel eje llegue a ser tan pequeño, que la esfera haya pasado a tomar una forma aplastada y circular, de poquísimo espesor en su centro, aunque algo mas gruesa hacia sus bordes. Si la fuerza centrífuga crece por haberse hecho la rotación aun mas rápida, llegarán a coincidir los dos polos de la esfera; y si la rotación se hace aun mayor, la plaza circular en que la esfera se había transformado, tomará la forma de un anillo aplastado tambien, cuya abertura será tanto mayor, cuanto mayor sea la velocidad de su rotación.

Esto supuesto, si viésemos girar por el espacio una multitud de planetas anulares, ¿daríamos por esto aumentarse nuestra admiración? De ningún modo, pues esto no tendría mas de extraordinario que el hecho tan conocido del aplastamiento de varios planetas. El globo en que habitamos sería

anular si la velocidad de su rotación hubiese sido suficiente para ello: aqui suponemos, como parece indudable, que la tierra fué líquida ó casi líquida en su principio.

Ya se vé, por lo que dejo dicho, que el anillo de Saturno no es para mí otra cosa que un planeta convertido en anillo por la velocidad de su rotación, ó lo que es lo mismo, por su fuerza centrífuga. Segun esto, Saturno y su anillo son dos planetas concéntricos; y si en vez de ser el anillo uno solo como si fueran unos, se compusiese de dos, como quieren otros, la explicación sería la misma.

Para dar razon ahora de cómo han podido colocarse Saturno y su anillo en una posición concéntrica, basta suponer que la esfera que los produjo ó entrambos se componía de materias de muy desiguales densidades. En este caso, obedeciendo a las leyes físicas, la materia mas densa abandonó el centro que ocupaba y pasó a tomar la forma de anillo, mientras la menos densa descendió al centro y tomó una forma sensiblemente esférica. Paso ahora a exponer varias consideraciones que tienen relacion con las ideas anteriormente espuestas.

Para mejor explicarme distinguiré dos ejes en una esfera que gira; el de rotación, y otro que llamaré de gravitación: este último es aquel que prolongado va a pasar por el punto á que se dirige por su natural gravedad el centro de la esfera. El eje de rotación puede coincidir con el de gravitación, serle oblicuo, ó finalmente, serle perpendicular.

Ahora, cuando el eje de rotación coincide con el de gravitación, la esfera se transformará en un esferoide; sus apilamientos serán circulares, y el eje de rotación será perpendicular a estos círculos, que podrán considerarse como bases de un cilindro recto. Si por la velocidad de su rotación pasase la esfera a formar un anillo, los bordes de este serian dos círculos concéntricos.

Después de haber abandonado el supuesto de que la tierra fuese esférica, se creyó que su forma era esferoidal. Esta opinión se halla abandonada porque no está conforme con los resultados que se han obtenido en las mediciones que se han practicado de varios arcos de meridianos. Y en efecto, para que la tierra fuese un esferoide, sería necesario que su eje de rotación coincidiese con su eje de gravitación; ó lo que es lo mismo, sería necesario que la prolongación del eje de rotación de la tierra pasase por el centro del sol, que es el punto á que próximamente se dirige por su natural gravedad el centro de nuestro globo; y digo próximamente, porque hay que tener en cuenta el influjo de las demás atracciones planetarias.

Supongamos ahora que el eje de rotación es oblicuo al eje de gravitación. La esfera en este caso se aplastará por sus polos, pero de tal manera, que los apilamientos en vez de ser círculos, serán dos elipses. Estas dos elipses serán mas ó menos ecéntricas, segun sea mayor ó menor la oblicuidad de los dos ejes de la esfera. Aquí el eje de rotación será oblicuo a los planos de aplastamiento, por manera que las dos elipses podrán considerarse como las dos bases de un cilindro oblicuo. Si la esfera pasase en el supuesto que nos ocupa a formar un anillo, este tendría una forma próximamente elíptica; y esta es, en mi concepto, la verdadera figura del anillo del Saturno. Algunos han creído que aquel anillo es de forma circular, y que el aparejo; como una elipse a nuestra vista es debido a las leyes de la perspectiva. Pero toda vez que el eje de rotación del anillo sea oblicuo a su eje de gravitación, su forma será forzosamente elíptica; y lo único que hará en este caso la



perspectiva, sera presentarnos la elipse mas escéntrica de lo que es en realidad.

La opinion que en el día corre acerca de la figura de la tierra es de que es un elipsoide aplastado por los polos. Si esto fuese así, los aplastamientos polares serian círculos, y todos los meridianos terrestres serian iguales. Pero con arreglo á nuestras consideraciones, la tierra no es un esferoide ni un elipsoide, bien que se aproxima á una y otra de estas dos formas. En la que le asignamos, solo serán iguales cada dos meridianos opuestos; habrá dos meridianos máximos, que serán los que pasen por los extremos de los diámetros mayores de las elipses polares; y habrá dos meridianos mínimos, que serán los que pasen por los extremos de los diámetros menores de dichas elipses.

Ahora pudiera examinarse qué figura tomará la esfera cuando un eje de rotacion sea perpendicular á su eje de gravitacion; pero no haciendo esto al caso presente, me abstengo de considerar este supuesto.

#### PLATA LARRADA DEL SIGLO XVI.

La altura del jarron es de 30 cent., el perimetro tiene 50, y el diámetro es de 43.

El jarron se halla dividido en tres zonas; la de en medio está subdividida en tres compartimientos, en cada uno de los cuales se ve representada una de las tres virtudes teológicas: la Fe, la Esperanza y la Caridad. La que se halla á la vista es la primera, que está representada ante un altar, teniendo en una mano las Escrituras y en la otra la Cruz, y hollando á sus pies una calavera. La Esperanza y la Caridad tienen sus atributos ordinarios: el áncora la primera, y la segunda los niños y el cuerno de abundancia.

Las otras dos zonas se hallan adornadas con figuras de fantasma, como caballos alados, mascarones, genios etc. En el cuello se ven dos mascarones, y en la parte superior del asa hay una mujer en carria. El pie tiene dos bordes labrados.

Los adornos del platillo son mas notables que los del jarron; el artista ha desplegado en ellos todas las riquezas de su imaginacion con todos los recursos del arte.

La idea dominante es que la temperancia es necesaria al hombre que quiere descoliar en las artes y ciencias; por eso la figura de esta virtud se halla representada en el centro del plato.

El artista que desaba sin duda que no pudiese haber equivocado ninguno sobre su pensamiento, puso un letrero con los nombres de todas sus figuras alegóricas. Así pues, al rededor del asunto principal se lee TEMPERANTIA, viéndose una mujer sentada en medio de un paisaje con un jarro en una mano y una copa en la otra; los accesorios que la rodean son otras tantas alegorias ingeniosas alusivas á los beneficios del agua, como la hoz, símbolo de la cosecha; el tridente de Neptuno, el caduceo de la Paz, y la Antorcha del Amor apagada por la temperancia. Al rededor del centro del platillo se ven los cuatro elementos en elegantes cartuchos separados por cariatidas. El Aire está representado por Mercurio; el Agua, por la ninfa de un río; la Tierra, por una hermosa mujer echada con un hacedillo de espigas, y el Fuego, por un Marte sentado, con el rayo y la espada en la mano para indicar las propiedades destructoras de este elemento, cuya utilidad tambien se manifiesta por medio de un horno de cal de donde salen llamas. Tambien se distingue

una salamandra, ese animal fabuloso, que segun decian, podia existir dentro del fuego. El borde del platillo se halla ocupado por ocho cartuchos separados por medio de motivos alegóricos y de caprichos que seria difuso enumerar aquí, pero que tambien son alegóricos. En cuanto á las ocho composiciones, se hallan ligadas con la idea principal de que la temperancia fecundiza la ciencia. En efecto, estas ocho composiciones se hallan consagradas á las siete artes liberales, y á Minerva, esto es, á la sabiduria divina á quien deben su inspiracion todas.



Jarro de estaño, por Francisco Briot.—Dibujo de Therson.

En la época en que suponemos se ejecutó esta obra, durante la segunda mitad del siglo XVI, no se habian olvidado aun las ideas de la edad media. Los dioses del Olimpo, resuscitados por los escritores del renacimiento, se iban mezclando ya al séquito mas severo de esa musa de la edad media, tan poco conocida aun, que llaman la *Escolástica*; pero aun separándose de las doctrinas de la *escuela*, las fórmulas quedaban existentes como antes. De este modo, para no hablar aquí sino de lo que tiene relacion con nuestro asunto, contábanse aun cuatro elementos y siete artes liberales; pero ya estas últimas, que se ven en nuestro platillo, no son las mismas que las que se enseñaban en las escuelas de Paris en el siglo IX.

En la célebre clasificacion de las artes y ciencias llamada

el *Tritium* y el *Quadrivium*, ó las *Siete artes liberales*, clasificadas atribuida á Marcellus Capella, escritor del siglo V, las tres artes del *trivium* (tres caminos que llevan á la verdad) son la gramática, la dialéctica y la retórica, y las cuatro ciencias del *quadrivium* (cuatro vias) son la geometría, la aritmética, la astrología y la música. Aquí las tres

artes son las mismas, y se siguen en el mismo orden; pero las ciencias no. La música se ve como la primera ciencia, porque en efecto durante mucho tiempo la música fué considerada como uno de los conocimientos humanos de mas importancia; pero el cambio mas notable es que la geometría ha desaparecido, confundida con la aritmética ó con la



Platillo del jarro, por Briot.—Dibujo de Therson.

música, dejando su puesto á la arquitectura, sin duda á causa del brillo de la arquitectura del renacimiento, que tan largo tiempo debia enseñar el desden por las maravillas de la edad media.

La Gramática, la primera de las artes en las ideas de la escuela, está representada por una mujer con una fuente, esto es, el manantial de todas las ciencias. La Dialéctica tiene delante un libro abierto; en la mano derecha un rollo, y en la izquierda cuatro llaves que oculta por detras, llaves que abren las puertas del entendimiento humano. La retórica tiene un corazon inflamado y la mano izquierda sobre el corazon para indicar de donde sale la verdadera elocuencia. La Música tiene un bandolín, la Aritmética un reloj, la Arquitectura una regla y un compás, y la Astrología un astrolabo.

Francisco Briot, el autor de esta obra maestra de platería, que se halla hoy en el Museo de Cluni de Paris, no fué conocido durante mucho tiempo, sino entre los pocos aficionados que poseían ejemplares en estaño de este jarron y platillo: tuvo la precaucion de firmar su obra, pero su firma se oculta modestamente por detras del platillo, teniendo que volverle para hallarle al rededor de un medallón con el retrato del artista modelado por el mismo.

#### EL CASTELLO DE BRITON.

PROCESO CRIMINAL.

(Véase la pág. 332.)

De las paredes de la mayor parte de los aposentos cuelgan girones de papel podridos: en dos ó tres de las piezas

mayores subsisten aun el cielo-rasó cubierto de estuco y pintado al fresco; algunos bustos igualmente pintados adornan las paredes: un ojo escudador encuentra en estos bordados vestigios varios recuerdos mitológicos. Perúese á Venus con su hijo Cupido, bastante deteriorado; ambos. Por su casco reconozca á Minerva, y á Apolo por su lira: una cabeza de anciano coronada me hizo titubear entre Júpiter y algún monarca sajón, Athelstane ó cualquier otro; pero me quedé en la duda. En cuanto á los retratos de los Hilton y otros adonios mencionados en las antiguas topografías del condado, no queda de todo ello el menor rastro.

Empero, léase aquí, después de tantos preliminares, que hemos llegado á la más reciente y más notable de todas las crónicas que tienen relación con la existencia de este monumento feudal.

Habiendo cesado de pertenecer á la familia de los Hilton, pasó á la de los Bowes que son en la actualidad los poseedores. Data esta última desde la conquista, y señalada con frecuencia en la historia del país, ha suministrado al ejército más de un valiente caballero, y á las fronteras del Norte más de un temible guardián. Los Percy, los Conyers, los Raynesworth, los Cumberlans, se han creído honrados con su alianza, y las hadas populares han conservado el nombre de sir Jorge Bowes, que en tiempo de Isabel, roció casi solo á la insurrección de los condes de Westmoreland y de Northumberland.

Mary Eleanor, única heredera de tan estensa y poderosa familia, había casado con el joven conde de Strathmore, que tomó en esta ocasión el título de Bowes. El conde murió en Lisboa en 1776 dejando á su joven esposa varios bienes considerables y una viudez difícil de conservar en medio de los numerosos pretendientes que se disputaban su mano. Mary Eleanor no era solo una mujer encantadora, vivaracha y perfecta, sino que también se había adquirido renombre literario, y pasaba por una de las mejores botánicas de su tiempo. Los literatos y hombres de ciencia eran bien acogidos en la magnífica casa que habitaba en Londres, Grosvenor-Square. Sus estensos jardines y sus templos invenerados en Chelsea le costaban cada año sumas considerables, empleadas principalmente en el cultivo de las plantas exóticas.

Además de sus dominios en el Middlesex, tenía en Paul's Walden, en Giltside y en Barnard-Castle deliciosas casas de campo, inferiores sin embargo á sus dos castillos de Streatham y de Hilton. Su biógrafo, M. Jesse Foot, cirujano por mucho tiempo de Stoney Bowes, nos ha dejado una minuciosa descripción de las gracias que le adornaban cuando apenas contaba treinta años. «Tenía, dice, una robustez y fresca agradable, un rostro notablemente bello, y era un poco bajo de estatura. Tenía negro el cabello; era algo miope, y la expresión de sus ojos anunciaba una gran serenidad de corazón; solamente una especie de gesto convulsivo alteraba la tranquilidad de su rostro redondeado, cuando se sentía agitada por algún accidente: su mandíbula inferior algo maciza, se movía entonces de derecha á izquierda con un estremecimiento singular. Sus dedos eran chiquitos y su mano perfectamente modelada.»

Se puede por tanto imaginar que una mujer de tantos atractivos podría hallarse á la muerte de su esposo rodeada de oliseños numerosos y servidores solícitos. Mary Eleanor los atraía y cautivaba con su viveza y buen humor, su interesante gracia, sus variados conocimientos, y sobre todo con el rico premio que ofrecía á las especulaciones de una galantería interesada. Así fué como los más serviles adora-

dores se prosternaron á sus plantas; hombres de alta jerarquía y de grandes riquezas se disputaron el honor de llevar sus cadenas. Uno de ellos, M. Gray, que había venido de las Indias con una fortuna inmensa, pareció al pronto destinado á reemplazar al conde de Strathmore; pero no tardó en ser desahucado por un intrigante audaz, y la condesa cayó en poder de uno de los malvados más completos que la época moderna ha producido.

Andrew Stoney Robinson era teniente en el ejército inglés. Hallándose de guarnición en Newcastle-on-Tyne, había obtenido la mano de una joven heredera, miss Newton, que poseía una fortuna de treinta mil libras esterlinas.

Poco después de su casamiento se desbarató de ella por una serie de envidias, en las cuales solo más tarde debía creerse, sometiéndola á toda especie de tormentos morales y físicos. Se entretenía, según dicen, en estenderla violentamente y cabeza abajo sobre los pedales de una escalera; la encerraba en camisa y con estertor desnuda, en los chiflones más oscuros, y le daba por único alimento cada veinticuatro horas un huevo cocido, sin permitirle bebida alguna. Se añaden otros pormenores acerca de los cuales nada osaremos decir.

Estiermamente, Stoney Robinson mostraba sin embargo las apariencias más señoras. Hombre de agudeza y aficionado á los placeres, ostentaba su elegancia en todas las ciudades de baños y carreras de caballos; miembro influente de todos los clubs *fashionables*, jugador desentregado, gran partidario de las riñas de gallos, era uno de los *society*s más decididos que se puede imaginar. M. Jesse Foot nos hace de él este retrato.

«Bowes, dice, se presentaba bajo los auspicios más favorables, y sus maneras, sobre todo cuando era joven, solían granjearle la benevolencia de cuantos le trataban. Su hablar era dulce, su estatura elevada, su mirada penetrante. Nadie dominaba la expresión de su semblante; sus largas y espesas cejas eran casi rojas, sus cabellos rubios y su tez sonrosada; su sonrisa no carecía de atractivo, ni de viveza su genio, y únicamente tenía el defecto de reírse con harta frecuencia de las burlas que se permitía.

Mil egidas sociales parecían poner á Mary Eleanor Strathmore al abrigo de los ataques de un aventurero como Robinson; y antes de que este pensase casarse con aquella era menester desplegar todos los ardidés de su astucia para introducirse en una sociedad naturalmente cerrada á los malvados de su especie. Desgraciadamente para la condesa todos sus domésticos no eran igualmente fieles y desinteresados.

El aya de sus hijos tenía una hermana que poco á poco vino á ser la confidente de la señora, y que Bowes supo ganar secretamente. Esta joven, llamada Elisa Plauta, debía casar con el capellán de la condesa M. Stephens, que tanto abusó de su influencia, seducido por las promesas de nuestro aventurero. Sucedido, pues, que Bowes, encontró medio de ser admitido en el palacio de Grosvenor-Square. Se ha llegado á decir que se hizo amante de Elisa á fin de obtener una alianza más segura. Como quiera que sea, desde que pudo lograr conocimiento con la condesa, sus proyectos fueron incessantes y rápidos; bien pronto conoció los flacos del aquel carácter caballeresco, y la atacó por todos los medios que le suministraban sus antiguos hábitos de seducción. A las lisonjas galantes, recursos ordinarios de los que enamoran, agregaba las más pérdidas combinaciones.

Un adivino, entonces célebre, fué asociado á estos proyectos. Elisa Plauta se encargó de conducir á la condesa á casa del nigromante mercenario, cuyas predicciones, corroboradas por mil particularidades íntimas que Robinson podía suministrarle, hicieron profunda impresión en una imaginación fácilmente escitable. Llegaron en seguida las cartas apócrifas con el sello de Durham, por las cuales una famosa beldad demandaba á la condesa el coronado del infiel oficial. En estas cartas se hallaban hábilmente ingeridas ciertas alusiones contra M. Gray, pretendiente admitido todavía y todavía temible.

Se le representaba como un adorador interesado, puesto en juego por los parientes del difunto lord Strathmore. Esto era hacer vibrar una cuerda sensible, y revolver contra la condesa las sospechas de que ella era tan susceptible. Todos estos manejos no eran sin embargo más que accesorios, una especie de entrada en materia; se trataba de descargar más tarde los grandes golpes.

El *Morning-Post* publicó á la sazón los más virulentos ataques contra el carácter privado, las costumbres y la sociedad ordinaria de la condesa. Toda su vida era espuesta por el periodista á la malignidad pública, acompañada de insinuaciones altamente calumniosas.

Los epigramas eran acerbos; algunos otros fundados; todos ellos compuestos para herir profundamente un carácter susceptible. Los amigos de lady Strathmore descendieron imprudentemente al palenque abierto. Las justificaciones dadas en su nombre, fueron seguidas de réplicas nuevas y de nuevas imputaciones. Esta polémica se hizo cada vez más animada, más vehemente, más amarga. El público se hallaba en expectativa; los amigos de lord Strathmore en nada intervenían, gozosos de pensar que tanto escándalo estorjaria un segundo himeneo, que perjudicase á los hijos del primero. Poco á poco, no obstante, la posición de la condesa llegó á ser intolerable; escarnecida todos los días á los ojos de la Inglaterra entera, su cólera y su desesperación no tardaron en romper los diques. Declaró altamente que á su vengador, si encontraba uno, le concedería el título y los derechos de esposo.

He aquí el estremo á que la había impellido Stoney Robinson. El era autor anónimo de los libelos infamatorios; pero volviéndose de pronto con una audacia y una destreza sin igual contra el editor del diario, su manera alguna preparado para este ataque imprevisto, le provocó alreosamente, le amenazó en el acto, le hirió de un sablazo, encontró medio de ser herido á su vez, y tendió en seguida su mano ensangrentada á la condesa, que completamente ciega, se dejó conducir al altar por tan adicto campeón.

Esta artimaña hizo caer en manos de un verdadero caballero de industria una fortuna brillante, castillos, dominios sin cuento y la única heredera de una familia noble entre las más nobles. Este hombre de pronto enriquecido, saboreó largamente las delicias de su legítimo triunfo; y no partió de Londres, donde su palacio era frecuentado por una turba de adalides solícitos, sino después de haber apurado el placer de ser entronizado casi reglamente. Marchó luego al Norte, como un monarca que va á visitar sus estados. Parecióle una vision dorada; pero de todos ellos los que más vivamente hirieron sus ojos ávidos, fueron los magníficos bosques de Giltside. Estendiase por la ribera meridional del Derwent, cortados en varias direcciones por barrancos profundos y por prados abiertos, formando un círculo de algunas millas alrededor del caserío de Giltside.

Esta antigua morada acababa de ser reconstruida en un estilo perfectamente conforme con el de su arquitectura primitiva, y en él se veía una rica galería de cuadros, donde Snyders y Ricci disputaban el puesto á Rubens, Vatteau y Poussin. El aspecto de esta noble mansion no inspiró más que pensamientos de destrucción á nuestro audaz aventurero: apenas la hubo visto, puso el hacha en el tronco de las encinas seculares, y el martillo del comisionado ejecutor sobre el artesonado del viejo museo. Su avara precipitación nada calculaba, y así se vió en parte castigada; los compradores, espantados por esta especie de sacrilegio, no osaron ó no pudieron adquirir toda la madera cortada; la mayor parte quedó en el suelo y allí se pudrió. Así es como Bowes inauguró una carrera de extravagancias, de tiranía y de ingratitud.

Elegido por Newcastle, fué á tomar asiento en el parlamento, vino á ser gran sheriff del condado, quiso rivalizar en esplendor con la aristocracia, y habiendo reunido dinero de todas partes, recurrió á hojas intrigas para engañar á sus amigos, á sus banqueros, en una palabra, á todos aquellos que habían negociado con él. Jesse Foot, su cirujano, nos ha iniciado en los detalles característicos de esta inmensa dilapidación.

Nos lo presenta abandonando su hermosa residencia de Grosvenor-Square, después de haber dado allí varios banquetes parlamentarios, y para dejarla en arrendamiento, yendo á vivir en una casa á pupilo. En el parlamento hacía menos ruido que en las demás partes, y vendía discretamente sus votos silenciosos: como sheriff se creaba poco á poco elementos de influencia para llegar á representar más tarde, no solamente Newcastle, sino todo el condado. Entre tanto, compraba á la familia de Shafto el señorío de Beuwell, que no llegó á pagar nunca, pero sobre el cual encontró medio de que le prestasen cantidades asaz considerables. Vendió todo lo que pudo de los bienes inmuebles que tenía en Londres; vendió su casa de Chelsea; y se apoderó de todas las alhajas de la familia: más de treinta mil libras esterlinas que se le confiaron como capital de las rentas constituidas.

Así era como soporaba dispendios enormes y tenía mesa de estado en Giltside, donde había establecido el centro de sus manejos políticos. Las viandas eran espléndidamente servidas en una vajilla de las más hermosas del reino; pero en el fondo de todas estas prodigalidades, no se sabe qué bojeza, como una mancha original, revelaba siempre la ruindad de la persona: jamás compraba, por ejemplo, más que carnajes de lance, y sus tiros de caballos, que tanto le costaban, estaban siempre mal mantenidos.

En una palabra, este hombre tan rico carecía lamentablemente de dinero; sus numerosos recursos no igualaban á sus continuos gastos.

Quedaron de él varias cartas escritas á un amigo en las cuales se pinta á sí propio mendigando todos los días los socorros de su banquero, á quien lisonjeaba con bojeza para obtener empréstitos, y á quien llenaba de improperios cuando se negaba á sus exigencias intolerables. Por último, vendió una posesión á aquel amigo, seducido por las apariencias de un buen negocio; pero obligado á redimir una hipoteca hábilmente disimulada, el comprador se encontró engañado por una estafa.

Tal era Bowes en su esterior. Vamos ahora á verlo muy distinto en el seno de su familia. Sombrio y terrible, era uno de esos hombres en cuya presencia, como hijo un poeta, los niños cesan en sus juegos y enmudecen. Poseía el arte

de la iniquidad como si fuese educado en la escuela de Satanás.

La condesa, cuya increíble generosidad merecía otro premio, era entre sus manos el pobre pájaro que un juego cruel, un capricho diabólico, reprimen en su gozoso vuelo. No sería fácil explicar toda la zangurra vertida gota á gota sobre esta existencia por gusto enviciada. Boves, desde luego, observaba como marido la conducta mas escandalosa, no cuidándose en sus culpables relaciones de buscar á su esposa rivales dignas de ella. Su disolución era aventurera y lujosa: sus criadas y las hijas de sus colonos eran por lo común sus víctimas; con frecuencia compraba á costa de muchos gastos los favores de alguna ramera afamada, importándole muy poco que sus infidelidades llegasen á noticia de su esposa. Habíase puesto en guardia contra el uso que ella pudiese hacer de todo esto, y por medio de un arificio satánico habia creído reducirlo al silencio. Aquí trilla en todo su horror la odiosa hipocresía de este hombre.

Previendo que acaso algun día su desgraciada esposa demandaría á las leyes su protección contra el trato cada vez mas insuportable de que era objeto, la habia obligado á escribir como espontáneamente, pero bajo su dictado, una abominable relacion llena de las mas infamantes confesiones. Esta obscena novela llevaba por título: *Confesiones de la condesa de Strathmore*; los incidentes estaban en ella combinados con infernal destreza, de manera que concordasen perfectamente con las diversas fases de la vida que él se habia propuesto manchar. En sólo absurdo destruía la verosimilitud: el hacer creer que una mujer distinguida por su carácter particular y por su rango, pudiera espontáneamente deshonrarse á sí misma.

(Se continuará.)

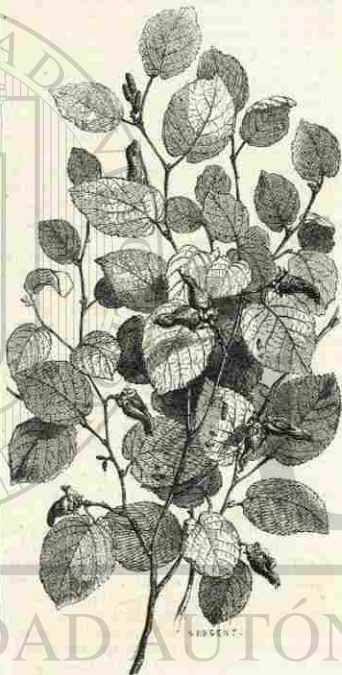
#### EL AVELLANO DE ESPAÑA.

El avellano pertenece al género de plantas amentáceas que se encuentran en todos los climas templados de la Europa y de la América septentrional. En tiempo de los romanos, se cultivaba ya en Avelino, en el reino actual de Nápoles, y de ahí proviene sin duda el nombre de *avellana* que se da á su fruto. En el día se encuentra este árbol en algunas de las provincias meridionales de la Francia, y aun en ciertos parajes de Inglaterra, pero donde se cria en abundancia es en España en la vertiente meridional de los Pirineos; las tres cuartas partes de las avellanas que se consumen en Europa salen de España, principalmente de Cataluña.

La avellana de España se distingue de las otras por su tamaño, su color y forma. En ciertas localidades se ven algunas como nueces medianas: tiene prominencias mas ó menos marcadas en su cáscara, es redonda y de color oscuro. La avellana silvestre es por el contrario pequeña, larga, de superficie plana y blanquesina. Además hay la avellana roja, que se cria en el avellano franco, con la cáscara de un color rojo claro; también es larga, y las hojas del árbol que la produce son de un rojo oscuro. Esta avellana es buena cuando está tierna.

El cultivo del avellano en España es lo mas sencillo que pueda darse. Cada diez ó doce años se cortan de raíz los tallos que dan poco fruto y malo; y al pie del tronco brotan el mismo año muchos y fuertes vástagos que dan ya fruto al año siguiente. En cuanto al modo de propagacion

también es muy sencillo: cuando se han podado los tallos viejos, y los nuevos vástagos han nacido ya, se plantan estos en la tierra; al año siguiente echan raíces, y ya entonces pueden trasplantarse. También propagan en España el avellano sembrándole; se echan las avellanas en surcos de 6 á 7 centímetros de profundidad, y se cubren de tierra; pero esta operacion debe efectuarse en el mes de noviembre y no



El avellano de España.

en febrero ó en marzo, porque el avellano sale difícilmente, á veces suele tardar un año.

Cultivo y propagacion de este modo, el avellano crece con la mayor facilidad; poco le importa que el suelo sea calcáreo ó pedregoso, prospera por todas partes con tal de que esté en su zona, que es la de la Italia meridional, la de algunas provincias del medio de la Francia, la de la España, etc. Únicamente, conviene colocar los avellanos á lo largo de las paredes y contra las laderas de los bosques; si está en medio del campo, no hay mas que tener la precaucion de aislarle de los árboles grandes.

#### EL GRAJO AZUL.



El grajo azul (*Cyanocitta cristata*). — Dibujo de FREEMAN.

« Este ladrón de huevos, dice Audubon, ornitólogo americano, de quien hemos tomado ya la descripción del tordo rojo de América (vease la pag. 257), tiene por todas partes la misma inclinación al daño. Destruye cuantos nidos encuentra, se come los huevos, y como el cuervo, devora á

los pequeños. Ataca al débil, teme al fuerte, y aun huye ante sus señales.

« En Nueva-Orleans embarqué veinticinco grajos azules, con ánimo de poblar con ellos los bosques de Inglaterra. Al ponerlos en una jaula grande donde debia trasportar-

los me quedé sorprendido de la cotarilla que iban mostrando todos á medida que los iba introduciendo uno á uno entre sus hermanos que al cabo de dos días de cautiverio se mostraban tan alegres y juguetones como en medio de los bosques. El recién-venido se precipitaba en el rincón mas oscuro de la jaula; su cabeza tomaba la posición vertical y se quedaba inmóvil. Sin embargo, á la mañana siguiente habia cambiado todo: el cautivo daba fuertes patazcos en el mait que apretaba entre sus patas abriendo y moviendo los granos con su furor postumbrado. Cuando la jaula estuvo llena, era muy divertido ver los colocados en hilera sobre los palos, rompiendo cada cual su grano de maíz, tan encarnizados en su obra, y tan regulares en sus golpes como un herrero pegando en el yunque. Comen nueces, castañas, frutas secas, todo les gusta, pero sin embargo prefieren la carne fresca, sobre todo la de las aves que es para ellos la mas exquisita golosina. Permanecian tranquilamente uno al lado de otro, pero al primer grito de alarma lanzado sin motivo, la banda asustada echaba á volar por la jaula, como si el mas terrible enemigo se hubiese introducido á su lado. Soportaron muy bien la travesía y llegaron á Liverpool en buen estado; pero pocos días después, atacados de una enfermedad ocasionada por una multitud de insectos que se adherían á todas las partes de sus cuerpos fueron pereciendo sucesivamente, uno solo se salvó, pero llegó á Londres tan cubierto de insectos que le tuvo que dar para quitárselos una infusión de tabaco, que le mató casi instantáneamente.

Aun en sus emigraciones, los grajos no vuelan de una vez á grandes distancias, y cuando se paran inspeccionan minuciosamente losques, campos y jardines donde es fácil seguirlos; si no llega á atravesar los aires un halcón, en cuyo caso, lo bandean, entera se bala espontáneamente y deslizando entre los mas espesos matorrales, se esconden allí en silencio.

El grajo azul tiene el pico corto, fuerte, derecho, comprimido y acorado, y la base de las ventanillas de la nariz cubiertas de pelos erizados. Su cabeza es ancha, el cuello corto, y el cuerpo robusto. Los tarsos son finos, reticulados y salientes hacia atrás, del mismo largo que el dedo de en medio. El dedo anterior es mas corto, las uñas son agudas, comprimidas y cortantes. Su plumaje es suave, sedoso y brillante; las plumas de la cabeza son largas y crespas, las alas cortas; la cola larga formada por doce plumas redondas. El pico y los pies son de un color oscuro; pero toda la parte superior es de un hermoso azul, purpúreo y brillante. La cola y las puntas de las plumas secundarias son blancas con rayas negras transversales, y una anchura banda del mismo color parte del colodrillo, pasa por detrás del ojo, y desciende sobre el cuello en forma de collar. Las mejillas son de un azul claro; las partes inferiores que son blancas con un castaño rojizo en la garganta y debajo de las alas. El largo total de este grajo es de 12 pulgadas, y de 14 la estension de sus alas. La hembra, mas pequeña que el macho, tiene el pecho mas oscuro, y las tintas superiores menos brillantes. La planta que va enredada al tronco del árbol es un *Bignonia radicans*.

#### DE LAS SECTAS RELIGIOSAS EN RUSIA.

Creemos que no podrá ménos de llamar la atención de nuestros lectores el extracto sacado de una obra publicada en Rusia por el baron Augusto de Harthausen, consejero de Estado en Prusia. Lo poco que conocemos del ca-

rácter de aquel país, de sus usos y costumbres y de su estado religioso actual, nos hace mirar como uno de los asuntos mas dignos de publicidad el del artículo extractado de dicha obra.

Como no se puede conocer, dice el autor, el carácter de un pueblo, las instituciones sociales y políticas de un país si no se conoce tambien su estado religioso, me he ocupado en el periodo de mis viajes en recoger sobre este punto, documentos positivos, y sin tener la pretension de presentar un cuadro completo, estoy seguro de saber algo mas sobre este asunto que algunos otros estrangeros, y aun que la mayor parte de los rusos, sin exceptuar á los magistrados y empleados de aquella nacion. He hallado en algunos puntos, que no es del caso nombrar, ocasiones felices para poder apreciar y conocer de cerca muchas sectas prohibidas por el gobierno; ganandome la confianza de los habitantes, y asistiendo á sus ceremonias sagradas.

El cristianismo penetró en Rusia hacia el siglo IX. La Iglesia rusa era hija de la Iglesia oriental, y en especial del patriarcado de Constantinopla. Las herejías gnósticas habian desaparecido entonces, es cierto, pero el Oriente ha conservado siempre algunas ideas gnósticas que los cruzados importaron al Occidente, y que se encuentran aun esparcidas entre los mahometanos. Estas ideas se encuentran tambien en Rusia. El pueblo ruso no es alicionado á las discusiones filosóficas como los pueblos del Oriente. Asi es que no se debe esperar encontrar en él entre las nuevas sectas un sistema completo: se hallan únicamente algunas ideas aisladas, pero que semejantes á esas locuras contagiosas, condenan al mismo ciego fanatismo. En este particular colocamos en primera línea á los Moreschiki, que se sacrifican entera ó parcialmente. Aun no se conocen las doctrinas de los primeros; esto es, de aquellos que se sacrifican enteramente, pero su existencia se halla desgraciadamente comprobada todos los años y en todos los puntos del reino, especialmente en el Norte, por hechos semejantes al que vamos á referir.

Primamente se abre una anchura fosa en tierra, acompañando este trabajo con algunas singulares ceremonias, y se la rodea de paja, de leña y de otros varios combustibles. Una reunion, compuesta de veinte, treinta, cincuenta y á veces de cien fanáticos, desciende á esta sepultura, prenden fuego á los combustibles que la rodean, y mueren en medio de las llamas con una estoica indiferencia. Otras veces se reúnen en una casa, habiendo colocado de antemano paja y leña y la prenden fuego luego que están dentro. Llegan los vecinos alarmados; pero ninguno se atreve á oponerse á esta operación, pues las victimas de ella son tenidos por santos, que reciben el bautismo del fuego.

La policía no suele tener conocimiento del hecho sino despues de terminado el erento sacrífico. ¿En qué doctrinas está basado este fanatismo? Eso es lo que no se sabe. Únicamente la palabra *bautizo de fuego*, prueba que en estos fanáticos hay algun dogma oscuro y secreto. Y en efecto, como si así no fuese, podría explicarse un hecho que se reproduce de una manera uniforme en distintos puntos que se hallan á grandes distancias y por espacio de mas de un siglo?

Los fanáticos de la segunda especie son los Skopzi ó emucos. Ignórase si como Origenes fundan su práctica en algunos pasajes de la Biblia mal entendidos, tanto mas cuanto que ellos miran á este libro como un libro falsificado. Ellos solos se creen poseedores del verdadero Evangelio que fue escondido y emparedado en la cúpula de la Iglesia de

San Andrés en Petersburgo por Pedro III á quien veneran como su jefe y como una emanacion de Cristo. No se ve ninguna analogía entre sus prácticas y su cuerpo de doctrina, si así pueden llamarse algunas ideas oscuras y sin hilacion. Ellos dicen que en un principio no habia mas que el Dios Padre; que este eró el mundo; y que se manifestó á él como hijo en la persona de Jesucristo, á quien tienen por un Dios, como el unigodo del Señor, penetrado por la divinidad y que habla bajo su inspiracion. Pero Dios se manifiesta continuamente como Espíritu Santo á sus verdaderos hijos, esto es, á los Skopzi. El Cristo no ha muerto, segun ellos, y vive siempre sobre la tierra bajo una forma cualquiera, viviendo en la persona de Pedro III que no ha muerto, como se dice, sino que ha huido á Irkutsk, y desde entonces creen que la salvacion debe venir del Este. Pedro debe venir muy pronto, y en el Kremlin de Moscú tocará la gran campana de la Iglesia de la Ascension; sus verdaderos discipulos la oirán desde todas las partes del mundo y se reunirán á su alrededor empezando entonces el reino eterno de los Skopzi.

Estos sectarios no creen en la resurreccion del cuerpo y no celebran el domingo. Comulgan con un pan que colocan primeramente en la tumba de algun personaje místico de su secta y que queda consagrado con esta ceremonia. Cada uno de ellos come un poco de este pan el día primero de Pascua, que es el único día festivo que tienen en todo el año. Se reúnen durante la noche del sábado al domingo y se entregan á ceremonias extrañas y misteriosas. Estas ceremonias se llaman Karahiki, que quiere decir barra frágil que vaga á merced de las olas.

En sus reuniones cantan recitando, algunos himnos cuyos palabras no comprendia, pero que producian en mí una impresion profunda aunque dolorosa á causa del salvaje entusiasmo que respiraban. Los miembros de esta secta se reconocen por ciertos signos masonicos. Todos tienen en su casa el retrato de Pedro III, y todos se hallan animados de un espíritu de proselitismo muy ardiente. El que llegue á convertir doce discipulos, obtiene la dignidad de apóstol. En algunos gobiernos, poblaciones enteras pertenecen á esta secta. Nada revela sus creencias religiosas. Sus casas, sus familias, se parecen á las demas; tienen mujeres e hijos, porque se casan vérdaderamente, y no se someten á la cruenta operación hasta despues de haber tenido un hijo. Sin embargo, en general sus hijos provienen de uniones adúlteras, pero los Skopzi cuidan á estos hijos como de leñi tina uñon. El número oficial de los Skopzi es de tres mil, pero en realidad son mas de treinta mil. Como son muy ricos, la policía saca partido de sus riquezas; pero nunca puede sorprender á las personas.

Una secta que parece tener algunos puntos de semejanza con la de que venimos ocupándonos, es la de los disciplinantes, aunque se sabe muy poco á punto fijo de sus doctrinas. En sus asambleas, en las cuales no se conste la imagen de ningún santo, saltan y corren en círculo unos detras de otros, dándose golpes con las disciplinas. En medio tienen una gran copa á manera de pila, llena de agua, á donde van de cuando en cuando á cojer agua con las manos para echársela sobre la cabeza y para beber, siguiendo en su ejercicio hasta que caen de cansancio. Cierta día del año, despues de estas furiosas danzas, los hombres se dejan caer sobre los bancos que hay al rededor del local de sus sesiones, y las mujeres se echan debajo de los mismos. De pronto se estinguen las luces y empiezan espantosas orgias.

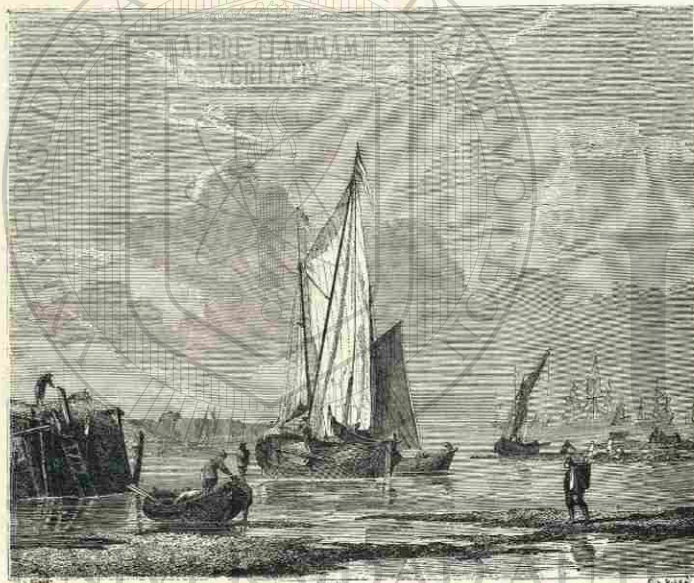
Tuve yo en Moscú un secretario, que habia sido antes farmacéutico con tienda abierta, y tiempos atras empleado en una fabrica de aguardiente, cerca de Roshew, donde se habia asociado con varios individuos, y aun habia asistido á algunas de sus reuniones.

Lo que este sugeto me contaba me parecia increíble, pero en honor de la verdad debo decir que la conducta de mi secretario, durante los tres meses que lo tuve en mi compañía, no me autorizó, ni en lo mas mínimo, para suponer que fuese hombre que diese pávalo á mentiras. Opinaba él que los disciplinantes y los emucos estaban en relaciones íntimas, y que se suplian recíprocamente unos á otros. En las reuniones á que habia asistido, no habia presenciado absolutamente ninguno de los horrores que me contaba, bien que esto habia dependido de no querer plegarse á la exigencia que tenían con él de que abrazase la secta, único modo de permitirle la entrada en esa gran reunion anual de que hemos hablado. Sin embargo, los mismos sectarios, teniendo gran confianza en él, le habian contado todas aquellas monstruosas escenas. Por lo demas, las noticias que me daba han sido plenamente confirmadas por una informacion de la policía que sorprendió una de estas reuniones en Moscú, y el año 1810. De esta informacion resulta que los disciplinantes y los emucos son una misma secta, y que los primeros suplen á los segundos, y que vienen á llenar sus vacantes como puesto de ascenso. Dichos sectarios miran con horror á los perros, porque los suponen en fratos con el diablo, y aman por el contrario á los gatos. Aunque miran á Cristo como á su fundador, le insultan y abofetean su imagen el día de su recepcion. No conocen el matrimonio, y no se casan mas que para sustraerse á las pesquisas de la policía. Sus mujeres y sus hijos son comunes. Se les observado que cuando una mujer de esta secta, despues de la muerte de su marido se casa con otro que no es disciplinante y llega á penetrar los misterios de aquella profanacion, desaparece sin que se vuelva á saber mas de él. La noche de Pascua se reúnen los disciplinantes y emucos para festejar juntos á la madre de Dios. En tal solemnidad se coloca en un baño lleno de agua caliente á una muchacha de quince años á quien se suele ganar haciéndole grandes promesas. Algunos viejos se acercan á ella y la hacen una sajadura prolongada desde el centro del pecho al costado izquierdo. Luego le cortan el pecho izquierdo de cuerpo y la estancan la sangre con una profundidad increíble. Durante la operación se la hace tener la mano en una imagen que representa al Espíritu Santo. El pecho que se ha cortado se hace pedazos pequeños, y se sirve á los sectarios, los cuales deben comer algo de él. Luego se hace subir á la muchacha á un altar, y toda la asamblea baila alrededor cantando: *Famos bailando, vamos saltando sobre la montañas de Lyon*. La danza se hace de cada momento mas furiosa. Por último, se apagan las hachas y entonces tienen lugar las tremendas escenas de que hablamos antes. Mi secretario contaba á muchas de aquellas muchachas á las cuales se habria como santas, y me decía que á la edad de veinte años parecia que tenían ya sesenta, y solian morir muy jóvenes; pero me citó una que se habia casado y habia tenido dos hijos. Estos fanáticos llevan algunas veces por mortificarse, sobre la misma carne, cotas de malta y camisas de crin de caballo. Yo conté uno que llevaba una cruz de metal sobre el pecho y otra á la espalda, sujetas á los brazos y al costado por medio de garlitos de hierro metidos en la carne.

## GUILLERMO VAN DEN VELDE.

LA CALMA.

G. Van den Velde nació en Amsterdam en 1633 y murió en Londres en 1707. Le llaman el joven por distinguirse de su padre. No hay duda que los preciosos y admirables dibujos de este debieron inculcarle desde luego los mejores principios de su arte, y nadie duda tampoco que al aprender el dibujo parece se hizo con conocimientos especiales sobre todo lo relativo á la construcción de buques. Su padre le



La calma.

el brillo de ese gran triunfo, y aun podemos añadir que G. Van den Velde sería el primer pintor de marinas del mundo si no hubiese existido Claudio de Lorena; ya es bastante gloria el estar colocado después de este.

Cuando sorprendiendo la mar en un instante de perfecta calma, nos junta como en el cuadro que acompaña á estas líneas, la entrada de un puerto, los accidentes de la playa, los buques en una inmovilidad completa, y el agua tersa como un espejo, descubre un talento tan extraordinario que nadie se atrevería á disputarle la palma de la perfección. Sus aguas semejan al cristal de las ondas tienen también como ellas, limpidez, frescura y transparencia. Sus cielos resplandecen á su vez con toda la claridad del mismo cielo, á veces los rayos del sol penetrando por las ligeras nubes

metió en la escuela de Simon de Vlioger, excelente pintor de marinas, cuando fué llamado á Inglaterra por Carlos II, y allí adquirió en poco tiempo la ciencia del colorido, sin la cual no hay ilusión posible en la pintura.

Sin embargo, fuera que sus lecciones hubiesen desarrollado en él los jérmenes de su talento, ó ya debiera á su genio precoz la revelación de los grandes secretos de su arte, lo cierto es que sus primeras obras escitaron una admiración general, colocándole, en su jénero, en la primera categoría de pintores holandeses. Nada hasta hoy ha podido empañar

que graciosas se pasean sobre un fondo azulado, ocasionan una infinidad de accidentes de luz y de sombra que les dan las mas variadas formas y colores. Otras veces también esos grupos de nubes ostentan tonos claros y arjentinos, que se reflejan en el inmóvil cristal de las aguas, así como el azul de la bóveda celeste, así como las elegantes formas de los buques y de las chalupas y el color blanco ó tostado de sus velas. Entónces nada iguala la magnificencia del espectáculo que se ofrece á la vista, porque no es solo la naturaleza verdadera sino la naturaleza embellecida por el pintor con mil mágicos efectos.

G. Van den Velde joven pintó también buracanes y borascas donde el choque de las olas, su movimiento y sus espumas, no llaman menos la atención que sus aguas estan-

das. Además se sabe que representó combates navales, en los cuales, maniobras, navios y figuras todo se halla estudiado y ejecutado con un profundo conocimiento del arte.

J. J. ARNOUX.

## EL CASTREDO DE BOWES.

PROCESO CRIMINAL.

(Véase las págs. 323 y 344.)

Cómo la obligó á ello? Jámás se ha sabido con exactitud; pero se infiere fácilmente recordando los horribles tratamientos con que se desembarazó de miss Newton su primera esposa. No halló pormenores acerca de esto en la relación del cirujano; sin embargo, existen rumores bastante difundidos de que uno de los suplicios con cuyo auxilio consiguió sus fines, fué el de encerrar dentro de un arca el largo y hermoso cabello de la condesa, y haciéndola estar tendida sobre el pavimento y completamente inmóvil, so pena de los mas atroces sufrimientos. No es esta una de las ideas mas diabólicas que la poesía y la pintura han atribuido al príncipe de los condenados?

Bowes se salió con la suya, y las *Confesiones* vinieron á ser tan auténticas como era posible: leíalas y reíalas sin cesar. Segun su biógrafo, las dejaba por la noche bajo su almohada. Las sabia de memoria, y formaron parte del equipaje cuando su viaje á París. Nunca se separaba de este tesoro, cuya posesión tenia para él una especie de aliciente feroz. Mas adelante le veremos servirse de esta arma empuñada.

El sencillo escritor que, familiarmente admitido en la casa de Bowes, ha podido trasmitirnos en todo su horror el cuadro de semejante tiranía doméstica, describe así el estado de la condesa al cabo de seis años de matrimonio:

«Hacia algun tiempo que yo no la había visto. Me pareció extraordinariamente abatida y desfigurada; sus nervios se hallaban en un estado de excitación continua; su palidez era extrema, y la oscilación convulsiva de su barba, hasta entonces accidental, se habia hecho constante. Antes de pronunciar alguna palabra, nunca dejaba de mirar á su marido, y consultaba su vista antes de responder á un brándis que se le dirigiese.

«Por lo demás, la condesa permanecia muy poco tiempo á la mesa, y después no se la volvía á ver mas. Algunos dias después, nos dirigiamos una mañana M. Harrison y yo á visitar con ella el Jardín, tan magnífico en otro tiempo, que habia mandado construir en Panf's-Walden: aunque la negligencia de Bowes tuvo casi enteramente descuidado este sitio delicioso, ostentaba aun en algunos puntos las huellas del gusto perfecto que habia presidido á su construcción.

«La condesa nos mostraba con evidente turbación y profunda melancolía las plantas, los semilleros de flores, los prados, las glorietas y las bellas alamedas que poco antes habia tenido tanto placer en dibujar.

«En un extraño arbutio nos hizo observar las señales del cultivo que le habia dado. Yo la contemplaba durante esta conversación. La inquietud de su alma se trasladaba en los movimientos de su boca, en la vacilación de su mirada, y en el aumento de esa crispación nerviosa de que antes hice mención.»

En la misma época, el miserable autor de tantos sufrimientos se arrojaba en la via ruinosa de la disipación y del

desórden; aumentaba el número de sus servidores, tenia mesa de estado, y procuraba deslumbrar á los habitantes de la comarca con el brillo de las fiestas. Su audacia, acrecentada por la humilde sumisión de su víctima, ya no encontraba límites.

No contento con arrebatarle una á una todas las distracciones de la vida social á que estaba acostumbrada, de reducir su tren, de obligarla á vender sus joyas, de privarla en sumo de cuanto constituye la existencia moral de una mujer cuya educación y cuyos hábitos han desarrollado en ella el gusto de las artes y de los gozes intelectuales, la obligaba á sufrir, con la certeza de sus infidelidades, la presencia de las mujeres á las cuales la sacrificaba. M. Jesse Foot habla, entre otras, de una jóven sumamente hermosa, hija de uno de los colonos de Bowes, á quien habia seducido á fuerza de regalos. La recibia con su hermana y su madre después de la comida, y todos juntos tomaban el té con la condesa.

No habia ya en ella voluntad; todo sentimiento de sus derechos, todo rencor legítimo parecían estinguídos para siempre.

Pero era poco una víctima para un hombre como Bowes. La condesa habia tenido cinco hijos de lord Strathmore. Su nuevo esposo hizo cuanto pudo para sustraer de la protección de su tutor á lady Maria Jane y lady Ana Maria, que eran las dos hijas mayores. Los niños estaban, por disposición de la ley, fuera de su alcance. Mil hipócritas manejos encubrieron al principio la ejecución de este plan. Viósele de repente manifestar las mas vivas alarmas, la solicitud mas tierna por la salud de la condesa, minada, decia él, por los sufrimientos morales debidos á la ausencia de sus hijos. Así consiguió que le permitiesen una de las niñas, y la otra se libró, gracias á la prudente firmeza de sus tutores. Permitiero que una fuese á ver á su madre, moribunda segun se la representaban; mas cuando hubo llegado, la separaron de las personas destinadas á su servicio. Esta circunstancia produjo alarma, y los sucesos inmediatos obligaron á Bowes á soltar su presa; pero partió al momento á París con la otra niña y la condesa. Un proceso siguió, que fué llevado ante el tribunal de la Cancillería. El raptor escribia carta sobre carta, con el refinamiento de la hipocresia mas consumada para enteneor á sus jueces en favor de la condesa.

Pero tuvo mal éxito, y le obligaron á volver á sus protectores legales la niña robada, á pesar de la habilidad de los abogados que habia escogido entre los de mas nombre en aquella época; tales fueron Erskine, Law y Scott, después lord Erskine, Eldon y Ellenborough.

Llegamos ya á las peripetias mas terribles de este triste drama. Las crueldades de Bowes, aumentándose mas y mas, hicieron caer á la desventurada condesa en un parálisis de desesperación. Resolvió escapar de tamaña tiranía y reclamar la protección de las leyes; pero la fuga era difícil. Bowes y sus satélites ejercian sobre ella la vigilancia mas activa.

Entre todos los sirvientes de la casa una sola persona se habia librado de las corrupciones de Bowes, y profesaba á la condesa un cariño y una compasión sinceros. Esta persona era una muchacha de quien nunca se habia desconfiado. Desde mucho antes, sin embargo, su señora y ella habian previsto los resultados y acordado los medios de una evasión secretamente meditada. Cierto dia pareció ofrecerse una ocasión favorable. Bowes habia ido á comer á casa de uno de sus amigos, llevando consigo gran número de sus criados. Bajo diversos pretextos alejó á los demás, y aun el que estaba mas particularmente encargado de guardar de vista á la condesa, no concibió sospecha alguna cuando ella le rogó

que fuese á la próxima librería para renovar las suscripciones de obras para su lectura.

Luego que hubo salido, ama y criada, despues de haber cerrado por dentro varias puertas para retardar algun tanto el descubrimiento de su huída, salieron de casa y llegaron sin obstáculos á Oxford-Street, que era el punto de carruajes mas cercano. Pero ni uno solo pudieron hallar. El riesgo era inminente. Apenas se apercebieron de su desaparición, cuando rápidos mensajeros notificaron el caso á Bowes. Acudió este, impulsado por la rabia y el temor; los fugitivos acababan de encontrar un carruaje, cuando le encontraron á un extremo de Berner's-Street, en un estable de alquiler, cuyo caballo estaba el con todos su fuerza, asomando con sangrienta curiosidad su cabeza desnuda.

La Providencia ocultó la condesa á sus miradas, como se hallaba tan deteriorada su salud para ver con serenidad tan gran peligro, un violento ataque de nervios la hizo caer en el fondo del vehículo que la conducía á seguro asilo.

Fue llevada á casa de un abogado, M. Sluiter, en Corsitor's-Street, y se la destinó una modesta habitación en Berner's-buildings. Enjoro Bowes un quarto un minuto, y llegó bien pronto á encontrar su huída. Informase del lugar donde se hallaba retirada, más por fortuna había tenido ya tiempo de presentar al tribunal del *Dimital Rey* una petición de protección contra los malos tratamientos de su marido, y de este modo quedó en adelante bajo la especial custodia de aquel tribunal. Acostumbrado Bowes á sojuzgar la fortuna con sus temeridades inauditas, no se dejó intimidar por este accidente; fuese á vivir en la misma calle que su esposa, y nochándola como el gato su ratón, pareció dispuesto á nuevas violencias. Su casa nunca se desocupaba de hombres de siniestro aspecto, agentes resueltos de sus criminales decisiones. Cada uno le sugería un nuevo plan, una intriga nueva. Inducido acerca de los medios, pero atento siempre á su fin, adoptó todas estas ideas, pasando de una á otra, trazaba mil estratagemas tramas y preparaba á la vez veinte dramas judiciales.

Sus querrelas vehementes (presentábase como ofendido) eran llevadas á un mismo tiempo á la Cancillería, al Banco del Rey, y aun á los Doctores's-Commons. Se esforzaba también para imponer silencio á las declaraciones que preveía pudieran emprenderse contra él; otros lazos, otras corrupciones iban á buscar á las víctimas de su deplorable desorden; y les compraba la conciencia despues de haber pagado su honor, y contando con abandonarlas de nuevo, hallaba á fuerza de oro sus quejas y los gritos de sus hijos. A pesar de todo, se creyó suficiente todavía para justificarse ante los Doctores's-Commons de las alegaciones de la infortunada condesa.

Había dejado esta su casa con tal precipitación y en circunstancias tan imprevistas, que no había tenido tiempo de proporcionarles ningún recurso. Sus trajes y sus joyas habían quedado en poder de Bowes. De consiguiente, solo con el auxilio de socorros extraños pudo esta mujer, poco antes una de las mas ricas herederas del reino, llegar por la costosa vía de los procedimientos judiciales, á hacer las pruebas que la ley le exigía. Para apreciar el horror de los tratamientos que había sufrido, es menester recordar lo que hemos dicho antes acerca de este punto, de su rango, de la delicadeza de su carácter y de lo que le debía el hombre que por espacio de tantos años se había convertido en su despiadado verdugo.

La información judicial en favor de la condesa decia en términos enérgicos que Bowes estaba convicto de haber se pe-

gado, arañado, mordido, pelizcado, azotado, pisoteado, encerrado, insultado, provocado, atormentado, martirizado, degradado, tiranizado, engañado, hecho sufrir hambre, apremiado y violentado á la condesa, y de haberla suplicio nuevo torcido el corazón. « A todas estas acusaciones nada tenía Bowes que replicar, y no podía oponer otra cosa que las preciosas *Confesiones* dictadas despues para el caso de su execrable defensa, y que puso en manos de su procurador para que sacase de ellas todo el partido posible.

En medio de estos lances, Bowes no perdía de vista su víctima: un vano hacia ella para desorientarlo frecuentes cambios de domicilio: su esposo sabía siempre encontrarla y proporcionarse alojamiento cercano al de ella. Habíase refugiado por último en Bloom's Bury Square, y allí fué donde resolvió volver á ganar la partida empeñada contra él, por un golpe de mano que nadie podía prever, tan imposible parecia intentar. La justicia había encomendado á un constable la guarda especial de la condesa, y este hombre, llamado Lucas, había sido buscado entre los de su profesion que mas confiaba inspiraban.

Bowes no desesperó de sobornarlo: al efecto, supo penetrar en el seno de su familia, informarse de las necesidades que experimentaba y satisfacerlas hábilmente; por manera que bien pronto el constable, su mujer y todos los suyos, persuadidos de la justicia de sus pretensiones, en lugar de poner obstáculo á sus proyectos, ingresaron en el número de sus agentes mas adictos. Hallábase mostrado Bowes como un marido indignamente ultrajado; les había hecho leer las famosas *Confesiones*; habiéndolos cautivado casi sin saberlo, no se desdijo ya de convencerlos. Fascinado como tantos otros, el honrado Lucas fué desde este momento un hombre perdido, y el rapto de la condesa ya no debía encontrar mas que dificultades secundarias. Del *Centleman's Magazine* de diciembre de 1786 tomamos la siguiente relación:

« Despues de algunas semanas, varios sujetos de aspecto sospechoso frecuentaban los alrededores de la casa habitada por la condesa en Bloom's Bury Square; y cuando salía en carruaje, se la veía seguirle, unas veces en fiacre, otras veces á pie. Su señora no ignoraba enteramente estas circunstancias, ni dejaba de conocer el daño que la ameñaban; pero esperaba contrarrestar los proyectos de sus enemigos, merced á la vigilancia de un constable que había tomado á sueldo y cuya misión era no perderla nunca de vista.

« Este hombre llamado Lucas, en la mañana del viernes 10 de noviembre preguntó al cochero, segun costumbré, si quería ir á salir en aquel día. Respondiósele que no era su intención, y se le dió orden de volver entre una y dos de la tarde. Hacía esta hora debía ir su señora á casa de M. Foster, en Exford's Street. Hizo que la acompañasen M. Farrer, hermano de su abogado, y su doncella mistress Morcan, quienes entraron con ella en su carruaje. Ningun accidente les sobrevino durante el viaje; pero á los cinco minutos de haber llegado á casa de M. Foster varios hombres de los que hemos hablado antes, mostraron en la puerta del almacén sus fisonomías bien conocidas de la condesa.

« Aterrorizada con su aspecto, se refugió en un aposento interior, á cuya puerta echó el cerrojo, no sin haber rogado antes á M. Foster que fuese á pedir á los agentes de policía que viniesen á sustraerla de las violencias que parecían prepararse contra ella.

« No bien M. Foster había salido de casa, se presentó el constable de que hemos hecho mención, y manifestando su nombre, logró que se le franqueasen inmediatamente 188

puertas. Llegando ante su señora, la dijo con gran sobresalto, que en virtud de un orden de arresto que acababa de recibir, debía considerarse como presa, añadiendo que esta noticia, lejos de asustarla, era por el contrario de buen agüero para ella, puesto que la llevaría á Gaen Wood á casa de lord Mansfield, quien deseando frustrar los designios de sus adversarios, la tomaría bajo su inmediata protección.

« Este artificioso relato, cuya falacia no pudo sospechar la condesa por su estado de inquietud, venció su resistencia á dejar la casa de M. Foster. Subió á su carroza, tomando asiento á su lado, entre otros, M. Farrer. Cerrada la portezuela, fueron despedidos los lacayos bajo el falso pretexto de que la condesa lo ordenaba así. El cochero estaba ganado, á lo que parecia, y nuevos criados, todos bien armados, subieron á la trasera del coche. Así es como sin ruido ni obstáculo fué encerrada la condesa en Highgate Hill: Allí encontró á Bowes, quien dirigiéndose á M. Farrer, le rogó con la mayor finura que tuviese la bondad de cederle su puesto. La resistencia era inútil.

« M. Farrer abrió, y M. Bowes tomó asiento en el carruaje á la derecha de la condesa, que desde entonces no albrigo duda alguna acerca del lazo en que había caído. El cochero recibió orden de continuar y de apururar el paso.

« M. Farrer, ya libre, se volvió á Londres á toda prisa, y presentó pedimento al tribunal del *Banco del Rey*, á fin de obtener una orden de libertad. El lunes 20 dos vigüeros de vare de lord Mansfield fueron enviados al Xorte en persecución del raptor, que continuaba entrelanto su camino.

« Un nuevo tiro de caballo aguardaba á los viajeros en Berner. Bien que los cristales del coche fuesen rotos y pudiese notarse una violenta desesperación en el semblante de la dama que iba dentro, nadie imaginó poner el menor óbice á la marcha de M. Bowes.

« Su huída se nos pierde hasta el momento en que uno de sus lacayos, al llegar á la venta del Angel en Doncaster (noventa y nueve millas de Londres) pidió caballos para el carruaje de su amo que, segun dijo, le seguía de cerca. Llegó en efecto, al cabo de una media hora, y se detuvo en la calle. En tanto que se mudaban los caballos, M. Woodcock, dueño de la venta, sacó unas tortas á M. Bowes, que este ofreció á los que le acompañaban. Ignoramos si las aceptaron. Los caballos de refresco partieron inmediatamente para Bransby Moor, á donde nos conduce la serie de las noticias obtenidas. La condesa entró algunos instantes en un cuarto de la posada, á donde la acompañó una criada; pero su marido no se separó un momento de la puerta, y se mostró agitado de la mas viva impaciencia hasta que la hizo volver á subir al carruaje. En Ferry Bridge la dejó pasarase un poco en el jardín, en cuya puerta hizo asiduamente centinela.

« Desde este momento hasta su llegada á Streatham Castle, en el condado de Berham, trascurren once dias cuya inversión no sabemos sino por los dichos de la condesa despues de su libertad. La relación de sus sufrimientos escrita la mas honda compasión.

« Parece que en el camino, y hallándose rodeada de los raptos armados, quiso obligarla á firmar una especie de consentimiento que paralizaba los procedimientos de la curia eclesiástica, y por el cual se obligaba á reconocerle para siempre con el nombre y derechos de esposa; pero ella se negó absolutamente. Entonces le arrojó al suelo y le pegó de puñadas, despues de haberla tapado la boca con un pañuelo para evitar los gritos que el dolor le arrancaba. A la

mas leve discusión que se movía entre ellos, le azotaba el pecho con la cadena y los sellos de su reloj. Provocado, por fin, por su firme resistencia, apoyó sobre la frente de su esposa una pistola cargada, amenazándola con la muerte si no firmaba en el acto el papel en cuestión. Pero ella refusede de nuevo, y esta espantosa escena no tuvo por entonces otras consecuencias. En Streatham Castle, cambiando repentinamente, probó con mil súplicas á determinar á la condesa que recobrase la actitud de señora de casa y se condujese exteriormente como una mujer sumisa espontáneamente á la voluntad de su marido.

« Pero á la sujeción pasiva había sucedido la obstinación pasiva de una resistencia desesperada. Observándolo Bowes, al punto cayó de rogar, y volvió á los arrebatos coléricos que le eran naturales. Echó mano otra vez del dolor material para vencer una resistencia á que no estaba acostumbrado. Despues, con esa ciencia de la persecución, que caracteriza su horrible conducta, sustituyó á las escenas de violencia un completo aislamiento, que, por consecuencia indispensable, debía dar á las exaltaciones de la mente y á los terrores de la imaginación un carácter mas imponente y una influencia mas irresistible. Cuando se presentó ante la condesa, despues de haberle tenido por espacio de veinticuatro horas entregada á sus angustias solitarias y con absoluta incomunicación, aterrorizó la calma que acompañaba por lo comun á las resoluciones invariables, y con voz reprimida, pero por lo mismo mas amenazante, le preguntó si estaba decidida para siempre á no llevar en toda su extensión los deberes de esposa. Respondió solemnemente que nada la reduciría jamás á semejante estremo.

« No esperaba encontrar tanta pertinacia; así es que su furia sobrepujó entonces segun manifestación de la condesa á todas las que había visto en él otras veces: asida de las manos, se la retorció y la forzó á caer de rodillas; sacando luego un cachorrillo, le ordenó en un transporte frenético, que orase por última vez. Obedeció la condesa, y fijando en seguida en él su mirada tranquila, le mandó que hiciese fuego.

« Mientras esto pasaba, sordos rumores habían espardido la alarma en el país; los terratenientes de la condesa comenzaron á temer por ella, y Bowes á dudar de su propia seguridad. A fin de proporcionarse los medios de fuga, llevando consigo su presa, mandó á dos de sus criados que se disfrazasen de modo que desde lejos pudiesen ser tomados por la condesa y el.

« Por su orden se asomaron muchas veces á las ventanas; y esta habil estrategia les salió á las mil maravillas, y calmó desde luego á los buenos aldeanos que de vez en cuando venían á visitar el castillo, y aun engañó por este medio á los oficiales del sheriff que, despachados con la orden de arresto, se apoderaron del supuesto Bowes y de la supuesta condesa.

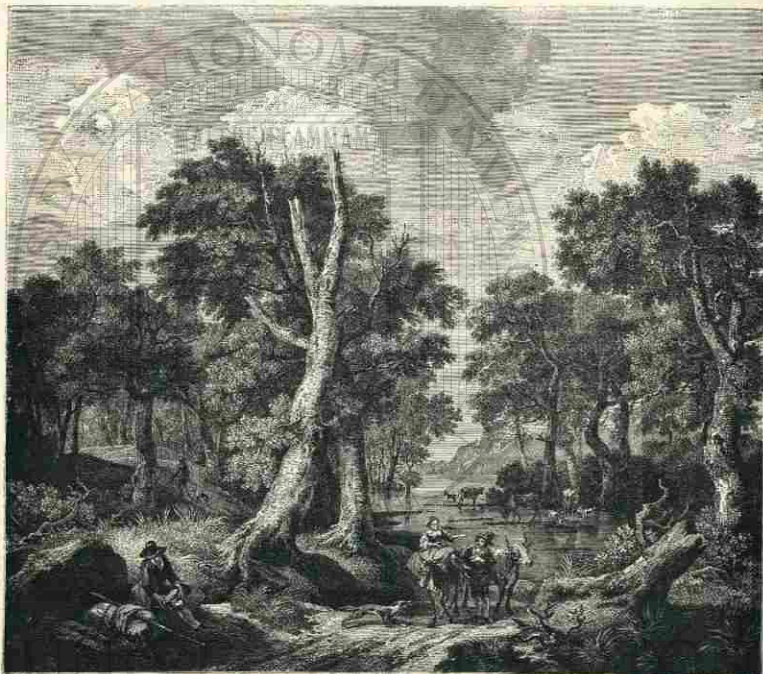
(Se concluirá.)

J. RUYSDAEL.

En una de nuestras precedentes noticias sobre J. Ruysdael, hemos dicho que no sabía adornar sus admirables paisajes de figuras dibujadas y pintadas por él, y que muchas veces Berghem, Wouvermans, Van den Velde, y Lingelbach, los poblaban de personajes adecuados á los sitios que el artista representaba.

La selva, cuyo grabado acompaña á la presente noticia,

nos suministra uno de los mas conocidos y célebres ejemplos del hecho de que tratamos. Berghem escribió tan claramente su nombre en todas las figuras que pintó aquí, que aun cuando todos los historiadores de la pintura no hubiesen notado esta particularidad, el espectador menos perspicaz la notaría. Este soberbio lienzo se halla en la galería del Louvre, y como antes de llegar á él



J. RUYSDAEL. — La selva con las figuras de Berghem.

á su estudio debe el arte tan difícil de reproducir con verdad sus mas hermosos y pintorescos efectos; pero no por esto queremos decir que Ruysdael no tuviese mas maestro que ella, porque por grande que sea la influencia que pueda ejercer en el desarrollo de un gran talento, nunca podría libertarle de esas nociones preliminares que forman el tesoro de la ciencia, fruto de la esperiencia y del tiempo, porque hay principios de que en ningún caso puede prescindirse.

Al examinar con atención las primeras obras de Ruysdael, confrontándolas con las de su hermano Salomon, se maravilla uno de la relación que había entonces entre el estilo de ambos: la misma dureza de pincel, el mismo colorido, y la misma disposición de cielos; así pues, quien puede haber guiado el pincel de Ruysdael sino su hermano

hay que pasar por delante de muchos magníficos paisajes de Berghem, al instante se conoce su estilo en las figuras que habitan el hermoso pais de Ruysdael.

Ya hemos dicho tambien que este gran pintor no tuvo otro maestro que la naturaleza; lo que es muy cierto si se considera que consagró su vida á estudiarla, que debió sorprender sin duda muchos secretos de ella, y que quizá solo

que tenía veinte años mas que él? Y si Ruysdael estudió con su hermano, porque no le hemos de acordar que hubiese podido seguir igualmente las lecciones de Allard Van Everdingen, cuyos cuadros estudió tan bien que casi podría decirse que los tuvo á la vista al hacer sus bellos paisajes. Este parecido es tan notable que los cuadros de Everdingen fueron vendidos durante largo tiempo como si fueran de Ruysdael. En conclusion, repitiremos con los que han tocado antes que nosotros este punto, que habiéndose hecho amigo de Berghem, recibió algunos consejos que no contribuyeron poco á sus adelantos, lo que es imposible poner en duda cuando se reconoce en sus paisajes, no solo las figuras de Berghem, sino tambien los toques maestros y las frescas tintas de este pintor eminente. J. J. ANNOUX.

## EL PALACIO DE CRISTAL.



Exposicion de los productos de la Manufactura de Sèvres, en el Palacio de Cristal.

Las porcelanas de Sevres obtuvieron en Londres el año último uno de los primeros premios.

Las obras principales presentadas en la Exposicion son las

siguientes: Un gran jarron de porcelana adornado de flores y pájaros pintados de mano maestra; dos jarrones imitados á los de la China, con adornos de flores, mariposas

y pájaros, y otro jarrón de medianas proporciones, en forma de huevo con flores pintadas sobre fondo blanco.

Nombrado últimamente por el gobierno francés un consejo de perfeccionamiento para las manufacturas nacionales, el primer beneficio que Sevres debía recibir de los ilustrados miembros que le componen, era una grande variedad en sus trabajos, como lo prueban los objetos expuestos en Londres. Una simple ojeada sobre esos objetos basta para conocer que en el consejo hay aficionados de todas las escuelas.

En efecto, allí se encuentran juntas la antigüedad, la edad-media y la época del Renacimiento. Enrique II, Luis XV, el Imperio y la escuela contemporánea han producido igualmente sus modelos. El arte griego, el egipcio, el etrusco, el griego, el árabe y el italiano han contribuido á que el ingenio francés saliera airoso de tan difícil prueba.

En lo que no se ha alcanzado el mismo éxito ha sido en la imitación de las porcelanas chinas y los procedimientos de los antiguos operarios del celeste imperio, sus brillantes colores y sus admirables esmaltes, son hoy como siempre un impenetrable secreto.

La manufactura de Sevres ha llegado á generalizar un procedimiento de cocción que presenta una gran economía y una esquisita perfección en los productos. Despues de muchas experiencias, ha logrado cocer la porcelana dura con la uña, y á beneficio de este método se han obtenido las piezas más delicadas, transparentes y ligeras que se vieron en la Exposición, á las cuales el Japon no tiene nada que oponer en cuanto á transparencia.

El taller de esmaltes sobre metales fundado en Sevres en 1815, espuso tambien algunos productos dignos de elogio, como la copia del nacimiento de Venus de M. Ingres, y de la Hermosa Jardinería de Rafael, pintadas ambas sobre pastas metálicas por madama Laurent, de un modo admirable. Además, habia otras varias piezas esmaltadas como vasos, copas, bandejas y jarrones.

### DE CASTELLANO DE BRITANIA.

#### PROCESO CRIMINAL.

(Véase las págs. 322, 347 y 310.)

« A la sazón, esta infeliz, arrastrada por su marido, llegaba por caminos transversales á una granja aislada de las cercanías, adonde habían marchado á una hora avanzada de la noche. Allí, esta especie de loco furioso, en poder del cual se hallaba cautiva la noble y hermosa condesa, cuyas desdichas referimos, juntó á nuevas amenazas, que fueron inútiles como las primeras, tratamientos perversos y de tal naturaleza á la vez cruel y afrentosa, que no nos es dado explicar.

« Llegado el día mandó ensillar un caballo á hizo montar á la grupa á la condesa; sin consideración á su estado de debilidad y sin tomar ninguna de las precauciones necesarias para este modo de viajar. El frío era intenso, y el suelo estaba cubierto de nieve. Boves no se atrevía por esta causa á seguir los caminos trillados. Dirigióse, pues, á través de los campos y por los parages más desiertos, llevando su espantada víctima hasta la pequeña ciudad de Darlington.

« Encerrada en un oscuro cuartito, y despues de haber sido amenazada con la caudsa de fuerza, bien pronto vió entrar á su marido, armado de un instrumento de hierro encendido, que se lo aproximó varias veces al desnudo

pecho, profiriendo contra ella las amenazas más atroces. Todo fué inútil: el temor de nuevos instrumentos, más bien que el de la muerte, no habia hecho mella en esta criatura naturalmente dulce y tímida, y al presente exagerada.

« La hora de la libertad se aproximaba sin embargo. Los agentes de justicia habían hallado por fin la huella antes perdida. Boves no tenía esperanza de escapar. Salto á toda prisa de Darlington antes que amaneciese, llevando como el día anterior su desventurada esposa á través de los bosques y de las tierras de labor.

« Empero las gentes del campo que volvian á sus trabajos, admirados de ver tan extraño viajero, se pusieron al punto en su persecución. Llegaban á la sazón á todo correr los constables, y el somaten se hizo general. Boves se veia ya apurado, cuando un viejo aldeano, por cerca del cual pasaba, se arrojó á cojer las bridas del caballo. Este valiente hubiera sido víctima de su furor, porque el raptor le apuntó con una pistola... Pero un oficial de justicia, que en este momento llegó armado de una estaca, dió á Boves un golpe tan fuerte en la cabeza, que le hizo caer bañado en su propia sangre.

« La condesa se encontró naturalmente bajo la protección de los constables que la habían libertado, y acompañada por ellos volvió inmediatamente á Londres, donde el 23 fué presentada al tribunal del Banco del Rey, que recibió su querrela juramentada, y espidió auto de prisión corporal contra su indigno esposo.

« Comparció este el 27, la cabeza vendada con un pañuelo de seda encarnada. Dos hombres le sostenían por debajo de los brazos, porque sin su auxilio apenas pudiera sostenerse en pie. El resultado final del proceso fué la condenación de Boves en 300 libras para el fisco, y tres años de prisión en la cárcel del Banco del Rey. Transcurrido este tiempo debia presentar fianza por catorce años, á saber, 10.000 libras pagadas por él, y otras dos fianzas agenas de 5000 libras cada una. El constable Lucas fué penado en 50 libras de multa y tres años de encarcelamiento en Newgate. Otras penas proporcionadas á la gravedad de los delitos fueron impuestas á los demas cómplices de Boves.

Por efecto del proceso criminal, cuya fiel relación acabamos de transcribir, la condesa obtuvo del tribunal de los doctores Commons, una sentencia de divorcio. El mismo día en que se vió libre, un movimiento de triunfo, bien disculpable sin duda, le hizo dirigir á Boves una especie de invectiva, que por su forma y tenor singulares, nos ha parecido digna de ser aquí reproducida. Es un epíteto concebido en los términos siguientes:

« Aquí reposa ahora un hombre que jamás reposo tuvo. No buscaba virtud, ingenio ó ciencia; elevóse no obstante por su vil y profunda hipocresía, por la locura de unos y por el crimen de otros, á los honores que jamás pensara y á las riquezas que gozar no supo. Giegot tuvo los ojos para ver los defectos en si mismo ó en los demás ó el mérito. Era enemigo de la especie humana, pérfido á la amistad, ingrato siempre al favor recibido, humilde ante el poder, pero tirano

con cuantos dependían de su mano.

« Cuando algun bien hacia por su propio interés á los agenos, pesábale este bien involuntario; y daba por perdida la jornada si no causaba en ella mal á nadie.

« Su vida fué una serie continuada de injurias á los hombres y rebeliones contra el Ser Supremo. Solo le daba pena pensar que en algun día de ofensas su caudal acabaría.

« Por medio de artificios á inmerecidos puestos elevóse, mas sus honores antes que él murieron. Tú, quien quiera que seas, camínale, penetra en tu interior, y si conoces que en algo te pareces, tiembala, pues, y corrigele.

« Así quien en la vida fué de sus semejantes dura plaga, útil será una vez, mal de su grado, á aquella humanidad que hubo ultrajado.

La aurora de esta inocente revancha sobrevivió poco mas de cuatro años al desenlace de sus desgracias.

En cuanto á Boves, el resto de su vida guardó perfecta armonía con lo que ya hemos visto de él. Su historiógrafo M. Jesse Foot que continuó siempre asistiéndole, nos ha dejado abundantes detalles acerca de la cautividad de este hombre, que por falta de garantías pecuniarias, permaneció veintidos años en su prisión. Hé aquí extractadas las mas características:

« Las costumbres de Boves jamás fueron distinguidas: en el tiempo de su prosperidad gozaba con toda clase de chanzas groseras y burlas crueles para aquellos de sus numerosos convidados que él suponía que habian de sufrirselas sin quejarse.

« Véase, como muestra, la mala pasada que Boves jugó á uno de sus parásitos, corredor de Londres, que iba con frecuencia á comer á Saint Pauls-Walden. Tratose un día de hacerle beber mas de lo regular, y cuando estaba ya completamente embriagado le sentó en una silla de brazos, con una servilleta enrollada al cuello, un gorro de dormir en la cabeza y el rostro embarrinado: le puso además un espejo junto á la cara, colocado entre dos blandones que quedaron empujados toda la noche. Nos olvidámos de decir que previamente se le habia descalcado, poniendo cerca de él sus botas llenas de agua. La consternación del pobre hombre cuando despertó sobre las cinco de la mañana, y la prisa con que se calzó para dejar inmediatamente el castillo, produjeron una serie de accidentes cuyo sabor cómico celebraron vivamente Boves y los otros huéspedes.

« En la prisión dividía el tiempo entre el seguimiento de algunos procesos y las seducciones de baja estofa.

« Gustaba de jugar ante los tribunales, que procuraba interesar en su favor con enmendadas fingidas, afectando escupir sangre y desmayarse cuantas veces se presentaba ante sus jueces. Una provision de ipecacuana y algunas gotas de sangre de ternera servian para estas comedias extravagantes. Su manía de enganar se estudió hasta sus cuidados, de quienes consiguió una renta anual por la promesa de legarles el señorío de Benwell, y lo que prueba asta qué punto sabia manejarse con los hombres mas as-

tutos, es que todos sus agentes judiciales uno tras de otro, fueron por último víctimas de la confianza que les sabiamos inspirar. Uno de sus mayores placeres era el de lograr de ellos adelantos considerables de que jamás pudiesen reembolsarse.

« Una pobre jóven fué la víctima mas deplorada de ese don de seducción que era uno de los pasatiempos favoritos de Boves. Solia venir á la prisión con objeto de ver á su padre, á quien una ruina impensada habia conducido allí. Boves consiguió perderla é inspirarla una pasión tan viva, que quiso á todo trance compartir con él su cautividad. Esta prueba convincente de cariño no la puso al abrigo de las persecuciones que el antiguo esposo de miss Newton y de lady Stratmore habia contraído el hábito de hacer sufrir á cuantos le estuviesen sometidos: teniala rigurosamente encerrada bajo llave so pretexto de celos; y sin embargo se divertía en hacer en su nombre el amor á las otras reclusas, de las cuales se moraba abiertamente luego que caian en los groseros lazos que les tendia.

« Conforme iba envejeciendo, su degradación moral adquiria un carácter todavía mas innoble. Se entregó á la bebida y cayó en un estado de embriaguez casi continua. Aunque de tiempo en tiempo dispusiese de algunas sumas, aparentaba la mas completa miseria, iba vestido de harapos y no daba medias ni zapatos á los cinco hijos que habia tenido de su compañera de prisión. De estos infelices seres habia hecho otros tantos esclavos que le servian de rodillas y á los cuales habia raspar con los dedos el lodo seco de su calzado.

« Próximó ya á la muerte, este hombre singular y, como le llama energicamente M. Foot, corrompido hasta la médula de los huesos, hizo no obstante en favor de aquellos algunas disposiciones testamentarias; pero nada quiso dejar á la mujer que habia dado tantas pruebas de un cariño intenso, y que por espacio de tantos años habia servido de blanco á sus caprichos, á su mal humor y á su carácter cruel. Desoyó los ruegos y las lágrimas de sus hijos y el ascendiente que su cirujano habia tomado naturalmente sobre él durante su postrera enfermedad, y nada bastó para obtener que asegurase á esa infortunada una módica pensión anual de 100 libras.

« Así murió Andrew-Robinson Boves, uno de los hombres mas lamosos de su tiempo por la perversidad de sus inclinaciones, por lo refinado de su hipocresía par la audacia de sus ambiciosos planes, por haber sabido elevarse, por la duración de su fortuna, y por el endurecimiento moral que hasta el fin de su vida le hizo inaccesible á todo saludable remordimiento.

GULLERMO VAN DEN VELDE.

G. Van den Velde no se limitaba para adornar sus marinas en calma, á pintar una barca ó algunos buques, sino que á veces, por el contrario, ponía un crecido número, una flota entera en la rada poblada la mar con sus velas soliendo tambien representar, como en la composición que acompaña á este artículo, una flotilla donde se ven buques de diferentes tamaños y de formas diversas, con el arte y habilidad que ya hemos dicho.

Estas cualidades eran, por decirlo así, hereditarias en Van den Velde el menor. Lo mismo que su padre, fué llamado á Londres por el sucesor de Carlos II, y allí entre el crecido número de buenos cuadros que hizo, dió á luz al-

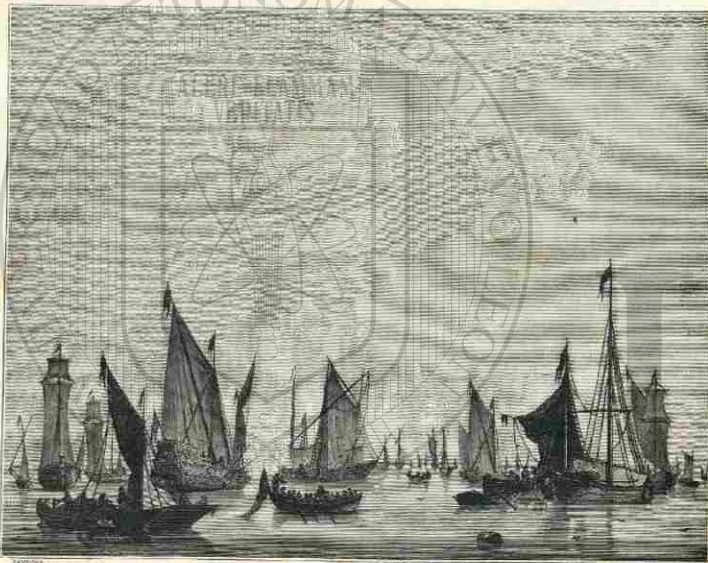


gunos que pueden llamarse oficiales, y que se hallan hoy en la galería del palacio de Hampton Court, los cuales representan las fiestas y ceremonias navales que hubo bajo el reinado de los dos últimos Stuartos.

La pensión anual que cobraba Van den Velde el mayor, era de cien libras esterlinas; Jacobo II acordó al hijo de este dibujante otra que se elevaba a la misma suma. Si se hubiese considerado el mérito, no hay duda que habría sido superior, y no porque Van den Velde padre no fuese un

hombre de gran talento, sino porque el manejo del pincel le era totalmente desconocido. Houbraken asegura que no dibujaba sino a la pluma, y que jamás pudo lograr aprender á pintar al óleo. Sabia dibujar en papel blanco, con un arte admirable, marinas y buques vogando á velas desplegadas, ó combatiendo entre sí, y se embarcaba en las flotas que sallan armadas para alguna expedición, sin otro motivo que el de pintar con verdad los combates.

Los Estados de Holanda pusieron á su disposición una



VAN DEN VELDE. — La flota.

fragata ligera, llevando orden al capitán de tomar todas las posiciones que pudiese desear Van den Velde. Entonces pudo verse á un dibujante metido en lo más fuerte de un combate naval, espuesto á toda clase de peligros por amor á su arte. El almirante Opdam se sorprendió muchísimo al ver á un hombre que comprometía su vida por otra gloria que la de las armas. Van den Velde comió en el buque que mandaba el almirante holandés, buque que saltó en el aire algunas horas después que nuestro artista había salido de él.

A los pintores holandeses les ha gustado siempre en demasía la observación de los hechos, y para no citar más que un ejemplo, diremos solo que Bakhuyzen se embarcaba en una chalupa siempre que veía una fuerte borrasca, para mirar de cerca los desórdenes del huracán: observaba el choque y los restos de los buques que zozocaban contra una roca, y la maniobra de los marineros espantados; solo él, en medio de todos se hallaba impertérrito y sereno. Atento en medio de la tormenta sobre un ligero esquife,

dibujaba tranquilamente sus diseños. Los marineros más intrépidos, aterrorizados, tuvieron más de una vez que llevarle á tierra á pesar suyo.

Ni Guillermo Van den Velde ni Bakhuyzen, al obrar así, pagaron demasiado caro la brillante fama que adquirieron.

J. J. ANNOUX.

### CUENTOS NORMANDOS

DE JUAN DE FALAISE.

Con este título apareció en 1842 un librito sumamente gracioso, cuyo descuidado autor lo dejó manuscrito en una librería normanda, sin cuidarse de su suerte. Vamos á reproducir uno de los cuentos que contiene, persuadidos de que esta muestra bastará para que nuestros lectores aprecien el mérito de la obra.

### EL APRISCO.

Lucía terminó su oración, se miró en el espejo, arregló sus cabellos y vino á pedirme el beso matutino, que estampé en su tersa y blanca frente. Después se apoyó en mi brazo con zalamería.

— Bajemos al cortijo, murmuró al mismo tiempo, y verás un magnífico queso de cabra.

Dejeme seducir, nos caizamos los zuecos, y como el tiempo no estaba seguro, cogimos ella la sombrilla y yo mi paraguas, y bajamos. Entramos en la lechería, y allí Lucía, ostentando sus riquezas, me obligaba á probar la sabrosa nata de todas sus vasijas, cuando oímos en la avenida el ruido de un carruaje; al punto volvimos á subir.

— Es nuestra buena tía de Bellesme me dijo Lucía, corriendo á ayudarla á salir de la berlina, lo cual no dejaba de ser obra meritoria.

— Buenos días, sobrino; buenos días sobrinas; nos dijo mi anciana tía jovialmente. ¿Qué os parece mi sorpresa, hijos míos? He dejado mi partida de boston por ver cómo se vive hoy en el campo, y si las flores conservan siempre el color que tenían en mi tiempo.

— Pardiez, tía mía; ya os haremos ver que aquí lo pasamos tan felices como siempre, y espero despertaros el deseo de que vengais con mas frecuencia á completar nuestra ventura.

Lucía se apoderó acto continuo de su brazo izquierdo y yo del derecho.

Siempre ha sido para mí la comida un asunto importante.

— Cuántas comidas hacéis, tía mía?

— Yo... me contestó mirándome de hilo en hilo, hago las que todo el mundo... tres.

— Qué siglo, tía, qué siglo! exclamé dolorosamente: ha suprimido la mas alegre de todas, la deliciosa merienda.

— Bah! respondióme admirada. Si eso se hubiese hecho hace sesenta años, adonde hubieran ido á parar tantas glorias gastronómicas y tantas agudezas, como por ejemplo, las del caballero de Boufflers?

Lucía ignoraba afortunadamente quien era el caballero de Boufflers; pero yo, viejo pecador, había oído hablar de Alina y de otras muchas cosas, de modo que al punto comprendí que nos amenazaba una historia.

— Ya tenemos asunto para la velada, murmuré entre dientes, por larga que sea la de un día de setiembre.

Lucía nos llevó otra vez al cortijo y al establo, donde un becerriño que apenas podía sostenerse de puro gordo, mamaba á su madre, soberbio animal de la llamura de Caen, y alargaba hacia nosotros su hocico cubierto de leche. Mi Lucía se admiró de que mi tía no prorumpiese en exclamaciones de sorpresa, y la condujo hacia una barrera, desde donde vimos en la pradera seis vaquillas de Bretaña de mucho precio y muy abundantes de leche. Mi tía se manifestó mas fria con las vaquillas que con el becerro. Conternada la pobre Lucía se volvió hacia el aprisco, pero no bien asomó mi tía la cabeza á la puerta baja, cuando la retiró diciendo:

— ¡Uf! Qué horror! Por qué no están lavadas y peinadas vuestras ovejas? Cómo es que no llevan cintas al cuello? Sobrinas mías, y tu cayado?

Lucía la miraba sin pestañear.

— Esta es otra historia, dije en voz baja.

Entonces me tocó hacer los honores. Llevé á mi tía al jardín y la hice dar un buen paseo, pero ella se volvía siempre

á mirar el parterre, hasta que habiendo visto una desventurada amapola, que en él había crecido olvidada de todos, me dijo con acento de reconvencción:

— Ah, sobrino mío!... una planta inútil!...

— Cómo, tía mía?

— Una amapola en tu jardín!

Conoci que iba á enfadarse, y tomé el partido de arrancar la amapola, después de lo cual pregunté el motivo de ser enemiga contra aquella pobre flor.

— M. de Florian les ha declarado la guerra, me contestó muy serena.

— Tercera historia, murmuré sonriéndome.

Comimos á las dos, con arreglo á la laudable costumbre de mi tía, y habiéndome apoderado de un buen trozo de pierna de ciervo, pregunté á mi tía:

— Se comían crudas ó asadas las piernas cuando erais jóven?

— Cuando yo era jóven, respondió mi tía, habia otros manjares. Ah! Cómo han mudado los tiempos! Cuando yo era jóven!... Qué tiempo tan feliz! Supongo, sobrinas mías, que habrás visto en París muchos cuadros de Boucher, del gran pintor que solo tuvo un rival.

La erudición de Lucía se vió en un compromiso, porque yo no habia creído necesario enseñarla en el Louvre el *Plaje á Citerrea*.

— Pues bien; ese pintor podria darte una idea de la época en que yo era jóven. A los quince años me presentaron á una mujer encantadora, á una reina adorable. Pobre reina!

Dos lágrimas se desprendieron de los ojos de mi tía, y nosotros participamos de aquella emoción producida por un recuerdo.

— La reina tenia su quinta en el pequeño Trianon; un gentil-hombre de M. de Penthièvre acababa de publicar la *Galatea*, y el placer triunfaba en los salones de Paris; habia un furor de pastores y de pastoras, del cual participaban los pintores, los poetas y los filósofos; los pastores eran poco rústicos, y las pastoras bastante desvergonzadas, pero aquella sociedad era deliciosa por su abandono. Yo era, sobrino mío, una hermosa pastora, rubia, fresca y risueña. Tu tío, que entendia bastante el arte de componer versos, y mandaba una compañía de dragones del regimiento de Penthièvre, pidió mi mano. Juntos vivimos doce años; hemos sido felices, pero nunca he llegado á conocerle. Desde que brillaron los primeros días de la revolución, se reconcentró su caracter, y solo habló de ella con miedo. Después de la celebre procesion á Nuestra Señora, en la cual figuró como miembro de la nobleza, y yo entre las damas de la corte, me dijo:

— Mañana partiremos para nuestras tierras de Normandía, y allí vivireis á nuestro gusto.

— Muy bien, le contesté, así no abandonaré mis queridas ovejillas, y haremos vida de novios.

Se sonrió con estremeamiento.

La posesión de Aigneville dominaba un terreno delicioso, y entre dos colinas inmediatas que daban paso al camino de Argentan, se veia desde ella gran parte de la ciudad, que ostentaba con orgullo la cúpula de San German.

Reuni diez ovejas hermosísimas, púseles nombres, y las engañé con cintas de diferentes colores; en seguida me proporcioné un cayado y un sombrero de pastora, que me sentaba perfectamente con mi vestido corto y mi guardainfante.

Cierto día vimos llegar á M. de Florian, á quien yo habia conocido en París, y tu tío en el regimiento de Penthièvre.

Pareció desde luego algo cambiado, y que una sombra melancólica turbaba la tranquilidad de su rostro: tu fué lo condujo á su gabinete, y creó que allí hablaron de París y de los clubs. La frente del marqués se oscureció, y por último me dejó mi pastor. Entonces lo conduje á mi lechería, como lo habéis hecho vosotros conmigo, y después hice que se sentase en la pradera, en la cual pacía mi pequeño rebaño. Pareció hallarse satisfecho de su discípula, y me preguntó si no tenía algún jardinillo en el que yo misma cultivase la humilde violeta, que es la flor obligada de las églogas.

— ¡ Ah! no señor, lo contesté tristemente.  
— ¿ Ni poseéis algún pajarillo familiar que repita el nombre de vuestro amado?

— No, pero el padre de *Gatane* no se negará á concluir lo que ha empezado su hijo.

Al día siguiente envió M. Florian á París á su fiel Mercier con orden de enviarme dos carneros, á los cuales debió yo instruir con mi organillo. Y á que no aliviasis quien me los llevó? Pues fue el mil veces victorioso é ilustre caballero de Boufflers.

— Querido, dijo al marqués, ¿ cómo queréis que os llamemos ahora que hoy una ley que suprime la nobleza?

— Soy y seré siempre en mi casa el marqués de Aligneville, contestó tu hijo.

— ¡ Ay amigo mío! ¿ Cómo se fastidia uno en París! Todos se miran unos á otros como si no se conociesen, se reúnen sin sombrero, y se hablan sin confianza.

— Y se matan sin juzgarse.

— Me dejad que me nombren individuo de los Estados generales, repuso M. de Boufflers, pero héme aquí de nuevo hecho un viajero: ha detenido á Mercier, y me he encargado de su comisión para introducirle con vuestra Estela, M. de Florian.

Entonces nos entregamos á unos juegos encantadores: veíamos obsequiada de dos hombres que debía enviarme la Francia, y M. de Florian estudiaba en mis bosques un apólogo, así como Nana sacó una ley de su Egeria. M. de Boufflers habla conculdo ya mi retrato al pastel cuando llegó el día del cumpleaños de Aligneville.

Debíamos bailar sobre la yerba delante de la reja del parque. En efecto, después de visperas se presentaron con sus pintorescos trajes los jóvenes de ambos sexos. M. de Boufflers tocaba perfectamente el sistro, y habiéndole rogado que lo hiciese para que bailásemos, puso por condición de su taca que daría un abrazo á todas las bailarinas.

Nunca se había visto reunión más alegre y bulliciosa, pero en medio de nuestra algazara se presentó el del Jazmin y se dirigió al marqués. Sobrino mío, ¿ cómo llamas á tus criados?

— Federico, Bautista, Mateo... les damos los nombres que recibieron en el bautismo.

— Los nuestros se llaman Lañor, ó bien Jazmin, Tulipan, etc.

— ¿ Y qué sucedió, tía mía?

— Inclínese Jazmin al oído de tu tío, y le dijo: Oculaios, señor marqués, porque Artaud el carnicero y una partida de descamisados os buscan.

El marqués contestó sin titubarse:

— Que entren esos señores, les esperaba.

— Pero, señor marqués... exclamó Jazmin.

— Lo mismo es hoy que mañana, y doy gracias á Dios porque el peligro se me presenta sin rodeos.

Seis monstruos del horrible catadura aparecieron entonces entre nosotros antes que el caballero y M. de Florian com-

prendiesen el terror de Jazmin, la confianza del marqués, y la realidad de un peligro. El marqués los recibió con su acostumbrada cortesía, lo cual no dejó de desconcertarlos.

— ¿ Qué se os ofrece, caballeros? les preguntó en seguida.

— Ciudadano marqués, contestó Artaud, venimos á prenderos á vos y á vuestra esposa, como sospechosos á la patria.

— ¿ Nada más?

— El pueblo tiene hambre, y cogemos las provisiones que se encuentran en vuestra quinta.

— ¿ Cómo? ¿ también mis ovejas? gritó desesperada.

— Sí, ciudadana marquesa.

— ¿ Y nada más? repuso el marqués con la mayor tranquilidad.

— La Francia está en peligro; nos apoderaremos de las armas y de los caballos.

— ¿ Y tal vez de los míos? preguntó con ira el caballero.

— La Francia está en peligro, repitió Artaud.

— Has de saber, querido, que soy miembro de la Constituyente.

— ¿ Quieres unir á eso el título de sospechoso?

Durante este diálogo el marqués se acercó á la puerta, y cortó la retirada á los descamisados: entonces sacó dos pistolas del bolsillo, y apuntando á Artaud y á uno de sus camaradas, les dijo:

— Ya veo que no valeis la mitad que los revolucionarios de París; el primero que se mueva, caerá muerto. Caballero, hacéme que ensilen vuestros cañones, y también dos de los míos.

El caballero me besó la mano, y salió diciendo:

— Voy á pedir al príncipe Enrique de Prusia el premio de todos mis madrigales. ¡ Y no volví á verle!

— Mi querido Florian, dijo tu tío, he aquí interrumpidos vuestros trabajos por unos pastores poco comunicativos.

M. de Florian me besó la mano, y contestó al salir:

— Voy á la sombra del parque de Sceaux y de mi compatriota Boissy de Angias, á pasar, si me es posible, algunos días tranquilos. ¡ Y no volví á verle!

Jazmin me trajo entonces un caballo, tu tío montó otro, picamos, salimos á escape, llegamos á Bolonia, y desde allí me hizo el marqués pasar á Inglaterra. ¡ Y no volví á verle!

Así acabó la historia y la comedia de mi tía: sus párpados se cerraron y enocimos que debía descansar.

Poseo una hermosa edición del victorioso Boufflers: creyendo complacer á mi tía, la puse encima de la mesa de su cuarto, para que la leyese, si quería, después de su sueño.

Al día siguiente fui á saludarla; pero... había partido ya, dejándonos sobre la edición de Boufflers un billete concebido en estos términos:

— Sobrino mío: has de saber que si me es permitido con-

servar un recuerdo del caballero que contribuyó á amenizar las más bellas días de mi juventud, nada tengo que hacer con sus obras.

— ¿ Qué es lo que has hecho? me preguntó Lucía.

— Una necesidad que voy á reparar hoy mismo.

— ¿ Cómo?

— Remitiendo á mi tía las preciosidades pastoriles y moralas de M. de Florian.

#### SORRE LAS ESPADAS DE DIAK EN LAS ISLAS DE BORNEO.

El hierro que se halla á lo largo de las costas de Borneo, es de excelente calidad, como lo saben las personas que han visitado los puntos de Sambará ó Pontanar; pero el más superior de todos es el que se explota en Bangermassing; y el modo que los naturales tienen de trabajarle, les escusa la necesidad de comprar acero de Europa. Sin embargo, el mejor hierro de Bangermassing no iguala al que se trabaja por los más rudos habitantes de Diak; las mejores hojas de sables y demás armas blancas de los *raja* y jefes de lugis son fabricados por ellos, y es un hecho extraño, pero que no admite duda, que cuanto más se interna uno en el país, tanto mejores son los instrumentos de hierro que se hallan en él.

El país de Selgie es superior en este respecto á todos los que están situados en las inmediaciones de las costas, y de todas partes se hacen grandes pedidos de sus hojas de sables, espadas y otros artículos. Un lugés que visitó poco hace dicha isla, dice que contó hasta cuarenta y nueve fabricas, que todas andaban, solo en el punto de Morpow. Los naturales del país más interior, á quienes los viajeros ingleses nos pintan en un estado de naturaleza, pues ni construyen casas de ninguna especie, ni se mantienen de otra cosa que de frutas silvestres, culebras y monos, procuran sin embargo, por ser excelente hierro, y hacen con él hojas de espadas, que son luego muy buscadas por los naturales de otros distritos. Los instrumentos hechos con el hierro en bruto de esta clase, cortan con igual facilidad el acero y el hierro en bruto; un lugés asegura haber hecho pedazos, con un instrumento de esta especie, por vía de ensayo, varios cortaplumas, y que uno de los príncipes de aquella isla, no habiendo podido cortar con uno de dichos sables al primer golpe el cañon de una escopeta, le tiró contra un pedazo de madera muy grueso, el que hizo pedazos sin que el sable se mellase: enseguida se le regaló á dicho viajero, quien hizo con él un presente al gobernador de Macassar, y este se lo envió á S. E. el comisario de Java. Otro caso refiere el mismo viajero para prueba del temple admirable y fortaleza de dichos sables. Hallándose en la habitación del sultan de Goll, vió partir los cañones de tres mosquetos á los pocos golpes que se les dieron con un sable de la especie mencionada; y refiriendo el hecho con admiración á otro príncipe de Borneo, le aseguró este riéndose que nada tenía de particular, y que el hierro de aquel sable no sería de la mejor calidad, pues de lo contrario hubiera hecho pedazos los mosquetos al primer golpe.

Habiendo consultado Zenon el estóico á un oráculo acerca del género mejor de vida que podría elegir, le fué contestado que conversase con los muertos; ó lo que es lo mismo, que se dedicase á la lectura.

Los que se dedican á la carrera de las letras, suelen pasar por tres situaciones diferentes. Cuando empiezan, forman una idea ventajosa de sus luces; cuando han hecho algunos progresos y ven las dudas y vasta extensión de las ciencias, caen en el desaliento; y por último, cuando han llegado ya al apogeo de la ciencia, se persuaden de que hay conocimientos utilísimos que se pueden adquirir sin un inmenso trabajo, siempre que se elija lo mejor de cada género.

#### EL CASTAÑO DE ROBINSON

EN EL BOSQUE DE AUNAY.

El camino de hierro de París á Sceaux serpentea como un arroyo entre dos riberas de verdura, en medio de frondosas alamedas. En media hora se llega del jardín del Luxemburgo al parque de Penthièvre. Los domingos, en cuanto se sale del carruaje, en frente de la bonita Iglesia de Sceaux y de la tumba de Florian, se ve una nube de hombres armados de istigos que gritan con todos sus pulmones: Robinson! Robinson!

Para un forastero, y aun para un parisiense que no ha visto las cercanías de Sceaux en algunos años, esta rara acogida envuelve un misterio. Se cede á la curiosidad, se entra en un omnibus desvencijado é informe, y en menos de dos minutos se llega al bosque de Aunay, distinguiéndose aun las casitas de la aldea de Sceaux. La sorpresa no es muy agradable; todo se reduce á unas cuantas miserables tabernas, puestos ambulantes, juegos campestres, orgánicos y escenas de borrachos. Si no fuera por los hermosos árboles que allí abundan, se creería uno todavía en la barrera del Infierno de donde se ha salido. Sin embargo, las miradas se fijan en una bandera que flota en lo alto de un árbol, y encima de una puerta rústica, artísticamente compuesta de ramas secas entrelazadas, se lee la palabra cabalística: Robinson!

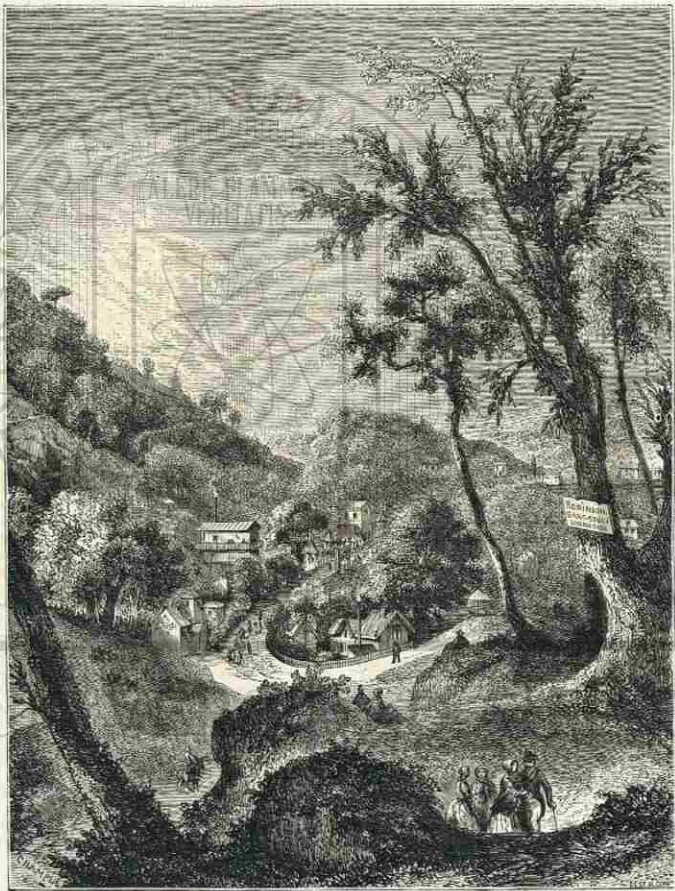
Sin duda hay por allí cerca un lago, un estanque, una isla ó una cañada solitaria?

Nada de eso. Estamos en tierra firme, en una especie de jardín sin flores, lleno de mesitas para los que gustan apaciguar la sed ó el hambre. La maravilla que da su nombre á este restaurant es un castaño de dimensiones colosales cuyas robustas ramas sostienen dos tabladillos con balaustradas, el uno más alto que el otro como formando dos pisos. En estos dos comedores aéreos, se ven varias mesas puestas, y se sube por una ancha escalera sólidamente anclada por el tronco del célebre. Los platos se suben en anchos canastos por medio de cuerdas y de garruchas. A decir verdad, la pintoresca situación de las personas que se divierten comiendo en el aire, no recuerda en manera alguna al pobre Robinson en su isla; de modo que este nombre es aquí una invención de puro capricho. El espectáculo que en torno se descubre no tiene tampoco nada de común con las austeras inspiraciones de la novela puritana de Daniel de Foy, siendo imposible pensar en soledad y en inocencia en medio del ruido de tendores y de vasos, de los gritos de impaciencia de los habitantes del árbol que piden su comida, de las contestaciones de los mozos, de la alegría demasiado pronunciada de la concurrencia, y de las incesantes peticiones de los músicos y músicos ambulantes, que ponen el colmo á la gritería, con sus orgánicos, tamboriles y gaites.

Mucho se ha repetido que los parisienses no gustan de la paz y el silencio de los campos, y en efecto, la mayor parte de ellos no se divierten en los bosques sino llevando consigo el ruido y separados no se hallan bien, les falta alguna cosa, el ruido de las calles; así se buscan, se juntan y no están contentos sino cuando han logrado formar un buen concierto de voces, de gritos y de risotadas. Por esto el restaurant de Robinson en el bosque de Aunay, ha alcanzado una voga y nombradía que en vano habría ambicionado cuando no tenía otros atractivos que sus soledades, la frescura de sus sombras y el canto de sus pájaros. El buen éxito del castaño-restaurant ha excitado una emulación de las mas fatales para el bosque, porque de dos años á esta

parte otros especuladores le han explorado en todos sentidos en busca de los árboles corpulentos, y á medida que los iban descubriendo; con tal de que pudieran soste-

ner una mesa para ocho ó diez personas ya quedaban transformados en fondas. Por fortuna el bosque es grandísimo, y el paisaje que tiene alrededor ofrece bonitas perspectivas

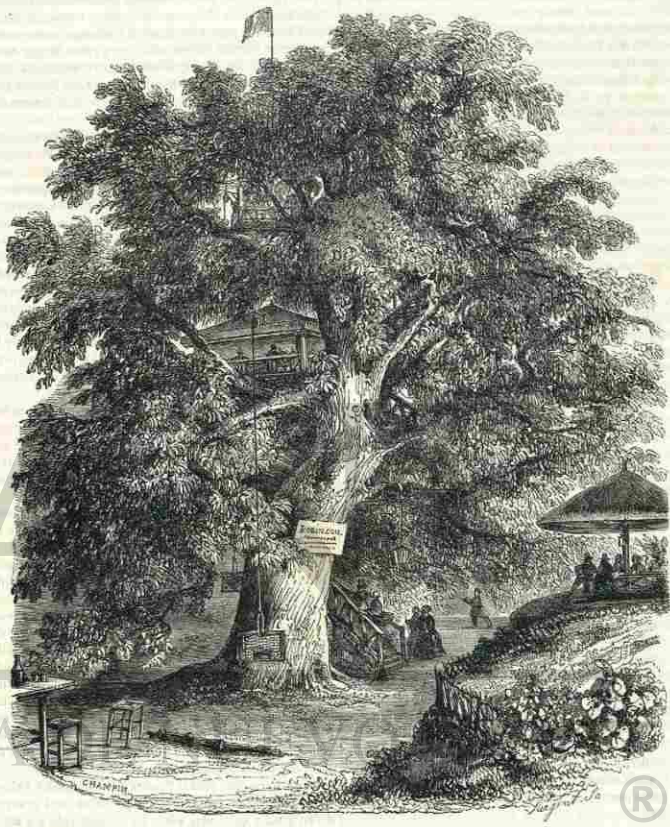


Cercanías de Soeaux. — Robinson y la aldea de St-Eloi. — Dibujo de Champin.

á los que no son partidarios del tumulto y el ruido. En el espacio de una legua se ven alternativamente entre otras cosas, las preciosas casas de recreo de Aunay, el valle en donde Chateaubriand escribió sus *Memorias*, campos enteros de fresas y de rosas, y los viñedos de Chalenay donde nació Voltaire.

EL CASTAÑO DE ROBINSON.

(Véase la p. 359.)



Cercanías de Soeaux. — El castaño de Robinson. — Dibujo de Champin.

LEOPOLDO SPENCER

POR

LEON GOZLAN.

Spencer ha existido. Su historia no es un apólogo con una moralidad oculta (dirigida á los artistas: si hay moralidad no es culpa nuestra).

Spencer vino al mundo por los años de 1785 y era hijo T. III.—PARIS.—IMP. BLONDEAU.

único. En la época del terror, un horrible acontecimiento estuvo para arrancarle de esta vida; su padre, condenado por un tribunal revolucionario, fué guillotinado en la plaza de la Revolución, y su madre, testigo de este espectáculo, le dejó caer de sus brazos á los pies de la muchedumbre. Sin embargo, por desgracia ó por fortuna, Spencer sobrevivió á este accidente. Siendo muy niño aun, mas de una vez se despertó al ruido del cañon de las secciones; mas de una vez la República no dió á su madre el pan suficiente para alimentarse.

Dios sella la frente del artista; el día de un nacimiento, descubre una cuna, envía un relámpago y espera; a veces quiere engañarse, y entonces en vez de un artista sale un loco. — La razón Dios la sabe.

A los seis años Spencer era un chico despierto y sensible más de lo que son ordinariamente a su edad otros muchachos. Cuando su madre le enviaba a las puertas de las tabernas a buscar con la carta de civismo el pedazo de pan de munición que la República decretaba, Spencer se subía en una piedra para observar aquellas fisonomías pálidas de hambre, para ver aquellos hombres que mostraban tanta constancia en la desgracia, que algunos de ellos (esto es histórico) se morian de pie con su carta en la mano. Gran alboroto para la muchedumbre: había que contar con una boca ménos.

Cuando Spencer veía una joven de su edad pisoteada por el hambreiento populacho, se dirigía a ella, le pedía su carta, dejándole la suya en prenda, y serpenteando a través de aquellos matorrales animados, llegaba al mostrador de la taberna, tiraba su carta, se llevaba la ración como si la robaba, y con lágrimas en los ojos y en la voz, corría a llevar el pan a la pobre niña, después de lo cual volvía a encaramarse sobre su piedra.

Leopoldo llegó a la edad de instruírse, pero que tiempos aquellos para aprender algo! Los padres muertos guerreros y esportando los bellos tiempos de Saturno y de Rhea, según sus inclinaciones mitológicas, habían reducido a la juventud a presidiar de labrar y de colegio, y por consiguiente de profesores. Un sacerdote anciano, oculto en su casa, enseñaba a Leopoldo por la noche, a la luz de una pobre lámpara, en todas las riquezas de Virgilio y de Horacio. Este contraste llamó la atención del discípulo, porque era sorprendente en efecto, el ver y oír bajo las cortinas de la alcoba, cerca de una cama, a un viejo sacerdote sin pastores, casi privado de la vista, perseguido y cantando a Virgilio, Mantua, Brindes, Tibur, Tusculano, Horacio, las orgías de Mecenas, las rosas cogidas por la tarde, y toda la mala sociedad del Tiber, entrando risueño en la flexible poesía.

El sacerdote y el niño se reían y lloraban; cada cual era poeta a su modo; el uno con los recuerdos de colegio, y el otro con sus esperanzas. Únicamente a veces, en medio de la bella poesía: *Odi profanum vulgus et arceo*, ou *Venus, regina quide*, el discípulo ponía de repente la mano para tapar la luz, y se oía en la calle: «Visita domini ciliaria! Mueran los curas y los que los esconden!»

Por fin se acabó la República y vino el Imperio. Siento mucho decirlo, pero Leopoldo era feo: tenía la boca grande, la nariz chata, las mejillas pálidas, el cuerpo pequeño, y el pecho consumido; pero en cambio tenía una frente de profeta.

Spencer pensaba únicamente en una cosa, que era en una tendera de calcoetas de la calle de la Verreterie, que había visto de paso: pobre muchacha que abría su tienda a las cinco de la mañana y la cerraba a las doce de la noche, siempre de pie, en el verano sin cortinas, y sin lumbre en el invierno. Tenía una fisonomía de claustro, blanca y desdentada, pero con ese desden que se pega a los labios antes de haber adquirido el funesto conocimiento del mundo.

Spencer se volvía loco con la tendera. Pero cómo vería y hablaría? Lo mas que podía hacer era darle las buenas noches cuando cerraba su tienda, y los buenos días cuando la abría por la mañana.

Para admirarla a todas horas se le ocurrió la idea de en-

trar de aprender en casa de un marmolista que vivía en frente del objeto celestial de sus amores.

Hiclé ya escultor, esto es, lavando las herramientas, sirviendo mármoles de chimenea, buriendo la tienda, pulimentando morteros para los boticarios; pero que bien recompensado fue durante los tres años de su aprendizaje! Amó a la tendera y fue correspondido: pobre muchacha que murió del pecho el mismo año que Spencer fue llamado por Napoleón a las armas, cuando la época de la guerra de España.

Duro fue el golpe que llevó la existencia de Leopoldo la noche que murió la tendera. Entonces se sintió solo porque ya no tenía madre, ni oficio, ni amigos, ni parientes; solo tenía un maestro, un viejo escultor italiano, un ignorante, que habría preferido sin escrúpulo la cabeza del Laocoon, y que habría preferido un trozo de mármol al torso atigüo.

Habiendo salido con su querida había sido arrojado en la zanja de los pobres, en el cementerio del Mont-Parisse, se fue allí por la noche provisto de arcilla, saltó la pared, bajó a la zanja y entró un albañil muerto al caer de un andamio y un ahogado a quien los peces habían comido los ojos, encontró a su amiga la tendera; la sentó en sus rodillas, la besó en la frente, separó sus cabellos negros y la cubrió de arcilla la cara. Jarga fue aquella operación, porque Leopoldo floraba y la muerte se le iba de los brazos, y luego había tantos difuntos que se miraban!

Por fin, cuando acabó su obra, salió del cementerio, se fue a su casa, y con una herramienta prestada se puso a dar golpes tan furiosos en un trozo de mármol, que a fuerza de sudores logró sacar una cabeza de mujer de aquella piedra. La obra debió de ser perfecta, porque no la volvió a poner la mano.

Al día siguiente fue a casa de un embajador a componer una chimenea desgobernada: al entrar le mandaron que se quitara los zapatos, y al salir le registraron.

El cuerpo de ejército en que ingresó salió con dirección a España. Qué existencia para un artista aquella simetría de marchas, de movimientos, de obediencia. En vez de poder sentarse pensativo y distraído bajo los árboles para medir el vasto horizonte, y crearse inmensas soledades de aire, de montañas y de agua; en vez de poder detenerse en medio de la plaza de una ciudad dormida, y de sentir la indecible admiración de una catedral que se vela y se descubre bajo un manto nocturno, Spencer llevaba un fusil de hierro al hombro, un chazo de cobre en la cabeza, y en los pies unos zapatos de plomo; tenía que obedecer, comer y acostarse con impudencias, y responder a un número ó al expresivo apodo de Molino ó otro semejante.

Leopoldo recorrió toda la Francia a cinco leguas y a cinco cuartos diarios; y las cosas notables que vio en su viaje se reducen a mil y quinientas casas de ayuntamiento y a mil y quinientos capitanes de guarnición.

Pobre Leopoldo! excepto Dios la que reposa en la zanja de los pobres, quien sabe que tiene un alma celestial; una imaginación alada, y mil veces mas valor intelectual que el Atala subalterno a quien obedeces? Pobre Leopoldo!

A Leopoldo los dictados de perezo, negligente y mal compañero; a Leopoldo las tareas mas penosas, como traer la carga de leña que desgarró los hombros, el sebo que impregna de mal olor, el rancho quemando que cae sobre los pies, el último puesto en la tienda de campaña, y el hacer centinela en sitios lejanos y peligrosos.

Estando una vez de avanzada en una garganta de los Pirineos donde se hallaba acampado el regimiento, le dejaron

olvidado un día entero: Leopoldo tenía frío y hambre, y las balas le enterraban a sus pies en la nieve, porque nevaba que era una bendición del cielo.

La dieta que irrita los nervios, la exaltación de los recuerdos, y esa especie de orgullo de sí mismo que inspiran un cielo que se toca y una tierra perdida de vista, reanimaron en Leopoldo toda su energía. El Joven lanzó el fusil a tierra, desvainó su sable y empezó a dar tajos y revesses con sus manos azuladas y yertas en los montones de nieve, nivelando anchas esplanadas, destruyendo montes y abriendo brechas. Leopoldo modela, bosqueja y acaba la fabricación de palacios, templos, cúpulas, murallas y bastiones. Por allí marchan los innumerables ejércitos de Alejandro; mas adelante están los de Darío; aquí los griegos, allí los persas; luego los caballos, los leopardos, los tigres; después vienen los elefantes con sus torres, los carros, los soldados armados con fuertes mazas y con dardos rectos, oblicuos, de todas clases, y por último, se ve el choque de la batalla, los claros de la fuga, las torres destruidas, los elefantes arrastrando sus piernas, y Darío alzando sus brazos al cielo.

En medio de esta población que había creado, Leopoldo se paseaba hablando con unos y otros y restando por el poder de su obra.

Cuando llegó la noche se acordó que hacía catorce horas estaba de centinela; se dirigió hacia el campamento, y lo primero que hizo fue llamar a todos sus compañeros para que fuesen a admirar su creación.

Unos creyeron que estaba loco, y otros pensaron que el hambre había estraviado sus ideas. Sin embargo, el otro día, hubo algunos que fueron a verlo.

Pero entretanto el sol lo había destruido todo. Palacios, elefantes, reyes y soldados nadaban en agua: todo ello se había derretido.

Qué lástima de obra!

Los pejes le impusieron un castigo, y por la noche los soldados le cantaron unas canciones burlescas.

Mientras estuvo de guarnición en Madrid, en vez de dormirse en las seducciones del reposo, visitó los museos, y penetró en las misteriosas oscuridades de las iglesias, arrojando su admiración ante los cuadros y estatuas que la piedad cristiana ocultara en ellas.

En la efusión de sus éxtasis, se unía siempre la fe del arte con el sentimiento religioso; y a veces este doble culto era tan íntimo, que llegaba hasta a cometer el sacrilegio de poner al artista al nivel de su piadosa creación.

Por su edad y por sus desgracias, tanto como por la violencia de una profesión antipática a sus gustos, Spencer había llegado a ese modo de la existencia que hay que romper en fin para que la savia corra libremente. Llegaba a esa época de crisis en que el desorden de los sueños, la fatiga de los deseos y el amor a la soledad, hasta entonces demasiado ardientes para producir otra cosa que gritos y dolores, se juntan indisolublemente, atacan una idea, y reasumen en ella todo lo que constituye al artista y al hombre.

El cuerpo de ejército al que pertenecía fue llamado a Francia. En uno de los combates parciales que les daban diariamente las guerrillas españolas, Leopoldo fue herido en el pecho, pero de vuelta en París curó radicalmente.

Al hallarse de nuevo bajo el horizonte de su patria, bajo el encanto de una libertad de inteligencia, tanto mas preciosa para él cuanto mas comprimida se había visto, su alma se abandonó al torrente de sus pasiones. Algunas circunstancias gratuitas hubieron de llevarle a una casa de juego.

Primero se puso a jugar por distraerse, después lo hizo

por costumbre, y al cabo esta pasión se hizo un delirio. Entonces, adios la sencilla felicidad de vivir por el pensamiento, de gustar las delicias de un hermoso sol que ilumina la guardilla por la mañana, y que enciende los cuatro vidrios por la tarde; adios la voluptuosidad de abrir las ventanas a las estrellas, de oír a una altura de doscientos pies el ruido del carruaje tardío que pasa por la calle, ó de ponerse a escuchar las conversaciones que entablan los perros con los arroyos.

Leopoldo necesitó oro para comprar muebles, colgaduras, ricos sillones, suntuosas bordadas, opulentas comidas y hermosas mujeres; y cuando las cartas ó los dados le hayan suministrado tan bellas cosas, reventará los muebles, las colgaduras y la mujer para adquirir dinero, y cuando ya no tenga ni dinero ni muebles, entonces llamará a un ropavejero, que quiera cambiarle por una capa un traje militar para arrojarle al río: esto le basta.

El es quien os espera en la plaza de la Boisa ó en el Palacio Real. Prestadle veinte francos; y sino, cinco; y sino, veinte sueldos, y sino convidadle a echar una copa en la taberna.

Y sin embargo, qué maravillas tan sorprendentes viajan en la mitología de su cerebro, con alas, vistosos colores, espadas, palmas, y diamantes!

Le echan de la posada en donde está: Leopoldo saldrá mañana de su miserable cuarto, situado en la calle de la Calandria, con dirección: no se sabe adonde. Ya tiene arreglado su equipaje que cabe en una media, y la media cabe en el sombrero.

Se sienta al lado de los hortelanos del mercado de los Inocentes, duerme con ellos y come con ellos unas sopas a las tres de la mañana ¡Oh, Juan Goujon!... has visto a Marmontel como llenaba su cántaro a media noche en tu soberbia fuente; pero quien te hubiera dicho que un artista, que un alma hermosa como la tuya, y que un genio que hubiese lanzado tu cántara en los aires y el Sena sobre esa cántara, debía dormir tendido en los escalones de tu monumento!

Spencer admiraba ese vaporoso panorama de los mercados, gentes dormidas, despiertas, que llegan y se detienen en torno suyo, bajo esos pabellones alumbrados con lanternas; observaba aquellas mujeres pálidas y alegres, hostiando contando coches, montando guisantes y bebiendo aguardiente. Aquello era para él la poesía de Oslan, de Teniers y de Rembrandt a un tiempo.

Al despertarse robó una mañana un cestito de rabanos y seis patatas a una verdulera, licencia poética.

Algun tiempo después tuvo lugar la distribución de premios de pintura. Leopoldo salió del Louvre, pero como no tenía un sueldo que costaba entonces el atravesar el Sena, se vio obligado a renunciar al puente de los Artes; subió el mulle y atravesó el puente Nuevo; sin la rapidez de la corriente quizá habría pasado a nado el Sena.

Mucha gente había a la puerta del Instituto; la nobleza, los pintores mas eminentes, las mujeres con plumas, los escritores, entraban, se apeaban de sus coches y tomaban puesto en las banquetas: los jueces se sentaban tambien en aquel momento.

— No podéis entrar por tres razones, le dijo el portero; primera, porque no sois artista; segunda, porque no teneis billete, y tercera, porque venis descalzo. El primero de estos tres motivos de esclusión fue el que le hirió mas gravemente.

Leopoldo esperó al sol el resultado de la ceremonia sentado en uno de los cuatro leones de bronce del Instituto.

to. Primero leyeron un discurso, luego dos, luego leyeron tres; por poco se cae en el pitón de la fuente. Enseguida se oyeron frenéticos aplausos: estaban coronando al artista que había ganado el premio de Roma, y ese artista no era Leopoldo Spencer! Se le fué la cabeza, se rasgó la camisa, echó mil maldiciones á la odiosidad, á la suerte, y se puso en camino para Roma.

¿Cómo fué? Preguntádselo á Gil Blas y á Guzman de Alfarache.

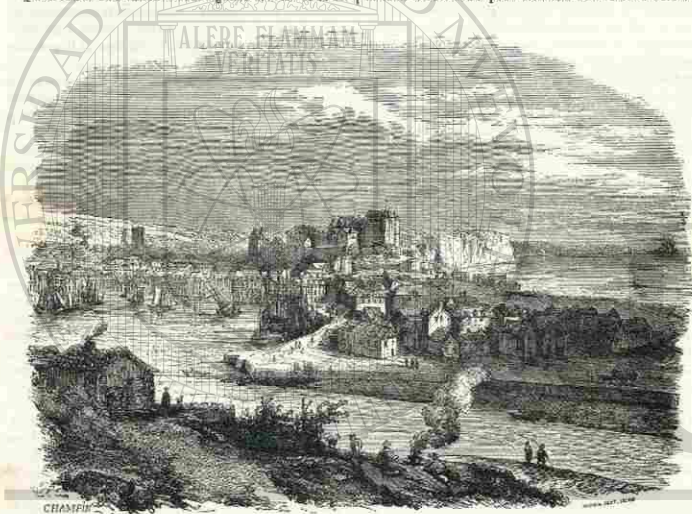
En Roma se alojó en las cuadras del embajador de Francia. Los caballos y los palafreneros no le querían más, porque divertía mucho á los últimos dibujándoles caricaturas. Quiso entrar en relaciones con algunos artistas de la es-

cuela francesa, pero como la mayor parte de estos señores tenían dos camisas y un par de botas y comían buenas lonchas de vaca en la posada del *Divino Urbino*, no hicieron caso de él.

(Se concluirá.)

#### Diepe.

Las escavaciones hechas cerca de Diepe por M. Feret han venido á corroborar la opinion de que en aquellos sitios hubo en tiempo de los romanos una ciudad ó al menos una aldea. Segun todas las probabilidades, esa poblacion se hallaba establecida á poca distancia de la ciudad actual en



CHAMPIN

Diepe.

las colinas que dominan hoy los arrabales de la Barre y del Pollet. Los objetos descerrados en las escavaciones prueban que los habitantes se daban á la agricultura y á la pesca.

Esta poblacion fué indudablemente destruida por los bárbaros. Ignórase su nombre, pues el de Diepe es muy posterior; procede de la palabra *diep*, tomada de las lenguas del Norte, y que significa *profundo*. En un principio se aplicó este nombre al río, y despues se hizo estensivo á la poblacion.

Hasta el año 1000 no se hizo mención ninguna de la ciudad: cincuenta años despues era un lugar poco importante, aunque con un pequeño puerto donde anclaba Guillermo sus buques.

En el siglo XII principió á tomar incremento la poblacion de Diepe, pero en el año 1196 Felipe Augusto que hacia la guerra á Ricardo Corazon de Leon, la tomó por asalto y la destruyó hasta en sus cimientos. Diepe se fué levantando

poco á poco de las ruinas, hasta que á principios del siglo XIII, tomó una importancia singular pasando bajo la dominacion francesa.

En el siglo XIV se fortificó por el lado del mar; se elevó un faro á la entrada del puerto, se acabó la iglesia de Santiago, se construyeron los muelles, y se edificó una casa de ayuntamiento.

Diepe cayó en poder de los ingleses durante la demencia de Carlos VI, pero la perdieron en 1435, y desde entonces su prosperidad fué en aumento. En el siglo siguiente se ejecutaron los principales trabajos de ornato y engrandecimiento, entre los cuales debemos citar en primera linea, el acueducto que lleva las aguas de Saint-Aubin, á dos leguas de distancia, pasando á beneficio de un *tunnel* bajo el río del Scie, y á través de una montaña, cuya base tiene cerca de una legua.

En la época de la reforma, el protestantismo tuvo un crecido número de partidarios en Diepe, resultando de ello

trastornos y desórdenes. Enrique IV cuando se hizo rey de Francia por derecho de conquista y de nacimiento, entró solemnemente en Diepe. Si por todas partes ha guardado el pueblo la memoria de Enrique IV, en ninguna otra ha sido tanto como en Diepe. Se hallan allí tan cerca las llanuras de Arques que atestiguan su valor! Además, hay tantas tradiciones que ponen sus beneficios de manifiesto! Los marineros del puerto de *Pollet* han conservado el privilegio de ponerse el traje de sus hombres de armas en ciertas ceremonias públicas. Un viajero llevado por un rápido esquisé, de la torre de Londres á Diepe, y que despues de haber dejado en las orillas del Támesis los góticos porteros de ese terrible monumento con el uniforme de los guardias de Elisabeth, se despertase en medio de los arqueros del buen rey en las costas de Francia, podría pensar que la eternidad habia retrocedido para él unos doscientos cincuenta años: pediría á los peñascos de Douvres los últimos cantos de Shakespeare, y á los escollos del Calvados los primeros sonos de la lira de Malherbe.

El comercio de Diepe se fué extendiendo tanto que en 1555 sus marinos rivalizaron con los holandeses y los flamencos, y poco despues emprendieron las expediciones del Canadá y de la Florida. Tomas Lambert fué el primero que construyó una habitacion francesa en el Senegal (1657) donde plantó la cruz, estandarte de union de todas las sociedades modernas. Conquistadores de una mar y reyes de una colonia, los sencillos hombres de aquel tiempo se enorgullecian únicamente con la idea de haber extendido los dominios de la fe.

En el mes de junio de 1694 una flota inglesa bombardeó la ciudad de Diepe, y como la mayor parte de sus construcciones eran de madera, las casas ardian como estopa. En vano esperaron los habitantes el desembarco de los enemigos; estos, que segun ha dicho M. Vitet, « querian reducir á cenizas toda una ciudad, por disfrutar del espectáculo de un incendio, » se retiraron cuando hicieron de ella un monton de ruinas. La ciudad se fué alzando de nuevo lentamente; pero estaba tan pobre que no pudo impedir que los guilarras que traian las aguas obstruyeran el puerto. En 1780 se construyeron presas á cuyo beneficio se limpió un poco, y á ellas debe Diepe en el día el ser *provisionalmente* un puerto de pesca, como tambien el que entren en sus ensenadas buques de trescientas toneladas.

#### ORÁN.

TERREMOTO EN 1790.

Orán, la antigua *Madawarum*, la patria de Apuleyo y escuela de S. Agustín, está situada en una bahía de la costa septentrional de Africa, sobre una colina, con puerto bastante cómodo y una fortaleza que la defiende. Los habitantes del pais la nombran *Gubarad* y en otro tiempo pareció que se llamó *Guisa*. Los españoles se apoderaron de ella en 1509 con un ejército que levantó á su costa el cardenal Gimenez de Cisneros, y los moros intentaron tomarla poniéndola sitio en 1556, aunque inútilmente. En 1708 el gobernador, la guarnicion y los principales habitantes, se vieron obligados á abandonar la plaza despues de haber sostenido un sitio de muchos años contra los moros que recibian auxilios de los enemigos del rey D. Felipe V, el que á causa de la guerra de sucesion de España, no podía enviar tropas, y el último socorro que partió para Africa fué

inútil, por la defeccion del conde de Santa Cruz. En 1732 trató Felipe V de recobrar esta ciudad, para lo cual se juntó en Alicante un ejército de 30,000 hombres, al mando del conde de Montemar, y el 28 de junio dió fondo con felicidad en la *playa de las aguadas*, una legua al poniente del puerto de Mazalquivir. Empezó el desembarco el día siguiente y se terminó el 30. Defendian la plaza 22,000 hombres, que por tres horas resistieron con valor los ataques de los sitiadores, y al cabo se vieron obligados á desalojar la plaza y el castillo; y el día 1.º de junio se apoderaron los españoles de la ciudad, y la poseyeron hasta el año 1792. En la noche del 8 al 9 de octubre de 1790, sintiose en Orán á la una y algunos minutos de la noche, un terremoto tan violento, que en tres minutos arruinó la mayor parte de los edificios y quebrantó los demás. Los que ocupaban las alturas, como la alcabazá, contaduría, tesorería, el cuartel y los templos, experimentaron el mayor daño, y estos cayendo causaron la ruina de otros. El terror que se apoderó de los ánimos y la incertidumbre del partido que habian de tomar para salvarse, fué causa de que muchos perdesen; unos se precipitaron por huir, y otros murieron por haberse estado quietos. Al general estremecimiento siguieron por todas partes los lamentos de los que heridos ó medio sepultados en los escombros pedian que los socorriesen, y de otros que no para sí pedian auxilio, sino para sus padres, hijos, amos ó mugeres; mas continuando los sacudimientos tuvieron los que clamaban igual suerte que aquellos para quienes demandaban socorro. Algunos pudieron ocupar varias plazas, pasando por medio de las ruinas, ó lograron llegar á la plaza de armas, que por estar en el centro fué el comun refugio. Era grande allí la confusion, y al mismo tiempo que lloraban la pérdida de los propios que echaban menos, tenían que disponerse para morir á impulso de las repeticiones del terremoto que no cesaba. Acreditaba la afliccion el temor de que el enemigo, siempre en vela, escitado por aquella clamorosa vocería y conociendo el estado de la poblacion, se introdujese por alguna de las brechas que se suponian abiertas en la muralla, y así muchos sujetos procuraron con sus exhortaciones contener los lamentos de tan crecido número de gente, aunque en vano. Buscábase al general, y no habia quien supiese de su suerte: clamaba el pueblo porque se le franquease la puerta de la plaza para refugiarse en el campo huyendo de los edificios que amenazaban desplomarse al mas leve temblor, y no se encontraban las llaves, que con la mayor parte de la casa del general, yacian bajo las ruinas de la iglesia mayor: buscábase herramientas, ya para franquear las puertas, ya para socorrer á los sepultados en los escombros, y no se encontraban en parte alguna: llamábase operarios y ninguno parecia, con lo que reclusos á vista de la muerte sin poder evitarla, atormentaba á aquel desgraciado pueblo el mas prolongado martirio.

Llegado el día se pudo averiguar que el comandante general habia fallecido con toda su familia, y al momento se encargó del mando el oficial que habia quedado inmediato en graduacion. Este, dando las providencias que aquel lamentable estado reclamaba, mandó conminar con pena de muerte á todo el que robase; destinó á los confinados, que por la ruina de los cuarteles andaban libres, á un sitio para contenerlos y emplearlos; repartió patrullas de desterrados y de soldados por las calles, para que socorriesen á los que encontrasen vivos y recogiesen á los difuntos; pero apenas habian principiado á ejecutar su encargo, cuando repitiose varias veces el terremoto y desplomándose las casas que

aun estaban en pie, tuvieron que retirarse quedando sin efecto la providencia.

Mejor resultado tuvo la disposición de que bajasen á la ciudad los operarios de la maestraza, pues con su venida se franquearon las puertas y se evacuó la ciudad, saliendo las gentes al llano llamado de la Horca, donde se presentó el lastimoso espectáculo de tantos heridos y estropeados, que tuvieron que permanecer á la inclemencia y carecer de medicinas, y aun los facultativos que vivían estaban heridos. Aumentaba el conflicto la distancia de la costa, el temor del enemigo y la falta de alimentos, porque si bien había harina, faltaban bornos para coger el pan, y fué necesario construirlos inmediatamente fuera de poblado.

Halláronse abiertos algunos puntos de la muralla y castillos, pero no tanto que dejasen de prestar la defensa necesaria. Se dispuso colocar á los heridos en las cuevas de la marina, único sitio que se discursó pudiese servirles de albergue, áunque sin otro auxilio que el corto alimento que algunas personas caritativas pudieron sacar de entre los escombros. A fin de atender á la subsistencia del pueblo, se destinaron algunos pañaderos á Mazalquivir para que desde allí lo surtiesen en lo posible. Se determinó impedir la entrada en la ciudad á toda clase de personas, y distribuir patrullas para llevarlo á efecto; pero no fué posible, porque se ocultaban entre los escombros y edificios medio armados.

Los muchos confinados, que libres por necesidad estaban hambrientos, y la tropa que sufría de continuo grande fatiga, estaban exánimes y poco dispuestos por tanto á resistir una acometida del enemigo. La destrucción de las casas, el fácil paso que las ruinas daban á la plaza por varias partes de las que miran al interior y la imposibilidad de remediar este mal y defender los puntos menos interesantes, puesta toda la atención en los que miraban al enemigo, ofreció ocasion á la gente de mala vida para que se entregase al saqueo de las casas principales y ricas que estaban abandonadas, y todo el rigor que se dispuso no fué bastante para evitar este daño.

Apenas amaneció, se presentaron los enemigos en las eminencias próximas para conocer la situación de la ciudad, que ellos creían aun mas apurada todavía, y así se determinaron á intentar si podían hacerse dueños de la plaza. Con este objeto, apenas apareció, empezaron á hacer tentativas acercándose por todos los flancos de la plaza, acercándose á Tremecen hasta la Campaña; que en aquel tiempo estaba arruinada, castillos de Santa Cruz y San Gregorio torre del Nacimiento, y aun á la misma línea.

No había en la plaza mas que 4,26 hombres de tropa que pudiesen tomar las armas, y con ellos se guarnecieron todos los puntos arriegados, haciendo ver á los moros que no estaba la ciudad tan indefensa como creían. Mas como los tormentos continuaban causando muchos estragos, y las torres de las huertas no podían guardarse por su mal estado y falta de gente, continuaron los moros hostilizando la plaza de día y de noche, repitiendo sus tentativas vigorosamente, de modo que destruyeron con picos y otras instrumentos las puertas de las torres, sin que pudieran arruinarlas por impedirse los fuegos de la ciudad; pero molestaban mucho á los infelices habitantes que permanecían sin abrigo contra los tiros, lo que aumentaba en gran manera aquella miserable situación. Construyéronse baterías en los llanos de la Horca y San Felipe, colocando en ellas artillería, que se sacó de otros puntos menos importantes; se reforzaron las brechas, ya separando escombros y profundi-

zando los fosos, ya formando salchichones con la mayor actividad, y esto sin embargo de la escasez que padecían los trabajadores, y al fin se consiguió ponerse en el mejor estado de defensa para recibir al bey de Mascara, que con unos 40 á 12,000 hombres y alguna artillería se presentó en un gran campamento. Empezaron sus escaramuzas, y todos los días reconocían el campo de los españoles, pero sin mucho empeño, hasta que el 21 de octubre emprendieron muy de mañana un ataque general contra la torre del Nacimiento, avanzando á ella por el barranco llamado de la Sangre, de modo que llegaron hasta sus muros, y arrojando escalas intentaron tomar la fortaleza. No bastando para impedir esto los fuegos de los castillos, determinó el comandante que las partidas de fusileros y los confinados hicieran una salida, lo que ejecutaron con el mayor arrojo cogiendo las avenidas del barranco y apostadero de San Carlos, y cargando intrepidamente contra el enemigo, lo desalojaron con mucha pérdida de su parte, y quedaron los españoles dueños del campo, habiendo sido mayor la mortandad de los moros por el empeño que pusieron estos en recoger los cadáveres.

Desde este día empezaron á notarse varios trabajos del enemigo, pero sin molestar la plaza, hasta que el día 23 al amanecer dispararon algunos cañones y granadas, que aunque no hicieron daño, dieron mucho cuidado porque su batería dominaba el campamento de los españoles; mas en el discurso del día disparando con mas acierto, lograron arrojear algunas balas en el campamento de los españoles, por lo que estos se retiraron de noche al castillo y fosos de Rosalezar, dejando las tiendas para que los moros no echasen de ver esta novedad.

Continuaron los enemigos haciendo fuego en los días siguientes, y aun se sospechó que intentaban hacer una mina contra el castillo de Santa Cruz, por lo que se hizo una salida y reconocimiento, y se encontró un principio de mina con diez ó doce arrobas de pólvora en cueros de cabra, que se recogieron, y se deslizo enteramente la obra principal.

El día 26 intentaron los moros un nuevo ataque á la torre del Nacimiento, creyéndola mas fácil de tomar, y con intento de coger á los españoles entre dos fuegos si intentaban otra salida; pero estos sin salir los rechazaron vigorosamente desde los fuertes y escadadas. Guardáronse los enemigos en las torres de las huertas y acometieron con extraordinario ardor de 18 á 20,000 hombres, en cuya muchedumbre hizo el fuego de los españoles indecible estrago, resultando heridos solamente un corto número de soldados.

Escarmentado el bey con este suceso, principió á mover su campamento y retirar la artillería, distinguiéndose desde el castillo de San Andrés que se llevaban una grande escala que tenían prevenida. Entonces, considerando no haber riesgo, salieron los españoles y quemaron los espaldones enemigos, recogiendo algunos pocos utensilios abandonados por los moros.

Pasado este peligro, y pudiéndose ya atender á remediar los pasados y tomar conocimiento del estado de la población se halló que habían perecido en aquella terrible catástrofe unas 3,000 personas. El gobierno, sabido el estado de la plaza, mandó á los regimientos de Mallorca y Córdoba para aumentar la guarnición; pero al cabo resolvieron abandonar la plaza en 1792, estinguendo con la regencia de Argel que sería en adelante privativo de España el comercio de Mazalquivir, que consiste en frutos del país, granos, carnes, lanas, cueros, cera y alpeste, satisfaciendo 142,000

reales anualmente por esta gracia. Es problemático si la conservación de Orán y Mazalquivir sería mas útil que gravosa á España bajo el concepto económico y militar.

Orán es el día pertenecía á la Argelia, y es uno de los tres distritos militares en que está dividida esta colonia francesa, siendo los otros dos Argel y Constantina.

Se cree que el arte de hacer calceta no se inventó hasta el reinado de Francisco I de Francia. Su hijo Enrique II se presentó en la boda de su hija con las primeras medias de seda que se vieron en aquel país. El autor, sin embargo, de los telares de medias, es desconocido. Los franceses pretenden que también esta gloria industrial les pertenece, y que aquel existía en el reinado de Luis XIV, á quien fueron presentadas las primeras medias que fabricó. A propósito de esto, hay quien cuenta que los boneteros de París, temiendo el perjuicio que esta invención podía acarrear á su comercio, sobornaron á una ayuda de cámara, quien antes de presentar las medias al rey les cortó algunas mallas. Rompiéronse y fueron en carreras por consiguiente las medias la primera vez que el rey se las puso, y el inventor perdió el premio que merecía. Despechada pasó á Inglaterra y organizó en aquel país el primer telar de medias. Los ingleses sacaban tan gran partido de esos telares, que prohibieron, bajo pena de muerte, su exportación de la isla. Un frances, sin embargo, llamado Juan Hindies, llevó de Inglaterra á Francia en 1658 un telar, que sirvió de modelo para la primera fábrica que en aquel país se estableció. ¿Pero quién trajo esta útil invención á España y en qué tiempo? Aquí no nos cuidamos mucho de investigaciones arqueológicas: el hecho es que la trajeron, y que la gastamos. ¿Pero qué queremos saber mas?

#### CANTOS POPULARES DE SUECIA.

LUCIA.

Todos bailan en la isla de Turian, y Lucia, la linda jóven, está en la fiesta.

El rey baila y Lucia canta. ¿Qué le cantarán á Lucia?

— Le cantarán esto: « Lucia no saldrá doncella de la isla de Turian. »

— Olof, hermano mio, ayúdame, defiende mi honor.

Olof se viste una armadura y se bate como un hombre. Se bate como un hombre; la sangre corre por su frente. Deja caer su armadura.

— Querida hermana, defiéndete tú.

Lucia coge una espada y mata treinta guerreros del rey. Llega el rey á saberlo, y exclama: ¿Cuál de mis súbditos ha hecho tantas muertes?

— No es ninguno de tus súbditos quien las ha hecho, sino una mujer.

El rey estrecha á Lucia entre sus brazos; la da la corona y el nombre de reina.

El nombre de reina no es malo de llevar; dichosa la doncella que le adquiere honradamente!

Nada excita tan poderosamente la virtud como los grandes ejemplos que proporciona la lectura. César vertió lágrimas porque su nombre era todavía desconocido á la edad en que Alejandro había conquistado la mayor parte del universo. Las alabanzas de Aquiles alentaron el valor de Alejandro; Escipión Emiliano pensaba continuamente en formarse según el retrato de Ciro, trazado por Genofonte,

bruto por las lecciones que encontraba en la historia de Polibio, y el emperador Juliano tomó por modelo á Alejandro y Marco Aurelio Antonino. Carlos V no perdía de vista las instrucciones de Felipe de Comines, y el cardenal de Richelieu quería imitar al cardenal Cisneros.

#### SAN PEDRO DE CAEN.

Qué otra cosa es mas digna de excitar la admiración y entusiasmo que esos antiguos edificios consagrados á Dios, y á cuyos pies cede la fortaleza humana? Para que las horrascas exteriores penetren ahí, se necesita una de esas épocas revolucionarias, raras en los fastos de la historia, donde todo vacila y todo tiembla desde la libertad hasta la religión.

Entre los mas bellos monumentos del período ogival, tan rico para la Normandía, se distingue la iglesia de San Pedro de Caen, situada en el barrio llamado antiguamente *Darnetail*, que significa *calle* en lengua sajona. El edificio llevaba también el nombre de Darnetail.

Después le dieron sucesivamente los nombres de *San Pedro del Castillo* y de *San Pedro del Rio*, á causa del castillo fuerte que hay allí y del rio vecino. La fundación del templo que precedió al que admiramos hoy, data del siglo VII; para construir la iglesia actual fueron precisos muchos siglos.

El coro, adornado con gusto, y que presenta esculturas, lo mismo que la nave, maravillosamente acabadas, data de los últimos años del siglo XIII; la nave fué terminada á principios del XIV.

Hacia la misma época se levantó esa torre tan elegante como majestuosa que descansa sobre cuatro gradados pilares que jamas han succumbido bajo su enorme peso; tiene ocho torrecillas caladas de donde se eleva esa flecha tan grande, derecha y aguda que no tiene rival en belleza.

No se ha conservado el nombre de su constructor; solo se guarda en la memoria el de Nicolas Langlois, vecino del Caen y tesorero de la iglesia; pero se ignora el nombre de arquitecto, que sin embargo, según la espresion de De Bross, *no debia haberse omitido*.

Esa torre se halla en el ala derecha del edificio, dominando un pórtico edificado en la misma época. Antiguamente estaba adornado con estátuas, pero últimamente, bajo el pretexto de restaurarle, ha sido indignamente mutilado. Sin embargo, le han puesto dos hermosas columnas ogivas tan propias del culto católico como del estilo general del edificio.

En 1834, se llamaba *portal nuevo* el que conduce directamente al altar y da á la plaza de la antigua *Panadería*. Allí se ven representados los principales hechos de la vida de san Pedro, en bajos-relieves, que han desaparecido con tantos otros objetos de arte; bajo el martillo destructor de aquellos hombres que tenían miedo de una imagen, que se despreciaban contra una reliquia, y no comprendían que esos monumentos de épocas sucesivas, esos diversos emblemas, eran los testigos auténticos, la historia del pasado.

En el siglo XV se edificaron sucesivamente las dos alas. Las bóvedas, que son quizá una de las mas bellas obras del Renacimiento, fueron hechas en 1521 por Hector Sollier, arquitecto de Caen, que construyó también las capillas del coro, obras maestras en su género.

En agosto de 1473, los tesoreros de San Pedro obtuvieron de Luis XI la autorización para estenderse hacia el Rio con el fin de terminar el monumento.

Antes de la revolución, el techo de la iglesia se hallaba cubierto de plomo; pero cuando la Francia se vió inundada de enemigos, y que por todas partes, el hombre, el niño, y el anciano se alzaron en masa para rechazar la fuerza con la fuerza, el genio del patriotismo inventó recursos para suplir las municiones que faltaban; con la cubierta del techo de ese hermoso edificio se fabricaron balas para arrojar al invasor lejos del territorio de la Francia.

En suma, la iglesia de San Pedro de Caen, tal como se halla en el día, á pesar de las restauraciones exteriores é interiores, con sus calados, sus festones, sus guirnaldas, sus encajes, sus rosetones y sus agujas, á pesar de las mutilaciones del tiempo y de los hombres, es una de esas obras maestras de la arquitectura ogival, digna del pincel de los pintores, del estudio de los anticuarios, del canto de los poetas y de la admiración de todos.



San Pedro de Caen.

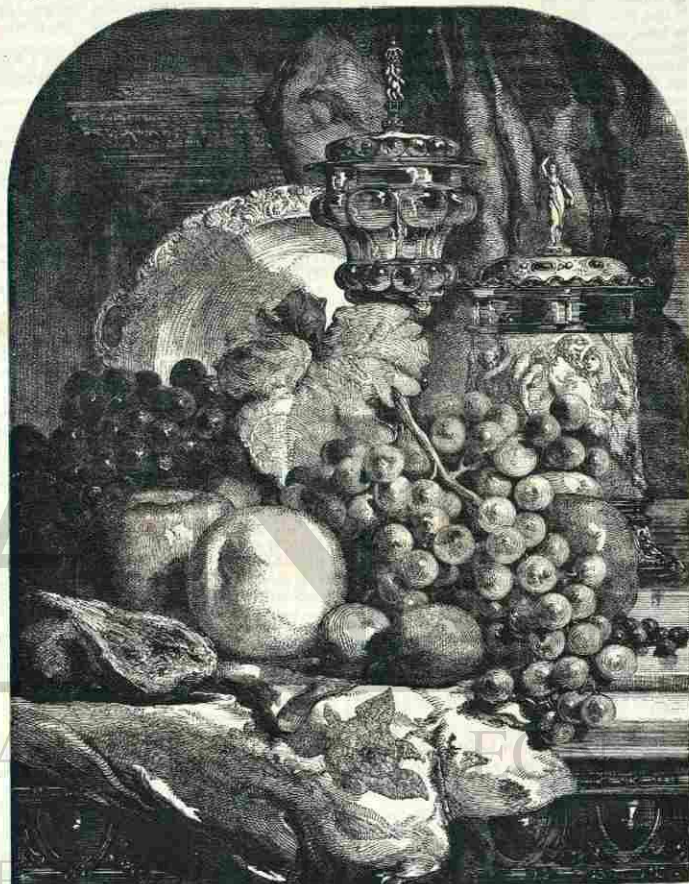
Una pluma mas diestra que la que traza estas líneas describiría con sus nombres técnicos las gigantescas bóvedas, los arcos y naves del edificio; pero nosotros nos limitaremos á este bosquejo añadiendo únicamente que entre otras mil curiosidades de detalle, son notables los capiteles de uno de los últimos pilares de la nave, á la izquierda, donde se ven muchos asuntos sacados de las crónicas de la ciudad media.

Qué hermoso es errar bajo esas bóvedas silenciosas en las últimas horas de la tarde! Qué hermoso es meditar en medio de la nave, cuando se ha callado el órgano, cuando ya no queda mas que un corto número de fieles delante del altar y cuando los últimos resplandores de la tarde se confunden con los pálidos rayos de las lámparas! Entonces el

alma se desprende de todo lo que tiene de humano; olvida las ambiciones, las ofensas, se une á Dios, ora, espera y ama. Aunque se entre en ese santo lugar con preocupación ó indiferencia, se sale siempre conmovido y confiado en el porvenir, porque aquel á quien hemos hablado nos responde palabras de consuelo.

¡Ah! conservemos esas santas basílicas, grandiosa realización de una inspiración cristiana, que nos fueron legadas por nuestros padres y que debemos legar á nuestros hijos. El hombre no es mas que un depositario de esa herencia eterna; si se atreve á alterar esas elocuentes leyendas de piedra, es un robo que comete al pasado, y al porvenir que cuenta con esas páginas históricas.

UN FRUTERO, POR M. LAUCE.



Dibujo de Guilbert, copiado del cuadro de Lauce espueño en Londres en 1850.

Las flores y las frutas lisonjean nuestros sentidos por el color y las formas y despiertan en nosotros mil imágenes encantadoras. Un conjunto de ideas involuntario nos transporta, al verlas, en medio de los campos, al aire libre, en medio de un hermoso día y á la sombra de los arroyuelos. En este cuadro, como sucede siempre, lo que nos encanta no es tanto la cosa representada, como todas las confusas

reminiscencias que provoca. Las obras de arte no tienen por objeto engañar nuestros ojos por medio de una imitación bien hecha, sino que deben evocar en nuestra imaginación todo un mundo de ilusiones. Mil veces se ha repetido hablando de los libros; que lo que mas nos agrada en ellos es que dan margen á la reflexion, lo que mas nos agrada es lo que se lee en los blancos de las líneas impresas. Lo

mismo sucede con la pintura, lo que mas nos atrae es la naturaleza y la multiplicidad de las imágenes que la obra del artista nos suministra.

Aquí, además de esas flores transformadas y convertidas en frutas, además de esos primores de platería, además de esos muebles y esos paños en que el pincel secundado por el buril han agudado toda su habilidad, hay en el conjunto una elegancia espumante tan propia para seducir el pensamiento como la mirada: es una especie de símbolo de la abundancia y del arte, una muestra de lo que puede la inteligencia humana ayudada del poder divino.

En todas las épocas y en todas las naciones se han señalado las relaciones que aquí señalamos. Los artistas han colocado siempre en sus composiciones las flores y las frutas, mezcladas con las mujeres y los niños, esas gracias vivas de la creación. Las flores y las frutas han llenado el cuerno de Cibele y de Pomona; se han visto esculpidas en mármoles y bronceos, y sus formas han servido hasta para los ornatos imaginarios, como se ve en las cornisas de los palacios, en las columnas de los templos y en los porticos de las estatuas.

Las frutas han suministrado inagotables temas a la fantasía del arte. Entre la flor y la concha, las frutas reúnen todo lo útil y lo agradable. Nada en ellas recuerda afeos groseros; parecen hijas del fresco rocío y no de laboriosos sudores; no despiertan en nosotros más que ideas de perfumes y de placeres; en una palabra, son nuestros alimentos menos materiales, y la mas útil de nuestras superfluidades.

LEOPOLDO SPENCER,

por

LEON GOZZAN.

(Verse la pág. 361)

Algun tiempo después entabló conocimiento con una hermosa toscana á cuya casa habia ido á barnizar dos cuadros. La Felicina, tal era su nombre, quería mucho á los artistas, y se propuso proteger á Leopoldo, mas con la condición de que nunca se mezclaría en las conversaciones cuando se hallase reunido en su casa lo mas selecto de la pintura. Leopoldo aceptó la condición y al punto obtuvo allí una vivienda.

Cuánto debió sufrir! Entre aquellos ilustres pintores habia unos que pasaban el tiempo en hablar muy mal de otros en vez de criticar con sus obras á sus enemigos; otros lo pasaban haciendo contorsiones ante la amigüdad y juramento por Apolo, Paganoni!

Estos estaban por David, aquellos por Rafael; veianse otros que habian pasado veinte años de su vida haciendo perfidos roscos, grandes pites, y paños perpendiculares.

Los mas jóvenes se atrevian á creer que no todos los asuntos modernos eran dignos de desprecio. Sin embargo, no manifestaban mucho aprecio al natural, sin el cual, no habia belleza posible para ellos: habrían sido capaces de representar desnudo á Pedro el Grande atravesando el Volga: en Rusia!

Los mas atrevidos llegaban hasta la coraza, pero ahí se detenían; el desnudo ó el acero, pero jamás el algodón ni el paño.

En pos de estos grandes astrós se arrastraban los satélites, los que coplaban, hablaban, echaban pestes contra el

maestro, y se arrojaban en su presencia, se hacian bajo relieves á sus pies; y por último cerraban la marcha las medallas históricas, los que hacian cuadros históricos, y paisajes históricos, esos respetables paisajes con peluca y toga, cuyos árboles parecen alcaldes de aldea.

Pobre Spencer! No solamente estaba obligado á llevar las liras y á dar de beber á aquellos hombres, sino que estaba obligado á callar delante de ellos!

Pero un día se le acabó la paciencia.

Los escultores y pintores celebres de aquel tiempo celebraban su conciliabulo acostumbrao en casa de Felicina. Trábase aquella noche de un monumento que el papa iba á dar por oposición: el sepulcro del Dante. Qué asunto de discusión tan maravilloso!

Los mas doctos hablaron los primeros, manifestando que el poeta florentino debia estar de pie, con una corona de espigas y un libro en la mano entre la Italia presentándole una espada, y la Poesía ofreciéndole una palma de mármol.

La idea excitó un aplauso unánime de entusiastas.

Un hombre grande pensionado por el emperador de Austria y condecorado por el emperador de Rusia, sostuvo que el Dante debia estar sentado en un sillón académico, porque los poetas no acostumbrao á trabajar de pie.

El pensamiento hizo delirar á toda aquella gente.

Llegó una tercera celebridad pretendiendo que era desahogado el ponerle un libro en la mano, por la razon de que este libro ó era suyo ó de otro; en el primer caso, el incidente seria humillante para el poeta, y en el segundo era suponer que parecia de modestia el Dante.

La reflexion pareció tan sublime que todo el mundo se quedó atónito de asombro.

Pero, qué se pondría en vez del libro?

Los mas atrevidos respondian: una lira, un arpa, una trompeta, la de la fama.

Mas como cada uno citaba su instrumento se empeñaba por eso mismo en que prevaleciera el suyo. Spencer, que durante esta conversacion experimentaba sudores en la frente, exclamó con voz de trueno:

— Con que no hay en la vida del poeta ninguno de esos rasgos característicos del hombre? Dante fué escritor, soldado y teólogo. Cuando no podia sostener un argumento con la punta de una espada, aguzaba un verso, le enrojecía en el horno encendido de su cabeza y mataba.

— Escuchad! Silencio!

— Gansado el Dante de la monotonía de sus inspiraciones, distraído por un amor de quince años y por el ruido de la guerra civil de los guelfos y gibelinos, quiso escribir en sí una exaltacion superior á la que hasta entonces habia experimentado. Ni las caricias de Beatriz, ni el brillo del sol florentino, pudieron poner en movimiento aquella imaginacion poderosa; quiso conocer el amor como se siente en el cielo, y el dolor tal como se sufre en los Infiernos; en la tierra se hallaba lejos de un ideal semejante. En historiador de Bolonia cuenta que tomó un narisito tan violento que por espacio de veinticinco horas se quedó totalmente atetargado, y cuando despertó, dijo estas palabras: *Fengo del inferno! acabo de verlo!* Porqué no se ha de elegir ese momento para representar al poeta de la *Divina Comedia*? Qué portento se podría sacar de aquella cabeza adornada por donde van pasando uno tras otro los círculos malditos de los condenados! El conde Ugolin, Manfredi el escocogodo, y Farinata en pie sobre su tumba con la risa desconpuesta de los que se consumen en las llamas! qué

poesía de espanto y de desesperacion podria escapar el cincel del artista en los labios convulsos, en los ojos entreabiertos y en el oprimito pecho del poeta! ¿Se quiere un grupo? no hay mas que poner á Beatriz al pie del grupo esperando á que se despierte, provocándole á volver en sí con sus gritos, sus desesperacion y sus lágrimas! Des instantes tiene en que escoger el artista; el uno cuando el Dante sueña en el Infierno, y el otro cuando se encuentra con Beatriz al abrir los ojos. Qué contraste tan admirable el de estas figuras! una caliente todavía por la vision, y otra hermosa y atenta! Humanidad, poesía, ideal, todo está ahí; venga un cincel, que voy á sacar sangre de un mármol.

— La Felicina se levantó furiosa, hizo un ademán expresivo á Spencer, y los criados le arrojaron á la calle.

Le habian echado!

Apénas habia andado veinte pasos, cuando un hombre alto, desconocido, de figura veneziána, corrió á él, le abrazó llorando, y le dijo:

— Os he oído, y lo he comprendido todo; habeis llorado, sois artista; sois un gran escultor, vuestros ademanes cortaban el mármol. Yo tambien trabajaba mientras hablábais. Los dos estamos cubiertos de polvo; sois pobre, pero yo soy rico; antes de que salga mañana para la corte de Toscana, tomad estos cincoenta lises: Adios, hermano mio; no os olvidaré nunca.

Mucho trabajo le costó á Spencer el volver en sí de tantas emociones. Le habian echado de la casa; pero qué era aquello comparado con el gozo infame de que un hombre hubiera comprendido sus palabras? El hombre que ha sido comprendido, Dios mio, es el hombre devorado por el hambre, ajado y despreciado por la muchedumbre y á quien consuela una mujer diciéndole «to amo. Tienen que ocer feo, repugnante, que tienes mil defectos, y te amo! Has tenido que robar para vivir; la ley te ha declarado infame, y el verdugo te ha puesto un sello de ignominia, y yo te amo, te amo! Estás salvado!» El artista comprendido es un hombre semejante.

Estas reflexiones iba haciendo Leopoldo cuando oyó el ruido de un cuerpo sumergiéndose en el Tiber; se arrojó al agua y sacó á una mujer, á una jóven.

— Porqué habeis intentado ahogaros?

— Porque no tengo dote para casarme.

— Y la quereis?

— Seria el único medio de poner un sustituto á mi novio que ha caído soldado.

— Ya podiais haberlo dicho antes. Antes de tirarse al rio, se debe andar todo el puente; quien sabe si la fortuna está al otro cabo? Aquí la tenéis; ya podéis casaros; llamao á vuestra primera criatura Maria, si es una niña, y Leopoldo sí es un muchacho.

Y al decir esto entregó á la jóven la suma que acababa de recibir.

Todavía se acordaba de su tenura. Pero ay! se pasaron dos años y Leopoldo no hizo nada, dos años que vivió á expensas de los artistas de Roma. Todos los días á las doce se paseaba por la plaza de la Anonziata con un perro cuyo amo que era un jóven artista, se habia muerto en sus brazos. El perro y el vivían á costa de la escuela; mas de un viajero lo sabe.

Después del juego, después del amor, después de la bajeza, después de la bohemía, vino la embriaguez, porque solo en el vino podia hallar Leopoldo un consuelo á sus ilusiones perdidas, y á sus males.

A pié lo mismo que habia ido, se volvió de Roma á Paris. Oh! entonces, hizo el juramento de llevar en adelante una vida arreglada, de trabajar con método en su arte. De este modo todos le estimarian y le prodigarían alabanzas: el arte que hasta entonces habia sido para el un objeto de adoracion se cambiaria en un medio de hacer fortuna, y puesto que habia disipado su juventud, pasaria una vejez opulenta.

La vejez! triste pensamiento! Spencer se miró en un espejo, y se vió cubierto de arrugas, sin dientes, con los ojos apagados y los cabellos canos!

Spencer se acabó! Ah! cuántas vibras le mordieron el corazon, aquel corazon de fuego del que no habia podido sacar sino cenizas!

Un día sombrío del mes de enero, abatido por el frío y el hambre se tendió sobre un miserable jergon donde dió el último suspiro.

Spencer fué enterrado en la zanja de los pobres, á espensas de la villa.

Al día siguiente de su muerte una carta llegada de Venecia, con el sello de cien países diferentes, recibida y devuelta por todas las oficinas de correos llena de rasgos negros, azules y rojos, llegó por fin á la miserable guardia del artista.

El comisario de policía del barrio que la abrió leyó en ella los siguientes renglones:

«Voy á morir sin haber acabado mi *Grupo de la Religión*, que es la obra que me cuesta mas afanes. Me han hablado de Thorwaldsen, pero Thorwaldsen como buen alemán, tiene mas genio que calor; no le he querido aceptar. Os prometo que no os olvidaría la noche que os arrojaron de casa de la Felicina. Solo hay un hombre en Europa digno y capaz de acabar mi grupo, y ese sois vos, venid, Spencer, venid y moriré contento.

« Adios, hermano mio!

« CANOVA. »

## EL ABAD DE SAN GALLI.

ANECDOTA TOMADA DE UNA LEYENDA ALEMANA.

En tiempos antiguos existian un emperador y un abad. El emperador pasaba su vida entera dedicado á los trabajos de la guerra, durmiendo sobre las rocas, expuesto á todos los rigores de las estaciones y á las asechanzas del enemigo, sufriendo el frío, el calor, el hambre y la sed como el último de sus soldados, y comprando al precio de su sangre y de sus sudores la prosperidad de que gozaban sus estados.

El abad, por el contrario, se daba una vida de príncipe.

El emperador, enemigo declarado de la holgazanería, trató de divertirse con el abad, y un día, seguido de numeroso séquito, pasó por cerca del monasterio y le divisó paseándose por delante de la puerta. No bien le hubo visto se acercó y le habló de esta manera: «Cómo te va, siervo de Dios? parece que los ayunos y practicas religiosas no te prueban mal; necesito venir á hacer penitencia contigo. Sé que cumples perfectamente tus obligaciones, pero que al mismo tiempo pass algunos ratos sin hacer nada, y así, si no te incomodas, no estará demás que te dé otra ocupacion. Como eres una persona muy inteligente en todo, y como tus conocimientos llegan hasta el punto de saber dis-



tinguir en el olor los diferentes vinos, voy á poner á prueba tu sabiduría y hacerte tres preguntas que podrás resolver fácilmente. La primera es la siguiente: cuánto puedo valer sentado en mi trono con toda la majestad de mi rango, adornado con mi corona, manto y cetro. La segunda: en cuánto tiempo puedo dar á caballo la vuelta al mundo. La tercera: que adivines mi pensamiento; pero que este sea al mismo tiempo equivocado. Te concedo un plazo de tres meses para contestarme, y si en dicho término no lo haces, desgraciado de tí! te destituyo de todo y te hago conducir por el reino, montado de espaldas en un asno, con un cartel sobre ellas.

El emperador, en cuanto acabó de decir esto, se marchó riéndose á mas no poder; el pobre abad quedó como anonadado. Por la primera vez de su vida la zozobra y la inquietud se habían apoderado de su corazón. Después de haber vuelto un poco de su primer sobresalto, procuró de poner los medios para salir de tamaño apuro. Al efecto envió espreso á todas las universidades, academias, institutos y sinagogas, prometiendo grandes recompensas á los doctores, filósofos, astrólogos, alquimistas, teólogos y charlatanes, pero ni las universidades, ni las academias, ni los institutos, ni las sinagogas, ni los doctores, ni los filósofos, ni los astrólogos, ni los alquimistas, ni los teólogos, ni los charlatanes supieron resolver ninguna de las preguntas.

Sin embargo, el tiempo corría y el término fatal se acercaba, y el pobre abad, que ni dormía, ni comía, ni había, ni aun siquiera hablaba, comenzó á adelgazar extraordinariamente; su habla había crecido en extremo, su tez estaba descolorida y su frente cubierta de arrugas. La alegría no era ya el patrimonio de sus conversaciones; la sonrisa no brillaba en sus labios, la esperanza no residía en su corazón; aborrecía toda clase de sociedad, y únicamente encontraba algun placer en la soledad de los bosques. Un día que abrumado de la tristeza vagaba por el campo dando suspiros sin fin, tropezó con el cabrero del monasterio, quien acercándose á él respetuosamente le dijo:

— Señor abad, ¿qué tiene su reverencia? Su reverencia no es el mismo de antes, y cada día se va quedando más delgado. ¡Oh! estoy seguro de que le ha sucedido alguna cosa particular.

— Ah, mi buen Percio! respondió el abad figurate que el emperador ha jurado mi muerte. Tengo que contestarle á tres preguntas que me ha hecho, y ni el mismo diablo podría resolverlas acertadamente.

— Decímelas si os place, señor abad; tengo curiosidad de saberlas.

— Oyelas. Es preciso que le diga, primero, cuánto puedo valer sentado en su trono, adornado de su corona y cetro; segundo, en cuánto tiempo puede dar la vuelta al mundo á caballo; y tercero, que le adivine su pensamiento, que debe ser equivocado.

— ¿No es mas que esto? dijo Percio; pues dejadme á mí, que yo os sacaré del apuro: prestadme vuestra sotana, vuestra capilla y vuestra cruz de oro, y yo me encargo de dar al emperador las respuestas que desea.

El abad, loco de alegría, le abrazó llamándole su mejor amigo, su ángel guardián, y hasta su salvador. Percio se vistió en seguida los hábitos del monje y se presentó al emperador, quien estaba sentado en su trono con la corona puesta y su cetro en la mano.

— Vamos, señor abad, dijo este, contestadme á la primera pregunta.

— Nuestro señor Jesucristo fué vendido por treinta dina-

ros, dijo Percio, y por mucho que sea el mérito de V. M. no puede pretender valer tanto; así pues, le taso en veintinueve dineros; y creo que la vanidad de V. M. no se dará por sentida.

— Hem, dijo el emperador; la razon no puede ser mejor, y rebaja en gran manera mi orgullo; no hubiera podido creer que fuera capaz de humillarme como lo ha hecho. Pero ahora me dirás: ¿en cuánto tiempo puedo dar la vuelta al mundo á caballo?

— V. M. no tiene mas que montar á caballo sobre el sol, y apuesto mi cruz y mi abadía á que hará el viaje en veinticuatro horas.

— Ah, dijo el emperador, no está mal contestado. Pero pasemos á la tercera, y cuidadito que si no contestas pronto, te condeno al paseo sobre el asno. ¿Qué cosa estoy pensando en este momento que pueda ser un error?

— V. M. piensa que soy el abad de San Gall.

— En efecto, contestó, es verdad.

— Perdonad, señor, pero V. M. está en un error. Yo no soy el abad de San Gall.

— ¿Qué me dice?

— Soy su cabrero.

— Y bien! si tú no eres el abad, lo serás en adelante, puesto que lo mereces mejor que tu amo, el irá á pasearse en el asno. De este modo aprenderá á pasar una vida menos ociosa y á deshonrar su clase.

— Por favor es pido que vuestra burla no llegue hasta ese caso. Yo no sé leer ni escribir, y soy ya demasiado viejo para estudiar! Dejad que me llamen Percio como hasta ahora.

— Es una lástima, dijo el emperador; tú eres digno de mejor suerte; pero al menos pídemle alguna gracia, por la cual pueda probarte la satisfacción que acabo de recibir.

— El solo favor que quiero es que V. M. perdone á mi amo.

— Vive Dios que te admiro! dijo el emperador: tienes un corazón tan generoso como despejado es tu entendimiento. Concedo el perdón á tu amo; pero con la condición de que te ha de dar una pensión vitalicia, y de que has de vivir y comer á sus expensas. Si él usurpa el lugar que te pertenece, justo es que te dé una indemnización.

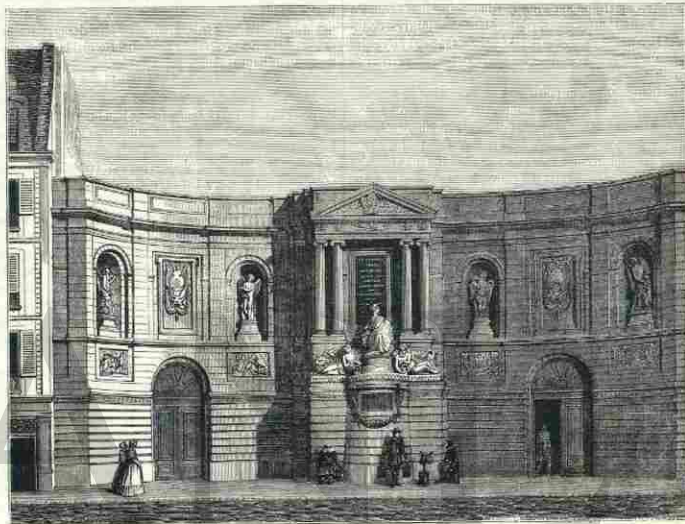
#### FUENTE DE LA CALLE DE GRENELLE EN PARIS.

Entre el célebre número de monumentos que se construyeron en París durante el reinado de Luis XV, que merecen la celebridad que hasta hoy han conservado, se cuenta la fuente de la calle de Grenelle, obra del escultor Edme Bouchardon. En este pequeño monumento se observa la escrupulosa imitación del orden jónico antiguo, con ciertos pormenores particulares al estilo de aquella época. Las tres figuras de mármol representan la ciudad de París entre el Sena y el Marne, y son dignas del talento del autor.

Muchos críticos han asestado sus tiros contra esta construcción, poniendo en evidencia sobre todo el contraste ridiculo que forma su importancia material, con la corta cantidad de agua que de ella sale; pero á esto puede responderse que la fuente de Grenelle, no es una fuente de ornato como otras muchas de las que se hicieron en tiempo de Luis XIV, sino una construcción que debe mantener constantemente un depósito de agua, y cuya elevación se halla subordinada al nivel superior del líquido que puede entrar en ella. Hay otras varias fuentes en París por el mismo estilo, y en obras de

este género el arquitecto debe limitarse á un sencillo adorno de fachada. Las verdaderas fuentes, esto es, aquellas cuyo principal adorno está en los caños de agua, no fueron introducidas en Francia en el interior de las ciudades hasta la época del Imperio, y eso por imitación de las de Italia; antes no se veían sino en los jardines y en los parques.

Aunque la fuente de Grenelle dé margen á las críticas, tanto por su composición como por sus detalles, su principal defecto es el hallarse pegada á casas particulares en una callejuela. Este pequeño monumento, mejor situado, podría contribuir al embellecimiento de una de las plazas de la capital.



Fuente de la calle de Grenelle en Paris.—Dibujo de David.

#### EL HERMANO JUAN BAUTISTA,

#### EL CONVENTO DEL MONTE CARMELO.

El primer monte que llama la atención del viajero cuando llega de Europa á Palestina, es la cima santificada del Carmelo. Este sitio terrible, así como el Horeb, el Sinai, el Calvario y Sion, fue visitado por el Señor. En las Santas Escrituras van unidos á su nombre los mas elevados y magníficos recuerdos. Sobre el declive del Carmelo es donde crecen las cédreles rosas, cuya sublime belleza no podía igualar Salomon en medio del esplendor de su gloria; sobre la cumbre de este monte fué donde descendió el fuego del cielo á la voz del profeta Elias, para confundir á los sacerdotes de Baal; y en sus desconocidas grutas fué donde Elias y su discípulo Eliseo ayunaron y oraron largo tiempo hasta el día en que fué arrebatado vivo al cielo sobre un carro de fuego.

No ha sido menos famoso el Carmelo bajo la ley de Cristo, que lo fué bajo la de Moisés. Después de haber prestado

asilo á piadosos solitarios por espacio de mil y cien años, vióse, en la época de las Cruzadas, elevarse en su cénitico el convento que ha dado su nombre á toda una orden religiosa, la de los Carmelitas. En esta santa casa, los peregrinos que iban á Jerusalem, y aun los demás viajeros, cualesquiera que fuese su origen y su religión, encontraban un albergue gratuito por algunos días y recibían una generosa hospitalidad. Desde el tiempo de san Luis hasta fines del siglo pasado, los pobres religiosos, á pesar de los continuos ataques de los infieles, han llenado la noble misión de compartir su habitación y sus alimentos con los que habían atravesado el desierto, ó iban á internarse en las campiñas estériles y malditas de la Palestina.

Cuando Bonaparte fué á poner sitio desgraciadamente á San Juan de Acre, ciudad situada á corta distancia del monte Carmelo, fueron trasladados los heridos al convento. A poco se apoderaron de él los turcos, asesinaron á los franceses indefensos, arrojaron á los caritativos religiosos, lo llevaron todo á sangre y fuego, y destruyeron casi totalmente aquel antiguo hospicio, que había abierto sus puertas á tantas generaciones de peregrinos y viajeros fatigados. Sin embargo, en 1821 subsistían todavía algunos restos

y era dable restaurar el edificio para devolverlo á su primitivo y sublime destino, cuando Abdallá-Baja, que gobernaba la provincia en nombre del Sultán de Constantinopla, adoptó la resolución de derribarlo del todo, temeroso de que pudiera servir de fortaleza á los enemigos de su amo. Llegaron de Joppé multitud de trabajadores para efectuar aquella obra de destrucción; los mahometanos minaron el convento cristiano; y en el mismo día de la fiesta del Señor de 1821, aquel antiguo é ilustre edificio, que habia recibido en su recinto tantos reyes, reinas y hombres ilustres de todas las naciones y todas las creencias, saltó en el aire con un espantoso ruido que se dejó oír hasta en Nazareth.

Cuando se disipó el polvo que se levantaba de aquellos escombros, y cuando los autores de aquella profanación habian bajado á la llanura, padieron percibirse sobre la cumbre aislada del Carmelo dos religiosos postrados de rodillas que oraban con fervor. Uno de ellos llevaba el hábito de los antiguos habitantes del convento y estaba encorvado por sus padecimientos y ancianidad. Su blanca y poblada barba descansaba sobre el pecho, y de sus ojos se desprendían silenciosas lágrimas. El otro, que parecia extranjero, era, al contrario, aun jóven y lleno de fuerza y vigor; sus resacas miradas, su fisonomía apacible y llena de fé, demostraban la confianza que habia depositado en aquel Dios á quien imploraba.

Concluida su oración, preparábase los dos viajeros á abandonar aquellos desiertos lugares. Apoyóse el anciano con un brazo en el de su compañero, y el otro sobre el báculo que sostenía sus vacilantes pasos, y en el momento de echar á andar, volvió el rostro para dirigir una última mirada á las ruinas del convento. Aquel anciano, que era el último hermano de la comunidad del Carmelo, dijo á su compañero, que permanecía absorto en una muda contemplación.

— Hermano Juan Bautista, habeis venido demasiado tarde. Nuestro superior de Europa os ha enviado aquí para ver si era posible reedificar el santo hospicio del Carmelo; le direis que habeis visto caer las últimas piedras del convento á los pies de los infieles, y que está próximo á morir el último de sus habitantes.

El jóven religioso le respondió:

— Hermano mío, mi misión no habrá sido infructuosa; estas paredes volverán á levantarse, y se abrirán de nuevo las puertas de este monasterio para acoger á los viajeros.

— ¿Y quién llevará á cabo ese milagro? preguntó el anciano meneando la cabeza en ademán de duda.

— Yo, hermano mío, respondió Juan Bautista con resolución, con tal que Dios me conceda la fuerza necesaria para realizar este proyecto, como me la ha dado para concebirlo.

— Ya sé que sois un arquitecto inteligente, dijo el religioso con tristeza; pero ¿cómo podreis hacer frente á la voluntad despótica de este gobernador turco, careciendo de poder y crédito? ¿A donde hallareis, viviendo como vides de limosna, el caudal que se requiere para tan grande empresa?

— Dios proveerá á todo, hermano, replicó Juan Bautista; yo volveré; yo volveré, añadió con piadosa exaltación, señalando los escombros.

— Que el Señor os oiga! repuso el anciano religioso suspirando.

Cogió del brazo á su compañero, y bajaron de la colina

para trasladarse á Kaiffa, donde habitaba el anciano deshecho que habian destruido el convento.

Al día siguiente dejó la Palestina el hermano Juan Bautista para dar principio al cumplimiento de su vasto designio.

Habian transcurrido cinco años; las zarzas y los espinos habian prosperado en el paraje donde se veía en otro tiempo el magnífico edificio del Carmelo; el musgo cubria sus dispersadas ruinas, y el peregrino cansado, que atravesaba la llanura, dirigia sus tristes miradas á la desierta cumbre del monte de los profetas. ¿Acaso habria olvidado el hermano Juan Bautista su promesa?

A los cinco años, entró un día en el puerto de Joppé un buque procedente de Constantinopla. El primero que se lanzó á pisar la tierra santa fué un hombre vestido de carmelita, postrándose de rodillas. Aquel era el hermano Juan Bautista.

Todo aquel tiempo lo habia pasado en solicitar en la Corte del gran señor, y por fin regresaba con un firman que le autorizaba á reedificar el monasterio.

Apenas llegó corrió á Kaiffa, estaba impaciente de poder comunicar su regocijo y sus esperanzas al postrer representante de los hospitalarios del Carmelo y decirle con toda la efusión de su corazón: « ¡Hermano, ya tenéis aquí el principio de mis promesas; alegraos! ya no nos hallamos desterrados para siempre del monte santo! » Pero el anciano religioso habia muerto. El hermano Juan Bautista halló su casa desamparada y casi nadie se acordaba de él.

Deramó lágrimas sinceras por la memoria de aquel pobre anciano, que no habia podido disfrutar, antes de espirar, del consuelo de saber estas lisonjeras noticias; pero no por ello se desanimó. Habia concebido su empresa con la mira puesta en Dios, antes de ponerla en los hombres, que era lo que debia hacerla prosperar.

Encaminóse entonces solo á la cumbre del Carmelo; y en medio mismo de las ruinas del edificio antiguo trazó el plan de uno nuevo, que escedía á aquel en magnificencia. Veía ya, en los raptos de su brillante y viva imaginación, enteramente concluida la obra; y oía los rancidos de los solitarios en aquel Templo cuyas piedras se hallaban todavía esparcidas á su alrededor. Acudían los viajeros, como en otro tiempo, al Cenáculo: curábanse allí los enfermos, y los pobres religiosos descansaban despues de haber empleado el día en el trabajo, la caridad y la abnegación. Y cuando despertó de sus ilusiones Juan Bautista, estaba concluido su plan y se hallaba solo, sentado sobre su capitel destruido, contemplando únicamente á su alrededor una soledad muda é inerte. Luego, devorado por el hambre aquel hombre que concebía tan gigantescos proyectos, bajó á la llanura para implorar un pedazo de pan para poder cenar.

Sin embargo, el presupuesto del nuevo convento ascendía á 250,000 francos. ¿Cómo habia de ser dable á un simple religioso mendicante proporcionarse una suma tan considerable! ¿Bastaría acaso su vida entera para reunir la mitad de ella, aun la cuarta parte, siendo en el día la limosna tan lenta y tan escasa?

Pero nada puede arredrar al hombre inspirado por Dios. La fé puede mas que el genio, este se desanima con frecuencia, pero la fé nunca. El hermano Juan Bautista dejó otra vez la Tierra Santa y recorrió el Asia Menor, las islas del Archipiélago y las costas de Europa y Asia. Procuró en todas partes excitar las simpatías de los pueblos que visitaba: re-

pedido y maltratado muchas veces, privándose de todo para aumentar la suma necesaria para llevar á efecto sus piadosos designios, divagó de ciudad en ciudad, de país en país, entre los barbaros y los pueblos civilizados, viendo de interesar á la humanidad entera en la obra que habia concebido, y regresó en breve al monte Carmelo con 20,000 francos, recogidos dinero por dinero.

Esta suma fue suficiente para comenzar los primeros trabajos; y en 1828, el día de la fiesta del Señor, siete años despues, hora por hora, del día que habia hecho saltar Abdallá-Baja las paredes del antiguo convento, colocó la primera piedra del nuevo. Y de allí á un año, se podía hospedar á los viajeros en la reducida parte del edificio que se habia construido con aquella módica suma. El famoso Lamartine y otros viajeros franceses hallaron acogida en aquella época en el hospicio del Carmelo.

El hermano Juan Bautista ha trabajado, incansablemente desde entonces en la grande empresa que será obra de toda su vida: « Once veces dice la noticia histórica de Alejandro Dumas, partió del Carmelo, y otras tantas regresó. » Recorrió la Siria, el Egipto, los Estados Berberiscos, la Turquía, la Grecia, la Italia y la España, recogiendo por todas partes los donativos de las almas piadosas y filantrópicas que ha logrado hacer ascender á 230,000 francos. Así ha cumplido su palabra al anciano del monte Carmelo.

## VIAJE AL SAHARA.

Siempre encontramos novedad en las noticias que nos traen de Africa los viajeros. Aun hoy que se conocen tan detalladamente las costumbres y el caracter de casi todos los pueblos del mundo, no dejan de encontrar algo nuevo y muy curioso los que visitan el gran desierto del Sahara. En esta parte del Africa hay muchos pueblos y multitud de tribus cuyas costumbres y hasta existencia ignoramos. En 1845 emprendió M. James Richardson un viaje desde Tripoli á Ghraí y Chiradames, en que invirtió ocho meses.

He aquí algunos noticias con respecto á este último punto.

Desde Tripoli á Chiradames, dice M. Richardson, hay por el camino mas directo unas 450 leguas. El calor en aquel pais es terrible, no dejándose ni aun conciliar el sueño, y aun llegó á creer que moria sofocado. Por fin, el 26 de agosto descubrimos la población, que se presentó á mi vista como una línea negra en el horizonte; esto era el efecto de un dilatado bosque de palmeras.

La llegada de un cristiano es allí un acontecimiento; así es que bien pronto me rodearon contemplándome. Entramos en la ciudad por la puerta meridional, que parece tener unos diez siglos de antigüedad, y se encuentra casi destruida.

Rodeado de la multitud que repetía, *Ex-stamah! Ex-stamah!* salud! salud!, me dirigí á casa del gobernador, que me recibió cordialmente y me hizo tomar café.

La casa que se me habia preparado era muy cómoda y limpia, y estaba situada en un barrio próximo á la habitación del gobernador. Procuré dormir, pero me fué imposible. Entonces pasé á bañarme en el manantial, genio creador de esta población, y que la ha levantado en medio de un montón de piedras y arena. Allí vi por primera vez á los Tonareg, que en su mayor parte habian ido para asuntos de comercio. Si grande fué mi asombro, mas fué el suyo, y

aun oí esclamar á algunos de ellos: *Alá! Alá!* ¿cómo ha venido aquí un infiel? Despues del comer di un paseo por la ciudad, que me agrado bastante: es mucho mejor que Tripoli. En sus calles no se ven mendigos, y el pueblo está bien vestido; bien que á la llegada de una gran caravana se ponen sus trajes de fiesta.

Todo europeo es un médico para las poblaciones orientales; y no bien hubo llegado cuando me fué preciso recibir algunas consultas y recetar medicamentos. Felizmente no necesitaba gran ciencia, porque solo tenia que curar males de la vista, que son allí las enfermedades dominantes.

Los mahometanos creen que los cristianos deben apoderarse un día de los países que ocupan; pero que enseguita, con la ayuda de Dios, volverán ellos á recobrar lo perdido. Por esta razon se miró allí mi presencia como un pronóstico de la ruina del poder musulmán en Chiradames. Creían que yo era un espía, y otros que profanaba la santa ciudad. Se me convidó á comer tres días por el gobernador, siguiendo la costumbre establecida.

Por la mañana temprano di vuelta á la ciudad, y empleé en ello, con un paso regular, hora y media; ¡Qué horrorosa escena de desolación presentan sus cercanías! ni un árbol, ni una yerba, ni una criatura viviente. Se habla de los polos, pero aquí hay menos vida. Al oeste se estendian los grupos de colinas de arena, resplandecientes como la luz, y que á veces dejan de verse por sus brillantes reverberaciones. A mi vuelta, el gobernador me dijo hablando de los habitantes de Chiradames: « Estos pobres tontos creen que no hay otra ciudad como la suya; ¡ que dirian si viesen á Stambul! ¿Las que no han visto á Stambul no han visto el mundo! » Las murallas de la ciudad están hechas de ladrillos cocidos al sol, y de piedras; pero se encuentran en bastante mal estado, aunque los estrechos senderos que forman en el interior los cercados de los jardines son una buena defensa. La palabra *jardín* se aplica allí á la reunion de campos de cereales y plantaciones de olivos.

La población paga al gobierno turco 6,000 nabhabs (unos 110 reales) cada año. Es poca cantidad para un punto de comercio; pero hay poco dinero, porque casi todo lo tienen los mercaderes de Tripoli.

El mercado es muy pobre, y la carne apenas se encuentra: suelen reunirse varias personas y entre todos compran un carnero que matan y dividen entre sí. La vista de algun ave es allí un objeto de curiosidad.

Cuando visité la casa de mi intérprete, vi que tenía en pequeñas habitaciones unos cuantos carneros. Estos animales son para los habitantes de Chiradames lo que los puercos para los polineses; verdaderos dioses penates. En el piso bajo tenían los almacenes: en el primero los dormitorios, y sobre este el terrado. Todo es excesivamente pequeño. Unas escaleras de piedra conducen á los pisos. Todas las casas están distribuidas de la misma manera, con la diferencia de ser mas ó menos grandes.

## PABLO BRIL.

Ya saben nuestros lectores por la precedente noticia sobre Pablo Brill, que este pintor nació en 1566 y murió en 1626.

Ahora, si nos ponemos á reflexionar que Nicolas Poussin no vino al mundo hasta 1594, y que Claudio de Lorena nació en 1600, y si nos acordamos de que todos los grandes paisajistas holandeses y flamencos florecieron en épocas mas

modernas, nadie podrá disputar á Pablo Brill la gloria de haber sido el primero de esos ilustres genios.

El paisaje intitulado *La casa de patos*, cuya reproducción figura entre estas líneas, es como un tipo perfecto en el cual podemos apoyarnos para probar que Pablo Brill no ha dejado de ejercer influencia sobre el talento de Claudio de Lorena, el mas grande y sublime de todos los artistas que han interpretado sobre el lienzo la naturaleza creada por Dios.



Pablo Brill.—La casa de patos.

perficie de la tierra, espesa ó transparente según las horas del día que se suponen, y que bien entendida por el artista, forma lo que se llama la perspectiva aérea, mucho mas difícil de alcanzar que la perspectiva lineal.

Pablo Brill, como ya hemos dicho, se habia hecho amigo de los Carracci, y se cree que Anibal le pintó las figuras que se ven en la *Casa de patos*; es digno de notar, que Pablo Brill, parecido en esto á Claudio de Lorena y J. Ruysdael, no sabia adornar sus paisajes con esos accesorios tan necesarios, si es que pueden ir juntas esas dos palabras. Quizás ese flaco de los grandes genios es una advertencia que les da la naturaleza, queriendo significar que el hombre, por mucho que se eleve, no puede llegar á ser completo.

Pablo Brill que en la fuerza de la edad pintó en el Vaticano en el gran comedor que habia mandado construir Clemente VIII, un paisaje cuya anchura era de veinte metros, no

En todas las composiciones de Pablo Brill se descubre esa mezcla de estilo y de natural que se encuentra en esta; él fué el primero que imaginó el arte de alejar prodigiosamente los últimos términos de sus paisajes, plantando en el primer término algunas rocas, ó unos cuantos árboles, como se ven aquí, con un vigor sorprendente; él fué el primero que interpuso entre todos los accidentes de sus paisajes, ese vapor aéreo, esa bruma que flota constantemente á la su-

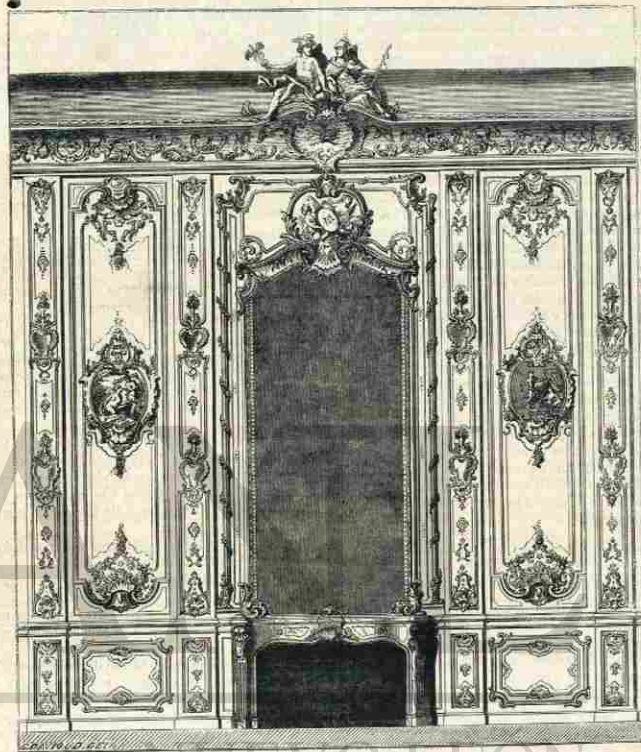
perficie de la tierra, espesa ó transparente según las horas del día que se suponen, y que bien entendida por el artista, forma lo que se llama la perspectiva aérea, mucho mas difícil de alcanzar que la perspectiva lineal.

hizo en sus últimos días, sino composiciones sumamente pequeñas, representando paisajes pintados en placas de cobre de cortas y diminutas dimensiones, pero concluidos de un modo tan precioso y franco á la vez que tanto los cardenales como los nobles romanos se los disputaban reñidamente.

La reputación que disfrutaba entonces le proporcionó una multitud de discípulos, entre los que se cuenta Agostino Tassi, que después de haber recibido las lecciones de Pablo Brill fué maestro de Claudio de Lorena; hecho histórico, prueba directa, en apoyo de lo que hemos dicho mas arriba, á saber, que Pablo Brill fué el precursor de los principales paisajistas del mundo. Aun cuando no tuviera en su favor sino este solo título, bastaría para que figurara en primera línea en la historia del arte.

J. J. ARSOUC.

LA ARQUITECTURA EN TIEMPO DE LUIS XV.



Maestra de adorno de salon en tiempo de Luis XV, existente en el hotel de Rohan. — Dibujo de Davioud.

Al lado de los arquitectos bastante dichosos para haber podido legar á la posteridad en grandes monumentos las pruebas de su genio, en todas épocas han florecido otros consagrados con particularidad á la teoría de su arte, y esforzándose por coordinar en cuerpo de doctrina los principios que consideraron mas propios para guiar á sus compañeros de profesion por buen camino.

Desde Vitruvio acá (el único autor antiguo cuyos libros de arquitectura hayan llegado hasta nosotros) cuántos autores podríamos citar que se han ocupado de la teoría de la arquitectura. En el siglo XVI los arquitectos eran á la vez teóricos y prácticos. En Italia Vignolio, Serlio, Palladio etc. y en Francia, Bullant, Delorme, Blondel, Boffrand etc. han escrito tratados que aun en el día se consideran como buenos. Todos estos artistas no pretendieron imponer sus principios, se contentaron solo con exponerlos: cuando na-

cieron las escuelas y se dió principio á la enseñanza pública de la arquitectura fué particularmente en el pasado siglo.

Uno de los que mas se distinguieron con aquel motivo y en aquella época, fué J. P. Blondel, que convenido principalmente de la necesidad de someter la arquitectura á principios fijos é invariables, compuso una obra intitulada: *Curso de arquitectura* conteniendo las lecciones que hizo á sus discípulos, y que obtuvo el mas brillante éxito.

A la edad de treinta y cuatro años Blondel habia abierto una escuela particular. La celebridad que adquirieron en pocos años muchos de sus discípulos despertó la atención de la Academia hacia el maestro á quien llamó á su seno en 1755, acordándole al mismo tiempo el título de profesor oficial. Blondel justificó esta elección mostrando el mayor celo, y sus lecciones contribuyeron mucho á combatir la frivolidad y el capricho que habian concluido por dominar exclusiva-

mente en las construcciones privadas. El interés que profesaba a sus discípulos le indujo a solicitar del marqués de Marigny recompensas propias para estimular su emulación, y consideró como uno de los mas hermosos días de su vida aquel en que pudo anunciar a los jóvenes que estaban bajo su dirección que el rey concedía medallas de plata a los que se mostrarán mas adelantados en los exámenes mensuales.

Prescindiendo de los principios que estaban en voga y del gusto que dominaba en aquella época, hay que convenir en que las lecciones de Blondel contienen buenos principios y ejercieron una saludable influencia. Blondel trató largamente de la distribución y comodidad de las habitaciones, en cuyo punto favoreció muchísimo a sus conciudadanos haciendo progresar esta parte tan esencial en el arte de las construcciones. Debemos añadir que Blondel consideraba las producciones de los siglos XVII y XVIII como superiores a todo lo que anteriormente se había hecho.

Los principios profesados por Blondel pueden resumirse de este modo: admiración sin límites por los monumentos griegos y romanos, y aplicación de las formas y elementos de la arquitectura antigua a los monumentos franceses admitiendo sin embargo las modificaciones que la necesidad y el gusto contemporáneos reclamaban; un profundo desden por el arte de la edad media, vano esfuerzo de la barbarie, y muy poca estimación por la época del renacimiento que era considerada como una tentativa imperfecta.

Comparados los principios desarrollados por Blondel con los edificios elevados en aquel tiempo, preciso es convenir en que la arquitectura del tiempo de Luis XV presenta cierta unidad propia de un arte consolidado, unidad muy difícil de alcanzar y que en vano se buscaría en nuestras producciones contemporáneas.

## ORIGEN Y ANTIGÜEDAD EN ESPAÑA

### DE LOS EMPLEOS Y GRADOS MILITARES.

En el primer periodo de nuestra historia, los cuerpos se titularon *hermandades*, y la infantería llamada de *ordenanza*.

En el segundo periodo, la dinastía austriaca denominó los cuerpos *bandas* y *tercios*.

Y por fin, la dinastía de Borbon le tituló *regimientos* y *batallones*, cuyos nombres están en vigor en el día.

Pasemos á la gerarquía militar.

Capitan general. — La etimología de capitan deriva de *Caput*, *haz*, *cabesa*, el título de capitan, que se dió en un principio á los gefes de las bandas italianas (capitano), equivalente á *almocaden* de nuestro Almo garave, *capdiellos* ó *caudillos* en nuestras mescadas.

El empleo de capitan general es de fecha reciente. Su significado era el de gefe general de todos los tercios. En 1522, se instituyó el cargo de capitan general de artillería. En el siglo XVII su nombre un capitan general para cada provincia.

Teniente general, ó teniente de capitan general. — En el año de 1572 existían cuatro de aquella clase, para la artillería que residía en Burgos, Pamplona, Málaga, Barcelona, y luego otro en Lisboa.

Mariscal de campo. — El origen de la palabra *mariscal* se pierde en la noche de los tiempos. Este empleo fué introducido en nuestro ejército por Felipe V desde la ordenanza de 1702.

Brigadier. — Este empleo es de origen francés. El nom-

bre de brigada existía en 1635 bajo el reinado de Luis XIII y se empleó para designar una fracción del ejército. Fué introducido en España en 1702 por Felipe V.

Coronel. — Durante la dinastía austriaca empezaron á llamarse coronelías á algunos tercios extranjeros. Esta voz deriva de *corona*, y el gefe de ella se llama coronel. El general Soria, quiere hacerlo derivar de la voz *columnela*. En 1516 nuestro ejército tenía ya cuatro coroneles, y aparece enteramente admitida entre nosotros en 1560, antes de que hubieran podido los extranjeros importarla en nuestro país. Se llamaron despues *maestre de campo*, cargo introducido en 1503 y establecido de hecho en 1525. Los coroneles eran capitan natos de la primera compañía de su regimiento hasta que fueron relevados de este cargo en 1761.

Teniente coronel. — Fué creado este empleo en sustitución del de *teniente maestre de campo*, por la ordenanza de Felipe V y cuando los coroneles fueron relevados del mando de la primera compañía de su cuerpo, lo fueron los tenientes coronel del mando de la segunda.

Primer comandante. — El empleo se creó en 1706, cuando se establecieron los segundos batallones de los regimientos, se suprimió en 1760, y en 1769, á propuesta del coronel del regimiento de guardias españolas, se dió un *comandante de batallon* á cada uno de los de dicho cuerpo. En 1792 fueron especificadas las funciones de los primeros comandantes.

Segundos comandantes. — Desde 1762 tenían los batallones ayudantes mayores. En 1830 estos fueron promovidos á segundos comandantes encargados del detall, en 10 de enero de 1832 se hizo extensiva esta modificación á los cuerpos de artillería é ingenieros. En 1849 fueron suprimidos en el arma de caballería.

Capitan. — Al tratar del capitan general hemos dado la etimología del capitan de compañía.

Ayudante. — Esta clase existe desde la ordenanza de 1702.

Teniente. — Este empleo aparece creado por los reyes católicos en el año 1493, como de plantilla en cada capitania.

Subteniente. — Este empleo ha sido denominado en 1700 segundo teniente, y lugarteniente en 1704; en 1743 fué llamado subteniente.

Alferez. — Trae su origen de *Aquilam feroam* (porta aguilá), oficial subalterno de caballería, equivalente á subteniente.

Abanderado y porta-estandarte. — Desde 1632 aparece un oficial llamado abanderado, cuyo encargo es llevar la bandera. En la caballería se titularon despues porta estandartes ó portas. Las obligaciones de estos oficiales son, además de llevar las banderas y estandartes, correr con todo el utensilio y provisiones de su cuerpo.

Cadete. — Esta palabra ha sido importada de Francia: significa segundo hijo de familia, porque en vista del sistema de mayorazgos introducido en Francia, los primogénitos se quedaban con todos los bienes, y los demas tenían que dedicarse á una carrera, y la militar era la que regularmente escogían. En 1732 Felipe V instituyó la clase de cadetes en el ejército.

Médicos en los cuerpos del ejército. — Desde el año de 1503 se fijó ya á un cirujano por cada una de las compañías de guardias de Castilla. En 1560 aparece ya en la planta mayor de cada tercio un médico doctor y un cirujano boticario. Estos empleos siguieron hasta 1702, en que la

nueva organización asignó á cada batallon un cirujano.

Capitanes. — Por los años de 1560 aparecen como de planta fija un capellan mayor en cada uno de los tercios de infantería además del particular de cada compañía y desde 1503 en algunas compañías especiales del arma de caballería. En el día hay un capellan en cada batallon.

Sargento 1° y 2°. — La verdadera etimología de esta palabra aparece tan oscura como la de *mariscal*, y solo consta como cierto que su origen pertenece á los primeros tiempos del feudalismo, y que sin interrupción ha venido atravesando los siglos hasta nuestros días. Se cree que la denominación de *sargento* fué aplicado en su principio á los sayones, sirvientes ó escuderos inmediatos á la persona del rey que eran servidores ajenos á la corona y como satellites de ella.

En el año de 1494 aparece en cada capitania un contador ó *sargento* y un *fuerril*.

En 1537, al crearse los célebres tercios, se nombró por cada uno un *sargento mayor*, con el objeto de que instruyese á los sargentos de las compañías en el manejo del arma. Hubo tambien *sargentos generales de batalla*, las plazas tuvieron *sargento mayor*.

En la ordenanza de 1702 Felipe V estableció dos sargentos por compañía, el uno fué primero y el otro segundo. En 1762 se crearon las compañías y tuvieron cuatro sargentos.

El sargento de brigada, que para secundar al ayudante en detall de sus funciones, se nombra entre los sargentos del cuerpo, empezó á elegirse en España desde principio de este siglo. Por la organización del año de 1812 se declaró á la planta mayor de cada regimiento de infantería dos *sargentos de brigada* como de planta fija, que luego fueron suprimidos en 1815, y desde entónces quedó este cargo como electivo entre las clases de sargentos en cada cuerpo.

Tambor mayor. — Este cargo, al cual es aneja la categoría de sargento primero, fué traído á nuestra infantería por Felipe V, y establecido por su ordenanza de 1704. El tambor mayor en infantería, es el gefe de banda de tambores y cornetas.

Cabe 1° y 2°. — Desde muy antiguo se usó esta palabra como sinónimo de caudillo, derivada sin duda de lugar estrecho ó cabo que en toda formación ocupaban siempre los gefes. Las tropas romanas y las godas tuvieron sus cabos mayores ó gefes de filas, y sus cabos menores ó gefes de filetes. Entre los godos aparece ya la denominación y cargo de cabos de escuadra para distinguir á estos acasó de los otros cabos ó caudillos; y constantemente ha seguido ya este cargo, á vuelta de muchas alteraciones hasta el día.

En el año de 1702 se marcaron por la ordenanza de Felipe V tres *caporales* y tres *auxapadas* á cada compañía. Estos caporales venían á ser los actuales cabos primeros, y los otros, como los cabos segundos.

Soldado distinguido ó de 1° clase. — Son estos unos soldados rasos, á los cuales distingue el capitan y oficiales de su compañía en gracia de su buen comportamiento y honradez, relevándolos de todo servicio mecánico y preferiéndolos siempre para el servicio de cabos internos. Fué establecida esta laudable clase hace pocos años y en número de cuatro por compañía antes y de diez ahora, llevando los elegidos un galon de distinción en el brazo izquierdo.

Soldados. — Aunque los soldados son tan antiguos como la guerra, su actual denominación es muy posterior, y data sola-

mente de la edad moderna. Los romanos llamaron al soldado *miles*, expresión que vale tanto como entre nosotros la *demilitar*. Muchos han derivado dicha denominación de la italiana *soldato*; otros de la latina *soldarius*, otros del verbo galo *saldayer*; pero su verdadera etimología está en el *suelo*, que en los tiempos modernos ha venido á ser el único lazo material y visible que los gobiernos han establecido entre el militar de clase inferior y la patria, á cuya defensa se llama á este ó se le obliga.

Soldados, gastadores y batidores. — Desde las guerras de Granada se conocieron y usaron mucho en nuestras tropas los llamados *gastadores*, nombre derivado del instituto que estos tenían de *gastar* ó allanar los obstáculos para el paso de aquellas.

En el año de 1537 se asignaron en cada tercio al maestre de campo ocho alabarderos alemanes al decoro de su persona, y muy bien pudo haber tomado origen de esto la escuadra de gastadores que hoy forma delante de cada batallon. En 1768 aparecieron ya como de planta fija.

Tambor, pifano, corneta, trompeta. — Todos estos instrumentos bélicos, así como los que los tocan, existieron en los ejércitos de la edad media, siendo el tambor y la corneta los mas antiguos, y ajenos siempre á cada compañía de infantería aquellos y de caballería estos.

En 1505 se declararon como de planta fija en cada compañía de la ordenanza de ordenanza un *atabal* y un *pifano* ó *pifano*, y en 1524 se asignaron á la planta mayor de las compañías de infantería tres *pifanos* y tres *atabores*. Desde principios del siglo XVI se hicieron mas indispensables para dar compás á la marcha simultánea que introdujo el capitan Gonzalo de Ayora. En 1560 se asignó á cada una de aquellas un tambor y un pifano, y así siguieron las compañías de infantería hasta el año 1703, en cuya ordenanza Felipe V suprimió los pifanos en la infantería, y dejó un solo tambor en cada compañía. En 1704 prescribió el mismo rey un *corneta* y un *trompeta* á cada compañía de caballería, é igualmente puso un timbalero en la planta mayor de cada regimiento de caballería. Mas tarde se prescribió á cada compañía de caballería un tambor, que luego se dejó solamente en las compañías de dragones. Por los años anteriores al de 1776 hubo en Carabanchel escuela de timbaleros y trompetas para la caballería, y dicha escuela fué agregada á la academia de Ocaña en el mismo año citado. En 1815 fueron suprimidos los timbales en nuestro ejército, quedando solo los tambores y cornetas en la infantería, y los trompetas en la caballería. No hablaremos de los dragones, porque este instituto ya estuvo suprimido definitivamente desde el año 1828.

Maestro armero, sastre, zapatero, barbero, etc. — Todos estos cargos no aparecen explícitamente consignados en el cuadro de las compañías hasta despues de 1702, en que entró á reinar Felipe V. La plaza de armero, establecida en cada batallon en 1762, vino á sustituir en cierta manera al antiguo municionero que habia en cada tercio.

## LA VUELTA DEL CAMPO.

El sol llega al ocaso; los rebaños entran al redil, el labrador llega del campo con la yunta de bueyes unidos á su carreta. Al verle, le salen al encuentro los muchachos, la mujer se levanta, el abuelo apoyado en el hombro de su nieto, apresura el paso; hasta el perro ladra de gozo, y el pintor acumula todas las bellas imágenes del cariño doméstico,

mezcladas con las de la abundancia y las de la paz de los campos.

Aquí se descubre una imitación de Greuze, ese Sedaine de la pintura que ha pintado á los aldeanos con un pincel algún tanto imaginario.

En todas épocas, el arte ha reproducido de este modo, bajo una forma cualquiera, la aspiración campestre de los poetas; la égloga no tiene otro origen: escrita con el pincel, con el buril, con el cincel ó con la pluma, siempre ha re-

presentado una suposición ó un deseo, y jamás una imagen sincera. Los aldeanos de Greuze son hermanos de los pastores de Gessner y de Florian, como los campesinos de Fontenelle se parecen á los de Dusé, y los de Virgilio á los de Teócrito. El Idiilio es el reflejo de una imaginación embriagada con la sencilla vida de los campos, que debe leerse como una novela y no como una historia.

Pero no por esto queremos decir que todo en este género sea falso, no; aun los mismos sueños del hombre son revela-



La vuelta del campo. — Dibujo de Frocman, copiado de G. Benardet.

ciones de su naturaleza, que demuestran sino sus hábitos al menos sus instintos. Cada uno de nosotros se pinta lo mismo en sus proyectos que en sus actos: estos dependen en efecto de una multitud de circunstancias exteriores; muchas veces son hijos de la voluntad ajena mas que de la nuestra, en tanto que el proyecto es la espresion independiente de nuestras inclinaciones personales.

De este modo, esas imágenes de la vida campestre, tan dichosa en idea, son una traducción real é interesante de uno de nuestros gustos naturales. Si agrada á nuestra fantasía las imágenes de la familia y del trabajo recompensado por la abundancia, y si nos gusta rodearlas de encantos imaginarios, es porque en el fondo de nosotros mismos conocemos todo lo que valen.

Bajo este punto de vista, puede decirse que la mentira de los poetas es una espresion verdadera de las inclinaciones de los hombres.

Y en efecto, cuantos mas obstáculos encuentran en la realidad estas inclinaciones, tanto mas anhelan hallar su satisfaccion en las quimeras. Muchas veces se ha observado

que las grandes conmociones políticas, hacen volver al arte á las composiciones dulces y rústicas. Virgilio escribió sus Bucólicas en presencia de campañas devastadas aun por la guerra civil: Greuze y sus imitadores pintaban sus escenas campestres al primer rumor de la tempestad que debía llevarse una sociedad con una dinastía, y en la misma época, el autor de Estela y Galatea nos trasportaba en medio de sus encantadoras cabañas. Aun en lo mas fuerte de la tormenta revolucionaria, los teatros en Francia no resonaban sino con declamaciones campestres y sentimentales.

El que no reflexiona no ve en estos contrastes mas que un capricho del talento humano, pero el que se detiene un poco halla en ellos una revelacion preciosa, halla la prueba de que el hombre no puede quedarse absorto por el hecho; no puede despojarse de sus tendencias naturales. En vano triunfa un instante el movimiento de la vida; siempre queda algo en el hombre independiente de la acción cotidiana; lo que no puede hacer, lo sueña; y el arte traduce en una creacion ideal todo aquello que el ama del artista no ha podido hallar en la realidad.

#### EL HIPOPOTAMO.

Haciosa de año y medio ó dos años que el mundo científico y el mundo simplemente curioso y novelero de Londres por poco se vuelve loco de resultados de haber llegado por primera vez en la historia del mundo á aquella capital un individuo de la familia del hipopótamo. La inmensa capital se despoblaba por acudir al jardín zoológico donde había fijado su residencia el lustre extranjero; y este entusiasmo es fácil de comprender si se considera que hasta ahora se había creído imposible que favoreciesen los de su familia con su interesante presencia á ninguna ciudad de Europa. Pero si el hipopótamo en si es curiosísimo, no lo son menos las circunstancias que acompañaron á la captura y viaje del individuo que se encuentra en Londres, y esto nos mueve á dar de ellas á nuestros lectores una relacion fidedigna y escrupulosamente histórica y exacta que les divertirá tanto como la mejor novela.

El cónsul británico residente en el Cairo había manifestado repetidas veces á S. A. el bajá de Egipto que un hipopótamo vivo se consideraría en Inglaterra como un regalo del mas alto valor y sumamente interesante. Ahora bien, ocurrían en este asunto varias dificultades de carácter muy sério. En primer lugar, la region favorita de los hipopótamos está situada á la distancia de unas mil y quinientas millas del Cairo; en segundo lugar, como el hipopótamo es anfibio, es mas fácil echarle la vista encima que la mano; y por último, cuando se le rodea es un tremendo antagonista gracias á su prodigiosa fuerza, á su peso enorme, á la furia que desplega cuando se le irrita, y á su boca colosal y á los formidables colmillos que adornan sus mandíbulas. Suele matarse con una granizada de balas de fusil, (porque si son pocas no le arrancan mas que un gesto burlesco de desprecio) y tirándole desde mucha distancia; pero en cuanto á cojerlo vivo, no es hazaña que hayan realizado jamás los hombres en épocas modernas. Otra cosa es tratándose del elefante. Este no puede meterse en el agua y librarse de la persecucion con una zambullida, ni puede por tanto volcar un bote dándole un porrazo con la frente; ademas no puede apelarse al auxilio de un par de hipopótamos renegados y domésticos que ayuden á la captura y reduccion á la clase de esclavo de un amigo y pariente, como se verifica con los elefantes. Por consiguiente, S. A. el bajá que no quería comprometer la dignidad del despotismo y su posicion como soberano de Egipto, prometiendo lo que quizás no le sería posible cumplir, se hizo sordo á las repetidas directas é indirectas del cónsul inglés. Nunca le dió una formal negativa; pero aparentaba no oír ó no comprender bien lo que deseaba. S. A. le había regalado ya numerosos huesos y pieles de hipopótamos y otros animales vivos y muertos, y si no quería comprender lo del hipopótamo, em cambio le ofrecía cuantos pájaros pudiese desear.

Sin embargo, quiso la suerte que se ocurriese á Abbas-bajá, ó que alguien le metiese en la cabeza que existían en Inglaterra razas extraordinarias de perros, caballos y vacas, galgos que á la carrera podían dar alcance á la gacela misma, perros de presa pequeños que podían sujetar á un toro, y caballos de sangre capaces de vencer en velocidad al mejor caballo árabe de sus caballerizas. Estas ideas se asociaron naturalmente en su cerebro con el hipopótamo. El servicio que en materia de perros y caballos podía hacerle el cónsul merecia pagarse en la misma moneda.

Un día que el cónsul comía con el bajá, este le dijo bruscamente: ¿Con que, señor cónsul, necesita usted un hipopótamo?

— En efecto, Alteza, contestó el agente consular.

— Y ¿seria semejante regalo agradable á la reina de Inglaterra y al país?

— Se le consideraría como una gran curiosidad, replicó el cónsul; nuestros naturalistas lo recibirán con los brazos abiertos, por supuesto, en lenguaje figurado, y el público acudiría en masa para tributarle un homenaje merecido.

Abbas-bajá se sonrió con el chiste del cónsul, y añadió: — Está bien; meditaremos sobre este asunto.

Volvióse á medias hacia uno de los criados, y le dijo: que venga el gobernador de la Nubia. El criado hizo un profundo saludo y se retiró.

Ahora bien, cualquiera que no conociese los hábitos de un soberano absoluto creeria naturalmente que en aquel momento el gobernador de la Nubia se encontraba en el Cairo alojado cerca de la mansion real. Esta seria una equivocacion. El gobernador de la Nubia se hallaba en la Nubia fumando tranquilamente su pipa. La órden, pues, tan breve y compendiosa, envolvía la necesidad de despachar en posta un mensajero al través del desierto, montado en un dromedario, el cual mensajero necesitaba despues un bote para remontar el Nilo, mas dromedario despues, y despues otro bote, y despues otro dromedario para completar al fin la embaajada y comunicar la órden del bajá. En seguida vemos al gobernador de la Nubia, con toda la etiqueta que el caso exije, atravesar en posta el desierto con un acompañamiento numeroso, embarcarse luego en el Nilo y viajar noche y dia sin descanso, hasta presentarse en la antecala del bajá y despues en su augusta presencia. El gobernador ejecuta el mas profundo de los salamales.

— Gobernador, dice el bajá (y este diálogo, único en su especie, es rigurosamente histórico y auténtico) gobernador ¿hay hipopótamos en tu provincia?

— Los hay, Alteza, respondió el gobernador.

Abbas bajá reflexionó un momento, y luego dijo:

— Enviame al jefe del ejército de la Nubia. Márchate.

No medió una palabra mas. El gobernador hizo otro saludo y se fué. Con la misma prisa y ceremonia, si es que ambas cosas pueden combinarse, volvió á Nubia mediante el auxilio de botes, dromedarios, caballos y literas; y á la misma hora en que llegó vivó al jefe del ejército de Nubia galopar con su séquito al través del desierto, en cumplimiento de la real órden.

El bajá, sabiendo que se emplearían todos los medios posibles y en lo que consisten esos medios, puede calcular el dia de la llegada de su general, so pena de que le cueste la cabeza. Aquel día está convidado á comer el cónsul de la reina Victoria.

Concluidos los postres, se anuncia la llegada del jefe de ejército de la Nubia. En el acto se presenta ante la sublime barba y el no menos sublime turbante. Se sirven café y pipas, y el jefe del ejército hace un profundo saludo y cierra los ojos ante la pipa real.

— General, dice el bajá sin separar la pipa de los labios, me dicen que hay hipopótamos en tu país.

— Es verdad, Alteza, pero...

— Tráeme un hipopótamo vivo, y que sea jóven. Márchate.

Este fué al pié de la letra el diálogo sin una palabra mas. El jefe del ejército de Nubia hizo otro profundo saludo, y se marchó como habia venido, muy penetrado de la inmensa importancia de su mision, y no sin desagradables inquietudes sobre sus resultados.

Cuando llegó á Dongola reunió en consejo de guerra á

los oficiales de su ejército para tratar del grave asunto de la caza del hipopótamo, de cuyos felices resultados les aseguró que dependía la seguridad de varias cabezas, incluído la suya. Las mismas observaciones se hicieron á los oficiales del ala derecha del ejército acuartelada en sus tiendas en Semar. Sacáronse los hombres mas escogidos y mas hábiles de todas las fuerzas, y ambas partidas se retiraron en botes en un pueblo concertado de antemano en las orillas del Nilo, donde formaron su pion de campaña.

El general dividió sus fuerzas en varias partidas, y todas marcharon por las orillas del río hasta más allá del punto donde desembocan en el Nilo azul y el Nilo blanco. Por fin, la fortuna favoreció á una de estas partidas; pero este resultado costó mucho tiempo y muchos esfuerzos inermes. Ya perseguían á un enorme salvaje de hipopótamo disparándole dardos y bolas; ya se veían perseguidos por otro que venía lanzando espuma por la boca y rechinando sus formidables colmillos. Puede formarse una conjetura de los trabajos que sufrieron al considerar que no se apoderaron de su presa hasta que llegaron por el Nilo blanco á una distancia de mil y quinientas millas del Cairo. En las vueltas y revueltas de ataques y retiradas de persecución y fuga, puede calcularse que anduvieron á lo menos dos mil millas.

La muerte de la madre de nuestro héroe ofrece circunstancias muy patéticas. Un inmenso hipopótamo hembra, herida ya, huyó á todo escape por la orilla del río. Una hata dirigida por una mano diestra, le causó por último una herida mortal. El animal se detuvo en su fuga, á impulsos del instinto materno, y cambiando de dirección se metió en un monte bajo que crecía á orillas del río, para morir, como sólo después, al lado de su cría. No pudo llegar á este punto, y cayó al agua moribunda. Sin embargo su acción era tan evidentemente ligada de una atracción irresistible, que la partida de soldados se dirigió en el acto al grupo de vegetación á que el hipopótamo se enjamaba. No se movía una hoja ni se oía el menor ruido; pero en cuanto apartaron las ramas salió á escape un joven y corpulento hipopótamo que se precipitó hacia la orilla del río. Por poco logra escaparse en medio del tumulto y de la agitación de la alegría, y lo hubiera logrado á no ser porque uno de los soldados con mas sangre fría que los otros lo pudo derribar entera clavándole un gancho en el negro espesor de su costado. Acidieron otros caradores, y tomando en brazos al abarbillado é interesante adolescente, consiguieron meterlo en el bote, no sin riesgo de que lo echase á pique con su peso y con la agitación de su desesperada y vigorosa resistencia.

Este magnífico triunfo del régimen establecido en Egipto, perentorio en sus órdenes y rápido en sus resultados, colmó á todos los interesados de alegría. Pero al descender con su presa por el Nilo, y después de haber confiado la curación de su herida á los mas hábiles cirujanos del país, ocurrió la dificultad de cómo se había de alimentar al joven é interesante monstruo. La carne le repugnaba; no le era simpática la fruta y no parecía comprender á lo menos por ahora, la yerba. Púsosele un pescado vivo en la boca, y dando un gran bostezo le concedió permiso para que volviése á vivir en su elemento natural. Sin embargo, pronto se llegó á un pueblo, y aquí la perspicacia del jefe describió lo que convenia hacer. Dio orden para que se confiscasen todas las vacas del país, y las mandó ordeñar. Esto agradó extraordinariamente á su amable pupilo, el cual consumió tal cantidad de leche que inspiró grandes temores sobre la posibilidad

de establecer durante el viaje el debido equilibrio entre la producción y la demanda. Llevaronse las sobras de la comida en cántaros; pero la leche se agrió, y entonces fué preciso volver por una vaca que acompañase al ilustre viajero é hiciese las veces de ama de cría. De esta manera viajaron mil y quinientas millas río abajo, deteniéndose en todos los pueblos, confiscando la leche de todas las vacas, y llevándose la mejor hasta encontrar otras. Por este medio lograron salir la mesa del ilustre cautivo, cuyas facultades absorbentes en materia de sustancias lácteas parecían crecer y desarrollarse todos los días.

La división del ejército mandada por el jefe de Nubia, llegó al Cairo con su presa el 14 de noviembre de 1849. El viaje desde el punto de la captura había durado cerca de seis meses. El general se apresuró á presentarse en palacio para dar cuenta de todo á su señor, y puso al hipopótamo, con una satisfacción intensa mas fácil de concebir que de expresar, en manos de los empleados de palacio. Su Alteza, enterado de lo ocurrido con la serie de vacas nodrizas, resolvió entregar sin pérdida de momentos al cónsul inglés el voraz lactante.

La noticia se comunicó al cónsul con toda la ceremonia oriental, por el mayor domo mayor de Su Alteza, á quien el honorable M. Murray hizo un regalo proporcionado á lo satisfactorio de nuevas tan gratas. Un teniente del ejército de Nubia llegó poco después con una partida de soldados, dando escolta al cuadrúpedo, de cuya fama estaba llena ya la ciudad entera, y que excitó tanta curiosidad en el Cairo como después en Londres, cosa fácil de comprender si se considera que no podía ser conocido allí un animal para cuya captura y conducción se necesitan ejércitos, una larga campaña, recorrer varios territorios, y disponer de mucho dinero, botes, provisiones y vacas. El entusiasmado cónsul había hecho ya todos los preparativos necesarios para recibir al ilustre extranjero. En primer lugar había tomado á su servicio á Hamet Safi Cannana, muy conocido por su esmerada y saber en la cría de animales. En seguida se había construido una cómoda habitación en el patio de la casa del cónsul con una puerta que daba á un baño. Como el hipopótamo tenía que pasar el invierno en el Cairo, se adoptaron las debidas precauciones para que este baño pudiese estar siempre tibio. Aquí, pues, vivió nuestro hipopótamo, en medio del lujo y comodidades que exigía su elevada gerarquía, gozando de popularidad entre los curiosos, y consumiendo tales cantidades de leche que pronto produjo una escasez de este artículo en el Cairo, porque en aquel país no se ha llegado á la perfección de capitales mas civilizadas donde se fabrica este producto tan maravillosamente con sesos y otras sustancias no menos agradables, que no llega á escasear jamas por grande que sea el número de los consumidores.

Entretanto se hacían activos preparativos en Alejandria para embarcar al joven hipopótamo á bordo del vapor *Ripon*. Habíase construido en el entrepuente de este buque una cámara, de la cual se bajaba por unos esbozones al solado, donde había un gran depósito de agua, un lago verdadero para solaz del emigrado anfibio. Hízose esta obra en Southampton bajo la dirección del secretario de los zoológicos del parque del Regente, á cuya energía y previsión debe la Inglaterra la dicha de poseer este grotesco y amable monstruo. El estanque de agua dulce que se llevaba á bordo, debia renovarse un día sí y otro no. Con este fin se tomó á bordo una provision enorme de agua, que se renovó en Malta; pero ni esto bastó para semejante consumo, y fué

preciso echar mano del vapor condensado de las máquinas, que producian diariamente trescientos galones mas. Como hay hipopótamos que viven á orillas del mar en ciertas regiones del mundo, es probable que nuestro amigo se habría habituado fácilmente á bañarse en agua salada; pero no se queria exponer al mas leve riesgo su preciosa existencia; y ademas se tuvo presente, primero, que en su tierna edad, y descendiendo de una larga serie de progenitores que habian vivido en las suaves aguas del Nilo, el agua salada podría hacerle daño; y segundo, que si se acostumbraba demasiado á ella, no sería fácil proporcionársela en los jardines del parque del Regente, que es donde está destinada á pasar el resto de sus días. Por consiguiente se preparó el agua dulce necesaria para renovarle el baño un día sí y otro no.

El cónsul inglés empezó á arreglar la marcha de su noble huésped á fines de abril, y en los primeros días de mayo se despidió afectuosamente de él, y lo hubiera abrazado en la efusión de su afecto á no ser porque la amplitud de volumen hacia imposible esta tierna demostración.

El hipopótamo salió del Cairo en un gran carro, acolchonado interiormente, y habiendo desahogado otro que se usaba para conducir caballos de precio de un punto á otro. Creyóse que lo hizo cuestion de dignidad personal; pero Hamet Safi Cannana asegura que solo pensó en la integridad de su piel, expuesta á roces desagradables en las ásperas tablas del primer vehículo que se le había preparado. Por supuesto no se hizo esfuerzo alguno por forzar á tan alto personaje á entrar en máquina tan plebeya, porque uno de los grandes principios de educación animal que profesa Hamet consiste en no irritar nunca á los animales, en conservarlos siempre de buen humor, en no violar nunca su voluntad en todo aquello que no les haga daño, que no sea impracticable, ó que no sea especialmente irracional, gárrulo y noble principio! ¿Quién con él no desearia ser hipopótamo? ¿Quién que no fuese César, no desearia ser Pompeyo?

Al llegar á Alejandria, unas diez mil almas se lanzaron á las calles para ver pasar al hipopótamo. Si nadie había visto jamás al prodigioso anfibio en el Cairo, no es extraño que la condicion mental de Alejandria se encontrase en una oscuridad igualmente lamentable.

La multitud era tan compacta, que el cónsul inglés (cuya ternura lo había avasallado hasta el punto de obligarlo á seguir á su huésped después de separarse de él en el Cairo, y á confundirse con su séquito) tuvo que solicitar una escolta del gobernador de Alejandria. Esta fué concedida en el acto, y las tropas acudieron á escape blandiendo las bayonetas por en medio de la multitud. Felizmente no se apercibió de ello el hipopótamo, á la sazón dormido en su acolchonado vehiculo, porque de lo contrario la carga de caballería hubiera podido causarle una desagradable conmocion nerviosa.

Embarcósele á bordo del *Ripon*, donde en breves se le reunieron su escolta el general Jung Bahadur Ranajee, y los principales de Nepal sus hermanos. Estos personajes hubieran llamado mucho la atencion en otras circunstancias; pero en las actuales ¿quién podia rivalizar en atractivos con el habitante de la casa y del estanque del entrepuente?

Durante el viaje el hipopótamo se hizo mas y mas amigo de su acompañante é intérprete Hamet, en realidad la asiduidad, consagracion y celo que este había manifestado hacia la persona del interesante huésped por quien la Gran Bretaña hacia tantos esfuerzos y gastos, no podian menos de inspirar afecto, á no ser que el hipopótamo fuese un

monstruo de ingratitud. Hamet había dormido siempre al lado de su augusto pupilo en el Cairo, y siguió haciéndolo en la primera semana del viaje á Inglaterra. Pero á medida que aumentaba el calor del verano y el volumen del viajero, esta proximidad producía graves inconvenientes, y Hamet decidió dormir en un coque tan suspenso á unos dos ó tres pies de la cama del hipopótamo. Metióse Hamet una noche en su hamaca, y habiendo asegurado al hipopótamo tanto con la voz como con algunas caricias manuales que se hallaba como siempre al lado de él, se quedó profundamente dormido. No sabese cuanto tiempo durmió, pero sí se sabe que se despertó de repente con la sensacion de haberse caído, y se encontró sin saber como en su antiguo puesto al lado de su voluminoso pupilo. Hamet volvió á intentar otra vez el mismo experimento; pero volvió á sucederle lo mismo.

El viaje fué por lo demas bastante agradable. Los otros pasajeros se marcaron horriblemente; pero nuestro amigo ni se mareó ni perdió su buen humor un momento siquiera. Gozaba mucho en su baño, en que no faltaba nunca agua fresca, y sus provisiones eran muy satisfactorias. Dos vacas y diez cabras se hallaban á bordo especialmente consagradas á su servicio; pero como estas no bastaron después para el rápido desarrollo de su apetito, la vaca de los pasajeros fué confiscada para su uso especial; y gracias á esta adición y á algunas docenas de sacos de harina de maíz, llegó á las playas de Inglaterra lleno de robustez y de salud.

En Southampton, el hipopótamo, con casa y todo y con su tutor al lado, se colocó en un *truck* de hierro que fué conducido á la estación del ferro-carril. Todo lo viajó en un coche especial y por un tren especial hasta la estación de Londres. Llegó á los jardines zoológicos á las diez de la noche, donde fué recibido y felicitado por lord Brougham, el profesor Owen, M. Thomas Bell y M. Mitchell, los cuales sin embargo no habian creído necesario vestirse de rigurosa etiqueta. Después llegaron á complimentarlo varios sabios y algunos dibujantes que tenían la mision de retratar su interesante persona para uso de los periódicos ilustrados. El ilustre extranjero descendió de su carruaje y se dejó penetrar en los jardines. Abria la marcha un funcionario portador de un farol, seguía Hamet Safi Cannana con un saco de dátiles al hombro, y detrás de él, marchando lentamente, el ilustre personaje, en cuya fisonomía parecía revelarse la conciencia de la esquisita ridiculez de los honores que se le tributaban, y la satisfacción de las comodidades de que iba á disfrutar.

No nos toca á nosotros describir la popularidad inmensa de que ha disfrutado en Londres, bastando haber conducido al objeto de ella á su destino final.

#### LA HOGUERA DEL DIA DE SAN JUAN.

Madama Elisa Frank ha hecho una pódica pintura de las hogueras de la noche de San Juan en Bretaña. No solo los niños, sino tambien las jóvenes van pidiendo por las casas para elevar la hoguera que encienden en honor del santo. Hé aqui la traduccion de la poesia de madama Frank:

«Donde van esos niños y esas muchachas, tan graciosas á pesar de sus harapos, y corriendo por toda la aldea? Van mendigando una limosna de puerta en puerta, cantando alegremente en loor del santo: — Mañana es la fiesta que viene una vez todos los años; apresuráos á celebrarla y dadnos un baceillo de leña para encender una buena hoguera en la colina; Dios os bendicirá por ello.

« Y las pobres criaturas, olvidando su miseria, atraviesan los campos con sus cargas de leña seca, que arderá por la noche en honor del santo. Pero llega la hora en que se cubre el horizonte, y los picos de las agudas rocas se iluminan y adornan sus frentes con una aureola de estrellas.

» Cien hogueras, mil, alumbran la Bretaña como otros

tantos soles, de colina en colina, pareciendo reflejar el brillo del firmamento, en tanto que resuenan en los bosques lagos y alegres gritos, cuyo rumor confuso se mezcla con los agudos gritos de la gaita que tocan los pastores.

» Por todas partes se oye un estrépito de voces entonando los antiguos cánticos de la Bretaña; y los ancianos con



La hoguera del día de san Juan.

sus frentes severas van visitando las hogueras sostenidos por sus viejos cayados.

» Mirad las hijas de la Armórica, con sus hermosos trajes tradicionales, con sus rubios cabellos y sus dulces miradas, que acuden de todas partes para visitar la llama consagrada: — y corren en alegres grupos pidiendo al santo bendito que se vean antes de un año con la cruz de oro colgada del cuello, y con el anillo de despedadas.

» Mirad también, como siguiendo la antigua costumbre, los pastores llevan sus dóciles rebaños por entre los tizones abrasados: — Old esas voces raras, y esos gritos feroces y bárbaros que resuenan en lontananza, y poned atención en esas danzas fantásticas que duran hasta la mañana alrededor de las hogueras, y que parecen un baile de sombras dando vueltas por entre las rocas sombrías, alumbradas por inconstantes resplandores.

» En torno de las hogueras hay bancos para los que acuden a ver aquellas danzas.

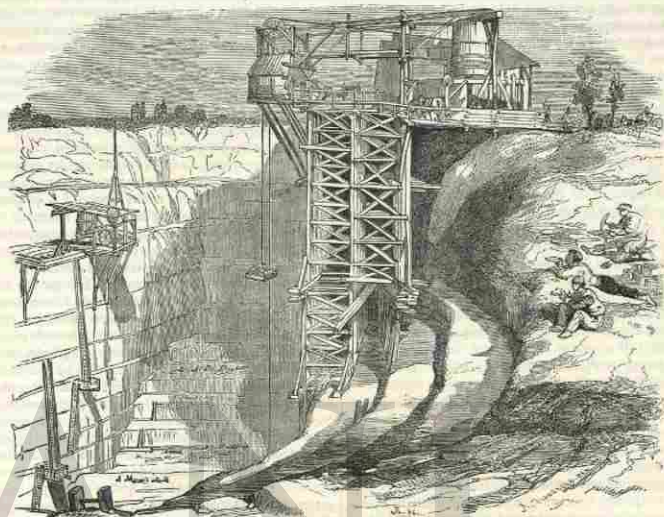
» Pero ya las llamas se apagan, y cada flor que se desprende de la montaña escita mil alegres gritos; cada hoja es disputada con furor a las brasas encendidas.

» Para vosotras, hijas de nuestras praderas, son esas flores agostadas alevadías colgadas al cuello, que os preservarán del mal y os mantendrán hermosas siempre.

» Hijos de la montaña y de los valles reunidos por un culto tan sagrado, llevaos un carbon de la hoguera, para que el rayo respete vuestras humildes chozas en los días de tempestades.

» Al menos, esa es la antigua creencia que os han inspirado desde la cuna y que siempre conservais, pues sois una raza fuerte, cuyos antepasados fueron grandes, a pesar de sus siglos enervados.

### LOS PIZARRALES DE ANGERS.



Interior de un pizarral.

A unos cinco kilómetros de Angers, al este de la ciudad, existe un vasto terraplen de un aspecto poco agradable. Socavado en todos sentidos por la mano del hombre, ofrece solo a la vista unas cuevas profundas, a veces llenas de un agua verdosa, unas colinas de un azul oscuro y una raquítica vegetación.

Los nombres de esos tristes lugares están en relación con esa triste naturaleza; y todo el mundo huiría de esos sitios desolados sin la industria que se ejerce allí que tiene al viajero con sus máquinas de vapor, sus cables, sus cadenas y su crecido número de obreros.

Una parte del suelo donde se explotan las canteras, entre San Leonardo y Trélazé, dependía antiguamente del castillo de Angers y pertenecía a la abadía real de San Aubin.

La mayor parte de los terrenos situados cerca de Angers y propios para la extracción de la pizarra, sobre todo los del noroeste, eran propiedad, desde un tiempo inmemorial, los unos del espíritu de la iglesia de Angers, y los otros del monasterio de Saint Serge. Pero a pesar de las concesiones que debieron hacer, los canónigos y los frailes tuvieron que renunciar enteramente a aquellas propiedades a consecuencia de un decreto del consejo de Estado de 23 de octubre de 1740, por el cual se mandó que en adelante todo propietario debería vender el terreno necesario para la explotación de la pizarra, decreto que fué para las canteras su primer grado de mejora.

Sin embargo, los grandes progresos que se han hecho allí, tales como el empleo del vapor, la explotación por pa-

nerías subterráneas y el alumbrado de gas y que han dado a esas canteras un desarrollo considerable, no datan de más de quince años. Diez y siete máquinas de vapor funcionan en once canteras que se explotan en la actualidad en los departamentos de Maine y Loira.

Pasemos ahora al examen de los obreros que en número de tres mil forman una población con sus usos y costumbres particulares que deben estudiarse en la cantera misma. Dividense aquellos en tres clases que rara vez se confunden antiguamente por el matrimonio. La menos notable es la de los jornaleros; la más distinguida comprende los trabajadores de arriba, y los de abajo componen la clase media de la sociedad trabajadora.

Los jornaleros no disfrutan ningún privilegio, porque no están reputados como obreros de la cantera; sin embargo, la caja de ahorros les socorre cuando salen heridos, como carecen de espíritu de corporación, se dejan llevar más fácilmente.

Bien diferentes de los jornaleros, los trabajadores de abajo tienen sus asambleas deliberantes, sus gefes y oradores; el síllo ordinario de su reunión es la taberna; se principia por beber y cantar, luego se discute y después se canta y se bebe de nuevo, hasta que un cierto número de ellos, divididos habitualmente en dos sociedades, se comprometen a echar abajo en seis meses ó un año un trozo de roca en una cantera; esto se llama entre ellos tratar para una campaña.

También es en la taberna donde eligen sus gefes, los cua-

les se entienden directamente con la administración de la cantera, y allí también se arreglan cuentas cada semestre, pasándose a veces días enteros en discutirlos, porque todos se figuran haber ganado más de lo que les toca.

Estos privilegios no son malos, pero que valen en comparación de la antigua ley sálica que reina en los usos de los obreros de arrieta? Se podrá decir que cada día se va observando menos, pero sin embargo, estos resisten cuanto pueden, y no hace veinte años todavía que prohibían la entrada en sus filas a los maridos y a los hijos de sus propias hijas. Solo los verones en línea directa eran considerados dignos de heredar la posesión paterna.

El lector podrá enterarse algún tanto de las singulares costumbres de esta tribu, si gusta visitar con nosotros algunos talleres de los trabajadores de arrieta. De paso debemos decir que el lenguaje de esta gente es tan pintoresco como expresivo.

Pero, qué quiere decir esa espilla colocada por dentro así, en el centro de las canteras? Aquí viene una mujer que ya la decimos.

— Esta se llama la espilla de Saint Lézin, obispo de Angers y patrón de los trabajadores; se construyó hace unos quince años no lejos de la antigua, cuyas ruinas se hallan ahí cerca. Desde que se abrió al viento, los obreros mejoraron mucho en sus costumbres, y se celebra en ella la fiesta de Saint Lézin el 15 de febrero.

— Muchas gracias, buena mujer; estamos lejos de la cantera principal?

— No por cierto.

— En efecto, estoy viendo desde aquí las cabañas llenas de obreros.

Especialmente interesante es el de esos talleres al aire libre que compuestos cada uno de unas simples estacas trenzadas con paja, se vuelven a volar contra el viento, el sol y la lluvia. De lejos esas cabañas parecen un campamento de árabes. De allí salieron en 4790 unos mil quinientos obreros que sublevaron la ciudad de Angers, y hubo que recurrir á las armas para calmar aquel desorden causado por la carestía del pan. Pero olvidó que mi asunto principal es la pizarra; este buen mozo que está aquí cerca nos va a poner al corriente de la operación del corte.

En efecto el obrero á quien me dirijí, metido dentro de su cabaña, sentado en un banquillo de madera, con las piernas envueltas en harapos, armado de su cincel y mas orgulloso de sus privilegios que ningún noble de Francia, puso manos á la obra y la tirada de pizarras se dividió en hojas flexibles y delgadas. Primeramente la cortó en dos pedruzcos con un cincel grueso, y luego va sacando las copias de pizarra con ayuda de instrumentos cada vez mas delgados. El hijo de aquel obrero que nos siguió hasta la cantera principal nos explicó las dos maneras que se emplean hoy para explotar la pizarra, una al aire libre, y otra en galería subterránea.

Todo el mundo conoce las canteras al aire libre y sus andamiajes que al menor sacudimiento se columpián sobre un abismo á veces de una profundidad de 125 metros; ademas como nuestro grabado dará una idea mas clara que el relato pasaremos á la explotación por vía subterránea.

El lector bajará con nosotros por estrechos senderos hasta un hoyo á cuyo borde se entra en un puentecillo, fijo en la pendiente de la roca que en aquel sitio la domina de mas de cien pies, y se halla á una igual distancia del fondo de la cantera. A la estremidad del puentecillo se encuentra una abertura parecida á la entrada de una gruta que

conduce á un corredor sombrío cortado á pico en la roca; dados algunos pasos se llega á la cantera subterránea, donde todo es tinieblas para el que llega á pesar del alumbrado de gas, porque los ojos se hallan deslumbrados todavía con la claridad del sol. Sin embargo, poco á poco se acostumbra á la oscuridad y entonces se descubre un espectáculo que espanta y anonada.

Casi sin saberlo, se halla uno en un balcón ó balaustrada de madera que da la vuelta á todo el subterráneo que tiene nada menos que 10 metros de profundidad, sobre mas de 60 de ancho y otros tantos de largo. Las luces del gas, semejantes á los fuegos fatuos, oscilan en las partes mas bajas del golfo y por un efecto de óptica singular impiden que pase la vista mas allá de aquel cordón luminoso, de modo que los ojos sin mas espacios que medir, permiten á la imaginación que se cree profundidades imaginarias. Es aquello el infierno del Dante con sus sombras y sus fantasmagoras; sobre todo con el ruido perenne de los martillos y la detonación de las minas constantemente repetida por los ecos.

De la balaustrada en donde estamos se baja por una escaherilla cortada á pico hasta un segundo balcón desde donde se descubren los trabajos; un poco mas allá se está en el fondo del abismo, y se ve á los trabajadores de abajo practicando minas y sacando la pizarra por grandes tiradas; á cada nueve pies dejan un filón sobre los flancos de la roca. Armados de sus puntas separan la primera con una destreza maravillosa; ademas todos los golpes resuenan como un solo. Los pestazos de piedra que acaban de arrancar se colocan en un cajón cuadrado que suben á la superficie del suelo por medio de unos fuertes cables movidos por el vapor. Cada año las canteras de Angers fabrican mas de ciento treinta millones de pizarra que se envían por todas partes, representando un valor de unos dos millones quinientos mil francos.

#### DESCUBRIMIENTOS CIENTÍFICOS.

##### ARTÍCULO PRIMERO.

Automata meteorologista.—Automata que fabrica ladrillos.—Automata costurero.—Automata batidor de oro.—Máquina para extraer carbon de piedra.—Automata plerador de piróclitos.—Automata cocinero.—Presas de timbrar.—Máquina de paginación.—Máquina de labrar piedra.—Máquina de hacer argamasa.—Máquina de arrollar y marcar hierro.

Las ciencias aplicadas llevan camino de desmentir en breve la opinión que el hombre ha tenido hasta ahora de sí mismo, creyéndose condenado irremisiblemente al trabajo material. Si los adelantos modernos siguen en la espontánea progresión que en ellos se va observando, las tareas manuales de nuestros nietos se verán reducidas á fabricar máquinas para servirles, á menos que se invente tambien un medio de que ellas se fabriquen unas á otras. Nuestro siglo se ha empeñado en responder victoriosamente al trónico desafío que le dirigió Aristóteles: «El hombre será feliz cuando el arado y el telar puedan andar solos.»

Entre las noticias de nuevas invenciones, elegimos las que encabezan este artículo, y que datan todas de los últimos meses. Por ellas se podrá formar una idea de ese inmenso movimiento científico-industrial que reina en Alemania, Francia y en los Estados Unidos, arrastrando á todo el mundo á convertir en resultados prácticos las mas abstractas especulaciones.

Se propone por ejemplo un problema; conocer qué vientos corren, cual es su dirección, su duración, su celeridad, su frecuencia, el orden de su sucesión, la cantidad de lu-

via que cae bajo la influencia de cada uno de ellos, y conocer estas cosas sin necesidad de observar siquiera los móviles instrumentos que revelan las alteraciones de la atmósfera.

Mas claro é el anemómetro ha de colocarse encima de una casa, de una torre, de una montaña. Pues bien; una persona que no quiere salir de casa ni acercarse á la ventana, desea saber sin embargo los menores movimientos del aparato; el observador no ha de moverse; el instrumento es quien ha de enviar mensajeros á su domicilio.

Y si el observador desea por el contrario irse á paseo, dormir fuera de casa ó hacer un viaje, estas multiplicadas ausencias no han de perjudicar á los progresos de la meteorología; el instrumento se tomará el trabajo de llevar apuntes escritos de sus observaciones.

He aquí el problema: no se responda que la solución es imposible; la ciencia rechaza esa palabra. Pero no hay que buscar semejante solución, porque está encontrada.

Ya M. Westonstone habia descubierto el registrador eléctrico-magnético, instrumento que lleva un diario exacto de las variaciones de temperatura, de presión y de humedad que se verifican de seis en seis minutos. Este ingenioso físico hizo, por decirlo así, la educación científica del termómetro, del barómetro y del psicrómetro. M. Moncel se ha dedicado ahora á una operación análoga con el anemómetro y el pluviómetro, llevándola completamente á cabo.

Es muy difícil, sino imposible, dar á conocer, sin el auxilio de las figuras, los pormenores del anemógrafo de M. Moncel. Se compone de dos aparatos, el anemómetro y el indicador. El primero recibe y transmite las diferentes influencias del viento; el segundo recoge estas indicaciones y las señala en un pliego de papel. Puede decirse que el anemómetro es una vigia que permanece en observación, en un punto elevado; mientras que el indicador se consagra á las ocupaciones literarias en el recinto de su gabinete.

Muchos habrán sospechado ya que en esta obra mágica juega el electro-magnetismo y no se equivocan.

El anemómetro (observador que inspecciona el tiempo) se compone de dos partes; la una transmite la dirección del viento; la otra su celeridad.

El indicador (agente interior ó secretario) contiene, entre otras cosas, dos sistemas electro-magnéticos, cada uno de los cuales se enlaza con una de las partes del anemómetro de que acabamos de hablar.

El sistema electro-magnético que se enlaza con la parte del anemómetro que transmite la dirección del viento, consta de ocho pilas, porque el indicador no escribe mas que los ocho vientos principales. Hay por consiguiente un electroimán para cada viento. Así, delimitadas las atribuciones, no es de temer ningún conflicto.

El sistema que está en relación con la celeridad del viento no tiene mas que un electro-imán.

Cuando sopla un viento, y durante todo el tiempo que sopla, la corriente obra sobre uno de los ocho electroimanes, (el que le corresponde) el cual entra inmediatamente en funciones, cogiendo un lápiz, ó por mejor decir, apoyando su punta sobre un pliego de papel; y como este se mueve, resulta una línea cuya longitud determina la duración de aquel viento. Pero cómo se mueve el papel? De esta manera.

Un cilindro giratorio, cubierto con un pliego de papel, obedece á un resorte de relojería, el cual le hace dar una vuelta completa en el espacio de doce horas. Al eje de este cilindro se adapta un tornillo sin fin, el cual le hace avan-

zar cuando gira, de manera que los dos extremos de la línea trazada por el lápiz en una vuelta completa, no se tocan, sino que el lápiz sigue trazando una espiral, cada una de cuyas vueltas marcará el transcurso de medio día, y responderá á otra vuelta del tornillo. Los ocho electroimanes entran en ejercicio y cesan de funcionar según la ausencia ó presencia del viento á que corresponden.

El tornillo adaptado al cilindro tiene diez y seis vueltas, y como este cilindro emplea doce horas para cada una de ellas, resulta que puede apuntar sin interrupción las observaciones por espacio de ocho días. Al cabo de este tiempo hay que dar cuerda al aparato; pero la ingeniosa máquina se toma el trabajo de avisar á su amo cuando llega este caso, llamándole en lengua de máquina; esto es, con una campanilla.

Por esta descripción sumaria se puede inferir la exactitud de lo que decíamos al principio. Apenas ha cundido por el mundo la idea de que todos los trabajos que solo necesitan fuerza y destreza han de llevarse á cabo por máquinas, cuando ya el campo otorgado á estos nuevos agentes del hombre parece venirse demasiado estrecho. La verdadera dificultad consiste hoy en decir: Aquí están los límites, aquí dejarán la mecánica, la física y la química de sustituirse al hombre.

Máquinas que están todavía en la infancia, pero que se desarrollarán, siguen en este momento el aprendizaje de cajistas de imprenta. Esto es prodigioso, y sin embargo, si se clasifican las creaciones de las ciencias aplicadas según los grados de inteligencia que requieren el trabajo que hacen, se ve que las máquinas de componer y distribuir solo forman un escalón de esa admirable serie, una transición á punto mas elevado todavía, la ciencia y el arte mismos sufren la invasión de las máquinas.

Acabamos de describir un aparato que fabrica, no ya tejidos, sino observaciones científicas. No es esta la única maravilla de su clase, y podríamos citar otros ejemplos de esa especie de aptitud científica que el hombre ha logrado á través de sus criaturas. En comprobación, mencionaremos solo el instrumento que hace todas las operaciones aritméticas; y de qué manera? En diez y ocho segundos multiplica ocho números por otros ocho; en menos de medio minuto divide diez y seis números por ocho, y para extraer la raíz cuadrada de diez y seis números y hacer la prueba, no necesita minuto y medio. Es decir, que trabaja incomparablemente mas á prisa que el mas hábil calculista, y solo el célebre Mauguellet podría rivalizar con él.

Sería curioso que procediésemos por el mismo método.

¿Qué va á resultar de esta imprevista extensión de las aplicaciones mecánicas? Las máquinas van á prestar á los sabios los mismos servicios que á los trabajadores; emanciparán el espíritu como ya han tratado de emancipar el cuerpo. Los hombres científicos tenían que sujetar muchas veces los vientos de su genio para entregarse á operaciones de infatigable linaje; los autómatas desempeñarán en adelante estos trabajos secundarios. Buen ejemplo de ello es la anemografía. Siendo los vientos, sin contradicción, uno de los rasgos mas importantes de la meteorología, ¿en qué consiste que está tan descuidado? En que este ingrato estudio requiere una verdadera abnegación; era menester convertirse en máquina para darle feliz remate. Las máquinas se han encargado de él, y en adelante solo quedarán á cargo del hombre la comparación de las observaciones y la investigación de las leyes. El meteorologista tendrá á su disposición un número mayor de hechos que abarcarán todos los pun-



tos del espacio y todos los momentos de la duración de los vientos.

Iguales observaciones pueden aplicarse al *artimómetro*. No solo podrán las personas menos adelantadas en la ciencia de los números, resolver en un instante los problemas mas complicados (ventaja de menor cuantía), sino que el matemático dejará de verse en la precisión de hacer largos y fastidiosos cálculos que solo requieren costumbre. Las invenciones de este orden equivalen á un verdadero acrecentamiento de la inteligencia, á una multiplicación de las fuerzas, á una prolongación de la vida. Y el que quiera formar idea de la virilidad futura del espíritu humano, tendrá que tomar en cuenta los auxilios que han de prestarle esos aparatos automáticos que funcionarán á un tiempo en todos los ramos de la producción científica.

Dos empresas hay que se completan mutuamente, y que la ciencia debe hacer caminar juntas; la una es dar á la inteligencia todos los auxilios posibles, y acabamos de ver que ya se ocupa en esto: es la segunda emancipar al pueblo de los trabajos materiales, engrandeciendo también así las fuerzas intelectuales del género humano. Muchas nuevas invenciones pueden citarse que tienden á este objeto.

1.º Los señores Fuddell y Saunders son inventores de una máquina completamente auto-motriz, que fabrica ladrillos macizos y huecos, tejas y caños. El trabajador no necesita absolutamente mas que presentar la tierra y recoger las piezas hechas. La máquina se compone de una prensa de tornillo que fuerza al barro á entrar en una canal que le da la forma, y de una cuchilla de acción continua que lo corta según va caminando, y modelándose. Movida por una fuerza de dos caballos esta máquina, puede producir por hora mil ladrillos ó mil ochocientos caños de dos pulgadas y media de grueso.

Una máquina inventada por M. de Lecoqchal de Bellevalle, posee el talento de hacer lo que las costureras llaman punto por encima, y cose las telas gruesas, los sacos, etc., los dos espesores de la tela que se quiera coser se sujetan á la orilla de una tela sin fin móvil que los transporta á la parte de la máquina en que funciona la aguja. Esta aguja enhebrada se envía de un lado á otro por medio de dos pinzas de metal, que obran aisladamente en cada una de las dos estremidades de la aguja.

Cuando la punta de la aguja ha penetrado en el tejido, la primera pinza se abre y se eleva por encima de la aguja, que es impulsada entonces hacia adelante por la segunda pinza. Así que la aguja al atravesar la tela, ha penetrado hasta los dos tercios de su longitud, es recogida por la primera pinza que le hace atravesar completamente el tejido, y la segunda, abriéndose en este momento, deja libre la aguja. Esta, después de atravesar la tela, vuelve á ser recogida por la segunda pinza que se coloca por fuera del borde de la tela en su primera posición. El hilo es mantenido en el estado de tensión por dos muelles que sirven también para apretar el punto.

2.º Los señores Vine y Ashmead de Hartford en los Estados Unidos, han inventado un *batidor de oro automático*. Este consiste en una plancha de acero bruñido, sobre la que se halla colocado un cuadrado de hierro con el fondo de madera; en este se coloca el oro que se quiere someter al batido. La operación se ejecuta por medio de un martillo puesto en movimiento por palancas.

3.º Dos máquinas para cortar el carbon de piedra en las minas que pueden igualmente servir para otras explotaciones de minerales poco consistentes, son debidas á

M. Waring; los cortes son hechos á una pareja de ruedas dentadas colocadas en un árbol horizontal sostenido por un pedestal. Este mismo pie contiene asientos para los trabajadores, que no tienen que trabajar tendidos en el suelo ni en ninguna posición incómoda. Estos dan movimiento á la máquina por medio de palancas de movimiento alternativo, obrando de la misma manera que si manijasen un remo. Tal vez en esto podrá hacerse algo mas; pero ya hay una base. Una tonelada de carbon de piedra puede extraerse con el coste de 90 céntimos en vez de un franco y 60 céntimos que cuesta hoy la explotación.

4.º A medida que salen de la prensa de impresion los pliegos de la *Illustrated London news* son doblados por una máquina. Cada pliego es colocado sobre una plancha que tiene un movimiento alternativo, y que al bajar dobla el pliego por su parte media aproximando sus dos mitades, y conduce el pliego en esta forma, entre un par de rodillos que terminan el doblaje. Estos rodillos le hacen descender entre dos series de cintas sin fin en posición conveniente para ser recogido después por otro doblador y otro par de rodillos que hacen en el pliego un nuevo doblaje, en ángulo recto con el primero. Cuando la impresion se hace con la prensa de vapor, los pliegos pasan directamente de esta prensa á la máquina de doblar. El autor de la máquina es M. Birehall.

5.º M. Marriot ha presentado una máquina que sirve para empaquetar materias secas, tales como la harina, mostaza, féculas, almidón, tabaco en polvo, etc. Colocando en la máquina la sustancia que debe ser empaquetada, y papel, y poniéndola en movimiento, produce los siguientes resultados: Mide la sustancia repartiéndola en porciones de igual peso, corta un pedazo de papel, le dobla y unta sus bordes de cola; los superpone uno sobre otro formando una especie de saco, coloca este saco en un molde, le llena con la sustancia ya medida, recoge el papel en la abertura, después de lo cual, la máquina misma le coloca un rótulo. Además el aparato imprime estos rótulos, los corta, los encola y los aplica sobre el paquete, después de lo cual este es arrastrado por una tela sin fin.

6.º M. Guillaume ha inventado una máquina para timbrar, operación que generalmente se hace á mano. Esta máquina funciona mas de prisa que la mano, y de una manera mas perfecta. La tija sobre una mesa, delante de la cual se sienta el operador. Este apoya su pie sobre una palanca, á manera de un pedal, y en el mismo instante el timbre desciende y deja su huella en el papel. Al mismo tiempo unos rodillos semejantes á los de una máquina tipográfica, retroceden y hacen provisión de tinta cuando el operador retira su pie, el timbre vuelve á subir, y los rodillos dan la tinta.

7.º De esta máquina, á la que sirve para paginar los registros y numerar los papeles, no hay mas que un paso. Conocemos dos de estas máquinas, una inventada por M. Watterloo, la otra por M. Schlesinger. Con ellas se pueden numerar los libros, registros, documentos, etc.

8.º M. Newton, propugnándose auxiliar la explotación de las canteras, ha construido una máquina para cortar las piedras informes que se le confían, y que funciona con mucha rapidéz.

9.º M. Walther ha inventado otra para los ebanistas, que abre las mortajas en las maderas, y que es paeta en movimiento por el pie del artista, y funciona con una exactitud imposible de obtenerse por el trabajo de manos. Además se gana una mitad de tiempo.

10. M. Brown ha presentado otra para los herreros, que

sirve para redondear y marcar el hierro, y que hace una barra en doce segundos, en lugar de 60 ó 80 que reclama el procedimiento empleado hasta hoy. Esta máquina no exige cuidado ninguno mientras que el martinete exige un herrero experimentado, y á veces dos.

## FABRICACION DEL HIERRO.

### LOS HORNOS ALTOS.

El horno alto es un aparato destinado á cambiar el mineral en hierro colado. Del hierro colado se saca después el hierro y el acero.

Nada es mas fácil de emprender de un modo general lo que se efectua en esta transformación del mineral. El mineral es una combinación de hierro con ese gas llamado oxígeno que con tanta abundancia circula en el aire y que es el agente de toda respiración y de toda combustión. El oxígeno tiene una tendencia marcada á unirse con el hierro, y la prueba la podemos ver á cada instante en la herrumbre que eria el hierro y que no es mas que el resultado de un poco de oxígeno que se adhiere al metal destruyendo sus cualidades y formando en cierto modo un verdadero mineral. Pero cualquiera que sea la tendencia del oxígeno á unirse con el hierro, tiene mas todavía á unirse con el carbon sobre todo bajo la influencia de un fuerte calor. ¿Qué sucede pues cuando se encuentran en un horno el carbon encendido y el mineral? Sucede que el oxígeno que se hallaba junto con el hierro formando el mineral se desprende de esta combinación para unirse al carbon, y deja al hierro solo. Tal es la teoría que se halla enteramente conforme con la práctica en los casos en que el mineral de hierro es muy puro, esto es, que contiene únicamente metal y oxígeno. Así se hace el hierro en Córcega y en los Pirineas, y probablemente este método que es el mas sencillo, es también el mas antiguo. Desde luego tiene la ventaja de dar inmediatamente una masa de hierro que con cuatro martillazos se pone en barras; los metalúrgicos le dan el nombre de método catalán.

Pero cuando el mineral de hierro no es puro, entonces la operación es mas complicada y ordinariamente así sucede, pues el mineral además del metal y del oxígeno contiene una tierra silicea, de donde resulta que aun cuando después de una operación análoga á la que acabamos de describir se saque hierro metálico, este se hallaría diseminado por partículas sumamente pequeñas en el interior de un barro cocido, de modo que el metal de nada serviría. Para vencer este inconveniente se usan los altos hornos, destinados principalmente á producir un calor excesivo para lo cual los fabrican de una grande altura, é introducen en ellos por abajo una enorme cantidad de viento con ayuda de grandes fuelles, puestos en movimiento por el vapor ó por el agua. De este calor resulta que la tierra que se hallaba mezclada con el mineral entra en fusión y forma una especie de vidrio que hacen correr por abajo á medida que va llegando. En el caso en que la tierra que contiene el mineral no es bastante fusible por sí misma se le añade cierta cantidad de piedra caliza que se arroja á un tiempo con el mineral y que combinándose con la tierra por medio del calor, constituye lo que llaman fundición. De este modo ya tenemos la tierra del mineral transformada en un vidrio que gracias á la fluidez que le da el calor, sale del horno por un orificio. Pero esto no basta, porque nada se adelantaria si las partículas de metal se quedasen disemi-

nadas en medio del vidrio; hay además un segundo efecto y es que el hierro, á consecuencia de ese mismo calor no solo cede su oxígeno al carbon sino que aun se combina con el carbon, y esta combinación de hierro y de carbon es lo que se llama fundición, que tiene sobre el hierro la ven-



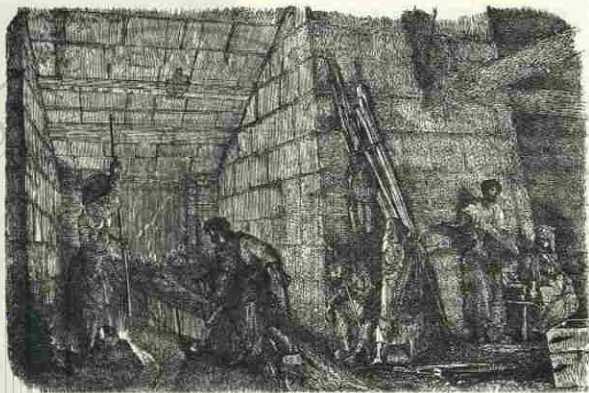
Carga del mineral y del carbon por la boca del horno.

taja de ser fusible. Al mismo tiempo, que la tierra que se hallaba en el mineral entra en fusión, entra también con ella el hierro del mineral, de manera que en último resultado llegan á través del carbon, á la parte baja del horno á un receptáculo llamado el crisol, dos líquidos diferentes que ninguna tendencia tienen á mezclarse, pues el uno es mucho mas pesado que el otro. La fundición baja al fondo del crisol, y la sustancia vídriosa se queda arriba. A medida que se va aumentando la cantidad de fundición, la sustancia vídriosa se eleva y corre por una abertura colocada á una altura regular; por último, cuando el crisol se halla lleno de fundición, el fundidor destapa un agujero colocado en la parte inferior del crisol, y todo el liquido fundido corre por sí hasta los molinos que de antemano se tienen hechos en la arena donde se consolida.

He ahí toda la teoría de los altos hornos reducida á su mas simple expresión. La forma interior de esos hornos es parecida á la de un *pozo* con aberturas practicadas para encajar los cañones de los fuelles; el vacío se llama *chimenea*, la parte abierta el *vientre*. Aquí es donde el mineral preparado á la fusión en la parte superior del horno, principia á fundirse en union con las materias terrosas que le acompañan. La proporción de las diferentes partes varia mucho según las localidades y según la naturaleza de los

minerales. La altura de los altos hornos varia de 6 á 20 metros. Los mas elevados son aquellos en que se emplea por combustible el coke; en los que se gasta el carbon ordinario apenas pasan de 12 metros. Las paredes del horno deben construirse de una materia muy dura sin lo cual se

fundirian por efecto del calor que hay dentro y todo el horno quedaria descompuesto. Ordinariamente se hacen ladrillos. La pared exterior debe ser sólida pero no necesita las mismas condiciones de infusibilidad; por lo regular les dan una forma de pirámide.



Salida de la fundición por el orificio del horno.

La cantidad de fundición que puede producir un horno de esta especie depende de la cantidad de aire que pueden lanzar los fuelles, porque las tres cantidades de carbon quemado, de calórico, y de mineral fundido dependen previamente de la cantidad de hierro. Un horno de 8 metros consume unos mil pies cúbicos de aire por minuto, en tanto que los grandes hornos donde se gasta el coke consumen hasta 1800. La cantidad de metal que se puede colar allí varia de 300 á 2,500 kilogramos.

Continuamente se está cargando el horno por arriba, esto es, al menos cada cuarto de hora, en proporción de lo que se va consumiendo durante ese intervalo. Cuando el aire que recibe tiene una gran fuerza, el carbon arde como paja. Se va bajando la carga del horno por instantes, y no se descubren juntos el carbon y el mineral, sino sucesivamente uno y otro; de lo cual resulta que el horno se halla lleno hasta arriba de capas alternativas de carbon y de mineral que recorren poco á poco, á medida que se van calentando, toda la altura de la columna.

La boca del horno despidie siempre una gran cantidad de calor. En las antiguas fábricas, este calor era perdido, pero en el día se emplea para coque ladrillos y con mas frecuencia para calentar la caldera de una máquina de vapor que pone en movimiento los fuelles del horno, de manera que este se sople en cierto modo por sí mismo.

En Francia existe una gran cantidad de estos hornos que trabajan con el carbon ordinario. El hierro que producen es mas costoso que el que se obtiene con el coke, pero en cambio es de mejor calidad. La cantidad considerable de carbon que gastan estos hornos es causa de que se hallen colocados en general en el seno de los cantones

donde hay mas bosque, dando un encanto singular á esos países por la industria y el movimiento que los rodean. Durante las frias noches del invierno y del otoño, las cerquias del horno se hallan llenas de gente que va á calentarse un rato. Se sientan sobre la arena y se cuentan noticias; el mendigo es bien recibido; la mujer del jornalero calienta las ropas del marido y de los chicos, y los trabajadores se pasean por en medio. Pero á la hora de la colada es bien distinto. De todas partes acude gente; esa es la diversion del país, que se anuncia tocando las campanas, y aunque es operacion que todos los dias se repite, siempre tiene espectadores. El hecho es que la operacion es una de las mas brillantes de la industria. Primeramente abren en la arena un largo surco de forma triangular, y cuando el fundidor, armado con una barra de hierro, destapa el orificio inferior del horno, el metal fundido se precipita á borbotones en el surco; allí se forma la barra, ó pieza de hierro colado que debe refinarse despues. Se va saltar una lijera llama, y si es de noche, como sucede con frecuencia, todos los rostros resplandecen con una luz roja. Poco á poco aquella superficie tan fluida y de un rojo tan vivo, se fija, se consolida, pasa al color rojo oscuro, luego al ceniciento, y se confunde en armonía con el suelo; pero el calor persiste largo tiempo, y ay de aquel que por descuido pone un pie encima.

La boca del horno, díjase que es un pozo de fuego porque continuamente se eleva una llama del seno del abismo, y nadie se atreve á adelantarse un poco la cabeza. La plataforma es estrecha y se halla llena de restos de carbon y de mineral; allí se trabaja continuamente en la carga del horno; allí no es como abajo, todo el mundo

está muy ocupado y serian muy mal recibidos los celosos.

Por estos cuadros van siendo raros en el día. Las fábricas campestres, si podemos hablar así, desaparecen de día en día ante las fábricas verdaderamente mecánicas, tanto para los hombres como para las cosas, importadas de Inglaterra. Ya no se permite á nadie alrededor del horno; solo se ven los hombres de servicio, serios, silenciosos, acompañados como militares. Acaso la fábrica está mejor servida, pero la familiaridad y el encanto de la vida humana han desaparecido. Pero ya que hemos hablado de los altos hornos, pasaremos ahora á la fragua y á la fundición.

EL TALLER DE AFINADURA.

La teoría de la fabricación del hierro por medio de la fundición, es tan sencilla como la de la fundición por medio del mineral. La fundición no es mas que una combinación de hierro y de carbon; por consiguiente basta quitar el carbon para obtener el hierro metálico. Ahora bien, el carbon, á la acción del calor, tiene mas afinidad que el hierro para el oxígeno del aire, y por eso al quemar la fundición, el carbon se quema antes que el hierro. Ya tenemos en dos palabras toda la teoría de la afinadura.

El taller donde se afina el metal es muy parecido á una fragua ordinaria; pero con la diferencia de que en el fogón delante de los tubos de los fuelles, hay un agujero cuadrado ó circular mas ó menos profundo, donde se echa el metal. Encima hay una gran chimenea, y á los lados se hallan colocados los cañones de los fuelles. Al principiar la operacion, se llena de carbon el crisol, y con la ayuda del viento que despiden los fuelles, se enciende una buena lumbre, despues de lo cual se introduce en medio de las bráscas la estremidad de la barra que al cabo de un instante entra en fusion y corre hasta el fondo del crisol. Allí recibe el aire directamente de un tubo inclinado, y el herrero la revuelve continuamente con una larga vara metálica para esponer sucesivamente todas sus partes á aquel aire vivo y ardiente. Entonces se produce el fenómeno que hemos indicado en la teoría: el carbon contenido en la fundición se quema poco á poco y queda el hierro. Ademas como ese metal es infusible, á medida que el hierro se va formando, la masa pierde su liquidez y se coagula, y se sabe el estado en que se halla la operacion por el grado de resistencia que opone la masa á la varilla del herrero. Tampoco puede impedirse que se quemé una corta cantidad de hierro; y este hierro quemado ó oxidado combinándose con las cenizas del carbon y con otras sustancias extrañas que la fundición contenia, produce lo que se llaman las escorias, esto es, una materia viscosa que el herrero tiene cuidado de dejar correr de tiempo en tiempo.

Por mucho cuidado que se tenga, como la masa de hierro se compone de una multitud de pequeños burujones que se han y formado y reunido sucesivamente, no es posible impedir que se halle en el interior de la masa cierta cantidad de escoria, y para espulsarla, porque perjudicaria considerablemente á la calidad del hierro, hay que hacer uso del martillo. Con este fin, cuando los herreros juzgan que el metal está suficientemente preparado, sacan del seno del crisol una masa informe, abultada, cubierta de escoria y á una temperatura que la da el brillo de un blanco muy vivo.

En nuestro grabado (*Afinadura del hierro*) se representa el interior de una fragua en el momento en que dos herreros sacan del interior del crisol el metal, y le llevan con sus ganchos de hierro sobre la plataforma, para conducirle arrastrando hasta el martillo.

El martillo es una masa de hierro colado de 5 á 600 kilogramos que pega incesantemente sobre un enorme yunque; sus golpes redoblados que resuenan á lo lejos de día y noche, á intervalos iguales, acaban de dar á los países donde hay fraguas el carácter particular que los distingue de los otros. El martillo tiene por mango una enorme viga que da vueltas en torno de un eje colocado á su estremidad; una rueda con grandes dientes que se halla puesta junto al mango del martillo le imprime su movimiento, y la rueda está movida por otra rueda hidráulica de la forma de la de los molinos, por debajo de la cual dejan venir el agua cuando quieren que ande el martillo. En el momento en que principia el movimiento, uno de los dientes de la rueda se introduce bajo el mango del martillo y le levanta, y un instante despues sale y el martillo cae de todo su peso, hasta que otro diente se presenta y le alza de nuevo. En la parte superior de su ascension, el martillo aprieta contra la punta libre de la viga, y en el instante en que sale el diente, esa punta aprieta á su vez sobre el martillo como un resorte, y le hace caer violentamente. El herrero, armado de unas fuertes tenazas, vuelve y revuelve la masa de hierro sobre el yunque, mientras está en el aire el martillo, y un muchacho colocado á su lado con una pértiga que comunica con la compuerta, arroja la entrada del agua para acelerar ó retardar el movimiento. El martillo á pesar de su enorme masa y de la espantosa fuerza de sus golpes, marcha, por decirlo así, á voluntad del muchacho. Todos estos detalles se hallan perfectamente representados en nuestro dibujo.

Por mucho que se quiera apresurar la operacion, el metal no tarda en enfriarse, y lo mas que se puede lograr en la primera vez, es extraer la escoria que sale á cada martillazo, y comprimirle un poco dándole una forma larga. Despues vuelve al fogón para calentarse de nuevo, pasando otra vez al yunque, de donde sale ya en gruesas barras.

Estas barras se cortan en pedazos y calentándolas nuevamente, hacen despues con ellas barras ordinarias. Para esta operacion se emplea un martillo mas ligero que el precedente y de un movimiento mucho mas vivo, sus acelerados golpes forman un notable contraste con los del martillo. Por lo regular este trabajo se efectúa en una fábrica separada de la primera; á su beneficio se acaban de poner los productos del mineral en el estado en que pasan al comercio, para los muchos usos que se da á este metal, el mas precioso sin duda de los que poseemos.

Los talleres de afinadura se hallan juntos ó separados de los altos hornos, segun la abundancia de agua que es aquí la condición principal, mas aun que para los hornos, puesto que proporcionan el aire al crisol y el movimiento á los martillos: la facilidad de acopiar provisiones es tambien una razon muy poderosa, porque el transporte del carbon aumenta mucho su valor. Pero nada es mas hermoso que un país de fraguas cuando todas esas fábricas se hallan unidas por un mismo arroyuelo en medio de praderas encajonadas en las colinas cargadas de la leña que suministra el combustible.

Todo el valle se halla cubierto de una poblacion dichosa; las carretas cargadas de carbon, de mineral, y

de hierro en barras cubren los caminos; el humo del carbon se eleva del seno de los bosques y comunica al aire un ligero perfume que no disgusta; los martillazos resuenan

por intervalos demostrando el poder del hombre. El viajero se detiene recogiendo sus impresiones y admira el genio del hombre que á beneficio del descubrimiento casi inesplicable



Atmósfera del hierro.

de las propiedades de esa piedra en bruto que se llama mineral; ha sabido fundar una industria fecunda para el desarrollo de todas las artes y para el bienestar de la sociedad.

El movimiento de un taller de fundición es uno de los mas bellos espectáculos de la metalurgia. La fusibilidad de los metales es en efecto una de las propiedades de que la indus-

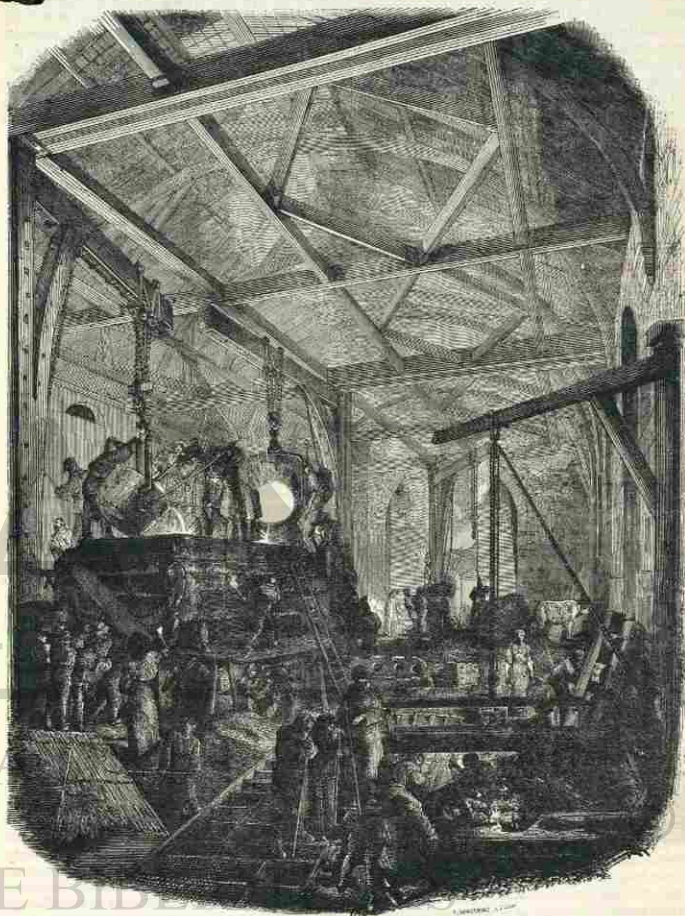


Vista de una fábrica.—Cargamento de hierro en bar.as.

tria humana ha sabido sacar el provecho mas admirable. Trabajos que con el empleo del yunque, el martillo, la lima y el buril pedirían años enteros, se hacen por medio de la fundición en un instante y con la mas completa perfección. Mucho habrían simplificado sus labores los ciclopes y Vulca-

no si este arte se hubiese conocido en su tiempo. Pero segun parece el arte no se propagó hasta despues de la antigüedad primitiva, y solo en nuestros tiempos ha llegado á conquistar en la economía industrial una importancia desconocida hasta hoy.

LA FABRICA DE FUNDICION.



Fundición del hierro.—Dibajo de F. Bonbonnat, llamado el Herrero.

La fundición del hierro ha quitado al bronce una multitud de usos á que ántes estaba destinado, apoderándose de todos los usos nuevos para los que eran necesarios metales colados. La ventaja que tiene sobre el bronce y el cobre es la de ser menos costoso, hasta el punto de que en muchos objetos importantes, como verbigracia los puentes, puede

reemplazar la madera y la piedra. Tambien tiene la ventaja de ser mas duro, de suerte que para los objetos sometidos á un roce considerable como los cilindros de las máquinas de vapor, es mejor y mas barato, y por la misma razon es preferible para los martillos, los morteros y los yunques. En fin, cuando se funde, es mucho mas líquido, y al fijarse es

susceptible de tomar las marcas mas delicadas. Todo el mundo conoce esas joyitas negras conocidas con el nombre de hierro colado de Berlín, con unos relieves tan finos que apenas podría hacerlos el brúñ, y que no se estiman en el día porque costando muy baratas, la vanidad no saca de ellas ningun partido, pero no por eso son menos admirables, porque ningun otro metal puede presentar, fundido, un acabado tan perfecto. La misma sustancia que suministra esas enormes piezas de artillería de marina, esos vastos cilindros de las máquinas de vapor y otros varios objetos gigantes, da por el mismo procedimiento anillos, pendientes y broches que rivalizan, menos el valor de la materia, con las obras maestras de platería.

A pesar de que en muchas fabricas se hace uso de la fundición en el acto que sale del horno, este método, que es seguramente el mas natural, no ha parecido suficiente para satisfacer las exigencias de la industria. El horno no suministra bastante cantidad de fundición para un trabajo bien activo. De aquí provino la necesidad de los talleres de fundición especiales, establecimientos situados ordinariamente al alcance de los grandes centros de industria, y en los cuales se reúne la fundición producida por los hornos situados en diferentes regiones para fundirse de nuevo y bajo mejores condiciones. Hay la desventaja que causa la pérdida de cierta porción de metal que se oxida ó se vuelve escoria en el horno de fusión, así como el gasto de combustible que exige la fusión, pero se evita el inconveniente fundiendo el metal en cuanto sale del horno, y por otra parte hay compensación por la posibilidad de operar en grande, que no se adquiere por otro método.

Para esta segunda fundición se emplean dos clases diferentes de hornos.

Los unos son los que llaman *Aeruos con mango*, cuyo interior es casi cilíndrico, y que se terminan interiormente por un crisol. Su altura varia segun la importancia de la fundición, de 4 metros hasta 6 ó 7. La lumbrera se activa por el cañon de un fuelle, y se carga el metal y el carbón por capas alternativas. Ordinariamente se tienen muchos hornos de esta especie, ya para poder reunir una gran cantidad de metal para la fundición de las piezas de grueso calibre, ya para que haya siempre un horno en actividad; porque al cabo de ocho ó diez horas se acumula en el horno una cantidad tan grande de escoria, que hay que dejar caer la lumbrera y limpiar el interior. Cuando se trata de las piezas de grueso calibre, se prefieren los *hornos de recerbero*, en los cuales el hierro y el metal que hay que fundir se encuentran separados. Se enciende una lumbrera de uña en un hornillo y se coloca el metal al lado sobre un crisol con una tapa abovedada, donde se repercute el calor, y de allí proviene el nombre que llevan estos hornos. A la estremidad de la bóveda se halla una chimenea de 45 á 46 metros, para avivar el fuego. El metal, á medida que se derrite pasa á la parte inferior del crisol donde hay un receptáculo para ese objeto. En ocho horas se funden 3,000 kilogramos de metal. Cuando está concluida la fusión se abre un agujero, y cae el metal en un receptáculo, donde se acaban de separar las materias espesas que puede contener todavía, y de allí con unas calderillas se lleva á los moldes.

Cuando se trata de objetos muy pequeños, regularmente se pone el metal en fusión en unos crisoles colocados en el interior de un hornillo, y con esos mismos crisoles se transporta y se vierte en sus moldes.

Los moldes se hacen regularmente con arena mezclada con arcilla ó pura, segun el tamaño de los objetos que se funden.

Cuando se trata de piezas de una sola cara, como verbigrada las placas de chimenea, se imprime el molde en el suelo de la fábrica, y se echa allí el metal como en un hoyo; pero cuando hay mas de una cara, se tiene que componer el molde de muchas piezas separadas, que el obrero va poniendo exactamente una sobre otra por medio de unos marcos en que está contenida la arena de cada una de ellas, y que se ajustan entre sí con clavijas. Se pone arena en un marco; se coloca la parte del modelo que corresponde; y se menea la arena con fuerza para que tome bien la forma, y luego se retira el modelo con cuidado, de modo que no se eche á perder el molde, y se pasa al marco siguiente. Cuando están ya listos todos los marcos, se ponen sucesivamente uno sobre otro bien ajustados entre sí.

Se hacen moldes de barro cuando se trata de gruesas piezas huecas, para las cuales no se quiere gastar en un modelo; ó en fin cuando la dimension de los objetos es demasiado grande para que se puedan emplear marcos móviles. Se principia por hacer el *núcleo* con la forma que debe tener el vacío de la pieza, y despues se van aplicando encima muchas capas de barro que toman la forma que debe describir el vacío de los moldes y que se llama *cazaca*. Sobre la cazaca se vuelve á poner barro lo que forma la cubierta exterior del molde y que se llama *capa*; luego se quita la capa, se destruye la cazaca y se vuelve á poner la capa exactamente en el sitio que antes ocupaba. Cuando está bien seco el molde se vacía el metal que toma la forma de la cazaca entre el núcleo y la capa. A veces tambien queda en su puesto la capa y se lleva el núcleo construido aparte al interior de la capa por medio de una grua que le pone en el sitio exacto que debe ocupar. Cuando se trata de piezas hechas al torno como los cilindros de las máquinas de vapor, esto no ofrece dificultad ninguna.

Deben multiplicarse cuanto sea posible los agujeros por donde corre el metal al interior del molde, á fin de que todas las partes se llenen á la vez y que no haya interrupción de una parte del molde á la otra, lo que sucedería si por un lado se enfriase el metal, y por otro no hubiese entrado todavía. Tambien se practican otros agujeritos para dejar salir el gas y especialmente el gas hidrógeno que se desprende del interior del molde en el momento de la fundición. Cuando el molde es de arena, el gas se desprende naturalmente á través de los poros de la masa. Se tiene cuidado de encenderle á la salida, y cuando se funden piezas mayores, es un espectáculo curioso el ver ardiendo todo el molde en el momento en que un arroyo de metal se precipita en su interior.

Este espectáculo se ve en el último de los grabados que acompaña á este artículo. Lo mismo que los precedentes, nuestro dibujo manifiesta el gran partido que el arte puede sacar de esas escenas de la industria, que solo á beneficio de la pintura pueden verse con sus luces y su claro oscuro.

En el fondo se ve el horno; el fundidor con su cazaca de lenzo y armado de su vara de hierro acapa de destapar el agujero y todos se apresuran á recoger el metal fundido. Una serie de gruas comunican unas con otras volviendo sobre su eje, y estas gruesas sostienen las calderas llenas de fundición y se hallan suspendidas por medio de cadenas á carretones que marchan á voluntad sobre el brazo superior de la grua. Se ven tambien otras tres gruas, la primera colocada al alcance del receptáculo del horno. La tercera se halla en primer término: se trata sin duda de la fundición de una pieza de grueso calibre. Los obreros envueltos en capotones mojados se hallan encima de la parte superior del mol-

de y echan el metal en unas calderas que menean con ayuda de unas barras de hierro. Otros corren por todo el molde de arriba á abajo con hachones y encienden el gas que sale por las rendijas del armazon de madera que lo sostiene todo. Por último al pié de la grua hay cinco hombres dando vueltas á la manivela para llevar la caldera de la fundición hasta el sitio donde hay que verterla. El director vuelto de espaldas al espectador, alza la mano y da órdenes á todos los obreros.

En primer término hay uno que pasa al zarzo la arena que debe servir para los moldes, para quitar los granos demasiado voluminosos que podrían encontrarse en ella. Al lado hay un largo marso con muchos compartimientos en el cual se echará una fundición que servirá para hacer de un golpe una multitud de piezas. Tres obreros están asentando la arena en los modelos colocados en los compartimientos.

A su lado hay otros obreros ocupados en preparar alguna grande pieza. Unos trabajan en la parte superior del molde, y otros que con ayuda de una pequeña grua, han quitado la capa, la secan por debajo. Un obrero colocado en la manivela se prepara á ayudarnos para poner esa pieza en su sitio cuando se haya terminado la operación.

Por fin se distingue en el fondo los moldes esparcidos por la fabrica y apoyados contra las paredes, un obrero llevando arena y una carreta tirada por un par de bueyes para sacar la escoria fuera de la fabrica. Toda la escena está llena de vida y de animación, y á pesar de su confusión aparente, todos los trabajos de la fundición se hallan reunidos en ella con una perfecta inteligencia.

#### VIAGE AEROSTÁTICO.

De un periódico inglés copiamos la carta siguiente:

« Señor: Aunque se han hecho muchas descripciones de viajes por el aire, gracias á la invención de los globos, quizas hallará usted algun interés en los pormenores que voy á darle de una escursión que acabo de hacer á las regiones del espacio en el globo de M. Hampton.

« A las siete y cuarto de la tarde, consumados todos los preparativos, entramos en nuestro frágil vehiculo, el aeronaute, otro amigo y yo, y en el momento de dar la señal de la partida, pasó sobre nuestras cabezas el globo de M. Cronwell, que se perdió de vista en pocos minutos; Rotos nuestros vínculos con la tierra, nos lanzamos en pos de nuestro rival, y no tardamos en seguir su ejemplo, entrando en la misma nube que lo envolvía, aunque dudoso de si estaría encima ó debajo de nosotros, y, yo por mi parte, con algun recelo de un choque, que en aquellas alturas no debe ser una cosa muy divertida. Continuamos flotando silenciosamente por en medio de una masa espesa de nubes, cuando de repente divisé delante de mí un espectro en forma de globo, con sus pasajeros, barquilla, etc.

« Abi está nuestro compañero de viaje, exclamé. « No por cierto, respondió nuestro conductor. Ese globo no es mas que el reflejo de este en que estamos, » y diciendo esto y saludando con el sombrero y la bandera, la fantástica imagen le devolvió el cumplimiento y se desvaneció. Inmediatamente salimos de las nubes y nos vimos rodeados de la luz del sol en toda su magnífica esplendidez; tuvimos una gran expansion de gas, y continuamos subiendo con la mayor rapidez.

« Lo que entonces se presentó de golpe á nuestras afecciones miradas, no puede describirse ni con el pincel ni con

la pluma. Al Occidente teniamos una masa inmensa de gigantescas montañas, cubiertas de nieve, atornilladas unas sobre otras en asombrosa confusión y cambiando á cada instante sus caprichosas líneas y volúmenes por otras mas caprichosas todavía; allí se veían erupciones, altísimas torres, vastas pirámides, castillos enormes, chocando entre sí y aniquilándose unos á otros para tomar nuevas formas.

« Arriba, en lo mas alto de la bóveda del firmamento vagaban nubecillas color de rosa, á manera de ángels de un minuto desconocido; debajo veíamos la tierra con sus campos; sus calles, sus fuentes, sus caminos de hierro y el Tamesis retorciéndose como una serpiente de plata en medio de los prados de esmeralda. Todavía subimos mas, y aquí cambió la decoración; las cimas de las montañas eran de oro brúñido; el sol pasó por debajo, y se tornaron hogueras flamantes; cada pico lanzaba llamaradas rojas, y la lava descendía por los nevados declives. Púsose el sol circundado de torres de fuego, muchos de los cuales se remontaban al zenit con la rapidéz de un cohete. Entonces desapareció aquel mágico espectáculo, y nada se presentó á nuestra vista, sino por una parte la anchura de los cielos en toda su transparente pureza, y por otra un caos enorme de nubes pardas y color de plomo, que vagaban perezosas debajo de nosotros.

« Durante mis peregrinaciones en varias partes del mundo, he tenido la fortuna de ver raras y maravillosas perspectivas. Me hallé en uno de los picos mas encumbrados de los Alpes, durante la espantosa tempestad que asoló la Suiza en el mes de abril de 1810. He visto gloriosos ocasos desde las cumbres del Líbano; las extrañas mudanzas de la atmósfera que ocurren en los desiertos de Egipto; las deliciosas noches de luna en el tranquilo Mediterráneo, en medio de los selváticos grupos de las Islas griegas, y una furiosa tempestad en el Atlántico; pero jamás habria podido ni aun imaginar una escena de tan magestosa grandeza y sublimidad como la que he tenido la dicha de presenciar en esta ocasión, y firmemente creo que, si hubiera estado presente el esópico mas empedernido, se habria reducido con mas facilidad á la crenencia en el Ser Supremo, que con los sermones mas elocuentes y los argumentos mas persuasivos. Apenas se ocultó el sol se condensó el gas, y empezamos á descender con mucha velocidad, hasta poder dejar la cañonera cerca de Enfield y de la estación del camino de hierro de los condados de Oriente, donde nos recibieron con la mayor benevolencia los empleados de la empresa y los labradores, prodigándonos todos los auxilios que necesitábamos. »

#### HIGIENE PÚBLICA. ADMITERACION DEL PAN.

En todas épocas es de mucho interés conocer las sustancias que el deseo de lucrar introduce en el pan y en las harinas con perjuicio de la salud pública: las quejas frecuentes que de tales abusos publican, con frecuencia los periódicos, nos hacen creer que no será inútil dar á conocer varios de los medios para reconocer los diversos modos de adulterio que caben en el primero y principal alimento del hombre. Antes de hacerlo, no podemos dejar de recordar el influjo poderoso de los alimentos sobre la organización delicada del hombre, ni de advertir que un considerable número de sus enfermedades reconocen por origen la mala calidad de aquellos. No hay duda; muchos miles que á veces diezman la población ó acaban con los ejércitos, dependen de las cualidades nocivas de los alimentos y bebidas. Dejase

pues conocer si debe cuidarse con esmero que sea lúteo y saludable el pan que comen los soldados.

La harina ó el pan, se adulteran comunmente con uno de los objetos siguientes; el de aumentar su peso, dar al pan mayor blancura, ó acelerar las operaciones del panadero.

La harina de trigo se altera algunas veces por la humedad, y en aquel caso contiene menos gluten; otras se halla en ella mayor proporción de salvado porque los gorgojos ó otros insectos han consumido la fécula; otras en fin, contiene la harina arena procedente de las piedras en que fue molido el trigo. En todos estos casos se conoce fácilmente la alteración de aquella sustancia.

Pero no son estas las sofisticaciones mas comunes, ni las que mas daños pueden causar á la salud; con la harina suele mezclarse greda, yeso, albayalde y otras sustancias, que aumentan el peso del pan y acaso su blancura.

Es fácil descubrir la existencia de la greda en la harina; disuviéndola en agua hirviendo, se precipita aquella en forma de polvo que se recoge decantando el líquido. El polvo sólido es insípido, se disuelve por el ácido nítrico debilitado; y el nítrato que resulta da un precipitado de oxalato de amoníaco; aquel oxalato es soluble en el ácido nítrico, y cuando se calienta en un crisol deja cal viva por residuo.

La presencia del yeso en la harina es tambien fácil de conocer: para ello se hace hervir por algunos minutos dos onzas de harina en una libra de agua destilada; entonces se precipita el yeso y se separa decantando el agua en que está disuelta la harina. El precipitado se hace hervir en bastante agua destilada para disolverle, y después de filtrada la disolución, se echa en ella una cantidad de precipitado blanco que es el sulfato de bariíta, insoluble en el agua y en el ácido nítrico, y con el oxalato de amoníaco un precipitado blanco de oxalato de cal, soluble en el ácido nítrico, y que da cal viva cuando se descompone en un crisol.

Para reconocer el albayalde. Se desleía la harina en agua hirviendo y el albayalde forma un precipitado pulverulento, blanco, y soluble con efervescencia en el ácido nítrico; el nítrato que resulta se precipita en blanco, por los ácidos sulfúrico ó hidrocórico y los álcalis, en negro por los hidrosulfatos, bien amarillo por el cromato de potasa.

Con el objeto de favorecer la fermentación del pan, ganando de esta manera tiempo y aborrandose el trabajo de hacer y desleír la levadura, han empleado algunas veces los panaderos sustancias mas ó menos nocivas. Tales son el sulfato de cobre, el alumbre, el sulfato de zinc, el carbonato de magnesia y varios carbonatos alcalinos.

En los años 1816 y 1817, muchos panaderos de la Bélgica y del norte de Francia, hallaron ventajas introduciendo en el pan cierta cantidad de sulfato de cobre; consistían aquellas en economizar trabajo, no hacer uso de la levadura, y obtener un pan bermoso de trigo bastante mediano. Se conoce bastante facilisimamente del modo siguiente. El pan que ha de analizarse se corta en rebanadas y se pone en maceración por espacio de veinticuatro horas en cantidad suficiente de agua destilada, de modo que quede disuelto en el agua; entonces se añade un poco de cianuro de potasio que comunica al líquido inmediatamente un color de rosa.

Si el pan contuviese alumbre, después de disuelto según acabamos de indicar, por medio del amoníaco, se precipita en blanco el sub-carbonato de potasa y el hidrocloreto de bariíta; y el precipitado que suministra este último reactivo es sulfato de bariíta, insoluble con el agua y en el ácido nítrico. Si se evapora el líquido se obtiene alumbre cristalizado.

El sulfato de zinc ó vitriolo blanco, es otra de las sustan-

cias que los panaderos suelen mezclar. Conócese que el pan contiene esta sal, haciendo evaporar un poco la disolución y diluyéndola después en una agua ligeramente amoniacada; á esta mezcla se añade ferrocianuro de potasio ó hidrosulfato de amoníaco que dan, tanto uno como otro, precipitados blancos de ferrocianuro y de sulfuro de zinc hidratados.

Omitimos hablar de otras varias sustancias nocivas que suelen mezclarse con la harina ó añadirse al tiempo de hacer el pan, por no prolongar demasiado este artículo.

#### FABRICACION DE LA CERVEZA.

Ésta la cerveza en otro tiempo una bebida tan natural, tan bien caracterizada como el vino. En su fabricación no entraba mas que la cebada germinada y una infusión de lúpulo. Sométala por bastante tiempo á una temperatura suficientemente elevada, se cambiaba la cebada en azúcar, bajo la influencia de la fermentación ó levadura; el azúcar se transformaba en alcohol y en ácido carbónico; la infusión del lúpulo comunicaba á este licor el aroma y olor especial que le caracteriza; al mismo tiempo que contribuía á su conservación. Hé aquí lo que era la cerveza en realidad en todos los países del mundo civilizado, exceptuando, sin embargo, algunas modificaciones accidentales y locales, sea por la agregación de algunas otras sustancias naturales tambien, sea por algunas variedades en el método de fabricarla. Por lo tanto, en la cerveza de Lovaina se agrega á la cebada germinada ó nacida, trigo y avena molidos, y no germinados, que llaman *granos crusos*.

Pero, ¿qué ha sucedido con la cerveza en Francia? ¿Qué es en el día esta bebida que reemplaza el vino, y que entra por tan gran parte en el consumo? Abrimos la obra clásica de M. Payen, *Compendio de quimica industrial*, segunda edición, páginas 557, y leemos: «Hace mucho tiempo que en Francia se echan en la cerveza materias azucarinas, como melazas, azúcar morena y glucoza. Esta añadidura, que ofrece frecuentemente una economía al fabricante, facilita el trabajo, y asegura mayor conservación á la cerveza: esto se concibe, por cuanto disminuye así las proporciones de los principios de la cebada mas alterables, particularmente los principios azoos....» Página 582: «De mucho tiempo á esta parte se ha reemplazado en París una parte de la cebada germinada con materias azucarinas, como melazas, y la glucoza de fécula que pueden añadirse al mosto en ciertas proporciones; y en este caso la elaboración es mas fácil y exige menos fuerza mecánica, mediante á que se puede desleír la cebada en mayor cantidad de agua. La cerveza que se fabrica de esta manera es menos alterable; propiedad muy importante, particularmente en el verano.» Página 583: «Sería de desear que se dejase de hacer uso de las melazas procedentes de zacarificación de la fécula por el ácido sulfúrico, porque estas melazas contienen siempre una gran porción de sales caléreas poco saludables.»

Hé aquí, pues, un hecho consumado, cierto, oficialmente acreditado y aceptado. En París se ha reemplazado una parte de la cebada germinada, y en muchos casos la totalidad (porque en semejantes casos nadie se define) con materias azucaradas casi de ningún valor: la melaza, la glucoza ó azúcar de fécula, y las mas malas de los oligosacaras, cual es la sacada por el ácido sulfúrico y que contiene una fuerte porción de sales caléreas poco saludables. Y todo esto lo refiere M. Payen con la mayor calma, excepto el estéril desseo que acabamos de manifestar; pero aun hay mas: en la página 569 leemos lo siguiente:

«El principio amargo del lúpulo podría ser reemplazado

por otras sustancias amargas, solubles, y se ha procurado hacer ya tiempo sustituir fraudulentamente otros agentes mas baratos; se ha empleado principalmente el boj, que contiene una gran cantidad de aceite esencial y un principio amargo muy abundante. No hace mucho tiempo que en una nota presentada á la academia de ciencias se indicaba el ácido píerico como capaz de reemplazar con economía y sin baja en la calidad al lúpulo en la fabricación de la cerveza.

Resultado de esta rápida narración que, por una tolerancia incomprensible, no tendria inconveniente alguno un fabricante de cerveza de expender á la hora ésta para el consumo en tan gran cantidad como se le antojase, y con el falso nombre de cerveza, una bebida artificial que no contuviese ni cebada germinada ni lúpulo.

Las nuevas bebidas, tan diferentes en su composición íntima de la verdadera cerveza, de la cual son el polo opuesto, ¿han conservado á lo menos las propiedades esenciales de una bebida agradable y sana? Oigamos lo que nos dice M. Payen en la pág. 577: «Las cervezas fabricadas solamente con azúcar (claro está que las hay), ó aun con granos y azúcar, tienen el inconveniente de ser secas al paladar, mientras que las que se fabrican esclusivamente con granos humedecen agradablemente la boca, lo que se debe á los principios que hacen el líquido mucilaginoso, y que se hallan en gran proporción en la cebada.» ¿No está bien claro? ¿Pobre consumidor, sujeto á impuestos y á gabelas según se quiera! Busca en la cerveza una bebida refrigerante, y se le vende una bebida seca al paladar, que excita la sed en lugar de apagarla.

Continuemos: «Un litro de buena cerveza de Strasburgo, fabricada exclusivamente con cebada y lúpulo, contiene 58 granos, 50 de materia sólida con una sustancia azoada que parece, en igualdad de peso, tan alimenticia como el cereal mismo.»

La buena cerveza tiene, pues, en realidad cierta propiedad nutritiva. Así lo cree el consumidor, y busca en la cerveza un aumento de fuerzas; pero M. Payen ha tomado á su cargo revelárnoslo: la sustancia azoada se disipa con la cebada, y por consiguiente las cervezas sin cebada germinada han perdido sus cualidades nutritivas. No son en realidad ni refrigerantes ni nutritivas, y sería un pecado el continuar dándoles por mas tiempo, el nombre de bebida, y sobre todo el de cerveza, cebo fatal presentado á la pública credulidad, señuelo cruel que á tantos engaña.

«En fin, prosigue M. Payen, el empleo de la glucoza ó del jarabe de fécula fabricado por el ácido sulfúrico, puede alterar sensiblemente la bondad y sabor de esta bebida.» Secas al paladar, desprovistas de propiedades nutritivas, insalubres, hé aquí los caracteres barto significativos de este triste producto de la civilización avanzada, del progreso indefinido. Sabemos por buen conducto que el líquido fabricado con el azúcar de fécula ha ocasionado muchas veces dolores de riñones muy agudos, ó afecciones graves en la vía de la orina. En caso necesario estamos prontos á citar los hechos. ¿Pobres consumidores!

¿Quién es, pues, el que gana en estas lamentables sustituciones? Evidentemente el fabricante. Las melazas cuestan mucho menos que la cerveza germinada. El lúpulo, aunque libre de derechos á su introducción en París, tiene un precio subido, y el boj por el contrario, casi ni tiene valor en venta: bastaría con una tan pequeña cantidad de ácido píerico que su empleo sería menos oneroso. La fermentación de las melazas es mas pronta, la fabricación exige entonces una fuerza mecánica mucho menos; considera-

ble: resulta, pues, evidentemente una economía al fabricante. Indiquemos todavía otro abuso de escasa gravedad, sobre el cual la administración cierra los ojos, como si su encargo fuese únicamente el de proteger los intereses de los productores. Una fermentación de baja temperatura, que no debe pasar de 10 grados; á una fermentación lenta que únicamente podría producir una bebida agradable y sana, se ha sustituido una fermentación precipitada, en un taller cerrado y á una temperatura de cerca de 20 grados, y que se concluye en dos ó tres días.

Quisiéramos poder insistir sobre las funestas consecuencias de esta fermentación precipitada. La cerveza que se fabrica de esta manera conserva forzosamente en suspensión ó en disolución cierta cantidad de fermento ó levadura, cuya introducción en el organismo de los seres vivos puede producir gravísimos estragos, como perfectamente ha demostrado M. Dumas.

Pero las nuevas bebidas, dicen, se conservan mucho mejor en el verano. Poco caso hacemos de semejante ficticia conservación, cuyos beneficios redundan todos en favor de fabricante, porque ni al vendedor ni al consumidor puede obligárseles á que paguen una bebida echada á perder. Además, el único medio legítimo y verdaderamente eficaz de conservación consiste en fabricar una cerveza que abunde en alcohol y en lúpulo, por una fermentación lenta en una temperatura baja. Que un licor seco, sin principio nutritivo é ingrato al paladar, resista mejor á los calores del verano, es mas bien una desgracia que una recomendación digna de ser celebrada.

#### DESCUBRIMIENTOS CIENTÍFICOS.

##### SEGUNDO ARTICULO.

##### EL MONOCLAVE.—TELEGRAFIA ELECTRICA MOVIBLE.

Hablaremos de un mecanismo por medio del cual, sin saber la música, se pueden ejecutar en el piano y en el órgano, ó sobre cualquier instrumento que tenga cuerdas marcadas para cada nota, toda clase de tocatas. Basta para esto saber de memoria la tocata. El artista, ó por mejor decir, el motor, no tiene mas que hacer sino marcar sobre la tecla, pues no tiene mas que una, el ritmo, y la máquina lee la música y la toca.

Mekin es el autor de esta especie de brujería, y le ha dado el nombre de *intacta* ó *monoclave*. Su uso exige un sistema particular de escritura, que está basado en tallar el papel en el sitio en donde se deben escribir las notas, pero para esto hay además una máquina que es el *etace compositor*, que se encarga de esta operación. No hay mas que sentarse delante de la máquina, y tocando la pieza de música como sobre un piano, el clave prepara la plancha destinada á abrir los agujeros.

Respecto al monoclave, la manera de servirse de él es muy sencilla; colocase sobre el teclado del instrumento; en el monoclave se coloca el papel de música ya tallado, después se dá el movimiento á la tecla, no con el dedo, sino con la mano, y hasta con las dos, según el ritmo marcado sobre el papel; la máquina lee la música, y el papel la ejecuta sobre el teclado del instrumento.

El estudio de los motores ocupa á veces infinidad de inteligencias. Hay uno que goza de mucha voga y del que por hoy solo diremos lo siguiente:

Cuando por una causa cualquiera un tren se encuentra detenido en un ferro-carril, lo esencial es ponerse en co-

municación con las estaciones inmediatas. La idea de emplear los hilos telegráficos que recorren el camino se ha presentado como la más fácil, pero nadie la había puesto en práctica hasta que M. Breguet ha publicado su procedimiento.

En una caja que no pesa arriba de 23 kilogramos ha colocado todo lo necesario para la correspondencia; una pila, un manipulador y un receptor de señales. Este telégrafo móvil va colocado sobre un tren, y durante el camino el inventor se detuvo muchas veces para comunicar con las estaciones próximas: la experiencia ha dado excelentes resultados. Se pone en comunicación el tren con el hilo metálico por medio de una barra terminada en su gancho metálico, y la comunicación con el suelo se establece mediante un chuzo de hierro que se clava en tierra.

#### DE LA INSTRUCCION POR MEDIO DE LOS JUEGOS.

Dumarsais ha dejado dicho en su obra intitulada: *Des Jeux*, que sus figuras de rotación se hacen un día de mercado en la plaza, que en muchas sesiones de asambleas académicas. ¿No se podría añadir también que en los talleres, y aun en el interior de las casas se despliega diariamente una fuerza de invención y de talento en el arreglo de una multitud de accesorios y de operaciones de taller y economía doméstica, que en muchas reuniones de corporaciones científicas? Por nuestra parte podemos asegurar que siempre nos ha llamado la atención el espíritu que ha presidido á la concepción y á la ejecución de los juguetes que vemos en las manos de nuestros hijos; en este género los inventores y los artesanos gastan una habilidad y una imaginación extraordinarias. Los juegos de la infancia influyen de un modo notable sobre los estudios de la juventud, y aun sobre el trabajo de la edad viril, como lo prueban multitud de ejemplos. Debemos añadir aquí, que estas invenciones, de las cuales derivan los aparatos que se emplean cada día en las artes, se produjeron en su principio bajo la forma de simples juguetes, siendo más bien objetos de diversion que de utilidad. De este modo, la fuerza motriz del vapor que hemos visto operar en nuestros días una verdadera revolución en la industria, fué primitivamente empleada por los griegos en poner en movimiento unas bolitas y en hacer dar vueltas á un globo hueco. La pólvora gruesa sirvió en Oriente para los fuegos artificiales, y según dice Bacon, en Europa los niños se divertían con ella doscientos años antes de que se empleasen las bocas de fuego. Podríamos multiplicar las citas de este género, pero ya hemos dicho lo bastante para que nuestros lectores nos permitan que entremos en materia sobre un asunto tan frívolo en apariencia.

Los tres pequeños aparatos cuya descripción nos proponemos hacer en este artículo, no tienen nada de complicado en su mecanismo; no entra en ellos ninguna fuerza de difícil descubrimiento, ni cuyo uso pueda introducirse en la industria; pero en caso de demostraron sumo ingenio.

**El Titrifero.**—La fig. 4 representa al titriferro en su caja de cristal. Basta volver lentamente la caja de derecha á izquierda, en el sentido indicado por las flechas, para ver al titriferro efectuando su rotación en torno del eje horizontal que rotea con sus manos. Las articulaciones que reúnen sus miembros dan lugar á diversos accidentes. La rotación se verifica tan pronto en un sentido como en otro; las piernas van cada una por su lado; las caídas se multiplican, y todo

el cuerpo se discosa y se reune alternativamente con graciosas contorsiones.

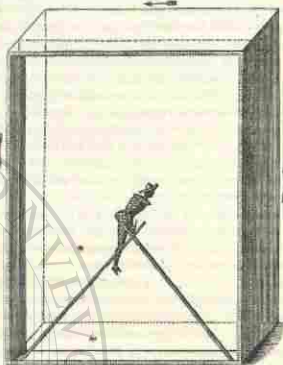


Fig. 1. Vista exterior.

La fig. 2, que representa el interior de la caja vista por el lado opuesto al de la fig. 1, pone de manifiesto el secreto de esos movimientos debidos á un chorro de arena. Hace mucho tiempo que se conocen esa clase de juguetes en que la arena colocada en su receptáculo superior pone en movimiento por la fuerza del choque ciertas partes móviles de una escena de interior, de un paisaje, etc. Lo más ingenioso que hay en nuestro juguete, es que la pared AB está

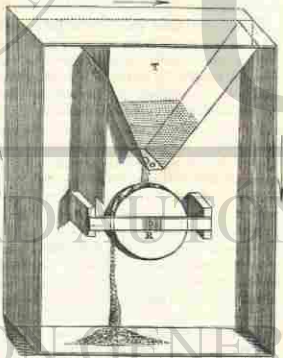


Fig. 2. Vista interior.

dispuesta de tal modo, que la revolución completa que se opera en el sentido de las flechas de las fig. 1 y 2, trae sucesivamente la arena fina, causa del movimiento, á la tolva T. Esta tolva se halla provista de una primera abertura encima de A, para recibir la arena, y una segunda abertura mucho más pequeña O, colocada en la parte inferior de la tolva, deja caer la arena sobre una rueda con canchales directamente encima del eje de rotación de la rueda. El eje de rotación forma parte integrante de la rueda; es

un alambre cuyas estremidades vuelven en agujeritos practicados en unas placas metálicas. En este eje prolongado por el otro lado por medio de una tabillita que oculta el mecanismo á la vista del espectador, es donde se hallan fijas las muñecas del titriferro. La posición simétrica de la tolva, á los dos lados de un plano vertical pasando por el centro de la rueda y perpendicular á ella, demuestra cómo se verifica la rotación, ya en un sentido ya en otro, según el lado en que cae la arena en mayor abundancia. Cuando la tolva se halla casi vacía, las canchales superiores de la rueda continúan llevando el impulso que las da el peso de la arena que ya contienen, y de aquí resulta un estado de equilibrio que produce los movimientos de rotación alternativos y las contorsiones cómicas del personaje.

**Los paseos del raton.**—Aquí tenemos un juguete de un efecto sumamente curioso, y que seguramente nos ha divertido á todos en nuestra infancia.

En la fig. 3 se ve un raton de carton colocado en una pequeña plataforma delante de una casilla: el raton sentado en una placa de hierro ó acero destemplado se halla sobre la plataforma, sin ninguna ranura para establecer una comunicación directa entre el raton y la mano de la

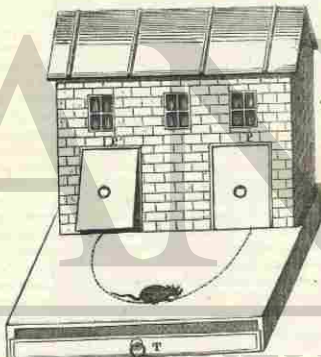


Fig. 3. Vista general del aparato.

persona que le mueve. Sin embargo, en cuanto se sara ó se mete en su sitio el cajoncillo, se agita el raton y con unos movimientos presurosos parecidos á los del animal verdadero, se mueve circularmente bajo la influencia del cajoncillo, entra por una de las puertas P en la casita colocada á la estremidad de la plataforma, sale por la puerta P', y no cesa de moverse hasta que el cajoncillo entra en su sitio.

Hasta aquí el secreto no es muy complicado; pero ya se supone que se trata de la atracción magnética. En efecto, quitando la plataforma que oculta el interior de la base, se descubre (fig. 4 y 5) un iman M, fijo en un disco de madera D. Este disco se mueve en torno de un eje vertical y forma cuerpo con un tamborcillo ó cilindro C. El eje común al disco y al tambor es un simple clavo fijo en el fondo de la caja F. Una cuerdecilla ff, atada por las puntas á unos anillos que forman cuerpo con el fondo del cajoncillo, rodea el tambor como lo representa en mayor escala la fig. 6; de modo que el movi-

miento ó vaiven del cajoncillo se transforma en un movimiento circular alternativo por el disco D y por el iman M. Sabido es que la influencia magnética se ejerce á distancia. El ratoncillo colocado en la plataforma sigue pues al desizarse, los polos del iman que le atrae, volviendo ora en un sentido ora en otro.

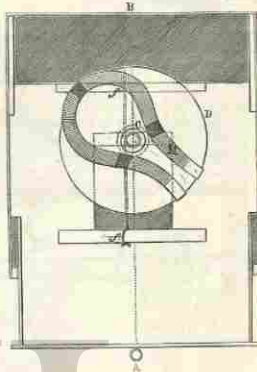


Fig. 4. Plano del mecanismo interior.



Fig. 5. Corte del mecanismo segun AB.



Fig. 6. Comunicación del movimiento.

**El Saltarin.**—Este juguete no es nuevo: Montaña le describió en 1778 en sus *Recreaciones matemáticas*, diciendo que era procedente de la India.

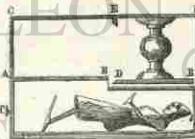


Fig. 7. Corte longitudinal de la caja.

La fig. 7 representa, en la cuarta parte del tamaño natural, un corte vertical de la caja donde se halla contenido todo el aparato. Para ponerle en juego se saca el cajoncillo T, se toma la figurilla que está tendida, se coloca el cajoncillo de manera que la parte A B se quede fuera de la pared vertical AC, y se vuelve la parte movetiza de la tapa EF de modo que DE quede al exterior de la caja en vez de estar interiormente. En una palabra, se dispone la caja de tal suerte que

sus diferentes partes formen tres escalones sucesivos, como lo representa la fig. 8. Colocando entonces los pies del saltarín entre las dos señales fijas en la parte superior DE y la cara vuelta hacia arriba, se le suelta y se le ve inmediatamente menearse y tomar diferentes posiciones como se ve en nuestra fig. 8 sin detenerse hasta que no tiene que bajar más escalones.

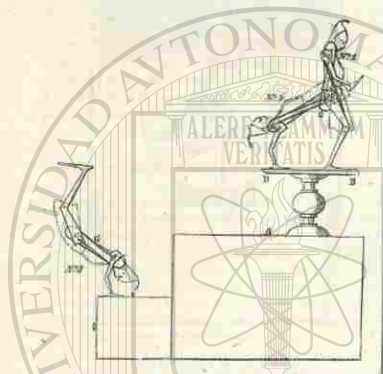


Fig. 8. Elevación de lado representando diversas fases del movimiento.

Todo el secreto consiste aquí en la estructura interior del cuerpo de la figurilla. La fig. 9 representa el corte de este



Fig. 9. Estructura interior del cuerpo.

cuerpo. Es una cajilla de madera ligera á cuyas dos estremidades se ven dos receptáculos / y g que se comunican entre sí por dos canales Pa Gy que parten respectivamente por encima y por debajo de los receptáculos. C y D son dos ejes en cuyo torno deben volver los brazos y las piernas. Estando casi lleno de mercurio líquido uno de los receptáculos, se tapa la abertura por donde ha entrado este metal, se articulan los brazos y las piernas en torno de las clavijas D y G, se fija una cabeza hueca de cartón, y se acaba el traje del maniquí.

Bajo este concepto, hablemos de la figurilla colocada en pie sobre sus piernas como se ve en la fig. 8: bajando el mercurio al receptáculo G, y hallándose colocado á la izquierda del eje de rotación C, las piernas, tenderá á ponerse en el plano vertical que pasa por ese eje. Así pues, habrá un movimiento de izquierda á derecha, al pie de la figura y en sentido opuesto por el otro extremo.

El maniquí se mueve y se cae hacia atrás: pero sus brazos permanecen verticales, y cuando se hallan apoyados, como son más cortos que las piernas, el mercurio corre del recep-

táculo G al receptáculo D. Allí sucede lo mismo que antes, es decir, que hallándose colocada la figurilla á la izquierda del eje de rotación, pone en movimiento la parte D de izquierda á derecha y determina una revolución completa á cuyo beneficio el maniquí se encuentra en el segundo escalon, precisamente en la posición en que se hallaba en el primero.

Para que el juego del aparato sea enteramente satisfactorio hay que llenar muchas condiciones. Primeramente el peso de la parte inferior del cuerpo debe ser poco considerable relativamente al del mercurio, sin lo cual, en la segunda posición el mercurio no obraría con bastante fuerza para vencer la fuerza de la masa que debe levantar; después, como debe existir cierta diferencia de longitud entre los brazos y las piernas, los escalones se hallan también sujetos á un mínimo de altura, á fin de que las canales por donde pasa el mercurio de un compartimiento al otro se hallen suficientemente inclinadas. Si esta altura fuese del todo igual á la diferencia de largo de que acabamos de hablar, las canales se quedarían horizontales en la tercera posición del saltarín. Para que en esta posición tomen una posición igual á la que tienen en la segunda, la altura de los escalones debe ser doble de la diferencia de largo entre las piernas y brazos.

Hay además otros detalles de construcción que exigen mucho cuidado. En primer lugar es necesario que las piernas encuentren un obstáculo que no las permita volver más cuando la figura reposa sobre ellas después de haber caído, lo que se logra por medio de dos clavijas que van á dar á la parte superior de sus piernas; además es preciso que mientras la figura se levanta sobre sus piernas, los brazos den media vuelta sobre su eje, para presentarse perpendicularmente al horizonte, y de un modo estable cuando la figura se halla caída hacia atrás. Se llena esa condición poniendo en los brazos de la figura dos pequeñas garruchas concéntricas al eje del movimiento de los brazos, y á cuyo derredor se arrollan dos hebras de seda que se remiten en el vientre de la figura, y se fijan en un travesaño que une el muslo por la mitad, lo que contribuye á su estabilidad. Estas hebras de seda se alargan ó se acortan hasta que los brazos hayan acabado de dar su media vuelta y hasta que la figura colocada sobre los cuatro apoyos con la cabeza hacia arriba ó hacia abajo no vaille, lo que sucedería si esos apoyos no estuviesen unidos de aquel modo y si no hubiese un obstáculo para impedir la demasiada inclinación.

¿Deberemos ahora insistir sobre lo que pueden presentar de instructivo unos simples juguetes para la educación elemental? Con nuestro primer juego, se pueden esponer los principios de la corriente de los líquidos y de las ruedas hidráulicas. A beneficio del segundo se puede hablar del magnetismo terrestre, de la brújula, de las tentativas hechas para el empleo de motores electro-magnéticos y de las transformaciones de los movimientos en las máquinas; y con el último se pueden explicar las condiciones del equilibrio, las diferencias entre el equilibrio estable y el equilibrio inestable, las leyes de rotación de los cuerpos en torno de ejes movidos etc. Ahí tenemos, en una palabra, casi un curso de física, de mecánica teórica y de mecánica aplicada, y solo con algunos juguetes alemanes! ¡Cuántas cosas en una nada!

## DE LOS MOLINOS Y SU ORIGEN.

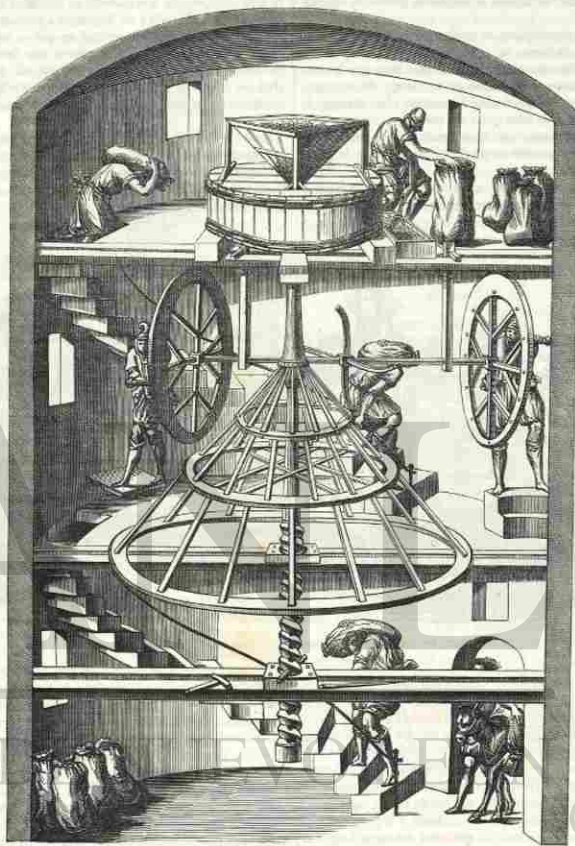


Fig. 1. Interior de un molino del siglo XVI con varios pisos.—Dibujo de M. Cérécan, en el teatro de J. Besson.

El salvaje machaca groseramente el grano entre dos piedras. La invención del molino de mano, que sustituyó un movimiento de rotación regular y continuo á la acción incierta y desigual de machacar con la piedra, fué un progreso considerable. El uso de este molino es antiquísimo. « Desde el primer curso de Faraon, que está sentado en un trono, hasta el primer nacido de la criada que hacer andar la muela del molino, » dice el Exodo.

Además se lee en la ley de Moisés este precepto de una profunda sabiduría: « No recibirás en pago la piedra de encima ó de debajo de un molino, porque el que te la ofrece

comprómete contigo su vida. » También se habla de molinos de mabos en la Odisea. La invención de la muela se atribuye á Miletas, hijo del primer rey de los lacedemonios, y aun se supone que el nombre de este instrumento tan esencial (*myle* en griego, de donde proviene *mota* en latín) recordaba el nombre de su inventor. Sea como quiera, los romanos seguían machacando el trigo todavía cuando ya los molinos de mano se hallaban en uso en Grecia y en Asia, y solo cuando extendieron su imperio sobre estas regiones tomaron el nuevo método á los pueblos vencidos. En un principio no se empleó mas fuerza para hacer andar estos

molinos de la de los esclavos; pero conforme se fueron engrandeciendo las muelas se empleó la fuerza de los animales.

Se ignora el país y la época precisa en que se sustituyó por primera vez la fuerza del agua á la del hombre y de los animales. Vitruvio asegura en su décimo libro que los molinos de agua eran conocidos ya en tiempo de Augusto; pero Plinio que escribió mas de sesenta años despues de Vitruvio, habla de ellos como de máquinas curiosas muy poco usadas todavía; solo en el cuarto siglo de nuestra era principiaron á ponerse en planta en las cercanías de Roma, estos molinos.

La misma incertidumbre reina en cuanto á los de viento; desde luego se puede asegurar que no eran conocidos de los

latinos en tiempo de Vitruvio, quien sin esto no habria dejado de decirnoslo. Se cree que nacieron en Oriente, y que fueron introducidos en Francia y en Inglaterra á mediados del undécimo siglo. El papel mas antiguo en que se menciona el molino de viento, dice el *Dictionnaire des Origines* del que sacamos estos pormenores, es un diploma fechado en 1103 por el cual se permite á una comunidad religiosa que establezca en Francia un molino de viento (*molendinum ad ventum*).

Mucho menos difícil es sin duda el seguir el progreso en las construcciones de molinos que el descubrir con precision su origen. Pero estas investigaciones nos conducirán demasiado lejos, y nos hemos propuesto limitarnos aquí á algunas ligeras indicaciones.



Fig. 7. Un molino de mano. -- Estampa alegórica alemana del siglo XVII.

La fig. 3<sup>a</sup> representa el aspecto que ofrecia un molino de viento hace tres siglos. Esta figura está copiada de la *Genealogía compuesta por el noble filósofo Carlos de Bouelles, antes conde de Noyon* el tratado mas antiguo de geometría que se oñque impreso en francés (1544, 1542, 1547 etc.). Estoriamente por lo menos, muchos molinos que se emplean hoy difieren poco de este molino del tiempo del renacimiento. Parece que los molinos de viento, aunque empleados ya en muchas regiones de Italia y España se usaban muy poco en Francia á mediados del siglo XVI, ó al menos así se deduce claramente de un pasaje de la obra de J. Cardan, intitulada *De la variedad de las cosas*, pasaje en que despues de haber explicado la teoría del aparato, recomienda al lector la obra de un autor español Jerónimo Girava, que escribió sobre la materia un libro muy completo.

Por esa misma época, esto es, á mediados del siglo XVI se inventó el cedazo mecánico, considerado, y con razon, por los autores contemporáneos como un progreso de alta importancia. El autor de este artículo posee un ejemplar del *Traito de instrumentos matemáticos mecánicos de J. de Besson* (Lyon 1573), en cuya obra un ingeniero de aque- época puso muchas notas acompañadas de diseños. En

tre esas notas se halla una relativa al *Nuevo método de criba*. Fattio Veranzio consignó igualmente en su hermosa colección en cinco lenguas, intitulada: *Máquinas nuevas*, publicada en Venecia en 1614, ese modo de cerner la harina. A la figura de Veranzio, corresponde en el texto francés una sucinta explicación de la que se deduce que esta invención proviene de Alemania, y que aun no habia penetrado completamente en Italia donde los taberneros conseguían dias enteros á la separación de la harina y el salvado.

Sin embargo Cardan dice que la máquina se inventó por los años de 1332 y que su autor sacó gran provecho de ella. Gracias al privilegio del emperador el inventor tenía el derecho de vender por buen dinero el uso de su aparato á los taberneros, á las comunidades religiosas, á los señores de alta alcurnia que tenían palacios, y á todos cuantos gustaban de las novedades, tanto, que mas dichoso que por lo regular lo son los inventores, lejos de morir en la miseria vivió perfectamente con su industria, y sacó de ella lo suficiente para construirse en poco tiempo una gran casa. Cardan se estiene en hablar de las propiedades del nuevo cedazo enumerando las ventajas de ese procedimiento mecánico que habria necesitado tantos trabajadores como clases de harinas se sacan.



Fig. 3. Molino de viento del siglo XVI.

El vapor, esa fuerza motriz de uso moderno, debia naturalmente ocupar aquí un puesto importante, y por esta razon existen hoy en casi todos los países numerosos molinos de vapor. Pero tambien debemos observar que la aplicación de las fuerzas naturales no ha reemplazado enteramente el empleo de los motores animados, y que al lado de los instrumentos mas perfectos, se ven aun en el dia los utensilios mas groseros para moler el grano. Esto procede de la naturaleza misma de las cosas; la perfeccion de un motor no tiene nada de absoluto y todo depende del lugar, de las circunstancias y de la escala en que se emprenden las cosas.

En el verano de 1833 hubo en Francia una sequia tal que muchas corrientes de agua que hacian andar las ruedas de molinos, se quedaron reducidas á simples arroyuelos sin fuerza, y en ciertos departamentos del oeste se temió formalmente la miseria, en medio de la abundancia de los granos. Hubo que obtener harina á toda costa, y entre los medios que se propusieron consistió uno en sustituir la acción de los animales á la fuerza del agua. En una época en que el agua y el viento se empleaban hacia ya mucho tiempo todavia se valian de los caballos, bueyes y asnos para poner en movimiento los molinos. Segun dice Veranzio parece que en Italia y en Grecia no se sirvieron mas que de los asnos.

Hasta en estos últimos tiempos se han fabricado molinos de mano portátiles, para el uso de los ejércitos, de las granjas, de las habitaciones aisladas etc. Pero la fuerza del hombre ha sido y será siempre la mas costosa, y solo en determinadas circunstancias puede ofrecer alguna ventaja positiva el uso de esos aparatos.

Por lo demas, ya á fines de la edad media se sabia arreglar y disponer el interior de un molino con muchos pisos; de un modo verdaderamente notable y que puede sostener la comparación con ciertas construcciones modernas consagradas al mismo objeto. Nuestra figura 4<sup>a</sup> representa, copiada de J. Besson, el interior de uno de esos molinos que tienen tres siglos de fecha.

Cuando se comparan las pinturas tan vivas y expresivas de los libros antiguos que tratan de ciencias, y decimos esto en forma de parentesis, con los diseños tan fríos y á veces tan poco claros de la mayor parte de las obras de

mecánica moderna, no puede uno ménos de deplorar la influencia que ha ejercido sobre la enseñanza de los procedimientos de las artes un rigor geométrico mal entendido. En el prólogo del libro de J. Besson se ve que el autor encontró buenos dibujantes y grabadores para hacer las sesenta láminas que se ven en su obra. El libro lleva el nombre de estos artistas, pero una nota colocada al pié del prólogo del ejemplar que poseemos dice que el grabador fué « Mase Cercean ».

Los dos géneros de mollienda que mas se emplean en el dia son conocidos con los nombres de *mollienda francesa* ó *económica*, y de *mollienda inglesa*. El primero, considerado largo tiempo como el mejor, y conocido ya á fines del siglo XVI, se usa todavia en las poblaciones de poca importancia. El método consiste en moler sucesivamente las harinas obtenidas en la primera operacion, y suministra por término medio los resultados siguientes por cada 100 kilogramos de trigo:

HARINAS BLANCAS.	
4 <sup>a</sup> Oper. Harina llamada de trigo.....	38
3 <sup>a</sup> Oper. Harina de 1 <sup>a</sup> calidad.....	13
3 <sup>a</sup> Oper. Harina de 2 <sup>a</sup> calidad.....	9
	60
HARINAS MORENAS.	
4 <sup>a</sup> Oper. Harina de 3 <sup>a</sup> calidad.....	50
3 <sup>a</sup> Oper. Harina de 4 <sup>a</sup> calidad.....	33
	83
DESECHOS.	
Salvado grueso y menudo.....	10
Moyleo.....	6
Cabezuela.....	3
Merma, evaporación y pérdida.....	24
TOTAL.....	100

En los años en que escaseaba el trigo, se volvía á moler hasta siete veces; el moyleo se pulverizaba y entraba en la composición del pan.

El método llamado inglés impropriadamente, y cuyo origen es realmente americano, es mucho mas sencillo: consiste en moler todo el trigo de una sola vez, y en separar despues con cedazos á propósito el salvado y las distintas calidades de harina. Las muelas que con el método económico no dan mas de cincuenta y cinco á sesenta vueltas por segundo, llegan hasta ciento veinte. Así, para prevenir la alteración que produce el calor, hay que refrescar la mollienda al salir de la muela. Este método da por término medio, por cada 100 kilogramos de trigo, los productos siguientes:

Harina de pan blanco.....	69
— — moreno.....	14
Salvado grueso y menudo.....	21
Merma.....	2
TOTAL.....	100

#### MÁQUINA CALÓRICA.

El capitán Ericsson está ahora ocupado en la construcción de una de sus máquinas caloríficas que ha de ser colocada en un buque de 2,200 toneladas que se construye en Nueva-York por los señores Perrine, Patterson y Stack. Un detallado artículo en el *Hull's New York, Marchant's Magazine*, describe el buque y la máquina completamente. El artículo dice:



« Dos máquinas de este sistema están ahora funcionando en el establecimiento de los señores Hogg y Delamater, una de 6 caballos y otra de 60.

« La última es la mas extraordinaria pieza de maquinaria que nosotros hayamos visto jamás. Tiene 4 cilindros; dos de 72 pulgadas de diámetro colocados uno al lado del otro sobre cada uno de los cuales hay colocado otro de mucho menor. Dentro de los cilindros hay sus respectivos émbolos exactamente ajustados y unidos entre sí que se mueven juntos. Abajo del fondo de cada uno de los cilindros inferiores se aplica el fuego, y no se emplean mas hornos, ni se usan calderas ni agua. El cilindro inferior es llamado cilindro trabajador, el superior cilindro suplidor. Mientras el émbolo del cilindro suplidor baja hay válvulas hasta llegar á la parte superior del cilindro que se abren, y esto se llena de aire frío. Así que el émbolo se levanta, estas válvulas se cierran y el aire incapaz de escapar por donde entró, pasa por otra serie de válvulas hasta llegar á un receptáculo desde donde pasa al cilindro trabajador para forzar su émbolo hacia arriba. Al dejar el aire, el receptáculo para ir á levantar este émbolo, pasa por lo que se llama el regenerador (el cual luego explicaremos), donde llega á adquirir hasta 450 grados de calor, y al entrar al cilindro trabajador es todavía mas calentado por el fuego de debajo. Hemos dicho que el cilindro trabajador tiene un diámetro mucho mayor que el cilindro suplidor, por mera ilustración suponemos que contiene doble area; de consiguiente, el aire frío que entró al cilindro suplidor no llegará mas que á la mitad del cilindro trabajador. Sin embargo, en el curso de este pasaje hemos dicho últimamente que el aire pasa por un regenerador, y suponemos que así que entra el cilindro trabajador ha llegado á calentarse hasta 480 grados; á esta temperatura atmosférica el aire se dilata hasta doblar su volumen; por lo tanto, la misma cantidad de aire atmosférico que ha contenido el cilindro suplidor, es ahora capaz de llenar uno de doble tamaño; y con esta engrandecido volumen entra al cilindro trabajador.

« Nosotros suponemos además que la area del émbolo dentro de este cilindro, contiene mil pulgadas cuadradas, y la area del émbolo en el cilindro superior no mas que quinientas. El aire esta comprimido en este cilindro con una fuerza que suponemos de unas 11 libras por cada pulgada cuadrada, ó en otras palabras, con un peso de 5,500 libras; no obstante, en la superficie del cilindro trabajador el aire calentado está comprimido con una fuerza igual en cada una de sus mil pulgadas cuadradas, ó en otras palabras, con una fuerza de 11,000 libras. Aquí hay pues, una fuerza que después de haber llegado al peso arriba citado, deja un sobrante de 5,500 libras, si prescindimos de la fricción. Este sobrante constituye pues el poder motor de la máquina, y de consiguiente se ve realmente que después de haber dado la máquina un golpe de sus émbolos, continuará trabajando con esta fuerza tanto tiempo como el calor suministrado por el cilindro suplidor para dilatar el aire en el cilindro trabajador á la estension espresada, porque mientras la area del émbolo inferior sea mucho mayor que la del superior, y una presión igual esté sobre cada pulgada cuadrada de ambos émbolos, el mayor empujara siempre al menor de la misma manera que dos libras sobre el extremo. Apenas necesitamos decir que después que el aire en el cilindro trabajador ha levantado su émbolo, una válvula se abre y mientras sale, descendiendo los émbolos por la fuerza de gravedad, y el aire frío otra vez se agolpa precipitado dentro del cilindro suplidor y lo tiene del modo que antes hemos des-

crito. De este modo los dos cilindros alternativamente se llenan y se vacían, haciendo que sus émbolos se movían arriba y abajo de la misma manera que se efectúa en las máquinas de vapor.

« Describamos ahora el regenerador al cual nos hemos referido.

« A fin de que nuestros lectores entiendan este instrumento, deben tener presente la construcción y operación de la máquina. El regenerador está compuesto de tela de alambre, semejante á la que se usa para los cedazos, colocadas una al lado de otra hasta que han llegado á reunir un espesor de unas 12 pulgadas.

« Por las casi innumerables celdas formadas por la intercepción de estos alambres debe pasar el aire en su camino hacia el cilindro trabajador; y al pasar por estas celdillas, el aire queda subdividido tan minuciosamente que las partículas que lo componen se rozan fuertemente con el metal de que están formadas dichas celdillas. Ahora suponemos lo que realmente sucede, que el lado del regenerador mas cercano al cilindro trabajador está calentado á una alta temperatura; por medio de este lado calentado del regenerador, el aire debe pasar antes de entrar al cilindro, y al efectuar este pasaje recoge, como se ha demostrado por el termómetro, unos 450 de los 480 grados de calor requerido para doblar su volumen segun antes digimos. Los 30 grados adicionales se comunican por el fuego de abajo del cilindro; el aire de este modo ha llegado á la dilatación requerida; levanta el émbolo y ha cumplido su deber; las válvulas se abren; y el aire comprimido calentado á 480 grados, se escapa del cilindro y otra vez entra al regenerador por el cual debe pasar antes de dejar la máquina.

« Nosotros hemos dicho que el lado de este instrumento mas cercano al cilindro trabajador, es caliente; y aqui debemos añadir, que el otro lado se mantiene frío por el efecto que en él produce el aire que entra en dirección opuesta á cada golpe de los émbolos; por consiguiente, mientras el aire del cilindro trabajador sale, las telas metálicas absorben su calor de tal modo que, cuando deja el regenerador ha perdido su valor excepto unos 30 grados. En otras palabras, así que el aire pasa al cilindro trabajador, recibe gradualmente del regenerador unos 450 grados de calor, y así que sale, vuelve el calor á las telas metálicas y de este modo se usa una y otra vez, siendo el solo objeto del fuego de abajo de los cilindros el de suplir los 30 grados de calor que hemos referido, y que se pierden por la radiación y expansión.

« El regenerador que contiene la máquina de 60 caballos mide 26 pulgadas de alto y ancho interiormente. Cada disco de alambre que lo compone contiene 676 pulgadas superficiales y la red tiene 10 mallas por pulgada. Cada pulgada superficial, por lo tanto, contiene 100 mallas, que multiplicadas por 676 dan 67,600 mallas en cada disco; y como se emplean 200 discos, de aquí se sigue que el regenerador contiene 13,520,000 mallas; y por consiguiente, como allí hay tantos pequeños espacios entre los discos como mallas, hallamos que el aire dentro está distribuido en unos 27,000,000 de celdas diminutas.

« De aquí es evidente, que casi cada partícula del volumen total de aire, al pasar por el regenerador tiene muy fuerte roce con una superficie de metal que calienta y enfria alternativamente.

« Los alambres contenidos en cada uno de los discos tienen 1,140 pies de longitud, y los que contiene el regenerador tienen por consiguiente 228,000 pies, ó 41 y 1/2 millas

de largo; cuya superficial medida es igual á la entera superficie de cuatro calderas de vapor de 40 pies de largo y 4 de diámetro; y sin embargo, el regenerador que presenta esta gran superficie calentadora tiene solamente unos 2 pies cúbicos 11,920 menos que el tamaño de estas cuatro calderas.

« Este maravilloso procedimiento de dar y quitar el calor es un descubrimiento que justamente puede considerarse como uno de los mas notables que jamas se han hecho en la ciencia física. Su autor, el capitán Ericsson, mucho tiempo ha tenido averiguado que el aire atmosférico y otros gases permanentes, al pasar por una distancia de 6 pulgadas en la quinquagésima parte de un segundo, es capaz de adquirir ó de perder mas de 400 grados. El ha sido el primero que ha descubierto esta maravillosa propiedad del calorífico, sin el cual el aire atmosférico no podría ser efectivamente empleado como un poder motor; la razon es evidente: hasta que el aire esté dilatado por el calor no puede ejercer ninguna fuerza sobre el émbolo: si se necesitase mucho tiempo para efectuar esto, el movimiento del émbolo seria indispensablemente tan lento que haria la máquina ineficaz. El capitán Ericsson ha demostrado, sin embargo, que el calor puede ser comunicado, y la dilatación efectuada en el aire atmosférico, con una velocidad casi eléctrica, y que es por lo tanto realmente adaptable para dar la mayor rapidez de movimiento á toda clase de maquinaria.»

Ahora bien, todo esto es extraordinariamente hermoso, y si es verdad, el descubrimiento es inapreciable. Si una máquina de la fuerza de 60 caballos verdaderamente trabaja como se ha dicho, la cuestion está resuelta; y será una materia de interés creciente saber como el trabajo por este sistema adelanta. Pero tanto si la máquina calórica tiene buen éxito como si no lo tiene, se presenta un ancho campo para los adelantos en las locomotoras, sugerido por el maravilloso poder del regenerador.

#### NUEVO MÉTODO DE CONSTRUIR EL CARTABON Ó ESCUADRA DE AGRIMENSOR.

El instrumento mas usual é indispensable para la pronta y exacta medida y division de los terrenos, es el cartabon. Desde tiempo inmemorial se ha construido generalmente de madera dura, poco porosa, sin nudos, y bien seca ó de muchos años de cortada; mas á pesar de dichas condiciones y vencida la dificultad de hacer los cortes de sierra exactamente perpendiculares, requisito indispensable, pues en él consiste su bondad, hay la contra de las dilataciones y contracciones que sufren todos los cuerpos, y la madera en particular, con la variedad de temperaturas, lo que altera la precision del instrumento, tanto mas, cuanto que en virtud de la diferencia de fibras (pues estas son por unas partes mas duras que por otras), dichas variaciones no se verifican por igual en todo el sólido, y si por unos puntos mas que por otros: además, los dichos cortes ó hendiduras, por fin que sea la sierra con que se hagan, suelen ser mas gruesos de lo que debieran, y no salir perpendiculares al plano superior. Los espresados cartabones han sido y son construidos de diversas figuras, como cuadrangular, poligonal ó cilíndrica, pero esta última es preferible á las demas.

La grande dificultad que hay en ejecutar los dos cortes de sierra rigurosamente perpendiculares á fin de que formen cuatro ángulos rectos, ó de 90° en el centro de la cara

superior del instrumento para medir únicamente por el método del cuadrado, y mucho mas si se trata de hacerlo de los conocidos con el nombre de cartabones de ángulos, dificultad que inutiliza despues de casi concluidos la mayor parte de los que se elaboran, pudiendo llamarse casualidad el sacar uno á satisfacción de bueno, me hizo meditar sobre el particular, y despues de varias indagaciones y pruebas inútiles concebí la feliz idea de poner una especie de pinula de bronce en el extremo de cada diámetro, sujeta á la superficie lateral.

Hé aquí la descripción del mecanismo á que me refiero.

Consta de cuatro chapas cuadrilongas ó iguales de metal amarillo, que tengan de 12 á 13 líneas de longitud, unas 10 de latitud y como media ó poco mas de espesor y grueso: en la mitad de cada una y en el sentido de su latitud se practica un corte, que deberá ser dado con un muelle de reloj dentado por uno de sus cantos y adherido á su armazon correspondiente á fin de que sean dobles, sin que profundicen mas que las tres cuartas partes de la espresada latitud: despues se hacen á todas dos agujeros elípticos, cuyos ejes mayores estén en una misma linea, siendo esta la perpendicular á la mitad de la hendidura que se deja manifestada. Dichas pinulas se afianzan con tornillos de dimensiones proporcionadas, y entre las cabezas de estos y aquellas debe haber unas coronas ó ánulos, especie de arandelas tambien de metal, cuyo diámetro menor de cada una tenga poco mas que el de los tornillos, para que se introduzca con libertad, y el mayor algo mas grande que el máximo de los elipses que sirven de agujeros á las pinulas. Las espresadas arandelas deben ser cóncavas ó avellanadas por su frente, con el fin de que no sobresalgan las cabezas de aquellos.

Es de advertir, que si el cartabon tuviese por su parte superior la figura de un cilindro, hay necesidad, para que las pinulas sienten sobre plano, quitar del extremo de cada diámetro un segmento, cuya cuerda sea de la misma longitud que la de aquellas, formando por lo tanto un plano de igual superficie.

Con este sencillo mecanismo, colocadas las pinulas en sus lugares respectivos, y antes de afianzar de un todo los tornillos, pueden moverse á derecha é izquierda hasta tanto que las dos visuales se dirijan en ángulos rectos, consiguiendo lo cual y apretados aquellos de un todo queda terminada la operacion, que deberá ser ejecutada en un paraje donde haya ó puedan ponerse puntos de comparacion á grandes distancias del que se ejecuta.

Acomoda que los cortes de sierra practicados en la madera sean gruesos, para que las distintas posiciones dadas á las pinulas antes de asegurarse corrijan el defecto cometido de formar ángulos desiguales: tambien trae la ventaja de introducirse mas luz en ellos y dirigir las visuales con mas desembarazo.

Esta construcción reporta ademas las mejoras siguientes:

- 1.º Que como se deja dicho no se trabaja á la ventura de construirlo bueno por una casualidad.
- 2.º Poder rectificar el instrumento corrigiendo la inexactitud que pueda adquirir á impulso de un golpe ó por la alteración sufrida con las diversas temperaturas.
- 3.º Que las visuales son mas finas y mejor determinadas.
- 4.º Que es aplicable este método á los cartabones de ángulos, pues solo se diferencian estos en el mayor número de pinulas.
- 5.º Que dado caso de inutilizarse el instrumento, las pinulas pueden ser aprovechadas para otro.

6.º Que por las mismas razones que se dejan manifestadas son mas baratas ó económicas que los comunes ó de solo madera.

7.º Que son mas vistosos y elegantes.

Por último, la exageración de construir cartabones de ocho, diez y aun mas pulgadas de diámetro, es enteramente innecesaria, y aun perjudicial y ridícula, porque su mucho volumen y peso embaraza las operaciones por su difícil manejo: basta que tenga cuatro pulgadas y otras tantas de altura ó eje.

M. A. Benavides y L.

#### APLICACION DEL HIERRO AL ARTE DE LA DECORACION.

##### MUESTRA DE M. VAUDRÉ EN EL PALACIO DE CRISTAL.

Sea cual fuere la importancia de los demás ramos de la industria inglesa, no hay otra tan variada en sus aplicaciones, ni tan nacional como la del hierro.

Vemos pues qué partido han sacado los ingleses de la aplicación del hierro al arte de la decoración.

Es indispensable reconocer que los ingleses tienen una habilidad superior para manejar el hierro, supuesto que han conseguido amoldarlo á todas sus exigencias. Falta saber si han permanecido siempre dentro de los límites naturales, empleándolo en usos para los cuales siempre hasta ahora habia parecido extraño.

Ellos creen que sí, y han sustituido audazmente el hierro colado al bronce, construyendo candelabros y chimeneas con magníficas esculturas.

Los ingleses sin embargo no pueden menos de confesar que deben á otras naciones la parte artística de esta industria. Hace tiempo efectivamente que las hallowstradas para escaleras y las rejas para balcones, se fabrican de hierro colado en el continente, con un gusto y un lujo que excita la admiración universal. Pero no nos corresponde la iniciativa en la introducción de este metal en los salones, y como elemento de adorno en sus diferentes departamentos.

Esto consiste en que la ulla no es todavía en el continente el combustible principal, y en que el hierro colado, que conviene particularmente para los adornos de fogones en que se quema la ulla, aparecería pesado y sin gracia, si se emplease en la construcción y arreglo artístico de chimeneas destinadas á consumir leña.

Hace muchos años que en los gabinetes de estudio y en los talleres de Francia, se ven hornos cilíndricos de hierro colado para la combustión del carbón mineral, pero no existen chimeneas con el mismo objeto. Algunos de dichos hornos son de gran lujo y producen muy buen efecto.

Creemos, no obstante lo espuesto, que una chimenea de hierro colado es muy fea y favorece muy poco á la elegancia de un salon, sea cual fuere el lujo de los adornos con que el artista la haya enriquecido.

Los ingleses opinan en sentido diametralmente opuesto.

Los prusianos han ido todavía mas lejos, y el hierro de Berlin ha adquirido cierta celebridad, en cuanto á su empleo en objetos de tocador. No hay por cierto quien no corzoza, como ya hemos dicho en otro lugar, las cadenas, los collares, los brazaletes, los broches y los pendientes de Berlin. Preciso es convenir en que estos artículos son muy lindos y de buen gusto, pero semejante aplicación del hierro colado es puramente accidental y poco normal, porque la delicadeza del trabajo vale mucho mas que la materia empleada. Esta es una de esas conveniencias generales, que se sienten mejor que se explican, pero desde

luego creemos que nuestros lectores nos han comprendido.

Los ingleses han trabajado, de algun tiempo á esta parte muchos jarrones para jardines, así como banquetas y otras clases de asientos con el mismo destino, y todos de hierro colado. Respecto á este punto se dan la mano con los artistas franceses, pero se nos figura que unos y otros carecen de buen gusto y de criterio al obrar así, pues semejantes adornos nos parecen muy impropios de un jardín, y nada puede justificar su introducción en él.

El yeso y las tierras crudas y arcillosas, ya sea con relieves y esculturas, ya sin estos adornos, tienen el privilegio de representar este papel para borsear los jardines: debemos pues dejárselo, bien persuadidos de que el mas sencillo jarrón de esta clase lleva inmensas ventajas á los mas preciosos de hierro colado.

Si los artistas aprecian tanto las reglas del buen gusto, si tanto se interesan por los adelantos del arte, ¿por qué se empeñan en sobrecargar sus obras de hierro colado con tantos adornos circelados? Trabajen al menos esa sustancia con mas sencillez, y podrán darnos aplicaciones mas adecuadas á su naturaleza. Por último, si hemos de emitir con franqueza nuestro parecer, diremos que el hierro colado no tiene hasta ahora mas empleo, que le sea propio y natural, que el de las chimeneas modernas, rejas para balcones, balustradas y otros artículos análogos.

La muestra de M. Vaudré en el Palacio de Cristal es magnífica. El conjunto del dibujo essumamente notable pero las dos carátidas aparecen mal ajustadas y se desprenden de las volutas de los ángulos. En cuanto al trofeo musical del centro, no está bien con los atributos del otón que dominan en toda la composición. Por último, los dos ramos de rosas que se sobrepone al relieve de los tímpanos laterales pertenecen al estilo Pompadour.

Si hemos sido severos al hablar de las aplicaciones del hierro colado, debe tenerse en cuenta que solo obramos así en interés del arte, y por consiguiente de la industria.

Creemos firmemente que tanto en el hierro colado, como con el mirmol y el bronce, deben respetarse las leyes, difíciles, sí, de cumplir; pero seguras por lo mismo, de la conveniencia, de la armonía y del buen gusto.

#### DE LAS PRIMERAS MAQUINAS NEUMATICAS MODERNAS Y DE SUS EFECTOS.

Unos dos mil años habian pasado desde que los mecánicos griegos imaginaron el modo de practicar un vacío muy imperfecto todavía, en un recipiente adaptado á este uso, cuando Torricelli, en 1643, demostró la posibilidad de un vacío completo con su hermosa experiencia de la suspensión de la columna de mercurio en un tubo cerrado en su parte superior, y que entraba por la extremidad inferior abierta en una vasija llena del mismo líquido. Pero el espacio en donde existe el vacío barométrico es demasiado limitado y muy poco accesible para que se pudiese intentar una serie de ensayos con buen éxito.

Otto de Guericke, físico alemán, meditó mucho en el descubrimiento de Torricelli. Nació en 1602, en Magdeburgo, de cuya población fué burgo-mestre y encargado de importantes misiones políticas, este hombre distinguido empleaba todos los ratos desocupados que le dejaban sus funciones, en hacer investigaciones científicas. El mismo nos ha dejado escrito en una hermosa obra, el relato de las numerosas ten-

tativas que llegó á hacer antes de hallar un medio un poco seguro para operar el vacío.

Primeramente, quiso sacar el agua de un tonel por la parte inferior, á beneficio de una geringa.

La fig. 1 representa este ensayo con los detalles del mecanismo que en él se empleó. ABC era una bomba de metal á la cual se hallaba bien ajustado el émbolo C ó FG, y que tenía dos llaves, una interior en el orificio de la bomba, A, para la introducción del agua, y otra, B, exterior, para dejar paso al líquido lanzado fuera. El orificio de la bomba se sostenía por medio de cuatro tornillos sobre una placa de hierro circular; pero esta armazon se rompió siempre antes de que se lograra sacar el agua.

Sin embargo, no se acordó en sus tentativas. Puso una

armazon mas sólida, y con tres maniobras vigorosas, tirando sobre el émbolo de la geringa, consiguió hacer salir el agua por la válvula B. Pero al instante se oyó el aire que se precipitaba por todas las rendijas, produciendo un ruido análogo al que hace el agua cuando hierve, ruido que duró hasta que el tonel se llenó completamente de aire. Hechos nuevos ensayos, se conoció que la madera era tan permeable al agua como al aire, y se adoptó otro recipiente, se reemplazó el tonel por un globo de cobre A, compuesto de dos partes hemisféricas encajadas una en otra (fig. 2). La parte superior tenía una llave B, y el orificio de la bomba se hallaba perfectamente adaptado á la parte inferior. En este globo lleno de agua fué donde sin duda se intentó practicar el vacío.

El movimiento del émbolo no ofrecía en un principio difi-

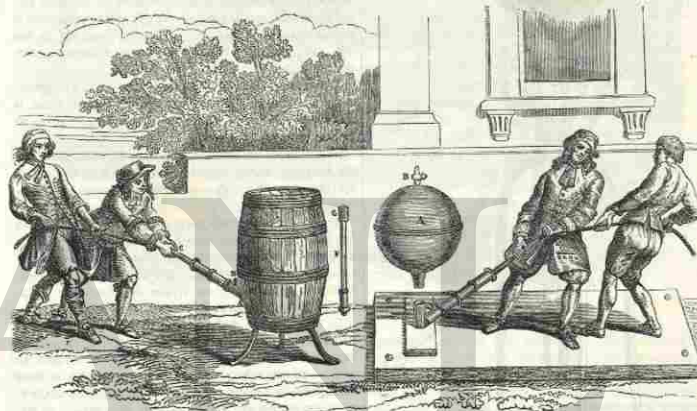


Fig. 1. Oño de Guericke queriendo operar el vacío en un tonel.

Fig. 2. Segundo recipiente empleado por Oño de Guericke para hacer el vacío.

cultad ninguna, pero sin embargo poco á poco se iba volviendo mas dificultoso, hasta el punto que apenas bastaban para tirar de él dos hombres de fuerzas regulares. Pero sucedió que mientras estaban trabajando para mover alternativamente el émbolo en los dos sentidos, de tal modo, que ya casi se habia estraido todo el aire, el globo metálico se comprimió de repente con explosión, asustando á todos los presentes como si se hubiese estrellado en el suelo cayendo de una altura formidable. Otto de Guericke atribuyó y con razon este fenómeno á algunos defectos de fabricación que habian codido á la presión del aire. Para obviar á este inconveniente, mandó disponer un nuevo recipiente exterior, sin tolerar esta vez la menor irregularidad de forma, y así pudo operar el vacío sin ningún contratiempo. Entónces se creía completo el vacío, cuando la bomba no sacaba mas aire del recipiente. Sea como quiera, el vacío obtenido daba lugar á muchos fenómenos notables. Al abrir la llave B, el aire se precipitaba en el recipiente con tal ímpetu que una persona se sentía arrastrada por la corriente. Acercando la boca á la abertura, se cortaba la respiración, y nadie podía poner la mano sobre la llave abierta sin que se le quedase adherida fuertemente.

Sin embargo, por perfecto que pudiera ser el vacío en el

interior del recipiente, no se sostenía largo tiempo. El aire penetraba de nuevo por las juntas de la llave y de la bomba, y al cabo de dos dias el recipiente se hallaba enteramente lleno. Para poner remedio á esto, se inventó un nuevo aparato, que después de muchos perfeccionamientos sucesivos, tomó la forma representada en la fig. 3.

En esta figura la bomba neumática *ghs* se halla puesta verticalmente sobre un tripode cuyas tres patas se hallan clavadas en el suelo. En la parte superior de esta bomba hay una abertura *n* por donde entra el cuello del recipiente *L*, donde se opera el vacío. Para que el contacto sea perfecto, se emplean tiras de cuero, y además las juntas de los tubos se mojan en el agua que contiene la vasija *XX*. El émbolo de la bomba se pone en movimiento por medio de una palanca del modo siguiente; *HP* es un punto fijo de rotación en una de las patas del tripode; se da á la palanca *HP* un movimiento ternativo de arriba abajo y de abajo arriba: *ots* sigue los movimientos de la palanca, y hace por consiguiente subir y bajar alternativamente el émbolo *shk* al interior del cuerpo de la bomba. Para impedir que vuelva á entrar el aire, la parte inferior entre el cuerpo de bomba y el émbolo se halla también bañada en agua por medio de una vasija circular *kk*, sostenida en *o, o, o*.

Esta máquina tenía una superioridad incontestable sobre los aparatos empleados antes; porque además de la posibilidad de obtener á beneficio de ella un vacío mas perfecto con ménos trabajo, se podía tambien separar con facilidad el recipiente de la bomba empleada para operar el vacío. Para poder introducir en el recipiente L. varios objetos que ser-



Fig. 2. Primera máquina neumática que funcionó con regularidad.

vian para las experiencias, como pájaros, peces, ratones, relojes, campanillas, luces, etc., tenía aquel un cuello ancho *pp*, sobre el cual encajaba una llave *gr*. En un recipiente así se hizo por primera vez el vacío sin haberle llenado de agua previamente.

Otto de Guericke cuando llegó á este punto pudo emprender una serie de experiencias muy curiosas que en su mayor parte se repiten aun hoy en día en nuestros gabinetes de física.

De este modo operado el vacío en el recipiente L, cuando su cuello se sumerge en el agua y se abre la llave, se vé como el líquido se precipita impetuosamente y á borbotones en el interior de la vasija, basta que se llena enteramente salvo quizá un corto espacio del grueso de una avellana.

Habiendo llenado de agua un tubo, primero enteramente y luego hasta la mitad, por medio de la bomba neumática, Otto de Guericke se sorprendió al ver que volviéndole de repente, el agua pegaba en él con un ruido comparable al que habría producido un martillo, y si el cristal no hubiese

sido bien grueso por las puntas, se habría roto infaliblemente. Esta experiencia se hace en el día con un instrumento conocido con el nombre de *martillo de agua*, que se prepara sin la máquina neumática del modo siguiente.

Se toma un tubo grueso de cristal, cerrado y redondeado en una de sus puntas, y se llena de agua hasta la mitad, haciéndola hervir. Cuando la ebullición ha durado algun tiempo y la temperatura ha subido bastante, se tapa bien la parte superior del tubo. Gracias á la ebullición, todo el aire que contenía el agua ha desaparecido, y el vapor lanza fuera el aire que encerraba tambien el tubo. En suma, el tubo queda herméticamente cerrado por las dos puntas, sin nada de aire y lleno de agua hasta la mitad. Entonces con solo volverle, el agua pega en el fondo del tubo con un ruido y un choque comparables al que produciría un martillo. Haciendo desaparecer la capa de aire que se interpone entre el líquido cuando cae, la masa de agua se desprende de una vez, y pega contra el cristal lo mismo que si fuera un cuerpo sólido.

Colocada una luz encendida en el recipiente L, á los primeros golpes del émbolo de la bomba para hacer el vacío, la llama se pone azulada, y se alarga hasta que al cabo de un rato se apaga enteramente.

El sonido de un timbre cuyo mecanismo podía durar media hora, iba disminuyendo en intensidad á medida que se operaba el vacío, y al cabo de algunos instantes cesaba enteramente de oírse.

Varios animalitos como ratones, pájaros, etc., respiraban con mas dificultad conforme se iba haciendo el vacío, hasta que cayendo sobre sí mismos espiraban por falta de aire. Los peces que ponían en el agua no tardaban en experimentar la misma suerte; sus velgas de natación se dilataban, en general, de un modo notable.

Un orden entero de fenómenos resultaba de estas experiencias. Otto de Guericke no tardó en interesar en sus trabajos á los príncipes de Alemania. En 1654 imaginó su primera máquina de recipiente metálico. Cuando la Dieta del imperio se hallaba reunida en Ratisbona, Otto de Guericke que llevaba una misión cerca de ella, enseñó su máquina al emperador y á algunos príncipes del imperio, entre otros al arzobispo de Maguncia, quien se sorprendió tanto con esta invención así como con las curiosas experiencias que se hicieron en su presencia, que quiso hacerse con uno de estos instrumentos para repetir en su casa las pruebas que había visto; pero su corta estancia en Ratisbona y la escasez de obreros impidieron que su deseo quedase satisfecho. Sin embargo, suplicó á Otto de Guericke que fuera á verle y á llevarle su máquina al palacio de Wurzburg. Allí fue donde el P. Schott, que enseñaba las matemáticas, y otros varios sabios, le vieron por la primera vez. El arzobispo se complacía en dar explicaciones y en repetir las experiencias que había hecho el autor en Ratisbona.

Bien luego se esparció por toda la Europa, la noticia de estas primeras experiencias. El P. Schott las dió tambien una grande publicidad imprimiendo en 1659 su libro intitulado: *Mechanica hydraulico-pneumatica*, en el cual insertó en un apéndice, una relación circunstanciada de las *Experiencias de Magdeburgo*, como entonces las llamaban. Pero nuevos descubrimientos, mas sorprendentes aun, sino mas interesantes que los primeros, se presentaron cada día al genio inventivo del ilustre burgomaestre.

DE LAS PRIMERAS MAQUINAS NEUMATICAS MODERNAS Y DE SUS EFECTOS.

(Véase la pág. 406.)



Fig. 1. Experiencia de los hemisferios de Magdeburgo.

Desde su viaje á Ratisbona y á Wurzburg, Otto de Guericke conservó relaciones científicas con el arzobispo de Maguncia, por medio del P. Schott, el cual sosteniendo á la sazón una activa correspondencia con una muchedumbre de sabios, se apresuraba á comunicarnos los descubrimientos del laborioso burgomaestre. Entre las nuevas experiencias que se hicieron desde 1656 á 1664, época de la publicación de la *Técnica curiosa* del P. Schott, hay que citar la de los *Hemisferios de Magdeburgo*. He aquí su descripción: dos hemisferios de cobre huecos pueden ajustarse exactamente el uno al otro por medio de unos discos que terminan los círculos que les sirven de base. En medio de ambos discos se interpone un redondeo de cuero, para que queden cerrados herméticamente los dos hemisferios. En la parte inferior del uno de estos hay una llave para operar el vacío, llave que una vez cerrada, cuando se separa el recipiente de la bomba neumática, impide la entrada del aire. Cada hemisferio tiene unos anillos solidamente adheridos.

Dispuestos de este modo, á medida que se va operando el vacío en el recipiente, esférico compuesto de dos piezas sobrepuestas, se va experimentando una dificultad que se aumenta tambien con el diámetro de la esfera en razon directa de la superficie.

Cuando se hicieron los primeros ensayos en 1656, Otto de Guericke aseguraba que seis hombres vigorosos no bastaban para separar los dos hemisferios; y después aumentando el diámetro y operando un vacío mas perfecto llegó hasta á poner tiros de veinticuatro caballos, sin que los esfuerzos de estos animales, estimulados por los gritos y los latigazos, lograsen efectuar tampoco la separación. Nuestra

figura 1 representa esta experiencia célebre copiada del grabado que insertó el P. Schott en su *Técnica curiosa*.

Es muy fácil darse cuenta de este resultado que á primera vista parece tan extraordinario. En efecto, suponiendo un vacío perfecto, la presión de la atmósfera que mantiene adheridos los dos hemisferios, obra como dos columnas de mercurio de unos 76 cent. de altura, que pesasen, en sentido opuesto, contra dos discos circulares sobrepuestos, cuyo diámetro fuese igual al de la esfera. Supongámos un diámetro de 50 centímetros; la superficie de cada disco será de unos 20 decímetros cuadrados. Por otra parte, una altura de 76 cent. de mercurio ejerce sobre un decímetro cuadrado una presión de más de cien kilogramos. Así pues, en la hipótesis de un vacío perfecto, para separar los dos hemisferios habría que ejercer una tracción de 2,000 kilogramos sobre cada uno de ellos. Ahora bien, en el tiro, los caballos no pueden ejercer por término medio una tracción de mas de 250 kilogramos, aun durante un corto espacio de tiempo: para operar la separación habría que enganchar ocho caballos á cada hemisferio. Es verdad que en el interior de la esfera no hay tampoco un vacío perfecto; pero tambien aumentando únicamente hasta 6 u. 70 cent. el diámetro, se dobla la fuerza que hay que vencer, suponiendo que en el interior haya el mismo vacío.

El ingenioso autor de la experiencia conocía muy bien la causa del fenómeno, y supo variar sus efectos para hacerle mas sorprendente. Haciendo entrar aire sucesivamente en el globo por la abertura de la llave que cerraba al punto, se disminuía rápidamente la fuerza adherente de ambos discos, hasta que se anulaba enteramente. Si el reci-

piente se hallaba fijo por su anillo superior á un fuerte gancho, para separar ambos hemisferios, era necesario un peso enorme poco inferior al que exija el cálculo en la hipótesis

de un vacío perfecto. Cuando se verificaba la separación, la entrada súbita del aire producía una explosión semejante á la de una pieza de artillería.

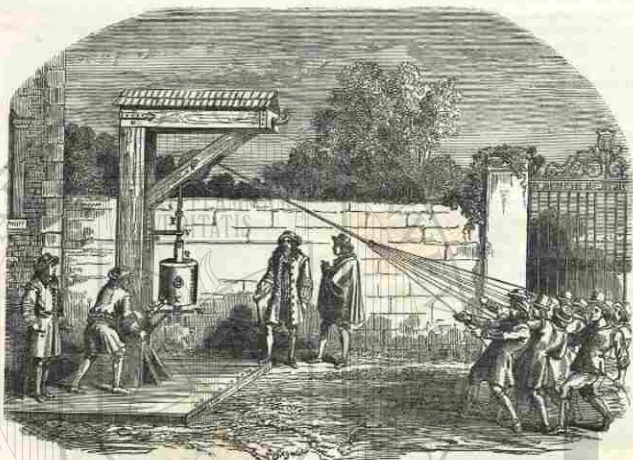


Fig. 2. Experiencia de la vasija de barro que unas á un grupo de bombas.

En la fig. 2 está demostrada esta experiencia que el autor intituló de este modo: « Vasija de barro que atrae 20, 30, 40, 50 y un número mayor de hombres vigorosos. » Un cuerpo de bomba cilíndrico, provisto de una llave X se halla apoyado por su parte inferior S sobre una base WB. En este cuerpo de bomba se mueve un émbolo, sobre cuyo cañón QP un grupo de maniobras ejerce una fuerza de tracción por medio de una garrucha. El travesaño OV impide que el émbolo se eleve hasta salir del cuerpo de la bomba. Dispuesto todo de este modo, se adapta á la llave X la llave de un recipiente esférico de cristal, de un volumen considerable en el cual se practica el vacío. Estando bien ajustadas una á otra las dos llaves, y encajando exactamente el émbolo en el interior del cuerpo de la bomba de modo que se impida la entrada del aire, al abrir las dos llaves, el aire contenido en el cuerpo de la bomba se precipita con gran fuerza en el recipiente de cristal; el émbolo se baja bajo la influencia de la presión atmosférica, y los hombres se ven arrastrados por grande que sea la resistencia que opongan.

Estas curiosas experiencias han sido descritas por su autor en una obra notable que se publicó en 1670, pero ya antes se habían dado á luz bajo el título de *Maravillas de Magdeburgo* en la *Técnica curiosa* del P. Schott, que dió á continuación las *Maravillas de Inglaterra* siguiendo el estilo sencillo y entusiasta de la época. Roberto Boyle, distinguido físico inglés, aprovechándose de los trabajos de Otto de Guericke, había en efecto repetido sus ensayos variándolos y construyendo nuevas máquinas, en una palabra, haciendo progresar esta importante ciencia. Durante mucho tiempo, se ha designado en Inglaterra la máquina neumática con el nombre de *Máquina de Boyle ó Vacío de Boyle*, quizá subsisten aun estas denominaciones en algunas cá-

tedras del Reino Unido. Pero jamás Roberto Boyle ha querido dar cómo suyo este descubrimiento, y la prueba es que existe una carta suya que escribió dos años después de la publicación de la primera obra del P. Schott, en la cual reconoce altamente que el ingenioso Otto de Guericke fué su predecesor en la materia. Sin embargo de esto, añade que para remediar ciertos inconvenientes de la bomba neumática de Guericke, alentó á los señores Hook y Gratrix á que imaginaran algunas nuevas máquinas mas fáciles de manejar, y que Hook llegó á idear un instrumento preferible al de Mardburgo bajo todos conceptos.

Roberto Boyle empleó después otra máquina mejor que la precedente, pero sin mas que un solo cuerpo de bomba, y por último para emprender una nueva serie de experiencias sobre el vacío, puso en movimiento una máquina diferente de las dos primeras, delida al genio del célebre Dionisio Papin. Para disipar toda clase de dudas acerca de este punto, dejaremos hablar á un autor inglés, contemporáneo de Newton, el gran geómetra y físico Gótes, de quien el mismo Newton decía: « Si Gótes hubiese vivido, sabríamos hoy alguna cosa. » Hé aquí un pasaje traducido textualmente de las lecciones de física experimental de Gótes en el colegio de Cambridge:

« Esta máquina es invención de M. Papin, que ayudó muchísimo á Boyle en sus investigaciones científicas. Esta tercera máquina es mas perfecta que la precedente; dos ventajitas tiene sobre aquella: 1.ª, la última máquina no tenía mas que un solo cuerpo de bomba y un émbolo, y esta tiene dos con dos cuerpos de bomba. Estos dos émbolos que suben y bajan alternativamente, producen una evacuación de aire nunca interrumpida, efecto que no podría alcanzarse con un solo émbolo, porque en el último caso no

se puede menos de interrumpir la evacuación del aire cuando se sube el émbolo hacia el fondo del cañón. Pero además de la ventaja de practicar la operación en la mitad del tiempo que se necesitaría, si hubiese un solo émbolo, el trabajo se disminuye también considerablemente. El gran defecto que se puso á las máquinas de un solo cuerpo de bomba, es la fuerte resistencia que opone el aire exterior al movimiento del émbolo cuando se baja, resistencia que se aumenta á medida que se desocupa el recipiente, porque el equilibrio del aire interior con el exterior va disminuyendo por instantes, de suerte que si el cuerpo de la bomba es de un diámetro no considerable, apenas bastaría la fuerza de un hombre para introducir un poco el émbolo. Ahora bien, esta resistencia del aire se desvanece enteramente empleando los dos émbolos, que se hallan ajustados de manera que cuando el uno sube baja el otro, y por consiguiente la presión del aire exterior impide que el uno suba al paso que ayuda á bajar al otro, y las otras fuerzas se destruyen mutuamente por medio de efectos contrarios.

La 2.ª ventaja de esta nueva máquina son las válvulas: en las dos anteriores cuando el émbolo había subido hasta arriba, había que abrir la llave para hacer pasar aire del recipiente al cuerpo de la bomba, y después había que cerrar cuando se quería que saliera, y había que quitar la llave para darle paso, teniendo que repetir esta maniobra á cada movimiento del émbolo. Las válvulas de la última máquina suplen el tapon y la llave con gran comodidad y ventajita.

La fig. 3 representa un aparato según este sistema, cuya descripción es la siguiente:



Fig. 3. Máquina neumática á doble efecto, según el sistema de Papin.

A y B son los dos cilindros en los cuales se mueven los émbolos. Las sierras C de los émbolos se mueven por medio

de la rueda R que en su movimiento alternativo describe una tercera parte de círculo. En la platina G se ponen las vasijas de donde se quiere extraer el aire, y estas se comunican con los cilindros por el tubo XXX. Las bombas se hallan provistas de llaves un poco mas abajo del fondo: las puntas de estas llaves se ven en L, L, unidas por la regla de cobre PP, de tal manera que esta regla hace mover continuamente las dos llaves al mismo tiempo. En el eje de la rueda R se ve junta por detras una especie de cruz de hierro NM, que pone en movimiento las llaves. Este ingenioso mecanismo es un poco mas complicado que el de las válvulas simples, pero es idéntico en el fondo, y quizá cierra mas herméticamente.

Después de esta hermosa innovación de Papin, no nos queda que señalar mas que una curiosa invención á cuyo beneficio M. Babinet ha logrado operar el vacío á mucha mas distancia de la que hasta aquí se conocía.

De la excelente obra de Federico Bastiat intitulada: « *Lo que se ve y lo que no se ve*, » obra que, como todas las del mismo autor, ha popularizado tanto la economía política, poniendo sus cuestiones mas intrincadas al nivel de todas las inteligencias, mediante una forma ingeniosa y agradable, extractamos lo siguiente:

#### EL CRISTAL ROTO.

« ¿Habéis presenciado alguna vez el furor del buen don Homobono, cuando su travieso hijo rompe alguno de los cristales de sus balcones? Si habéis asistido á este espectáculo, seguramente habreis visto que todos los que allí estaban presentes, aunque fuesen muchos, parecia que se habían puesto de acuerdo para dar al desgraciado padre este consuelo: — No hay mal que por bien no venga; semejantes accidentes fomentan la industria; es menester que viva todo el mundo ¡qué sería de los vidrieros si no se rompieran nunca los cristales? »

« Ahora bien; hay en esta fórmula consolatoria toda una teoría que conviene sorprender *flagrante delicto*, puesto que es exactamente igual á la que por desgracia rige en la mayor parte de nuestras instituciones económicas.

« Supongamos que necesitan gastarse seis pesetas para reparar el daño causado; si de aquí quiere deducirse que el accidente referido proporciona á la industria vidriera veinticuatro reales; que fomenta esta industria en la proporción de veinticuatro reales, convenimos en ello, y no se nos ocurre objeción alguna, porque el razonamiento es exacto. Vendrá el vidriero, hará su trabajo, tomará su dinero, se frotará las manos lleno de satisfacción, y bendecirá interiormente al diabólico muebaco. Esto es *lo que se ve*.

« Mas si se pretende, como sucede muy á menudo, deducir del hecho en cuestion que conviene que se rompan los cristales, que esto hace circular el dinero, y que fomenta la industria en general, no podemos menos de declarar que semejante teoría se atiene á *lo que se ve* y no se hace cargo de *lo que no se ve*.

« No se ve que por haber gastado nuestro don Homobono veinticuatro reales en una cosa, no podrá emplearlos en otra cosa. No se ve que si no hubiera tenido que reemplazar el cristal roto, habría, por ejemplo, renovado sus zapatos, ó añadido un libro á su biblioteca: en una palabra, hubiera dado á estos veinticuatro reales una inversión que ya no puede darles.

« Hagamos ahora la cuenta con la industria en general. Hablándose roto el cristal, se fomenta la industria del vidrio en la proporción de veinticuatro reales: esto es lo que se ve. Si no se hubiera roto el cristal, se habría fomentado la industria del zapatero, ó cualquiera otra, en la misma proporción de veinticuatro reales. Esto es lo que no se ve.

« Si consideramos lo que no se ve, porque es un hecho negativo, así como lo que se ve, porque es un hecho positivo, se comprenderá que ni la industria en general ni la totalidad del trabajo nacional, tienen interés alguno en que se rompan los cristales ó en que no se rompan.

« Volviendo á don Homobono, en la primera hipótesis, que es la del cristal roto, gasta veinticuatro reales, y tiene, ni mas ni menos que antes, el goce de un cristal. En la segunda, esto es, suponiendo que no se verificó el accidente referido á don Homobono, gasta veinticuatro reales en calzado, y hubiera tenido á la vez el goce de un par de zapatos y el de un cristal.

« Pero como don Homobono forma parte de la sociedad, considerada esta en su conjunto y hecho el balance de sus privaciones y goces, se deduce claramente que ha perdido el valor del cristal roto. Y ahí aquí, hablando ya en general, que llegamos á esta inesperada consecuencia: la sociedad pierde el valor de los objetos destruidos, y á este otro aflicción, á cuya sola enunciación se estremarían de seguro los cabellos de los proteccionistas: no se fomenta el trabajo nacional quemando, rompiendo, disipando ó, mejor dicho, la destrucción no es ganancia.

« Para concluir, debemos hacer notar á nuestros lectores que en el ejemplo que hemos puesto anteriormente, hay tres personas: don Homobono, que representa el consumidor, reducido por la destrucción del cristal á un goce en vez de dos; el vidrio, que representa al productor, cuya industria fomenta aquel accidente, y por último, el zapatero (ó cualquier otro productor) cuyo trabajo deja de tener una utilidad por la misma causa. Ahora bien, esta tercera persona es la que está siempre á la sombra; la que, personificando lo que no se ve, constituye un elemento necesario del problema, y nos demuestra cuán absurdo es ver una utilidad en lo que realmente es una destrucción; del mismo modo que lo es considerar como tal una restricción, no siendo en el fondo otra cosa que una destrucción parcial. Profundicemos así todos los argumentos que se hacen en favor del sistema restrictivo, y encontraremos siempre en ellos la paráfrasis de este dicho vulgar: — *¿Qué sería de los vidrieros, si no se rompieran nunca los cristales?* »

#### INVENCIÓN DEL VAPOR.

La academia de Ciencias de Francia, dice un periódico de París, ha recibido una comunicación interesante de M. Arago relativa á una correspondencia de Dionisio Papin con Leibnitz. En una noticia inserta en el *Anuario de la sección de longitudes* había probado Arago que se debía considerar á Papin como el verdadero inventor de los principios fundamentales de la máquina de vapor, tal como se emplea en el día.

La correspondencia inédita es del mas alto interés, y tal vez no tardará en ver la luz pública. Demuestra con evidencia que en 1707, Papin, retirado en Hanan, y que desde 1698 había descrito en las *Actas de Leipsick*, y presentado ó anunciado todos los recursos de este nuevo motor, quería aplicarle á la navegación. Había hecho construir un

barco que recorría el Folla, movido por el vapor por medio de dos ruedas con paletas según el sistema atribuido anteriormente al mecánico inglés Mandley. Quiso pasar á Inglaterra con su barco, pero á pesar de la protección del gran duque de Hesse-Cassel, no pudo vencer los obstáculos que se oponían á su ejecución. En sus cartas á Leibnitz predice que morirá en la lucha; y en efecto, Papin murió en 1710 en un estado próximo á la miseria y sin poder hacer aplicación de este invento admirable que ha trastornado el mundo. Se asegura que estas cartas obran en poder de un sabio alemán que reside en Marbourg.

Es sumamente extraña esta insistencia que tienen los franceses en afirmar que el inventor del vapor fué Papin, cuando está ya demostrado de una manera incontrovertible que este maravilloso descubrimiento que ha revolucionado las artes, se debe á nuestro compatriota Blasco de Garay. Pero solo oponiéndonos á esa manifestación del periódico francés, la carta que escribió desde Simancas al erudito don Martín Fernandez Navarrete, el no menos entendido en materia de antigüedades don Tomas Sanchez, que dice así:

Blasco de Garay, capitán de mar, propuso en el año 1513 al emperador y rey Carlos V un ingenio para hacer andar las naos y embarcaciones mayores, aun en tiempo de calma, sin necesidad de remos ni velamen.

A pesar de los obstáculos y contradicciones que experimentó este proyecto, el emperador convino en que se ensayara, como en efecto se verificó en el puerto de Barcelona el 17 de junio del espresado año 1543.

Nunca quiso Garay manifestar el ingenio descubiertamente, pero se vió al tiempo del ensayo que consistía en una gran caldera hirviendo, y en unas ruedas de movimiento complicadas á que y otra banda de la embarcación.

La experiencia se hizo en una nave de 200 toneladas, venida de Colibre á descargar trigo á Barcelona, llamada *La Trinidad*, su capitán Pedro Scarza.

Por comisión de Carlos V del príncipe Felipe II, su hijo, intervinieron en este negocio don Enrique de Toledo, el gobernador don Pedro Cardona, el tesoroer Rávago, el vicescanciller, el maestro racional de Cataluña don Francisco Gralla y otros muchos sujetos de categoría, castellanos y catalanes, entre ellos varios capitanes de mar que presenciaron la operación unos dentro de la nao, y otros desde la marina.

En los partes que dieron al emperador y al príncipe, todos generalmente aplaudieron el ingenio, en especial la prontitud con que se daba vuelta á la nao. El tesoroer Rávago, enemigo del proyecto, dice que andaría dos leguas cada tres horas; que era muy complicado y costoso, y que había mucha esposicion de que estallase con frecuencia la caldera. Los demas comisionados aseguran que la nao hizo caboga dos tantos mas presto que una galera servida por el método regular, y que andaba á legua por hora cuando menos.

Concluido el ensayo, recibió Garay todo el ingenio que habia armado en la nao, y habiéndose depositado en las árazanas de Barcelona, guardó para sí los demas.

A pesar de las dificultades y contradicciones propuestas por Rávago, fué apreciado el pensamiento de Garay, y si la expedición en que entonces estaba empeñado Carlos V no lo estorbaba, sin duda lo hubiera alentado y favorecido. Con todo eso promovió al autor un grado mas, le dió una ayuda de costas de 200,000 mrs. por una vez, mandó pagarle por la tesorería general todos los gastos, y le hizo otras mercedes. Así resulta de los expedientes y registros originales que se

custodian en el real archivo de Simancas, entre los papeles de estado del negociado de Cataluña, y los de la secretaría de la Guerra, parte de mar y tierra en el referido año 1513.

Ahora solo resta computar fechas, y se verá que cuando Papin pensó ó ideó lo del vapor, habian pasado cerca de dos siglos de la muerte de Garay.

#### ESTADÍSTICA AGRÍCOLA.

Segun las últimas operaciones del catastro, la Francia contiene en su superficie territorial 96.379,044 fanegas castellanas de 400 estadales, y este terreno se compone como sigue:

23.602,944	fanegas de tierra de labranza para trigo, cebada, maíz, habas, etc.
18.915,411	de cerros y montañas, de las cuales puede graduarse una décima parte en viñas, una quinta parte en bosque, y lo demas terreno baldío, parte en pastos y parte enteramente estéril por su elevación ó rápidas vertientes.
18.915,780	de landas, una quinta parte cubierta de pinares, y lo demas terreno baldío con pocos pastos.
11.908,088	pedregosa; la mayor parte sin cultivo.
10.661,764	cretosa; cultivadas en gran parte en viñedo, especialmente para el vino de Champagne y alfalfa.
2.582,740	de guijo, plantadas en viñas.
6.792,280	arenosa de labranza para centeno, avena, guisantes, patatas, etc.

Ahora pues, si se hace una comparación entre la agricultura francesa é inglesa, encontraremos que cada mil familias cultivadoras de cada uno de estos dos países produce lo siguiente:

EN FRANCIA.	EN INGLATERRA.
65 caballos.	273 caballos.
293 ganado vacuno.	1,230 ganado vacuno.
4,013 lanar y cabrio.	11,090 lanar y cabrio.
64,000 fanegas de granos, semillas y raíces de todas clases.	89,600 fanegas de granos, semillas y raíces de todas clases.

Y en cuanto á la población agrícola trabajadora en Francia, hay por cada cinco y media fanegas castellanas un labrador, mientras que en Inglaterra son seis y media por cada uno.

Resulta pues de estos datos estadísticos, reunidos con la mayor exactitud, que bajo todos aspectos la agricultura inglesa florece mas que la francesa. Considerándola ahora bajo el aspecto de ciencia agrícola, la ventaja en la producción inglesa no proviene del clima de aquel país, sino del mejor sistema de sus cultivos, y sobre todo de la rotación de ellos. Los ingleses no hacen mas que practicar los principios esta-

blecidos por Caton hace veinte siglos: *habe pastere*; todo su afán es mejorar y entender sus prados naturales y artificiales, aumentar sus animales domésticos, y conseguir por este medio tener estiércol sobrante para beneficiar sus tierras de labor, y no sembrar mas que aquellas que estén perfectamente trabajadas y abonadas; por manera que las cosechas en la misma superficie se aumentan cada año, juntamente con la porosidad y fertilidad del terreno.

Mirando en seguida la agricultura inglesa como agricultor político, es decir, con respecto á la economía social doméstica, no podrá negarse: 1.º Que á pesar de que el cultivador inglés en el mismo terreno produce mas ganado y granos que el labrador francés, no depende este del sistema rural de la Inglaterra, que es por cierto el mejor, sino de la constitución social francesa, que no ha sabido conciliar los derechos naturales de sus hijos con respecto á la herencia patrimonial por partes iguales, con la peligrosa partición en pequeñas partes de las posesiones rurales, demasiado reducidas ya en su principio. 2.º La costumbre inveterada de no arrendar las tierras sino por poco tiempo, tal como por tres, seis ó nueve años. De este modo con la partición estrema de la propiedad de generación en generación, cada hacienda rústica queda limitada á un estremo tal, que en la actualidad muchos propietarios no pueden ya cultivar sus tierras con el arado, por no cojer lo suficiente para mantener un par de bueyes, ni tener en todo el año suficiente trabajo para ellos. En tales circunstancias, el criar y alimentar animales domésticos no es posible, y por lo tanto falta el abono de las tierras, por todo lo cual hay que reemplazar el trabajo del arado con el azadon, mejor labor sin duda pero mas cara. Sin embargo, como por último resultado no hay estiércol, la tierra en lugar de aumentar su fertilidad, la pierde cada año mas y mas, produce menos y cuesta doble. En cuanto á los arrendamientos por pocos años, no hay en la agricultura obstáculo mayor para las mejoras de la economía rural, pues como ella no da beneficios tan inmediatos como la industria y el comercio, á pesar de exigir gastos en su principio, no puede soportarlos sino el dueño del terreno ó el arrendatario á largo plazo (veinte, veinticinco á treinta años).

La partición estrema de la propiedad rústica la miramos como el acto mas anti-político que puede establecer cualquier gobierno, y sin embargo confesamos tambien que solo ella, siendo grande, es capaz de aumentar la población, asegurar trabajo y existencia á mayor número de habitantes, y nivelar mejor las fortunas de la nación entera. Pero para lograr tan plausible fin, es menester proceder por otros medios que los establecidos por la Francia desde su primera revolución, pues de lo contrario bastarán dos ó tres generaciones para agravar doblemente el mal, arruinar completamente á los propietarios, hacer ilusorias las contribuciones territoriales, y provocar una revolución social, tanto mas terrible y sangrienta, cuanto mas se multipliquen las necesidades que entonces habrá que satisfacer. Muchos economistas célebres llaman ya sobre este punto la atención de los gobiernos, sin que ninguno proponga el menor remedio á tan grave mal. Las leyes que destruyen los mayorazgos, debieran limitar la partición de las fincas, de este modo la dificultad se vencería y las mejoras de la agricultura no se destruirían antes de nacer.

EL CONDE CARLOS DE RAMSALTY.

(Agricultor).

## DESCUBRIMIENTOS CIENTÍFICOS.

(3.<sup>er</sup> artículo.)

## ACIDO AZÓTICO DEL AIRE ATMOSFERICO.

Una memoria de M. Barral sobre las aguas flovedizas recogidas en el Observatorio de París, acaba de ser objeto de un artículo de M. Arago. El hecho más interesante de esta memoria consiste en la apreciación de las proporciones de ácido nítrico y de amoníaco de las aguas flovedizas.

M. Barral ha encontrado que el mínimo de azoe que las aguas flovedizas que cruzan la atmósfera de París han debido escapar en un año en un espacio de tierra de un hectárea es de 34 kilogramos, en los cuales el amoníaco, entra en una novena parte, y el ácido azótico por 22.

La Academia de ciencias ha decidido que la memoria de M. Barral sea impresa, y ha prometido al sabio experimentador extranjero suministrarle socorros pecuniarios para que prosiga sus ensayos.

Física.—Sobre los medios adoptados en los observatorios magnéticos establecidos en las colonias británicas, para determinar los valores absolutos, los cambios seculars y la variación anual de la fuerza magnética terrestre. Por el teniente coronel Eduardo Sabine.

Hace una porción de años que M. Sabine se ocupa en esta clase de estudios. La Inglaterra le ha encomendado el interesante y trabajosísimo encargo de dirigir la redacción de la publicación de las observaciones meteorológicas y magnéticas hechas en los observatorios establecidos con este objeto á costa del gobierno en varias estaciones de sus colonias más distantes de Europa. El primer tomo de observaciones, hechas en Toronto (Alto Canadá), se publicó en 1845; el segundo, que comprende las que se han hecho en el observatorio de Santa Elena, en la isla pública en 1837; el tercero, que contiene las observaciones hechas en Hobartton (isla de Van Diemen, al sur de la Nueva Holanda), se imprimió en 1850; y hace poco se ha puesto en venta el tomo cuarto, comprensivo de las observaciones hechas en todos estos puntos en las épocas de extraordinarias perturbaciones magnéticas. En suma, la obra de M. Sabine es una verdadera amplificación de algunos capítulos del Cosmos de Humboldt.

Magnetismo del gas. Por M. Plücker. — Los resultados más importantes que M. Plücker obtuvo de sus experimentos son los siguientes:

1.<sup>o</sup> Comparando el magnetismo específico del oxígeno con el del hierro, que se toma por unidad, M. Plücker ha encontrado 0,003590, número que difiere bastante del determinado por M. E. Becquerel, pero que se aproxima mucho á la evaluación hecha por M. Faraday.

2.<sup>o</sup> El oxígeno pierde su magnetismo sensible en casi todos los gases con que forma combinación química. Sin embargo, el magnetismo del óxido de azoe equivale á 2/3 del que presenta el oxígeno; el profúndio de azoe no da la menor señal de acción.

3.<sup>o</sup> Si en la esfera llena de óxido azoe se va introduciendo poco á poco el gas oxígeno, el magnetismo disminuye hasta que la proporción de ambos gases es suficiente para constituir ácido hiponítico. Entonces la acción es nula; pero añadiendo oxígeno, el magnetismo reaparece y va creciendo proporcionalmente.

4.<sup>o</sup> El ácido hiponítico condensado es un fluido diamagnético. Pero todos los esfuerzos de Plücker han sido infructuosos para averiguar si el gas ácido nítrico, que es sumamente magnético, conserva al liquidificarse su magnetismo específico.

5.<sup>o</sup> El magnetismo del oxígeno del óxido de azoe y el de las mezclas magnéticas, es proporcional á la densidad del gas.

6.<sup>o</sup> Un gas magnético, mezclado con otro gas indiferente, conserva su magnetismo, cualquiera que sea la densidad de la mezcla.

7.<sup>o</sup> Un gas magnético, atraído durante algunos momentos por el electro-íman, es enteramente rechazado si por medio de un conmutador se cambia la polaridad de aquel. M. Plücker deduce de todo eso, que los gases poseen en alto grado lo que se llama fuerza coercitiva.

Sobre la producción de imágenes fotográficas é instantáneas. Por M. H. Talbot. — Diez preceptos bastan para poner en práctica esta importante teoría, debida á la asiduidad con que M. Talbot consagra su tiempo á este género de investigaciones. La invención de Daguerre progresa admirablemente. Hoy el vapor y la electricidad se disputan el dominio del mundo en primer término; la fotografía y el magnetismo luchan en el fondo del cuadro.

Química. — De la influencia de varias sustancias para aumentar la actividad del oxígeno. Por M. Schenbein. — La obra de este famoso químico se divide en tres partes: 1.<sup>o</sup> Influencia de los metales nobles: el autor ha empleado frecuentemente la tintura alcohólica de guayaco para comprobar la influencia que ciertos cuerpos poseen ejercer sobre la actividad química del oxígeno. 2.<sup>o</sup> Influencia del mercurio: M. Schenbein estudia más particularmente en la segunda parte los efectos de oxidación producidos por el oxígeno bajo la influencia del mercurio. 3.<sup>o</sup> Influencia del fosforo: las nuevas investigaciones del autor sobre este punto tienen por objeto determinar exactamente la cantidad de oxígeno que se modifica por el contacto del fósforo.

## CARTA

DEL SEÑOR DON RAMÓN DE LA SAGRA

Sobre un nuevo instrumento para marcar sobre el papel las desviaciones del rumbo que lleva un buque, y el tiempo que cada una de ellas ha durado.

París 13 de octubre de 1852.

Sabido es que cuando en la navegación el capitán de un buque da al timonel el rumbo que debe seguir por medio de la aguja de marear, es preciso luego corregir este rumbo hecho en un tiempo dado, y variar los errores producidos en la marcha de la embarcación por efecto del viento y de otras causas menos importantes. Pero serían de cuidado, por no ser posible el apreciarlas ni el medirlas, otras causas de desviación en la mencionada marcha, relativamente al rumbo, y que hacen modificar aquellas ya á la derecha, ya á la izquierda de este. Las causas de las desviaciones que acabo de indicar, son principalmente la resistencia que las olas presentan al buque y el descuido ó cansancio del timonel. Creo que estas desviaciones son denominadas *qui badas* por nuestros marinos.

Es claro que la suma de estas pequeñas, pero muy frecuentes desviaciones, puede ocasionar una diferencia considerable entre los resultados del cálculo de la estima y la marcha real del buque.

Se habla presentado en la exposición de Londres bajo el

número 458 de la Inglaterra, un compás ó aguja de M. Napier, que sirve para marcar sobre el papel las desviaciones del rumbo y el tiempo que cada una de ellas ha durado.

Este instrumento, cuya construcción por ser costosa en Londres decidió á su autor á hacerla en Francia, ha sido presentado en la sesión del lunes 11 del corriente, de la Academia de ciencias. A su lado se veía otra aguja de invención francesa, destinada á obtener el mismo resultado por un medio diverso. En la parte inferior de cada uno de estos instrumentos, se halla un minutero de reloj para determinar la marcha del mecanismo.

En la aguja inglesa de M. Napier, una punta de acero vertical, colocada en la parte inferior de la barra magnética, y que tiene un movimiento constante desde la circunferencia al centro, marca en un disco de papel que se eleva de tres en tres minutos, las desviaciones del rumbo. En el instrumento del comandante francés M. Allié, hay una barra de plata colocada paralelamente y encima de la magnética. En el medio de la primera se encuentra un embudo que comunica con la estremidad norte de la barra por una canal destinada á dejar correr los granos de municion ó perdigones que echan en el embudo, cuyo orificio deja salir uno cada seis segundos.

Debajo de la aguja se encuentra un disco dividido en un gran número de cajitas, que sucesivamente corresponden debajo del orificio de salida de los perdigones.

De consiguiente, contando los granos que hay en cada cajita, ya á la izquierda, ya á la derecha del rumbo, se puede conocer el número y la duración de las desviaciones ocurridas en cortísimos periodos, de seis en seis segundos. En la aguja de M. Napier los espacios son de tres minutos. Para saber con prontitud y docilidad el número de perdigones caídos en cada cajita, se colocan dentro de un tubo graduado y de su mismo diámetro, cuya simple inspección evita el contarlos.

Estos dos instrumentos destinados al mismo fin, y de cuyo mérito respectivo juzgará la comisión nombrada, deben colocarse en la cámara del capitan para dedicarle las correcciones que, por las causas dichas, debe hacer en el cálculo diario.

La idea que domina en las agujas que acabo de describir ligeramente, y que consiste en dar resultados independientes de todo observador, se halla ya adoptada para los instrumentos meteorológicos, que en los observatorios de Greenwich, Bruselas, etc., marcan la serie continua de sus variaciones en la ausencia del observador. Para ello se emplean dos medios diversos. Uno simplemente mecánico, reducido á un lápiz que marca sobre una hoja de papel las oscilaciones ó variaciones sucesivas de los vientos, su intensidad y la cantidad de agua llovida; el otro es físico-químico, y consiste en la acción fotográfica de un rayo de luz tangente á la parte móvil del instrumento, sobre un papel convenientemente preparado y dispuesto sobre un cilindro vertical de madera, que hace una rotación completa cada doce horas. Este sistema se halla en práctica en Greenwich para el barómetro, el higrometro, el termómetro y las agujas. En todo esto me proponía hacer mención en el informe general sobre la exposición de Londres, que me ha sido forzoso interrumpir por causa de mi salud.

He creído conveniente indicar los nuevos aparatos para el uso de la marina, por la utilidad que creo puede resultar de su pronta adopción. M. Arago dijo que el de invención francesa se habla introducido ya con buen resultado. Y puesto que hablo de cosas relativas á la marina, mencionaré de paso

un aparato que tambien habia en la seccion americana de la Exposicion de Lóupres, destinado á medir las distancias en el mar. Consistió en un pequeño hélice que se coloca debajo de la quilla del buque y corresponde por un pifion, con un cuadrante y tres agujas que indican respectivamente las millas, las centenas y los millares de millas navegadas en un tiempo dado.

R. DE LA SAGRA.

## NUEVO CONDENSADOR DE VAPOR.

« Un nuevo impulso va á experimentar la navegación al vapor con el nuevo descubrimiento hecho por M. J. Miller: se propone evitar los accidentes de las explosiones de las máquinas, purificando el agua y haciéndola servir continuamente una misma cantidad al movimiento del mecanismo; el experimento ha sido hecho en Jersey, donde se ha podido admirar una máquina funcionar durante nueve meses, sin que los tubos y válvulas hayan sufrido esas incrustaciones que las obstruyen y las hacen romper tan á menudo. »

## MECANICA APLICADA.

EL TIMPANO.

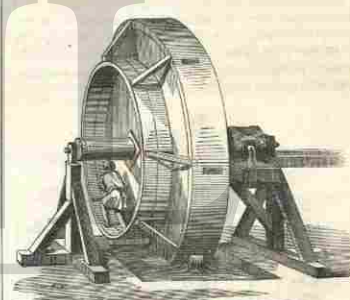


Fig. 1. Timpano descrito por Vitruvio y restituido por Perrault.

Durante mucho tiempo se ha visto funcionar en París, en el brazo del Sena que se halla entre el Puente Nuevo y el puente de las Artes, una poderosa máquina á cuyo beneficio quedaba en seco por espacio de muchos dias el fondo de la presa establecida en aquel sitio. Una enorme rueda hidráulica sacando el agua, y la arrojaba á caños por una ancha boca colocada en su centro en torno de su eje. Esta máquina era del género de las llamadas timpano, del latín *tympanum*, timbal, nombre debido á su forma.

El origen del timpano es muy antiguo. Vitruvio ha consagrado á la descripción sucinta de este aparato un capítulo de su libro décimo, y bajo el n.<sup>o</sup> 1.<sup>o</sup> reproducimos la figura con que Perrault ha tratado de reemplazar las que debían acompañar el texto del arquitecto romano. « Esta máquina, dice Vitruvio, no eleva el agua muy alto, pero eleva una gran cantidad en poco tiempo. Se hace un eje redondeado al torno, y forrado de hierro á las dos estremi-

dades, atravesada por un timpano, y el todo se fija en dos estacas con hojas de hierro á las puntas para sostener las estremidades del eje. En la cavidad del timpano se ponen ocho tablas atravesadas de la circunferencia al eje, las cuales dividen el timpano en espacios iguales; se cierra por delante practicando unas aberturas para que entre dentro el agua y ademas se hacen en cada tabla unas canales. Embreado todo lo mismo que los buques, se hace andar la máquina con los pies, y entonces comienza á sacar agua por las aberturas que hemos dicho arrojándola por los conductos á lo largo del eje. El agua que entra en una artesa, corre abundantemente por un caño y va derecha á los jardines para el riego, ó á las salinas donde debe evaporarse para sacar la sal.

Esta máquina tal como Vitruvio la ha descrito, aunque muy superior á las que se usaban entonces para elevar las aguas, presentaba sin embargo muchos inconvenientes. En primer lugar el agua entraba por las aberturas perpendicularmente á la dirección del movimiento de rotación, lo que producía choques, y por consiguiente pérdida de fuerza; después el volumen que entraba en cada parte era muy limitado, y por último el agua contenida interiormente en la máquina, hasta el momento que salía por el centro, se iba acumulando á una gran distancia de la vertical pesando por el eje de rotación, lo que hacía sumamente penoso el trabajo.

Estos inconvenientes desaparecen completamente en el timpano que representa nuestra fig. 3, copiada de la *Colección de obras curiosas de matemáticas y mecánicas* de M. Grollier de Serviers (Paris, 1749.) Los ocho compartimientos rectilíneos del timpano de Vitruvio se hallan reemplazados aquí por otros tantos tubos metálicos enroscados

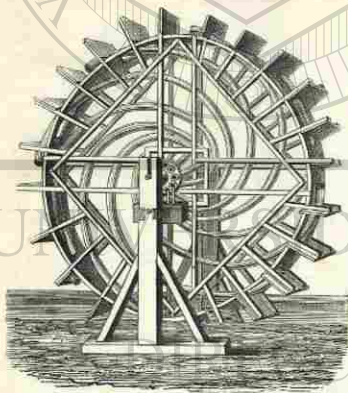


Fig. 2. Timpano llamado de la Faye.

en espiral, cuyas bocas sacan el agua paralelamente á su superficie y tangencialmente á la rueda. El movimiento de aparato le produce la presión que ejerce la corriente sobre!

las paletas de que está armado. El agua que eleva la rueda desde su circunferencia hasta su centro va tan bien elevada por la forma espiral de los tubos que apenas se separa de la línea perpendicular al eje.

Esta ingeniosa disposición, análoga á la de la *bomba espiral*, se atribuye generalmente á la Faye (1) miembro de la antigua Academia de ciencias. En efecto entre las Memorias de la Academia de 1717, se halla una en la cual este modesto sabio patentiza los inconvenientes de los antiguos timpanos, concebidos todos, á su juicio, por el de Vitruvio, y describe una rueda con cuatro espirales buecas, idéntica á la que representa nuestro dibujo.

Por la invención de la rueda en espirales es mucho mas antigua, y se halla claramente figurada en el *Arte de las Fuentes*, por el P. Juan Francisco, en 1655, como cosa muy conocida y usada en su tiempo. Unicamente debemos convenir en que la Faye fué el primero que indicó la teoría de este aparato y el que dió la construcción geométrica á cuyo beneficio se trazan las espirales.

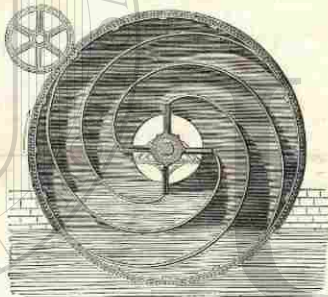


Fig. 3. Timpano moderno.

La fig. 3 representa un timpano moderno, segun la mecánica de M. Delaunay. Aquí se ven los vacíos consecutivos separados por delgadas tablas, en tanto que en la fig. 2 los tubos dejaban intervalos entre sí. Al rededor hay una rueda con dientes unida con otra más pequeña que recibe su movimiento del motor para comunicarle al timpano.

El aparato que se ha visto en el Sena, en cuanto á su estructura interior, ha sido igual á este.

El timpano es una de las mejores máquinas que pueden emplearse para elevar mucha agua á poca altura.

(1) Juan Elias Loriger de la Faye nació en el Delfinado en 1674, murió en 1745. Después de haberse distinguido como militar desde la edad de 19 años, se consagró al estudio de las ciencias, y sobre todo de la mecánica y de la física experimental. Entró en la Academia en 1745. Cuando el czar hizo con su presencia la Academia, dice Fontenelle, se quiso ostentar todo lo mejor que en ella había, y la máquina de M. de la Faye, figuró en primera línea.

## INDICE

### DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE VOLUMEN.

(LOS TÍTULOS QUE LLEVAN UN ASTERISCO AL PRINCIPIO TIENEN GRABADO.)

#### PINTURA, DIBUJO Y GRABADO.

\* GÉRME: La Seguridad, 1. \* JOHANNOT: El Otoño, 11. \* THILDEBRANDT: El Geómetra y su hijo, 47. \* RUBENS: retrato, 24. — El descendimiento, 25. \* HERMANN: La achadora, 22. \* El Rotor de marianza, 45. \* RUBENS: La Huida á Egipto, 49. \* FOESSIN: La Cabra Amalca, 56. \* VELAZQUEZ: El Bacanal, 69. \* BOUCHER: Madama de Pompadour, 80. \* DAVID: Napoleón en el monte San Bernardo, 81. \* Los Angeles del sueño, 88. \* Alti. de Vignacourt, 90. \* DESPORTES: La Caza de los lobos, 92. \* LANDSEER: La Caridad, 96. \* DORTCH: 70 Amaláns y el Zapatero, 104. \* VAN DEN VELDE: La muerte del electro, 115. — El Buz y los Carneros, 115. — La Siega, 115. — Las Diverciones del invierno, 128. \* DIAZ: Los Giganos, 121. \* JOHANNOT: La Infancia, 129. \* LANTARA: Vista del Pez, 132. \* LANDSEER: Los dos perros, 136. 137. \* LOUHTERBURG: Una escena de aldea, 144. \* METZ: La correspondencia íntima, 144. \* WILSON: La Mañana, 145. \* BATH: Una mujer moza de una ama, 153. \* GANAVNA: El Carabnero, 156. \* VELAZQUEZ: El infante don Carlos, 171. — Una

reunión de artistas, 159. \* LEBRIN: La familia de Barto a los pies de Alejandro, 158. \* LOUHTERBURG: El descanso del pastor, 172. \* Medallón del grabado francés en el Louvre, 268. \* HOGARTH: El capitán Coram, 269. \* VERNET: Vista del Mississippi, 212. — La Tempestad, 281. \* JOHANNOT: La Juventud, 281. \* MURILLO: La Joven Jardinera, 229. — \* Exposición de pinturas en el Louvre, 232, 233. \* LAARBI el Herrador, 248. \* BERG: La Perla de aldea, 256. \* EICHTHAR: La Villa humosa, 260. \* BRILL: Un paisaje agreste, 264. \* BARON: La Pesca, escena de otoño, 265. \* OUDRY: Botras y Fison, 272. — El Ratón y el Elefante, 284. \* SIAAL: Los dos ruecos, 291. \* RUYSDAMEL: La Cascada, 292. \* BOUCHER: Las delicias de la vida campesina, 293. \* JOHANNOT: La odia viril, 321. \* DIAZ: La Ardilla, 328. \* VAN DEN VELDE: La Calma, 348. — La Floresta, 353. \* RUYSDAMEL: La Soledad, 354. \* LANCE: Un Frutero, 360. \* BRILL: La Caza de pájaros, 375. \* THFFMAN: La Vuelta del campo, 376.

#### ARQUITECTURA.

\* La Fuente de Cristal, 7. \* Sepulcro de G. Saint-Hilaire, 85. \* Palacio de Kensington, 97. \* La Iglesia de Lery, 108. \* Palacio de Guadalupe, 116, 119. \* Nuestra Señora de Sarrebourg, 161. \* La torre de Danckerque, 216. \* La torre de Zangara, 217. \* Una vista de Gastau, 252.

\* Nuestra Señora de la Zorra, 329. \* San Pedro de Camb., 387. \* La fuente de Gravelle, 372. \* La Arquitectura en tiempo de Luis XV, 377.

\* ESCULTURA. \* Estatuas de Nozai, 57. \* El Cábara, grupo en mármol, 216. \* Antinomadas estatuas, 237.

#### MONUMENTOS, VISTAS Y PAISAJES.

\* Balbeek en Siria, 21. \* Ruinas de San Evroul, 29. \* La abadía de Lapaiz en Chipre, 33. \* Catedral de Senlis, 34. \* La mequetia Xenmas en el Cairo, 64. \* La torre de Hampton-Court, 49. \* Una vista de los

Jardines del rey René, 184. \* Un plácano entre Smirna y Bourmahat, 224. \* El olivo de Bignolles, 275. \* Una vista del parque de Bruselas, 305. \* El castaño de Robinson, 326, 334. \* Alpes, 364.

#### LITERATURA Y MORAL.

\* POESÍAS. Escena de una Nueva comedia, 95. \* El Pajoso bajo el yugo 107, 109, 109, 204. \* Chistes de Quevedo, 218. \* Los bardas americanos, 221. \* Cantos populares de Suecia, 267. \* NOVELAS. El niño de sigüenza, 1, 17, 21, 29, 31, 43, 56, 62, 67, 82, 99, 101, 108, 116, 121, 122, 127, 129 y 157. \* Huisangación, 162 y 170. \* Graciosa por M. de LAMANTINE, 181, 184, 193, 202, 213, 221, 226, 234, 245, 253 y 254. \* Historia del último caballo de Napoleón, 291, 201, 300, 316, 322 y 329. \* FORN MOUET, 191 y 197. \* LEO FOLDO SPENCER, 261 y 276.

\* CUENTOS, LEYENDAS, TRADICIONES, ANÉCDOTAS, etc. El Padre y sus tres hijos, 61. \* El rayo de sol, 37, 47 y 50. \* El Águila y la paloma, 33. \* Maria Lismore 39. \* Los diez trabajadores de la di Agua Verde, 89. \* El simonio, 159. \* Visiones de la noche

en los campos, 162. \* El conroy de guerra, 182. \* Abd-el-Kader-ben-Salah, 178. \* El muerto vivo, 236. \* El relojero de Vimpoll, 237 y 242. \* Don-ros de Girona, 261. \* Una boda entre pastores, 266. \* Un conserje en la orilla del mar, 274 y 283. \* Samuel Crisp, 282. \* El pájaro del paraíso, 286. \* Huisangación de Grotto en 1621, 313. \* El castillo de Hilon, 313, 310, 342 y 354. \* Cuentos normandos, 256. \* El Abad de San Gail, 371. \* El hermano Juan Bautista y el convento del Monte Carmelo, 373.

\* MÁXIMAS, PENSAMIENTOS, LECCIONES, DECORALES, etc. \* Máximas de autores españoles, 71. \* Máximas del buen Viejo Ricardo, 78. \* Sobre la circulación del dinero, 159. \* Últimas palabras de varios hombres célebres, 206. \* Máximas, 259. \* Sobre la virtud de la lectura, 367.

dades, atravesada por un timpano, y el todo se fija en dos estacas con hojas de hierro á las puntas para sostener las estremidades del eje. En la cavidad del timpano se ponen ocho tablas atravesadas de la circunferencia al eje, las cuales dividen el timpano en espacios iguales; se cierra por delante practicando unas aberturas para que entre dentro el agua y ademas se hacen en cada tabla unas canales. Embreado todo lo mismo que los buques, se hace andar la máquina con los pies, y entonces comienza á sacar agua por las aberturas que hemos dicho arrojándola por los conductos á lo largo del eje. El agua que entra en una artesa, corre abundantemente por un caño y va derecha á los jardines para el riego, ó á las salinas donde debe evaporarse para sacar la sal.

Esta máquina tal como Vitruvio la ha descrito, aunque muy superior á las que se usaban entonces para elevar las aguas, presentaba sin embargo muchos inconvenientes. En primer lugar el agua entraba por las aberturas perpendicularmente á la dirección del movimiento de rotación, lo que producía choques, y por consiguiente pérdida de fuerza; después el volumen que entraba en cada parte era muy limitado, y por último el agua contenida interiormente en la máquina, hasta el momento que salía por el centro, se iba acumulando á una gran distancia de la vertical pesando por el eje de rotación, lo que hacía sumamente penoso el trabajo.

Estos inconvenientes desaparecen completamente en el timpano que representa nuestra fig. 3, copiada de la *Colección de obras curiosas de matemáticas y mecánicas* de M. Grollier de Serviers (Paris, 1749.) Los ocho compartimientos rectilíneos del timpano de Vitruvio se hallan reemplazados aquí por otros tantos tubos metálicos enroscados

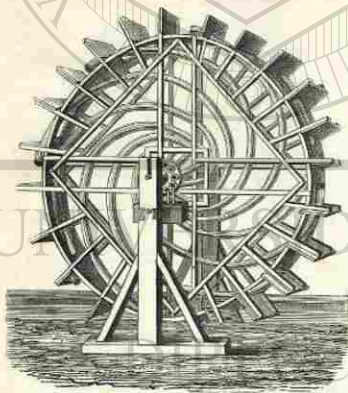


Fig. 2. Timpano llamado de la Faye.

en espiral, cuyas bocas sacan el agua paralelamente á su superficie y tangencialmente á la rueda. El movimiento de aparato le produce la presión que ejerce la corriente sobre!

las paletas de que está armado. El agua que eleva la rueda desde su circunferencia hasta su centro va tan bien dirigida por la forma espiral de los tubos que apenas se separa de la línea perpendicular al eje.

Esta ingeniosa disposición, análoga á la de la *bomba espiral*, se atribuye generalmente á la Faye (1) miembro de la antigua Academia de ciencias. En efecto entre las Memorias de la Academia de 1717, se halla una en la cual este modesto sabio patentiza los inconvenientes de los antiguos timpanos, concebidos todos, á su juicio, por el de Vitruvio, y describe una rueda con cuatro espirales buecas, idéntica á la que representa nuestro dibujo.

Por la invención de la rueda en espirales es mucho mas antigua, y se halla claramente figurada en el *Arte de las Fuentes*, por el P. Juan Francisco, en 1655, como cosa muy conocida y usada en su tiempo. Unicamente debemos convenir en que la Faye fué el primero que indicó la teoría de este aparato y el que dió la construcción geométrica á cuyo beneficio se trazan las espirales.

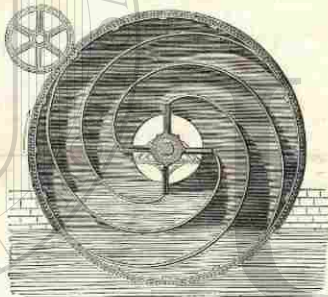


Fig. 3. Timpano moderno.

La fig. 3 representa un timpano moderno, segun la mecánica de M. Delaunay. Aquí se ven los vacíos consecutivos separados por delgadas tablas, en tanto que en la fig. 2 los tubos dejaban intervalos entre sí. Al rededor hay una rueda con dientes unida con otra más pequeña que recibe su movimiento del motor para comunicarle al timpano.

El aparato que se ha visto en el Sena, en cuanto á su estructura interior, ha sido igual á este.

El timpano es una de las mejores máquinas que pueden emplearse para elevar mucha agua á poca altura.

(1) Juan Elias Loriget de la Faye nació en el Delfinado en 1674, murió en 1745. Después de haberse distinguido como militar desde la edad de 19 años, se consagró al estudio de las ciencias, y sobre todo de la mecánica y de la física experimental. Entró en la Academia en 1745. Cuando el erudito con su presencia la Academia, dice Fontenelle, se quiso ostentar todo lo mejor que en ella había, y la máquina de M. de la Faye, figuró en primera línea.

## INDICE

### DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE VOLUMEN.

(LOS TÍTULOS QUE LLEVAN UN ASTERISCO AL PRINCIPIO TIENEN GRABADO.)

#### PINTURA, DIBUJO Y GRABADO.

\* GÉRME: La Seguridad, 1. \* JOHANNOT: El Otoño, 11. \* THILDEBRANDT: El Geómetra y su hijo, 47. \* RUBENS: retrato, 24. — El descendimiento, 25. \* HERMANN: La achadora, 22. \* El Pintor de marianza, 45. \* RUBENS: La Huida á Egipto, 49. \* FOESSIN: La Cabra Amalca, 56. \* VELAZQUEZ: El Bacanal, 69. \* BOUCHER: Madama de Pompadour, 80. \* DAVID: Napoleón en el monte San Bernardo, 81. \* Los Angeles del sueño, 88. \* Alti. de Vignacourt, 90. \* DESPOTTES: La Casa de los lobos, 92. \* LANDSEER: La Caridad, 96. \* DÜRICH: El Amalador y el Zapatero, 104. \* VAN DEN VELDE: La muerte del electro, 115. — El Buz y los Carneros, 115. — La Siega, 115. — Las Diverciones del Instituto, 128. \* DIAZ: Los Giganos, 121. \* JOHANNOT: La Infancia, 129. \* LANTARA: Vista del Pez, 132. \* LANDSEER: Los dos perros, 136. 137. \* LOUHTERBURG: Una escena de aldea, 144. \* METZ: La correspondencia íntima, 144. \* WILSON: La Mañana, 144. \* BOTT: Una mujer moza de una ama, 163. \* GANASOVA: El Carabnero, 150. \* VELAZQUEZ: El infante don Carlos, 171. — Una

reunión de artistas, 180. \* LEBRIN: La familia de Barto a los pies de Alejandro, 188. \* LOUHTERBURG: El descanso del pastor, 172. \* Medallón del grabado francés en el Louvre, 268. \* HOGARTH: El capitán Coram, 209. \* VERNET: Vista del Mississippi, 212. — La Tempestad, 231. \* JOHANNOT: La Juventud, 231. \* MURILLO: La Joven Jardinera, 229. — \* Exposición de pinturas en el Louvre, 232, 233. \* LAAR el Herrador, 248. \* BERG: La Perla de aldea, 250. \* EICHTHAR: La Villa humosa, 260. \* BRIL: Un paisaje agreste, 264. \* BARON: La Pesca, escena de otoño, 265. \* OUDRY: Botras y Fison, 272. — El Ratón y el Elefante, 284. \* SIAAL: Los dos rufesos, 291. \* RUYSDAMEL: La Cascada, 292. \* BOUCHER: Las delicias de la vida campesina, 293. \* JOHANNOT: La odia viril, 321. \* DIAZ: La Ardilla, 328. \* VAN DEN VELDE: La Calma, 348. — La Floresta, 353. \* RUYSDAMEL: La Soledad, 354. \* LANCE: Un Frutero, 360. \* BRIL: La Casa de pajar, 375. \* THFFMAN: La Vuelta del campo, 376.

#### ARQUITECTURA.

\* La Fuente de Cristal, 7. \* Sepulcro de G. Saint-Hilaire, 85. \* Palacio de Kensington, 97. \* La Iglesia de Lery, 108. \* Palacio de Guadalupe, 116, 119. \* Nuestra Señora de Sarrebourg, 161. \* La torre de Danckerque, 216. \* La torre de Zangara, 217. \* Una vista de Gastan, 252.

\* Nuestra Señora de la Zorra, 320. \* San Pedro de Camb., 367. \* La fuente de Gravelle, 372. \* La Arquitectura en tiempo de Luis XV, 377.

\* ESCULTURA. \* Estatuas de Nozai, 57. \* El Cábara, grupo en mármol, 740. \* Antinomadas estatuas, 557.

#### MONUMENTOS, VISTAS Y PAISAJES.

\* Balbea en Siria, 21. \* Ruinas de San Evroul, 29. \* La abada de Lapaiz en Chipre, 33. \* Catedral de Senlis, 34. \* La mequita Xemas en el Cairo, 64. \* La torre de Hampton-Court, 49. \* Una vista de los

Jardines del rey René, 184. \* Un plácano entre Smira y Bourmofat, 224. \* El olivo de Bignolles, 275. \* Una vista del parque de Bruselas, 305. \* El castaño de Robinson, 320, 324. \* Alpes, 364.

#### LITERATURA Y MORAL.

\* POESIAS. Escena de una Nueva comedia, 65. \* El Pajoso bajo el yugo 107, 109, 109, 204. \* Chistes de Quevedo, 218. \* Los bardas americanos, 221. \* Cantos populares de Suecia, 267. \* NOVELAS. El niño de gigantes, 1, 17, 21, 29, 31, 43, 56, 62, 63, 62, 99, 101, 108, 116, 121, 122, 127, 129 y 157. \* Huisangacion, 162 y 170. \* Graciosa por M. de LAMANTINE, 181, 184, 193, 202, 213, 221, 226, 234, 245, 247 y 254. \* Historia del último caballo de Napoleón, 291, 201, 300, 216, 322 y 329. \* FORIS MOUETEN, 191 y 197. \* LEO FOLDO SPENCER, 261 y 276.

\* CUENTOS, LEYENDAS, TRADICIONES ANÉCDOTAS, etc. El Padre y sus tres hijos, 61. \* El Rey de sol, 37, 47 y 50. \* El Aguilá y la paloma, 32. \* Maria Lismore 39. \* Los diez trabajadores de la Agua Verde, 89. \* El simonco, 159. \* Visiones de la noche

en los campos, 162. \* El conyey de guerra, 182. \* Abd-el-Kader-ben-Salah, 178. \* El muerto vivo, 230. \* El relojero de Vimpoll, 237 y 242. \* Don-ros de Gerson, 261. \* Una boda entre pastores, 266. \* Un conserjero á lo estilo del mar, 274 y 283. \* Samuel Crisp, 282. \* El pájaro del paraíso, 286. \* Huisangacion de Grotio en 1621, 313. \* El castillo de Hilon, 313, 310, 342 y 354. \* Cuentos normandos, 356. \* El Abad de San Gail, 371. \* El hermano Juan Bautista y el convento del Monte Carmelo, 373.

\* MÁXIMAS, PENSAMIENTOS, LECCIONES, DECORALES, etc. \* Máximas de autores españoles, 71. \* Máximas del buen Viejo Ricardo, 78. \* Sobre la circulación del dinero, 159. \* Últimas palabras de varios hombres célebres, 206. \* Máximas, 359. \* Sobre la virtud de la lectura, 367.



## USOS Y COSTUMBRES.

\*El Hakha, el Xargulch y el Kallam, 29. \*El emparrado de Dunkerque, 77. \*Los leñadores, 103. \*Fiesta de la Madona del Arco en Alpoles, 123. \*Fiestas de toros en el siglo XVII, 217. El kas (costumbres hospitalarias de Oriente), 263. \*Una familia bretona,

278. La feria de Leipzig, 278. La pesca de cocodrilo, 286. \*Breña y Yeod, 297. De la forma que tenían los libros y las cartas en la antigüedad, 314. Una caza en Rusia, 325. \*La hoguera del día de S. Juan, 333.

## CIENCIAS Y ARTES.

**FILOSOFÍA.** El Fatma, 21. La coaduna del infante, 91. \*El tratado de Hobbes, 219.

**HISTORIA NATURAL.** \*El balsamado cruz, 1. \*El Casobar, 65. \*El fondo rojo de America, 257. \*Las Aradas, 260. \*El Soplador, 274. \*El Gajo azul, 316. El Hippopotamo, 338.

**ESTADÍSTICA.** Estadística de Francia, 125. Estadística de la moda, 147. Estadística periódica, 145. Población del ducado de Modena, 153. Contribuciones inglesas, 175. Consumo de marfil, id. Estadística del cató, 267. Estadística de cultos, 271. De las sectas religiosas en Rusia, 286. Estadística agrícola, 419.

**VARIEDADES.** Los jueces, 2 y 19. La última conversación científica de Newton, 12. Revoluciones astronómicas, 38. Fervores eléctricos, 107. La literatura en Italia, 111. Transmutación de la tempe-

ra, 115. \*El pleito de los Perros, 115. \*Experiencia hecha en el Senec en 1789, 128. Observaciones sobre un eclipse, 123. Misiones de la Australia, 142. Sobre la teoría del arte dramático, 146. La música entre los antiguos, 174. Envenenamiento por el fósforo, 179. Navegación subterránea 187. La primavera comparada con las demás estaciones, 198. Remedios contra la hidrofobia, 220. \*Arizonas y cometas astronómicos por variación, 315. Hipotesis sobre la formación del anillo de Saturno, 329. Sobre el arte de hacer calca, 367.

**CURIOSIDADES.** \*El aparador Fourdinois, 9. \*HOLLAR: El celia, 11. \*De la hipoplasia, 53. \*Armas de fuego, 72. \*La copa, 72. \*Exposiciones francesas de objetos de bronce, 241. \*Plata labrada del siglo XVI, 246. \*Exposición de la manufactura de Sévres, 351.

## MECÁNICA, INVENCIÓNES, DESCOBERTAS.

Historia de la destilación, 80. Fructa mineral de la rotación diurna de la tierra, 91. \*De la incubación artificial, 135. Origen del telégrafo eléctrico, 143. Máquina para calcular, 147. Mol. Diquetrotipo y la Estereotipo, 164. Avances litográficos, 175. Tres cometas descubiertas en el año 1804, 194. Fabricación del papel pintado, 206. Trabajos de los antiguos, 207. \*Nuevas fortificaciones alcuinas, 219. Sobre las espadas de Diak en las islas de Bornco, 339. \*Los pizarrales de Angers, 384. Descubrimientos científicos, 386, 397 y 414. \*Fabricación del hierro, 399 y 391. Sobre un nuevo instrumento para marcar sobre el papel

el rumbo de los buques, 391. Sobre la adulteración del pan, 393. Fabricación de la cerveza, 398. \*Instrucción por medio de los juegos, 399. \*De los molinos y su origen, 401. Máquina calórica, 403. Nuevo método de construir el caballo, 403. Aplicación del hierro al arte de la decoración, 406. \*De las primeras máquinas neumáticas modernas y de sus efectos, 406-409. El cristal rojo, 411. Invencción del vapor, 412. Nueva condensador de vapor, 416. Mecánica aplicada.—El timpano, 415.

## AGRICULTURA Y HORTICULTURA.

Utilidad de los arces en agricultura, 77. Importancia de la agricultura, 87. \*El alcornoque de España, 159. \*Pandan de la Isla del Principe, 246. \*El lodo, 342. \*El arcilano de España, 344.

## GEOGRAFÍA, VIAJES.

Agua del Misia, 345. Descripción del gran lago interior del Africa, 350. Viaje al Sahara, 373.

## HISTORIA, BIOGRAFÍA.

Simónis reina de Babilonia, 38. Invasión del venado, 104. Toros antiguos, 131. El hitano, 222. \*El Venzpur, 245. Soplido de Maria Suardo, 331. \*Francis Drake, 312. Terremoto de Oran en 1763, 285. Origen y antigüedad en España de los empleos y grados militares, 279.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

